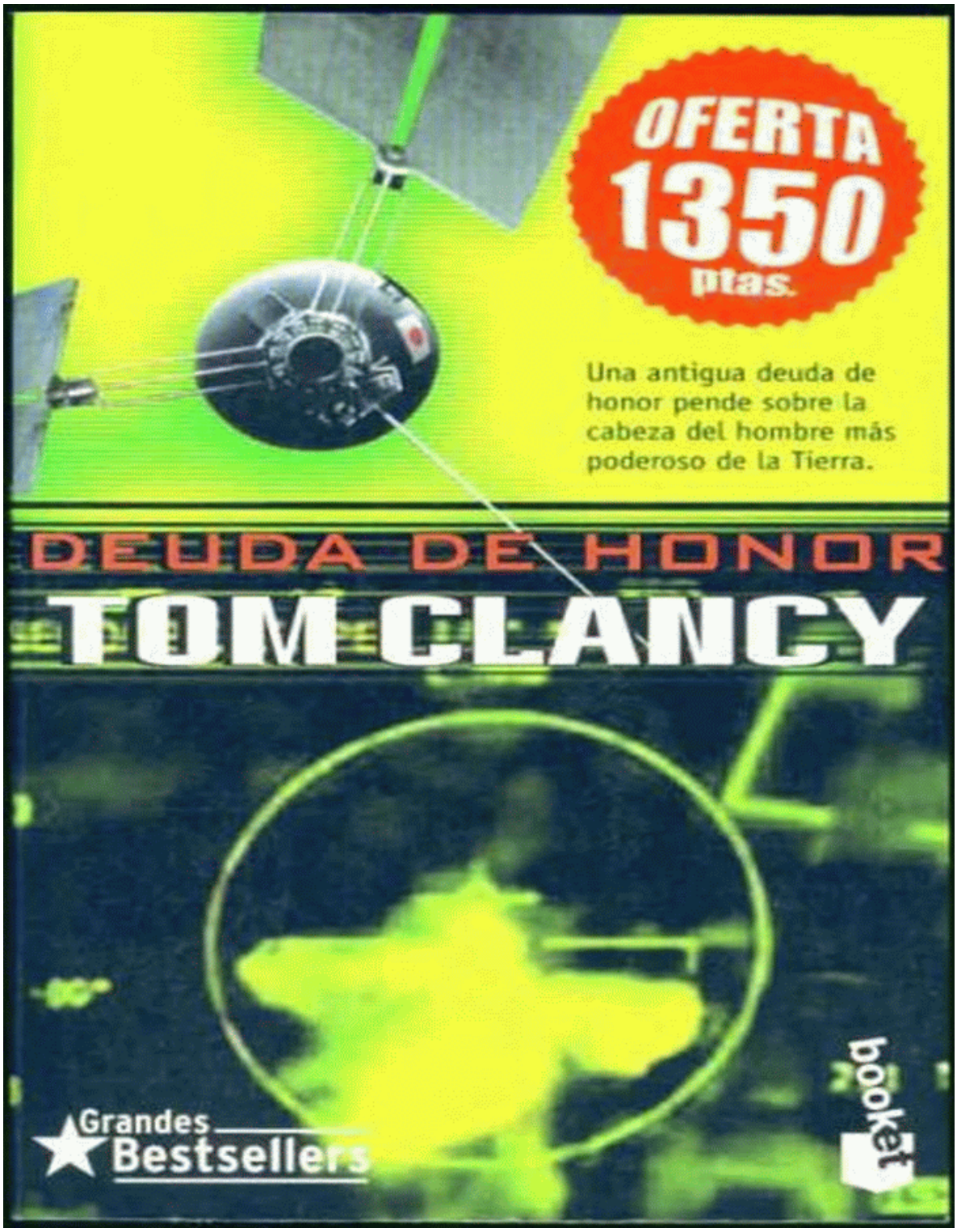
DEUDA DE HONOR
TOM CLANCY



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PRÓLOGO

Sol poniente, sol naciente

Visto después, podría parecer un modo un tanto extraño de empezar una guerra. Sólo uno de los implicados sabía lo que de verdad sucedía, y por casualidad. La firma del contrato de propiedad fue pospuesta a causa del fallecimiento de un familiar del notario que, al fin, saldría hacia Hawai en un vuelo especial dentro de dos horas.

Era la primera propiedad que mister Yamata adquiría en suelo americano. Aunque poseía varias en los Estados Unidos continentales, el efectivo registro de las escrituras lo gestionaron siempre otros notarios -invariablemente ciudadanos norteamericanos- que hacían aquello para lo que se les pagaba y, por lo general, bajo la supervisión de uno de los empleados de mister Yamata. Pero en esta ocasión no. Y por varias razones: la compra era a título personal y no para una empresa; y la propiedad estaba cerca, a sólo dos horas en reactor privado desde su domicilio. Mister Yamata le había dicho al notario que compraba la propiedad con la intención de construirse una casa para fines de semana.

Con el astronómico precio a que estaba el suelo en Tokio, podía comprar varios cientos de hectáreas por lo mismo que le hubiese costado un ático, no demasiado grande, en la ciudad en la que residía. Desde la casa que proyectaba construir, en un altozano, tendría una impresionante vista a las azules aguas del Pacífico y a otras islas del archipiélago de las Marianas; y el aire más limpio del mundo. Por todas estas razones, mister Yamata había ofrecido pagar una soberana minuta, y de mil amores.

Y había otra razón.

Los distintos documentos pasaban, en el sentido de las agujas del reloj, por una mesa circular. Se detenían frente a cada silla para que cada uno firmase en el lugar adecuado y pegase la adhesiva nota amarilla con las señas a las que debían enviar la copia. Sólo faltaba que mister Yamata echase mano al bolsillo de la chaqueta y sacase un sobre con un cheque para el notario, cosa que sucedió al finalizar el papeleo.

-Gracias, mister Yamata -dijo el notario con ese respetuoso tono de voz que emplean siempre los americanos cuando hay dinero de por medio.

Parecía mentira lo que eran capaces de hacer por dinero. Hasta hacía tres años, la ley prohibía a los ciudadanos japoneses comprar tierra en Estados Unidos, pero si se ponía uno en manos del bufete adecuado, sabía plantear la cuestión y pagaba lo conveniente en estos casos, también se podía comprar.

-La escritura quedará legalizada esta tarde.

Yamata miró al vendedor con una cortés sonrisa y una leve inclinación de cabeza. Luego, se levantó y salió del edificio. Abajo le aguardaba un coche. Yamata se sentó en el asiento delantero y urgió al chófer a arrancar con ostensibles ademanes. La operación había terminado y con ella la necesidad de mostrarse amable.

Al igual que muchas islas del Pacífico, Saipan es de origen volcánico. Justo en su límite oriental se abre la fosa de las Marianas, una depresión de más de once kilómetros de profundidad, producida al cortar verticalmente una placa tectónica a otra. El resultado es una cadena de montañas de forma cónica de las que las islas no son más que los picos.

El Toyota Land Cruiser se dirigió hacia el norte por una carretera de firme relativamente suave, bordeando el monte Achugao y el Club de Campo Mariana, hacia Marpi Point, donde se detuvo.

Yamata bajó del vehículo y posó unos instantes la mirada en unas dependencias de la granja que no tardarían en ser demolidas. Pero en lugar de dirigirse hacia el emplazamiento elegido para su nueva casa, enfiló hacia el escarpado borde del acantilado.

Pese a tener más de sesenta años, cruzaba el desigual terreno con zancada firme y resuelta. Aquello podría ser una granja, se dijo, aunque bien pobre; un lugar muy poco acogedor para vivir, que no otra cosa había sido más de una vez, y por más de una razón.

La expresión de su rostro no se alteró lo más mínimo al llegar al borde de lo que los nativos llamaban Banzai Cliff. Soplaba un suave marero y podía ver y oír el ejército de cabrillas estrellarse contra las rocas al pie del acantilado -las mismas rocas que destrozaron los cuerpos de sus padres y de sus hermanos cuando, como tantos otros, saltaron para no ser capturados por los marines norteamericanos en su avance-. Los marines se horrorizaron al verlo, pero mister Yamata no lo tuvo en cuenta ni lo apreció jamás.

El empresario dio una palmada e inclinó la cabeza para llamar la atención de los errantes espíritus y mostrarles el debido reconocimiento a su influencia en su destino. Pensaba que era apropiado que la compra de aquel trozo de tierra significase que, más de cincuenta años después de la muerte de su familia a manos de los americanos, el 50,016 % del suelo de Saipan estaba de nuevo en manos japonesas.

Sintió un frío que atribuyó a la emoción del momento, o quizá a la cercanía de los espíritus de sus antepasados. Aunque sus cuerpos hubiesen sido arrastrados mar adentro por el incesante oleaje, suskami no habrían abandonado el lugar, aguardando a su retorno. Se estremeció y se abrochó la chaqueta. Por supuesto que iba a construir la casa allí, pero antes había que hacer otra cosa.

Primero, tenía que destruir.

Fue uno de esos momentos perfectos, lejos del mundanal ruido. El driver lo hizo suavemente hacia atrás, separándose de la bola. Describió un preciso arco; se detuvo un instante, casi imperceptible, y aceleró hacia abajo siguiendo el mismo arco. El hombre que empuñaba el palo desplazó el peso de su cuerpo de una pierna a otra. En el momento justo, dio a sus muñecas el movimiento adecuado, haciendo girar la cabeza del palo alrededor de su eje vertical, de manera que golpease la bola en sentido perpendicular a la parábola que se proponía hacerle describir. Con el ruido bastaba -un nítido tink, porque era un driver metálico-. El ruido y el impulso transmitido al palo de grafito le bastaban al golfista para saber cómo había ido el golpe. Ni siquiera necesitaba mirar. El palo llegaba a lo más alto de su curva antes de que el golfista alzase la cabeza para seguir el vuelo de la bola.

Lamentablemente, no era Ryan quien empuñaba el palo.

Jack meneó la cabeza con una resignada sonrisa al inclinarse a colocar su bola en el tee. -Buen golpe, Robby.

El contraalmirante de la escala inferior de la Armada de los Estados Unidos Robert Jefferson Jackson permaneció inmóvil, siguiendo, con sus avezados ojos de aviador, el descenso de la bola, que golpeó el campo a unos doscientos cincuenta metros del tee. Recorrió botando otros treinta metros hasta quedar muy bien encarada, dentro del green.

-Me ha faltado un poquito -dijo Robert cuando la bola se hubo detenido completamente.

-Puta vida ésta, ¿verdad? -dijo Ryan al disponerse a iniciar el ritual.

Rodillas dobladas, espalda erguida, cabeza ligeramente inclinada, y la empuñadura. Eso es... poco más o menos. Lo hizo todo tal como le dijo su instructor la semana anterior, y la anteanterior,

y la otra..., total, para echar el palo hacia atrás y luego hacia adelante..., con un resultado no del todo catastrófico, sólo ligeramente fuera del campo, a unos ciento ochenta metros del tee. El mejor golpe de su vida. Había alcanzado, aproximadamente, la misma distancia, con su driver, que hubiese alcanzado Robby con un simple hierro del 7. El único consuelo es que eran las ocho menos cuarto de la mañana, y no había nadie por allí que le hiciese sentir mayor embarazo del que sentía.

Por lo menos no ha caído al agua.

-¿Hace mucho que juegas, Jack?

-Más de dos meses.

Jackson sonrió mientras enfilaba hacia donde estaba el carrito.

-Yo empecé en mi segundo año en Annapolis. Y eso es mucha ventaja, chico. Pero, qué puñeta, tú disfruta de este día tan espléndido.

Y a ello se aplicaron. El Greenbrier está en la sierra de West Virginia, en un recoleto paraje frecuentado ya en el siglo xviii. En aquella mañana de octubre, la blanca mole del edificio principal del hotel quedaba enmarcada de amarillos y escarlatas, con los caobos encendidos por su anual ciclo otoñal.

-No me hago ilusiones de ganarte -admitió Ryan, sentándose en el carrito.

-Es que no me vas a ganar -remachó Robert, sonriéndole-. Y da gracias a Dios por no trabajar hoy, Jack. Que yo sí trabajo.

A ninguno de los dos les iba estar ociosos, por más que ambos necesitasen descanso. Tampoco los satisfacía su actual éxito, que para Robby se concretaba en un sedentario alto cargo en el Pentágono y para Ryan en el regreso al mundo empresarial. Él era el primer sorprendido de haber aceptado aquel empleo dos años y medio atrás, en lugar de incorporarse al puesto académico que deseaba, y que le aguardaba en Arabia Saudí. Quizá fuese la acción lo que echase de menos, pensaba. ¿Se habría convertido para él en una adicción?, se preguntó, mientras se decidía por un hierro del 3. Con un palo así no llegaría al green, pero aún no sabía manejar las maderas. Sí, echaba de menos la acción, más que los ocasionales respiros cuando la acción agobiaba.

-Tómatelo con calma. Y no le atices a la bola como si quisieras matarla, que ya está muerta.

-A sus órdenes, almirante -dijo Jack.

-La cabeza baja. Que yo seguiré el vuelo de la bola.

-De... acuerdo, Robbie.

En cierto modo, saber que Robbie iba a ser tan condescendiente como para no reír, por peor que le saliese el golpe, le fastidiaba más que la sospecha de que pudiera burlarse. En el último instante, enderezó un poco más el cuerpo antes del swing. La recompensa fue un prometedor sonido. El impacto del hierro en la bola la lanzó a más de treinta metros antes de que él levantase la cabeza. Se le desvió un poco hacia la izquierda... pero describió un suave arco hacia la derecha.

-¿Jack?

-Sí -contestó Ryan sin ladear la cabeza.

-Tu hierro del tres -dijo Jackson con una risa ahogada, siguiendo la trayectoria de la bola-. No cambies nada. Hazlo siempre así.

Jack sintió ganas de atizarle a su amigo con el palo antes de guardarlo en la bolsa. Rió con desenfado al arrancar de nuevo el carrito hacia el lado derecho del campo, donde se encontraba la bola de Robbie, la única que había en la verde alfombra del green.

-¿Añoras volar? -le preguntó cariñosamente.

-Eso es juego sucio -contestó Robby mirándolo.

Así estaban las cosas. Ya había cumplido con su último destino como piloto en activo. Lo recomendaron para un ascenso, y lo incluyeron como candidato a ocupar el empleo de comandante del Centro de Pruebas de Aviación Naval, en la Estación Aeronaval de Patuxent River (Maryland), en donde su verdadero empleo hubiese sido jefe de pilotos de pruebas de la Armada. Pero, en lugar de ello, Jackson trabajaba en la J-3, como se conocía a la Dirección Operativa de la Junta de Jefes de Estado Mayor. En un mundo en el que la guerra era, cada vez más, cosa del pasado, Planificación Bélica era una extraña sección para un combatiente. Era un puesto en el que se podía hacer más carrera, pero mucho menos satisfactorio que un destino de piloto en activo, que es lo que él de verdad quería. Jackson trató de resignarse. Al fin y al cabo, ya tuvo su buena época como piloto. Empezó con Phantoms y se graduó con Tomcats, llegó a mandar una escuadrilla, y un ala de combate en un portaaviones. Luego, lo recomendaron, antes de lo que era habitual, para ocupar un alto cargo, en mérito a su

inmaculada y distinguida hoja de servicios. Su próximo empleo, si es que accedía a él, sería el de comandante de escuadrilla de un portaaviones, algo que siempre le había parecido un sueño inalcanzable.

Y ahora que estaba allí, jugando con su amigo, se preguntaba por lo pasado y por lo venidero.

-¿Qué ocurre cuando uno se hace viejo?

-Que algunos se dedican al golf, Rob.

-O vuelven a lo de las acciones y los bonos -replicó Jackson. Un hierro del 8, iba pensando. Uno suave.

-A la banca comercial -precisó Jack Ryan siguiendo a Robert hacia su bola-. Y no te ha venido nada mal a ti, ¿o qué?

Esto hizo que el aviador (pues aunque no estuviese en activo así se consideraba él y lo consideraban sus amigos) alzase la vista y sonriese.

-Bueno, la verdad es que hiciste maravillas con mis cien mil, sir John -reconoció Robert, que golpeó la bola.

Era una manera de desquitarse. La bola tocó el campo, rebotó y fue a detenerse a unos siete metros del hoyo.

-¿Tantas como para pagarme unas lecciones?

-Ya te aseguro yo que las necesitas -dijo Robert, que hizo una pausa y cambió de expresión-. Hace ya muchos años, Jack. Cambiamos el mundo.

Y no fue mala cosa, ¿verdad?

-En cierto modo -admitió Jack con una escueta sonrisa. Algunos lo consideraron el fin de la Historia, pero en Historia se doctoró precisamente Ryan, y no acababa de verlo claro.

-¿De verdad te gusta lo que haces ahora?

-Mira, vuelvo a casa todas las noches y, por lo general, antes de las seis. En verano veo todos los partidos de baseball de la Little League y, en otoño, casi todos los de fútbol. Y el día que Sally tenga su primera cita con un chico, no estaré en uno de esos condenados VC-20B a mitad de camino hacia ninguna parte, para un encuentro que ya no tiene mucho sentido -dijo Jack con una sonrisa que transmitía verdadera satisfacción-. Y hasta diría que lo prefiero a jugar bien al golf.

-Pues menos mal, porque dudo que ni siquiera Arnold Palmer podría arreglar lo de tu swing. Lo intentaré yo -dijo Robby-, aunque... sólo porque me lo ha pedido Cathy.

Jack le pegó demasiado fuerte a la bola y tuvo que hacer un chip para llegar al green -con apuros-. Luego, necesitó tres putts para meter la bola en el hoyo, terminándolo en siete golpes, a tres de Robby, que había hecho el par del hoyo.

-Un golfista que juega como tú debería soltar más tacos -dijo Jackson, que se encaminaba ya hacia el segundo tee.

A Ryan no le dio tiempo a replicar. Como es natural, llevaba un «busca» al cinto. Era un «busca» por satélite, de esos que te pueden localizar casi dondequiera que estés. En los túneles bajo las montañas es donde podía haber más dificultad para recibir la señal, así como también bajo grandes masas de agua, aunque no mucho. Jack se lo desenganchó del cinturón. Probablemente, se trataría de algo relacionado con una operación de Silicon Alchemy, pensó, a pesar de que había dejado todas las instrucciones necesarias. Cualquiera sabía. Eran capaces de llamarlo porque alguien se hubiese quedado sin clips. Miró el número que indicaba la pantallita del «busca».

-Creía que tu oficina central estaba en Nueva York -señaló Robby.

El código que mostraba la pantallita era el de Washington y no el de Nueva York, como supuso Jack.

-Y lo está -dijo Jack-. Puedo resolverlo todo por teléfono y por fax desde Baltimore, pero, por lo menos una vez por semana, he de coger el Metroliner y llegarme allí -añadió frunciendo el ceño, al ver, por el número, que lo llamaban desde la Casa Blanca.

Miró el reloj. Eran las ocho menos cinco de la mañana, algo que por sí solo indicaba que se trataba de una llamada urgente. No era realmente una sorpresa, ¿o qué?, se dijo. No, desde luego, teniendo en cuenta lo que leía a diario en los periódicos. Lo sorprendente era que no lo hubiesen llamado mucho antes. Fue hacia donde estaban el carrito y su bolsa, en la que tenía su teléfono celular, lo único que sabía utilizar de todo lo que había dentro.

Tardó sólo tres minutos, mientras Robby aguardaba divertido junto al carrito. Sí, estaba en el Greenbrier. Claro que sabía que había un aeropuerto no muy lejos de allí. ¿Cuatro horas? Se tardaba menos de una hora entre ir y volver; y no iba a estar allí más de una hora. Podría estar de vuelta para cenar. Incluso le daría tiempo a terminar el partido, ducharse y cambiarse, se dijo Jack, que cerró el estuche del teléfono y lo guardó en la bolsa. Ésa era la ventaja de aquellos sabuesos electrónicos. El problema estaba en que, en cuanto te tenían, ya no te querían soltar. Era un cómodo sistema para hacer que te sintieses confortablemente enclaustrado.

Jack meneó la cabeza al llegar junto al tee. Pensar en otra cosa tuvo un extraño efecto. Su primer golpe dio con la bola en el green, a doscientos diez metros, y Ryan volvió hacia el carrito sin decir una palabra, preguntándose qué iba a contarle a Cathy.

Las instalaciones eran completamente nuevas e inmaculadas, pero tenían algo de indecente, pensó el ingeniero. Sus compatriotas detestaban el fuego y, por la clase de objeto para cuya fabricación se había construido aquella dependencia, sentirían auténtica aversión. Lo tenía metido en el cerebro. Era como el zumbido de un mosquito -algo que era muy improbable que estuviese allí, ya que cada molécula del aire de aquella estancia aséptica pasó por el mejor sistema de filtrado que su país era capaz de diseñar-. La extraordinaria competencia de sus colegas era motivo de orgullo para aquel ingeniero, especialmente porque él era uno de los mejores. No le cabía duda de que era ese orgullo lo que lo sostenía, olvidándose del zumbido mientras inspeccionaba la maquinaria destinada a la fabricación. Al fin y al cabo, si los americanos podían hacerlo, igual que los rusos, ingleses, franceses y chinos, e incluso que los hindúes y paquistaníes, ¿por qué no ellos también? Podía considerarse como una manera de equilibrar las cosas.

En otra parte del edificio, daban toscamente forma a los materiales requeridos. Un grupo de agentes especiales llevaba tiempo comprando los elementos necesarios. Algunos eran altamente valiosos. La mayoría estaban fabricados en otros países. Los que procedían del suyo estaban destinados a ser utilizados en el extranjero. Se inventaron para un fin y luego se adaptaron para otros, pero siempre existió la posibilidad -remota pero real- de desviarlos a otros usos. Se había convertido casi en un juego para los técnicos de las distintas empresas, algo que nadie tomaba realmente en serio.

Pero ya lo creo que lo iban a tomar en serio ahora, pensaba el ingeniero, que apagó las luces y cerró la puerta. Tenía que cumplir con un plazo fijo y empezaría aquel mismo día, en cuanto durmiese unas pocas horas.

Pese a haber estado tantas veces allí, Ryan aún veía aquel lugar con un místico talante, y la manera en que llegó allí aquel día no contribuyó a que lo viese de otro modo. Una discreta llamada a su hotel dispuso su transporte al aeropuerto, en donde aguardaba el aparato, un pequeño bimotor estacionado al fondo de la pista. Era un aparato de lo más corriente, salvo porque llevaba la identificación USAF y porque la tripulación vestía uniformes verde oliva. Sonrisas tan deferentes y amistosas como siempre, por supuesto. Un sargento que quería asegurarse de que sabía abrocharse el cinturón. La rutinaria explicación sobre medidas de emergencia y seguridad. El piloto que se volvió a mirarlos, pendiente del horario con el que tenía que cumplir. Y a despegar. Ryan se preguntaba dónde estaría la documentación con sus instrucciones, mientras bebía coca-cola de las Fuerzas Aéreas. Pensó ponerse su mejor traje y luego decidió no hacerlo. Una estupidez impropia de él. Un vuelo de cuarenta y siete minutos, directamente a Andrews. Quizá desde allí hubiesen podido ir en helicóptero, aunque eso

habría llamado la atención. Lo recibió un atento comandante de las Fuerzas Aéreas, que lo acompañó hasta un modesto coche oficial conducido por un chófer de pocas palabras. Ryan se acomodó en el asiento y cerró los ojos mientras el comandante se sentaba junto al chófer. Intentó echar una cabezada. Ya había visto Suitland Parkway y conocía el trayecto de memoria. De Suitland Parkway a la interestatal 295; luego por la I-395, hasta la salida de Maine Avenue. A aquella hora, justo después del almuerzo, llegaron en seguida y el coche se detuvo frente a la caseta del acceso oeste, en donde el centinela, contrariamente a lo habitual, se limitó a indicarles que entrasen con un ademán. La marquesina de acceso al sótano de la Casa Blanca era como un guiño de un rostro familiar.

-Hola, Arnie -dijo Jack tendiéndole la mano al jefe de Estado Mayor del presidente.

Arnold van Damm era un hombre muy valioso y Roger Durling no pudo prescindir de él para el período inicial, tras el traspaso de poderes. Pero el presidente Durling no tardó en compararlo con el colaborador con quien contaba para el puesto y a quien echaba de menos. Ryan reparó en que no había cambiado mucho. Seguía con sus camisas «L. L. Bean» y su francota expresión, aunque se lo veía más viejo y más cansado. ¿Y quién no?

-La última vez que hablamos aquí me echaste un rapapolvo -dijo Jack, para hacerse en seguida una composición de lugar.

-Todos cometemos errores, Jack.

Uy. Ryan se puso de inmediato en guardia, pero el apretón de manos le hizo trasponer la puerta casi a la fuerza. Los agentes del Servicio Secreto le tenían preparado un pase, y todo fue de acuerdo a la rutina hasta que pasó bajo el detector de metales. Ryan les entregó la llave de la habitación del hotel y lo intentó de nuevo. Y el detector vuelta a sonar. A excepción del reloj, el único objeto metálico que llevaba resultó ser su herramienta para el césped.

-¿Desde cuándo juegas al golf? -le preguntó Damm, con una risa ahogada y la misma socarrona expresión que el agente que tenía al lado.

-Me alegro de que no me hayáis estado siguiendo. Dos meses y aún no he bajado de diez sobre el par.

El jefe de Estado Mayor le indicó a Ryan que siguiese por las ocultas escaleras que se abrieron a la izquierda.

-¿Sabes por qué lo llaman golf? -le preguntó Damm.

-Sí, porque ya no se podía llamar mierda -dijo Ryan, que se detuvo en el rellano-. ¿De qué va la cosa, Arnie?

-Creo que ya lo sabes -se limitó a contestar Damm.

-¿Qué tal, doctor Ryan? Sígame, por favor.

La agente especial Helen D'Agustino, integrante de la Secretaría de Presidencia, estaba tan bonita como siempre.

La Presidencia no es un trabajo pensado para rejuvenecer a nadie. Roger Durling fue paracaidista. Estaba harto de trepar por las laderas de las Tierras Altas de Vietnam central. Seguía haciendo jogging y practicaba el squash para mantenerse en forma. Y, sin embargo, aquella tarde se lo veía avejentado. Pero, a lo que importa, se dijo en seguida Jack. Lo hicieron pasar de inmediato a ver al presidente, sin hacerle aguardar en ninguna de las muchas salas de espera. Todos le sonreían como si supieran de qué iba. Y el presidente se levantó con celeridad, como tratando de mostrarle lo encantado que estaba de verlo. O quizá otra cosa.

-¿Qué tal va el negocio bursátil, Jack?

El apretón de mano que acompañó a la pregunta fue firme y seco, pero transmitía ansiedad.

-Me mantiene ocupado, presidente.

-No mucho, no mucho. ¿Qué hay del golf en West Virginia? -dijo Durling, indicándole a Ryan que tomase asiento junto a la chimenea-. Eso es todo -añadió dirigiéndose a los dos agentes del Servicio Secreto que acompañaron a Jack-. Gracias.

-Es mi nuevo vicio, sir -dijo Ryan al oír que cerraban la puerta.

Era inhabitual estar tan cerca del presidente del ejecutivo sin la protectora presencia de los agentes del Servicio Secreto, sobre todo teniendo en cuenta que hacía mucho tiempo que dejó de estar al servicio del gobierno.

Durling se sentó y se recostó en el respaldo. Su lenguaje corporal denotaba vigor, esa clase de vigor que emana de la mente, más que del cuerpo. Había llegado el momento de entrar en materia.

-Podría decir que lamento interrumpir sus... vacaciones, pero no lo haré -le dijo el presidente de los Estados Unidos-. Con dos años ya está bien, Ryan. Se terminó.

Dos años. Durante los dos primeros meses no hizo absolutamente nada. En la beatífica placidez de su estudio, consideró unas cuantas propuestas para trabajar en la enseñanza. Vio a su mujer salir todas las mañanas a su trabajo en el hospital John Hopkins. Les preparó el almuerzo a los niños. Y se repitió que era maravilloso no dar golpe. Tardó dos meses en percatarse de que la falta de actividad era más estresante que todo lo que había hecho. A la tercera entrevista, consiguió de nuevo un empleo en el mundo financiero: acompañar a su esposa todas las mañanas con el coche, despotricar contra el tráfico... y puede que también no volverse loco. Había llegado a ganar bastante dinero, aunque tampoco eso lo satisfacía. No había encontrado aún su lugar ni veía muy claro que fuese a encontrarlo nunca.

-Ya hace mucho tiempo que la «mili» dejó de ser obligatoria, señor presidente -se permitió decir Jack, sonriente.

Fue una impertinencia, de la que se arrepintió nada más salir de su boca.

-Ya le dijo no a su país una vez -le afeó el presidente, en un tono que borró la sonrisa de sus rostros.

¿Tan estresado estaba Durling? La verdad es que tenía perfecto derecho a ello. Y con el estrés venía la impaciencia, sorprendente en un hombre cuya principal misión era ser agradable y transmitir confianza al auditorio. Claro que Ryan no formaba parte del auditorio, ¿o qué?

-Entonces estaba muy quemado, señor presidente. Dudo que hubiese servido...

-Bueno, bueno. He visto su hoja de servicios, su expediente; todo -dijo Durling-. Y tengo también en cuenta que puede que yo no estuviese aquí de no ser por lo que hizo usted en Colombia hace unos años. Ha servido usted bien a su país, doctor Ryan -añadió el presidente aludiendo a su rango académico-. Y ya se ha tomado un tiempo de descanso. Ha vuelto a jugar a las finanzas... y, al parecer, con éxito. Pero ha llegado el momento de volver.

-¿En qué puesto, señor presidente? -preguntó Jack.

-Ahí al fondo, a la vuelta del pasillo. Los últimos que han ocupado ese despacho no se han lucido mucho -contestó Durling.

Cutter y Elliot estuvieron muy desafortunados. Y el consejero de Seguridad Nacional que nombró Durling no tardó en demostrar que no daba la talla. Se llamaba Tom Loch y, según leyó Ryan en un periódico de la mañana, tenía las horas contadas. Por lo visto, la prensa acertaba, por una vez.

-No voy a andarme con rodeos. Lo necesitamos a usted. Lo necesito.

-Es muy halagador oírselo, señor presidente, pero la realidad es que...

-La realidad es que mi agenda de asuntos internos está sobrecargada; que el día tiene sólo veinticuatro horas; y que mi administración pierde demasiados balones. Como consecuencia de ello no estamos sirviendo al país tan bien como deberíamos. No puedo decir esto más que entre estas cuatro paredes, pero aquí sí puedo, y debo decirlo. Exteriores es débil. Defensa es débil.

-Para Secretaría del Tesoro, Fiedler es excelente -dijo Ryan-. Y si necesita un asesor de Exteriores, no tiene más que ascender a Scott Adler. Aunque joven, es muy bueno en los análisis, y en los diagnósticos.

-Sí, pero hay que llevarlo demasiado de la mano, y no tengo tiempo para eso -dijo Durling-. Tendré en cuenta que Buzz Fiedler merece su aprobación -añadió sonriente.

-Es un tecnócrata inteligente, y eso es lo que necesita usted en ese ministerio. Si quiere parar la inflación, tome medidas de inmediato, por el amor de Dios.

-Sí, y a aguantar la presión política -dijo Durling-. Ésas son exactamente sus órdenes. Proteger el dólar y machacar la inflación hasta reducirla a cero. Creo que puede conseguirlo. Los síntomas iniciales son prometedores.

-Creo que tiene usted razón -admitió Ryan.

Bueno, muy bien, pero ahora al grano, se dijo Ryan.

-Lea -le dijo Durling, tendiéndole un dossier de instrucciones.

-Sí, señor.

Jack abrió el dossier y pasó de largo todas las hojas en canon, en las que se advertía de las sanciones legales aplicables en caso de revelar lo que iba a leer. Como de costumbre, la información clasificada como reservada no era muy distinta de lo que cualquier ciudadano podía leer en Time, pero no estaba tan bien escrita. Con la mano derecha se alcanzó un tazón de café que, para su contrariedad, no era de los sin asa, que es como él los prefería. La vajilla de la Casa Blanca sería muy elegante, pero muy poco práctica. Ir allí era siempre como visitar a un jefe millonario. En eso, como en todo, no siempre elegían bien...

-Conozco un poco el tema, pero no sabía que fuese tan... interesante -musitó Jack.

-¿Interesante? -exclamó Durling con una sonrisa apenas perceptible-. ¡Qué extraña manera de adjetivar!

-¿Han nombrado a Mary Pat directora adjunta de Operaciones, no? -preguntó Ryan, que vio asentir al presidente con la cabeza al alzar la vista.

-Estuvo aquí hace un mes abogando por su derecho a subirse al ascensor. Fue muy persuasiva. Justo ayer obtuvo Al Trent la autorización del Comité.

-¿«Agricultura» o «Interior», esta vez? -dijo Ryan permitiéndose una risita.

Se refería a una parte del presupuesto de fondos reservados de la CIA que siempre se disfrazaba. El Directorio de Operaciones se financiaba, en parte, haciendo juegos malabares con las partidas asignadas a los distintos ministerios.

-Creo que esta vez le ha tocado a Sanidad y Asuntos Sociales -repuso el presidente.

-Pero habrán de pasar dos o tres años antes de que... -Lo sé -dijo Durling rebulléndose en el sillón-. Mire, Jack, si tanto le importaba a usted, ¿por qué entonces...?

-Si ha leído mi hoja de servicios, ya sabrá usted por qué, señor presidente.

¡Por Dios!, sintió Jack el impulso de exclamar. ¿Qué más quieren de mí? Pero no podía. No en aquel lugar ni ante aquel hombre, y no lo hizo. Se limitó a volver al dossier de instrucciones y a leerlo tan de prisa como pudo.

-Sé que fue un error enmendarle la plana al hemisferio inteligente de esta casa. Eso dicen Trent y Fellows. Y eso dice también mistress Foley. Es que, a veces, lo desborda a uno el trabajo, Jack.

Ryan alzó la vista y se abstuvo de sonreír al ver el rostro del presidente. Las ojeras de Durling eran demasiado pronunciadas para que pudiese ocultar su cansancio. Aunque se le alegró un poco la cara al presidente al ver la expresión de Jack.

-¿Cuándo puede usted empezar? -le preguntó Durling.

El ingeniero había regresado. Tecleaba ante un panel luminoso, comprobando su equipo. Su sala de control era casi toda de cristal y estaba sobreelevada, para permitirle observar la actividad de la planta sin más que alargar la cabeza. El personal a su cargo llegaría dentro de unos minutos, y su presencia en la sala de control antes que nadie -en un país en el que llegar al trabajo con dos horas de adelanto era normal- daría la adecuada pauta. El primero de sus hombres llegó sólo diez minutos después que él. Colgó el abrigo y fue a un rincón del fondo a preparar café. Nada de té, pensaron ambos al mismo tiempo. Una sorprendente occidentalización. Los otros llegaron en grupo, contrariados y envidiosos de su colega, al ver que había luz en la sala de control y que el jefe ya estaba allí. Algunos se pusieron a hacer

ejercicios gimnásticos junto a sus mesas, no sólo para relajarse sino para mostrar su devoción. Ciento veinte minutos antes de la hora de entrada al trabajo, el jefe salió de su despacho de la sala de control. Llamó a todo el personal para la primera charla matutina acerca de lo que hacían. Todos lo sabían, claro está, pero se les tenía que decir, de todas maneras. El ingeniero les habló durante diez minutos y luego se pusieron todos a trabajar. Y no fue, en absoluto, un extraño modo de empezar una guerra.

Fue una cena elegante, servida en el enorme comedor de alto techo, a los acordes del violín, del piano y de las copas de cristal. La charla de los comensales era intrascendente, o así se lo pareció a Jack, mientras daba cuenta del primer plato, regado con buen vino. Sally y el pequeño Jack iban bien en el colegio y Kathleen cumpliría dos años dentro de un mes, mientras se entrenaba para caminante por los alrededores de la casa de Peregrine Cliff. Kathleen -tan dominante como segura de sí misma- era la niña de los ojos de su padre y elterror de la guardería. Robby y Sissy, que, a pesar de todos sus esfuerzos, no habían tenido hijos, eran casi tíos putativos de la terna de Ryan, y estaban tan orgullosos de la carnada como Jack y Cathy. En cierto modo era triste, pero así de caprichosa era la suerte. Se preguntaba si aún seguiría llorando Sissy al verse sola en la cama, mientras Robby cumplía con alguna misión lejos de casa. Jack no tenía hermanos y Robby era para él incluso más de lo que pudo ser un hermano. Su amigo merecía mejor suerte. Y Sissy era, sencillamente, un ángel.

-¿En qué andará la Agencia?, me pregunto yo.

-Probablemente, maquinando un plan para invadir Bangla Desh -dijo Jack, alzando la vista y volviendo a la conversación.

-Eso fue la semana pasada -dijo Jackson sonriente.

-¿Cómo podrán arreglárselas sin nosotras? -dijo Cathy, pensando quizá en sus pacientes.

-Para mí, la temporada de conciertos no empieza hasta el mes que viene -dijo Sissy.

-Hummm -exclamó Ryan, que volvió a mirar a su plato y se preguntó cómo iba a darles la noticia.

-Que ya lo sé, Jack -dijo al fin Cathy-. Que disimulas fatal.

-¿Quién...?

-Es que me ha preguntado adónde habías ido -dijo Robby desde el otro lado de la mesa-. Un oficial de la Armada no puede mentir.

-¿Qué pasa? ¿Creías que me iba a poner como una fiera? -le preguntó Cathy a su marido.

-Pues sí.

-No tenéis ni idea de cómo es -dijo Cathy dirigiéndose a los demás-. Todas las mañanas, lee el periódico y refunfuña. Todas las noches, ve las noticias y refunfuña. Todos los domingos, sigue los programas de debate y refunfuña. Vamos, Jack, ¿crees que yo podría dejar la cirugía? -añadió en tono pausado.

-Probablemente, no. Pero no es lo mismo...

-No, pero para ti sí lo es. ¿Cuándo empiezas? -dijo Caroline Ryan.

1. Posgraduados

Jack oyó una vez, por radio, hablar de una universidad del Midwest en la que habían diseñado un equipo de instrumentos para alojarlo en el interior de un tornado. Y todas las primaveras, posgraduados y un par de catedráticos amojonaban un sembrado y, al ver un tornado, intentaban introducir el equipo, que llamaban «Toto», justo al paso del furioso meteoro. Hasta entonces no habían tenido éxito. Quizá no eligieron el lugar adecuado, pensaba Ryan, mirando por la ventana hacia los desnudos árboles de Lafayette Park.

El despacho del asesor de Seguridad Nacional del presidente era un lugar más que tempestuoso para cualquiera y, por desgracia, mucho más accesible para la gente que un tornado.

-Tenía pinta de ser mucho más sencillo -dijo Ryan recostándose en el sillón.

Y así lo creía yo, se abstuvo de añadir.

-Antes había en el mundo unas reglas del juego -señaló Scott Adler-. Y ahora no.

-¿Qué tal le va al presidente, Scott?

-¿Quieres saber la verdad? -dijo Adler, como si quisiera recordarle que estaban en la Casa Blanca, y preguntándose si habría micrófonos ocultos en aquella estancia-. La jodimos con lo de Corea, y nos libramos por pura potra. Gracias a Dios no la jodimos tanto en Yugoslavia, porque allí sí que no hay potra que valga. Con Rusia nos hemos manejado muy bien. Todo el continente africano es un desastre. Lo único que nos ha salido redondo, últimamente, ha sido el tratado comercial...

-Que no incluye a Japón ni a China -puntualizó Ryan.

-Eh, que fuimos tú y yo quienes concertamos lo de Oriente Medio, ¿recuerdas? Y está funcionando bastante bien.

-¿Cuál es el punto más caliente ahora mismo? -preguntó Ryan, sin aceptar alabanzas por aquello. Porque «el éxito» acarreó muy negativas consecuencias, y era la principal razón por la que dejó el servicio.

-Elígelo tú mismo -dijo Adler.

-¿La Secretaría de Estado? -dijo Ryan.

-¿Hanson? Es un político -repuso aquel diplomático de carrera.

Y que estaba muy orgulloso de serlo, se recordó Jack. Adler se incorporó a Exteriores nada más licenciarse, con el número uno de su promoción, en la Fletcher School. Luego, ascendió por toda la escala, pechó con los trabajos más duros y se zafó del interno politiqueo. Todo ello a costa del amor de su primera esposa y de buena parte de su pelo. Por fuerza tenía que ser el amor a su país lo que lo impulsaba, se decía Jack.

Hijo de un superviviente de Auschwitz, Adler se entregaba a América con una abnegación difícilmente igualable por nadie. Y lo que lo valoraba aún más es que no se trataba de un amor ciego, ni siquiera ahora que estaba en un cargo político y no en el escalafón del cuerpo. Al igual que a Ryan, lo nombró el presidente a dedo, y aún no había tenido valor para contestar honestamente a la pregunta de Jack.

-Peor aún -repuso Ryan por él-. Es un abogado. No hacen más que entrometerse.

-Los prejuicios de siempre -dijo Adler con una sonrisa, dirigida también a su propia capacidad analítica-. ¿Andas en algo, no?

-Hay que saldar una cuenta. Tengo en ello a dos buenos elementos.

La tarea combinaba la perforación de galerías y de pozos de petróleo. Luego, habría que realizar un perfecto acabado de la obra, y dentro del plazo requerido. Las burdas perforaciones estaban casi terminadas. No era fácil perforar verticalmente en la roca viva del valle, de origen basáltico, ni siquiera un agujero, y mucho menos diez, de más de cuarenta metros de profundidad y diez de diámetro. Novecientos hombres, trabajando en tres turnos rotatorios, llevaban dos semanas de adelanto sobre lo previsto oficialmente. Se habían tendido

seis kilómetros de vía, que empalmaba con la línea Shin-Kansen más cercana. Y a lo largo de toda la vía, las torres de catenaria que, normalmente, se erigen para el tendido eléctrico, servían de soporte a una red de camuflaje de casi siete kilómetros.

La historia geológica de este valle japonés debía de ser interesante, pensaba el supervisor de la construcción. No se veía el sol hasta más de una hora después de que hubiese salido, de tan pronunciada como era la ladera que declinaba hacia el este. No era de extrañar que, hasta entonces, los ingenieros de ferrocarriles se hubiesen abstenido de hacer pasar la vía por el valle. La estrecha garganta, que por algunos puntos del fondo no tenía más de diez metros de anchura, la había surcado un río, desviado tiempo atrás hacia un embalse, y lo que quedaba era un escarpado lecho, como una trinchera abandonada tras una guerra. O como preparativo para otra, se dijo. Resultaba bastante obvio, a pesar de que nunca le dijeron nada, salvo que mantuviese la boca cerrada acerca de todo el proyecto. La única manera de salir de allí era en sentido longitudinal o por las laderas. En el primer caso, servía el helicóptero; en el segundo, el tren. Pero para cualquier otra opción había que burlar las leyes de la balística, que no era empeño fácil.

Mientras observaba, un enorme camión-volquete Kowa soltó otra carga de roca triturada en un vagón tolva. Era el último vagón del carguero. En seguida arrancaría la locomotora diesel para llevar los vagones a la línea principal, en donde la sustituiría una locomotora eléctrica.

-Terminado -le dijo uno de los operarios, señalando hacia el agujero.

En el fondo, un compañero sostenía el extremo de una larga cinta métrica. Exactamente cuarenta metros. Naturalmente, la profundidad del agujero la habían medido ya por láser, pero la tradición exigía que tales mediciones fuesen comprobadas por un experto operario. Y allí en el fondo estaba un experto perforador de mediana edad, radiante de orgullo (y sin la más remota idea de a qué estaba destinado aquel proyecto).

-Hai -dijo el supervisor, que asintió satisfecho y le dirigió luego una inclinación de cabeza, más ceremoniosa, al operario del fondo, que correspondió cumplidamente.

El siguiente tren traería una enorme mezcladora de cemento. Las prefabricadas placas de revestimiento estaban apiladas en derredor del agujero -y, por supuesto, junto a todos los demás-, listas para bajarlas. Aquella brigada fue la primera en terminar la perforación del agujero, con más de seis horas de ventaja sobre la segunda, y a menos de dos días de la que iba más atrasada (las irregularidades del terreno fueron un problema para el agujero número seis, y la verdad es que tenía mucho mérito no ir más atrasados). El supervisor tuvo que dirigirles unas palabras, felicitándolos por su hercúleo esfuerzo, para mitigar la vergüenza que sentían por ir los últimos. La brigada número seis era la mejor, y era una lástima que hubiese tenido tan mala suerte.

-Si terminamos dentro de tres meses, cumpliremos el plazo -dijo el capataz en tono animoso.

-Cuando los del seis hayan acabado, les daremos una fiesta. Se lo han ganado.

-Pues no tiene ninguna gracia -dijo Chávez.

-Y menos con este calor -convino Clark.

Se les había estropeado el aire acondicionado de su Range Rover de puro agotamiento, quizá. Por suerte, llevaban un montón de botellas de agua mineral.

-Aunque es un calor seco -dijo Ding, como si a más de 45 °C importase mucho.

Así, en grados centígrados, parecía menos. Pero ése era el único alivio que cabía antes de respirar; que entonces se caía en la cuenta de los destrozos que aquel aire abrasador debía de hacer en los pulmones, por más que se encomendase uno a «san Celsius». Desenroscó el tapón de una botella de plástico con agua de manantial que no debía de pasar de unos fresquitos 35 "C. Y no era broma, no. Que parecía increíble lo fresca que sabía con aquella temperatura exterior.

-Esta noche refrescará. Quizá no pasaremos de los veintisiete grados.

-Pues menos mal que me he traído el jersey, mister C -dijo Chávez, que se secó el sudor antes de volver a mirar con los prismáticos.

Eran unos buenos prismáticos, pero no servían de mucho; sólo para ver mejor la cegadora película de aire que ondeaba como la superficie de un tempestuoso e invisible mar. Allí no había más bicho viviente que algún que otro buitre que, para entonces, ya habría dejado bien limpio el esqueleto de toda criatura que hubiese cometido el error de nacer por allí. ¡Y yo que había creído que el desierto de Mojave era frío!, exclamó Chávez para sí. Los coyotes, por lo menos, sí vivían allí.

Nunca cambiaba, pensó Clark. Llevaba haciendo trabajos como aquél... ¿cuánto? ¿Treinta años? Tanto quizá no, pero poco faltaba. !Dios bendito, treinta años! No había tenido oportunidad de hacerlo en un lugar en el que realmente encajase, aunque poco importaba eso entonces. Su tapadera era bien precaria. Llevaban la parte de atrás del Rover atestada de instrumentos topográficos y de cajas llenas de muestras de roca. Lo suficiente para convencer a los analfabetos lugareños de que podía haber un enorme yacimiento de molibdeno allí, en aquella solitaria montaña. Los lugareños sabían qué aspecto tenía el oro -¿y quién no?-, pero el mineral que los mineros llamaban cariñosamente .Molly-be-dammed», acordándose de los muertos de quién sabe qué Molly, era un misterio para los no iniciados, salvo por lo que a su valor se refiere, que era considerable. Clark ya recurrió a aquel truco en numerosas ocasiones. Un descubrimiento geológico era un perfecto señuelo para la irredenta codicia de la gente. Los entusiasmaba la idea de que hubiese algo valioso bajo sus pies. John Clark encajaba muy bien en el papel de ingeniero de minas, con su rudo y franco rostro, siempre encargado de dar la buena y altamente confidencial noticia.

Miró su reloj. La cita estaba concertada a la puesta del sol, dentro de unos noventa minutos, y había llegado con antelación, para inspeccionar mejor la zona, muy calurosa y desierta, lo que no era en absoluto sorprendente. Estaba situada a unos 33 kilómetros de la montaña de la que no tardarían en hablar. Se encontraban frente a una bifurcación. Dos pistas de tierra batida: una discurría aproximadamente en sentido norte-sur y la otra en sentido este-oeste. Ambas se distinguían bastante bien a pesar de la arena y del polvo que levantaba el viento, y que lo lógico es que hubiesen borrado todo rastro de presencia humana. Clark no lo comprendía, y menos aún con una sequía que duraba años. Pero, aunque lloviese de vez en cuando, se preguntaba cómo demonios iba a poder nadie vivir allí. Y, sin embargo, allí habían vivido algunos y, según tenía entendido, aún seguían viviendo... cuando había hierba que las cabras pudiesen ramonear y no irrumpiesen hombres armados a robarles las cabras y a matar a los pastores.

Prácticamente, los dos activistas de la CIA se limitaron a seguir sentados en el coche, con las ventanillas bajadas, bebiendo agua mineral y sudando, agotados ya los temas de conversación.

Los camiones aparecieron casi anochecido. Lo primero que vieron fueron las polvaredas, como las estelas de las lanchas, de un color amarillento a causa de la menguada luz. ¿Cómo era posible que en tan desiertos y desolados parajes supiesen arreglárselas para que los camiones funcionasen? Alguien debía de saber cómo proveer al mantenimiento, lo que no dejaba de tener su mérito. Irónicamente, aquello significaba que no todo estaba perdido para aquel páramo. Si la gentuza lograba sobrevivir allí, también podían conseguirlo los demás. Que ésa era la razón de que Clark y Chávez estuviesen allí, ¿o qué?

El primer camión iba bastante adelantado de los demás. Era un vehículo antiguo que, probablemente, fue del Ejército, aunque, con el deplorable estado de la carrocería, el país de origen y el nombre de la marca quedaban en pura especulación. Describió un círculo de unos cien metros de radio alrededor del Rover, mientras la dotación los observaba a una discreta y prudente distancia. Un hombre iba apostado en la parte de atrás del camión con lo que parecía una ametralladora rusa de 12,7 mm. Su jefe llamaba «policías» a quienes en otro tiempo llamaba «técnicos». Al cabo de un rato se detuvieron, bajaron del camión y se quedaron allí

LIbrodot

de pie, vigilando el Rover, empuñando rifles G3 viejos y sucios pero que, con toda probabilidad, funcionaban. Los hombres no tardarían en ser menos importantes. Ya era de noche y el caq se les había terminado. Chávez observaba a un hombre sentado a la sombra de su camión, a unos cien metros, mascando hierba.

-¿No pueden esos cabrones ni siquiera fumársela? -le preguntó el exasperado agente al abrasador aire del Rover.

-Es malo para los pulmones, Ding. Ya lo sabes.

Su cita nocturna era bastante sustanciosa. Casi dos quintas partes del PIB del país se iban en aquel comercio, para mantener una pequeña flota aérea con base en Somalia, algo que sublevaba a Clark y a Chávez. Pero en su misión tenían que prescindir de consideraciones personales. Era una vieja cuenta pendiente. El general Mohammed Abdul Corp -cuyo grado le concedieron reporteros que no sabían cómo llamarlo- fue, tiempo atrás, responsable de la muerte de veinte soldados americanos. Hacía sólo dos años, pero quedaba muy lejos del horizonte de la memoria de los medios informativos. Porque, después de matar a los soldados americanos, volvió a centrarse en matar a sus compatriotas, que era su principal ocupación. A esto último se debía que hubiesen destinado a Clark y a Chávez a aquella misión. Pero la justicia puede adoptar muchas formas y matices, y Clark estaba encantado con la posibilidad de llevar una agenda paralela. El hecho de que Corp fuese también un traficante de drogas parecía un regalo de un simpático Dios.

-¿Los liquidamos antes de que llegue? -preguntó Ding, un poco más tenso ahora, aunque apenas se le notase.

Los cuatro hombres del camión seguían allí sentados, mascando su caq y mirándolos, con los rifles en el regazo y la ametralladora de la parte trasera del camión olvidada. Parecía claro que se trataba de la avanzadilla de seguridad del general.

-Una pérdida de tiempo -dijo Clark meneando la cabeza. -Mierda. Llevamos aquí ya seis semanas.

Y eso sólo para una entrevista. Pero así es como funcionaba, ¿o qué?

-Me convenía sudar un par de kilos -replicó Clark con una tensa sonrisa; aunque pensó que, probablemente, alguno más-. Que estas cosas tardan en digerirse.

-Me pregunto qué tal le debe ir a Patsy en la facultad -musitó Ding al ver acercarse las polvaredas.

Clark no contestó. No parecía muy propio que su hija encontrase a su compañero de fatigas exótico e interesante... y encantador, reconoció Clark para sus adentros. Aunque Ding era más bajito que su hija (porque Patsy había salido a su alta y esbelta mamá) y de orígenes más que variopintos, John tenía que reconocer que Chávez se había esforzado más que nadie por encauzar su vida, pese a los denodados intentos del destino por torcérsela. El chico tenía treinta y un años. ¿El chico?, se dijo Clark. Diez años mayor que su hijita, Patricia Doris Clark. Pudo haberle recordado que era una perra vida la que se llevaba en el activismo, pero Ding le hubiese replicado que no era a él a quien le tocaba decidir, como así era en efecto. Y Sandy fue de la misma opinión.

Lo que Clark no podía quitarse de la cabeza es que Patricia, su hijita, pudiese tener relaciones sexuales con... ¿Ding? Al padre que habitaba en su persona la idea le resultaba perturbadora, aunque el resto de su ser hubiese de admitir que él ya tuvo su juventud. Las hijas, se decía, eran la venganza de Dios contra los hombres por el hecho de serlo. Vivía uno con un pánico cerval a que, accidentalmente, pudieran toparse con alguien... como uno, a su edad. En el caso de Patsy, la similitud en cuestión era demasiado llamativa para poderla aceptar fácilmente.

-Concéntrate en la misión, Ding.

-Recibido, mister C.

Clark no necesitó volver la cabeza. Imaginaba la sonrisa que debía de iluminar el rostro de su compañero. Y también cómo se esfumaba al ver acercarse más polvaredas por la rielante superficie.

-Te vamos a joder vivo, cabrón -musitó Ding, de nuevo en la labor, enfundándose su expresión de campaña.

No se trataba sólo de los soldados americanos muertos, sino de que los individuos como Corp destruían todo lo que tocaban. Y aquella parte del mundo necesitaba una esperanza de futuro. La oportunidad pudo presentarse dos años antes, si el presidente hubiese escuchado a sus asesores, en lugar de a las Naciones Unidas. Aunque, en fin, parecía ir aprendiendo, lo que no estaba mal para un presidente.

El sol ya había casi desaparecido y la temperatura descendía. Más camiones. No muchos más, confiaban ambos. Chávez miró hacia los cuatro hombres que tenía a cien metros de distancia. Se los veía ir de uno a otro lado, charlando, más animados a causa del caq. Normalmente hubiese sido peligroso estar cerca de hombres drogados portando armas militares. Sin embargo, aquella noche el peligro se invertía, como ocurría a veces. Ya se veía con claridad el segundo camión, que se les acercó. Los dos agentes de la CIA bajaron del vehículo, primero para estirar las piernas y luego para saludar a los recién llegados, con las lógicas precauciones.

La guardia personal del general, formada por «policías» de élite, no tenía mejor aspecto que el primer grupo que llegó, pese a que llevaban la camisa del uniforme, aunque desabrochada. El primero que se les acercó olía a whisky, probablemente hurtado de la bodega privada del general. Beber era pecar contra el Islam, pero también lo era traficar en drogas. Una de las cosas que Clark admiraba de los saudís era su directo y expeditivo método para procesar a esta clase de delincuentes.

-Hola -dijo Clark, sonriéndole, al hombre que se le había acercado-. Soy John Clark. Le presento a mister Chávez. Hemos estado aguardando al general, tal como usted nos dijo.

_-¿Qué traen? -preguntó el «policía», que sorprendió a Clark con su inglés.

John alzó la bolsa de muestras de roca que llevaba, mientras Ding le mostraba un par de instrumentos electrónicos. Tras una rutinaria inspección del vehículo, ni siquiera los cachearon. Una agradable sorpresa.

Luego, llegó Corp con su más fiel cuerpo de seguridad, por llamarlo de algún modo. Llegaron en un jeep ruso tipo ZIL. El «general» iba en un Mercedes que perteneció a un burócrata del gobierno, antes de que el tal gobierno se desintegrase. No era precisamente nuevo, pero, probablemente, era el mejor automóvil que había en el país. Corp vestía sus mejores galas: una camisa caqui, con lo que parecían ser las charreteras de su rango, por encima de unos pantalones de pana, y unas botas que debían de llevar una semana sin lustrar.

El sol ya se había puesto. No tardaría en oscurecer y la tenue atmósfera de las regiones altas del desierto permitía ya ver muchas estrellas.

El general era un hombre amable o, por lo menos, espontáneo. Se acercó con paso enérgico, tendiendo la mano. Al estrechársela, Clark se preguntó qué habría sido del dueño del Mercedes. Probablemente, lo habrían asesinado junto a los otros miembros del gobierno, muertos, en parte, por incompetencia, pero, sobre todo, por barbarie y, seguramente, a manos del hombre a cuyo firme apretón de manos correspondía.

-¿Han terminado su estudio topográfico? -preguntó Corp, sorprendiendo de nuevo a Clark por su manera de expresarse. -En efecto, sir. ¿Puedo mostrárselo?

-Por supuesto -repuso Corp, que lo siguió hasta la parte de atrás del Rover.

Chávez sacó un mapa topográfico y unas fotografías obtenidas por satélite de empresas comerciales.

-Este podría ser el yacimiento más grande, después del de Colorado, y de una pureza sorprendente. Exactamente aquí -dijo Clark, dando unos toquecitos en el mapa con un puntero metálico.

-A treinta kilómetros de donde nos encontramos...

-Pese al mucho tiempo que llevo en esto -dijo Clark sonriendo-, todavía me sorprendo. Hace unos dos mil millones de años, una gigantesca burbuja debió de emerger del centro de la Tierra -añadió con cierto lirismo.

Tenía muchísima práctica, aparte de que Clark había leído muchos libros de geología, por puro placer, y utilizaba las frases más sugestivas para apuntalar la galería, por así decirlo.

-Aparte de que la sobrecarga no constituye ningún problema -terció Ding después-. Y de que tenemos perfectamente localizado el yacimiento.

-¿Cómo lo han conseguido? -preguntó Corp, cuyos mapas pertenecían casi a otra era geológica.

-Con esto, sir -repuso Ding.

-¿Qué es? -preguntó el general.

-Un detector SLG -dijo Chávez-. Con él nos orientamos, sir. No tiene más que oprimir el botón, el de goma.

Corp lo oprimió. Luego cogió la caja de plástico verde y leyó los datos que aparecían en una pantallita. Primero, la hora exacta y, luego, una serie de coordenadas que indicaban sucesivas conexiones con hasta cuatro sistemas de localización global por satélite.

-Es un instrumento asombroso -exclamó, sin saber hasta qué punto lo era.

Al oprimir el botón, también había enviado una señal de radio. Era muy fácil pasar por alto que estaban a poco más de ciento cincuenta kilómetros del océano Índico y que, más allá del horizonte, podía haber un portaaviones, cuya cubierta estaría ya prácticamente vacía, porque los helicópteros que portaba habían despegado hacía una hora, y se encontraban en lugar seguro, a unos sesenta kilómetros al Sur.

Corp le echó otra ojeada al detector SLG antes de devolverlo.

-¿Qué es ese ruido? -le preguntó a Ding.

-Las pilas, que bailan un poco en el compartimento, sir -repuso Chávez sonriente.

Era la única pistola que llevaban, y no muy grande. El general no reparó en la insatisfactoria explicación y se volvió hacia Clark.

-¿Cuánto? -le preguntó.

-Bueno, determinar el exacto volumen del yacimiento requerirá...

-¿Cuánto dinero, mister Clark?

-La compañía Anaconda está dispuesta a ofrecerle cincuenta millones de dólares, sir. Se los pagaremos en cuatro plazos de doce millones y medio; más el diez por ciento del beneficio bruto de los trabajos de minería. El anticipo y los réditos se le pagarán en dólares americanos.

-Tienen que pagar más. Sé lo que vale el molibdeno -dijo, bien informado por un ejemplar del Financial Times que había leído por el camino.

-Tardaremos dos años, o acaso tres, en empezar las obras. Luego, deberemos determinar cuál es el mejor medio para hacer llegar el mineral a la costa. Probablemente por camión, pero quizá por tren, si el yacimiento es tan importante como creo. Hasta hacer el yacimiento explotable deberemos haber invertido unos trescientos millones -dijo Clark, que no consideró necesario referirse a lo que costaba allí la mano de obra.

-Necesito más dinero para tener contenta a mi gente. Tienen que hacerse cargo -dijo Corp en tono comedido.

De ser Corp un hombre honorable, pensó Clark, aquélla pudo haber sido una interesante negociación. Corp quería más dinero para comprar armas con las que reconquistar el país, que fue prácticamente suyo. Las Naciones Unidas lo habían derrocado, pero sin acabar con él. Relegado a la clandestinidad, al amparo de las zonas rurales, llevaba un año subsistiendo a base de introducir caq en las ciudades; un tráfico con el que había ganado lo bastante como para que algunos lo considerasen todavía un peligro. Y, desde luego, con más armas y el control del país, estaría en condiciones de renegociar su participación en los beneficios de la explotación del molibdeno. Fue una hábil artimaña, pensó Clark, aunque obvia, alimentar tales sueños para hacerlo salir de su madriguera.

-Sí, claro, nos preocupa la estabilidad de la región -concedió Clark con una sonrisa de complicidad que le dio a entender que estaba en el meollo de la cuestión.

No en vano los americanos pasaban por tener intereses en todo el mundo o, por lo menos, así lo creían Corp y otros como él.

Chávez manipulaba el dial del SLG. En el margen superior derecho de la pantallita parpadeaba una luz. Ding tosió a causa de las partículas de polvo que flotaban en el aire y se rascó la nariz.

-De acuerdo -dijo Clark-. Es usted un hombre serio; y nos hacemos cargo. Le abonaremos los cincuenta millones de una vez. ¿En una cuenta en Suiza?

-Eso ya está mejor -reconoció Corp en tono parsimonioso. Fue hacia la parte trasera del Rover y señaló al cargamento. -¿Son éstas sus muestras de roca? -preguntó.

-En efecto, sir -dijo Clark, que le tendió una roca de kilo y medio con un alto contenido de molibdeno, aunque no de Africa sino de Colorado-. ¿Quiere mostrársela a su gente?

-¿Y eso qué es? -dijo Corp, que señaló a dos objetos que acababa de ver en el Rover.

-Nuestros focos, sir -repuso Clark sonriendo al coger uno, mientras Ding hacía otro tanto.

-Y ahí llevan un arma -señaló Corp, divertido, al ver un viejo rifle de cerrojo.

Dos miembros de su guardia se acercaron.

-Esto es Africa, sir. Por precaución...

-¿Por los leones? -exclamó Corp, muerto de risa.

El general se volvió hacia sus «policías», que se echaron a reír a carcajadas ante la estupidez de los americanos.

-Matamos a los leones -añadió Corp cuando las risas hubieron cesado-. Aquí no hay bicho viviente.

Corp se dijo que Clark era de los que sabían encajar una broma. Y allí lo tenía, sosteniendo uno de los focos, enorme.

-¿Para qué lo utilizan? -preguntó el general.

-La verdad es que no me gusta mucho la oscuridad y, cuando acampamos, hago fotografías de noche.

-Sí, estos trastos son formidables -secundó Ding, que se dio la vuelta y enfocó a las posiciones del cuerpo de seguridad del general.

Había dos grupos: uno de cuatro y otro de seis, además de los dos que estaban junto a ellos y al propio Corp.

-¿Quiere que les saque unas fotografías a sus hombres? -preguntó Clark, sin llegar a alcanzar la cámara.

Por detrás, Chávez conectó su foco y lo dirigió hacia el más numeroso y distante de los grupos. Clark se ocupó de los tres hombres que estaban junto a él. Los focos hicieron el mismo efecto que un encantamiento: tardaron sólo tres segundos en maniatar a los tres hombres, tras apagar los focos.

-¿Creía que lo habíamos olvidado? -le preguntó Clark al general quince minutos después, al oír los motores de los helicópteros.

Los doce hombres de la guardia del general estaban boca abajo, con las manos a la espalda, atadas con las tiras de plástico que utilizan los policías cuando no llevan suficientes esposas. Todo lo que podía hacer el general era lamentarse y rebullirse en el suelo. Ding encendió unas cuantas bengalas y las lanzó en derredor del Rover, formando un círculo. En seguida apareció un Blackhawk UH-60, que los sobrevoló e iluminó el terreno con sus focos.

-PÁJARO-PERRO UNO, aquí HOMBRE DEL SACO.

-Buenas noches, HOMBRE DEL SACO. PÁJARO-PERRO UNO tiene la situación controlada. ¡Vamos! ¡Abajo!

Clark dejó escapar una risita antes de cortar la comunicación. El primer helicóptero en descender lo hizo a bastante distancia del círculo iluminado. Los rangers surgieron como espectros de entre las sombras. Dejaban entre sí unos cinco metros de distancia, empuñando sus armas.

-¿Clark? -lo llamó un tenso vozarrón.

-¡Eh! -repuso John, que lo saludó con un ademán-. Lo tenemos.

Se le acercó un capitán de los rangers, un joven de rostro latino embadurnado con pintura de camuflaje y vestido con uniforme de campaña. Ya había estado en el continente africano,

aunque entonces era sólo teniente, y recordaba el funeral por los hombres de su compañía muertos. La idea de volver a traer a los rangers fue de Clark y no había sido difícil arreglarlo. Otros cuatro hombres llegaron detrás del capitán Diego Checa. El resto del grupo se dispersó para vigilar a los «policías».

-¿Qué hacemos con estos dos? -preguntó uno, señalando a los dos guardias personales de Corp.

-Dejarlos aquí -contestó Ding.

-Encantado, sir -dijo un miembro del comando, que sacó tres pares de esposas.

Sin quitarles las ligaduras de plástico, esposó a los dos guardias y el capitán Checa hizo otro tanto con el general. Entre él y el sargento levantaron a Corp del suelo, mientras Clark y Chávez recogían sus cosas del Rover y seguían a los soldados hasta el Blackhawk. Uno de los rangers le tendió a Clark una cantimplora.

-Oso te envía recuerdos -dijo el sargento al llegar Ding junto a él.

-¿En qué anda?

-Está en la Escuela de Sargentos Primero. Y muy cabreado por perderse esto. Yo soy Gómez, Foxtrot, segundo del ciento setenta y cinco. También estuve aquí.

-Ha hecho que todo parezca coser y cantar -le decía Checa a Clark unos metros más allá.

-Seis semanas -repuso el agente de la CIA con el estudiado tono desenfadado que aconsejaban las normas-. Cuatro semanas vagando por estos andurriales. Dos semanas para concertar la cita. Seis horas aguardando a que se materializase. Y unos diez segundos para acogotarlo.

-Exactamente de acuerdo a lo previsto -dijo Checa, que le pasó una cantimplora llena de Gatorade.

Los ojos del capitán se fijaron en el agente. Quienquiera que fuese, pensó a primera vista, era demasiado viejo para jugar en aquel páramo con aquellos pelmazos. Pero, luego, se lo miró mejor.

-¿Cómo coño se lo montan? -le dijo Gómez a Chávez en la puerta del helicóptero.

La pregunta atrajo la atención de otros rangers que se inclinaron a oír la respuesta.

-¡Magia! -exclamó Ding, que se echó a reír y miró sus «instrumentos».

A Gómez no le hizo mucha gracia que no contestase a su pregunta concretamente.

-¿Van a dejar a esos tipos ahí?

-Si, no son más que unos pelmazos -repuso Chávez, que se volvió a mirar por última vez.

Tarde o temprano, alguno de ellos lograría, probablemente, soltarse una mano, se haría con un cuchillo y liberaría a sus compañeros «policías». Luego, se ocuparían de los dos que estaban esposados.

-Es el jefe quien nos interesa.

-¿Hay por aquí hienas o leones? -preguntó Gómez, que fingió otear el horizonte.

Ding meneó la cabeza. Lástima, pensó el sargento.

Los rangers cabeceaban mientras se ataban a sus asientos en el interior del helicóptero. En cuanto estuvieron en el aire, Clark se puso unos auriculares y aguardó a que el jefe de la tripulación conectase la radio.

«REMATE, aquí PÁJARO-PERRO», empezó por decir.

Las ocho horas de diferencia significaban que en Washington estaba ya muy avanzada la tarde. La onda de UHF del helicóptero la recibía la emisora Trípoli del Ejército americano, que la enviaba vía satélite. El Departamento de Cifra pasaba la señal directamente al teléfono de Ryan.

-Sí, PÁJARO-PERRO, aquí REMATE.

Ryan apenas reconocía la voz de Clark, pero entendía lo que le decía, a pesar de los «parásitos».

-En el saco. Ningún herido. Repito: el pato está en el saco, y ninguna baja entre los nuestros.

-Entendido, PÁJARO-PERRO. Haga el envío de acuerdo a lo previsto.

La verdad es que era insultante, se dijo Jack al colgar el teléfono.

En esta clase de operaciones, era mejor empezar y terminar sobre el terreno, pero el presidente se había empeñado en hacerlo de otro modo esta vez. Se levantó de la mesa y enfiló hacia el despacho Oval.

-¿Los tienen? -preguntó D'Agustino al cruzarse con Jack en el pasillo.

-Suponía que usted no debía de estar al corriente.

-Es que el jefe estaba muy preocupado -se justificó Helen en tono pausado.

-Bueno, pues ya no tiene por qué preocuparse.

-Era una cuenta que había que saldar. Bienvenido, doctor Ryan.

Había otro hombre a quien aquel día acechaba el pasado.

-Siga -dijo la sicóloga.

-Fue horrible -prosiguió la mujer mirando al suelo-. Era la primera vez en mi vida que me sucedía, y...

Aunque su tono era monocorde y estaba privado de emoción, su aspecto la sobrecogía. Su paciente tenía treinta y cinco años, y hubiera debido de ser delgada, menuda y rubia. Pero tenía la cara como inflada, de tanto exceso en comer y beber, y su pelo no estaba muy presentable. Lo que debiera ser una piel blanca era simplemente pálida; reflejaba la luz como si fuese tiza, con un macilento aspecto que ni siquiera el maquillaje hubiese podido disimular mucho. Sólo su dicción indicaba lo que fue una vez su paciente. Su voz recapitulaba los tres años anteriores como si su mente funcionase a dos niveles: uno como víctima y el otro como una observadora que se preguntaba, con intelectual distanciamiento, hasta qué punto era responsable.

-Lo que quiero decir -prosiguió la paciente- es que él es como es, y yo trabajaba para él, y me gustaba...

Se le volvió a quebrar la voz. Tuvo que hacer una pausa y tragar saliva antes de proseguir.

-Es que lo admiro; y a todo lo que hace; todo lo que defiende -dijo alzando la vista.

Resultaba extrañísimo que sus ojos estuviesen tan secos como el celofán, reflejando la luz desde una plana superficie vacía de lágrimas.

-Es amable, y cariñoso, y...

-Tranquila, Barbara.

Como tantas otras veces, la sicóloga tuvo que contener su impulso de acercar una confortadora mano a su paciente, pero sabía que debía mantenerse distante, ocultar la indignación que sentía por lo que le ocurrió a aquella inteligente y competente mujer. El responsable fue un hombre que utilizaba su posición, y su poder, para atraerse a las mujeres como mariposas nocturnas alrededor de una luz, que revoloteaban en torno a su brillo y describían espirales, cada vez más cercanas, hasta ser destruidas. Un proceso recurrente en esta ciudad. Desde entonces, Barbara había roto con dos hombres, pese a que ambos podían haber sido buenos compañeros en una vida estable.

Barbara era una mujer inteligente, licenciada por la Universidad de Pennsylvania, además de realizar un master en ciencias políticas y de doctorarse en administración pública. No tenía pasta de celosa secretaria ni de interina. Quizá fuese aún más vulnerable a causa de ello, perfectamente capaz de integrarse en el equipo político, sabedora de su competencia, siempre y cuando pusiese ese poquito más de su parte para acceder a la cumbre, dar el salto, o comoquiera que rezase el eufemismo de moda en el Capitolio. El problema estaba en que el salto sólo se podía dar en una dirección y en que, lo que fuese a encontrar al aterrizar, no era fácilmente visible desde donde se encontraba.

-Lo hubiese hecho de todas maneras -dijo Barbara en un arranque de brutal sinceridad-. No necesitó...

-¿Y eso la hace sentirse culpable? -le preguntó la doctora Clarice Golden.

Barbara Linders asintió con la cabeza.

-Y cree usted haberlo inducido -dijo la doctora en tono amable, ahogando un suspiro.

-Sí. Eso dijo él: «Me ha inducido a ello.» Y puede que sí.

-No, Barbara, en absoluto. Siga. No se detenga ahí -le ordenó amablemente Clarice.

-Es que no estaba de humor. No se trata de que no quisiese hacerlo. En otro momento, otro día, quizá. Pero no me encontraba bien. Llegué a la oficina perfectamente aquel día. Aunque, por lo visto, empezaba a estar un poco griposa o algo así y, después del almuerzo, no sabía dónde tenía el estómago. Pensé marcharme a casa antes de hora, pero era justo el día que redactábamos las enmiendas a la legislación sobre derechos civiles por la que él abogaba. De manera que me tomé un par de cápsulas de Tylenol para la fiebre y, hacia las nueve, nos quedamos solos en la oficina. Derechos Civiles era en lo que yo trabajaba -precisó Linders-. Estaba sentada en el sofá de su despacho y él iba de un lado para otro, como hace siempre cuando formula sus ideas. Lo tenía detrás. Recuerdo que su voz se tornó suave y amistosa, y me dijo: «Tiene usted un pelo precioso, Barbara», así, sin venir a cuento. Y yo le dije: «Gracias.» Entonces me preguntó cómo me encontraba, y se lo dije. Que me daría una cosa que utilizaba él: coñac.

Barbara hablaba cada vez más de prisa, como si desease terminar con la explicación lo antes posible, como quien oprime el avance del video al aparecer la publicidad.

-No le vi echar nada en el vaso -prosiguió Barbara-. Tenía una botella de Rémy en la estantería, detrás de su mesa, y también algo más, supongo. Me lo bebí de un trago. El se quedó allí, de pie, observándome, sin hablarme; sólo observándome, como si estuviese seguro de que iba a surtir un efecto inmediato. Fue como... No sé. Me di cuenta de que me pasaba algo raro, como si me hubiese emborrachado de golpe y no supiese por dónde andaba.

Linders se interrumpió durante unos quince segundos y la doctora Golden la observó... como probablemente hizo él, se dijo la sicóloga. Se avergonzó de ironizar con algo así, pero era su labor. Era una labor de análisis, pensada para ayudar y no para perjudicar. Su paciente estaba tan en situación que era como si viese la escena. Se le notaba en los ojos, como solía notárselo a todos. Como si la mente tuviese un vídeo, la escena se reproducía ante sus ojos y Barbara Linders se limitaba a comentar lo que veía, más que a hacer un verdadero relato de su espantosa vivencia. Durante diez minutos se la describió, sin ahorrarse un solo detalle, con la precisión de una mente formada y atenta al pormenor. Sus sentimientos no afloraron hasta que no hubo terminado.

-No tenía por qué violarme. Podia... habérmelo pedido. Yo hubiese... ¿Entiende? Otro día; el fin de semana... Yo sabía que él estaba casado, pero me gustaba, y...

-El caso es que la violó, Barbara. La drogó y la violó.

Ahora sí que la doctora Golden no consideró necesario privarla de un confortador toquecito con la mano. Ya lo había echado todo fuera. Barbara Linders verbalizó la espantosa historia, probablemente por primera vez desde que le ocurrió. Aunque ya había revivido algunas escenas, especialmente las relacionadas con la peor parte, era la primera vez que lo relataba en perfecto orden cronológico, de principio a fin. Y el efecto de haberlo hecho así era para ella tan traumático y catártico como tenía que ser.

-Algo más debe de haber -dijo Golden cuando Barbara hubo dejado de sollozar.

-Y lo hay -dijo Barbara sin pensarlo, nada sorprendida de que su sicóloga lo adivinase-. Por lo menos con otra de la oficina: Lisa Beringer. Se mató... Se suicidó al año siguiente. Estrelló su coche contra el pretil de un puente. Parecía un accidente, porque había bebido, pero dejó una nota en su mesa. Al recoger sus cosas... la encontré.

La doctora Golden se quedó de una pieza al ver que Barbara Linders echaba mano al bolso y la sacaba. La «nota» estaba en un sobre azul. Eran seis páginas escritas a mano, en papel con membrete personal, con la caligrafía apretada y nítida de una mujer que, aunque hubiese decidido poner fin a su vida, quería que, por lo menos alguien, supiese por qué.

Aunque la doctora Clarice Golden ya había visto notas semejantes, siempre sentía la misma perplejidad, y la misma congoja, al ver que una persona podía llegar a ese extremo. Siempre hablaban de un dolor insoportable, y lo más deprimente era que siempre mostraban

una mente desesperada que, sin embargo, pudo salvarse, curarse y volver a encauzar su vida con sólo haber tenido el momento de lucidez de hacer una llamada telefónica o hablar con su mejor amiga o amigo. Le bastaron dos párrafos a la doctora Golden para percatarse de que Lisa Beringer fue una de tantas víctimas inútiles, una mujer que se sintió fatalmente sola en una oficina llena de compañeros que habrían corrido en su ayuda.

Los profesionales de la salud mental son muy hábiles para ocultar sus sentimientos, una habilidad necesaria por razones obvias. Clarice Golden llevaba casi treinta años de profesión y, aparte de su innato talento, tenía toda una vida de experiencia. Especialmente eficaz ayudando a las víctimas de abusos sexuales, desplegaba compasión, comprensión y consuelo a raudales que, aunque auténticos, ocultaban sus verdaderos sentimientos. Detestaba a los predadores sexuales tanto o más de lo que pudiera detestarlos un agente de policía. Un agente de policía veía el cuerpo de la víctima; veía sus magulladuras y sus lágrimas; oía sus gritos. Pero la sicóloga estaba junto a la víctima mucho más tiempo, rastreando en la mente los lacerantes recuerdos, tratando de encontrar un medio para expulsarlos. La violación era un delito contra la mente, no contra el cuerpo. Las heridas ocultas que la doctora Golden había dedicado su vida a curar eran tan espantosas como las cosas que veía el policía. Era una persona tierna y cariñosa que nunca habría vengado aquellos delitos físicamente, lo que no le impedía odiar a los autores.

Sin embargo, aquél era un caso especial. Colaboraba regularmente con las unidades antidelitos sexuales de todas las comisarías en casi cien kilómetros a la redonda. Pero aquel delito tuvo lugar en una dependencia del Estado e ignoraba quién tenía allí jurisdicción. Tendría que preguntárselo a su vecino, Dan Murray, del FBI. Y había otra complicación adicional: el delincuente era senador al ocurrir los hechos y aún ocupaba un despacho en el Capitolio. Aunque aquel delincuente tenía ahora otro cargo. Había dejado de ser senador por Nueva Inglaterra. Ahora era vicepresidente de los Estados Unidos.

Llegar a la Comandancia de la Flota Submarina del Pacífico fue, en otro tiempo, la meta más ambiciosa que hombre alguno pudiera fijarse. Como tantas otras cosas, sin embargo, aquello era ya agua pasada. El primer gran comandante fue el vicealmirante Charles Lockwood y, de entre todos los hombres que derrotaron a Japón, sólo Chester Nimitz, y acaso Charles Layton, fueron más importantes que él. Lockwood, sentado en aquel mismo despacho que daba a Pearl Harbor, fue quien envió a Mush Morton, Dick O'Kane y Gene Fluckey, y al resto de legendarios nombres, al frente de sus flotas. El mismo despacho, la misma puerta e incluso el mismo título en la placa: «Comandante. Fuerzas Submarinas. Flota del Pacífico de los Estados Unidos.» Pero ya no se requería tan alta graduación para mandarla. El contraalmirante Bart Mancuso, de la Armada de los Estados Unidos, sabía que había tenido mucha suerte de llegar hasta allí. Ése era el lado positivo.

El lado negativo era que, esencialmente, lo nombraron heredero de un «negocio» en quiebra. Lockwood mandó una auténtica flota de submarinos y buques nodriza. Más recientemente, Austin Smith había enviado una flota de unas cuarenta unidades a patrullar por el océano más grande del mundo. Pero Mancuso no tenía a su mando más que diecinueve submarinos lanzamisiles y seis transportes -el resto de lo que fue la flota aguardaba al desguace en Bremerton-. No iba a salvarse ni una unidad, ni siquiera como pieza de museo, reliquia de tiempos pasados, algo que, por otra parte, inquietaba menos a Mancuso de lo que pudiera parecer. Nunca le gustaron los submarinos lanzamisiles (su fea misión); ni le gustaba tampoco su tediosa labor de patrulla, ni la mentalidad de sus comandantes. Entrenado en unidades de ataque rápido, Mancuso prefería fajarse allá donde estaba la acción (donde estuvo, se corrigió al pensarlo).

Donde estuvo. Porque todo había terminado ya, o casi. La misión de los submarinos nucleares había cambiado desde los tiempos de Lockwood. Los otrora predadores de buques de superficie, mercantes o de guerra, se habían especializado en la eliminación de submarinos

enemigos, como cazas dedicados a exterminar a sus parientes del extranjero. Esta especialización había limitado sus objetivos, especializando el equipamiento y la instrucción, hasta alcanzar un altísimo grado de eficacia. Los SSN eran insuperables como cazadores de otros submarinos.

Con lo que nadie contaba es con la desaparición de los submarinos enemigos. Mancuso había pasado toda su vida profesional ejercitándose para algo que confiaba que nunca llegase a producirse: detectar, localizar, acechar y destruir submarinos soviéticos, tanto si se trataba de lanzamisiles como de unidades de ataque rápido. Incluso logró algo que ningún capitán de submarino soñó siquiera conseguir. Ayudó a capturar un submarino ruso (logro militar que figuraba entre los secretos más celosamente guardados por su país). Y una captura era mejor que una carnicería, ¿o qué? Pero entonces el mundo cambió. Él tuvo su parte y estaba orgulloso de ello. La Unión Soviética ya no existía.

Desgraciadamente -así lo consideraba él- tampoco existía la Armada soviética y, sin submarinos enemigos por los que preocuparse, su país, como hiciera tantas otras veces en el pasado, recompensaba a sus combatientes con el olvido. Muy poco trabajo tenía su flota ahora. La otrora formidable gran Armada soviética era casi sólo un recuerdo. La semana anterior vio unas fotografias obtenidas, vía satélite, de las bases de Petropavlov y Vladivostok. Todas las unidades que se sabía poseían los soviéticos -¡los rusos!- estaban atracadas, y en muchas de las fotografías se veían las anaranjadas franjas de óxido de los cascos allá donde la pintura negra había saltado.

¿Qué misiones quedaban? Pensar en ataques a convoyes mercantes era cosa de broma. Peor aún, porque los Orion, con su enorme dotación de cazas P-3C, diseñados también para la lucha antisubmarina, hacía mucho tiempo que modificaron sus aparatos para que pudiesen portar misiles aire-tierra, y eran diez veces más veloces que un submarino. En el improbable caso de que alguien quisiera despanzurrar un mercante, podían hacerlo mejor y más rápidamente.

Y lo mismo cabía decir de las unidades de superficie, o de lo que quedaba de ellas. La triste verdad, si cabe llamarla así, es que la Armada de los Estados Unidos, aunque disminuida en todos los sentidos, se bastaba para dar cuenta de cualquier combinación de tres armadas, de otros tantos países, en menos tiempo del que necesitarían sus enemigos para unir sus fuerzas y dar una nota a la prensa acerca de sus perversas intenciones.

¿Y entonces qué? En el baseball, aunque uno gane la Super Bowl sigue habiendo equipos a batir la próxima temporada. Pero en el más serio de los juegos humanos, la victoria significa exactamente eso. Ya no quedaban enemigos en el mar, y pocos en tierra. Y por el cariz que tomaba el nuevo mundo, la fuerza submarina era la primera, de las muchas de la milicia, que iba a quedarse en el paro. La única razón de que subsistiese la Comandancia de la Flota Submarina del Pacífico era la inercia burocrática. Porque existían comandancias «de todo» en el Pacífico, y la fuerza submarina debía tener un comandante al mando, en igualdad de rango con los mandos de tierra, mar y aire.

De sus diecinueve unidades de intervención rápida, sólo siete estaban en el mar en aquellos momentos. Cuatro estaban en período de revisión y reparaciones, y los astilleros se eternizaban en el trabajo para justificar su infraestructura. El resto estaban anclados junto a sus buques nodriza, o en sus muelles, mientras sus dotaciones buscaban nuevas e interesantes tareas para salvaguardar su infraestructura y su identidad «castrense-civil».

De las siete unidades que había en el mar, una seguía a un submarino nuclear chino de intervención rápida, una clase de submarinos tan ruidosa que Mancuso rezaba para que no les reventasen los tímpanos a sus técnicos de sonar. Era como seguir a un ciego por un parking vacío a plena luz del día. Otras dos se dedicaban a la investigación ambiental, con la concreta misión, en aquellos momentos, de seguir a las poblaciones de ballenas en pleno océano (no para proporcionar información a los balleneros sino para las organizaciones medioambientales). En esta tarea, sus unidades les llevaban a los «verdes» una buena delantera. Había por allí más ballenas de lo esperado. La extinción estaba lejos de ser la

amenaza que todo el mundo creía y, como consecuencia de ello, los grupos medioambientales tenían sus propios problemas de financiación. Mancuso se alegraba de que quedasen muchas ballenas. Nunca se le hubiese ocurrido matar ninguna.

Las otras cuatro unidades estaban de maniobras, jugando a eliminarse mutuamente. Sin embargo, los medioambientalistas se vengaban de las Fuerzas Submarinas de la Flota del Pacífico de los Estados Unidos. Después de treinta años de protestas por la construcción y utilización de unidades de combate, ahora protestaban porque se desguazasen. Mancuso dedicaba gran parte de su jornada laboral a archivar toda clase de informes, a contestar a preguntas y a explicar con detalle sus respuestas. «Cabrones desagradecidos», refunfuñaba Mancuso para sí. ¿Acaso no los ayudaba con las ballenas? El almirante hojeaba una nueva carpeta mientras tomaba café.

-Buenas noticias, almirante -oyó que le decían de sopetón.

-¿Quién puñeta le ha dado permiso para entrar?

-He llegado a un entendimiento con su jefe -contestó Ron Jones-. Dice que está usted enterrado en papeleo.

-Lo extraño sería que no lo supiera -dijo Mancuso, que se levantó a saludar al visitante.

El doctor Jones tenía también problemas. El fin de la guerra fría afectó a los proveedores del Ministerio de Defensa y Jones era especialista en los sistemas de sonar que utilizaban los submarinos. La diferencia estribaba en que Jones ya había ganado muchísimo dinero.

-Y bien, ¿cuáles son las buenas noticias? -dijo Mancuso.

-Que nuestro nuevo software de procesado de datos se considera el óptimo para escuchar a nuestros oprimidos colegas de sangre caliente. Acaban de llamar del Chicago. Han identificado a otros veinte cetáceos en el golfo de Alaska. Creo que conseguiré el contrato de la NOAA. Puedo permitirme invitarte a almorzar -concluyó Jones, que se sentó en un sillón de piel.

A Jones le gustaba Hawai y vestía en consonancia, con camisa de sport y unas Reebok sin calcetines.

-¿No has añorado nunca los viejos tiempos? -le dijo Bart con una torva mirada.

-¿Te refieres a ir de cacería por el océano, a cuatrocientos pies de profundidad, prensado en una lata de sardinas durante dos meses, a oler a grasa, con una taquilla por mobiliario, a comer lo mismo cada semana, y con viejas películas y programas de televisión grabados por toda distracción, con un televisor del tamaño de una cuartilla; a trabajar seis horas sumergidos y doce en superficie, con apenas cinco horas de sueño decente, siempre concentrado como un cirujano del cerebro? Vamos, Bart. Menudos buenos tiempos -dijo Jones-. Lo que echo de menos es ser lo bastante joven para creer que era divertido -añadió tras una breve pausa-. Porque no lo hacíamos nada mal, ¿verdad?

-Mejor que la mayoría -reconoció Mancuso-. ¿De qué va lo de las ballenas?

-El nuevo software que mi equipo ha concebido capta muy bien su respiración y los latidos de su corazón. Resulta en una nítida secuencia de ondas hertzianas. Cuando esos coleguillas nuestros nadan, te estallarían los tímpanos si los auscultases con un estetoscopio.

-¿Y para qué estaba concebido en principio ese software?

-Pues para seguir a superunidades japonesas, naturalmente -repuso Jones sonriente, a la vez que miraba por la ventana hacia la vacía base naval-. Aunque ya no servirían. Alteramos un centenar de códigos, adaptamos el sistema acústico y se lo ofrecimos a la NOAA.

Mancuso pudo haber pedido que aquel software se destinase al rastreo de las superunidades que los iraníes tenían en el golfo Pérsico, pero el Servicio de Inteligencia de la Armada informó que ya se les había espachurrado sola una de aquellas superunidades. Probablemente, el supersubmarino chocó con un superpetrolero y se hizo trizas. Aplastado en el fondo del Golfo por un superpetrolero cuyos tripulantes no notaron ni la más leve vibración. Además, los otros supersubmarinos, antes enemigos, estaban ahora apaciblemente amarrados en sus puertos. O quizá los iraníes terminaron por enterarse de que los marinos

llamaban «cerdos de mar» a los submarinos y decidieron abstenerse, religiosamente, de tocar semejante vianda.

-La verdad es que más vacío no puede estar eso -comentó Jones, que señaló hacia lo que fuera la más formidable base naval jamás construida.

No se veía un solo portaaviones. No había más que dos cruceros, media escuadra de destructores, un número equivalente de fragatas y cinco unidades de apoyo.

-¿Quién se creen que manda ahora la flota del Pacífico, un sargento?

-Déjate de hostias, Ron, que igual te toman la palabra.

2. Fraternidad

-¿Lo tienen? -preguntó el presidente Durling.

-Desde hace menos de media hora -confirmó Ryan a la vez que tomaba asiento.

-¿Y no ha habido heridos?

Esto tenía mucha importancia para el presidente. Y también para Ryan, aunque no lo obsesionase tanto.

-Según Clark, no hemos tenido muertos ni heridos.

-¿Y ellos? -preguntó el secretario de Estado Brett Hanson.

Era un hombre formado en la Academia Choate y en Yale. El gobierno llevaba una buena racha de «yaleítas», pensaba Ryan, aunque Hanson no era tan bueno como el último con el que trabajó. Bajito, delgado e inquieto, Hanson era una especie de hombre de ida y vuelta, cuya carrera oscilaba entre el servicio al gobierno, el asesoramiento financiero, el trabajo como presentador de la PBS -que es donde se ejerce verdadera influencia- y una lucrativa colaboración con uno de los bufetes más prestigiosos de la ciudad. Era especialista en derecho mercantil e internacional, conocimientos que, tiempo atrás, le fueron muy útiles para negociar acuerdos entre multinacionales. A Jack le constaba que lo hizo bien. Lamentablemente, tomó posesión de su cargo convencido de que, en los asuntos de Estado, valían semejantes lindezas (dándolo por sentado, sería más exacto decir).

-No lo he preguntado -repuso Jack tras reflexionarlo unos instantes.

-¿Por qué?

Aunque Ryan pudo haberle contestado de muchas maneras, pensó que era mejor ponerse en su sitio desde el primer momento. Y se lo espetó sin contemplaciones.

-Porque no era importante. El objetivo, señor secretario, era apresar a Corp. Y se hizo. Dentro de unos treinta minutos, lo entregaremos a las autoridades legítimas de su país para que sea juzgado de acuerdo a sus leyes, ante un jurado formado por sus compatriotas, o comoquiera que se juzgue allí a las personas -dijo Ryan, que matizó un aspecto que no se molestó en comprobar.

-Eso equivale a un asesinato.

-Yo no tengo la culpa de que a sus compatriotas no les caiga bien, señor secretario. Además, es responsable de la muerte de soldados americanos. De haber optado por eliminarlo nosotros mismos, tampoco sería un asesinato. No hubiese sido más que un expeditivo ejercicio de seguridad nacional. Que así es como se habría procedido en otro tiempo -dijo Ryan, que vino a reconocer que los tiempos habían cambiado y que también él tendría que adaptarse a la nueva realidad-En lugar de ello -prosiguió- nos portamos como buenos ciudadanos del mundo. Detenemos a un peligroso asesino internacional y lo ponemos en manos del gobierno de su país. Allí lo juzgarán por tráfico de drogas, que es delito, que yo sepa, dondequiera que exista la ley. Lo que ocurra después es cosa de los tribunales de su país, con el que mantenemos relaciones diplomáticas y con el que concertamos tácitos acuerdos de asistencia y cuyas leyes debemos, por lo tanto, respetar.

A Hanson no le gustó eso nada. Se notó, claramente, por su manera de recostarse en el sillón. En público, tendría que presentar la misma tesis, porque no cabía alternativa.

Exteriores (la Secretaría de Estado) se llenó la boca el año anterior -por lo menos una docena de veces-, con el anuncio oficial del apoyo americano a aquel gobierno. Lo que más le escocía a Hanson era que le enmendase la plana el joven advenedizo que tenía delante.

-Así tienen, por lo menos, una posibilidad de que los absuelvan, Brett -dijo el presidente en tono amable, dando con ello su aprobación a la operación WALKMAN-. Y aquí no ha pasado nada.

-Sí, señor presidente.

-Es obvio, Jack, que tenía usted razón acerca del tal Clark. ¿Qué hacemos con él?

-Yo lo dejaría al criterio del DCI, señor. Quizá otra estrella de Servicios Distinguidos -sugirió Ryan, que confiaba en que Durling se lo comentase a Langley, o que le hiciese una discreta llamada personal a Mary Pat.

Y ahora tocaba un poco de esgrima, una nueva disciplina para Ryan.

-Por si acaso no lo sabe usted, señor secretario -remachó Jack-, nuestros hombres tenían órdenes de no matar, si podían evitarlo. Al margen de ello, mi única preocupación son las vidas de los nuestros.

-Habría preferido que se lo hubiese dicho así antes a mis colaboradores -replicó Hanson de mal talante.

Cuenta hasta diez, se ordenó Ryan. De nuevo el galimatías de la «razón de Estado», igual que con el antecesor de Ryan. Después de entrar en el país, para restablecer el orden conculcado por los «señores de la guerra» -otra expresión acuñada por los medios informativos, para etiquetar a quienes no eran sino vulgares criminales-, los poderes «fácticos» decidieron, después de que toda la operación se fuese a hacer puñetas, que los «señores de la guerra» en cuestión debían ser parte de la solución política del problema. Que el problema empezaron por crearlo los «señores de la guerra», se dejó convenientemente a un lado. Era la ambigüedad de aquella «lógica» lo que más sublevaba a Ryan, que se preguntaba si de verdad enseñaban lógica en Yale. Allí debía de ser una optativa. Y ya ves tú: en el Boston College era obligatoria.

-Ya está hecho, Brett -dijo Durling en tono pausado-, y nadie va a llorar porque Corp pase a mejor vida. ¿Algo más? -le preguntó el presidente a Ryan.

-Pues que los hindúes están un poco traviesos. Han aumentado el ritmo operativo de su Armada y realizan maniobras frente a Sri Lanka...

-Eso ya lo han hecho antes -lo atajó el secretario de Estado.

-No con tal potencial. Y no me gusta la forma en que siguen en conversaciones con los «tigres tamiles», o comoquiera que esos condenados maníacos se llamen a sí mismos. Prestarse a amplias negociaciones con un grupo guerrillero que opera en el territorio de un vecino, no es un acto amistoso.

Otra nueva preocupación para el presidente. Las dos ex colonias británicas llevaban mucho tiempo de buena vecindad. Sin embargo, la población tamil de la isla de Sri Lanka llevaba años alimentando una pequeña pero incordiante insurrección. Los cingaleses -más propiamente srilankeses-, emparentados con poblaciones de la India continental, pidieron la ayuda de tropas extranjeras como presencia pacificadora, y la Unión India accedió. Sin embargo, lo que empezó honorablemente tomaba otro sesgo. Se rumoreaba que el gobierno de Sri Lanka no tardaría en pedir la evacuación de los soldados hindúes. Y se rumoreaba también que habría «dificultades técnicas» para hacer efectiva la retirada. En consonancia con lo anterior, se informaba de que había tenido lugar una conversación entre el ministro de Exteriores de la India y el embajador norteamericano, en el curso de una recepción en Nueva Delhi.

-Mire usted -habría dicho el ministro, tras unas copas de más, pero probablemente oportunas-, nuestras aguas meridionales se llaman océano Indico, y tenemos una armada para protegerlo. Tras diluirse la antigua amenaza soviética, nos preguntamos por qué la Armada norteamericana parece tan resuelta a mantener allí una flota.

El cargo de embajador en aquel país se había convertido en un cargo político, más que diplomático (por las razones que fuere, la India era, desde hacía algún tiempo, un destino de prestigio, a pesar del clima). El nombramiento era también una sorprendente excepción al esnobismo profesional de Scott Adler (del equipo de Exteriores). El ex gobernador de Pennsylvania habría sonreído y musitado algo acerca de la libertad de navegación, para, acto seguido, enviar un mensaje cifrado a «Foggy Bottom» antes de acostarse. A ver si Adler se enteraba de una vez de que no todos eran tontos.

-No vemos ningún síntoma de intenciones agresivas en esa dirección -dijo Hanson tras reflexionar unos instantes.

-El factor étnico es inquietante. India no puede aspirar a ninguna expansión por el norte, con la barrera montañosa de por medio. Por el oeste no hay caso. Los paquistaníes también tienen armas nucleares. Al este está Bangla Desh... ¿Para qué crearse problemas? Sri Lanka, en cambio, tiene auténticas posibilidades estratégicas para ellos, acaso como trampolín.

-¿Para saltar adónde? -preguntó el presidente.

-A Australia. Espacio y recursos, poca población y sin un gran aparato militar para hacerles frente.

-No creo, en absoluto, en esa posibilidad -afirmó el secretario de Estado.

-Si los rebeldes tamiles tiran un poco más de la cuerda, yo sí creo que la India aumente su presencia pacificadora. El siguiente paso sería la anexión, siempre que se den las circunstancias propicias; y luego nos encontraríamos, de pronto, con una potencia imperial jugando a los soldaditos en el quinto pino y poniendo nervioso a uno de nuestros históricos aliados -replicó Jack.

Lo cierto era que proporcionar medios a los rebeldes tamiles, para que no dejasen de incordiar, era una táctica tan tradicional como sencilla. Que es siempre muy útil delegar, ¿o qué?

-En términos históricos, lo más barato es, siempre, abortar tales ambiciones de cuajo -apostilló Ryan.

-Pues por eso está la Armada en el océano Índico -le recordó Hanson en tono ufano.

-Cierto -concedió Ryan.

-¿Bastan allí nuestras fuerzas para pararlos, si se pasan de la raya?

-Sí, señor presidente. De momento sí, aunque no me gusta nada la reducción de efectivos de nuestra Armada. Los portaaviones que tenemos en la región, en estos momentos (salvo dos, que están en el dique seco) están desplegados o al frente de convoyes listos para intervenir. No tenemos reservas estratégicas dignas de ese nombre.

Ryan hizo una pausa, consciente de que iba demasiado lejos, aunque resuelto a ello pese a todo.

-Hemos reducido demasiado, señor -concluyó-. Tenemos a los nuestros con el alma en vilo.

Raizo Yamata estaba sentado en el suelo frente a la tradicional mesita, vestido con un elegante kimono de seda.

-Se trata, simplemente, de que no son tan competentes como creíamos que eran. Eso es cosa del pasado -dijo.

Quienes, sentados como él, estaban en derredor de la mesa miraron discretamente sus relojes. Eran casi las tres de la madrugada y, aunque aquélla era una de las mejores casas de geishas de la ciudad, era realmente tarde. Claro que Raizo Yamata era un encantador anfitrión. Un hombre muy rico y sagaz, pensaban sus invitados. O, por lo menos, la mayoría.

-Nos han protegido durante generaciones -comentó uno.

-¿De qué? ¿De nosotros mismos? -inquirió Yamata con una aspereza excusable en aquellos momentos.

Todos los que estaban alrededor de la mesa eran hombres de exquisita cortesía, se conocían mucho -íntimos amigos en algunos casos- y estaban todos a punto de rebasar su límite de alcohol. Y en tales circunstancias las normas del trato social se alteraban un poco. Nadie se mordía la lengua. Palabras que, normalmente, resultarían insultantes, se aceptaban entonces sin pestañear, aunque se replicase con acritud, pues ningún rencor iba a quedar después. También eso era una norma, aunque, como ocurre con la mayoría de las reglas, tenía mucho de pura teoría. Por más que la discusión no acabase con las amistades ni las relaciones, las palabras no se olvidaban del todo.

-¿Cuántos de nosotros no han sido víctimas de esa gente? -prosiguió Yamata.

Los otros japoneses sentados en derredor de la mesa repararon en que Yamata no había dicho «de esos bárbaros». La razón era la presencia de dos extranjeros. Uno era el vicealmirante V. K. Chandraskatta, comandante de una flota de la Armada de la India, que estaba de permiso. El otro era Zhang Han San -nombre que significaba «Montaña Fría» y que no le pusieron sus padres-, un alto diplomático chino, integrante de una misión comercial destacada en Tokio. Este último era mejor aceptado por los demás que el primero, a quien, a causa de su piel cenicienta y de sus marcadas facciones, miraban los demás con educado desdén.

Aunque se tratase de un educado e inteligente aliado potencial, les resultaba más gaijin que el invitado chino. Y los ocho zaibatsu que estaban alrededor de la mesa, creían olerlo, a pesar de todo el sake ingerido, que, normalmente, embota los sentidos. Por esta razón, Chandraskatta ocupaba el lugar de honor, a la derecha de Yamata. Los zaibatsu se preguntaban si el hindú habría reparado en que, el supuesto honor, no era sino una refinada manera de desprecio. Probablemente, no lo había advertido. Al fin y al cabo, era un bárbaro, aunque acaso un bárbaro útil.

-Reconozco que no son tan formidables como fueron, Yamatasan. Sin embargo, le aseguro -dijo Chandraskatta con su acento de Dartmouth- que su Armada es todavía formidable. Con los dos portaaviones que tienen en mi océano, se bastan para frenar a mi Armada.

-¿Ni siquiera con sus submarinos podrían derrotarlos? -dijo Yamata, que ladeó la cabeza hacia su invitado.

-No -contestó con franqueza el almirante, que, poco afectado por la bebida, se preguntaba adónde llevaba aquella conversación-. Debe hacerse cargo, no obstante, que semejante pregunta equivale casi a un ejercicio técnico; a un experimento científico, podríamos decir quizá -matizó Chandraskatta, que se ajustó el kimono que Yamata le dio para uniformarlo, como auténtico miembro de su grupo-. Si se quiere derrotar a una flota enemiga, hay que acercarse mucho para usar las armas. Con los instrumentos de vigilancia que poseen, pueden detectar nuestra presencia y seguir nuestros movimientos desde muy lejos. De tal manera, les es posible mantener una presencia de cobertura desde, pongamos, unos seiscientos kilómetros de distancia. Y comoquiera que nosotros no disponemos de una cobertura equivalente para localizarlos y seguirlos, no podríamos sorprenderlos fácilmente.

-¿Es ésa la razón de que aún no hayan irrumpido ustedes en Sri Lanka? -preguntó Tanzan Itagake.

-Es una de las consideraciones -admitió el almirante.

-¿Cuántos portaaviones tienen ellos ahora? -prosiguió Itagake.

-¿En su flota del Pacífico? Cuatro. Dos en nuestro océano y dos
en la base de Hawai.

-¿Y los otros dos? -preguntó Yamata.

-El Kitty Hawk y el Ranger están en período de revisión y reparaciones y tardarán uno y tres años respectivamente en volver al mar. La Séptima Flota puede contar en estos momentos con todos sus portaaviones; la Primera, con ninguno. La Armada de los Estados Unidos tiene otros cinco portaaviones en servicio, asignados a la Segunda y a la Sexta flotas, aunque uno de ellos entrará en el período de revisión dentro de seis semanas -explicó Chandraskatta sonriente, porque su información estaba muy al día y quería hacérselo notar a sus anfitriones-.

Lo que sí debo decir, también, es que, por más disminuida que la Armada de los Estados Unidos pueda parecer, si lo comparamos con... ¿cuándo? ¿Cinco años? Comparándola con su situación de hace cinco años, está muy debilitada, sí, pero comparada con cualquier otra armada del mundo, sigue siendo descomunalmente fuerte. Uno solo de sus portaaviones podría hacer frente a los de todos los demás países juntos.

-En tal caso, convendrá conmigo en que sus portaaviones son su arma más potente, ¿verdad? -dijo Yamata.

-Por supuesto -repuso Chandraskatta, que ordenó un poco la mesita y colocó la botella de sake en el centro-. Imagine que esto es el portaaviones. Trace en derredor un círculo de mil kilómetros. Pues bien, dentro de ese radio no se mueve nada sin permiso de la fuerza aérea del portaaviones. En la práctica, aumentando su tempo operativo, ese radio llega a mil quinientos kilómetros. Pueden atacar dentro de un radio aún mayor, en caso necesario. Incluso con este mínimo que acabo de ilustrar, controlan una extensa franja del océano. Príveseles de esos portaaviones y serán como cualquier otra armada de fragatas. Lo peliagudo es cómo alejarlos -concluyó el almirante, que utilizaba a propósito un lenguaje sencillo para que lo comprendiesen los industriales.

No se equivocaba Chandraskatta al dar por sentado que, aquellos empresarios, sabían poco de asuntos militares. Sin embargo, subestimó su capacidad para aprender. El almirante procedía de un país con una tradición militar poco conocida fuera de sus fronteras. Los hindúes frenaron a Alejandro Magno, coparon a su ejército, hirieron al conquistador macedonio -quizá mortalmente- y acabaron con su expansión. Fue un logro que ni persas ni egipcios alcanzaron jamás. Tropas hindúes lucharon a las órdenes de Montgomery al derrotar éste a Rommel. Y aplastaron al ejército japonés en Imphal, hecho que Chandraskatta no pensaba sacar a colación, ya que una de las personas allí presentes fue soldado raso de aquel ejército.

El hindú se preguntaba cuáles debían de ser sus intenciones, aunque, por el momento, se contentaba con disfrutar de su hospitalidad y con responder a sus preguntas, elementales por demás. Aquel espigado y apuesto alto oficial echó el cuerpo un poco hacia atrás, loco por sentarse en una silla y beber como es debido. Porque el sake que servían aquellos remilgados empresarios de tres al cuarto se parecía más al agua que a la ginebra, que era lo que habitualmente prefería beber.

-¿Y si se pudiera? -preguntó Itagake.

-Tal como acabo de explicar -repuso Chandraskatta en tono paciente-, sería como cualquier otra armada de fragatas. Desde luego, no hay que olvidar sus formidables unidades de superficie, aunque la «burbuja» que controla cada unidad es mucho más pequeña. Con una fragata se puede uno proteger, pero no proyectarse.

Chandraskatta se percató en seguida de que su terminología atrancaba la conversación. Uno de los presentes tradujo el sentido de aquella jerga e Itagake echó el cuerpo hacia atrás y profirió un largo iAaaaah!», como si acabase de columbrar algo profundo. Para Chandraskatta era algo sumamente sencillo y, por un momento, olvidó que así era, a menudo, lo profundo. No dejó, sin embargo, de reconocer que algo importante acababa de tener lugar.

¿Qué se proponen? Habría dado la mano derecha por saberlo. Fuese lo que fuese, incluso podía ser útil, estando prevenidos. No imaginaba que sus anfitriones le daban vueltas a la misma idea.

-La de gasoil que queman -comentó el oficial del grupo de operaciones al dar su parte de la mañana.

El Dwight D. Eisenhower llevaba rumbo cero-nueve-ocho grados, este cuarta al sureste, a doscientas millas náuticas al sureste del atolón Felidu. La velocidad de la flota era de dieciocho nudos, y aumentaría para el inicio de las operaciones de vuelo. El despliegue táctico básico, previsto en los mapas, lo había actualizado hacía cuarenta minutos el radar de un E-3C

de reconocimiento y, desde luego, la Armada hindú quemaba «bunker-charlie» a base de bien, o lo que utilizasen entonces para propulsar sus naves.

El despliegue que el oficial tenía frente a él podía haber sido, perfectamente, el de una formación de portaaviones de combate de la Armada de los Estados Unidos. Los dos portaaviones hindúes, el Viraat y el Vikrant, ocupaban el centro de una formación circular, ideada por Nimitz hacía casi ochenta años. Como unidades de escolta iban el Delhi y el Mysore, destructores lanzamisiles, de fabricación propia, armados con un sistema de misiles SAM, acerca del cual se tenía poca información (algo siempre preocupante para los aviadores). Un segundo anillo lo formaban destructores Kashin, versión hindú de un anticuado destructor ruso, equipado también con misiles SAM. Sin embargo, lo más interesante eran otros dos factores.

-Los buques de reabastecimiento Rajaba Gan Palan y Shakti han vuelto al grupo de combate después de un breve alto en Trivandrum...

-¿Cuánto han permanecido en puerto? -preguntó Jackson.

-Menos de veinticuatro horas -contestó el capitán de fragata Ed Harrison, oficial del grupo de operaciones-. Los reabastecen en ciclos muy rápidos, señor.

-De manera que sólo han ido a repostar. ¿Cuánto combustible transportan?

-Unas mil trescientas toneladas de «bunker fuel» cada uno, y otras mil quinientas de «JP». La unidad gemela Deepak se ha destacado del grupo de combate y va rumbo noroeste, probablemente también a Trivandrum, tras realizar ayer operaciones que ignoramos.

-De manera que trabajan a destajo para mantener sus depósitos al máximo. Interesante. Prosiga -ordenó Jackson.

-Creemos que cuatro submarinos acompañan al grupo. A uno lo tenemos medianamente localizado; a dos, casi los hemos perdido por aquí -dijo Harrison, que describió con la mano un círculo frente al mapa-. El cuarto no sabemos dónde está, señor. Trabajaremos en ello hoy.

-¿Están nuestros submarinos ahí? -preguntó Jackson al comandante del grupo.

-El Santa Fe está muy cerca, y el Greenville está equidistante entre nosotros y ellos. El Cheyenne está aún más cerca del grupo de combate, para cerrar el paso -contestó el contraalmirante Mike Dubro mientras tomaba su café de por la mañana.

-El plan para el día, señor -prosiguió Harrison-, es enviar cuatro F/A-18 Echoes con combustible suficiente para llegar a este punto del este, designado POINT BAUXITE, desde donde virarán al noroeste, se acercarán hasta unas treinta millas del grupo de combate hindú, rondarán por allí unos treinta minutos y luego regresarán a BAUXITE para repostar y regresar, tras un vuelo de cuatro horas y cuarenta y cinco minutos.

Para que los cuatro aparatos pudiesen cumplir con la misión, se necesitaban ocho para que pudieran repostar en pleno vuelo, tanto a la ida como a la vuelta. Esto significaba tener casi que vaciar los depósitos del Ike.

-Así les hacemos creer que seguimos por allí -dijo Jackson sonriente, sin referirse para nada al desgaste que, inevitablemente, impondría a la dotación de sus aparatos semejante misión-. Veo que sigue tan astuto como siempre, Mike.

-Todavía no tienen información sobre nosotros. Y vamos a tratar de que sigan así -añadió Dubro.

-¿Qué misiles llevan los «Bugs»? -preguntó Robby, utilizando el nombre con el que los militares se referían a los F/A-18 Hornet-. ¿Qué proyectiles?

-Cuatro Harpoons cada uno. Blancos -repuso Dubro.

En la Armada, los misiles de maniobras eran de color azul. Los de combate se solían pintar de blanco. Los Harpoons eran misiles aire-tierra. Por los Sidewinders y por los misiles AMRAAM, aire-aire, que eran parte del armamento básico del Hornet, no tenía que preguntar.

-Lo que yo querría saber es qué demonios se proponen -dijo en tono pausado el comandante del grupo de combate.

Lo mismo querían saber todos. El grupo de combate hindú -como lo llamaban, porque eso era exactamente- llevaba ocho días en el mar, patrullando frente a la costa meridional de Sri Lanka. La misión del grupo era, supuestamente, apoyar al contingente hindú de pacificación, cuya labor consistía en contribuir a la solución del problema de los rebeldes tamiles. Aunque había un pequeño detalle: a los rebeldes tamiles se los dejaba campar, con cierta impunidad, por el norte de la nación isleña, y la flota hindú estaba en el sur. Sus dos portaaviones maniobraban de continuo, para evitar la ruta mercante, inavistables desde tierra, aunque dentro del alcance de su dotación aérea. Mantenerse a distancia de la Armada de Sri Lanka era tarea fácil. La unidad de mayor tamaño que poseía el país hubiese hecho las delicias de cualquier nuevo multimillonario para habilitarlo como yate, pero de ahí no pasaba.

En resumidas cuentas: la Armada hindú llevaba a cabo una operación de presencia encubierta, lejos de donde era normal que estuviese. La presencia de unidades de reabastecimiento significaba que se proponían permanecer allí una temporadita y, también, que los hindúes ganaban un tiempo considerable en el mar, al acortar los inevitables períodos de amarre para revisión, reparaciones y reabastecimiento de combustible. La verdad llana era que la Armada hindú operaba igual que lo había hecho la Armada norteamericana durante generaciones. La diferencia estribaba en que los Estados Unidos no albergaban ningunas ambiciones respecto de Sri Lanka.

-¿De maniobras todos los días? -dijo Robby.

-Es que son muy diligentes, señor -asintió Harrison-. Dispuestos a enviarnos un par de Harriers a saludar a nuestros Hornets. Muy simpáticos.

-No me gusta -comentó Dubro-. Cuéntele lo de la semana pasada.

-Ya verá qué divertido -dijo Harrison, que accionó la tecla rápida del archivo del ordenador-. Esté atento, señor, porque en seguida se ve el inicio de las maniobras.

En la pantalla del monitor, Robby vio que una escuadra de destructores se alejaba de la formación principal, hacia el suroeste, lo que, en el momento de ocurrir, significaba ir derechos hacia el grupo «Lincoln» y provocar la alerta en el departamento del grupo de operaciones. A cola, los destructores hindúes empezaron a moverse de manera errática y luego enfilaron rumbo norte a toda velocidad. Los radares y las radios se quedaron sin señal, tras variar el rumbo la formación rápidamente, hacia el este.

-El comandante de la escuadra de destructores sabe lo que hace. El grupo «Lincoln» supondría que enfilaban realmente hacia el este, para ir a refugiarse a su frente estacionario. Pero, como puede ver, siguen esta otra dirección.

Semejante pifia habría permitido a los destructores acercarse a toda máquina, hasta que los objetivos quedasen al alcance de sus misiles, antes de que sus propios Harriers despegasen de las cubiertas para atacar a las unidades de superficie.

En los diez minutos que duró el playback computerizado, Robby no perdió de vista que aquello no era más que un simulacro de ataque a un portaaviones y un grupo de apoyo por parte de la dotación de una escuadra enemiga de destructores, dispuesta, como había quedado cumplidamente demostrado, a sacrificar sus barcos y sus vidas en aras de su azarosa misión. Y lo más preocupante era que el ataque había tenido éxito. Aunque hundieran algunas de aquellas latas de sardina, algunos de sus misiles penetrarían en las defensas de los portaaviones, alcanzando sus blancos. Por más grandes y sólidos que fueran los portaaviones, no era preciso causarles grandes daños para impedir el vuelo de sus aparatos. Y eso era tan eficaz como hacer una carnicería.

Los hindúes eran los únicos que tenían portaaviones en aquel océano, aparte de los norteamericanos, cuya presencia les resultaba particularmente molesta, como Robby sabía bien. El objeto de aquellas maniobras no era precisamente el de retirar a sus propios portaaviones.

-Me da en la nariz que no nos quieren por aquí -dijo Dubro con una agria sonrisa.

-Lo que me da en la nariz a mí es que necesitamos mejor información sobre sus intenciones. En estos momentos, Mike, no tenemos a ningún agente del Servicio de Inteligencia.

-No me sorprende lo más mínimo. ¿Y qué hay de sus intenciones respecto de Ceilán? -dijo Dubro, que tenía más en la punta de la lengua el antiguo nombre de Sri Lanka.

-Nada especial, que yo sepa. Aunque lo que acabo de ver me dice mucho.

Como miembro de la J-3, el Directorio de Planificación de la Junta de Jefes de Estado Mayor, Robby tenía acceso, literalmente, a toda la información que obtenían los distintos servicios de inteligencia norteamericanos.

Ya lo creo que le decía mucho lo que había visto. Todo lo que había que hacer era fijarse en la pantalla; ver dónde estaba el agua, dónde la tierra y dónde los barcos. La Armada hindú patrullaba de tal forma que se interponía entre Sri Lanka y cualquiera que pudiera acercarse a la isla por el sur (la Armada norteamericana, por ejemplo). Que no en vano habían hecho unas maniobras simulando atacarla. Y con ese objetivo estaba claramente dispuesta a permanecer en el mar mucho tiempo. Si se trataba sólo de maniobras, les salían por un ojo de la cara. ¿Y si no? Cualquiera sabía.

-¿Y sus anfibios?

-No están cerca -contestó Dubro-. Es todo lo que sé. No dispongo de unidades para ir a comprobarlo, ni a nadie del Servicio de Inteligencia. Poseen un total de dieciséis LSC y calculo que unos doce pueden operar en formación. Supongo que podrían transportar el equivalente a una brigada, con el correspondiente armamento, lista para desembarcar en cualquier playa. Hay pocos puntos accesibles en la costa norte de la isla. No es posible llegar desde aquí, por lo menos, en condiciones. Necesito más unidades, Robby.

-No podemos disponer de más unidades, Mike.

-Dos submarinos. Ya ves que no pido mucho. Y necesito más apoyo del Servicio de Inteligencia. Tú mismo te das cuenta.

Pedía los dos submarinos para cubrir el golfo de Mannar, el punto por donde era más probable que se produjese una invasión.

-Bueno -asintió Jackson-. Haré lo que pueda. ¿Cuándo salgo?

-Dentro de dos horas.

Regresaría en un reactor antisubmarino Viking S-3. El «Hoover», como lo llamaban, un aparato de mucha autonomía. Eso era importante. Volaría a Singapur para acentuar la impresión de que el grupo de combate estaba al sureste de Sri Lanka y no al suroeste.

Jackson se decía que, en aquel viaje, habría volado un total de veinticuatro mil millas para lo que, esencialmente, no había sido más que media hora de información y de ver las cosas con los ojos de un aviador experto. Miró un instante hacia las baldosas del suelo y echó la silla hacia atrás. Harrison tecleaba para mostrar, a menor escala, lo que aparecía en pantalla. Se veía ahora al Abraham Lincoln enfilar hacia el noreste desde la isla de Diego García, con una adicional ala aérea de apoyo, al mando de Dubro. La iba a necesitar. El tiempo operativo necesario para controlar a los hindúes -sobre todo si se quería hacer por sorpresa- exigía un tremendo desgaste a hombres y aparatos. Los mares eran demasiado grandes para controlarlos con sólo ocho portaaviones operativos y, allá en Washington, nadie se hacía cargo. El Enterprise y el Stennis se ponían a punto para relevar al Ike y al Abe dentro de unos meses, lo que significaba que, en determinado momento, la presencia norteamericana en la zona sería aún más precaria. Y los hindúes estarían, sin duda, al corriente de ello. Era imposible ocultarles a las familias el regreso de las dotaciones a sus hogares, a disfrutar de su permiso. Se correría la voz. Llegaría a oídos de los hindúes. ¿Y qué harían entonces?

Murray se levantó al ver llegar a la persona que había invitado a almorzar.

-Hola, Clarice.

La veía como su enfermera Ruth particular, la conmovedora heroína de Elizabeth Gaskell. Bajita y con algún que otro kilito de más, la doctora Golden rondaba los cincuenta y cinco. Tenía unos vivaces ojos azules y una expresión que siempre parecía a punto de revelar la chispa de un buen chiste. Se parecían, y esa similitud era la que alimentaba su buena relación. Ambos eran inteligentes y serios profesionales, y ambos disfrazaban su intelectualismo con elegancia: hombre simpático y simpática y realizada mujer, animadores de cualquier fiesta a la que asistiesen. Sin embargo, bajo risas y sonrisas había unas mentes penetrantes que captaban mucho y a las que muy poco escapaba. Murray consideraba que Golden hubiese podido ser una formidable detective. Y en la misma estima profesional lo tenía ella.

-¿A qué deberé tanto honor, señora? -dijo Dan con su habitual cortesía.

El camarero les dejó las cartas y ella aguardó a que se alejase, con el mismo talante festivo que empleó Murray, quien, aunque no dejaba de sonreír, miraba algo más escrutadoramente el diminuto cuerpo de su invitada.

-Necesito consejo, mister Murray -repuso Golden con un súbito cambio de expresión-. ¿Quién tiene jurisdicción sobre delitos cometidos en dependencias de propiedad estatal?

-Siempre el FBI -repuso Dan, que se recostó en la silla y palpó su pistola reglamentaria.

Murray vivía entregado a hacer cumplir la ley, y notar que su arma reglamentaria estaba donde debía estar era como una íntima piedra de toque, un recordatorio de que, por más elevado e importante que fuese el cargo que rezaba en la placa de la puerta de su despacho, empezó en la brigada antiatracos de Filadelfia, y que su placa y su pistola lo acreditaban, sobre todo, como miembro del más distinguido cuerpo de policía de su país.

-¿Aunque sea en el Capitolio? -preguntó Clarice.

-Aunque sea en el Capitolio -confirmó Murray.

Le sorprendió el silencio en que se sumió ella acto seguido. Golden era muy poco dada a reservas mentales. Casi siempre sabía uno lo que pensaba... Es decir, sabía uno lo que ella quería que supiese, se corrigió. Alguna que otra triquiñuela utilizaba, claro está; igual que él.

-A ver, dígame de qué va, doctora Golden.

-Violación.

Murray asintió con la cabeza y dejó la carta a un lado.

-De acuerdo. Pero, antes que nada, háble me de su paciente.

-Tiene treinta y cinco años y es soltera. Me la mandó su ginecólogo, viejo amigo mío. Cuando vino a mí, no es que estuviese deprimida, sino que tenía una depresión clínica. Llevo tres sesiones con ella.

Sólo tres, pensó Murray. Clarice hacía milagros en lo suyo, con una extraordinaria capacidad de penetración. Menuda interrogadora hubiese sido, con aquella dulce sonrisa y su voz maternal.

-¿Cuándo ocurrió? -preguntó Murray, que se dijo que los nombres podían esperar. De momento se conformaba con los simples hechos.

-Hace tres años.

El agente del FBI -que prefería que le siguiesen llamando «agente especial» que subdirector, como era entonces- frunció de inmediato el ceño.

-Eso es mucho tiempo, Clarice. Y supongo que no debió de haber reconocimiento médico.

-No. Es su palabra contra la suya; con una salvedad.

Golden se alcanzó el bolso y sacó las fotocopias de la carta de Beringer, ampliadas. Murray leyó con detenimiento mientras la doctora Golden observaba su reacción.

-¡Hostia puta! -exclamó Dan.

El camarero merodeaba a casi diez metros de la mesa. Se decía que sus clientes debían de ser un periodista y su fuente de información, como no era nada infrecuente en Washington.

-¿Dónde está el original? -preguntó Murray.

-En mi consultorio. A buen recaudo -contestó Golden.

La respuesta hizo sonreír a Murray. De momento, las fotocopias ya servían. Además, esa clase de papeles retienen muy bien las huellas dactilares, sobre todo si se ocultan en lugar seco y frío, como hacían muchos con esta clase de cartas. A la empleada del Senado en cuestión, se le habrían tomado las huellas dactilares, en su momento, como parte de las medidas de seguridad, lo que significaba que la presunta autora de la carta podría ser perfectamente identificada. La carta refería la hora, el lugar, los hechos; y anunciaba también su deseo de morir. Pese a lo triste que era, aquel documento tenía la virtud de ser equiparable a la declaración de un moribundo y, por lo tanto, aducible y admisible por los tribunales de Washington como parte de las pruebas documentales en un juicio por lo penal. La defensa protestaría -siempre lo hacía- y la protesta le sería denegada -siempre la denegaban-. Los miembros del jurado no se perderían palabra, inclinados hacia adelante, como hacían siempre, para oír aquella voz de ultratumba. Claro que, en este caso, no habría jurado, por lo menos al principio.

Murray detestaba los casos de violación. Como hombre y como policía, veía a esta clase de delincuentes con especial desprecio. Consideraba un insulto, a su propia hombría, que alguien pudiera cometer una acción tan insensata como cobarde. Lo que profesionalmente le sublevaba más es que, en los casos de violación, muy a menudo se trataba de la palabra de una parte contra la palabra de la otra. Como la mayoría de los policías dedicados a la investigación, Murray desconfiaba de todo testimonio ocular. La gente era muy mala observadora -así de sencillo-, y las víctimas de violación, destrozadas por la agresión, testificaban a menudo mal, lo que aprovechaba la defensa para rebatir el testimonio. Las pruebas médicas, en cambio, pesaban como tales, y eran incontrovertibles. Esas eran las pruebas que a Murray le encantaban.

-¿Basta para iniciar una investigación por lo penal?

-Sí...señora -repuso Murray en tono pausado, alzando la vista. -Y para quien es...

-¿Mi cargo actual? Pues... soy una especie de versión callejera del subdirector ejecutivo de Bill Shaw. ¿No conoce a Bill, verdad?

-Sólo por su fama.

-Pues es todo cierto -le aseguró Murray-. Fuimos compañeros de clase en Quantico, y empezamos juntos, de la misma manera, en el mismo lugar. Vemos las cosas del mismo modo: un delito es un delito. Nosotros somos policías. Y no hay más cera que la que arde, Clarice.

Pese a la devoción con que se afirmaba en su credo por su misión, aún exclamaba mentalmente ¡Hostia puta! Porque la dimensión política del asunto se las traía. Menudo problema para el presidente. Y para cualquiera. Porque estaba clarísimo que a Barbara Linders y a Lisa Beringer las violaron con el agravante de abuso de confianza. Aunque el verdadero fondo de la cuestión era muy sencillo: treinta años atrás, Daniel E. Murray se graduó en la Academia del FBI de Quantico, Virginia, alzó la mano derecha y prestó juramento ante Dios. Había cosas turbias. Siempre las habría. Un buen agente debía usar de su capacidad de discernimiento; saber qué leyes podían flexibilizarse, y hasta qué punto. Pero no hasta aquel punto, ni aquella ley.

Bill Shaw estaba cortado por el mismo patrón. El destino le deparó una posición tan apolítica como pueda serlo en cargo en Washington. Se había labrado una reputación de hombre íntegro, y era demasiado viejo para cambiar. Un caso como aquél iría derecho a su despacho de la séptima planta.

-No tengo más remedio que preguntárselo: ¿es cierto?

-Con mi leal saber y entender profesional, puedo asegurar que mi paciente dice la verdad en todos y cada uno de los detalles.

-¿Está dispuesta a testificar?

-Si...

-¿Qué opina de la carta?

-Que también es auténtica, sicológicamente hablando.

Esto era algo que Murray ya sabía, por su experiencia en otros casos. No obstante, él, en primer término; luego, otros agentes, y, por último, el jurado... tenían que oírselo a alguien profesional.

-¿Y qué haremos? -preguntó la sicóloga.

Murray se levantó, para sorpresa y decepción del merodeante camarero.

-Pues irnos derechos a la Dirección General, a ver a Bill. Pondremos a los agentes a redactar un informe de inmediato. Y Bill, yo y el agente a quien se asigne para el caso cruzaremos la calle hasta el ministerio para ver al fiscal general. Después, ya no sé, exactamente. Nunca hemos tenido un caso así. Por lo menos... desde principios de los setenta. Y no estoy seguro de cuál es ahora el procedimiento. Con su paciente, lo usual: largas y duras entrevistas. Hablaremos con la familia de Lisa Beringer; con sus amigos; buscaremos documentos, diarios. Éste es sólo el lado técnico, sin embargo. El aspecto político será peliagudo.

Y, por esta razón, Dan estaba seguro de que iba a ser el hombre elegido para el caso. Otro ¡Hostia puta! cruzó por su mente, al recordar el pasaje de la Constitución por el que se orientaría todo el procedimiento. La doctora Golden advirtió una vacilación en sus ojos y -cosa rara en ella- no supo interpretar su significado.

-A mi paciente hay que...

Murray parpadeó. ¿Qué si no?, se dijo. Un delito es un delito.

-Lo sé, Clarice. A su paciente hay que hacerle justicia. Y a Lisa Beringer. Y ¿sabe qué? También al gobierno de los Estados Unidos de América.

No tenía aspecto de ingeniero de software. No era en absoluto desaliñado. Llevaba un traje a rayas y maletín. Podría haber dicho que se trataba de un disfraz, exigido por su clientela y por el ambiente profesional que lo rodeaba. La llana verdad era, sin embargo, que prefería la pulcritud.

El procedimiento no podía ser más sencillo. El cliente utilizaba poderosos ordenadores Stratus, compactos, de gran capacidad de memoria, fácilmente conectables a redes (hasta el punto de que, muchas entidades que publicaban boletines, los elegían como plataforma, por su razonable precio y alta fiabilidad electrónica). En la sala había tres. «Alpha» y «Beta» -así identificados, con letras blancas sobre placas de plástico azul- eran los primarios y absorbían el trabajo diario a días alternos, siempre uno como sistema de seguridad del otro. El tercer ordenador, «Zulu», era el apoyo de emergencia y, siempre que «Zulu» estaba funcionando, ya podía uno estar seguro de que un equipo de reparaciones andaba por allí o iba de camino.

Al otro lado del East River había otras instalaciones, idénticas en todo, salvo por el número de personas que las manejaban. Aunque la ubicación era diferente, diferente la fuente de energía; líneas telefónicas diferentes, y enlaces por satélite diferentes también.

Ambos edificios eran altas moles refractarias al fuego, con un sistema automático de aspersión, para extinción de incendios, por todo el contorno exterior de la sala de ordenadores, y un sistema DuPont 1301 en el interior, capaz de extinguir un incendio en cuestión de segundos. Cada terna de ordenadores tenía pilas de seguridad para que el hardware pudiese funcionar, durante doce horas, en caso de corte del fluido eléctrico. La normativa medioambiental y de seguridad, vigente en Nueva York, no permitía la instalación de generadores de emergencia en los edificios, una auténtica pejiguera para los informáticos, que tenían que pechar con las consecuencias. Y bien que pechaban con ellas, pese a que la duplicación de unidades centrales y periféricas -lo que la sutil terminología militar llamaba «defensa en profundidad»- proporcionaba protección contra todo lo imaginable.

Bueno, contra casi todo.

Cada unidad central llevaba un puerto SCSI, una innovación que constituía un implícito reconocimiento de que los ordenadores desktop eran tan potentes que podían grabar importante información mucho más rápidamente que con el viejo método de cinta.

En este caso, la upload terminal era un componente fijo del sistema. Conectado al monitor de control central que controlaba a «Alpha», a «Beta» y a «Zulu», se había instalado un PC Power de la tercera generación y, conectado a éste, un Bernouille de disco recambiable (popularmente conocido como «tostadora» porque su disco era, aproximadamente, del tamaño de una rebanada de pan), un ordenador con un gigabyte de memoria, mucho más de lo necesario para este programa.

-¿Bien? -preguntó el ingeniero.

El controlador de sistema movió el ratón y seleccionó «Zulu» en su pantalla de opciones. Un experto técnico que estaba a su espalda confirmó que había hecho la correcta selección. «Alpha» y «Beta» estaban con su trabajo normal y no se los podía molestar.

-Ya estás en «Zulu», Chuck.

-Recibido -dijo Chuck sonriente.

El trajeado ingeniero introdujo el disquete en la disquetera y aguardó a que apareciese en pantalla el correspondiente símbolo. Entró el código para ver los contenidos de PORTA-1, el nombre de su disquete. Sólo contenía dos items: INSTALLER y ELECTRA-CLERK 2.4.0. Un programa antivirus automático recorrió los nuevos archivos y, en cinco segundos, salió en pantalla la indicación de que estaban limpios.

-Va bien, Chuck -le dijo el controlador de sistemas.

El supervisor asintió también.

-Estupendo, Rick. ¿Empiezo ya?

-Adelante.

Chuck Searls oprimió dos veces INSTALL.

¿Está seguro de que quiere sustituir «Electra-Clerk 2.3.1.» por el nuevo programa «Electra-Clerk 2.4.0.»?

Apareció en un rótulo en la parte inferior de la pantalla. Searls oprimió la tecla «S».

¿ESTÁ USTED TOTALMENTE SEGURO????

le preguntó de inmediato otro rótulo.

-¿Quién ha programado eso ahí?

-Yo -repuso el controlador de sistemas, sonriente.

-Muy divertido -dijo Searls, que oprimió de nuevo la tecla «S».

Se empezó a oír el zumbido de la «tostadora». A Searls le gustaba que los ordenadores se oyesen. El zumbido del disco y los clics de las funciones. Aquel programa tenía sólo cincuenta megabytes. El transfer tardaba menos que lo que tardaba él en abrir su botella de agua mineral y tomar un sorbo.

-Bueno, ¿quieren ver si funciona? -preguntó Searls, que se retiró un poco de la consola echando la silla hacia atrás.

Miró en derredor. La sala de ordenadores tenía las paredes de cristal y desde allí veía el puerto de Nueva York. Salía un transatlántico, de tamaño medio, pintado de blanco. ¿Hacia dónde iría?, se preguntó. Hacia algún lugar cálido, con playas de dorada arena, cielo azul y un espléndido sol. A algún lugar muy distinto de Nueva York, de eso no le cabía duda. A nadie se le ocurría embarcarse en un crucero a Manhattan. Qué estupendo sería embarcar en uno de aquellos transatlánticos y alejarse de los rigores del otoño. Más estupendo aún sería no regresar, pensaba Searls con una ensoñada sonrisa. Y en avión todavía se tardaba menos, y tampoco había que conducir para volver.

Frente a su consola, el controlador de sistemas conectó con «Zulu». A las 16.10.00, hora de Nueva York, el ordenador de emergencia empezó a duplicar los trabajos realizados por «Alpha», simultáneamente apoyado por «Beta». Con una diferencia. El monitor central mostraba que «Zulu» operaba ligeramente más de prisa. En un día como aquél, «Zulu» tendía

a rezagarse, pero ahora iba tan de prisa que el ordenador se daba, literalmente, «un respiro» de algunos segundos cada minuto.

-¡Eso echa humo, Chuck! -exclamó el controlador de sistemas.

-Si. He cortado casi diez mil líneas de código. No eran los ordenadores. Era el programa. Tardamos lo nuestro en dar con los accesos adecuados. Creo que ahora ya lo tenemos.

-¿Y qué es lo que ha cambiado? -preguntó el controlador jefe, que sabía un rato de diseño de software.

-He cambiado el sistema de jerarquía, la forma de trasladar el material de un board paralelo a otro. Aún hay que afinar la sincronización. La calidad no se consigue tan rápido como la cantidad. Creo que podré solucionarlo en uno o dos meses; a ver cuánta paja puedo quitar.

El controlador de sistemas tecleó un comando de prueba. El resultado salió en seguida.

-Un seis por ciento más rápido que el «Electra-Clerk dos.tres. uno.». No está nada mal.

-Necesitábamos ese seis por ciento -dijo el supervisor.

Lo decía porque necesitaba más velocidad. La sobrecarga de operaciones era a veces excesiva y, al igual que todos en la Depository Trust Company, siempre estaba con el miedo en el cuerpo, temblando por no llegar.

-Envíenme más datos a finales de semana y quizá podré enviarle más material -le ofreció Searls.

-Hace un trabajo estupendo, Chuck.

-Gracias, Bud.

-¿Quién más utiliza esto?

-¿Esta versión? Nadie. En CHIPS tienen una variante, hecha a medida para sus necesidades.

-Desde luego, es usted nuestro hombre -comentó generosamente el supervisor.

No se habría expresado con tal generosidad de haberlo pensado mejor. El supervisor había ayudado a diseñar el sistema. Todas las duplicaciones, todos los sistemas de seguridad, todos los mecanismos para que la información quedase a buen recaudo por las noches. Había trabajado con un comité para determinar las medidas de seguridad necesarias. Pero, en aras de la eficacia -e, irónicamente, en aras de la seguridad-, se había creado una vulnerabilidad respecto de la que, como era previsible, se mostraba totalmente ciego: los ordenadores utilizaban, sin excepción, el mismo software.

No tenían más remedio. Diferente software en diferentes ordenadores, al igual que diferentes idiomas en una oficina, habrían impedido o, por lo menos, entorpecido la comunicación entre los distintos sistemas, y se hubiesen hecho un flaco favor.

Como consecuencia de ello, a pesar de todas las salvaguardias, los seis ordenadores tenían el mismo talón de Aquiles: hablaban el mismo idioma. No tenían más remedio. Constituían el nexo más importante -aunque el menos conocido- en el sistema bursátil norteamericano.

Pese a ello, la ceguera no era total en la Depository Trust Company, respecto de los peligros potenciales. El programa «Electra-Clerk 2.4.0.» no se instalaría en «Alpha» ni en «Beta» hasta que hubiese funcionado una semana en «Zulu». Y luego esperarían otra semana hasta instalar el programa en la terna de ordenadores del otro edificio («Charlie», «Delta» y «Tango»). Así se asegurarían de que el 2.4.0. era tan eficaz como crash-worthy, un término informático incorporado a la jerga del software hacía sólo un año.

La gente no tardaría en habituarse al nuevo software, una maravilla por su superior velocidad. Todos los ordenadores Stratus hablarían exactamente el mismo idioma informático, intercambiando información en una conversación electrónica de «unos» y «ceros», como amigos sentados alrededor de una mesa hablando de negocios.

Pronto sabrían todos el mismo chiste. A algunos les parecería bueno. Pero, desde luego, en la Depository Trust Company no iba a hacerle ninguna gracia a nadie.

3. Collegium

-¿De acuerdo, entonces? -preguntó el presidente del Banco Central de la Reserva Federal.

Quienes estaban en derredor de la mesa asintieron. No era un asentimiento muy difícil de obtener. Por segunda vez, en los últimos tres meses, el presidente Durling había hecho saber, discretamente, a través del secretario del Tesoro, que no pondría objeciones a que se elevase otro medio punto el tipo de interés que el Banco Central Norteamericano aplicaba a los bancos a los que prestaba dinero -¿quién sino el Banco Central iba a prestarles tan astronómicas sumas?-. Y, naturalmente, todo aumento de ese tipo de interés repercutía de inmediato en el consumidor.

Los hombres y mujeres que se sentaban a aquella pulimentada mesa de roble se veían obligados a un continuo ejercicio de equilibrio. Controlaban la cantidad de dinero en circulación de la economía norteamericana. Como si accionasen la palanca que abría, o cerraba, la compuerta de un embalse destinado al riego, regulaban la cantidad de dinero en circulación y procuraban que no hubiese demasiado ni demasiado poco.

Su labor era bastante más compleja, por supuesto. El dinero tenía muy poca entidad física. La Casa de la Moneda, situada a menos de dos kilómetros del banco, no tenía papel ni tinta bastantes para emitir, en billetes de un dólar, el dinero que el Banco Central de la Reserva Federal distribuía a diario. «Dinero» era un término básicamente electrónico, cosa de enviar un mensaje: Usted, Banco de la Reserva Federal de Podunk, puede disponer ahora de otros tres millones de dólares, que podrá prestar a tal empresa y a tal, o a titulares de viviendas en propiedad, que pidan préstamos hipotecarios, a devolver en veinte años. A muy pocas de tales empresas o de tales titulares se les abonaba el dinero en metálico -con las tarjetas de crédito se evitaba que los ladrones robasen, que los empleados desfalcasen y, lo que era aún más engorroso, que los empleados tuviesen que contarlo, recontarlo y darse un paseíto hasta la agencia local del banco en cuestión-. Como consecuencia de ello, lo que surgía de la magia del correo urgente, o del fax, adoptaba la forma de una escrita orden de abono, que se haría después efectiva mediante otra expresión teórica que, por lo general, adoptaba la forma de cheque extendido en una pequeña tira de papel especial, a menudo decorado con la imagen de un águila en vuelo o de una barquita de pesca surcando un lago inexistente, porque los bancos se disputaban los clientes, y a los clientes les gustaban estas cosas.

El poder de las personas que se encontraban en aquella sala era tan pasmoso que ni siquiera ellos pensaban muy a menudo en él. Mediante una simple decisión, las personas que se sentaban en derredor de la mesa acababan de encarecerlo todo en Norteamérica. Las hipotecas de interés variable que gravaban los hogares; las tarjetas de crédito sujetas al mismo régimen de interés variable costarían más caras cada mes. Debido a aquella decisión, toda empresa y todo hogar norteamericanos dispondrían de menos dinero para repartir beneficios entre los empleados y para comprar juguetes en Navidad. Lo que empezaba como una nota de prensa pasaría por el monedero de la nación. Subirían los precios de los artículos; desde los ordenadores personales hasta los chicles y, por lo tanto, se reduciría la capacidad de consumo de los ciudadanos.

Y, en opinión del Banco Central, eso era bueno. Los indicadores estadísticos mostraban que la economía estaba un poco recalentada. Existía un peligro real de aumento de la inflación. En realidad, siempre había inflación, en mayor o menor grado, pero el aumento del tipo de interés la mantendría dentro de límites tolerables. Los precios hubiesen subido un poco, de todas maneras, y el aumento en el tipo de descuento (como también se le llamaba al aumento del tipo de interés) los haría subir aún más.

Era un ejemplo de la táctica de combatir el fuego con más fuego. El aumento del tipo de interés significaba que, en definitiva, la gente pediría menos préstamos, lo que a su vez reduciría la cantidad de dinero en circulación y, en consecuencia, haría que disminuyese la presión de la demanda, con la consiguiente estabilización de los precios -en mayor o menor medida-, evitándose así lo que se consideraba más perjudicial que un transitorio aumento en los tipos.

Como las ondas que se expanden a partir de la piedra que lanzamos al lago, la medida tendría otros efectos. El interés de la deuda pública aumentaría; deuda que no era sino una serie de instrumentos financieros (pagarés, bonos, etc.) que el gobierno utilizaba para financiar al Estado. Los ciudadanos -en la práctica, más bien instituciones como bancos, cajas y sociedades de inversión tenían que aparcar el dinero de sus clientes en alguna parte, hasta que surgiese una buena oportunidad en el mercado de valores- le prestarían dinero (electrónicamente) al gobierno, durante un tiempo que oscilaba entre los tres meses y los treinta años, y, a cambio de la utilización de ese dinero, el gobierno tendría que pagar, a su vez, intereses (cuyo monto recuperaría, en gran parte, a través de impuestos, naturalmente). El aumento del tipo de interés por parte del Banco Central de la Reserva Federal haría que aumentase también el tipo de interés que el gobierno tenía que pagar (algo que se determinaba mediante subasta). De tal manera, el coste del déficit público también aumentaría. El gobierno se vería obligado a detraer más fondos del dinero en circulación, reduciría la masa de dinero disponible para préstamos a sociedades y particulares y haría que aumentasen los tipos de interés para los particulares, a causa de las leyes de la oferta y la demanda, por encima del nivel marcado por el Banco Central.

Finalmente, el mero hecho de que aumentasen los tipos bancarios y el interés de la deuda pública, hacía el mercado de valores menos atractivo para los inversionistas, porque un interés garantizado por el Estado era más «seguro» que el ofrecido por las sociedades (más problemático), cuyos productos o servicios tenían que competir en un mercado libre.

En Wall Street, los inversionistas particulares y los directores de sociedades de inversión, que seguían la evolución de los indicadores económicos, recibieron la noticia de aquella tarde (los aumentos del tipo de interés solían comunicarse al cierre de los mercados) flemáticamente, y dieron las adecuadas instrucciones para vender el papel que tuviesen en algunos valores. Esto haría bajar la cotización de numerosos valores, y provocaría un fuerte descenso en el índice Dow Jones (el que reflejaba la situación bursátil de las acciones de las principales empresas industriales del país). En realidad, no se trataba de un índice del valor medio de todas las acciones que cotizaban en Bolsa, sino de la suma de la cotización del día de treinta pesos pesados de la Bolsa, empezando por la «A» de Allied Signal y terminando por la «W» de Woolworth, con Merck en el medio. Era un indicador cuya utilidad actual se reducía, casi exclusivamente, a proporcionar a los medios informativos algo de lo que informar al público, pese a que eran muy pocas las personas que conocían su significado. Que bajase el Dow Jones ponía nerviosos a algunos, provocaba más ventas y más descenso del mercado, hasta que otros veían la oportunidad de comprar acciones que habían bajado más de lo que en realidad valían. Y al considerar que tales acciones valían más de lo que indicaba su cotización, compraban cantidades moderadas, permitiendo que el Dow Jones (y otros indicadores económicos) volviese a subir, hasta que se llegaba a un punto de equilibrio y se restablecía la confianza.

Y tan variadas alteraciones se las imponían, a los ciudadanos, un puñado de personas que ocupaban una sala de juntas en Washington cuyos nombres pocos profesionales del mundo de las finanzas conocían, y mucho menos el ciudadano de a pie.

Lo más curioso del asunto es que todo el mundo aceptaba esta dinámica con tanta naturalidad como las leyes de la Naturaleza, pese al hecho de que era tan etérea como el arco iris. El dinero no tenía una existencia material. Incluso el dinero «real» no era más que un papel especial de color verde impreso en negro. Lo que respaldaba el dinero no era oro, ni nada que tuviese un valor intrínseco, sino la colectiva creencia de que el dinero tenía valor porque tenía que tener tal valor. De ahí que el sistema monetario de los Estados Unidos, y el de todos los países del mundo, no fuese más que un ejercicio de sicología, una cosa de la mente y, al mismo tenor, todos los demás aspectos de la economía americana. Si el dinero no era más que una fe común, lo mismo ocurría con lo demás.

Lo que el Banco Central de la Reserva Federal había hecho aquella tarde era un ponderado movimiento para zarandear dicha fe y dejar después que se restableciese, por sí sola, en la

mente de quienes la profesaban. Entre los creyentes se encontraban los gobernadores de los bancos de la Reserva Federal, que constituían la Junta del Banco Central, sencillamente porque comprendían toda aquella dinámica... o eso pensaban. Individualmente, podrían bromear acerca de que, en realidad, nadie entendía cómo funcionaba aquello, como tampoco ninguno de ellos hubiese podido explicar la naturaleza de Dios. Pero como teólogos aplicados sin desmayo a determinar y comunicar la naturaleza de una deidad, su trabajo consistía en velar para que las cosas siguiesen funcionando; hacer de la estructura del credo algo real y tangible, sin acabar de reconocer nunca que todo aquello descansaba en algo tan inconsistente como el papel de los billetes que llevaban encima, para aquellas ocasiones en que pudiera resultar poco conveniente utilizar las tarjetas de crédito.

Se confiaba en ellos, con esa distante confianza que la gente deposita en el clero, para mantener la estructura de la que siempre dependía la fe en el mundo, proclamando la realidad de algo que no podía ver, un edificio cuyas manifestaciones físicas no eran más que las piedras de su estructura y las sesudas miradas de quienes allí trabajaban. Y se decían que funcionaba. ¿O qué?

En muchos aspectos, Wall Street era el punto del territorio americano en el que los ciudadanos japoneses, sobre todo los de Tokio, se sentían más a sus anchas. Los edificios eran tan altos que no dejaban ver el cielo; el tráfico era tan denso que un extraterrestre hubiese deducido que los taxis amarillos y las limusinas negras eran aquí una primigenia forma de vida. La gente circulaba por las atestadas y sucias aceras en bullicioso anonimato, mirando al frente, tanto para hacer gala de un resuelto talante como para no dar opción siquiera al contacto visual con los demás -competidores potenciales o, más probablemente, personas que iban de paso por allí.

Todo Nueva York había adoptado el talante de Wall Street: brusco, rápido, impersonal, aunque sólo en la forma, que no en el fondo. Sus moradores se decían que estaban donde estaba la acción, tan enfrascados en sus objetivos individuales y colectivos que iban con la guardia alta respecto a los demás, que hacían exactamente lo mismo. En este sentido era un mundo perfecto. La gente se manifestaba de la misma manera. A nadie le importaba gran cosa el otro. O, por lo menos, ésa era la impresión que daba. La verdad era que, quienes allí trabajaban, tenían esposa e hijos, aficiones y hobbies, deseos y sueños, igual que todo el mundo; pero entre las ocho de la mañana y las seis de la tarde, eso quedaba subordinado a las exigencias de su profesión. Su profesión, por supuesto, era el dinero, un artículo insensible a todo emplazamiento y a toda lealtad. Y, a este tenor, en la planta 58 del Six Columbus Lane, el edificio que albergaba la nueva sede del Grupo Columbus, tenía lugar un importante cambio.

La estancia era impresionante. Las paredes eran de sólida madera de castaño, no de chapa, y estaba primorosamente cuidada por un grupo de operarios de mantenimiento muy bien pagados. Dos de las paredes eran de vidrio pulimentado e iban desde la alfombra hasta el techo de paneles de Celotex. Permitían ver el puerto de Nueva York, y bastante más allá. En la alfombra se hundían los zapatos -aparte de producir un pequeño shock, a causa de la electricidad estática, al que todos habían terminado por acostumbrarse-. La mesa de conferencias era una mole de granito rojo, de doce metros de largo, y las sillas que había en derredor valían casi dos mil dólares cada una.

El Grupo Columbus, fundado hacía sólo once años, pasó de advenedizo a *enfant terrible*, y de ahí a ascendente estrella y a serio competidor, hasta llegar a ser uno de los mejores y piedra angular de las sociedades de inversiones. Fundada por George Winston, la compañía controlaba ahora una auténtica flota de sociedades de inversiones. Las tres más importantes fueron coherentemente bautizadas Niña, Pinta y Santa María. Porque cuando Winston fundó la empresa, a los veintinueve años, acababa de leer un libro que le había entusiasmado: The European Discovery of the New World, de Samuel Eliot Morison.

Le maravilló el coraje, la visión y la profunda *schutzpath* de los inquietos marinos de la escuela de don Enrique el Navegante, y decidió emprender su rumbo a su imagen y semejanza. Tenía ahora cuarenta años y una fortuna que superaba los sueños del más codicioso. Había llegado el momento de vivir, de disfrutar las mieles del triunfo, de embarcarse en cruceros de ensueño con su yate de treinta metros. Tenía el concreto propósito de dedicarse, durante los meses inmediatos, a aprender a patronear el Cristobol con la misma pericia con la que gobernaba los demás aspectos de su vida, y reeditar todos los viajes del Descubrimiento -uno cada verano- hasta agotarlos, para acaso entonces escribir un libro sobre ello.

Era un hombre de mediana estatura, agrandada por su personalidad. Fanático del ejercicio físico -el estrés era la primera causa de muerte en Wall Street-, Winston irradiaba una seguridad quizá debida a su formidable forma física.

Entró en la atestada sala de conferencias con el aire de un presidente electo que regresa a su cuartel general, tras el triunfo en las elecciones, con paso rápido y seguro, con una sonrisa franca y cortés. Satisfecho por la culminación de su carrera profesional que significaba aquel día, incluso le dirigió una inclinación de cabeza al más distinguido de los presentes.

-Cuánto me alegro de verlo, Yamata-san -dijo George Winston tendiéndole la mano-. Ha tenido que hacer usted un largo viaje.

-Y bien que lo merecía la ocasión -dijo el industrial japonés.

Winston acompañó a aquel menudo visitante a su sitio, en un extremo de la mesa, antes de volver al suyo en la cabecera. Había allí equipos de abogados y ejecutivos de sociedades de inversiones -casi como equipos de rugby en la línea de scrimmage, a punto de iniciar una jugada, pensó Winston, aunque sin exteriorizarlo, mientras iba, paralelamente a la mesa, hacia su sitio.

Era la única salida, qué puñeta, pensaba Winston. Ninguna otra cosa hubiese servido. Los primeros seis años al frente de aquella nave fueron los más extraordinarios y exultantes de su vida. Empezó con menos de veinte clientes, que labraron su fortuna y su reputación al mismo tiempo que él. Trabajaba en casa; se devanaba el cerebro, con un ordenador y sólo una línea de teléfono; con problemas para alimentar a su familia, confortado por el apoyo de una amante esposa, pese a que acababa de quedarse embarazada por primera vez (de gemelos, nada menos), y aun así, nunca dejó de expresarle su amor y su confianza, empujando su talento y su intuición hacia el éxito. A los treinta y cinco años ya lo había conseguido, prácticamente, todo. Dos plantas en un rascacielos del centro de Manhattan, un lujoso despacho y un equipo de jóvenes inteligentes, auténticos linces, para hacer el trabajo. Entonces fue cuando por primera vez, pensó en dejarlo.

A la par que enriquecía a sus clientes, se jugaba su propio dinero, por supuesto, y el juego desembocó en una fortuna personal que, después de impuestos, ascendía a seiscientos cincuenta y siete millones de dólares. Un básico conservadurismo, sin embargo, no le permitía desentenderse de su dinero y, además, estaba preocupado por el rumbo que tomaba el mercado. De manera que se lo iba a pasar todo, con armas y bagajes, a un empresario todavía más conservador. Incluso a él mismo le parecía una extraña decisión, pero, simplemente, no quería preocuparse más por sus negocios. Volverse tan «conservador» resultaba gris y, sin duda, le haría perder formidables oportunidades en el futuro. Pero desde hacía años se preguntaba que, total, ¿para qué? Era propietario de seis residencias principescas, con dos automóviles personales para cada una de ellas; alquilaba un reactor para su uso particular; tenía un helicóptero, y el Cristobol era su principal juguete. Tenía lo que siempre quiso tener y, aunque se quedase con una conservadora cartera de valores, su fortuna personal seguiría creciendo más rápido que la inflación. Porque su egolatría no llegaba al extremo de gastar lo que le rentaría anualmente. De manera que la distribuyó en bloques de cincuenta millones de dólares, cubriendo todos los sectores bursátiles, a través de colegas del mundo de las finanzas que no habían alcanzado su mismo éxito profesional, pero en cuya integridad y perspicacia confiaba. El traspaso llevaba gestándose tres años, del modo más discreto. Quería que su

sucesor fuese digno del Grupo Columbus. Por desgracia, el único candidato que surgió fue aquel cabroncete.

No hubiese sido adecuado hablar de sucesor a título de «propietario», desde luego. Los verdaderos propietarios del grupo eran los inversionistas que le confiaban su dinero, una confianza que Winston nunca olvidó. Incluso después de tomada su decisión, le reconcomía la conciencia. Aquellas personas confiaban en él y en su equipo, aunque sobre todo en él, porque era el suyo el nombre que figuraba en la puerta más importante. La confianza de tantas personas era una pesada carga, que había llevado con talento y orgullo, pero ya estaba bien. Había llegado el momento de pensar en él y en su familia; en sus cinco hijos y en una fiel esposa, hartos de «hacerse cargo» de por qué tenía papá que pasar tanto tiempo fuera de casa. Para pensar en los demás, había que pensar en uno mismo. Pero uno se tenía más a mano, ¿o qué?

Raizo Yamata se jugaba gran parte de su fortuna personal, y un buen pico de los fondos de sus muchas empresas industriales, para comprar lo que Winston dejaba. Por más discreción que Winston desease, y aunque quienes supieran lo que era aquel mundo se hiciesen cargo del paso que iba a dar, más de uno lo criticaría. Por lo tanto, era necesario que lo sustituyese alguien dispuesto a jugarse su propio dinero. En tales condiciones, se restablecería cualquier debilitamiento de la confianza. Además, fortalecería el matrimonio entre los sistemas financieros americano y japonés.

Winston observaba la firma de los documentos, que «habilitaban» para la transferencia de depósitos. Ejecutivos de la banca internacional de seis países distintos trabajaron, hasta altas horas de la noche, en sus despachos para redactarlos. Un hombre de gran fortuna personal, el tal Yamata.

Bueno..., de gran liquidez personal, se corrigió Winston. Desde que dejó la Wharton School, había conocido a muchos empresarios inteligentes y perspicaces; personas con talento -siempre cautelosas- que trataban de ocultar su depredadora naturaleza tras la fachada del buen humor y del desenfado. Sólo la experiencia hacía que terminase uno por calarlos. Era así de sencillo. Quizá Yamata pensase que su origen lo hacía más impenetrable. Y sin duda se consideraba también más listo que la mayoría de los «osos blancos» -o que los «toros», en este caso, se dijo Winston sonriente, refiriéndose a su origen anglosajón-. Bueno, pues puede que sí, y puede que no, pensó al recorrer con la vista aquella enorme mesa. ¿Por qué se mostraría aquel hombre tan poco expresivo? Porque los japoneses también tienen sentimientos. Todos los que había tratado profesionalmente se mostraron siempre bastante afables, tan encantados como cualquier otro de hacer una buena operación en Wall Street. Con unas cuantas copas, no se comportaban de manera distinta a los americanos, en absoluto. Quizá fuesen algo más reservados, un poco más tímidos, pero siempre corteses. Eso era lo que más le gustaba de ellos, sus buenos modales; algo que les vendría muy bien a los neoyorquinos. Ahí estaba la diferencia con Yamata, pensó Winston. También Yamata hacía gala de cortesía, pero no era espontánea. No era más que una pose en la que nada tenía que ver la timidez. Parecía un pequeño robot...

No, tampoco eso era cierto, pensó Winston, mientras le acercaban los documentos por la mesa. Simplemente, la muralla tras la que se parapetaba Yamata, para ocultar mejor sus sentimientos, era más gruesa que la de la mayoría. ¿Por qué seguía tras aquella muralla? ¿Qué necesidad tenía allí? En aquella sala estaba entre iguales; más aún: estaba entre socios. Acababa de estampar su firma, de poner su dinero y su bienestar personal en el mismo barco que todos los de-más. Mediante la transferencia de casi doscientos millones de dólares, pasaba a tener el uno por ciento de los depósitos administrados por Columbus, lo que lo convertía en la persona física que más dinero tenía invertido en la entidad. Este estatus llevaba aparejado el control de todo dólar, acción o derecho de los depósitos de la sociedad, que no era, ni mucho menos, la más importante de Wall Street. El Grupo Columbus figuraba, sin embargo, entre las empresas líderes, a la que muchos recurrían en busca de ideas y de opinión sobre las tendencias del mercado. Yamata compraba algo más que una sociedad de inversiones. Se

hacía con un sitio en la jerarquía financiera americana. Su nombre, apenas conocido en EE. UU. hasta hacía poco, se pronunciaría ahora con respeto, algo que debiera de haberle alegrado un poco la cara, pensaba Winston. Pero ni por ésas.

El último documento llegó a su silla. Se lo tendió un subordinado que, al firmar Yamata, pasaría a serlo del japonés. Era así de fácil. Una firma, una ínfima cantidad de tinta azul dispuesta de una determinada manera, y allá se iban once años de su vida. Una simple firma le cedía la empresa a un hombre a quien no comprendía.

Bueno, y qué, ¿qué necesidad tengo? Tratará de ganar dinero para él y para otros, igual que he hecho yo.

Winston sacó su estilográfica y firmó el documento, sin mirarlo. ¿Por qué no miraría primero?

Oyó saltar el tapón de una botella de champaña y, al alzar la vista, vio que sus ex empleados sonreían. Al consumarse la operación, Winston se convertía para ellos en un símbolo. Un hombre que a los cuarenta años no sólo había triunfado sino que se había hecho millonario. Podía permitirse el lujo de retirarse y de disfrutar de la vida, sin tener que pasársela al pie del cañón. Todo aquel que trabajase en un lugar semejante aspiraba a lo mismo. Pese a lo inteligentes que eran, muy pocos tenían arrestos para intentarlo. Y quienes los tenían solían fracasar, se recordaba Winston, prueba viviente de que se podía conseguir. A pesar de lo duros y escépticos que eran, o pretendían ser, en el fondo, los profesionales del mundo de las finanzas, albergaban el mismo sueño: forrarse y dejarlo. Poner tierra de por medio, para librarse del tremendo estrés a que sometía escudriñar oportunidades entre resmas de papel-pijama y montones de análisis, redactar informes, atraer a los clientes y a su dinero, procurar que a uno le fuese tan bien como a ellos y... largarse. Pues aunque la realidad del sistema fuese tan etérea como el arco iris, allí estaba, superpuesto, el cuerno de la abundancia, abierto por los extremos para salirse cuando tocase. Un velero, una casa en Florida, otra en las islas Vírgenes, otra en Aspen... Poder dormir algunos días hasta las ocho. Jugar al golf. Era un futuro muy sugestivo.

¿Y por qué no ya?

¡Santo Dios! ¿Qué había hecho? Al día siguiente por la mañana se despertaría y no sabría qué hacer. ¿Era posible dar un portazo así por las buenas?

Un poco tarde es para estas rumias, se dijo George, que aceptó la copa de Moet y tomó el sorbo de rigor. Alzó su copa y brindó por Yamata, que también eso era obligatorio. Entonces vio la sonrisa, no por comprensible menos sorprendente. Era la sonrisa de un hombre victorioso. ¿Dónde estaba la victoria?, se preguntaba Winston. Había tenido que pagar hasta el último dólar. No fue de la clase de negociaciones en las que uno «gana» y el otro «pierde». Winston retiraba su dinero y Yamata ponía el suyo. Y sonreía el tío. Era una nota estridente, sobre todo porque no lo entendía. Ni siquiera mientras el espumoso se deslizaba por su garganta dejaban los pensamientos de agolparse en su cerebro. Distinto habría sido que la sonrisa fuese simpática y amistosa, pero no lo era. Desde los doce metros de distancia que les imponía la mesa, se dirigieron una mirada en la que nadie reparó. Y aunque no se tratase de una batalla y no hubiese vencedores ni vencidos, parecían enzarzados en una guerra.

¿Por qué? Intuición. Winston se dejó de zarandajas, porque percibía algo que no acertaba a precisar. Lo esquinado que era Yamata, quizá. ¿Sería uno de esos tipos que lo concibe todo como un combate? Porque así fue en otro tiempo Winston, que sin embargo pronto maduró lo bastante para ver las cosas de otro modo. La competencia era siempre dura, pero civilizada. En Wall Street también competían todos contra todos; rivalizaban en ofrecer más seguridad, mejor consejo, operaciones mejor concertadas y ejecutivos más competentes. Esto ya era de por sí lo bastante duro, pero era un enfrentamiento leal, siempre y cuando todos se ciñesen a las mismas reglas.

¿No es eso lo que a usted le interesa, verdad?, sintió la tentación de preguntar, aunque demasiado tarde.

Winston recurrió a otra escrutadora maniobra, seducido por aquel juego que tan inesperadamente empezó. Alzó su copa y ofreció un mudo brindis a su sucesor, mientras los demás charlaban. Yamata correspondió con el mismo gesto y su semblante reflejó más arrogancia aún. Irradiaba desdén hacia aquel estúpido que acababa de vendérsele.

Con lo bien que disimula sus sentimientos..., ¿por qué ahora no? ¿Acaso es su manera de pavonearse, creído de haber logrado algo más importante de lo que yo imagino? ¿De qué se trata?

Winston ladeó la cabeza y miró por la ventana hacia las aguas del puerto, quietas como un espejo. De pronto, se hartó del juego y se desentendió de la competición que aquel cabroncete creyó haber ganado. ¡A hacer puñetas!, se dijo, que esto ya no es cosa mía. No he perdido nada. He ganado mi libertad. Tengo mi dinero. Lo tengo todo. De manera que, muy bien, usted podrá dirigir la empresa y ganar dinero, y tener mesa reservada en cualquier club o restaurante de la ciudad siempre que venga aquí, y repetirse lo importante que es. Si cree que eso es una victoria, pues sí, lo es. Pero no es una victoria sobre nadie, concluyó Winston.

Lástima. Winston lo captó todo al vuelo, como casi siempre; identificó correctamente los elementos. Y sin embargo, por primera vez en diez años, no logró encajarlo en el adecuado guión. No fue culpa suya. Conocía tan bien su propio juego que dio por sentado, equivocadamente, que aquél era el único juego en la ciudad.

Chet Nomuri trabajaba lo indecible para no nacionalizarse norteamericano. La suya era la cuarta generación de su familia afincada en Estados Unidos. A principios del siglo XX llegó el primero de sus antepasados, antes del «acuerdo entre caballeros» concertado por Japón y Estados Unidos para restringir la migración en lo sucesivo, algo que lo hubiese ofendido de haberlo pensado más. Más insultante aún era lo que le sucedió a sus abuelos y a sus bisabuelos, a pesar de ser ciudadanos norteamericanos de pleno derecho. A la primera oportunidad, su abuelo se lanzó a demostrar su lealtad a su nuevo país y se alistó en un grupo de combate del Regimiento 442. Al volver a casa, con dos medallas y galones de sargento primero, se encontró con que el negocio familiar -material de escritorio- lo habían liquidado por una miseria, y con que a su familia la habían ingresado en un campo de internamiento. Comenzó de nuevo con estoica paciencia, con la elocuente razón social Veteran's, dedicada a la venta de mobiliario de oficina. Y ganó el dinero bastante para mandar a sus tres hijos a la universidad.

El padre de Chet era un especialista en cirugía arterial, un hombre menudo y alegre que nació en el campo de internamiento y cuyos padres -tanto por esta razón como por complacer a su abuelo- siguieron hablando japonés y conservaron algunas de sus tradiciones.

E hicieron muy bien, pensaba Nomuri. En cuestión de semanas había corregido su acento, y ahora, sentado allí en unos baños públicos de Tokio, todos los que tenía en derredor se preguntaban de qué prefectura procedía (Nomuri tenía documentación de varias). Era un activista de la CIA, irónicamente adscrito al Ministerio de Justicia, sin que la Secretaría de Estado (Exteriores) supiese ni palabra. Una de las cosas que aprendió de su padre el cirujano, fue a centrarse en lo que podía hacer y no en un pasado del que nada podía cambiar. Y, a este tenor, la familia Nomuri se había identificado muy bien con América, de un modo tan callado y poco gesticulante como eficaz, se decía Chet, sumergido hasta los hombros en agua caliente.

En los baños públicos las normas estaban muy claras. Se podía hablar de todo menos de negocios. En realidad, incluso de negocios se podía hablar, siempre y cuando se limitase uno al chismorreo, sin entrar en honduras respecto de cómo ganaba el dinero y enfocaba sus operaciones. Con tan pocas limitaciones, en aquel foro tan sorprendentemente desenfadado -del país con la sociedad más rígidamente estructurada- se hablaba casi de todo.

Nomuri llegaba allí a diario casi a la misma hora, desde hacía tanto tiempo que aquellos con quienes coincidía lo conocían y se sentían cómodos con él. Nomuri sabía ya todo lo que hubiese que saber acerca de sus esposas y de sus familias, al igual que ellos de la suya -o,

mejor dicho, acerca de la novelesca «leyenda» que se forjó y que ya le parecía tan real como el barrio de Los Angeles en el que creció.

-Necesito una amante -dijo Kazuo Taoka, como aseguraba a menudo-. Desde que nació nuestro hijo, lo único que quiere mi esposa es ver la televisión.

-Lo único que hacen todas es quejarse -dijo otro asalariado, que provocó murmullos de asentimiento de los compañeros de baño.

-Sale caro tener una amante -dijo Nomuri desde un rincón, preguntándose de qué se quejarían las esposas, a su vez, en sus baños-; tanto en dinero como en tiempo.

Sobre todo en tiempo. Aquellos jóvenes ejecutivos (la verdad es que no eran exactamente ejecutivos, aunque en Japón la divisoria entre lo que, en Estados Unidos, se consideraría un oficinista y un cargo con verdadera capacidad de decisión era muy vaporosa) se ganaban bien la vida, pero al precio de estar tan férreamente sometidos a la empresa como los mineros de Tennessee en tiempos de Henry Ford. En muchos casos, tenían que levantarse antes de amanecer, desplazarse desde ciudades-dormitorio en trenes de cercanías, trabajar en oficinas atestadas -mucho y hasta tarde- y volver a casa para, con frecuencia, encontrar a la esposa y a los hijos dormidos.

A pesar de lo que sabía por la televisión, y por lo que se había documentado antes de desplazarse hasta allí, aún se sorprendía al ver que las exigencias de la empresa podían acabar destruyendo el tejido social del país, y que la propia estructura familiar había sufrido ya grave daño. Resultaba aún más sorprendente porque la fortaleza de la unidad familiar japonesa fue lo único que permitió a sus antepasados triunfar en una América en la que el racismo fue un obstáculo casi insalvable.

-Es caro, sí -convino Taoka en tono parsimonioso-, pero ¿cómo va a tener un hombre lo que necesita, de otro modo?

-Eso es verdad -dijo otro desde uno de los lados de lo que no había más remedio que llamar piscina, porque era demasiado grande para llamarlo bañera-. Es muy caro. Pero ¿acaso no le merece la pena a un hombre?

-A los patronos les es más fácil -dijo Nomuri.

Se preguntaba en qué podía desembocar aquella conversación. Se encontraba aún en los escarceos de su cometido, todavía en la fase inicial, antes de embarcarse en su auténtica misión, tal como le ordenaron Ed y Mary Pat.

-Tendríais que ver lo que tiene Yamata-san -comentó otro asalariado con una risa ahogada.

-¿Ah, sí? -exclamó Taoka.

-Es muy amigo de Goto -le aclaró su compañero con una mirada conspirativa.

-¿El político? Ah, sí, por supuesto.

Nomuri se capuzó hacia atrás y cerró los ojos. Dejó que el agua, que estaba a 40 °C, lo envolviese. Así no parecería demasiado interesado en la conversación y aprovecharía para rebobinar en su mente lo escuchado.

«Político -musitó para sí al emerger con expresión adormilada-. Hummm.»

-El mes pasado hube de llevarle unos documentos a Yamata-san a un lugar tranquilo, no muy lejos de aquí. Documentos acerca de una operación que, por cierto, no ha cerrado hasta hoy. Goto le hacía los honores. Me hicieron entrar, porque supongo que Yamata-san querría que echase una ojeada. La chica que estaba con ellos..., era alta y rubia, con unos pechos preciosos -dijo en un tono ligeramente admirativo.

-¿Y dónde se compra uno una amante americana? -terció otro con acritud.

-Y sabía su sitio -prosiguió el relator-. Siguió allí sentada mientras Yamata-san examinaba los documentos, sin impacientarse. Sin el menor pudor. ¡Qué pechos más preciosos! -concluyó.

Lo que cuentan acerca de Goto es cierto, por lo visto, pensó Nomuri. ¿Cómo se las arreglará gente así para medrar tanto en política?, se preguntó el agente. Hasta al cabo de unos segundos no cayó en la estupidez que acababa de preguntarse. Porque, entre políticos, tal comportamiento se remontaba por lo menos a la guerra de Troya.

-No nos dejes con la miel en los labios -dijo Taoka de buen talante.

Y se vio complacido con todo lujo de detalles. Todos escuchaban embelesados, al cabo de la calle, acerca de las peculiaridades de las esposas de los presentes, extasiados con la pormenorizada descripción de la «nueva» chica.

-Bah. No valen nada -dijo Nomuri cerrando los ojos-. Son demasiado altas. Tienen los pies muy grandes. Sus maneras dejan mucho que desear y...

-¡Deja que lo cuente! -lo atajó uno con visible impaciencia.

Nomuri se encogió de hombros y acató la colegiada voluntad, mientras su mente grababa lo que decía. El asalariado era muy buen observador y, en menos de un minuto, Nomuri obtuvo una detalladísima descripción física. El informe lo cursaría el jefe de su grupo a Langley, porque la CIA llevaba un completo archivo de los hábitos de los políticos de todo el mundo. Ningún dato era superfluo, aunque confiaba en obtener información de utilidad más inmediata que las inclinaciones sexuales de Goto.

La última charla del período de instrucción tuvo lugar en la Granja, como llamaban a Camp Peary, un campo de entrenamiento de la CIA situado junto a la interestatal 64, entre Williamsburg y Yorktown (Virginia). Bebían los refrescos a tal velocidad que apenas daban tiempo a abrir las latas, mientras los dos agentes volvían sobre los mapas y explicaban lo bien que transcurrió todo durante aquellas seis semanas en el campo.

Según la CNN, el juicio de Corp empezaría la semana siguiente. No había muchas dudas acerca del resultado. Allá, en aquel país ecuatorial, alguien habría comprado ya una soga de cinco metros de largo y dos centímetros de grosor. Aunque también se preguntaban ambos de dónde saldría la madera para el cadalso. Probablemente, tendrían que importarla, pensaba Clark. Porque no vieron por allí muchos árboles, precisamente.

-Vaya -exclamó Mary Patricia Foley, tras oír «el último»-. Y además de bueno es guarro, tíos.

-Gracias, señora -dijo Ding en tono galante-. A ver cuándo este John tiene un detalle con las personas.

-No, que te vicias -dijo Clark riendo-. ¿Qué tal le va a Ed?

-Aprendiendo su lugar -repuso la subdirectora de Operaciones con una maliciosa sonrisa.

Tanto ella como su marido pasaron por la Granja. Clark fue uno de sus instructores. Fueron el mejor matrimonio de agentes que tuvo jamás la Agencia. Mary Pat tenía más intuición para el activismo y a Ed se le daba mejor la planificación. Así las cosas, debió de ser Ed quien ocupase una posición de mayor rango. Pero el nombramiento de Mary Pat resultaba muy atractivo, políticamente hablando. El caso es que trabajaban juntos -como cosubdirectores adjuntos, en la práctica-, aunque el verdadero cargo de Ed quedase algo nebuloso.

-A vosotros dos acaban de concederos un permiso, que viene acompañado de una felicitación oficial del otro lado del río -dijo Mary Pat-. Ojalá tengan que darte muchos aquí, John, porque creo que ha llegado la hora de que te quedes.

Se refería a su reincorporación, de modo permanente, a aquel campo de entrenamiento de las tierras bajas del litoral de Virginia. La Agencia aumentaba los efectivos humanos de lo que la burocracia designaba con distintos eufemismos (y los enemigos de Estados Unidos espías) para ser enviados a diferentes destinos. Mistress Foley quería que Clark ayudase a prepararlos, que no en vano hizo un excelente trabajo con ella y con su marido, veinte años atrás.

-No, a no ser que quieras que me jubile. Prefiero andar por ahí.

-Es que está como una chota, señora -dijo Chávez con una maliciosa sonrisa-. Cosa de la edad, supongo.

Mistress Foley no quiso insistir. Aquel par eran de lo mejor de que disponía, y no tenía la menor prisa por prescindir de un equipo que funcionaba tan bien.

-Pues me parece muy bien, chicos. Libres de servicio. Esta tarde les toca a Oklahoma y a Nebraska.

-¿Qué tal los críos, MP?

Ese era el cariñoso apelativo con que la llamaban en el cuerpo, aunque sólo algunos tenían confianza para dirigirse a ella así.

-Estupendamente, John. Gracias -repuso mistress Foley, que se levantó y fue hacia la puerta.

Volvería en helicóptero a Langley, para seguir puntualmente informada de cualquier noticia.

Clark y Chávez se miraron con la lógica satisfacción por haber cumplido bien con su trabajo. La operación WALKMAN era ya historia, oficialmente bendecida por la Agencia y, en esta ocasión, también por la Casa Blanca.

-Llegó la hora, mister C.

-Ya. ¿Que te lleve, no?

-Si fuese usted tan amable, señor -repuso Ding.

John Clark miró de arriba abajo a su compañero. Estaba bien limpio y compuesto. Un buen corte de pelo. De la barba que paseó por Africa, ni rastro. Incluso llevaba camisa y corbata. O sea, la indumentaria para ligar, aunque, pensándolo mejor, recordó que Ding fue soldado. Y al volver a casa de permiso, a todos los soldados les gusta desprenderse de los signos externos más rudos de su profesión. Bueno, no iba a reprocharle al chico que quisiera estar presentable. Pese a todos los defectos que Ding pudiera tener, se dijo John, siempre se mostraba respetuoso.

-Anda, vamos.

La furgoneta Ford que llevaba Clark estaba aparcada en su lugar habitual y, al cabo de quince minutos, enfilaban el acceso de su casa. Estaba situada en los alrededores de Camp Peary y era una casa de campo corriente, de varias alas, más vacías entonces de lo habitual.

Margaret Pamela Clark, su hija mayor, estaba en la Universidad de Marquette. Patricia Doris Clark eligió una escuela más cercana, la William and Mary, que estaba muy cerca de Williamsburg, en donde estudiaba primer ciclo de medicina. Patsy, pendiente de su llegada, estaba ya en la puerta.

-¡Papá!

Un abrazo y un beso. Luego, algo que, en cierto modo, había pasado a ser más importante.

-¡Ding!

Y, en este caso, Clark vio sólo un abrazo, aunque ni locos iban a creer que se la daban.

-¡Hola, Patsy! -exclamó Ding, que la siguió hasta el interior sin soltarse de su mano.

4. Actividad

-Nuestras necesidades son diferentes -insistió el negociador.

-¿En qué? -le preguntó su homólogo en tono paciente.

-El acero, el diseño del depósito; no son de serie. Yo no soy ingeniero, pero los responsables del diseño así me lo han dicho; que la sustitución de otras piezas dañará sus unidades. Es muy importante que las piezas sean de serie -prosiguió con la misma paciencia que su interlocutor-. Como usted sabe, muchos de los coches de la planta de montaje de Kentucky vuelven al mercado japonés; y tanto para reparaciones como para sustitución de piezas, se puede recurrir a cualquier taller o distribuidor local. Y no sería ése el caso si sustituyésemos piezas por otras americanas, tal como propone.

-Mire usted, Seiji, se trata de un depósito de gasolina. Y ¿con qué está hecho? Con cuatro planchas de acero galvanizado, dobladas y soldadas, con capacidad para setenta y dos litros. No lleva piezas articuladas -terció el funcionario del departamento de Estado, tan metido en el papel que tenía instrucciones de representar, que incluso fingió cierta exasperación al pronunciar el nombre de su homólogo.

-Ah, pero es que es el propio acero; la fórmula, la proporción en que cada uno de los constituyentes entran en la aleación final. Están optimizados para ajustarse perfectamente a las necesidades del fabricante...

-Que están estandarizadas en todo el mundo.

-Lamentablemente, no es así. Nuestras especificaciones son de un rigor muy superior a las de los demás, y siento decirle que superiores también a las de la Compañía Deerfield de Repuestos para el Automóvil. Ésta es la razón por la que, lamentándolo mucho, debemos declinar su petición.

Esto ponía fin a aquella fase de las negociaciones.

El negociador japonés se recostó en la silla. Estaba radiante, con su traje de Brooks Brothers y su corbata de Pierre Cardin, aunque trataba de no recrearse demasiado en ello. Tenía mucha práctica en adoptar aquel talante, y lo hacía muy bien. En aquella partida tenía la banca. Además, el juego resultaba cada vez más fácil.

-Pues constituye una gran decepción -dijo el representante del Ministerio de Comercio de los Estados Unidos, que ya contaba con ello, por supuesto.

De manera que pasó la página para abordar el siguiente punto de la agenda de las Negociaciones sobre Cuestiones de Interés Interior.

Era como en el teatro griego, se dijo: un híbrido de tragedia de Sófocles y comedia de Aristófanes. Sabía uno, exactamente, qué iba a suceder incluso antes de empezar. En esto acertaba. En otros aspectos, ya no podía estar tan seguro.

Lo sustancial de la obra se determinó hacía meses, mucho antes de que las negociaciones tropezasen con aquel tema. A posteriori, las sesudas mentes lo considerarían sin duda un percance; una de tantas coincidencias que fraguan el destino de las naciones y de sus líderes.

Como ocurre casi siempre en acontecimientos similares, todo empezó con un pequeño error que se produjo pese a todas las precauciones. Un simple cable eléctrico defectuoso hizo que bajase la tensión que suministraba a un depósito de gran capacidad, reduciéndose así la carga eléctrica del líquido caliente en el que se sumergían las chapas de acero. Esto, a su vez, debilitó el proceso de galvanización, con lo que las planchas de acero quedaron cubiertas sólo de una fina pátina, pese a que pareciesen tener el correcto revestimiento. Aquellas planchas «no» galvanizadas se apilaron en paletas, sujetas con flejes de acero y cubiertas con plásticos. El error seguiría inadvertido, y aun más enmascarado, en los procesos de acabado y montaje.

La sección en donde ocurrió no formaba parte de la planta de montaje. Como es habitual en las empresas americanas, las grandes compañías de montaje de automóviles -que diseñaban los coches y les ponían su marca- compraban casi todos los componentes a empresas más pequeñas dedicadas a la fabricación de piezas.

En Japón, la relación entre el pez grande y el pez chico era tan estable como implacable. Estable, porque la relación entre unas y otras compañías solía traducirse en contratos de larga duración. Implacable, porque las exigencias de las plantas de montaje eran dictatoriales. Siempre pendía la amenaza de que encargasen las piezas a otro fabricante, aunque nunca se plantease abiertamente. Sólo indirectas, por lo general, en forma de elogiosos comentarios acerca de una empresa más pequeña, de alusión a lo inteligentes que eran los hijos del dueño de tal empresa, o a que el representante de la planta de montaje coincidió con él en el baseball o en los baños públicos la semana anterior. La forma de la indirecta no importaba tanto como el contenido del mensaje, un contenido que resultaba siempre inequívoco.

Las empresas pequeñas que fabricaban piezas para el automóvil no eran, como consecuencia de ello, las modélicas empresas de la industria pesada japonesa que los extranjeros se habían acostumbrado a admirar y respetar a través de la televisión. Los obreros no llevaban uniforme de la empresa, no comían con sus jefes en snacks-bar de lujo, no trabajaban en plantas de montaje inmaculadas y extraordinariamente bien organizadas. El salario de estos obreros tenía muy poco que ver con la holgada remuneración que recibían los

de las plantas de montaje. Y el convenio que garantizaba la estabilidad en los puestos de trabajo se había convertido en papel mojado para los trabajadores de élite (y jamás existió para los demás).

Aquellas galvanizaditas planchas llegaron a un sórdido taller. Les quitaron los flejes y las hicieron pasar, una a una, por las máquinas de cortado, accionadas manualmente. Quedaban convertidas en planchas más finas, mecánica y convenientemente rebanadas, con eliminación de rebaba y envío del virutado a una fundición para ser reciclado. Cada plancha quedaba así ajustada al patrón del diseño, con tolerancia de menos de un milímetro, pese a tratarse de un burdo componente que el propietario del automóvil quizá no vería jamás con sus propios ojos. Las planchas pasaban después a una máquina que venía a hacer una labor de forja -calentado y doblado- para luego pasar a la sección de soldadura, de donde salía un cilindro ligeramente abombado. Inmediatamente después, se soldaban sendas chapas a ambos extremos, operación automatizada que sólo requería la supervisión de un obrero. Luego, el orificio previamente practicado en uno de los extremos se acoplaba al tubo que terminaría en el tapón -parecido al que, por el otro extremo, conducía al motor.

Antes de salir del taller, los depósitos se impregnaban de una solución a base de cera y epóxido, para proteger el acero de la oxidación. Era una solución pensada para impregnar literalmente el acero, formando una sólida unión de materiales dispares, que protegería indefinidamente el depósito de la corrosión y evitaría la consiguiente pérdida de combustible. Un hermoso y típico producto de la formidable ingeniería japonesa, aunque en este caso no funcionase a causa del defectuoso cable eléctrico de la acería. El revestimiento no llegó a adherirse al acero, aunque sí conservaba la suficiente consistencia como para no deformarse antes de que tuviese lugar la supervisión ocular. De manera que, inmediatamente después, los depósitos pasaron por la cinta transportadora hasta la sección de embalaje. Allí los metieron en cajas de cartón, producidas en otra fábrica, y los cargaron en camiones para transportarlos a un almacén. La mitad de los depósitos iría, también por camión, a la planta de montaje, y la otra mitad en contenedores para embarcarlos con rumbo a Estados Unidos. Allí, los depósitos serían instalados en automóviles, casi idénticos, en una planta propiedad del mismo grupo internacional, aunque estuviese situada en la sierra de Kentucky y no en la llanura de Kwanto, en las afueras de Tokio.

Todo esto tuvo lugar meses antes de que el tema pasase a engrosar la agenda de las negociaciones de interés interno. Miles de automóviles fueron montados y servidos con depósitos defectuosos. Y todo ello pasó inadvertido pese a las medidas, normalmente excelentes, para garantizar la calidad, en plantas de montaje separadas por más de diez mil kilómetros. Los coches montados en Japón se cargaron a bordo de algunos de los barcos más feos que se hayan construido jamás; abombados transportes de automóviles, menos marineros que una gabarra, que habrían de afrontar las tormentas que tanto agitan en otoño el Pacífico septentrional.

La sal del mar que contenía el aire penetraba hasta los automóviles a través del sistema de ventilación de los barcos. El inconveniente no hubiese sido muy grave de no ser porque los barcos cruzaron un frente. El aire frío se calentó en seguida. Y el instantáneo cambio en la humedad relativa, respecto a la del aire del interior de los depósitos, produjo una humedad, con un alto contenido de sal, entre la superficie de la chapa de acero y la cara interna del defectuoso revestimiento. Y, allí, la sal empezó de inmediato la corrosión de la desvalida chapa, y a debilitar un depósito que contenía gasolina de 92 octanos.

Pese a su catadura, Corp se enfrentó a la muerte con dignidad, se dijo Ryan, que acababa de ver la parte de la grabación que la CNN no consideró adecuado pasar en sus telediarios. Tras un discurso, cuya traducción tenía Ryan en dos hojas de papel sobre el regazo, le pusieron la soga al cuello y abrieron la trampilla. Las cámaras de la CNN enfocaron el cuerpo

hasta que cesaron los estertores. Así constó en los documentos oficiales de su país: Mohammed Abdul Corp. Agitador, asesino, narcotraficante. Muerto.

-Confío en que no hayamos hecho un mártir -dijo Brett Hanson, que rompió el silencio que se hizo en el despacho de Ryan.

-Los mártires sólo tienen en común una cosa, señor secretario -dijo Ryan al ladear la cabeza y verle leer la traducción de las últimas palabras de Corp.

-¿Qué, Ryan?

-Que están muertos -contestó Jack, que hizo una pausa de efectista intención-. Ese tipo no ha muerto por Dios ni por la patria. Ha muerto por asesino. No lo han ahorcado por matar americanos. Lo han ahorcado por matar a compatriotas y por vender droga. Y los mártires no están hechos de esa pasta. Caso concluido -añadió Jack, que tiró a la papelera su traducción, sin leerla-. Y bien, ¿qué noticias hay de la India?

-Diplomáticamente hablando, ninguna.

-¿Qué me dice usted, Mary Pat? -le preguntó Jack a la representante de la CIA.

-Una fuerte brigada mecanizada realiza intensivas maniobras en el sur. Llevamos dos días recibiendo despachos. Parecen ejercitarse como unidad de choque.

-¿Humint?

-Sin efectivos -reconoció mistress Foley con lo que parecía haberse convertido en mantra de la CIA-. Lo siento, Jack. Tendrán que pasar años antes de que logremos destacar agentes dondequiera que los necesitemos.

Ryan refunfuñó para sus adentros. Las fotografías de los satélites estaban muy bien, pero no eran más que fotografías. Sólo te proporcionaban formas, no ideas, que era lo que Ryan necesitaba. Aunque Mary Pat hacía cuanto podía por proporcionárselas, se recordó.

-Según la Armada, su flota está muy activa, y sus movimientos parecen apuntar a una misión de barrera.

Porque, en efecto, las fotografías de los satélites mostraban que las unidades anfibias de la Armada hindú estaban agrupadas en dos escuadras. Una estaba en el mar, a unas doscientas millas de su base, realizando maniobras como un solo grupo. La otra se hallaba amarrada en la misma base naval, en período de mantenimiento. La base estaba bastante lejos de la brigada que realizaba maniobras, pero había una línea de ferrocarril que iba desde la base del Ejército a la base naval. Los analistas hacían un diario estudio de la situación de las estaciones de ambas instalaciones. Para eso, por lo menos, sí que eran eficaces los satélites.

-¿Nada en absoluto, Brett? Tenemos allí un excelente embajador, creo recordar.

-No quiero que presione demasiado. Podría lesionar la influencia y acceso que tenemos -aseguró el secretario de Estado en un tono que hizo casi poner los ojos en blanco a mistress Foley.

-Puesto que en estos momentos no tenemos información ni influencia, señor secretario -dijo Ryan con aplomo-, todo lo que podamos conseguir nos será útil. ¿Prefiere llamar usted o que llame yo?

-Trabaja para mí, Ryan.

Jack contó hasta diez antes de contestarle a aquel burócrata. Detestaba los conflictos de competencias que, por lo visto, era el pasatiempo favorito de buena parte del ejecutivo.

-Trabaja para los Estados Unidos. En última instancia, trabaja para el presidente. Mi labor consiste en decirle al presidente lo que ocurre allí, y necesito información. De manera que, por favor, dele luz verde. Tiene a un jefe de la CIA a su servicio, y tres agregados militares. Quiero que se les dé luz verde a todos. Su misión deberá centrarse en seguir lo que, a ojos de la Armada y de los míos, parecen preparativos para la invasión de un país soberano. Y queremos impedirlo.

-No puedo creer que India vaya a hacer tal cosa -dijo Brett Hanson con cierto retintín-. He cenado en varias ocasiones con el ministro de Asuntos Exteriores. Nunca ha dejado entrever lo más mínimo...

-Muy bien -lo atajó Ryan en tono pausado para mitigar el golpe que iba a propinarle-. Todo eso está muy bien, Brett. Pero las intenciones cambian. Y a nosotros sí que nos han dejado entrever que quieren que retiremos nuestra flota. Quiero esa información. Y le pido que ordene al embajador Williams que husmee cuanto pueda. Es listo y confío en su criterio. Es una petición que le hago personalmente. Puedo pedirle al presidente que lo ordene. De manera, señor secretario, que haga esa llamada.

Hanson sopesó sus alternativas y terminó por asentir, con tanta dignidad como pudo. Ryan acababa de solventar en Africa una situación que tenía agobiado a Roger Durling desde hacía dos años. Jack era en aquellos momentos el chico de la película. Que no todos los días ocurría que un funcionario del gobierno aumentase las probabilidades de reelección de un presidente. La sospecha de que era la CIA la que detuvo a Corp ya había pasado a los medios informativos, y no había obtenido más que tímidos «desmentidos» por parte del gabinete de Prensa de la Casa Blanca. No era modo de encauzar la política exterior, pero ésa era una cuestión que se plantearía en otro terreno.

-Rusia -dijo entonces Ryan, que dio así por terminado un tema para abordar el siguiente.

El ingeniero del centro de lanzamientos espaciales de Yoshinobu era consciente de no ser el primero en reparar en la belleza del Mal. Desde luego, no era el primero en su país, en el que la obsesión por la artesanía empezó, probablemente, por el arrobado primor con que trabajaban las espadas, las katanas de a metro de los samurais, cuyo acero pasaba por un increíble proceso de laminación que resultaba en hasta un millón de capas, a partir de una sola fundición. Semejante proceso exigía una inmensa paciencia al comprador que, durante mucho tiempo, debería conformarse con armarse de la misma, dando prueba de un beatífico talante que no fue, por cierto, el que hizo célebre a su país en aquel período. Pero así era, porque el samurai necesitaba su espada, y sólo podía fabricársela... el maestro armero.

En cambio, ahora no. Ahora, el samurai -si cabe llamarlo así-utilizaba el teléfono y exigía resultados inmediatos. Pues, bueno, tendría que aguardar, pese a ello, pensaba el ingeniero al contemplar el objeto que se alzaba frente a él.

En realidad, lo que tenía ante sus ojos era una refinada mentira; la más inteligente de las mentiras. La mera belleza de aquella obra de ingeniería era lo que más alimentaba su orgullo. Las conexiones eléctricas, instaladas en uno de los lados, eran simuladas. Sólo lo sabían las seis personas que bajaban, por la escalerilla de la planta superior de la airosa torre, hasta la siguiente, con el ingeniero en cabeza. Desde allí cogerían el ascensor hasta la superficie de cemento de la plataforma de lanzamiento, donde los aguardaba un autocar para trasladarlos hasta el bunker de control.

Ya en el interior del autocar, el ingeniero se quitó el casco esmaltado de blanco y respiró. Diez minutos después se encontraba en una confortable silla giratoria, tomando té. Su presencia en la plataforma de lanzamiento no era necesaria. Pero cuando construye uno algo, quiere verlo en todos sus pormenores y, además, Yamata-san hubiese insistido en que así fuese.

El cohete propulsor H-II era nuevo. Aquélla había sido sólo la segunda prueba de ignición. La tecnología era básicamente soviética, la misma que los rusos emplearon para la construcción de una de las últimas versiones de su gigantesco ICBM, antes de que el país se desintegrase. Yamata-san compró los derechos del diseño por una miseria (aunque en divisas fuertes). Luego, puso el diseño y todos los datos en manos de su equipo, para que introdujesen modificaciones y lo perfeccionasen. No fue difícil. Un acero más ligero para la estructura externa, y un grupo electrónico más compacto para el sistema de dirección, supuso un ahorro de más de 1200 kgs de peso, y otras mejoras de los combustibles líquidos incrementaron el rendimiento de tracción del cohete en un teórico 17 %. Fue un primoroso trabajo del equipo de ingenieros que despertó el interés de los ingenieros norteamericanos de la NASA, tres de los cuales se encontraban en el bunker como observadores.

¿A que tenía gracia la cosa?

La cuenta atrás empezó de acuerdo a lo previsto. La torre de lanzamiento entró en los raíles. Los focos iluminaron el cohete, que se alzaba sobre la plataforma como un monumento (aunque no la clase de monumento que los americanos pensaban).

-¡Menudo paquete! -exclamó uno de los observadores de la NASA.

-Queremos demostrar nuestra capacidad para poner en órbita grandes cargas -se limitó a decir uno de los ingenieros. -Bueno, pues allá va...

La ignición del motor del cohete hizo que, por unos instantes, las pantallas de los monitores de televisión emitiesen un intenso resplandor, hasta que compensaron electrónicamente el brillo de la blanca llamarada. El cohete propulsor H-II despegó verticalmente, convertido en vértice de una columna de llamas con una humareda en la cola.

-¿Qué le han hecho al combustible? -preguntó en tono pausado uno de los hombres de la NASA.

-Mejorar su composición química -contestó su homólogo japonés, que no miraba a la pantalla sino a un panel de instrumentos-. Básicamente, mejor control de calidad y pureza del oxidante.

-Nunca se les dieron muy bien a los rusos estos aspectos -convino el americano.

Lo tiene delante y no lo ve, se dijeron ambos ingenieros. Yamata-san estaba en lo cierto. Era asombroso.

Varias cámaras, guiadas por radar, siguieron la trayectoria del cohete que surcaba el claro cielo. El H-II ascendió verticalmente durante los primeros trescientos metros. Luego, describió una suave y airosa curva hasta aparecer sólo como un disco blanco amarillento. La trayectoria siguió un curso cada vez más horizontal, hasta que las cámaras sólo vieron el cohete propulsor como un punto que se alejaba.

-DEMP -musitó el observador de la NASA en el momento justo.

DEMP significaba Desconexión del Motor de Propulsión. Lo dijo porque pensaba en términos de lanzamiento espacial. «Separación... Ignición de la segunda fase...» Estaba familiarizado con estos términos. Una de las cámaras siguió el desprendimiento de la primera fase, que aún resplandecía, a causa del combustible residual, mientras caía al mar.

-¿Van a recuperarla? -preguntó el americano.

-No.

Todos pasaron a fijarse en las mediciones telemétricas al perderse el contacto visual. El cohete aceleraba, rumbo sureste, dentro de la trayectoria prevista. Varios monitores mostraban el curso del H-II, numérica y gráficamente.

-La trayectoria es un poco alta, ¿verdad?

-Necesitamos situarlo en la franja superior de una órbita baja-explicó el director del programa espacial-. En cuanto comprobemos que podemos situar la carga en órbita, y lo midamos con toda exactitud, el módulo descenderá en pocas semanas. No queremos atestar la órbita más de lo que está.

-Hacen bien. Es preocupante, para las misiones tripuladas, que haya tanto trasto ahí arriba -dijo el observador de la NASA, que hizo una pausa antes de plantear una delicada cuestión-. ¿Cuál es su carga máxima?

-Hasta ahora, cinco toneladas métricas. -¿Tanto creen que pueden hacerle transportar a ese pajarito? -exclamó el observador, que dejó escapar un silbido.

Bastaban 4,53 Tm. Era el número mágico. Con semejante peso, en una baja órbita terrestre, se podían hacer orbitar satélites de comunicaciones geosincrónicos; situar en órbita el satélite, y el adicional motor del cohete, para alcanzar una altitud superior.

-Su transfase debe de calentarse mucho.

El ingeniero empezó por contestar con una sonrisa.

-Es un secreto -dijo luego.

-Bueno, supongo que dentro de noventa segundos lo veremos

-contestó el americano, que ladeó el cuerpo en la silla para seguir los datos telemétricos.

¿Sería posible que tuviesen conocimientos de los que él y su equipo carecían? Se inclinaba a pensar que no, aunque, para asegurarse, la NASA tenía una cámara instalada para observar el H-II, sin que los japoneses lo supiesen, por supuesto.

La NASA tenía instalaciones de seguimiento repartidas por todo el mundo. Seguían la actividad espacial norteamericana, y como a menudo no tenían nada que hacer, se dedicaban a seguir a todo tipo de objetos. Las estaciones de Johnston Island y las del atolón de Kwajalein (en las Marshall) fueron, originariamente, instaladas para pruebas de ingenios de la «defensa estratégica» y para la detección de lanzamientos de cohetes soviéticos.

La cámara de seguimiento de Johnston Island se llamaba Amber Ball y los seis hombres que estaban a su cargo detectaron el H-II, alertados del lanzamiento por el Programa de Apoyo a la Defensa, instalado en el ordenador de un satélite, concebido y puesto en órbita para informar, también, de los lanzamientos soviéticos. Eran unas instalaciones propias de otra época, se decían los seis.

-Tiene toda la pinta de un A-19 -dijo el técnico jefe, ante el asentimiento de los demás.

-Desde luego, a juzgar por la trayectoria -apostilló otro técnico tras comprobarla.

-Desconexión de la segunda fase y separación. La transfase y la carga se han soltado ya... llamarada residual... ¡Jo! La pantalla se quedó sin imagen.

-¡Se ha interrumpido la señal! ¡Se ha perdido la señal telemétrica! -exclamó un técnico de la sala de control de lanzamiento.

El ingeniero jefe japonés le espetó algo, que sonó como un taco, al representante de la NASA, cuyos ojos seguían los gráficos del monitor. La señal se interrumpió pocos segundos después de la ignición de la transfase. Y eso sólo podía significar una cosa.

-A nosotros nos ha sucedido más de una vez -dijo el americano con talante solidario.

El problema estaba en que los combustibles para la propulsión de cohetes, sobre todo los que se utilizaban siempre en la última fase de un lanzamiento espacial, eran, básicamente, altamente deflagrantes. Pero ¿qué ocurría, exactamente? La NASA y las Fuerzas Armadas llevaban cuarenta años tratando de descubrirlo.

El ingeniero de armamento no perdió los estribos, como acababa de ocurrirle al oficial de control. El americano que se sentaba junto a él lo atribuyó a su profesionalidad, pese a que el observador de la NASA ignoraba que fuese ingeniero de armamento. En realidad, hasta entonces, todo transcurrió exactamente de acuerdo a lo previsto. Los depósitos de combustible de la transfase se llenaron con potentes explosivos, que deflagraron inmediatamente después de la separación del módulo de carga.

El módulo de carga era un objeto cónico, con una base de ciento ochenta centímetros de anchura y doscientos seis centímetros de longitud. Era de uranio-238, algo que hubiese sorprendido, e inquietado, al representante de la NASA. Metal denso y muy duro, tenía una notable capacidad refractaria; es decir, que resistía bien el fuego. El mismo material se utilizaba para módulos de carga de muchas naves espaciales norteamericanas, aunque la NASA no poseyese ninguno. Módulos de tamaño y forma muy similares se hallaban alojados en las pocas armas estratégicas de cabeza nuclear que les quedaban a los Estados Unidos, tras el desmantelamiento previsto en un tratado con Rusia. Más de treinta años atrás, un ingeniero de la AVCO señaló que, puesto que el uranio-238 era un excelente material para soportar el calor de la fricción de reentrada en la atmósfera -y era el material de que estaba hecha la tercera fase de un ingenio termonuclear-, ¿por qué no hacer del «fuselaje» parte de la bomba? Este planteamiento siempre sedujo a los ingenieros; una idea que fue probada, y dada por positiva, y que, desde los años 60, formaba parte del arsenal estratégico de los Estados Unidos.

El módulo de carga, tan recientemente incorporado al cohete lanzador H-II, era una exacta réplica de la maqueta de una cabeza nuclear y, mientras la Amber Ball y otras cámaras e instrumentos de seguimiento seguían los restos de la transfase, aquel cono de uranio volvía a la Tierra. No interesaba a las cámaras norteamericanas, pues no era sino la prueba orbital de un módulo de carga que no alcanzó la velocidad necesaria para orbitar la Tierra.

Tampoco sabían los americanos que el Takuyo, que se encontraba entre la isla de Pascua y la costa de Perú, no llevaba a cabo las tareas de investigación pesquera que se suponía. A dos kilómetros al este del Takuyo, flotaba una balsa neumática, con un detector GPS y una radio. El barco no estaba equipado con un radar capaz de seguir un blanco tan veloz. Pero el descendente VR (vector de recuperación, o reentrada) se anunció solo, al filo del amanecer. Cayó como un meteorito, candente como un hierro en la fragua, a causa de la fricción, que dejó una estela de fuego a la hora exacta (y de una pieza a los vigías del puente, pese a haber sido informados).

Todos siguieron con la mirada la descendente trayectoria del módulo, que amerizó a menos de doscientos metros de la balsa. Cálculos posteriores determinarían que el impacto se produjo, exactamente, a 260 m del punto programado. No era perfecto y, para desilusión de algunos, iba un cero por detrás de lo conseguido por los más modernos misiles norteamericanos, aunque, para una prueba, era más que suficiente. Lo más positivo era que la prueba se realizó a ojos vista de todo el mundo, sin que nadie lo advirtiese. Momentos después, la ojiva soltó un globo que, al inflarse, la mantendría cerca de la superficie. Una lancha del Takuyo iba ya hacia el lugar para enganchar un cabo, al objeto de que el VR pudiese ser efectivamente recuperado y analizados los datos de sus instrumentos.

-¿Va a ser muy duro, verdad? -preguntó Barbara Linders.

-Pues sí.

Murray no quiso mentirle. En las dos últimas semanas intimaron más de lo que Barbara Linders había llegado a intimar con su terapeuta. Durante aquellos quince días, comentaron todos los aspectos de la agresión más de una docena de veces, lo grabaron todo, hicieron transcripciones de las grabaciones, comprobaron todos los hechos, hasta el punto de cerciorarse de si el color de los muebles y el de las alfombras era el mismo que aparecía en las fotos del despacho del ex senador. Las comprobaciones fueron exhaustivas. No todo encajaba a la perfección, pero se trataba de muy pocos detalles y, además, muy secundarios. No afectaban a lo sustancial del caso, lo que no evitaría que fuese a ser muy duro.

Murray se encargó del caso por delegación expresa y personal del director, Bill Shaw. El equipo de Murray constaba de veintiocho agentes, dos de ellos inspectores de la Dirección General. Casi todos los demás eran expertos cuarentones, salvo media docena de jóvenes agentes para gestiones de calle.

El paso siguiente sería entrevistarse con un miembro de la Fiscalía General del Estado. Eligieron ver a la fiscal Anne Cooper, de veintinueve años, licenciada por la Universidad de Indiana, y especializada en casos de agresión sexual. Elegante, alta, negra y ferozmente feminista, se entregaba con tal ardor a tales casos que el nombre del acusado no iba a importarle lo más mínimo. Por ahí, todo serían facilidades.

Lo peliagudo estaba en que el «acusado» en cuestión era el vicepresidente de los Estados Unidos, y en que la Constitución decía que no podía ser tratado como un ciudadano corriente. En su caso, el «gran jurado» no sería tal sino la Comisión de lo Judicial de la Cámara de Representantes. Técnicamente, Anne Cooper trabajaría en cooperación con la presidencia y los miembros de la citada comisión, aunque, a efectos prácticos, fuese ella quien llevase el caso, con la «ayuda» de los miembros de la Comisión, que filtrarían datos a la prensa y sacarían pecho.

Como Murray explicó, lenta y tranquilamente, la tormenta se desencadenaría en cuanto informasen de lo que se avecinaba al presidente de la Comisión. La acusación se haría pública. La dimensión política del caso lo hacía inevitable. El vicepresidente Edward J. Kealty negaría indignado todas las acusaciones, y su equipo de abogados se lanzaría a una investigación sobre Barbara Linders. Descubrirían cosas que Murray ya oyó de sus propios labios, muchas de ellas perjudiciales, sin que, en principio, nada se explicase a la opinión pública de que las víctimas de violación, sobre todo aquellas que no la denunciaban, sufrían

una tremenda pérdida de la propia estimación, que, a menudo, adoptaba la forma de un anormal comportamiento sexual. (Convencidas de que la relación sexual era lo único que los hombres querían de su persona, a menudo se lanzaban a ella, en una fútil búsqueda de la propia valía que consideraban arrebatada por el primer agresor.) Así reaccionó Barbara Linders, que se aficionó a los antidepresivos, peregrinó por seis empleos y tuvo dos abortos. Considerar que esto era consecuencia de la agresión, y no un síntoma de escasa fiabilidad, era algo que debería plantearse ante la Comisión. Porque cuando el caso pasase a la opinión pública ya no podría defenderse, no se le permitiría hablar abiertamente, mientras que los abogados y los investigadores de la defensa no tendrían limitaciones para atacarla, implacablemente y con saña -y mucho más públicamente-, más de lo que lo hubiese hecho Ed Kealty. Ya se encargaría la prensa de ello.

-No es justo -dijo Barbara.

-Si., es justo, Barbara. Es necesario -replicó Murray tan amablemente como pudo-. ¿Sabe usted por qué? Porque cuando procesemos a ese hijo de puta no quedarán dudas. El juicio en el Senado será una pura formalidad. Entonces, podremos llevarlo ante un verdadero jurado, que lo condenará como delincuente que es. Será duro para usted. Y más duro aún para él cuando vaya a la cárcel. Así funciona el sistema. No es perfecto, pero es lo mejor que tenemos. Y cuando todo termine, Barbara, recobrará usted su dignidad y nadie, nunca, volverá a arrebatársela.

-Dejaré de huir de mí misma, mister Murray -dijo Barbara Linders, que se había rehecho bastante en las dos últimas semanas.

Estaba mucho más templada. Puede que aún no tuviese la consistencia del acero, pero se sentía más fuerte cada día que pasaba. Lo que Murray se preguntaba es si sería lo bastante fuerte. Era como si las apuestas estuviesen 6-5 a su favor, pensaba, y había que apostar.

-Llámeme Dan, por favor. Que así es como me llaman mis amigos.

-¿Qué es lo que no ha querido decir delante de Brett?

-Que tenemos un hombre en Japón... -repuso mistress Foley, sin dar el nombre de Chet Nomuri.

Su relato, que duró varios minutos, no fue del todo una sorpresa. El propio Ryan se lo sugirió años atrás, allí mismo en la Casa Blanca, al entonces presidente Fowler. Eran ya demasiados los funcionarios del gobierno que, al abandonar el cargo, se enrolaban en multinacionales japonesas, en calidad de directivos o de asesores, e incluso en el propio gobierno japonés, con remuneraciones muy superiores a las que proporcionaba el contribuyente americano. Y esto preocupaba a Ryan. Aunque no fuese ilegal, resultaba poco ético. No se trataba sólo de que, en ocasiones, fuesen a ganar diez veces más. Debía de producirse un proceso de captación, que no cabía imaginar vacío de contenido. Como con cualquier otra forma de espionaje, el captado agente necesitaba demostrar que podía proporcionar algo de valor. Y esto era espionaje, grave delito recogido por el artículo 18 del Código Penal norteamericano. Se hallaba en curso una discreta operación conjunta, de la CIA y del FBI, para ver qué sacaban en limpio. Se bautizó Operación SÁNDALO. Y ahí entraba Nomuri.

-¿Qué se ha averiguado?

-Nada concreto todavía -contestó Mary Pat-. Aunque hemos obtenido interesante información acerca de Hiroshi Goto, que es un tanto disoluto.

Mistress Foley se extendió en una amplia explicación, sin ahorrar detalles.

-¿No le caemos muy bien, verdad? -dijo Ryan.

-Las americanas le encantan, si cabe expresarlo así.

-No es algo que podamos utilizar muy fácilmente -dijo Jack, recostándose en el sillón.

Era repugnante, sobre todo para un hombre cuya hija mayor empezaría pronto a tener relaciones, algo que, incluso dentro de la más absoluta normalidad, resultaba duro para un padre.

-Hay muchas almas descarriadas por ahí, MP, y no podemos salvarlas a todas -añadió Ryan, aunque poco convencido, a juzgar por el tono de su voz.

-Hay algo que me huele mal, Jack.

-¿Qué?

-No lo sé. Quizá sea su absoluto descaro. Dentro de un par de semanas, ese individuo podría ser primer ministro. Tiene mucho apoyo por parte de los zaibatsu. El gobierno actual se tambalea. Debería de estar lubricando su maquinaria electoral y no a esa cría, exhibiéndola de ese modo...

-Diferente cultura, otras normas...

Ryan cometió el error de cerrar sus cansados ojos por unos instantes y, al hacerlo, su imaginación evocó una imagen del relato de mistress Foley. Es una ciudadana americana, Jack; una de las contribuyentes que paga tu salario.

-¿Es bueno su agente? -preguntó Ryan al abrir los ojos.

-Es muy perspicaz. Lleva seis meses en el país.

-¿Ha captado ya a alguien?

-No. Tiene orden de ir despacio. Allí no hay más remedio. Su sociedad se rige por normas distintas. Ha detectado a un par de rijosos descontentos, y se lo toma con calma.

-Yamata y Goto... Parece absurdo, ¿verdad? Yamata acaba de hacerse con la dirección de una importante sociedad de Wall Street, el Grupo Columbus. La empresa de George Winston. Conozco a George.

-¿La sociedad de valores bursátiles?

-Ajá. Lo ha dejado. Y Yamata ocupa su lugar. Hay mucho dinero de por medio, MP. La «cuota de entrada» no baja de los cien millones. Así que a ver cómo me lo explica: un político, que se jacta de detestar a los Estados Unidos, del brazo con un empresario que acaba de rubricar el himeneo con nuestro sistema financiero. Joder. Claro que a lo mejor resulta que lo que quiere Yamata es abrirle los ojos al chico.

-¿Qué sabe de mister Yamata? -dijo ella.

La pregunta pilló desprevenido a Jack.

-¿Yo? Poco más que el nombre. Que dirige un gran grupo. ¿Es Yamata uno de sus objetivos?

-En efecto.

Ryan le dirigió una sonrisa de circunstancias.

-¿No cree que ya está todo bastante complicado, MP? ¿No valdría más apuntar hacia otro lado?

En Nevada, los hombres aguardaban a que el sol se pusiese tras las montañas, antes de empezar lo que se programó como un ejercicio rutinario, aunque con ciertas modificaciones de última hora. Pese a ser todos experimentados oficiales de operaciones especiales del Ejército, seguían aún perplejos tras su primera visita oficial al «país de ensueño», como los de las Fuerzas Aéreas llamaban aún a las secretas instalaciones de Groom Lake. Allí era donde se probaban los aparatos «indetectables». Toda la zona estaba minada con radares y otros instrumentos para ver hasta qué punto lo eran.

Al ponerse el sol, y quedar un cielo oscuro pero despejado, despegaron con sus aparatos para realizar una prueba nocturna. La misión de aquella noche era llegar hasta la base aérea de Nellis, entregar unas órdenes administrativas y regresar a Groom Lake, sin ser detectados. Algo bastante difícil.

Jackson observaba el último grito en materia de vuelo «invisible», tocado con su gorra de miembro de la Junta de Jefes de Estado Mayor. El Comanche aportaba interesantes

novedades, sobre todo para operaciones especiales, convertido en el juguetito preferido del Pentágono. El Ejército garantizaba un número de magia que merecía la pena ver. Y a eso fue...

Noventa minutos después, el piloto se inclinó hacia el micrófono de la radio.

-¡Cañones, cañones, cañones! -exclamó-. ¡Dios, qué preciosidad! -dijo luego a través del intercomunicador.

La rampa de la base aérea de Nellis era el nido de la mayor ala de bombarderos de las FF. AA., engrosada en aquellos momentos por dos escuadrillas invitadas a la operación Bandera Roja, entonces en curso. Esto le daba al cañón de 20 mm de su helicóptero Comanche más de cien blancos. Abrió fuego sobre las regulares hileras de aparatos antes de virar y salir de la zona, rumbo sur. Al maniobrar para dejar paso a los otros dos Comanches, vio las luces de los casinos de Las Vegas. Luego, descendió hasta unos quince metros de la desigual superficie arenosa y viró de nuevo, en dirección noreste.

-Me han vuelto a «pinchar». Un simpático disc-jockey de un Eagle la ha tomado con nosotros -dijo el copiloto.

-¿Tratan de cerrarnos el paso?

-¿Que si tratan? ¡Joder!

Un F-15C los sobrevoló tan cerca que la turbulencia que produjo hizo cabecear ligeramente al Comanche.

-Ni aunque no viese... dos en un burro os vería el ojete -se oyó por la radio.

-Ya sabía yo que erais algo maricas los de las Fuerzas Armadas. Nos veremos en el establo.

-Recibido... «corto».

A lo lejos, en plena medianoche, el bombardero hizo parpadear las luces de cola a modo de saludo.

-Bien, pero no del todo, Sandy -dijo el copiloto.

No del todo invisibles. La silenciosa tecnología del Comanche bastaba para burlar un radar detector de misiles, pero aquellos condenados aparatos, en vuelo de alerta, con sus grandes antenas y su procesador de señales, captaban hasta la menor vibración del rotor, pensó el piloto.

Tendrían que trabajar más en ello. Lo positivo era que el F-15C, pese a su poderosísimo radar detector de misiles, no detectó sus AMRAAD, y que los detectores térmicos resultaban inútiles, incluso en la fría superficie del desierto. Sin embargo, el F-15E, con sus instrumentos para ver a oscuras, pudo haberlo desintegrado con su cañón de 20 mm. Habría que tomar nota. De manera que, bien, la perfección no existía, aunque el Comanche fuese el más formidable helicóptero jamás construido.

El capitán Sandy Richter alzó la vista. A través del seco y frío aire del desierto veía las intermitentes luces de los orbitantes AWAC E-3A. No tan lejos. A unos diez mil kilómetros. Aquel tipo de la Armada parecía bastante listo, y quizá si presentaba la idea convenientemente, tendría ocasión de probarla...

El presidente Durling estaba en su despacho, justo en el extremo opuesto de la diagonal del ala oeste, donde estaba el de Ryan.

-Me estoy hartando de esto -dijo el mandatario.

Después de dos buenos años, llevaban unos meses empantanados. -¿De qué va hoy?

-De los depósitos de gasolina -repuso Marty Caplan-. La Deerfield Auto Parts, de Massachusetts, acaba de dar con un sistema para fabricarlos de casi todas las formas y capacidades, a partir de planchas de acero estándar. Se trata de un sistema robotizado, eficacísimo. Se han negado a concederles la licencia a los japoneses...

-¿Eso cae dentro de las competencias de Al Trent, no? -lo atajó el presidente.

-En efecto.

-Perdón. Siga usted -dijo Durling, que se alcanzó una taza de té. Últimamente, no podía tomar café por las tardes-. ¿Y por qué no se la quieren conceder?

-Se trata de una de las empresas que estuvo a punto de desaparecer a causa de la competencia japonesa. Esta siguió confiando en su equipo de dirección. Espabilaron. Contrataron a unos cuantos jóvenes e inteligentes ingenieros industriales, y redoblaron sus esfuerzos, que se han marcado media docena de importantes innovaciones. Y da la casualidad que ésta tiene una extraordinaria relación coste/ eficiencia. Aseguran poder fabricar los depósitos, embalarlos y enviarlos a Japón por menos de lo que a los japoneses les costaría fabricarlos en su país y que, además, los depósitos son más sólidos. Sin embargo, ni siquiera hemos podido conseguir que los japoneses los utilicen en las plantas que tienen aquí. No hay quien los saque de la robótica -concluyó Caplan.

-¿Y cómo es que incluso el transporte les resulta más barato?

-Por los fletes, señor presidente -dijo Caplan-. Sus barcos llegan aquí llenos de coches y regresan de vacío. De manera que aprovechar el viaje para transportar los depósitos no les costará absolutamente nada, aparte de que, además, llegan a los propios muelles de la empresa. La Deerfield ha diseñado, incluso, un sistema de carga y descarga que elimina las posibles penalizaciones por retrasos.

-¿Y por qué no han apretado por ahí?

-Me sorprende que no los apretase -comentó Christopher Cook.

Se encontraban en una lujosa residencia, junto a Kalorama Road, una zona muy cara del distrito de Columbia, en la que vivían varios miembros del cuerpo diplomático, además de toda la fauna de la comunidad washingtoniana: desde miembros de grupos de presión y abogados hasta todos aquellos que querían estar cerca del centro de decisiones, sin estarlo demasiado.

-Si la Deerfield nos concediese la patente -dijo Seiji con un suspiro de impotencia-, podríamos pagársela muy bien.

-Claro -convino Cook, que se sirvió otro vaso de vino blanco. Se trata de su invento, Seiji, y quieren sacarle partido, pudo haberle dicho. Pero se abstuvo.

-¿Por qué sus empresas no lo han...? -dijo, en cambio.

Que suspirase Seiji Nagumo, que suspirase.

-Es que los de la Deerfield han sido muy listos. Contrataron a un abogado japonés, que es un verdadero lince, y han conseguido que les sea reconocida la patente en un tiempo récord.

Probablemente, se quedó con ganas de añadir que le daba cien patadas que un ciudadano de su país se comportase como un mercenario, aunque hubiese sido muy poco oportuno en aquellas circunstancias.

-Bueno, quizá acaben entrando en razón -dijo Seiji. -Podría ser una importante concesión a hacer. Por lo menos para suavizar sus condiciones respecto del acuerdo sobre patentes.

-¿Por qué, Chris?

-El presidente está muy interesado en ello -dijo Cook, que hizo una pausa al ver que Nagumo no acababa de captarlo.

El japonés era un poco novatillo. De industria sabría mucho, pero de política poco.

-Deerfield se encuentra en el distrito por el que Al Trent es congresista. Y Trent tiene mucha mano en el Capitolio. Es presidente del Comité de Inteligencia.

-¿Y?

-Pues que a Trent hay que tenerlo contento.

Nagumo consideró la cuestión durante cosa de un minuto. Tomó unos sorbos de vino mientras miraba hacia la ventana. De haber sabido aquello al principio de la jornada, hubiese podido pedir permiso para ceder en aquel punto. Cambiar de actitud entonces equivaldría a admitir un error, y a Nagumo eso le gustaba tan poco como a cualquiera. En lugar de ello,

optó por insinuar una sustancial mejora en las condiciones para la concesión de patentes. Ignoraba que, por no perder la cara, precipitaba algo que, sin duda, hubiese dado cualquier cosa por evitar.

5. La teoría de la complejidad

Las cosas rara vez ocurren por una sola razón. Incluso los más sagaces y expertos manipuladores reconocen que su verdadero arte consiste en sacar partido de lo imprevisible. Tener conciencia de ello le infundía confianza a Yamata. Casi siempre sabía qué hacer cuando se producía lo inesperado. Aunque... no siempre.

-Han sido tiempos problemáticos, pero no los peores que hemos pasado -sentenció uno de sus invitados-. Y volvemos a salirnos con la nuestra, ¿no?

-Los hemos dejado atrás en ordenadores -señaló otro, que provocó un general asentimiento en derredor de la mesa.

No veían nada, se dijo Yamata. Las necesidades de su país coincidían exactamente con una nueva oportunidad. Se hallaban en un mundo distinto. A pesar del «nuevo orden mundial», tan cacareado por los americanos, lo que dominaba era el desorden. Puede que el mundo que existió, a lo largo de tres generaciones, no fue estable pero era, por lo menos, previsible. El equilibrio Este-Oeste era algo tan lejano ya en la Historia que casi parecía una borrosa pesadilla. Los rusos aún daban bandazos tras su descarrilamiento, igual que los americanos -aunque éstos se crearon los problemas ellos mismos, los muy imbéciles-. En lugar de limitarse a conservar su poder, los americanos renunciaban a él en el momento de mayor apogeo, como tantas veces hicieran a lo largo de su historia. Pues bien, el debilitamiento de las dos ex superpotencias le brindaba la oportunidad a un país que merecía ser grande.

-Bagatelas, amigos míos, bagatelas -dijo Yamata con amable talante, a la vez que se inclinaba a llenar de nuevo las copas-. La debilidad de nuestra nación es estructural y, en términos reales, no ha cambiado durante nuestra generación.

-Explíquelo, Raizo-chan -invitó uno de sus más íntimos colaboradores.

-Mientras carezcamos de acceso directo a los recursos naturales, mientras no controlemos esos accesos, mientras sigamos como tenderos de otras naciones, seremos vulnerables.

-¡Ni hablar! -exclamó uno desde el otro lado de la mesa, con un descalificador ademán-. No estoy de acuerdo. Somos fuertes en las cosas importantes.

-¿Y cuáles son esas cosas? -preguntó Yamata cortésmente. -Lo primero, y más importante: en la diligencia de nuestros obreros, en el talento de nuestros diseñadores...

Siguió una letanía que Yamata y el resto de los invitados escucharon con imperturbable cortesía.

-¿Cuánto nos durarán esas cosas, cuando se nos acaben los recursos, cuando se nos acabe el petróleo? Cuando...

La letanía que siguió ahora corrió a cargo de uno de los principales valedores de Yamata.

-¿Otro mil novecientos cuarenta y uno?

-No, no será... exactamente así -dijo Yamata-. Entonces pudieron dejarnos sin petróleo, porque casi todo se lo comprábamos a ellos. Hoy los mecanismos son más sutiles. Entonces tuvieron que congelar nuestros depósitos para que no pudiésemos gastarlos en el extranjero, ¿cierto? Hoy nos devalúan el dólar en relación al yen, y nos empantanan. Nos inducen a invertir en su país. Luego, se quejan de que lo hagamos, y se ríen de nosotros una y otra vez: ¡encima de que lo que compramos sigue en suelo americano, resulta que nos lo bajan de precio cuando les viene en gana! ¡Un robo!

Esto causó bastante efecto entre sus invitados, que ladearon la cabeza y asintieron. Todos ellos habían pasado por la misma experiencia. Yamata se refería, por ejemplo, a uno de los presentes, que compró el Rockefeller Center de Nueva York. Pagó el doble de lo que en

realidad valía -incluso para aquel mercado inmobiliario tan artificialmente hinchado-, burlado y engañado por los propietarios americanos. Luego, el yen subió en relación al dólar, lo que significaba que el dólar perdía valor en relación al yen. Y a nadie se le ocultaba que, si trataba de venderlo, sería un desastre. Primero, el mercado inmobiliario de Nueva York cayó por su propio peso. En segundo lugar, y como consecuencia de ello, los edificios valían sólo la mitad de los dólares que se pagaron. Tercero, los dólares valían sólo la mitad de lo que valían en el momento de la compra, en relación al yen. Y ya pudo darse por satisfecho el comprador con recuperar una cuarta parte de lo que le costó la operación. El alquiler apenas le rentaba para pagar los intereses de la deuda pendiente.

También pensaba Yamata en otro de sus invitados, que compró uno de los más importantes estudios cinematográficos, y en un competidor suyo, sentado enfrente, que hizo otro tanto. Raizo no podía sino reírse de tanto imbécil. ¿Qué compraron? Era bien sencillo. En ambos casos -y por una módica suma que ascendía a miles de millones de dólares-, adquirieron unas trescientas hectáreas de terreno en Los Angeles y un pedazo de papel que decía que podían hacer películas. Y, en ambos casos, los antiguos propietarios cogieron el dinero muertos de risa; y, en ambos casos, los antiguos propietarios acababan de hacer una discreta oferta de recompra, por una cuarta parte, o menos, de lo que el empresario japonés pagó; lo justo para financiar la deuda pendiente, y ni un yen más.

Y a este tenor siguieron las lamentaciones. Cada vez que una empresa japonesa destinaba lo ganado en América a reinvertirlo en la propia América, los americanos ponían el grito en el cielo y acusaban a Japón de querer quedarse con su país. De manera que los «clavaban» por cualquier cosa que comprasen. Paralelamente, la política gubernamental se encargaba de que los japoneses perdiesen dinero en todas las operaciones, al objeto de que los americanos pudiesen volver a comprar a precio de saldo, sin por ello dejar de clamar que los precios eran demasiado altos. Lo que se presentaba como loable afán de los Estados Unidos por recobrar el control de su cultura, no era sino el más monumental y mejor camuflado robo de la Historia.

-¿Es que no se dan cuenta? Tratan de paralizarnos, y lo están consiguiendo -les dijo Yamata en un tono pausado y ponderado.

No era sino la clásica paradoja comercial, que todos conocían y que todos olvidaban. La ilustraba un sencillo aforismo: pide prestado un dólar y estarás en manos del banco; pide un millón y el banco estará en las tuyas.

Japón irrumpió en el mercado americano del automóvil en unos momentos en los que la industria automovilística estadounidense, sobrealimentada por su nutrida y selecta clientela, subía precios y dejaba que la calidad se estancase, mientras el sindicato del sector se quejaba de los deshumanizadores aspectos de su trabajo (un sector con los obreros mejor pagados de América).

Los japoneses empezaron en este mercado con un estatus inferior al de la Volkswagen, con coches pequeños y feos que dejaban mucho que desear, tanto por su factura como por su seguridad. Sin embargo, sus coches superaban a los americanos en un aspecto: gastaban poco.

Tres históricas convulsiones favorecieron entonces a Japón. El Congreso, preocupado por la «codicia» de las empresas petrolíferas, que querían subir el nivel de precios en todo el mundo, le puso un tapón al precio del crudo para uso interno. Esto congeló los precios de las gasolinas norteamericanas, hasta llegar al nivel más bajo de todo el mundo industrial. Esto, a su vez, desalentó las prospecciones petrolíferas e indujo, a las empresas automovilísticas de Detroit, a construir coches grandes y pesados que gastaban mucho. Luego, la guerra de 1973, entre el Estado de Israel y los países árabes, obligó a los automovilistas americanos a hacer cola en las gasolineras por primera vez en treinta años, algo que traumatizó a un país que se creía por encima de tales contingencias. Se percataron entonces de que lo que Detroit fabricaba eran automóviles que tragaban gasolina como si fuera agua. Los coches «compactos», que las factorías americanas empezaron a fabricar en la década anterior, dieron un súbito «estirón» que los dejó en mediana estatura, pese a lo cual no gastaban menos que coches más grandes de la competencia, ni estaban en absoluto mejor hechos. Lo más grave era

que los fabricantes americanos, como un solo hombre, acababan de lanzarse a invertir en factorías para la construcción de coches grandes, algo que estuvo a punto de acabar prácticamente con Chrysler. El trauma que produjo la crisis del petróleo no duró mucho. Bastó, sin embargo, para que América se replantease sus hábitos de compra. Pero las empresas dedicadas al mercado interno carecían de la flexibilidad financiera y técnica para adaptarse, con la suficiente rapidez, a lo que los ciudadanos americanos -tan inhabituados como nerviosos- querían.

Los consumidores aumentaron, de inmediato, sus compras de coches japoneses, sobre todo en mercados tan claves, y determinantes de tendencia, como los de la Costa Oeste. Esto se tradujo en más fondos para financiar la investigación y el desarrollo de la industria japonesa que, a su vez, contrató diseñadores americanos para hacer sus modelos más atractivos, para un creciente mercado, y centró a sus propios ingenieros en mejorar aspectos tales como los de la seguridad. De manera que al estallar la segunda gran crisis del petróleo, en 1979, Toyota, Honda, Datsun (posteriormente Nissan) y Subaru se encontraron en el lugar adecuado con el producto adecuado. Para la industria japonesa, aquéllos fueron días de vigorosa juventud. Con un yen bajo y un dólar alto, conseguían, pese al precio relativamente módico de sus automóviles, tan sustanciosos beneficios que los distribuidores locales podían grabar el precio con mil dólares, o más, en concepto de prima por permitir a sus clientes comprar tan maravillosos automóviles... y este factor amplió y fortaleció unas redes de venta integradas por ciudadanos americanos.

Lo que nunca pasó por la cabeza de quienes se sentaban en derredor de aquella mesa, como Yamata sabía bien, era lo mismo que tampoco pasó por la de los ejecutivos de la General Motors, ni por la de los líderes del Sindicato del Automóvil. Unos y otros dieron por sentado que aquel beatífico estado de cosas se prolongaría eternamente. Olvidaban que el «derecho divino de lo mercantil» tenía una cosa en común con el «derecho divino de los reyes»: que jamás existió.

Japón había aprendido a explotar una debilidad en la industria automovilística americana. Como consecuencia de ello, América tuvo que aprender de sus propios errores. Y si al principio las empresas japonesas capitalizaron la arrogancia americana, poco tardaron en erigir -o comprar- monumentos para la propia. Entretanto, las empresas americanas lo redujeron radicalmente todo, desde el tamaño de sus modelos hasta sus nóminas. Volvieron a abrir los ojos que los japoneses les dejaron cerrar. El proceso se encauzó de manera casi inadvertida, sobre todo para los «encausados», que no contaron con la ayuda de los «analistas» de los medios informativos, demasiado ocupados en mirar el árbol como para ver el cíclico bosque.

Para equilibrar las cosas, se modificó el tipo de cambio -pues no había más remedio, a causa del río de dinero que fluía en una sola dirección-, algo que los industriales japoneses no supieron prever, como tampoco Detroit supo, en su momento, anticiparse a sus problemas. El valor relativo del yen subió y el del dólar bajó, a pesar de los denodados esfuerzos de los mandatarios del Banco Central japonés por mantener débil su propia divisa. Tal cambio evaporó gran parte del margen de beneficio de las empresas japonesas -además del valor de las propiedades compradas en América, que se hundió hasta el punto de producir netas pérdidas-. Y no cabía el recurso de trasladar el Rockefeller Center a Tokio.

No pudo haber sido de otro modo. A diferencia de sus hombres, Yamata comprendía esto perfectamente. La economía se regía por ciclos; subía y bajaba como una ola, y nadie había encontrado aún el procedimiento para suavizar los ciclos. Japón era especialmente vulnerable porque, en tanto que proveedora de Estados Unidos, la industria japonesa era parte de la economía americana y estaba sujeta a sus mismos vaivenes. Los americanos no iban a ser, indefinidamente, más estúpidos que los japoneses y, al recobrar la sensatez, de nuevo harían valer la ventaja que les proporcionaba su poderío y sus recursos.

Mi oportunidad se esfumará para siempre y, con ella, la de mi país, se decía Yamata. Esto era también importante, aunque no fuese lo que más lo crispaba.

Su país no podría ser grande en tanto sus líderes -no quienes estaban en el gobierno sino los que se sentaban a la mesa- siguiesen sin comprender en qué consistía la grandeza. La capacidad de producción no significaba nada. Con sólo cortarles las rutas comerciales de las materias primas paralizarían todas las fábricas del país y, entonces, la pericia y diligencia del obrero japonés tendría menos sentido que un haiku bushido. Lo que hacía grande a una nación era su fuerza, y la fuerza de su país era tan artificiosa como un poema. Además: la grandeza nacional no era algo que se concediese sino algo que se ganaba. Debía ser reconocida por otra gran nación a la que impusiera una cura de humildad...; o por más de una. La grandeza no se apoyaba en un determinado valor nacional sino en muchos. Se apoyaba en bastarse a sí misma en todo; en todo lo posible, por lo menos.

Los compañeros que se sentaban alrededor de aquella mesa tenían que entenderlo así, antes de que él pudiese actuar en su nombre y en el de su nación. Su misión consistía en aupar a su nación y humillar a otras. Su destino y su deber se cifraba en conseguirlo, en ser el catalizador de la energía de los demás.

Sin embargo, el momento aún no había llegado. Era consciente de ello. Sus aliados eran numerosos, pero no lo bastante, y sus detractores tenían ideas demasiado fijas para poderlos convencer. Entendían su punto de vista, aunque no con tanta claridad como él, y hasta que no cambiasen de manera de ver las cosas, Yamata no podría hacer más que lo que ahora hacía: brindar su opinión, preparar el terreno. Hombre de ilimitada paciencia, Yamata-san sonreía cortésmente, a la vez que hacía rechinar los dientes, frustrado por el estado de cosas actual.

-Me parece que empiezo a cogerle el tranquillo al puesto -dijo Ryan al sentarse en su sillón de piel, a la izquierda del presidente.

-Eso dije yo una vez y me costó tres décimas de punto en la tasa de desempleo, una agarrada con mi gabinete de Presidencia y diez puntos reales en mi índice de popularidad -comentó Durling en tono grave, aunque sonriente-. Y, bueno, ¿qué es eso tan urgente como para interrumpir mi almuerzo?

Jack no le hizo aguardar, aunque su noticia bien merecía una pausa para hacer más espectacular la respuesta.

-Hemos logrado un acuerdo con rusos y ucranianos acerca del último aparatito.

-¿Que entraría en vigor a partir de cuándo? -preguntó Durling, que se inclinó hacia adelante en su mesa y se olvidó de su ensalada.

-¿Qué tal el próximo lunes? -le preguntó Jack sonriente-. Scott los ha llevado a su terreno. Han visto tanto preliminar que han optado por quemar etapas y anunciar, sencillamente, su renuncia a esas armas, sin tanto bombo y platillo. Nuestros inspectores ya están allí y los suyos aquí. Se realizarán las convenidas inspecciones, y listo.

-Me gusta -dijo el presidente.

-Es que ya va para cuarenta años, señor -dijo Ryan sin poder ocultar su entusiasmo-, prácticamente toda mi vida, desde que ellos desplegaron sus SS-seis y nosotros los Atlas: esos feos y condenados ingenios, con tan feos y condenados propósitos. Y ayudar a desmantelarlos... no sabría cómo expresarlo, presidente, pero me siento en deuda con usted. Será su mayor éxito, señor, y yo podré contarles a mis nietos que rondaba por aquí cuando lo consiguió.

La propuesta de Adler a rusos y ucranianos, que fue iniciativa de Ryan, podía terminar como una simple nota a pie de página, pero quizá no.

-A nuestros nietos les importará un comino, o preguntarán de qué iba el tratado -terció Arnie van Damm con inexpresivo talante.

-Cierto -admitió Ryan, que se dijo que no venía mal moderar el optimismo.

-Bien, pero ahora suélteme ya la mala noticia -ordenó Durling.

-Cinco mil millones de dólares -dijo Jack, sin inmutarse por el taco que provocó-. Merece la pena, señor. De verdad.

-Explíquemelo, a ver.

-Desde que yo iba a párvulos, señor presidente, nuestro país ha vivido con la amenaza de armas nucleares, alojadas en cohetes que apuntan a Estados Unidos. Dentro de seis semanas, pueden haber desaparecido todas.

-Pero ya no apuntan. Ahora apuntan a...

-Sí, señor, los nuestros apuntan al mar de los Sargazos, y los suyos también. Pero ése es un «error» que tiene muy fácil arreglo. Basta con abrir un compartimento y cambiar la tarjeta perforada del sistema. Bastan diez minutos, desde que se abre la puerta de acceso al silo de misiles, una linterna y un destornillador.

En realidad, eso sólo era cierto en el caso de los soviéticos (¡Los rusos!, se corrigió Ryan por enésima vez). En reprogramar los blancos de los misiles que aún tenían los norteamericanos se tardaba más, debido a su mayor sofisticación. Caprichos de la técnica.

-Todos desmantelados, señor, desmantelados para siempre -persistió Ryan-. Se lo podría vender muy bien al Capitolio, teniéndome, como me tienen, por abogado del diablo. Merece la pena pagar ese precio y más.

-¿Y de dónde va a salir el dinero, Arnie? -preguntó el presidente. Mejor no chistar ahora, pensó Ryan.

-Pues de Defensa. ¿De dónde va a salir?

-No nos entusiasmemos demasiado, que ya hemos ido demasiado lejos.

-¿Qué ahorraremos, si eliminamos nuestros últimos misiles? -preguntó Van Damm.

-Nos costará dinero -repuso Jack-. Ya nos cuesta un ojo de la cara desmantelar los submarinos portadores de misiles, y como los medioambientalistas...

-maravillosos seres donde los haya -terció Durling.

-pero es un solo desembolso. No habrá que gastar más. Las miradas se centraron en el jefe de Estado Mayor. Su criterio político era impecable. Aquel hombre de ajado rostro sopesó los pros y los contras y se volvió hacia Ryan.

-Vale la pena la refriega. Porque habrá refriega en el Capitolio, señor. Dentro de un año, sin embargo, podrá usted proclamar ante el pueblo americano que le ha cortado la punta a la espada de...

-Damocles -le apuntó Ryan.

-De colegio católico, no falla -dijo Arnie sonriéndole a Jack-. De la espada que pende sobre América desde hace una generación. A la prensa le encantará, y ya sabe usted que la CNN hará el caldo gordo; un reportaje especial de una hora, con profusión de preciosas fotos... e imprecisos comentarios.

-¿Qué tal le suena eso, Jack? -preguntó Durling con una franca sonrisa.

-Mire, presidente, yo no soy político, ¿de acuerdo? ¿No basta con que desmantelemos los últimos doscientos ICBM que quedan en el mundo?

Exageraba. Déjate de licencias poéticas, Jack, que aún quedan los chinos, los británicos y los franceses. Claro que los dos últimos no tardarían en seguir por el mismo camino. A los chinos se les podría abrir los ojos con unas buenas negociaciones comerciales. Porque, vamos a ver, ¿qué preocupantes enemigos les quedaban?

-Sólo si la gente lo ve y lo comprende, Jack -dijo Durling.

El presidente se volvió hacia Van Damm, quien, al igual que el propio Durling, hizo caso omiso de las reservas mentales de Ryan.

-Ponga al gabinete de Prensa a trabajar en el asunto. ¿Hacemos el anuncio oficial en Moscú, Jack? -preguntó el presidente.

-En eso convinimos, señor -asintió Ryan.

Le prepararían el terreno a la noticia, con bien sopesadas filtraciones, «sin confirmar». Los congresistas impartirían directrices para generar más. Se harían discretas llamadas a varias cadenas de televisión, y a periodistas de confianza, que se encontrarían en los lugares adecuados en los momentos adecuados -algo difícil, a causa de las diez horas de diferencia

entre Moscú y los silos de los últimos ICBM americanos- para dar testimonio ante la Historia del fin de la pesadilla.

El proceso de eliminación material de los misiles era un verdadero engorro y la razón de que los «verdes» americanos planteasen tantos problemas. En el caso de los misiles rusos, el proceso que se seguía era desmontar las cabezas nucleares, vaciar los cohetes de todo el combustible líquido y de todos sus componentes electrónicos de dirección. Luego, con cien kilogramos de explosivos de alta potencia, volaban la boca de los silos, que luego se llenaban de tierra y se nivelaban.

El procedimiento de los americanos era distinto, porque sus misiles utilizaban combustibles sólidos. Los misiles se trasladaban a Utah y se abrían por ambos extremos. Luego, se ponían en marcha los motores y se dejaban encendidos hasta que se quemaban. El resultado era parecido al de un descomunal atasco en una autopista. Se producía una gigantesca nube tóxica capaz de cargarse a varias especies de aves. Y también en América se reventarían los silos (un tribunal especial, presidido por un magistrado del Supremo, decidió que las implicaciones que para la seguridad nacional tenía el tratado internacional de control de armamentos debían prevalecer sobre la normativa de protección ambiental) a pesar de las protestas y de los numerosos recursos legales presentados para impedirlo. La voladura final sería espectacular, sobre todo porque equivaldría sólo a la diez-millonésima parte de la potencia que albergó el silo. Claro es, no obstante, reflexionaba Jack, que hay magnitudes y conceptos de un alcance demasiado grande para que ni siquiera personas como él pudieran apreciarlos debidamente.

La leyenda de Damocles se refiere a un miembro de la corte de Dionisio, tirano de Siracusa, a quien envidiaba su buena fortuna. Para darle una lección, al cruel y duro estilo de los «grandes» hombres, Dionisio invitó a Damocles a un suntuoso banquete, y lo hizo sentarse confortablemente... bajo una espada que pendía de un pelo de caballo sujeto al techo. Con ello pretendió demostrar que su buena fortuna era tan frágil como la seguridad de su invitado.

Lo mismo cabía decir de América. Todo lo que tenía seguía bajo la amenaza de la espada nuclear, algo que quedó muy gráficamente claro para Ryan, en Denver, no hacía mucho. Y por esta razón, desde su reincorporación al servicio del gobierno, se impuso acabar con aquel estado de cosas de una vez por todas.

-¿Quiere usted ocuparse de los medios informativos?

-Sí, señor presidente -contestó Jack, sorprendido y agradecido por la pasmosa generosidad de Durling.

-«¿Area Septentrional de Recursos?» -inquirió el ministro de Defensa chino-. Curiosa manera de expresarlo -añadió con sequedad.

-¿Qué opina? -preguntó desde el otro lado de la mesa Zhang Han San, que acababa de celebrar otra reunión con Yamata.

-En teoría, es estratégicamente posible. Las estimaciones económicas no son cosa mía -repuso el mariscal, tan cauteloso como siempre a pesar de la cantidad de mao-tai que había consumido aquella noche.

-Los rusos han venido utilizando los servicios de tres empresas japonesas de exploración topográfica. ¿Increíble, no? Siberia oriental está casi inexplorada. No hay que olvidar los yacimientos de oro de Kolyma, claro está, pero ¿y el interior? -dijo el ministro con un desdeñoso ademán-. Qué imbéciles. Ahora tienen que pedir a otros que les hagan el trabajo -añadió a la vez que volvía a mirar a Zhang Han San-. Y bien, ¿qué han encontrado?

-¿Nuestros amigos japoneses? Por de pronto, más petróleo. Creen que se trata de un yacimiento tan grande como el de Prudhoe Bay -contestó a la vez que le pasaba una hoja de papel-. Estos son los minerales que han encontrado en los últimos nueve meses.

-¿Tanto?

-Esta zona de la región es casi tan grande como toda Europa occidental, y de lo único que se preocuparon los soviéticos fue de la franja que cruzan sus condenados ferrocarriles. Qué imbéciles -exclamó Zhang en tono despectivo-. Tenían la solución a todos sus problemas económicos bajo sus pies, desde el mismo día en que derrocaron al zar. En lo sustancial se parece a Sudáfrica, una auténtica mina, pero con petróleo, algo de lo que los sudafricanos carecen. Como puede ver, tienen casi todos los minerales estratégicos, y en qué cantidades...

-¿Lo saben los rusos?

-En parte -dijo Zhang Han San-. Es difícil mantener completamente en secreto algo de tal envergadura. Moscú debe de conocer la existencia de aproximadamente la mitad de los minerales marcados con asterisco en la lista.

-¿Y de los otros no?

-No -repuso Zhang, sonriente.

A pesar de pertenecer a una cultura en la que hombres y mujeres aprendían a controlar sus sentimientos, el ministro no pudo ocultar su asombro ante el papel que tenía en las manos. No le temblaron, quizá porque las distrajo alisando el papel sobre la pulimentada mesa, como si de un retal de fina seda se tratase.

-Esto duplicaría la riqueza de nuestro país.

-Se queda muy corto -comentó el jefe de grupos de activistas de los Servicios de Inteligencia de su país.

Comoquiera que la tapadera de Zhang era diplomática, en la práctica, realizaba más labores diplomáticas que la mayoría de los funcionarios de Exteriores de su país, algo que resultaba más embarazoso para ellos que para él.

-Tenga en cuenta, camarada ministro, que ésta es la estimación que nos han dado los japoneses. Esperan llegar a explotar, a pleno rendimiento, la mitad de lo que descubran y como, forzosamente, tendrán que ser ellos quienes corran con casi todos los gastos...

-Sí, y nosotros con casi todos los riesgos estratégicos -lo interrumpió el ministro con una sonrisa-. Enanos repugnantes...

Al igual que aquellos con quienes Zhang negoció en Tokio, el ministro y el mariscal -que seguía con su beatífica actitud- eran veteranos del 8.° Ejército. También ellos tenían recuerdos de la guerra, aunque no de la guerra con América.

-... Pero los necesitamos, ¿verdad? -concluyó el ministro, que se encogió de hombros con resignada expresión.

-Aunque su armamento es formidable -señaló el mariscal-, son muy inferiores en número.

-Son conscientes de ello -les dijo Zhang Han San a sus invitados-. Como dice mi principal contacto, se trata de un matrimonio de conveniencia que, sin embargo, confía llegue a ser (son sus palabras) una sincera y cordial relación entre pueblos con una sincera...

-¿Dirigida por quién? -preguntó el mariscal con una agria sonrisa.

-Por ellos, naturalmente. Eso cree él, por lo menos -dijo Zhang Han San.

-En tal caso y, puesto que son ellos quienes nos cortejan, les corresponde dar abiertamente los primeros pasos.

Así venía el ministro a definir la política de su país, de una manera que en nada podía contrariar a su superior, un hombre menudo, con mirada de duendecillo, pero tan resuelta que era capaz de hacer dar media vuelta a un león. Miró al mariscal, que asintió sin el menor síntoma de ebriedad. Era notable el aguante que tenía aquel hombre para el alcohol, pensaron los otros dos.

-Lo que yo esperaba -dijo Zhang sonriente-. Y, ciertamente, lo que esperaban ellos, que no en vano saben que serán los más beneficiados.

-Tienen derecho a alimentar tales esperanzas.-Su confianza es admirable -dijo el ingeniero de la NASA.

Se encontraba en la cabina de control que daba a la planta de fabricación. También la financiación le parecía admirable. El gobierno facilitó el dinero para que aquel grupo industrial adquiriese el modelo soviético y lo fabricase. Buen padrino tenía allí la industria privada, ¿eh?

-Creemos haber detectado el problema de la transfase. Una válvula defectuosa -explicó el ingeniero japonés-. Era de diseño soviético.

-¿Y qué?

-Pues que utilizamos su diseño de válvula para los depósitos de combustible de la transfase. Y era defectuoso. Intentaban que todos los componentes fuesen muy ligeros, pero...

-¿Trata de decirme que toda su producción de este modelo era...? -dijo el representante de la NASA con expresión de perplejidad. La mirada que lo atajó no dejaba lugar a dudas.

-Sí -repuso el ingeniero-. Por lo menos un tercio hubiese fallado. Mi equipo cree que los prototipos estaban muy logrados, pero que la producción en serie era..., bueno, típicamente rusa.

-Hummm.

El equipaje del americano estaba ya dispuesto. Un coche le aguardaba para trasladarlo al aeropuerto internacional de Narita, desde donde emprendería el interminable vuelo a Chicago.

Miró hacia la planta de producción. El mismo aspecto debieron de tener las plantas de la General Dynamics en los 60, en plena «guerra fría». Alineaban los cohetes como ristras de salchichas -unas quince unidades en distintas fases de montaje-, mientras los técnicos, vestidos de blanco, realizaban sus complejas tareas.

-Parece que esos diez están ya listos -dijo el americano.

-Y lo están -le aseguró el director de la factoría.

-¿Cuándo piensan realizar el próximo lanzamiento de prueba?

-El mes próximo. Ya tenemos dispuestos nuestros tres primeros módulos de carga -repuso el ingeniero.

-Cuando empiezan algo no pierden ustedes el tiempo, ¿eh?

-Es que es más eficaz hacerlo así.

-De manera que salen de aquí completamente montados.

-En efecto. Presurizaremos los depósitos de combustible con gas inerte, por supuesto. Una de las ventajas de utilizar este modelo es que está diseñado para poder transportarlo en bloque. Así se ahorra todo el tiempo de montaje en el punto de lanzamiento.

-¿Los transportan en camión?

-No -dijo el ingeniero japonés meneando la cabeza-, en ferrocarril.

-¿Y los módulos de carga?

-Los montan en otra planta. Pero eso es materia reservada. Patente propia.

La otra planta de producción no tenía muchos visitantes extranjeros. En realidad, tampoco tenía muchos visitantes japoneses, pese a estar en las afueras de Tokio. La placa de la fachada del edificio decía que se trataba de un centro de investigación y desarrollo de una gran empresa. Quienes vivían en las proximidades suponían que se trataba de chips o de algo similar. El tendido eléctrico que alimentaba la planta no era nada espectacular. Lo que más electricidad gastaba eran las instalaciones de calefacción y de aire acondicionado, alojadas en un pequeño cuarto de la parte trasera. El movimiento del personal tampoco llamaba la atención. Había un modesto aparcamiento, con capacidad para unos ochenta automóviles, que casi siempre estaba medio vacío. El recinto estaba rodeado de una discreta valla, semejante a la de cualquier otra factoría de industria ligera. Había dos entradas, con sendas casetas de seguridad. El ir y venir de coches y camiones, y poco más, es lo que podía verse desde fuera.

Aunque los vigilantes de ambas entradas sonreían cortésmente al orientar a los motoristas despistados, en el interior del edificio era otro cantar. Cada mostrador de seguridad tenía un receptáculo con pistolas P-38 de fabricación alemana. Y los vigilantes no sonreían demasiado, aunque no sabían lo que vigilaban, desde luego. Algunas de las cosas que allí había eran

demasiado poco corrientes para reconocerlas. Nadie había rodado nunca un documental de televisión sobre la fabricación de ingenios nucleares.

La planta de producción tenía cincuenta metros de longitud y quince de anchura. Había dos hileras de máquinas, separadas por espacios regulares, cada una de ellas en el interior de un compartimento de plexiglás. La climatización de cada compartimento se regulaba, individualmente, por medio de un sistema de ventilación autónomo, igual que el conjunto de la planta. Los técnicos y los científicos llevaban guantes y monos blancos, similares a los que son obligatorios para los operarios de las plantas de chips. Y por operarios los tomaban los viandantes, cuando alguno de ellos salía a fumar un cigarrillo.

En la aséptica planta, toscas semiesferas de plutonio entraban por un extremo, pasaban por distintas máquinas, que les daban la forma definitiva, y salían por el otro extremo tan pulidas que parecían de cristal. Cada semiesfera se introducía después en una funda de plástico, la transportaban manualmente al almacén y la colocaban en un estante individual, de acero recubierto de plástico. Debía evitarse todo contacto metálico. El plutonio, además de ser radiactivo -y caliente, debido a la desintegración progresiva a causa de la radiación alfa-, era un metal reactivo, que producía chispas con mucha facilidad al contacto con otro metal y que, por lo mismo, era prácticamente inflamable. Al igual que el magnesio y el titanio, era un metal que ardía a base de bien y que, una vez inflamado, costaba Dios y ayuda apagar. Por todas estas razones, manipular las semiesferas (veinte tenían en total) se había convertido para ellos en algo rutinario, pues hacía ya tiempo que estaban terminadas.

Lo más peliagudo eran los fuselajes de los VR, «vectores» o vehículos de recuperación («módulos de recuperación», los llamaban también). Eran grandes y huecos conos invertidos de 120 cms de altura y 50 cms de base, hechos de uranio-238, un metal muy duro, de color rojizo oscuro. Con algo más de cuatrocientos kilogramos de peso, los voluminosos conos debían ser moldeados de manera que tuviesen una absoluta simetría dinámica. Concebidos para un vuelo muy sui generis (primero por el vacío y luego, brevemente, a través de la atmósfera), debían estar perfectamente equilibrados, pues de otro modo no tendrían estabilidad. Conseguir esto fue, para sorpresa general, la parte más difícil de toda la producción. El proceso de fundición tuvieron que reprogramarlo dos veces y, aun y así, los fuselajes de los VR se hacían rotar periódicamente, mediante un procedimiento similar al que se utiliza para equilibrar un neumático de automóvil, pero con márgenes de tolerancia mucho más estrechos y estrictos. El fuselaje de cada una de las diez unidades terminadas no estaba tan bien acabado como las piezas del interior, aunque fuese suave al tacto al tocarlos sin guantes. El interior era otra cosa. Pequeñas pero simétricas protuberancias y hendiduras permitían que el «paquete físico» encajase perfectamente y, llegado el momento -que, por supuesto, todos confiaban en que no llegase-, el enorme flujo de neutrones «rápidos», de alta energía, atacaría los fuselajes de los VR, provocaría una reacción de «fisión rápida» y duplicaría la energía liberada por el plutonio, el tritio, el litio y el deuterio del interior.

Eso era lo más logrado, pensaban los ingenieros, sobre todo aquellos poco familiarizados con la física nuclear, que sólo conocían el proceso por haberlo seguido sobre la marcha.

El uranio-238, tan denso, duro y difícil de trabajar, era un metal altamente refractario. Tanto es así que los americanos lo utilizaban para fabricar carrocerías para sus tanques. La fricción con la atmósfera, a 27000 km/h, habría destrozado a la mayoría de los materiales. No ocurría lo mismo con el uranio-238, por lo menos durante los pocos segundos que se tardaba en cruzar la atmósfera, que, inmediatamente después de cruzarla, se convertía en parte de la propia bomba. Muy logrado (una de las expresiones favoritas de los ingenieros, que consideraban que el logro justificaba el tiempo y el esfuerzo empleados). Una vez terminada, cada unidad se transportaba al almacén en carretilla. Sólo faltaban tres por terminar.

No obstante, aquella fase del proyecto llevaba, para general contrariedad, dos semanas de retraso respecto a lo previsto. El VR Body 8 fue la primera unidad en quedar totalmente acabada. Si se hacía explotar la bomba, el uranio-238 de que estaba hecho el módulo generaría casi toda la lluvia radiactiva. Cosas de la física.

No fue más que una de tantas coincidencias, propiciada quizá por la temprana hora. Como el tráfico por la Route 50 fue anormalmente fluido a lo largo de todo el trayecto, Ryan llegó a la Casa Blanca poco después de las siete, unos veinte minutos antes de lo habitual. A consecuencia de ello, no le dio tiempo a leer de punta a cabo los documentos que constituían su agenda del día. Los llevaba bajo el brazo al entrar por el acceso oeste. Aunque fuese consejero de Seguridad Nacional, Jack tenía que pasar por el detector de metales, y allí se topó con la espalda de una persona; una persona que le entregó a un agente uniformado del servicio secreto su pistola reglamentaria.

-¿Seguís sin fiaros del FBI, eh? -le dijo una voz familiar al inspector, que iba de paisano.

-¡Del FBI es de quien menos nos fiamos! -le contestaron de buen humor.

-Y no se lo reprocho ni pizca -añadió Ryan-. Regístrelo hasta los tobillos, Mike.

-No necesito ni armas para dejarte limpio -dijo Murray, que se giró al trasponer el magnético vano-. ¿Qué manera es ésa de tratar la documentación reservada? -añadió el adjunto de la Dirección General, que señaló a los documentos que Murray llevaba bajo el brazo.

Murray tenía un humor fácil. Gozaba chinchando a los amigos. Ryan reparó en que también el fiscal general acababa de pasar por allí. Miraba hacia atrás con expresión de contrariedad. ¿Qué hacía allí un miembro del gabinete tan temprano? De tratarse de algo relacionado con la Seguridad Nacional, Ryan lo hubiese sabido. Los asuntos penales rara vez eran tan importantes como para obligar al presidente a llegar a su despacho antes de las ocho de la mañana, como era lo acostumbrado. ¿Por qué lo acompañaba Murray?

Helen D'Agustino aguardaba un poco más allá, para que no se perdiesen por los pasillos de la planta superior. Todo lo que rodeaba a aquella coincidencia hizo que a Ryan le picase la curiosidad.

-Me espera el «jefe» -dijo Murray con cautela al ver la mirada de Ryan.

-¿Me dedicarás un rato al salir? Iba a llamarte para hablarte de una cosa.

-Pues claro -contestó Murray, que se alejó sin responder a la pregunta que le formuló Ryan para saber cómo se encontraban Cathy y los niños.

Ryan traspuso el vano de detección, giró a la izquierda y subió a su oficina, situada en uno de los rincones de la planta, a dar sus instrucciones para la mañana. Terminó en seguida, y cuando se disponía a abordar la diaria rutina, su secretaria hizo pasar a Murray a su despacho. No era caso de andarse con rodeos.

-Un poco temprano para que el fiscal general asome por aquí, ¿no, Dan? ¿Algo que deba saber yo?

-Me temo que todavía no -repuso Murray.

-De acuerdo -dijo Ryan, que optó por enfocarlo de otro modo-. ¿Algo que debería saber entonces?

-Probablemente, pero el «jefe» quiere discreción absoluta, y no tiene implicaciones para la Seguridad Nacional. ¿Para qué querías verme?

Ryan se tomó unos instantes antes de responder. Sopesó sus reservas mentales, que desechó en seguida. Podía confiar en la palabra de Murray. Casi siempre.

-Se trata de algo confidencial -dijo Jack, que pasó a extenderse sobre lo que Mary Pat le contó el día anterior.

El agente del FBI asentía con la cabeza mientras escuchaba con talante inexpresivo.

-Eso no es del todo nuevo, Jack. Desde hace unos años, le seguimos discretamente la pista a ciertas indicaciones de que varias jóvenes han sido... ¿seducidas? Resulta difícil expresarlo con propiedad. Contratos para trabajar de modelos, y cosas así. Quienquiera que se dedique a captarlas lo hace con mucho cuidado. Las jóvenes se pirran por trabajar de modelos: moda, publicidad. Es un continuo. Muchas empiezan allí una carrera que siguen en América. No hemos sacado nada en limpio de nuestras indagaciones, pero hay indicaciones de que algunas

jóvenes han desaparecido. Y concretamente hay una que responde a la descripción de tu agente. Se llama Kimberley no sé qué más. No recuerdo el apellido. Su padre es capitán del Departamento de Policía de Seattle, y vive al lado de uno de nuestros agentes de la oficina de allí. Hemos sondeado, discretamente, a nuestros contactos en los cuerpos de policía japoneses. Aunque, de momento, no ha habido suerte.

-¿Y tú cómo lo ves?

-Mira, Jack, se producen desapariciones de continuo. Muchas jóvenes hacen la maleta y se van de casa para abrirse camino en el mundo. Llámese feminismo o, simplemente, deseo de vivir como una persona independiente, el caso es que sucede a diario. La tal Kimberley tiene veinte años, no iba muy bien con los estudios y, un buen día, desapareció. No hay nada que haga pensar en un secuestro, y a los veinte se es mayor de edad, ¿verdad? No tenemos derecho a abrir una investigación oficial. Como su padre es policía y su vecino del FBI escudriñamos un poco. Pero sin ningún resultado. Sólo hasta ahí podemos llegar, sin tener nada sólido que indique que se ha violado alguna ley. Y no lo tenemos.

-O sea, que si una chica de más de dieciocho años desaparece, no podéis...

-Si no hay constancia de delito, no; no podemos. No tenemos tantos agentes para seguir a todo aquel joven que decida vivir su vida sin decírselo a papá y mamá.

-No has contestado a mi primera pregunta, Dan -le recordó Jack.

-Allí les encantan las mujeres de pelo rubio y ojos redondos -contestó Murray, un poco molesto porque Jack lo apremiase-. Hay un desproporcionado número de jóvenes desaparecidas que son rubias. Nos costó mucho llegar a esta conclusión, hasta que una agente empezó a preguntar a sus amistades si se habían teñido recientemente. La respuesta, claro está, fue afirmativa. De modo que empezó a hacer siempre la misma pregunta. Y el «sí» aparecía en tal número de casos que no era normal. De manera que, en efecto, creo que algo raro ocurre. Sin embargo, aún no tenemos suficientes indicios para actuar -concluyó Murray-. Claro que... si este caso concreto tuviese implicaciones con la Seguridad Nacional... -añadió tras pensarlo unos instantes.

-¿Qué?

-¿Y si indagase la CIA?

Eso sí que era una novedad, pensó Ryan; oírle a un agente del FBI que la CIA pudiese investigar algo. Porque el FBI defendía su territorio con la misma ferocidad con que una osa parda defiende a sus oseznos.

-Sigue, Dan -le ordenó Ryan.

-Tienen una floreciente industria del sexo. Si te fijas en la clase de pornografía que les gusta, verás que es básicamente norteamericana. Los desnudos que aparecen en sus revistas son, en su mayoría, de mujeres blancas. Y da la casualidad de que el país más próximo que puede proporcionárselas es el nuestro. Sospechamos que algunas de estas jóvenes no son sólo modelos. Aunque tampoco en esto hemos conseguido nada sólido para actuar oficialmente.

Murray no quiso entrar en otro problema que era aún más peliagudo. Caso de que hubiese algo ilegal, no estaba seguro de hasta qué punto podría contar con la colaboración de las autoridades locales, lo que equivalía a decir que las jóvenes podían darse por desaparecidas para siempre. Y si no lo había, trascendería que se había abierto una investigación, y los medios informativos presentarían el caso como otra muestra de racismo, sin más objetivo que desprestigiar a Japón.

-Pese a todo -prosiguió Murray-, creo que la CIA tiene ahí una buena oportunidad. Mi consejo sincero sería que redoblasen esfuerzos. Si quieres, podría poner a disposición de los agentes que se designen toda la información que tenemos. No es gran cosa, aunque tenemos algunas fotografías.

-¿Y cómo es que sabes tanto del asunto?

-El agente de Seattle a quien me he referido es Chuck O'Keefe. Trabajé a sus órdenes una vez. Me pidió que hablase con Bill Shaw, que autorizó una discreta indagación. No condujo a

nada, y Chuck tiene demasiados problemas para poder destinar a ningún hombre de su división.

-Hablaré con Mary Pat. Y de lo otro, ¿qué hay?

-Lo siento, amiguito, pero de eso tendrás que hablar con el presidente.

¡A hacer puñetas!, exclamó Jack para sí al marcharse Murray. ¿Por qué tanto secreto?. Visto y no visto

Operar en Japón era sumamente difícil, en muchos aspectos. Uno de ellos era, obviamente, el factor racial. Japón no es una sociedad realmente homogénea. Los ainos fueron los primeros pobladores de las islas, pero vivían casi todos en Hokaido, la más septentrional de las islas mayores. Aunque se los considerase los aborígenes, se los marginaba del conjunto de la sociedad japonesa, con una explícita actitud racista. También tenía Japón una minoría étnica coreana. Buena parte de la misma Llegó a principios del siglo XX como mano de obra barata, de manera similar a la inmigración que propiciaron los Estados Unidos en sus costas del Atlántico y del Pacífico. A diferencia de los Estados Unidos, sin embargo, Japón les negaba los derechos de ciudadanía a sus inmigrantes, a menos que adoptasen plenamente la identidad japonesa, algo chusco pues, como pruebas de DNA de-mostraban de manera inequívoca, los japoneses son una rama coreana. Esto lo negaban convenientemente, no sin cierta indignación, los sectores más boyantes de la sociedad japonesa.

Todos los extranjeros eran gaijin, una palabra que, como casi todo el léxico japonés, tenía muchos matices. Aunque de manera piadosa no solía atribuírsele más traducción que «extranjeros», la palabra tenía entre sus connotaciones la de «bárbaros», se decía Nomuri, con toda la carga peyorativa que arrastraba la palabra desde que los griegos la acuñaron. No dejaba de ser una ironía que él, en tanto que ciudadano estadounidense, fuese también uno de esos gaijin, a pesar de ser étnicamente ciento por ciento japonés, y que, pese a haber crecido tragándose su indignación por las racistas medidas adoptadas por el gobierno de los Estados Unidos, que causaron grave daño a su familia, le bastase sólo una semana en el país de sus antepasados para ansiar el regreso al sur de California, en donde la vida era apacible y fácil.

Para Chester Nomuri fue una extraña experiencia vivir y «trabajar» en Japón. Fue sometido a una exhaustiva investigación y a numerosos interrogatorios antes de destinarlo a la operación SÁNDALO.

Ingresó en la CIA poco después de licenciarse por la Universidad de Los Angeles. No recordaba por qué lo hizo, salvo, quizá, por un deseo de aventura unido a una tradición familiar de servicio al Estado. Luego descubrió, no sin cierta sorpresa, que le gustaba aquella vida. Se parecía mucho al trabajo policial, y Nomuri era muy aficionado a las novelas y series de televisión policíacas. Es más: resultaba interesantísimo. Cada día aprendía algo nuevo. Era como vivir en un aula de historia viva. Sin embargo, puede que la lección más importante fuera que su bisabuelo fue un hombre sabio y perspicaz.

Nomuri no cerraba los ojos ante los defectos de América, pero prefería vivir allí antes que en ningún otro de los países que conocía. Este convencimiento hacía que se sintiese orgulloso de su trabajo, aunque ignorase cuál era el trasfondo de su misión. También la CIA lo ig-noraba, por más difícil de aceptar que le resultase a Nomuri al exponérselo así en la Granja. ¿Cómo era posible? Debía de ser una broma para consumo interno del cuerpo.

Y sin embargo, en virtud de un «dualismo» que era demasiado joven e inexperto para entender del todo, Japón podía ser un lugar fácil para operar. Sobre todo en el metro.

El transporte público iba tan atestado que le ponía los pelos de punta. No estaba preparado para un país en el que la densidad de población obligaba al más estrecho contacto con toda clase de extranjeros. Y poco tardó en percatarse de que la manía cultural de una higiene personal y una cortesía exageradas era, simplemente, un sub-producto de la superpoblación. La gente se rozaba, chocaba o se veía estrujada en su contacto con los demás de continuo. De no mediar la cortesía, se habrían producido refriegas callejeras que hubiesen avergonzado a

los más violentos barrios de América. Una sonrisa embarazosa y una impecable asepsia corporal hacían soportable el con-tacto, aunque no dejase de agobiar. «Hacerle sitio al prójimo» era uno de los lemas en las aulas de la Universidad de Los Ángeles. Pues bien, allí no. Porque, simplemente, no había sitio.

En otro orden de cosas, estaba su manera de tratar a las mujeres. Allí, en los atestados vagones del metro, los obreros -tanto si iban de pie como sentados- leían los cómics que llamaban manga, versión local de las fotonovelas, que resultaban bastante fuertes. Hacía poco, se había vuelto a poner de moda un clásico de los 80, llamado Rin-Tin-Tin. Pero no se trataba del simpático can de la televisión americana de los 50, sino de un perro que hablaba y mantenía relaciones sexuales... con su ama. No era una idea que sedujese a Nomuri, aunque allí, junto a él, iba sentado un ejecutivo de mediana edad, absorto en la lectura, mientras una pasajera que iba de pie a su lado miraba por las ventanillas, sin que estuviese demasiado claro si lo notaba o no. No cabía duda de que en aquel país la guerra entre los sexos se regía por normas distintas a aquellas con las que él se educó, pensaba Nomuri, que optó por dejar de darle vueltas. Al fin y al cabo, aquello no formaba parte de su misión..., aunque pronto comprobaría lo equivocado que estaba.

Ni siquiera lo notó pasar. Iba en el tercer vagón de la unidad, cerca de la puerta trasera, asido a una barra y leyendo el periódico. Tampoco notó apenas cómo le introducían el sobre en uno de los bolsillos del abrigo. Siempre era igual: en el lugar acostumbrado, sólo notaba como si el abrigo pesase un poquito más. Se volvió a mirar y no vio nada. Puñeta, ¡ya se le había escabullido entre la gente!

Dieciocho minutos después, el metro llegó a la estación Central. Los pasajeros salieron despedidos de los vagones como un alud horizontal. Luego, se dispersaron por la espaciosa estación. El ejecutivo, que estaba a unos tres metros de Nomuri, guardó su fotonovela en el maletín y se encaminó hacia su trabajo, con su impasible expresión de siempre, ocultando quién sabe qué íntimos pensamientos. Nomuri siguió su propio camino, se abrochó el abrigo y se preguntó cuáles serían sus nuevas instrucciones.

-¿Lo sabe el presidente?

-Todavía no -contestó Ryan.

-¿Cree que debería saberlo? -preguntó Mary Pat Foley. -A su debido tiempo.

-No me gusta hacer correr riesgos a los agentes por...

-¿Riesgos? -inquirió Jack-. Todo lo que quiero es que amplíe la información, no que haga ningún contacto, ni que se exponga. Por lo que hasta ahora sé del caso, no creo que tenga que hacer más que lanzar una pregunta al aire y, a menos que allí no exista el chismorreo, alguien la recogerá, sin que tenga que exponerse en absoluto.

-Sí, sí. Pero ya sabe por qué lo digo -insistió la adjunta de la Dirección Operativa.

Mary Pat se restregó los ojos. Había tenido un día muy ajetreado y estaba preocupada por los agentes que tenía en comisión de servicio. Como todo buen ADO. Y, además de ser madre, sabía muy bien lo que era correr riesgos, que no en vano la detuvo una vez el KGB.

La operación SÁNDALO empezó de un modo bastante inocente, si cabe calificar así a una operación de los servicios de inteligencia en suelo extranjero. La anterior operación resultó en todo un número conjunto (FBI/CIA) que no pudo resultar peor: la policía japonesa detuvo a un ciudadano norteamericano que llevaba encima una ganzúa y todo el equipo de «caco»... además de un pasaporte diplomático que, en su caso particular, fue más un obstáculo que una ayuda. El incidente no tuvo mucho eco en la prensa. Por suerte, los medios informativos no acabaron de ver claro de qué iba la cosa. Lo que sí estaba claro es que había compraventa de información clasificada, en muchos casos, como secreta o reservada. Y las consecuencias fueron lesivas para los intereses norteamericanos.

-¿Es bueno? -preguntó Jack.

-Mucho -repuso Mary Pat algo más relajada-. El chico tiene un talento innato. Está en período de adaptación, creándose un entorno al que poder recurrir para obtener información de fondo. Le hemos proporcionado una buena tapadera, con su propio despacho. E incluso nos aporta ganancias nada despreciables. Tiene órdenes de extremar las precauciones -añadió mistress Foley para darle de nuevo a entender que no quería ponerlo en peligro.

-Lo sé, lo sé, MP -dijo Ryan en tono cansado-. Pero si la cosa va en serio...

-Lo comprendo, Jack. A mí tampoco me ha gustado lo que nos ha contado Murray.

-¿Lo cree? -dijo Ryan que, al margen del interés oficial, sentía curiosidad por la reacción de Mary Pat.

-Si., lo creo, y Murray también. ¿Qué haremos si obtenemos más información que lo confirme?

-Pues que iré a ver al presidente. Y probablemente haremos regresar al primero que le apetezca regresar.

-¡Ah, no! ¡A Nomuri no quiero exponerlo de esa manera! -insistió Mary Pat algo alterada.

-¡Por Dios, Mary Pat! ¡Ni siquiera ha pasado por mi cabeza! Así que, mire, estoy muy cansado... ¿De acuerdo?

-Ya. ¿Qué pretende? ¿Que envíe otro equipo, y haberlo utilizado sólo para que les ponga el trabajo en bandeja?

-¿Es su departamento, no? Yo le diré qué debe hacer, pero no cómo. Así que alegre esa cara, MP.

Estas últimas palabras le ganaron al consejero de Seguridad Nacional una forzada sonrisa y un amago de excusa.

-Perdone, Jack. Siempre olvido que es usted el nuevo ídolo del barrio.

-Se trata de productos químicos que tienen diversas aplicaciones industriales -le explicó el coronel ruso al coronel americano.

-Bravo por ustedes. Lo único que podemos hacer nosotros, en cambio, es quemar los nuestros... y asfixiarnos con el humo.

Los combustibles líquidos de los cohetes rusos no olían precisamente a rosas, desde luego, pero, por lo menos, eran productos químicos que tenían diversas aplicaciones industriales.

Ambos oficiales observaban. Los técnicos acoplaban la boca de un tubo a un depósito junto al puskatel (silo, en ruso) de los misiles. Luego llenaron la cisterna de un camión, que transportaría el tetróxido de nitrógeno a una planta química. Otro tubo se acoplaba a otra boca del depósito del misil para inyectar gas presurizado por la parte superior del depósito, al objeto de que el corrosivo fluido saliese con más facilidad. El misil estaba descabezado. Los americanos veían perfectamente dónde estuvo la ojiva, cargada ya en un camión. Le abrirían paso dos carros de combate BTR-70 y lo seguirían otros tres. Una vez en su destino, desprenderían la carga nuclear de las ojivas, antes de su total desmantelamiento. Los Estados Unidos les compraban el plutonio. El tritio de las ojivas se quedaría en Rusia, que probablemente lo vendería después en el mercado internacional para la fabricación de instrumentos de precisión. El tritio se cotizaba a unos 50 000 dólares el gramo. Su venta aportaría a los rusos un limpio beneficio. Quizá ésa fuese la razón, pensaba el americano, de que sus colegas rusos se diesen tanta prisa.

Aquél era el primer silo de SS-19 que desactivaba el 53 Regimiento de Misiles Estratégicos. La desactivación de los silos norteamericanos, bajo supervisión rusa, era en unos aspectos muy similar y en otros muy distinta. En ambos casos se trataba de enormes estructuras de hormigón armado. Sin embargo, aquél estaba en pleno bosque y los silos americanos en campo abierto. Esto se debía a distintos enfoques, por lo que a la seguridad del emplazamiento se refería. El clima no era tan distinto. Más ventoso en Dakota del Norte, al hallarse en espacios tan abiertos. La temperatura media era ligeramente inferior en Rusia, lo que equilibraba el factor de mayor sensación de frío propio de la pradera.

Una vez terminada la operación de llenado, cerraron la válvula de la boca del depósito, retiraron el tubo y arrancó el camión.

-¿Le importa que eche una ojeada? -preguntó el coronel de las FF. AA. americanas.

-Por supuesto que no -repuso el coronel del Regimiento de Misiles Estratégicos, que incluso le acercó una linterna. Ahora le iba a tocar a él partirse el pecho.

¡Si serán cabrones!, sintió deseos de exclamar el coronel Andrew Malcolm. Había una charca de agua helada en el fondo del puskatel. Las estimaciones de los Servicios de Inteligencia habían vuelto a fallar. ¿Qué raro, verdad?

-¿Misión de apoyo? -preguntó Ding.

-Incluso podríais terminar haciendo sólo turismo -les dijo mistress Foley, que casi se lo creía.

-¿Incorporarnos a la misión? -preguntó John Clark, que quería ir en seguida al grano.

La culpa era suya por haberse convertido -él y Ding- en uno de los mejores equipos de activistas de la CIA. Miró a Chávez. El chico había progresado mucho en los últimos cinco años. Tenía ya su licenciatura y estaba a punto de terminar un master -en relaciones internacionales, nada menos-. A los profesores de Chávez, probablemente les hubiese dado un síncope de saber cuál era la labor de Chávez. Para ellos, tener relaciones en el extranjero no quería decir joder a otras naciones (chiste de cosecha propia que se le ocurrió a Domingo Chávez en las polvorientas llanuras de Africa, mientras leía un libro de Historia para preparar un seminario). Aún tenía mucho que aprender en cuanto a ocultar sus sentimientos se refería. Chávez conservaba bastante de la orgullosa naturaleza de su origen. Clark pensaba que quizá sólo fuera una pose para presumir en la Granja, y en otros sitios. En todos los cuerpos era bueno que los más resolutivos tuviesen su «leyenda», además de prestigio. John tenía ambas cosas. Hablaban de él en voz baja, en la estúpida creencia de que los apelativos cariñosos y los rumores que propagaban no volverían a oídos de quien los lanzaba (el propio Clark, por supuesto). Y Ding no quería ser menos. Algo normal.

-¿Fotos? -preguntó tranquilamente Chávez, que se las arrebató a mistress Foley de la mano.

Había seis. Ding las examinó y se las pasó una a una a Clark.

-¿Y si Nomuri reconoce una cara y un lugar, qué hacemos?

-preguntó Ding sin alterar el tono de voz, aunque con expresión de repugnancia.

-Pues se ponen ustedes en contacto con ella. Le preguntan si quiere un pasaje de avión gratis para volver a casa -contestó MP, sin añadir que serían exhaustivamente interrogadas. Porque, gratis, lo que se dice gratis, no daba nada la CIA.

-¿Tapadera? -preguntó John.

-Aún no la hemos decidido. Antes de que partan, vamos a tener que hacer algo con su talento para los idiomas.

-A Monterrey! -exclamó Chávez sonriente. Que no en vano era uno de los lugares más agradables de América, sobre todo en aquella época del año.

-Dos semanas de curso superintensivo. Saldrán en un vuelo esta misma noche. Su profesor será un chico llamado Lyalin (Oleg Yurievich). Es un teniente del KGB que lleva aquí ya algún tiempo. Incluso dirigió allí una red llamada CARDO. El es quien desvió la información de que os dedicabais a poner micrófonos ocultos en los aparatos de la línea regular...

-¡Formidable! -exclamó Chávez-. De no ser por él... Mistress Foley asintió con la cabeza, complacida al ver que Ding había hecho la asociación tan rápidamente.

-En efecto. Tiene una preciosa casa frente al mar. Es un profesor de japonés extraordinario, supongo que porque tuvo que empezar por aprenderlo él -dijo Mary Pat.

El tal Lyalin fue una verdadera ganga para la CIA. Tras el período de instrucción, entró a trabajar en la Escuela de Idiomas de las FF. AA., con un buen sueldo a cargo de la Agencia.

-En cualquier caso -añadió mistress Foley-, en cuanto sepan pedir el almuerzo y localizar el cuarto de baño en japonés, ya habremos decidido qué poner en sus documentos de identidad.

Clark captó la señal de que ya podían marcharse. Sonrió y se levantó.

-¿Así que de nuevo al trabajo?

-A defender a América -dijo Chávez sonriente.

El joven agente dejó las fotos en la mesa de mistress Foley, convencido de que defender, de verdad, a su país era cosa del pasado. A Clark también le sonó a chiste, hasta que volvieron a su memoria recuerdos que ensombrecieron la expresión de su rostro.

No tenían ellos la culpa. Era sólo una cuestión de condiciones objetivas. Con una población cuatro veces superior a la de Estados Unidos y una superficie habitable tres veces inferior, tenían que hacer algo. El pueblo necesitaba empleos, productos de consumo; la oportunidad de tener lo mismo que el resto del mundo quería. Podían verlo en los televisores, que proliferaban incluso allá donde no había trabajo y, al verlo, pedían la oportunidad de tenerlo. Era así de sencillo. No se les podía decir «no» a novecientos millones de personas.

Y, menos aún, si estaba uno entre esas personas. El vicealmirante V. K. Chandraskatta estaba sentado en su sillón de piel, en el puente de mando del portaaviones Viraat. Su obligación, como rezaba en la fórmula del juramento de su cargo, era cumplir las órdenes del gobierno. Sin embargo, por encima de todo, estaba el deber para con su pueblo. No tenía que mirar mucho más allá del puente de mando para verlo: oficiales y marineros, especialmente estos últimos, los mejores del país. Eran casi todos pañoleros y guardabanderas que dejaron el subcontinente para emprender aquella nueva vida. Se esforzaban al máximo por hacerlo bien. Por magra que fuese la paga, era preferible a estar a merced de los albures económicos, en un país cuya tasa de desempleo oscilaba entre el 20 y el 25 %. ¿Cuánto había tardado su país, sólo para poder autoabastecerse de productos alimenticios? Veinticinco años. Y sólo gracias a una especie de dádiva, resultado de la tecnología agraria occidental, cuyo éxito reconcomía a muchos, como si su país, antiguo y cultivado, fuese incapaz de forjar su propio destino. Por más eficaces que fuesen las dádivas, podían dolerle en el alma a la nación.

¿Y bien? La economía de su país reaccionaba, al fin, pero rozaba ya su techo. India necesitaba más recursos y, sobre todo, necesitaba más espacio vital, que estaba muy «caro» por las inmediaciones. Al norte del país se alzaba la cordillera más inaccesible del mundo. Al este estaba Bangla Desh, cuyos problemas eran más graves aún que los de la India. Al oeste se encontraba Paquistán, también superpoblado, y viejo enemigo religioso. Enzarzarse en una guerra con Paquistán podría provocar que los Estados musulmanes del golfo Pérsico cortasen el suministro de petróleo a su país.

Qué mala suerte, pensaba el almirante mientras observaba a su flota con los prismáticos, pues no tenía otra cosa que hacer en aquellos momentos.

Si no adoptaban alguna iniciativa, su país no podía esperar más que el estancamiento. En cambio, si se lanzaban hacia adelante, en busca de espacio vital... Pero el «nuevo orden mundial» se lo impedía. A la Unión India le negaban participar en la carrera, en pos de la grandeza, las mismas naciones que encabezaron aquella carrera. Ahora la daban por terminada, no fuese a ser que otras las atrapasen.

Allí mismo tenía la prueba. Su Armada era una de las más poderosas del mundo, construida, dotada y ejercitada a un coste ruinoso, surcando uno de los siete océanos del mundo, el único bautizado con el nombre de un país. Y, sin embargo, ni siquiera allí era

predominante. Estaba subordinada a una parte -pequeña- de la Armada de los Estados Unidos. Y eso aún dolía más.

Los Estados Unidos le decían a su país lo que podían y lo que no podían hacer. Los Estados Unidos con..., ¿cuántos?, apenas doscientos años de historia. Advenedizos. ¿Acaso lucharon ellos contra Alejandro el Magno o Gengis Khan? Los viajes de los «descubridores» europeos tenían por verdadero objeto llegar a su país. Y aquellas tierras descubiertas por casualidad, le negaban la grandeza, el poderío y la justicia a aquella vieja tierra del almirante. En fin, una mortificación que no había más remedio que ocultar, tras una expresión de profesional distanciamiento, mientras sus oficiales se afanaban con sus tareas.

-Contacto del radar; posición uno-tres-cinco, distancia doscientos kilómetros -se oyó por el altavoz de megafonía-. Acercándose; velocidad quinientos nudos.

El almirante miró a su oficial de operaciones y asintió con la cabeza. El capitán Mehta cogió un micrófono y habló. Su flota estaba fuera de los pasillos aéreos y rutas marítimas comerciales. Aquellos datos le indicaban de qué aparatos se trataba. Eran cuatro cazas americanos. Cuatro cazas F-18E Hornet procedentes de los portaaviones norteamericanos que se hallaban al sudeste. Todos los días -mañana, tarde y, a veces, a medianoche- hacían su aparición. Para dejarse ver, para que entendiese que los americanos sabían cuál era su posición exacta y recordarle que, en cambio él, no conocía ni podía conocer la suya.

Instantes después oyó despegar a sus Harriers. Buenos aparatos -y caros-, pero que no tenían nada que hacer con los Hornets. Aquel día tenía previsto que despegasen cuatro -dos del Viraat y dos del Vikrant- para interceptar a los cuatro (porque probablemente serían cuatro) Hornets americanos. Los pilotos de ambos bandos se saludarían de buen talante al cruzarse, aunque ambas partes supiesen que era pura comedia.

-Podríamos sacar nuestros SAM, a ver si se enteran de que es-tamos hartos de este juego -sugirió tranquilamente el capitán Mehta.

-No -dijo el almirante-. No conocen bien nuestros sistemas de activación y no se los vamos a facilitar voluntariamente.

Las exactas frecuencias de radar, impulso y cadencia que utilizaban los hindúes no eran de dominio... de la CIA que, probablemente, no se molestó jamás en obtenerlas. Eso significaba que los americanos quizá no pudieran provocar interferencias o engañar a sus sistemas. Probablemente, sí podrían, pero el hecho de no estar seguros los preocupaba. Aunque no fuese un as de triunfo, era la mejor carta que Chandraskatta tenía entonces en la mano. El almirante seguía con su té, haciendo alarde de imperturbabilidad.

-Nos limitaremos a darnos por enterados de su presencia -añadió el almirante-. Los saludaremos amistosamente y dejaremos que sigan su camino.

Mehta asintió y se alejó sin exteriorizar su creciente indignación. Era comprensible. Como oficial de operaciones, su misión consistía en concebir un plan para derrotar a la flota americana, en caso necesario. Que la misión fuese, prácticamente, imposible no liberaba a Mehta de la tarea de intentarlo. No era sorprendente que el hombre estuviese siempre a punto de saltar, a causa de la tensión. Chandraskatta dejó la taza y siguió con la mirada a sus Harriers, que acababan de despegar de la cubierta.

-¿Qué tal los pilotos? -le preguntó el almirante al jefe de escuadrilla.

-Frustrados, aunque su comportamiento y su rendimiento han sido excelentes hasta ahora -repuso el oficial con legítimo orgullo.

Sus pilotos eran formidables. El almirante comía con ellos a me-nudo. Así levantaba la moral de estos orgullosos hombres. Eran cinco, tan buenos como los mejores pilotos de caza del mundo. Y además ardían en deseos de demostrarlo.

Sin embargo, la Armada hindú sólo disponía de cuarenta y tres cazas Harrier FRS 51. No tenían más que treinta en el mar -entre los del Viraat y los del Vikrant-, una dotación inferior en número, y en prestaciones, a la de un solo portaaviones norteamericano. Por ser los primeros en entrar en la carrera, evidentemente la ganaron y declararon entonces clausurados

los juegos, se decía Chandraskatta, que oía charlar a sus pilotos por el altavoz de su radio. Y no era justo.

-A ver si lo entiendo -dijo Jack Ryan.

-Que equivale a un engaño -le aclaró Robby-. Esos cohetes requerían un intensivo mantenimiento. Pues bien, ¿sabes que llevaban dos años sin revisarlos? Andy Malcolm le ha llamado esta tarde al bueno del técnico del satélite. Había agua en el fondo del agujero que ha visto hoy.

-¿Y?

-Siempre olvido que eres de ciudad -contestó Robby, que sonreía, "gozándola», cual lobo con piel de oveja-. Si haces un agujero en el suelo, tarde o temprano se llenará de agua, ¿no? Y si tienes algo valioso en el agujero, más te vale extraerla. Que haya agua en el fondo del silo, significa que no siempre se molestaban en bombearla. Significa vapor de agua; humedad en el agujero. Y corrosión.

-Es decir, que los cohetes... -dijo Jack, a quien al fin se le encendió la lucecita.

-Probablemente no hubiesen despegado, aunque hubiesen querido lanzarlos. La corrosión no perdona. Lo más probable es que fuesen cohetes inservibles. Repararlos es siempre muy problemático. En fin -explicó Jackson, que dejó la carpeta del dossier sobre la mesa de Ryan-, éste es el informe de la J-3.

-¿Y el de la J-2 qué? -preguntó Jack, refiriéndose al Servicio de Inteligencia de la Junta de Jefes de Estado Mayor.

-Nunca lo han creído. Espero que, si nos encontramos con lo mismo en otros agujeros, dejarán de ponerlo en duda. ¿O qué? -dijo el almirante Jackson encogiéndose de hombros-. Supongo que si los rusos nos han dejado ver el interior del primero, no tendrán inconveniente en que veamos los demás, y nos encontraremos con lo mismo. Ya no les importa una mierda.

La información de los Servicios de Inteligencia procedía de diversas fuentes, y un «técnico» como Jackson era, muchas veces, la fuente más fiable. A diferencia de los agentes de la CIA, y cuerpos afines, cuya labor consistía en evaluar la capacidad del otro bando -casi siempre en términos teóricos-, Jackson era un hombre cuyo interés en el armamento se cifraba en hacer que funcionase, y sabía, por dura experiencia, que utilizar el armamento era más peliagudo que contemplarlo.

-Eso es como cuando creíamos que medían tres metros, ¿recuerdas?

-Yo nunca creí esas cosas. Pero un cabroncete con pistola te puede amargar el día, por muy canijo que sea -dijo Robby-. Así que, a ver, ¿cuánto dinero nos han soplado?

-Cinco mil millones de dólares.

-Pues se han lucido con el dinero del contribuyente. Tiene miga pagarles a los rusos esa millonada por «desactivar» unos misiles que no habrían podido volar a menos que los volasen. Jugada maestra, doctor Ryan.

-Necesitan el dinero, Rob.

-¡Toma, y yo! Oye, tío, que tengo que repelar de todas partes para conseguirles combustible a nuestros aviones.

No muchos entendían que todo barco de la Armada, y todo batallón de carros de combate del Ejército, se nutría de los presupuestos generales del Estado. Y como los comandantes en jefe no disponían de un talonario de cheques del que tirar, cada uno de ellos tenía que ajustarse a unas existencias -combustible, armas, piezas de repuesto, e incluso alimentos, en el caso de los buques de guerra- que tenían que bastar para un año. No sería la primera vez que un barco de guerra tenía que permanecer amarrado en su muelle, durante varias se-manas, al término del año fiscal, por habérsele terminado las existencias. Eso imposibilitaba cumplir con determinadas misiones y que la dotación se ejercitase. El Pentágono era, prácticamente, la única institución del Estado a la que se pedía resignarse con un presupuesto inflexible y que, en muchas partidas, se reducía.

-¿Hasta dónde esperan que nos apretemos el cinturón?

-Se lo diré, Rob, ¿de acuerdo? El presidente de la Comisión...

-Así, entre nosotros, el presidente de la Comisión de Defensa cree que las operaciones son cosas que hacen los cirujanos en los hospitales. Y si me vas a venir con ésas, olvídate de las lecciones de golf.

-¿Qué vale para ti tener a los rusos fuera de juego? -dijo Ryan, que no sabía qué decir para calmar un poco a Robby.

-No tanto como lo que perdemos en recortes. Por si no te has enterado, mi Armada sigue desplegada hasta el quinto pino, y tenemos que arreglarnos con un cuarenta por ciento menos de barcos. Y el mar no encoge, eh. Que el Ejército de Tierra está mejor lo reconozco, pero las Fuerzas Aéreas no, y los marines siguen mamando del pezón de atrás, a pesar de que son nuestra primera fuerza de intervención para la próxima vez que los chicos y chicas de «Foggy Bottom» decidan joder.

-Es como predicar en el desierto, Rob.

-Peor aún, Jack. Quemamos a nuestros hombres. Cuantos menos barcos, más tiempo han de permanecer embarcados. Y cuanto más tiempo permanecen las unidades en el mar, más sube la factura de mantenimiento. Es como en los peores momentos de fines de los setenta. Muchos dejan el servicio. Es difícil obligar a un hombre a estar tanto tiempo lejos de su esposa y de sus hijos. En la aviación llamamos a eso poner un pie en la tumba. Al perder a hombres experimentados, también suben las facturas de adiestramiento. Pero lo peor es que se pierde eficacia en combate, lo mires por donde lo mires -dijo Robby, que se extendió en explicaciones, en plan de almirante.

-Mira, Rob, yo he soltado el mismo discurso hace un rato al otro lado de la casa. Hago todo lo que puedo por ti -replicó Jack, en su papel de alto funcionario del gobierno.

Ambos se percataron del talante oficial que habían acabado por adoptar y se miraron.

-Somos dos gilipollas.

-Ya ha llovido mucho desde que estábamos en el claustro de la Universidad de Canoe -admitió Ryan en un tono casi susurrante-. Yo enseñaba Historia y tú le rezabas a Dios todas las noches para que te curase la pierna.

-Debí haber hecho algo más que eso. Artritis en la rodilla -dijo Robby-. Me toca reconocimiento físico oficial dentro de nueve meses. ¿Y sabes lo que eso significa?

-¿Que te darán por inútil?

-Total -asintió Jackson.

Ya lo creo que sabía Jack lo que aquello significaba. Para un hombre que había pilotado cazas de la escuadrilla de un portaaviones durante más de veinte años, era duro aceptar que le había llegado la hora de dejarlo. Ya no podría hacer piruetas con los muchachos. Las canas podía justificarlas uno echándole la culpa a los genes. Si te echaban para atrás en el reconocimiento médico, no tenías más remedio que quitarte el traje, colgar el casco y reconocer que ya no servías para hacer lo que quisiste hacer desde que tenías diez años. Sobre todo, después de estar entre los mejores. Lo más amargo sería recordar las cosas que decía cuando era teniente: el choteo que se traía con los pilotos mayores cuando era joven, las disimuladas risitas y las maliciosas miradas que intercambiaba con sus jóvenes compañeros, sin pensar en que también a ellos les llegaría la hora.

-Mira, Rob, son muchísimos los que nunca pasaron el examen que les brindara la oportunidad de mandar una escuadrilla. En cuanto cumplen los veinte años de servicio en la suboficialidad para poder retirarse, se retiran. Y terminan pilotando el «golfo» de la Federal Express.

-Y se forran.

-Pues ¿a qué esperas para colgar el casco?

Ryan consiguió, al fin, que se le alegrase la cara a Jackson.

-¡Qué leche! -exclamó-. Aunque no pueda bailar podré mirar. Pero mira bien lo que te digo: si queréis llevar a buen puerto las preciosas operaciones que se gestan en mi cubículo,

necesitamos la ayuda del ejecutivo. Mike Dubro hace virguerías conduciendo con una sola mano, pero tanto él como sus tropas tienen un límite, ¿me captas?

-Bueno, almirante, una cosa te prometo: cuando te llegue el momento de dirigir una flota, algo mandarás.

No era mucho compromiso, pero ambos sabían que era lo único que le podía ofrecer.

Ella era la número cinco. Lo sorprendente era..., todo. Eso pensaba Murray en su despacho, a seis manzanas de la Casa Blanca. El cariz que tomaba la investigación era lo más inquietante. Él y su equipo interrogaron a varias mujeres, que reconocieron -unas avergonzadas, otras con aparente despreocupación y algunas con cierto orgullo y buen humor- haberse acostado con Ed Kealty. No obstante, en cinco casos, la relación sexual no fue del todo voluntaria. Y aquella mujer en concreto, la última que interrogaron, dijo que la drogaron, y se sentía especialmente avergonzada, con la sensación de ser la única que cayó en la trampa.

-¿Y bien? -preguntó Bill Shaw, que también tuvo un día muy ajetreado.

-Que hay base sólida para procesar. Son ya cinco las víctimas, que sepamos, y cuatro de ellas viven. Hay dos casos que cualquier tribunal consideraría violación. Sin contar a Lisa Beringer. En los otros dos, se evidencia el recurso a algún tipo de droga en dependencias del Estado. Y las dos mujeres de estos dos casos coinciden palabra por palabra: al identificar la etiqueta de la botella de coñac, los efectos, todo.

-¿Testimonios de los que crean convicción? -preguntó el director del FBI.

-En la medida en que ello es posible en estos casos. Creo que ha llegado el momento de actuar -dijo Murray.

Bill Shaw asintió. Pronto empezarían las filtraciones. Era imposible mantener en secreto una investigación durante mucho tiempo, por más precauciones que se adoptasen. Algunas de las interrogadas se mantendrían leales al presunto encausado y, por más discretas que fuesen las primeras preguntas, no hacía falta un alarde de imaginación para adivinar de qué iba. Entre otras cosas, porque acaso ya sospechaban algo así del presunto. Luego, interrogadas, que en definitiva no iban a ser testigos, optaban por prevenir al presunto, bien por es-tar convencidas de su inocencia o por ganar puntos. Delincuente o no, el vicepresidente de los Estados Unidos era hombre de considerable poder político, en condiciones de prodigar favores todavía a quienes gozasen del suyo.

En otros tiempos, el FBI no hubiese podido llegar tan lejos. Habría sido el propio presidente, o incluso el fiscal general, quien hubiese dirigido una discreta advertencia. Altos funcionarios se habrían encargado de localizar a las víctimas, y de ofrecerles algún tipo de compensación. Y en muchos casos hubiese funcionado. Si se había podido llegar tan lejos era porque el FBI contaba con la autorización del presidente, la cooperación del fiscal general del Estado y con un clima moral y jurídico que les permitía trabajar.

-En cuanto hables con el presidente de la Comisión...

-Ya -dijo Murray-, es como para convocar una conferencia de prensa y que, por lo menos, tengan la información de una manera ordenada.

No podían convocarla por su cuenta, por supuesto. A pesar de que, cuando pusiesen en conocimiento de figuras políticas lo que sustentaba las pruebas -en este caso, del presidente y de los miembros que integraban la Comisión Parlamentaria de lo Judicial-, las filtraciones serían inmediatas. Lo único que podían hacer, respecto de la conferencia de prensa, Murray y su equipo era elegir el día y la hora. Lo más tarde posible, para que no les diese tiempo a publicarlo a los periódicos de la mañana, incurriendo en las iras de los redactores-jefe del Washington Post y del New York Times.

El FBI tenía que ceñirse estrictamente a las reglas. No podían filtrar nada porque aquél era un procedimiento por lo penal. Los derechos del presunto encausado debían respetarse tan celosamente (en la práctica se respetaban aún más) como los de las víctimas. De lo contrario, se adulteraba el posible procesamiento y, en su caso, el juicio.

-La convocaremos aquí, Dan -decidió Shaw-. Le diré al fiscal general que llame por teléfono para concertarla. Quizá así se refrenen un poco. ¿Qué te dijo exactamente el presidente el otro día?

-Ah, es un tipo de una pieza -repuso el subdirector general-. «Un delito es un delito», me dijo.

«De una pieza.» Una expresión muy popular en el FBI para elogiar a alguien. También dijo el presidente que condujesen la investigación con el mayor «hermetismo», aunque eso era esperable.

-Muy cabal. Le informaré personalmente de nuestras actuaciones.

Muy típico de él: en cuanto le dieron luz verde, Nomuri puso la directa. Aquella tarde le tocaba ir a los baños públicos, a reunirse con su grupo de ejecutivos (probablemente le había tocado el trabajo más limpio de la CIA). Era también el procedimiento más resbaladizo de obtener información con que se había encontrado. Y él lo hacía más resbaladizo aún, haciéndole los honores a una botella grande de sake, que estaba ya medio vacía, en el borde de la desmedrada piscina de madera.

-¡No sé por qué me habéis tenido que hablar de esa ojos redondos! -dijo Nomuri, sentado en su rincón de costumbre con los párpados entornados.

Dejaba que su cuerpo absorbiera el envolvente calor. A 82 °C bajaba la presión sanguínea y se tendía a la euforia, intensificada por el efecto del alcohol. Muchos japoneses tenían una anormalidad genética llamada en Occidente «tea oriental», o con mayor delicadeza étnica «intoxicación patológica». Se trata, en realidad, de un trastorno enzimático que consiste en que la ingestión de una cantidad de alcohol relativamente pequeña produce un efecto desproporcionado. Por suerte, ésta era una característica que la familia de Nomuri no compartía.

-¿Por qué? -preguntó Kazuo Taoka desde el rincón opuesto.

-Porque ahora no me puedo quitar de la cabeza a esa gaijin -contestó Nomuri de buen humor.

Otro de los efectos de los baños públicos era que propiciaban el desenfado. El que estaba al lado del agente de la CIA se rascó la cabeza y se echó a reír, igual que sus compañeros.

-Ya. Y ahora quieres saber más, ¿eh?

Nomuri no necesitó abrir los ojos. El que tenía al lado, tan pegado que lo rozaba, se inclinó hacia adelante. Seguro que los demás harían lo mismo.

-Pues tenías razón. Tienen los pies demasiado grandes, y los pechos también. Sus maneras... podrían mejorarse.

-¡Vamos ya! ¡No nos tengas en ascuas! -exclamó otro con fingido enojo.

-Hay que adornarlo un poco, ¿no? Como en el teatro -dijo, arrancando alegres carcajadas-. Pues sí, es verdad que sus pechos son demasiado grandes para considerarlas auténticas bellezas. Pero hay sacrificios que todos debemos hacer en la vida; y he visto peores deformidades...

Nos ha salido narrador, pensó Nomuri. Se le daba bien. Instantes después oyó que descorchaban otra botella y que uno de ellos volvía a llenar las copitas. En realidad, en los baños públicos estaba prohibido tomar bebidas alcohólicas, que dañaban la salud que allí trataban de conservar, aunque -cosa rara en aquel país- era una norma que pocos respetaban.

Nomuri se alcanzó la copa a ciegas e hizo un verdadero alarde interpretativo. Con extasiada sonrisa fingía hacerse una imagen mental, a medida que el narrador desgranaba un detalle tras otro en la humeante superficie del agua. La minuciosa descripción encajaba cada vez más con la fotografía, y otros detalles, que le pasaron en el metro por la mañana. Aún no podía llegar, sin embargo, a una definitiva conclusión. Miles de jóvenes encajaban en aquella descripción.

Aunque a Nomuri no le escandalizase demasiado que una chica hubiese seguido aquel camino, para aprovechar lo que debió de creer que era su oportunidad, era una ciudadana americana. Y si podía ayudarla, la ayudaría. Resultaba un cometido un tanto trivial en el conjunto de su misión que, sin embargo, lo indujo a hacer una pregunta que lo acercaría aún más al grupo. Era una manera de prepararse el terreno y poder sonsacarles informaciones más importantes en otra ocasión.

-No tenemos alternativa -dijo uno en otros baños públicos similares, y bastante cercanos-. Necesitamos su ayuda.

Era de esperar, pensaron los otros cinco. Sólo era cuestión de ver quién se estrellaba primero. El destino quiso que fuesen aquel hombre y su empresa. En nada mitigaba esto la personal desdicha de verse obligado a pedir ayuda. Y aquellos hombres sentían su dolor, aunque no exteriorizasen más que una aséptica cortesía. En el fondo, quienes lo escuchaban sentían, además, un mismo temor. Si sucedía una vez, era más fácil que se repitiese. ¿Quién sería el siguiente?

En general, no había nada más seguro que la inversión inmobiliaria. Era algo tangible, algo con entidad física, que se podía ver y palpar. Podías construir y vivir en tu inversión. Era, en definitiva, algo que los demás podían ver y valorar. Aunque Japón siguiese una intensiva política de expropiaciones (para construir aeropuertos, por ejemplo), la regla era tan cierta aquí como en cualquier otra parte: comprar terrenos era lógico, porque en el mundo no hay más tierra que la que hay, y el precio no iba a caer.

Sin embargo, esta especie de axioma, en Japón se veía desvirtuado por sus específicas características. La política de racionalización del suelo que seguía el país se veía entorpecida por la desmesurada influencia del minifundio. Hasta tal punto que no era raro ver, en el puro centro de una zona residencial, un huerto de un cuarto de hectárea. País de por sí pequeño (con la extensión de California y una población que era casi la mitad de la de Estados Unidos), veía acentuada su densidad por su escasa superficie cultivable. Como ésta tendía a ser donde más fácil resultaba la vida, la mayor parte de la población se concentraba en grandes y densamente pobladas ciudades, en las que el precio del suelo se ponía por las nubes. La consecuencia más sorprendente de unas circunstancias, en principio, corrientes era que el suelo edificable de la ciudad de Tokio tenía un valor escriturado superior al de cuarenta y ocho estados de Estados Unidos. Y más sorprendente era aún que aquella ficción la aceptasen todos como algo lógico, pese a ser tan artificial como la tulipanomanía holandesa en el siglo XVII.

Aunque, como ocurría en América, ¿qué era, al fin y al cabo, la economía nacional sino una fe común? Así, por lo menos, lo creyeron todos durante una generación. Los frugales ciudadanos japoneses ahorraban muy buena parte de lo que ganaban. Estos ahorros iban a parar a los bancos en tan enormes cantidades que las disponibilidades para préstamos eran asimismo enormes. Como consecuencia de ello, los tipos de interés aplicados a los préstamos eran bajos, lo que permitía a los empresarios comprar terrenos y construir, a pesar de unos precios que, en cualquier otra parte del mundo, se habrían considerado prohibitivos de puro ruinosos.

Como ocurre con todo boom artificial, el fenómeno llevaba aparejadas peligrosas secuelas. El hinchado valor escriturado de los bienes inmuebles se utilizaba para documentar garantías para otro tipo de préstamos, y como garantía, también, de la compra a plazos de valores bursátiles. El resultado era que empresarios supuestamente inteligentes y con visión de futuro levantaron un complejo castillo de naipes, cuyos cimientos no eran sino la creencia de que el suelo del municipio de Tokio tenía un valor intrínseco superior al de Estados Unidos, entre Bangor y San Diego. Esto, además, fomentó un concepto del valor inmobiliario que, más que ningún otro factor, convenció a los empresarios japoneses de que el suelo americano, que en definitiva no tenía un aspecto muy distinto al de su propio país, tenía que valer más que lo que los estúpidos americanos cobraban por él.

A principios de los 90 comenzaron los madres mías. El vertiginoso descenso del mercado bursátil japonés amenazaba con que llegase un momento que se exigiera la «realización» de las escrituras, depositadas como garantía en la compra de acciones a plazos. Y esto indujo a muchos empresarios a pensar en vender sus bienes inmuebles para cubrirse. Entonces cayeron en la pasmosa -que no sorprendente-realidad de que nadie quería pagar el valor escriturado de un solar; de que aunque todos aceptasen, en teoría, el valor escriturado, pagar, en la práctica, el supuesto valor no era muy realista. Y sucedió que aquella especie de as de oros que sostenía el castillo de naipes, fue sigilosamente retirado de la base de la estructura. Y en cuanto soplase una brisa ligera se hundiría el edificio (posibilidad que los altos ejecutivos tuvieron buen cuidado en descartar de sus conversaciones).

Hasta ahora.

Porque los que entonces estaban sentados en el borde de la bañera eran amigos y colaboradores desde hacía muchos años. Que Kozo Matsuda anunciase, con tanto aplomo como dignidad, las dificultades de liquidez por las que atravesaba su empresa, hizo que todos ellos viesen asomar por el horizonte el desastre colectivo, mucho más inminente de lo que pudieron creer hacía tan sólo dos horas.

Los banqueros presentes podían brindar créditos, pero los intereses habían subido. Los industriales podrían hacer favores, aunque a costa de la cuenta de resultados de sus empresas, con efectos negativos en la tambaleante cotización de las acciones.

Podían salvar a su amigo de la ruina que, en su sociedad, llevaba aparejada la personal desdicha de quedar para siempre al margen de aquel unido grupo. Si no lo ayudaban, tendría que recurrir a su «mejor» carta: poner discretamente a la venta algunos de sus edificios de oficinas y confiar -también discretamente- en que alguien los comprase por un precio similar al de su supuesto valor.

Esto era, sin embargo, muy improbable... y ellos lo sabían. Verás... Hasta tal punto que ellos, desde luego, no comprarían. Y en cuanto se supiera que el valor escriturado era tan ficticio como las novelas de Julio Verne, iban a palmar ellos también. Los banqueros se verían obligados a reconocer que las garantías de sus préstamos y, por consiguiente, la seguridad del dinero de sus depositantes eran también ficciones vacías de contenido. Una cantidad de dinero «real», tan enorme que sólo en tanto que magnitud numérica podía ser comprendida, se habría evaporado como por arte de magia... negra.

Por todas estas razones harían lo que se tuviera que hacer. Ayudarían a Matsuda y a su empresa a cambio de ciertas concesiones, naturalmente, aunque anticipando el dinero que él y sus negocios necesitaban. Lo malo era que aunque pudiesen hacerlo una vez, probablemente dos y hasta puede que tres, los acontecimientos no tardarían en precipitarse en cascada. Se verían también afectados y llegaría un momento en que ya no podrían apuntalar el castillo de naipes. Las consecuencias no eran fáciles de calibrar.

Miraban los seis al agua, sin osar mirarse a los ojos. En su sociedad, no se permitía a los hombres expresar espontáneamente el temor, que era lo que entonces sentían. Eran responsables, al fin y al cabo. Dirigían sus empresas de un modo tan personal y autocrático como J. P. Morgan. Y ese control llevaba aparejado un fastuoso estilo de vida, un inmenso poder personal y, también, una absoluta responsabilidad -y responsabilización- personal. Que no en vano todas las decisiones fueron suyas y, en la medida en que fuesen erróneas, deberían pechar con la responsabilización en una sociedad en la que el fracaso público era tan doloroso como la muerte.

-Yamata-san tiene razón -dijo con aplomo uno de los banqueros-. Me equivoqué al contradecirlo.

-Hai -musitaron los demás, maravillados ante su valentía. -Deberíamos pedirle consejo sobre este asunto -concluyó otro.

En la factoría se trabajaba en dos febriles turnos, a causa del enorme éxito de lo que fabricaban. Se hallaba situada en las lomas de Kentucky. Era un edificio aislado que ocupaba unas cincuenta hectáreas. El edificio estaba rodeado de un aparcamiento para los obreros y otro para sus modelos, con zonas de carga para camiones y trenes, que accedían al recinto por CSX.

Era el utilitario de moda en los mercados japonés y norteamericano. Se llamaba Cresta, igual que el tobogán suizo de St.-Moritz, en donde un alto ejecutivo japonés de la industria del automóvil, algo bebido, se aventuró a probar su pericia. Se lanzó en uno de esos bobs-leigh, de manejo engañosamente sencillo. Salió a toda mecha cuesta abajo, y al llegar disparado a la traicionera curva «Shuttlecock», cual moderno hombre-bala, se dislocó la cadera.

Para honrar la carrera que le dio tan necesaria lección de humildad, decidió, en el hospital local en el que se daban de alta las bajas, aprovechar su consagrada experiencia para un nuevo modelo que, por entonces, no era más que un esbozo.

Como casi todo lo producido por la industria automovilística japonesa, el Cresta era una obra maestra de ingeniería. Barato, con tracción delantera y un motor de bajo consumo, de cuatro cilindros y dieciséis válvulas, tenía capacidad para dos adultos delante y dos o tres niños detrás, que podían ir bastante cómodos. De la noche a la mañana, se convirtió en el «Coche del Año» para Motor Trend y en la salvación del fabricante japonés, que llevaba tres años con descenso de ventas a causa de los redoblados esfuerzos de la industria norteamericana por recuperar el mercado ganado por los nipones. El más popular de los utilitarios para jóvenes matrimonios con hijos incluía un verdadero «catálogo» de complementos opcionales. Se fabricaba a ambos lados del Pacífico para hacer frente a la demanda global.

Aquella planta, situada a cincuenta kilómetros del Lexington de Kentucky, era atípica en todos los sentidos. Los obreros cobraban de acuerdo al convenio, pese a no querer integrarse en el sindicato (la UNW). Dos tentativas para formar un comité en la factoría, supervisadas por la Cámara Nacional de Relaciones Sindicales, fracasaron. La poderosa organización sindical no consiguió siquiera el 40 % de los votos y tuvo que largarse, despotricando contra lo que calificaron de desacostumbrada estupidez de los obreros.

Como en las factorías similares, aquello parecía cosa de magia. Por un extremo entraban piezas de automóvil y por otro salían los coches acabados. Algunas piezas eran de fabricación americana, aunque no tantas como le hubiese gustado al gobierno. También el director de la planta habría preferido una mayor presencia de piezas nacionales. Sobre todo en invierno, ya que el mal tiempo en el Pacífico podía entorpecer el envío de piezas (un solo día de retraso en la llegada de un barco, podía hacer bajar las existencias de una determinada pieza a niveles peligrosos, pues la planta trabajaba con previsiones a muy corto plazo) en una época en que la demanda de Crestas era superior a su capacidad de producción.

Las piezas llegaban, básicamente, en contenedores, por ferrocarril, desde puertos de ambas costas americanas. Se clasificaban y transportaban a almacenes, adyacentes a la sección de la cadena de montaje en donde se unirían a la estructura del resto del automóvil. Gran parte del trabajo estaba robotizado, pero el cerebro, los ojos y la destreza de un obrero eran insustituibles. Las funciones automatizadas no entusiasmaban a nadie. La propia eficiencia de la factoría era lo que permitía que el Cresta tuviese un precio tan asequible. Por otra parte, el sobrecargado programa de producción, que proporcionaba muchas horas extraordinarias, beneficiaba a los obreros. Al trabajar en la empresa de la región con salarios más altos, se aplicaban a la labor con tanta diligencia como sus colegas japoneses (y como sus supervisores japoneses no tenían reparos en reconocer, tanto en privado como en las memorias de uso interno, de una manera más creativa). Sólo en el curso de aquel año, más de una docena de importantes innovaciones, sugeridas por los obreros de aquella planta, fueron adoptadas, de inmediato, en factorías similares a diez mil kilómetros de allí.

Al personal de supervisión le encantaba vivir en la Middle America. El precio de sus viviendas y la extensión de terreno aparejada los dejaba boquiabiertos, y tras superar los

inconvenientes del período de adaptación a un país extranjero, todos se rendían a la hospitalidad local: alternaban con los abogados locales en los campos de golf, en-traban a los McDonald's a comer una hamburguesa, veían a sus hijos jugar a la pelota con los chicos de allí, a menudo, pasmados de ser tan bien acogidos, teniendo en cuenta lo que se temían (incluso el centro emisor de televisión por cable incluyó el canal NHK para que aquellas doscientas familias tuviesen algo de su país). De paso, proporcionaban sustanciosos beneficios a su casa matriz que, por desgracia, pasaba por graves dificultades -incluso con los Crestas producidos en Japón-, debido al inesperado aumento de la productividad en la planta de Kentucky y a la continua depreciación del dólar con respecto al yen. Ésta era la razón de que aquella misma semana se hubiesen comprado terrenos colindantes para aumentar la producción en un 60 %. Recurrir a un tercer turno era una alternativa, pero habría obligado a reducir el mantenimiento, lo que, a su vez, hubiese afectado negativamente al control de calidad. Era un riesgo que la empresa no quería correr, teniendo en cuenta cómo apretaba la competencia de Detroit.

Al principio de la cadena de montaje, dos obreros acoplaban los depósitos de gasolina a los bastidores. Uno de ellos sacaba el depósito de su embalaje de cartón y lo colocaba en la cinta transportadora. Lo hacía llegar hasta donde se encontraba el segundo obrero, cuyo cometido era acoplar, a mano, el ligero pero engorroso artefacto. Unas sujeciones de plástico sostenían brevemente el depósito, mientras el obrero hacía el acoplamiento fijo. Luego, se retiraban las sujeciones antes de que el chasis pasase al otro punto de la cadena.

La obrera que trabajaba en el almacén notó que el cartón estaba húmedo. Se Llevó la mano a la nariz y notó que olía a sal de mar. El contenedor de aquel envío de depósitos de combustible no debieron de cerrarlo bien, y debido a alguna tormenta habría entrado agua. Menos mal, se dijo, que todos los depósitos estaban hechos a prueba de intemperie y galvanizados. Quizá se hubiesen mojado unos quince o veinte depósitos. Iba a decírselo al supervisor, pero no lo encontró por allí. Ella tenía autorización para hacer que se detuviese la cadena -autorización con la que rara vez contaban los obreros de una cadena de montaje- hasta que se aclarase lo de los depósitos. Aunque en aquella planta todos tuvieran, teóricamente, autorización para de-tenerla, ella era nueva, y lo lógico era llamar al supervisor. Siguió mirando a ver si lo veía, y casi detuvo la cadena al quedarse parada, con lo que se ganó un buen bufido de un compañero. Bueno, no sería tan grave la cosa, se dijo. De manera que colocó el depósito en la cinta, desembaló el siguiente y se olvidó del asunto. Nunca sabría que era parte de una cadena de factores que muy pronto acabaría con la vida de una familia y heriría a otras dos.

Dos minutos después, el depósito quedó ajustado al chasis de un Cresta, y aquel «casicoche» siguió por la cinta transportadora, que parecía interminable, y pasó por una entrada que ni siquiera se veía desde aquel punto de la cadena. El resto del automóvil sería convenientemente acoplado al chasis de acero. Saldría de la planta en forma de coche de color rojo, asignado ya a la familia de Greeneville, en Tennessee, que lo tenía pedido. El color -rojo manzana acaramelada, se precisó- lo eligieron en honor a Candace Denton, que acababa de darle a su esposo, Pierce, su primer hijo, después de las gemelas que tuvo tres años antes. Sería el primer coche nuevo que tuviera el joven matrimonio, y un regalo con el que el marido pretendía agradecerle su amor a la esposa. La verdad es que no se lo podían permitir. Pero se trataba de amor y no de dinero, y estaba seguro de que, de un modo u otro, podría pagarlo.

Al día siguiente, cargaron el coche en un semitrailer para el breve trayecto hasta el distribuidor de Knoxville, que recibió un télex de la planta de montaje en el que se le anunciaba que el coche iba de camino, y llamó inmediatamente a mister Denton para darle la buena noticia.

El papeleo tardaría sólo un día y, aunque con una semana de retraso -causa de la gran demanda de Crestas-, entregarían el coche totalmente revisado, con placas de matrícula provisionales, y asegurado. Y con un depósito lleno de gasolina que sellaba un destino de-cidido por una multiplicidad de factores.

LIbrodot

7. Catalizador

No ayudaba precisamente mucho hacerlo de noche. Pese a lo potentes que eran, y a que había docenas, los focos eran un pálido reflejo de lo que el sol daba gratis. La luz artificial proyectaba extrañas sombras, que parecían complacerse en estar siempre en los lugares más inoportunos; y por si ello no bastase, los hombres proyectaban, al pasar, sus propias sombras, distrayendo su mirada de la importante tarea.

Cada uno de los cohetes SS-19/H-II iba en su cápsula. Los planos de construcción de la cápsula -que aquí llamaban «capullo»- acompañaban a los planos de los propios misiles, aunque casi por casualidad. Al fin y al cabo, la empresa japonesa pagó por los planos, y como estaban en el mismo cajón, pues allá que fueron. Fue una suerte, pensaba el ingeniero supervisor, ya que, por lo visto, a nadie se le ocurrió pedirlos.

El SS-19 fue concebido como misil balístico intercontinental, un arma de guerra, y como lo diseñaron los rusos, se concibió para que pudieran manejarlo, sin muchas contemplaciones, unos soldados de reemplazo muy mal preparados. En esto, reconocía el ingeniero, los rusos mostraron un talento digno de emulación. Sus compatriotas tendían a excesivas complicaciones técnicas que, a menudo, requerían una delicadeza en el manejo que se daba de narices con los brutales propósitos del artefacto. Obligados a construir armas capaces de resistir la crudeza de los elementos ambientales y humanos, los rusos les construyeron a sus cohetes unos contenedores a prueba de todo. Servían tanto para el transporte como para introducirlos en el silo. De esta manera, los operarios podían instalar los cables y tomas en la planta, introducir el cohete en su cápsula y enviarlo a la base. Una vez allí, los soldados sólo tendrían que elevarlo y hacerlo descender después hasta el interior del silo. Luego, un equipo de tres hombres mejor preparados, conectaría la red externa a las tomas del sistema telemétrico.

Aunque no fuese tan sencillo como introducir un cargador en un rifle, era el sistema de instalación de ICBM más práctico que se hubiese concebido jamás. Hasta tal punto era así que los americanos lo copiaron para sus misiles MX Peacekeeper, desmantelados en virtud de los acuerdos de desarme.

El «capullo» permitía manejar el misil sin temor, porque todos los puntos de tensión tenían un «contacto duro» con la estructura interna. Se parecía bastante al exoesqueleto de un insecto. Esto era necesario, pues, por más impresionante que fuese el aspecto del misil, en realidad era tan delicado como el más fino tejido. La base de la cápsula se ajustaba, como «enchufada», a una plataforma articulada, lo que le permitía rotar verticalmente y descender después hasta quedar en la posición prevista.

Pese a la mala iluminación, estas operaciones se realizaron en noventa minutos. Eso era, exactamente, lo que el manual soviético pedía a sus hombres. Nada mal.

En este caso, la dotación del silo la formaban cinco hombres, que conectaron tres cables eléctricos y cuatro tubos que mantendrían la presión del gas en los depósitos de combustible y oxidante (porque aún estaban vacíos y necesitaban presión para que no se dañase su estructura interna).

En el bunker de control, situado a seiscientos metros de distancia, en la ladera nordeste del valle, los tres hombres de su dotación comprobaron que los instrumentos internos «encajaban» perfectamente. No era en absoluto sorprendente, pero satisfacía comprobarlo. Seguros ya de ello, llamaron al teléfono adyacente a la entrada del silo, cuya dotación dio la señal para que el tren se retirase. La locomotora diesel volvería a situar la batea en el ramal de enlace y regresaría a la boca del silo con otro misil. Aquella noche instalarían dos, y otros tantos en las cuatro noches siguientes, hasta completar los diez que podía albergar el silo. El personal de dirección se maravillaba de lo bien que había ido todo, aunque también se decían

que por qué iba a ser de otro modo. Era una operación sumamente sencilla, al fin y al cabo. Y sin al fin y al cabo.

Sin embargo, también sabían que el mundo no tardaría en ser un lugar muy distinto, precisamente a causa de lo que acababan de hacer. El cielo no cambió de color ni tembló la tierra, como en el curso de los preparativos supusieron que sucedería. Y no sabían si sentirse decepcionados o exultantes ante aquel giro de los acontecimientos.

-En nuestra opinión debería adoptar una línea más dura con ellos -dijo Goto en el santuario del despacho del primer ministro.

-¿Y por qué? -preguntó éste, pese a saberlo perfectamente.

-Tratan de aplastarnos. Tratan de castigarnos por nuestra eficiencia, por trabajar mejor, por lograr niveles de productividad superiores a los que sus perezosos obreros están dispuestos a alcanzar.

El jefe de la oposición reservaba la firmeza de su tono para sus alocuciones públicas. En privado, con el jefe del gobierno de su país, hacía gala de una impecable cortesía, lo que no impedía que maniobrase a fondo para sustituir a aquel hombre débil e indeciso.

-No ha de ser forzosamente así, Goto-san. Sabe tan bien como yo que últimamente hemos consolidado nuestra posición en arroz, automóviles y ordenadores. Ellos nos hacen concesiones a nosotros, y no a la inversa.

El primer ministro se preguntaba qué se propondría Goto. En parte lo sabía, claro está. Goto maniobraba con su tosquedad acostumbrada para reagrupar a varias facciones de la Dieta. El primer ministro tenía una precaria mayoría en la Cámara, y la razón de que su gobierno optase por la línea dura, en cuestiones comerciales, era para aplacar a aquellos que no le concedieron su voto. Se trataba, en general, de independientes y de diputados de pequeños partidos cuya alianza de conveniencia con el gobierno desorbitaba su poder hasta el punto de «ser la cola la que movía al perro», pues sabían que de ellos dependía la gobernabilidad. A este tenor, el primer ministro realizaba el peligroso ejercicio de pasar por la maroma sin red. Por un lado, debía contentar a sus diversos aliados políticos; y por otro, no podía indisponer al país con aquel con el que más comerciaba. Era, además, un fatigoso ejercicio, sobre todo ante «espectadores» como Goto, que miraba desde abajo y lo abucheaba, para ver si lograba ponerlo nervioso y hacerlo caer.

Como si usted pudiese hacerlo mejor, pensaba el primer ministro, que, amablemente, le sirvió más té a Goto. El jefe de la oposición se lo agradeció con una cortés inclinación de cabeza.

El problema básico, lo entendía el primer ministro mejor que Goto. Japón no era, en ningún aspecto, una auténtica democracia. A semejanza de los Estados Unidos en el siglo XIX, el gobierno era, de facto si no de jure, una especie de fachada oficial de la empresa nacional. El país lo gobernaba, en realidad, un puñado de empresarios -no más de treinta, e incluso menos de una veintena, según se los calibrase-. Aunque sus empresas y sus ejecutivos pareciesen enzarzados en una feroz competencia, en realidad eran socios. La interrelación con la banca, la presencia en consejos de administración de grandes grupos y la simple relación entre ellos tejía una densa urdimbre de alianzas. Raro era el parlamentario que no escuchase con la mayor atención a un representante de los zaibatsu (grandes monopolios). Y más raro era todavía que a un miembro de la Dieta se le concediese audiencia personal con un zaibatsu. En tal caso, el elegido por las urnas salía del despacho exultante por su buena fortuna, ya que los zaibatsu eran muy eficaces en el suministro de lo que todo político necesitaba: financiación. Como consecuencia de ello, su palabra era ley. Y esto, a su vez, resultaba en el Parlamento más corrupto del mundo. O acaso no fuese «corrupto» el término adecuado, se decía el primer ministro. Servil, quizá. El ciudadano de a pie solía indignarse por lo que veía; por lo que algunos valerosos periodistas proclamaban, casi siempre en unos términos que aunque a los occidentales les pareciesen tibios y claudicantes, en el contexto de la sociedad japonesa eran tan virulentos como los panfletos que Emile Zola hacía circular por París. El ciudadano de a pie, sin embargo, carecía del poder efectivo de que gozaban los zaibatsu, y los

intentos de reforma del sistema político resultaban vanos. Como consecuencia de ello, el gobierno de una de las más poderosas economías del mundo se había convertido en poco más que en «órgano oficial» de empresarios a quienes nadie eligió y a quienes sus accionistas conocían sólo de vista. Que ellos dispusieron su acceso a la jefatura del ejecutivo, lo sabía el primer ministro perfectamente. ¿Como quien le echa un hueso al populacho?, se preguntaba. ¿Lo hicieron porque confiaban en que fracasase? ¿Era ése el destino que le fabricaron? ¿Que fracasase para que, después, el ciudadano que depositó su confianza en él aceptase la vuelta a lo de siempre?

Este temor lo empujó a adoptar, frente a los Estados Unidos, unas posturas que sabía peligrosas. Y ni aun así les parecía bastante a los zaibatsu.

-Eso opinarán muchos -admitió Goto con la más exquisita cortesía-. Y su valentía le honra. Lamentablemente, las condiciones objetivas son lesivas para nuestro país. El cambio del dólar con respecto al yen, sin ir más lejos, ha tenido efectos devastadores en nuestras inversiones en el extranjero, y esto sólo puede haber sido consecuencia de una deliberada medida política por parte de nuestros estimados «socios» comerciales.

Había algo raro en aquella actitud, se dijo el primer ministro, Sus palabras parecían dictadas. Pero ¿dictadas por quién? Bueno, la verdad es que era bastante obvio. El primer ministro se preguntaba si Goto sabría que su situación era más precaria que la del hombre que aspiraba a sustituir. Probablemente no, aunque ése era un magro con-suelo. Si Goto accedía al cargo, estaría aún más hipotecado por sus amos. Se vería empujado a adoptar medidas políticas que podían no ser convenientes. Y, contrariamente a él, Goto podía ser lo bastante estúpido como para creer que adoptaba sabias medidas por propia iniciativa. ¿Hasta cuándo iba a durar el espejismo?

Era peligroso hacerlo tan a menudo. Christopher Cook lo sabía bien. ¿A menudo? Bueno, más o menos una vez al mes. ¿Era eso a menudo? Cook era un miembro de la Secretaría de Estado, no un agente de los Servicios de Inteligencia. Y no había leído «el manual», en el supuesto de que existiera.

La hospitalidad era tan impresionante como siempre. Buena comida, buen vino y exquisita puesta en escena. Una tranquila charla que empezaba con corteses y absolutamente estereotipadas preguntas interesándose por la familia, por su afición al golf y por su opinión sobre temas de actualidad, más o menos intrascendentes. Y sí, hacía buen tiempo en aquella época del año (que era lo que, invariable-mente, decía Seiji). No era del todo incierto, pues el otoño y la primavera en Washington eran bastante agradables. El bochorno del caluroso verano y la malsana humedad del lluvioso invierno ya eran otra cosa.

Resultaba tedioso, incluso para un diplomático de carrera versado en naderías. Hacía tanto tiempo que Nagumo estaba en Washington que se había quedado sin nada original que decir. Llevaba unos meses de lo más repetitivo. ¿Y por qué habría de ser distinto a cualquier otro diplomático del mundo?, se dijo Cook justo cuando estaba a punto de llevarse una buena sorpresa.

-Tengo entendido que han llegado ustedes a un importante acuerdo con los rusos -comentó Nagumo cuando retiraban ya los platos de la cena.

-¿A qué se refiere? -preguntó Cook, que creyó que no sería más que otra bobada.

-Por lo visto, aceleran ustedes el desmantelamiento de ICBM -dijo Seiji, tras tomar un sorbo de vino.

-Está usted bien informado -dijo Cook, tan sorprendido de que se plantease un tema sustancial que estuvo a punto de orillarlo-. Tema delicado.

-Sin duda. Aunque no deja de ser maravilloso, ¿no cree? -dijo Seiji, que alzó su copa en amistoso brindis, al que Cook correspondió complacido.

-Ya lo creo que sí -admitió el funcionario de la Secretaría de Estado-. Como sabe usted, ha sido un objetivo de la política exterior de mi país, desde finales de los cuarenta, ya en tiempos

de Bernard Baruch, si la memoria no me es infiel, eliminar las armas de destrucción masiva por el peligro que representan para la raza humana. Como usted bien sabe...

-Lo sé mejor de lo que usted pueda imaginar, Christopher -lo atajó sorprendentemente Nagumo-. Mi abuelo vivía en Nagasaki. Era maquinista de la base naval que hubo allí. Sobrevivió a la bomba... No así su esposa, lamento decirle. Y en cuanto a él... sufrió graves quemaduras en el subsiguiente incendio. Todavía recuerdo sus cicatrices. Aquello aceleró su muerte.

Fue una carta hábilmente jugada, sobre todo porque era mentira.

-No lo sabía, Seiji. Lo siento -dijo Cook con sinceridad.

En resumidas cuentas, el objeto de la diplomacia era evitar la guerra y, caso de no lograrlo, procurar que fuese lo menos sangrienta posible.

-De manera que, como puede usted imaginar, estoy bastante interesado en la definitiva liquidación de esos horribles artefactos -dijo Nagumo, que llenó la copa de Cook con el excelente chardonnay que tan bien regó la cena.

-Su información es bastante exacta. No se me informa de estas cuestiones, como comprenderá, pero he captado algunas cosas en el comedor.

Cook lo dijo así para darle a entender a su amigo que comía en la séptima planta del edificio de la Secretaría de Estado y no en el snack-bar, como otros funcionarios menos importantes.

-Le confesaré que tengo un interés personal. El día que se desmantele el último, lo voy a celebrar por todo lo alto, y ofrendaré plegarias por el alma de mi abuelo, para asegurarle que no murió en vano. ¿Tiene idea de cuándo llegará ese día, Christopher?

-Exactamente no. Se lleva con mucho sigilo.

-¿Y por qué? -preguntó Nagumo-. No lo comprendo.

-Bueno, porque supongo que el presidente querrá capitalizarlo. A Roger le gusta salir, de vez en cuando, en los medios informativos con golpes de efecto, sobre todo con año de elecciones en el horizonte.

-Claro. Entiendo -dijo Seiji-. Es decir, que no es, en el fondo, una cuestión de seguridad nacional -añadió como si tal cosa. Cook reflexionó unos momentos antes de contestar. -Pues... no. Supongo que, en el fondo, como usted dice, no. No cabe duda de que nos aporta mayor seguridad, aunque tengo la impresión de que tal como se enfoca... resulta todo bastante tibio.

-En tal caso, ¿podría pedirle un favor?

-Diga usted, a ver.

Cook se hallaba bien dispuesto, no sólo por el efecto del vino y de la compañía sino porque hacía meses que le proporcionaba información comercial a Nagumo.

-Sólo como un favor personal, ¿podría averiguar la fecha exacta en que será desmantelado el último misil? Quiero organizar una ceremonia solemne, y requiere tiempo.

Cook estuvo a punto de decir: Lo siento, Seiji, pero esto es, técnicamente hablando, un asunto de seguridad nacional, y nunca hablé de proporcionarle esta clase de información.

Ante aquella inesperada petición, afloró una dubitativa expresión de la cara de póquer propia del diplomático. Trataba de organizar rápidamente sus ideas en presencia de su amigo. Desde hacía tres años y medio hablaba de cuestiones comerciales con Nagumo. De vez en cuando, obtuvo información útil que le sirvió para ascender hasta su actual cargo. A cambio, él reveló también información, porque... ¿Por qué? En parte, porque estaba harto de un trabajo tan penoso y tan poco reconocido, y porque un antiguo colega le comentó una vez que, con la experiencia acumulada a lo largo de quince años al servicio del Estado, podía pasarse a la empresa privada como asesor o alto ejecutivo. ¡Qué puñeta! Que aquello no era espionaje en contra de su país ni nada parecido. No era más que negocio.

¿Y lo que ahora le preguntaba? ¿Sería espionaje?, se decía Cook. Los misiles no apuntaban a Japón, ni nunca apuntaron. En realidad, si la prensa no mentía, no apuntaban a ninguna parte (sólo al puro centro del océano Atlántico, en donde su destructivo efecto sería absolutamente nulo). A nadie perjudicaba. Y a nadie le servía tampoco de nada, salvo en términos

presupuestarios; algo muy secundario para todos aquellos a quienes pudiera importar. De manera que no, no había allí ningún factor que comprometiese la seguridad nacional. ¿Por qué no iba a proporcionar entonces la información?

-De acuerdo, Seiji. Me hago cargo. Veré qué puedo averiguar.

-Gracias, Christopher -dijo Nagumo sonriente-. Mis antepasados se lo agradecerán. Será un gran día para todo el mundo, amigo mío, y merece celebrarse cumplidamente.

En muchos deportes a esto se le llamaba una asistencia. No existía equivalente en el espionaje.

-Yo también lo creo -dijo Cook tras considerarlo unos instantes. Nunca se le ocurrió pensar que el primer paso, más allá de la invisible línea que él mismo trazó, fuese tan asombrosamente fácil.

-Me siento honrado -dijo Yamata con un alarde de humildad-. Afortunado ha de considerarse el hombre que tiene amigos tan sabios y sensatos.

-Es usted quien nos honra -dijo uno de los banqueros, por devolverle la cortesía.

-¿Acaso no somos compañeros? ¿Acaso no servimos todos a nuestro país, a nuestro pueblo, a nuestra cultura, con igual devoción? Usted, Ichiki-san, ¡cuánto no ha apuntalado! Como todos -declamó, dirigiendo un ademán en derredor de la pulida mesa-. Sin pedir a cambio más que la oportunidad de ayudar a nuestro país, para hacerlo de nuevo grande, como, en realidad, hacemos ya -añadió Yamata-. ¿En qué puedo ayudarlos, amigos míos?

Yamata aguardó con apacible expresión a que le dijesen lo que ya sabía. Sus más estrechos colaboradores, cuya identidad no era realmente conocida por los otros diecinueve, estaban sentados a la mesa. La expresión de sus rostros era todo un poema, de pura ansiedad. Tal era la habilidad de Yamata para ocultar su pensamiento. El ambiente era tan tenso que se podía palpar, y oler. Desprendía un olor tan fuerte como el de los extranjeros.

Casi imperceptiblemente, todas las miradas se centraron en

Matsuda-san. Muchos de ellos incluso pensaron que sus dificultades sorprenderían a Yamata. Aunque la convocatoria de la reunión tuvo, por fuerza, que despertar en él la suficiente curiosidad como para movilizar, de inmediato, a su formidable equipo de informadores. El director de uno de los más grandes conglomerados industriales del mundo tomó la palabra y se dirigió a los presentes con aplomo y dignidad, aunque también con tristeza. Explicó, detalladamente, que las circunstancias que provocaron sus problemas de liquidez no fueron, por supuesto, consecuencia de una mala gestión.

La empresa se dedicó, al principio, a la construcción naval y se introdujo después en los sectores inmobiliario y de la electrónica de uso doméstico. Matsuda accedió a la presidencia de la compañía a mediados de los 80, y repartió entre sus accionistas unos dividendos que éstos no hubiesen podido siquiera soñar.

Matsuda se extendió en el relato de su propia historia sin que Yamata se impacientase lo más mínimo. En definitiva, le favorecía que todos oyesen, de sus propios labios, la relación de los éxitos de la empresa. De la similitud de los éxitos de cada uno de ellos asomaría un similar miedo a la catástrofe. Si aquel cretino quiso convertirse en uno de los grandes de la industria cinematográfica de Hollywood, mandando a hacer puñetas un dineral a cambio de apenas cincuenta hectáreas en Melrose Boulevard, y de un trozo de papel que lo autorizaba a hacer películas, pues..., bueno, él se lo había buscado.

-Pasma la falta de ética y de honorabilidad de esa gente -dijo Matsuda.

De haberlo oído un sacerdote católico en el confesionario, no hubiese sabido si el pecador refería sus pecados o se lamentaba de su mala suerte. Era como si hubiese utilizado aquellos dos mil millones de dólares para encender la chimenea.

«Ya se lo advertí», pudo haber dicho Yamata... si se lo hubiese advertido. No lo hizo. A pesar de que sus asesores financieros (americanos en aquel caso concreto) estudiaron, a conciencia, la misma operación y se la desaconsejaron de manera tajante.

-¿Cómo iba usted a imaginar algo así? -dijo Yamata con cara de preocupación-. Con todas las garantías que se le dieron, y lo sólidas que eran las que usted dio. Por lo visto, para ellos no cuenta la ética comercial -añadió, a la vez que miraba en derredor como si contabilizase los asentimientos-. No creo que ninguna persona razonable pueda reprocharle a usted nada, Matsuda-san.

-Muchos sí me lo reprocharán -replicó Matsuda, con una actitud que sus compañeros consideraron muy valerosa.

-Pues yo no, amigo mío. ¿Hay entre nosotros alguien más honorable y sagaz que usted? ¿Alguien que haya servido a su empresa con mayor dedicación? -exclamó Raizo Yamata, que meneó la cabeza afligido.

-Lo más preocupante, amigos -terció uno de los banqueros presentes- es que todos podríamos correr la misma suerte.

Porque era su banco el que cargó con todo el papel de las propiedades inmobiliarias de Matsuda, tanto en Japón como en los Estados Unidos Si el grupo Matsuda se hundía, las reservas del banco descenderían hasta peligrosos niveles. Aunque el banco pudiese superar el hundimiento del grupo, tanto en términos reales como teóricos, el problema radicaba en que bastaría con que se diese a entender que sus reservas eran inferiores a lo que de verdad eran para provocar el desastre de la entidad. Y tal idea podía deslizarla fácilmente la prensa, a través de la mala interpretación de un reportero. Tan desorientador reportaje -o rumor- provocaría una masiva retirada de depósitos, convirtiendo en real lo que no lo era. El dinero retirado iría a parar, por supuesto, a otra entidad -era demasiado para guardarlo en el colchón-. El colega de la banca se lo prestaría al banquero en dificultades para tratar de salvarlo. Pero si se producía una segunda oleada de retirada de depósitos (algo perfectamente posible), se iría todo al garete.

Lo que nadie decía y lo que en realidad nadie se detuvo a pensar, es que todos los que se encontraban en aquella estancia desencadenaron ellos mismos la crisis, al embarcarse en operaciones que no sopesaron adecuadamente. Era una ceguera que afectaba a todos, o a casi todos, se decía Yamata.

-El problema básico es que los cimientos económicos de nuestro país no se asientan en la firme roca sino en la arena -dijo Yamata con un talante un tanto filosófico-. Por más débiles y estúpidos que sean los americanos, la suerte les proporcionó cosas de las que nosotros carecemos. Y como consecuencia de ello, por más inteligente que sea nuestro pueblo, siempre estaremos en desventaja.

Ya lo expresó así en otras ocasiones, pero era la primera vez que notaba que se lo tomaban en serio, y tuvo que recurrir a todo el dominio de sí mismo para no refocilarse. En lugar de ello, volvió a los recursos retóricos con mayor énfasis aún que en anteriores prédicas. Posó la mirada en uno de los que siempre se mostró en desacuerdo con él.

-¿Recuerda lo que dijo acerca de que nuestra verdadera fuerza radica en la diligencia de los obreros y en el talento de los diseñadores? Pues tenía usted razón, amigo mío. Constituye de verdad una fortaleza. Más aún: una fortaleza que los americanos no poseen en nuestra misma medida. Sin embargo, comoquiera que la caprichosa fortuna les sonrió a los gaijin, pueden anular la ventaja que les llevamos. Supieron convertir su buena suerte en poder; y poder es lo que a nosotros nos falta.

Yamata hizo una pausa. Miró escrutadoramente a los presentes y calibró su receptividad. Aunque hubiese nacido y se hubiese criado en el seno de una cultura tan protocolaria, tenía que ser más directo y poner las cartas boca arriba. Era el momento. Estaba seguro.

-Aunque, en realidad, no es así -prosiguió Yamata-. Ellos eligieron ese camino, y nosotros no. Y de no ser por lo que es, ahora tendríamos que pagar las consecuencias de nuestra equivocación.

-¿De no ser por lo que es? -exclamó uno, que se hizo intérprete de los demás.

-Es a nosotros a quienes sonríe ahora la suerte. Y ante nosotros se abre el camino que conduce a la grandeza nacional. En nuestras manos está hacer de la necesidad virtud.

Hacía quince años que esperaba aquel momento, pensó Yamata. Aunque, en realidad, se dijo también, mientras aguardaba a la reacción, lo esperaba desde hacía toda una vida. Desde que en febrero de 1944, con sólo diez años, fue el único miembro de su familia que subió a bordo del barco que lo llevó desde Saipan a las islas mayores. Aún se recordaba asomado a la barandilla, mientras sus padres y sus hermanos menores lo despedían desde el muelle.

Raizo fue muy valiente y se tragó las lágrimas, tan convencido como sólo puede estarlo un niño de que los volvería a ver como de que nunca más los vería.

Los americanos los mataron a todos. Borraron a su familia de la faz de la Tierra. Los indujeron a quitarse la vida, a lanzarse desde el borde del acantilado al insaciable mar. Porque, con uniforme o sin él, los japoneses no eran sino animales para los americanos. Yamata recordaba los partes de guerra que la radio difundía. Que las Aguilas Salvajes del Kido Butai habían aplastado a la flota americana. Que los invencibles soldados del emperador habían echado al mar a los odiados marines americanos. Que les habían hecho una auténtica carnicería en los montes de la isla, reconquistada a los alemanes tras la primera guerra mundial.

Ya entonces comprendía lo vano que resulta obligar a fingir que cree uno las mentiras. Porque mentiras debían de ser, pese a las confortadoras palabras de su tío. Sin embargo, poco tardaron los partes de la radio en tomar otro cariz. Las victorias sobre los americanos se producían cada vez más cerca de casa. Sintió una incontenible rabia al saber que su extenso y poderoso país había sido incapaz de frenar a los bárbaros; de impedir los bombardeos -primero de día y luego de noche-; los incendios que, una a una, destruían las ciudades; el anaranjado resplandor en el cielo de la noche, a veces cerca y otras lejos. Y de nuevo las mentiras de su tío, que trataba de explicárselo; la expresión de alivio que vio en la cara de aquel hombre cuando todo hubo terminado. Un alivio que, tras perder a su familia, Raizo Yamata nunca compartió.

La primera vez que vio a un americano, un pelirrojo altísimo, de piel muy blanca y pecoso, que le dio unas palmaditas en la cabeza con el cariñoso talante de quien acaricia a un perro, se familiarizó con el aspecto del enemigo.

No fue Matsuda quien se hizo portavoz de la reacción general. No podía serlo. Debía de ser uno cuya empresa siguiese aún muy fuerte, o lo pareciese. Tenía que ser, también, alguno de los que siempre estuvo en desacuerdo con Yamata. La regla era tan importante como tácita, y aunque las miradas pareciesen impasibles, los pensamientos no paraban.

Uno de los presentes miró a su taza de té semivacía -no era noche para alcohol- y sopesó su propio destino. No alzó la vista porque temía ver idénticas miradas alrededor de aquella lacada mesa negra.

-¿Cómo podríamos lograr lo que propone, Yamata-san?

-¿No irá de cachondeo? -exclamó Chávez.

Lo dijo en ruso. En Monterrey no debían de hablar inglés, y aún no había aprendido expresiones tan coloquiales en japonés.

-Catorce agentes -repuso el teniente Oleg Yurievich. El retirado agente del KGB lo dijo en un tono aséptico, sin hacerle la menor concesión a su orgullo.

-¿Y no reactivaron su red? -preguntó Clark sin salir de su asombro.

-No pudieron -contestó Lyalin, que sonrió y se dio con el índice en la sien-. CARDO la creé yo. Y se convirtió en mi seguro de vida.

No iba de cachondeo, no, estuvo a punto de exclamar Clark. Que Ryan hubiese conseguido sacarlo con vida era casi milagroso. A Lyalin lo juzgaron por traición, tan sumariamente como solía lograr el KGB que se hiciese. Llegó a estar en la celda de los condenados a muerte y conocía el procedimiento de memoria. Le dijeron que la ejecución tendría lugar una semana después, y lo condujeron al despacho del alcaide de la prisión. Le informaron de su derecho, como ciudadano soviético, a pedirle directamente el indulto al presidente, y lo invitaron a

escribir una carta de su puño y letra a tal fin. Los más ingenuos hubiesen creído en la autenticidad del gesto. Pero Lyalin sabía que no era así en absoluto. La idea era hacer menos penosa la ejecución. En cuanto sellasen la carta, lo devolverían a su celda. El verdugo irrumpiría por sorpresa de una puerta lateral, le pondría la pistola en la sien y dispararía. No fue de extrañar que le temblase la mano con la que cogía el bolígrafo, ni que se le doblasen las piernas cuando lo sacaron. Oleg Yurievich recordaba su asombro al ver que después de cumplido el ritual y de devolverlo a su celda del sótano, le ordenaban que recogiese todas sus cosas y siguiese a un funcionario. Más le sorprendió aún que, de nuevo, lo llevasen al despacho del alcaide. Al entrar, vio a una persona que sólo podía ser un ciudadano americano, tan sonriente y trajeado, ajeno a la retorcida despedida que el KGB le organizó a su traidor oficial.

-Yo me hubiese meado en los pantalones -dijo Chávez, que se estremeció al oír el final de la historia.

-En eso tuve suerte -dijo Lyalin sonriente-. Acababa de mear cuando me sacaron de la celda. Mi familia me aguardaba en Sheremetievo. Era uno de los últimos vuelos de la Pan Am.

-¡La trompa que debiste de agarrar en el avión! -exclamó Clark.

-Para qué te cuento -asintió Oleg.

Lo que no le contó es que no dejó de temblar, ni de vomitar, durante el largo vuelo hasta el aeropuerto internacional John Fitzgerald Kennedy de Nueva York, ni que luego le pidió al taxista cruzar toda la ciudad para asegurarse de que su increíble sueño de libertad se había hecho realidad.

Ding llenó el vaso de su preceptor. Lyalin trataba de dejar de beber licores fuertes y se contentó con una Coors Light.

-Me las he visto de todos los colores, továrich, pero ésa debió de ser de aúpa.

-Como que me retiré. ¿Dónde aprendiste ruso tan bien, Domingo Estebánovich?

-Es que el chico tiene un talento innato, ¿no te parece? -comentó Clark-. Sobre todo para el argot.

-Eh, un momento. Que yo leo, eh, sepa usted. Y siempre que puedo pongo la televisión rusa en la oficina de la central. ¿Dónde está el misterio?

Chávez dijo la última frase en inglés, pues, que él supiera, no existía en ruso semejante eufemismo.

-El misterio está en que tienes de verdad mucho talento, mi joven amigo -dijo el teniente Lyalin a la vez que alzaba el vaso.

Chávez agradeció el cumplido. Ni siquiera tenía el bachillerato al entrar en el Ejército, sin hacerse ilusiones de que fuese a pasar de soldado raso para convertirse en técnico en misiles. Se alegraba de haber dado aquel paso, de haber llegado a la Universidad George Mason y de estar a punto de conseguir su master. Se maravillaba de la suerte que tuvo, y se preguntaba que cuántos otros chicos de su barrio no hubiesen conseguido lo mismo, de haberles sonreído la fortuna como a él.

-¿Sabe entonces mistress Foley que dejaste una red detrás?

-Sí, pero todos sus contactos japoneses deben de estar en otra parte. No creo que hubiese tratado de reactivarla sin decírmelo. Además, sólo actuarían si se les plantea del modo adecuado. Clark soltó un taco, también en inglés (que sólo jura uno en su propio idioma). Aquello ponía de manifiesto, una vez más, que la CIA se fiaba más de la parafernalia electrónica que de la inteligencia humana. Y la electrónica era útil, desde luego, pero no lo era todo, como creían muchos burócratas. De los quince mil hombres de la CIA, unos cuatrocientos cincuenta eran activistas, de asfalto o de matorral, por así decirlo; y hablaban con la gente y trataban de saber cómo pensaba, en lugar de especular de oídas sobre chorradas y, a lo sumo, leer artículos de prensa.

-A veces me pregunto cómo ganamos aquella jodida guerra. -Los Estados Unidos se esforzaron lo suyo por no ganarla, pero la Unión Soviética se esforzó aún más -dijo Lyalin-.

CARDO se dedicaba, básicamente, a obtener información comercial. Les robamos muchos diseños y técnicas a los japoneses. Sin embargo, su país tiene por norma no utilizar los servicios de inteligencia para estos cometidos. Aunque conviene puntualizarlo.

-¿En qué sentido, Oleg? -preguntó Chávez a la vez que abría otra Coors.

-Pues que no hay, en realidad, diferencia, Domingo. Sus compañeros... Durante meses traté de explicárselo. El verdadero gobierno es allí el negocio. Sus parlamentarios y sus ministros son «la leyenda», la maskirovka de los imperios comerciales.

-Pues, en tal caso, hay por lo menos un gobierno en el mundo que sabe cómo se hace un buen coche -dijo Chávez riendo.

Porque desistió de comprar el Corvette de sus sueños (que el condenado costaba un ojo de la cara) y se conformó con un Z, que era casi igual de fardón y costaba la mitad. Pero, ay, iba a tener que cambiarlo, se decía Ding. Que un joven que va a casarse ha de parecer más respetable y juicioso, ¿verdad?

-Niet. A ver si lo entiendes: la oposición no es lo que tu país cree que es. ¿Por qué crees que tenéis tantos problemas para negociar con ellos? Yo lo descubrí pronto, y el KGB lo comprendió en seguida.

No podría ser de otro modo, se dijo Clark, asintiendo con la cabeza. Que no en vano la teoría comunista lo tenía «previsto». Hay que joderse. ¿Lo diría en broma, no?

-¿Y qué nota sacó? -preguntó Clark en tono irónico.

-Excelente -le aseguró Lyalin-. En su cultura, se sienten ofendidos con mucha facilidad, pero les resulta muy difícil replicar. Ocultan su indignación. De manera que todo lo que ha de hacer uno es condolerse con ellos.

Clark asintió de nuevo. Este tío es todo un profesional, pensó. Catorce agentes bien situados, cuyos nombres, direcciones y números de teléfono conservaba en su cabeza. Como era de esperar, en Langley nadie se preocupó de aprovechar la red, a causa de ese estúpido paquete de normas éticas impuesto a la CIA por los abogados del Estado -funcionarios de una especie que brotaba como cizaña dondequiera que mirases, como si hubiese algo que, en rigor, pudiera considerarse ético en las actuaciones de la CIA-. Joder. ¿Acaso no raptaron él y Ding a Corp? En aras de la justicia, por supuesto. De haberlo llevado ante un tribunal de EE. UU., en lugar de dejárselo a sus compatriotas, algún abogado defensor de mucho postín y mucha ética, que sin duda actuaría pro bono -obstruyendo gratuitamente la justicia, más bien, se decía Clark-, habría perorado hasta el delirio -primero ante las cámaras y después ante doce hombres (y mujeres) con piedad-acerca de que aquel patriota no hizo sino resistirse a la invasión de su país, etcétera.

-Una interesante debilidad -señaló juiciosamente Chávez-. En el fondo, la gente es igual en todas partes, ¿no?

-Los mismos perros con diferentes collares -sentenció Lyalin, más maestrillo que nunca.

La original observación fue su mejor lección del día.

La más común de las lamentaciones humanas es, sin duda, ¡Si lo llego a saber! Pero no podemos saberlo, claro está. Y la muerte y el fuego surgen, a menudo, de una manera no muy distinta a como surgen el afecto y el amor.

Pierce Denton preparaba el coche para el viaje a Nashville. No era una operación trivial. Las dos gemelas iban en sillas de seguridad en la parte de atrás del Cresta y, entre ambas, una silla más pequeña para Matthew, el hermanito nuevo de trinca. Las dos gemelas, Jessica y Jeanine, tenían tres años y medio, después de sobrevivir a haberlo «tenido todo» por partida doble (sus padres, más que ellas) y de su paralela iniciación a la experiencia de andar y hablar. Ahora, con idénticos vestiditos cortos, de color púrpura, y leotardos blancos, dejaron que papi y mami las cargasen en sus sillas. Luego le tocó a Matthew, que no paraba de protestar ni de moverse. Ambas sabían que la vibración del coche lo volvería a dormir (lo que más le gustaba, aparte de mamar). Era un gran día. De fin de semana a casa de la abuela.

Pierce Denton, de veintisiete años, era agente de policía en Greeneville, un pequeño municipio de Tennessee. Aún iba a la escuela nocturna para terminar sus estudios universitarios, aunque no tuviese más ambición que la de sacar adelante a su familia y vivir apaciblemente en las frondosas montañas. Allí podía ir uno a pescar y a cazar con los amigos, participar en los desenfadados oficios religiosos de la capilla y, en líneas generales, llevar una vida tan feliz como quepa desear. Su trabajo no lo sometía a tanta tensión como a sus colegas de otros lugares. En Greeneville había problemas, como en cualquier otra ciudad americana, aunque muchos menos de los que veía por televisión o leía en revistas y boletines del cuerpo que circulaban por la comisaría.

A las ocho y cuarto de la mañana, maniobró en su apacible calle y enfiló hacia la nacional 11E. Estaba descansado y despejado. Sus dos primeros cafés del día le habían quitado ya las telarañas de los ojos tras una tranquila noche (tan tranquila como pudiera serlo con un mamoncete durmiendo en el mismo dormitorio, entre él y su esposa Candace). Al cabo de quince minutos, cogió la autopista interestatal 81, en dirección sur, con el sol a su espalda.

El tráfico era bastante fluído aquel sábado por la mañana y, a diferencia de la mayoría de los policías, Denton no corría (por lo menos si iba con la familia). Iba tranquilo, ligeramente por encima del límite de velocidad de 110 km/h, por el simple placer de burlar la ley... sólo un poquito. La autopista 81 era una típica interestatal norteamericana, ancha y con buen firme, aunque caracolease, en sentido suroeste, al cruzar la cordillera en la que los colonizadores europeos situaron sus primeros enclaves al adentrarse hacia el oeste. En New Market, la I-81 desembocaba en la I-40 y Denton se unió al tráfico que, en dirección oeste, iba hacia Carolina del Norte. Pronto llegaría a Knoxville. Vio por el retrovisor que sus dos hijas ya dormitaban y oyó que Matthew también. A su derecha, Candy Denton iba adormecida. El niño no dominaba aún la técnica de dormir toda la noche, algo que tenía mártir a su madre. Llevaba sin dormir seis horas de un tirón desde... Pues desde antes de nacer Matt, se dijo Pierce. Su esposa era menuda, y los últimos meses de embarazo castigaban mucho a su pequeño cuerpo.

Candy iba con la cabeza apoyada en el cristal de la ventanilla. Trataba de acumular todo el sueño que pudiera, antes de que Matthew se despertase y proclamase su renovado apetito. Aunque, con un poco de suerte, quizá no se despertase hasta llegar a Nashville.

La única parte complicada del trayecto, si cabía calificarla así, estaba en Knoxville, una ciudad de tamaño medio que, en su mayor parte, se extendía en la orilla norte del Tennessee. Era lo bastante grande como para tener un cinturón de ronda, que Denton evitó para ir más directamente hacia el oeste, por el centro.

Hacía buen tiempo, para variar. Habían tenido seis semanas de continuas tormentas de nieve y heladas. En Greeneville agotaron el presupuesto para sal y de horas extras para los empleados municipales. Pierce Denton tuvo que levantar atestados de, por lo menos, cincuenta accidentes menores y dos graves. La noche anterior, no tuvo tiempo ni para llevar a lavar su reluciente Cresta. La brillante pintura estaba manchada de sal. Y menos mal que el coche llevaba un revestimiento de protección, en la cara inferior de la carrocería, como «opción estándar». Su venerable furgoneta no la tenía y estaba hecha polvo de puro oxidada, aunque aún siguiera en el garaje de casa. Además, parecía un cochecito estupendo. Un poco más de espacio para estirar las piernas hubiese sido de agradecer. Aunque el coche no era suyo sino de ella, que no necesitaba para nada más espacio. Era un automóvil más ligero que su coche-patrulla y sólo la mitad de potente. Esto hacía que produjese más vibración, mitigada por los amortiguadores, pero perceptible. Bueno, pensaba Denton, así mece a los críos.

Debía de haber nevado aún más por allí, se dijo. En el centro de su carril, la sal formaba lo que parecía un sendero arenoso. Era una lata que tuviesen que echar tanta, porque los coches se estropeaban. Sin embargo, Denton estaba convencido de que aquél no, pues se leyó de punta a cabo todas las características antes de decidir regalarle a Candy el Cresta rojo.

Las montañas que cruzan, diagonalmente, esta parte de América se llaman Great Smokies, nombre que, según la tradición local, les puso el mismísimo Daniel Boone, En realidad, no eran sino un sector de una misma cordillera, que discurría desde Georgia hasta más allá de Maine, y que cambiaba de nombre tanto como de estado. La humedad de los numerosos lagos, ríos y arroyos, unida a las condiciones atmosféricas, producía niebla durante todo el año.

A Will Snyder, de la Pilot Lines, le tocó trabajar en sábado, algo que les salía muy a cuenta a los camioneros del sindicato. El trailer Fruehauf, enganchado a su Kenworth diesel, iba atestado de rollos de alfombras de una fábrica de Carolina del Norte. Dejaría su carga a un mayorista de Memphis. Snyder era un conductor muy experto. No le importaba trabajar en sábado porque se cobraba bastante más. La temporada de rugby ya había terminado y aún no estaba el tiempo como para salir de campo. Además, podía estar perfectamente en casa a la hora de la cena. El tráfico era escaso durante aquel fin de semana invernal.

Voy muy bien de tiempo, se dijo, al girar hacia la derecha, para coger una curva que se adentraba en un valle.

«¡Vaya!», musitó para sí. La niebla de casi siempre, junto a la salida norte de la Route 95, la que pasaba por los Laboratorios Nacionales de Oak Ridge. Había un par de puertos problemáticos en la I-40, y aquél era uno. «Maldita niebla.»

Había dos maneras de bajarlo. Unos optaban por frenar lo justo, para economizar combustible, o, sencillamente, porque no les gustaba ir demasiado despacio. Snyder no. Era un buen profesional, que veía mucho camión destrozado en la cuneta todas las semanas. De manera que redujo de inmediato, antes de que la visibilidad fuese inferior a cien metros. Su enorme trasto tardaba lo suyo en detenerse. Sabía de un camionero que dejó a un cochecillo japonés como un papel de fumar, y a su anciano conductor. Su tiempo no valía tanto, ni mucho menos. De manera que, con toda la prudencia del mundo, maniobró como debía y encendió las largas.

Pierce Denton ladeó la cabeza, contrariado. Era otro Cresta, el fardón C99 que, hasta el momento, sólo fabricaban en Japón. Era negro, con una franja lateral roja. Lo adelantó como una flecha a más de 130 km/h, calculó su avezado ojo. En Greeneville, eso habría significado una multa de cien dólares y una fuerte reprimenda del juez Tom Anders. ¿De dónde habrían salido aquellas dos? Ni siquiera las vio por el retrovisor. Placas de matrícula provisionales. Eran dos jovencitas. Probablemente, una habría acabado de sacarse el carné y su padre le habría comprado el coche. Quizá invitó a su amiga para demostrarle en qué consistía en América la verdadera libertad, pensaba el agente Denton; libertad para cometer imprudencias y ganarse una multa en su primer día en la carretera. Pero aquélla no era su jurisdicción. Ya tenía aquel estado sus agentes. Lo de siempre, pensó, meneando la cabeza: habla que te habla y sin apenas mirar a la carretera. Mejor que fuesen por delante y no por detrás.

«¡Dios!», musitó Snyder. Por lo que oyó una vez en una zona de descanso, la gente de por allí le echaba la culpa a «los locos» de Oak Ridge. Fuese cual fuese la razón, la visibilidad se redujo, súbitamente, a menos de treinta metros. Mal asunto. Apagó las largas, encendió los faros intermitentes de emergencia y redujo aún más la velocidad. Nunca había hecho el cálculo exacto. Aunque, con lo que pesaba su trailer, necesitaba más de veinte metros para detenerse a 50 km/h; siempre y cuando la carretera estuviese seca, que no era el caso. Claro que, por otro lado... No. Nada de correr riesgos, se dijo. Redujo la velocidad a 30 km/h. De manera que tardó media hora en bajar. Los camioneros conocían bien aquel puerto de la I-40. Siempre decían que era mejor perder el tiempo que la reducción de prima del seguro. Cuando creyó tenerlo todo controlado, el camionero conectó la radio para avisar a los demás compañeros.

LIbrodot

Era como estar dentro de una pelota de ping-pong, les dijo por el canal-19. Estaba concentrado con sus cinco sentidos, sin dejar de mirar hacia aquella masa blanca de vapor de agua, mientras lo imprevisible se acercaba por detrás.

La niebla los pilló totalmente por sorpresa. Denton lo adivinó: Nora Dunn había cumplido los dieciséis hacía ocho días, hacía tres que tenía el carné de conducir provisional, y llevaba apenas 80 km con su reluciente C99. Por lo pronto, eligió un tramo de carretera amplio y en buen estado para ver cuánto corría; que no en vano era tan joven como su amiga, que así se lo pidió. Con el radiocasete a todo volumen, y haciendo observaciones sexuales acerca de sus compañeros de instituto, Nora apenas miraba a la carretera. Que no era tan difícil llevar el coche entre la línea continua de la derecha y la punteada del centro. Además, por el retrovisor no veía a nadie. Tener coche propio era mejor que otro ligue, porque ellos siempre se empeñaban en conducir, como si toda una mujer no supiera manejar un coche.

Nora cambió de expresión al reducirse considerablemente la visibilidad, aunque no podía precisar a cuánto. Levantó el pie del acelerador y renunció a seguir a 140 km/h. El coche perdió velocidad, vio que por detrás no venía nadie y dedujo que por delante tampoco. En la escuela de conducción le enseñaron todo lo que necesitaba saber, pero, al igual que en el instituto, en unas clases estuvo atenta y en otras no. Lo importante lo aprendería con la experiencia. Sin embargo, la experiencia era una maestra a la que aún no conocía del todo, y cuyo listón estaba demasiado alto para ella, de momento.

No es que no viese las luces del trailer Fruehauf sino que no estaba familiarizada con la carretera. Las luces ambarinas podían ser las de un semáforo. Aunque en la mayoría de autopistas interestatales no los hubiese, llevaba demasiado poco tiempo al volante para saberlo. De todas maneras, aunque hubiese identificado correctamente las luces, no habría ganado más que un segundo. Cuando vio la sombra gris y cuadrada era demasiado tarde. Sólo había reducido la velocidad hasta 110 km/h, y como el trailer iba a 30 km/h, fue como embestir una mole de treinta toneladas en reposo a una velocidad de 75 km/h.

Era un estrépito que encogía el corazón. Will Snyder lo había oído otras veces. Le recordó un cargamento de barriles de aluminio, llenos de cerveza, que se estampara contra una apisonadora; el estridente impacto de la carrocería de un coche aplastada por la velocidad, la masa y las leyes de la física, que no aprendió en el instituto sino por experiencia.

El impacto en la parte trasera izquierda del trailer hizo que la parte delantera de aquel gigante de doce metros se ladease hacia la derecha. Por fortuna, iba tan despacio que pudo controlar el vehículo y detenerlo en seguida. Al mirar hacia atrás, hacia la izquierda, vio los restos de aquel nuevo modelo japonés tan bonito que quería su hermano. Lo primero que pensó, no muy acertadamente, fue que aquellos coches eran demasiado pequeños para ser seguros, como si hubiese importado mucho, dadas las circunstancias. Salvo por el lado izquierdo, todo el morro quedó destrozado y la carrocería como un acordeón. Luego reparó en que, en lugar de parabrisas, había una mancha roja.

«¡Dios mío!»

Amy Rice estaba muerta, a pesar del impecable funcionamiento del airbag de su lado. La velocidad a la que se produjo la colisión incrustó la parte derecha del coche bajo el trailer, en donde el robusto parachoques trasero, diseñado para no desportillar los bordillos de los muelles de carga, segó la carrocería como una sierra mecánica. Nora Dunn estaba aún con vida, aunque inconsciente. Su Cresta C99 era un «siniestro total». El bloque de aluminio del motor reventó y el chasis se desencajó cosa de medio metro. Lo peor era que el depósito de combustible, dañado ya por la corrosión, quedó entre un amasijo de hierros retorcidos, y perdía.

Snyder vio que el depósito derramaba gasolina. Como tenía su motor en marcha, retiró rápidamente el camión hacia el arcén, y saltó con su extintor. No llegar a tiempo le salvó la vida.

-¿Qué pasa, Jeanine?

-Jessica! -lo corrigió la niña, que no comprendía que ni siquiera su padre las distinguiese.

-Bueno. ¿Qué pasa, Jessica? -dijo su padre con una paciente sonrisa.

-¡Que huele mucho! -dijo la niña con una risita.

-Vale -dijo Pierce Denton, que dejó escapar un suspiro de resignación.

Al ladear la cabeza y alargar la mano, para zarandear ligeramente el hombro de su esposa, vio la niebla y levantó el pie del acelerador. -¿Qué pasa, cariño?

-Matt, que se ha quedado a gusto.

-Vale... -dijo Candace, que se desabrochó el cinturón de seguridad y se giró.

-Siento que tengas que cargar con eso ahora, Candy -le dijo cariñosamente él, que miró hacia atrás en el momento más inoportuno.
El coche se desvió un poco hacia la derecha mientras él trataba de seguir atento a la autopista y al interior del nuevo coche de su esposa.

-¡Mierda!

Instintivamente, trató de maniobrar hacia la izquierda. Estaba demasiado desplazado hacia la derecha. Se percató de ello incluso antes de completar el giro del volante. Frenar tampoco sirvió de nada. Las ruedas traseras patinaron sobre el resbaladizo firme, el coche dio un bandazo y fue a estrellarse contra... otro Cresta (lo llegó a ver). Su último pensamiento coherente fue: ¿No será el mismo que...?

Pese a ser de color rojo, Snyder no lo vio hasta que la colisión era ya inevitable. El camionero estaba aún a unos siete metros. Corría con el extintor en brazos, como un jugador de rugby.

A Denton no le dio tiempo ni a exclamar ¡Dios! Su primera impresión fue que la colisión no había sido tan grave. A causa de la inercia, su esposa estaba encasquetada en el acordeón del morro, y eso pintaba mal. Gracias a Dios, los niños iban seguros en los asientos de atrás, y...

El factor decisivo que puso fin a cinco vidas fue la corrosión. El depósito del combustible, al igual que el del C99, no fue bien galvanizado, estuvo expuesto a la sal en su travesía del Pacífico y, más aún, por las empinadas cuestas del este de Tennessee. Los puntos de soldadura del depósito eran especialmente vulnerables y se resquebrajaron a causa del impacto. La distorsión del chasis hizo que el de-pósito arrastrase por la áspera superficie de cemento. El revestimiento, que no llegó a quedar plenamente adherido en fábrica, se desprendió de inmediato, otra parte metálica quedó al descubierto y, con el roce, produjo la chispa que prendió la gasolina y la inflamó al instante.

El intenso calor de la bola de fuego disipó un poco la niebla. Se produjo un resplandor tan brillante que hizo que cundiese el pánico entre los automovilistas que se acercaban, y que se detuviesen a ambos lados de la autopista. Esto provocó una triple colisión, a unos cien metros, en los carriles que iban hacia el este. No fue grave y varias personas salieron de sus vehículos para auxiliar a los accidentados. El calor hizo que prendiese también la gasolina del depósito del coche de Nora Dunn, que quedó envuelta en llamas y murió. Por suerte para ella, no llegó a recobrar el conocimiento, a pesar del aparatoso rugido de las mortales llamas que la devoraron.

Will Snyder estaba lo suficientemente cerca como para ver los cinco rostros del Cresta que se le vino encima. El de la madre y el del bebé los recordaría el resto de su vida. Ella quedó incrustada entre los asientos delanteros, con el niño en brazos, la cabeza ladeada hacia la muerte y los ojos clavados en los del camionero. El súbito incendio fue una horrenda sorpresa. Snyder se acercó, pese a ello, aunque sin correr. La puerta trasera izquierda del Cresta rojo se abrió y eso le daba una oportunidad. De momento, las llamas estaban casi exclusivamente en el lado izquierdo del siniestrado automóvil. Empuñó el extintor como si fuera un arma y corrió hacia las llamas que reptaban bajo el depósito del Cresta rojo.

Disponía sólo de unos instantes para actuar, para sacar a la única de las tres criaturas que podía sobrevivir a aquel infierno. Las llamas ya habían prendido en las ropas de Snyder. Le abrasaban el rostro mientras los guantes protegían las manos que rociaban el asiento trasero. El refrigerante efecto del CO, del extintor, que retardaba el fuego, salvaría una vida y la suya propia. Buscó al bebé entre la nube de vapor de agua y las amarillentas capas, pero no lo vio. La niña que iba en la silla de la izquierda gritaba de pánico y de dolor, allí mismo, delante de él. Con la protección de los guantes, soltó la cromada hebilla y logró sacar a la pequeña, aunque tuvo que romperle el brazo. Snyder sacudía las piernas para tratar de librarse de las llamas. Había nieve acumulada justo al lado del contracarril y se echó encima. Se quitó la ropa, hecha una pura brasa. Luego, impregnó a la niña con aquel barrillo saturado de sal para poder quitarle también la ropa.

El camionero tenía el rostro congestionado por un dolor que no era sino pálido anticipo de lo inevitable. No quiso mirar. Oía los gritos a su espalda. Volver al coche en llamas habría sido un suicidio. y mirar podía inducirle a hacerlo. En lugar de ello, bajó la vista hacia Jessica Denton, que tenía el rostro ennegrecido y la respiración entrecortada. Snyder rezaba para que la policía y una ambulancia apareciesen en seguida. Cuando al fin llegaron, al cabo de quince minutos, tanto él como la niña sufrían un fuerte shock traumático.

8. Envío urgente

Entre que el día fue parco en noticias y la proximidad de una ciudad, los medios informativos prestaron bastante atención al accidente. El número de víctimas y su edad hicieron que el interés fuese aún mayor. Uno de los canales locales de televisión de Knoxville tenía un acuerdo con la CNN y, a mediodía, lo ocurrido fue la principal noticia del telediario de la gran cadena. Una unidad móvil le dio a un joven reportero local la oportunidad de incluir en su currículum un reportaje de alcance nacional (no quería quedarse siempre en Knoxville) y, al disiparse la niebla, las cámaras pudieron captar nítidas imágenes del lugar del siniestro.

«¡Joder!», musitó Ryan en la cocina de su casa. Era uno de los raros sábados que Jack se tomaba libre, para almorzar con la familia. Pensaba llevarlos por la tarde a misa, a la capilla de St. Mary, y pasar también en casa el domingo por la mañana. Al ver el siniestro dejó el sandwich en el plato.

Acudieron tres coches de bomberos y cuatro ambulancias. Dos seguían allí, con su cruda presencia; su dotación, al lado. El camión del fondo estaba casi intacto, sin más desperfecto que el parachoques un poco torcido. El primer plano era más elocuente. Dos amasijos de hierros retorcidos y ennegrecidos por el fuego, Las puertas abiertas no dejaban ver más que un oscuro y vacío interior. Habría unos doce agentes de uniforme, muy rígidos, con los labios apretados, sin hablar ni bromear como en otros accidentes menores. Jack reparó entonces en que uno de los agentes le hacía una observación a un compañero. Ambos menearon la cabeza y miraron al pavimento, a unos diez metros del reportero que repetía la misma cantinela, por enésima vez, a lo largo de su carrera. Niebla. Exceso de velocidad. Ambos depósitos. Seis

muertos: un matrimonio, dos de sus hijos y dos adolescentes. Desde la interestatal 40, en las afueras de Oak Ridge, Tennessee, les habló Bob Wright. Y luego la publicidad.

Jack siguió con su almuerzo, reprimiendo otro comentario sobre la iniquidad de la vida cotidiana. De ahí no pasó, claro, ni para interesarse más por el accidente ni para hacer nada especial. Aún no tenía ninguna razón para ello.

Los coches rezumaban agua, allí a quinientos kilómetros de la bahía de Chesapeake. Los voluntarios del cuerpo de bomberos se creyeron en la necesidad de empaparlo todo. Aunque, nada más llegar, se percatasen de que todo era inútil para los ocupantes. El fotógrafo del forense sacó tres rollos en color; primeros planos de las víctimas con la boca abierta, para demostrar que murieron gritando. El sargento Thad Nicholson iba al mando de los agentes que llegaron al lugar del siniestro. Era un experto policía de tráfico, con veinte años de experiencia en accidentes de automóvil. Llegó a tiempo de ver retirar los cuerpos. El revólver reglamentario de Pierce Denton había caído a la calzada. Esto lo identificó como compañero del cuerpo, antes de que las rutinarias comprobaciones de la matrícula, por ordenador, lo confirmasen oficialmente. Dos jovencitos, dos niños y sus padres. Nunca acababa uno de acostumbrarse. El sargento Nicholson estaba horrorizado. La muerte era terrible, ya de por sí, pero morir de aquella manera... ¿Cómo podía permitirlo Dios? Dos niñitos... Pues ya ves... Lo había permitido, y no había más. Es decir, sí: ponerse a trabajar en el atestado.

Menuda broma. Porque es que el accidente se las traía. Los automóviles muy raramente se incendian, sean cuales sean las circunstancias que concurran. Y aquel accidente, si sus expertos ojos no le engañaban, no tuvo por qué ser tan grave. Ciertamente, se produjo una inevitable fatalidad en la colisión (la chica del primer Cresta, que iba en el asiento «de la muerte», como llamaban algunos al contiguo al del conductor, que resultó prácticamente decapitada). Pero el resto no tenía por qué haber muerto; no había obvias razones. El primer Cresta embistió por detrás al camión a no más de 75 km/h de velocidad diferencial (considerando la de ambos vehículos). El doble air-bag funcionó y uno de ellos debió de haberle salvado la vida al conductor del primer Cresta. El segundo chocó con el primero con un ángulo de treinta grados. Cómo se habría despistado así aquel condenado policía, pensó Nicholson. La esposa no llevaba abrochado el cinturón. Probablemente, estaría atendiendo a los críos y pudo distraer al marido. Son cosas que ocurren; y ya no había remedio.

De las seis víctimas, una murió a causa de la colisión y las otras cinco del fuego. Y eso no tenía por qué haber ocurrido. Los coches no se incendian así como así. De manera que Nicholson ordenó a sus hombres que volviesen a cortar aquel tramo al tráfico. Que situasen un control a cosa de un kilómetro, en la interestatal, para que los tres vehículos pudiesen permanecer un poco más de tiempo allí. A través de la radio de su coche, pidió que acudiesen más inspectores de la brigada de accidentes de Nashville, y recomendó que se informase a la oficina local de la Asociación Nacional de Seguridad en el Transporte. Dio la coincidencia que una de las empleadas de la oficina local vivía cerca de Oak Ridge. La ingeniera Rebecca Upton llegó al lugar del accidente treinta minutos después de que la llamase la empleada. Era una ingeniera mecánica, licenciada por la cercana Universidad de Tennessee. Había pasado toda la mañana estudiando para su examen de prácticas. Se enfundó el mono oficial, nuevo de trinca, y fue a recorrer el lugar del siniestro. Mientras tanto, los empleados de la grúa municipal aguardaban impacientes (llegaron antes ellos que los agentes de la brigada de atestados de Nashville).

Rebecca Upton tenía veinticuatro años, y era menuda y pelirroja. Salió de debajo del Cresta, que fue rojo, con su pecoso rostro tiznado y sus verdes ojos llorosos, a causa de los vapores de la gasolina. El sargento Nicholson le tendió un vasito de plástico con café que le dio un bombero.

-¿Qué opina usted? -le dijo Nicholson, que se preguntó si tendría idea de algo.

Daba la impresión de que sí, pensó el sargento. Y no le importaba mancharse la ropa (un síntoma prometedor).

-Los dos depósitos -dijo ella-. Uno reventado. El otro, aplastado a causa del impacto, y desprendido. ¿A qué velocidad?

-¿La colisión, se refiere? -dijo Nicholson meneando la cabeza-. Pues no vaya a creer. No corrían mucho. Así a ojo, entre sesenta y cinco y ochenta kilómetros por hora.

-Creo que tiene usted razón. De acuerdo a las características del material, estos depósitos debían haber resistido la colisión -dijo ella, a la vez que aceptaba un pañuelo de papel y se limpiaba el rostro-. Gracias, sargento -añadió.

Rebecca Upton tomó un sorbo de café y volvió a mirar a los siniestrados coches con expresión reflexiva.

-¿Qué piensa? -le preguntó Nicholson.

-Pues que seis personas...

-Cinco -dijo el sargento-. El camionero ha salvado a una niña.

-Ah, no lo sabía. No tenía que haber ocurrido. No había causas suficientes. Ha sido una colisión a menos de cien kilómetros por hora, sin ningún factor especial, desde el punto de vista dinámico. Apostaría a que hay algo defectuoso en el diseño del coche. ¿Adónde los llevan? -preguntó en un tono muy profesional.

-¿Los coches? A Nashville. Puedo retenerlos en el aparcamiento de la comisaría, si usted quiere.

-Estupendo -dijo ella-. Llamaré a mi jefe. Probablemente iniciemos una investigación oficial. ¿Tendrán algún inconveniente los hombres de su brigada?

Nunca había hecho aquello, aunque sabía por su manual que tenía autoridad para iniciar una investigación en nombre de la Asociación Nacional de Seguridad en el Transporte. La Asociación, muy conocida por su intervención en el análisis de los accidentes aéreos, se ocupaba también de los accidentes de ferrocarril y de carretera en los que concurriesen circunstancias menos habituales. Tenía autoridad para recabar la colaboración de las secciones de tráfico de los distintos estados, al objeto de que le proporcionasen datos.

Nicholson participó una vez en una investigación similar.

-El capitán le proporcionará toda la información que precise usted.

-Gracias -dijo Rebecca Upton, que le hubiese sonreído de no ser por las circunstancias-. ¿Dónde están los supervivientes? Tendremos que hablar con ellos.

-La ambulancia los ha llevado a Knoxville. Es muy probable que los trasladen por avión a Shriners.

Nicholson lo dijo porque sabía que aquél era un hospital que tenía una formidable unidad de quemados.

-¿Necesita algo más? -añadió el sargento-. Hay que despejar la autopista.

-Tengan cuidado con esos vehículos. Debemos...

-Los trataremos como si fuesen pruebas judiciales -le aseguró el sargento, con una paternal sonrisa, a la inteligente jovencita.

Profesionalmente, no podía considerarlo un mal día, se dijo Rebecca Upton. Aunque, ni por un momento, se olvidase de las víctimas ni de su horrible muerte, aquél era su trabajo; y su primer servicio importante desde que ingresó en Transportes. Volvió a su coche (un Nissan), se quitó el mono y se puso su cazadora del uniforme. No abrigaba mucho. Pero por primera vez desde que ingresó en el cuerpo, se sintió parte de un equipo que hacía una labor que merecía la pena. Y deseaba que todos supiesen quién era y en qué trabajaba.

-Hola -la saludó un reportero de televisión, muy sonriente.

-¿Qué desea? -dijo ella con acritud, decidida a adoptar un talante tan profesional como oficial.

-¿Puede decirnos algo? -le preguntó el reportero, sin acercarle el micrófono.

Tampoco el cámara grabó nada, pese a estar al lado.

-Sólo confidencialmente -contestó Becky Upton tras reflexionar un instante.

-Bueno.

-Depósitos de gasolina defectuosos. Eso es lo que ha matado a esas personas.

-¿Y es algo infrecuente?

-Muchísimo. Se va a abrir una investigación oficial. No tenía que haber sucedido esto en absoluto.

-Por supuesto que no -convino Wright, que miró el reloj.

Diez minutos después estaría en directo desde la unidad móvil y, en esta ocasión, tendría algo nuevo que contar, que siempre venía bien.

El reportero se alejó con la cabeza gacha. Rumiaba nuevos comentarios para su amplia audiencia. Menudo notición: Transportes abriría una investigación, acerca del modelo que Motor Trend eligió «Coche del Año», por un defecto de fabricación potencialmente mortal. Aquellas personas no debieron haber muerto. A ver si ahora podía el cámara acercarse más. Quizá pudiera sacar un primer plano de las carbonizadas sillas, en las que iban los niños en la parte trasera del otro coche. Buen material.

Ed y Mary Patricia Foley se hallaban en su oficina, en el último piso del cuartel general de la CIA. Su inusual estatus era el responsable de unos pequeños problemas arquitectónicos y organizativos de la CIA. Mary Pat era la subdirectora de Operaciones, la primera mujer que accedía a tan alto cargo en el más importante cuerpo de los servicios de inteligencia del país. Experta activista, que se encontraba entre los agentes que durante más tiempo y mejor sirvió, era, por así decirlo, la audaz cabeza de familia del mejor matrimonio de espías que tuvo nunca el espionaje americano. Su marido, Ed, era menos brillante, pero mejor planificador. Y sus características se complementaban muy bien en términos táctico-estratégicos.

Mary Pat en seguida se agenció a Ed como ayudante ejecutivo, En realidad, hacía funciones de adjunto. Y, bien junto, que no en vano se hicieron abrir una puerta en la pared del despacho de Mary Pat. Así podían pasar de uno a otro despacho sin necesidad de rodear por secretaría. Entre los dos controlaban sus menguados efectivos.

Su relación profesional era tan estrecha como unido su matrimonio, pese al nivel de compromiso que esto último implicaba. El resultado era la mejor Dirección de Operaciones que la CIA tuvo en muchos años.

-Necesitamos un nombre, cariño.

-¿Qué tal BOMBERO?

-¿Y por qué no CAZAFUEGOS?

-Muy masculinos los dos.

-Bueno, según Lyalin, progresan mucho con la lengua. -Lo justo para pedir el almuerzo y encontrar el cuarto de baño. ¿Qué te apuestas a que hablan japonés con acento ruso?

Dominar aquella lengua no era un desdeñable ejercicio intelectual. A ambos se les encendió la lucecita al mismo tiempo.

-¿Tapaderas?

-Claro... -dijo Mary Pat casi echándose a reír-. ¿A quién crees que le va a importar?

Era ilegal que los agentes de la CIA adoptasen como tapadera la identidad de periodistas. De periodistas americanos, entiéndase bien. No obstante, la norma había sido modificada hacía poco a instancias de Ed. Adujo que muchos de los agentes que reclutaban eran periodistas del Tercer Mundo. Como los dos agentes destinados a aquella operación hablaban perfectamente ruso, podían hacerlos pasar por periodistas rusos. Era una violación del espíritu de la norma, que no de la letra. Que también Ed Foley tenía sus momentos de audacia en aquel paso a dos.

-Ya -dijo Mary Pat-. Clark quiere saber si nos gustaría que intentase reactivar CARDO.

-Para eso tendríamos que hablar con Ryan, o con el presidente -señaló Ed, que, a diferencia de ella, volvía a su talante habitual.

-En absoluto -le dijo Mary Pat-. Necesitamos autorización para utilizar la red, no para ver si sigue existiendo -añadió.

Siempre que daba en el clavo, una chispeante mirada adornaba sus ojos, de un intenso azul claro.

-Me parece que eso es arriesgar mucho -la advirtió Ed, aunque, bueno, ésa era una de las razones por las que la amaba-. Pero me gusta. De acuerdo, si nos limitamos a ver si la red aún existe.

-Menos mal. Ya me temía que iba a tener que leerte la cartilla, querido -le dijo ella, que sabía que a él no sólo no le importaba sino que aprovechaba para darle un buen repaso.

-Sólo si tienes la cena lista a su hora, Mary. Se cursará la orden el lunes.

-De camino a casa, tendremos que pasar por Giant a comprar pan.

Alan Trent, congresista por el estado de Massachusetts, se hallaba en Hartford, Connecticut. Se había tomado el sábado libre. Quería asistir al partido de baloncesto entre los equipos de las universidades de ambos estados que, aquella temporada, parecían firmes candidatos al título del campeonato de Nueva Inglaterra. Sin embargo, no podía desentenderse del trabajo. Dos de sus colaboradores iban con él y otro llegaría después con trabajo. Era más cómodo el hotel Sheraton, con-tiguo al pabellón deportivo Hartford Civic Arena, que su oficina. Estaba echado en la cama, rodeado de periódicos y de papeles -casi como Winston Churchill, pensó-, aunque sin el champaña al lado.

Sonó el teléfono de la mesilla de noche. Trent había aprendido a ignorar el sonido del teléfono, y no lo cogió, que para eso tenía a sus colaboradores.

-Es George Wylie, de la Deerfield Auto, Al.

Wylie era uno de los que más contribuía, económicamente, a las campañas políticas de Trent, y dueño de una importante empresa de la región. Por ambas razones, podía hacerse escuchar por Trent siempre que lo desease.

-¿Cómo puñeta ha averiguado que estoy aquí? -le preguntó Trent al techo al ponerse al teléfono-. Hola, George, ¿qué tal?

Los dos colaboradores de Trent vieron que su jefe dejaba a un lado el refresco y que se alcanzaba un cojín. El congresista tenía siempre a mano un bolígrafo y un bloc de hojas adhesivas. No era infrecuente verlo garabatear unas notas para sí mismo. Lo que no era habitual era verlo furioso.

Al Trent señaló al televisor.

-¡CNN!

La sincronización fue casi perfecta. Después de la publicidad que se emitía a aquella hora de máxima audiencia, y de una breve presentación, Trent fue otro de los teleadictos que vio el rostro de Bob Wright. Se trataba ahora de una grabación, convenientemente editada. Se veía a Rebecca Upton con su cazadora de la ANST y a los dos Crestas destrozados, que la grúa cargaba para retirarlos.

-Mierda -exclamó uno de sus colaboradores; el de más rango, por así decirlo.

-¿Los depósitos de combustible, dices? -preguntó Trent.

El congresista permaneció en silencio cosa de un minuto, mientras el industrial le refería los detalles.

-¡Qué hijos de puta! -espetó el congresista tras oírlos-. Gracias por prevenirme, George. Me ocuparé de ello.

Al Trent colgó y se incorporó en la cama.

-Ponte en contacto con la Comisión de Control de la ANST en Washington. He de hablar con esa chica ahora mismo. Nombre, teléfono, dónde está, ¡que la localicen de inmediato! Luego, llama a Transportes.

El congresista se puso a despachar correspondencia mientras sus colaboradores llamaban por teléfono. Como la mayoría de los miembros del Congreso, Trent tenía un cronómetro en

el cerebro. Ya hacía mucho que aprendió a distribuir su tiempo, y sus emociones, en compartimentos estancos. En seguida empezó a refunfuñar acerca de una enmienda; a un proyecto de ley de Interior sobre el Servicio Forestal Nacional. Escribía notas al margen con bolígrafo verde. Mal asunto. Eso quería decir que estaba furioso, aunque sus colaboradores repararon en que tenía el rojo sobre una hoja de papel del Estado en blanco. La combinación de pliego de papel de barba y bolígrafo rojo significaba que Trent estaba que se subía por las paredes.

Rebecca Upton iba en su Nissan. Seguía a la grúa, que se dirigía a Nashville, en donde supervisaría el almacenamiento de los carbonizados Crestas. Luego, se entrevistaría con el jefe de la oficina local, y cumplimentaría los requisitos formales para iniciar la investigación. Estaba segura de que iba a tener que rellenar un montón de impresos. Al ingeniero le extrañó que no le importara que le partiesen el fin de semana por la mitad.

Su empleo llevaba aparejado un teléfono móvil que, por sistema, utilizaba únicamente para asuntos oficiales y sólo si era absoluta-mente necesario (que llevaba la chica sólo diez meses como funcionaria). En su caso, esto significaba que los recibos, que la compañía le cobraba al Estado, no llegaban a la cuota mínima.

Nunca había sonado el teléfono en su coche, y se sobresaltó al oírlo.

-Diga -contestó, aunque se temía que se hubiesen equivocado de número.

-¿Rebecca Upton?

-Sí, ¿quién es?

-Es de parte del congresista Trent. No cuelgue -le dijo una voz de hombre.

-¿Qué? ¿Quién ha dicho?

-Oiga -dijo otra voz.

-¿Quién es?

-¿Es usted Rebecca Upton?

-Sí, yo soy Rebecca Upton. ¿Y usted quién es?

-Soy Alan Trent, miembro del Congreso por la comunidad de Massachusetts.

Como proclamaba, a la menor ocasión, todo funcionario elegido por tal jurisdicción, Massachusetts no era simplemente un «estado».

-La he localizado a través del centro de control de la ANST. Su supervisor es Michael Zimmer, y su número de Nashville es el...

-Vale, vale. Le creo. ¿Qué desea?

-Investiga usted acerca de un accidente ocurrido en la I-cuarenta, ¿no es así?

-Sí, señor.

-Quiero que me informe de lo que sepa.

-Verá usted... -dijo Upton, que aminoró la marcha para poder pensar-. En realidad, aún no hemos empezado, y no me es posible...

-Oiga, joven, no le pido conclusiones sino las razones por las que ha iniciado la investigación. Puedo colaborar. Si usted coopera, le prometo que la ministra de Transportes será convenientemente informada de su valía profesional. Es muy amiga mía. Trabajamos juntos en el Congreso durante diez o doce años.

Oh, pensó Rebecca Upton. Es incorrecto, contrario a la ética, probablemente también al reglamento, y hasta puede que engorde, revelar datos acerca de una investigación en curso de la ANST sobre un accidente. Por otra parte, la investigación aún no había empezado, ¿verdad que no? Y Upton quería hacerse notar y ascender, como cualquier hijo de vecino. Lo que no sabía era que su breve silencio fue casi como una imagen telepática para el otro usuario del circuito de telefonía móvil; y desde luego tampoco pudo ver la sonrisa del ocupante de la habitación del hotel de Hartford.

-Verá usted: en mi opinión, y en la de los agentes de la policía de tráfico, que acudieron al lugar del accidente, fueron los depósitos de combustible, de ambos coches, los que reventaron

y causaron el fatal incendio. Tras una primera inspección ocular, no se aprecian causas mecánicas que lo justifiquen. Por lo tanto, voy a recomendarle a mi supervisor iniciar una investigación para determinar las causas del accidente.

-¿Perdían ambos depósitos?

-Sí, señor. Más que perder. Reventaron.

-¿Puede decirme algo más? -dijo el congresista.

-De momento, no -repuso Upton, que hizo una pausa y se preguntó si el personaje en cuestión le hablaría de verdad de ella a la ministra-. Hay algo raro en todo esto, mister Trent. Verá usted: soy ingeniera y, aunque no sea mi especialidad, estudié ciencias positivas. La velocidad del impacto no justifica los efectos del siniestro. Hay normas que regulan la resistencia que deben tener los materiales con que se fabrican los automóviles y sus distintos elementos. Las circunstancias que se dieron en el accidente quedan muy por debajo de esos parámetros. Y los agentes de policía con quienes hablé opinan igual. Debemos hacer algunas pruebas para estar seguros, pero pienso que se confirmará. Siento no poder decirle nada más, por el momento.

Esta chica llegará, se dijo Trent en su habitación del hotel Sheraton de Hartford.

-Gracias, miss Upton. Les he dejado mi número en su oficina de Nashville. Llámeme, por favor, en cuanto llegue.

Después de colgar, Trent reflexionó durante cosa de un minuto y luego se dirigió al más joven de sus dos colaboradores.

-Llama a la ministra de Transportes y dile que esa chica es muy buena... O, no. Mejor me la pasas, que se lo diré yo. ¿Son buenos los del laboratorio de la ANST que hacen las pruebas científicas, Paul?

Se lo preguntó con un talante más churchilliano que nunca, como si proyectase el desembarco de Normandía. Pero, bueno, no. Que no era para tanto, se dijo Trent.

-Si, no son malos, aunque quizá la universidad...

-Ya -dijo Trent, que decidió hacer otra llamada y oprimió un botón del teclado de su teléfono, que seleccionó un número de la memoria.

-Buenas tardes, sir -dijo Bill Shaw a través de su altavoz, mirando a Dan Murray-. Por cierto, tendríamos que vernos con usted la próxima semana y...

-Necesito su ayuda, Bill.

-¿Qué clase de ayuda, sir?

El funcionariado electo era siempre «sir» o «madam», en el trato oficial, incluso para el director del FBI. Y, más aún, si el congresista en cuestión presidía la Comisión de Servicios de Inteligencia, además de ser miembro de la Comisión Judicial y de la Presupuestaria. Por si fuera poco, y a pesar de sus... excentricidades, Trent se había portado siempre como un buen amigo, y mostraba una actitud constructiva hacia el FBI. El fondo de la cuestión era más sencillo: su desempeño en las tres comisiones afectaba al FBI. Shaw lo escuchó y tomó algunas notas.

-El jefe de la oficina de Nashville es Bruce Cleary, pero necesitamos una solicitud formal de colaboración, por parte del Ministerio de Transportes, para poder... De acuerdo. Por supuesto. Aguardaré a que ella me llame. Encantado de poder ayudarlo, sir.

Nada más colgar, Bill Shaw alzó la vista y miró a Dan Murray. -¿Por qué demonios estará Al Trent tan preocupado por un accidente de automóvil ocurrido en Tennessee?

-¿Y a nosotros qué? -replicó Murray, más a lo práctico.

-Quiere que nuestro Laboratorio de Análisis colabore con los forenses de la ANST. ¿Quieres llamar a Bruce y decirle que destine al mejor experto que tenga? El jodido accidente ocurre esta mañana y Trent quiere resultados... ayer.

-¿Acaso nos ha dado el coñazo alguna vez?

-No -admitió Shaw-. Nunca. Supongo que nos conviene tenerlo a buenas. Estaré en la reunión con el presidente de la Comisión. Y vamos a hablar de la inmunidad parlamentaria de Kealty, ¿recuerdas?

Sonó el interfono de Bill Shaw.

-La ministra de Transportes por la tres, señor director.

-¡Joder con el tío! -exclamó Murray-. Menuda forma de chafarle el sábado por la tarde al personal.

Mientras el director atendía la llamada de la ministra, Murray se levantó y fue hacia el teléfono del otro lado del despacho.

-Póngame con la oficina de Nashville -dijo.

El Depósito Municipal, al que iban a parar coches robados o siniestrados, se hallaba en el mismo recinto que las instalaciones de mantenimiento del parque móvil de la Policía Estatal.

Rebecca Upton no había estado nunca allí, pero los empleados de la grúa sí y no le resultó difícil seguirlos. El agente de la entrada le dio las indicaciones -a voces- al primer conductor. Luego pasó el segundo y después la ingeniera de la ANST.

Llegaron a una explanada en la que sólo había seis automóviles -cuatro coches patrulla y dos coches de la policía camuflados- y unas diez personas con aspecto de jefazos. Allí estaba el supervisor de Upton. Hasta entonces no reparó ella en lo serio que se ponía aquel asunto.

En el edificio de mantenimiento había tres elevadores hidráulicos. Descargaron ambos Crestas junto a los elevadores y los empujaron hasta las plataformas de acero. Los alzaron los dos a la vez y permitieron que las personas que allí había (un grupo cada vez más nutrido) merodeasen mientras tanto por la explanada. Upton era, con mucho, la más bajita de la concurrencia. Tuvo que abrirse paso hasta primera fila para poderlo ver. Que era su investigación. O así lo creía ella, por lo menos.

Un fotógrafo empezó a tirar de rollo y Rebecca se fijó en que la cámara llevaba la inscripción «FBI» en letras amarillas. ¿A qué venía eso?

-Insuficiente resistencia del material -señaló un capitán de la Policía Estatal, jefe del Departamento de Investigación de Accidentes.

Varias de las personas que tenía en derredor otorgaron su conspicuo asentimiento.

-¿Quién tiene los mejores laboratorios de por aquí? -preguntó uno que vestía de sport.

-La Universidad Vanderbilt, por ejemplo, no estaría mal -aseguró Rebecca-. Y, mejor aún, los Laboratorios Nacionales de Oak Ridge.

-¿Es usted miss Upton? -dijo él-. Soy Bruce Cleary, del FBI.

-¿Y por qué está usted...?

-Voy donde me mandan, miss Upton -la atajó él sonriente-. La Dirección General de Transportes ha pedido nuestra ayuda para la investigación. Uno de nuestros expertos del Laboratorio de Análisis acaba de salir de Washington para acá.

Lo que no le dijo es que iba en un avión de la Dirección General de Transportes, nada menos. Ni él, ni nadie de su oficina, investigaron jamás acerca de un accidente de automóvil, pero lo ordenaba el mismísimo director del FBI. Y eso era todo lo que necesitaba saber.

Miss Upton se sintió, de pronto, como una mata en un robledal. Aunque también ella tenía un trabajo que hacer, ¿no?, y era la única experta que estuvo en el lugar del accidente. De manera que sacó una linterna del bolsillo y revisó, con el mayor detenimiento, el depósito del combustible. La sorprendió que le diesen tanta cancha. Pero no en vano se había decidido ya que fuese su nombre el que encabezase el informe oficial. La colaboración del FBI se presentaría como secundaria (un ejemplo de la rutinaria cooperación entre distintas instituciones: apoyo a la investigación emprendida por una joven miembro de la ANST, una joven e inteligente funcionaria entregada a su profesión).

Ella dirigiría el caso. El mérito sería de Rebecca Upton y el trabajo de los demás. Porque no se podía dar la impresión de que había allí un conchabamiento para un determinado fin, aunque eso fuese exactamente lo que era. Además, de ella fue la iniciativa que ponía en manos de los políticos tan lozanas brevas, y algunas semillitas había que echarle a la «gente menuda» (menuda gente).

Todos los hombres que tenía en derredor lo sabían, o empezaban a sospecharlo, aunque no todos acertaban a comprender el fondo de la cuestión. Lo que sí sabían era que un congresista había obtenido la inmediata atención de una ministra del gobierno y del director del más poderoso organismo independiente del Estado; y que quería rápidas actuaciones. Y que, por lo visto, le hacían caso.

Al mirar hacia los bajos de lo que hasta hacía pocas horas era un turismo familiar que iba a casa de la abuela, la causa del desastre no podía aparecer más clara. Todo lo que habría que hacer, pensaba el agente del FBI, era someter a análisis científico el destrozado depósito de combustible. Se lo encargarían a los Laboratorios Nacionales de Oak Ridge, a los que el FBI recurría a menudo. Esto requeriría la cooperación del Ministerio de Energía. Claro que si en menos de dos horas Al Trent había logrado movilizar a dos miembros del ejecutivo, ¿qué podía tardar en movilizar a un tercero?

No resultaba difícil seguir a Goto, aunque sí fatigoso, pensaba Nomuri. Era un sesentón de encomiable vigor y deseoso de parecer joven. Y siempre acudía allí, por lo menos tres veces por semana. Era la casa de té que Kazuo identificó -no por el nombre, pero lo suficientemente bien como para que Nomuri la reconociese, y pudiera luego confirmarlo-. Había visto a Goto y a Yamata entrar allí muchas veces; nunca juntos, aunque tampoco con más de cinco minutos de diferencia. Habría sido impropio que Yamata hiciese esperar mucho a Goto.

Yamata siempre salía primero y el otro se quedaba allí, por lo menos una hora y nunca más de dos. Deducción, se dijo Nomuri: reunión de negocios seguida de RyR (relajación y refocile); y las otras noches, sólo RyR. Cual en cinemática farsa, Goto se gastaba siempre un beatífico contoneo al dirigirse hacia el coche que lo aguardaba. Estaba claro que su chófer lo sabía (le abría la puerta, lo saludaba y sonreía maliciosamente al ponerse al volante). Casi siempre, Nomuri seguía el coche de Goto con discreción y con mucho cuidado, hasta que se le perdía entre el tráfico. Pero en las dos últimas ocasiones -y en otras tres, aisladas- lo siguió hasta casa. Estaba seguro de que después de sus citas se dirigía siempre allí.

Y, bien, ahora tendría que ocuparse de la otra mitad de su misión, por así decirlo. Durante los cuarenta minutos que tardó en aparecer, permaneció sentado en el interior del coche, bebiendo té.

Era Kimberley Norton. Nomuri tenía buena vista. La luz de las farolas le bastó para sacar unas rápidas fotos con su cámara, antes de salir del coche. La siguió desde la otra acera y evitó mirarla directamente. Se limitó a no perderla de vista, manteniéndola dentro de su campo de visión lateral. La vigilancia y la contravigilancia eran el abecé en la Granja. No era muy difícil y, además, la persona a seguir lo hacía aún más sencillo. Aunque no superase mucho la estatura media de las americanas, tenía una planta tan visible como su pelo rubio. En Los Ángeles, una joven bonita entre tantas otras no habría llamado la atención, se dijo Nomuri. Su manera de caminar no tenía nada especial, aunque se notase su adaptación al talante local. Sus andares eran recatados y cedía el paso a los hombres; justo al revés de lo que en América era tan habitual como casi de rigor. Debido a que la mayoría vestían a la occidental por la calle, tampoco su indumentaria se hacía notar. A Nomuri le había sorprendido comprobar que sólo una minoría vestía al modo tradicional del país.

Kimberley Norton enfiló por una bocacalle de la derecha. Nomuri la siguió a no más de setenta metros de distancia, como cualquier detective privado. ¿Qué clase de misión era ésa?, se preguntó el agente de la CIA.

-¿Rusos? -exclamó Ding.

-Periodistas independientes, nada menos. ¿Qué tal estás de taquigrafía? -dijo Clark, a la vez que releía el télex.

Mary Pat con otro ataque de agibílibus. Aunque, la verdad sea dicha, se le daba muy bien. Clark sospechaba, desde hacía tiempo, que la CIA tenía a alguien en la agencia de noticias Interfax de Moscú. Puede que incluso hubiese intervenido en la formación del equipo, porque, a menudo, era la mejor fuente de información política de Moscú. Que él supiese, aquélla era, no obstante, la primera vez que la CIA la utilizaba para transmitir un mensaje cifrado. La segunda página de las instrucciones era aún más interesante. Clark se la pasó a Lyalin sin hacer comentarios.

-Muy oportunos -dijo el ex ruso con una risa ahogada-. Y querrás nombres, direcciones y números de teléfono, ¿verdad? -No vendría mal, Oleg Yurievich.

-¿En serio, vamos a hacer de auténticos espías? -preguntó Chávez.

Sería la primera vez para él. Hasta entonces, tanto Ding como Clark se habían dedicado a operaciones paramilitares. Llevaban a cabo aquellas misiones que resultaban demasiado peligrosas, o inadecuadas, para los demás agentes.

-También yo llevo mucho tiempo al margen de estos entresijos, Ding. Y, por cierto, Oleg, ¿qué hablabas con los hombres de tu equipo?

-Siempre inglés -contestó Lyalin-. Oculté mi conocimiento del japonés. Así cacé más de una información. Creían poder hablar sin que yo me enterase.

Muy astuto, pensó Clark, tú allí con expresión bobalicona, fingiendo no entender nada, y ellos venga a largar. Clark y Chávez, en cambio, no fingirían lo más mínimo cuando pusiesen cara de tonto. Aunque, en definitiva, para su misión no necesitaban ser consumados espías. Para lo que tenían que hacer, estaban más que preparados, se dijo John. El martes saldrían hacia Corea.

En un nuevo episodio de la ejemplar colaboración entre instituciones, un helicóptero UH-1H de la Guardia Nacional de Tennessee trasladó a tres hombres, a Rebecca Upton y los depósitos de combustible a los Laboratorios Nacionales de Oak Ridge. Los depósitos iban envueltos en plástico transparente, sujetos con el cinturón a sendos asientos, como si de pasajeros se tratara.

La historia de Oak Ridge se remontaba a los primeros años 40, cuando participó en el «Manhattan Engineering Project», nombre cifrado del originario proyecto de la bomba atómica. Unos enormes edificios albergaban la maquinaria utilizada para separar el uranio de la pechblenda, y de otros minerales que lo contenían. Las instalaciones aún funcionaban, aunque muy remozadas y ampliadas con un helipuerto.

El «Huey», como le llamaban al modelo de helicóptero en cuestión, sobrevoló las instalaciones en círculo, para determinar los parámetros del viento, y luego descendió y se posó. Un centinela armado escoltó al grupo hacia el interior. Lo recibieron dos expertos de laboratorio (el propio ministro de Energía les ordenó acudir aquel sábado por la tarde) y uno de los jefes de los equipos científicos.

Los aspectos técnicos del caso se despacharon en menos de una hora. Las pruebas adicionales requerirían más tiempo. En el informe final de la ANST se abordarían temas tales como los relativos a los cinturones de seguridad, la eficacia de las sillas de seguridad para los niños que iban en el coche de Denton, cómo funcionó el airbag y otros factores. Pero todos sabían que lo importante, la causa de la muerte de cinco americanos, fue que el depósito de combustible de los Crestas se fabricó con un acero defectuosamente tratado, cuya corrosión redujo a 1/3 la resistencia del material. El borrador del informe lo mecanografiaron -impecablemente- en un procesador de texto que tenían allí, lo imprimieron y lo enviaron por fax a la Dirección General de Transportes, contigua al Smithsonian Air and Space Museum de

LIbrodot

Washington. Aunque el informe de dos páginas llevase el título de RESULTADOS PRELIMINARES, el documento sería procesado con el de BIBLIA. Lo que más sorprendió a Rebecca Upton, sin embargo, fue que todo aquello se hizo en menos de dieciséis horas. Nunca había visto a ningún organismo del Estado actuar con tal celeridad. Qué lástima que no siempre fuese así, pensó mientras dormitaba a cola de la cabina del helicóptero durante el vuelo de regreso a Nashville.

Por la noche, el equipo de la Universidad de Massachusetts perdía ante el de la Universidad de Connecticut por 108 a 103. Aunque, como ex alumno de la Universidad de Massachusetts, era un forofo de su equipo de baloncesto, Trent sonreía con desenfado al pasar por las galerías comerciales del pabellón deportivo Hartford Civic Arena. Había ganado un partido mucho más importante aquel día, se dijo. Lo que ignoraba es que aquel partido no correspondía a la competición que él creía.

A Arnie van Damm no le gustaba que lo despertasen temprano los domingos por la mañana. Y menos aún, un domingo que se proponía dedicar al descanso (a poder dormir hasta más allá de las ocho, leer los periódicos en la mesa de la cocina como todo hijo de vecino, dormitar frente al televisor por la tarde y hacerse la ilusión de haber regresado al Columbus de Ohio, en donde la vida era mucho más tranquila). Lo primero que pensó es que debía de tratarse de una emergencia nacional. El presidente Durling no le profesaba la menor inquina a su jefe de Estado Mayor, y muy pocas personas tenían su número particular. La voz que oyó a través del teléfono hizo que pusiese los ojos como platos, y que mirase a la pared del fondo del dormitorio como si quisiera derribarla.

-Más te valdrá que sea por una buena razón, Al -le espetó sin preámbulos, porque eran las siete menos cuarto-. Bueno, bueno, espera un momento -añadió tras escuchar a Al durante varios minutos.

Arnie van Damm encendió su ordenador (incluso él se veía obligado a utilizar uno en aquellos tecnificados tiempos), conectado a la Casa Blanca. Al lado tenía una extensión del teléfono.

-De acuerdo, Al, te puedo meter mañana por la mañana a las ocho y cuarto. Pero ¿estarás seguro de todo eso, no?

Van Damm lo escuchó durante otro par de minutos, molesto por que hubiese mediatizado a tres ministerios. Pero era un congresista -un congresista poderoso- que se movía como pez en el agua en el ejercicio del poder.

-Lo que me interesa saber es si el presidente me apoyará.

-Si tu información es convincente, sí; espero que sí, Al. -Porque ésta es definitiva, Arnie. Me duele la boca de tanto advertir, pero esta vez los hijos de puta han matado a varias personas.

-¿Me puedes pasar el informe por fax?

-Es que salgo pitando a coger un avión. Te lo pasaré en cuanto vuelva a mi oficina.

¿Por qué habrás tenido que llamarme ahora, entonces?, estuvo a punto de espetarle Damm.

-Lo espero -se limitó a decir.

En lo primero que pensó a continuación fue en salir al porche a recoger los periódicos del domingo. Increíble, pensó, al repasar las portadas. Lo más importante del día, o quizá del año, y nadie se había enterado aún.

Como de costumbre.

Sorprendentemente, aunque el fax siguiese con su actividad normal, el resto de la jornada transcurrió, en su mayor parte, como la planeó. El jefe de Estado Mayor pudo pasarla como un ciudadano normal, e incluso se despreocupó del día siguiente. Terminaría por quedarse dormido en el sofá del salón. Y se perdería el Lakers-Celtics del Boston Garden.

9. El poder en acción

Había más teclas que tocar aquel lunes, pero Al Trent tenía unas cuantas allí mismo. La Cámara de los Diputados iniciaría la sesión a las doce, como de costumbre.

El capellán elevó su plegaria, sorprendido de que el mismísimo presidente de la Cámara estuviese en su sitio -y no cualquier otro miembro del Parlamento-; de que hubiese más de cien diputados dispuestos a escucharle, en lugar de los seis u ocho que hacían cola para conceder breves declaraciones, a mayor gloria de las cámaras de la C-SPAN, y de que la tribuna destinada a la prensa estuviese medio vacía, en lugar de vacía del todo. La tribuna pública, con el acostumbrado número de turistas y de escolares, era casi lo único habitual.

Inesperadamente intimidado, al capellán se le trabó la lengua en la plegaria y lo dejó correr. Iba a marcharse, pero optó por quedarse en la entrada, a ver de qué iba.

-¡Señor presidente! -clamó un vozarrón, que no sorprendió a nadie del hemiciclo.

El presidente de la Cámara de Diputados miraba hacia el lugar del que procedía la voz, que no en vano lo puso en antecedentes una llamada de la Casa Blanca.

-Tiene la palabra el señor diputado de Massachusetts.

Al Trent se dirigió con energía hacia el atril. Una vez allí, colocó sus notas en la inclinada superficie de madera, con toda parsimonia, mientras tres de sus colaboradores instalaban un caballete. Su silencio y el trajín con el caballete reforzaron la atención de los diputados y la puesta en escena de su discurso.

-Con su venia, señor presidente -empezó por decir el diputado Trent, como era de rigor-, quisiera poder extenderme en mi exposición.

-Concedido -repuso el presidente de la Cámara, aunque no de una manera tan automática como de costumbre.

El ambiente era distinto, como estaba clarísimo para todos, salvo para los turistas, cuyos guías optaron por sentarse (cosa que no hacían nunca). Por lo menos ochenta diputados del partido de Trent ocupaban su escaño, aparte de una veintena que andaban por los pasillos, y de todos los miembros de la oposición que se encontraban en Washington aquel día. Aunque algunos de estos últimos adoptasen una pose de absoluto desinterés, el solo hecho de que estuviesen allí dio lugar a comentarios entre los reporteros. Porque a la prensa le habían llegado filtraciones de que algo importante se avecinaba.

-Señor presidente, el sábado por la mañana, en la interestatal 40, entre Knoxville y Nashville, Tennessee, cinco ciudadanos americanos fueron condenados a una muerte atroz por la industria automovilística japonesa.

Trent leyó los nombres y edades de las víctimas del accidente, y uno de sus colaboradores descubrió una fotografía en blanco y negro de los coches siniestrados. Se tomó su tiempo, para dejar que la imagen hiciese efecto; que imaginasen lo horrible que debió de ser para los ocupantes de los dos vehículos. En la tribuna de prensa, distribuían en aquellos momentos copias de las fotos, y de los puntos esenciales de la intervención que había preparado. Había que darles un poco de tiempo.

-Señor presidente: en primer lugar, deberemos preguntarnos por qué han muerto estas personas, y en segundo, por qué tales muertes preocupan a esta Cámara. Una joven e inteligente ingeniera del Estado, miss Rebecca Upton, fue requerida en el lugar del siniestro por la policía local. Y de inmediato se percató de que el accidente lo causó un grave defecto de fabricación de ambos coches; de que el mortal incendio se produjo, en realidad, a causa de los defectuosos depósitos de combustible de ambos automóviles.

»Hace muy poco, señor presidente, esos mismos depósitos figuraron en la agenda de negociaciones comerciales bilaterales entre Estados Unidos y Japón. Un producto de superior calidad, que da la coincidencia que se fabrica en mi jurisdicción, le fue propuesto al representante del Ministerio de Comercio japonés. El depósito norteamericano es superior, tanto por sus prestaciones como por su coste de fabricación, debido a la diligencia e inteligencia de los obreros americanos. Sin embargo, el tal depósito fue rechazado por la

misión comercial japonesa, que adujo que no llegaba a ¡los altos y rigurosos niveles de calidad de su industria automovilística!

»Pues bien, señor presidente, esos altos y rigurosos niveles de calidad provocaron que cinco norteamericanos muriesen quemados vivos en un accidente de automóvil que, según la Policía del estado de Tennessee y la Asociación Nacional de Seguridad en el Transporte, no desbordó, en modo alguno, los parámetros de seguridad vigentes en Estados Unidos desde hace más de quince años. Debió haber sido un accidente sin víctimas mortales. Y, sin embargo, se ha llevado a casi toda una familia por delante (casi, porque un valiente camionero salvó a una de las niñas). Otras dos familias lloran junto a los cuerpos de sus jóvenes hijas, porque a los obreros americanos no se les permitió suministrar un componente superior ¡ni siquiera para los modelos de fabricación americana! Uno de esos defectuosos depósitos, importado y transportado desde diez mil kilómetros de distancia, se instaló en uno de los coches incendiados. Ese depósito ha sido la causa de la muerte de un matrimonio, una hija de tres años y un recién nacido.

»¡Y hemos de decir basta, señor presidente! Las conclusiones preliminares de la ANST, confirmadas por los Laboratorios Nacionales de Oak Ridge, muestran que los depósitos de combustible de ambos automóviles, uno de ellos manufacturado en Japón y el otro montado aquí en Kentucky, no cumplen las normas de seguridad vigentes. Como consecuencia de ello, y en primer lugar, el Ministerio de Transportes ha cursado una orden para la inmediata retirada de todos los turismos del modelo Cresta...

Alan Trent hizo una pausa y miró en derredor. Los diputados presentes sabían que la cosa no iba a quedar allí.

Y en segundo lugar -prosiguió el representante de Massachusetts-, le he expresado al presidente mi opinión sobre este trágico accidente y sus incalculables consecuencias. El Ministerio de Transportes asegura que el mismo modelo de depósito va instalado en casi todos los turismos japoneses importados por los Estados Unidos. En consecuencia, he decidido presentar un borrador de decreto-ley, HR-uno, dos, tres, uno, tres, que autorizará al presidente a ordenar a los ministerios de Comercio, Justicia y Hacienda a...

-La Presidencia del Gobierno -dijo la portavoz del gabinete de Prensa de la Casa Blanca-, en interés de la seguridad pública, ha ordenado a la Dirección General de Aduanas y al Ministerio de Hacienda que inspeccionen todo automóvil japonés importado, en sus respectivos puertos de entrada, como consecuencia de un grave defecto de fabricación que, dos días atrás, causó la muerte a cinco ciudadanos americanos. El decreto-ley, que formalizará la autoridad estatutaria del presidente, ha sido presentado hoy por el diputado Alan Trent, congresista por Massachusetts. El decreto-ley contará con el pleno apoyo del presidente y, en interés de la seguridad pública, con-fiamos en que se agilice el trámite parlamentario. Técnicamente, esto se denomina «reciprocidad sectorial» -aclaró la portavoz-. Significa que nuestra legislación se mostrará tan exigente con los productos de fabricación japonesa como la legislación japonesa con los nuestros.

La portavoz alzó la vista por si alguien deseaba hacerle alguna pregunta. Curiosamente, nadie parecía tener ninguna que hacerle, de momento...

-En otro orden de cosas -continuó la portavoz-, el viaje del presidente a Moscú se ha programado para el...

-Un momento -dijo un periodista que hasta entonces no había acabado de digerir la primera parte de la declaración-. ¿Cómo ha dicho usted?

-¿De qué va la cosa, presidente? -dijo Ryan al hojear la documentación.

-En la segunda página, Jack.

-Vamos a ver -dijo Jack tras echarle un vistazo a la página-. ¡Puñeta! Lo vi por televisión el otro día. No va a hacerles mucha gracia...

-Son duros de pelar -replicó el presidente Durling con frialdad-. Llevamos un par de años reduciendo el déficit comercial, pero desde que hemos de vérnoslas con ese intransigente, no hay forma de entenderse con ellos. Todo tiene un límite. Detienen nuestros automóviles en los muelles, y casi nos los destrozan en la inspección para garantizar que son «seguros»; y luego les cargan la factura de la «revisión» a sus clientes.

-Lo sé, señor, pero...

-Pero nada. Que todo tiene un límite.

Que, además, pronto entrarían en año de elecciones. El presidente necesitaba el voto de los obreros del sindicato; y así se lo garantizaba de un plumazo. Aquél no era, sin embargo, el terreno de Jack. El consejero de Seguridad Nacional no era tan torpe como para porfiar con el tema.

-Dígame a ver qué hay de Rusia y de los misiles -añadió Roger Durling.

La auténtica bomba se la reservaría para el final. Los del FBI tenían previsto reunirse con la Comisión de lo Judicial al día siguiente por la tarde. Y no convenía, se dijo Durling tras reflexionarlo unos momentos. Tendría que llamar a Bill Shaw para decirle que la desconvocase. No quería que dos asuntos importantes se comiesen mutuamente el terreno en las portadas de los periódicos. Kealty tendría que esperar. Informaría a Ryan, pero el presunto acoso sexual seguiría sin salir a la luz por lo menos una semana.

La diferencia horaria garantizaba la confusión. Debido a que Japón lleva catorce horas de adelanto en relación a la capital de Estados Unidos, al sonar los teléfonos allí en plena noche, en Washington eran primeras horas de la mañana siguiente.

La atípica naturaleza de la medida norteamericana, que no siguió los canales habituales dentro del propio gobierno americano (y que, por lo tanto, también orilló a quienes proporcionaban regularmente información a su país), pilló a todo el mundo desprevenido.

El embajador japonés en Washington se hallaba en un lujoso restaurante almorzando con un íntimo amigo. La hora garantizaba que otro tanto hiciesen, en aquellos momentos, los agregados de la embajada de Massachusetts Avenue. En el snack-bar de la Embajada -y por toda la ciudad- no pararon de sonar los «busca». Les pedían que llamasen urgentemente a sus respectivos despachos. Era demasiado tarde. La noticia estaba ya en antena, en distintos canales de televisión por satélite. Los japoneses que seguían de cerca estas cosas llamaron a sus respectivos jefes, hasta que la noticia siguió por toda la cadena y despertó a los zaibatsu, a una hora que no debió de hacerles la menor gracia. Estos, a su vez, llamaron a sus ejecutivos, que sí estaban ya despiertos, de todas maneras. Les ordenaron que llamasen a sus asesores, que, en su mayoría, vieron por el canal C-SPAN a Alan Trent hacer sus declaraciones. Se habían puesto a trabajar por propia iniciativa, para tratar de controlar las nefastas consecuencias, antes de que sus jefes se lo ordenasen. Sus gestiones fueron acogidas con frialdad en las oficinas de los más destacados políticos, incluso en las de aquellos cuyas campañas contribuían a financiar, aunque no siempre.

-Mire -dijo un senador, preocupado por el inicio de su campaña electoral y necesitado de fondos, como bien sabía su interlocutor-. No puedo decirles a los votantes que la medida es injusta, con ocho personas quemadas vivas. Hay que dejar que todo se tranquilice. Ser un poco astutos, ¿no le parece?

Eran sólo cinco las personas que murieron calcinadas, pensó el asesor, pero el consejo de su mendicante de turno era sensato; o, por lo menos, lo hubiese sido en otras circunstancias. El asesor cobraba trescientos mil dólares al año por sus consejos (fue miembro del Senado durante diez años, antes de que se le encendiese la lucecita) y por actuar de honesto corredor en la Bolsa de la información. También cobraba para asesorar a sus jefes sobre sistemas de financiación, unos legales y otros de dudosa legalidad.

-De acuerdo, senador -dijo en tono comprensivo-. No obstante, recuerde que esta legislación podría desencadenar una guerra comercial, perjudicial para todos.

-Estas cosas son perecederas. Tarde o temprano el episodio quedará olvidado -replicó el senador.

Esa fue la opinión general que circuló por los distintos organismos hacia las cinco de la tarde (las siete de la mañana en Japón). El error consistía en pasar por alto el hecho de que nunca habían ocurrido «estas cosas».

Los teléfonos echaban humo en los despachos de casi todos los miembros de ambas cámaras del Congreso. La mayoría expresó su indignación por lo ocurrido en la I-40, como era de esperar. Había en Estados Unidos varios centenares de miles de personas, repartidas por todos los estados y por los cuatrocientos treinta y cinco distritos electorales, que no perdían oportunidad de llamar a sus diputados a Washington, para expresarles su opinión sobre todo lo habido y por haber. Los más jóvenes miembros de cada grupo atendían las llamadas. Anotaban fecha, hora, nombre y dirección del comunicante. A veces, ni siquiera necesitaban preguntar. Algunos llamaban tantas veces que se los identificaba por la voz. Las llamadas se utilizaban para elaborar temarios y tantear la opinión pública, y engrosar la documentación que cada diputado manejaba cada mañana aunque, en muchos casos, la olvidasen acto seguido.

Otras llamadas las atendían miembros del grupo más avezados y, en muchos casos, los propios diputados. Se trataba, casi siempre, de llamadas de empresarios locales, en su mayoría industriales cuyos productos competían directamente en el mercado con los del extranjero; y, en menor proporción, de fabricantes que trataban de abrirse camino en el mercado japonés y encontraban dificultades. Estas llamadas no siempre conducían a actuaciones puntuales, pero nunca se echaban en saco roto.

El tema volvía a la portada de todos los informativos, después de languidecer durante un breve tiempo en la oscuridad de los temas archisabidos. Porque los informativos del día mostraron fotografías del agente de policía, de su esposa y de sus tres hijos, así como las de Nora Dunn y Amy Rice, seguidas por una breve entrevista grabada con el heroico camionero, y de unas lejanas tomas de Jessica Denton, la huerfanita, retorciéndose de dolor a causa de las quemaduras en una unidad de quemados, atendida por enfermeras que lloraban al desbridarle la cara y los brazos, casi carbonizados.

Los abogados se reunían con las familias de las víctimas, para aleccionarlas sobre lo que debían decir ante las cámaras, para que no se mostrasen peligrosamente comedidas, mientras las cifras de las indemnizaciones a exigir bailaban en sus cabezas. Los equipos de los medios informativos pulsaban la reacción de familiares, amigos y vecinos y, en el indignado dolor de quienes sufrieron tan brusca como amarga pérdida, otros veían algo más que añadir a sus propios motivos de indignación, o la oportunidad de sacar partido de la situación.

Con todo, lo más revelador era la historia del depósito de marras. Las conclusiones preliminares de la ANST se filtraron a los pocos instantes de que se anunciase su existencia en la Cámara. La ocasión la pintaban calva. Las compañías automovilísticas americanas enviaron a sus ingenieros para que explicasen los aspectos técnicos de la cuestión. Todos ellos señalaron, con mal disimulado júbilo, que aquello era un manifiesto ejemplo de un deficiente control de calidad de un componente del automóvil de lo más sencillo; y que, en definitiva, los japoneses no eran tan listos como se suponía.

-Mire, Tom, hace un siglo que se galvaniza -le dijo un ingeniero de segunda fila de la Ford al presentador de uno de los informativos nocturnos de la NBC-. Con el mismo material se fabrican los cubos de la basura.

-¿Los cubos de la basura? -exclamó el especialista en credibilidad, de veras perplejo, porque los suyos eran de plástico. -Llevan años machacándonos con sus controles de calidad. Nos dicen que no lo hacemos suficientemente bien, que nuestros niveles de seguridad no bastan, que carecen de rigor para acceder a su mercado del automóvil. Pues ya ve qué poco afinan ellos. Ese es el fondo de la cuestión, Tom -prosiguió el ingeniero muy ufano-. Los

depósitos de combustible de esos dos Crestas eran menos resistentes que un cubo de la basura hecho con la tecnología de hace un siglo. Y ésa es la razón de que cinco personas hayan muerto quemadas vivas.

El comentario del ingeniero hizo fortuna como símbolo de lo ocurrido. Al día siguiente por la mañana, apilaron cinco cubos de la basura, de acero galvanizado, en la entrada de la factoría Cresta de Kentucky, junto a una pancarta que decía: ¿POR QUÉ NO PRUEBAN CON ÉSTOS? Un equipo de la CNN, informado de antemano, lo filmó, y aquélla fue la noticia de portada en sus informativos de mediodía. No era más que una cuestión de enfoque. Tardarían semanas en poder determinar dónde estuvo de verdad el fallo. Para entonces, el enfoque y las reacciones que suscitarían habrían rebasado con mucho a la realidad.

El patrón del Nissan Courier no tenía la menor noticia. Su barco era la cosa más fea que cabía imaginar, como si lo hubiese sacado de los astilleros en forma de bloque rectangular y luego le hubiesen «modelado» la proa con un cucharón, para convertirlo en algo que pudiera moverse en el mar.

Era un barco pesadísimo, condenado a interminables travesías, y tan poco marinero que, a menudo, incluso las más suaves brisas se atrevían a zarandearlo. Necesitaba cuatro remolcadores tipo Moran para poder amarrar en la terminal marítima de Dundalk del puerto de Baltimore. Allí estuvo situado el primer aeropuerto de la ciudad, cuya amplia explanada era un espacio muy adecuado para la descarga de automóviles.

El capitán del barco dirigía la compleja y traicionera maniobra de atraque, y hasta el último momento no se percató de que aquella especie de enorme parking estaba desusadamente atestado. Qué raro, pensó. El último barco de la Nissan llegó el jueves anterior. Lo normal era que la explanada estuviese medio vacía, con espacio suficiente para su cargamento. Luego, reparó en que sólo tres trailers aguardaban a cargar los coches, que debían llegar al distribuidor más cercano. Lo normal era que hubiese una larga hilera, como la de los taxis en una estación de ferrocarril.

-Por lo visto no bromeaban -dijo el práctico de Chesapeake Bay, que subió a bordo del Courier en Virginia Capes.

Vio el informativo de televisión en el remolcador del práctico anclado allí. Meneó la cabeza y enfiló hacia la escalerilla. Dejaría que fuese el consignatario quien informase al patrón.

Y el consignatario lo hizo tal cual, subió por la escalerilla y fue al puente. En la explanada había espacio para otros doscientos automóviles, pero no más. Y de momento no tenía instrucciones de la naviera para decirle al capitán qué tenía que hacer. Por lo general, el barco no debía permanecer en puerto más de veinticuatro horas. El tiempo justo para descargar los coches, repostar y reavituallar el barco para una travesía de regreso que equivalía a cruzar medio mundo. Y allí, de nuevo, la misma rutina, aunque a la inversa: cargar y emprender otro viaje a América. Los barcos de aquella flota seguían un programa tan tedioso como implacable, con horarios tan fijos como el de las estrellas.

-¿Cómo ha dicho? -preguntó el patrón.

-Que todos los coches han de pasar la inspección de sus condiciones de seguridad, uno por uno -dijo el consignatario, que señaló hacia la terminal-. Vea usted mismo.

El patrón enfocó con sus prismáticos Nikon hacia el lugar. Vio a seis agentes del cuerpo de Aduanas que accionaban un gato hidráulico para izar un coche y permitir que un compañero reptase por debajo, vete tú a saber por qué, mientras los demás rellenaban los impresos que llevaban prendidos a una tablilla. Y no parecían tener mucha prisa. A través de los prismáticos los veían balancear el cuerpo en plan de cachondeo, en lugar de mostrar la diligencia propia de funcionarios del gobierno. Por esta razón no relacionó, de momento, el «trajín» con las raras ocasiones en que vio a los aduaneros japoneses llevar a cabo inspecciones similares,

LIbrodot

aunque mucho más rigurosas, de coches americanos, alemanes o suecos, en los muelles del puerto de Yokohama.

-¡Así vamos a tener que quedarnos aquí días enteros! -espetó el patrón.

-Puede que una semana -dijo el consignatario en plan optimista.

-¡Y aquí sólo hay espacio para un barco! Dentro de setenta horas llegará el Nissan Voyager.

-¿Y qué voy a hacer yo?

-Según mi programa...

La voz del patrón denotaba verdadero pánico.

-Tampoco en eso puedo hacer nada -le dijo, en tono paciente, el consignatario a un hombre cuyo predecible universo se acababa de desintegrar.

-¿Cómo podemos ayudar nosotros? -preguntó Seiji Nagumo.

-¿A qué se refiere? -dijo el representante del Ministerio de Comercio.

-A ese terrible accidente.

Nagumo estaba horrorizado de verdad. Las tradicionales viviendas japonesas, en las que la madera y el papel eran materiales predominantes, se construían desde hacía ya mucho tiempo con materiales más sólidos. El atávico horror al fuego, sin embargo, no se había extinguido. Si en la propiedad de un ciudadano se producía un incendio, que se propagaba a otra propiedad, el ciudadano debía hacer frente a sanciones penales, y no sólo a mera responsabilidad civil. Se sentía realmente avergonzado porque un producto manufacturado en su país hubiese provocado un fin tan espantoso.

- Aún no he recibido ningún comunicado oficial de mi gobierno. A título personal, le diré que no hay palabras para describir algo tan terrible. Le garantizo que abriremos nuestra propia investigación.

-Es un poco tarde para eso, Seiji. Como recordará, de esa cuestión hablamos precisamente...

-Si, es cierto; lo admito. Convendrá, no obstante, en que, aunque hubiésemos llegado a un acuerdo, los materiales en cuestión habrían estado ya en la cadena... y de nada les habría servido a esas personas.

Para el negociador norteamericano era un momento dulce. Las muertes de Tennessee eran de lamentar, desde luego, pero llevaba tres años y medio soportando la arrogancia de aquel cabrón y, a pesar de lo trágica, la situación era muy otra.

-Como le he dicho, Seiji-san, es un poco tarde para eso. Supongo que toda cooperación, por parte de sus compatriotas, será bien recibida, pero tenemos que afrontar nuestras propias obligaciones. Con-vendrá en que el principal deber del gobierno de los Estados Unidos es, en definitiva, proteger las vidas y la seguridad de los ciudadanos norteamericanos. Es obvio que hemos descuidado este deber y que debemos pechar con nuestros errores.

-Lo que se podría hacer, Robert, es delegar la inspección. Me han comentado que nuestros fabricantes estarían dispuestos a pagar por los servicios de inspectores de normas de seguridad, especialmente contratados, al objeto de despejar de vehículos sus puertos, y...

-Sabe usted, Seiji, que eso es inaceptable. El gobierno no puede delegar sus funciones en representantes de la industria.

No era cierto, y el burócrata sabía que era una práctica que estaba a la orden del día.

-En interés del mantenimiento de nuestras cordiales relaciones comerciales, ofrecemos sufragar todos los gastos a que haya de subvenir su gobierno. Nosotros...

-Seiji -lo atajó el americano-, he de rogarle que no siga. Por favor... Debe hacerse cargo de que lo que usted propone podría interpretarse, perfectamente, como inducción a la corrupción, de acuerdo a nuestras leyes.

Se hizo un silencio glacial que duró varios segundos.

-Mire, Seiji -prosiguió el americano-, cuando se apruebe la nueva normativa, esto se solucionará rápidamente.

Y no iba a tardar mucho. Un verdadero río de cartas y telegramas, de «plataformas» organizadas por ciudadanos de a pie (abanderados por afiliados al Sindicato del Automóvil, que olía la sangre en el agua con mayor sensibilidad olfativa que los tiburones), con directrices a todos sus miembros para que no parasen de llamar a la central sindical. Lo que ya se había convertido en proyecto de Ley Trent sería, de inmediato, debatido en ambas cámaras. En medios bien informados, se aseguraba que estaría en la mesa del presidente del gobierno para la firma dentro de dos semanas.

-Pero el proyecto de Ley Trent...

El representante del Ministerio de Comercio se inclinó hacia adelante en su mesa.

-¿Dónde está el problema, Seiji? La Ley Trent permitirá al presidente, con el asesoramiento de los abogados del Ministerio de Comercio, aplicar las mismas normas comerciales que ustedes. En otras palabras, no haremos sino utilizar su propia vara de medir. ¿Dígame a ver qué remota posibilidad tienen de tachar de injusticia que los Estados Unidos apliquen a sus productos las justas normas que ustedes aplican a los nuestros?

Nagumo no parecía haber captado aún la onda.

-Pero es que no lo entiende. Nuestras leyes se adaptan a nuestra cultura. La de ustedes es distinta y...

-Claro, Seiji, ya lo sé. Sus leyes tienen por objeto proteger a sus productos de la competencia desleal. Lo que vamos a hacer nosotros, dentro de nada, es exactamente lo mismo. Y, bien, quizá eso lo contraríe. En cambio, lo que sin duda le alegrará es que, en la medida en que ustedes nos abran su mercado nosotros le abriremos el nuestro. Quizá no le guste, tampoco, que vayamos a aplicar sus propias leyes a sus propios productos, y, bien, en tal caso, podremos comprobar, de acuerdo a sus propios criterios, lo justas que son sus leyes. ¿A qué contrariarse entonces? Lleva años diciéndome que sus leyes no son, en realidad, una limitación, que la culpa de que no podamos venderles tanto como ustedes nos venden, la tiene la industria norteamericana -dijo el americano, que se recostó en el respaldo, sonriente-. Bueno, ahora veremos hasta qué punto era exacta esa observación suya. No irá a decirme que ha tratado de... desencaminarme a propósito, ¿verdad?

¡Dios mío!, hubiese exclamado Nagumo de haber sido cristiano. Pero, claro, su religión era animista, sus internas reacciones distintas, aunque... significasen exactamente lo mismo. Acababan de llamarle mentiroso. Y, lo peor, es que era... la pura verdad.

A los americanos se les expuso aquella misma tarde la «Ley Trent», que oficialmente pasó a llamarse Ley de Reforma Comercial, después de que los jefes de los informativos hubiesen tenido tiempo de analizarla. El enfoque no podía ser más logrado, de puro sencillo. En el espacio «MacNeil/Lehrer», portavoces de la administración, y el propio Alan Trent, explicaron que la ley preveía la formación de una comisión de abogados y expertos en política comercial del Ministerio de Comercio, asesorada por especialistas en derecho internacional del Ministerio de Justicia. Analizaría el derecho mercantil de otros países, al objeto de redactar normas comerciales, en un régimen de reciprocidad tan fiel como fuese posible, y recomendarlas después al ministro de Comercio, que se las propondría al presidente. A su vez, el presidente quedaría autorizado a ordenar su cumplimiento por decreto. Este decreto podría ser derogado por mayoría simple de ambas cámaras del Congreso, al que la Constitución otorgaba la autoridad en tales cuestiones (disposición incluida en la ley para evitar recursos de inconstitucionalidad invocando la separación de poderes, ya que, en realidad, la «Ley Trent» daba al ejecutivo poderes propios del legislativo).

La Ley de Reforma Comercial preveía su «autoderogación». Tras cuatro años de vigencia, quedaría automáticamente sin efecto si el Congreso no volvía a promulgarla, y a aprobarla el

presidente de turno (esta cláusula hacía que la «Ley Trent» apareciese como una disposición transitoria cuyo único objetivo era establecer un auténtico libre comercio internacional, de una vez por todas). Era una descarada mentira, pero plausible, incluso a ojos de quienes se percataban de ello.

-¿Cabe algo más justo? -preguntó retóricamente Trent ante las cámaras de la PBS-. No hacemos más que equiparar nuestras leyes a las de otros países. Si sus leyes son justas para el comercio americano, entonces esas mismas leyes deben de serlo también para el comercio de otros países. Nuestros amigos japoneses -añadió sonriente-llevan años diciéndonos que sus leyes no son discriminatorias. Muy bien. Utilizaremos sus leyes con su misma equidad.

Trent gozaba al ver cómo se rebullía en su asiento el hombre que se sentaba al otro lado de la mesa. El ex subsecretario de Estado, que ganaba ahora más de un millón de dólares al año como asesor de Sony y Mitsubishi, le daba vueltas a la cabeza tratando de encontrar argumentos coherentes. Trent notaba, por la expresión de su rostro, que no los encontraba.

-Esto podría ser el detonante de una auténtica guerra comercial... -dijo, no obstante.

Lo atajaron en seco.

-Mire usted, Sam, la Convención de Ginebra no provocó ninguna guerra, ¿no cree? Se limitó a aplicar las mismas reglas a todas las partes en conflicto. Si lo que me dice usted es que aplicar las normas japonesas en las aduanas americanas va a provocar una guerra, es que ya existe una guerra en la que usted combate en el otro bando, ¿o no?

A aquel fuego graneado, en forma de réplica, siguieron cinco segundos de un silencio que se podía cortar. No había contrarréplica posible.

-¡Toma ya! -exclamó Ryan, que estaba apaciblemente acomodado en el salón de su casa, y a una hora decente, por una vez.

-Ése atiza que da gusto -comentó Cathy, que escribía notas en una ficha médica.

-Ya lo creo que sí -convino su marido-. Ni le ha dejado meter baza. No me pusieron al corriente hasta el otro día.

-¿No crees que tienen razón? -preguntó ella.

-Me parece que van demasiado de prisa -dijo Jack-. ¿Son buenos sus médicos?

-¿Los médicos japoneses? No mucho, en comparación con los nuestros.

-¿Ah, no? ¿Cómo pues?

La seguridad social japonesa se tenía por modélica. Más que nada, porque la libertad de elección de facultativo era «total».

-Demasiado... reverente -replicó Cathy, sin dejar sus notas-. El catedrático siempre tiene razón, y todo eso. Los jóvenes médicos nunca aprenden a actuar por sí mismos, y cuando son suficientemente viejos como para acceder a la cátedra, ya se les ha olvidado lo que sabían.

-¿Y no se equivoca usted nunca, oh, ilustre adjunta de cirugía oftálmica? -exclamó Jack en tono burlón.

-Prácticamente nunca -contestó Cathy alzando la vista-. Pero tampoco les impido a mis residentes que me pregunten por qué. En Wilmer tenemos ahora a tres japoneses. Son técnicamente buenos médicos, aunque faltos de flexibilidad. Supongo que debe de ser algo cultural. Tratamos de reorientarlos. Pero no es fácil.

-El jefe siempre tiene razón...

-No siempre, no siempre -dijo Cathy mientras prescribía un cambio de medicación.

Ryan la miró y se preguntó si iría en serio tan poco desdeñable novedad.

-¿Qué tal se les da aplicar nuevos tratamientos?

-Oye, ¿por qué piensas siempre que vienen aquí a hacer probaturas, Jack? ¿Por qué crees que tenemos tantos en la universidad, ahí, en Charles Street? ¿Por qué crees que tantos de ellos se quedan?

Eran las ocho de la mañana en Tokio. Un canal por satélite llevaba los informativos nocturnos americanos a los despachos de los ejecutivos. Expertos traductores los traducían al japonés. La grabación en vídeo permitiría un completo análisis posterior. Lo que acababan de oír los ejecutivos estaba, sin embargo, bastante claro.

Kozo Matsuda temblaba en su despacho. No separaba las manos del regazo para que nadie de la oficina las viesen temblar. Lo que oyó en dos idiomas -su inglés era excelente- era bastante grave. Lo que vio era aún peor. Su grupo de empresas ya perdía dinero a causa de... irregularidades en el mercado mundial. Más de un tercio de los productos de su compañía iba a los Estados Unidos. Si una parte tan sustancial de sus exportaciones se veía, de un modo u otro, interrumpida...

Tras las entrevistas del informativo, proyectaron imágenes del Nis-san Courier, amarrado aún en Baltimore, y del barco gemelo Nissan Voyager, bamboleándose anclado en la bahía de Chesapeake. Además, un tercer transporte había dejado ya Virginia Capes, cuando el primero de los tres barcos no había descargado todavía ni la mitad de su cargamento.

Las imágenes mostraban aquellos barcos debido, únicamente, a la proximidad de Baltimore a Washington. Pues otro tanto ocurría en los puertos de Los Angeles, Seattle y Jacksonville. Como si los barcos transportasen droga, pensó Matsuda. Estaba indignado pero, sobre todo, aterrorizado. Si los americanos iban en serio, ya podía darse...

No. No podían ir en serio.

-¿Qué me dice de la posibilidad de una guerra comercial? -le había preguntado a Alan Trent aquel Jim Lehrer de la televisión.

-Mira, Jim, llevo años diciendo que hace una generación que estamos en guerra comercial con Japón. Lo que hemos hecho es repartir equitativamente las armas a cada bando.

-¿No se lesionarán los intereses norteamericanos si se complica la situación?

-¿Cuáles son esos intereses, Jim? ¿Justifican los intereses americanos que mueran niños quemados vivos? -replicaba de inmediato Alan Trent.

Matsuda se sobrecogió al oírlo. La imagen era demasiado fuerte para él. Su primer recuerdo de infancia era la madrugada del 10 de marzo de 1945. Apenas tenía tres años. Su madre lo sacaba de casa en brazos, y volvía la cabeza hacia la gigantesca llamarada que causó el 21 de Bombarderos al mando de Curtis LeMay. Durante años, se despertaba por la noche en un puro grito. Durante toda su vida había sido un pacifista comprometido. Estudió Historia y sabía cómo y por qué empezó la guerra; que América acorraló a sus mayores hasta no dejarles más que... una falsa salida. Quizá Yamata tuviese razón. Acaso todo lo tramasen los americanos. Primero, obligar a Japón a entrar en guerra. Luego, aplastarlo, para tratar de impedir el natural apogeo de una nación destinada a desafiar al poderío americano. Y precisamente por ello nunca comprendió por qué los zaibatsu de la época, miembros de la Sociedad del Dragón Negro, no encontraron una salida inteligente. Pues ¿acaso no era la guerra la más temible de las opciones? ¿Acaso no era la paz, por más que humillante, preferible a la horrible destrucción que llevaba aparejada una guerra?

Ahora era distinto. Ahora, él estaba entre ellos y se percataba del abismo que se abriría bajo sus pies de no ir a una guerra. A ver si resultaba que no estuvieron tan equivocados, después de todo, se dijo, sin escuchar ya el informativo de televisión ni al traductor. Pretendieron una auténtica estabilidad económica para su país: la «más próspera comunidad de Asia».

Los libros de Historia de su juventud decían que todo fue un en-gaño. ¿De verdad lo fue?

Para que la economía de su país funcionase, necesitaba recursos, materias primas. Japón no tenía prácticamente nada, salvo carbón, que, además, contaminaba. Japón necesitaba hierro, bauxita, petróleo; tenía que importarlo casi todo, para transformarlo en productos manufacturados que poder exportar. Necesitaba liquidez para pagar las materias primas. Y esa liquidez procedía de los compradores de sus productos manufacturados. Si los Estados Unidos -su cliente más importante- dejaba, de pronto, de comprar, no habría liquidez. Y se trataba nada menos que de sesenta mil millones de dólares.

Habría compensaciones, claro. De la noche a la mañana, el yen se desplomaría en los mercados financieros internacionales, frente al dólar y frente a todas las divisas fuertes. Y eso abarataría los productos japoneses en todas partes...

Pero Europa seguiría la pauta. Estaba convencido. Su legislación comercial, más dura aún que la de los americanos, se endurecería más; la potencial salida comercial quedaría estrangulada, y el valor del yen seguiría cayendo. Tendrían que sacar liquidez de donde fuese para comprar materias primas. Sin ellas se hundirían. Como la de todo cuerpo que cae, la aceleración descendente sería progresiva. El único consuelo era que él ya no estaría allí para verlo. Mucho antes de que eso sucediese sus empresas habrían dejado de ser suyas. Se vería en la ruina, igual que sus colegas. Unos optarían por suicidarse, aunque no muchos. Que eso era ya cosa de la televisión, que evocaba las viejas tradiciones de una cultura sobrada de orgullo, pero falta de todo lo demás. La vida era demasiado bonita para renunciar a ella así como así. ¿Qué le depararían a su país los próximos diez años? ¿La vuelta a la pobreza? ¿O algo peor?

En parte, la decisión estaba en sus manos, se dijo Matsuda, porque el gobierno de su país no era, en realidad, más que una prolongación del colectivo del que él formaba parte. Miraba las temblorosas manos que seguían apoyadas en su regazo. Les dio las gracias a dos de sus empleados. Les indicó que se retirasen con una cortés inclinación de cabeza. Luego, alzó las manos y se alcanzó el teléfono que tenía en la mesa.

Clark se dijo que aquél iba a ser un vuelo interminable. Aunque los de la KAL los hubiesen pasado a primera clase, el cambio no se notaba mucho. Ni siquiera las encantadoras azafatas coreanas, con sus preciosos trajes tradicionales, podían mejorar mucho las cosas. Ya había visto dos de las tres películas -en otros vuelos- y la tercera no era muy interesante. Los boletines radiofónicos, que pudo escuchar por los auriculares, retuvieron su atención durante cuarenta minutos, lo justo para empaparse de todo lo que ocurría en el mundo. Luego, todo era una pura repetición, y su memoria estaba demasiado bien entrenada para necesitar oírlo tantas veces. La revista de la KAL le duró apenas media hora -todo un récord- y los periódicos americanos ya los había leído. De manera que no le quedaba sino el más absoluto aburrimiento. Por lo menos Ding podía aplicarse a algo útil para su master. Leía Dreadnought, un «clásico» de Massey, acerca de cómo quebró el orden internacional, un siglo atrás, a consecuencia de que las distintas naciones europeas -o, más exactamente, sus líderes- no tuvieron la suficiente imaginación como para preservar la paz. Clark recordaba haberlo leído al poco de publicarse.

-¿No estuvieron a la altura, eh? -le dijo a su compañero.

Llevaba una hora leyendo por encima de su hombro. Chávez leía despacio, como si reflexionase cada palabra, ya que, en definitiva, era un material de estudio.

-Muy espabilados no fueron, no, John -convino Chávez, que alzó la vista y se estiró, algo bastante más sencillo para él que para Clark-. La doctora Alpher quiere que identifique tres o cuatro errores cruciales para mi tesis: decisiones erróneas, y cosas así. Por exceso, más que por defecto, ¿entiendes? Porque lo que debieron haber hecho es distanciarse un poco de sí mismos, volver la vista atrás y ver cuál era el panorama. Los muy gilipollas no sabían hacer tal ejercicio. No podían ser objetivos. No se paraban a pensar en el otro ni por un momento. Todos tenían grandes ideas tácticas, pero no se detenían a considerar a qué podían conducirlos. Puedo elegir unas cuantas pifias para presentárselas a la doctora, con muchos floreos, como a ella le gusta. Aunque, en definitiva, no serán más que bobadas. El problema no radicó en las decisiones. El problema estaba en las personas que las adoptaron. No estuvieron, sencillamente, a la altura de lo que hacían. Les faltaba visión, que es para lo que les pagaban sus peones.

Chávez se restregó los ojos. Se alegraba de que Clark lo hubiese distraído. Se había pasado once horas leyendo y estudiando, sin más que breves altos para comer y visitas al inexcusable excusado.

-Voy a necesitar correr varios kilómetros, por lo menos -refunfuñó, harto también del viaje.

-Faltan cuarenta minutos -dijo Clark al mirar el reloj-. Ya hemos empezado a descender.

-¿Cree que los mandamases de hoy son muy distintos? -preguntó Ding con gesto cansado.

-Ay, chico -exclamó Clark riendo-. Ésa es una de las cosas que nunca cambian.

-Ya -dijo el joven agente sonriendo-. Y otra, que a la gente como nosotros nos mandan siempre a... ahí, justo ahí.

Chávez se levantó y fue hacia el lavabo, a lavarse la cara. Al mirarse al espejo, se alegró de tener que pasar veinticuatro horas en un piso franco de la CIA. Necesitaba lavarse, afeitarse y desconectar, antes de enfundarse la nueva identidad para su misión. Y hasta puede que tomara algunos apuntes para su tesis.

Clark miraba por la ventanilla: un paisaje iluminado por la sonrosada y tenue luz del amanecer. Corea. El chico se ponía intelectual con él. Sonrió al pensarlo y siguió mirando con sus cansados y semientornados ojos por la ventanilla de plástico. Sí, era bastante listo, desde luego. Claro que, ¿qué sucedería cuando escribiese lo de que aquellos gilipollas no estaban a la altura del ejercicio en su tesis para el máster? Al fin y al cabo, hablaba de Gladstone y de Bismarck. Se echó a reír, de tal manera que terminó por toser. Al abrir los ojos vio que su compañero salía del lavabo de primera clase. Ding casi tropezó con una de las azafatas, y aunque le sonrió cortésmente a la joven y se hizo a un lado para dejarla pasar, no la siguió con la mirada. Clark reparó en el detalle. No hizo lo que era habitual en un hombre con una joven tan atractiva. Era obvio que tenía la cabeza en otra parte, en otra imagen femenina.

Pues sí que va en serio la cosa. Murray estaba que se subía por las paredes.

-¡Que no podemos hacer eso ahora! ¡Me cago en la leche, Bill! Lo tenemos todo a punto; la información se filtrará, sin lugar a dudas, y ni siquiera para Kealty es eso justo, y mucho menos para nuestras testigos.

-Nos debemos al presidente, Dan -le recordó Shaw-. Y es una orden directa suya. Ni siquiera ha llegado a través del fiscal general. Y, además, ¿desde cuándo te importa a ti Kealty?

Aunque la realidad era que Shaw tuvo la misma actitud al despachar con el presidente Durling. Cabrón o no, violador o no, tenía derecho a un procedimiento judicial como era debido, y a una defensa leal. El FBI era de un obsesivo legalismo, aunque la auténtica razón de su veneración por el juego limpio judicial era que cuando conseguían que un individuo fuese declarado culpable, después de ceñirse a todas las normas, podían estar seguros de haber metido entre rejas a un cabrón. Y además, permitía afrontar mejor las consabidas apelaciones.

-¿Es por lo de ese accidente, no?

-Sí. No quiere que dos temas de envergadura se disputen las portadas. Esta movida comercial se las trae, y dice que lo de Kealty puede esperar, perfectamente, una o dos semanas. Después de haber esperado años, Dan, creo que miss Linders podrá esperar otras dos semanas.

-Sí. Y tú tan pancho -le espetó Murray, que de inmediato rectificó su actitud-. Perdona, Bill. Pero ya sabes por qué lo digo.

Lo decía por algo muy sencillo: tenía un caso listo para ponerlo en manos de los tribunales, y le daba cien patadas postergarlo. Por otro lado, al presidente no se le podía decir que no.

-Ya ha hablado con los jefes de las comisiones de ambas cámaras. Y serán discretos.

-Pero los demás miembros no.

10. Seducción

-Estoy de acuerdo en que no es bueno -dijo Chris Cook.

Nagumo miraba a la alfombra de su salón. Los acontecimientos de días pasados lo tenían demasiado perplejo para indignarse. Era como descubrir que el fin del mundo estaba próximo, y que nada cabía hacer para evitarlo. Pasaba por ser un funcionario, de rango medio, del Ministerio de Asuntos Exteriores que no «pintaba» nada en las negociaciones de alto nivel. No era más que una fachada. Su verdadera labor consistía en diseñar el marco para las posiciones negociadoras de su país y, además, hacerse con información reservada acerca de lo que pensaban realmente los Estados Unidos, para que sus superiores supiesen, exactamente, qué posiciones de partida adoptar, y hasta dónde podían presionar. De hecho, Nagumo era un agente secreto, aunque no oficialmente. Y se volcaba en el desempeño de su misión. Hacía de ella algo personal y con sorprendente vehemencia. Seiji se veía como un defensor y protector de su país y de su pueblo, y también como un franco puente entre su país y América. Quería que los americanos valorasen su pueblo y su cultura. Que fuesen copartícipes de su mundo. Quería que América viese a Japón como a un igual, como a un buen y sabio amigo de quien aprender. Los americanos eran apasionados y, a menudo, ignorantes de sus reales necesidades -como suele ocurrirles a los muy orgullosos y consentidos-. La actual postura norteamericana en temas comerciales, si era lo que aparentaba, parecía la pataleta de un hijo propio. ¿Acaso ignoraban que necesitaban a Japón y sus productos? ¿Acaso no preparó, él personalmente, y durante años, a quienes luego serían expertos en comercio?

Cook se rebullía en el sillón. También él era un experimentado funcionario de Exteriores y podía leer, como cualquiera, en la cara de los demás. Al fin y al cabo eran amigos. Más aún: Seiji era su pasaporte personal para vivir a todo tren cuando dejase de ser funcionario del Estado.

-Si ello ha de hacer que se sienta mejor, le diré que es el trece.

-¿Qué? -dijo Nagumo, que alzó la vista hacia su amigo. -El día que desmantelarán los últimos misiles. Lo que me preguntó, ¿recuerda?

Nagumo parpadeó, tardó en recordar lo que anteriormente le había preguntado.

-¿Y por qué en esa fecha?

-Porque el presidente estará en Moscú. Apenas les quedan unos pocos misiles. No sé exactamente cuántos, pero menos de veinte por bando. Reservan el último para el próximo viernes. Una curiosa coincidencia que se haga en viernes y trece, que es como el martes y trece de los europeos. Pero así ha debido de imponerlo la agenda. Se ha informado a las televisiones, que no lo difundirán hasta esa fecha. Las cámaras estarán presentes en ambos emplazamientos. Los volarán al mismo tiempo..., los misiles y los silos, quiero decir. De manera que la ceremonia de la que me habló, la que piensa organizar para su abuelo, ya tiene fecha.

-Gracias, Chris -dijo Nagumo, que se levantó y fue hacia el bar a servirse otra copa.

Ignoraba por qué quería el ministro esa información, pero órdenes eran órdenes.

-Y bien, amigo mío, ¿qué podemos hacer sobre ese otro asunto?
-No mucho, Seiji; por lo menos, de inmediato. ¿Recuerda que le hablé a usted de unos depósitos defectuosos? ¿Y que Trent es un tipo al que mejor no buscarle las vueltas? Esperaba una oportunidad como ésta desde hacía años. Pues bueno, esta tarde he estado en el Capitolio, y he hablado con gente. En su vida habrá visto semejante montón de cartas y telegramas. Y la CNN no va a dejar de explotar el tema.

-Ya -convino Nagumo.

Era como en una película de terror. Jessica Denton era noticia de cabecera. Todo el país, y buena parte del mundo, estaba pendiente de su recuperación. En los partes médicos su estado había pasado de «grave» a «crítico». La entrada de la unidad de quemados, en la que se

encontraba, parecía un exuberante jardín. La otra noticia importante del día fue el entierro de sus padres y hermanos, retrasado por razones médico-jurídicas. Asistieron centenares de personas, entre las que se encontraban todos los congresistas de Tennessee. El presidente de la compañía automovilística quiso asistir también, para dar el pésame y excusarse personalmente ante la familia, pero se le hizo desistir por razones de seguridad. En lugar de ello, dirigió sus excusas, en nombre de la compañía, a través de la televisión; prometió hacerse cargo de todos los gastos médicos y sufragar los estudios de Jessica, señalando que también él tenía hijas. Sus palabras no surtieron, sin embargo, el efecto deseado. Las excusas sinceras calaban hondo en Japón, como hubo ocasión de comprobar en el accidente de un Boeing 747 que causó la muerte a varios centenares de ciudadanos japoneses. Fue inútil que Nagumo tratase de explicarle a su gobierno que en América no se reaccionaba igual. El abogado de la familia Denton, tan famoso como eficaz, le agradeció al presidente de la compañía sus excusas y señaló, con acritud, que la responsabilidad por aquellas muertes era del dominio público, con lo que venía a simplificar la preparación de sus actuaciones. Iba a ser sólo cuestión de ver en cuánto se cifraba la indemnización. Se rumoreaba que se proponía pedir mil millones de dólares.

La empresa Deerfield Auto Parts estaba en negociaciones con todas las plantas de montaje japonesas. Nagumo sabía que las condiciones que se ofertarían a la compañía de Massachusetts serían sumamente generosas. No obstante, no se recató en referirle, al ministro de Exteriores, el adagio americano de que aquello era «como cerrar la puerta del establo cuando el caballo ya ha escapado». En nada se paliaría así el daño. No sería sino reiterar la culpabilidad, una actitud contraproducente en los medios jurídicos americanos.

La noticia tardó un poco en calar en Japón. Por espantoso que el accidente hubiese sido, afectó a muy pocas personas. Los comentaristas del canal japonés NHK evocaron la tragedia del Boeing 747 para ilustrar que los accidentes ocurrían, que América causó una vez un accidente de características similares, y de una magnitud incomparablemente mayor, que afectó a ciudadanos japoneses. A ojos de los americanos, sin embargo, aquello fue más una justificación que una comparación. Además, se sabía que los ciudadanos americanos que abundaron en el mismo criterio estaban en nóminas japonesas. La cosa se ponía fea. Los periódicos publicaban listas de ex funcionarios del Estado que pasaron a la empresa privada (japonesa); reseñaban la experiencia laboral de cada uno y lo que ganaban antes, y lo comparaban con su trabajo actual y con lo que cobraban. El calificativo más amable que se les aplicaba era el de «mercenarios». El más recurrente era «traidores», sobre todo en boca de sindicalistas y de todo miembro del Congreso con elecciones en puertas.

No había forma de razonar con ellos.

-¿Y qué va a ocurrir, Chris?

Cook dejó su vaso en la mesa, sopesó su propia postura y se lamentó de lo inoportuno que era aquello para él. Que ya había empezado a soltar amarras. Sólo tenía que esperar unos pocos años para poder jubilarse con una pensión superior. Meses atrás, hizo sus cálculos. El verano anterior, Seiji le anunció que, para empezar, ganaría cuatro veces más de sus ingresos netos actuales; que quienes iban a contratarlo eran devotos de los planes de jubilación, y que no iba a perder su pensión americana. De manera que Cook ya había entrado en faena. Por un lado, empezó a mostrarse díscolo con su inmediato superior, y, por otro, a decir a todo aquel que quisiera oírlo que la política comercial de su país la formulaban auténticos imbéciles, sabedor de que sus palabras llegarían más arriba. En una serie de memorias de régimen interior, se decía lo mismo con burocrático comedimiento. Debía preparar el terreno de tal manera que su salida no fuese una sorpresa, para que la atribuyeran a cuestiones de principio, más que a puro afán de lucro. El problema radicaba en que, al proceder así, había acabado con su carrera en el funcionariado. Ascender, ni en sueños. Y si permanecía en el cuerpo, a lo más que podía aspirar era a una embajada en... Sierra Leona. A no ser que le encontrasen un destino en Guinea Ecuatorial (para más chinchar).

Estás comprometido hasta el cuello, se dijo Cook, que respiró hondo y tomó otro sorbo con expresión reflexiva.

-Me parece, Seiji, que vamos a tener que pensar a más largo plazo. La LRC (no podía llamarla allí Ley de Reforma Comercial) se aprobará en menos de dos semanas, y el presidente la firmará. Ya se forman los grupos de trabajo de Justicia y Comercio. Exteriores participará también, por supuesto. Se han cursado telegramas a las embajadas, para que envíen copias de las legislaciones comerciales de cada país.

-¿Y de la nuestra no? -preguntó Nagumo sorprendido.

-Compararán la de ustedes con la de otros países con los que nuestras relaciones comerciales son... menos conflictivas ahora mismo -repuso Cook, que debía cuidar el lenguaje que utilizaba con alguien a quien, en definitiva, necesitaba-. La idea es tener..., bueno, digamos que elementos de comparación con la de ustedes. Sea como fuere, la solución a todo esto llevará tiempo, Seiji.

Que no venía nada mal, se dijo Cook. Contribuiría a la estabilidad en el empleo, por así decirlo..., cuando cambiase de patrón, si es que llegaba a cambiar.

-¿Será usted parte de los grupos de trabajo?

-Probablemente, sí.

-Su ayuda sería valiosísima, Chris -dijo Nagumo con aplomo pero con mayor agilidad mental-. Yo podría ayudarlo a interpretar nuestras leyes... discretamente, por supuesto -añadió, cargando el acento en esta última insinuación.

-La verdad es que no estaba en mis planes quedarme mucho tiempo en «Foggy Bottom», Seiji -señaló Cook-. Tenemos puestos los ojos en una nueva casa y...

-Lo necesitamos a usted donde está, Chris. Necesitamos... Necesito su ayuda para paliar estas desgraciadas circunstancias. Nos enfrentamos a una verdadera emergencia, de graves consecuencias para ambos países.

-Lo comprendo, pero...

¡Dinero!, pensó Nagumo. ¡Con esta gente todo se reduce a dinero! -Puedo disponer la provisión que convenga -dijo, más movido por un exasperado impulso que por algo meditado.

No se percató de lo que acababa de hacer hasta después de decirlo. Aunque, por otro lado, sentía curiosidad por ver cómo reaccionaba Cook.

El subsecretario de Estado tardó unos instantes en reaccionar. Se sentía tan desbordado por los acontecimientos que casi no acertaba a ver lo que implicaba el ofrecimiento.

Cook se limitó a asentir con la cabeza sin ni siquiera mirar a Nagumo a los ojos.

El paso que iba a dar le parecía tan sencillo, en comparación con el primero que dio -revelar información sobre la seguridad nacional-, que no se detuvo a considerar que cometía una flagrante violación de la ley. Acababa de acceder a proporcionar información a un gobierno extranjero a cambio de dinero. Parecía lógico hacerlo, dadas las circunstancias. De verdad les hacía ilusión aquella casa de Potomac y, dentro de nada, tendrían que empezar a rascarse el bolsillo para los estudios universitarios de sus hijos.

La mañanita que les dio el índice Nikkei la iban a recordar mucho tiempo. Bastó eso para que la gente comprendiese lo que Seiji Nagumo sabía ya de sobras: que esta vez no bromeaban. No volvían a emprenderla con el arroz, ni con los ordenadores, ni con los automóviles o sus piezas, ni con instrumentos de telecomunicaciones, ni con teléfonos móviles ni con contratos de construcción. La emprendían con todo a la vez, tras veinte años de resentimiento e indignación contenidos, en parte justificados y en parte no. Pero auténticos, y que acababan de salir a la superficie y de explotar. Al principio, las redacciones de los medios informativos de Tokio no dieron crédito a lo que sus propios corresponsales, en Washington y Nueva York, les decían. Reelaboraban la historia para adaptarla a sus propias conclusiones, hasta que se decidieron a reflexionar por su cuenta y llegaron a otra pasmosa conclusión. La Ley de Reforma Comercial, según pontificaba la prensa hacía sólo dos días, no era sino otro amago, una broma, expresión de unos cuantos desorientados a quienes pone proverbialmente nerviosos el imparable ascenso de nuestro país. Ahora resultaba que era otra

cosa. Ahora era una desafortunadísima medida cuya posibilidad de convertirse en ley no puede descartarse del todo.

El idioma japonés tiene tanta capacidad para transmitir información como cualquier otro. Basta con saber descifrar el código. En América, los titulares son mucho más explícitos. No es más que un reflejo de la indelicadeza de la directa manera de expresarse típica del gaijin. En Japón se habla de un modo más elíptico, pero ¡vaya si se entiende!, y con la misma claridad. Los millones de japoneses que poseen acciones compraban los mismos periódicos, veían las mismas ediciones de los informativos de la mañana y coincidían en las conclusiones. Al llegar a sus lugares de trabajo, cogían los teléfonos y hacían sus llamadas.

El índice Nikkei, que había llegado a superar la cota de los 30 000 yens, cayó a la mitad a principios de los 90, y el equivalente en metálico, de la pérdida de valor del conjunto del mercado bursátil, era superior a toda la deuda de Estados Unidos, un hecho que pasó casi inadvertido en Estados Unidos (aunque no para aquellos que retiraron el dinero de los bancos y lo colocaron en acciones, para intentar obtener algo más que el 2 % anual). Estas personas perdieron una parte sustancial de los ahorros de toda una vida, y no sabían a quién echarle la culpa.

Ah, esta vez no, pensaron todos. Había que realizar y volver a ingresar el dinero en cuentas bancarias -grandes y seguras instituciones financieras que sabían velar por el dinero de sus depositantes-. Por más rácanos que fuesen en el pago de intereses, no perdía uno nada, ¿verdad que no?

Los periodistas occidentales utilizarían expresiones tales como «avalancha vendedora» y «caída en picado», para describir la movida, en cuanto conectasen sus ordenadores. La convulsión, pese a todo, parecía estar controlada. Los grandes bancos comerciales -conspicuos cónyuges de las grandes empresas- cogían el dinero de los depositantes que entraba por una puerta y lo colocaban, por la puerta trasera, en acciones de esas mismas empresas para apuntalar su valor. Y es que no les quedaba realmente otra alternativa. Se vieron obligados a comprar enormes carteras de valores, en un vano intento de hacer frente a la incontenible marea. El índice Nikkei perdió más de un sexto de su valor neto en una sola jornada bursátil, y aunque los analistas proclamasen -confidencialmente- que el mercado estaba enormemente infravalorado en aquellos momentos y que era inevitable un fortísimo reajuste al alza, la gente pensaba otra cosa. En la serena placidez hogareña, se decía que si la legislación americana adquiría rango de ley se esfumaría como la bruma de la mañana el mercado para los productos que su país fabricaba. El proceso no iba a detenerse y todos eran conscientes de ello, aunque nadie lo dijese. Nadie lo sabía mejor que los banqueros.

En Wall Street las cosas eran distintas. Varios sesudos expertos se lamentaron de la interferencia gubernamental en el mercado. Pero en seguida lo repensaron. Porque la verdad es que si los automóviles japoneses tenían dificultades para pasar la inspección aduanera, si el popular Cresta era ahora un coche tan maldito -por el visualizado siniestro- que muy pocos iban a querer comprarlo, se venderían más los coches americanos: y eso era bueno. Era bueno para Detroit -donde se montaban los coches-, y era bueno para Pittsburgh, donde aún se forjaba gran parte del acero. Era bueno para todas las ciudades de América (y de Canadá, y de México) en las que se fabricaban miles de componentes. Era bueno, además, para los obreros que montaban los coches y que fabricaban las piezas, que dispondrían de más dinero para gastar en sus respectivas comarcas. ¿En cuánto podía cifrarse tanta bondad? A ver: el desequilibrio de la balanza comercial con Japón se debía, básicamente, a los automóviles. La hermosa suma de treinta mil millones de dólares podría serle perfectamente inyectada a la economía americana a lo largo de los próximos doce meses. Y, bueno, los tocólogos del mercado necesitaron cosa de cinco segundos para alumbrar la idea de que aquello era buenísimo. Tirando por lo bajo, treinta mil millones de dólares irían a parar a las arcas de las empresas, una masa de capital que, de un modo u otro, se traduciría en beneficios. Por si fuera poco, la mayor recaudación fiscal reduciría el déficit del Estado y las exigencias del Fondo Monetario Internacional, y le abarataría al Estado los bonos de la deuda pública. Que a la

economía americana la venía a ver Dios, vaya. Con el schadenfreude que es de suponer respecto de sus colegas japoneses, con un mal disimulado refocile en el mal ajeno, ya antes de que abriese Wall Street, se frotaban todos las manos ante la previsible gran jornada bursátil.

Y no se equivocaron.

El Grupo Columbus fue el que mejor parado salió. Pocos días antes, compró derechos para una ingente cantidad de emisiones del sector automovilístico, que absorbió buena parte de los 112 puntos de subida del índice Dow Jones.

En Washington, en la sede del Banco Central de la Reserva Federal, había preocupación. Estaban más cerca del sillón presidencial y tenían información, de primera mano, del Ministerio de Hacienda acerca de los efectos de la Ley de Reforma Comercial. Estaba claro que se produciría una temporal escasez de automóviles, hasta que Detroit se adaptase a la nueva situación. Hasta que no cogiesen el ritmo las factorías americanas, se produciría la clásica situación de demasiado dinero en pos de pocos coches. Eso significaba un brote inflacionario. De manera que al cierre de la sesión de Wall Street, el Banco Central anunció una subida de un cuarto de punto en el tipo de descuento (era sólo una medida temporal, dijeron confidencialmente y sin autorizar la fuente). La Cámara de Gobernadores de los Bancos de la Reserva Federal, sin embargo, veía la situación global positiva a largo plazo. Pura miopía por su parte, aunque universal en aquellos momentos.

Incluso antes de que se adoptase aquella decisión, otros hablaban también del futuro. Para la reunión hubo que recurrir a la bañera más grande de los baños públicos, que aquella tarde cerraron para sus otros hacendados clientes. Se prescindió del personal que habitualmente trabajaba en las dependencias. A los clientes los atendería su propio personal que, llegado el momento, también se ausentó. Incluso se excusaron las normales abluciones. Tras un brevísimo intercambio de saludos, se despojaron de chaqueta y corbata y se sentaron en el suelo, resueltos a no perder el tiempo con los preliminares de rigor.

-Mañana será peor -señaló un banquero, que no tenía nada más que decir.

Yamata miró en derredor. Era lo único que podía hacer para no echarse a reír. Los síntomas estaban claros desde hacía cinco años, cuando una de las más importantes empresas automovilísticas rompió el fuego al abandonar su política de empleo fijo. El galope de la economía japonesa cesó en realidad entonces, para quienes hubiesen sabido verlo. Los demás, creyeron que todos los reveses eran puras «oscilaciones coyunturales» -sus términos favoritos para expresarlo-. Sin embargo, su miopía le hacía el juego a Yamata. Lo que para ellos era «el factor sorpresa» de la situación, para Yamata suponía su mejor aliado. Lo más decepcionante, aunque no sorprendente, era que pocos de quienes se encontraban allí veían claro. Casi todos ellos se contaban entre los más firmes aliados de Yamata.

Esto no significaba que ni él ni los demás fuesen inmunes a la adversidad que había elevado al 5 % la tasa de desempleo, sino, simplemente, que paliaron los efectos con medidas cuidadosamente estudiadas. Unas medidas que, sin embargo, bastaron para que quienes las adoptaron apareciesen como modelos de perspicacia.

-Hay un adagio de la revolución americana -señaló amargamente uno de ellos, que tenía fama de intelectualoide-. Creo que lo dijo Benjamin Franklin: «O nos colgamos todos del brazo, o nos colgarán por separado.» Si no nos mantenemos unidos, amigos míos, nos hundirán a todos.

-Y a nuestro país con nosotros -añadió el banquero, con el agradecido asentimiento de Yamata.

-¿Recuerdan cuando ellos nos necesitaron? -preguntó Yamata-. Usaron nuestras bases para pararles los pies a los rusos, para apoyar a los coreanos, para el mantenimiento de su flota. Bien, amigos míos, ¿para qué nos necesitan ahora?

-Sí, somos ahora nosotros quienes los necesitamos -señaló Matsuda.

-No faltaba más, Kozo -replicó Yamata con acritud-. Los necesitamos mucho para arruinar nuestra economía nacional, para destruir a nuestro pueblo y a nuestra cultura, para reducir a nuestra nación al vasallaje y postrarla ante ellos... ¡otra vez!

-No hay tiempo para eso Yamata-san -terció en tono amable el presidente de otra corporación-. Lo que propuso usted en la última reunión era demasiado audaz y peligroso.

-Fui yo quien pidió la reunión -señaló Matsuda con dignidad. -Perdone, Kozo -dijo Yamata con una leve inclinación de cabeza.

-Son tiempos difíciles, Raizo -dijo Matsuda, que aceptó de buen grado la disculpa-. Cada vez me siento más inclinado a verlo como usted -añadió.

Yamata respiró hondo, furioso consigo mismo por no haber interpretado bien la actitud de Matsuda. Kozo tiene razón. Son tiempos difíciles.

-Por favor, amigo mío, díganos cómo lo ve usted -le invitó a Matsuda.

-Necesitamos a los americanos... u otra cosa...

Todos, menos uno, bajaron la vista. Yamata leyó la expresión de sus rostros. Aunque sin dar rienda suelta a su entusiasmo, se alegró de ver lo que deseaba ver en ellos. Ya no era realmente un deseo ni una quimera. Era real.

-Lo que deberemos considerar ahora es algo muy serio, un enorme riesgo. Pero es un riesgo que me temo que tendremos que correr.

-¿De verdad podemos conseguirlo? -preguntó un banquero que estaba al borde de la desesperación.

-Sí -repuso Yamata-. Podemos conseguirlo. El riesgo existe, por supuesto. No lo descarto. Sin embargo, son muchos los factores a nuestro favor.

Expuso los hechos de modo escueto. Sorprendentemente, sus criterios no encontraron oposición esta vez. Preguntas las hubo; muchas, e interminables; preguntas que Yamata estaba preparado para con-testar. Pero en esta ocasión no le plantearon verdaderas objeciones. Más de uno debía de estar preocupado, incluso aterrado, pero lo fundamental, como Yamata vio claro, es que estaban aún más aterrorizados por lo que sabían que iba a ocurrir por la mañana, y al día siguiente, y al otro. Veían el fin de su prosperidad, de sus ganancias, de su prestigio personal. A eso le temían más que a nada. Su país estaba en deuda con ellos por todo lo que habían logrado, por la larga escalada hacia la cumbre del mundo económico, por todo su trabajo y diligencia, por las acertadas decisiones adoptadas. Y se tomó la de-cisión. No con entusiasmo, pero servía igual.

Lo primero que tuvo que hacer Mancuso por la mañana fue despachar órdenes. El Ashville y el Charlotte deberían interrumpir aquella labor tan maravillosamente útil (seguir ballenas por el golfo de Alaska) para participar en las maniobras DATELINE PARTNERS, junto al John Stennis y al Enterprise, y a los miles de hombres de sus dotaciones. Las maniobras estaban programadas desde hacía meses, por su-puesto. Fue una afortunada coincidencia que el guión de la Historia no fuese del todo ajeno al objeto de aquellas maniobras en las que participaría media flota del Pacífico. El día 27, dos semanas después de las maniobras, el Stennis y el Big-E enfilarían rumbo suroeste, hacia el océano Índico. Sólo harían una escala de cortesía en Singapur, y zarparían de inmediato para relevar al Ike y al Abe.

-Es que ahora nos superan en número -señaló el comandante Wally Chambers (con empleo de capitán).

Meses antes renunció al mando del Key West, y Mancuso le pidió que fuera su comandante.

El traslado a Honolulú desde Groton, en donde Chambers confiaba en otro destino brillante, no hirió su orgullo. Diez años antes, Wally pudo aspirar perfectamente a buques nodriza, de escolta, e incluso a una escuadra. Pero no quedaban escoltas, nodrizas sólo tres, y el mando de escuadras estaba cubierto. De manera que Chambers tenía que hacer tiempo,

hasta que le tocase el turno y, entretanto, Mancuso lo quería con él. No era infrecuente que altos oficiales de la Armada tuviesen destino con empleo de inferior graduación.

El almirante Mancuso alzó la vista, más por asentir que por sorprenderse. Wally tenía razón. La Armada japonesa tenía veintiocho submarinos convencionales SSK, y él sólo tenía diecinueve.

-¿Cuántos en el mar? -preguntó Bart, para hacerse una idea de cuál era su ciclo operativo (siempre tenía que haber unos en puerto para mantenimiento y avituallamiento).

-Veintidós, por lo que vi ayer. Y ojo, almirante, que en las maniobras participan diez, incluyendo todos los Harushios. De acuerdo a las informaciones de Inteligencia de la flota, nos aprietan las clavijas -dijo Chambers, que echó el cuerpo hacia atrás y se acarició el bigote. Se lo había dejado porque tenía el rostro aniñado, y un capitán no podía parecer un muchacho. El problema era que le irritaba.

-Todos me dicen que son bastante buenos -señaló el almirante.

-¿Aún no les ha echado un vistazo? -preguntó el capitán.

-Participarán en las maniobras del próximo verano -contestó Mancuso meneando la cabeza.

Pues ojalá sean de verdad bastante buenos, pensó Chambers. Cinco de los submarinos de Mancuso participaban en las maniobras. Tres navegarían junto al grupo de combate de los portaaviones, con el Ashville y el Charlotte en misiones independientes, que no eran en absoluto independientes. Realizarían un simulacro contra cuatro submarinos japoneses, a quinientas millas al noroeste del atolón Kure: los cazas tratarían de romper la barrera de la patrulla submarina japonesa.

Las maniobras eran muy similares a las que pensaban llevar a cabo en el océano Índico. La Armada japonesa, que esencialmente la formaban destructores, fragatas y submarinos convencionales, intentaría resistir el avance de dos portaaviones y sus grupos de combate.

Su misión consistía en morir heroicamente (algo que, históricamente, se les daba muy bien a los japoneses, se decía Mancuso con una mefistofélica sonrisa), aunque no sin vender muy cara su derrota. Deberían apurar todas las posibilidades, aguzar su ingenio al máximo, para infiltrarse con sus latas de sardina en los grupos de combate, y lanzar sus misiles Harpoon tierra-tierra. Sus más modernos destructores tendrían la oportunidad de sobrevivir. Sobre todo los Kongos, que eran unidades excelentes, réplica japonesa del americano Arleigh Burke, con sistema radar/misil Aegis. Eran barcos muy caros que llevaban nombres de sus antecesores de la segunda guerra mundial. El primer Kongo fue víctima del submarino americano Sealion 11, si Mancuso no recordaba mal. También los americanos bautizaron Sealion a los pocos submarinos nuevos asignados a la flota del Atlántico. Mancuso no tenía aún bajo su mando ninguna unidad del modernísimo Seawolf. De manera que los aviadores tendrían que arreglárselas como pudieran para hacer frente a unidades dotadas de sistema Aegis, que no era como para dar saltos de alegría.

En conjunto, sería un buen ejercicio para la 7ª Flota. Lo necesitaban. Lo de que los hindúes estaban inquietos no era una broma. Tenía en aquellos momentos a siete de sus unidades operando en la zona, al mando de Mike Dubro. Estas unidades, y las asignadas a las maniobras DATELINE PARTNERS, eran todas las unidades operativas de que disponía. Había que ver en qué había quedado tanto poderío, se decía Mancuso. Pues, bueno, en lo que solía quedar siempre, al fin y a la postre.

El procedimiento para el contacto no era muy distinto al del ritual nupcial de los cisnes. Se iba a un lugar concreto a una hora concreta. En este caso, con un periódico doblado (no arrollado) en la mano izquierda. Se miraba un escaparate: una enorme colección de cámaras y aparatos electrónicos de uso doméstico. Como haría en su primer viaje a Japón cualquier ruso, maravillado de la ingente variedad de productos al alcance de todo aquel que dispusiera de divisas fuertes para gastar. Si lo seguían -algo posible, aunque muy improbable-daría la

impresión de absoluta normalidad. Y, bien, como estaba previsto, a la hora exacta, alguien tropezó con él.

-Perdone -le dijeron en inglés.

Algo normal también, pues la persona a quien sin querer acababa de embestir era sin duda un gaijin.

-No ha sido nada -repuso Clark con marcado acento, sin mirarlo.

-¿Por primera vez en Japón?

-No, por primera vez en Tokio.

-De acuerdo. Todo bien -dijo la persona en cuestión, que de nuevo fingió tropezar con él calle abajo.

Clark aguardó los cuatro o cinco minutos de rigor antes de seguir. Era un latazo, pero necesario. Japón no era territorio enemigo. Su misión no era como las que realizó en Leningrado (para Clark nunca cambiaría el nombre de aquella ciudad, de la que procedía su acento ruso) o en Moscú. Pero lo más seguro era proceder como si de territorio enemigo se tratase. Aunque se alegraba de que no lo fuera. Había tantos extranjeros en la ciudad que la policía japonesa se habría vuelto loca si hubiese pretendido seguirlos a todos.

Era verdad que estaba por primera vez allí, aparte de cambios de avión y de pernoctaciones en el propio aeropuerto, que no contaban. Nunca había visto calles tan atestadas, ni siquiera en Nueva York. Lo ponía nervioso llevar tanto rato a pie. No hay nada peor, para un agente secreto, que no poder pasar inadvertido. Su 1,85 m lo delataba, pues era visible a una manzana de distancia. Y vaya si era así, se dijo Clark. Lo más sorprendente era que le cedían el paso, sobre todo las mujeres. Los niños se cohibían ante su presencia, como si Gozilla hubiese regresado para destruir su ciudad. De modo que era cierto. Lo había oído contar, aunque sin darle crédito. Peludos bárbaros. Lo curioso es que nunca me he visto así, se dijo John al entrar en Mc-Donald's. Como era la hora del almuerzo, estaba a rebosar. Al volver la cabeza reparó en que tendría que compartir mesa con otro. Mary Pat tenía razón, pensó. Nomuri es bueno.

-Bien. ¿Qué hay del asunto? -preguntó Clark entre el bullicio del local.

-Lo he identificado, y también el edificio en el que vive.

-Qué rapidez.

-No ha sido muy difícil. El servicio de seguridad de nuestro amigo no tiene ni zorra idea de contravigilancia.

Además, pensó Clark, tú tienes su misma pinta, con la tensa y agobiada expresión del ejecutivo que sale a tragarse el almuerzo para correr de nuevo a su despacho.

La verdad es que, en ese sentido, un agente no tenía que fingir mucho. Parecer tenso era lo más fácil del mundo para un activista. Lo difícil, tal como les insistían en la Granja, era aparentar tranquilidad.

-Bien. Entonces todo lo que tengo que hacer es pedir autorización para... pasar a recogerla.

Entre otras cosas.

Nomuri no estaba autorizado a saber cuál era su cometido en la operación CARDO. John se preguntaba si cambiarían las instrucciones en este sentido.

-Sayonara -dijo Nomuri al despedirse, mientras Clark atacaba su tazón de arroz.

No está mal. El chico no pierde el tiempo, pensó. ¿Un tazón de arroz blanco en McDonald's?, pensó después.

Los documentos que tenía en su mesa no tenían que ver, en absoluto, con su desempeño de la Presidencia, pero muchísimo con su permanencia en el cargo. Por eso estaban encima del montón a despachar. El tirón «al alza» de su índice de popularidad era... elocuente, pensó Durling. De los votantes potenciales -que era de los que de verdad se debía preocupar- había un 10 % más que aprobaban su política, con respecto a la semana anterior, aumento porcentual que abarcaba política exterior e interior. Venía a ser como cuando un escolar lleva

a casa muy buenas notas ante unos incrédulos padres. Y ese 10 % era sólo el comienzo, opinaba el jefe de sus campañas electorales, ya que las consecuencias de los cambios en su política tardarían aún un poco en ser asimilados. Los «tres grandes» de la industria automovilística ya especulaban, públicamente, sobre la posibilidad de volver a contratar a los setecientos mil obreros despedidos en las últimas décadas -y eso sólo referido a los obreros de las plantas de montaje-. Además, había que contar con los trabajadores de empresas que fabricaban piezas, neumáticos, cristales, baterías... Eso podía empezar a revitalizar las aglomeraciones industriales del norte de Estados Unidos, y en ese superindustrializado norte había muchos votos electorales.

Lo que era obvio, o debió de serlo, era que la cosa no iba a limitarse al sector del automóvil. Era imposible. El Sindicato Unificado del Automóvil ansiaba recuperar miles de afiliados con cuota de pago. El sindicato del sector eléctrico (y puede que también el de medios audiovisuales) no le iría muy a la zaga, aparte de que muchos otros sindicatos menores empezaban a considerar qué parte de la tarta podría corresponderles. Aunque muy sencilla en su concepción, la Ley de Reforma Comercial representaba, como ocurre a menudo con los conceptos sencillos, un profundo cambio en los usos comerciales de Estados Unidos. El presidente Durling creyó haber comprendido este concepto, pero el teléfono de su despacho no tardaría en sonar. Al mirarlo, sabía ya qué voces oiría, y no hacía falta mucha imaginación para adivinar qué le dirían, qué argumentarían y que le prometerían. Y podía verse inducido a aceptar las promesas.

Nunca se propuso llegar a ser presidente de los Estados Unidos, a diferencia de Bob Fowler, que planificó toda su vida para lograr ese objetivo, hasta el punto de que ni siquiera la muerte de su primera esposa le hizo interrumpir sus quehaceres. A todo lo que había aspirado Durling era a ser gobernador de California. Y cuando le propusieron ir en el ticket con Fowler como vicepresidente, lo aceptó más por patriotismo que por otra cosa. No se lo dijo nunca así ni siquiera a sus más íntimos colaboradores. Porque el patriotismo era algo passé en el moderno mundo político. Pero así es como Roger Durling lo interiorizó. No perdía de vista que el ciudadano de a pie tenía un nombre y un rostro; que muchos de ellos murieron a sus órdenes en Vietnam, y que debía hacer por ellos lo mejor.

¿Qué era lo mejor?, se preguntaba, como tantas otras veces. El «síndrome del despacho Oval» seguía siendo el de la soledad. Por allí desfilaban todo tipo de personas: desde jefes de gobierno extranjeros hasta escolares que habían ganado un concurso de redacción. Pero, luego, todos se marchaban, y el presidente volvía a quedarse a solas con su deber. El juramento que prestó estaba vacío de significado, de puro sencillo: «Cumplir fielmente las obligaciones del cargo de... a mi más leal saber y entender; velar, proteger y defender...» Hermosas palabras, pero ¿qué significaban? Quizá el presidente Madison y los demás creyeron saberlo. Quizá incluso antes, en 1789, lo hubiesen sabido todos también -se sobreentendía-. De eso hacía más de dos siglos y no se les ocurrió escribirlo como guía para futuras generaciones.

Lo peor era que siempre sobraba gente dispuesta a decirte lo que creían que significaban tales palabras, y como uno accediese a sumar los consejos, 2 y 2 terminaban por dar 7. Los sindicatos y la patronal, consumidores y fabricantes, contribuyentes y agentes presupuestarios. Todo y todos tenían sus necesidades, sus agendas, sus argumentos y sesudos consejeros que los ayudaban a plantearlos. Lo que era para echarse a temblar es que resultaban, de un modo u otro, coherentes, hasta tal punto que muchos llegaban a convencerse de que 2 y 2 eran realmente 7. Terminabas por anunciar, tal cual, el resultado de esa suma, y todo el mundo te decía que era demasiado, que el país no podía subvenir a los intereses específicos de los otros grupos.

Encima, si querías conseguir algo, tenías que sentarte en aquel sillón y, una vez ahí, seguir ahí. Y eso significaba hacer promesas, y cumplirlas. Por lo menos algunas. Y en esa dinámica, el país terminaba por confundirse, y la Constitución con él, aunque en el curso de la jornada uno velase, protegiese y defendiese..., ¿qué?

Ya decía yo que nunca quise el cargo, exclamaba para sí el presidente Durling, allí en su soledad del corredor de fondo, por así decirlo, analizando otra toma de postura. Fue todo un puro azar. Bob Fowler necesitaba ganar en California, y Durling tenía la llave, un joven y carismático gobernador que, daba la casualidad, era de su mismo partido. Ahora era presidente de los Estados Unidos y temía que el cargo le viniese grande. La triste verdad era que hombre alguno tenía la capacidad intelectual para, siquiera, entender de todos los temas que el presidente se veía obligado a despachar. Economía, por ejemplo, que probablemente era lo más importante, una vez que la Unión Soviética había desaparecido de la escena, era un campo en el que sus propios expertos eran incapaces de ponerse de acuerdo sobre unas pocas reglas que cualquier hombre medianamente inteligente comprendería.

Bueno, por lo menos de política de empleo entendía. Era mejor que hubiese trabajo que no lo hubiera. Así, por lo llano, a un país le convenía fabricar los productos que necesitaba, en lugar de dejar que el dinero saliese al extranjero para que los fabricasen los obreros de otro país. Este era un principio que comprendía y, mejor aún, un principio que podía explicar a los demás. Y como las personas a quienes había de dirigirse eran también americanos, probablemente estarían de acuerdo. Las centrales sindicales estarían de enhorabuena. La patronal también. ¿Acaso no era una buena política aquella que satisfacía a ambas partes por igual? ¿Tenía que serlo, no?

¿Satisfaría también a los economistas, verdad? Además, estaba convencido de que el obrero americano era tan bueno como el mejor, dispuesto a entrar en leal competencia con cualquiera. Y a eso tendía su política en definitiva... ¿verdad que sí?

Durling ladeó el cuerpo en su carísimo sillón giratorio y miró a través del grueso ventanal hacia Washington Monument. Para George debió de ser mucho más fácil. Claro que, como fue el primero, tuvo que vérselas con la rebelión del Whiskey (que en los libros de Historia no daba la impresión de haber sido tan grave) y tuvo que sentar las pautas para los presidentes que siguieran. Los únicos impuestos que entonces se recaudaban eran los arancelarios y los «de lujo», que gravaban ciertos productos nacionales de amplio consumo -impopulares y regresivos para la sociedad actual, pero que tenían por objeto desalentar las importaciones e «infligir» un impuesto de castigo a quienes bebían demasiado-. Durling no se proponía detener las importaciones, sino, simplemente, imponer el juego limpio. Desde la época de Nixon, los gobiernos de los Estados Unidos claudicaron ante aquella gente. Primero, porque necesitábamos sus bases (¡como si Japón estuviese dispuesto a una alianza con sus antiguos enemigos!). Luego, porque... ¿Por qué? ¿Porque resultaba conveniente? ¿Lo sabía de verdad alguien? Bueno, pues ahora las cosas iban a cambiar. Y todo el mundo sabría por qué.

O, mejor dicho, se corrigió Durling, creerían saberlo. Quizá sólo los más escépticos adivinasen la verdadera razón. Y todos estarían, en parte, en lo cierto.

El despacho del primer ministro, en el edificio de la Dieta japonesa -una feísima mole en una ciudad que no es precisamente muy celebrada por la belleza de su arquitectura-, daba a un espacio verde. Pero el hombre que se sentaba en su también carísimo sillón giratorio no apreciaba la vista ni poco ni mucho. No tardaría en estar entre aquella verdura, mirando hacia el interior.

Treinta años, pensaba. Pudo haber sido, perfectamente, muy distinto. Cuando aún no había cumplido los treinta, ya le habían ofrecido, en más de una ocasión, un cómodo puesto en el por entonces gobernante Partido Liberal Democrático, que le garantizaba la escalada. Su inteligencia era ya manifiesta para todos, especialmente para sus enemigos políticos. De ahí que se le acercasen del modo más amistoso, que apelasen a su patriotismo y a su visión de futuro respecto del país, para que utilizase esa visión y la enarbolase ante su joven e idealista mirada. Llevaría tiempo, le decían. Pero algún día tendría la oportunidad de sentarse en aquel mismo sillón de aquel mismo despacho. Garantizado. Todo lo que tenía que hacer era pasar la pelota, formar parte del equipo, jugar para el equipo...

Aún recordaba su respuesta, siempre idéntica, expresada con el mismo tono de voz, con las mismas palabras. Hasta que se convencían de que era inútil insistir y lo dejaban para más adelante, con expresión contrariada, sin acabar de comprender por qué.

Todo lo que él quería era que Japón fuese una verdadera democracia, y no un país gobernado por un solo partido que, a su vez, estaba en manos de un reducido grupo de hombres poderosos. Incluso treinta años atrás, los síntomas de corrupción eran claros para quien tuviese ojos. Sin embargo, los votantes, la gente corriente, con dos milenios de sumisión a la espalda, lo aceptaba tal cual, porque las raíces de la verdadera democracia habían arraigado allí tan poco como las de la planta del arroz en el arrozal. Esa era la más monumental de las mentiras, tan monumental que no sólo la creían todos los japoneses sino el resto del mundo. En realidad, la cultura de su país no habría cambiado. Bueno, sí, había cambios de orden doméstico, por así decirlo. Ahora, las mujeres podían votar, pero, al igual que las mujeres de todo el mundo, votaban con un ojo en el monedero, igual que los hombres, y, al igual que ellos, eran parte de una cultura que exigía, a todos, un tipo u otro de acatamiento. Lo que venía de «arriba» debía ser aceptado y, debido a ello, sus ciudadanos eran fácilmente manipulables.

Para el primer ministro, lo más amargo era que llegó a creer que podría cambiar tal estado de cosas. Su verdadera ambición, aunque no lo reconociese ante nadie, era cambiar su país de arriba abajo. La verdad es que, bien mirada, su pasada «grandeza» brillaba por su ausencia. Al sacar a la luz y machacar la corrupción de los servidores del Estado, pretendía que el pueblo llano viese que los de «arriba» carecían de la altura de la que se arrogaban; que el ciudadano corriente tuviese el honor, la honestidad y la inteligencia de elegir su propio camino en la vida, y un gobierno que respondiese más específicamente a sus necesidades.

¡Y te lo creías, imbécil!, se reprochaba mientras miraba el teléfono. Claro que, al fin y al cabo, los sueños y el idealismo de la juventud estaban destinados a una dura muerte. Era lo que siempre había visto, y nada había cambiado. Sólo que ahora sabía que tales sueños no estaban nunca al alcance de un hombre, ni de una generación. Ahora sabía que para propiciar un cambio necesitaba estabilidad económica interna, y que la estabilidad dependía del «viejo orden», y que el viejo sistema estaba corrupto. La gran ironía era que él accedió al cargo a causa de las fallas del viejo sistema y, sin embargo, necesitaba restablecerlo para poder barrerlo. Eso era lo que no acabó de entender. El viejo sistema le había apretado demasiado las clavijas a los americanos; había logrado para su país unos beneficios que superaban lo que la Sociedad del Dragón Negro hubiese soñado jamás. Al reaccionar los americanos, en unos aspectos con razón y con justicia y, bien, en otros sin razón y con malas intenciones, se crearon las condiciones para su ascenso político. Pero los votantes que le permitieron mantener unida su coalición esperaban que mejorase su suerte, y de prisa, de tal manera que no podía, fácilmente, hacerles a los americanos más concesiones, que agravarían las dificultades económicas de su país. De ahí que, por un lado, practicase el obstruccionismo y, por el otro, negociase, hasta convencerse de que no era posible hacer ambas cosas a un tiempo. No había hombre capaz de semejantes juegos malabares.

Y sus enemigos lo sabían. Lo sabían desde que, tres años atrás, entró en coalición. Y aguardaban con paciencia a que se hundiesen, él y sus ideales. No cabía dudar del resultado de las medidas americanas. Era sólo cuestión de a qué ritmo.

¿Estaría aún a tiempo de remediarlo? Con sólo coger el teléfono, podía llamar a Roger Durling y apelar, personalmente, por la desestimación de la nueva ley americana y por la apertura de rápidas negociaciones. Pero no funcionaría, ¿verdad que no? Durling perdería mucho crédito de hacer algo semejante. Aunque los americanos creyesen que «esas cosas» eran exclusivas de los japoneses, la pérdida de prestigio le afectaba a él tanto como a cualquiera. Lo más grave es que Durling no creería en la sinceridad de sus palabras. El ambiente estaba tan envenenado, a causa de una generación de negociadores de mala fe, que no había ninguna razón para que los americanos supusieran que las cosas iban a ser ahora distintas (y la verdad sea dicha es que tampoco él podía garantizarlo). Su coalición

parlamentaria no resistiría, tras las concesiones que se vería obligado a hacer. Estaban en juego los puestos de trabajo y, con una tasa de desempleo que se situaba por encima del récord histórico del 5 %, carecía de la fuerza política necesaria para arriesgarse a que subiese más. De modo que, al no poder sobrevivir a las consecuencias políticas de semejante ofrecimiento, sucedería algo peor, a lo que tampoco sobreviviría. Así las cosas, sólo cabía preguntarse si destrozaba su carrera política o dejaba que alguien lo hiciese por él. ¿Qué era peor? No lo sabía.

Lo que sí sabía es que era incapaz de hacerle aquella llamada a su homólogo americano. Era consciente de que habría sido tan inútil como su propia carrera política. El libro estaba prácticamente terminado. El capítulo final... que lo escribiese otro.

11. Cambio en el mar

La Ley de Reforma Comercial tenía ya el apoyo de doscientos congresistas. Las sesiones de las comisiones fueron desusadamente breves, en gran parte porque muy pocos se atrevían a objetarla. Se dio la reveladora circunstancia de que una importantísima empresa de relaciones públicas de Washington denunció su contrato con un grupo japonés y, como, a fin de cuentas, se trataba de una empresa de relaciones públicas, difundió un anuncio en el que comunicaba que se ponía fin a una relación de catorce años. El efecto de la noticia, unido a lo de Oak Ridge y al comentadísimo revolcón que Alan Trent le dio por televisión al americano que asesoraba a extranjeros, les creó una situación muy incómoda a aquellos que trabajaban para empresas extranjeras, que hacían antesala en dependencias del Congreso. Los consejeros de empresas extranjeras no pusieron obstáculos a la ley. Como un solo hombre, se limitaron a informar a sus empresas que, sencillamente, era imposible que la ley no fuese aprobada; que no era factible introducir cambios que la desnaturalizasen, y que lo único que cabía hacer era dar tiempo al tiempo y capear el temporal. Más adelante, sus amigos del Congreso podrían volver a apoyarlos. De momento, no.

¿De momento no? La cínica definición del buen político era la misma en Japón que en América: funcionario público que, una vez comprado, seguía comprado. Los empresarios pensaban en el dinero distribuido para tanta campaña política; en las mediocres cenas de a mil dólares por barba, ofrecidas por (en realidad, para) las filiales americanas de sus multinacionales; los «golferos» fines de semana; los entretenidos viajes de investigación a Japón y otros países; los contactos personales..., total, para que nada de todo eso importase lo más mínimo cuando de verdad importaba. Que América no era Japón, en definitiva. Sus legisladores no se sentían en la obligación de corresponder, y los consejeros de las multinacionales -asimismo comprados y pagados- les decían que no había nada que hacer. ¿Para qué gastaron aquel dinero entonces?

¿Dar tiempo al tiempo? Eso estaría muy bien para decirlo, siempre y cuando las perspectivas inmediatas fuesen halagüeñas y no caóticas. Las circunstancias le permitieron a Japón dar tiempo al tiempo durante cuarenta años. Pero la conseja ya no servía. El miércoles 4, el día que la Ley de Reforma Comercial recibió la luz verde de las comisiones, el índice Nikkei cayó a 12 841 yens, situándose en apenas un tercio de su nivel de no hacía muchos años.

Y cundió el pánico en Japón.

Ciruelos en flor. En el burdel
visten nuevos pañuelos.

A lo mejor resultaba poético en japonés -era un famoso haiku-, pero a ver qué leche significará eso traducido, pensó Clark. Por lo menos para él no significaba nada, aunque en aquel hombre parecía hacer un notable efecto.

-Oleg Yurievich le envía sus saludos -añadió Clark.

-Ah, hace ya mucho tiempo -balbució su interlocutor tras cuatro o cinco segundos de bien disimulado pánico.

-Las cosas se han puesto difíciles en mi país -dijo Clark con cierto énfasis.

Isamu Kimura era un alto funcionario del Ministerio de Industria y Comercio Internacionales, el MICI, que era algo así como «Japón Sociedad Anónima». Debido a su cargo, tenía mucho contacto con extranjeros, sobre todo con periodistas. De manera que aceptó la invitación de «Iván Sergeievich Klerk», recién llegado a Japón desde Moscú, con su fotógrafo, que andaba por ahí tirando de carrete.

-Parece que también se han puesto difíciles las cosas en su país -añadió Clark.

A ver cómo reacciona, pensó John. Tendría que ser un poco duro con él. Quizá no le sedujese la idea de volver a la red después de dos años sin contacto. En tales casos, la política del KGB era dejar claro que una vez que te tenían no te soltaban. La política de la CIA era la misma, por supuesto.

-Es una pesadilla -dijo Kimura tras reflexionarlo unos instantes y tomar un buen sorbo de sake.

-Si cree que los americanos son difíciles, para qué le cuento los rusos. El país en el que crecí, que me alimentó y me educó... ya no existe. ¿Se hará cargo de que no tengo más que el trabajo de Interfax para salir adelante? Ni siquiera puedo trabajar a tiempo completo -dijo Clark con amargura, a la vez que vaciaba su copita de sake.

-Su inglés es excelente.

El «ruso» aceptó cortésmente el cumplido. Interpretó la observación como una rendición por parte del hombre que tenía al otro lado de la mesa.

-Gracias. Trabajé durante años en Nueva York. Cubría las noticias de las Naciones Unidas para Pravda. Entre otras cosas.

-¿De verdad? -dijo Kimura-. ¿Qué sabe de economía y política americanas?

-Me especialicé en comercio. Las nuevas circunstancias que se dan en el mundo me inducen a centrarme en ello, aún con mayor dedicación, y sus servicios son muy valorados por mi país. En adelante podremos recompensarlo mejor que antes, amigo mío.

-No tengo tiempo ahora para eso -dijo Kimura-. Por obvias razones, hay gran confusión en mi departamento en estos momentos.

-Lo comprendo. Esta entrevista es a modo de una simple toma de contacto. No vamos a pedirle nada de inmediato.

-Y ¿cómo está Oleg? -preguntó el japonés.

-Ahora se da buena vida. Tiene un cómodo cargo, gracias a los servicios que ustedes le prestaron.

Lo que no era en absoluto falso, porque Lyalin estaba vivo, tras librarse, por los pelos, del tiro en la nuca en el sótano de la Jefatura del KGB. Aquél era el hombre que le dio a Lyalin la información que los llevó a México. Era una lástima, pensaba Clark, que Lyalin no pudiese darle, personalmente, las gracias por su contribución a evitar una guerra nuclear.

-Lo que sí puedo preguntarle, como periodista, es hasta qué punto es grave la situación con América. Que algo he de enviar a la redacción, comprenda usted.

Isamu Kimura bajó la vista. Su respuesta iba a sorprenderle casi tanto como la vehemencia de su tono.

-Podría arruinarnos -contestó.

-¿Tan grave es? -dijo «Klerk», que sacó su bloc de notas, como todo buen periodista, y lo miró con perplejidad.

-Provocará una guerra comercial -repuso el japonés, que difícilmente podía contestar otra cosa.

-Semejante guerra perjudicaría a ambos países por igual, ¿no cree? -replicó Clark, que oía esa misma opinión tantas veces que había terminado por creérsela.

-Hace años que decimos la misma mentira. Así de simple.

Kimura se extendió para argumentar su afirmación. Daba por sentado que el ruso necesitaba aprender las realidades de la vida... en el capitalismo. Y estaba en lo cierto, aunque era un americano quien necesitaba su lección.

-Precisamos su mercado para vender nuestros productos manufacturados. ¿Sabe lo que significa una guerra comercial? Significa dejar de comprar nuestros productos manufacturados y no gastar dinero en ellos. Ese dinero irá a parar a sus industrias, a las que, en cierto modo, hemos enseñado a ser más eficientes. Esas industrias crecerán y prosperarán, siguiendo nuestro ejemplo, y al hacerlo así, recuperarán cuota de mercado en zonas que nosotros dominamos desde hace veinte años. Si perdemos nuestra implantación en el mercado, puede que nunca volvamos a recuperarla.

-¿Y por qué? -preguntó Clark, que garabateaba notas con gran celeridad, realmente interesado en el tema.

-Al entrar en el mercado americano, el yen valía la tercera parte de lo que hoy vale. Esto nos permitía ser muy competitivos en nuestros precios. Luego, paralelamente a nuestra implantación en el mercado americano, conseguimos prestigio. Pudimos elevar nuestros precios sin perder nuestra cuota de mercado, e incluso la aumentamos en muchas zonas a pesar del creciente valor del yen. Conseguir hoy lo mismo sería muchísimo más difícil.

-Pero ¿podrán ellos cubrir, con sus productos, todos los huecos que dejen ustedes en el mercado? -dijo Clark, que pensó que aquélla era una noticia excelente.

-¿Contando con sus propios obreros? ¿Producirlo todo ellos? Probablemente no. Ni tienen por qué. El año pasado, los automóviles y productos de la industria auxiliar constituyeron el sesenta y uno por ciento de nuestro comercio con Estados Unidos. Los americanos saben fabricar coches, y lo que no sabían se lo hemos enseñado nosotros -dijo Kimura, que se inclinó hacia adelante-. En otros sectores, en el de aparatos fotográficos, por ejemplo, muchos productos se fabrican en terceros países: Singapur, Corea, Malaysia. Y lo mismo ocurre con la electrónica de uso doméstico. La verdad, Klerk-san, es que nadie entiende lo que ocurre.

-¿Tan graves perjuicios pueden causarles los americanos? ¿Es posible?¡Joder!, exclamó Clark para sí. ¡A ver si iba a resultar verdad!

-Es más que posible. Mi país no afrontaba algo tan catastrófico desde 1941.

Fue una afirmación espontánea, pero Kimura se percató de lo atinada que era nada más hacerla.

-No puedo decir algo así en un reportaje. Es demasiado alarmista.

-No se lo he dicho para que lo publique -dijo Kimura alzando la vista-. Sé que su agencia tiene contactos con los americanos. Es bueno que así sea. A nosotros no nos escuchan. Quizá los escuchen a ustedes. Nos aprietan demasiado. Los zaibatsu están realmente desesperados. Ha ido todo demasiado rápido y demasiado lejos. ¿Cómo reaccionaría su país a semejante ataque a su economía?

Clark echó el cuerpo hacia atrás, ladeó la cabeza y entornó los párpados, como haría un ruso. El contacto inicial con Kimura no tenía por objeto recabar sustancial información reservada. Pero allí estaba. Y aunque no contaba con ello, Clark optó por seguir la onda. Aquel hombre era una fuente de primer orden, tanto más a causa de su desesperación. Daba la impresión de ser un funcionario eficiente y entregado a su trabajo. Por triste que fuese, así era como se operaba en el mundo de los servicios de inteligencia.

-Ellos nos lo hicieron a nosotros en los ochenta. El aumento de su arsenal, el insensato plan para llevar los sistemas de defensa al espacio, la implacable táctica del presidente Reagan de llevar las cosas al borde del precipicio... ¿Sabía usted que cuando estuve en Nueva York, participé en el proyecto RYAN? Creímos que tenían planes para atacarnos. Durante un año traté de hacerme con esos planes...

LIbrodot

El coronel I. S. Klerk del Servicio de Inteligencia ruso adoptaba ahora plenamente su falsa identidad. Se expresaba como lo haría un ruso, con aplomo, con tranquilidad, casi pedagógicamente.

-... Pero lo buscábamos en el lugar equivocado. Lo teníamos delante de nuestras narices y no lo veíamos. Nos obligaron a gastar exageradamente, y nos hicieron trizas la economía. El mariscal Ogarkov arreciaba en sus arengas, para que se le exigiese más a nuestra economía y los americanos no se nos despegasen. La economía no daba más de sí. Para responder sucintamente a su pregunta, Isamu, no nos dejaron otra alternativa que la rendición o la guerra. Esta última era demasiado terrible para optar por ella, y de ahí que esté yo ahora aquí en Japón, representando a un nuevo país.

La siguiente afirmación de Kimura fue tan sorprendente como exacta.

-Ustedes tenían menos que perder -dijo-. Los americanos no parecen comprender eso.

Kimura se levantó entonces y dejó en la mesa suficiente dinero para pagar la cuenta. Sabía que a duras penas un ruso podía pagarse una comida en Tokio.

¡Hostia puta!, exclamó Clark para sí al ver alejarse a Kimura. Como la entrevista había sido «abierta» no tenía por qué tomar precauciones. O sea, que podía levantarse y marcharse. Pero no lo hizo. Isamu Kimura era todo un personaje, se dijo el agente de la CIA al tomar el último sorbo de sake. Sólo tenía por encima una categoría de funcionarios de carrera y, además, tenía un cargo político, que lo convertía en un verdadero portavoz de los burócratas de carrera. Tenía tanto acceso a todos los asuntos importantes como un miembro de una secretaría de Exteriores. Ya lo demostró una vez, al ayudarlos en México, en donde John y Chávez apresaron a Ismael Qati y a Ibrahim Ghosn. Sólo por eso, los Estados Unidos contrajeron con aquel hombre una gran deuda de honor. Y, para lo que en aquellos momentos más interesaba, lo convertía en fuente primordial del espionaje de alto nivel. La CIA creería prácticamente todo lo que él dijese. No pudo haber preparado guión alguno para aquella reunión. Sus opiniones y sus temores debían de ser auténticos. Clark comprendió, de inmediato, que debían llegar a Langley sin perder un momento.

La debilidad de Goto no sorprendió a nadie que lo conociese. Aun-que ésa fuese una inveterada maldición que afectaba a los líderes políticos de su país, en aquellos momentos favorecía a Yamata.

-No aceptaré ser primer ministro de mi país -proclamó Hiroshi Goto con ostensible teatralidad-, para convertirme en verdugo de su ruina económica.

Su lenguaje parecía salido del teatro kabuki, cuidado y poético. Era un hombre cultivado, como el industrial sabía perfectamente. Dedicó mucho tiempo al estudio de la Historia y de las humanidades y, al igual que muchos políticos, cargaba más las tintas en la gestualidad que en lo sustancial. Como tantos otros hombres débiles, hacía pomposo alarde de su fuerza y poder. Esa era la razón de que a menudo tuviese a la joven Kimberley Norton con él en aquella estancia. Por así decirlo, tenía que aprender cuáles eran los deberes de la amante de hombre tan poderoso. Ella mostraba un talante discreto, servía el sake o el té y aguardaba con paciencia a que Yamata-san se marchase, tras lo cual, estaba claro que Goto se acostaría con ella. No cabía duda de que Goto creía impresionar con ello a su invitado. El muy imbécil pensaba más con el pito que con el cerebro. Pues mejor. Ya pondría Yamata el cerebro.

-Eso es precisamente lo que se nos viene encima -replicó Yamata con brusquedad.

Desnudó con los ojos a la chica, en parte por curiosidad y en parte para que Goto creyese que le envidiaba su joven amante. A juzgar por la expresión de sus ojos, no parecía enterarse de nada. ¿Sería tan estúpida como lo indujeron a creer? Lo cierto es que no resultó difícil seducirla para llevarla hasta allí. Era una lucrativa actividad para Yakuza, en la que algunos de sus colegas participaban. Aunque la debilidad personal de Goto fuese tan notoria como ostensible, fue una astuta jugada colocarle a la joven -indirectamente, entiéndase bien. Que Yamata no se tenía por alcahuete. Bastó con que la persona adecuada le hiciese la sugerencia

adecuada a aquella destacada figura política-. ¿Qué término utilizaban los gaijin? ¿Marioneta? Pues eso.

-¿Qué podríamos hacer para evitarlo? -preguntó quien, de momento, era el jefe de la oposición.

-Tenemos dos alternativas -repuso Yamata, que de nuevo miró a la joven, a ver si Goto se decidía a indicarle que se retirase.

A pesar de lo delicado que era aquel asunto, Goto le acarició el pelo y ella sonrió. Por lo menos, esta vez Goto no desnudó a la joven antes de que él llegase, como hizo semanas atrás, pensó Yamata, que ya sabía lo que eran unos pechos, incluso los de las blancas. El zaibatsu no estaba en la inopia acerca de lo que Goto hacía con ella.

El político se echó a reír.

-No entiende una palabra -dijo.

«Kimba-chan» (así la llamaba) sonrió. La expresión de su rostro llamó la atención de Yamata, que se inquietó al pensar si se trataba, meramente, de una cortés reacción a la risa de su «amo» o de otra cosa. ¿Qué edad tendría aquella joven? Veintitantos, probablemente. No se le daba bien calcular la edad de los extranjeros. Entonces recordó una cosa: su país solía proporcionar compañía femenina a los dignatarios extranjeros que lo visitaban, igual que hacía Yamata con los empresarios. Era una añeja práctica en las relaciones internacionales. En parte, para propiciar los acuerdos -un hombre satisfecho por una experta cortesana, difícilmente podía mostrarse desagradable ante sus anfitriones-. Y en parte porque, con frecuencia, se soltaban la lengua con la misma facilidad que el cinturón. ¿De qué hablaría Goto con aquella chica? ¿A quién podría ella decírselo? De pronto, no le pareció a Yamata una jugada tan astuta habérsela colocado.

-Por favor, Hiroshi, concédamelo por una vez -dijo Yamata en tono razonable.

-Bueno, muy bien -accedió Goto-. Mi amigo y yo tenemos que hablar a solas unos minutos, Kimba-chan -añadió en inglés.

Yamata reparó en que, por pura cortesía, la joven no replicó, aunque, a juzgar por su expresión, era obvia su contrariedad. ¿Quería ello decir que la enseñaron a no reaccionar?, ¿o a reaccionar como lo habría hecho una despreocupada joven? ¿Importaba mucho que la hiciera retirarse? ¿Se lo contaría Goto después todo? ¿Lo habría seducido ella hasta ese punto? Yamata no lo sabía, y no saberlo le pareció, en aquellos momentos, peligroso.

-Me encanta joder estos productos americanos -dijo Goto con rudeza cuando la joven hubo cerrado la puerta.

Era extraño. Pese a su cuidado lenguaje, en aquel tema se expresaba como un carretero. Era, sin duda, su gran debilidad y, por lo mismo, preocupante.

-Pues me alegra oírselo, amigo mío, porque pronto tendrá oportunidad de aplicarse a ello más a fondo -dijo Yamata, que tomó mentalmente muy buena nota de todo.

Una hora después, en el interior de su pachinko, Chet Nomuri alzó la vista y vio salir a Yamata. Como de costumbre, iban con él su chófer y otro hombre, de aspecto bastante más intimidante, que debía de ser un guardaespaldas, un escolta o algo así. Nomuri no sabía cómo se llamaba, pero la pinta era de las que no se despintaban. El zaibatsu le hizo una breve observación, imposible de captar desde allí. Luego, subieron los tres al coche y se alejaron. Goto salió noventa minutos después, tan pimpante como siempre. Entonces Nomuri optó por dejar de hacer el pasmarote y fue a situarse calle adelante. Al cabo de media hora, apareció Kimberley Norton. Nomuri echó a caminar, dobló una esquina y aguardó a que ella pasase. Perfecto, se dijo cuando hubieron transcurrido unos cinco minutos. Ahora estaba completamente seguro de saber dónde vivía. Compró en una tienda de comestibles y entró en la casa. Muy bien.

-Buenos días, Mary Pat -dijo Ryan, que acababa de despachar con el presidente, como de costumbre.

Todas las mañanas dedicaba treinta o cuarenta minutos a estudiar los informes de los distintos cuerpos de seguridad del Estado. Luego, presentaba sus conclusiones en el despacho Oval. Y aquella mañana, de nuevo le dijo a Durling que no había en el horizonte nada que pudiera preocuparlo en exceso.

-SÁNDALO -dijo ella de buenas a primeras.

-¿Y bien? -preguntó Jack, recostado en el sillón.

-He tenido una idea y la he puesto en práctica.

-¿De qué se trata? -preguntó el consejero de Seguridad Nacional.

-Les he ordenado a Clark y a Chávez que reactiven CARDO, la antigua red de Lyalin en Japón.

-¿Trata de decirme que nadie, nunca...? -exclamó Ryan, que parpadeó de pura perplejidad.

-Básicamente se centraba en lo comercial, y tenemos una orden ejecutiva, no lo olvide.

Jack se contuvo para no refunfuñar. CARDO sirvió una vez a América, y no precisamente a través del espionaje comercial.

-¿Qué ocurre, pues? -preguntó Jack Ryan.

-Esto -repuso mistress Foley, que le tendió una hoja con unas quinientas palabras mecanografiadas a un solo espacio. -«¿Verdadero pánico en el MICI?»

Ryan alzó la vista tras leer aquellas palabras del primer párrafo. -Eso dice el contacto. Siga.

-Bien. ¿Qué más? -dijo Ryan, que empezó a mordisquear un bolígrafo.

-Que su gobierno va a caer, con toda seguridad. Mientras Clark hablaba con este contacto, Chávez lo hacía con otro. Exteriores no debería de tardar más allá de un día en recibir la misma noticia. Por lo visto, nos hemos adelantado, para variar.

Jack se inclinó hacia adelante. No era tan sorprendente. Brett Hanson ya advirtió de tal posibilidad. Exteriores era, de hecho, el único ministerio que expresó reservas acerca de la Ley de Reforma Comercial, aunque no hubiese trascendido.

-¿Hay algo más?

-Pues sí. Hemos localizado a la muchacha desaparecida. Por lo visto, se trata de una tal Kimberley Norton. No hay dudas de que es la que está liada con Goto, que va a ser el próximo primer ministro -explicó sonriente.

No es que fuese muy divertido, desde luego, aunque, claro, dependía de la perspectiva de cada cual, ¿verdad? Los Estados Unidos tenían ahora algo que utilizar contra Goto, que, al parecer, sería primer ministro. No estaba pero que nada mal...

-Siga usted -le ordenó Ryan.

-Podemos ofrecerle un billete gratis de vuelta a casa, o podemos...

-La respuesta a eso es NO, Mary Pat.

Ryan cerró los ojos. Ya lo pensó él antes. Tuvo que considerar la cuestión con frío distanciamiento. Pero vio una fotografía de la chica, y aunque trató de mantener el mismo distanciamiento, lo perdió en cuanto volvió a casa y miró a sus hijos. Quizá fuese una debilidad aquella incapacidad suya para recurrir a la manipulación de los demás en la prosecución de los objetivos de su país. Si así era, se trataba de una debilidad con la que transigía su conciencia. Y es que, además, había otra cosa.

-¿En qué cabeza cabe que pueda actuar como una consumada agente? ¡Por el amor de Dios! ¡Que no es más que una cría confusa, que se escapó de casa por no afrontar sus pésimas notas en el instituto!

-Mire, Jack, no olvide que mi obligación es pensar en todas las opciones.

Todos los gobiernos del mundo lo hacían, desde luego, y los de Estados Unidos también, pese al feminismo de los tiempos. Al decir de todos, muchas jóvenes atractivas y, por lo general, inteligentes, funcionarias del Estado muchas de ellas, se enrolaban en los servicios de

inteligencia y ganaban mucho dinero trabajando para su país. Ryan no tenía, oficialmente, constancia de ello, y prefería seguir sin tenerla. Si tenía constancia oficial y nada objetaba, ¿qué clase de hombre sería? Eran muchas las personas que creían que los altos funcionarios del Estado no eran sino individuos de robotizada moral que hacían lo que tenían que hacer sin plantearse dudas ni escrúpulos de conciencia. Quizá fuese verdad en otros tiempos -y acaso aún lo fuera para muchos-. Sin embargo, el mundo había cambiado, y Jack Ryan era hijo de un inspector de policía.

-No olvide que fue usted el primero en señalar que esa chica es una ciudadana americana que, probablemente, necesita un poco de

ayuda. No tergiversemos las cosas, ¿de acuerdo? ¿Podemos contar con Clark y Chávez?

-En efecto.

-Creo que deberíamos ofrecerle a la chica, con mucho tacto, ese billete gratis para que vuelva a casa. Si lo rechazara, entonces quizá podríamos pensar en otra cosa. Y no jodamos más con el asunto. Que se le va a brindar, limpiamente, la oportunidad de volver.

Ryan miró el breve informe de Clark y lo releyó con mayor detenimiento. De proceder de cualquier otro, no lo habría tomado en serio. Conocía a John Clark. Había tenido oportunidad de conocerlo muy a fondo. Algún día podrían tener una larga y agradable conversación.

-Me quedo el informe. Creo que quizá el presidente debería leerlo también.

-Coincido con usted -dijo mistress Foley.

-Si se recibiese algo del mismo tenor...

-Lo sabrá usted -le prometió Mary Pat.

-Ha sido buena idea lo de CARDO.

-Quisiera que Clark..., bueno, que presionase un poco más, a ver en qué medida coinciden las opiniones.

-De acuerdo -dijo Ryan-. Presione tanto como quiera.

El reactor personal de Yamata era un viejo Gulfstream G-IV. Aun-que dotado de depósitos de combustible auxiliares, no podía cubrir, sin escala, los más de 11 000 km que separan Tokio de Nueva York. Aquel día era distinto, le dijo su piloto. En el Pacífico norte el viento de cola era de 190 nudos y duraría varias horas. Eso aumentaba su velocidad de crucero a 1 300 km/h. Emplearían en el vuelo dos horas menos de lo normal.

Yamata se alegró. El tiempo era importante. No llevaba por escrito nada de lo que pensaba y, por lo tanto, no tendría que ceñirse a un programa estricto. Aunque cansado por sus largas jornadas, especialmente fatigosas en las últimas semanas, su cuerpo se resistía a descansar. Lector voraz, no lograba interesarse por nada de lo mucho que tenía en la cabina para leer. Iba solo. No tenía a nadie con quien hablar. No tenía nada que hacer y eso le producía a Yamata una extraña sensación. Su G-IV volaba a 13 000 m de altitud y a sus pies se extendía una clara mañana. Veía la superficie del Pacífico norte, las interminables formaciones de olas, las crestas con las que algunas se adornaban frente al viento. El eterno mar. Desde que tenía memoria había sido un lago americano, dominado por su Armada. ¿Lo sabría el mar? ¿Sabría el mar que iba a cambiar?

El cambio, musitó Yamata para sí. Empezaría a las pocas horas de su llegada a Nueva York.

-Aquí Bud al puente. Tengo combustible para parar... un portaaviones -anunció el capitán Sánchez a través de su radio.

Como comandante de la escuadrilla aérea del portaaviones John Stennis, su F/A-18F sería el primero en posarse en la cubierta. A pesar de ser el aviador más experto de a bordo, el Hornet era nuevo para él. Siempre había pilotado Tomcats F-14. El Hornet era más ligero, más ágil y, por fin, con más autonomía (los otros tenían tan poca que daba la sensación de que

sólo pudieran despegar, sobrevolar la cubierta y aterrizar). En seguida se sintió a gusto con el cambio y por el hecho de volar solo, después de pasar toda su carrera en aparatos de dos plazas. Puede que esos cabronazos de las Fuerzas Aéreas hayan tenido una buena idea, después de todo...

En la enorme cubierta del nuevo portaaviones, miembros de la dotación se harían cargo del aparato, lo revisarían y llenarían sus depósitos. Tenía que hacer cada vez la misma operación. Qué cubierta tan enorme, se dijo a 800 m de distancia. Para quienes estaban en la cubierta, desde luego, parecía enorme. A él, en cambio, le parecía una caja de cerillas -más pequeña cuanto más se acercaba-. Desechó la imagen y se concentró en los mandos. El Hornet bandeó un poco al cruzar la pequeña turbulencia causada por la mole del portaaviones, que era como un islote. Los ojos del piloto no perdían de vista la luz roja del cuadro, que le indicaba que el aparato iba perfectamente centrado. Algunos llamaban a Sánchez «Mister Machine», porque llevaba más del mil seiscientos aterrizajes en portaaviones (que allí todos llevaban la cuenta de las horas de vuelo), y sólo en cincuenta de ellos se salió de la franja 3, considerada la óptima para detener el aparato.

Suave, suave, se decía al maniobrar con los mandos hasta que... Perfecto. Notó el pequeño brinco del caza al llegar el morro a la franja 3. Estaba seguro, aunque por la inercia diese la impresión de ir a saltar por la borda. El aparato se detuvo a una holgada distancia del borde de la proa, aunque desde popa pareciese estar a sólo centímetros. Sánchez siguió concentrado hasta que la cola del Hornet se hubo posado y el aparato quedó en perfecto equilibrio. Un miembro de la dotación le indicó la maniobra. El costosísimo reactor se convirtió entonces en un torpe vehículo de tierra que porfiaba por alojarse en el parking más caro del mundo. Cinco minutos después, se apagaron los motores y amarraron el reactor con las cadenas de seguridad. Sánchez levantó la capota y bajó por la escalerilla metálica que su asistente acababa de colocar.

-Bien venido a bordo, capitán. ¿Problemas? -preguntó el asistente.

-Ni el más mínimo -contestó Sánchez, que le tendió el casco y se adentró en el islote.

Tres minutos después, observaba tranquilamente el aterrizaje de los demás aparatos.

Al portaaviones John Stennis lo llamaban Johnnie Reb», el mismo apodo que, cariñosamente, aplicaban a Stennis, un senador casi vitalicio, por Mississippi, fiel amigo de la Armada. El barco olía a nuevo, pensó Sánchez. Acababa de salir de los astilleros de Newport. Realizó sus pruebas de navegación por la Costa Este y luego fue hasta Pearl Harbor, tras doblar el cabo de Hornos. Una unidad gemela, el United States, estaría lista para realizar similares pruebas dentro de un año; y se hallaba en construcción otro portaaviones, idéntico también. Tranquilizaba saber que una parte de la Armada, por lo menos, no se dormía.

Todos los aparatos de su ala de combate llegaron a intervalos de noventa segundos. Dos escuadrillas con doce Tomcats F-14 cada una y otras dos con idéntico número de Hornets F/A-18. Una escuadrilla de diez Intruders A-6E, de ataque medio. Y una serie de aparatos especiales: tres Hawkeyes E-3C de detección rápida, dos COD C-2 y cuatro Prowlers EA-6B... Y eso era todo, pensó Sánchez, menos satisfecho de lo que debía estar.

El Johnnie Reb podía acomodar, fácilmente, otros veinte aparatos, pero el ala aérea de un portaaviones no era como antaño, se dijo Sánchez, al recordar lo atestados que iban los portaaviones en otro tiempo. Tenía la ventaja de que ahora era más fácil maniobrar en la cubierta. Y el inconveniente de que los efectivos de su escuadrilla, se habían reducido a apenas dos tercios de lo que fueron. Lo peor era que la aviación naval, en tanto que institución, atravesaba por dificultades. El modelo Tomcat entró en servicio en los años 60 (Sánchez no había empezado aún el bachillerato, y soñaba con conducir un coche). La versión YF-17 del Hornet entró en servicio a principios de los 70. El Intruder se remontaba a los años 50, hacia cuando a Bud le compraron su primera bicicleta de dos ruedas. No había un solo nuevo modelo en perspectiva. La Armada dejó, por dos veces, escapar la oportunidad de beneficiarse de la tecnología de los aparatos «indetectables». Primero, al no participar en el proyecto del F-117 de las Fuerzas Aéreas. Luego, al tener que devolver el Avenger A-12, que

«indetectable» lo era un rato, desde luego, tanto que ni siquiera volaba. De manera que aquel piloto de combate, después de veinte años de servicio en portaaviones, «elegible» ya para un alto y sedentario cargo, tendría que afrontar el último y más brillante destino de su carrera con menos efectivos que nunca. Y lo mismo cabía decir del Enterprise, que se hallaba en aquellos momentos a unas cincuenta millas al este.

Con todo, el portaaviones era aún el rey de los mares. Pese a su disminuido potencial, el Johnnie Reb tenía más capacidad de fuego que los dos portaaviones hindúes juntos. Pensaba Sánchez que no iba a ser tarea muy difícil evitar que India se pusiese demasiado agresiva. Ya podían darse con un canto en los dientes porque aquél fuese el único problema en el horizonte.

-Listo -dijo el jefe de cubierta en cuanto el último EA-6B se de-tuvo en la franja 2-. Toda el ala a bordo. Sus hombres están en forma, Bud.

-Para eso trabajamos, Todd -dijo Sánchez, que se levantó de su asiento y bajó a su camarote.

Se refrescaría un poco antes de reunirse, primero, con sus comandantes de la escuadrilla y, luego, con los oficiales que dirigirían las operaciones de las maniobras DATELINE PARTNERS. Sería un buen ejercicio, pensó Sánchez. Después de pasar casi toda su carrera profesional destinado a la flota del Atlántico, sería su primera oportunidad de ver a la Armada japonesa. Se preguntaba qué habría pensado su abuelo de todo aquello. Henry Gabriel «Mike» Sánchez fue contraalmirante en el Wasp, en 1942, y participó en la campaña de Guadalcanal contra los japoneses. ¿Qué pensaría el gran Mike de aquellas maniobras?

-Vamos, que algo ha de concederme -dijo el asesor de la multinacional.

Tan feas se ponían las cosas que sus jefes le anunciaron la posibilidad de una drástica reducción en sus ayudas a los capitolinos. Muy mal asunto. No se trata sólo de mí, se decía el ex congresista por Ohio. Tenía una oficina con veinte personas a su cargo y también eran americanos, ¿no? De manera que tuvo que elegir a la persona adecuada con mucho cuidado. Aquel senador tenía problemas, todo un fajador en las primarias y un serio adversario para las elecciones generales. Necesitaba llenar bien las alforjas. Quizá eso lo hiciese entrar en razón.

-Mire, Roy, ya sé que hemos colaborado durante diez años, pero si voto contra la Ley de Reforma Comercial soy un cadáver político, ¿entiende? Liquidado. Muerto y enterrado, con una estaca de madera en el pecho, de nuevo en Chicago, a enseñar bobadas en seminarios de empresas paraestatales y dedicado al tráfico de influencias mejor remunerado.

Quizá para terminar como usted, se abstuvo de añadir el senador. No era necesario. El mensaje estaba bastante claro. No era una idea que sedujese demasiado. Llevaba casi doce años en el Capitolio y le gustaba estar allí. Le gustaba el ambiente, el tipo de vida, sus privilegios para aparcar, los billetes de avión gratuitos para ir a Illinois, y que lo tratasen como si fuese alguien dondequiera que fuese. Ya formaba parte del «club martes-jueves». Cogía el avión todos los jueves para volver a casa y pasar un largo fin de semana. Allí pronunciaba discursos en los clubes Elk y Rotary, se dejaba ver en las reuniones de la Asociación de Padres y Enseñantes, cortaba cintas en toda nueva estafeta postal para la que hubiese logrado repelar dinero, ya en plan de campaña, con la misma energía que puso en la primera, en realidad. Pero no lo seducía volver, de verdad, a aquello. Y, menos aún, a conciencia de que sería malgastar el tiempo. Tenía que votar a favor de la Ley de Reforma Comercial. ¿Es que no se daba cuenta Roy?

-Ya lo sé, Ernie. Pero necesito algo -insistió el asesor.

Aquello no era como trabajar en el Capitolio. Tenía más o menos el mismo personal a su cargo, pero ahora no eran los contribuyentes quienes le pagaban. Tenía que trabajárselo en otro plano.

-Siempre he sido su amigo, ¿verdad? -añadió Roy.

Tenía muy poco de pregunta. Era una afirmación que implicaba tanto una promesa como una amenaza. Si el senador Greening no le hacía alguna concesión, puede que Roy se reuniese discretamente con uno de sus dos adversarios (con ambos, más probablemente). El senador sabía que a Roy se le daba muy bien jugar con dos barajas. Podía desentenderse de Ernie Greening, presentarlo como claro perdedor, y apresurarse a apoyar a sus dos principales oponentes, o a uno de ellos. Había que sembrar dinero, por así decirlo, en algo que fuese rentable a la larga, pues a los japoneses se les daban bien las previsiones a largo plazo. Todos eran conscientes de ello. Por otro lado, si el senador se decantaba...

-Mire, me es imposible cambiar mi voto -dijo Greening sonriente.

-Y ¿qué me dice de una enmienda? Tengo una idea que podría...

-No hay posibilidad, Roy. Ya habrá reparado en la diligencia de las comisiones. Ahora mismo están reunidos todos los presidentes en Bullfeathers para ultimar detalles. Debe decirles a sus amigos, con toda claridad, que esta vez no nos han dejado opción.

-¿Nada más? -preguntó Roy Newton sin exteriorizar su profunda contrariedad.

¡Dios mío! ¿Volver a Cincinnati, a ejercer como abogado otra vez?, pensaba el asesor.

-Bueno, sobre ese punto no -dijo Greening-. Sin embargo, hay otras cosas muy interesantes.

-¿De qué se trata? -preguntó Newton.

Justo lo que necesito, pensó Roy. Rumores, o lo que sea. Que no dejaron de tener su encanto durante sus seis períodos de sesiones, aunque ahora...

-Posible procesamiento de Ed Kealty.

-¿Bromea? -exclamó el asesor, que se quedó sin aliento-. ¿No irá a decir que lo han vuelto a sorprender con la bragueta abierta?

-Violación -dijo Greening-. Nada menos que violación. Ya hace tiempo que el FBI trabaja en el caso. ¿Conoce usted a Dan Murray?

-¿El perrillo faldero de Shaw?

-En efecto -asintió el senador-. Lo puso en manos de la Comisión de lo Judicial. A raíz del incidente comercial, el presidente lo ha parado. Ni el propio Kealty lo sabe. O, por lo menos, hasta el viernes pasado no lo sabía. Imagine con qué sigilo se lleva. Pero mi asesor en asuntos legislativos es el prometido de la adjunta de Sam Fellows, y así es difícil que no se le escape a uno, ¿verdad?

La eterna canción de Washington, pensó Newton con una afectada sonrisa. En cuanto lo saben dos, deja de ser un secreto.

-¿Va en serio?

-Por lo que tengo entendido, Ed Kealty está con la soga al cuello. Murray lo ha dejado muy claro. Quiere meter a Eddie entre rejas. Hay una muerte de por medio.

-¡Lisa Beringer!

Si hay algo que se le da bien a un político es recordar nombres. -Veo que su memoria funciona -asintió Greening.

Newton estuvo a punto de dejar escapar un silbido pero, como ex congresista, debía conservar su aplomo.

-No me extraña que no quieran filtraciones. Las portadas se van a quedar pequeñas, ¿no cree?

-Ahí está el problema. No afectaría a la aprobación de la «Ley Trent», es decir, probablemente, no. Pero ¿para qué buscarse complicaciones? La Ley de Reforma Comercial, el viaje a Moscú; demasiadas cosas. De manera que, a lo práctico: se anunciará al regreso de Rusia.

-O sea, que va a dejar que Kealty se hunda.

-A Roger nunca le ha caído bien. Lo nombró por sus conocimientos legislativos, ¿recuerda? El presidente necesitaba a alguien que conociese los entresijos del sistema. ¿De qué iba a servirle ahora, aunque lo absolviesen? Aparte de que será una buena baza para su

campaña política. Es lo lógico, en términos políticos: soltar lastre de inmediato, ¿no le parece? En cuanto solvente lo más prioritario.

Esto es interesante, pensó Newton, que permaneció en silencio unos instantes. De acuerdo en que no podemos detener la «Ley Trent». ¿Y si lográsemos hundir a la administración Durling? Eso significaría nuevas elecciones de inmediato y, con la adecuada orientación, un nuevo presidente podría...

-Muy bien, Ernie, ha merecido la pena.

12. Trámites

Tendrían que pronunciar discursos. Peor aún: tendrían que pronunciar muchos discursos. Ante algo de tal envergadura, a todos y cada uno de los 435 diputados de las 435 jurisdicciones electorales habría que concederles su tiempo ante las cámaras de televisión.

Una diputada de Carolina del Norte se trajo a Will Snyder, con las manos aún vendadas, y le reservó un asiento de primera fila en la tribuna destinada al público. Así podría dirigirse a los electores, poner por las nubes el valor del camionero, elogiar a los sindicatos por la nobleza de sus afiliados y presentar una resolución para que ambas cámaras del Congreso le expresasen a Snyder el reconocimiento oficial a su heroísmo.

Luego, un diputado del este de Tennessee se despachó con un panegírico, de similar factura, sobre la política de autopistas de su estado y de financiación científica de los Laboratorios Nacionales de Oak Ridge (se obtendrían muchos favores a cambio de aquella legislación, y los Laboratorios ingresarían unos cuantos millones más). La Comisión mixta de ambas cámaras que estudiaba los presupuestos generales calculaba ya el aumento de recaudación fiscal que proporcionaría el crecimiento de la producción automovilística nacional, y a sus miembros se les hacía la boca agua, como a los perros de Pavlov al oír la campanilla.

Un diputado de Kentucky se desgañitó para dejar claro que el Cresta era, básicamente, un automóvil de fabricación americana, y que lo sería aún más con las piezas de fabricación nacional que se incluirían en el modelo (montadas ya, en un intento de la dirección de la factoría de Kentucky, tan desesperado como forzosamente infructuoso, de salvar los muebles), y que confiaba en que nadie acusase a los obreros de su distrito por una tragedia que, al fin y al cabo, la causaron piezas que no eran americanas. La factoría Cresta de Kentucky, les recordó a sus señorías, era la más eficiente planta de montaje del mundo, un modelo, dijo casi en tono de arenga de cómo ¡América y Japón podían y debían cooperar! Por si fuera poco, dijo que daría su voto afirmativo a la «Ley Trent» sólo porque propiciaría esa cooperación. A eso se le llamaba nadar y guardar la ropa, se dijeron los diputados de su grupo.

Y a este tenor siguió la sesión. Los redactores del Roll Call, el periódico local que cubría las sesiones en el Capitolio, se preguntaban si habría alguien que se atreviese a votar en contra de aquella ley.

-Mire -le dijo Roy Newton a su principal cliente-. Les van a dar a ustedes un buen revolcón, ¿claro? Eso no lo cambia nadie. Llámelo mala suerte, si quiere. Pero cuando hay que joderse, hay que joderse.

Fue el tono lo que sorprendió a su interlocutor. Newton bordeaba la insolencia, en lugar de excusarse por su estrepitoso fracaso en cambiar las cosas, que era para lo que le pagaban, y lo que prometió poder hacer, al ser contratado como asesor de una de las multinacionales de «Japón Sociedad Anónima». Era impropio que un mercenario le hablase en esos términos a su

LIbrodot

benefactor. No había manera de entender a los americanos. Les dabas dinero para que hiciesen un trabajo, y ellos...

-No obstante -prosiguió el asesor- suceden otras cosas y, si tienen ustedes la paciencia de darle más tiempo al tiempo, cabe considerar otras alternativas.

Era de agradecer, pensaba Newton, que su cliente estuviese ya lo bastante familiarizado con los eufemismos occidentales para captar que, entre darle tiempo al tiempo (cosa que ya habían hecho) y darle más tiempo al tiempo, podía mediar... mucho tiempo.

-¿De qué se trata? -preguntó con acritud Binichi Murakami. Estaba lo bastante furioso como para dejar que, por una vez, aflorase su indignación. Era el colmo. Fue a Washington con la esperanza de descalificar personalmente aquel desastroso proyecto de ley. Y en lugar de ello, se vio asediado por periodistas, de cuyas preguntas se desprendía, con toda claridad, que su misión era del todo inútil. Y para eso llevaba dos semanas fuera de su país, a pesar de los apremiantes requerimientos para que regresase a Japón, a reunirse urgentemente con su amigo Kozo Matsuda.

-Cambios en el gobierno -repuso Newton, que se extendió en detalles durante cosa de un minuto.

-Muy trivial me parece eso.

-Va a ocurrir algo importante en su país. Se engaña si cree lo contrario.

Newton no comprendía que no acertasen a ver algo tan obvio. Sus expertos en marketing les decían que las mujeres americanas compraban muchísimos coches, y, por supuesto, las mejores depiladoras del mundo (!como que las fabricaba una empresa del grupo de Murakami!). Gran parte del marketing, tendía a atraerse a las consumidoras y, en cambio, se resistían a creer que esas mismas tendencias pudieran llegar a Japón. Era, pensaba Newton, un extrañísimo caso de ceguera.

-¿De verdad podría acabar eso con Durling? -preguntó el japonés, porque era obvio que el presidente le sacaba la mayor rentabilidad política a la «Ley Trent».

-Por supuesto, si se hacen las cosas bien. Silencia un grave delito, ¿no es verdad?

-Tal como me lo ha expuesto, yo no lo entiendo así. Se ha limitado a retrasarlo por...

-Por razones políticas, Binichi -lo atajó Newton, que rara vez se dirigía a su cliente por su nombre propio.

Al japonés no le gustaba el tratamiento, ya que era muy engolado. Aunque pagaba bien el chico, ¿no?

-¿Le gustaría a usted que lo acusasen de obstrucción a la justicia, nada menos que por razones políticas? Y tenga en cuenta que anda de por medio el acoso sexual a mujeres. Será una extravagancia del sistema político americano, si usted quiere, pero... -le explicó Newton con paciencia.

-¿Y cómo vamos a meternos nosotros en eso?

Lo dijo porque no se detuvo a pensarlo. Lo que ocurría era que nunca se había metido a ese nivel. Eso era todo.

-¿Para qué creen que me pagan ustedes?

Murakami se recostó en el sillón y encendió un cigarrillo. Era la única persona autorizada a fumar en la oficina.

-¿Cómo procederíamos?

-Deme unos días para estudiarlo. De momento, coja el primer avión que vaya a Japón. Se perjudica usted quedándose aquí -le aseguró Newton-. Se hará cargo, también, de que se trata del proyecto más complejo en que haya trabajado para usted. Y, además, es peligroso -añadió el asesor.

¡Mercenario!, exclamó Murakami para sus adentros, aunque aparentase serena reflexión. Bueno, por lo menos era un mercenario eficaz.

-Uno de mis colegas está en Nueva York -dijo el japonés-. Me veré con él y regresaré a Japón directamente desde allí.

-Bien. Pero procure no levantar la liebre, ¿de acuerdo?

Murakami se levantó y pasó al despacho contiguo, en donde le aguardaban un colaborador y un guardaespaldas. El aspecto físico de Murakami era impresionante: alto, con 1,75 m, bastante más que la media de sus compatriotas. Su pelo, negro como el azabache, y su aniñado rostro disimulaban sus cincuenta y siete años. Tenía, además, un olfato especial para los negocios y un gran historial de buenas operaciones con los americanos. De ahí que la situación fuese aún más enojosa para él. En los últimos diez años, nunca bajó de los cien millones de dólares en sus importaciones de productos americanos y, aunque con discreción, más de una vez abogó para que su país permitiese a Estados Unidos un mayor acceso a su mercado de productos alimenticios. Hijo y nieto de campesinos, le pasmaba que tantos de sus compatriotas quisiesen hacer aquel trabajo. Aquél era un sector muy ineficiente en su país. Aunque perezosos, los americanos eran verdaderos artistas en el cultivo de la tierra. Qué lástima que no supiesen hacer lo mismo en los jardines, que eran la otra pasión de Murakami.

El edificio de sus oficinas estaba en la Calle 16, a sólo unas manzanas de la Casa Blanca. Nada más poner el pie en la acera se veía el impresionante edificio. No sería como el castillo de Osaka, pero irradiaba poder.

-¡Cabrón japonés!

Murakami se giró y vio el rostro, blanco y furioso, del que, a juzgar por su aspecto, era un obrero. Se sorprendió tanto que ni siquiera se ofendió. Su guardaespaldas se apresuró a interponerse entre su jefe y el americano.

-¡Nos las vais a pagar, hijos de puta! -le espetó el americano, que empezó a alejarse.

-Espere. ¿Qué le he hecho yo? -le preguntó Murakami.

De haber conocido mejor América, el empresario se habría percatado de que aquel hombre era uno de los muchos vagabundos de Washington y, como la mayoría de ellos, con algún problema grave. En aquel caso, se trataba de un alcohólico que perdió empleo y familia por la bebida, y cuyo único contacto con la realidad procedía de fragmentarias conversaciones con personas afligidas por problemas similares. Debido a ello, magnificaba artificialmente todo lo que pudiera herirlo. Llevaba un vaso de plástico con cerveza barata y, como en otro tiempo trabajó en la planta de montaje de la Chrysler en Newark, Delaware, se dijo que no necesitaba tanto la cerveza como mostrar su indignación por haber perdido su empleo, por más tiempo que de ello hiciese... De manera que se olvidó de que eran sus problemas con el alcohol los que lo habían llevado a tan lamentable situación en la vida, se dio la vuelta y les echó la cerveza por encima a los tres hombres que tenía delante. Luego, siguió su camino sin decir palabra. Se quedó tan a gusto que no le importó quedarse sin cerveza.

El guardaespaldas fue a ir tras él. En Japón hubiese podido reducir a aquel bakayaro e inmovilizarlo en el suelo. Habrían llamado a un policía y aquel estúpido habría sido detenido. Pero el guardaespaldas no olvidó que era un extranjero, y se contuvo. Luego, miró en derredor, no fuese a ser que se tratara de una maniobra de distracción para un ataque más serio. Vio que su jefe seguía erguido, que su expresión pasaba de la perplejidad a la indignación y que su carísimo terno inglés rezumaba medio litro de barata e insípida cerveza americana. Sin decir palabra, Murakami entró en el coche que aguardaba y que enfiló hacia el aeropuerto National de Washington. El guardaespaldas, tan humillado como él, ocupó su asiento en la parte delantera del coche.

Hombre a quien nadie regaló nada, que creció gracias a un trozo de tierra del tamaño de un sello de correos, que se quemó las cejas para estudiar y salir adelante, conseguir plaza en la Universidad de Tokio, que había llegado muy arriba desde muy abajo, Murakami veía lo americano con ciertas reservas y ciertas críticas, pero siempre se mostró leal y razonable en sus tratos comerciales. Sin embargo, como tantas veces ocurre en la vida, una nadería lo haría cambiar de actitud.

Son unos bárbaros, se dijo, al embarcar en el reactor con destino a Nueva York.

Más o menos a la misma hora, y a sólo unas manzanas de allí, Jack Ryan hablaba con el presidente de los Estados Unidos.

-El primer ministro va a caer -le dijo.

-¿Hasta qué punto podemos estar seguros?

-Completamente seguros, dentro de lo razonable -repuso Jack al tomar asiento-. Dos de nuestros activistas trabajan allí en una operación, y eso es lo que han oído.

-Exteriores no ha dicho aún nada sobre el asunto -dijo Durling con cierta ingenuidad.

-Vamos, señor presidente -replicó Ryan, que tenía una carpeta en el regazo-. Sabe usted que esto tendrá serias ramificaciones. Koga se apoya en una coalición de seis facciones, y no hará falta mucho para que se le venga abajo.

... a él y a nosotros, se abstuvo de añadir Ryan.

-Bien. ¿Y entonces qué? -dijo Durling, a quien aquella misma mañana le pasaron los datos sobre su índice de popularidad.

-Pues que quien parece mejor situado para sucederle es Hiroshi Goto. Y nunca le hemos caído muy bien.

-Es un voceras -replicó el presidente-. La impresión que me dio, la única vez que me entrevisté con él, es que es un bravucón. Débil, vanidoso. Muy poco sólido, me parece a mí.

-Y es algo más.

Ryan informó al presidente de una de las ramificaciones de la operación SÁNDALO.

En otras circunstancias, el presidente se hubiese limitado a sonreír. Pero tenía a Ed Kealty sentado a menos de treinta metros de su despacho.

-¿Tan cuesta arriba se le hace, Jack, que joda uno a espaldas de su mujer?

-A mí sí, señor presidente -dijo Jack-. No olvide que estoy casado con una cirujana...

Durling se echó a reír, pero en seguida volvió a ponerse serio. -Es algo que podríamos utilizar contra ese cabrón, ¿no? -dijo el presidente.

-Sí, señor.

Ryan no necesitó añadir que con muchísimo cuidado. Con el incidente de Oak Ridge tan a flor de piel, podía desatarse la indignación popular. Ya Maquiavelo advirtió de los peligros que eso entraña.

-¿Y qué se va a hacer con la joven Norton? -preguntó Durling.

-Clark y Chávez...

-Los que cazaron a Corp, ¿no?

-Sí, señor. Ahora están allí. Quiero que vean a la chica y le ofrezcan volver a casa.

-¿Interrogarla, pero una vez aquí, no?

-En efecto, señor -asintió Ryan.

-Me gusta. Buen trabajo -dijo Durling sonriente.

-Así obtenemos lo que queríamos, señor presidente; puede que incluso más de lo que queríamos. El general chino Sun Tzu escribió una vez que siempre hay que dejarle al enemigo una escapatoria, que no hay que machacar al enemigo derrotado.

-En mi guerra, lo que nos decían es que los matásemos a todos y que contásemos los cuerpos -dijo Durling sonriente.

Le gustaba, de verdad, que Ryan se sintiese tan seguro en su cargo como para permitirse consejos gratuitos.

-Eso no es de su competencia, Jack. No es un asunto de seguridad nacional -añadió el presidente.

-Ya lo sé, señor. He trabajado en el mundo financiero hasta hace unos meses. Y sé algo de economía internacional.

-De acuerdo, siga -le concedió Durling, que se dijo que, en parte, tenía razón-. Nada se me ha aconsejado en sentido contrario, y supongo que no me vendrá mal oírlo.

-No nos conviene que Koga caiga, señor. Es mucho más fácil tratar con él de lo que lo sería con Goto. Quizá una discreta insinuación del embajador, algo acerca de que la Ley de

Reforma Comercial le da a usted autoridad para actuar en un sentido o en otro, pero que usted...

-¿No irá a creer que voy a hacer eso? -lo atajó el presidente-. Sabe perfectamente que no puedo hacerlo. Sería tanto como hacerle la cama a Alan Trent, y no puedo hacerlo. Daría la impresión de que hago doble juego con los sindicatos, y tampoco puedo hacer eso.

-¿De verdad se propone aplicar plenamente la «Ley Trent»?

-Desde luego que sí. Sólo durante unos meses. Tengo que meter-les el miedo en el cuerpo a esos cabrones, Jack. Conseguiremos un acuerdo comercial justo. Llevan jodiéndonos veinte años, pero habrán de entender que esta vez vamos en serio. Para ellos será un duro golpe, pero dentro de unos pocos meses habrán entrado en razón, modificarán un poco sus leyes y nosotros haremos otro tanto. Así volverán las aguas a su cauce... dentro de un régimen comercial equitativo para ambas partes.

-¿De verdad le interesa mi opinión?

-Para eso le pago -repuso Durling-. Cree usted que presionamos demasiado.

-Sí, señor. No nos conviene que caiga Koga, y tenemos que ofrecerle un triunfo sustancial, si queremos salvarlo. Si quiere ver las cosas con amplias miras, habrá de considerar con quién le conviene tener que tratar.

-Brett Hanson me ha dicho lo mismo -admitió Durling, que señaló a un informe que tenía sobre la mesa-. Aunque no parece tan preocupado como usted por Koga.

-Pues mañana a estas horas lo estará, señor presidente -sentenció Jack Ryan.

-No se puede ni andar por la calle aquí -masculló Muraka.

Yamata tenía toda una planta del hotel Plaza Atheneé, reservada para él y su plana mayor. Los empresarios se hallaban en un salón, despojados de chaquetas y corbatas y con una botella de whisky encima de la mesa.

-Nunca se pudo, Binichi -replicó Yamata-. Siempre parece olvidar que aquí los gaijin somos nosotros.

-¿Tiene idea de cuál es aquí mi volumen de negocio? ¿Sabe cuánto compro aquí? -dijo Binichi con la vehemencia propia de un hombre más joven.

Aún olía a cerveza. Le había empapado la camisa, pero estaba demasiado furioso para cambiarse de ropa. O quizá no quisiera desprenderse del recuerdo de la lección que acababa de aprender hacía sólo unas horas.

-¿Y yo qué? -exclamó Yamata-. En los últimos años, he invertido seis mil millones de yens en una empresa americana. Recordará que no hace tanto que transferí las últimas remesas. Me pregunto si volveré a ver ese dinero.

-Nunca harían eso.

-Su confianza en esta gente es conmovedora, y le honra -dijo su anfitrión-. Cuando la economía de nuestro país se hunde, ¿cree que me van a dejar venir a velar por mis intereses en Estados Unidos?

¿Sabe que, en mil novecientos cuarenta y uno, congelaron nuestras cuentas bancarias?

-Ahora no estamos en mil novecientos cuarenta y uno.

-Ciertamente, Murakami-san. Ahora es peor. Entonces no podíamos caer desde tan alto.

-Por favor -dijo Chávez tras apurar su cerveza-. En mil novecientos cuarenta y uno mi abuelo combatía contra los fascistas en las afueras de San Petersburgo.

-¡A ver si de una vez por todas recuerdas que se llamaba Lenin-grado, jovencito! -le espetó Clark al sentarse a su lado-. Es que estos jóvenes no tienen el menor respeto hacia el pasado -lo justificó ante sus dos anfitriones.

Uno de ellos era un alto ejecutivo del departamento de relaciones públicas de Mitsubishi Heavy Industries y el otro director de su división aeronáutica.

-Sí -convino Seigo Ishii-. Parientes míos colaboraron en el diseño de los cazas que utilizó nuestra Armada. Llegué a conocer a Saburo Sakai y a Minoru Genda. Me los presentaron un día.

Ding abrió botellas para otra ronda. Las sirvió con la solicitud y diligencia propias del subordinado, que se esmera en el servicio a su amo: Iván Sergueievich Klerk. La cerveza era realmente buena allí, sobre todo porque iban a ser sus anfitriones quienes pagasen la cuenta, pensó Chávez con beatífica expresión mientras observaba al maestro metido en faena.

-Ah, sí, recuerdo esos nombres -dijo Clark-; grandes soldados, aunque... -añadió alzando el índice- lucharon contra mis compatriotas; eso también lo recuerdo.

-De eso hace cincuenta años -señaló el de relaciones públicas-. Y, además, su país era distinto entonces.

-Muy cierto, amigos míos, muy cierto -admitió Clark, que dejaba vencer la cabeza hacia un lado. A Chávez le pareció que exageraba un poco el efecto del alcohol.

-¿Su primera vez en Japón?

-En efecto.

-¿Y qué le parece? -preguntó Ishii.

-Me encanta su país. Es muy distinto al nuestro. Podría escribir un libro sobre Pushkin, no vayan a creer. Y quizá algún día lo haga, pero hace unos años empecé a familiarizarme con los suyos. Nuestra poesía trata de transmitir toda una serie de pensamientos (a menudo de contar una historia), aunque yo diría que la de ustedes es más sutil y delicada...; ¿cómo podría expresarlo? Es... como una imagen instantánea, ¿no? Hay una que acaso puedan explicarme. Capto la imagen pero no comprendo el significado. ¿Cómo era? -dijo Clark en tono ebrio-. «Ciruelos en flor. / En el burdel / visten nuevos pañuelos.» ¿Qué significa eso? -le preguntó al de relaciones públicas.

Ding miró escrutadoramente a Ishii. En cierto modo resultaba divertido. Tras la inicial perplejidad, era como oír los globos oculares emitir la señal, al penetrar las palabras hasta el fondo de su mente como una mortal estocada. Sasaki miró a Clark con fijeza y en seguida reparó en que era la de Ding una mirada elocuente.

Muy bien. De nuevo en nómina, muchacho.

-Bueno, es el contraste -explicó el de relaciones públicas-. Es la agradable imagen de mujeres atractivas que hacen algo..., femenino dicen ustedes, ¿verdad? Sólo que en un burdel; son prostitutas, atrapadas en una...

-Prisión -lo ayudó Ishii, con repentina sobriedad-. Lo que hacen resulta agradable, pero lo hacen prisioneras. Y la imagen no es entonces tan grata.

-Ah, claro -dijo Clark sonriente-. Así tiene mucho sentido. Gracias -añadió amablemente para agradecer la importante lección.

¡Hay que ver qué fino está mister C!, pensó Chávez. Lo de espiar tenía sus buenos momentos. A Ding casi le daba pena Ishii. Pero si aquel memo hijo de puta ya había traicionado a su país una vez, no merecía la pena derramar lágrimas por él ahora. El axioma de la CIA era sencillo, aunque algo cruel: quien traiciona una vez traiciona siempre. En el FBI tenían un aforismo análogo, más cruel aún. Sorprendía, porque los chicos del FBI se gastaban un talante muy recto y limpio: un cabrón es siempre un cabrón.

-¿Es posible? -preguntó Murakami.

-¿Posible? Es un juego de niños.

-¿Y las consecuencias?

Porque es que la idea de Yamata se las traía, aunque...

-Las consecuencias son sencillas. Los daños a su economía les impedirán construir las factorías que necesitan para fabricar productos que sustituyan a los nuestros. Cuando sus consumidores se recuperen del trauma inicial y necesiten productos que sus empresas no pueden fabricar, volverán a comprarnos a nosotros.

Si Binichi creía que se lo iba a contar todo, iba listo.

-No lo creo. Me parece que subestima la indignación de los americanos en este desdichado incidente. Debe considerar también la dimensión política...

-Koga se terminó. Está decidido -lo atajó Yamata con frialdad.

-¿Goto? -exclamó Murakami.

Que no era una pregunta, no. Binichi seguía el pulso político de su país tan de cerca como el que más.

-Por supuesto.

-Goto es un imbécil -dijo Murakami con gesto despectivo-. Sigue a su pene como un zahorí. No es el hombre a quien yo confiaría la dirección de la hacienda de mi padre.

-Cabría decir lo mismo de todos ellos. ¿Quién dirige, de verdad, los asuntos de gobierno? ¿Qué mejor primer ministro, Binichi? -dijo Raizo con una alegre carcajada.

-Ellos tienen otro por el estilo en su gobierno -señaló Murakami con expresión sombría.

Murakami se sirvió otro buen tiento de Chivas y se preguntó qué se propondría, de verdad, Yamata.

-No lo conozco personalmente -aclaró Binichi- pero, por lo visto, es un cerdo.

-¿Quién es?

-El vicepresidente Kealty. Y ese presidente suyo, tan honesto él, lo encubre.

-No entiendo -dijo Yamata recostado en el sillón.

Murakami lo puso en antecedentes. El whisky no afectaba lo más mínimo a su memoria, advirtió su anfitrión. Quizá fuese un hombre prudente en exceso, y demasiado generoso en sus transacciones con los extranjeros, pero existía entre ambos un leal trato de tú a tú. Y aunque a menudo estuviesen en desacuerdo, se respetaban sinceramente.

-Es interesante. ¿Qué van a hacer los contactos de usted?

-Lo están pensando -repuso Binichi, que enarcó las cejas de un modo muy expresivo.

-¿Va a confiar en americanos para un asunto como éste? El mejor es un ronin, para qué le cuento el peor...

Yamata-san hizo una pausa y reflexionó con mayor detenimiento sobre la información.

-Mire, amigo mío -dijo después-, si los americanos pueden hundir a Koga, nosotros...

Murakami bajó la vista unos instantes. Aún olía más a cerveza. ¡Chusma insolente! Porque ¿acaso no era insolencia, también, lo del presidente? Se permitía paralizar a todo un país por pura vanidad, con fingida indignación. ¿Por qué? Por lo que no fue más que un accidente. ¿Acaso no asumió la empresa su responsabilidad del modo más honorable? ¿No habían prometido subvenir a las necesidades de los supervivientes?

-Es muy gordo, y muy peligroso, lo que propone, amigo mío.

-Más peligroso es aún no hacer nada.

-¿Y qué quiere que haga yo? -preguntó Murakami tras reflexionar un momento.

-Conseguir los datos personales completos de Kealty y de Durling, vendría muy bien.

No necesitó más que cinco minutos. Murakami hizo una llamada y la información llegó por fax a la suite de Yamata. Quizá Raizo supiese sacarle partido, pensó Binichi. Una hora después su coche lo llevó al Kennedy International, donde embarcó en un reactor de la JAL con destino a Tokio.

El reactor del grupo de empresas de Yamata era un G-IV, igual que el suyo personal. Le esperaba un largo viaje. Se dirigiría en primer lugar a Nueva Delhi. Permaneció solo dos horas en la pista antes de despegar hacia Oriente.

LIbrodot

-Parece un cambio de rumbo -dijo el comandante de la flota-. De momento hemos creído que se trataba sólo de una prolongación de las maniobras de vuelo, pero todos sus aparatos están en el aire y...

El almirante Dubro asintió al observar la pantalla del monitor del Link-II, en el centro de información de combate del portaaviones. Por aquel periférico llegaba la información transmitida por el aparato de reconocimiento Hawkeye E-2C. La formación circular seguía rumbo sur a una velocidad de dieciocho nudos. Los portaaviones iban rodeados de una escolta de cruceros y destructores dotados de misiles. Por delante, iba una avanzadilla de destructores. Todos sus radares estaban activados, lo que constituía una novedad. Las unidades hindúes anunciaban su presencia, a la vez que creaban una «burbuja» que nadie podría cruzar sin que ellos lo advirtiesen.

-Que nos buscan, supone usted, ¿no? -preguntó el almirante.

-Como mínimo, pueden obligarnos a cubrir una zona u otra. Igual podemos estar al sudoeste que al sudeste, pero si continúan avanzando a ese ritmo, no van a tardar nada en averiguarlo, señor.

Quizá es que simplemente se hartasen de estar a la sombra, pensó Dubro. Comprensible. Tenían una flota respetable, con una dotación que debía de estar en plena forma, tras las maniobras de los últimos meses. Habían vuelto a llenar sus depósitos a tope y tenían el combustible que necesitaban para... ¿Para qué?

-¿Inteligencia?

-No saben nada de sus intenciones -repuso el comandante Harrison-. Sus anfibios siguen amarrados. No tenemos información de lo que preocupaba a la brigada J-dos. El mal tiempo ha dificultado las escuchas estos días pasados.

-¡Joder con esos cabritos de Inteligencia! -masculló Dubro.

La CIA confiaba tanto en la cobertura por satélite que creía que las cámaras podían ver a través de las nubes. ¿Sería él el único en reparar en que todo lo que tenían que hacer era instalar, también, unos cuantos instrumentos en tierra?

La pantalla del monitor que mostraba los gráficos era plana y de cristal. El ordenador era un nuevo modelo que instalaron en el barco el año anterior. El programa era mucho más avanzado que el antiguo. Mostraba espléndidos gráficos, y mapas en los que aparecían las coordenadas de la situación de barcos y aviones. Lo bueno del sistema era que te mostraba lo que ya sabías con todo lujo de detalles. El problema era que de ahí no pasaban. Dubro necesitaba más datos para tomar decisiones.

-En las últimas ocho horas, han mantenido en el aire por lo menos cuatro aparatos, sobrevolando el flanco sur. A juzgar por la proporción operativa (para mantener cuatro arriba han de tener, como mínimo, otros tantos en tierra), calculo que habrán tenido que recurrir a los que llevan misiles aire-aire, y depósitos de combustible auxiliares para máxima autonomía de vuelo. Así que llámese redoblar esfuerzos de reconocimiento, si se quiere. Sus Harriers llevan el nuevo radar de rastreo Black Fox y los Hummers los «huelen». Tratan de abarcar una zona lo más extensa posible, señor. Pido su autorización para que el Hummer se desplace a unas cien millas más allá, en seguida, un poco camuflado.

Quería decir con ello que el aparato de reconocimiento sólo iría con el radar conectado a ratos. En los intervalos, se limitaría a seguir el avance de la flota hindú pasivamente, orientado por las propias emisiones de radar de los hindúes.

-No. Hagámosnos los tontos por el momento -dijo el almirante Dubro, que miró el monitor para comprobar su potencial aéreo.

Disponía del necesario para hacer frente a la amenaza. Pero no se trataba de eso. Su misión no consistía en derrotar a la Armada hindú en combate. Consistía en intimidarlos, en disuadirlos de hacer algo que a los Estados Unidos no les parecía de recibo. Y por la misma regla de tres, la misión de su adversario tampoco podía ser derrotar a la Armada de los Estados Unidos, ¿no? Ni hablar. Qué bobada. Cabía la remota posibilidad de que, con toda la suerte del mundo, un buen comandante de la flota hindú derrotase al más torpe y desafor-

tunado de los comandantes americanos. Dubro no tenía la menor intención de dejar que eso ocurriese. Lo más probable es que su misión fuese una bravuconada, igual que la suya. Si podían obligar a la flota americana a desplazarse hacia el sur... es que no eran tan tontos, ¿verdad? La cuestión estaba en ver cómo jugaba sus cartas.

-Nos obligan a definirnos, Ed. Lo intentan, por lo menos -dijo Dubro.

Estaba inclinado hacia adelante, con una mano apoyada en el gráfico, mientras con la otra señalaba una zona.

-Probablemente, creen que estamos al sudeste -prosiguió-. De ser así, nos bloquean mejor con rumbo sur, y saben que probablemente mantendremos la distancia, para quedar fuera de su alcance de fuego. Por otro lado, si sospechan que estamos donde en realidad estamos, pueden conseguir lo mismo, o plantearnos la alternativa de tener que dar media vuelta, rumbo noroeste, para cubrir el golfo de Mannar. Sin embargo, eso supone ponernos a tiro de su fuerza aérea con base en tierra, con su flota al sur, y no dejarnos más salida que hacia el oeste. No está nada mal como idea táctico-estratégica -reconoció el almirante-. ¿Sigue el grupo de combate al mando de Chandraskatta?

-En efecto, señor -asintió el comandante Harrison-. Ha vuelto, después de una temporadita en la playa. Es de la escuela británica. Y no lo tienen precisamente por tonto.

-Pues convengamos con ellos por el momento. ¿Qué información de Inteligencia cree que pueden tener sobre nosotros?

-Saben... -dijo Harrison encogiéndose de hombros- el tiempo que llevamos aquí. Y lo cansados que debemos de estar.

El comandante de la flota se refería tanto a los hombres como a los barcos. Todas las unidades de la fuerza expedicionaria tenían ya problemas de material. Aunque todos llevasen piezas de repuesto, los barcos no podían permanecer mucho tiempo seguido en el mar. Tenían que recalar para el mantenimiento. La corrosión debida a la sal del mar, el constante movimiento, el zarandeo a que los sometían el viento y las olas y el pesado equipo utilizado hacían que todos los elementos del barco precisasen una continuada revisión. Había que contar, además, con el factor humano. Hombres y mujeres de la dotación estaban ya cansados de tanto mar. Y tener que intensificar los trabajos de mantenimiento en el mismo barco, se añadía a su cansancio. La expresión más socorrida que circulaba en las Fuerzas Armadas, para referirse a esta combinación de problemas, era «la papeleta del mando», cortés eufemismo que aludía a que, a veces, los oficiales que mandaban barcos y hombres no sabían qué puñetas hacer.

-Sabes, Ed, por lo menos con los rusos sabía uno a qué atenerse -dijo Dubro, erguido, mirando hacia abajo y lamentando haber abandonado la pipa-. Bueno. Vamos a darnos por enterados. Llame a Washington y dígales que parece que algo se proponen.

-Ya era hora de que nos conociésemos personalmente. -Yo también estoy encantado -dijo Chuck Searls.

El ingeniero informático era consciente de que su terno y su pulcro corte de pelo habían sorprendido a su interlocutor. Le tendió la mano con una leve inclinación de cabeza, como le pareció que correspondía saludar a su benefactor.

-Me dicen mis colaboradores que tiene usted mucho talento.

-Es usted muy amable. Llevo trabajando en ello varios años, y quizá tenga algunas dotes naturales -dijo Searls, que había leído un rato sobre Japón.

Buenos modales, pensó Yamata, aunque también mucha codicia. Eso se podía arreglar. Que había sido una afortunada casualidad. Le compró la empresa a un hombre hacía cuatro años, puso un gerente para que la dirigiese, como solía hacer, y luego descubrió que el verdadero cerebro de la empresa era aquel otro hombre. Searls era lo más parecido a un genio que su gerente había conocido nunca, le informó el tal gerente a Yamata-san. Seguía en el

mismo cargo, aunque con muy distinto salario. Y pensar que hacía unos años Searls Llegó a estar harto de su trabajo...

-¿Está todo dispuesto? -preguntó Yamata.

-Sí, señor. La adaptación del software originario se realizó meses atrás. Están encantados.

-Y el...

-El huevo de Pascua, mister Yamata. Así lo llamamos.

Raizo no había oído nunca tal expresión. Pidió que se lo explicase y Searls lo hizo, aunque siguió sin entenderlo.

-¿Es difícil de activar?

-Ahí está lo bueno -dijo Searls-. Lo activa una doble llave: General Motors y Merck. Cuando la cotización de las acciones de estas dos compañías pasa por el ordenador, con valores previstos de antemano por mi programa, por dos veces en el mismo minuto, «se rompe el cascarón». Pero sólo en viernes, tal como usted dijo, y sólo si se produce dentro del período de cinco minutos de la franja horaria adecuada.

-De manera que también podría producirse de forma accidental, ¿no?

-Teóricamente, sí. Pero la cotización «desencadenante» de las acciones está muy alejada de las fluctuaciones del mercado. La probabilidad de que sucediera accidentalmente es de una entre treinta millones. Por eso he utilizado este método para «romper el cascarón». Dirijo un estudio informático sobre curvas de cotizaciones y...

Uno de los defectos de los mercenarios era que no podían evitar alardear de lo inteligentes que eran. Y aunque en aquel caso fuese cierto, a Yamata se le hizo pesadísimo soportar la disertación. Resistió, sin embargo, estoicamente, como exigían los buenos modales.

-¿Tiene también dispuesto todo lo que usted necesita?

Searls se limitó a asentir con la cabeza. El vuelo a Miami. Transbordos a Antigua, vía Dominica y Granada, con billetes a nombres distintos, pagados con distintas tarjetas de crédito. Tenía su nuevo pasaporte, su nueva identidad. En la isla caribeña, aguardaba una hermosa hacienda. Tardaría un día entero, pero entonces estaría allí, y no pensaba marcharse de allí. Nunca.

Por su parte, Yamata no sabía ni quería saber lo que haría Searls. De haber sido el guión de una película, hubiese optado por matar a aquel hombre, pero habría sido demasiado peligroso. Que a lo mejor podía haber más de un huevo en el cesto, ¿no? Tenía que haberlo. Además, había que contar con la honorabilidad. Toda la aventura giraba en torno al honor.

-El segundo tercio de la remesa de fondos lo transferirán en el curso de la mañana. Cuando la transferencia esté confirmada, le sugiero que ponga en práctica sus planes.

¡Ronin!, pensó Yamata, aunque, en cierto modo, algunos de ellos fuesen leales.

-Sus señorías votarán con las tarjetas magnéticas -dijo el presidente de la Cámara de los Diputados al concluir Alan Trent su discurso.

La consabida cantinela, que llegaba a través del sistema de megafonía, fue sustituida por música clásica, el Concierto italiano de Bach, en esta ocasión. Cada diputado tenía una tarjeta magnética que introducía en lo que semejaba una máquina de predicción del futuro.

Los votos los contaba un sencillo ordenador cuyo monitor se reproduciría en todos los televisores del mundo. Eran precisos 218 votos para que la ley fuese aprobada. Se llegó a ese número a los diez minutos de iniciada la votación. Luego, siguió el sprint final de diputados rezagados, que abandonaron a todo correr las dependencias en las que estuvieran reunidos con sus comisiones, votaron y volvieron con la misma celeridad a lo que estuviesen haciendo.

Alan Trent permaneció en el hemiciclo durante toda la votación. Departió amigablemente, casi todo el rato, con un diputado de la minoría: Sam Fellows. Era sorprendente que estuviesen de acuerdo en tantas cosas. Porque más distintos no podían ser: un liberal gay de Nueva Inglaterra y un conservador mormón de Arizona.

-Así aprenderán esos hijos de puta -dijo Alan.

-Se ha ganado usted a pulso la aprobación de la ley -admitió Sam.

Ambos se preguntaban qué consecuencias tendría, a largo plazo, para el empleo en sus respectivos distritos.

Menos satisfechos estaban los funcionarios de la Embajada japonesa, que comunicaron los resultados al Ministerio de Asuntos Exteriores en cuanto cesó la música y el presidente de la Cámara anunció:

-Resolución uno-dos-uno-uno-tres: queda aprobada la Ley de Reforma Comercial.

La ley debería ser aprobada después por el Senado, pero el personal de la Embajada informó que era un puro trámite. Con los únicos votos en contra que cabía contar, en todo caso, sería con los de aquellos que tuviesen aún muy lejana la reelección.

El ministro de Asuntos Exteriores recibió la noticia hacia las nueve, hora local de Tokio, e informó al primer ministro Koga, que ya tenía preparada su carta de dimisión para entregársela al emperador. Quizá otro hubiese llorado al ver destruidos sus sueños. El primer ministro no lo hizo. Al volver la vista atrás, se decía que tuvo más influencia como miembro de la oposición que como primer ministro. Al contemplar el sol de la mañana, que bañaba los cuidados jardines a los que daba su ventana, se percató de que llevaría una vida más placentera en adelante.

Que cargue Goto con esto.

-Los japoneses fabrican algo extraordinario que utilizamos en el hospital de Wilmer -dijo Cathy Ryan durante la cena.

Una vez que la «Ley Trent» estaba prácticamente aprobada, le pareció el momento oportuno de decir algo.

-¿Si?

-El sistema de láser que utilizamos para operar las cataratas, por ejemplo. Compraron la empresa americana que lo inventó. Y sus técnicos no se duermen para mejorarlo. Casi todos los meses aparecen con programas de software perfeccionados.

-¿De dónde es esa compañía?

-De California.

-Pues entonces es un producto americano, Cathy.

-No todas las piezas lo son -señaló su esposa.

-Mira: la «Ley Trent» prevé excepciones cuando se trate de productos especialmente valiosos...

-Pero es el gobierno quien va a decidir eso, ¿no?

-En efecto -concedió Jack-. Aguarda un momento. Me dijiste que sus médicos...

-Nunca dije que fuesen tontos, sólo que deberían pensar de un modo más creativo. Como nuestro gobierno, pongamos por caso.

-Le dije al presidente que no me parecía una gran idea. Dice que sólo la aplicará plenamente durante unos meses.

-Me lo creeré cuando lo vea.

13. Contra viento y marea

-No he visto nunca nada semejante.

-Pues su país fabricó miles -objetó el director de relaciones públicas.

-Es cierto -admitió Klerk-. Pero las factorías no estaban abiertas al público, ni siquiera a los periodistas soviéticos.

Chávez era el encargado del trabajo fotográfico. Clark reparó en que le echaba mucho teatro, dándose un considerable trajín entre los obreros de mono blanco y casco de acero. Giraba en redondo, ladeaba el cuerpo, se agachaba, con su Nikon pegada a la cara. Cambiaba de carrete cada pocos minutos. Debió de sacar del orden de varios centenares de fotos de la cadena de producción del misil. Eran fuselajes de SS-19, sin la menor duda. Clark conocía sus características. En Langley, vio suficientes fotografías para saber qué aspecto tenían, y para reconocer cualquier modificación que se les hubiese introducido. En los modelos rusos, el exterior del fuselaje solía ser de color verde. Todo el material militar soviético se camuflaba, incluso los misiles alojados en sus contenedores de transporte, almacenados en el fondo de los silos de cemento, eran de aquel mismo color puré de guisante que sus tanques. En cambio, aquéllos no. La pintura pesaba. No tenía sentido gastar combustible para llevar, hasta velocidad suborbital, unos cuantos kilos de pintura. De manera que los fuselajes de acero de aquellos misiles eran brillantes y relucientes. La instalación eléctrica tenía aspecto de estar mucho mejor acabada de lo que cabía esperar de la producción en serie rusa.

-¿Han modificado ustedes el diseño original, verdad?

-En efecto -contestó sonriente el de relaciones públicas-. El diseño original era excelente. A nuestros ingenieros los impresionó, pero nuestras piezas de serie son distintas, y nuestros materiales son mejores. Tiene usted buen ojo, mister Klerk. No hace mucho, un ingeniero de la NASA hizo la misma observación. ¿De qué parte de Rusia procede el apellido Klerk?

-No es ruso -dijo Clark sin dejar de tomar notas-. Mi abuelo era inglés, comunista. Se apellidaba Clark. En los años veinte fue a Rusia para participar en el nuevo experimento. Debe de sentirse muy decepcionado, dondequiera que esté.

John se lo dijo con una sonrisa de fingido embarazo.

-¿Y su compañero?

-¿Chekov? Es de Crimea. Se nota que lleva sangre tártara, ¿verdad? Y, bueno, ¿cuántos van a fabricar?

Chávez estaba en el fondo de la planta, junto al otro extremo del fuselaje. Varios obreros de la cadena de montaje lo miraban visiblemente molestos. Lo interpretó como que representaba a la perfección su papel de entrometido, cual periodística mosca cojonera. Por lo de-más, su labor era bastante fácil. La planta de montaje de la factoría estaba intensamente iluminada, para facilitar el trabajo a los operarios y, aunque utilizaba el flash en aras de la puesta en escena, el indicador del visor de su cámara mostraba que tenía toda la luz que necesitaba. Su Nikon F-20 era un buen trasto. Y venga a cambiar carretes. Utilizaba película ASA-64 para transparencias -Fuji, por supuesto- porque tenía mejor «saturación de color», que vete tú a saber lo que significaría.

Llegado el momento de despedirse, mister C le estrechó la mano al representante de la factoría y se dirigieron hacia la puerta. Chávez («Chekov») desprendió las lentes del cuerpo de la cámara y lo metió todo en las fundas. Los despidieron con amistosas sonrisas y corteses inclinaciones de cabeza.

Ding introdujo un compacto en la ranura del radiocasete y lo puso a todo volumen. Dificultaba la conversación, pero John era muy meticuloso con las normas. Y hacía bien. Podían haberles puesto un micrófono oculto en la empresa de alquiler de coches. Chávez ladeó la cabeza hacia la derecha para no tener que gritarle la pregunta.

-¿Es siempre tan fácil, John?

Clark sintió ganas de sonreír, pero se abstuvo. Hacía sólo unas horas que había reanudado el contacto con otro miembro de CARDO, que insistió en que él y Ding le echasen un vistazo a la planta de montaje.

-Mira, yo iba a Rusia cuando se necesitaba algo más que un pasaporte y la American Express.

-¿A hacer qué?

-Básicamente, a sacar gente de allí. A veces, a recuperar grabaciones de datos. En un par de ocasiones, instalé esos aparatitos que todo lo oyen. Se sentía uno muy solo, y muy asustado.

Clark meneó la cabeza. Sólo su esposa sabía que se había teñido el pelo un poquito, que allí no le iba el gris.

-No puedes ni imaginar -prosiguió- lo que hubiésemos dado por entrar en... Plesetsk, que es donde creo que estaba el Centro Chelomei en el que diseñaban esos artefactos.

-Está claro que tenían mucho interés en que viésemos esas cosas. -Y tan claro -convino Clark.

-¿Qué hago con las fotos?

John estuvo a punto de decirle que las tirase, aunque, bien mirado, no dejaban de ser datos, y trabajaban para una empresa. Tenía que escribir y enviar un reportaje a Interfax para ser coherente con su tapadera. Se preguntaba si lo publicarían. Meneó la cabeza al pensarlo. Menudo cachondeo, se dijo. En realidad, lo único que hacían era merodear, en espera de la señal y de la oportunidad para hablar con Kimberley Norton. Decidió enviar la película y el mecanoscrito de su reportaje por valija diplomática. Por lo menos, le serviría de práctica a Ding, y a él también, reconoció Clark.

-¡Baja eso! -dijo.

Pasaron entonces a hablar ruso, claro. Aparte de que les convenía hacer práctica.

-Echo de menos nuestros inviernos -dijo Chekov.

-Pues yo no -dijo Klerk-. ¿De qué te viene esa afición tuya por la horrorosa música americana? -le preguntó con cara de pocos amigos.

La Voz de América. Ésa fue la respuesta, a la misma pregunta, en otro lugar.

-No tienes el menor respeto, Yevgeniti Pavlovich. Ese maldito ruido me destroza los tímpanos. ¿Es que no puedes poner otra cosa?

Cualquier otra cosa sería un alivio, se dijo el técnico, que se ajustó los auriculares y meneó la cabeza como para sacudirse aquel maldito ruido de los gaijin. Era el colmo que su propio hijo escuchase la misma porquería.

Pese a haber sido reiteradamente desmentida en las últimas semanas, la realidad era ya evidente para todos. Los enormes y feos transportes, cargados de coches, que se balanceaban anclados en distintos puertos eran mudos testigos en las cotidianas ediciones de los informativos de la televisión japonesa. Las empresas automovilísticas niponas tenían un total de ciento diecinueve barcos, sin contar con los que operaban bajo pabellón extranjero, contratados para el transporte, y que ahora enfilaban de nuevo rumbo a sus puertos de origen. Barcos que nunca recalaban más que lo justo para cargar otros automóviles, estaban allí como icebergs, lastrados por las anclas. No tenía sentido cargarlos y despacharlos. Los que aún aguardaban autorización para amarrar en los puertos americanos, tardarían semanas en descargar. Las tripulaciones aprovechaban para trabajos de mantenimiento programados para más adelante, aunque sabían que, en cuanto terminasen un trabajo que en realidad se inventaban, no tendrían nada que hacer.

La bola de nieve engordaba rápidamente. Era absurdo fabricar automóviles que no podían llegar a su destino. No había materialmente espacio para almacenarlos. Con los enormes aparcamientos de tránsito de los puertos atestados, al igual que los vagones de los trenes y los aparcamientos de las plantas de montaje, no había alternativa. Media docena de equipos de televisión estaban presentes cuando el supervisor de la cadena de montaje de la factoría

Nissan oprimió un botón. Aquel botón accionaba timbres a lo largo de toda la cadena. Normalmente, se utilizaba cuando surgía algún problema en el proceso de montaje. Entonces, sin embargo, significaba que la cadena se detenía. Desde el principio, donde colocaban los componentes sobre la cinta transportadora, hasta el final, en donde aparecía un coche azul marino con las puertas abiertas, aguardando a que un chófer lo sacase de la nave, los obreros se quedaron inmóviles, mirándose. Nunca creyeron que aquello pudiera suceder. Para ellos, la realidad consistía en acudir al trabajo y cumplir con su cometido: ensamblar piezas, revisarlas y probarlas -y rara vez surgía un problema-; repetir la operación a lo largo de una jornada tan entumecedora para los músculos como bien remunerada. Y en aquellos momentos fue como si el mundo se hubiese detenido. Lo sabían, en cierto modo; por los periódicos y los informativos de televisión; por los rumores que corrían por la cadena de montaje, con mayor rapidez que los coches; por los boletines de la dirección. Con todo, se quedaron tan aturdidos como si hubiesen recibido un golpe en pleno rostro.

En el parquet de la Bolsa de Tokio, los agentes no le quitaban ojo a sus televisores portátiles, un nuevo modelo de Sony, en miniatura y plegable, que cabía en el bolsillo de atrás del pantalón. Vieron al supervisor oprimir el botón y a los obreros detener el trabajo. Lo peor era ver sus caras. Y aquello no era más que el comienzo; de eso estaban seguros los agentes. La industria auxiliar tendría que parar, porque las plantas de montaje dejarían de comprarles. Las fundiciones verían bajar su producción drásticamente al cerrar sus principales clientes. Las empresas de aparatos electrónicos también disminuirían la producción, al perder posiciones, tanto en el mercado nacional como en el exterior. El país dependía, totalmente, del comercio exterior y los Estados Unidos eran su principal cliente (a ciento setenta mil millones de dólares ascendían sus exportaciones a aquel país, más de lo que vendían en toda Asia, y más de lo que vendían en toda Europa). De los Estados Unidos importaban por valor de unos noventa mil millones de dólares y, la diferencia, el saldo favorable de la balanza comercial, era superior a los setenta mil millones de dólares, un dinero que su economía necesitaba para poder funcionar; dinero que su economía nacional tenía que invertir, porque se veía obligada a mantener un determinado nivel de capacidad de producción.

Para los obreros que aparecían en las pantallas de los televisores, el mundo se había detenido. Para los agentes de Bolsa, quizá hubiese terminado, y sus rostros no reflejaban perplejidad sino la más negra desesperación. El silencio que siguió no duró más allá de treinta segundos. El país acababa de ver la misma escena por televisión, con la misma enfermiza fascinación, atemperada por una obstinada incredulidad. Luego, el teléfono sonó de nuevo. Muchas de las manos que se precipitaron a cogerlo temblaban. El índice Nikkei caería otra vez aquel día. Cerraría a 6 540 yens, aproximadamente un 20 % del nivel que alcanzó unos años atrás.

Los informativos de todos los canales de televisión norteamericanos destacaron la misma escena. Y en Detroit, incluso los obreros del Sindicato del Automóvil que estaban en el paro, que también vieron cerrar sus plantas, recordaron lo que entonces sintieron. Aunque su solidaridad estuviese aguada por la perspectiva de recuperar su empleo, no les resultaba muy difícil saber cómo se sentían sus homólogos japoneses. Era mucho más fácil detestarlos cuando trabajaban, cuando restaban puestos de trabajo a los americanos. Ahora, eran también víctimas de unas fuerzas que muy pocos de ellos comprendían.

La reacción de Wall Street fue sorprendente, para los no iniciados. A pesar de los beneficiosos efectos que teóricamente debía provocar, la Ley de Reforma Comercial era un factor a corto plazo. Innumerables empresas norteamericanas dependían de productos japoneses, en mayor o menor grado. Aunque, en teoría, las empresas americanas, y sus obreros, pudiesen apresurarse a llenar los huecos, todos se preguntaban con qué rigor se aplicarían las disposiciones de la «Ley Trent». Si se aplicaba con carácter permanente, era una

cosa. En tal caso, lo aconsejable era que los inversionistas le inyectasen su dinero a las empresas bien situadas para compensar la carencia de productos necesarios. Pero ¿y si lo único que se proponía el gobierno era utilizar la ley como un instrumento para abrir los mercados japoneses, quienes, a su vez, reaccionaban rápidamente y transigían en algunos aspectos para mitigar los daños a su economía? De ser así, eran otras las empresas destinadas a llevar sus productos a las estanterías japonesas, que ofrecían mejores oportunidades de inversión. El quid de la cuestión estaba en identificar qué empresas estaban en condiciones de hacer ambas cosas. Decantarse por unas u otras podía ser catastrófico, sobre todo, teniendo en cuenta el fuerte tirón, al alza, que había experimentado inicialmente el mercado de valores. Ciertamente, el dólar se apreciaría con respecto al yen. Pero los expertos en el mercado de bonos señalaban que los bancos japoneses habían reaccionado rapidísimamente, comprando deuda pública norteamericana, pagada con sus cuentas en yens. Apostaban, con claridad, por otro tirón de las cotizaciones que les permitiría realizar beneficios a corto plazo.

El resultado concreto era que el mercado de valores americano cayó, lo que sorprendió a muchos de los que tenían invertido su dinero en Wall Street. Esto afectó, principalmente, a las sociedades de inversiones, pues resultaba difícil, sino imposible, que el pequeño accionista pudiese seguir la evolución de semejantes acontecimientos. Era mucho más seguro dejar el dinero en manos de «profesionales». Como consecuencia de ello proliferaron las sociedades de inversiones, hasta el punto de que había más que acciones a negociar en la Bolsa de Nueva York. Las dirigían expertos cuya misión consistía en comprender lo que ocurría en el más tempestuoso e imprevisible mercado financiero del mundo.

La caída inicial fue «sólo» de cincuenta puntos. Y no bajó más debido a las declaraciones de los representantes de los «tres grandes» de la industria automovilística, en el sentido de que eran autosuficientes en casi todas las piezas para mantener, e incluso para elevar, la producción automovilística nacional. Pese a ello, los expertos de las grandes sociedades de inversiones se rascaban la cabeza y cambiaban impresiones en el cuartito de la máquina del café. ¿Tienen idea de cómo afrontar esto? La sola razón por la que sólo la mitad del personal formulaba la pregunta era que el cometido de la otra mitad consistía en escuchar, menear la cabeza y responder todos a una: Ni zorra idea.

En Washington, en la sede del Banco Central de la Reserva Federal, se hacían otras preguntas; pocas, pero que se las traían. El preocupante espectro de la inflación no había desaparecido, y las circunstancias actuales no propiciaban que se desvaneciese. El problema más obvio e inmediato sería -¡Leche!, exclamó un miembro de la junta de presidentes, ¡era ya!- que habría más capacidad de compra que productos que comprar. Eso significaba otro rebrote inflacionario y, aunque no cupiese duda de que el dólar se apreciaría frente al yen, lo que eso supondría, en realidad, era que el yen caería en picado durante una temporada, y el dólar terminaría por caer también, con respecto a terceras divisas. Y eso no lo podrían soportar. De modo que decidieron elevar otro cuarto de punto el tipo de descuento, que tuvo un efecto inmediato en el cierre de la jornada bursátil. Provocaría confusión en los mercados financieros, pero no importaba, porque el Banco Central sabía muy bien lo que hacía.

De momento, el único dato positivo fue el tirón de la demanda de pagarés del Tesoro. Probablemente, provocado por los bancos japoneses, se dijeron sin necesidad de preguntarlo, que se revolvían como demonios para protegerse. Una medida inteligente, pensaron todos. Su respeto por sus colegas japoneses era sincero, y en nada variaba por las anormales circunstancias, que todos confiaban que fuesen pasajeras.

-¿Estamos de acuerdo? -preguntó Yamata.

-No podemos detenernos ahora -repuso un banquero.

Pudo haber argumentado la respuesta y decir que ellos, y todo el país, estaban al borde de un abismo insondable. No fue necesario. Todos se hallaban al borde del mismo abismo y, al

bajar la vista, no veían la mesa lacada a la que se sentaban, sino sólo una infinita sima con la muerte económica al fondo.

Los presentes asintieron. Se hizo un largo silencio antes de que hablase Matsuda.

-¿Cómo ha podido llegar a ocurrir? -dijo.

-Siempre estuvo ahí, como algo inevitable, amigos míos -contestó Yamata-san con un dejo de tristeza en la voz-. Nuestro país es como... como una ciudad sin campo alrededor; como un fuerte brazo sin un corazón que le bombee sangre. Durante años nos hemos repetido que es un normal estado de cosas. Y no lo es. O remediamos esta situación, o pereceremos.

-Es un gran riesgo el que vamos a correr.

-Hai -dijo Yamata, que tuvo que contenerse para no sonreír.

Aún no había amanecido. Zarparían con la marea. Los preparativos se realizaron sin mucho aparato. Unas cuantas familias acudieron al muelle, casi todas a acompañar a los miembros de la tripulación después de su última noche en tierra.

Los nombres de los barcos eran tradicionales, como ocurre en la mayoría de las armadas del mundo -por lo menos en aquellas que llevaban activas el tiempo suficiente como para tener tradición-. Los nuevos destructores dotados del sistema Aegis radar/misil, el Kogo y unidades gemelas, llevaban tradicionales nombres de barcos de guerra, casi todos antiguos topónimos de las regiones del país en las que se construyeron. Era una tendencia reciente. A los occidentales los sorprendería semejante nomenclatura para barcos de guerra pero, de acuerdo a las tradiciones poéticas del país, la mayoría de los nombres de los barcos de guerra tenían líricos significados y estaban, básicamente, agrupados por clases. Tradicionalmente, los destructores llevaban nombres que terminaban en -kaze, que denota una clase de viento. Hatukaze, por ejemplo, significaba «Brisa de la Mañana». Los nombres de los submarinos eran algo más lógicos. Todos ellos terminaban en -ushio, que significa «marea».

Eran, en general, hermosos barcos, inmaculadamente limpios, como para no desmerecer del «perfil» de su tripulación. Uno a uno, pusieron en marcha los motores de sus turbinas de propulsión, se alejaron de los muelles y se adentraron en los canales. Los capitanes y sus tripulaciones miraban la atestada bahía de Tokio. Con independencia de lo que pensasen, tanto mercante, en aquellos momentos, no era sino un riesgo para la navegación, mecidos por el oleaje allí anclados. En tierra, los marineros que no formaban parte de la dotación se aplicaron a recoger material y se dirigieron luego a sus dependencias. Los radares estaban conectados para ayudar en la partida -algo casi innecesario, porque la visibilidad era excelente aquella mañana, pero era un buen ejercicio práctico para la dotación de los distintos centros de información de combate-. Bajo la dirección de los oficiales al mando de los sistemas de combate, se probaban las conexiones de datos para intercambiar información táctica entre los distintos barcos. En las salas de control de máquinas, los «becardones» -despectivo término que, desde antiguo, se aplicaba a los tradicionalmente sucios maquinistas- iban ahora cómodamente sentados en sillones giratorios. Activaban funciones de sus ordenadores mientras tomaban té.

El buque insignia era el nuevo destructor Matsu. Se avistaba el puerto pesquero de Tateyame, la última población frente a la que pasarían, antes de cambiar bruscamente de rumbo y dirigirse hacia el este.

El contraalmirante Yasuo Sato sabía que los submarinos rondaban por allí, pero sus comandantes habían sido informados. Pertenecía a una familia con larga tradición en la Armada; más aún: con larga tradición en el mar. Su padre mandó un destructor, a las órdenes de Raizo Tanaka, uno de los más grandes comandantes de flota de destructores que haya existido jamás. Su tío fue una de las «águilas salvajes», piloto de la escuadrilla de un portaaviones que murió en la batalla de San Cruz. La generación de Yasuo Sato siguió los mismos pasos. Su hermano, Torajiro Sato, pilotó cazas F-86 en la Fuerza de Autodefensa Aérea, que abandonó desencantado por la poca consideración en que se tenía a los pilotos

militares. Ahora era comandante en una compañía aérea japonesa. Su hijo, Shiro, siguió los pasos de su padre y ya era un joven y orgulloso comandante que pilotaba cazas casi siempre. No está mal, pensaba el almirante Sato, para ser una familia que no tenía linaje de samurais. El otro hermano de Yuso era banquero. Sato estaba totalmente informado de lo que se avecinaba.

El almirante se levantó, abrió la escotilla del puente del Matsu y pasó al ala de estribor. Los marineros advirtieron de inmediato su presencia, y lo saludaron con respetuosas inclinaciones de cabeza. Luego, siguieron con sus mediciones para actualizar, al segundo, la posición del barco. Sato miró hacia popa y reparó en que los dieciséis barcos de la columna formaban una línea punteada casi perfecta, con uniformes separaciones de quinientos metros, apenas visible sin ayuda de los prismáticos en el anaranjado resplandor del sol naciente hacia el que navegaban. Era, sin duda, un buen presagio, pensó el almirante. La misma bandera bajo la que sirvió su padre, coronaba las bolas de todas las unidades. Le fue negada a los barcos de guerra de su país durante muchos años. Ahora ondeaba de nuevo aquel sol rojo sobre fondo blanco.

-Todos a sus puestos -ordenó la voz del capitán a través del sistema de megafonía.

Ya se veía el puerto de destino, y pronto se verían también las bocanas.

Dieciséis barcos, pensó Sato. Era la mayor flota que su país había sacado al mar, como formación organizada, desde hacía..., ¿cuánto? ¿Quince años? No estaba seguro. Desde luego era la más potente. Ni un solo barco tenía más de diez años; orgullosos y costosísimos barcos con orgullosos nombres tradicionales. Aunque el único nombre que hubiese querido oír cerca aquella mañana era Kurushio («Marea Negra»). Era el nombre del destructor de su padre, que hundió a un crucero americano en la batalla de Tassafaronga. Lo llevaba, por desgracia, uno de los submarinos de su flota. El almirante bajó sus prismáticos y masculló algo, ligeramente contrariado. «Marea Negra.» También para un barco era un nombre poéticamente perfecto. Una lástima malgastarlo en un submarino.

El Kurushio y sus unidades gemelas partieron treinta y seis horas antes. Era el submarino más moderno de su clase. Navegaba a quince nudos para llegar rápidamente al área de ejercicios. Lo impulsaban poderosos motores diesel que ahora proyectaban aire a través de los respiraderos. Los diez oficiales y sesenta marineros que formaban la tripulación, se turnaban en las tareas rutinarias. Un oficial de cubierta y su segundo estaban de guardia en la sala de control del submarino. El oficial ingeniero estaba en su puesto con veinticuatro marineros. El departamento de torpedos, que se encontraba en la parte central de la unidad, revisaba los catorce torpedos Type 89-Mod C y los seis misiles Harpoon. Por lo demás, el turno de servicio era normal y nadie reparó en el más mínimo cambio. El capitán, comandante Tamaki Ugaki, era famoso por su meticulosidad en la puesta a punto. Aunque les exigía mucho a sus hombres, el suyo era un barco feliz por su feliz prestación. Estaba encerrado en su camarote. La tripulación tenía la sensación de que no estaba. La luz que se filtraba bajo la puerta y el humo de los cigarrillos, que salía por el respiradero, eran las únicas señales de su presencia. Sus hombres tenían a su capitán por un hombre intensamente volcado en su trabajo, que sin duda urdiría planes para las inminentes maniobras contra los submarinos americanos. La última vez lo hicieron muy bien. Lograron dejar fuera de combate a tres en diez encuentros. No cabía pedir más. Salvo Ugaki, decían sus hombres mientras bromeaban a la hora del almuerzo. Tenía mentalidad de auténtico samurai y detestaba la idea de verse superado por alguien.

Durante el mes que llevaba reincorporado al servicio, Ryan pasaba, por sistema, un día en el Pentágono cada semana. Les explicó a los periodistas que su cargo no lo obligaba a estar en una celda, después de todo, y que así se aprovechaba mejor el tiempo de cada cual. No se le

dio la importancia que se le hubiese dado unos años antes. Incluso el nombre del cargo, consejero de Seguridad Nacional, era cosa del pasado. Aunque los periodistas consideraban a Ryan digno sucesor del ex inquilino del despacho del corredor del fondo de la Casa Blanca, les parecía un tipo gris. Era notorio que eludía el «ambiente» como si temiese contraer la lepra. Acudía al trabajo todos los días a la misma hora, le dedicaba el tiempo justo indispensable y regresaba con su familia, como si de un ciudadano corriente se tratase. Su currículum en la CIA no era aún muy conocido y aunque su actividad, como ciudadano y como funcionario del gobierno, era notoria, nada novedoso aportaba. Como consecuencia de ello, Ryan podía trasladarse de un sitio a otro, en el asiento de atrás de su coche oficial, sin apenas llamar la atención. Todo en él resultaba rutinario y Jack se esforzaba para que lo siguiese pareciendo. Los periodistas no suelen hacer caso de un perro que no ladra. Puede que no leyesen lo bastante para pensar de otro modo.

-Traman algo -dijo Robbie en cuanto Ryan hubo tomado asiento.

Se encontraban en la sala de reuniones del Mando Central Militar, como se leía con claridad en el mapa desplegado.

-¿Se les acercan por el sur?

-Están a unas doscientas millas. El comandante de la flota es V. K. Chandraskatta, se licenció con el número tres de su promoción en el Royal Naval College de Dartmouth, y no ha parado de ascender. Realizó el curso para oficiales de alta graduación hace unos años en Newport. Y aprobó con el número uno -explicó el almirante Jackson-. Está políticamente muy bien relacionado. Sorprende que últimamente pase tanto tiempo lejos de su flota. Va y viene...

-¿Adónde? -preguntó Ryan.

-Suponemos que a Nueva Delhi, pero lo cierto es que, en realidad, no lo sabemos. Es la historia de siempre, Jack.

Ryan se contuvo para no dar rienda suelta a su enojo. En parte era la historia de siempre y, en parte, muy nueva. Ningún oficial militar se consideraba nunca satisfecho con la información de los servicios de inteligencia que tenía, y nunca confiaba del todo en la que se le proporcionaba. En este caso, la queja estaba justificada: la CIA seguía sin funcionar en India. Ryan tomó mentalmente nota para hablar con Brett Hanson acerca del embajador. Por enésima vez. Los siquiatras designaban su actitud como «pasiva-agresiva», con lo que pretendían decir que no se resistía pero tampoco cooperaba. Ryan no acababa de comprender que personas relevantes y adultas se comportasen como niños de cinco años tan a menudo.

-¿Qué relación hay entre sus estancias en tierra y sus movimientos?

-Ninguna, que nos conste -contestó Robby, que meneó la cabeza para dar mayor énfasis a sus palabras.

-¿Y las escuchas? -dijo Jack.

Ryan se preguntaba si la Agencia de Seguridad Nacional, que, como tantos otros organismos, era una sombra de lo que fue, por lo menos habría captado las comunicaciones por radio de la flota hindú.

-Algo nos ha llegado a través de la isla de Diego García y de la población australiana de Alice Springs. Pura rutina. Casi todo referido a rumbos de navegación, nada de importancia estratégica.

Jack se sentía tentado a lamentarse de que los Servicios de Inteligencia de su país nunca tuviesen la información que precisaba en un momento dado. La razón era simple: la información de Inteligencia que tenían, solían permitirle a los Estados Unidos estar preparados, evitar los problemas antes de que de verdad lo fuesen. Pero era lo que desestimaban lo que provocaba las verdaderas crisis, y lo desestimaban porque había otras cosas más importantes..., hasta que es-tallaban las que lo eran menos.

-De manera que todo lo que tenemos es lo que podemos deducir de su logística.

-Que ahí la tenemos -dijo Robby a la vez que se acercaba al mapa.

-Nos empujan hacia...

-Obligan al almirante Dubro a definirse. Es una astuta maniobra, la verdad. El mar será muy grande, pero hay que ver lo que encoge cuando dos flotas se buscan las vueltas. No ha solicitado nuevas órdenes todavía, pero creo que deberíamos empezar a pensar en ello.

-Y si embarcan esta brigada en sus anfibios, ¿qué?

-Tal como yo la veo, señor, la cosa es bien simple -terció un coronel del Ejército que formaba parte del equipo de Robby-. Ya tienen tropas en tierra, coqueteando con los rebeldes tamiles. Eso los pone a huevo la cabeza de puente, y hace del desembarco un puro ejercicio. Desembarcar de manera organizada es lo más difícil de toda invasión y, para mí, está claro que eso lo tienen resuelto. Su Tercera Brigada Acorazada es una formación muy sólida. Por lo pronto, las fuerzas de Sri Lanka, ni encomendándose a todos los dioses, podrán frenar el avance, y mucho menos detenerlo. Luego, no hay más que tomar unos cuantos aeródromos y aerotransportar la infantería. Su Ejército de tierra es muy numeroso. Destinar un contingente de infantería de cincuenta mil hombres a esta operación no les representa mayor problema. Supongo que esto podría degenerar en un largo período de insurrección en el país. Sin embargo, durante los primeros meses, los hindúes controlarían la situación, casi necesariamente, y con su capacidad para bloquear la isla con su Armada, aquellos que optasen por resistir no tendrían fuentes de reavituallamiento. No hay color: India gana.

-El aspecto peliagudo es el político -dijo Ryan con cara de preocupación-. Las Naciones Unidas se pondrán bastante nerviosas...

-Pero presionar ahí es muy jodido -señaló Robby-. Sri Lanka no tiene aliados tradicionales, a menos que consideremos a la India como tal. No pueden jugar ninguna baza religiosa ni étnica. No tienen materias primas que pudieran justificar que nos inquietemos o nos preocupemos.

-Sería noticia de primera página durante unos días -dijo Ryan, que no paraba de darle vueltas-. Pero si los hindúes son un poco listos, harían de Ceilán el cincuenta y un estado de la Unión India.

-Más probable es que les fabricasen a los ceilandeses la provincia número veinticinco -aventuró el coronel-, una provincia autónoma tamil, por razones étnicas. Eso podría contribuir incluso a disipar sus propios problemas con los tamiles. Me huelo que habrá habido contactos en este sentido.

-Gracias -le dijo Ryan al coronel, que estaba claro que había hecho los deberes-. Pero la cuestión es ésta: proceden a la integración política de la región en su país, con plenos derechos civiles y todo lo demás y, de pronto, todo se esfuma. Bonito -añadió-. No obstante, necesitan una excusa política antes de actuar. La excusa no puede ser otra que un resurgir de la rebelión tamil que, por supuesto, están en condiciones de fomentar.

-Podemos barajar esa hipótesis de trabajo -convino Jackson-. En previsión, debemos decir a Mike Dubro hasta dónde se le permitirá actuar para evitarlo.

Algo nada fácil, se dijo Ryan al mirar el mapa. El Contingente Expedicionario 77 seguía rumbo sudoeste y le mantenía la distancia a la flota hindú. Sin embargo, aunque tuviese todo un océano para maniobrar, no lejos del flanco oeste de Dubro había un grupo de atolones, en uno de cuyos extremos se encontraba la base americana de Diego García. Esto podía representar cierta tranquilidad, pero no era un gran consuelo.

El problema de los faroles es que «el otro» podía interpretarlos como lo que eran, y aquella partida dependía mucho menos del azar que una mano de póquer. El potencial bélico favorecía a los americanos, aunque sólo si estaban dispuestos a utilizarlo. La geografía favorecía a la India. Los Estados Unidos no tenían, en realidad, intereses vitales en la región. Básicamente, la flota de los Estados Unidos patrullaba por el océano índico con un ojo puesto en el golfo Pérsico. Pero la inestabilidad, en cualquier región, era contagiosa, y cuando la gente se ponía nerviosa por esta clase de episodios, se desencadenaba una destructora sinergia. De manera que eso obligaba a decidir hasta dónde se llevaba el farol.

-Peliagudo, ¿eh, Rob? -dijo Jack con talante risueño, aunque la procesión fuese por dentro.

-Nos ayudaría mucho saber qué se proponen de verdad.

-Tomo nota, almirante. Pondré a la gente a trabajar en ello.

-¿Nuevas instrucciones para Mike Dubro?

-No, Robby, a menos que el presidente decida otra cosa. Si Dubro cree que va a ser atacado, ya tiene autorización para afrontarlo. Que para eso lleva una escuadrilla aérea en cubierta, ¿no?

-¿En cubierta? ¡Y una leche! Tienen que estar en el aire, doctor Ryan, por favor...

-A ver si consigo que el presidente autorice otra vuelta de tuerca -prometió Jack.

Justo entonces sonó un teléfono. Lo cogió un joven oficial de Estado Mayor, un marine que acababa de ser ascendido a comandante, que llamó a Ryan.

-Sí, ¿qué hay?

-Le hablo desde el Departamento de Cifra de la Casa Blanca, señor -dijo un oficial de guardia-. El primer ministro Koga acaba de presentar su dimisión. El embajador opina que Goto será llamado a formar el nuevo gobierno.

-A eso se le llama velocidad. Como si me hubiese comunicado la noticia el Ministerio de Asuntos Exteriores japonés directamente. Estaré ahí de vuelta dentro de dos horas -dijo Ryan antes de colgar.

-¿Ha dimitido Koga, no? -preguntó Jackson.

-¿Le ha administrado alguien la píldora de la clarividencia, Rob? -No, pero tengo el oído fino para las conversaciones telefónicas. Tengo entendido que nos han cogido manía por allí.

-Se han precipitado las cosas.

Las fotos llegaron por valija diplomática. En otros tiempos, hubiesen abierto la valija en el puerto de entrada. Con la actual distensión, en cambio, el veterano funcionario del gobierno subió al coche oficial en Dulles y fue sin detenerse hasta «Foggy Bottom». Allí abrían la valija en un cuarto dotado de sistema de seguridad, se clasificaba el contenido por categorías y prioridades y se entregaba luego, en mano, a los destinatarios. Un sobre acolchado, que contenía siete cartuchos de película, le fue entregado a un funcionario de la CIA que, de inmediato, salió, cogió el coche y se dirigió hacia el puente de la Calle 14. Cuarenta minutos después, abrieron los cartuchos en un laboratorio fotográfico. Estaba equipado para el revelado de microfilmes y dotado de la más moderna parafernalia, aunque, en realidad, se utilizase para trabajos tan pedestres como aquél.

Al técnico le gustaba trabajar con película «de verdad» -le salía más a cuenta, era más fácil de trabajar y podía utilizar un equipo sencillo-, y hacía tiempo que no se interesaba por las imágenes más que lo justo para cerciorarse de que había hecho bien su trabajo. Por el tipo de saturación de color, vio en seguida que se trataba de película Fuji. ¿Quién decía que fuese mejor que la Kodak? Las transparencias iban alojadas en sus marquitos de cartón. Sólo se diferenciaban de cualquier juego de transparencias que hubiesen sacado unos padres para conmemorar el primer encuentro de su retoño con Micky Mouse, en que llevaban la inscripción: Alto Secreto. Allí las numeraron, las sujetaron con una goma y las metieron en una cajita. Luego metieron la cajita en un sobre y la echaron a la papelera de la entrada del laboratorio. Al cabo de media hora una secretaria pasó a recogerla.

La secretaria cogió el ascensor y subió hasta la quinta planta del edificio de la antigua sede, que tenía ya casi cuarenta años y se le notaban. Los pasillos estaban sucios, la pintura de los paneles de madera se había deslustrado y tenía una desagradable tonalidad amarillenta. También allí podía hablarse del «más dura será la caída», sobre todo por lo que se refería al Departamento de Investigación de Armas Estratégicas (DIAE). El que en otro tiempo fuera el departamento más importante de la CIA tenía ahora que mendigar para subsistir.

En el DIAE trabajaban ingenieros en balística, apropiadísima especialidad para lo que de verdad hacían: salir disparados de un lugar a otro. Se ocupaban de estudiar los misiles de fabricación extranjera y de analizar su potencial. Eso significaba mucho trabajo teórico y,

también, muchos viajes para visitar a los fabricantes que surtían a los distintos gobiernos, al objeto de comparar sus existencias reales con las que se creía que tenían. Por desgracia para el DIAE, los casi extintos misiles tenían al departamento en la indigencia, por así decirlo. La profusión de fotografías que cubrían las paredes de todas las seccciones eran poco más que nostálgicos recuerdos. La actividad cotidiana de aquel personal, especializado en distintas ramas de la física, era aprender a familiarizarse con los agentes químicos y biológicos, armas de destrucción masiva que estaban al alcance de las naciones más pobres. Pero la actividad de aquel día no.

Chris Scott, de treinta y cuatro años, se incorporó al DIAE cuando éste aún tenía sentido. Licenciado por el Rensselaer Polytechnic Institute, se distinguió al deducir, por pura analítica, las prestaciones del Soviet SS-24, dos semanas antes de que un agente infiltrado en las altas esferas lograse pasar una copia del manual de uso de aquel cohete de combustible sólido, lo que le ganó unas palmaditas de felicitación por parte del entonces director William Webster. Pero ya no quedaban SS-24. Y de acuerdo a la información que acababa de recibir, aquella misma mañana, a los rusos sólo les quedaba un SS-19, que al igual que su homólogo (y único) Minuteman-III, instalado en las afueras de Minot, Dakota del Norte, aguardaba a ser destruido. Y no le gustaba nada estudiar química. Como consecuencia de ello, recibió las transparencias que llegaban de Japón como una bendición.

Scott se lo tomó con calma. Tenía tiempo sobrado. Tras abrir la cajita, colocó las transparencias en la bandeja de su visor. Las examinó y tomó notas sobre cada una de ellas. Terminó dos horas después, a mediodía, casi a punto de almorzar. Volvió a guardar las transparencias en la cajita y las puso a buen recaudo, antes de bajar al snack-bar de la primera planta. El principal tema de conversación era la alarmante baja forma de los Washington Redskins, y las posibilidades de que el nuevo propietario enderezase el rumbo. Scott reparó en que la gente se tomaba más tiempo del que correspondía para el almuerzo, pero los supervisores hacían la vista gorda. El corredor central del edificio, que daba al patio, siempre estaba más lleno que en otro tiempo. Nadie se detenía ya a contemplar el trozo del Muro de Berlín, que llevaba expuesto hacía años, y menos aún los más veteranos -que era como se sentía Scott-. Bueno, por lo menos él sí tenía trabajo que hacer aquel día.

De nuevo en su despacho, Chris Scott corrió las cortinas y cargó las transparencias en el proyector. Pudo haber seleccionado sólo aquellas acerca de las que hizo anotaciones especiales, pero era todo el trabajo que tendría a lo largo de la jornada (aunque acaso podía hacerlo durar toda la semana si jugaba bien sus cartas). Procedería con su meticulosidad habitual y compararía lo que veía con el informe del experto de la NASA.

-¿Te importa que fisgue? -dijo Betsy Fleming al asomar por la puerta.

Era una de las veteranas -pronto sería abuela-. En realidad, empezó de secretaria del Servicio de Inteligencia de la Defensa. Era una autodidacta que sabía mucho de análisis fotográfico y de ingeniería balística. Su experiencia se remontaba a la «crisis de los misiles» de Cuba. A pesar de no ser titulada, sus conocimientos en aquellos dos campos eran formidables.

-Qué va -exclamó Scott, a quien no le importó de verdad la intromisión, pues no en vano nombraron a Betsy «mamá» del departamento, por aclamación.

-Nuestro viejo amigo SS-diecinueve -señaló ella al sentarse-. Vaya. Me gusta lo que le han hecho.

-¿Verdad que sí? -convino Scott, que se estiró para quitarse de encima la modorra de después del almuerzo.

Lo que antes era un feísimo trasto resultaba ahora más bien bonito. Los fuselajes de los misiles eran de pulido acero inoxidable, lo que permitía apreciar mejor la estructura. Con aquel color verde con el que lo pintaban los rusos tenía un aspecto rústico. Ahora se parecía más a un cohete lanzador, algo más estilizado. En cierto modo, impresionaba más, al pensar en la carga que estaba destinado a transportar.

LIbrodot

-La NASA dice que han ahorrado mucho peso en el cuerpo del cohete; mejores materiales, y cosas así -señaló Scott-. Y, por lo que veo, es cierto.

-Lástima que no sepan hacer lo mismo con los depósitos de combustible de los automóviles -dijo mistress Fleming.

Scott emitió un gruñido de asentimiento. Tenía un Cresta y su esposa se negaba a conducirlo hasta que cambiasen el depósito. Lo que podía tardar unas dos semanas, según le dijo el distribuidor. La empresa puso a su disposición un coche de alquiler, en un vano intento de ganarse la buena voluntad de la clientela. Eso significaba tener que pagar doble parking hasta tanto no les devolviese el coche a Avis, y no le hacía ninguna gracia rascarse el bolsillo.

-¿Se sabe quién ha sacado las fotos? -preguntó Betsy.

-Todo lo que sé es que es un agente nuestro -dijo Scott mientras pasaba a otra transparencia-. Hay muchos cambios. Se diría que los han sometido a un tratamiento de belleza.

-¿Cuánto peso crees que han ahorrado?

Porque Scott tenía razón, se dijo mistress Fleming. En el fuselaje se notaban las características franjas de algo pulido, tan reluciente como el cañón de un rifle.-Según la NASA, unos seiscientos kilos en el cuerpo del misil... Otra transparencia.

-Eh, tú, pero ahí no -señaló Betsy.

-Curioso.

En aquélla se veía la cabeza del misil, que es donde iban alojadas las ojivas nucleares. El SS-19 estaba diseñado para transportar unas cuantas. Relativamente pequeñas y pesadas, eran objetos densos. Tenían que construir la estructura del misil teniendo esto en cuenta. Todo cohete intercontinental, no dejaba de acelerar desde que iniciaba su vuelo hasta el momento en que se detenían los motores. Pero el período de mayor aceleración se producía justo antes de apagarse los motores. En ese momento, con casi el combustible consumido, la progresión del aumento de velocidad llegaba al máximo, a diez g en este caso. Al mismo tiempo, la resistencia adicional, proporcionada al fuselaje por la presión del combustible de los depósitos, era mínima. Debido a ello, la estructura en la que se alojaban las ojivas nucleares debía ser tan robusta como gruesa para que la inercia de la carga, enormemente aumentada, se distribuyese de manera uniforme.

-No, eso no lo han cambiado, ¿verdad? -preguntó Scott mirando a su colega.

-¿Y por qué? Se supone que ahora el cohete lo utilizarán para poner satélites en órbita...

-Que son muy pesados, dicen. Satélites de comunicaciones.

-Sí, pero fíjate en esta zona...

La base en la que encajaba la ojiva tenía que ser muy sólida. La base para un satélite de comunicaciones, en cambio, era, esencialmente, un fino aro de acero, una especie de donut plano que siempre daba la impresión de ser demasiado ligero para su función. Aquello, en cambio, parecía una pesada rueda de carro. Scott abrió un cajón y sacó una fotografía reciente de un SS-19 tomada por un oficial americano, miembro del equipo de inspección que se desplazó a Rusia. Se la pasó a mistress Fleming sin hacer comentarios.

-Fíjate. Éste es el modelo de serie tal cual los rusos lo diseñaron, sin más que, acaso, mejor acero y mejor acabado. Todo lo demás lo han modificado. ¿Por qué esto no? -preguntó Fleming.

-Eso me digo yo. Conservarlo ha debido de significar... ¿Cuánto más? ¿Unos cincuenta kilos?

-Eso no tiene sentido, Chris. Es donde primero querrías ahorrar peso. Todo kilo que ahorras ahí equivale a cuatro o cinco en la primera fase.

Ambos se levantaron y fueron hacia la pantalla.

-Espera un momento... -añadió Fleming.

-Sí, sí. Ahí encaja la ojiva. No lo han modificado. Ahí no encaja un satélite ni en broma. Es como si no hubiesen modificado nada -dijo Scott meneando la cabeza.

-¿Deduces que habrán querido conservar la estructura de la cabeza para la transfase?

-Aunque así fuese, no necesitan eso tan enorme ahí arriba, ¿no cree?

-Se diría que quisieran dejarlo tal cual.

-Sí. Y me pregunto por qué razón.

14. Reflexiones

-Treinta segundos -dijo el ayudante de dirección al entrar el último spot publicitario para la audiencia de la mañana del domingo. Todo el programa giró en torno a Rusia y Europa, lo que le vino a Ryan de perilla.

-Lo que no entiendo -dijo Bob Holtzman con una risa ahogada antes de que volviese a pasar la cinta- es cómo se siente el consejero de Seguridad Nacional de un país sin amenaza alguna para su Seguridad Nacional.

-Relajado -repuso Ryan con una recelosa mirada a las tres cámaras, aunque ninguna tenía encendida la delatora lucecita roja.

-¿Por qué entonces trabaja tantas horas? -le preguntó la periodista Kris Hunter en un tono menos acerado que su mirada.

-Porque si no hago ver que trabajo -mintió Jack-, la gente se daría cuenta de lo insignificante que soy.

Mal asunto. Aún no saben nada de India, pero sí que saben que ocurre algo. ¡Puñeta...! Porque Jack no quería que se le diese publicidad. Era una de esas cuestiones en las que la presión de la opinión pública podía perjudicar en lugar de ayudar.

-¡Cuatro! ¡Tres! ¡Dos! ¡Uno! -dijo el ayudante de dirección, a la vez que se lo indicaba con los dedos al moderador, el periodista Edward Johnson.

-¿Cómo interpreta la administración los cambios en el gobierno japonés, doctor Ryan?

-Bueno, desde luego, es una consecuencia de las actuales dificultades comerciales, que es algo fuera de mis competencias. Básicamente, lo que se advierte allí es una situación política interna que el pueblo japonés puede afrontar, perfectamente, sin nuestro consejo.

Jack lo dijo con el solemne tono del estadista, algo que tuvo que perfeccionar con unas cuantas lecciones de dicción. En realidad, sólo tuvo que aprender a hablar más despacio.

-Pero el candidato mejor situado para sucederle -dijo Kris Hunter inclinándose hacia adelante- es un declarado enemigo de los Estados Unidos...

-Eso me parece un poco fuerte -la atajó Ryan con una bien-humorada sonrisa.

-Sus discursos, sus escritos, sus libros, no son precisamente amistosos.

-Supongo que la diferencia -replicó Ryan con un descalificador ademán y una forzada sonrisa-, en los discursos, sobre naciones amigas y aquellas que no lo son es que, por sorprendente que parezca, con las primeras se puede ser más cáustico.

No está mal, Jack..., se dijo Ryan a sí mismo.

-O sea, ¿que no está preocupado?

-No -contestó Ryan.

Las respuestas breves, en programas como aquél, tendían a intimidar a los periodistas, se dijo Jack.

-Gracias por haber venido esta mañana, doctor Ryan. -Ha sido un placer, como siempre.

Ryan no dejó de sonreír hasta que las luces de las cámaras se apagaron. Luego, contó lentamente hasta diez. Después, aguardó a que los otros periodistas se quitasen los micrófonos. Entonces se quitó el suyo, se levantó y se alejó de aquella zona del plató. Al fin pudo hablar tranquilo. Bob Holtzman lo acompañó a la sala de maquillaje. Las maquilladoras habían salido a tomar café y Ryan cogió unos cuantos Kleenex y le pasó la caja a Holtzman. El espejo tenía un ancho marco de madera en el que habían grabado: AQUI TODO ES CONFIDENCIAL.

-¿Sabes cuál fue el verdadero detonante del feminismo? -preguntó Holtzman-. No fue el sostén, ni la aspiración a ganar lo mismo, ni ninguna de esas bobadas.

-Ya -convino Jack-. Fue obligarlas a llevar maquillaje. Nos lo teníamos merecido. Dios, ¡cómo odio esta porquería! -añadió limpiándose las «natillas» de la frente-. Me siento como una puta barata.

-No es extraño en una figura política, ¿no cree? -dijo Kristyn Hunter, que acababa de coger Kleenex para hacer la misma operación.

-No -dijo Jack sonriente-, pero es poco delicado por su parte decirlo así, señora.

¿O sea que ahora soy una figura política?, se preguntó Ryan. Supongo que así es. ¿Y cómo demonios ha sido eso?

-¿Por qué esa elegante evasiva a mi última pregunta, Jack? -preguntó Holtzman.

-Mira, Bob, si crees que ha sido una elegante evasiva, sabrás entonces el porqué -contestó Ryan, que señaló al rótulo del espejo y le dio un golpecito, para asegurarse de que todos captaban el mensaje.

-Sé que cuando cayó el último gobierno fuimos nosotros quienes difundimos la información sobre el escándalo de los sobornos -dijo Holtzman.

Jack se limitó a mirarlo. Incluso un sin comentarios habría sido un sustancioso comentario dadas las circunstancias.

-Aquello abortó la primera oportunidad de Goto de convertirse en primer ministro. Era el mejor situado, ¿lo recuerdas?

-Bueno, pues ahora tiene otra. Su paciencia se ha visto recompensada -dijo Ryan-. Si puede mantener unida una coalición.

-No me venga con eso -dijo Hunter, que se acercó al espejo para acabar de quitarse el maquillaje de la nariz-. Habrá leído lo que declara a la prensa. Igual que yo. Formará gobierno. Y ya sabe qué argumentos se gasta últimamente.

-Hablar es fácil, sobre todo para alguien que se mueve en este mundo -replicó Jack, que aún no acababa de verse en «este mundo»-. Probablemente no sea más que un desliz, otra salida de tono de un político con resaca que tuvo un mal día en el despacho, o con el «busca»...

-O en la casa de geishas -aventuró Kris Hunter.

La periodista terminó de quitarse el maquillaje. Se sentó en el borde del largo tocador y encendió un cigarrillo. Kristyn Hunter era una periodista anticuada, aunque tenía poco más de cincuenta años. Procedía de la Escuela de Periodismo de Columbia y la acababan de nombrar jefe de Corresponsalías Exteriores del Chicago Tribune. Tenía una voz más áspera que la lija.

-Hace dos años, ese cabrón se me quiso ligar -dijo Kris-. Su lenguaje sonrojaría a un marine, y sus insinuaciones fueron..., dejémoslo en extravagantes. Supongo que tendrá usted información sobre sus hábitos personales, ¿no, doctor Ryan?

-Oiga, Kris, nunca, jamás, me prestaré a comentar cuestiones personales de esa índole, caso de ser ciertas, acerca de funcionarios extranjeros -replicó Jack-. Y espere un momento. Él no habla inglés, ¿verdad? -añadió a la vez que cerraba los ojos y trataba de recordar la información que tenía al respecto.

-Ah, ¿pero no lo sabe? Lo habla cuando le conviene, y cuando no, no lo habla. Aquel día no lo hablaba. Y su traductora era una mujer de unos veintisiete años. Ni siquiera se ruborizó -le explicó Hunter con una amarga sonrisa-. Pero yo, desde luego, sí. ¿No le dice eso nada, doctor Ryan?

Jack tenía pocas dudas acerca de la información que resultó de la operación SÁNDALO. Pese a ello, le venía muy bien oír lo mismo de una fuente por completo independiente.

-Deben de gustarle las rubias -dijo Jack en tono desenfadado.

-Eso dicen. Y dicen también que ahora tiene una nueva.

-Que nos metemos en honduras -la atajó Holtzman-. Mujeriegos hay muchos, Kris.

-A Goto le encanta alardear de fuerza. Y muchas de las cosas que se cuentan de él son asquerosas -dijo Hunter-. Y me las creo.

-¿De verdad? -exclamó Ryan con el mayor candor-. ¿Intuición femenina?

-No sea sexista -le espetó Hunter, que no parecía estar para bromas.

-No lo soy -replicó Ryan con energía-. Mi esposa tiene más intuición que yo para calar a las personas. Supongo que influye el hecho de que sea médico. ¿Está claro?

-Mire, doctor Ryan, usted lo sabe. Me consta que el FBI ha investigado, con mucha discreción, algunas cosillas por la zona de Seattle.

-¿Ah, sí?

Kris Hunter no tragaba.

-No se pueden mantener estas cosas en secreto, si tiene uno amigos en la CIA, como los tengo yo y, menos aún, si una de las chicas desaparecidas es hija de un capitán de la policía cuyo vecino de al lado es el jefe del FBI en Seattle. ¿Quiere que siga?

-¿Por qué no lo publica entonces?

Kris Hunter fulminó con la mirada al consejero de Seguridad Nacional.

-Le diré por qué, doctor Ryan. A mí me violaron en la facultad. Creí que aquel hijo de puta iba a matarme. Vi la muerte de cerca. Y eso no se olvida. Si el caso trasciende en el momento inadecuado, esa chica y otras como ella podrían terminar muertas. De la violación se recupera una. Yo me recuperé. Pero de la muerte no.

-Gracias -le dijo Ryan en un sereno tono que sus ojos y su movimiento de cabeza hicieron aún más expresivo. Sí, lo comprendo. Y sabe usted que lo comprendo.

-Va a ser el jefe de gobierno de ese país -prosiguió Hunter con un fulgor en la mirada más intenso aún-. Nos odia, doctor Ryan. Lo entrevisté. No se me quiso ligar porque me encontrase atractiva. Se me quiso ligar porque me veía como el símbolo de la rubia de ojos azules. Es un violador. Goza acosando sexualmente a las mujeres. No se olvida una la mirada de unos ojos así si los ha visto una vez. Y él tiene esa mirada. Habrá que andarse con mucho cuidado con él. Dígaselo así al presidente.

-Lo haré -dijo Ryan al enfilar hacia la puerta.

El coche de la Casa Blanca aguardaba en el exterior. Jack tuvo en qué pensar mientras se dirigían al cinturón de ronda.

-Como una seda -comentó el agente del Servicio Secreto-. Salvo al final.

-¿Cuánto tiempo lleva en esto, Paul?

-Catorce apasionantes años -contestó Paul Robberton, que no le quitaba ojo al tráfico desde el asiento delantero.

El chófer era un simple funcionario de la administración del Estado, pero el guardaespaldas que le asignaron a Jack era miembro del Servicio Secreto.

-¿En qué brigada?

-Delitos monetarios. Falsificadores. Nunca llegué a desenfundar -contestó Robberton-, aunque participé en varias desarticulaciones.

-¿Es usted buen sicólogo?

-En este trabajo, doctor Ryan -repuso Paul echándose a reír-, más le vale a uno serlo.

-¿Qué opina de Kris Hunter?

-Lista y muy dura. Y no le ha mentido, no: la violó en la facultad un violador en serie. Y denunció a aquel cabrito. Era la época en la

que los abogados tenían... la manga un poco ancha en los casos de violación. Ya sabe: que si la víctima había provocado, y todo eso. La cosa se puso fea, pero ella ganó y condenaron al desgraciado. Palmó en la cárcel. Por lo visto debió de decirle alguna inconveniencia a un atracador. Lástima -concluyó Robberton con aspereza.

-Es decir, que me aconseja que no eche en saco roto lo que ella opina.

-En efecto, señor. Kris Hunter hubiese sido una buena policía. Y me consta que es una buena periodista.

-Desde luego, se ha hecho con un montón de información -musitó Ryan.

No toda era solvente, ni estaba coherentemente organizada, aparte de que la deformaba su propia experiencia personal. De lo que no cabía duda era de que tenía recursos, se dijo Jack mientras veía pasar el paisaje y trataba de resolver el rompecabezas.

-¿Adónde vamos? -preguntó el chófer.

-A la casa -contestó Ryan.

Robberton lo miró sorprendido, porque entre ellos ir a «la casa» no significaba ir «a casa».

-No, espere un momento -se corrigió Ryan a la vez que cogía el teléfono. Por suerte, sabía el número de memoria.

-Diga.

-¿Ed? Soy Jack Ryan. ¿Muy ocupados?

-Nos han dado el domingo libre, Jack. Los Caps juegan esta tarde contra los Bruins.

-Estaré ahí dentro de diez minutos.

-Estupendo -dijo Ed Foley, que colgó el teléfono y miró a su esposa-. Viene Ryan -añadió. ¡Qué putada!

El domingo era el único día que podían levantarse tarde. Mary Pat iba aún con bata y estaba sin arreglar. No era frecuente verla desgreñada. Sin decir palabra, dejó el periódico de la mañana y fue al cuarto de baño a peinarse.

Quince minutos después llamaron al timbre.

-Horas extras, ¿eh? -dijo Ed al abrirle la puerta a Robberton, que entró con Jack.

-Me ha tocado una entrevista en la tele. Y tengo otra dentro de veinte minutos -dijo Ryan mirando el reloj.

-¿Qué pasa? -preguntó Mary Pat al entrar en el salón con el mismo aspecto que cualquier norteamericana el domingo por la mañana.

-Trabajo, cariño -contestó Ed, que fue por delante hasta otra sala de estar que tenían en el sótano.

-SÁNDALO -dijo Jack cuando hubieron llegado.

Allí podían hablar tranquilos. Todas las semanas revisaban la casa de arriba abajo por si había micrófonos ocultos.

-¿Tienen ya órdenes Clark y Chávez de sacar a la chica?

-Nadie nos ha dado una orden oficial -le recordó Ed Foley-. Están en ello, pero...

-Pues ya tenéis la orden. Sacad a la chica de allí de inmediato.

-¿Por alguna razón que debamos saber? -preguntó Mary Pat.

-Esto no me ha gustado desde el principio. Quizá le hagamos llegar un mensaje a su papaíto... y pronto, para que no lo eche en saco roto.

-Ya -dijo Ed Foley-. También yo he leído el periódico de la mañana. Sus declaraciones no son precisamente muy amistosas, aun-que quizá desorbitemos las cosas, ¿no crees?

-Siéntate, Jack -dijo Mary Pat-. ¿Te traigo café?

-No, gracias, MP -dijo Jack, que se sentó en un raído sofá y alzó la vista-. Se disparó la alarma. Nuestro amigo Goto parece de cuidado.

-Tiene sus rarezas, el hombre -convino Ed-. No es que sea muy inteligente. En cuanto uno sintoniza con la retórica que se gastan por allí, se nota que se da muchos aires, pero que ideas tiene pocas. Me sorprende que cuenten con él.

-¿Por qué? -preguntó Jack, pues en la documentación que tenía sobre Goto, Exteriores mostraba su característico respeto por los estadistas extranjeros.

-Como digo, no hay miedo a que gane el Nobel de Física. Es un burócrata. Ha escalado como suelen hacerlo los arribistas de la política. Ha debido de lamerle el culo a todo el escalafón.

-Y para compensarse se ceba en las mujeres -terció MP-. Eso abunda mucho por allí. Nomuri nos ha enviado un cumplido informe sobre lo que ha visto.

Mary Pat sabía que aquello era producto de la juventud y de la inexperiencia. Muchos activistas de la CIA informaban de todo lo habido y por haber en su primera misión importante, como si escribiesen un libro. Básicamente, era consecuencia del aburrimiento.

-Aquí no lo elegirían ni para trabajar en la perrera municipal -dijo Ed con una risa ahogada.

¿De verdad?, se dijo Ryan al pensar en Edward Kealty. Sin embargo, podía resultar en algo que los Estados Unidos pudiesen utilizar, en la debida forma y en el momento oportuno. Quizá en su primera entrevista, si iban mal dadas, el presidente Durling podría hacer una discreta alusión a su ex amiguita, y las implicaciones que su disipada vida podía tener para las relaciones entre ambos países...

-¿Qué tal va CARDO?

Mary Pat sonrió a la vez que ordenaba la consola de los críos, que allí era donde se dedicaban a decirle a Mario y a los demás lo que tenían que hacer.

-Dos de los antiguos miembros ya no están: uno se jubiló y el otro cumple una misión en Malaysia, si no recuerdo mal. Los demás han sido contactados. En el momento en que queramos...

-Bien. Pensaremos a ver qué nos conviene que hagan.

-¿Por qué hemos de pensarlo? -preguntó MP-. No es que me importe, pero ¿por qué razón?

-Los presionamos demasiado. Así se lo he dicho al presidente, aunque él tiene razones para presionar, y no va a dejar de hacerlo. Nuestras medidas van a representar un duro golpe para su economía, y, encima, su nuevo primer ministro no nos puede ver. Si optan por represalias, querría saber por dónde van a ir los tiros.

-¿Qué podrían hacer ellos? -dijo Ed, sentado en la consola Nintendo, que era la favorita de su hijo.

-Yo tampoco lo sé, y por eso quiero averiguarlo. Dadme unos días para pensar a ver cuáles son nuestras prioridades. Aunque, la verdad, es que no sé de dónde puñeta voy a sacar unos días -dijo Jack-. Tengo que preparar el viaje a Moscú.

-De todas maneras nos llevará tiempo estar a punto. Podríamos decirles a nuestros agentes que preparen el terreno y realicen actividades de rutina.

-Hacedlo, hacedlo -ordenó Ryan-. Y advertidles de que se trata de una misión de la mayor importancia.

-Necesitamos autorización presidencial para eso -le advirtió Ed, pues activar una red de espionaje en un país amigo no era una medida trivial.

-Os la enviaré -contestó Ryan, que estaba seguro de que Durling no pondría objeción-. Y sacad a la chica de allí a la primera oportunidad.

-¿Y dónde la interrogamos? -preguntó Mary Pat-. Porque ¿y si dice que no? ¿No querréis que la secuestremos, verdad?

¡Hay que fastidiarse!, exclamó Jack para sí.

-No, no creo que sea conveniente. ¿Son prudentes, no? -Clark lo es mucho.

A Mary Pat le constaba, que no en vano ella y Ed lo aprendieron de él durante tantos años en la Granja: Dondequiera que estés, estás en territorio enemigo. Era una buena máxima para un activista del espionaje, aunque se preguntaba de dónde la habría sacado.

La mayoría de sus hombres tenía que haber estado trabajando, pensaba Clark. Aunque... el problema estaba en que lo mismo debían de pensar ellos. Estaba acostumbrado a oír sus lamentaciones, casi siempre quejas hacia el país en el que estuvieran destinados. Quienes estuvieron en Irán eran los que más despotricaban, sabedores de que había americanos en manos de gente que pensaba que «¡Muerte a América!» era una consigna perfectamente coherente con la política exterior del país. Clark estuvo allí como miembro de la misión de rescate que fracasó -las horas más bajas de su larga carrera, se dijo Clark-. Ir allí para ver el fiasco, tener que salir pitando del país. No eran recuerdos agradables. Y el panorama que allí tenía, hacía que volviesen a su memoria.

La Embajada americana no se lo tomaba muy en serio. La rutina de siempre, en cierto modo. El embajador tenía a todos sus agregados trabajando en el interior del edificio, de estilo tan «internacional» que parecía un híbrido de los edificios-vivienda de Wright y línea Sigfrido. Estaba situado frente al hotel Ocura. Al fin y al cabo, aquél era un país civilizado,

¿no? La policía local mantenía un adecuado número de hombres al otro lado de la verja y, por más que vociferasen, los manifestantes no parecían dispuestos a atacar a los policías, de intimidante aspecto, que rodeaban el edificio. Sin embargo, los manifestantes no eran críos ni estudiantes que se hubiesen «fumado» la clase -porque era de señalar que los medios informativos nunca se hiciesen eco de que muchas de aquellas manifestaciones estudiantiles coincidían con los exámenes de final de curso; un fenómeno universal, por otra parte-. Aquellos manifestantes tenían entre treinta y cuarenta años y, por esta razón, las consignas no les cuadraban del todo. Parecían un poco aguadas. Se los notaba azorados, algo confusos y más heridos que indignados, pensaba Chávez mientras sacaba fotografías. Pero la manifestación era muy numerosa. Muchas heridas. Querían culpar a alguien... al inevitable otro, que eran los demás quienes siempre tenían la culpa de todo lo malo que sucediera. ¿No era un modo de ver las cosas privativo de los japoneses, verdad que no?

Como todo en Japón, la manifestación estaba muy organizada. Los manifestantes, que llegaron en grupos con sus respectivos líderes, se trasladaron en los atestados trenes de cercanías. Luego, fueron a la terminal y abordaron los autobuses, que los dejaron casi al lado de la Embajada, como quien dice. ¿Quién alquiló los autobuses?, se preguntaba Clark. ¿Quién hizo las pintadas y escribió las consignas? Aun-que tardó en percatarse de ello, notó que las expresiones estaban redactadas en buen inglés. Aunque se les enseñaba bien en los colegios, la mayoría de los japoneses se liaba, sobre todo en las breves frases propias de las consignas. Aquel mismo día había visto a un joven que llevaba una camiseta con la leyenda «Inspire in Paradise» que, probablemente, sería literal traslado de algo en japonés y buena prueba de que ninguna lengua puede ser traducida a otra con precisión.

En aquellas consignas no ocurría lo mismo. La sintaxis era perfecta en todas y cada una de ellas, mejor, en realidad, que la que hubiese podido ver en una manifestación americana. ¿Curioso, no? Bueno, qué puñeta, pensó, yo soy periodista, ¿no?

-Perdone -dijo John al tocarle el brazo a un hombre de mediana edad.

-¿Sí? -dijo el abordado con expresión de sorpresa. Iba hecho un figurín, con traje negro, camisa blanca y corbata con un nudo muy logrado. No parecía muy indignado, ni reflejaba en su rostro ninguno de los sentimientos propios de la ocasión. -¿Quién es usted? -preguntó.

-Soy un periodista ruso, de la agencia de noticias Interfax -repuso Clark, que le mostró un carné escrito con el alfabeto cirílico.

-Ah.

El japonés le sonrió y le hizo una cortés inclinación de cabeza. Clark correspondió de la misma manera, lo que le valió una aprobatoria mirada en reconocimiento a sus buenos modales.

-¿Podría hacerle unas preguntas?

-Por supuesto -repuso el japonés, que pareció alegrarse de no tener que seguir gritando.

Las pocas preguntas dieron como resultado que tenía treinta y siete años, estaba casado y tenía un hijo. Era ejecutivo de una empresa automovilística que acababa de interrumpir la producción. Estaba muy enojado con Estados Unidos, aunque en modo alguno con Rusia, se apresuró a decir.

Todo esto lo incomoda, pensó John, tras agradecerle al japonés sus opiniones.

-¿De qué iba eso? -le preguntó en voz baja Chávez, que iba detrás con su cámara.

-En ruso -lo atajó «Klerk» con acritud.

-Da, továrich.

-Sígueme -dijo «Iván Sergueievich», que se adentró en el gentío.

Había otra cosa rara, pensó; algo que no acababa de precisar. Pero lo vio claro a los diez metros. Quienes iban en los flancos de la manifestación eran supervisores. No obstante, el grueso lo formaban obreros, más sencillamente vestidos, menos obligados a guardar la compostura. Y su talante era muy otro. Las miradas reflejaban mayor indignación y, aunque se mostraran más corteses al identificarse como no norteamericano, palpaba el recelo. Las

respuestas a sus preguntas -cuando se las contestaron- fueron menos circunspectas que las del ejecutivo.

Al cabo de un rato, la manifestación, dirigida por el líder que la encabezaba y escoltada por la policía, se encaminó a otro lugar preparado de antemano. Allí fue donde cambió la decoración.

Hiroshi Goto se lo tomó con parsimonia. Les hizo aguardar un tiempo exagerado, excesivo incluso en un entorno en el que la paciencia era una virtud fuertemente inculcada. Fue hacia el estrado con porte digno, consciente de la presencia de su séquito, que ocupaba las primeras filas. Las cámaras de la televisión ya estaban allí. Sólo faltaba aguardar a que el gentío se hacinase al máximo. Pero él esperó aún más, allí erguido, mirándolos. Su silencio los obligaba a apretujarse, y la espera acentuaba la tensión.

Ahora sí la notaba Clark. Quizá lo insólito del hecho lo hiciese inevitable. Aquél era un pueblo muy civilizado, una sociedad tan ordenada que parecía extraterrestre, cuyas suaves maneras y generosa hospitalidad contrastaban con su desconfianza hacia los extranjeros. Los temores de Clark empezaron como un lejano murmullo, como un presagio de que algo iba a ocurrir. Aunque sus dotes de avezado observador sólo le sirviesen para captar las habituales sandeces de los políticos del mundo.

Después de haber combatido en Vietnam y de afrontar peligros aún mayores por todo el mundo, de nuevo era un extraño en tierra extraña. Su edad y su experiencia jugaban en su contra. Ni siquiera las indignadas miradas de quienes iban en la parte central de la manifestación le parecieron que transmitiesen una especial inquina (y, además, qué coño, ¿no esperarían que quienes se habían quedado sin trabajo se pusiesen a dar saltos de alegría? No había que sacar las cosas de quicio).

Los murmullos se intensificaron al tomar Goto un sorbo de agua. Alargaba la espera. Les dirigía elocuentes ademanes para que se apiñasen más, aunque aquella zona del parque estuviese ya atestada. ¿Cuántos serían?, se preguntaba John. ¿Diez mil? ¿Quince mil? La multitud guardó entonces silencio por propia iniciativa. Casi no se oía respirar. La explicación estaba en unas cuantas miradas: las de aquellos que a ambos flancos de la manifestación llevaban brazalete en la manga de la chaqueta. ¡Joder!, exclamó John para sí. El uniforme para la ocasión. Los obreros obedecerían de inmediato a quienes vistiesen y se comportasen como supervisores, y cuanto más se les acercaban los del brazalete, más se hacinaban. Quizá hubiese otra razón para tanto apiñamiento, pero a Clark se le escapaba.

Goto empezó a hablar con lentitud. Se hizo un silencio aún más absoluto, si cabe. Las cabezas se echaron automáticamente hacia adelante, en un instintivo movimiento para oír mejor.

Debimos de haber dispuesto de más tiempo para aprender el idioma, puñeta, se dijeron ambos agentes de la CIA. Ding estaba metido en faena, observó Clark. Cambiaba de lentes y sacaba primeros planos de caras.

-Empiezan a estar tensos -señaló Chávez en ruso al observar los rostros.

También lo notaba Clark en la actitud de los manifestantes al hablar Goto. Sólo cazaba palabras sueltas y alguna que otra frase, básicamente expresiones vacías de contenido, que abundan en todos los idiomas; recursos retóricos que utiliza todo político para expresarle humildad y respeto a la concurrencia. El primer rugido de aprobación lo pilló por sorpresa. Los manifestantes estaban tan apiñados que tenían que hacerse sitio a codazos para aplaudir. Miró a Goto. Estaba demasiado lejos. Clark echó mano de la bolsa de Chávez, cogió una cámara y le colocó una larga lente. Así vería mejor la expresión del rostro del orador, mientras éste digería la aprobación del pueblo y aguardaba a que remitiesen los aplausos para proseguir.

Manipulando a la gente, ¿eh?

Clark notaba que trataba de disimularlo, pero era un político. Aunque tuviesen buenas dotes interpretativas, le echaban aún más carnaza a la gente que quienes trabajaban en los

platós de televisión para ganarse la vida. Los ademanes de Goto eran cada vez más enérgicos, al igual que su voz.

Sólo ante diez o quince mil personas. Es una prueba, ¿verdad? Un ensayo. Nunca se había sentido Clark más extranjero. En buena parte del mundo, sus facciones resultaban corrientes, nada llamativas: vistas y olvidadas. Igual podía encajar en Irán que en la Unión Soviética que en Berlín. Allí no. Y menos aún entonces. Lo peor, lo que más le preocupaba, era que no se aclimataba lo más mínimo.

Goto elevaba cada vez más el tono de su voz. Dio un puñetazo en la mesa y la multitud respondió con un rugido. Su dicción se aceleraba. El gentío aumentaba y Clark notó por la expresión de Goto que el político estaba satisfecho. No sonreía, pero sus ojos recorrían aquel mar de rostros, de izquierda a derecha. De vez en cuando se fijaba en alguien concreto, quizá para tratar de analizar sus reacciones. Luego, pasaba a otro para ver si sus palabras surtían el mismo efecto en todos. Tenía que estar satisfecho por lo que veía. Su voz transmitía confianza. Los tenía dominados. Se los había metido en el bolsillo. Al modular su dicción, notaba que el ritmo de la respiración de la audiencia cambiaba, veía sus desorbitadas miradas. Clark bajó la cámara y recorrió a la multitud, para ver cuál era la reacción colectiva ante las palabras del orador.

Juega con ellos.

John enfocó entonces hacia la periferia, a los trajeados ejecutivos. La expresión de sus rostros había cambiado. Estaban más pendientes del discurso que de su cometido. De nuevo maldijo Clark sus insuficientes conocimientos del idioma. No reparó en que lo que veía era más importante que lo que hubiese podido captar de entender mejor el idioma. Lo que la manifestación exteriorizó entonces fue algo más que un puro griterío. Era indignación. Los rostros parecían... iluminados. Goto los manejaba a su antojo, los llevaba hacia el terreno que le convenía.

-Retrocedamos -le dijo John a Chávez tocándole el brazo.

-¿Por qué?

-Porque aquí corremos peligro -repuso Clark con una extraña expresión.

-Nan ja? -dijo en japonés Chávez, que le sonrió tras la cámara.

-Date la vuelta y mira a esos policías -le ordenó «Klerk».

Ding lo hizo, y lo captó al instante. La policía local impresionaba por su empaque. Quizá los viejos samurais rebosasen la misma seguridad. Aunque corteses y muy profesionales, se notaba siempre en ellos cierta prepotencia. Allí eran la ley. Y lo sabían. Llevaban el uniforme tan limpio y bien planchado como el de un agregado militar de embajada. Los revólveres, que colgaban de sus cinturones Sam Browne, eran meros objetos simbólicos que nunca tenían necesidad de utilizar. Y sin embargo, ahora, aquellos duros policías parecían nerviosos. Descansaban el peso del cuerpo en un pie, luego en el otro; intercambiaban miradas. Se restregaban las manos en los pantalones para quitarse el sudor. Con sólo mirarlos, se advertía que también ellos lo notaban. Incluso quienes no prestaban excesiva atención a Goto estaban nerviosos. Si ponía nerviosos a quienes estaban acostumbrados a mantener el orden, aquello debía de ser bastante serio, fuese el asunto de lo que fuese.

-Sígueme -dijo Clark, que miró en derredor y se fijó en la entrada de una tienda.

Era una pequeña sastrería. Los agentes de la CIA se arrimaron al escaparate. Por la acera no circulaba nadie. Los pocos viandantes que en ese momento pasaban por allí se unieron a la multitud. Los policías también se movieron. Formaron un cordón azul. De manera que los dos agentes quedaron en un espacio casi vacío, como en un escenario, algo muy poco habitual en su trabajo, claro.

-¿Interpretas todo esto igual que yo? -preguntó John. A Chávez le sorprendió que se lo dijese en inglés.

-Se los trabaja a fondo, ¿verdad? Tiene razón, mister C. La cosa se pone fea.

LIbrodot

La voz de Goto les llegaba con claridad a través del sistema de megafonía. Su tono era ahora agudo, casi chillón. El clamoreo del gentío era del mismo tenor que el de todas las multitudes.

-¿Ha visto antes algo parecido? -preguntó Ding, porque aquello no se parecía en nada al trabajo que hicieron en Rumania.

-En Teherán, en mil novecientos setenta y nueve -dijo Clark.

-Yo iba al instituto.

-Se me pusieron por corbata -dijo John.

Goto gesticulaba ahora de un modo aparatoso. Clark lo enfocó con la cámara y lo vio transfigurado. No era la misma persona que cuando empezó el discurso. Media hora antes, todo era un puro tanteo. Ahora no. Si sólo se trataba de un experimento, había tenido éxito. Los floreos finales fueron más elegantes, pero eso ya era de esperar. Luego llevó las manos hacia adelante, como un árbitro de rugby que da por válido un ensayo. Aunque Clark reparó en que, más que cerrar los puños, los crispaba. A unos veinte metros, un policía ladeó la cabeza y vio a los dos gaijin. Había preocupación en sus rostros.

-Miraremos trapitos un rato.

-Mi talla es la treinta y seis -dijo Chávez, en tono desenfadado, al guardar la cámara y la lente en las fundas.

Resultó ser una tienda estupenda y, además, tenían chaquetas de la talla de Chávez. Fue una buena excusa para echar un vistazo. El dependiente era atento y amable. Tras mucho insistir John, Chávez se compró un traje. Le sentaba tan bien que parecía hecho a medida. Era de un color gris oscuro, vulgar, carísimo e idéntico al que llevaban tantos ejecutivos. Al salir, vieron que el pequeño parque estaba vacío. Una brigada de obreros desmantelaba el estrado. Los equipos de televisión retiraban toda la parafernalia. Todo era normal, salvo el grupo de agentes de policía que rodeaba a tres personas sentadas en el bordillo. Eran los integrantes de un equipo de la televisión norteamericana. Uno de ellos se llevaba un pañuelo a la mejilla. Clark decidió no acercarse. Se fijó en que las calles no estaban tan sucias como era de esperar, después de aquel aluvión de gente, y en seguida comprendió por qué. Una brigada de los servicios municipales de limpieza se aplicaba a la labor. Todo fue minuciosamente planeado. La manifestación fue tan espontánea como la final de la copa de baseball. Y el partido resultó incluso mejor de lo esperado.

-Dame tu opinión -le ordenó Clark, mientras caminaban por unas calles que ya habían recobrado la normalidad.

-Usted conoce estas cosas mejor que yo...

-Oye, aspirante al master, si te hago una pregunta es para que me la contestes, ¡coño!

Chávez se detuvo casi en seco ante el exabrupto, no porque le sentase mal sino de pura sorpresa. Nunca había visto a su compañero cabreado. De modo que optó por una respuesta comedida y razonada.

-Me parece que acabamos de asistir a algo importante. Creo que los ha manipulado. El año pasado vi una película nazi, como parte del curso, un clásico sobre los efectos de la demagogia. Lo dirigió una mujer, y esto me ha recordado...

-El triunfo de la voluntad, de Leni Riefenstahl -dijo Clark-. Si, es un clásico, sin duda. Y, por cierto, necesitas un corte de pelo.

-¿Eh?

El entrenamiento mereció realmente la pena, se dijo el comandante Sato sin necesidad de mirar. A la orden de mando, los cuatro Eagles F15 soltaron los frenos y aceleraron por la pista de Misawa. Acumularon más de trescientas horas de vuelo aquel año, y un tercio de las mismas sólo en los dos últimos meses. Los pilotos estaban ya en condiciones de arriesgarse a despegar en formación, en un ejercicio que hubiese firmado cualquier equipo de acrobacia

aérea, aunque su vuelo a cuatro no fuese la versión nacional de Los Angeles Azules. Eran miembros de la 3ª Ala Aérea.

Sato tenía que concentrarse, por supuesto; estar atento al indicador de velocidad antes de despegar del cemento. Tampoco necesitaba mirar para saber que el morro de su aparato estaba a apenas cuatro metros de la formación. Era peligroso, aunque bueno para la moral. Enardecía al personal de tierra tanto como a los automovilistas que circulaban por la autopista. A más de 300 m del suelo, con el tren de aterrizaje fuera y los alerones desplegados, tras acelerar para alcanzar los 650 km/h, se permitió mirar hacia uno y otro lado. Sin problemas. Estaba despejado, no había humedad y, pese a la atardecida, la visibilidad era buena. Hacia el norte, veía las Kuriles más meridionales, las islas que antes fueron de su país, arrebatadas por los rusos al término de la segunda guerra mundial; muy montañosas, como Hokkaido, la más septentrional de las islas interiores del archipiélago nipón... Cada cosa a su tiempo, se dijo el comandante.

-Viren a la derecha -ordenó a través de la radio.

La formación puso rumbo cero-cinco-cinco. Aún ascendían, gradualmente, al objeto de ahorrar combustible para el ejercicio. Resultaba difícil de creer que aquel modelo de aparato se hubiese diseñado hacía treinta años. Pero era sólo por la línea y el estilo. Desde que los ingenieros norteamericanos de la McDonnell-Douglas hicieron realidad su sueño, las mejoras habían sido de tal naturaleza que lo único que quedaba, del modelo original, era la silueta. La mayoría de laspiezas del aparato de Sato eran de fabricación japonesa, incluso los motores. Y sobre todo los instrumentos electrónicos.

El tráfico era intenso en el pasillo aéreo, en ambas direcciones. Casi todo eran grandes aparatos comerciales que transportaban a empresarios desde o hacia Japón; desde o hacia Norteamérica. Era una ruta aérea, perfectamente delimitada, que sobrevolaba las Kuriles, la península de Kamchatka y las Aleutianas. Si alguien quería comprobar lo importante que era su país, no tenía más que ver aquello, se decía Sato en la intimidad de su cabina. Los sesgados rayos del sol se reflejaban en el aluminio de las aletas de cola de los numerosos aparatos. A más de 12 000 m de altitud los veía en fila -como si hubiese caravana en una autopista, puntos amarillos por delante de blancas estelas de vapor que se extendían hasta el infinito.

Y bien, ahora a la labor.

La formación de cuatro se dividió en dos pares, a izquierda y derecha de la estela del aparato de la compañía comercial. El ejercicio que debían realizar aquella tarde no era complicado, aunque sí vital. Por detrás de ellos, a unas cien millas al sudoeste, volaba un aparato de reconocimiento que se dirigía a su base en el extremo más septentrional de Honshu. Era un E-767. Estaba basado en un bimotor Boeing comercial (al igual que el americano E-3A estaba basado en el antiguo 707) y llevaba sobre el reconvertido fuselaje una plataforma giratoria. De la misma manera que su F-15J era una versión nacional, mejorada, de un caza norteamericano, el E-767 era una mejoradísima versión japonesa de otro invento americano. Nunca aprenderían, pensaba Sato, que, de vez en vez, apartaba la vista del cuadro de mandos para otear el horizonte. Se pasaban la vida inventando y, luego, les cedían los derechos a los japoneses para que perfeccionasen lo que fuera. En realidad, los americanos hicieron otro tanto con los rusos: mejorar toda arma militar que ideasen, convencidos, por pura arrogancia, de que nadie iba a ser capaz de hacer lo mismo, por más imaginación que le echasen a sus sistemas. El radar que llevaban los E-767 era un verdadero «chollo». Hasta tal punto que el radar que el Eagle llevaba en el morro iba desconectado.

Aunque sencillo en su concepción, el conjunto del sistema era criminalmente complicado de ejecución. Los cazas tenían que saber su posición exacta en tres dimensiones, al igual que el AEW de apoyo. Pese a ello, los impulsos del radar del E-767 estaban perfectamente sincronizados. Y el resultado eran puras matemáticas. Conociendo la posición del transmisor y su propia posición, los Eagles podían recibir las ondas y proyectar en las pantallas la señal intermitente, como si los datos los hubiesen generado los sistemas del radar de a bordo. Combinando un sistema de radar biestático, creado por los soviéticos, y la tecnología

americana de radar en vuelo, lograron un sistema aún más perfecto. El radar del AEW era de multifrecuencia rápida, capaz de pasar, instantáneamente, del rastreo en onda larga al de control de fuego en onda corta y podía, de hecho, guiar los misiles aire-aire disparados por los cazas. Era, además, un sistema de radar de suficiente capacidad y potencia como para, en opinión de todos, imponerse a la tecnología de los aparatos «indetectables» (o «invisibles», como también los llamaban).

En pocos minutos, quedó claro que el sistema funcionaba. Los cuatro misiles aire-aire que llevaba en sus alas iban vacíos, sin motores de impulsión. Sin embargo, las cabezas buscadoras eran reales, y los instrumentos de a bordo mostraban que los misiles seguían a los aparatos comerciales -tanto a los que se acercaban como a los que se alejaban- con mayor precisión que lo que hubiese conseguido el propio radar del Eagle. Era una auténtica novedad de la tecnología militar. Hasta hacía sólo unos años, Japón lo hubiese vendido y, casi con toda seguridad, a los Estados Unidos, porque este tipo de cosas se pagaban a precio de oro. Pero el mundo había cambiado y difícilmente les hubiese interesado a los americanos. Los japoneses no se lo iban a vender a nadie más. Ahora no, pensaba Sato. Ahora ni hablar.

Su hotel no tenía por qué ser muy bueno. Aunque la clientela fuese, en su mayoría, extranjera, la dirección era consciente de que no todos los gaijin nadaban en la abundancia. Las habitaciones eran pequeñas, los pasillos estrechos, los techos bajos. El desayuno, que consistía en un vaso de zumo de naranja, una taza de café y un croissant, costaba sólo cincuenta dólares, en lugar de los cien que cobraban en otros sitios. Como rezaba la cantinela de los organismos del Estado en América, «había que ajustarse a la economía», y Clark y Chávez tenían que ser austeros, sobre todo, teniendo en cuenta que eran «rusos». Aunque, su penuria era de lo más llevadero, la verdad. Pese al hacinamiento y el frenético ritmo de vida que se llevaba en Japón, resultaba bastante más cómodo que Africa. La comida, aunque extraña, resultaba tan atractiva -de puro exótico- que aún no habían tenido tiempo de hartarse de ella. Ding suspiraba más de una vez por una hamburguesa, aunque decir algo semejante, aunque fuese en ruso, podía echar a rodar su tapadera.

Tras un día cargado de acontecimientos, Clark introdujo la tarjeta magnética en la ranura de la puerta e hizo girar el pomo. Ni siquiera se detuvo tras palpar y retirar el pedacito de cinta adhesiva colocado en la superficie interna del pomo. Ya en el interior, se limitó a mostrársela a Ding y fue al cuarto de baño a echarla en la taza y tirar de la cadena.

Chávez miró en derredor de la habitación. Se preguntaba si habría micrófonos ocultos; si aquello del espionaje sería como imaginaba. La verdad es que todo resultaba muy misterioso. El trocito de cinta adhesiva en el pomo. Alguien quería contacto. Nomuri. Tenía que ser él. Las técnicas del activismo eran refinadas, se dijo Chávez. Quienquiera que hubiese puesto la señal, se limitó a ir pasillo adelante y a aprovechar el balanceo de los brazos para dejar el trocito de cinta; algo que podía pasar inadvertido incluso para el más atento observador. Un buen sistema.

-Saldré a tomar una copa -dijo «Klerk» en ruso. Iré a ver qué pasa.

-Te lo tomas demasiado a pecho, Vanya.

Bien. De todas maneras, eso era lo que solía hacer.

-No puedes negar que eres ruso, no -comentó al dirigirse a la puerta.

Fue todo lo que se le ocurrió decir, por si acaso había micrófonos.

¿Cómo coño voy a estudiar?, se decía Chávez. Porque tuvo que dejar sus libros en Corea, que estaban en inglés, como es lógico. No podía tomar apuntes ni repasar. Si pierdo curso para mi master, pensaba Ding, le pediré a la CIA que me reembolse la matrícula.

El bar, que estaba a media manzana de allí, era agradabilísimo. Había poca luz. Las mesas eran pequeñas y estaban separadas por sólidas mamparas. El espejo de la pared de la barra, en la que estaban las estanterías para las botellas, facilitaba la contravigilancia. Incluso tuvo la

suerte de que los taburetes estuviesen ocupados, y de verse obligado a buscar otro sitio, con fingido gesto de contrariedad. Fue hacia el fondo del local. Nomuri lo aguardaba.

-Jugándonosla, ¿eh? -dijo John casi acallado por la música.

Al acercarse una camarera, Clark le pidió un vodka japonés (para ahorrar).

-Órdenes -dijo Nomuri, que se levantó sin decir palabra, visiblemente ofendido porque un gaijin se hubiese sentado a su mesa sin pedirle permiso. Ni siquiera le concedió una cortés inclinación de cabeza al marcharse.

Antes de que llegasen con su consumición, Clark palpó debajo de la mesa y encontró un paquete firmemente sujeto por un lado autoadhesivo. Lo dejó en el regazo y luego se lo remetió por la parte de atrás del pantalón. Clark siempre se compraba la ropa holgada -algo muy apropiado para un ruso, por lo demás-. En las hombreras siempre le quedaba amplio espacio para ocultar cosas, aparte de que era una buena invitación a mejorar su... forma física.

Al llegar su vodka, lo hizo durar un buen rato, que aprovechó para escudriñar en el espejo, a ver si su memoria reconocía algún rostro. Era un ejercicio que nunca acababa de dominar, y aunque era un latazo, fue una «letra» que le entró con sangre. Miró el reloj un par de veces sin impaciencia, pero a la tercera se levantó y dejó el importe exacto de la consumición. Los rusos no daban propina.

La calle estaba muy animada pese a lo avanzado de la hora. Sistemáticamente, a lo largo de aquella semana, Clark salió a tomar una copa antes de acostarse a noches alternas. Se daba una vuelta por los establecimientos de la zona. Aquella noche fue primero a una librería que tenía unas largas e irregulares mesas de novedades. Los japoneses eran cultos. Siempre había gente en la librería. Merodeó por allí y cogió un ejemplar del Economist. Luego, se dio otra vuelta por el fondo. Había varios tipos que hojeaban revistas de desnudos. Era más alto que ellos y se quedó detrás, cerca, aunque no demasiado, con las manos a la vista y sin separarlas del cuerpo. Al cabo de unos cinco minutos, fue hacia la caja, pagó la revista y la cajera se la puso amablemente en una bolsita. Después, se detuvo en una tienda de aparatos electrónicos y miró unas cadenas para discos compactos. Tropezó dos veces con dos personas distintas, les expresó sus corteses excusas, con la fórmula de rigor, una frasecita que fue la primera que se impuso aprender en Monterrey. Luego, salió y volvió al hotel. Se preguntó si habría malgastado los últimos quince minutos. En absoluto, se dijo. No he desperdiciado ni un segundo.

Ya en la habitación le tendió la revista a Ding, que la miró con cara de circunstancias.

-¿No tenían nada en ruso?

-Trae amplia información sobre las dificultades de este país con América. Lee y aprende. Perfecciona el idioma.

¡Joder con la lengua!, exclamó para sí Chávez, que quiso decir casi exactamente lo que dijo. Por lo visto, lo de la misión va en serio. Así nunca iba a terminar el master, refunfuñó para sí. A lo mejor querían subirle el sueldo, que es lo que mandaba el reglamento de la CIA cuando ascendía uno de rango académico.

Clark tenía otras cosas que hacer. En el paquetito que Nomuri le pasó había un disquete y un microordenador. Lo conectó e introdujo el disquete en la disquetera. El documento que recuperó del archivo tenía sólo tres frases y, segundos después de leerlas, Clark vació el disquete. Luego, grabó un boletín informativo en toda regla.

El ordenador era un popular modelo japonés adaptado al ruso, con todo el cirio del cirílico de rigor. Lo fastidioso para Clark era que, aunque hablase y escribiese el ruso como un nativo, estaba acostumbrado a escribir a máquina (bastante mal) con el teclado inglés. Con el teclado en ruso se volvía loco, y no las tenía todas consigo al pensar que por ahí podía descubrirle la tapadera un avispado observador. Tardó una hora en teclear su informativo y media hora en redactar el documento más importante. Archivó ambos documentos en el disco duro y luego desconectó el aparato. Lo volvió a conectar, retiró el modem del puerto modular y lo sustituyó por el nuevo que Nomuri le dio.

-¿Qué hora es en Moscú? -preguntó cansinamente.

-Pues la de siempre. Seis horas menos que aquí, ¿o lo ha olvidado?

-Lo voy a enviar también a Washington.

-Estupendo -gruñó «Chekov»-. Estoy seguro de que les encantará, Iván Sergueievich.

Clark conectó la línea telefónica a su ordenador y lo utilizó para marcar el número de Moscú. La transmisión del informe tardó menos de un minuto. Repitió la operación para la agencia Interfax en la capital norteamericana. Resultaba bastante peligroso. El tránsito de un modem a otro producía «parásitos» durante unos instantes. La señal normal era siempre limpia, a menos que «andase» uno en ella, y él sólo llamaba a las redacciones de las agencias de noticias rusas. Además, cabía la posibilidad de que la oficina de la agencia en Washington estuviese pinchada por el FBI. Cuando hubo terminado, conservó un archivo y borró el otro.

Otra jornada de servicio a su país.

Sólo le faltaba lavarse los dientes, antes de desplomarse en su cama.

-Ha sido un buen discurso, Goto-san -dijo Yamata, a la vez que servía una generosa cantidad de sake en una preciosa copa de porcelana-. Lo ha dejado todo muy claro.

-Hay que ver cómo me han secundado! -exclamó exultante el hombrecillo, tan henchido de entusiasmo que a su anfitrión le pareció que se inflaba.

-Mañana habrá formado gobierno y pasado mañana jurará el cargo, Hiroshi.

-¿Está seguro?

-Por supuesto que lo estoy -repuso Yamata con una sonrisa que rezumaba el mayor respeto-. Mis compañeros y yo hemos hablado con nuestros amigos, que están de acuerdo con nosotros en que usted es el hombre adecuado para salvar al país.

-¿Cuándo empezará todo? -preguntó Goto que, ante las palabras de Yamata, pareció recobrar la sobriedad.

Goto sabía muy bien lo que significaría su nombramiento.

-Cuando el pueblo esté con nosotros.

-¿Está seguro de que podemos...?

-Sí, estoy seguro. Aunque existe un problema.

-¿Cuál?

-Su amiguita, Hiroshi. Si trascendiese que tiene una amante americana, comprometería su posición. No podemos permitírnoslo -explicó Yamata en tono comprensivo-. Confío en que lo entienda usted.

-Es que Kimba me alegra la vida -protestó cortésmente Goto.

-No me cabe duda. No obstante, un primer ministro tiene muchas maneras de alegrarse la vida, aparte de que se nos avecina un mes muy ajetreado.

Lo gracioso del caso era que, por un lado, podía aupar a aquel hombre y, por otro, apocarlo con la misma facilidad con que se manipula a un niño. Y, sin embargo, había en todo ello cosas preocupantes. Muchas cosas. ¿Qué le habría contado a la chica? ¿Qué hacer con ella ahora?

-Pobrecita. Hacerla volver ahora a su casa. Nunca volverá a ser feliz.

-Muy cierto. Pero no hay más remedio, amigo mío. ¿Me deja que lo solucione yo? Es mejor hacerlo en seguida y con discreción. Hay que tener en cuenta que ahora sale usted cada día por televisión. Ya no puede permitirse frecuentar esa zona como un ciudadano cualquiera. Es demasiado comprometido.

El inminente primer ministro bajó la vista. Bebía con delectación, como si sopesase su placer personal en relación a sus obligaciones para con su país. Yamata se sorprendió al advertirlo con tanta claridad. Aunque, bien mirado, no. Goto era Goto y lo eligieron para tan alto cargo tanto (más) por su debilidad como por su fortaleza.

-Hai -accedió Goto tras reflexionar unos instantes-. Sí, ocúpese usted.

-Sabré cómo hacerlo -le aseguró Yamata.

15. Una locura

Detrás de la mesa del despacho de Ryan había un aparato llamado TS-6. Las siglas significaban seguramente «teléfono de Seguridad», pero nunca se tomó la molestia de averiguarlo. Tenía unos 60 cm y un compartimento de madera de roble, labrado a mano por internos de una prisión. Dentro había seis paneles de circuitos, de color verde, con profusión de adminículos que servían para pinchar y despinchar líneas telefónicas. Tener uno de aquellos aparatos en el despacho era uno de los más elocuentes símbolos del rango que se ocupaba en el gobierno.

-Sí -dijo Jack al coger el teléfono.

-Soy MP. Ha llegado algo interesante. SÁNDALO -dijo mistress Foley, cuya voz llegaba con nitidez a través de la línea digital-. ¿Tienes conectado el fax?

-Pásalo ya -dijo Jack, porque el TS-6 llevaba fax incorporado-. ¿Les han dado la orden?

-En efecto.

-Muy bien. Espera un momento...

Jack cogió la primera página y empezó a leer.

-¿Esto es de Clark? -preguntó.

-Ajá. Por eso he querido pasártelo inmediatamente. Conoces a Clark tan bien como yo.

-He visto el reportaje de la televisión. La CNN dice que su equipo pasó un mal trago... -dijo Ryan sin dejar de leer.

-Le dieron con una lata en la cabeza al productor. Sólo le ha producido una fuerte jaqueca. Es la primera vez que ocurre algo así allí. Que Ed y yo recordemos, no ha sucedido nunca.

-¡Joder! -exclamó Ryan.

-Ya me parecía a mí que iba a interesarte ese párrafo.

-Gracias por la primicia, Mary Pat.

-Ha sido un placer.

La comunicación se interrumpió. Ryan procuró tranquilizarse. Era consciente de que su pronto fue siempre su peor enemigo. Optó por aguardar unos instantes, antes de levantarse, salir del despacho e ir a refrescarse la cara en el surtidor de agua fresca, que estaba en el despacho de su secretaria.

Tenía entendido que «Foggy Bottom» fue en otro tiempo un hermoso humedal hasta que algún imbécil decidió drenarlo. Qué lástima que no existiese entonces el club Sierra para poner una denuncia por delito ecológico. Porque se las pintaban solos para obstaculizar proyectos, sin detenerse a pensar si lo que paralizaban era bueno o no. Aunque, por lo mismo, de vez en cuando hacían cosas beneficiosas para la comunidad. Pero en aquella ocasión no, se dijo Ryan recostado en el respaldo. Cogió el TS-6 y pulsó el botón que marcaba automáticamente el teléfono de Exteriores.

-Buenos días, señor ministro -dijo en tono amable el consejero de Seguridad Nacional-. ¿De qué va esa historia de la manifestación que hubo ayer frente al edificio de la Embajada en Tokio?

-Ya habrá podido verlo por la CNN tan bien como yo -repuso Hanson, como si correspondiese a la Embajada americana proporcionar mejor información que la que podía obtener, cualquier ciudadano, con su ración de pantalla.

-Sí, desde luego, y me gustaría saber la opinión de algún miembro de la Embajada, del agregado de asuntos políticos, por ejemplo, o incluso del subjefe de la misión diplomática -replicó Jack, que dejó que su tono transmitiese parte de la irritación que sentía.

Al embajador, Chuck Whiting, lo nombraron hacía poco (un nombramiento político). Fue senador y luego abogado en Washington, y había llegado a representar a algunas empresas japonesas. El subjefe de la misión diplomática, en cambio, era un hombre experimentado; un especialista en Japón, buen conocedor de su cultura.

-Walt no quiso que saliera ningún miembro del personal. Para evitar provocaciones. No se lo reprocho.

-De acuerdo en eso, pero tengo en la mano el informe de un experimentado agente que fue testigo presencial y...

-Yo también lo tengo, Ryan. Y me parece alarmista. ¿Quién es ese agente?

-Como le he dicho, se trata de un agente experimentado.

-Hummm. Ya veo. Me parece que conoce bien Irán...

Ryan oyó perfectamente cómo estrujaba unos papeles.

-Ve fantasmas -prosiguió el ministro-. Me temo que el fiasco de lo de Irán lo marcase un poco. ¿Qué experiencia tiene en Japón?

-No mucha, pero...

-¿Lo ve? Alarmismo, tal como le digo. ¿Necesita que averigüe algo más?

-Sí, señor ministro.

-De acuerdo, llamaré a Walt. ¿Algo más? Es que yo también he de preparar el viaje a Moscú.

-Por favor, que informen.

-De acuerdo, Ryan. Me ocuparé de ello. Pero recuerde que allí ya es de noche.

-Gracias -dijo escuetamente Ryan.

Masculló un taco al colgar. Claro, al embajador no se le puede despertar. Le quedaban varias alternativas. Como era característico en él, se decidió por la más directa. Cogió el teléfono de su despacho y llamó al secretario personal del presidente Durling.

-Necesito hablar con el presidente un momento.

-¿Dentro de media hora?

-De acuerdo, gracias.

La espera se debía a la ceremonia del salón este. Jack también la tenía en su agenda para la jornada, pero lo olvidó por completo. Asistían demasiadas personas al acto para que se pudiese celebrar en el despacho Oval, como preferían los miembros de la Secretaría de Presidencia. Diez equipos de televisión, y más de un centenar de periodistas, estuvieron presentes en el momento en que Roger Durling estampó la firma que sancionaba la Ley de Reforma Comercial. La importancia de la legislación exigía numerosas firmas, tantas como letras tenía el título de la ley. Esto hizo de la firma un trámite largo y pesado. El primero en firmar fue, naturalmente, Alan Trent, en tanto que ponente. Luego, siguieron los presidentes de las distintas comisiones de la Cámara de los Diputados y del Senado que intervinieron y, asimismo, una selecta representación de diputados y senadores de la minoría, sin quienes la ley no hubiese podido ser aprobada en el Congreso con tanta rapidez. Hubo los consabidos aplausos y apretones. Una nueva ley entraba en vigor.

Uno de los equipos de televisión era el del canal japonés NHK. Las caras de sus miembros eran un poema. Al día siguiente, se presentarían en el Ministerio de Comercio. Entrevistarían al equipo de juristas que analizaba las leyes y normativas japonesas, para equiparar las propias al desarrollo de la «Ley Trent». Sería una experiencia muy ilustrativa para los periodistas extranjeros.

Al igual que la mayoría de altos funcionarios del gobierno, Chris Cook tenía un televisor en su despacho. Siguió la ceremonia de la firma a través de la C-SPAN y se dijo que, con ella, se posponía indefinidamente su pase al sector «privado». Lo intranquilizaba aceptar dinero de otra mano siendo todavía funcionario del Estado. Era un dinero que iba a parar a una cuenta bancaria secreta, pero era dinero ilícito, ¿no? Y a él no le gustaba infringir la ley. La amistad entre Japón y Estados Unidos le importaba mucho. Ahora esa amistad se resquebrajaba. A menos de ser restablecida de inmediato, su carrera se estancaría, y terminaría del todo, a pesar

de lo prometedora que fue durante tantos años. Y necesitaba el dinero. Aquella noche cenaba con Seiji. Tenían que hablar para ver cómo enderezaban las cosas, se dijo el subsecretario de Exteriores al volver a concentrarse en su trabajo.

En la avenida Massachusetts, Seiji Nagumo veía el mismo canal de televisión y se sentía igualmente contrariado. Ya nada volvería a ser igual, pensaba. Quizá el nuevo gobierno... No, que Goto era un estúpido demagogo. Su gesticulación y sus baladronadas no harían sino empeorar las cosas. Lo que había que hacer era... ¿Qué?

Por primera vez en su carrera, Nagumo no tenía ni idea de lo que convenía hacer. La diplomacia había fracasado. Las asesorías de los americanos también. Incluso el espionaje, si cabía llamarlo así, había fracasado. ¿Qué espionaje? ¿Era ése el término adecuado? Bueno, técnicamente sí, reconoció. Pagaba dinero a cambio de información. A Cook y a otros. Por lo menos estaban bien situados. Pudo advertir a su gobierno. El Ministerio de Asuntos Exteriores sabía que hizo lo que pudo; más, en realidad. Y no cejaría. A través de Cook trataría de averiguar cómo interpretaban los americanos las leyes japonesas. Aunque, los americanos tenían un adagio para designar su empeño: era como ordenar las tumbonas de cubierta en el Titanic.

Cuantas más vueltas le daba, más negro lo veía. Todas las conclusiones a las que llegaba lo angustiaban. Sus compatriotas sufrirían las consecuencias, y América, y el mundo entero. Total, porque en un accidente de tráfico murieron seis personas insignificantes. Era una locura.

Locura o no, así se escribía la Historia.

Un mensajero llegó entonces a su despacho y le entregó un sobre sellado. Nagumo tuvo que firmar el acuse de recibo. No abrió el sobre hasta que el mensajero hubo salido.

La indicación de la primera página ya era elocuente. Se trataba de un comunicado para ser destruido nada más leerlo. Ni siquiera el embajador tendría acceso a la información. Se echó a temblar al leer las instrucciones contenidas en las dos páginas siguientes.

Nagumo recordó lo que referían sus libros de Historia: el 28 de junio de 1914, en la desdichada ciudad de Sarajevo, moría una nulidad con título nobiliario, un hombre tan insignificante que ningún mandatario, de especial relevancia, se molestó en asistir a su entierro. Y, sin embargo, su asesinato fue «la locura» que desencadenó la primera guerra mundial. Ahora, la insignificancia la personificaban un agente de policía y unas mujeres.

¿Iba a ocurrir aquello por algo tan trivial? Nagumo palideció. No tenía alternativa. Su vida la regían las mismas fuerzas que movían el mundo.

Las maniobras DATELINE PARTNERS empezaron en la fecha prevista. Como la mayoría de tales juegos bélicos, eran una combinación de libre iniciativa y de estrictas normas. La extensión del océano Pacífico daba un amplio margen de movimientos. El juego se desarrollaría entre la isla Marcus, de soberanía japonesa, y Midway. La idea era simular un enfrentamiento entre unidades de la Armada de los Estados Unidos y una formación de fragatas más pequeña, pero moderna, de la Armada japonesa. Era un combate desigual en el que la escuadra japonesa llevaba las de perder. La isla de Marcus -Minami Torishima en la cartografía nipona- hacía las veces de franja continental, de acuerdo a los propósitos de las maniobras. En realidad, era un atolón de apenas 400 ha, sin espacio más que para una estación meteorológica, una pequeña colonia de pescadores y una sola pista de aterrizaje, de la que despegaría una patrulla aérea de tres P-3C. Los aparatos podrían ser «teóricamente» abatidos por los cazas americanos, y resucitarían al día siguiente. La dotación de la pesquería, que también tenía una estación en la isla con viveros de calamar y algas marinas -aparte de las ocasionales capturas de pez espada-con destino al mercado nacional, se alegró de la incrementada actividad. Los aviadores se trajeron un cargamento de cerveza, que intercambiarían por pescado fresco, en lo que se había convertido ya en una tradición.

Dos de los tres Orion P-3C despegaron antes del amanecer. Uno hacia el norte y el otro hacia el sur, fueron en busca de la flota americana agrupada en torno a un portaaviones. La tripulación, que estaba al corriente del conflicto comercial entre ambos países, se con-centró

en la misión. No era una misión nueva para la Armada japonesa. Sus antepasados hicieron lo mismo dos generaciones atrás, con las lanchas voladoras Kawasaki H8K2 -salidas de la misma factoría aeronaval que construyó aquellos Orion- para buscar a los portaaviones que patrullaban aquellas aguas, unas veces al mando de Halsey y otras de Spruance. Muchas de las tácticas que aplicarían aquel día estaban basadas en lo que aprendieron en la segunda guerra mundial. Los propios Orion eran la versión japonesa de un modelo americano, concebido como aparato comercial turbopropulsado y que, posteriormente, se convirtió en un robusto y potente aparato militar, aunque algo lento. Como ocurría con la mayoría de los aviones militares japoneses, del modelo americano apenas quedaba la silueta. Los motores se habían mejorado mucho. La velocidad de crucero de los Orion se había elevado a casi 650 km/h. Los instrumentos electrónicos eran muy buenos, sobre todo los sensores, concebidos para detectar emisiones de radar de barcos y aviones. Esta era su misión, por el momento: volar en abanico y abarcar una extensa zona, para tratar de captar las ondas de radar y las señales de radio que delatasen la presencia de barcos y aviones americanos. Misión de reconocimiento: avistar al enemigo. Ésa era la misión y, a tenor de lo que publicaba la prensa y de las conversaciones con familiares que trabajaban para las empresas de su país, ver a los americanos como enemigos no resultaba nada difícil.

A bordo del John Stennis, el capitán Sánchez contemplaba la «patrulla del amanecer» -una expresión muy querida para todos los pilotos de cazas- al despegar los Tomcats, para constituirse en patrulla aérea de combate en avanzadilla. Después de estos aparatos, despegarían los Vikings S-3, especializados en la lucha antisubmarina, con suficiente autonomía para barrer la zona por la que transitaría la flota más entrado el día. Luego saldrían los Prowlers, aparatos dotados de instrumentos electrónicos para detectar y crear interferencias en las señales de los radares enemigos. Era apasionante seguir las maniobras desde el puente de mando. Casi como si despegase él, aunque ahora estaba en funciones de contraalmirante y tenía que centrarse en el mando y no, meramente, en dirigir a los hombres de su escuadrilla de Hornets de intervención rápida. Ahora estaban en cubierta, cargados con sus misiles de maniobras, pintados de azul. Aguardaban a que la flota enemiga fuese localizada sentados en la sala de preparación, listos para subir a sus aviones. Como ya habían recibido las órdenes oportunas, leían revistas o contaban chistes.

El almirante Sato observó cómo su buque insignia se despegaba del barco nodriza Homana, uno de los cuatro que tenían la misión de abastecer a la flota. El capitán de la unidad de apoyo se quitó la gorra y saludó como para darle ánimos. Sato correspondió de la misma manera, al virar el buque nodriza para alejarse del grupo de combate. Ahora tenía Sato bastante combustible para exigirles el máximo a sus unidades. La confrontación era interesante: básicamente, astucia contra fuerza bruta, algo a lo que estaba bastante acostumbrada la Armada de su país. Recurriría a las tradicionales tácticas japonesas. Sus dieciséis unidades de superficie se repartieron en tres grupos, uno de ocho y dos de cuatro, muy separados entre sí. Pese a su semejanza con el plan de Yamamoto en la batalla de Midway, sus conceptos operativos eran ahora mucho más practicables. Los modernos instrumentos electrónicos permitían conocer las posiciones con exactitud. Con los enlaces vía satélite sus barcos podían intercambiar mensajes con relativa seguridad. Probablemente, los americanos contaban con que mantuviese a sus barcos cerca de la costa propia, pero no lo haría. Presionaría al enemigo todo lo que pudiera. La defensa pasiva no iba con el talante de sus hombres, algo que los americanos tuvieron ocasión de comprobar pero que olvidaron, ¿verdad? Tenía gracia la cosa, pensaba el almirante Sato.

-Sí. Dígame, Jack.

El presidente volvía a estar de buen humor, exultante después de firmar una nueva ley que confiaba iba a solucionarle un serio problema a su país y, de paso, a ponerle la reelección de

color de rosa. Ryan pensaba que era una lástima amargarle el día, pero su cometido no era político o, por lo menos, no del mismo tenor.

-He pensado que querría ver esto -dijo Jack, que le tendió el fax, sin sentarse.

-De nuevo nuestro amigo Clark, ¿eh?

Durling se recostó en el sillón y se alcanzó las gafas. Las necesitaba para despachar la correspondencia, aunque el cuerpo de letra con el que se imprimían sus discursos y los textos de los «paneles apuntadores» de los platós de televisión, eran lo suficientemente grandes como para permitirse la presidencial coquetería de no ponérselas.

-Supongo que Exteriores ya lo ha visto. ¿Qué dicen? -preguntó el presidente cuando hubo terminado de leerlo.

-Según Hanson es alarmismo -repuso Jack-. Pero el embajador no dejó salir al personal en evitación de un «incidente». Aparte del de los equipos de televisión, es el único testimonio presencial de que disponemos.

-Aún no he leído su discurso. Lo tengo por aquí -dijo Durling señalando a su mesa.

-No estaría de más que lo leyese. Yo acabo de hacerlo.

-¿Qué más hay? Porque deduzco que hay algo más -dijo el presidente tras asentir con la cabeza.

-Le he dicho a Mary Pat que active CARDO -contestó Ryan, que se extendió para explicarle sucintamente los detalles.

-La verdad es que primero debía haberme pedido permiso.

-Para eso estoy aquí, señor. Conoce usted suficientemente a Clark. No es de los que se alarma porque si. CARDO cuenta con elementos infiltrados en su Ministerio de Asuntos Exteriores y en el MICI. Creo que nos conviene saber qué traman.

-No son enemigos -replicó Durling.

-Probablemente no -admitió Jack, que por vez primera venía a reconocer que la respuesta adecuada era desde luego que no.

Las palabras de Jack hicieron que el presidente enarcase las cejas. -Con todo -prosiguió Ryan-, necesitamos información, señor.

Ese es mi consejo.

-De acuerdo. Aprobado. ¿Qué más?

-También les he dicho que saquen a Kimberley Norton de allí lo antes posible. Supongo que lo conseguirán en menos de veinticuatro horas.

-¿Es una manera de enviarle un mensaje a Goto, no?

-En parte sí. Aunque la razón básica es más sencilla: sabemos que está allí. Es ciudadana americana y...

-Y yo también tengo hijos. Aprobado. Pero los golpes de pecho resérvelos para la iglesia, Jack -le ordenó Durling con una sonrisa-. ¿Cómo van a enfocarlo?

-Si la chica accede a marcharse, la meterán en un coche, la llevarán al aeropuerto y la embarcarán rumbo a Seúl. Tienen ropa para la chica, pasaporte renovado y billetes de primera clase para ella y una persona que la acompañará, y con la que se encontrará en la terminal. Luego, transbordará a un vuelo de la KAL rumbo a Nueva York. La llevaremos a un hotel, la instalaremos y la interrogaremos. Haremos llegar a sus padres desde Seattle y les explicaremos que deberán mantener la máxima reserva. Probablemente, la chica precisará atención de un sicólogo. Es decir, seguro que la necesitará. Esto ayudará a acentuar la discreción. El FBI ayudará en el tema. Su padre es policía. Lo lógico es que colabore.

Más limpio imposible, ¿verdad? El presidente asintió con la cabeza.

-¿Y qué le decimos a Goto?

-A usted corresponde la decisión, señor presidente. Yo no aconsejaría decirle nada, de momento. Primero, interroguemos a la chica. Durante, pongamos, una semana. Luego, el embajador realizará la habitual visita de cortesía para transmitirle su salutación al nuevo jefe de gobierno...

-Sí, y que le pregunte amablemente cómo reaccionarían sus compatriotas si un adalid del nacionalismo americano se dedicase a soliviantar al hombre blanco. Para, a continuación, ofrecerle una pequeña rama de olivo, ¿verdad?

Jack se dijo que el presidente había captado en seguida la onda. -Ese es mi consejo.

-Poco es, me parece a mí -replicó el presidente con sequedad.

-Pero sólo con una oliva en la rama, por el momento -concedió Ryan.

-Aprobado. ¿Y me va a decir también qué clase de rama vamos a ofrecerle? -dijo Durling con mayor sequedad que antes.

-No, señor. ¿Me he excedido, quizá? -dijo Jack, que era plenamente consciente de lo lejos que había ido.

Durling estuvo tentado de excusarse por mostrar enojo ante su consejero de Seguridad Nacional.

-Sabe, Jack, Bob estaba en lo cierto acerca de usted.

-¿En qué sentido, señor?

-Bob Fowler -repuso Durling a la vez que le indicaba a Ryan que se sentase-. Me hizo usted una fea espantada la primera vez que lo llamé para el cargo.

-Entonces estaba muy quemado, señor presidente.

Y era verdad. Las pesadillas aún no lo habían abandonado. Se veía allí, en el Centro de Mando de la Defensa, diciéndoles a los demás lo que tenían que hacer. Y en la pesadilla, nadie podía verlo ni oírlo, mientras los teléfonos de la «línea caliente» echaban humo y acercaban a su país, cada vez más, a una guerra que, probablemente, Jack Ryan evitó. Los medios informativos nunca llegaron a publicarlo. Daba igual. Los que estuvieron allí lo sabían.

-Entonces no lo entendí. En fin... -dijo Durling, que separó los brazos para estirarse-. Durante la transferencia de poderes, el pasado verano, Bob y yo hablamos de algunas cosas en Camp David. El lo recomendó a usted para el puesto. ¿Sorprendido? -añadió Durling sonriente.

-Mucho - reconoció Jack tranquilamente.

Ryan se preguntó por qué no se lo habría contado nunca Arnie van Damm.

-Me dijo que es usted un cabronazo con la cabeza más serena que nadie cuando le echan mierda al ventilador. Y me dijo también que, en circunstancias normales, es usted un obstinado cabronazo. Buen sicólogo el amigo Bob Fowler -dijo Durling, que hizo una pausa para dejar que lo digiriese-. Cuando hay tormenta, sabe usted afrontarla, Jack. Pero háganos el puñetero favor de recordar que no voy a dejarlo ir más allá de lo que ha ido sin mi aprobación. Y, además, por lo visto, se las ha vuelto a tener con Brett, ¿no?

-Sí, señor -reconoció Jack, que asintió repetidamente con la cabeza como un escolar-. Un poco.

-Pues no se me suba a la parra. Que es mi ministro de Asuntos Exteriores.

-Entendido, señor.

-¿Está todo listo para Moscú?

-Cathy está ilusionadísima -se permitió decir Ryan, contento al ver que, pese al rapapolvo, Durling no se había cebado.

-Me encantará verla de nuevo. A Anne le cae muy bien. ¿Algo más?

-Nada más, de momento.

-Gracias por tenerme al corriente, Jack -dijo el presidente para concluir la entrevista con una nota positiva.

Ryan salió del despacho por la puerta oeste, pasó frente a la sala Roosevelt (la de Theodore) y enfiló hacia su oficina. Ed Kealty había regresado y estaba trabajando en su despacho. Jack se preguntaba cuándo estallaría el asunto, al percatarse de que, por más satisfecho que estuviese el presidente por los acontecimientos del día, aún tenía aquel escándalo al acecho. De nuevo la espada de Damocles, pensó Ryan. Estuvo muy cerca de pasarse de la raya esta vez y su misión era facilitar la labor del presidente, no complicarla. No todo se

reducía a las relaciones internacionales, y la política, por más al margen de ella que siempre trataba de situarse, era una realidad inesquivable.

¿Fowler? ¡Hay que fastidiarse!

Estaban seguros de que era un buen momento para hacerlo. Goto pronunciaba un discurso ante las cámaras de televisión por la noche, su primera alocución como primer ministro y, dijese lo que dijese, de lo que no cabía duda era de que aquella noche no la iba a pasar con su joven amante. Quizá su misión fuese un curioso y útil contrapunto a lo que dijese el político; una especie de réplica de los Estados Unidos. A ambos los seducía la idea.

John Clark y Ding Chávez iban por la acera del bloque de edificios a la hora prevista. A través de la multitud veían aquel vulgar edificio. Todos parecían igual, pensaba John. Quizá algunos considerasen que una fachada llamativa o un alto edificio destinado a oficinas era un mejor camuflaje, o quizá no. Pero aquél era un tema que ya daba grima.

Se les acercó un hombre que se quitó las gafas de sol con la mano izquierda. Se alisó el pelo, se dio dos toquecitos en el cogote y los rebasó. Nomuri no les aseguró que la habitación que les indicó fuese la de Kimberley Norton. Era peligroso acercarse tanto, pero las órdenes obligaban a correr el riesgo. De manera que, después de haber dado la señal, se dirigió hacia donde tenía el coche estacionado. Diez segundos después, Nomuri se mezcló con los viandantes que atestaban la acera. Clark lo veía. Su estatura le facilitaba las cosas. También lo veía Ding, aunque, con su menor estatura, su pelo negro y brillante y sus facciones, desde lejos casi podía pasar por japonés. El corte de pelo que le impuso su compañero aún ayudaba más. Visto de espaldas, era un transeúnte cualquiera. Y eso venía muy bien, se dijo Clark, que, en momentos como aquél, era muy meticuloso.

-Es la hora -musitó Ding.

Ambos cruzaron la calle sin apenas rozarse con los demás.

Clark iba vestido de empresario, y nunca se había sentido más desnudo. Ni él ni Chávez llevaban siquiera un cortaplumas. Y aunque ambos eran muy duchos en la lucha sin armas, tenían la suficiente experiencia como para preferir ir armados... para mantener mejor al enemigo a distancia.

La suerte les sonreía. En la portería del edificio no había nadie que pudiese advertir su presencia. Subieron por las escaleras. Era en la segunda planta, al fondo a la izquierda.

Nomuri había hecho bien su trabajo. Tampoco había nadie en el pasillo. Clark iba delante y avivó el paso por aquel corredor apenas iluminado. La cerradura era sencilla. Mientras Ding vigilaba, Clark sacó la ganzúa y abrió lentamente la puerta. Estaban ya dentro al percatarse de que la misión había sido un fiasco.

Kimberley Norton estaba muerta. Yacía sobre una alfombra, con un kimono de seda de mediana calidad que dejaba ver sus pantorrillas. La lividez post mortem empezaba a colorear la mitad del cuerpo, a medida que la gravedad hacía bajar la sangre. Pronto la otra mitad adquiriría un color ceniciento y las zonas bajas marronoso. Así de cruel era la muerte, pensaba John. No le bastaba con quitarte la vida. Arrebataba también la belleza que la víctima pudiera poseer. Había sido una chica bonita... Claro, y ahí estuvo el problema, ¿no? John confrontó el cuerpo con la fotografía. Tenía un cierto aire a su hija Patsy. Le pasó la fotografía a Ding. Se preguntaba si también él repararía en el parecido.

-Es ella.

-Si., John -convino Chávez en tono lúgubre-. Ya lo creo que es ella. Y... ¡hostia! -añadió al examinar la cara con un detenimiento que crispó la suya, de pura indignación.

Claro, se dijo Clark, él también lo ha notado.

-¿Tienes la cámara?

-Sí -dijo Chávez, que sacó del bolsillo del pantalón una pequeña cámara de 35 mm-. ¿En plan «polis»?

-Exacto.

Clark se agachó a examinar el cuerpo. Era frustrante. No era un patólogo. Estaba muy familiarizado con la muerte, pero no tenía suficientes conocimientos para hacer aquello bien. Allí... en la vena del empeine había una marca de jeringuilla. Sólo una. ¿Se drogaba? De ser así, pensó John, lo hacía con mucho cuidado. Limpiaría siempre la aguja y... Miró en derredor. Allí. Un frasco de alcohol, una bolsa de plástico con tapones de algodón y otra con jeringuillas.

-No veo más marcas de aguja -dijo Chávez.

Clark respiró hondo y le desciñó el kimono. No llevaba nada debajo.

-¡Me cago en la leche! -exclamó Chávez al ver que había fluidos entre sus muslos.

-Una exclamación de lo más oportuno -musitó a su vez Clark en tono crispado, a punto de perder los estribos como no recordaba desde hacía años. Anda, saca las fotos, anda.

Ding no replicó. Empezó a disparar la cámara como lo hubiese hecho el fotógrafo de un forense. Luego, Clark ciñó de nuevo el kimono. Un gesto perfectamente inútil para devolver la dignidad que la muerte y los hombres no le hubiesen arrebatado ya.

-Espera un momento -dijo Chávez-. Fíjate en la mano izquierda.

Clark la examinó. Tenía una uña rota. Las demás las tenía moderadamente largas, sin más que un esmalte transparente. Examinó las otras. Había algo debajo de las uñas.

-¿Arañaría a alguien? -preguntó Clark.

-¿Le ha visto que se haya hecho arañazos por algún lado, mister C? -preguntó Ding.

-No.

-Pues entonces no estaba sola al ocurrir, hombre. Examínele los tobillos otra vez -lo apremió Chávez.

En el tobillo izquierdo del mismo pie que tenía la marca de jeringuilla, había moratones al nivel de los gemelos. La lividez cadavérica casi los ocultaba. Chávez hizo una última foto.

-Me lo he imaginado.

-Ya me dirás luego por qué. Hemos de salir de aquí ya -dijo John levantándose.

En menos de un minuto salieron por la puerta trasera, siguieron por el sinuoso callejón y volvieron a una concurrida calle, a esperar a su coche.

-Por los pelos -comentó Chávez al ver que un coche-patrulla se detenía frente al número dieciocho.

A los quince segundos llegaba también una unidad móvil de televisión.

-¿Bonito, eh? Vete tú a saber qué montaje harán. ¿De qué iba lo de antes?

-Lo han hecho muy mal, mister C. Han querido dar la impresión de muerte por sobredosis, ¿verdad?

-Sí. ¿Y qué ocurre?

-Por sobredosis palma uno en el acto. Se para la máquina en seco. Y adiós. Vi una vez a un tipo morir así y no llegó a poder quitarse la jeringuilla del brazo, ¿entiende? El corazón se para, se paran los pulmones. Listo. No se levanta uno a guardar la jeringuilla y luego vuelve a echarse para palmar, ¿entendido? Los moratones en los tobillos se deben a que alguien la sujetó. La han asesinado, John. Y, probablemente, también violado.

-Ya me conozco el montaje. Todo made in USA. Bonita puesta en escena. Vilipendian a la chica, a la familia; presentan, de paso, un cuadro aleccionador a su pueblo y... carpetazo -dijo Clark, que alzó la vista al ver que el coche doblaba la esquina-. Buen ojo, Ding.

-Gracias, jefe.

Chávez permaneció en silencio unos instantes, cada vez más indignado, sin parar de darle vueltas a la cabeza.

-No sabe cómo me gustaría toparme con ese tipo -añadió Ding.

-Pues no vamos a toparnos.

-¿Olvida que fui ninja? -exclamó Chávez, que se permitió fantasear con la venganza-. Me lo iba a pasar bomba, sobre todo a mano descubierta.

-Bah. Eso no es más que un «quebrantahuesos», y, las más de las veces, los propios son los que se rompen.

-Me gustaría verle la cara cuando lo agarrase por mi cuenta.

-Pues echa el freno -le advirtió Clark.

-Si. Es verdad -admitió Chávez-. ¿Qué clase de persona puede hacer una cosa así?

-Un tarado mamón, Domingo. En cierta ocasión me topé con unos.

Justo antes de subir al coche, Chávez alzó la vista hacia Clark. Sus negros ojos emitían un intenso fulgor.

-Quizá pueda ajustar esa cuenta a título personal, John. Que el Fado tiene sus recursos. Nada corrientes.

-¿Dónde está ella? -preguntó Nomuri, que iba al volante.

-Arranque -le dijo Clark.

-Tenían que haber oído el discurso -dijo Chet Nomuri, que enfiló cuesta arriba y se preguntó qué habría ocurrido.

-La chica ha muerto -le comunicó Ryan al presidente, apenas dos horas después, a la una del mediodía hora de Washington.

-¿De muerte natural? -preguntó Durling.

-Sobredosis que, probablemente, no se administró ella. Tienen fotos. Nos llegarán en treinta y seis horas. Nuestros agentes tuvieron el tiempo justo para huir del lugar. La policía japonesa apareció en seguida.

-Un momento. Pare el carro. ¿Insinúa que ha sido asesinada?

-Así lo creen nuestros agentes, señor presidente.

-¿Tienen los suficientes conocimientos como para hacer esa valoración?

Ryan tomó asiento y pensó que, efectivamente, debía explicarse un poco mejor.

-El agente que está al mando de la misión, señor, entiende un poco de estas cosas.

-No ha podido expresarlo usted mejor -le espetó el presidente con sequedad-. De modo que no voy a tener que oír nada más acerca del asunto, ¿verdad que no?

-No, no señor, ahora mismo no hay ninguna razón para ello.

-¿Goto?

-Posiblemente alguno de sus hombres. Supongo que lo que más nos orientará será la versión que dé la policía. Si su informe difiere de lo que sabemos por nuestros agentes, sabremos que alguien ha manipulado los hechos, y no hay muchas personas que estén en condiciones de ordenar cambios en los informes policiales -dijo Jack, que hizo una pausa antes de proseguir-. Y permítame, señor, tengo un testimonio, completamente al margen de este asunto, acerca de la personalidad... de la personalidad -añadió para, acto seguido, referirle lo que Kris Hunter le contó.

-¿Pretende decirme que ha hecho matar a esa chica y que utilizará a su policía para encubrirlo? ¿Y que ya sabía usted que era capaz de hacerlo? -le espetó Durling visiblemente acalorado-. ¿Y quería que le tendiese la rama de olivo a ese hijo de puta? ¿En qué coño estaba usted pensando?

Jack respiró hondo.

-De acuerdo, sí, señor presidente, me lo veía venir. La cuestión ahora es ver qué hacemos.

-Perdone. He sido injusto con usted -se excusó Durling con expresión más atemperada.

-Me lo tenía merecido, señor presidente. Pude haberle dicho a Mary Pat que la sacase de allí hace tiempo, pero... no lo hice -dijo Ryan con cara de desolación-. Con algo así no contaba, la verdad.

-Nunca se cuenta con cosas así, Jack. ¿Y ahora qué?

-No podemos decírselo al agregado judicial de la Embajada porque aún «no lo sabemos». Quizá deberíamos indicarle al FBI que indague, en cuanto tengamos notificación oficial. Puedo llamar a Dan Murray.

-¿La mano derecha de Shaw?

-Sí. Hace mucho tiempo que Dan y yo nos conocemos. El lado político, ya no lo veo tan claro. La transcripción del discurso de Goto por televisión acaba de llegar. Antes de que lo lea... Bueno, creo que convendría que supiese con qué clase de individuo hemos de vérnoslas.

-¿Es posible que hijos de puta así gobiernen en un país?

-Lo sabe usted mejor que yo, señor. Aunque..., bien mirado, no es una desventaja. Los individuos así son débiles, señor presidente.

Cobardes, a la hora de la verdad. Puestos a tener enemigos, mejor que tengan debilidades.

¡Y pensar que podría hacernos una visita de Estado!, pensó Durling. ¡Vernos obligados a instalarlo ahí enfrente, en Blair House. Ofrecerle un regio banquete. Pasar todos al salón este, pronunciar hermosos discursos, brindar y estrecharnos la mano como si fuésemos íntimos amigos! ¡Me cago en la leche!

El presidente cogió la carpeta que contenía el discurso de Goto y lo hojeó.

-¡Será cabrón!, que «América tendrá que comprender». ¡Que le den por el culo!

-La ira, señor presidente, no es eficaz para afrontar los problemas.

-Tiene usted razón -reconoció Durling, que permaneció en silencio unos instantes y luego esbozó una forzada sonrisa-. Había olvidado que aquí el del pronto es usted.

-Y bien que me lo reprochan, señor -admitió Ryan.

-Bueno. Vamos a tener que afrontar dos asuntos bien gordos al regreso de Moscú.

-Tres, señor presidente. Tenemos que decidir qué hacemos con lo de la India y Sri Lanka.

Jack vio, por la expresión de Durling, que el presidente se había permitido olvidarse de aquello, por el momento.

Durling dejó a un lado otro asunto, también momentáneamente.

-¿Hasta cuándo voy a tener que esperar? -preguntó miss Linders.

Murray veía más dolor en su rostro del que expresaban sus palabras. ¿Cómo se le explicaba aquello a una persona? Además de ser víctima de una vileza, había tenido que contarlo y hablar de las cosas más íntimas con todo tipo de extraños. Nadie disfrutaba con aquello, pero miss Linders menos que nadie. Murray era un investigador experimentado y con talento. Sabía consolar, infundir ánimo y obtener información de las personas. Fue el primer agente del FBI en oír su historia y, en cierto modo, formaba con la doctora Golden el equipo que velaba por su equilibrio mental. Después, se incorporaron otros dos agentes, un hombre y una mujer especializados en casos como aquél. Luego, la entrevistaron dos siquiatras, cuyas preguntas fueron necesariamente capciosas, tanto para que no cupiese lugar a dudas de que su historia era cierta, en todos sus detalles, como para que se hiciese una idea de la hostilidad con que iba a encontrarse.

Eso hizo que Murray se percatase de que la herida de Barbara Linders era ahora más profunda. Hubo de sobreponerse ante Clarice para revivir lo ocurrido; después con Murray, y luego con otros, una y otra vez. Y aún quedaba lo peor, todo un calvario, porque varios miembros de la Comisión Judicial eran aliados de Ed Kealty y, probablemente, algunos machacarían a la testigo (como la peculiar naturaleza de estos casos obligaba a designar a la víctima, en algunos aspectos del procedimiento judicial), bien para chupar cámara o para demostrar su imparcialidad y profesionalidad como abogados. Barbara lo sabía. Murray la puso en guardia sobre lo que le esperaba, sin evitarle si-quiera la más espantosa de las preguntas, aunque, eso sí, mediante preámbulos tan delicados como: «Una de las preguntas que debe correr con la cuenta que le harán es...»

Y eso pasaba factura, una gravosa factura. Barbara -pues habían intimado ya demasiado para pensar en ella como miss Linders- hizo gala de todo el coraje que pudiera pedírsele a la

LIbrodot

víctima de un delito así; todo el coraje y más. Pero el coraje no era algo que cayese del cielo. Era como una cuenta corriente. Podía uno retirar fondos hasta un límite, y había que reponerlos. El solo hecho de tener que esperar, de no saber para cuándo estaba fijada su comparecencia ante la Comisión Judicial, para hacer su primera declaración frente a las brillantes luces de las cámaras de televisión, la certeza de que tendría que desnudar su alma ante el mundo entero... Era como si noche tras noche un ladrón expoliase su cuenta de valores, acumulados a fuerza de una gran determinación.

También era duro para Murray. Él reunió las pruebas y presentó el caso a la fiscalía. Era la única persona que estaba a su lado. Murray se impuso la misión de mostrarle a aquella mujer que los hombres no eran como Ed Kealty, que un hombre sentía tanta repulsión como las mujeres ante actos así. Era su caballero andante. Murray tenía tanto interés como ella en que aquel delincuente fuese declarado culpable y encarcelado.

-Tiene que mostrar la máxima entereza ahí adentro, Barbara. Vamos a procesar a ese cabrón, pero no irán bien las cosas a menos que...

Se lo dijo con una convicción de la que carecía. ¿De cuándo acá tenían que interferir los políticos en un proceso penal? Se había infringido la ley. Tenían el testimonio, las pruebas circunstanciales y, sin embargo, se congelaba el caso. Eso era tan lesivo para la víctima como pudiera serlo el abogado defensor del presunto.

-¡Se hace tan largo!

-Dos semanas más, tres a lo sumo, y empezaremos a sacudir nosotros, Barbara.

-Mire, estoy segura de que ocurre algo raro. ¿Cree que soy imbécil? Ahora no se prodiga en discursos, ni va a inaugurar puentes, ¿verdad que no? Alguien lo ha alertado. Debe de encerrarse a echar el resto en la preparación de su defensa.

-Creo que es el propio presidente quien no le deja prodigarse para que, cuando el caso salga a la luz, no sea un acusado con excesiva buena imagen pública. El presidente está de nuestro lado, Barbara. Despachó conmigo acerca de este asunto y me dijo: «Un delito es un delito», que era, exactamente, lo que tenía obligación de decir.

Barbara lo miró con ojos llorosos, desesperada.

-Es que noto que me derrumbo, Dan.

-No se derrumba. En absoluto, Barbara -mintió Murray-. Es usted una mujer fuerte e inteligente. Superará esto. El es quien va a derrumbarse.

Daniel E. Murray, el subdirector del FBI, alargó la mano hacia Barbara. Ella la cogió y se la apretó como haría una niña con su padre. Tenía que confiar y tener esperanza. Murray se sentía abochornado. No le parecía de recibo que Barbara Linders hubiese de pagar tan alto precio porque el presidente de los Estados Unidos tuviera que subordinar un proceso penal a un problema político. Quizá fuese lógico desde una perspectiva global. Para un policía, sin embargo, lo global solía reducirse a un delito y una víctima.

16. Carga explosiva

El último paso para dotar a los misiles H-ll/SS-19 de su carga real requería la autorización expresa del primer ministro de la nación. La definitiva configuración del armamento resultó un poco decepcionante. Al principio, confiaron en poder adosar varias ojivas, de por lo menos 15 cm, en la cabeza de cada misil. Sin embargo, se encontraron con que hacerlo significaba probar las transfases en vuelo real, y eso era demasiado peligroso. Camuflar la verdadera naturaleza del proyecto era mucho más importante que el número de ojivas, decidió el mando. Quizá después pudiesen remediarlo. Esta era la razón de que no hubiesen modificado lo más mínimo el modelo ruso. De manera que, por el momento, con un total de diez ojivas de un megatón tendrían que apañarse.

La dotación de apoyo abrió los silos individuales y, uno a uno, izaron los enormes cohetes de las plataformas de transporte, los situaron en posición y les colocaron sus aerodinámicas

fundas. La concepción del modelo ruso se ajustaba perfectamente a sus propósitos. Sólo se tardaba una hora en la instalación de cada misil, lo que permitió que una dotación de veinte hombres pudiese instalarlos en una sola noche. Después, volvieron a sellar los silos, y listo. Su país era ya una potencia nuclear.

-Asombroso -dijo Goto.

-Muy sencillo, en realidad -replicó Yamata-. El gobierno ha financiado la fabricación y las pruebas de los cohetes lanzadores, como parte de nuestro programa espacial. El plutonio procede de la planta de Monju. El diseño y fabricación de las ojivas ha sido un juego de niños. Si los árabes pueden fabricar rústicas ojivas en cualquier cueva del Líbano, ¿qué no podrán hacer nuestros ingenieros?

Salvo el proceso de fabricación de las ojivas, todo lo financió el gobierno, de un modo u otro. Yamata estaba convencido de que el fáctico consorcio que financió la fabricación de las ojivas recibiría oportunas compensaciones. ¿Acaso no lo hacían por su país?

-Empezaremos, de inmediato, el período de instrucción de nuestras Fuerzas de la Defensa Nacional para que releven a nuestro propio personal..., en cuanto usted nos las asigne a tal efecto, Goto-san.

-¿Y los rusos? ¿Y los americanos?

-Bah -exclamó desdeñosamente Yamata-. No les queda más que un misil a cada uno. Y serán oficialmente destruidos esta misma semana. Lo veremos por televisión. Como sabe, los misiles de sus submarinos han sido desactivados. Sus Tridents ya no existen y los submarinos están amarrados, listos para el desguace. Disponer, simplemente, de diez misiles de alcance intercontinental nos da una importante ventaja estratégica.

-¿Y si deciden fabricar más?

-No pueden -dijo Yamata-. No les sería nada fácil -se corrigió-. Las plantas de fabricación han sido cerradas y, de acuerdo al tratado, la maquinaria ha sido destruida bajo supervisión internacional. Volver a empezar requeriría meses y nos enteraríamos en seguida. Nuestro siguiente paso es desarrollar un gran programa de construcción naval -añadió Yamata que, a este fin, contaba con sus propios astilleros-, de tal envergadura que haga incontestable nuestra supremacía en el Pacífico occidental. Por el momento, con suerte y la ayuda de nuestros amigos, podemos darnos por satisfechos con no vernos desbordados. Antes de que estén en condiciones de desafiarnos, nuestra posición estratégica se habrá fortalecido hasta tal punto que no tendrán más remedio que reconocerla y tratarnos como iguales.

-¿Debo entonces dar ya la orden?

-Sí, primer ministro -contestó Yamata, que se extendió para recalcarle las obligaciones del cargo.

Goto se frotó las manos unos instantes y miró la adornadísima mesa que acababa de «adquirir». Su innata debilidad lo invitaba a contemporizar.

-¿De verdad era drogadicta Kimba? -preguntó.

Yamata asintió con la cabeza, con un movimiento casi imperceptible, furioso por dentro ante aquella pregunta.

-Muy triste, ¿verdad? Mi propio jefe de Seguridad, Kaneda, la encontró muerta y llamó a la policía. Por lo visto, tenía mucho cuidado, pero no lo bastante.

-Qué estúpida -exclamó Goto con un quedo suspiro-. Su padre es policía, ¿sabe? Un hombre muy rígido, según ella. No la comprendía. Yo sí -añadió-. Tenía buen carácter y era tierna. Hubiese sido una estupenda geisha.

Era asombroso cómo tergiversaba las cosas la muerte, pensó Yamata con frialdad. Aquella alocada y desvergonzada desafió a sus padres y quiso vivir la vida, para encontrarse con que el mundo era implacable con los incautos. Como tuvo la habilidad de hacer que Goto se creyese un hombre, ahora resultaba que era tierna y de buen carácter.

-¿Vamos a permitir que el destino de nuestra nación lo decida gente así, Goto-san?

-No.

El primer ministro cogió el teléfono. Tuvo que consultar la lista que tenía sobre la mesa.

-Suban al monte Niitaka -dijo al establecerse la conexión. Era la misma orden que se dio hacía ya más de cincuenta años.

El aparato era muy especial en algunos aspectos, aunque muy corriente en otros. El VC-25B era, en realidad, la versión de las Fuerzas Aéreas del venerable Boeing 747 de las líneas comerciales. El modelo tenía más de treinta años y aún se fabricaba en la factoría de las afueras de Seattle. Lo pintaron de unos colores que decidió un decorador con «sensibilidad política», para que echase el resto en cuanto a impresionar a los países extranjeros, vaya uno a saber mediante qué razonamientos.

Plantado en el cemento de la rampa, estaba rodeado por uniformados miembros de las fuerzas de seguridad, «con autorización» -en crudo pentagonés- para hacer uso de sus rifles M16 de un modo mucho más expeditivo que la mayoría de los centinelas uniformados que protegían otras instalaciones del Estado. Era un eufemismo que ordenaba: «Primero disparen y después pregunten.»

No había pista para reactores. Esto obligaba a subir al aparato por escaleras, como en los años 50. Lo que sí tenían, desde luego, era detector de metales. El control de equipajes lo realizaba, en esta ocasión, personal de las Fuerzas Aéreas y del Servicio Secreto. Lo pasaban todo por rayos X y abrían buena parte de las bolsas y maletas para la inspección ocular.

-Espero que hayas dejado tu lencería secreta en casa -dijo Jack con una risita al aupar la última maleta y dejarla en el mostrador.

-Lo sabrás cuando lleguemos a Moscú -repuso la doctora Ryan con un pícaro mohín.

Era su primer viaje oficial y todo era nuevo para ella en la base de las Fuerzas Aéreas de Andrews.

-¿Qué tal, doctora Ryan? Al fin nos conocemos -exclamó Helen D'Agustino, que se acercó y le tendió la mano.

-Te presento a la guardaespaldas más bonita del mundo, Cathy

-dijo Jack al presentarle a la agente del Servicio Secreto.

-No pude asistir a la última cena oficial -dijo Cathy-. Me coincidió con un seminario en Harvard.

-Bueno, este viaje promete ser apasionante -dijo D'Agustino, que se despidió amablemente para seguir con sus deberes.

No tan apasionante como el último, pensó Jack, al recordar un episodio que no podía contarle a nadie.

-¿Y dónde lleva el revólver? -preguntó Cathy.

-Nunca la he cacheado -contestó Jack con un malicioso guiño.

-¿Embarcamos ya? -preguntó Cathy.

-Puedo embarcar cuando quiera -contestó su esposo-. Por algo es uno importante.

Jack pensó que era mejor embarcar en seguida, para poder mostrarle el interior a Cathy, y enfilaron hacia la puerta.

El 747 que utilizaba el presidente -había, por supuesto, otro aparato idéntico en reserva- tenía capacidad para más de trescientos pasajeros, en su versión civil. Al habilitarlo para sólo cien, resultaba de un regio confort. Jack le mostró primero dónde irían sentados. Le explicó que el lugar que se ocupase en la cabina era muy elocuente. Cuanto más cerca de la cabeza del aparato, más importante eras. Los compartimentos para el presidente estaban, por lo tanto, en cabeza, con dos sofás-cama. Los Ryan y los Van Damm ocuparían el compartimento contiguo, a unos siete metros. Cabían ocho personas, aun-que ahora sólo fuesen cinco. Iría con ellos el jefe de Prensa del presidente, un ex ejecutivo de televisión llamado Tish Brown. Era un hombre que no paraba un momento, siempre en febril actividad. Acababa de

divorciarse. El resto del séquito iba repartido hacia cola del aparato, de acuerdo a su rango, hasta llegar a los representantes de los medios informativos, considerados los menos importantes.

-¿Esto es la cocina? -exclamó Cathy.

-Las cocinas -la corrigió él, aludiendo a la terminología naval. Pues nave era aquello, al fin y al cabo, ¿verdad?

Eran impresionantes, al igual que las comidas que preparaban; cocinadas de verdad con ingredientes frescos. Nada de comida recalentada, como en los aparatos de las líneas comerciales.

-¡Si es más grande que la nuestra! -exclamó Cathy ante la divertida complacencia del chef, sargento cocinero de las Fuerzas Aéreas.

-No tanto. Pero el chef es mejor. ¿Verdad, sargento?

-Yo me doy la vuelta y usted le arrea, señora. Que no se lo diré a nadie.

Cathy se echó a reír ante el «arrea» del sargento.

-¿Por qué no sube ya el presidente a la cabina?

-Porque abajo está todo el equipo de comunicaciones. Al presidente le gusta hablar un poco con los «chispas».

-¿Con los chispas?

-Con los técnicos de comunicaciones. Al fin y al cabo son «electricistas», ¿no? -le aclaró Jack, que pasó con Cathy hacia sus asientos.

Los sillones eran de piel, de color beige, muy anchos y mullidos, con monitores de televisión abatibles, recién incorporados, teléfonos individuales y otros complementos. Cathy no perdió detalle mientras se ceñía la hebilla del cinturón de seguridad, que llevaba el sello presidencial.

-Esto sí que es viajar en primera clase.

-Pero las once horas de vuelo no te las quita nadie -dijo Jack, arrellanado en el sillón mientras otros aún subían. Con un poco de suerte, lograría dormir durante casi todo el viaje.

La alocución de despedida que pronunció el presidente fue televisada, como de costumbre, y tuvo la escenificación de rigor. El micrófono se colocaba siempre frente a un fondo en el que se veía el avión presidencial, para recordarle a todo el mundo quién era y subrayarlo al exhibir el reactor de las Fuerzas Aéreas.

Roy Newton estaba pendiente de cronometrar el tiempo más que de cualquier otra cosa. Aquel tipo de alocuciones no eran muy sustanciales y sólo las recogía íntegramente la C-SPAN, aunque hubiese reporteros de todas las cadenas, cámara en ristre, por si acaso el avión estallaba al despegar. Tras pronunciar unas palabras, Durling cogió a su esposa Anne del brazo y fue hacia la escalerilla. Un sargento se cuadró. Ya en la entrada del aparato, el presidente y la primera dama se dieron la vuelta para dirigir un último saludo con la mano, como si estuviesen en plena campaña (aunque lo cierto era que aquel viaje formaba parte del casi ininterrumpido ejercicio de captación del voto). Luego, pasaron al interior.

La C-SPAN volvió entonces a conectar con la Cámara de los Diputados. Varios miembros, incorporados tras las últimas elecciones, pronunciaron breves discursos siguiendo órdenes muy concretas. Newton sabía que el presidente estaría en el aire durante once horas. Le sobraba tiempo.

Había llegado el momento de poner manos a la obra.

Era muy cierto el antiguo adagio, pensó mientras ordenaba sus notas. Si lo sabía más de una persona, no era un secreto. Y menos aún si dos sabían una parte, y que un tercero sabía el resto. Porque, entonces, se reunía uno a cenar y largaba lo que sabía, y la otra persona, creída de que lo sabías todo, te decía lo que aún ignorabas. Se sonreía, se asentía con la cabeza y se dejaban caer unas cuantas palabras, cuidadosamente elegidas. Surtían el efecto de que la fuente no dejase de manar, hasta que todo quedaba clarísimo. Newton aventuraba que no debía de ser muy distinto en el caso de los espías. Quizá hubiese sido un buen espía, aunque

no ganaban más que en su perdido escaño en el Congreso -en realidad, ganaban menos-, y ya hacía tiempo que optó por aplicar su talento a algo que le permitiese vivir decentemente.

El resto era casi coser y cantar. Elegía uno a la persona adecuada para pasarle información, una elección para la que bastaba con leer la prensa local con detenimiento. Todo reportero tenía un tema favorito, algo que de verdad lo apasionaba -fuese hombre o mujer-y, en este sentido, los reporteros no eran distintos al resto de los mortales. Si sabía uno tocar las teclas adecuadas, podía manipular a cualquiera. Qué lástima que aquello no le hubiese servido con los de su distrito electoral, pensó Newton, al descolgar el teléfono y marcar.

-Libby Holtzman, dígame.

-Hola, Libby, soy Roy. ¿Qué tal van las cosas?

-Un poco lentas -reconoció. No estaba segura de que su esposo Bob se enterase de algo sustancial en el viaje a Moscú con el séquito presidencial.

-¿Cenamos?

O sea, que sabía que su esposo estaba fuera.

-¿Cenar? -exclamó ella, aunque estaba segura de que no pretendía ligársela ni nada semejante, que Newton iba al grano y siempre tenía algo interesante que contar.

-No perderá el tiempo -prometió él-. ¿En el Hockey Club a las siete y media?

-De acuerdo.

Newton sonrió. Era juego limpio, ¿no? Perdió su escaño en el Congreso debido a una acusación de tráfico de influencias. La denuncia no estuvo suficientemente documentada para que lo procesasen (otro traficante de influencias se ocupó de ello). Bastó, sin embargo, aunque por los pelos, para convencer al 50,7 % de los votantes de su distrito de que otro debía tener la oportunidad de representarlos. De haber coincidido la votación con las elecciones presidenciales (los diputados se elegían para dos años y los senadores para seis), puede que hubiese salido reelegido, pensaba Newton, pero si uno perdía el escaño de diputado, rara vez lo volvía a recuperar.

Pudo haber sido mucho peor. No se daba tan mala vida, al fin y al cabo, ¿verdad? Conservaba su casa, sus hijos iban al mismo colegio, luego los llevaría a una buena universidad, y no dejaría de ser socio del mismo club. Ahora tenía otra circunscripción, por así decirlo, en la que no había que preocuparse por normas éticas -aunque la verdad era que nunca le preocuparon demasiado- y, sobre todo, en la que te pagaban a base de bien. A ver...

Las maniobras DATELINE PARTNERS se dirigían a través de un triple circuito informático vía satélite. La Armada japonesa canalizaba todos los datos desde el Centro Operativo de la Flota en Yokohama. La Armada de los Estados Unidos hacía lo mismo desde el análogo centro de Pearl Harbor. Ambos cuarteles generales utilizaban una tercera estación para intercambiar datos e imágenes. Los «árbitros» que controlaban los ejercicios en ambos centros tenían, de este modo, acceso a los datos, pero los comandantes de ambas flotas no. El objeto del juego era proporcionar a ambas partes un adiestramiento bélico realista y, por lo mismo, no se alentaban las trampas -aunque las «trampas» fuesen tan «ajenas» como consustanciales a la guerra.

Los comandantes de ambas flotas del Pacífico, los almirantes que estaban al mando de las unidades de superficie, de los sub-marinos y de las fuerzas de tierra, respectivamente, observaban desde sus sillones el desarrollo del juego, a ver qué tal lo hacían sus subordinados.

-No es nada tonto Sato, ¿verdad? -dijo el comandante Chambers.

-Buenas movidas las suyas -convino el doctor Jones, un representante de la industria armamentística a quien Mancuso autorizó a tener «acceso especial» a todos los datos-. Aunque de poco le van a servir más al norte.

-¿Ah, sí? -exclamó el almirante con una franca sonrisa-. Algo sabe usted que yo ignoro, ¿eh?

-Los equipos de sonar del Charlotte y del Ashville son formidables, capitán. Mi personal colaboró con ellos en la concepción del nuevo software para el programa de seguimiento, ¿recuerda?

-Los técnicos de escucha tampoco lo hacen nada mal -señaló Mancuso.

-Desde luego que no -admitió Jones-. Saben escuchar, como hacía usted.

-¡Dios! -musitó Chambers, que al mirar las cuatro nuevas con-solas dudaba de poder abarcar tanto-. ¿Cómo nos las hubiésemos arreglado sin Jones aquí, almirante?

-Recuerde que tenemos al teniente Laval con nosotros -dijo Mancuso.

-El hijo del gabacho está al mando del sonar del Ashville, mister Chambers.

«Mister» Chambers... Para Jones siempre sería un teniente, igual que Mancuso siempre sería el «capitán». A los dos altos oficiales no les importaba. Era casi una norma en la Armada que los oficiales que pasaban a la reserva, o como en este caso ex oficiales, contratasen a sus ex compañeros para el sector privado.

-No lo sabía -reconoció Chambers.

-Acaba de incorporarse. Antes iba en el Tennessee. Es muy listo. Consiguió su primer destino importante sólo tres años después de salir de la Academia.

-Más rápido que usted -comentó Chambers-. ¿Tan bueno es?

-¡Vaya que sí! Trato de convencerlo para que se venga a mi empresa. Se casó el año pasado y ya esperan un hijo. No creo que me cueste mucho sobornarlo para que pase al sector privado.

-¡Muy bonito, Jones! -protestó Mancuso-. Tendría que echarte de aquí con una buena patada en el culo.

-Vamos, capitán. ¿Cuánto hace que no nos corremos una buena juerga? Va siendo hora de ponernos al día.

Por si fuera poco, el nuevo programa de software, creado por Jones para el seguimiento de ballenas, se había incorporado a lo que que-daba del Centro Informático del Pacífico.

El hecho de que ambos bandos tuviesen observadores en el cuartel general del otro era una complicación. En buena parte, porque había efectivos e instrumentos de los que no se informaba al otro con precisión. En este caso, los datos que enviaba el Centro Informático -que podían corresponder o no corresponder a los submarinos japoneses que se hallaban al noroeste de Kure- eran más completos que los que aparecían en los paneles a través de los que se maniobraba. Mancuso y Chambers recibían las coordenadas exactas. Cada bando disponía de dos submarinos. Aunque los americanos no aparecían localizados, los japoneses eran de propulsión convencional. Tenían que emerger periódicamente (sólo asomar el tubo de respiración, en realidad) para reactivar motores y recargar baterías. Aunque los submarinos japoneses tenían su propia versión de los sistemas americanos Prairie-Masker, el nuevo software de Jones se había mejorado con creces para replicar a esta contramedida. Mancuso y los demás se retiraron a la sala de mando del portaaviones para examinar los datos más recientes que hubiesen llegado.

-A ver, Jones, dime lo que ves -le ordenó Mancuso, que señaló a los listados que acababan de salir de la impresora.

Los ordenadores sintetizaban las señales de los hidrófonos con los que tenían minado el fondo del Pacífico. Los datos aparecían en las pantallas de los monitores y en pliegos «en acordeón», como los que utilizaban las impresoras antiguas para análisis más detallados. Para aquel cometido, trabajaba mejor en papel, y salían dos copias. Una, venía ya marcada por los oceanógrafos del Centro Informático. Al objeto de ver cuál era el resultado de un análisis «a ciegas», que le permitiría comprobar, de paso, si Jones aún conservaba sus facultades, Mancuso retiró la copia ya analizada por su equipo de oceanógrafos.

Con poco más de cuarenta años, la poblada cabellera de Jones, de color castaño oscuro, tenía ya muchas canas. Ahora mascaba chicle en lugar de fumar. Mancuso reparó en que vivía aquello con la misma intensidad que antes. El doctor Jones hojeó los pliegos como un

contable a la caza de un desfalco. Sus dedos recorrían las líneas verticales que representaban las frecuencias.

-¿Partimos de la base de que emergerán cada ocho horas, no? -preguntó.

-Eso tienen que hacer, si quieren tener sus baterías a tope -contestó Chambers.

-¿Por qué horario se rigen? -preguntó Jones.

Tradicionalmente, los submarinos americanos que se encontraban en el mar sincronizaban sus relojes de acuerdo a la «hora del meridiano de Greenwich», recientemente rebautizada «hora universal», todo un desaire para la Royal Navy, cuyo poderío permitió que el meridiano de referencia lo bautizasen los británicos.

-Supongo que con el de Tokio -contestó Mancuso-. Teniendo en cuenta que llevamos cinco horas de retraso con relación a Greenwich...

-A ver. Tomemos la medianoche como referencia para nuestros tiempos.

Jones tenía delante cinco pliegos. Los examinó uno por uno y anotó las referencias horarias al margen. Tardó sólo diez minutos.

-Ésta es una posición posible, y ésta es otra. Esta otra también es posible, pero me inclino a descartarla. Por ésta apostaría dinero contra quien fuese, y por ésta... me lo jugaría contra principiantes -dijo a la vez que daba golpecitos con los dedos en las líneas punteadas.

-A ver, Wally.

Chambers se acercó a la otra mesa y hojeó los pliegos marcados por los oceanógrafos.

-¡Eres la leche, Jones! -exclamó.

Un equipo de expertos técnicos tardó dos horas en determinar lo que Jones acababa de hacer en pocos minutos ante su atónita mirada.

El ahora ingeniero de la empresa privada sacó una lata de Coca-Cola de una nevera que tenían allí y la abrió.

-¿A que soy un hacha incombustible?

Aquello era sólo parte del problema, por supuesto. Los listados no reflejaban más que conjeturas, basadas en ruidos captados que, sin embargo, procedían en muchos casos de los hidrófonos. Esto había permitido triangular aproximaciones del orden de 18 a 30 km. Pese al notable perfeccionamiento que Jones introdujo en los sistemas, quedaba mucho océano por escudriñar.

Sonó el teléfono. Era el comandante en jefe de la Flota del Pacífico. Mancuso atendió la llamada e hizo sus recomendaciones para que el Charlotte y el Ashville tuviesen en cuenta las hipotéticas localizaciones. Jones lo observó mientras hablaba.

-¿Ves lo que te decía, capitán? Siempre has sabido escuchar.

Como Murray estaba hablando de cuestiones presupuestarias con el adjunto del director del FBI en Washington, se perdió la llamada. El comunicado de la Casa Blanca, clasificado como «alto secreto», se puso a buen recaudo en archivos de seguridad y, luego, su secretaria recibió un aviso del colegio de su hijo para que lo llevase a casa, por-que se había puesto enfermo. Como consecuencia de ello, el mensaje, escrito a mano por Ryan, llegó a manos de Murray mucho más tarde de lo deseable.

-Se trata de la joven Norton -dijo al entrar en el despacho de Shaw.

-¿Malas noticias?

-Muerta -contestó Murray, a la vez que le tendía el mensaje. -Mierda -masculló el director del FBI tras leerlo rápidamente-. ¿Consta que fuese drogadicta?

-No que yo sepa.

-¿Has hablado con Tokio?

-Aún no he podido. Es mala hora, Bill.

Shaw asintió con la cabeza. Estaba claro lo que pensaba. Pregúntesele a cualquier agente del FBI de qué caso está más orgulloso y siempre te citará un secuestro. Así fue como el FBI cimentó su prestigio en los años 30. La «Ley Lindberg» facultaba al FBI a colaborar, con

cualquier cuerpo de policía local, en cuanto existiese la menor posibilidad de que hubiesen llevado a la víctima a otro estado. Ante la mera posibilidad (en la práctica, los secuestradores no solían trasladar a la víctima demasiado lejos), la más importante institución del Estado para obligar al cumplimiento de la ley, volcaba a sus efectivos en el caso como una manada de lobos hambrientos. La misión principal era siempre la misma: rescatar a la víctima con vida y, en ese sentido, los resultados eran excelentes. El objetivo secundario era detener, procesar y juzgar a los autores del secuestro, y ahí, estadísticas en mano, los resultados era aún mejores. Todavía ignoraban si Kimberley Norton fue secuestrada. Lo que sí sabían era que iba a regresar a casa muerta. Y eso, para cualquier agente del FBI, era profesionalmente un fracaso.

-Su padre es policía.

-Lo sé, Dan.

-Querría ir a ver a O'Keefe.

En parte, porque el capitán Norton merecía oírlo de boca de otro policía, y no a través de los medios informativos. En parte, porque era obligación moral, de los policías que estaban al corriente del caso, admitir su fracaso ante él. Y en parte, porque le permitiría a Murray acceder al expediente de un modo directo, y asegurarse de que se hizo todo lo que se pudo.

-Podré arreglármelas sin usted, uno o dos días, a lo sumo -dijo Shaw-. De todas maneras, el caso Linders va a tener que esperar hasta que el presidente regrese de Moscú. Así que, de acuerdo, coja la maleta.

-¡Esto es mejor que el Concorde! -exclamó entusiasmada Cathy ante la suboficial que les servía la cena.

Su esposo estuvo a punto de echarse a reír. No era frecuente que Caroline Ryan pusiese unos ojos como platos. El había terminado por acostumbrarse al excelente servicio, y a una comida que, desde luego, era mucho mejor que lo que le daban al personal médico en el hospital Hopkins. Aparte de que allí los platos no tenían el ribete de oro, una de las razones de que hubiese tanto hurto en las Fuerzas Aéreas.

-¿Tomará vino, madame? -dijo Ryan, que se sirvió de la botella de chardonnay Russian River.

-Es que en mi aldea no bebemos estas cosas -le dijo Cathy a la suboficial, más azorada que sonriente.

-Todo el mundo reacciona igual la primera vez, doctora Ryan. Si necesitan algo más, toquen el timbre -dijo la suboficial al retirarse hacia las cocinas.

-¿Qué te parece, Cathy? Ya te lo decía yo. Para que veas que no exageraba.

-Ahora me explico por qué le perdiste el miedo al avión -dijo ella tras probar la coliflor-. Fresquísima.

-Y el servicio es muy bueno -dijo Ryan, que señaló a las inmaculadas copas.

-Y no creas que ganan tanto -dijo Arnie van Damm desde el otro lado del compartimento-, aunque les caen buenas propinas.

-El salmón ahumado no está nada mal.

-Nuestro chef les robó la receta a los del Hockey Club. El mejor salmón cajum de la ciudad -explicó Van Damm-. Aunque me parece que tuvo que ser a cambio de su puré de patata. Hubiese sido un trato justo -añadió Arnie.

-¿Le echa mucha cara, verdad?

Uno de los pocos restaurantes buenos de verdad que había en Washington era el Hockey Club, situado en el sótano del Ritz Carlton Hotel de Massachusetts Avenue. Un sitio tranquilo y con poca luz en el que durante muchos años se celebraron comidas de trabajo entre «poderosos» de una u otra índole.

Aquí todo es muy bueno, se decía Libby Holtzman, sobre todo si pagaba otro. Llevaban una hora de charla intrascendente, el consabido intercambio de chismorreos que en Washington proliferaban más que en cualquier otra ciudad de los Estados Unidos. Ahora ya se habían despachado a gusto. Les habían servido el vino, se habían terminado la ensalada y ya estaba el plat de résistance en la mesa.

-Y bien, Roy, ¿qué era eso tan importante?

-Ed Kealty -dijo Newton, que alzó la vista para ver su reacción.

-¿No me digas que su esposa se ha decidido a dejar a ese canalla?

-Probablemente será él quien se marche, en realidad.

-¿Quién es la desdichada? -preguntó mistress Holtzman con una irónica sonrisa.

-No va de lo que tú crees, Libby. Simplemente, se va a marchar. Que siempre había que hacerse de rogar un poquito.

-Oye, Roy, que son las ocho y media -lo apremió Libby sin contemplaciones.

-El FBI tiene pruebas para que procesen a Kealty. Por violación. Por violaciones, en realidad. Una de sus víctimas se suicidó.

-¿Lisa Beringer? -aventuró mistress Holtzman, porque las razones de su suicidio nunca fueron convincentemente explicadas.

-Dejó una carta. La tiene el FBI. También pueden presentar a otras testigos dispuestas a testificar.

-¡Menuda! -exclamó Libby Holtzman, tan impresionada que dejó el tenedor en la mesa-. ¿Hasta qué punto van sobre seguro?

-Lleva el caso Dan Murray, el perro de presa de Shaw.

-Conozco a Dan. Y sé que no querrá hablar del asunto.

Muy rara vez conseguía uno que un agente del FBI hablase de nada de lo que sustanciase un caso penal, y menos aún, antes de ponerlo en manos del juez. Las únicas filtraciones procedían de los abogados o de secretarios judiciales.

-No es que se ciña al reglamento, es que lo escribió él.

Era literalmente cierto.

Murray colaboró en la redacción de los borradores de muchas de las normativas por las que se regían en el FBI.

-Puede que en esta ocasión sí quiera hablar.

-¿Y por qué, Roy?

-Porque Durling lo ha parado. Cree que necesita a Kealty para echarle carnaza al Capitolio. ¿Has reparado en que últimamente el Eddi...ficante muchacho apenas sale de la Casa Blanca? Durling le ha vendido la burra de que tiene que concentrarse en preparar su defensa. Por lo menos -matizó Newton para cubrirse-, eso me han dicho. No parece que vaya con su carácter, ¿verdad?

-¿La obstrucción a la justicia?

-Ésa es la expresión jurídica, Libby. Técnicamente hablando, bien, no estoy muy seguro de que se ciña a la letra de la ley.

El anzuelo estaba echado y el gusanito se movía con garbo.

-¿Y si lo hubiera congelado sólo para que no le comiese terreno al proyecto de «Ley Trent»?

El pez echaba una ojeada y se preguntaba qué sería aquel curvo y reluciente adminículo que había detrás del gusanito...

-La cosa se remonta a mucho más atrás, Libby. Hace mucho que lo pararon, tengo entendido. Aunque la excusa es buena, ¿no? Y es que el gusanito se daba mucha maña.

-Sólo si el interés político prima sobre la justicia, en un caso de agresión sexual. ¿Hasta qué punto lo tienen fundamentado?

-Si lo llevan ante un jurado, Ed Kealty va a pasar mucho tiempo entre rejas.

-¿Hasta ese punto?

¡Ah, qué jugoso y rechonchito estaba el gusanito!

-Tal como dices, Murray es un buen policía.

-¿Quién representará al ministerio fiscal en el caso?

-Anne Cooper. No trabaja en otra cosa desde hace semanas.

No podía ser más apetitoso el gusanito. Y, total, el reluciente y curvo adminículo no parecía tan peligroso, ¿verdad que no? Newton sacó un sobre del bolsillo y lo puso encima del mantel.

-Nombres, números de teléfono, detalles. Y de mí, ni una palabra, ¿entendido?

El gusanito evolucionaba en el agua y ya ni siquiera se sospechaba que fuese el anzuelo lo que realmente se movía.

-¿Y si no puedo hacerlo?

-Pues no habría más de qué hablar. Me habrían informado mal. Y me alegraría de que te hubiese gustado la cena.

Ojo, ojo, que el gusanito igual se marchaba.

-¿Por qué Roy? ¿Por qué tú? ¿Por qué todo esto?

Y venga a dar vueltas, venga a merodear. ¿Cómo puñeta habría aparecido aquel gusanito allí?

-Nunca me ha caído bien. Ya lo sabes. Nos las tuvimos con dos proyectos de ley sobre regadíos, y se me cargó una apelación de mi distrito. Pero ¿quieres saber por qué, realmente? Porque tengo hijas, Libby. Una estudia en la Universidad de Pennsylvania y la otra está en primero de Derecho en la Universidad de Chicago. Les ilusiona seguir los pasos de su padre. No quiero que mis hijas trabajen en el Capitolio con cabrones como Ed Kealty rondándolas.

¿A quién le importaba, en realidad, cómo hubiese llegado al agua el gusanito?

Libby Holtzman asintió con la cabeza y cogió el sobre. Se lo guardó en el bolso sin abrirlo. Era asombroso que sólo reparasen en el anzuelo cuando ya era demasiado tarde. Y, a veces, ni siquiera lo notaban. El camarero se sintió decepcionado al ver que sus comensales no hacían el menor aprecio del carrito de los postres y pedían sólo un par de cafés antes de solicitar la cuenta.

-Diga.

-¿Barbara Linders? -preguntó una voz de mujer.

-Sí. ¿Quién es?

-Libby Holtzman, del Washington Post. Vivo a sólo unas manzanas de su casa. ¿Podría acercarme para hablar con usted sobre unas cosas?

-¿Qué cosas?

-Sobre Ed Kealty, y del porqué de que hayan decidido no procesarlo.

-¿Que han decidido qué?

-Eso hemos oído -le dijo la mujer.

-Espere un momento... Ya me pusieron en guardia -dijo Linders, tan recelosa que, prácticamente, lo echaba todo a rodar a las primeras de cambio.

-Siempre te ponen en guardia acerca de algo, desencaminándote, las más de las veces. ¿Recuerda que fui yo quien hizo, el año pasado, el reportaje acerca del congresista Grant y de su asuntillo en la oficina política de su distrito? ¿Y que fui, también yo, quien le hizo morder el polvo a aquel cabrón de subsecretario de Interior? Sigo muy de cerca estos casos, Barbara -le dijo la mujer en tono fraternal.

Era cierto. Libby Holtzman estuvo a punto de ganar el Pulitzer por sus reportajes sobre abusos sexuales de los políticos.

-¿Y cómo sé yo que es realmente usted?

-Me habrá visto por televisión, ¿no? Si decide recibirme lo comprobará. Puedo estar ahí en cinco minutos.

-Voy a llamar primero a mister Murray.

-No hay inconveniente. Adelante, llámelo, pero prométame una cosa.

-¿Qué?

-Si le confirma que lo han parado todo, hablará usted conmigo, ¿de acuerdo? Aunque, la verdad, daría lo mismo que fuese directamente a su casa. Si Dan le dice la verdad, podemos tomar café juntos y preparar las baterías para cuando sea. ¿Qué le parece?

-De acuerdo... Sí, está bien. Llamo ahora mismo a mister Murray. Barbara Linders colgó y marcó un número de memoria. -Aquí Dan Murray...

-Hola, mister Murray -dijo Barbara con perceptible ansiedad, tras ver tambalearse su fe en el mundo.

-...y yo soy Liz -dijo otra voz, grabada en cinta-. No podemos ponernos al teléfono... -añadieron ambas voces al unísono...

-¿Dónde se mete usted cuando lo necesito? -le espetó miss Linders al contestador.

Barbara colgó con desesperada furia, antes de que la chistosa grabación emitiese la señal para dejar el mensaje. ¿Sería posible? ¿Podría ser cierto?

Esto es Washington, le decía su experiencia. Puede ocurrir cualquier cosa.

Barbara Linders miró en derredor de la habitación. Llevaba once años en Washington. ¿Qué había conseguido? Un apartamento de una habitación con grabados en las paredes. Bonitos muebles que utilizaba ella sola. Recuerdos que amenazaban su equilibrio mental. Estaba tan sola, tan rematadamente sola con todo ello, que tenía que soltarlo, echarlo fuera, machacar al individuo que destrozó su vida de tal manera. ¿También eso iban a negarle ahora? ¿Sería posible? Lo más aterrador era pensar que así era como se sintió Lisa. Lo sabía por la carta que conservaba, una fotocopia de la cual estaba en el joyero de su escritorio. La conservaba como un recuerdo de su mejor amiga, y como recordatorio de que no debía llevar la desesperación hasta el extremo que Lisa la llevó. Leer aquella carta, meses atrás, hizo que se decidiera a ir al ginecólogo quien, a su vez, la envió a Clarice Golden. Así empezó una dinámica que la llevaba... ¿Adónde?

Sonó el portero automático y Barbara contestó.

-Hola. ¿Me reconoce? -dijo la mujer tras franquearle miss Linders la puerta.

Se lo preguntó con una amable y cordial sonrisa. Libby Holtzman era una mujer alta. Tenía el pelo de color ébano y llevaba una media melena que enmarcaba una tez pálida y unos ojos marrones.

-Pase, por favor -dijo Barbara, que dio un paso atrás para que entrase.

-¿Ha llamado a Dan?

-No estaba en casa... O quizá es que no podía ponerse y ha dejado el contestador -dijo Barbara-. ¿Lo conoce usted mucho?

-Oh, sí. Ya lo creo que conozco a Dan -dijo Libby al llegar junto al sofá.

-¿Puedo confiar en él? Me refiero a si puedo confiar plenamente en él.

-¿La verdad? -exclamó Holtzman-. Si. Si tuviese él la última palabra en la conducción del caso, sí que podría confiar usted en él. Dan es buena persona. Se lo digo en serio.

-Pero él no tiene la última palabra, ¿verdad?

-Es demasiado gordo; demasiado político -dijo Libby, que meneó la cabeza con cara de circunstancias-. Y, además, Murray es una persona muy leal. Hace lo que le dicen. ¿Puedo sentarme?

-Claro -dijo Barbara, que se sentó también en el sofá.

-¿Sabe cómo actuamos los periodistas, verdad? Nuestro trabajo consiste en enterarnos de todo. Dan me cae bien. Lo admiro. Es, de verdad, un buen policía, un policía honrado. Apuesto a que toda su actitud con usted..., en fin, que debe de portarse, poco menos, que como un hermano mayor. ¿A que sí?

-Ya puede estar usted segura -le confirmó Barbara-. Se porta como el mejor amigo del mundo.

-Y es sincero. Es de esos hombres que son de verdad buenas personas. A su esposa, Liz, también la conozco. El problema está en que no todo el mundo es como Dan, y ahí es donde vamos a parar -le dijo Libby.

-¿Qué quiere decir?

-Cuando a un hombre como Dan se le dice lo que tiene que hacer, casi siempre lo hace. Lo hace porque cree que es su obligación, porque eso dice el reglamento... y ¿quiere que le diga una cosa? Es algo que él detesta, tanto como usted. Mi trabajo, Barbara, consiste en ayudar a personas como Dan, porque yo también puedo hacer que paguen esos cabrones.

-No puedo... Comprenda que yo no puedo...

Libby la atajó tocándole levemente la mano.

-No voy a pedirle que me diga nada sobre el caso para publicar, Barbara. Eso podría complicar el proceso penal. Sabe que yo tengo tanto interés como usted en que no se desvíe, ni un milímetro, en el camino a los tribunales. Pero puede hablar conmigo confidencialmente.

-¡Sí!... Es decir, me parece...

-¿Le importa que lo grabe? -dijo la periodista, a la vez que sacaba del bolso un pequeño magnetófono.

-¿Y quién lo oirá?

-Sólo el subjefe de redacción. Lo hacemos para asegurarnos de que nuestras fuentes son auténticas. Por lo demás, es como si hablase con su abogado, con su médico o con su pastor. Son normas que nunca quebrantamos.

Barbara sabía que así era, en teoría. Pero allí y ahora, en su apartamento, el código deontológico del periodismo se le antojaba endeble. Libby Holtzman lo notó por la expresión de sus ojos.

-Si quiere, me marcho. O hablamos sin grabar, aunque... detesto la taquigrafía -dijo con una sonrisa que desarmaba-. Comete una muchos errores. Si quiere pensarlo un poco, usted misma. Me hago cargo de la tensión a que se ha visto sometida. Lo sé bien. Comprendo lo que debe de ser esto.

-Eso dice Dan. Pero no lo comprende. En el fondo, no lo comprende.

Libby Holtzman la miró con fijeza. Se preguntaba si Murray habría visto aquel mismo dolor y si lo sentiría tan intensamente como ella ahora. Probablemente sí, pensó. Quizá de un modo algo distinto, porque era un hombre. Pero era de verdad un buen policía. Debía de estar tan indignado como ella por el cariz que tomaba el caso.

-Y, oiga, Barbara, si quiere que hablemos de cualquier otra cosa, sólo por charlar, no hay problema. A veces, necesitamos una amiga con quien poder hablar. No tengo por qué ejercer de periodista siempre.

-¿Sabe lo de Lisa?

-¿Que su muerte nunca se aclaró, verdad?

-Éramos íntimas amigas; nos lo contábamos todo... y cuando él...

-¿Está segura de que Kealty tuvo que ver en aquello?

-Yo fui quien encontró la carta, Libby.

-¿Puede contarme algo acerca de eso? -preguntó Holtzman, incapaz de refrenar su impulso periodístico.

-Puedo hacer más que contárselo -dijo Linders, que se levantó y desapareció por unos instantes.

Volvió con las fotocopias y se las tendió.

Tardó sólo dos minutos en leerlas. Luego las releyó. Fecha, lugar; método. Un mensaje de ultratumba, pensó Libby. ¿Había algo más peligroso que la tinta y el papel?

-Por lo que aquí dice, y por lo que usted sabe, él podría ir a la cárcel, Barbara.

-Eso dice Dan. Y cuando lo dice, sonríe. Arde en deseos de que lo encierren.

-¿Y usted también querrá que lo encierren, verdad? -preguntó Holtzman.

-¡Sí!

-Pues, entonces, déjeme ayudarla.

17. La primera en la frente

Lo llaman el milagro de las modernas comunicaciones sólo porque se supone que nada que sea moderno puede ser una calamidad. Y, sin embargo, los destinatarios de tal mensaje suelen asombrarse al recibirlo.

El vuelo del avión presidencial era más suave aún que de costumbre. Muchos de los que viajaban en el aparato -especialmente los más jóvenes e insensatos miembros del personal de la Casa Blanca-renunciaban a abrocharse el cinturón de seguridad para alardear de... quién sabe qué, pensaba Ryan. Aunque la tripulación de las Fuerzas Aéreas era tan buena como la mejor -de eso no le cabía a Jack ninguna duda-, no pudo evitar que en cierta ocasión se produjese un percance al aterrizar en Andrews, donde un rayo arrancó de cuajo el morro del aparato en el que viajaban el ministro de Defensa y su es-posa, ante la general consternación. De manera que, por lo que pudiera suceder, Ryan se abrochaba siempre el cinturón, aunque se lo dejase holgado, como hacían los tripulantes.

-Doctor Ryan... -le susurraron a la vez que le zarandeaban ligeramente el hombro.

-¿Qué ocurre, sargento? -se limitó a decir, que no era caso de soltarle un taco a un inocente suboficial.

-Mister Van Damm lo necesita a usted arriba, señor.

Jack asintió con la cabeza y puso el respaldo en posición vertical. El sargento le pasó un tazón de café por el camino. Vio en un reloj que eran las nueve de la mañana. Lo que no decía el reloj era dónde eran las nueve de la mañana y, en aquellos momentos, Ryan no recordaba con qué huso horario estaba sincronizado. Todo pura teoría. ¿Cuántos husos horarios cruzaría el avión?

La cabina superior del VC-25B no se parecía en nada a la de abajo. En lugar de lujosos «extras» con respecto al aparato de serie, la cabina superior estaba atestada de instrumentos electrónicos propios de la milicia, alojados en cajas con asas y barras cromadas para retirarlos y reemplazarlos con mayor facilidad. Un nutrido grupo de especialistas en comunicaciones estaba siempre metido en faena con el manejo de todas las fuentes de información habidas y por haber: radio digital, televisión y fax, con todos los canales y líneas cifrados. Arnie van Damm estaba en el centro de la cabina. Le tendió a Jack un facsímil de la última edición del Washington Post, que estaba a punto de salir a la calle a 6 500 km de distancia y seis horas de allí.

EL VICEPRESIDENTE IMPLICADO EN SUICIDIO, decía el titular a cuatro columnas. CINCO MUJERES ACUSAN A EDWARD KEALTY DE ABUSOS SEXUALES.

-¿Para esto me has despertado? -exclamó Ryan, porque aquello no entraba, ni remotamente, en sus competencias, ¿no?

-Es que te citan -le dijo Arnie.

-¿Qué? -dijo Jack a la vez que le echaba un vistazo al artículo-. «El Consejo de Seguridad Nacional conocía el caso.» Es cierto. ¿Y qué?

-Sigue leyendo.

-«La Casa Blanca le dijo al FBI que no presentase el caso ante la Comisión Judicial.» Bueno, pues eso no es cierto.

-O sea, una preciosa combinación de verdades y mentiras, ¿no te parece? -dijo el jefe de Estado Mayor, de peor humor de lo que estaba Ryan.

-¿Quién lo habrá filtrado?

-No lo sé. El artículo es de Libby Holtzman, y su esposo duerme a cola. Te tiene simpatía. Ve, y a ver qué te dice.

-Espera un momento. La verdad de todo se va a aclarar en muy poco tiempo, Arnie. El presidente no ha hecho nada irregular, que yo sepa.

-Sus enemigos políticos pueden presentar el retraso como obstrucción a la justicia.

-¡Vamos! -exclamó Jack, que meneó la cabeza con expresión de incredulidad-. Eso no se sostiene.

-Ni falta que les hace, ¡joder! Hablamos de política y no de hechos, no lo olvides. Y tenemos elecciones en puertas. Habla con Bob Holtzman. Inmediatamente -le ordenó Van Damm, que no solía darle órdenes a Ryan, aunque tenía autoridad para hacerlo.

-¿Se lo decimos ya al presidente? -preguntó Jack a la vez que doblaba el facsímil.

-Lo dejaremos dormir un rato. De paso, dile a Tish que venga.

-De acuerdo.

Ryan bajó en seguida y despertó a Tish Brown a la vez que señalaba hacia arriba. Luego, fue hacia cola de la cabina y se dirigió a una azafata; ... a una tripulante, se corrigió Jack.

-¿Quiere llamar a Bob Holtzman, por favor?

A través de una de las ventanillas vio que ya era de día. Quizá debían de ser las nueve en su lugar de destino. Sí, porque la llegada a Moscú estaba prevista para las dos de la tarde, hora local. El chef estaba sentado en las cocinas. Leía el Time. Ryan entró y se sirvió otra dosis de café.

-¿No puede dormir, doctor Ryan?

-Ya no. El deber me llama.

-Tengo los panecillos a punto de salir del horno. ¿Quiere?

-Formidable.

-¿Qué pasa? -preguntó Bob Holtzman, que acababa de asomar la cabeza.

Al igual que los que iban a bordo en aquellos momentos, necesitaba un afeitado. Jack se limitó a pasarle el facsímil.

-¿De qué va?

-¡Hostia! ¿Es cierto? -exclamó, tras leerlo con tanta rapidez como en él era habitual.

-¿Desde cuándo anda Libby en esto?

-Ahora me entero... Joder, Jack. Lo siento.

-Ya. Con lo mismo me desayuno yo -dijo Jack, que sonrió sin ganas.

-¿Es verdad o no?

-¿Quedará entre nosotros?

-De acuerdo.

-El FBI investiga el caso desde hace tiempo. Las fechas que da Libby en el artículo son bastante aproximadas, tendría que comprobar mis archivos para precisarlas. Se me dieron instrucciones al destaparse el pastel, como medida de seguridad respecto a Kealty... Lo que puedo decir y lo que no. Ya sabes cómo van estas cosas.

-Sí, entiendo. ¿Y en qué situación está ahora el caso?

-El presidente de la Comisión Judicial y varios miembros permanentes de la misma están al corriente. Alan Trent también, y Sam Fellows, de la CIA. Nadie pretende echar tierra sobre este asunto, Bob. Me consta que Durling ha tenido una actitud irreprochable. Kealty va a cesar, y tras el proceso, si es que la cosa va tan lejos...

-Es que ha de ir todo lo lejos que haga falta -lo atajó Holtzman.

-Lo dudo -dijo Ryan meneando la cabeza-. Con un buen abogado, llegarán a algún tipo de acuerdo. No tendrán más remedio, como en el caso del vicepresidente Spiro Agnew. Si la Comisión del Senado le retira la inmunidad parlamentaria, lo procesan y lo juzgan, que Dios lo ayude.

-Claro -convino Holtzman-. De manera que el fondo de la cuestión del artículo no se corresponde con la realidad.

-En absoluto. De existir obstrucción a la justicia, no me consta. Y se me tiene al corriente.

-¿Has hablado con Kealty?

-No. Sobre el tema, nada. En lo estrictamente profesional, despacho con su coordinador de Seguridad Nacional, que le transmite lo que conviene. No sería muy adecuado que yo hablase con él de este asunto; tengo dos hijas.

-¿De manera que conoces todos los detalles del caso?

-Tanto como los detalles no. No necesito conocerlos. Pero conozco a Murray muy bien. Si Dan dice que el caso tiene base suficiente, estoy seguro de que es así -dijo Ryan, que apuró el café y cogió un panecillo recién hecho-. El presidente no obstruye nada -añadió. Ha retrasado que salga a la luz pública para que no interfiera en otras cosas. Eso es todo.

-Sabéis, perfectamente, que tampoco eso se puede hacer -le recordó Holtzman, que cogió también un panecillo.

-Me cago en la leche, Bob! ¿Acaso los fiscales no ponen fechas? Es una pura cuestión de fechas.

Holtzman miró escrutadoramente a Jack y asintió con la cabeza.

-Procuraré que se entienda así -dijo.

Ya era demasiado tarde para remediar el mal. La mayoría de los políticos de Washington son madrugadores. Toman café, leen detenidamente los periódicos, retiran los faxes para redondear la información y, a menudo, atienden tempranas llamadas telefónicas o, tras las recientes innovaciones tecnológicas, conectan el ordenador para «recoger» el correo electrónico. Así pueden salir de casa después de haberle tomado el pulso al cariz de la jornada.

En el caso de muchos congresistas, el facsímil de la portada de la última edición del periódico, en el que aparecía el artículo de Libby Holtzman, encabezaba las páginas de los dossiers de información, en tanto que asunto que podía ser del mayor interés personal. La fraseología para designar el «asunto» variaba según qué agencia de relaciones públicas enviase la información. Aunque el fondo venía a ser el mismo. Los congresistas en cuestión se vieron obligados a no manifestar su oposición a la «Ley Trent». Y ahora tenían la ocasión de desquitarse de aquella transgresión. Pocos la dejarían escapar.

En cuanto a los comentarios de viva voz, se hacían sólo de modo confidencial, pero se hacían. «Un feo asunto», era la frase más utilizada. «Es lamentable que el presidente se haya permitido interferir en un asunto penal», era otra frase que estaba a la orden del día. Las llamadas que, de inmediato, se hicieron al director del FBI William Shaw, recibieron un «sin comentarios» por todo comentario y, casi siempre, con la aclaratoria coda de que era norma del FBI no hacer comentarios sobre presuntos delitos, para no condicionar procedimiento legal ninguno ni comprometer los derechos del presunto. Esta aclaración rara vez se hacía llegar a la opinión pública, por lo que el «sin comentarios» conservaba su desorientadora sustancia.

El presunto se despertó en su casa del recinto del Observatorio Naval de Massachusetts Avenue, en el North West de la capital, y se encontró con que sus principales colaboradores ya lo esperaban abajo.

-¡Mierda! -exclamó Ed Kealty.

No podía decir otra cosa. De poco iba a servir negarlo. Sus colaboradores lo conocían demasiado bien. Racionalizaban la cuestión de acuerdo al supuesto de que era un hombre enamoradizo, rasgo nada infrecuente en los personajes públicos, aunque lo llevase con bastante discreción.

-«Lisa Beringer» -musitó el vicepresidente al leer el nombre-. ¿Es que no pueden dejar que la pobre chica descanse en paz?

Recordaba cómo le impresionó su muerte; aquella manera de morir, tras desabrocharse el cinturón de seguridad y embestir el contra-fuerte de un puente a 150 km/h. Recordaba el comentario del médico que la examinó, sobre lo ineficaz que era aquel método. Tardó varios minutos en morir. Aún estaba con vida y se quejaba al llegar la ambulancia. Con lo simpática y maja que era la chica. Total, por no hacerse cargo de cómo son las cosas. Pretendía demasiado de él. Quizá por pensar que con ella sería distinto. Claro, pensaba Kealty, todo el mundo se cree distinto.

-Va a dejar que te cuelguen y te pudras al sol -le comentó a Kealty uno de sus colaboradores. Porque lo fundamental en la cuestión era, en definitiva, la vulnerabilidad política del jefe.

-Segurísimo -convino el vicepresidente.

¡Será hijo de puta!, pensó Kealty. ¡Con todo lo que he hecho por él! -Y bien, ¿qué sugerís?

-Por lo pronto, negar algo tan indignante -le dijo su secretario a la vez que le tendía una hoja de papel-. De entrada, voy a dar una nota a los medios informativos, y convocaremos una conferencia de prensa para antes del mediodía.

El secretario ya había llamado a media docena de actuales y antiguas colaboradoras que cerrarían filas en favor de su jefe. Todas ellas eran mujeres cuya cama honró él con su presencia, y que recordaban el evento con una sonrisa. Los grandes hombres también tienen sus flaquezas. En el caso de Edward Kealty, sus flaquezas quedaban más que compensadas con el empeño que ponía en las cosas importantes.

Kealty leyó la nota: La única defensa ante una acusación completamente falsa es la verdad... Se trata de acusaciones carentes de todo fundamento... Mi ejecutoria pública es bien conocida, así como mi apoyo a los derechos de las mujeres y de las minorías hispana y de color... Solicito (su consejero personal le desaconsejó la palabra («exijo») que se den a conocer, de inmediato, las alegaciones al objeto de proceder a mi más enérgica defensa... Está claro que no es una coincidencia que haya elecciones el año próximo... Lamento que tan infundada acusación pueda afectar a nuestro gran presidente Roger Durling...

-¡Llama a ese hijo de puta por teléfono en seguida!

-No es oportuno un enfrentamiento, señor vicepresidente. Que usted «confía en su pleno apoyo», ¿recuerda?

-Ah, sí, claro, ¡no lo voy a recordar!

Más que una bengala de señales, aquella parte de la nota era fuego real contra la santabárbara de la nave, pensaba Kealty. O Roger Durling lo apoyaba, o iba a sufrir un descalabro en las primarias.

¿Qué más iba a ocurrir aquel año? Aunque, en la mayoría de las ciudades de los Estados Unidos, era demasiado tarde para encontrar periódicos de la mañana (incluso para encontrar el USA Today), el caso Kealty lo cazaron al vuelo los directores de los medios informativos para incluirlo en sus paneles de audiencia. Para muchos miembros del mundillo financiero, aquello hacía de la «Edición Matinal» de la National Public Radio un programa indicadísimo para escucharlo durante sus desplazamientos desde Nueva Jersey y Connecticut, porque se alargaba más de dos horas. «El reportaje que esta mañana firma, en el Washington Post...» La cobertura informativa empezaba en las horas de máxima audiencia, dentro de dos grandes segmentos horarios en que se dividía la programación, con un preámbulo que, a modo de llamada de atención, captaba la del oyente. Y aunque los «casos» políticos, fuera de Washington, eran tan corrientes como el boletín meteorológico local, «violación» y «suicidio» eran palabras de inequívoca relevancia.

«¡Mierda!», exclamó, poco más o menos, un millar de voces al unísono, en equivalente número de carísimos automóviles. ¿Qué más va a ocurrir? La volatibilidad del mercado persistía, y algo semejante ejercería una presión bajista sin ningún fundamento económico. Aunque, tan real, que todo el mundo contaba con ella y, por lo mismo, hacia sus planes, y, por lo tanto, la hacía más real, en lo que los ingenieros de la informática llamaban «efecto de realimentación».

Aquel día volvería a caer el mercado. Llevaba catorce días con tendencia a la baja. Aunque el índice Dow Jones lo cebasen los chollos de puros ajustes técnicos, los agentes de Bolsa se pondrían nerviosos y venderían, y las sociedades de inversiones, inducidas por el clamoreo de los agentes, harían lo mismo, añadiendo impulso institucional a una situación artificiosa. La

globalidad del sistema recibía el nombre de verdadera democracia, pero, de serlo, un rebaño hecho un manojo de nervios también era una democracia.

-Está bien, Arnie -dijo el presidente Durling, que no se molestó en preguntar quién lo filtró.

Era lo suficientemente ducho en el juego como para saber que daba igual.

-¿Qué hacemos? -añadió.

-He hablado con Bob Holtzman -le dijo Ryan al presidente, inducido por una mirada del jefe de Estado Mayor.

-¿Y?

-Y creo que me ha creído. Qué puñeta. No es más que la verdad, ¿no?

Fue más una pregunta que una expresión retórica.

-Así es, Jack. Ed tendrá que afrontar esto por sí mismo.

El alivio que reflejaba la cara de Ryan fue tan ostensible que el jefe del ejecutivo se ofendió.

-¿Es que ha llegado a pensar que yo pudiera hacer algo así?

-Por supuesto que no -se apresuró a contestar Ryan.

-¿Quién lo sabe?

-¿De quienes van en el avión? -preguntó Van Damm-. Seguro que Bob lo habrá dicho por ahí.

-Bien. Cojamos el toro por los cuernos, Tish -le dijo Durling a su jefe de Prensa-. Un comunicado en toda regla. El asunto está en manos de la Comisión Judicial. Y yo no los he presionado en absoluto.

-¿Y del retraso qué decimos? -preguntó Tish Brown.

-Que decidimos, conjuntamente con los organismos competentes, que el caso debía... ¿Qué? -dijo el presidente mirando al techo-. Debía tener un tratamiento expedito...

-Suficientemente serio... No. ¿Suficientemente importante como para merecer la atención del Congreso, sin otros temas que acaparen su atención? -aventuró Ryan. No está mal, pensó.

-Voy a convertirlo en un político -dijo Durling con una sonrisa de circunstancias.

-No va usted a decir nada, directamente, sobre el caso -lo atajó Van Damm, cuyo consejo al presidente parecía más bien una orden.

-Lo sé, lo sé. No puedo decir nada sobre los hechos del caso porque no puedo permitirme interferir en el proceso, salvo para decir que todo ciudadano es inocente hasta que los hechos no demuestren lo contrario. América se basa... y todo eso. Escriba la nota, Tish. La comunicaré desde el avión antes de aterrizar, y a ver si así podemos centrarnos en lo que hemos venido a hacer. ¿Algo más? -preguntó Durling.

-El ministro Hanson informa que todo está dispuesto. Sin imprevistos -dijo Ryan, a quien por fin llegaba el turno de dar su propio parte-. El ministro Fiedler tiene también dispuesto el preacuerdo de apoyo monetario. Pinta que esta visita va a ir de maravilla. -Menudo consuelo -exclamó el presidente con sequedad-. Y ahora, déjenme que me lave un poco.

Aunque se tratase del avión presidencial, viajar con tantas personas alrededor no era nada cómodo. Para el presidente, la intimidad era, en el mejor de los casos, algo muy precario. En la Casa Blanca, por lo menos, tenía uno paredes de reglamento para aislarse de los demás. Allí no. Un sargento de las Fuerzas Aéreas le alcanzó al presidente ropa para cambiarse y sus cosas de afeitar. El hombre llevaba casi dos horas convirtiendo la piel negra de los zapatos del presidente en un puro cromado, y no hubiese sido delicado mandarlo retirarse. La verdad es que había que ver el empeño que ponía la gente en mostrar su lealtad. Salvo aquellos a quienes necesitas, se dijo Durling al pasar al pequeño lavabo.

-Tenemos más datos sobre ellos.

Al asomar desde los lavabos contiguos al Centro Informático de Control, Sánchez vio que había varias personas en derredor de la consola táctico-estratégica. Se veían ahora tres grupos con forma de diamante que indicaban presencia de buques de superficie enemigos. Además, el Charlotte tenía localizada una forma en W. que significaba submarino enemigo y, por lo visto, el Ashville también detectaba algo, aunque sin precisarlo. Lo mejor era que los Vikings S-3 de la avanzadilla de reconocimiento, que se encontraban a unos 320 km del portaaviones, habían identificado lo que parecían patrulleros sub-marinos. A dos los habían sorprendido al sacar el tubo a la superficie, uno por los radares y el otro por las «boyas-sonar». Y al trazar una línea que unía ambas posiciones, descubrieron otros dos. Ahora, incluso tenían una buena estimación de la distancia entre submarino y submarino, que orientaría a la aviación.

-¿Mañana a la puesta del sol? -preguntó el capitán.

-¿A ellos lo que les gusta es el sol naciente, verdad? Pues a por ellos a la hora de cenar.

-Estamos preparados -dijo Sánchez, que cogió el teléfono para alertar al oficial de guardia de su ala de combate.

-Mucho ha llovido desde entonces -musitó Jones.

-Aún me acuerdo de la de guardias que te chupabas -le dijo Wally Chambers al ahora civil.

-Entonces era joven y tonto.

Y, además, fumaba, recordó. Lo bien que le venía a uno para concentrarse y aguzar los sentidos. Aunque, en la mayoría de los submarinos, no permitían a nadie fumar nada. Era asombroso que no se hubiese amotinado más de una tripulación. ¿Adónde iría a parar la Armada?

-¿Has visto, lo que te decía de mi software?

-Ya. Y ahora me dirás que un ordenador te puede sustituir incluso a ti.

-¿Sabes lo que te digo, mister Chambers? Que, con la edad, no te conviene tomar tanto café.

-¿Otra vez los dos a la greña? -dijo el almirante Mancuso, que se les unió al terminar de afeitarse en los lavabos contiguos.

-Me parece que Jones planeaba darse una vuelta esta tarde por Banzani Beach -dijo el capitán Chambers con una risa ahogada mientras tomaba su descafeinado-. Es que le aburren las maniobras.

-Pues van para largo -dijo Mancuso.

-Y, bien, chicos, ¿les dais las bendiciones a mis productos o qué?

-Si quieres una filtración de primera mano, te diré que sí. Voy a recomendar que te firmen el contrato -dijo el almirante, aunque el hecho de que Jones lo ofreciese un 20 % más barato que la IBM no era la razón menos importante.

-Y ya veréis lo que tengo en puertas. Acabo de contratar a dos de Woods Hole. Eso no se les había ocurrido a los ejecutivos de Big Blue.

-¿A qué te refieres?

-Vamos a descifrar el lenguaje de las ballenas, ahora que podemos oírlas mucho mejor. Los de Greenpeace nos bendecirán. La misión submarina de la próxima década será hacer del mar un lugar seguro para nuestros compañeros en el orden de los mamíferos. Y podremos identificar a esos cabrones de japoneses que los cazan.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Chambers.

-¿Queréis que os asignen un buen presupuesto, no? Pues tengo una idea que os servirá para conseguirlo.

-¿De qué va eso, Jones? -preguntó Mancuso.

-Los muchachos de Woods Hole creen haber identificado llamadas de alarma de tres especies identificadas: ballenas, delfines y rorcuales. Las han captado a través de los hidrófonos mientras se las tenían con los balleneros. Puedo programarlo para reproducirlas. Están dentro de la misma banda de frecuencia con la que nosotros transmitimos. De manera que, entonces, podremos seguirles el rastro a ballenas y balleneros, y emitir la llamada. ¿Lo

adiviná is? Los balleneros no encontrarán ni una. Ninguna ballena, que esté en su sano juicio, se acercaría a menos de treinta kilómetros de otra ballena que le grita que la están atacando. Lo de la solidaridad, en la comunidad cetácea, es un camelo.

-¿Y no nos echarás encima a los «verdes»? -preguntó Chambers, que en seguida lo pensó mejor y asintió lentamente con la cabeza.

-Lo único que tendrán que decirles a sus amigos del Congreso es que hacemos una buena labor científica. No que nos aprecian ni que aprueban nuestras centrales de energía sino, simplemente, que hacemos una buena labor científica. Lo que os pongo en las manos es tener una misión que cumplir en los próximos diez años.

Claro que a su empresa también le daba Jones trabajo para diez años, pero eso no hacía al caso. Mancuso y las dotaciones de la flota de submarinos necesitaban el trabajo.

-Y es que, veréis -añadió Jones-, yo ya me pirraba por escucharlas cuando iba embarcado en el Dallas.

-Señal del Ashville -dijo un especialista en comunicaciones desde la puerta-. Han localizado su objetivo.

-Es que son muy buenos -dijo Jones al mirar el mapa-. Pero nosotros somos los mejores, muchachos.

El avión presidencial se posó, con su acostumbrada suavidad, en el aeropuerto de Sheremetievo un minuto antes de lo previsto. Hubo un colectivo suspiro de alivio al desplegarse los alerones, que en seguida refrenaron al pesado aparato. A todos les faltó tiempo para desabrocharse los cinturones de seguridad.

-¿Por qué te has levantado tan temprano? -le preguntó Cathy a su esposo.

-Asunto político. Interior. Supongo que ya puedo contártelo. Ryan se lo explicó, y al recordar que llevaba el facsímil en el bolsillo, se lo pasó, no sin antes advertirle de que no todo era cierto.

-Siempre me ha parecido un tipo asqueroso -dijo Cathy tras devolverle la copia.

-Ja. ¿Te acuerdas cuando se erigía en la «conciencia» del Congreso? -dijo Jack.

-Puede que lo fuese. Lo que dudo es que la tenga -dijo Cathy. -Ah, y no olvides que...

-A cualquiera que me pregunte, soy una cirujana y estoy aquí para conocer a mis colegas rusos y hacer un poco de turismo.

Que era la pura verdad. El carácter oficial del viaje iba a dejarle muy poco tiempo libre a Jack, que no en vano iba en calidad de uno de los principales consejeros del presidente. Y, sin embargo, no sería muy distinto a unas normales vacaciones familiares. Sus gustos, a la hora de elegir lugares de interés para visitar, se complementaban, pero no coincidían del todo, aparte de que Cathy sabía que Jack detestaba ir de compras, en todas las variantes. Era un curioso denominador común de los hombres, acentuado en el caso de su marido.

El aparato describió un giro en la pista antes de detenerse. El presidente y mistress Durling salieron de su compartimento dispuestos a presentarse como la encarnación de su país. Los miembros del séquito permanecieron sentados para cederles el paso, facilitado por la intimidadora presencia de agentes del Servicio Secreto y de miembros del cuerpo de Seguridad de las Fuerzas Aéreas.

-¡Menudo trajín! -musitó Ryan al ver al presidente exhibir una radiante sonrisa que sabía que era algo fingida.

El jefe del ejecutivo tenía que hacer un montón de cosas y dar la sensación, en cada oportunidad, de que aquélla fuese la única cosa importante que tenía que hacer. Debía repartir su actividad en compartimentos estancos, comportarse en cada acto como si no tuviera otros compromisos. Probablemente, igual que tendría que hacer Cathy con sus pacientes. ¿A que era un pensamiento profundo?

Al abrirse la puerta, oyeron música de banda, la versión local de Ruffles and Flourishes.

-Me parece que ya podemos levantarnos.

De acuerdo al protocolo, los miembros del séquito permanecieron en sus asientos. Se quedaron mirando por la ventanilla hasta que el presidente llegó al pie del aparato, le estrechó la mano al nuevo presidente ruso y luego al embajador de los Estados Unidos en la República de Rusia. Entonces bajó el séquito. Los representantes de los medios informativos lo hicieron por la puerta de cola.

En el anterior viaje de Ryan a Moscú todo fue muy distinto. Aunque el aeropuerto fuese el mismo, la hora de llegada, el tiempo y el ambiente no podían ser más diferentes que entonces. Bastaba con fijarse en un solo rostro para constatarlo: el de Serguei Nicolaievich Golovko, presidente del Servicio de Inteligencia Exterior ruso, que estaba detrás de la primera fila de dignatarios. En los viejos tiempos, quizá ni siquiera se hubiese dejado ver. En cambio, ahora, sus azules ojos le dirigían a Jack una risueña mirada, mientras éste y su esposa bajaban del avión e iban a ocupar su lugar a cola de la comitiva.

Los síntomas iniciales asustaban un poco, como no era infrecuente cuando factores políticos interferían en la dinámica económica. Los sindicatos realizaban ejercicios de precalentamiento y, por primera vez en muchos años, los realizaban con inteligencia. Sólo en el sector automovilístico e industria auxiliar, cabía la posibilidad de recuperar centenares de miles de empleos. Las matemáticas no engañaban: tendrían que fabricar, cada año, productos por valor de noventa mil millones de dólares, para sustituir a lo que se importaba de Japón. En sus conversaciones con la patronal, los sindicatos llegaron a la conclusión de que sólo faltaba que el gobierno diese su palabra de que la Ley de Reforma Comercial no iba a ser papel mojado, algo que pronto fuese a dejar en suspenso en nombre de la amistad internacional. Para conseguir seguridades semejantes tenían que trabajarse al Congreso. De manera que los grupos de presión se empleaban ya a fondo, conscientes de que el ciclo electoral estaba a punto de consumirse. El Congreso no podía hacer doble juego. Se cumplía lo prometido y, por una vez, los partidos hacían causa común. Los medios informativos ya se hacían lenguas de lo bien que funcionaba la «Ley Trent».

No se trataba sólo de que hubiese más puestos de trabajo. Debería producirse un enorme aumento de la productividad. Las factorías antiguas, y aquellas que rindiesen por debajo de su capacidad, tendrían que ponerse al día. De modo que ya se cursaban pedidos para renovar maquinaria y herramientas. La súbita reactivación constituyó una sorpresa, a pesar de anunciarla los indicadores económicos, por-que, pese a toda su sapiencia, ni los más perspicaces analistas se percataron de que la «Ley Trent» constituía una revolución.

Sin embargo, el intermitente que emitía sus destellos al pie de los informes estadísticos era inequívoco. Para tomarle el pulso a la economía americana, el Banco Central manejaba una amplia gama de indicadores. Uno de ellos era la demanda de productos tales como el acero y las herramientas industriales. Durante la corta peregrinación de la «Ley Trent», desde el Congreso hasta la Casa Blanca, el tirón alcista de la demanda fue de tal naturaleza que las curvas se salían del papel de los gráficos. Además, los gobernadores de los doce bancos que constituían el Banco Central de la Reserva Federal advirtieron un fuerte aumento de solicitudes de préstamos a corto plazo, básicamente de empresas relacionadas con el sector del automóvil que tenían que financiar sus compras a sus proveedores. El aumento de la demanda era inflacionario y la inflación era una vieja preocupación. Había que frenarla, y pronto. Los gobernadores de los bancos decidieron que, en lugar del cuarto de punto con que elevar en el tipo de interés -dato que ya se había filtrado-, el aumento sería de medio punto y se anunciaría al cierre de la jornada bursátil del día siguiente.

El comandante Ugaki estaba en la sala de control de su submarino. Como de costumbre, encendía un cigarrillo con otro y bebía té a litros, por lo que tenía que darse frecuentes paseítos al lavabo de su camarote. Además, tenía una tos de mil demonios, exacerbada por la

sequedad del ambiente (se practicaba una exagerada deshumectación del aire para proteger los instrumentos electrónicos de a bordo). Sabía que tenían que estar por allí; por lo menos uno, o acaso dos submarinos americanos (su Servicio de Inteligencia le había comunicado que se trataba del Charlotte y del Ashville). No temía a aquellos submarinos sino a su tripulación. La flota de submarinos americanos había reducido drásticamente sus efectivos, aunque, en modo alguno, su potencia. Había confiado en detectar a sus adversarios de las maniobras DATELINE PARTNERS varias horas antes. Quizá, se dijo Ugaki, aún no tuviesen ni idea de dónde se encontraba él, aunque no estaba seguro. A lo largo de las últimas treinta y seis horas, había llegado a la clara conclusión de que aquello ya no era un juego. Dejó de serlo a partir del momento en que recibió el mensaje cifrado: «Suba al monte Niitaka.» Una semana atrás se sentía muy seguro de sí mismo, pero ahora estaba en el mar, y bajo el agua. Resultaba sorprendente el trecho que mediaba entre la teoría y la realidad.

-¿Novedades? -le preguntó a su oficial del sonar, que negó con la cabeza.

Por lo general, en maniobras como aquéllas, el mando norteamericano ordenaba «aumentar» la señal de los submarinos. Esto quería decir que activaban una fuente de sonido que amplificaba los que el submarino producía normalmente bajo el agua. Concebido para estimular la labor de detección de un submarino ruso, era un artilugio en parte arrogante y en parte muy inteligente. Muy rara vez se mostraban, en maniobras con sus aliados e incluso entre sus propias fuerzas, al cien por cien de su verdadera capacidad. Estaban entrenados a operar con handicap, igual que un jockey en el hipódromo. Como consecuencia de ello, cuando operaban sin handicap eran intratables.

¡Pues yo tampoco me quedo atrás!, se decía Ugaki. ¿Acaso no le salieron los dientes acechando submarinos rusos, igual que los americanos? ¿No había estado bien cerca de un Akula ruso? Paciencia. El verdadero samurai era paciente. Que aquélla no era tarea para un barco mercante.

-¿Es como seguir ballenas, verdad? -comentó el comandante Steve Kennedy.

-Más o menos -repuso tranquilamente Jacques Yves Laval, Jr., que estaba al mando del sonar, mientras observaba sus gráficos y se frotaba las orejas, sudadas a causa de los auriculares.

-¿Decepcionado?

-Mi padre sí que tuvo que jugársela de verdad. Desde pequeño no he oído otra cosa que, lo único que podía enseñarme, era a ponerle la proa al enemigo y a acecharlo en sus dominios.

«Frenchy» Laval era toda una leyenda para las dotaciones de la flota de submarinos. Fue un gran técnico de sonar que enseñó a muchos otros grandes técnicos de sonar. Se jubiló con la graduación de capitán técnico y su hijo seguía la tradición.

Lo chusco del caso era que acechar ballenas resultaba ser un buen entrenamiento. Eran animales escurridizos, no sólo porque trataban de evitar ser detectados sino, simplemente, porque eran «muy marineros». A las dotaciones de los submarinos, si no apasionante, les resultaba distraído acercarse para contar e identificar a los miembros de una manada o familia de ballenas. Por lo menos, a los técnicos de sonar, pensaba Kennedy. No cabía decir otro tanto de quienes manejaban el armamento, claro.

Laval seguía atentamente la cascada de datos. Se reacomodó en la silla, cogió un lápiz y le dio unos toquecitos al suboficial que tenía al lado.

-Dos-siete-cero -le dijo quedamente.

-Sí.

-¿Qué ha localizado, «Junior»? -preguntó el comandante Kennedy.

-Sólo un atisbo, señor; en la banda de los sesenta hercios... -dijo el técnico-. Se confirma -añadió, treinta segundos después.

Kennedy estaba de pie, detrás de los dos técnicos de guardia. Se veían ahora en la pantalla del monitor dos líneas punteadas, una en la banda de los 60 hercios de frecuencia y otra en

una frecuencia superior. Los motores eléctricos del submarino japonés de la clase Harushio utilizaban corriente alterna de 60 ciclos. Una irregular serie de puntos, que aparecían de color amarillo en la oscura pantalla, empezó a caer en cascada a lo largo de una columna por debajo de los 60 hercios de frecuencia, como gotas de un grifo mal cerrado que se viesen caer a cámara lenta (de ahí el término «cascada»). «Junior» Laval siguió centrado en aquel sector de la pantalla, para cerciorarse de que no fuese una señal puramente aleatoria. Pero se dijo que no.

-Me parece que deberíamos empezar el seguimiento, señor. Designen «Sierra-Uno» el objeto detectado, posiblemente sumergido, rumbo probable dos-siete-cuatro. La señal es débil.

Kennedy pasó la información al equipo de detección de fuego enemigo, que estaba cinco metros más allá. Otro técnico activó el analizador de haces de rayos, un miniordenador Hewlett-Packard, de gran sensibilidad, programado para examinar la posible trayectoria de las señales acústicas captadas a través del agua. Aunque se conocía su existencia, el software de alta velocidad que llevaba el aparatito era uno de los secretos más celosamente guardados por la Armada, un producto que, como recordaba Kennedy, fabricaba Sonosystems, una empresa de Groton dirigida por uno de los altos oficiales enchufados por «Frenchy» Laval. El ordenador digería los datos en mil millonésimas de segundo y mostraba sus conclusiones en pantalla.

-La trayectoria viene derecha a nosotros, señor. Mi primer cálculo aproximado es que se encuentra a una distancia de entre ocho y doce mil metros.

-Prepárense -le dijo el oficial del equipo de detección a un suboficial.

-Eso no es una ballena -concluyó Laval tres minutos después-. Lo tengo triangulado. Entren «Sierra-Uno» como objeto claramente identificado como un submarino, con sus motores eléctricos en marcha.

«Junior» se dijo que pére Laval labró su reputación a base de seguir submarinos rusos de la clase HEN, tan difíciles de detectar como un terremoto.

-Sigue invariable, rumbo dos-siete-cuatro, incluso me parece detectarle las aletas al pececito.

-Portilla abierta -informó el oficial de torpedos-. Portilla del tubo tres. Blanco: «Sierra-Uno.»

-Viren diez grados a estribor; nuevo rumbo: uno-ocho-cero -ordenó Kennedy para situarse en una posición más favorable, con respecto al blanco, y tener más datos sobre la velocidad y el rumbo del submarino-. Reduzcan a cinco nudos.

Y es que el acecho era siempre lo más divertido.

-Si haces eso, es como si te pusieses tú solo la soga al cuello -dijo Anne Quinlan con su directo talante habitual.

Kealty estaba sentado en su oficina. Lo normal era que el segundo de a bordo de cualquier organización estuviese al mando cuando el número uno estaba ausente. El milagro de las modernas comunicaciones, sin embargo, permitía que Roger Durling adoptase todo tipo de medidas -en plena noche y en la Antártida si convenía -como, por ejemplo, dar desde el avión presidencial, en vuelo a Moscú, un comunicado de prensa para que colgasen a su vicepresidente y lo dejasen secar al sol.

El primer impulso de Kealty fue proclamar ante el mundo entero que tenía la confianza del presidente. Tal declaración habría desprendido el tufillo de que la historia era cierta, y enturbiado las aguas lo suficiente para permitirle maniobrar, que era lo que más necesitaba entonces Kealty.

-Lo que necesitamos saber, Ed -le dijo por enésima vez su secretaria-, es quién puñeta ha empezado esto.

Éste era un punto acerca del que el reportaje no daba la menor indicación. Listos que eran los periodistas. Anne Quinlan no podía preguntarle a Kealty a cuántas empleadas de su oficina se había beneficiado. En primer lugar, porque probablemente no lo recordaba, aparte de que resultaría algo duro identificar a las que no.

-Quienquiera que fuese, tuvo que ser una persona muy cercana a Lisa -comentó otro de sus colaboradores, cuya observación hizo que a todo el personal de la oficina se le encendiese la lucecita.

-Barbara.

«Ajá», pensó la «Adjunta», que era como la Quinlan prefería que la llamasen.

-Tenemos que confirmar eso, y leerle la cartilla.

-Por puro despecho -musitó Kealty.

-Mira, Ed, no quiero oír una palabra más del tema, ¿vale? -le reconvino la adjunta-. ¿Cuándo puñeta te vas a meter en la cabeza de que «no» no significa «quizá después»? Vale. Iré yo a ver a Barbara y, a lo mejor, la convencemos para que se olvide del asunto. Pero óyeme bien: ¡que sea la última vez! ¿Entendido?

18. El huevo de Pascua

-¿No era aquí donde estaba el ropero? -preguntó Ryan.

-Olvidaba lo bien informado que está usted -dijo Golovko sólo por halagar a su huésped, pues era algo archisabido.

Jack sonrió. Aún tenía la misma sensación de antaño, como Alicia en A través del espejo. Ahora había en la pared una puerta normal y corriente, pero hasta los tiempos de Yuri Andrópov, allí había un armario ropero de madera, que databa de los tiempos de Beria y posteriores, en los que la entrada al despacho del director del KGB tenía que camuflarse. No había puerta alguna en el pasillo principal ni se veía tampoco ninguna en la antesala. Pensaba Ryan que aquello tuvo que parecerle absurdo, de puro patético, al propio Lavrenti Beria, cuyo enfermizo temor a ser asesinado -aunque nada ilógico- le hizo concebir aquella obtusa medida de seguridad. No le evitó morir a manos de quienes lo odiaban más que lo temían. Claro que también tenía miga que el consejero de Seguridad Nacional del presidente de los Estados Unidos entrase en el despacho del director de los Servicios de Inteligencia rusos. Las cenizas de Beria debían de chisporrotear en la cloaca en la que las echaron, pensaba Ryan, que ladeó la cabeza y miró a su anfitrión. Al pensar en el sólido roble de la silenciosa oficina, casi deseó que aún se llamase KGB, sólo por seguir la tradición.

-¡Cómo ha cambiado el mundo en sólo diez años!, ¿verdad, Serguei Nicolaievich?

-Diez años escasos, amigo mío -dijo Golovko, que le indicó a Jack que se sentase en un cómodo sillón de piel, tan viejo como aquel edificio que, en otra reencarnación, fue sede de la compañía de seguros Rossiya-. Y lo que nos queda -añadió Golovko.

Directo al grano, pensó Jack. Serguei nunca se había mostrado muy medroso sobre el tema. Peor era recordarlo amenazándolo con una pistola. Aunque aquello pertenecía a lo que daban en llamar el «fin» de la Historia.

-Hago lo que puedo, Serguei. Les hemos conseguido cinco mil millones por lo de los misiles. Que, por cierto, ha sido un timo.

Ryan miró el reloj. La ceremonia tendría lugar por la tarde. Un Minuteman-III y un SS-19 eran los únicos misiles que quedaban... sin contar con los SS-19 que había en Japón, adaptados como cohetes lanzadores de satélites.

-Es que tenemos muchos problemas, Jack.

-Menos que hace un año -dijo Ryan, que se preguntaba por dónde iría la próxima petición-. Sé que asesora usted al presidente Grushavoy en algo más que asuntos de los Servicios de Inteligencia. Así que, vamos, Serguei, que les van mejor las cosas. Y usted lo sabe.

-Nunca creímos que la democracia fuese tan difícil.

-Ah, amigo, también es difícil para nosotros. La redescubrimos todos los días.

-Lo frustrante es que somos conscientes de que tenemos lo necesario para hacer del nuestro un país próspero. El problema está en conseguir que funcione. Y, sí, es verdad, asesoro a mi presidente sobre muchas cosas...

-Lo que me sorprendería, Serguei, es que no fuese usted uno de los hombres mejor informados del país.

-Humm, sí. Realizamos prospecciones geológicas en el este de Siberia; y hay de todo, muchísimos recursos. Tenemos que contratar a los japoneses para que lo hagan, pero lo que encuentran...

-¿Recela usted de algo, Serguei? ¿De qué?

-Creemos que no nos informan de todo. En los años treinta se realizaron allí prospecciones. Los informes estaban en los archivos del Ministerio del Interior. Un yacimiento de gadolinio en un lugar insospechado. Por entonces, era un metal con escasas aplicaciones; y se dejó correr, hasta que miembros de mi equipo estudiaron los antiguos informes. El gadolinio tiene ahora muchas aplicaciones. Los japoneses tienen un equipo acampado a pocos kilómetros del yacimiento. Sabemos que existe. Entre otras cosas, porque el equipo de los años treinta trajo muestras. Y, sin embargo, los japoneses no lo incluyen en su último informe.

-¿Y? -dijo Jack.

-Que me extraña que nos hayan mentido en esto -comentó Golovko, que prefirió no añadir más, de momento, pues no era cuestión de precipitarse en un asunto como aquél.

-¿Cómo los compensan ustedes por su trabajo?

-El acuerdo consiste en que ellos nos ayudarán en la explotación de muchos de los yacimientos que nos descubran. Las condiciones son generosas.

-¿Y por qué habrían de mentirles?

-No lo sé -repuso Golovko-. Podría ser importante averiguarlo. Es usted un estudioso de la Historia, ¿no?

Era de señalar que ambos se respetaban. Ryan pudo haber escrito un ensayo sobre las preocupaciones de Golovko, presentándolas como uno de tantos ejemplos de la paranoia rusa (a veces llegaba a pensar que el concepto de paranoia era un invento ruso). Pero no hubiese sido justo. Rusia luchó contra los japoneses en la guerra de 1904-1905, y perdió, después de brindarle a la Armada japonesa una memorable victoria en la batalla del estrecho de Tsushina. Aquella guerra tuvo mucha influencia en la posterior caída de los Románov, y en elevar a Japón al rango de gran potencia, lo que condujo a su participación en dos guerras mundiales. También infligió una sangrante herida al subconsciente colectivo ruso, que Stalin tuvo muy en cuenta al decidir recuperar los perdidos territorios. Los japoneses participaron también en las tentativas por derribar a los bolcheviques al término de la primera guerra mundial. Llevaron un considerable ejército hasta Siberia y no les hizo mucha gracia tener que retirarlo. Y lo mismo ocurrió en 1938, y en 1939, con más serias consecuencias esta vez, primero a manos del mariscal Bliukher y luego nada menos que a manos de alguien llamado Zukov. De manera que había mucha historia entre Rusia y Japón.

-¿A estas alturas, Serguei? -exclamó Ryan torciendo el gesto.

-Mire, Jack, pese a lo inteligente que es usted, es americano y tiene mucha menos experiencia en invasiones. ¿Cree que nos echamos a temblar? En absoluto. ¿Que es un asunto que merece un detenido examen? Por supuesto que sí, Iván Emmetóvich.

Estaba claro que quería plantearle algo y, con todo el tiempo que se tomaba, debía de ser algo gordo, pensaba Ryan. De modo que ya iba siendo hora de averiguar de qué iba.

-Bueno, Serguei Nicolaievich, comprendo su preocupación, aunque poco puedo yo...

-CARDO.

Golovko lo atajó con aquella sola palabra.

-Si, la antigua red de Lyalin. ¿Qué ocurre?

-La acaban de reactivar ustedes.

El director de los Servicios de Seguridad rusos vio que Ryan se permitía la humorada de pestañear sorprendido. Ryan era un hombre serio e inteligente, pero como activista del espionaje hubiese sido una calamidad. No sabía disimular muy bien. Quizá, pensaba Serguei, debería leer un libro sobre Irlanda para comprender al hombre que tenía sentado en el viejo sillón de piel. Golovko nunca había llegado a ver con claridad ni las cualidades ni los puntos flacos de Ryan.

-¿Qué le hace pensar eso? -preguntó el americano con todo el candor de que fue capaz, consciente de que había vuelto a morder el anzuelo que le lanzó el viejo zorro.

No le hacía la menor gracia ver sonreír a Golovko. Quizá la liberalización del país había contribuido a desarrollar su sentido del humor, se decía Jack. Porque, en otros tiempos, Golovko se hubiese limitado a mirarlo impasible.

-Somos profesionales, ¿no, Jack? Me consta. Cómo lo sé es cosa mía.

-No sé qué cartas tendrá usted, Serguei Nicolaievich. Antes de seguir adelante, tendríamos que aclarar si va a ser juego limpio o no.

-Como sabe, la verdadera organización del contraespionaje japonés es lo que llaman División de Investigación de Seguridad Pública, dependiente de su Ministerio de Justicia.

Aquella «declaración de principios» estaba todo lo clara que podía estar y, probablemente, era de fiar. También dejaba claro que iba a ser juego limpio. Golovko le acababa de revelar un secreto propio, aunque no fuera sorprendente.

No había más remedio que admirar a los rusos. Su habilidad en el espionaje era reconocida por los servicios de inteligencia. No, se corrigió Ryan. No es que fuese reconocida por los servicios de inteligencia, es que estaban en ellos. ¿Qué mejor medio, para dirigir una red de agentes en un país extranjero, que montar primero una en los servicios de contraespionaje del país en cuestión? Aún coleaba la sospecha de que controlaron el MI-5 (el Servicio de Inteligencia británico) durante varios años, y su profunda infiltración, en el propio departamento de seguridad interna de la CIA, era un embarazoso asunto para los Estados Unidos.

-Usted mueve -dijo Ryan. Le dejaremos las blancas, pensó.

-Tienen ustedes a dos activistas de la CIA que actúan bajo la tapadera de periodistas rusos. Reactivan la red. Son muy buenos, y muy cuidadosos, aunque... uno de sus contactos trabaja para nosotros. Le puede ocurrir a cualquiera -le explicó Golovko con frialdad y sin hacer el menor alarde.

Jack se percató de su actitud. Golovko era demasiado profesional para hacer ostentación. Sus palabras dejaban claro que jugaba limpio. No obstante, el mensaje tenía otra lectura: sólo con mover un dedo, Serguei estaba en condiciones de desenmascarar a Clark y a Chávez y de provocar otro incidente internacional entre dos países que tenían ya bastantes problemas que solventar. Por eso no alardeaba Golovko. No debía hacerlo.

-De acuerdo, amigo -admitió Ryan-. Me rindo. Dígame qué quiere.

-Querríamos saber por qué nos miente Japón, y cualquier otra cosa que, en opinión de mistress Foley, pueda ser de interés para nosotros. A cambio, estamos en condiciones de protegerles la red -dijo, sin añadir de momento.

-¿Qué saben? -preguntó Ryan mientras sopesaba la proposición.

Golovko proponía que Rusia cubriese una operación de los servicios de inteligencia norteamericanos. Era algo sin precedentes. Estaban dispuestos a pagar un precio altísimo por la información que solicitaban. ¿Por qué tan alto precio?, pensó Jack.

-Lo justo para echarlos del país, no más -dijo Golovko, que abrió un cajón y le tendió una hoja de papel-. Esto es todo lo que Foleyeva necesita saber.

-Mi país no desea el menor conflicto entre Rusia y Japón -dijo Ryan tras leer el papel y guardárselo en el bolsillo.

-¿De acuerdo, entonces?

-Sí, Serguei. Recomendaré la aprobación de su propuesta.

-Es siempre un placer tratar con usted, Iván Emmetóvich.

-¿Y por qué no activaron la red ustedes mismos? -dijo Ryan, contrariado al pensar que se le había visto el plumero.

-Lyalin retuvo la información. Muy inteligente por su parte. No nos dio tiempo a... ¿persuadirlo? "Si", a persuadirlo de que nos la entregase... antes de que se lo entregásemos a ustedes.

Menuda palabrita, pensó Jack. Persuadir. Claro, Golovko se formó en el antiguo régimen. Habría sido una ingenuidad suponer que se había desprendido completamente de su influencia, se dijo Jack con una esbozada sonrisa.

-¿Sabe?, fueron ustedes grandes enemigos.

Y con esta simple y ambigua alusión de Golovko, pensó Jack con la más inexpresiva de las miradas, quizá comenzase algo distinto. ¡Madre mía! ¿Hasta dónde iba a llegar la locura del mundo?

Eran seis horas más en Tokio, y ocho horas menos en Nueva York. Las catorce horas de diferencia, y el calendario internacional, propiciaban la confusión. Era sábado 14 en algunos lugares y viernes en otros.

A las tres de la madrugada, Chuck Searls salió de su casa por última vez. El día anterior alquiló un coche (pues, al igual que muchos neoyorquinos, nunca se molestó en comprarse uno) para dirigirse al aeropuerto de La Guardia. La terminal «Delta» estaba sorprendentemente atestada para el primer vuelo del día a Atlanta. Reservó billete en una de las muchas agencias de viajes de la ciudad, pagó en metálico y dio el nombre que, en adelante, utilizaría de vez en cuando, que no era el mismo que figuraba en el pasaporte que se hizo meses atrás. Sentado en el sector A-2 de la cabina, en un asiento de primera clase tan amplio que le permitía ladear el cuerpo y recostar la cabeza, durmió durante casi todo el vuelo a Atlanta, desde donde transbordaron su equipaje a un aparato que se dirigía a Miami. No llevaba gran cosa. Sólo dos trajes de verano, varias camisas y lo más imprescindible, aparte de un ordenador portátil. En Miami conectaría con otro vuelo y, con otro nombre, volaría al sureste, al Paraíso.

George Winston, ex director del Grupo Columbus, no era un hombre feliz pese al lujoso entorno de Aspen en el que vivía. La culpa la tenía una rodilla hecha polvo. Aunque ahora tuviese tiempo para dedicarse a su recién descubierta afición al esquí, era demasiado inexperto, y acaso también demasiado viejo, para lanzarse por las pistas «negras». Le dolía como una hijaputa. Se levantó a las tres de la madrugada y fue cojeando al cuarto de baño, a tomarse otra dosis del analgésico que le recetó el médico. Una vez allí, cayó en la cuenta de que, entre lo desvelado que estaba y el intermitente dolor, difícilmente volvería a dormirse. Eran poco más de las cinco en Nueva York, pensó, más o menos la hora a la que solía levantarse, siempre madrugador, para ganarles por la mano a los remolones, echarle un vistazo al ordenador, al Wall Street Journal y a otras fuentes de información, al objeto de estar plenamente preparado para sus primeras operaciones en el mercado.

Lo echaba de menos, reconocía Winston. Era peliagudo decírselo en la cara al que asomaba en el espejo. A ver si ahora resultaba que, pese a que era verdad que trabajaba demasiado, que apenas hacía vida familiar y que el trabajo llegó a convertirse para él casi en una drogadicción, había sido un error dejarlo.

Bueno, no; no exactamente, se dijo al volver renqueante a su guarida, procurando hacer el menor ruido posible. Lo que ocurría es que no se podía vaciar un recipiente y tratar de llenarlo con la nada, ¿verdad que no? No podía estar embarcado permanentemente en el Cristobol, con los niños en edad escolar. A decir verdad, sólo una cosa pudo hacer ininterrumpidamente en su vida, y por poco le cuesta la vida.

Y sin embargo...

¡Puñeta ya! Que allí no había modo de que ni siquiera el Wall Street Journal llegase a una hora decente. ¿A eso le llamaban civilización? Menos mal que teléfono sí tenían. Así que, por pura nostalgia, conectó el ordenador. Winston estaba suscrito a un servicio de videotex. Le llegaban casi todos los boletines financieros y de información general habidos y por haber. Seleccionó el que prefería. Venía bien hacerlo de madrugada. Su mujer le volvería a chillar si lo veía enredar con la misma parafernalia de antes. En definitiva, eso significaba que no estaba, ni mucho menos, tan al corriente de lo que ocurría en Wall Street como le hubiese gustado, aunque fuese como espectador. Pero, bueno, tenía unas horas para él y, al fin y al cabo, no era como subirse a un helicóptero que lo llevase a lo alto de aquella «negrísima» pista. Porque el médico le había prohibido, terminantemente, esquiar por lo menos durante una semana, y ordenado que, en adelante, se limitase a las pistas más facilitas. Tampoco era tan grave. Pretextaría querer enseñar a los niños a esquiar y... ¡me cago en la leche!

Se había precipitado al retirarse. No podía saberlo, claro está. Pero el caso era que, en las últimas semanas, el mercado se había puesto a punto de caramelo para que una persona de su talento le sacase partido. De haber comprado siderúrgicas al precio que estaban hacía tres semanas, se hubiese forrado... y entonces habría comprado Silicon Alchemy. Ya lo creo. Menuda movida hubiese hecho en un visto y no visto. Habían inventado un nuevo miniordenador portátil y, ahora, con los productos japoneses lastrados, la empresa subía como la espuma. ¿Quién fue el que propugnó la copa amistosa? Fue Jack Ryan. Con el olfato que tenía para los negocios, ahora perdía el tiempo trabajando para el gobierno. ¡Qué manera de malgastar el talento!, se decía Winston, crispado por el dolor de la rodilla. Trataba de no pensar que también él perdía el tiempo, allí en plena madrugada, en una estación de esquí de la que no podría disfrutar hasta, por lo menos, dentro de una semana.

Al examinar la tendencia de la cotización de algunos valores que consideraba buenos puntos de referencia, aunque débiles, se dijo que no había motivo para tanto nerviosismo en Wall Street. Ahí estaba uno de los quids de la cuestión: detectar las tendencias y los puntos de referencia más significativos antes que los demás. ¿Uno? El único. Era sorprendentemente difícil enseñar cómo lo hacía. Lo mismo debía de ocurrir en todos los campos, pensaba Winston. Algunas personas lo hacían con la mayor facilidad, y él era una de ellas. Otras, trataban de hacer lo mismo mediante engaños; intentaban obtener información privilegiada, o crear tendencias artificiales que luego pudiesen explotar. Pero eso era... engañar, ¿o qué? ¿Qué gracia tenía hacer dinero así? Ganarles a los demás limpiamente y con sus propias armas, ése era el verdadero arte. Lo que de verdad lo llenaba de satisfacción era que, al final de la jornada, se le acercasen los demás y le dijesen: «¡Pero qué cabronazo eres!» Y es que, ay, el tono del comentario era lo que marcaba la diferencia.

No había ninguna razón para que el mercado estuviese tan inestable, pensaba. La gente no se había parado a reflexionar. Eso era todo.

Los Hornets despegaron después de la primera oleada de Tomcats. Sánchez acercó su caza a la proa, por la franja de estribor. Notó que la barra de remolque, que formaba parte del tren de la rueda del morro, encajaba en la ranura de la lanzadera. Su caza, muy cargado, tembló al dar potencia a los motores, mientras la tripulación de cubierta hacía una última revisión visual del aparato. Satisfecho de la revisión, el oficial de despegue le hizo la señal de «listo» a Sánchez, que saludó con la mano y recostó la cabeza en el respaldo de su asiento eyectable. Un instante después, la poderosa catapulta de vapor lo proyectó fuera de la proa y el aparato se elevó. El Hornet tendía a situarse en posición horizontal unos instantes. Impresionaba un poco, pese a la rutina. Y en seguida enfilaba cielo arriba. Sánchez entró el tren de aterrizaje y se dirigió hacia el punto de encuentro, con los depósitos a tope y las alas cargadas con misiles azules (de maniobras).

Querían ganarlos por la mano, y casi lo conseguían, aunque «casi» no servía realmente para nada en aquel juego. Las fotografías de los satélites mostraban la presencia de tres

formaciones navales de superficie, que se acercaban al grupo de combate del portaaviones. Sánchez conduciría el ataque del ala «Alpha Strike» contra la formación más nutrida, la que constaba de ocho unidades que, sin embargo, no eran más que latas de sardinas. Dos escuadrillas de Tomcats se las verían con los P-3S. Por primera vez irían al acecho con sus radares de rastreo, en lugar de ir guiados por los radares de los aparatos de reconocimiento a través de la radio. Sería como una certera estocada... No: más bien como un garrotazo. Los intermitentes barridos del radar de un Hawkeye E-2C evidenciaban que los japoneses no habían desplegado sus cazas a Marcus, que era lo más inteligente que podían hacer, aunque le resultase difícil. En cualquier caso, no podían echarles encima un número de aparatos preocupante para dos alas aéreas de los portaaviones al completo. Marcus no era una isla lo bastante grande, como Saipan o Guam. Aquéllos serían los últimos barruntos del capitán Bud Sánchez durante un buen rato. En cuanto dio la orden, a través de un circuito de radio de baja potencia, la formación se dispersó de acuerdo a un plan meticulosamente preparado.

-Hai -dijo Sato a través del megáfono del puente del Mutsu.

-Acabamos de detectar transmisiones por radio de baja potencia. Dos señales, rumbo uno-cinco-siete y uno-nueve-cinco, respectivamente.

-Ya era hora -le dijo Sato a su segundo.

Empezaba a pensar que no atacarían nunca, se dijo. En una verdadera guerra hubiese hecho una cosa. En aquella situación concreta, harta otra. No iba a dejar, ni en broma, que los americanos supiesen hasta qué punto llegaba la sensibilidad de sus instrumentos de escucha electrónica.

-Sigan como hasta ahora -ordenó Sato.

-Muy bien. Aún están en el aire nuestros dos radares volantes. Parecen seguir un rastro, sin desviarse.

-Gracias -dijo Sato, que colgó y se alcanzó el té.

Tenía a sus mejores técnicos concentrados en la escucha. Reunían la información grabada por todos los sensores para su estudio posterior. Esto era lo más importante en aquella fase del ejercicio: averiguar lo que pudiesen acerca de cómo conducía la Armada de los Estados Unidos sus ataques a fondo.

-¿Alertamos a las guarniciones? -preguntó quedamente el capitán del Mutsu.

-No es necesario -contestó el almirante, que miraba pensativo al horizonte como suponía que debía hacerlo un marino de guerra.

A bordo del Snoopy One (un Prowler EA-6B), la tripulación de vuelo controlaba todas las frecuencias de radar y de radio. Detectaron e identificaron seis radares de rastreo del tipo comercial, que no se encontraban en la zona en la que se sabía que estaba la formación japonesa. La verdad es que no presentaban mucha batalla, pensaron todos. Por lo general, las maniobras eran más divertidas.

El capitán del puerto de Tanapag vio, desde su oficina, que un transporte cargado con automóviles doblaba la punta meridional de la isla de Managaha. Sorprendente. Rebuscó entre los papeles que tenía en la mesa, a ver dónde estaba el télex que le anunciase la llegada del barco. Pues sí. Allí estaba. Debía de haber llegado por la noche. El Orchid Ace, procedente de Yokohama. Con cargamento de Toyotas todoterreno, desviado para vendérselos a los agricultores de la región. Probablemente, se trataba de un barco que, en principio, debía de ir rumbo a los Estados Unidos. De manera que, por si no había ya bastantes coches que atestaban las carreteras locales, ahora llegaban más. Refunfuñó por lo bajo y cogió los

LIbrodot

prismáticos para ver con más detalle el barco. Sorprendente. Otro bulto en el horizonte, grandote y desgarbado. ¿Otro cargamento de automóviles? ¡Qué raro!

Snoopy One mantuvo la posición y la altitud, justo más allá del límite del horizonte visible para la formación «enemiga», a unos 160 km de distancia. Los guerreros de la electrónica, que iban en los asientos de cola, tenían sus ágiles dedos a punto para activar el enjambre de «parásitos» que podían soltar desde a bordo, pero los japoneses no tenían ninguno de sus radares en el aire y no había nada que interferir. La piloto echó un vistazo hacia el sureste y vio unos destellos, reflejos amarillentos de los fuselajes de la escuadrilla «Alpha Strike», que viraba y descendía en dirección al propio grupo de combate, para eludir el barrido del radar lo más posible, antes de volver a ascender y soltar sus primeras «salvas» de misiles de maniobras.

-Tango, tango, tango -le dijo el comandante Steve Kennedy a la «alcachofa».

Era la consigna para el lanzamiento del torpedo teórico. Hacía nueve horas que tenía localizado al Harushio japonés. Aprovechó aquel tiempo para familiarizarse con el «enemigo», para que su tripulación tuviese que hacer algo más peliagudo que tomarle el pulso a una ballena preñada. Aburrido de aquel juego, se dijo que ya era hora de darles un telefonazo a los del «Sierra-Uno», de meterles el miedo en el cuerpo, después de darles tiempo sobrado para contra-detectarlos. No quería que luego dijesen que no le había dado una oportunidad al otro pececito. No es que en aquello se tratase de darle oportunidades a nadie, pero, bueno, Japón y los Estados Unidos eran amigos, a pesar de la retahíla de noticias que daba la radio desde hacía dos semanas.

-Se lo ha tomado con calma -dijo el comandante Ugaki.

Hacía casi cuarenta minutos que tenían detectado al 688 americano. De manera que los americanos serían buenos, pero no tanto. Les había costado tanto detectar al Kurushio que lanzarían su ataque a las primeras de cambio y, se decía Ugaki, que iba a dejar que fuesen ellos quienes disparasen primero. Ya verían luego. El capitán miró al oficial que estaba al mando del equipo de control de fuego enemigo, y hacia las cuatro portillas rojas.

Cogió su propia «alcachofa» y en tono de desenfadada sorpresa dijo:

-¿De dónde han salido?

Los tripulantes que lo oyeron (todos los de a bordo hablaban bien inglés) se sorprendieron al oír al capitán. Ugaki reparó en sus miradas. Luego se lo explicaría.

-Ni siquiera han replicado preparando sus torpedos. Ése no ha debido de pasar por el cuartel general -dijo Kennedy, que volvió a conectar el teléfono-. De acuerdo a las instrucciones para las maniobras, ahora nos alejaremos y conectaremos nuestro amplificador.

Tras dar la orden, el Ashville viró a la derecha y aumentó la velocidad a veinte nudos. El submarino se alejaría hasta unos veinte mil metros, para repetir el ejercicio y darle al «enemigo» la oportunidad de que le fuese útil.

-Aquí sonar.

-Adelante, sonar.

-Nuevo contacto. Desígnenlo «Sierra-Five», rumbo dos-ocho-cero, unidad de superficie de doble turbina diesel, tipo desconocido. Rotación hélice indica unos dieciocho nudos de velocidad -dijo el oficial que estaba al mando del sonar, «Junior» Laval.

-¿Y no puede precisar el tipo?

-Se oye poco. La señal es débil, capitán. Nada que ver con el estruendo de un mercante.

-Muy bien. Lo seguiremos. Téngame informado.

-A la orden.

Resultaba demasiado fácil, pensó Sánchez. El grupo de combate del Enterprise probablemente encontraría más dificultades por el norte, al tener que vérselas con las

unidades de la clase Kongo. No apretaban. Se limitaba a mantenerse en la zona de avanzadilla de sus cuatro aparatos, a una altitud de cien metros sobre la tranquila superficie del mar, a menos de 650 km/h. Cada uno de los cuatro cazas de la escuadrilla «Slugger Flight» llevaba cuatro misiles Harpoon de maniobras, al igual que los de Mauler que iban por detrás. Miró a ver qué instrucciones aparecían en la pantalla de su monitor. Los datos se le facilitaban a su ordenador sólo una hora antes de darle la posición probable de la formación. Su módulo de navegación lo había situado ya en el sector programado. Había llegado el momento de comprobar la precisión de sus escuchas.

-Mauler, ¡vaya si funciona! ¡Allá voy! -dijo Sánchez, que tiró de la palanca con suavidad-. ¡Posición de ataque!

Allí estaban, bien visibles en la pantalla del monitor. Sánchez eligió la unidad que abría la formación y activó los cabezales buscadores de los inofensivos misiles de sus alas. Luego abrió las portillas de los cuatro misiles de su aparato (el «Uno» para las intercomunicaciones de la escuadrilla).

-Aquí «Uno» de la escuadrilla «Slugger Flight». ¡Lance el dos! ¡Lance el tres! ¡Lance el cuatro! Lanzados los míos.

-Dos, lanza cuatro.

-Tres, lanza cuatro.

-Cuatro, lanza tres. Falla uno.

No debía fallar ninguno, se dijo Sánchez. Luego tendría que hablar con el oficial de mantenimiento de su ala.

En un ataque con fuego real, la escuadrilla hubiese dado media vuelta después de disparar sus misiles, al objeto de no exponerse. Para lo que en las maniobras interesaba, descendieron hasta poco más de sesenta metros y enfilaron hacia los blancos para simular la trayectoria de sus propios misiles. Los instrumentos de a bordo captarían las señales de radar, y otros datos sobre las unidades japonesas, para evaluar la eficacia de los sistemas de detección nipones que, de momento, no eran ninguna maravilla.

Debido a la perentoria necesidad de incorporar a las aviadoras a las escuadrillas de combate real, se llegó al compromiso inicial de que las destinadas en portaaviones se integrasen en escuadrillas de guerra electrónica. La primera comandante de escuadrilla de la Armada fue Roberta Peach, integrada en la «Rooks» a bordo de un Prowler VAQ-137. Como la oficial de más alta graduación destinada a un portaaviones, se consideraba afortunadísima porque otra aviadora de la Armada utilizase «Peaches» como nombre de guerra, lo que le permitía a ella utilizar «Robber», e insistía en que se la llamase así en todos los ejercicios de vuelo.

-Capto señales, Robber -le dijo el oficial de transmisiones que iba a cola del Prowler-. Se disponen a un lanzamiento masivo.

-Respondamos al fuego -le ordenó ella con sequedad.

-¡Lo que nos envían! Cabezal de un Harm en rastreo de SPG-

Cincuenta y uno. Listo.

-¡Lanzo! -dijo Robber que, como comandante de la escuadrilla, era quien tenía la prerrogativa de apretar el botón.

Aunque el radar SPG-15 iluminador de misiles estuviese activado, el misil antirradar Harm daba en el blanco casi con toda seguridad.

Sánchez veía ya los barcos, grises siluetas en el horizonte. A través de los auriculares, oía un molesto chirrido que le indicaba que lo iluminaban con los dos radares: el de rastreo y el de control de fuego, lo que no resultaba muy agradable ni siquiera en maniobras. Sobre todo si, como en este caso, el «enemigo» disponía de misiles tierra-aire SM-2 Standard, de

fabricación americana, cuya eficacia conocía bien. Parecía un destructor. Dos radares detectores de misiles SPG-51C. Llevaba una sola portilla lanzadora porque sólo podía guiar dos misiles a la vez. El caza del capitán Sánchez abultaba como dos misiles. El Hornet era, por lo tanto, un blanco más grande que un misil Harpoon. No podía descender tanto ni volar a la misma velocidad que el misil. Sin embargo, como llevaba a bordo instrumentos electrónicos para producir interferencias, se equilibraban un poco las cosas.

Bud viró a la izquierda con suavidad. Aunque iba contra las normas de seguridad sobrevolar un destructor, en aquellas circunstancias, a los pocos segundos pasaba a menos de cien metros de la proa. Por lo menos, uno de sus misiles hubiese dado en el blanco, se dijo, y aquello no era sino una lata de sardinas de cinco mil toneladas. Un solo Harpoon bastaba para amargarle el día al barquito. Se lo dejaba muy crudo al contraataque de la artillería antiaérea convencional.

-Aquí comandante escuadrilla «Slugger». Formen detrás de mí.

-Dos...

-Tres...

-Cuatro...

Los pilotos de los otros tres aparatos obedecieron la orden. Un día más en la vida de un piloto de la Armada, se dijo el comandante de la escuadrilla. Ahora no quedaba sino aterrizar, ir al Centro de Control Informático y pasar las siguientes veinticuatro horas atento al curso de las maniobras. Aunque, ya no eran divertidas. Después de haberles dado más de un capuzón a aviones de combate de verdad, lo demás no tenía gracia. Con todo, por el solo hecho de volar merecía la pena.

El rugido de una escuadrilla que sobrevolaba solía desatar su entusiasmo. Sato vio ascender al último de los grises cazas americanos. Lo siguió con los prismáticos para ver qué dirección tomaba. Luego, se levantó y bajó al Centro de Control Informático.

-¿Y bien? -preguntó.

-El rumbo de regreso es el que supusimos -contestó su segundo. El oficial dio unas palmaditas en la fotografía del satélite. Se veía a los dos portaaviones americanos y sus grupos de combate. Seguían rumbo oeste, a favor de viento, para llevar a cabo sus operaciones de vuelo. La foto se obtuvo sólo dos horas antes. El simulador del radar indicaba que la escuadrilla americana se dirigía al sector previsto.

-Excelente. Mis respetos al capitán. Pongan rumbo uno-cinco-cinco. Velocidad máxima.

En menos de un minuto, los motores del Mutsu alcanzaron el máximo de su potencia. La nave empezó a surcar, a toda máquina, el suave oleaje del Pacífico para ir al encuentro del grupo de combate americano. La sincronización era importante.

En el parquet de la Bolsa de Nueva York, el secretario de un joven agente de Bolsa cometió un error al transcribir los datos de la cotización de Merck, exactamente a las 11.43.02, hora de Nueva York. La cotización pasó a los ordenadores y apareció en los paneles a 23 1/8, muy lejos de la cotización de aquellos momentos. Treinta segundos después, el secretario volvió a teclear el dato y salieron las mismas cifras. Entonces se ganó la bronca. Dijo que aquel maldito teclado estaba pegajoso. Lo desconectó y lo cambió por otro. Sucedía a menudo. En aquel caótico lugar, muchos derramaban café en las teclas. Se introdujo la corrección inmediatamente y el mundo volvió a la normalidad. En el transcurso de aquel mismo minuto, sucedió lo mismo con la cotización de General Motors, y la chica que cometió el error, puso la misma excusa. No había que preocuparse. El personal que trabajaba en su mostrador no tenía apenas contacto con el de Merck. Ni tampoco tenía la menor idea de por qué había hecho lo que había hecho. Lo único que sabían es que les pagaron cincuenta mil dólares para que cometiesen un error que no iba a afectar en absoluto a la Bolsa. De no

haberlo hecho ellos (aunque eso fuera mucho suponer), les habrían pagado lo mismo a otros dos para que lo hiciesen diez minutos después.

En los discos duros de los ordenadores Stratus de la Depository Trust Company -o, más exactamente, en los programas instalados en ellos-, los erróneos datos quedaron grabados y el huevo de Pascua empezó a abrirse.

En el salón «San Vladimiro», del gran palacio del Kremlin, estaban todas las luces encendidas y las cámaras de televisión dispuestas. Era el salón en el que, tradicionalmente, se celebraba la ceremonia de la firma de un tratado. Jack estuvo allí en otros tiempos, y en circunstancias muy distintas. Cada uno en salas diferentes. El presidente de los Estados Unidos y el presidente de la República de Rusia eran convenientemente maquillados, algo que, con toda seguridad, debía de ser más molesto para el ruso, pensaba Ryan. Presentar una buena imagen en televisión no era exigencia tradicional para las figuras políticas rusas. Casi todos los invitados estaban sentados, aunque los miembros más importantes, de ambos séquitos, pudiesen estar más relajados. Prácticamente, ya estaban ultimados todos los detalles. Las copas de cristal aguardaban en las bandejas y ya le habían quitado de encima las servilletas a los tapones de las botellas de champaña, listas para descorchar en cuanto diesen la orden.

-Ahora que caigo... Nunca se dignó usted enviarme unas cuantas botellas de champaña georgiano -le dijo Jack a Serguei.

-Bueno, pues eso puede remediarse hoy. Le haré un buen precio.

-Claro que, antes, hubiese tenido que rechazarlas para no infringir las normas éticas.

-No, si ya sabía yo que cualquier funcionario norteamericano es potencialmente venal -dijo Golovko, que miró en derredor para comprobar que todo se hacía como era debido.

-Tenía que haber sido usted abogado -dijo Jack, que al ver que un agente del Servicio Secreto asomaba por la puerta, se dirigió a su sitio-. Menudo palacio, ¿verdad, cariño? -le comentó a su esposa.

-Los zares sabían vivir -se limitó ella a musitar, al ver que ya los enfocaban las cámaras de la televisión.

En los Estados Unidos, todas las cadenas interrumpieron la programación. El horario era un poco incómodo, debido a las once horas de diferencia entre Moscú y la Costa Oeste de los Estados Unidos. Además, tenían que contar con que en Rusia regían, por lo menos, diez horarios distintos, de acuerdo a otras tantas zonas. Ya de por sí el país era bastante grande y Siberia estaba muy cerca del círculo polar ártico.

Todo el mundo quería presenciar el acontecimiento.

Al aparecer ambos presidentes, trescientas personas prorrumpieron en aplausos. Roger Durling y Eduard Grushavoy se encontraron junto a una mesa de caoba. Se estrecharon la mano con una cordialidad que sólo dos antiguos enemigos podían mostrar. Durling, el ex paracaidista, veterano de Vietnam. Grushavoy, también ex combatiente, un ingeniero que formó en los primeros contingentes que entraron en Afganistán. Educados en su juventud para odiarse, ponían ahora punto final a toda enemistad. Aquel día, dejarían a un lado los problemas internos que abrumaban a lo largo de la semana. Aquel día cambiarían el mundo de un plumazo.

En su calidad de anfitrión, Grushavoy invitó al presidente Durling a tomar asiento y luego se acercó al micrófono.

-Señor presidente -dijo a través de un intérprete que, en realidad, no necesitaba-, me complace darle la bienvenida en su primera visita a Moscú...

Ryan no prestó atención al discurso. Sabía de memoria lo que iba a decir. Sus ojos estaban fijos en una caja de plástico de color negro. Estaba encima de la mesa, equidistante de los sillones de ambos jefes de Estado. Tenía dos botones rojos y un cable que llegaba hasta el suelo. Adosados a la pared más cercana, había dos monitores de televisión y, en el fondo del

salón, instalaron dos pantallas gigantes para que todos pudiesen ver dos similares emplazamientos: los silos de sus últimos misiles.

-Menudo viajecito para hacerlo en tren -dijo un teniente del Ejército, a poco más de treinta kilómetros de Minot, Dakota del Norte.

Acababa de conectar el último cable.

-Vale. Cables conectados. Circuitos dispuestos -añadió.

Bastaba accionar un interruptor para provocar la explosión, y tenía la mano encima. Lo había revisado todo personalmente. Una compañía de la policía militar patrullaba por la zona, porque los Amigos de la Tierra amenazaban con llevar su protesta al extremo de situar a algunos de sus miembros junto al lugar en el que se encontraban los explosivos. Por más ganas que le entrasen a uno de hacer saltar por los aires a aquellos «plomos», el teniente no iba a tener más remedio que desactivar el circuito si cumplían su amenaza. ¿Por qué coño podía protestar nadie por algo así?, se preguntaba. Ya había perdido una hora tratando de explicárselo a su homólogo soviético.

-Como la estepa es esto -dijo el teniente soviético, que temblaba a causa del gélido viento.

Tenían un pequeño televisor para seguir la ceremonia.

-Es una lástima que no tengamos a los políticos por aquí para calentar el ambiente... con un poco de calefacción -dijo el americano, que retiró la mano del interruptor harto de esperar. ¿Podían darse más prisa, no?

El oficial ruso, que conocía el argot, se echó a reír a carcajadas y metió la mano por dentro de su anorak para palpar la sorpresa que le reservaba al americano.

-Señor presidente, la acogida que se nos ha dispensado en esta gran ciudad es prueba inequívoca de que los sentimientos de amistad es lo que debe prevalecer, puede prevalecer y prevalecerá entre nuestros dos pueblos... tan intensos como lo fueron otros sentimientos en el pasado, sólo que mucho más constructivos. Hoy ponemos fin a la guerra -concluyó Durling.

Tras los cálidos aplausos con que fueron acogidas sus palabras, el presidente Durling volvió a estrecharle la mano a Grushavoy. Ambos dignatarios se sentaron. Curiosamente, debían aguardar órdenes de un realizador de televisión que llevaba auriculares y hablaba atropelladamente.

-Ahora... -se oyó decir a dos hombres en dos idiomas- si los presentes tienen la bondad de mirar hacia las cámaras...

-Cuando yo era teniente de exploradores -musitó el presidente ruso-, me encantaba volar cosas.

Durling le sonrió y echó un poco el cuerpo hacia adelante para acercársele más, pues había cosas que no debían salir por los micrófonos.

-¿Sabe lo que quería ser yo de pequeño? No sé si existe este oficio aquí...

-¿Cuál, Roger?

-Sabe, esos que van en las grúas, con una bola de hierro que cuelga, para la demolición de edificios. Pues eso quería ser yo. Tiene que ser una gozada...

-Sobre todo, si puedes meter primero dentro del edificio a toda la oposición parlamentaria.

Acuerdo total.

-Tiempo.

Ambos apoyaron los pulgares en sus respectivos botones. -¿A la de tres, Ed? -preguntó Durling.

-Si, Roger, recibido.

-Uno -dijo Durling.

-Dos -dijo Grushavoy.

-¡Tres! -exclamaron ambos, a la vez que oprimían los botones.

Así activaron un sencillo circuito eléctrico que conectaba con un transmisor vía satélite. La señal tardó menos de treinta y cinco centésimas de segundo en llegar al satélite y volver; luego, idéntico tiempo para que la orden recorriese la misma distancia. Por un interminable instante, todos creyeron que algo había fallado. Pero no.

-¡Menuda! -exclamó el teniente al estallar los cinco kilos de dinamita.

Incluso a casi un kilómetro de distancia el estruendo fue ensordecedor. Luego siguió una gigantesca llamarada, al inflamarse el combustible sólido del motor del cohete. Aquella parte de la ceremonia era complicadilla. Tenía que asegurarse de que el cohete se quemase sólo por la parte superior... De lo contrario, podía darle por salir volando del silo, y eso no tocaba. En realidad, la operación era innecesariamente complicada y peligrosa. El frío viento empujaría la nube de humo tóxico hacia el este y, en cuanto la humareda adquiriese cierta consistencia, no haría sino oler mal, que era lo que, en definitiva, cabía decir de la situación política que propició la existencia de aquellos ingenios ahora inmolados, ¿o no? Aunque a todos fuese a quedarles un cierto gusanillo de temor. Los mayores fuegos artificiales del mundo duraron cosa de tres minutos, hasta que no quedó más que humo. Luego, un sargento activó el sistema extintor que, ante un sorprendido teniente, funcionó.

-¿Sabe? Lo echamos a suertes y me tocó a mí hacer esto -dijo el teniente a la vez que se levantaba.

-Pues, a mí, simplemente me mandaron venir. Pero me alegro. ¿No habrá ya peligro?

-No, creo que no. Vamos, Valentin. Que tenemos otra cosa que hacer, ¿no?

Subieron ambos a un HMMWV, el actual jeep del Ejército por antonomasia. El teniente arrancó y enfiló a contraviento hacia el silo. Ahora sólo era un agujero en el suelo, del que manaba vapor. Los siguió un equipo de la CNN que no cortó la imagen, para mostrar el paisaje de la desigual superficie de la pradera por la que traqueteaba el vehículo de su unidad móvil. Se detuvieron a unos doscientos metros del silo, algo contrariados, al ver que los dos oficiales se apeaban del suyo con mascarillas antigás, ante la posibilidad de que lo que quedaba de la humareda fuese todavía irrespirable. Pero no. Sólo olía mal. El oficial americano les hizo señas a los del equipo de televisión y esperó a que se preparasen. Tardaron dos minutos.

-¡Listos! -dijo el realizador.

-¿Convenimos en que el silo y el misil han sido destruidos?

-Convenimos -contestó el ruso, que saludó y sacó dos vasitos de cristal que llevaba en el bolsillo del pantalón-. ¿Querría sostenérmelos un momento, camarada teniente?

Entonces sacó la botella de champaña georgiano. La descorchó con una radiante sonrisa y llenó los vasitos.

-Ahora les enseñaré una costumbre rusa. Primero beba dijo, ante el regocijo de los cámaras.

-Me parece que la conozco -afirmó el americano después de beber-. ¿Y ahora?

-Los vasos no deben utilizarse en ocasión menos importante. Así que haga lo que yo.

El ruso se dio la vuelta, tomó impulso y lanzó el vaso al vacío agujero. El americano se echó a reír e hizo lo mismo.

-¡Allá va!

Ambos vasos desaparecieron en el silo del último Minuteman americano. Aunque el vapor los ocultase, los oyeron hacerse añicos contra el cemento de las paredes.

-Por suerte, tengo otros dos vasos -dijo Valentín a la vez que los sacaba.

-¡Será cabronazo! -exclamó Ryan por lo bajo.

Resultó que el americano que supervisaba la operación en el silo ruso tuvo una idea similar y ahora explicaba lo que quería decir ¡agarrar una curda! Lamentablemente, las latas de cerveza no se hacían añicos.

-Pues no le echan teatro ni nada -pensó su esposa.

-No es precisamente Shakespeare, pero más vale tarde que nunca, cariño -replicó Jack entre un clamoreo de aplausos y de proyectiles de corcho.

-¿Y lo de los cinco mil millones va en serio?

-Pues sí.

-Bueno, Iván Emmetóvich, supongo que ahora ya podemos ser verdaderos amigos, ¿no? -dijo Golovko, que se les acercó con dos copas-. Al fin conocemos a Caroline -añadió dirigiéndose gentilmente a Cathy.

-Serguei y yo nos conocemos hace mucho -le aclaró Jack a la vez que brindaba con su anfitrión.

-Desde que le encañoné la cabeza con una pistola -comentó el ruso.

«No sé si es una referencia histórica o si brinda para festejar el recuerdo», se dijo Jack.

-¿Qué? -exclamó Cathy, que casi se atragantó.

-¿No se lo ha contado?

-¡Por Dios, Serguei!

-¿Qué se traman los dos?

-Pues verá, doctora Ryan: érase una vez, allá por los tiempos en que su esposo y yo teníamos.., desavenencias profesionales... Y, bueno, que acabé encañonándolo. Lo que nunca le he dicho, Jack, es que la pistola estaba descargada.

-Tampoco yo iba a ir a ninguna parte, ¿no cree?

-¿Se puede saber de qué hablan? ¿Bromean? -insistió Cathy.

-Pues más o menos, cariño. ¿Qué tal está Andrei Ihch?

-Bien. Si quiere verlo podríamos arreglarlo.

-Pues sí. Me gustaría -dijo Jack.

-Perdóneme, ¿quién es usted, exactamente?

-Mira, cariño -dijo Jack-. Es Serguei Nicolaievich Golovko, director de los Servicios de Inteligencia rusos.

-¿Del KGB? ¿Y os conocéis?

-Del KGB no, señora. Que ahora somos mucho más pequeños. Su esposo y yo fuimos... competidores hace ya muchos años. -Y, bueno, ¿quién ganó?

Ambos pensaron lo mismo, pero Golovko fue el primero en decirlo.

-Los dos, naturalmente. Permítame ahora que le presente a mi esposa Yelena. Es pediatra.

Jack se percató entonces de que la CIA nunca se molestó en averiguar aquel dato. Se dio la vuelta a mirar a los dos presidentes. Pese a lo que lo abrumaba verse rodeado de tanto periodista, estaba satisfecho. Aunque era la primera vez que asistía a un acontecimiento como aquél, estaba seguro de que no siempre reinaba tanta campechanía. Quizá fuese un deseo de librarse de la tensión acumulada, al percatarse de que la «guerra fría» había terminado de verdad. Vio que sacaban más champaña. Era bastante bueno y le apetecía hacerle cumplidamente los honores. La CNN se cansaría de la fiesta bastante antes que los invitados. Todas aquellas personas de uniforme, los políticos, los espías, los diplomáticos... Pues claro que sí: quizá terminasen siendo amigos.

19. La segunda, en los dientes

Aunque, en conjunto, la secuencia de los acontecimientos hubiese sido fortuita, el plan para explotar la oportunidad era refinadísimo, producto de años de estudio, de análisis de modelos y de experimentos de simulación. En realidad, la operación comenzó cuando seis importantes bancos comerciales de Hong Kong empezaron a vender bonos del Tesoro USA. Los compraron unas semanas antes, como parte de un complejo intercambio por posiciones en acciones en yens, realizado como una clásica cuña para protegerse de las fluctuaciones monetarias. Los propios bancos estaban abocados a una conmoción (el cambio de propietarios de las propias entidades, en la medida en que se desprendían de buena parte de su cartera). Y

ambos factores hicieron que sus masivas compras apareciesen como una medida del todo normal para conseguir la máxima liquidez y flexibilidad. Al liquidar los bonos, no hacían sino reaccionar, aunque de manera desproporcionada, al cambio de paridad entre el dólar y el yen. La medida les reportaría un 17 % de beneficio que invertirían en yens que, de acuerdo a los expertos en divisas del mundo, habían tocado fondo y no tardarían en rebotar. Con todo, doscientos noventa mil millones de dólares, en bonos del Tesoro USA, inundaron el mercado en poco tiempo, con la consiguiente depreciación. Los bancos europeos no tardaron en engullirlos. Los banqueros de Hong Kong empezaron a apretar botoncitos en sus ordenadores y la transacción quedó cerrada. Luego, les faltó tiempo para cablegrafiar la noticia a Pekín, haciendo de tripas corazón para comunicar que se habían atenido a las órdenes, y demostrar así su acatamiento a quienes pronto serían sus amos políticos. Tanto mejor, pensaban todos, que se hubiesen beneficiado de la operación en alguna medida.

En Japón tomaron nota de la transacción. Debido a las catorce horas de diferencia, con respecto al horario de Nueva York, que era el centro bursátil más madrugador, no tenía nada de particular que los agentes de la Bolsa de Tokio trabajasen hasta horas que asociamos con los vigilantes nocturnos, aparte de que la transmisión de datos financieros nunca se interrumpía. A más de uno hubiese sorprendido saber que el personal que ocupaba las secciones de valores de distintas entidades lo formaban expertos del más alto nivel, y que en la planta superior de uno de los más importantes edificios de oficinas, habilitaron la semana anterior una sala especial. Sus ocupantes la llamaban «sala de guerra». Disponía de líneas telefónicas que la comunicaban con los más importantes centros financieros del mundo, y de ordenadores a través de cuyas pantallas seguían los acontecimientos al segundo.

Otros bancos asiáticos llevaron a cabo la misma operación que los de Hong Kong, y los expertos de la «sala de guerra» permanecieron atentos a sus ordenadores. Poco después del mediodía del viernes, hora de Nueva York, que correspondía a las 2.03.00 de la madrugada del sábado en Tokio, vieron que trescientos millones de dólares, en bonos del Tesoro USA, se sumaban a los que ya inundaban el mercado, y a un precio aún más atractivo que los puestos a la venta en Hong Kong. También estos bonos fueron rápidamente engullidos por la banca europea, para la que la jornada y la semana bursátil tocaban a su fin.

No dio la impresión de que ocurriese nada insólito ni aparatoso, hasta que los bancos japoneses se lanzaron a actuar, bien cubiertos por las actividades de los demás. Los bancos de Tokio empezaron también a vender sus bonos del Tesoro USA, una medida que parecía claramente orientada a fortalecer el yen. Sin embargo, todas estas operaciones provocaron que los excedentes de la circulación fiduciaria en dólares, representados por los bonos, se agotasen en pocos minutos. Cabía pensar que la masiva venta fuese una coincidencia, pero los expertos en divisas -por lo menos aquellos que en aquellos momentos no almorzaban en Nueva York- fueron alertados de que, por más improbable que pudiera parecer, toda operación ulterior con los referidos bonos sería desestabilizadora, entre otras cosas, para la proverbial fortaleza del dólar.

La cena oficial fue un reflejo de la tradicional hospitalidad rusa, acentuada por el hecho de que se celebraba el fin del terror nuclear sufrido por dos generaciones. El patriarca de la Iglesia ortodoxa rusa entonó una larga y dignificada invocación. Encarcelado por razones políticas en dos ocasiones, su congratulación fue hondamente sentida. A más de uno se le saltaron las lágrimas, pronto enjugadas ante el comienzo del banquete. Sirvieron sopa, caviar, pollo y una excelente ternera, además de grandes cantidades de alcohol que, sólo por esta vez, se sintieron en libertad para ingerir. El verdadero objetivo del viaje ya se había cumplido. No quedaban secretos que ocultar. Como al día siguiente era sábado, podrían levantarse tarde.

-¿Tú también, Cathy? -le dijo Jack. Pues aunque su esposa no solía beber mucho, aquella noche se desquitaba.

-Este champaña es delicioso.

Era su primera cena oficial en el extranjero, además de que también tuvo un buen día con sus colegas rusos, especialistas en cirugía oftálmica. Había invitado al Instituto Wilmer a dos de los mejores, catedráticos ambos, para darles a conocer su subespecialidad. Cathy estaba muy bien situada para conseguir el Premio Lasker por su trabajo sobre cirugía con láser, resultado de once años de investigación clínica. Ésta era la razón de que, por dos veces, rechazase la invitación para dirigir un departamento en la Universidad de Virginia. Su extenso trabajo lo publicaría en breve NEJM y, también para ella, aquella noche y aquel viaje representaban la culminación de muchas cosas.

-Ya verás mañana qué resaca -le advirtió su esposo.

Jack encajaba bien el alcohol, y aunque su límite para una noche era bastante holgado, ya lo había excedido. Allí todos proponían un brindis, como pudo comprobar en otros banquetes rusos. Era algo cultural. Los rusos tumbaban al irlandés más pintado, algo que le costó varios escarmientos aprender. Pero los miembros del séquito americano no se sabían la lección o, simplemente, decidieron pasar de todo aquella noche.

El consejero de Seguridad Nacional meneó la cabeza. Mañana tendría una resaca terrible. El plat de résistance no había hecho más que llegar, y acababan de servir el tinto.

-Ay, madre, que voy a reventar el vestido.

-A mayor gloria de la comisión de festejos -comentó su esposo, que se ganó que ella lo fulminase con la mirada.

-Demasiado delgadita -dijo Golovko, que se sentaba a su lado.

Por lo visto, Serguei Nicolaievich compartía con sus compatriotas uno de sus muchos prejuicios.

-¿Y qué edad tienen sus hijos? -preguntó Yelena Golovko que, para el gusto ruso, también estaba delgada.

Aparte de ser especialista en pediatría, la esposa de Golovko era una agradable compañera de mesa.

-Esto de enseñar fotos es una costumbre americana -repuso Jack, que sacó la cartera y se las mostró-. Esta es Olivia, a la que llamo Sally. Éste es el pequeño Jack, y ésta la benjamina.

-Su hijo se le parece, pero las niñas son la viva imagen de su madre.

-Lo que no está nada mal -dijo Jack sonriente.

Las grandes sociedades financieras no son más que eso, aunque para la mayoría de los accionistas su modo de operar sea un misterio. Wall Street era una colección de nombres inapropiados, empezando por el de la propia calle, poco más ancha que cualquier callejón urbano de los Estados Unidos; ni siquiera las aceras tenían una anchura decente para lo transitadas que eran.

Cuando llegaban órdenes de compra a las grandes sociedades de inversiones, como, por ejemplo, a Merrill Lynch, que era la más importante, los agentes no se lanzaban, ni física ni electrónicamente, a la caza de quienes quisieran vender los valores de que se tratase. En lugar de ello, todos los días la sociedad compraba estudiadas cantidades de valores, con potencial demanda, y aguardaba a que los clientes los solicitasen. Comprar paquetes importantes permitía obtener un pequeño descuento. Las ventas, en cambio, solían realizarlas a un precio algo superior al cotizado en principio. De este modo, las sociedades de inversión ganaban dinero con lo que la correduría de Bolsa llamaba «posiciones medias» y que, casi sistemáticamente, se traducían en 1/8 de entero. En la Bolsa de Nueva York, un entero equivalía a un dólar, por lo que 1/8 de entero equivalía a 12,5 centavos. Aparentemente, era un pequeño margen de beneficio para una acción cuyo valor nominal podía ser de centenares de dólares, en el caso de las acciones de las empresas más fuertes. Pero era un margen que se repetía a diario en muchas emisiones, por lo que, a la larga, se traducía en unos enormes beneficios potenciales, si las cosas iban bien. Aunque, claro, no siempre iban bien, y las sociedades de inversiones podían perder mucho dinero si la cotización de sus posiciones caía

más rápidamente de lo previsto por ellos. Circulaban muchas consejas que advertían de tal riesgo. En el mercado de Hong Kong, con mucho volumen y muy activo, se decía que la Bolsa «subía por la escalera y bajaba por el ascensor». Sin embargo, la consigna que grababan a fuego en la mente de los más jóvenes expertos en «dientes de sierra», de la enorme e informatizada oficina principal de Merrill Lynch del Lower West Side, era: «Nunca des por supuesto que tienes comprador para lo que quieres vender.» Y sin embargo, nadie hacía ni caso de la inculcada conseja. Porque siempre tenían comprador en Merrill Lynch, por lo menos, hasta allá donde llegaba la memoria colectiva de la empresa, que era bastante lejos.

Pese a que estas sociedades se nutrían de accionistas particulares, no era con ellos con quienes, básicamente, se operaba. Desde los años 60, las sociedades de inversiones se habían apoderado, paulatina-mente, del control del mercado. Llamadas «instituciones», se agrupaban bajo esa denominación junto a bancos, compañías de seguros y sociedades de fondos de pensiones. El hecho de que hubiese más «instituciones» de esta índole que emisiones de acciones en la Bolsa de Nueva York, era como si hubiese más cazadores que piezas que cobrar. De ahí que las instituciones controlasen masas de dinero casi inconcebibles. Eran tan poderosas que, en gran medida, su política podía afectar seriamente a las emisiones de las empresas, individual-mente consideradas, y, en definitiva, a todo el mercado. En muchos casos, las propias «instituciones» las controlaba un reducido número de personas y, con frecuencia, una sola.

La tercera y mayor oleada de ventas de bonos del Tesoro USA constituyó una sorpresa para todo el mundo y, muy en especial, para el Banco Central de la Reserva Federal, con sede en Washington. Los gobernadores ya habían tomado nota de la iniciativa de Hong Kong y de Tokio, en el primer caso con curiosidad y, en el segundo, con cierta alarma. El mercado de eurodólares puso las cosas en su sitio, pero la mayoría de los bancos del mercado europeo estaban cerrados en aquellos momentos. La tercera oleada la provocaron bancos también asiáticos, entidades que no basaban sus indicadores en los Estados Unidos sino en Japón. Sus expertos tomaron también buena nota de las ventas masivas y empezaron a llamar por teléfono a toda la región. Estas llamadas terminaron por confluir en la oficina de la planta superior de un rascacielos, en la que expertos en banca del más alto nivel dijeron que, si se habían levantado de la cama a tales horas, era porque la segunda oleada de ventas creaba en su opinión una situación grave, y que recomendaban una serena, ordenada pero rápida acción para desprenderse de posiciones en dólares.

Los bonos del Tesoro USA eran los instrumentos de la deuda pública de Estados Unidos y, también, el principal muro de contención para el valor de la divisa americana. Considerados durante cincuenta años como la inversión más segura del planeta, los bonos del Tesoro USA daban a los norteamericanos, y a todo el mundo, la posibilidad de invertir en algo que representaba a la primera potencia económica. Esta economía estaba, a su vez, protegida por el mayor poderío militar, y regulada por un sistema político que consagraba derechos y oportunidades, a través de una Constitución admirada incluso por aquellos que no acababan de comprenderla del todo. Al margen de las carencias y de los defectos de los Estados Unidos -que no eran ningún misterio para los avispados inversores internacionales-, desde 1945, Estados Unidos era el único lugar del mundo en el que el dinero estaba relativamente seguro. Los Estados Unidos tenían una inherente vitalidad que lo impulsaba todo con fuerza. Por imperfectos que fuesen, los norteamericanos eran la gente más optimista del mundo; un país todavía joven en comparación a los del resto del mundo, con las características de la vigorosa juventud.

Como consecuencia de ello, cuando se poseían bienes que proteger, y no se tenía muy claro cómo hacerlo, las más de las veces se terminaba por comprar bonos del Tesoro USA. La rentabilidad no era siempre muy atractiva, pero la seguridad sí.

Aquel día, en cambio, no. La banca internacional vio que Hong Kong y Tokio soltaban lastre a fondo y con rapidez, y la excusa que ponían, a través de los canales de comunicación (que se limitaban a cambiar sus posiciones en dólares por posiciones en yens), no lo explicaba

todo, especialmente después de preguntar por teléfono de qué iba la movida. Porque es que, además, ahora llegaba la noticia de que los bancos japoneses se desprendían de sus bonos USA serena, ordenada y... rapidísimamente. Y bien, la banca de Asia empezó a hacer lo mismo.

La tercera oleada de ventas se traduciría en casi seiscientos mil millones de dólares -entre bonos y pagarés-, o sea, casi toda la deuda pública a corto plazo con la que la administración Durling proponía financiar su déficit presupuestario.

El dólar, que ya caía, cayó aún más al producirse tres oleadas de ventas en menos de noventa minutos. En Europa, los agentes de Bolsa que iban ya de camino a sus hogares empezaron a oír sus teléfonos móviles que les ordenaban regresar al trabajo. Ocurría algo inesperado. Los expertos se preguntaban si aquello podría tener algo que ver con el escándalo de abusos sexuales en el seno del gobierno norteamericano. Porque los europeos estaban obsesionados con las veleidades sexuales de los políticos norteamericanos. Era algo estúpido, puritano e irracional, pero muy real en la escena política norteamericana. Tanto es así, que lo convertía en un indicador relevante a la hora de decidir cómo movían sus carteras de valores. La cotización de los bonos del Tesoro USA, a tres meses, había bajado ya 19/32 de entero (en la deuda pública se utilizaban estas fracciones) y, como consecuencia de ello, el dólar también bajó cuatro centavos en relación a la libra esterlina, más frente al marco alemán y más aún en relación al yen.

-¿Qué coño pasa? -exclamó uno de los miembros de la Junta de Gobernadores del Banco Central.

La junta en pleno, que los expertos llamaban «Comité Regulador del Mercado Libre», se hacinaba frente a la pantalla de un ordenador. Observaban la evolución de los acontecimientos con una colectiva sensación de incredulidad. Ninguno de ellos veía razón alguna para aquel caos. De acuerdo en que el vicepresidente estaba en la cuerda floja, pero era... el vicepresidente. El mercado de acciones se movía en «dientes de sierra» desde hacía una temporada, a causa de una cierta confusión sobre los efectos de la Ley de Reforma Comercial. Pero ¿a qué maligna sinergia se debía esto? Sin necesidad de debatirlo, sabían que el problema radicaba en que, probablemente, no iban a averiguar qué ocurría. A veces, no había explicación. A veces, las cosas ocurrían, y punto, como cuando se produce una estampida en el rebaño que los pastores nunca aciertan a explicarse. Al bajar el dólar el uno por ciento de su valor, se reunieron en la sala de juntas. Llegaron rápidamente a una conclusión: ataque al dólar. Tenían que pararlo. En lugar de aumentar medio punto el tipo de descuento, tal como decidieron anunciar al término de la jornada bursátil, lo aumentarían un punto. Una cualificada minoría propuso que se aumentase más, pero llegaron a un compromiso. El anuncio se haría de inmediato. El jefe de relaciones públicas del Banco Central redactó un comunicado, para que lo leyese el director ante tantas cámaras de televisión como se dignasen acudir, aparte de que lo cursarían ipso facto a las agencias de noticias.

Al regresar los brokers a sus oficinas después de almorzar, el apacible viernes se había transfigurado. En las oficinas funcionaban paneles informativos. Daban comprimidas noticias nacionales e internacionales porque afectaban siempre, en mayor o menor medida, al mercado. La noticia de que el Banco Central USA disparaba el indicador de su tipo de descuento, al subirlo un punto, dejó sin habla al personal de las sociedades de inversiones hasta arrancar exclamaciones de ¡hostia puta! para arriba. Los expertos en modelos matemáticos aplicados a las finanzas, que trabajaban con los ordenadores, advirtieron que el mercado reaccionaba. La elevación del tipo de interés anunciaba una indefectible caída del índice Dow Jones con tanta certeza como las nubes anuncian la lluvia. Y no sería una tormenta agradable.

Las grandes sociedades de inversiones (Merrill Lynch, Lehman Brothers, Prudential-Bache y todas las demás) estaban altamente automatizadas, organizadas de manera muy similar. En casi todas, había una espaciosa sala atestada de periféricos de ordenadores. El tamaño de la sala venía, invariablemente, dictado por la configuración del edificio. Los expertos, pagados a precio de oro, se hacinaban casi como en las oficinas japonesas, con la única ventaja de que

en las norteamericanas no estaba permitido fumar. La mayoría procuraba ir lo más cómodo posible, ellos sin chaqueta y ellas con zapatos de lona.

Eran muy inteligentes, aunque sus expedientes académicos hubiesen sorprendido a más de uno. En cuanto se hacían con los papelitos de las facultades de empresariales de Harvard o de Wharton, la nueva hornada de expertos en «dientes de sierra» se convertían en sólo eso: grandes detentadores de títulos académicos, sobre todo en matemáticas y física. Ciencias exactas era la especialidad de preferencia, aparte de otras muchas. Esto se debía a que las sociedades de inversiones utilizaban ordenadores que manejaban complejos modelos matemáticos para analizar y predecir el comportamiento del mercado. Los modelos se basaban en una ardua investigación histórica sobre el comportamiento de la Bolsa de Nueva York, que se remontaba a cuando el parquet estaba a la sombra de un plátano de Virginia. Equipos de matemáticos e historiadores de la economía elaboraron una completa prospectiva del comportamiento del mercado. Sus datos fueron analizados y comparados con todos los indicadores, externos al modelo, habidos y por haber, a la vez que determinaban sus propios márgenes de fiabilidad. El resultado era una serie de modelos -de inhumana complejidad- sobre el comportamiento pasado, presente y futuro del mercado. Sin embargo, esos datos gravitaban sobre la idea de que los dados tenían memoria, un concepto muy caro a los propietarios de casinos, pero falso.

Había que ser un genio de las matemáticas, decían todos (especialmente los genios en matemáticas), para comprender cómo funcionaba la cosa. Los de la vieja escuela procuraban quitarse de en medio. Quienes aprendieron empresariales estudiando empresariales, e incluso aquellos que tras empezar como simples oficinistas se abrieron camino a base de esfuerzo y buenas entendederas, tuvieron que cederle el paso a la nueva generación... sin lamentarlo realmente mucho. La vida laboral media de un «disc-jockey» de ordenador era de ocho años. El frenético ritmo de aquellas oficinas era realmente asesino y había que ser muy joven e imbécil, además de ser joven también e inteligente, para sobrevivir al chip...azo. Los de la vieja escuela dejaban que los jovencitos se las entendieran con los ordenadores, ya que ellos sólo los conocían de vista, por así decirlo. Se reservaban para supervisar, señalar tendencias, formular la política de la sociedad y, en general, ser como tíos bonachones para aquellos jovencitos, que los consideraban viejos gilipollas a quienes se recurre cuando hay problemas.

El resultado era que nadie se encargaba de nada -salvo de los modelos por ordenador, y todos utilizaban el mismo-. Los modelos se presentaban en envoltorios ligeramente distintos. Los consultores que los producían, recibían el encargo de presentarse con algo especial, a mayor gloria de la cuenta corriente de los consultores. Todos hacían prácticamente lo mismo, aunque facturaban a cada cliente de acuerdo a lo que presentaban como un programa único en el mercado.

Como consecuencia de ello, existía lo que en términos militares podríamos llamar un único manual del arte de la guerra, idéntico para toda la industria. Además, todos se atenían a la consigna de asegurar no entender más que un poco.

El Grupo Columbus, una de las más imponentes flotas de sociedades de inversiones, tenía sus propios modelos matemáticos para sus ordenadores. La Niña, la Pinta y la Santa María, que eran sus tres principales sociedades, controlaban miles de millones de dólares. Podían comprar grandes paquetes de acciones procedentes de pequeños accionistas (en cuanto a éstos les entraba el canguelo al verlas bajo mínimos). Estas operaciones, por sí solas, afectaban a las emisiones de acciones de las empresas. Tan enorme poder sobre el mercado se concentraba en no más de tres personas. Este trío, a su vez, obedecía órdenes de un cuarto hombre, que era quien tomaba las decisiones importantes. Los demás expertos en «dientes de sierra» de la empresa cobraban, se situaban en el organigrama y ascendían en función de su capacidad para asesorar a sus jefes. No tenían, per se, verdadero poder. La palabra del jefe era ley, y todo el mundo lo aceptaba como algo natural. El jefe era, invariablemente, alguien con fortuna personal, pero dentro del grupo. Sus dólares valían lo mismo que los dólares del más modesto de sus miles de inversionistas. Corría los mismos riesgos, obtenía el mismo

porcentaje de beneficios y, a veces, su dólar se adelgazaba como el de los demás. Esto era lo único que de verdad le daba seguridad al sistema financiero. El mayor pecado que podía cometer un broker era anteponer sus intereses a los de los demás. El solo hecho de alinear los propios intereses con los del resto, garantizaba que todos estaban en el mismo barco. Los inocentones que no tenían ni zorra idea de cómo funcionaba el mercado, se sentían seguros al pensar que otros más espabilados velaban por ellos. No era muy distinto en el Oeste de la segunda mitad del siglo XIX, cuando los pequeños ganaderos confiaban sus minúsculos rebaños a los más grandes para que se los llevasen a pastar.

Eran las 13.50.00 cuando Columbus tomó su primera medida. Tras reunir a su cúpula de ejecutivos, el principal lugarteniente de Raizo Yamata comentó con ellos, brevemente, el súbito acoso al dólar. Todos asintieron con la cabeza. La cosa era grave. La Pinta, la nave que más cargaba con «posiciones medias», tenía un considerable cargamento de bonos del Tesoro USA, que constituían siempre un buen aparcamiento para la liquidez, en espera de mejores oportunidades. Y esos valores caían. Anunció el lugarteniente que había que ordenar la inmediata conversión en marcos alemanes que, de nuevo, era la divisa más fuerte de Europa. El director de la Pinta asintió, cogió el teléfono, dio la orden y ya tenían otra enorme trasacción: la primera que realizaba una sociedad de inversiones norteamericana.

-No me gusta cómo pintan las cosas esta tarde -dijo luego el vicepresidente-. Que todo el mundo se mantenga en contacto.

Y de nuevo asintieron con la cabeza. Las nubes de tormenta se adensaban y el rebaño empezaba a inquietarse ante los primeros relámpagos.

-¿Qué banco tiene unas acciones más vulnerables, con un dólar débil? -preguntó el vicepresidente, que aunque ya conocía la respuesta creyó de buena educación preguntar.

-El Citibank -contestó el director de la Niña, que era la que dirigía las carteras de los valores más cotizados-. Tenemos una tonelada de acciones del Citibank.

-Pues quíteselas de encima -dijo el vicepresidente, muy ducho ya en la jerga occidental-. Veo a los bancos muy expuestos, y no me gusta.

-¿Todas? -preguntó el director, sorprendido, porque el Citibank llevaba un trimestre bastante bueno.

-Todas.

-Pero...

-He dicho todas -recalcó el vicepresidente-. Y de inmediato.

Al personal de la Depository Trust Company, cuyo cometido era estar atento a todas las transacciones, no le pasó inadvertida la febril actividad financiera. Su labor consistía en encajar todas las piezas al término de la jornada bursátil; anotar quién compró qué y a qué comercial, hacer los correspondientes «asientos» en las cuentas que procediese y, en definitiva, funcionar como el robotizado contable del mercado de acciones.

Las pantallas de sus monitores mostraban que la actividad iba increscendo, pero los ordenadores tenían instalados el programa «Electra-Clerk 2.4.0.», y los discos duros de los Stratus se bastaban para absorberla. Cada ordenador alimentaba tres periféricos: la pantalla del monitor, los disquetes y la impresora, de la que salían los datos más definitivos y también más engorrosos de archivar. La naturaleza de las interfases requería que cada output procediese de los distintos buses del ordenador, pero los outputs eran iguales y, como consecuencia de ello, nadie se preocupaba por los archivos permanentes. Al fin y al cabo, había seis ordenadores distribuidos en dos emplazamientos distintos. Era el sistema más seguro que cupiese imaginar.

Podían haber hecho las cosas de otro modo. Podían cursar de inmediato cada orden de venta o compra, pero era un engorro (las operaciones administrativas, por sí solas, hubiesen desbordado la capacidad de las instalaciones). En lugar de ello, la Depository Trust Company se dedicaba a ordenar el caos. Al final de cada jornada, las transacciones se clasificaban por sociedades de inversiones, clase de acciones y clientes de un modo jerárquico, de manera que cada empresa sólo tuviese que extender un limitado número de cheques (las transferencias de

fondos se hacían casi todas electrónicamente, aun-que para el caso diese igual). De este modo, las empresas ahorraban en gastos administrativos. Además, generaban numerosos medios que permitían, a cada uno de los jugadores que participaba en el juego, seguir el rastro y medir su propia actividad, tanto a efectos de auditoría interna como para la elaboración de modelos matemáticos sobre el conjunto del mercado. Aunque pareciese una operación de incomprensible complejidad, los ordenadores hacían de ello algo rutinario, y mucho más eficaz que anotar operaciones en una cartilla de ahorros.

-¡Atención chicos! ¡Están vendiendo acciones del Citibank por un tubo! -dijo el controlador de sistemas.

El parquet de la Bolsa de Nueva York estaba dividido en tres salas, la mayor de las cuales fue, en otro tiempo, un garaje. Por entonces estaba en fase de construcción una cuarta sala de contratación. Los agoreros del lugar señalaban que siempre que ampliaban la Bolsa ocurría algo malo. A pesar de que allí se concentraban los tipos más racionalistas y estirados del mundo, aquella comunidad de profesionales tenía sus institucionalizadas supersticiones. El parquet lo llenaban, de hecho, una serie de agentes (verdaderas empresas) que se responsabilizaban de un limitado número de emisiones agrupadas por sectores. Así, por ejemplo, un agente podía llevar entre ocho y quince emisiones del sector farmacéutico. Otro, se encargaba de un número similar de acciones de la banca. La verdadera función de la Bolsa de Nueva York era proporcionar liquidez e indicadores económicos. La gente podía comprar y vender acciones desde cualquier parte, desde el bufete de un abogado o desde el comedor de un club deportivo. Casi toda la actividad bursátil americana se concentraba en Nueva York porque... se concentraba en Nueva York, y punto. La Bolsa de Nueva York era la más antigua. Existían otras: la American Stock Ex-change (la Amex) y la NASDAQ (la de más reciente fundación, y de siglas de obligado uso salvo para masoquistas que prefiriesen el nombre completo: National Association of Securities Dealers Automatic Quotation).

La Bolsa de Nueva York era la que contaba con una organización más tradicional. Se diría que sólo se dejó llevar al mundo de la automatización a rastras y pataleando. Los profesionales que allí trabajaban, algo altaneros y plomos, que miraban por encima del hombro a los demás, se pasaban la mayor parte del día de pie tras sus mostradores, atentos a los distintos paneles mientras compraban y vendían. A semejanza de las sociedades de inversiones, se ganaban la vida a base de «posiciones medias» o «diversificadas» cuya demanda aventuraban. Si acciones e inversionistas constituían el «rebaño», ellos eran los cow-boys. Su labor consistía en seguir la evolución de los acontecimientos y dar precios de referencia por los que todos se orientaban. Así mantenían el rebaño organizado y controlado, a cambio de lo cual los mejores podían llevar una buena vida. Esta era la compensación por el esfuerzo físico que suponía trabajar en un ambiente que, en el mejor de los casos, era caótico y desagradable y que, en el peor, se parecía mucho a tratar de resistir a pie firme la estampida de una manada.

Y ya se oía retumbar el suelo. El parquet fue debidamente informado de la venta masiva de bonos del Tesoro USA. Los agentes intercambiaban nerviosas miradas y meneaban la cabeza ante la absurda medida. Luego, les llegó la noticia de la dura réplica del Banco Central. La firme declaración del director no ocultaba, ni podía ocultar, su inquietud, aunque no hubiese importado mucho. Pocos prestaron atención a sus palabras, salvo para tomar nota del dato concreto de la subida del tipo de interés. Esa era la noticia. El resto no era más que un intento de tranquilizar los ánimos, algo que los inversionistas ya daban por «descontado», aparte de que preferían confiar en sus propios análisis.

Empezaron a llegar órdenes de venta. El agente especializado en acciones de la banca se quedó de una pieza al recibir la llamada de Columbus, aunque poco importase su perplejidad. Anunció que tenía «quinientas citys a tres», con lo que quería decir que tenía quinientas mil acciones del First National City Bank de Nueva York a 83 dólares, dos enteros por debajo de la cotización de aquellos momentos. Era un claro intento de desprenderse de ellas a toda prisa.

LIbrodot

Pese a lo atractivo del precio, el mercado vaciló brevemente antes de engullirlas, aunque a 82 1/2.

Los ordenadores seguían también las transacciones, porque los agentes dudaban de poder abarcar tanto. Bastaba que estuviesen al teléfono para que se les escapase un dato importante. De ahí que las instituciones importantes las dirigiesen en gran medida y práctica-mente los ordenadores o, más exactamente, los programas instalados en ellos. Este software lo programaban, a su vez, personas que fijaban unos criterios. Como es natural, los ordenadores sabían del mercado tan poco como quienes los programaban, pero lo que sí sabían eran las instrucciones: si «A» entonces «B», decían con escueto rigor. La nueva generación de programas, genéricamente llamados expert systems (expresión más atractiva que «inteligencia artificial») debido a su alto grado de perfeccionamiento, recibían informaciones diarias con rango de indicadores económicos y, a partir de ellos, extrapolaban electrónicamente el diagnóstico sobre la salud de sectores enteros del mercado. Memorias trimestrales, curvas de producción y cambios en la dirección de las empresas recibían valores numéricos y se in-corporaban a las bases de datos, que los expert systems analizaban para actuar en consecuencia, sin la menor intervención del criterio humano.

En este caso, la fuerte e instantánea caída de la cotización de las acciones del Citibank les dijo a los ordenadores que debían dar orden de venta de las acciones de otro banco. Le tocó al Chemical Bank. Los ordenadores recordaban que llevaba una mala temporada y que cayó tres enteros la semana anterior. Desde las tres instituciones que utilizaban el mismo programa, se cursaron órdenes de venta electrónicamente, con lo que las referidas acciones cayeron otro entero y medio. La movida con las acciones del Chemical Bank, unida a la caída de las acciones del Citibank, llamó de inmediato la atención de otros expert systems, que tenían instalado el mismo cartapacio, aunque utilizasen la cotización de las acciones de otros bancos como puntos de referencia, lo que garantizaba un efecto dominó que sacudiría el espectro industrial. La tercera china le tocó a otro banco importante, el Manufacturers Hanover, que también vio caer sus acciones. De manera que los programas de los ordenadores empezaron a hojear sus cartapacios para ver cuál era la siguiente medida defensiva a tomar, en otros sectores clave de la industria, ante la caída de las acciones de la banca.

Con el dinero procedente de la venta de los bonos del Tesoro, Columbus empezó a comprar oro -tanto en el mercado de acciones como en el de futuros-. Esto propiciaría la tendencia a convertir divisas en metales preciosos. Este súbito cambio de un «refugio» a otro, lo advirtieron también los agentes, tanto humanos como electrónicos. Y en todos los casos, los análisis fueron coincidentes: venta masiva de bonos del Tesoro, más fuerte y súbito aumento del tipo de interés, más ataque al dólar, más descalabro de las acciones de la banca, más subida de los metales preciosos, todo ello combinado anunciaba un peligroso rebrote inflacionario. Y la inflación siempre era mala para los mercados de acciones. No necesitaba uno inteligencia artificial para comprenderlo. No cundió todavía el pánico entre los ordenadores ni entre los humanos, aunque permaneciesen atentos a la evolución de los acontecimientos para colocarse los primeros en la «parrilla» de salida y proteger mejor las inversiones propias y las de los clientes.

La conmoción en el mercado de bonos era ya muy seria. La venta de quinientos mil millones de dólares en el momento oportuno provocó que se vendiesen diez mil millones más. Los gestores de euro-dólares, a quienes mandaron regresar a sus oficinas en el camino de vuelta a casa, no estaban en su mejor forma para tomar decisiones sensatas. Llevaban unas semanas muy duras a causa de la situación financiera internacional, y al llegar uno a uno a sus despachos, preguntaron qué puñeta ocurría, que no era sino que cantidades ingentes de bonos del Tesoro USA se habían vendido a bajo precio en el espacio de pocos minutos. Y la tendencia persistía, acentuada por una importante y astutísima institución norteamericana.

¿Porqué?

Eso querían saber todos. De manera que permanecieron atentos a recibir nuevos datos, para tratar de marchar al paso del río de información que llegaba de los Estados Unidos.

Parpadeaban, meneaban la cabeza... Y aquellos agentes, sin tiempo material para revisarlo todo, recurrieron a sus expert systems para realizar los análisis, pues no veían, por ninguna parte, razones que justificasen tan bruscos movimientos y que les permitiesen actuar con realismo.

Poco importaban las razones, ¿no es verdad? Los hechos estaban allí. El Banco Central norteamericano aumentaba un punto el tipo de descuento, y eso no ocurría por casualidad. Decidieron que, por lo pronto, a falta de directrices de sus gobiernos y de sus bancos centrales, pospondrían cualquier compra de bonos del Tesoro USA. Además, revisaron de inmediato sus carteras de valores, porque todo indicaba que las acciones iban a caer, y a caer rápidamente.

-...entre el pueblo ruso y el pueblo norteamericano.

Con estas palabras concluyó su brindis el presidente Grushavoy, en su calidad de anfitrión del presidente Durling, de acuerdo al protocolo de tales eventos. Se alzaban los vasos y se brindaba. Ryan se limitó a un sorbito, pues incluso con aquellos dedales podías agarrarla a base de bien (ya que allí acechaban los camareros, prestos a rellenarlos), y los brindis no habían hecho sino empezar. Jamás estuvo en un acto oficial tan... permisivo. La comunidad diplomática en pleno estaba allí o, por lo menos, estaban presentes los embajadores de los países importantes. Sobre todo, el embajador japonés rebosaba jovialidad e iba de una mesa a otra a terciar en retazos de conversación.

Le tocaba el turno al ministro de Asuntos de Exteriores, Brett Hanson, que alzó su vaso y se arrancó con una oda, que llevaba preparada, para ensalzar la perspicacia de su homólogo ruso, a la vez que se congratulaba de su cooperación no sólo con los Estados Unidos sino con el resto de Europa.

Jack miró el reloj. Eran las 10.03, hora local. Ya se había tomado tres copas y media y se jactaba de ser la persona más sobria de la concurrencia. Cathy se mostraba con él muy... burbujeante, y eso era algo que hacía mucho tiempo que no ocurría. Así que ya iba a tener tema para tomarle el pelo a Cathy durante años.

-¿No le gusta nuestro vodka, Jack? -le preguntó Golovko que, aunque más acostumbrado, le atizaba de lo lindo.

-Es que no quiero acabar haciendo locuras -dijo Ryan.

-Creo que eso le resultaría a usted muy difícil, amigo mío -comentó el ruso.

-Eso lo dice usted porque no está casado con él -replicó Cathy guiñando el ojo.

-A ver, espera un momento -le dijo un especialista en bonos a su ordenador en Nueva York.

Su empresa gestionaba varios e importantes fondos de pensiones, que amparaban la jubilación de más de un millón de obreros sindicados.

Acababa de llegar de almorzar en su charcutería preferida, ofrecía bonos del Tesoro USA a precio de saldo, de acuerdo a las órdenes de arriba y, de momento, no hacía más que estar allí sentado a la espera de compradores. ¿Por qué? Surgió una moderada orden de compra por parte de un banco francés, que tenía pinta de ser una cuña antela presión inflacionaria sobre el franco. Sólo quería mil millones, y los quería a 7/32 de la cotización en la apertura de la sesión, o sea, un robo a mano armada. Pero Columbus tragó y cogió los francos que, casi instantáneamente, convirtió en marcos alemanes, también en plan cuña.

Todavía a media digestión de su sandwich de ternera en conserva, al especialista se le hizo una bola en la boca del estómago.

-¿Parece un ataque al dólar, verdad? -le preguntó a la agente que se sentaba al lado.

-Tiene pinta, tiene pinta -contestó ella.

En una hora, la cotización de los derechos en el mercado de futuros del dólar cayó el máximo permitido en una jornada bursátil, después de no haber dejado de subir durante toda la mañana.

-¿Quién?

-Quienquiera que sea, al Citibank le ha dado una patada en los dientes. Y el Chemical va por el mismo camino.

-Habría que contrarrestar, quizá.

-¿Contrarrestar qué y con qué?

-¿Entonces qué hago? ¿Compro, vendo o me escondo debajo de la mesa?

Tenía que tomar decisiones. Debía proteger los ahorros de toda una vida de personas que tenían nombre y apellidos, pero el mercado se comportaba de un modo que no comprendía. Se iba todo a la mierda y no sabía por qué. Y para hacer correctamente su trabajo tenía que saber por qué.

-Siguen rumbo oeste, a nuestro encuentro, Shoho -le dijo al almirante Sato su segundo-. Nuestros radares deberían de detectarlos pronto.

-Hai. Gracias, Issa -dijo Sato de no muy buen humor.

Quería dar esa impresión a sus hombres. Los americanos habían ganado las maniobras, lo que no tenía nada de sorprendente. Aunque tampoco lo tenía que aquellos de sus hombres a quienes había visto estuviesen deprimidos. Después de tanto entrenamiento acababan de ser teóricamente aniquilados. El resentimiento que sentían, aunque no muy profesional, era humano. Otra vez, pensaban. Los americanos nos han pasado por las armas, otra vez. Eso le venía muy bien al comandante de la flota. El estado de ánimo de sus hombres era un factor importantísimo en la operación que, aunque sus hombres lo ignorasen, no se había terminado sino que estaba a punto de empezar.

Los acontecimientos desencadenados por la venta de bonos del Tesoro USA afectaban ya a las acciones de todos los bancos. Tanto es así que el presidente del Citibank convocó una conferencia de prensa para protestar por el hundimiento de la cotización de las acciones de su banco, tras invocar los beneficios obtenidos en los recientes ejercicios y la demostrable salud financiera de uno de los más importantes bancos del país. Nadie le escuchó. Hubiesen hecho mejor en aconsejarle llamar por teléfono a un puñado de individuos, aunque quizá tampoco hubiera servido de nada.

El único banquero que pudo haber atajado la maniobra daba una conferencia en un club del centro de Manhattan cuando sonó su «busca». Era Walter Hildebrand, gobernador del Banco de la Reserva Federal de Nueva York, el más influyente miembro de la Junta de Gobernadores, después del presidente del Banco Central, con sede en Washington. A pesar de que era un hombre de gran fortuna familiar, empezó desde abajo en el mundo financiero (aunque instalado ya en un confortable piso de doce habitaciones, en propiedad) hasta llegar a la cumbre. Se había ganado a pulso el cargo que ocupaba y que veía como la mejor plataforma para servir al país. Perspicaz analista financiero, publicó un libro en el que analizaba el crash del 19 de octubre de 1987 y el decisivo papel que tuvo su predecesor en el cargo, Garry Lornigan, en la salvaguarda del mercado.

Terminada su conferencia sobre los colaterales efectos de la Ley de Reforma Comercial, miró a su «busca» que, claro está, le indicaba que llamase a su oficina. Como la oficina estaba a sólo unas manzanas, optó por ir a pie en lugar de llamar, que era como se hubiese enterado de que lo que querían era que fuese a la Bolsa. Aunque poco hubiese importado.

Hildebrand salió solo del edificio. Hacía uno de esos días claros y resplandecientes, muy indicado para ayudarse a digerir el almuerzo con un paseo. No se molestó en hacerse

acompañar por ningún guardaespaldas, como hacían algunos de sus predecesores, aunque tenía permiso de armas y a veces llevaba la pistola.

Las calles del bajo Manhattan eran estrechas y muy transitadas, casi más que por los viandantes por vehículos de reparto y taxis amarillos, que circulaban como si hiciesen carreras. Las aceras eran también estrechas e iban atestadas. Pasear equivalía a esquivar y zafarse del río de transeúntes. Lo más expedito era casi siempre la franja más cercana al bordillo, y por ahí iba Hildebrand con paso tan vivo como lo permitían las circunstancias, al objeto de llegar lo antes posible a la oficina.

No reparó en que un hombre lo seguía. Lo llevaba casi pegado, a sólo un metro. Iba bien vestido, tenía el pelo castaño oscuro y facciones corrientes. Sólo era cuestión de aguardar al momento oportuno y, con tanto tránsito, era inevitable que llegase ese momento. Era un alivio para el hombre del pelo castaño oscuro, que no quiso utilizar la pistola para aquel contrato. No le gustaba el ruido. El ruido atraía miradas. Las miradas tenían memoria y, aunque pensaba coger un vuelo para Europa dentro de dos horas, toda precaución era poca. De modo que miraba en derredor para elegir el momento oportuno.

Ya estaban cerca de la esquina Rector/Trinity. Al cambiar el semáforo al verde, una masa de automóviles de unos sesenta metros de largo recorrió otros treinta. Luego, cambió también el semáforo de atrás y liberó el contenido impulso de otros tantos automóviles. Había varios taxis que corrían muchísimo, porque a los taxistas les encantaba cambiar de carril. Uno de aquellos taxis amarillos se saltó el semáforo y se metió como una bala en un carril de la derecha. Perfecto. El trajeado seguidor avivó el paso hasta quedar pegado a Hildebrand. No tuvo más que empujarlo. El gobernador del Banco de la Reserva Federal de Nueva York se trastrabilló con el bordillo y cayó a la calzada. El taxista lo vio y dio un golpe de volante antes de empezar a jurar, pero no bastó. El hombre del abrigo de pelo de camello tuvo suerte. El taxista frenó tan eficazmente como se lo permitieron sus nuevos frenos, y la velocidad del impacto apenas superó los 30 km/h. Sin embargo, bastó para catapultar a Walter Hildebrand contra una farola que estaba a unos diez metros y deslomarlo. Un agente de policía, de guardia al otro lado de la calle, reaccionó de inmediato y llamó a una ambulancia a través de su radio.

El hombre del pelo castaño se perdió entre el tránsito y enfiló hacia la boca de metro más cercana. No sabía si el hombre estaba muerto o no. No era realmente necesario matarlo, le dijeron, aunque le extrañó. Hildebrand era el primer banquero a quien no le ordenaban matar.

El agente de policía que socorrió al financiero caído advirtió la insistente llamada del «busca». Llamaría al número que indicaba el aparatito en cuanto llegase la ambulancia. En aquellos momentos, su mayor preocupación era escuchar al taxista lamentarse de que no había sido por su culpa.

Los expert systems «sabían» que si las acciones de la banca caían rápidamente, la confianza en los bancos resultaría seriamente dañada y que los depositantes considerarían la conveniencia de retirar sus fondos de las entidades que pareciesen correr peligro. Esto, a su vez, obligaría a los bancos a presionar para que se les devolviesen los préstamos o (algo aún más importante para los expert systems y su capacidad para analizar el mercado cinco minutos antes que cualquiera), debido a que los bancos eran cada vez más sociedades de inversiones, liquidar sus propias carteras, al objeto de afrontar la retirada de fondos.

Los bancos solían ser muy cautos inversionistas en el mercado de acciones. Apenas se la jugaban más que con acciones de primera fila y de otros bancos. De modo que el siguiente descalabro, pensaron los ordenadores, les tocaría a las acciones de primera fila y, muy en especial, a las treinta cuya cotización servía para la elaboración del índice Dow Jones. Como siempre, el imperativo era ver la tendencia antes que nadie y actuar antes que nadie, para salvaguardar los fondos que las grandes instituciones tenían que proteger. Como es lógico, debido a que las instituciones utilizaban, básicamente, los mismos expert systems, actuaban

casi al unísono. Al avistar el primer rayo muy cerca del rebaño, las ovejas salían de estampida y en la misma dirección, primero despacito y luego a plena carrera.

Los agentes del parquet de la Bolsa sabían lo que se avecinaba. Como en su mayoría recibían órdenes de las máquinas para realizar las operaciones, habían aprendido por experiencia a predecir lo que harían los ordenadores. La que se nos viene encima, se oyó como un unánime clamor en las tres salas de contratación. La propia unanimidad en la predicción tenía que haberlos alertado de lo que realmente pasaba. Pero a los cow-boys les resultaba difícil separarse del rebaño para encontrar el camino por el que dirigirlo, reorientarlo y tranquilizarlo... y no verse engullido por él. Si aquello se confirmaba sufrirían un serio revés, pues una fuerte baja reduciría a cero los pequeños márgenes de beneficio de los que sus empresas dependían.

El síndico de la Bolsa de Nueva York estaba ahora en la tribuna. Miraba hacia abajo y se preguntaba dónde demonios se había metido Walter Hildebrand. Bastaba con él. Todo el mundo escuchaba a Walt. Cogió el teléfono móvil y volvió a llamar a su oficina. La secretaria le dijo que aún no había regresado de la conferencia. Y que no lo pusiese en duda ya que sí lo llamó a través del «busca». Lo había llamado de verdad.

Lo vio empezar. Cada vez se movían más de prisa en el parquet. Con todos metidos en faena, el ruido que producían era ensordecedor. Mal asunto cuando empezaban a gritar. El teclado electrónico escribía su propia versión del episodio. Las acciones más importantes, que en los paneles aparecían con siglas que le resultaban tan familiares como los nombres de sus hijos, absorbían más de 1/3 de las operaciones. Las cotizaciones caían en picado. Bastaron veinte minutos para que el índice Dow Jones perdiese cincuenta puntos. Pese a lo horrible y catastrófico que era, fue acogido con alivio porque, automáticamente, los ordenadores de la Bolsa de Nueva York dejaron de aceptar órdenes de venta que procediesen de la cofradía de sus hermanos electrónicos. Una caída de cincuenta puntos activaba, automáticamente, lo que llamaban el «parachoques». La medida se adoptó después del crash de 1987 y tenía por objeto aminorar el ritmo de la sesión para humanizarlo. El pequeño detalle que nadie parecía tener en cuenta era que los agentes podían seguir las instrucciones (ya nadie se molestaba en llamarlas recomendaciones) de sus ordenadores, y cursar personalmente las órdenes de venta por teléfono, télex o correo electrónico, con lo que todo lo que conseguía el «parachoques» era añadir otros treinta segundos al procesado de transacciones. De modo que, tras un interregno de apenas un minuto, la jornada volvió al mismo ritmo y en dirección descendente.

El pánico era ya ostensible en toda la comunidad financiera, como se advertía por la tensión y los murmullos que se oían en las oficinas de contratación de todas las grandes instituciones. La CNN emitió un reportaje, en directo, desde su propia tribuna en el parquet del antiguo garaje de la Bolsa de Nueva York. Los boletines bursátiles de su servicio de «Titulares», para abonados, pusieron al corriente a los inversionistas que querían seguir los acontecimientos a un paso más humano. Otros se enteraron, de viva voz, de que el índice Dow Jones había caído cincuenta puntos en un abrir y cerrar de ojos, que después cayó otros veinte y que la descendente espiral no invertía la tendencia. Y allá que va luego un responsable de la cadena de Atlanta, que plantea preguntas y especula sobre las posibles causas del fenómeno, a lo que una periodista, sin tiempo para comprobar las fuentes, aventura sus propias conclusiones. Le dice que se ha desencadenado un ataque internacional al dólar que el Banco Central no ha podido detener.

No pudo haber dicho nada peor. Lo que ocurría era ya, en cierto modo, de dominio público y toda la población se dejó arrastrar por la estampida.

Aunque los profesionales de las finanzas mirasen con desdén la ignorancia de la población en la materia, no advertían que, en un aspecto crucial, participaban de esa misma ignorancia. La población se limitaba a aceptar que la subida del índice Dow Jones era algo bueno y la bajada malo. O sea, exactamente lo mismo que pensaban los agentes que creían entender de verdad el sistema. Aunque los profesionales de la inversión supiesen mucho más acerca de la mecánica del mercado, le habían perdido la pista a su verdadero fundamento. Para ellos, al

igual que para el conjunto de la población, la realidad se reducía a tendencias. A menudo, formulaban sus vaticinios mediante expresiones derivadas de esas tendencias que, a su vez, activaban indicadores numéricos. Con los años, estos indicadores se habían distanciado, progresivamente, de lo que la específica designación de las acciones representaba de verdad. Las acciones no eran, en definitiva, expresiones teóricas sino fragmentos de la propiedad de una empresa que tenía realidad física. Con el tiempo, los especialistas en «dientes de sierra» del parquet de aquel centro de contratación, olvidaron este hecho y, a pesar de lo mucho que sabían de modelos matemáticos y de análisis de tendencias, el valor intrínseco de aquello con lo que operaban les era ajeno (los hechos se habían convertido en algo más teórico que la teoría que ahora se desplomaba ante sus ojos). Privados del fundamento en el que se basaban, faltos de un ancla a la que asirse en la tormenta que azotaba la sala de contratación, y todo el sistema financiero, no sabían qué hacer. Y aquellos de sus superiores que sí lo sabían, no bastaban ni tenían ya tiempo para tranquilizar a sus jóvenes agentes.

Nada de todo esto tenía sentido. El dólar debía haber mostrado su fortaleza, y salir fortalecido tras las primeras escaramuzas. De acuerdo a su última memoria, el Citibank había conseguido unos beneficios que si no espectaculares eran francamente buenos. El Chemical Bank gozaba de buena salud, tras una reestructuración de la dirección. Y, sin embargo, las acciones de ambos bancos cayeron en picado. Los programas de los ordenadores decían que, la combinación de factores, auguraba un negro panorama y los expert systems nunca se equivocaban, ¿verdad que no? Se basaban en precisos datos estadísticos y oteaban el horizonte mejor que nadie. Los tecnificados agentes creían en sus modelos matemáticos, a pesar de no comprender las razones que impulsaban a sus modelos a hacer las recomendaciones que aparecían en pantalla. Y, por la misma regla de tres, el ciudadano de a pie seguía las noticias, sabía que algo malo ocurría sin entender por qué era malo, y no sabía qué puñeta hacer.

Los «profesionales» se hallaban en un fuera de juego tan flagrante como los ciudadanos de a pie, pendientes de los flashes informativos de radio y televisión, o, por lo menos, ésa era la sensación que daba. En realidad, los profesionales lo tenían peor. Comprender los modelos matemáticos tan bien como ellos los comprendían no era una ventaja sino una atadura. Para el ciudadano medio, lo que veía resultaba incomprensible en principio y, como consecuencia de ello, pocos tomaban iniciativas. Se atenían a la máxima de esperar y ver. En muchos casos, se limitaban a encogerse de hombros pues no tenían acciones por las que preocuparse. En realidad, sí las tenían, aunque no lo supieran, ya que los bancos, las compañías de seguros y las sociedades de fondos de pensiones, que administraban el dinero de los ciudadanos, tenían enormes carteras de valores que se nutrían de todo tipo de acciones. Todas estas instituciones las dirigían «profesionales» cuya formación y experiencia les imponía echarse a temblar. Y vaya que sí temblaban, a la vez que desencadenaban una dinámica que el hombre de la calle no tardó en reconocer como lo que era: puro pánico. Entonces empezaron las llamadas telefónicas de particulares y la cuesta abajo se hizo más pronunciada para todos.

Y el pánico se agravó. Las primeras llamadas procedían de personas mayores, personas que veían la televisión y se llamaban continuamente por teléfono, para compartir sus temores y su perplejidad ante lo que veían. Muchas de estas personas tenían sus ahorros invertidos en sociedades de fondos de pensiones, porque devengaban un interés superior al de las cuentas bancarias (razón que impulsó a los bancos a entrar en el sector para recuperar, por un lado, lo que perdían por otro). Las sociedades de fondos de pensiones sufrían fuertes sacudidas, y aunque tales sacudidas se limitasen de momento a sus inversiones en acciones de primera fila, en cuanto empezaron a llamar los clientes para cancelar sus fondos y retirar el dinero, las instituciones tuvieron que vender acciones que aún estaban indemnes para compensarse por las pérdidas de las que también debieron quedar incólumes pero no quedaron. En definitiva, tenían prácticamente que tirar acciones que se mantenían en su cotización normal hasta el momento, un recurso que cuadraba con el inmemorial aforismo de «quemar las naves». Era una descripción casi exacta de lo que hacían.

LIbrodot

La inevitable consecuencia fue una estampida generalizada, la caída de todas las acciones en todas las Bolsas.

A las tres de aquella tarde, el índice Dow Jones había bajado 170 puntos. El Standard and Poor's Five Hundred bajó más, aunque el peor fue el Composite Index de la NASDAQ, ya que en esta Bolsa, exclusivamente electrónica, los inversores individuales de los Estados Unidos daban las órdenes de venta con sólo marcar un número.

Los síndicos de las Bolsas convocaron, en Washington, una reunión con los delegados de la Comisión Federal de Control Bursátil, y durante unos confusos diez primeros minutos, todos exigían respuestas a las mismas preguntas que formulaban los preguntados. O sea, que no sirvió de nada. Los funcionarios del Estado pidieron información y datos actualizados, más que nada para hacerse una idea de la distancia que separaba al rebaño del precipicio y a qué velocidad se acercaba al abismo, aunque sin contribuir ni una pizca a reconducir al rebaño hacia el redil. El síndico de la Bolsa de Nueva York se resistía a la tentación de dar por terminada la jornada bursátil o de recurrir a algún mecanismo para frenar el flujo de operaciones.

Durante los veinte minutos que duró la reunión, el índice Dow Jones cayó otros noventa puntos, rebasados los doscientos en caída libre y cerca ya de los trescientos. Cuando los miembros de la Comisión Federal de Control Bursátil se despidieron para reunirse a puerta cerrada, los síndicos de las Bolsas se pasaron por el forro las directrices estatales y trataron de formular entre ellos una receta propia para atajar el mal de raíz. Pero pese a su colectiva sapiencia, en aquellos momentos no había remedio.

Ahora, los inversores particulares de los Estados Unidos parpadeaban perplejos mientras obedecían al «espere un momento» del otro lado de las líneas telefónicas. Quienes tenían suscritos fondos de pensiones a través de los bancos, acababan de enterarse de algo preocupante. Sí, sus fondos de pensiones estaban en bancos. Y, sí, tales bancos estaban protegidos por el Fondo Estatal de Garantía de Depósitos. Pero no, los fondos de pensiones que los bancos gestionaban, para atender a las necesidades de sus depositantes, no estaban protegidos por el Fondo Estatal de Garantía de Depósitos. No era que corriesen peligro los intereses, sino también el principal. La reacción era, por lo general, de unos diez minutos de silencio y, en no pocos casos, el depositante cogía el coche y se plantaba en el banco para retirar los fondos que tuviese.

La teleimpresora de la Bolsa de Nueva York llevaba catorce minutos de retraso, a pesar de la alta velocidad de los ordenadores que registraban las cambiantes cotizaciones de los valores. Un puñado de acciones subió, aunque casi todas correspondían a metales preciosos. Lo demás, caía. Los equipos móviles de las cadenas más importantes difundían escenas en directo desde Wall Street. Todo el mundo lo sabía ya. Cummings, Cantor and Carter, una sociedad de inversiones que operaba en aquella Bolsa desde hacía ciento veinte años, agotó sus reservas de liquidez, por lo que su presidente se vio obligado a hacer una desesperada llamada de auxilio a Merrill Lynch, la sociedad de inversiones más importante, petición que colocaba en una delicada situación a su presidente. El más veterano y perspicaz de los profesionales de la ciudad casi se rompió la muñeca, media hora antes, de tanto dar puñetazos en la mesa para exigir respuestas que nadie tenía.

Miles de personas no sólo compraban acciones a través de su empresa sino de su empresa, en mérito a sus conocimientos e integridad. El presidente podía realizar un movimiento estratégico para proteger contra un pánico infundado a quien, como él, era un bastión del sistema, o podía negarse, para salvaguardar el dinero de sus accionistas. Hiciese lo que hiciese, malo. No ayudar a Cummings, Cantor and Carter podía acentuar el pánico y dañar tanto el mercado que el dinero que ahorrase, al no ayudar al rival, no tardaría en perderlo de todas maneras. Ayudarlo podía resultar un simple gesto, sin que sirviese para arreglar nada ni para evitar perder un dinero que pertenecía a otros.

«¡Hostia puta!», masculló el presidente al mirar por la ventana. Uno de los cariñosos apelativos que le aplicaban a su empresa era el de «La atronadora manada». Pues ¡joder que si

atronaba la manada...! Sopesó su responsabilidad para con sus accionistas, frente a su responsabilidad para con el sistema del que todos dependían. Tenía que anteponer la primera. Debía hacerlo. No había alternativa. Y, así, uno de los más importantes bastiones del sistema vio cómo toda su red financiera se precipitaba hacia el abismo.

A las 15.23.00 se detuvo la sesión en la Bolsa de Nueva York. No se trataba del respiro del «parachoques» (tras una caída de cincuenta puntos en el índice Dow Jones), sino de que habían caído ya los quinientos que constituían el máximo autorizado en una jornada. Y había que tener en cuenta que el tal índice reflejaba el valor medio de sólo treinta de las acciones más importantes. Las bajadas en otras acciones excedían con mucho los topes de las tomadas como referencia. La teleimpresora tardó media hora en ponerse al día de los datos, creando el espejismo de que seguía la actividad. Mientras tanto, los habitantes del parquet se miraban, casi todos ellos en silencio, a pie firme sobre un suelo de madera tan cubierto de papeles que parecía nevado. Era viernes, se decían. Y mañana sábado. Todos estarían en casa y tendrían ocasión de tranquilizarse y reflexionar. Eso era lo que hacía falta, sólo pensar un poco. Nada de aquello tenía sentido. Un ingente número de personas había salido muy perjudicado, pero el mercado rebotaría. Una dosis de horas extras, y poner a contribución el cerebro y el valor para resistir con firmeza, normalizaría la situación. Si -se decían- todos empleaban el tiempo con inteligencia, y de no ocurrir ningún otro despropósito.

Estaban casi en lo cierto.

El personal de la Depository Trust Company andaba por la oficina con el nudo de la corbata aflojado, y hacía frecuentes visitas a los lavabos, a causa del café y de los refrescos ingeridos en la más frenética de las tardes que recordaban, aunque... no hay mal que por bien no venga, se decían. Al cerrar pronto la Bolsa, podrían empezar antes su trabajo. Ya con los datos de los centros de contratación, los programas de los ordenadores pasaron de un menú a otro. Los datos sobre las transacciones del día se encaramaban a la barra del desplegable para su conveniente ordenamiento y transmisión. Eran las seis de la tarde cuando sonó un timbre en una de las consolas.

-¡Tengo un problema aquí, Rick!

Rick Bernard, controlador jefe de sistemas, se acercó y miró a la pantalla para ver la razón del timbrazo de alarma.

La última operación que podían identificar, realizada exactamente a las 12.00.00 de aquel día, correspondía a Atlas Milacron, una empresa de máquinas-herramienta que subía como la espuma a causa de los pedidos de las empresas automovilísticas. 6 000 acciones a 48 1/2. Como Atlas cotizaba en la Bolsa de Nueva York, sus acciones se identificaban con tres siglas, AMN, en este caso (las acciones de la Bolsa electrónica NASDAQ se identificaban con cuatro letras).

La siguiente anotación, después de AMN 6 000 48.1/2, era AAA 4 000 67 1/8, y la que iba a continuación, AAA 9 000 51 1/4. Al seguir la relación, se percataron de que todas las anotaciones, posteriores a las 12.00.01, figuraban con aquella AAA, que no correspondía a ninguna acción conocida.

-Pasa al «Beta» -dijo Bernard para que activasen la función de archivo del ordenador de apoyo-. Recupera el documento. -¡Mierda!

En cinco minutos comprobaron los seis ordenadores. Y en todos los casos, todas y cada una de las operaciones habían quedado archivadas de un modo incomprensible. Era como si no existiese archivo ninguno de las operaciones realizadas después de las 12.00.00. Ninguna sociedad de inversiones, institución o inversionista particular podía saber lo que había comprado o vendido, ni a quién, ni a cuánto y, por lo mismo, nadie podía saber cuánto dinero

había disponible para otras operaciones. Era como si uno se quedase sin saber si tenía dinero en casa para la compra semanal.

20. La tercera, en la boca del estómago

La fiesta concluyó después de medianoche. La función de ballet fue una especie de antología. El Bolshoi no había perdido su magia, y su configuración interna permitió a los invitados ver a los bailarines mucho más cerca de lo habitual. Con las manos hechas polvo de tanto aplaudir para los bises, el espectáculo se dio por terminado y le llegó la hora, al personal de seguridad, de ayudar a sus escoltados a encontrar la puerta. Completamente derecho no andaba nadie y, por supuesto, Ryan vio que él era el más sobrio de la concurrencia, incluida su esposa.

-¿Qué le ha parecido, «Daga»? -le preguntó Ryan a la agente especial Helen D'Agustino mientras su propio guardaespaldas iba a por los abrigos.

-Pues que, por una vez, me hubiese gustado participar de la fiesta con los jefes -repuso Helen «Daga», que meneó la cabeza como una madre enfurruñada con sus hijos.

-Ay, Jack, que mañana me voy a encontrar fatal -previno Cathy en mérito a lo bien que pasaba aquel vodka.

-Ya te lo he dicho, cariño, y, además, ya es mañana -le recordó su esposo con ganas de chincharla.

-Perdonen, pero tengo que ir junto al PARA -dijo Helen, que, como muchos miembros del Servicio Secreto, se refería así al presidente, en homenaje a sus tiempos de paracaidista.

Ryan reparó entonces, sorprendido, en un norteamericano que aguardaba en la entrada con traje corriente (porque para la cena y la función todos iban de rigurosa etiqueta, de acuerdo al nuevo estilo de la sociedad rusa). Fue con su esposa hacia allí.

-¿Qué ocurre?

-Doctor Ryan, he de ver al presidente de inmediato.

-Quédate aquí un momento, Cathy -dijo Jack-. Sígame -le indicó al funcionario de la Embajada.

-Oh, Jack... -farfulló su esposa.

-¿Lo lleva por escrito? -dijo Ryan, a la vez que tendía la mano.

-Tenga, señor.

Ryan cogió las hojas de fax y las leyó mientras cruzaba el vestíbulo.

-Hostia puta. Vamos.

El presidente Durling seguía aún de charla con el presidente Grushavoy al aparecer Ryan, seguido del joven funcionario de la Embajada.

-Menuda fiesta, Jack -comentó Roger Durling en tono jovial, aunque le cambió la cara de inmediato-. ¿ocurre algo?

Ryan asintió con la cabeza, enfundado ya en su talante de consejero.

-Tenemos que llamar a Brett y a Buzz de inmediato, señor presidente.

-Ahí están.

El radar SPY-1D del Mutsu proyectó en la pantalla la silueta de la cabeza de la formación norteamericana. El contraalmirante Sato (Shoho) miró a su segundo con una impasible expresión, que no significaba nada para los demás oficiales del puente, aunque mucho para el capitán (Isha), que sabía de qué iban, en realidad, aquellas maniobras DATELINE PARTNERS.

Había llegado el momento de hablar del asunto con el oficial que estaba al mando del destructor. Ambas formaciones estaban a 180 millas de distancia y se encontrarían a media

tarde, pensaron ambos oficiales, que se preguntaban cómo reaccionaría el capitán del destructor ante la noticia, aunque pocas alternativas tenía.

Diez minutos después, un socho o suboficial salió a cubierta a revisar el lanzatorpedos Mark 68 instalado a babor. Tras abrir la escotilla de inspección de la base, realizó una comprobación electrónica de los tres «peces» del lanzatorpedos de tres tubos. Satisfecho, volvió a cerrar la escotilla. Luego fue a abrir las escotillas de popa, de cada tubo individual, y les quitó el seguro a los propulsores de cada uno de los torpedos Mark 50. El socho era un veterano que llevaba veinte años en el mar y realizó la tarea en menos de diez minutos. Después, cogió su caja de herramientas y fue a estribor, a realizar idéntica operación al otro lado de su destructor. No tenía ni idea de por qué le ordenaban hacer aquello, ni lo preguntó.

Diez minutos después el Mutsu movilizó sus poderes volantes. El diseño original del destructor se había modificado. Ahora llevaba un hangar telescópico, que le permitía alojar un helicóptero antisubmarino SH-6OJ, útil también para misiones de reconocimiento. Tuvieron que sacar de la cama a la tripulación y calentar los motores del aparato, lo que requería cuarenta minutos. Cuando al fin despegó, sobrevoló la formación y luego se alejó para examinar, con su radar de rastreo de superficie, la formación norteamericana, que seguía rumbo oeste a dieciocho nudos. Su radar transmitía datos que aparecían en forma de imágenes en las pantallas del buque insignia Mutsu.

-Son dos portaaviones, que navegan a tres mil metros de distancia entre sí -dijo el capitán a la vez que le daba unos toquecitos a la pantalla.

-Pues ya tiene sus órdenes, capitán -dijo Sato.

-Hai -repuso el capitán del Mutsu sin exteriorizar lo que pensaba.

-¿Qué puñeta ha ocurrido? -preguntó Durling.

Hablaban en un rincón, mientras miembros de los servicios de seguridad ruso y norteamericano mantenían alejados a los demás.

-Parece que le ha dado un repente a la Bolsa -contestó Ryan, que ya había tenido tiempo sobrado para no dar un diagnóstico tan poco ilustrativo.

-¿Causa? -preguntó Fiedler.

-Injustificada, me parece a mí -contestó Jack, que miró a ver si llegaba ya el café que había pedido.

Lo necesitaba, y los otros tres más aún.

-Tiene usted experiencia financiera. Ha trabajado en ello hasta hace poco, Jack -señaló el ministro del Tesoro Fiedler.

-En inversionistas de nuevo cuño y opas amistosas, pero no de los verdaderos entresijos de la Bolsa, Buzz -replicó el consejero de Seguridad Nacional-. No parece que podamos hacer gran cosa-añadió a la vez que señalaba a los faxes-. Alguien se ha puesto nervioso con los bonos del Tesoro, lo más probable alguien que habrá querido realizar beneficios ante el cambio de paridad entre el dólar y el yen, y las cosas se les habrán ido un poco de las manos.

-¿Un poco? -terció Brett Hanson sólo para hacer notar su presencia.

-Mire, el índice Dow Jones ha caído en picado y ha tocado fondo, y hay dos días para que la gente se reagrupe. Ya ha sucedido en otras ocasiones. Regresamos mañana, ¿no?

-Tenemos que hacer algo -dijo Fiedler-. Alguna declaración.

-Algo neutro y tranquilizador -sugirió Ryan-. El mercado es como un avión. Vuela casi solo si se le deja tranquilo. Ya ha sucedido antes, ¿no?

El ministro Bosley Fiedler (lo llamaban «Buzz» desde sus tiempos en la liga de baseball) era un hombre de formación académica. Había escrito libros sobre el sistema financiero norteamericano sin haber operado nunca en él. Su virtud consistía en saber ver la economía con amplia perspectiva histórica. Se había labrado una reputación de experto en política monetaria. Lo malo es que no había sido nunca agente de Bolsa ni se interesó demasiado por la actividad bursátil. Carecía, por consiguiente, de la confianza necesaria para afrontar la

LIbrodot

situación y, de ahí, que se apresurase a pedirle opinión a Ryan. Buena señal, ¿no? Sabía lo que ignoraba. De modo que no era de extrañar que se le tuviese por inteligente.

-La última vez recurrimos a activar los parachoques y otras salvaguardas. Esto, en cambio, ha hecho saltar todos los mecanismos. En menos de tres horas -dijo con visible inquietud el ministro del Tesoro que, como buen teórico, se preguntaba por qué fallaban las medidas de libro.

-Cierto. Y sería interesante averiguar la razón. Recuerda, Buzz, que esto ya ha ocurrido antes.

-Declaración -ordenó el presidente.

Fiedler asintió con la cabeza y reflexionó unos instantes.

-De acuerdo -dijo-. Diremos que el sistema financiero goza, básicamente, de buena salud. Que disponemos de toda una serie de salvaguardas automáticas. Que ni el mercado ni la economía americana tienen problemas subyacentes. ¿Crecemos, no? Y la Ley de Reforma Comercial generará, por lo menos, medio millón de puestos de trabajo en el sector industrial durante el próximo año. Es un dato contundente, señor. Eso voy a decir, por el momento.

-¿Posponemos entonces cualquier otra medida hasta el regreso? -preguntó Durling.

-Ese es mi consejo -confirmó Fiedler.

Ryan asintió también.

-De acuerdo. Localicen a Tish y den el comunicado de inmediato.

Había más vuelos charter de lo habitual. El Saipan International no era, sin embargo, un aeropuerto con excesivo tráfico, a pesar de sus largas pistas, y el aumento del número de pasajeros hizo que aumentasen también las tarifas. Además, era fin de semana. Probablemente, debía de tratarse de algún club o asociación, se dijo el jefe de la torre de control al acercarse el 747 procedente de Tokio.

En los últimos tiempos, Saipan se había convertido en uno de los lugares preferidos por los empresarios japoneses. Una reciente sentencia de los tribunales derogó la disposición constitucional que prohibía que los extranjeros accediesen a la propiedad de la tierra. Ahora podían comprar parcelas. De hecho, más de la mitad de la isla estaba en manos extranjeras. Los nativos chamorros no lo veían con buenos ojos, lo que no impedía que muchos vendiesen la tierra y se marchasen. Era un mal asunto. En los fines de semana, los chamorros que-daban en inferioridad numérica ante los japoneses, que los trataban como... nativos.

-Debe de haber también un montón que va a Guam -dijo el operador de radar, al detectar el denso tráfico que se dirigía más al sur.

-Fin de semana. Golf y pesca -dijo el controlador jefe, impaciente ya por terminar su turno.

Los japoneses -que no le caían demasiado bien- ya no iban tanto a Tailandia en busca de sexo. Muchos habían vuelto a casa con un desagradable «regalito». Y, bueno, el caso era que ahora iban mucho a Saipan a gastarse el dinero. Y para gozar de este privilegio durante el fin de semana, embarcaron en sus reactores hacia las dos de la madrugada...

El primer 747 de la JAL, en vuelo charter, aterrizó a las 4.30.00, hora local. Fue a situarse en el fondo de la pista, cuando el siguiente aparato se disponía también a tomar tierra.

El capitán Torajiro Sato miró hacia la derecha mientras el aparato discurría por la pista por si veía algo anormal. No es que lo esperase, aunque, en una misión como aquélla... ¿Misión?, se preguntó. Era una palabra que no utilizaba desde sus tiempos en un F-86 de las Fuerzas Aéreas de la Defensa. De haber permanecido en el Ejército del Aire, habría llegado ya a sho o puede que incluso a comandante supremo de las Fuerzas Aéreas. Algo grandioso, se decía. Lo dejó para incorporarse a una compañía aérea comercial japonesa pues, por entonces, esto llevaba aparejada mayor respetabilidad. Le parecía detestable que así fuese. Confiaba en que se cambiase de actitud de una vez por todas. Ahora sería de verdad una fuerza aérea, aunque la comandase alguien de menor rango que él.

Aún se sentía un piloto de caza. Nada apasionante cabía hacer con un 747. Ocho años atrás, vivió una seria emergencia en vuelo, un fallo parcial del sistema hidráulico. Lo solucionó con tanta habilidad que ni siquiera hubo de molestarse en comunicarlo a los pasajeros. Nadie ajeno a la tripulación se enteró. Su gesta se incorporó a la rutina del entrenamiento, mediante ejercicios de simulación, para los comandantes de los 747. Tras aquel angustioso aunque satisfactorio episodio, se acentuó en él el perfeccionismo. Se había convertido en una leyenda, en el seno de una compañía aérea con una excelente reputación internacional. Interpretaba los mapas del tiempo como un adivino, tocaba con el tren de aterrizaje en el punto exacto de la pista que deseaba y jamás se retrasó más de tres minutos en un vuelo.

Incluso al deslizarse por la pista, manejaba el enorme aparato como si fuese un coche deportivo. Y así lo llevaba ahora al acercarse a la terminal, hasta frenar en el punto exacto.

-Buena suerte, nisa -le dijo al teniente coronel Seigo Sasaki.

El alto oficial se había sentado a su lado en la cabina para la maniobra de aproximación, al objeto de estar atento al firme, por si surgía algún imprevisto, que no surgió.

El comandante del Grupo de Operaciones Especiales impartía sus órdenes a cola. Sus hombres pertenecían a la 1ª Brigada Aerotransportada, con base en Narashino. Iban a bordo del 747 dos compañías, con un total de trescientos ochenta hombres. La primera misión consistía en tomar el aeropuerto. Confiaba en que no fuese difícil.

Los empleados de la JAL que se encontraban en la puerta correspondiente de la terminal no fueron informados de la operación. Los sorprendió ver que los pasajeros que descendían del aparato eran hombres de edad similar, con idénticos petates y que, la primera cincuentena, llevaba la mano dentro de éste. Unos cuantos portaban tablillas con diagramas de la terminal, como si no hubiesen tenido tiempo de ensayar convenientemente la misión. Mientras los encargados de los equipajes se afanaban para retirar los contenedores, bajo la panza del aparato, un grupo de soldados se dirigió a la sala de recuperación de equipajes. Irrumpieron, por las buenas, más allá del límite de los carteles de SÓLO EMPLEADOS, al objeto de empezar a desempaquetar sus armas.

En otra pista, llegó otro reactor.

El teniente coronel Sasaki se hallaba ahora de pie en el centro de la terminal. Miraba a derecha e izquierda a medida que salían sus hombres, en pelotones de diez a quince, tranquilamente y de acuerdo a lo previsto.

-Perdone -le dijo amablemente un sargento a un aburrido y somnoliento vigilante de seguridad.

El hombre alzó la vista y vio una sonrisa; la bajó y vio que el petate que el pasajero llevaba al hombro estaba abierto y que en el interior de éste una mano empuñaba una pistola. El guardia se quedó boquiabierto, con una cómica expresión, y el suboficial lo desarmó sin el menor forcejeo. En menos de dos minutos, los otros seis guardias que estaban de servicio en la terminal quedaron bajo custodia de manera similar. Un teniente fue con un pelotón a la oficina de seguridad, donde desarmaron y esposaron a otros tres guardias. Entre-tanto, a través de la radio, le llegaban al teniente coronel continuos aunque escuetos mensajes.

El jefe de la torre de control se giró al abrirse la puerta y ver que irrumpían tres hombres, que empuñaban rifles automáticos (no necesitaron mostrarse muy persuasivos para que un guardia les entregase la tarjeta magnética que abría la cerradura).

-¡Qué demonios...!

-Va a seguir usted con su trabajo como si tal cosa -le dijo un capitán o ichi-. Mi inglés es bastante bueno. No haga ninguna tontería.

El oficial cogió entonces el micrófono de su radio y habló en japonés. La primera fase de la operación KABUL se había culminado, treinta segundos antes de lo programado, sin disparar un solo tiro.

Un segundo contingente de soldados se hizo cargo de la vigilancia del aeropuerto. Estos hombres iban uniformados, para que nadie se llamase a engaño sobre lo que ocurría.

Ocuparon posiciones en todas las entradas y puntos de control. Otros se apoderaron de cochespatrulla y establecieron controles de seguridad, en derredor del recinto y en los principales accesos por carretera. No les resultó muy difícil. El aeropuerto se encontraba en el extremo meridional de la isla, y todas las carreteras discurrían en dirección norte-sur. El comandante del segundo destacamento relevó al teniente coronel Sasaki, para hacerse cargo del control de la llegada del resto de los integrantes de la 1ª Brigada Aerotransportada destinados a la operación KABUL. El teniente coronel Sasaki tenía otros cometidos que desempeñar.

Tres autocares del aeropuerto llegaron a la terminal. Sasaki subió al último, tras inspeccionar los otros dos para asegurarse de que todos sus hombres habían subido y estaban debidamente organizados. Partieron de inmediato hacia el norte. Dejaron atrás el club de golf Dan Dan, contiguo al aeropuerto. Luego giraron a la izquierda para enfilar la carretera que cruzaba la isla, que los llevaba directamente a Invasion Beach.

Saipan no era, ni mucho menos, una isla grande, y estaba oscuro (había muy pocas farolas en las calles), aunque eso no mitigase el nudo que Sasaki tenía en el estómago. Tenía que cumplir con su misión con exactitud, en el momento preciso, o correr el riesgo de una catástrofe. El teniente coronel miró su reloj. El primer aparato aterrizaría ahora en Guam. Lo lógico era que allí encontrasen resistencia. Aunque, bueno, ésa era responsabilidad de la 1ª División. El tenía la suya, y debía cumplirla antes del alba.

Corrió la voz rápidamente. A quien primero llamó Rick Bernard fue al síndico de la Bolsa de Nueva York, para informarle de su problema y pedirle consejo. Seguro de que no se trataba de algo accidental, el síndico le hizo la obvia recomendación y Bernard llamó al FBI, al Javits Federal Office Building, cercano a Wall Street. El agente que atendió la llamada era uno de los adjuntos del director y, de inmediato, envió a tres agentes a la oficina central de la Depository Trust Company, que se hallaba en el centro de Manhattan.

-¿Dónde creen que pueda estar el problema? -preguntó el inspector que iba al mando.

Tardaron diez minutos en explicárselo con detalle. El inspector llamó entonces al subdirector en funciones.

El Orchid Ace llevaba amarrado el tiempo suficiente como para haber descargado cien automóviles, todos ellos Toyota Land Cruiser. Abatir la caseta de seguridad e inmovilizar a su único y adormilado vigilante fue tan sencillo e incruento como lo había sido hasta entonces el resto de la operación. Esto permitió a los autocares entrar en el vallado recinto del aparcamiento.

Sasaki disponía de hombres suficientes en los tres autocares para destinar tres de estos hombres al control de cada uno de ellos. Todos conocían perfectamente las instrucciones. Las comisarías de Kloberville y de Capitol Hill serían los dos primeros puntos a abordar, ahora que sus hombres tenían el transporte adecuado. Para la misión que él debía llevar a cabo, tenía que ir a Capitol Hill, a casa del gobernador.

Fue una verdadera casualidad que Nomuri pasase la noche en la ciudad. Se había dado fiesta -algo que raras veces se permitía- y se tenía aprendida la lección de que, para recuperarse después de trasnochar en la ciudad, nada mejor que una visita a los baños públicos, algo en lo que ya cayeron sus antepasados mil años atrás. Después de lavarse, cogió la toalla y fue a la caliente «bañera». El neblinoso vapor le despejaría la cabeza mejor que la aspirina. Saldría reconfortado de aquella civilizada institución, se dijo.

LIbrodot

-¿Cómo es que estás aquí, Kazuo? -preguntó el agente de la CIA. -Horas extras -contestó Kazuo con una cansada sonrisa. -Yamata-san debe de ser un jefe exigente -comentó Nomuri a la vez que entraba en el agua.

Su pregunta no tenía la menor intención, pero la respuesta le hizo volver la cabeza.

-Nunca he asistido a un acontecimiento histórico -contestó Kazuo Taoka, que se frotó los ojos mientras vadeaba en derredor.

El ejecutivo notaba que la tensión de sus músculos disminuía, aunque estaba demasiado excitado para tener sueño, después de diez horas en la «sala de guerra».

-Pues mi acontecimiento histórico de esta noche ha sido una estupenda anfitriona -dijo Nomuri enarcando una ceja.

Lo que no añadió es que fue una bonita joven de veintidós años. Una chica muy despierta, cuyas atenciones se disputaban muchos otros. Aunque como Nomuri era mucho más joven que los demás, prefirió hablar con él. De modo, que no fue sólo por dinero, pensaba Chet, sonriente y con los ojos cerrados.

-Lo mío ha sido mucho más apasionante.

-¿Ah, sí? ¿No has dicho que has pasado la noche en el trabajo? -dijo Nomuri, que abrió los ojos sin ganas, sorprendido de que Kazuo encontrase algo más apasionante que la fantasía sexual.

-Y en el trabajo he estado -dijo Kazuo con su moroso estilo.

-A ver si te acostumbras, Kazuo, a terminar, cuando empiezas a contar algo.

-No debería contártelo -dijo el ejecutivo, que se echó a reír y meneó la cabeza-. Aunque, total, dentro de unas horas lo publicarán todos los periódicos.

-¿De qué se trata?

-Del crash del sistema financiero norteamericano que se produjo anoche.

-¿Ah, sí? ¿Qué ha ocurrido?

Kazuo ladeó la cabeza y se lo dijo tranquilamente.

-Y yo he ayudado un poquito.

Qué raro, pensó Nomuri, metido aquí en una bañera de madera, con el agua a casi 42 °C, y siento escalofríos.

-Wakarémansen.

(Es decir, que no entendía.)

-Lo entenderás todo dentro de unos días. Bueno, he de irme ya.

El ejecutivo se levantó y salió, muy satisfecho de sí mismo por haberle hablado de su papel a un amigo. ¿De qué valía un secreto si, por lo menos una persona, no sabía que lo tenías? Un secreto podía ser algo grande, tanto más precioso cuanto más celosamente se guardase en un mundillo como aquél.

-Ahí están -dijo el vigía.

El almirante Sato alzó los prismáticos. No había duda: el claro cielo del Pacífico iluminaba a contraluz las puntas de los mástiles de la formación de avanzadilla, fragatas FFG-7, a juzgar por las crucetas. La imagen de la pantalla del radar ya era nítida: una clásica formación circular, fragatas en el anillo exterior, otro anillo de destructores y, en el centro, dos o tres cruceros dotados de sistema Aegis radar/ misil, similares a su propio buque insignia. Comprobó la hora. Los americanos acababan de realizar el cambio de guardia. Aunque en los barcos de guerra hubiese siempre hombres de servicio, las tareas importantes se realizaban a la luz del día. La mayoría de los tripulantes acabaría de saltar de sus literas. Iría a ducharse y luego a desayunar.

El horizonte visible estaba a unas doce millas. Su escuadra, formada por cuatro unidades, llevaba rumbo este, a una velocidad de 32 nudos, la máxima que podían mantener prolongadamente. Los americanos iban rumbo oeste, a 18 nudos.

-Proyecten intermitentes a la formación. Orden a transmitir: alinear unidades.

LIbrodot

La principal estación de enlace por satélite de la isla de Saipan se encontraba junto a la llamada «carretera de la playa», cerca del Sun Inn Motel. Las instalaciones estaban al cuidado de personal de MTC Micro Telecom. Eran unas instalaciones de carácter totalmente civil. Se construyeron con el objeto de alertar sobre los tifones de otoño, que azotaban regularmente la isla. Diez soldados, al mando de un comandante, enfilaron hacia la puerta principal y entraron por las buenas. Se acercaron al vigilante de seguridad, que no tenía ni la menor idea de lo que sucedía y que, como en casos anteriores, ni siquiera intentó pulsar la alarma. El militar que iba con el pelotón era un capitán que fue oficial de señales y comunicaciones. Todo lo que tuvo que hacer fue señalar hacia distintos instrumentos de la sala de control central. Las conexiones telefónicas con los satélites, que cubrían la zona del Pacífico y que comunicaban Saipan con América, quedaron cortadas. Los enlaces japoneses -que utilizaban otro satélite y apoyo por cable- se dejaron intactos, pues no interferían con las telecomunicaciones convencionales. A aquellas horas no era extraño que los circuitos telefónicos que comunicaban con América estuviesen inactivos. Y así seguirían por el momento.

-¿Quién es usted? -preguntó la esposa del gobernador. -Tengo que ver a su esposo -contestó el teniente coronel Sasaki-. Es urgente.

Al oírse el primer disparo de la noche, quedó clara la justificación de sus palabras. Lo hizo un centinela del edificio de la Cámara Legislativa, que acertó a sacar la pistola. No disparó más porque un diligente sargento de paracaidistas lo evitó. Bastó para que Sasaki frunciese el ceño, contrariado, e irrumpiese en la casa tras hacer a un lado a la mujer. Vio al gobernador Comacho que iba hacia la puerta en batín.

-¿Qué significa esto?

-Es usted mi prisionero -le anunció Sasaki, tras quien irrumpieron tres hombres para dejar claro que el móvil no era el robo.

Sasaki estaba un poco azorado. Nunca había hecho nada semejante. Aunque fuese un militar de profesión, repugnaba a su formación, tanto como a la de cualquiera, allanar el domicilio de una persona, al margen de las razones que se pudieran tener. Sólo confiaba en que los disparos que acababa de oír no hubiesen matado a nadie. Que ésas eran las órdenes que tenían sus hombres.

-¿Cómo ha dicho? -exclamó Comacho.

-Usted y su esposa, tengan la bondad de sentarse en el sofá, por favor -dijo Sasaki a la vez que señalaba al mueble-. No tenemos intención de causarles daño.

-¿Qué es lo que ocurre? -preguntó el gobernador, más aliviado al oír que quizá fuese cierto que no corrían peligro inminente.

-Esta isla pertenece ahora a mi país -les explicó el teniente coronel Sasaki.

Bueno, pues tampoco era tan grave la cosa. El gobernador tenía más de sesenta años, y recordaba perfectamente que Saipan perteneció a Japón en el pasado.

-¡Pues no le falta nada para llegar! -exclamó el comandante Kennedy tras recibir el mensaje.

Resultó que la unidad de superficie que detectaban era el Muroto, un guardacostas japonés. Solía apoyar ejercicios de la flota, como blanco de maniobras las más de las veces. Era un barco bastante marinero, aunque con la baja borda característica de las naves japonesas. Llevaba una grúa para recuperar los torpedos de prácticas. Por lo visto, el Kurushio había confiado en tener la oportunidad de hacer algunos lanzamientos de prácticas, en el curso de las DATELINE PARTNERS. ¿No informaron de ello al Ashville?

-Primera noticia, capitán -dijo el piloto, a la vez que hojeaba el grueso tomo de instrucciones para las maniobras.

-No sería la primera vez que los «machacas» la joden -dijo Kennedy permitiéndose una sonrisa-. Pues mire, ¿sabe lo que le digo?, que ya los hemos matado bastantes veces -añadió, aunque de nuevo conectó el micrófono-. Está bien, capitán, repetiremos la escena. A rodar dentro de veinte minutos.

-Gracias, capitán -le contestaron a través del circuito de VHF-. Corto.

-Timón diez grados a babor -ordenó Kennedy tras volver a dejar el micrófono-. Todo avante un tercio. Profundidad, cien metros.

La dotación del Ashville obedeció la orden de zafarrancho de combate y la nave siguió rumbo este durante cinco millas. A cincuenta millas de allí, al oeste, el Charlotte hacía prácticamente lo mismo y a la misma hora.

La parte más peliaguda de la operación KABUL debía realizarse en Guam. Llevaba ya casi cien años bajo bandera norteamericana, actualmente con el estatuto de «territorio estadounidense no incorporado». Era la mayor de las islas del archipiélago de las Marianas. Tenía puerto y una auténtica base militar de Estados Unidos.

Diez años antes, hubiese sido imposible. Hasta no hacía mucho, el ahora extinto Mando Aéreo Estratégico tenía en la base bombarderos nucleares. La Armada mantenía una base de misiles submarinos y, teniendo en cuenta los delicados mecanismos de seguridad necesarios para ambas instalaciones, la misión hubiese sido una verdadera locura. Pero las armas nucleares habían desaparecido -por lo menos los misiles, sin duda ninguna.

Ahora, la base que las Fuerzas Aéreas tenían en Andersen, a tres kilómetros al norte de Yigo, era poco más que un aeródromo comercial. Servía de apoyo a los vuelos transpacíficos de las Fuerzas Aéreas Americanas. En realidad, allí no había más aparatos que el reactor que utilizaba el comandante de la base, vestigio de la 13ª División de las Fuerzas Aéreas, cuyo cuartel general se encontraba en la isla.

Los aviones nodriza, que antes tenían su base permanente en Guam, eran ahora socorridos aparatos que iban y venían de acuerdo a las necesidades. El coronel que mandaba la base estaba a punto de jubilarse. No tenía bajo sus órdenes, entre hombres y mujeres, más que el equivalente a cinco compañías, y casi todo era personal técnico. Los miembros armados de la Policía de Seguridad eran sólo cincuenta. Y otro tanto cabía decir de la base de la Armada, cuyo aeródromo utilizaban ahora conjuntamente con las Fuerzas Aéreas. Los marines que antes se ocupaban de la seguridad del armamento nuclear almacenado fueron sustituidos por vigilantes jurados y en el puerto no había un solo barco de guerra.

Con todo, aquélla era la parte más delicada de la misión. Las pistas del aeropuerto de Andersen serían cruciales para la operación.

«Bonitos barcos», pensó Sánchez en voz alta al mirar con sus prismáticos, sentado en su sillón de la cubierta de vuelos. Y una formación muy bien dispuesta, también.

Los cuatro Kongos se veían de costado en formación perfectamente equidistante, a unas ocho millas, observó Sánchez.

-¿Forman junto a la barandilla? -preguntó el jefe de la cubierta de vuelos. Porque se veía como un festón blanco en los costados de los cuatro destructores que se acercaban.

-Rinden honores. Bonito detalle por su parte -contestó Sánchez, que cogió el teléfono y pulsó el botón de comunicación con el puente de mando-. Aquí el capitán Sánchez. Parece que nuestros amigos se gastan mucha etiqueta con nosotros.

-Gracias, Bud.

El comandante del Johnnie Reb llamó al comandante del grupo de combate del Enterprise.

-¿Qué? -preguntó Ryan al contestar al teléfono.

-Saldremos dentro de dos horas y media -le dijo el secretario del presidente Durling-. Esté usted dispuesto dentro de noventa minutos.

-¿Por lo de Wall Street?

-En efecto, doctor Ryan. Cree que debemos adelantar el regreso. Ya hemos informado a los rusos. El presidente Grushavoy se hace cargo.

-De acuerdo. Gracias -dijo Ryan sin dejar traslucir su contrariedad.

Confiaba en poder hacer una escapada y ver a Narmonov cosa de una hora. Y ahora venía lo peor. Zarandeó a su esposa -cariñosa-mente- sin reparar en el riesgo de despertarla.

Se oyó un gruñido y, a continuación, una farfullada frase que debía de querer decir «¡No quiero oírlo!».

-Anda, que la podrás dormir en el avión. En hora y media hemos de tener hecho el equipaje, listos para salir.

-¿Qué? ¿Cómo? ¿Qué pasa?

-Que salimos antes -le dijo Jack-. Hay problemas allí. A Wall Street se le ha soltado otra tripa.

-¿Y está muy mal? -dijo Cathy, que abrió los ojos y se frotó la frente, con cierto alivio al ver que aún estaba oscuro, hasta que miró el reloj.

-Probablemente una fuerte indigestión.

-¿Qué hora es?

-Hora de prepararnos para salir.

-Necesitamos espacio para maniobrar -dijo el comandante Harrison.

-¿No es tonto, verdad? -preguntó retóricamente el almirante Dubro.

El adversario, el almirante Chandraskatta, viró al oeste la noche anterior. Probablemente, tras percatarse, al fin, de que los grupos de combate del Eisenhower y del Lincoln no se encontraban donde él supuso. Esto sólo dejaba una alternativa y, por lo tanto, cambió a rumbo oeste, para empujar a los americanos hacia un rosario de islas que, en su mayoría, pertenecían a la India. La mitad de la Séptima Flota de los Estados Unidos la formaban poderosas unidades, aunque esa mitad quedaría reducida a la mitad en cuanto se conociese su posición exacta. Los movimientos de Dubro, hasta aquel momento, tuvieron por objeto desorientar al adversario. Bueno, pues, al final, se había orientado. Y lo tenía bastante claro.

-¿Cómo estamos de combustible? -preguntó Dubro, que se refería a sus unidades de escolta.

En este sentido, no había que preocuparse por los portaaviones. Podían funcionar mientras la tripulación tuviese alimentos. Su combustible nuclear duraba años.

-Todos tienen más del noventa por ciento. Se prevé buen tiempo para los dos próximos días. Podemos ir a la velocidad que convenga. -¿Piensa usted lo mismo que yo?

-No deje que su fuerza aérea se acerque demasiado a la costa de Sri Lanka. Podrían detectarla los radares de control del tráfico aéreo y la gente empezaría a hacer preguntas. Si vamos hacia el noreste, y luego hacia el este, podemos doblar el cabo Dondra por la noche y volver hacia el sur. Tenemos el cincuenta por ciento de posibilidades de que nadie nos vea.

Al almirante no le gustaban las apuestas al «cincuenta por ciento». Sencillamente porque eso significaba que había otras tantas probabilidades de que descubriesen a su formación. En tal caso, la flota hindú podría enfilar al noreste y o bien obligar a los americanos a alejarse de una costa (que acaso protegiesen, pero que acaso no) o a un enfrentamiento. A este juego, pensaba Dubro, sólo se podía jugar hasta tanto el otro no te obligase a poner las cartas boca arriba.

-¿No hemos pasado gran parte del día sin que nos localicen?

Esto también era obvio. La formación les echaría encima a los hindúes una escuadrilla aérea, por el sur, con la idea de atraerlos hacia esa dirección. El comandante Harrison presentó el plan de operaciones para el día siguiente.

-Háganlo así -aprobó el almirante Dubro.

A las cuatro en punto de la tarde, el sistema de intercomunicación 1-MC del portaaviones activó ocho timbres. Cambio de guardia. Los hombres y mujeres que formaban la oficialidad y el resto de la dotación se cruzaban al relevarse.

Los integrantes del ala aérea del Johnnie Reb merodeaban por la cubierta inferior, descansaban y, en su mayoría, comentaban los resultados del concluido ejercicio. La mitad de los aparatos de las escuadrillas se hallaban aparcados en la cubierta de vuelos. La otra mitad se encontraba en el hangar, aunque sólo algunos sometidos a revisión. La mayoría del personal de mantenimiento estaba también abajo, disfrutando de lo que en la Armada se llamaba «playa de acero». Menudo cambio, pensaba Sánchez al mirar hacia las recubiertas planchas de acero antideslizante. Porque ahora también ellas se dedicaban a broncearse. Esto provocó un incremento del uso de prismáticos en los puentes y le planteó otro problema administrativo a la Armada. ¿Qué traje de baño era el adecuado para las marinas? Ante el pesar de unos y el alivio de los más, el veredicto fue traje de baño de una pieza. Aunque también así podía merecer la pena echar una ojeada, en función de la capacidad para rellenarlo, se dijo el capitán Sánchez, que volvió a enfocar sus prismáticos hacia la formación nipona que se aproximaba.

Los cuatro destructores se acercaban a toda máquina, a más de treinta nudos, a mayor homenaje a sus anfitriones y otrora enemigos. Las banderas de señales ondeaban con la brisa y los tripulantes, vestidos con sus blancos uniformes, formaban junto a la barandilla.

-¡Atención! -se oyó a través del sistema de megafonía-. Formen frente a la barandilla de babor para rendir honores.

Aquellos miembros de la tripulación que llevaban el uniforme presentable fueron a babor de la cubierta de vuelos y formaron por secciones en las crujías. Era una movida algo complicada en un portaaviones, que requería bastante tiempo para organizarla, sobre todo en día de «playa de acero». Al coincidir con el cambio de guardia, resultó un poco más fácil. Había una buena provisión de tripulantes, con uniforme presentable, para cumplir con su deber antes de ir a los camarotes a cambiarse para la playa.

Lo más importante que Sato tenía que hacer en aquella operación era enviar una comunicación vía satélite, una comprobación horaria al cuartel general de la flota, desde donde sería retransmitida de inmediato a través de otro circuito. La última oportunidad de detener la operación ya había pasado. La suerte estaba echada, aunque no decidida. El almirante dejó el Centro de Control Informático del Mutsu y volvió al puente. Le ordenó al capitán que permaneciese atento a las consolas, mientras él iba a persuadir a los mandos de su escuadra.

El destructor llegó por el través ante el Enterprise y el John Stennis, equidistante de ambos portaaviones, a menos de 2 000 m de ambos. Iba a treinta nudos. Todos sus hombres estaban en sus puestos, salvo los que saludaban, formados frente a las barandillas. En el momento en que su puente llegó a la altura de la invisible línea que unía los de los portaaviones norteamericanos, los marinos formados a babor y a estribor saludaron, en un sincronizado gesto de cortesía en el mar.

A través de los altavoces se oyó el silbato del contramaestre. Saluden!... ¡Descansen!»

Tras obedecer la orden, los marineros formados en las crujías del Johnnie Reb bajaron las manos. El segundo del contramaestre les mandó romper filas haciendo sonar tres veces su silbato.

-¿Qué, majos, podemos irnos ya a casa? -exclamó el jefe de la cubierta de vuelos con una risa irónica.

Las maniobras DATELINE PARTNERS habían concluido. El grupo de combate regresaría a Pearl Harbor. Tras dedicar una semana a los trabajos de mantenimiento, disfrutarían de un permiso antes de ir de nuevo a patrullar por el Indico.

Sánchez optó por seguir sentado en su confortable sillón de piel. Revisaría una documentación mientras disfrutaba de la brisa. Al sumarse las velocidades de sus dos formaciones, los barcos norteamericanos se cruzarían en seguida.

-¡Caray! -exclamó un vigía.

Era una maniobra de origen alemán que los manuales llamaban Gefechtskehrtwendung o «giro de combate». A una orden dada desde el mástil de señales, los cuatro destructores describieron un pronunciado giro a la derecha, iniciado por la unidad que iba a cola de la formación. En cuanto viró la proa del destructor de cola, la siguiente unidad hizo lo mismo, después la otra, y el buque insignia en último lugar. Fue una maniobra calculada para atraer la atención de los americanos, y más que meritoria con tan poco espacio como había entre los dos portaaviones. En cuestión de segundos, los destructores japoneses invirtieron hábilmente el sentido de la marcha y ahora enfilaban rumbo oeste, a treinta nudos. Rebasaron a los portaaviones a los que hacía sólo unos momentos se acercaban en sentido contrario. Varios miembros de la tripulación, que se encontraban en el puente, soltaron un silbido de admiración ante la hábil maniobra. Junto a las barandillas de los cuatro destructores Aegis ya no había nadie.

-Buena movida, sí, señor -comentó Sánchez, que volvió a hojear su documentación sobre las maniobras.

El John Stennis navegaba con normalidad. Sus cuatro turbinas giraban a 70 rpm. La unidad se hallaba en «actividad-tres», lo que significaba que todos los puestos estaban asistidos por sus dotaciones, a excepción del ala aérea, cuyos miembros estaban en la cubierta inferior, después de varios días de intensivo servicio. Nadie desatendió su guardia en los centros neurálgicos de los barcos. Pese a seguir concentrados en sus distintas áreas de responsabilidad, la mayoría le echó un vistazo a los destructores japoneses, aunque sólo fuese porque eran diferentes a los norteamericanos. Algunos utilizaban prismáticos corrientes de la Armada, de 7 x 50 mm, muchos de ellos de fabricación japonesa. Otros se hacinaban junto a los enormes Big Eyes de 20 x 120 mm, montados sobre pedestales en todo el derredor del puente.

El almirante Sato no estaba sentado en su sillón de mando, aunque sí miraba con los prismáticos. Era una lástima, la verdad. Con lo bonitos y airosos que eran aquellos barcos... Entonces recordó que el que tenía a babor era el Enterprise, un nombre tradicional en la Armada de los Estados Unidos y que un barco del mismo nombre atormentó a su país en otro tiempo, al escoltar a Jimmy Doolittle hasta las costas japonesas, combatir en Midway, Salomón Orientales, Santa Cruz y en todas las batallas navales importantes. Lo tocaron muchas veces aunque nunca corrió serio peligro. Era el nombre de un enemigo glorioso, pero enemigo al fin. Se fijaba más en aquel barco porque no tenía ni idea de quién fuera John Stennis.

El Mutsu había rebasado cumplidamente a los portaaviones. Iba ya casi a la estela de los destructores, cuya velocidad al efectuar el giro se le antojaba de una desesperante lentitud. El almirante llevaba puestos los blancos guantes y miraba con los prismáticos. Enfocaba por el hueco de la barandilla y veía variar el ángulo con respecto al portaaviones.

-Blanco uno, rumbo tres-cinco-cero. Blanco dos, virando a cero-uno-cero. Portilla de proyectiles abierta -informó un suboficial, un isso que se preguntaba qué ocurría, y por qué.

Lo mismo hubiese querido saber la mayoría, que dudaba de salir con vida para contarlo.

-Déjeme a mí -dijo el oficial al cargo de la maniobra, que pasó a ocupar el puesto del suboficial.

Había dedicado bastante tiempo a familiarizarse con los mecanismos de la sala de torpedos. Una vez dada la orden, lo que necesitaba era activarlos. Hizo girar la llave que quitaba el seguro, levantó la tapa que protegía los botones que activaban las baterías de babor y los apretó. Luego, hizo lo mismo con los de estribor.

Los triples tubos asomaron violentamente por los costados, con un ángulo de unos 40° con respecto a la longitudinal del barco. Las semiesféricas capuchas protectoras de los seis torpedos saltaron. Impulsados por aire comprimido, los seis torpedos penetraron en el agua, tres por banda, a intervalos de diez segundos. Las hélices propulsoras ya giraban y cada torpedo arrastraba un cable de control que lo conectaba al Centro de Control Informático del Mutsu. Los tubos, ya vacíos, volvieron a su posición en las portillas.

-¡Coño! -exclamó una vigía del Johnnie Reb.

-¿Qué pasa, Cindy?

-¡Que acaban de lanzarnos un torpedo! -exclamó la joven, que era una grumete de sólo dieciocho años.

Era su primer destino en un barco y practicaba el taco para no desdecir de la lengua de sus compañeros de tripulación.

-¡Lo han lanzado... por allí! -dijo Cindy al señalar hacia el lugar. La joven vaciló. Nunca había hecho nada parecido y se preguntaba qué iba a decir su oficial si se había equivocado.

-¡Puente! ¡Aquí vigía seis! ¡El último barco de la formación japonesa acaba de lanzarnos un torpedo!

De acuerdo a lo habitual en el portaaviones, el anuncio se oyó por todo el sistema de megafonía.

-¿Qué pasa? -exclamó Bud Sánchez en la cubierta inferior. -¡Repita, vigía seis! -le ordenaron desde el puente.

-¡Que he visto que desde estribor de uno de los destructores japoneses nos lanzaban un torpedo!

-Aquí vigía cinco. Yo no he visto nada, señor.

-¡Que yo lo he visto, coño! -le espetó Cindy a su compañero.

La grumete parecía tan alarmada, y gritaba tanto, que Sánchez la oyó de viva voz más que a través de los altavoces. Dejó a un lado la documentación y fue a todo correr hacia la crujía en la que se encontraba Cindy. El capitán se dio tal golpe con uno de los peldaños de la escalerilla de hierro que se hirió la rodilla. Al llegar junto a los vigías le sangraba.

-¿Qué pasa, encanto? -le dijo sudoroso a la joven.

-Que lo he visto, señor. Lo he visto.

Cindy ni siquiera sabía quién era Sánchez, aunque las plateadas águilas de su cuello le indicaron que era importante. Lo bastante como para echarse a temblar más que ante la idea de un torpedo que se acercaba. Pero lo había visto, y se mantuvo firme.

-Yo no lo he visto, señor -porfió su compañero.

Sánchez enfocó al destructor, que se encontraba ahora a unos 2 000 m. ¿Qué...? Empujó al vigía hacia los Big Eyes y los enfocó hacia la popa del buque insignia, entre la punta y la toldilla. Allí estaba la plataforma de tres tubos lanzadores, en la posición que debía estar..., sólo que las cabezas de los tubos eran negras y no grises. Les habían quitado las capuchas protectoras... Sin mirar más, el capitán Rafael Sánchez le arrebató el teléfono al vigía.

-Puente, aquí el capitán Sánchez. ¡Torpedos en el agua! ¡A babor!

Enfocó a popa con los prismáticos para tratar de ver estelas en la superficie. No veía nada. No importaba. Soltó una retahíla de tacos y miró a la grumete Cyntia Smithers.

-Tenga razón o no, grumete, ha hecho muy bien -le dijo, a la vez que la alarma sonaba en todo el barco.

Un segundo después el buque insignia japonés proyectó una señal luminosa intermitente hacia el Johnnie Reb.

LIbrodot

-Aviso urgente. Aviso urgente. A causa de una avería hemos lanzado varios torpedos -dijo el capitán del Mutsu.

Lo avergonzó mentir con tanto descaro. A través del «múltiple» de FM, escuchaba las conversaciones entre las distintas unidades de su formación.

-Enterprise, aquí el Fi fe. Hay torpedos en el agua -anunció otra voz más fuerte aún.

-¿Torpedos? ¿Dónde?

-Son nuestros. Hemos tenido un incendio en el Centro de Control Informático -dijeron a continuación desde el Mutsu-. Pueden llevar carga explosiva.

El oficial del Mutsu vio que el John Stennis ya viraba. El agua hervía a popa al aumentar la potencia. De nada les iba a servir, aunque, con suerte, no habría muertos.

-¿Qué hacemos ahora, señor? -preguntó Smithers.

-Pues... quizá rezar un par de avemarías -contestó Sánchez con cara de preocupación.

Eran torpedos ASW, ¿no? Pequeños. No podían hacerle mucho daño a algo tan enorme como el Johnnie Reb, ¿verdad que no? Miró a la cubierta y vio que todo el mundo corría a sus puestos, con la toalla playera a rastras la mayoría.

-Debo presentarme en la cubierta del hangar, señor, en la Sección de Control de Daños.

-No, quédese aquí -le ordenó Sánchez-. Usted puede marcharse -le indicó a su compañero.

El John Stennis se escoraba ahora mucho por babor, al describir el portaaviones un pronunciado giro a estribor. La cubierta retumbaba con la aumentada potencia de los motores. Una de las ventajas de los portaaviones que utilizaban propulsión nuclear era su gran potencia, pero el barco pesaba más de noventa mil toneladas y le costaba acelerar. El Enterprise, que se encontraba a menos de dos millas, reaccionó más tarde y apenas empezaba a virar. ¡Oh, mierda!

-¡Atención! ¡Atención! ¡Lancen el Nixie! -se oyó que ordenaba el comandante de la flota por los altavoces.

Todo dependía ahora del señuelo y de la capacidad de interferencia electrónica del Nixie.

Aunque pequeños, los tres torpedos antisubmarinos Mark 50 lanzados contra el John Stennis eran ingeniosos instrumentos de destrucción, concebidos para producir pequeños pero fatales agujeros en los cascos de los submarinos. Su capacidad para dañar a un barco de noventa mil toneladas era realmente limitada, aunque cabía elegir muy bien qué clase de daños se quería infligir. Iban hacia el John Stennis separados por unos cien metros, a sesenta nudos y guiados por un cable aislado. La superior velocidad con respecto al blanco y la corta distancia que los separaba de él casi garantizaba el impacto. La maniobra de giro realizada por el portaaviones americano no hacía sino ofrecer un ángulo idóneo, ya que todos los torpedos iban dirigidos a sus turbinas. Tras recorrer mil metros, se activó la cabeza buscadora del primer torpedo. La imagen de sonar generada se transmitió al Centro de Control Informático del Mutsu en forma de brillante topo amarillo sobre fondo negro. El oficial de la sala de torpedos lo guió convenientemente, al igual que los dos torpedos que seguían. El área del blanco estaba cada vez más cerca. Ochocientos metros, setecientos, seiscientos...

-Tengo las dos -le dijo el oficial a la consola.

Un instante después, la imagen del sonar mostró las confusas interferencias del señuelo del Nixie americano. Imitaba las frecuencias ultrasónicas de las cabezas buscadoras de los torpedos. Los Nixies más modernos producían un poderoso campo magnético pulsante, para engañar a las cargas de profundidad ideadas por los rusos para que explotasen, por inducción, bajo las quillas. Pero el Mark 50 era un torpedo que explotaba por contacto y, al ir controlados mediante un cable, se los podía obligar a ignorar la interferencia acústica. Era juego sucio, nada deportivo, pero, bien, ¿quién dijo que en la guerra hubiese que jugar limpio?, le preguntó el oficial a la muda consola.

Lo avistado, lo oído y lo sentido produjeron una extraña impresión de descoordinación. El barco apenas tembló al emerger la primera columna de agua. El ruido, sin embargo, era inequívoco y, al oírse por sorpresa, hizo que Sánchez se sobresaltase en el rincón de babor de la popa. Su primera impresión fue que no habían salido mal librados, que acaso el torpedo hubiese explotado en la estela del Johnnie Reb. Estaba equivocado.

La versión japonesa del Mark 50 tenía sólo una pequeña carga de 60 kg, aunque muy compacta. El primer torpedo explotó en el eje de la turbina número 2. El impacto hizo saltar tres de las cinco aspas de la turbina. La desequilibró cuando giraba a 130 rpm. La potencia de giro de la turbina era enorme, y no sólo destrozó las conexiones del eje sino los talones de la quilla que fijaban todo el sistema de propulsión. En cuestión de segundos, el canal del eje quedó inundado y el barco empezó a hacer agua por el punto más vulnerable. Lo que sucedió después fue todavía peor.

Como la mayoría de los grandes barcos, el John Stennis tenía tracción a vapor. Dos reactores nucleares generaban la potencia para hacer hervir directamente el agua. Este vapor pasaba por un compensador de calor, en donde se hacía hervir otra agua (libre de radiactividad) y se canalizaba a popa, a una turbina de alta presión. El vapor impulsaba las aspas de la turbina y las hacía girar, de manera muy similar a las aspas de los molinos de viento, que era lo que venía a ser una turbina. El vapor seguía canalizado por popa, a una turbina de menor presión, para aprovechar la energía residual. La velocidad de giro de los ejes era muy alta, muy superior a la que las aspas podían resistir. Al objeto de adaptar la velocidad a las posibilidades del barco, se utilizaba una caja de cambios muy similar a la de un automóvil. Los engranajes, de aquella especie de hardware naval, eran las piezas más delicadas del tren de tracción del barco. La onda expansiva de la detonación de la carga del torpedo los torció. Y esto, unido al desequilibrio del eje, destrozó el tren de tracción número 2. Los marineros saltaban, literalmente, a causa de la vibración, antes incluso de que otro torpedo impactase en el número 3. Esta explosión se produjo en la turbina del lado de estribor, dentro del casco, y los destrozos colaterales partieron un aspa del número 4. Los daños producidos en el número 3 fueron idénticos a los producidos en el número 2. El número 4 salió mejor librado.

La tripulación de la sala de máquinas activó los controles de vapor, marcha atrás, en cuanto notó la primera vibración. Las válvulas tubulares se abrieron de inmediato, frenaron las aspas de tracción por popa y detuvieron el giro del eje, antes de que los daños afectasen a la caja de cambios. Justo en aquel momento, el tercer torpedo destrozó la turbina externa al casco del lado de estribor de la popa.

Se oyó a continuación la sirena de «parada total». La dotación de cada una de las cuatro salas de turbina hizo lo mismo que, momentos antes, también hizo la tripulación del lado de estribor. Sonaron otras alarmas. Las brigadas de control de daños corrieron a popa, y a los niveles inferiores, a tapar las vías de agua, mientras el portaaviones se deslizaba por la inercia hasta detenerse por completo. Uno de los timones también resultó dañado.

-¿Qué coño ha pasado aquí? -le preguntó un maquinista a otro.

-¡Dios bendito! -exclamó Sánchez en la cubierta.

Al parecer, el Enterprise, que se encontraba a tres millas, había sufrido más daños que su barco. Varias alarmas sonaban aún y, abajo, en el puente del piloto, se oía pedir información a voz en grito, de tal manera que parecía una bobada utilizar el teléfono. La actividad era febril en todo el grupo de combate. El Fi fe, uno de los barcos escolta, puso marcha atrás. El capitán Dodge estaba que se subía por las paredes al pensar que podía haber otro torpedo en el agua. Sánchez tenía la impresión de que no había más. Porque había visto tres explosiones a popa del Johnnie Reb y tres bajo la del Enterprise.

-Venga conmigo, Smithers.

-Es que mi puesto de combate, señor...

-Pueden arreglárselas sin usted, y poco horizonte hay que otear ahora. De momento, no vamos a ir a ninguna parte. Irá usted a hablar con el capitán.

-¡Dios Santo!

La exclamación de Smithers no abreviaba ninguna expresión irreverente. Era, más bien, una acción de gracias al verse liberada de aquel duro frente.

-Tranquilícese y escúcheme -le dijo Sánchez-. No me extrañaría que haya sido usted la única persona que en los últimos diez minutos ha cumplido con su deber en este condenado barco. Sígame, Smithers.

-Los ejes dos y tres se han partido, capitán -le oyeron decir a un oficial al llegar al puente.

El capitán estaba en el centro de la cabina, con cara de acabar de verse envuelto en un accidente de tráfico.

-El eje cuatro también ha sufrido daños -prosiguió el oficial-. El eje uno parece que está bien.

-Muy bien -musitó el capitán. Qué puñeta..., añadió para sí.

-Nos han alcanzado con tres torpedos ASW, señor -informó Sánchez-. La grumete Smithers, aquí presente, los ha visto lanzar.

-¿Ah, sí? -dijo el capitán mirando a la joven marinera-. Pues hágame el favor de quedarse aquí sentada. En cuanto termine de mantener este barco a flote, he de hablar con usted.

Luego vino la parte más peliaguda. El capitán del John Stennis se dirigió a su oficial de comunicaciones y le dictó un borrador de señales para el mando de la flota del Pacífico. Llevaría el prefijo AZUL MARINO.

-Aquí sonar. Torpedo en el agua, rumbo dos-ocho-cero. Parece un Type 89 -informó «Junior» Laval, no del todo escandalizado, porque ya era casi una costumbre que las propias fuerzas le disparasen a sus submarinos.

-¡Todo avante! -ordenó el comandante Kennedy, pues aunque fuese en maniobras no cabían bromas con un torpedo-. Profundidad, doscientos metros.

-Doscientos metros, señor -dijo el oficial de inmersión-. Desciendo a diez grados respecto al plano de la formación.

El timonel tiró de los guardines del timón e hizo que el Ashville picase hacia el fondo.

-¿A qué distancia estamos del torpedo? -preguntó el capitán al equipo de detección.

-A unos mil metros.

-Aquí sonar. Lo he perdido al bajar. Sigo el rastreo. El torpedo iba a unos cuarenta o cuarenta y cinco nudos.

-¿Desconecto el amplificador de nuestra señal, capitán? -preguntó un oficial de comunicaciones.

Kennedy estuvo tentado de decir que sí, para ver hasta qué punto eran buenos los torpedos japoneses. Que él supiera, ningún submarino americano se había enfrentado a ellos. Por lo visto, se trataba de la versión japonesa del Mark 48 americano.

-¡Ya lo tengo otra vez! -dijo Laval-. Rastrea el fondo. Dirección del torpedo: dos-ocho-cero. Su señal se acerca a los valores de detección de la nuestra.

-¡Timón, veinte grados a estribor! -ordenó Kennedy-. ¡Atentos, portilla de señuelos!

-Velocidad, treinta nudos -dijo un miembro de la tripulación al acelerar el Ashville.

-Timón, veinte grados a estribor. Mantengo el rumbo hasta nueva orden.

-Muy bien -dijo Kennedy-. Portilla de señuelos, ¡lancen señuelo! ¡Suba a sesenta metros, Con!

-A la orden -repuso el oficial-. Subo a diez grados respecto al plano de la formación.

-A ponérselo difícil, ¿eh? -dijo el segundo del capitán.

-Aquí no regalamos nada.

Salió catapultado un bote por la portilla de lanzamiento de señuelos (llamada también portilla de cinco pulgadas por el diámetro de la lanzadora). Del bote empezaron a salir burbujas, como si fuera una pastilla de Alka-Seltzer. Esto creaba un blanco inmóvil para el

sonar del torpedo. Además, el rápido giro del submarino formaba en el agua un «nudillo», para acabar de despistar al torpedo Type 89.

-Señuelo al fondo -informó el batitermógrafo.

-¡Precise posición! -dijo Kennedy.

-Uno-nueve-cero. Timón, veinte a estribor.

-¡A la vía! Cambie a dos-cero-cero.

-¡A la vía, señor! Cambio a dos-cero-cero.

-¡Todo avante un tercio!

-¡Todo avante un tercio, señor!

Tras el cambio de posición, el submarino aminoró la velocidad. Estaba de nuevo a sesenta metros, después de dejar tras de sí un hermoso señuelo.

-Muy bien -dijo Kennedy sonriente-. Ahora veremos lo que afina ese torpedo.

-Aquí sonar. El torpedo acaba de cruzar el nudillo -dijo «Junior» Laval, en un tono demasiado bajo, le pareció a Kennedy.

-¿Cómo? -dijo el capitán, que dio unos pasos para acercarse al altavoz del sonar-. ¿Algún problema?

-Que el torpedo ha cruzado el nudillo como si no lo hubiese visto, señor.

-Muy listo debe de ser ese «pececito». ¿Deduce usted que ignora los señuelos, como los ADCAP?

-¡Ya lo creo que sí! -exclamó otro operador del sonar-. Ha cambiado de frecuencia. Creo que nos tiene, señor.

-¿Ignora el señuelo, eh? ¡Muy listo!

Muy rápido, pensó Kennedy. Aquello parecía un combate naval de verdad. ¿Tan bueno era el torpedo japonés como para desentenderse del señuelo y del nudillo?

-Supongo que grabamos todo esto, ¿no?

-Claro, señor -contestó el jefe del sonar, «Junior» Laval, que alargó la mano y le dio unos golpecitos al casete.

Habían instalado un casete nuevo. Las imágenes de las pantallas se grababan en vídeo.

-Nos tiene, señor -añadió «Junior»-. Se amortigua el ruido de su turbina.

Quería decir que el ruido del motor del torpedo quedaba ahora, en parte, bloqueado por el cuerpo del fuselaje. Iba derecho a ellos.

-¿A qué distancia lo tenemos? -preguntó Kennedy al equipo de rastreo.

-A menos de dos mil metros, señor. Se acerca muy rápido. A unos sesenta nudos.

-A esa velocidad nos alcanzará en dos minutos.

-Así es, señor.

Laval se fijó en la pantalla de su monitor. Se veía el rastro del torpedo y se oía el ruido del señuelo, que aún burbujeaba. El Type 89 había pasado tranquilamente entre las burbujas.

-¿Qué ha sido eso? -le preguntó Laval a la pantalla.

La pantalla acababa de registrar un ruido de baja frecuencia, rumbo tres-cero-cinco.

-Ha sonado como una explosión -dijo Laval-, aunque lejana. No es una señal directa. Es una ZC.

Por señal ZC se quería decir una señal de «zona de convergencia», muy lejana, a más de treinta millas.

A Kennedy se le heló la sangre al oírlo. Giró la cabeza hacia los puestos de combate.

-¿Dónde están el Charlotte y el otro submarino japonés? -preguntó.

-Al noroeste, señor, a sesenta o setenta millas.

-¡Todo avante de costado! -dio la orden como un puro acto reflejo. Ni él sabía por qué la había dado.

-Todo avante de costado, señor.

El timonel transmitió la orden a la sala de máquinas. Aquellas maniobras empezaban a resultar entretenidas. Pero antes de que la sala de máquinas se diese por enterada, oyó de nuevo al capitán a través del teléfono.

-¡Portilla de señuelos! ¡Lancen el dos!

El sonar ultrasónico de un torpedo que se dirige a su blanco emite una frecuencia tan alta que no puede ser captada por el oído humano.

Kennedy notó que había alcanzado al submarino porque el sonar propio se quedó «en blanco», al rebotar la frecuencia ante un obstáculo de aire y acero.

No podía ser cierto. De serlo, los demás lo hubiesen notado también. Miró en derredor. Todos sus hombres estaban en sus puestos de combate. Las escotillas interiores estaban cerradas, como en una batalla. El Kurushio había lanzado un torpedo, idéntico en todo a los de combate, salvo por su carga explosiva, sustituida por un receptáculo con instrumentos. Estaban concebidos para no dar en el blanco sino para esquivarlo, ya que el contacto metal-metal podía estropear los instrumentos y luego resultaba muy caro arreglarlos.

-Nos tiene, señor.

Claro que aquel pececito había cruzado el nudillo... -¡Inmersión! ¡Inmersión! -ordenó Kennedy, pese a saber que ya era demasiado tarde.

El Ashville picó la proa, a 20° y aceleró hasta treinta nudos. Desde la portilla de señuelos lanzaron otro bote de burbujas. La creciente velocidad perturbó la señal del sonar, aunque seguía claro en la pantalla que el Type 89 volvía a burlar el señuelo y seguía derecho hacia ellos.

-Lo tenemos a menos de quinientos metros -dijo un tripulante del equipo de rastreo.

Otro de los miembros de la tripulación advirtió que el capitán palidecía y se preguntó por qué. Bueno, a nadie le gusta perder, aunque sea en maniobras.

Kennedy pensó a ver si podía hacer algo más mientras el Ashville se dirigía de nuevo al fondo. Era demasiado tarde para huir. Lo alcanzaría, y todos los intentos por despistarlo habían fracasado. No sabía qué hacer. No había tenido tiempo de pensarlo con calma.

-¡Dios! -exclamó Laval, a la vez que se quitaba los auriculares.

El Type 89 estaba ahora pegado al sensor del sonar que arrastraba el submarino, y el ruido era perceptible ya directamente.

-Debería desviarse ya...

El capitán no hacía más que mirar en derredor. ¿Se habría vuelto loco? ¿Sería él el único que temía que...?

En el último instante, el jefe del sonar, «Junior» Laval, se giró hacia popa y miró al capitán.

-¡No se ha desviado, señor!

21. Azul Marino

El avión presidencial despegó unos minutos antes de lo previsto, al acelerarse los trámites debido a la temprana hora. Los periodistas estaban metidos en faena antes de que el VC-25B alcanzase su altitud de crucero. Fueron a pedirle al presidente una declaración que justificase la prematura partida.

Interrumpir tan bruscamente una visita de Estado tenía algo de reacción de pánico, ¿no? Tish Brown se manejó a los periodistas con la explicación de que los lamentables hechos de Wall Street imponían un rápido regreso, al objeto de que el presidente pudiese tranquilizar al pueblo americano..., y argumentos por el estilo. De momento, añadió Tish, lo mejor que podían hacer era volver a coger el sueño, ya que aún quedaban catorce horas de vuelo a contraviento, que era como tenían que ir en aquella época del año por el Atlántico, aparte de que el presidente Durling también necesitaba dormir.

La justificación funcionó por varias razones. Una de las que más influyó fue, quizá, que los periodistas llevaban demasiado alcohol en el cuerpo. Y estaban faltos de sueño, como todos a bordo..., salvo el piloto y su tripulación, esperaban todos. Además, había agentes del Servicio Secreto, y personal armado de las Fuerzas Aéreas, entre ellos y los compartimentos del presidente. De manera que se impuso el sentido común, volvieron a sus asientos y, al poco, casi todos los que iban a bordo dormían, lo intentaban o lo fingían.

El comandante del Johnnie Reb tenía que ser, por ley, un aviador. La disposición se adoptó en los años 30, al objeto de impedir que los marinos de guerra se dejasen seducir por el engreído retoño con que se había encontrado la «Old Navy». De ahí que tuviese más experiencia en pilotar aviones que en mandar barcos y, como nunca había ejercido el mando de una nave a bordo, sus conocimientos sobre las instalaciones se reducían a aspectos aislados, que aprendió sobre la marcha, más que a una experiencia y estudio sistemáticos. Afortunadamente, su ingeniero jefe era un marino de destructores con más conchas que un galápago. Lo que sí sabía el comandante, pese a ser poco avezado como capitán de barco, era que el agua tenía que estar fuera del casco y no dentro.

-¿Muchos daños, ingeniero?

-Sí, señor.

El comandante señaló a las planchas de la cubierta. Había aún más de dos centímetros de agua, que ya bombeaban para devolverla al mar. Aunque hubiesen tardado dos horas, los agujeros abiertos a popa ya estaban soldados.

-Los ejes dos y tres están hechos polvo. Los cojinetes han saltado, tienen el árbol torcido y las cajas de cambio son pura chatarra. Es imposible arreglarlos. Las turbinas están bien, porque las cajas de cambio han cargado con casi toda la fuerza del impacto. El eje del tren de tracción número uno está bien, sin más que algunos daños en las conexiones del extremo de popa. Lo puedo arreglar yo mismo. La turbina del número cuatro también ha sufrido daños. Aunque no estoy seguro de si son graves, no podemos arriesgarnos a ponerla en marcha sin que corran peligro los asientos del eje. El timón de estribor se ha torcido, pero también eso lo puedo solucionar. Creo que en cosa de una hora estará enderezado. O quizá lo podamos cambiar, si está muy mal. De momento, sólo se puede contar con un tren de tracción. Aunque con dificultades, podemos maniobrar, a no más de diez u once nudos.

-¿Cuánto tiempo llevarán las reparaciones?

-Meses... Cuatro o cinco, calculo yo, señor.

El comandante sabía perfectamente que para el ingeniero jefe eso significaba tener que quedarse en el barco para supervisar el trabajo de las brigadas de reparaciones. Prácticamente, iban a tener que reconstruir media sala de máquinas, si no más. No había evaluado del todo los daños del tren de tracción número cuatro.

Al ingeniero jefe le extrañaba que el capitán no hubiese perdido aún los estribos.

-¡Si pudiese lanzar un ataque aéreo, hundiría a esos hijos de puta! -estalló al fin el comandante.

Era muy aventurado tomar ninguna iniciativa de esa índole, a la velocidad que podía proporcionar un solo eje. Además, había sido un accidente, y el comandante no lo decía realmente en serio.

-Voto a favor, señor -dijo el ingeniero jefe, aunque tampoco lo dijo en serio, como se apresuró a aclarar-. A lo mejor son tan amables de pagarnos los desperfectos.

-¿Podemos reanudar la marcha? -dijo el comandante tras asentir con la cabeza.

-El eje del tren de tracción número uno no es que esté incólume, pero podré arreglármelas, señor.

-Muy bien. Esté atento a mis órdenes. Voy a llevar a esta presuntuosa barcaza de nuevo a Pearl Harbor.

-Sí, señor.

El almirante Mancuso había vuelto a su oficina, a revisar datos preliminares sobre el resultado de las maniobras. Entró un pañolero con una nota del guardabanderas.

-Parece que dos portaaviones tienen dificultades, señor.

-¿Han chocado o qué? -preguntó Jones, que revisaba otros datos sentado en un rincón de la oficina.

-Peor -le dijo el pañolero al civil.

-Maravilloso -dijo Mancuso tras leer el despacho.

Justo en aquel momento sonó el teléfono. Era la línea de seguridad, que procedía directamente del Centro de Comunicaciones de la Flota del Pacífico.

-Aquí el almirante Mancuso. Dígame.

-Aquí el teniente Copps, de Comunicaciones de la Flota, señor. Capto una señal de emergencia de un submarino. Situación aproximada: treinta y un grados norte/ciento setenta y cinco grados este. Tratamos de confirmar y precisar esta posición. Código de señal: Ashville, señor. No llega voz, sólo la señal. Inicio comunicación de SUB-MARINO PERDIDO/SUBMARINO HUNDIDO. La fuerza aérea más cercana es la que va a bordo de los portaaviones...

-¡Dios Santo! -exclamó Mancuso.

Desde que la Armada perdió el Scorpion no se había perdido ningún otro. Y por entonces el almirante aún iba al instituto.

-Parece que esos dos portaaviones están inutilizados por el momento, teniente -dijo Mancuso, que meneó la cabeza al pensar en el trabajo que le aguardaba.

-¿Cómo? -exclamó Copps, que por extraño que pudiera parecer aún no se había enterado.

-Llame a los P-tres, que yo estoy ocupado.

-A la orden, señor.

Mancuso no iba a tener que molestarse en buscar. En aquella zona del océano Pacífico la profundidad era de casi 5 000 m. Ningún sub-marino de la flota podía resistir siquiera un tercio de esa profundidad. Si se trataba de una emergencia (y en caso de haber supervivientes), toda operación de rescate debería hacerse en horas. De lo contrario, la baja temperatura del agua acabaría con sus vidas.

-Acabamos de recibir una señal de emergencia, Ron. El Ashville puede haberse hundido.

-¿Hundido? El hijo de «Frenchy»...

-Y otros ciento veinte.

-¿Qué puedo hacer, capitán? -preguntó Jones, que incluso en aquellos momentos apeaba al almirante de su tratamiento.

-Ir en seguida al Centro de Control Informático y analizar los datos.

-A la orden, mi capitán.

Jones salió de estampida por la puerta mientras el almirante cogía el teléfono y empezaba a marcar números. Era consciente de que iban a ser llamadas inútiles. Los submarinos de la flota del Pacífico llevaban instalados a bordo transmisores de emergencia AN/BST-3, concebidos para desprenderse del barco si éste descendía más allá del límite de profundidad que lo reventara, o si al contramaestre de guardia se le olvidaba darle cuerda a su mecanismo de relojería. Esta última posibilidad era, sin embargo, muy remota. Antes de dispararse, los pernos del BST hacían un ruido de mil demonios para despertar al indigno miembro de la tripulación... El Ashville estaba irremisible-mente perdido, aunque su obligación fuese intentarlo todo en espera de un milagro. Quizá algunos tripulantes hubiesen salido a tiempo.

A pesar de la opinión de Mancuso, el grupo de combate atendió la llamada de socorro. La fragata Gary salió de inmediato a toda máquina, rumbo norte, hacia la zona de la que procedía la señal, atendiendo a razones humanitarias y al código de las gentes de mar. No-venta

minutos después, ya iba su helicóptero en misión de rastreo al objeto, también, de servir de punto de referencia para que otros helicópteros prosiguiesen con la misión de rescate, caso de ser necesaria.

El John Stennis viró lentamente a contraviento y logró que despegase un Viking S-3, de reconocimiento, con instalación de escucha electrónica ASW. Sus instrumentos podían ser útiles en el rastreo de superficie.

En menos de una hora el Viking sobrevolaba ya la zona. El radar no captaba más que la señal de un guardacostas japonés que se dirigía hacia el lugar del que procedía la señal, a unas diez millas. Al establecerse el contacto, el blanco guardacostas confirmó haber captado la señal de emergencia, y su intención de buscar supervivientes. El Viking volaba en círculo sobre la zona de la que procedía la señal. Una mancha de petróleo señalaba el emplazamiento de la tumba junto a pequeños fragmentos del submarino.

Tras reiteradas pasadas en vuelo rasante, los tripulantes del Viking y del helicóptero de la fragata decidieron que allí no había nada que rescatar.

Cuando a una comunicación se le anteponía el prefijo AZUL MARINO, significaba que era una información de interés para toda la flota. Solía tratarse de aspectos prácticos, rara vez considerados materia reservada. Pero aquello era demasiado gordo para mantenerlo en secreto. Dos de los cuatro portaaviones de la flota del Pacífico iban a quedar inutilizados durante una larga temporada. Los otros dos, el Eisenhower y el Lincoln, se encontraban en el Índico, y allí seguirían, probablemente.

En los barcos, las noticias... vuelan. Antes de que el almirante Dubro recibiera copia del despacho, la voz corría ya por todo su buque insignia. Por si no tuviera bastante por lo que preocuparme, pensó Dubro, que la emprendió a despotricar como un demonio. Y lo mismo tuvo que oír el personal que informó a los altos oficiales que se encontraban en el Pentágono.

Al igual que la mayoría de los agentes de los servicios de inteligencia que operan en el extranjero en momentos peligrosos, Clark y Chávez no sabían lo que de verdad se cocía. De haberlo sabido, lo más probable es que hubiesen cogido un avión rumbo a cualquier parte.

Los espías no han gozado nunca de las simpatías de nadie. Los Protocolos de Ginebra incluían una disposición, para tiempo de guerra, que ordenaba ejecutarlos lo antes posible después de su detención y, por lo general, los fusilaban.

En tiempo de paz, las normas eran algo más civilizadas, aunque el resultado final viniese a ser el mismo. Como es natural, la CIA no ponía excesivo entusiasmo en explicar estos detalles a quienes entrevistaba para su posible incorporación. Las normas internacionales permitían que se produjese algo tan lamentable, al otorgar a tantos agentes como fuera posible cobertura diplomática, que llevaba aparejada la inmunidad. A éstos los llamaban agentes «legales», protegidos por un tratado internacional, como si de verdad fuesen los diplomáticos que sus pasaportes aseguraban que eran. Clark y Chávez eran «ilegales» y, por lo tanto, no gozaban de esta protección (lo cierto era que John Clark nunca tuvo cobertura «legal»).

Al salir aquel día de su modesto hotel, para entrevistarse con Isamu Kimura, comprobaron lo importante que era esto.

Hacía una tarde agradable, aunque algo aguada por las miradas que atraía su aspecto de gaijin. Ya no se trataba de una mezcla de curiosidad y de desdén sino de franca hostilidad. El ambiente había cambiado de manera radical desde su llegada. Las cosas se encarrilaban de un modo mucho más cordial en cuanto se identificaban como rusos, lo que hizo que Ding especulase sobre cómo hacer más ostensible su supuesta identidad a los viandantes. Por desgracia, un traje de paisano no brindaba posibilidades en este sentido. De manera que tenían que pechar con las miradas, como opulentos norteamericanos en un barrio de alto índice de delincuencia.

Kimura aguardaba en el lugar acordado, una especie de tabernucho en el que ya se había tomado unas cuantas copas.

-Buenas tardes -dijo Clark, amablemente y en inglés-. ¿ocurre algo? -añadió ante un súbito pálpito.

-No lo sé -repuso Kimura al llegar el camarero con los vasos. La interpretación de su respuesta dependía del tono, del gesto. El suyo indicaba que sabía algo.

-Hay consejo de ministros extraordinario. Lo ha convocado Goto. Llevan horas reunidos. Un amigo mío de Defensa no ha salido de su despacho desde el jueves por la noche.

-Da... ¿Sí?

-¿No lo han visto ustedes, verdad? Tenían que haber oído cómo ha hablado Goto de los Estados Unidos.

El funcionario del MICI apuró su vaso y alzó la mano para pedir otro. El servicio, como de costumbre, era rápido.

Podían haberle contado que vieron y oyeron muy bien su primer discurso, pero «Klerk» prefirió que Kimura le diese su opinión. -No lo sé.

Curioso, ¿no? Contestaba con la misma frase de antes, pero la mirada y el tono la hacían distinta.

-Jamás he visto nada semejante -añadió-. Esa..., ¿cómo lo expresan ustedes? Esa... retórica. En mi ministerio esperamos instrucciones desde hace una semana. Tenemos que reanudar las conversaciones comerciales con los Estados Unidos, llegar a un acuerdo. Pero las instrucciones no llegan. Los miembros de nuestra misión comercial en Washington no hacen nada. Goto ha pasado casi todo el tiempo en el Ministerio de Defensa, permanentemente reunido, y con sus zaibatsu amigos. Esto no es normal aquí.

-Amigo mío -dijo sonriente Clark, que apenas había bebido un sorbo-, lo dice como si algo grave se palpase en el ambiente.

-Ustedes no lo entienden. No se palpa nada en el ambiente. Ocurra lo que ocurra, el MICI está al margen.

-¿Y?

-Pues que, aquí, el MICI nunca está al margen de nada. Como mi ministro está en el Consejo, algo sabrá, en definitiva. Pero a nosotros no nos ha dicho nada -explicó Kimura, sorprendido de que aquellos dos no estuviesen al corriente-. ¿Quién creen ustedes que dicta aquí nuestra política exterior? ¿Esos memos de Exteriores? Obedecen nuestras órdenes. ¿Y creen que a alguien le importa lo que piense Defensa? Somos nosotros quienes trazamos las directrices de la política de nuestro país. Colaboramos con los zaibatsu, coordinamos, representamos... a nuestras empresas en sus relaciones con otros países y otros mercados; nosotros le dictamos al primer ministro lo que tiene que decir. Eso fue lo que, en su momento, me impulsó a entrar en el ministerio.

-¿Y son ahora distintas las cosas?

-¿Que si son distintas? Goto se reúne con ellos por su cuenta y, el resto del tiempo, lo pasa con gente que ni pincha ni corta. Hasta ahora no ha llamado a mi ministro..., hasta ayer. Y allí sigue -explicó Kimura.

Este tío está muy cabreado, se dijo Chávez, por lo que no parecían sino fruslerías burocráticas. O sea, que al Ministerio de Industria y Comercio Internacionales le comían el terreno. ¿Era eso?

-Le molesta a usted que los grandes de la industria se entrevisten directamente con su primer ministro -preguntó Chávez.

-Mucho, sí, y no sólo por hoy. Deben hacerlo a través de nosotros, pero Goto ha sido siempre el perrillo faldero de Yamata -dijo Kimura encogiéndose de hombros-. Quizá quiera ahora elaborar la política de un modo más directo. Aunque, ¿cómo lo van a hacer sin nosotros?

Sin mí, quería decir Kimura, pensó Chávez sonriente. ¡Burócrata gilipollas! En la CIA también había muchos.

No todo fue premeditado, aunque tales cosas nunca lo fuesen. La mayoría de los turistas que iban a Saipan eran japoneses. No todos, sin embargo. La isla del Pacífico era un buen lugar para muchas cosas. Una de ellas era la pesca de altura, porque aquellas aguas no estaban tan atestadas como las de Florida y las del golfo de California.

Pete Burroughs, quemado por el sol y exhausto, rebosaba satisfacción después de pasar once horas en alta mar. Era lo ideal para superar un divorcio, se decía el ingeniero informático, sentado en su silla de faenar mientras tomaba una cerveza. Dos horas para llegar al caladero. Tres horas esperando a que picasen. Y luego cuatro horas en singular combate con la más enorme albacora que había visto en su vida. El problema sería convencer a sus compañeros de trabajo de que no era un farol. Aquel monstruo era demasiado grande para colocarlo encima del manto de su chimenea y, además, su ex se había quedado con la casa y con la chimenea. Tendría que conformarse con una foto, que era un truco que todo el mundo tenía ya muy vista. La verdad es que la tecnología de la realidad virtual ya había llegado a los pescadores y, por veinte pavos, podías sujetar de electrónica cola al monstruo más pintado. De haber pescado un tiburón, habría podido llevarse a casa la mandíbula y los dientes, pero una albacora, por espléndida que fuese, no era más que un atún. Pues bueno, tampoco creyó nunca su esposa sus historias cuando se quedaba a trabajar hasta bien entrada la noche. La muy puta. Todo tenía sus ventajas. A ella no le gustaba la pesca, y ahora podía pescar él cuanto quisiera. Incluso una joven sustituta, se dijo mientras abría otra lata de cerveza.

El puerto deportivo no estaba muy concurrido aquel fin de semana. El puerto principal, en cambio, sí. Había tres grandes mercantes, feísimos, le pareció a él, aunque a primera vista no supiese qué eran. Su empresa estaba en California, pero lejos del mar, y él era, casi exclusivamente, pescador de agua dulce. Aquel viaje había sido uno de los sueños de su vida. Quizá al día siguiente pescase algo parecido. De momento, allí a su izquierda, tenía una albacora de no mes nos de 350 kg. Muy lejos del récord mundial, pero muchísimo más grande que el enorme salmón que pescó el año anterior con su infalible aparejo Ted Williams. El aire volvió a vibrar, estropeándole aquellos momentos al amor de su pescado. De nuevo se cernía la sombra que anunciaba a otro condenado 747 que despegaba del aeropuerto. Poco iban a tardar en hacer polvo también aquel lugar. ¿Tardar? Ya lo habían estropeado. La única ventaja era que a los japoneses que iban allí a correrla y a tirarse filipinas en las barras americanas no les gustaba mucho la pesca. El capitán del barco se encargaba de introducirlas. Se llamaba Oreza, contramaestre jubilado del servicio de guardacostas norteamericano.

Burroughs se levantó de su silla de faenar, fue hacia la proa y se sentó junto a él.

-¿Se ha cansado ya de contemplar a su albacora?

-Y de beber solo.

-No, gracias. Nunca cuando estoy al timón -declinó Oreza. -¿Una mala costumbre de los viejos tiempos?

-Si, me temo que sí -asintió el capitán-. Luego lo invito a una en el club. Lo ha hecho muy bien con la albacora. ¿Y dice que es su primera vez?

-En el mar si -dijo orgullosamente Burroughs.

-Pues nunca lo hubiese creído, mister Burroughs.

-Pete -lo corrigió el ingeniero.

-De acuerdo. Pete -dijo Oreza-. Y usted llámeme Partagee.

-¿No es usted de por aquí?

-De New Bedford, en Massachusetts. Demasiado frío en invierno. Estuve destinado aquí una vez, hace mucho tiempo. Allá en Punta Arenas había una base de guardacostas, ahora cerrada, a la mujer y a mí nos gustaba el clima, la gente, y es que también, qué puñeta, la competencia en este oficio por esos mundos de Dios es muy dura. Así que, con los niños ya criados, nos vinimos para acá -explicó Oreza. -Maneja usted muy bien el barco.

-Sólo faltaría -dijo Partagee-. Son treinta y cinco los años que llevo; más, si cuento los que navegué con mi padre -añadió a la vez que viraba suavemente a babor, para doblar la punta de la isla Mañagaha-. Ya han acabado con la pesca en New Bedford.

-¿Qué son esos armatostes? -preguntó Burroughs a la vez que señalaba al puerto comercial.

-Transportes de automóviles. Al llegar yo esta mañana descargaban jeeps de aquél -dijo el capitán encogiéndose de hombros-. ¡Joder con tanto coche! ¿Sabe? Cuando yo llegué aquí, esto era como el cabo de Cod en invierno. Ahora es como allí en verano. Todos pegaditos.

Partagee se encogió de hombros. Cuanto más turistas, más construían y estropeaban la isla, aunque así también ganaba más dinero. -¿Resulta caro vivir aquí?

-Empieza a serlo -dijo Oreza-. Qué raro... -añadió al ver que otro 747 se elevaba.

-¿Qué?

-Que ése no ha despegado del aeropuerto.

-¿Qué quiere decir?

-Que ha despegado de Kobler. De una vieja pista que utilizaban los BUFF.

-¿Los BUFF?

-Los «burros folladores» -le explicó Partagee-. Los B-cincuenta y dos. Hay cinco o seis pistas en las islas que pueden ser utilizadas por los grandes aparatos. Aeródromos dispersos, de los malos tiempos -añadió-. Kobler está justo al lado de mi antigua base LORAN. Me sorprende que la utilicen. Es más, ni siquiera sabía que hubiese brigadas de mantenimiento.

-No entiendo lo que me dice.

-En Guam había una base del Mando Aéreo Estratégico. Armamento atómico y toda esa mierda, ¿entiende? Y si caía mierda en el ventilador, pues bueno, tenían previsto dispersarse a la base de las fuerzas en Andersen para que un solo misil no acabase con todos. En Saipan hay dos pistas en las que pueden aterrizar grandes aparatos, una en el aeropuerto y otra en Kobler; hay otras dos en Tinian, de la época de la segunda guerra mundial, y otras dos en Guam.

-¿Y son utilizables?

-No hay razón para que no -repuso Oreza-. No es que aquí hiele precisamente mucho como para estropearlas.

Otro 747 despegó del Saipan International y, con el claro cielo de la tarde, vieron que otro llegaba por el este.

-¿Hay siempre tanto tráfico aquí?

-Qué va. Nunca he visto nada igual. ¡Cómo deben de estar los hoteles! -exclamó Oreza, que volvió a encogerse de hombros-. Pues bueno, así, seguro que le comprarán su albacora.

-¿Cuánto me pagarán?

-Le saldrá el barco gratis, Pete. Menudo ejemplar. Claro que eso es por un día. Mañana tendría que pescar otro igual.

-Bah. Si me consigue otro animalito como ése no me importa lo que me cobre.

-¿Lo ve? Así tendrían que ser todos los clientes.

Oreza aminoró la marcha al entrar por las bocanas del puerto deportivo. Enfiló hacia el muelle principal. Tendrían que alquilar la grúa para descargar la albacora. Era el tercer ejemplar más pesado que pescaban con su barco, y el tal Burroughs era un «patrón» como es debido.

-¿Se gana bien la vida con esto?

-Sumado a la pensión sí -asintió Partagee-. No me quejo. Después de treinta años de pilotar barcos de la Armada, ahora tengo uno propio, y ya lo he amortizado.

Burroughs miraba a los mercantes. Cogió los prismáticos del capitán.

-¿Le importa?

-Pero cuélgueselos del cuello -dijo Oreza, que no entendía que a todo el mundo la correa le pareciese un elemento decorativo.

-Claro -obedeció Burroughs-. ¡Son feos con ganas! -exclamó al fijarse en el Orchid Ace.

-No están hechos para ser bonitos sino para transportar muchos coches -dijo Oreza, que maniobraba ya para arrimar el casco.

-No son coches. Parecen... esos trastos que usan en la construcción, bulldozers o...

-¿Ah, sí?

Oreza llamó a su grumete, un chico de la isla, para que subiese a cubierta y lanzase los cabos. Era un buen chico. Tenía quince años y quizá se presentase para entrar en el Servicio de Guardacostas, donde de verdad aprendería. Oreza trataba de enseñarle lo que podía.

-¿Tiene la Armada una base aquí?

-Qué va. La Armada y las Fuerzas Aéreas aún tienen algunas guarniciones en Guam, aunque con muy escasa dotación.

Bueno... Ya estaban. Oreza acababa de dejar el Springer «clavado», perfectamente arrimado al muelle. Como de costumbre, se dijo el antiguo contramaestre que, como a todo buen marino, le encantaba hacer bien su trabajo. Un estibador accionó la grúa y alzó los pulgares al ver la enorme albacora.

Después de asegurarse de que el barco quedaba perfectamente amarrado, Oreza desconectó los motores y se recostó en el asiento. Pronto podría tomarse la primera cerveza de la noche.

-Eh, fíjese en eso -le dijo Burroughs, a la vez que le pasaba los prismáticos.

Partagee los ajustó a su visión antes de enfocar el transporte, que se hallaba frente a la costa. Conocía la estructura de aquel tipo de barco. Había realizado trabajos de revisión en unidades como aquélla cuando estaba de permiso en tierra. Es más: había inspeccionado aquel mismo barco, uno de los primeros que construyeron, específicamente, para el transporte de automóviles. Estaba diseñado para transportar camiones y otra carga, además de automóviles. Las cubiertas estaban sobrecargadas...

-¿Qué?

-¿Sabe qué es eso?

-No.

Era un vehículo-oruga. Quedaba en penumbra, porque el sol ya estaba bajo. Sin embargo, no había duda de que la pintura era oscura y de que llevaba una caja enorme. Luego, vio que le enganchaban algo. Era una especie de lanzamisiles. Recordaba haber visto algo parecido por televisión durante la guerra del Golfo, poco antes de jubilarse. Oreza siguió atento. Ladeó el cuerpo para tratar de enfocar desde un mejor ángulo. En el aparcamiento había otros dos...

-Ah, ya sé. Ya sé de qué va. Maniobras -dijo Burroughs al bajar por la escalerilla de la cubierta principal-. Y ¿ve aquello de allí? Es un caza. Mi primo pilotó uno. Es un Eagle F-15. Un aparato de las Fuerzas Aéreas.

Oreza enfocó con los prismáticos hacia donde indicaba Burroughs y vio que el caza describía un círculo. No había duda: dos sobrevolaban en perfecta formación militar, dos cazas Eagle F-15, que sobrevolaban el centro de la isla en una clásica maniobra de protección del propio territorio, salvo por un detalle... El símbolo nacional de las alas era un círculo rojo.

De nuevo, Jones prefirió trabajar con los listados de la impresora que en pantalla. En pantalla se trabajaba mejor cuando era en directo, pero el play-back de alta velocidad cansaba mucho la vista y aquél era un trabajo que exigía el mayor cuidado. Podía salvar vidas, se mintió. Los oficiales de la sección de oceanografía estudiaron con él los pliegos salidos de la impresora. Empezaron partiendo de la posición a medianoche. Se eligieron las aguas del atolón Kure como área de ejercicios para los submarinos, debido a su proximidad a una serie de hidrófonos, parte del sistema de escuchas electrónicas del Pacífico. La instalación más cercana era una de las más modernas, del tamaño de un garaje o de una casita. Era parte de una red de instalaciones similares. La más próxima se encontraba a cincuenta millas náuticas de allí, pero era más vieja, más pequeña y menos eficaz. Las unía un cable que pasaba por Kure y Midway, donde había un enlace por satélite como apoyo al cable que llegaba hasta Pearl Harbor. El océano era una verdadera red de cables similares. Durante bastante tiempo, a lo largo de la «guerra fría», la Armada de los Estados Unidos instalaba casi tantas líneas como la Bell Telephone y, a veces, alquilaba barcos de esta compañía para la instalación.

-Bien, ahí asoma a respirar un Kurushio -dijo Jones a la vez que encerraba en un círculo rojo unas marcas negras.

-¿Cómo demonios consigue detectar a una unidad que lleva un «Masker»? -preguntó sorprendido uno de los oficiales.

-Bueno, pues porque es un buen sistema pero... ¿lo ha oído usted alguna vez?

-Hace diez años que no he estado en el mar -repuso el oceanógrafo jefe.

-Cuando yo iba en el Dallas, estuvimos jugando al gato y al ratón con el Moosebrugger durante una semana, en el centro AUTEC de las Bahamas.

-Los Mooses llevan un sonar enorme.

-Cierto. Y muy bueno también. Ni nosotros localizábamos al Moosebrugger ni ellos al Dallas. Éramos unas verdaderas madres -explicó Jones, que ya no hablaba como un civil a un experto sino como el orgulloso técnico de sonar que fue y que, por lo visto, era todavía-. Además, tenían un helicóptero que nos llevaba por la calle de la amargura. Pero, bueno -prosiguió, sin dejar de hojear los pliegos-. Entonces caí en la cuenta. El «Masker» suena como gotas de lluvia en una superficie, como una suave lluvia de primavera. No hace apenas ruido, pero sus frecuencias son inconfundibles, y se queda uno con ellas. Entonces comprendí que todo lo que había que hacer era subir a cubierta y ver qué tal tiempo hacía. Si estaba despejado y oías llover... hacia cero-dos-cero, ahí lo tenías. Y ayer estaba despejado al noroeste de Kure. Lo he comprobado con el servicio meteorológico de la flota antes de venir.

-Le juro que tomo nota, señor -le dijo sonriente el oceanógrafo.

-Bien. Tenemos al nipón aquí a medianoche. Veamos ahora si averiguamos algo más -dijo Jones al pasar a la siguiente página del pliego.

En otras circunstancias, habría tomado aquellos trazos como los garabatos que, últimamente, le daba por hacer a su hijo en el empapelado.

-Esto tiene que ser el Ashville -añadió Jones-. Probablemente, a partir de este punto, se aleja a toda máquina para repetir el ejercicio, de acuerdo al guión de las maniobras. Lleva una turbina de alta velocidad, ¿verdad?

-No lo sé.

-Yo sí. Y no creo que lo hubiésemos detectado, con tanta exactitud, de llevar una turbina de patrulla. Triangulemos.

-Casi lo tenemos ya -le informó otro oficial.

Prácticamente los cálculos para triangular un sector (algo que en otros tiempos parecía cosa de magia) se hacían ahora con ayuda del ordenador.

-¿Situación? -preguntó Jones, que alzó la vista y miró al oceanógrafo como si lo examinara.

-La posición es exactamente ésta, la misma que la de la señal del SOS, señor -repuso pacientemente el oficial, que trazó un círculo negro sobre el mapa recubierto de plástico adosado a la pared-. Sabemos dónde está. Lo digo porque el rescate...

-No habrá rescate -lo atajó Jones, a la vez que le birlaba un cigarrillo a un marinero que pasaba por su lado. Al fin me he atrevido a decirlo en voz alta.

-No se puede fumar aquí -le dijo uno de los oficiales-. Hay que salir afuera...

-Bah. Deme fuego y fíjese en esto -le ordenó Jones, que pasó a otra página y comprobó la banda de los 60 Hz-. Estos submarinos de combustible convencional son bastante buenos... Pero si no se los oye es que no emergen a respirar, y si no emergen a respirar no pueden ir muy lejos... El Ashville enfiló a toda máquina hacia aquí y, probablemente, luego dio media vuelta y regresó al mismo punto... -añadió Jones, que pasó a otra página.

-¿No hay rescate posible? -dijo el oficial, que había tardado no menos de treinta segundos en reaccionar y hacerle la pregunta. -¿Sabe cuál es la profundidad en esa zona?

-Lo sé, señor. Pero las salidas de emergencia... Conozco esos submarinos, y hay tres salidas.

Jones, que ni siquiera se molestó en alzar la vista, le dio otra calada a su primer cigarrillo en varios años.

-Sí, las «parideras». Así las llamábamos en el Dallas. «¿Ves, mamá? Si hay problemas, podemos salir por aquí.» ¡Ay...! ¿De verdad cree usted que hay alguien que se atreva a salir por ahí? No. Ni en broma. El submarino está perdido y la tripulación también, irremisiblemente. Lo que trato de averiguar es por qué ha ocurrido.

-Hemos detectado los ruidos al reventar el casco.

-Ya lo sé. Y también sé que dos de nuestros cuatro portaaviones han tenido hoy un pequeño accidente -dijo Jones, porque los hidrófonos de la red de escucha también lo detectaron y se reflejaba en los gráficos salidos de la impresora.

-¿Qué insinúa?

-No insinúo nada.

Jones pasó a otra página. Al pie había como un borrón, que no era sino la representación gráfica de la señal que indicaba el fatal destino del Ashville y de toda...

-¿Qué coño es esto? -exclamó Jones.

-Creemos que es una superposición, señor. La posición es casi la misma que la que indica la señal del Ashville, y pensamos que el ordenador...

-¡Los tiempos no coinciden, joder! ¡Hay más de cuatro minutos de diferencia! -exclamó Jones, que volvió tres páginas más atrás-. Fíjese: hay otro.

-¿El Charlotte?

Jones sintió un escalofrío. Se le iba un poco la cabeza a causa del cigarrillo y recordó por qué lo había dejado. Los trazos del gráfico llevaban la misma «firma»: un submarino de combustible convencional que emergía a respirar y, luego, un «688» a toda máquina. Los sonidos eran muy parecidos, casi idénticos, y la coincidencia de la posición, captada a través de la red de escucha, pudo hacer creer a todos que...

-Llame al almirante Mancuso y pregúntele si ha regresado el Charlotte.

-Pero...

-¡Inmediatamente, oficial!

El doctor Ron Jones se levantó y miró en derredor. Todo era casi como siempre. El personal era el mismo, hacía idéntico trabajo, mostraba similar competencia y, sin embargo, había algo que lo cambiaba todo. Lo que hacía que ahora fuese tan distinto era... ¿Qué era? Aquella espaciosa sala tenía un enorme mapa del océano Pacífico adosado a la pared del fondo. En otros tiempos, en aquel mapa se veían siluetas rojas. Representaban a los submarinos soviéticos, torpederos y unidades de ataque rápido, a menudo cerca de siluetas negras. Así mostraban que la red de escuchas del Pacífico seguía a los submarinos «enemigos», como apoyo a las unidades americanas de ataque rápido. La red tenía también por objeto orientar a los Orion P-3C, dotados de sistema ASW, para que siguieran a los submarinos y, a veces, para acosarlos, ahuyentarlos y dejarles claro quién era el dueño de los mares. Las siluetas que ahora se veían en el mapa eran de ballenas. Algunas tenían nombres propios, como los submarinos rusos, aunque se trataba de nombres como «Moby y Mabel», que designaban una determinada manada con una pareja convenientemente identificada para poder seguirla.

Como ahora no había enemigo, no había apremio. No pensaban de acuerdo al mismo patrón mental al que él se ceñía en otro tiempo, a bordo del Dallas, cuando enfilaban «rumbo norte» para seguir a quienes quizá tuvieran que matar algún día. Jones nunca creyó que de verdad llegase ese momento, aunque tampoco desechó la posibilidad. Y, sin embargo, aquellos hombres y mujeres sí la desechaban. Se les notaba a la legua. No había más que oír en qué tono hablaba el oficial al llamar por teléfono al almirante.

Jones cruzó la sala y le arrebató el teléfono.

-Soy Ron, Bart. ¿Ha vuelto el Charlotte?

-Estamos tratando de comunicar para indicarle que regrese.

-Pues me temo que no van a poder, capitán -replicó el civil en tono sombrío.

-¿Qué quiere decir? -preguntó Mancuso, aunque lo había entendido perfectamente, acostumbrados como estaban ambos a hablarse entre líneas.

-Será mejor que venga aquí, Bart. No bromeo, capitán.

-Dentro de diez minutos -le prometió el almirante.

Jones apagó el cigarrillo en una de las papeleras metálicas y volvió a concentrarse en los gráficos. No iba a serle fácil ahora. Pasó las hojas hasta la última que había examinado. Los gráficos los trazaban unos lápices articulados con unas lanzaderas metálicas. Marcaban los ruidos recibidos en distintas bandas de frecuencia; las bajas frecuencias a la izquierda y las altas a la derecha. La posición venía determinada por los distintos puntos de la banda. Comoquiera que la banda describía un zigzag, parecían fotografías aéreas de dunas de un desierto jamás pisado. Para el experto, sin embargo, cada trazo y cada quiebro tenían un significado. Jones prosiguió con su análisis con mayor detenimiento aún. Incorporaba los datos que llegaban al minuto, pasaba de la banda izquierda a la derecha y hacía continuas anotaciones. Los oficiales que hasta aquel momento lo habían ayudado se limitaron a observar cómo trabajaba el maestro. Eran conscientes de que veía cosas que ellos debieron haber visto y no vieron. Ahora comprendían por qué un hombre más joven que ellos llamaba a un almirante por su nombre de pila.

«¡Atención en cubierta! ¡Llega el almirante!», se oyó de pronto.

A los pocos segundos irrumpió Mancuso en la sala, acompañado del capitán Chambers y de un asistente que se quedó a un lado. El almirante miraba con fijeza a Jones.

-¿Han establecido contacto con el Charlotte, Bart?

-No.

-Acérquese.

-¿Qué trata de decirme, Jones?

Ron señaló con el lápiz rojo a pie de página.

-Ahí ha reventado. Esto es el casco que se hunde.

-Lo sé, Ron -dijo Mancuso, que asintió con la cabeza y suspiró.

-Fíjese aquí. Esto es una maniobra a alta velocidad...

-Entiendo -dijo Chambers-. Si ocurre algo, acelera uno a toda máquina y trata de emerger -añadió, aunque sin acabar de captar la idea.

Quizá es que prefiriese no verlo, pensó Jones. Daba gusto trabajar para oficiales como mister Chambers.

-Sí. Aunque no enfila directamente hacia arriba, mister Chambers. Cambia de sentido aquí, y aquí también -dijo Jones a la vez que movía el lápiz arriba y abajo sobre el gráfico.

Examinó el gráfico también en sentido horizontal, hacia adelante y hacia atrás. La banda se estrechaba y se ensanchaba a medida que variaba la posición.

-No se limitó a subir sino que giró -prosiguió Jones-, a toda la potencia de su turbina de alta velocidad. Y esto es probablemente la firma de un señuelo. Y esto también -añadió-. Ha sido un torpedo. Silencioso, pero fíjese en los distintos cambios de posición. También giraba. Acosaba al Ashville, como se advierte por estas marcas de aquí, que llegan hasta el punto crítico...

Ron encerró en un círculo ambos trazos y, aunque separados en el gráfico por unos 35 cm, las evoluciones de ambos objetos eran casi idénticas.

-... al punto crítico donde se efectúa el lanzamiento.

-Joder -musitó Chambers.

Mancuso se inclinó hacia el gráfico, junto a Jones. Ahora ya lo veía todo claro.

-¿Y éste? -preguntó el almirante.

-Probablemente se trata del Charlotte, que también maniobraría brevemente. Esto y esto de aquí me parecen cambios de posición. El punto crítico no aparece reflejado probablemente porque estaba demasiado lejos y, por la misma razón, tampoco el torpedo -dijo Jones, que volvió a seguir con el lápiz el curso del Ashville- . Aquí. Este submarino japonés hizo el lanzamiento. Y aquí el Ashville trató de esquivarlo pero no pudo. Esto refleja la primera

explosión del torpedo. Los motores dejan de oírse aquí... Lo alcanza a popa. Y aquí explotan las cabezas internas. El Ashville, señor, ha sido hundido por un torpedo, probablemente un Type 89, casi al mismo tiempo que nuestros dos portaaviones sufrían un pequeño percance.

-¡No es posible! -exclamó Chambers.

Jones lo fulminó con la mirada.

-Muy bien. Dígame entonces qué son estas señales -dijo Ron, a ver si de una vez bajaba Chambers de las nubes.

-¡Coño ya, Ron!

-Calma, Wally -le dijo en tono pausado el almirante.

Mancuso volvió a examinar los datos, por si cabía otra interpretación, aunque estaba seguro de que no la había.

-No pierda el tiempo, Bart -le dijo Jones a la vez que señalaba con el lápiz el curso de la Gary-. Será mejor que alguien le diga a esa fragata que se olvide del rescate. Se la juega. Hay en esa zona dos submarinos japoneses armados con torpedos, y ya han disparado en dos ocasiones.

Jones se acercó entonces hacia el mapa de la pared. Cogió un lápiz rojo y trazó dos círculos de un diámetro equivalente a unas treinta millas.

-Están por aquí -prosiguió Ron-. Lo veremos mejor cuando emerjan a respirar. Y, por cierto, ¿qué unidad de superficie es ésa?

-Un guardacostas, según se nos ha informado. Es suyo, y se ha ofrecido a participar en las tareas de rescate -contestó Mancuso.

-Pues tendríamos que ir pensando en eliminarlo -aventuró Jones.

También trazó un círculo rojo en la posición del guardacostas. Se decidió a proponer algo semejante porque la unidad de superficie que acababa de marcar en rojo era ya un barco enemigo. Un blanco.

-Hemos de consultar con el alto mando.

-Sí,señor. Creo que debemos hacerlo -asintió Jones.

22. La dimensión global

La explosión fue tremenda. Se produjo frente al Tricomalee Trade-winds, un nuevo hotel de lujo construido con capital básicamente hindú. Varias personas que se hallaban a unos cincuenta metros recordarían el vehículo, una pequeña furgoneta blanca, aunque suficiente para transportar media tonelada de AMFO, una mezcla explosiva hecha a base de un fertilizante nitrogenado y combustible diesel. Era una pócima fácil de hacer en una bañera o en una lavadora y, en cualquier caso, con potencia suficiente para arrancar de cuajo la fachada de aquel hotel de diez pisos, matar a veintisiete personas y herir a un centenar.

Apenas se había extinguido el ruido de la explosión cuando se recibió una llamada en la agencia local de la Reuter.

«La última fase de la liberación ha empezado -dijo una voz que, probablemente, leía un comunicado, como solían hacer los terroristas- El pueblo tamil tendrá su patria y su autonomía o no habrá paz en Sri Lanka. Esto no es más que el principio del final de nuestra lucha. Haremos explotar una bomba diaria hasta lograr nuestro objetivo.»

Eso fue todo.

Desde hacía más de un siglo, el de la Reuter era uno de los más eficientes servicios de noticias, y la oficina de Colombo no era una excepción, ni siquiera en fin de semana. A los diez minutos ya había telegrafiado la noticia (en la actualidad existe ya enlace por satélite) a la central de la agencia en Londres, desde donde se distribuyó a todos los medios como «flash» informativo.

Muchos organismos norteamericanos recibían como algo rutinario noticias de agencia: el FBI, el Servicio Secreto, los distintos servicios de Inteligencia y el Pentágono. Y también se

recibían en el Departamento de Cifra de la Casa Blanca. De manera que veinticinco minutos después de producirse la explosión, una sargento de las Fuerzas Aéreas posó la mano en el hombro de Jack Ryan. El consejero de Seguridad Nacional abrió los ojos y vio que un dedo señalaba hacia arriba.

-Un despacho de agencia, señor -le musitó la suboficial.

Ryan asintió con expresión somnolienta, se desabrochó el cinturón de seguridad y dio gracias a Dios por no haber bebido demasiado en Moscú. Con las tenues luces de la cabina, todo el mundo se había quedado frito. Tuvo que pasar por encima de la mesita para no despertar a su esposa. Se trastabilló, y a poco se cayó de no sujetarlo la sargento por el brazo.

-Gracias, sargento.

-De nada, señor.

Ryan la siguió por la escalera de caracol y fue al centro de comunicaciones de la cabina superior.

-¿Qué ocurre? -dijo, sin atreverse a preguntar la hora.

Preguntarlo equivalía a seguir con una retahíla de preguntas: la hora en Washington, la del huso horario en el que se encontraba el aparato y la del lugar de donde procedía la noticia. Otra ventaja más del progreso, pensó Ryan, al acercarse a la impresora térmica. De manera que en lugar de preguntar ¿qué hora es?, había que decir ¿qué ahora es? En el centro de comunicaciones, la oficial de guardia era una teniente de color, delgada y bonita.

-Buenos días, doctor Ryan. La Oficina de Seguridad Nacional me ha dicho que le pase esto -dijo ella, a la vez que le tendía aquel resbaladizo papel que tanto detestaba Jack.

Bueno, por lo menos las impresoras térmicas eran silenciosas, aunque, de todas maneras, en aquel centro de comunicaciones había tanto ruido como en todos. Jack leyó el despacho de la Reuter, demasiado reciente para que ni la CIA ni ningún otro organismo lo hubiese analizado.

-Es la señal que nos temíamos. Bien, páseme una línea telefónica de seguridad.

-Acaba de recibirse algo más -dijo un compañero de la teniente, que le tendió a Jack unos papeles-. La Armada ha tenido un mal día.

-¿Pues? -dijo Ryan, que se sentó en una silla acolchada y encendió una lamparita de lectura-. ¡Mierda! -exclamó al leerlo-. ¿Pueden mandar que me traigan café, teniente, por favor?

-¿Primera llamada? -le preguntó la oficial, tras mandar a por el café a un subalterno.

-JUJEM. Con el oficial de guardia.

El consejero de Seguridad Nacional miró el reloj, echó cuentas y vio que apenas había dormido cinco horas. No era probable que pudiera dormir mucho más desde donde se encontraba hasta Washington.

-Por la tres, doctor Ryan. Es el almirante Jackson.

-Aquí ESPADACHÍN -dijo Ryan.

Se identificó con el nombre que, oficialmente, tenía en los códigos del Servicio Secreto. Trataron de endilgarle el de PISTOLERO, en una dudosa muestra de respeto por su época de activista.

-Aquí CENTRALITA. ¿Tenéis buen vuelo, Jack?

A Jack no dejaba de asombrarle que aquellas líneas digitales de seguridad transmitiesen la voz de manera tan nítida. No sólo reconocía la de su amigo sino incluso su buen humor. Y también que era algo forzado.

-Los drivers de las Fuerzas Aéreas sí que son buenos. Podrías aprender de ellos. Y, bien, ¿qué ocurre? ¿Qué os cocináis?

-La flota del Pacífico ha tenido un pequeño percance hace unas horas.

-Lo sé. Cuéntame antes lo de Sri Lanka -le dijo ESPADACHÍN.

-Sé poco más que lo que dice el despacho. Tenemos algunas fotos, y esperamos un vídeo dentro de media hora. Acaba de informarnos el consulado de Tricomalee. Confirman el incidente. Creen que sólo ha resultado herido un ciudadano norteamericano. No está grave,

pero quiere que lo evacúen lo antes posible. Mike está acorralado. Al ponerse el sol, va a intentar una maniobra para salir. Por lo visto, nuestros amigos están muy inquietos. Sus anfibios siguen amarrados, pero le hemos perdido la pista a la brigada. La zona en la que suelen hacer sus correrías está vacía. Son datos de hace tres horas.

Ryan asintió con la cabeza. Descorrió el postiguillo de plástico de su lado. Estaba oscuro. No se veían luces abajo. O sobrevolaban ya el océano o estaba nublado. No veía más que la luz parpadeante de la punta del ala del aparato.

-¿Se corren allí peligros inminentes?

-No -contestó el almirante Jackson-. Calculamos que habrá de pasar una semana, como mínimo, antes de tomar medidas, aunque también vemos claro que es probable que se tomen. Eso opinan quienes tú sabes. Y, ah, Jack -añadió Robby-, el almirante Mike Dubro necesita instrucciones sobre lo que haya de hacerse, y las necesita en seguida.

-Entendido -dijo Ryan, que no dejaba de tomar notas en uno de los blocs del avión presidencial que los periodistas aún no se habían agenciado-. No te retires -añadió mirando a la teniente-. ¿Hora estimada de llegada a Andrews?

-Tardaremos entre siete y siete horas y media, señor. Los vientos son muy fuertes. Nos acercamos a la costa de Islandia.

-Gracias -dijo Jack-. Oye, Robby, tardaremos unas siete horas y media. Habré hablado con el presidente antes de llegar. Prepara una reunión informativa para unas dos horas después de la llegada.

-Recibido.

-Bien. Y ahora cuéntame qué ha pasado con esos portaaviones.

-Por lo visto, una de esas latas de sardinas de los japoneses tuvo una avería y largó sus Marks 50. Les dieron por el culo a los dos. Al Enterprise le han inutilizado las cuatro turbinas y al Stennis tres. No ha habido muertos, sólo algunos heridos leves.

-Pero, bueno, Robby, ¡cómo puñeta!

-Oye, ESPADACHÍN, que yo no soy más que un empleado. No lo olvides.

-¿Cuánto tiempo habrán de estar en el dique seco?

-Necesitarán entre cuatro y seis meses para repararlos. Eso nos han dicho. Y aguarda un momento, Jack...

Aunque dejó de oír la voz, Jack oyó murmullos y ruido de papeles.

-Aguarda un momento... Que acaba de llegar otra cosa.

-No te preocupes que no cuelgo, no -dijo Ryan, que aprovechó para tomar otro sorbo de café y seguir dándole vueltas a la hora que debía de ser.

-Esto es grave, Jack. Hemos perdido un submarino de la flota del Pacífico.

-¿Cómo dices?

-El Ashville, un nuevo seis, ocho, ocho. Su BST-tres lanzó un SOS. El Stennis ha enviado un aparato para comprobarlo. Una unidad de superficie va también hacia la zona. Esto no me gusta nada.

-¿Qué tripulación lleva? ¿Un centenar?

-Más. Unos ciento veinte o ciento treinta. ¡Joder...! No ocurría algo así desde que yo iba a la escuela.

-¿Realizábamos maniobras conjuntas con ellos, no?

-Si, DATELINE PARTNERS. Acabaron justo ayer. Hasta hace un par de horas todo parecía ir bien. Y, de pronto, todo se ha ido a la mierda...

La voz de Jackson casi se perdió durante unos momentos.

-Otra señal -dijo a continuación el almirante-. Primer informe del aparato enviado por el Stennis.

-¿Cómo dices?

-Que han enviado un Viking S-3, dotado de ASW, con cuatro tripulantes. Que no hay supervivientes del submarino. ¡Mierda! -exclamó Jackson, aunque no le sorprendió-. Bueno, Jack. He de hacer otras cosas urgentes.

-Entendido. Tenme informado.

-Por supuesto. Corto.

Ryan apuró el café y tiró el vasito de plástico a una papelera atornillada al suelo de la cabina. No servía de nada despertar ya al presidente. Durling necesitaba dormir. En cuanto desembarcase, iba a encontrarse con una crisis financiera, un escándalo político, y con los prolegómenos de una guerra en el océano indico; aparte de que la ya peliaguda situación con Japón no haría sino agravarse tras el desgraciado accidente del Pacífico. Por lo menos en algo, Durling se merecía tener un poco de suerte, ¿no?

Dio la casualidad de que el coche de Oreza era un Toyota Land Cruiser blanco, muy popular en la isla. Iba con su cliente hacia el coche cuando otros dos, idénticos, entraron en el aparcamiento del puerto deportivo. Se apearon seis personas y se dirigieron hacia ellos. El ex contramaestre se detuvo en seco. Había salido de Saipán poco antes de amanecer, después de pasar a recoger a Burroughs por el hotel para llegar al caladero a la hora en que desayunan los atunes. Y aunque observó bastante movimiento en los muelles o, mejor dicho, más del habitual, todo le pareció discurrir como de costumbre.

En cambio ahora no. Aquellos cazas japoneses que sobrevolaban la isla... Seis tipos de uniforme y pistola al cinto que iban derechos hacia su cliente... Parecía cosa de película, pensó; de una de esas estúpidas miniseries de televisión de cuando existían los rusos.

-Hola. ¿Qué tal se ha dado la pesca? -le preguntó uno del grupo, que Oreza vio por sus galones que era un capitán.

También reparó en que llevaba la insignia del cuerpo de paracaidistas sobre el bolsillo izquierdo de la pechera; allí plantado, en plan sonriente y amistoso.

-Pues me he traído una albacora enorme -contestó Pete Burroughs, más exultante aún a causa de las cuatro cervezas que se había bebido.

-¡Vaya! ¿Puedo verla? -le preguntó el oficial.

-¡No faltaría más! -exclamó Burroughs, que dio media vuelta y los condujo al muelle, en donde la albacora colgaba aún de la grúa, cabeza abajo.

-¿Es suyo el barco, capitán Oreza? -le preguntó el militar.

Sólo uno de los hombres del pelotón acompañó a su capitán. Los otros se quedaron atrás, muy atentos, como si cumpliesen órdenes de... de la índole que fuese, pensó Partagee. Tampoco le pasó inadvertido que el capitán se había tomado la molestia de averiguar su nombre.

-En efecto, señor. ¿Le interesa la pesca? -preguntó Oreza con sonrisa de inocentón.

-Mi abuelo era pescador -contestó el ishii.

-El mío también. Tradición familiar -dijo Partagee, que sonrió de nuevo y asintió con la cabeza.

-¿Es muy larga esa tradición?

-Más de cien años -repuso Partagee, ya al pie del Springer y sin dejar de sonreír ni un momento.

-Ajá. Tiene usted un hermoso barco. ¿Puedo verlo por dentro?

-Pues claro.

Partagee pasó delante y lo invitó a seguirlo con un ademán. Reparó en que el sargento que acompañó al capitán permanecía en el muelle con mister Burroughs, a unos dos metros de él. Llevaba al cinto una SIG P220, la pistola reglamentaria del Ejército japonés. La alarma de Oreza subió de punto.

-¿Por qué Springer?

-Es una raza de perros de caza.

-Ah, sí, muy bueno -dijo el oficial, a la vez que miraba en derredor-. ¿Qué tipo de radio lleva un barco como éste? ¿Son caras?

-Se la enseñaré -le dijo Oreza ya bajo cubierta-. Es una NEC, de fabricación japonesa, una radio corriente de VHF. Y aquí tengo toda mi parafernalia: controles de navegación, sonda de profundidad, localizador de bancos, radar -añadió a la vez que le daba una palmadita a cada uno de los instrumentos.

Todo era de fabricación japonesa; de muy buena calidad, barato y preciso.

-¿Lleva armas a bordo?

Ya estamos...

-¿Armas? ¿Para qué?

-¿No se suele llevar armas en la isla?

-Me parece que no -dijo Oreza-. Nunca me ha atacado ningún pez. Yo no tengo; ni siquiera en casa -añadió Partagee, que notó que el oficial lo acogía como una buena noticia.

-Oreza... ¿De dónde procede su apellido? -preguntó el ishii, a quien aquel nombre le sonaba a isleño.

-¿Al origen, se refiere usted? Portugués. Mis antepasados se establecieron aquí hace muchísimos años.

-¿Y lleva aquí mucho con su familia?

-!La tira! -exclamó Oreza.

Cinco años eran mucho tiempo, ¿no? Y, además, marido y mujer constituían ya una familia, ¿o qué?

-Su emisora (de VHF, me ha dicho que es), ¿es de corto alcance, verdad? -le preguntó.

El capitán no dejaba de mirar en derredor por si había otros instrumentos, aunque estaba claro que no los había.

-Prácticamente sólo alcanza al horizonte.

-Muy bien. Gracias. Un bonito barco. Está usted orgulloso de él, ¿cierto?

-Pues... la verdad, sí, señor.

-Gracias por habérmelo mostrado. Puede salir ya -le dijo el capitán, sin acabar de percatarse de lo inadecuada que era su última frase.

Oreza lo acompañó hasta el muelle y el militar se alejó sin añadir nada más. Partagee lo siguió con la mirada hasta que se hubo reunido con sus hombres.

-¿De qué va...?

-¿Quiere callarse la boca un minuto, Pete?

Le dio la orden en un tono de contramaestre que surtió el efecto deseado. Fueron hacia el coche de Oreza y dejaron que ellos se alejasen. Marchaban como hacen los soldados, exactamente a ciento veinte pasos por minuto; el sargento a un paso por detrás de su capitán y a la izquierda, a su mismo paso. Cuando el pescador hubo entrado en su coche, vieron que había otro Toyota Land Cruiser en la entrada del aparcamiento del puerto deportivo. En el interior había tres hombres de uniforme.

-¿Maniobras? ¿Juegan a los soldados o qué pasa? -preguntó Burroughs ya en el coche junto a Oreza.

-Esto me huele muy mal, Pete -repuso Partagee, que arrancó y salió del aparcamiento.

Giró a la derecha para coger la carretera de la playa que iba hacia el sur. A los pocos minutos, pasaron frente a los muelles del puerto comercial. Partagee se lo tomó con calma, sin saltarse ni una señal. Dio gracias al cielo por tener un coche del mismo modelo y color que el que utilizaban los soldados.

Aunque no todos.

Los vehículos que descargaban del Orchid Ace eran, en su mayoría, de color verde oliva. De los autocares del servicio regular al aeropuerto bajaban «pasajeros» con uniformes del mismo color. Parecían dirigirse a un punto de encuentro para luego dividirse, unos para subir a los vehículos militares y otros para ir al barco a descargar sus unidades.

-¿Qué son esa especie de cajones?

-Los llaman LMM: lanzamisiles múltiples -contestó Oreza, que vio que había seis.

-¿Para qué los utilizan? -preguntó Burroughs.

-Pues para matar gente -contestó escuetamente Partagee.

Al pasar por el ramal interior de los muelles, que comunicaba con la carretera, un soldado les hizo enérgicas señales para que siguiesen adelante. Más camiones y la de Dios. Más soldados, puede que unos quinientos o seiscientos. Oreza siguió hacia el sur. En cada cruce importante había un Land Cruiser estacionado, y no menos de tres soldados en el interior, algunos con pistola al cinto y otros con subfusil colgado del cuello. Tardaron varios minutos en advertir que no había un solo coche de la policía.

-¿No vamos a mi hotel? -preguntó Burroughs, al ver que Oreza giraba a la izquierda y cogía la autopista Wallace.

-¿Qué tal si cenásemos en mi casa esta noche? -contestó Oreza, que siguió cuesta arriba, dejó atrás el hospital y se adentró luego en su urbanización.

Pese a ser hombre de mar, a Partagee le gustaba vivir en la zona alta, entre otras cosas porque allí tenía una bonita vista de la parte sur de la isla.

Su casa era de tamaño mediano y tenía muchísimas ventanas. Isabel, su esposa, trabajaba de administrativa en el hospital. Lo tenía tan cerca que podía ir a pie, si estaba de humor para caminar. Aquella tarde, desde luego, no estaba de muy buen humor. Al asomar Oreza por la rampa, ya esperaba ella en la puerta.

-¡Qué está pasando aquí, Manni?

Se notaba que era del mismo origen que Partagee. Bajita, redondita y cetrina, aunque ahora estuviese pálida.

-Dentro hablamos. Mira, cariño, te presento a Pete Burroughs. Hemos salido a pescar hoy -dijo Oreza en tono sereno, aunque dirigió una escrutadora mirada en derredor.

Al este se veían las luces del tren de aterrizaje de cuatro aparatos. Iban en formación, separados por 3 o 4 km, ya en maniobra de aproximación a las dos grandes pistas de la isla.

Hasta que hubieron entrado y cerrado la puerta, ninguno de los tres abrió la boca.

-No van los teléfonos. He intentado llamar a Rachel y me ha salido una grabación de la Telefónica. Las comunicaciones con el exterior están cortadas. Al ir a comprar al paseo...

-¿Soldados? -la atajó Partagee.

-A montones..., y son todos...

-Japoneses.

El contramaestre jubilado del Servicio de Guardacostas de los Estados Unidos volvió a hablar por ella.

-Vamos..., que ése no es el modo más amable...

-Tampoco lo es la invasión, mister Burroughs.

-¿Qué?

Oreza cogió el teléfono de la cocina y oprimió una tecla que marcaba, automáticamente, el número de la casa de su hija en Massachusetts.

«En estos momentos no podemos atender su llamada. Una avería en la línea del cable ha interrumpido, temporalmente, el servicio transpacífico. Se reanudará tan pronto lo solucionen nuestros técnicos. Gracias por su comprensión.»

-¡A tomar por el culo! -le espetó Oreza a la encintada-. ¡Y una mierda el cable! ¿Y el enlace por satélite qué?

-¿No se puede llamar al exterior? -preguntó Burroughs, pues, aunque algo lento de comprensión, por lo menos aquello lo había entendido.

-No. Parece que no.

-Pruebe con esto -dijo el ingeniero informático, que metió la mano en el bolsillo y sacó un teléfono móvil.

-Yo tengo uno -dijo Isabel--. No obstante, tampoco funciona. Es decir, para llamar a la isla sí, pero...

-¿Qué número es?

-Prefijo seis-uno-siete -contestó Partagee, que le dio el resto del número.

-Un momento, que necesito el prefijo de Estados Unidos.

-No le va a funcionar -insistió mistress Oreza.

-¿Aún no tienen aquí telefonía móvil por satélite? -dijo Burroughs sonriente-. En mi empresa nos han comprado estos aparatitos. Con esto puedo incluso enviar faxes -añadió a la vez que le pasaba el teléfono-. Ya suena.

Era un sistema completamente nuevo. Aún no se había vendido ninguno de aquellos teléfonos en la isla. Los militares japoneses se tomaron la molestia de comprobarlo la semana anterior. Sin embargo, se trataba de un sistema global y para nada afectaba que aún no hubieran vendido allí ningún aparato. La señal del teléfono la recibía alguno de los treinta y cinco satélites, situados en órbita baja, y la retransmitía al repetidor más cercano. El más próximo era el de Manila, aunque sólo con una diferencia de 50 km con respecto a Tokio. En cualquier caso, bastaba un kilómetro para que el programa del sistema conectase con el repetidor más próximo. La estación terrestre de Luzón llevaba en funcionamiento sólo ocho semanas y, de inmediato, transmitió la llamada a otro satélite (un enorme Hughes en órbita geosincrónica sobre el Pacífico) que la devolvió a una estación terrestre de California y, desde allí, por cable de fibra óptica a Cambridge, en Massachusetts.

-¿Diga? -dijo una voz nada amistosa, porque, de acuerdo al horario de la Costa Este de Estados Unidos, eran las cinco de la madrugada.

-¿Rachel?

-¿Eres papá?

-Sí, cariño.

-¿Estáis bien? -le preguntó su hija con ansiedad.

-¿Por qué?

-He intentado llamar a mamá, pero sale una grabación que dice que habéis tenido una fuerte tormenta, y que se han averiado las líneas.

-No ha habido ninguna tormenta, Rachel -dijo Oreza sin pensarlo dos veces.

-¿Qué ocurre entonces?

¡Dios! ¿Y ahora por dónde empiezo yo?, se preguntó Partagee. ¿Y si nadie...? ¿Sería posible?

-Un momento, Partagee -dijo Burroughs.

-¿Qué pasa? -preguntó Oreza.

-¿Qué pasa, papá? -preguntó también su hija, como era lógico. -Un momento, cariño. ¿Qué sucede, Pete? -insistió Oreza, que tapó con la mano el micrófono.

-Supone usted que se trata de una invasión, de una guerra, de una operación y todo eso, ¿no?

-Pues sí, tiene pinta de eso -contestó Partagee.

-Entonces... ¡cuelgue inmediatamente! -le dijo en un tono de inequívoca alarma.

Aunque ninguno de los dos se había detenido a analizar la situación, la asimilaban desde distintas perspectivas y a distinta velocidad.

-Te volveré a llamar, cariño. Está tranquila por nosotros. Adiós -dijo Oreza a la vez que oprimía la tecla de desconexión-. ¿Se puede saber qué ocurre, Pete?

-¿Esto no será una broma, verdad? No se tratará de un numerito para consumo de turistas, ¿verdad?

-¡Dios! Necesito una cerveza -dijo Oreza, que abrió el frigorífico y sacó una.

Lo que menos le importaba en aquellos momentos, era que fuese de una marca japonesa. Le pasó otra a su invitado.

-¿No irá a creer que es teatro? No olvide que hemos visto, por lo menos, un batallón, vehículos mecanizados, cazas. Y aquel memo del muelle ha mostrado mucho interés por mi radio de a bordo.

-De acuerdo -dijo Burroughs, que abrió la lata de cerveza y echó un largo trago-. Pues si esto va en serio para los militares, también va en serio para los fontaneros.

-¿Para los fontaneros? No lo entiendo -dijo Partagee, que tardó unos instantes en rebobinar su memoria-. Ah... ¿Que lo pueden «pinchar», verdad?

-En el Centro de la Red de Sonar, señor. Ya conoce usted al capitán Chambers. Éste es el doctor Ron Jones...

-¿El experto en sonar de quien tanto presumía usted? -preguntó el almirante David Seaton, que se permitió así un momento de distensión, aunque muy breve.

-En efecto, señor. Hemos ido al CERESO a comprobar los datos sobre...

-No hay supervivientes, Bart. Lo siento, pero la dotación del S-tres dice que...

-Los han matado, señor -lo interrumpió Jones.

Estaba harto de tanto prolegómeno. Su tajante afirmación dio un brusco giro a la entrevista.

-¿Qué quiere decir, doctor Jones? -le preguntó el almirante Seaton tras vacilar unos instantes.

-Quiero decir que el Ashville y el Charlotte han sido torpedeados y hundidos por submarinos japoneses, señor.

-Calma, hijo, calma. ¿El Charlotte también, dice usted? -exclamó Seaton, que ladeó la cabeza hacia Mancuso-. ¿Qué significa esto, Bart?

-Puedo demostrarlo, señor -dijo Jones, sin darle a Mancuso la oportunidad de contestar-. Sólo necesito una mesa y luz -añadió a la vez que le mostraba el pliego que Llevaba bajo el brazo.

-Parece que Jones está en lo cierto, señor -dijo Mancuso con expresión contristada-. No han sido accidentes.

-Miren, tengo a quince oficiales japoneses aquí mismo, en el centro de mando, que tratan de explicarme cómo funcionan sus sistemas de control del armamento de sus unidades y...

-¿También tiene usted oficiales de la Armada, no? -replicó Jones con frialdad-. Sus unidades llevaban torpedos reales, ¿no es así?

-Muéstreme lo que tiene ahí -le ordenó Dave Seaton.

El almirante de la CINCPAC señaló a su mesa y Jones le mostró los gráficos salidos de la impresora del ordenador. El almirante no era, quizá, quien mejor podía entenderlos pero, por lo menos, estaba calladito. Los posteriores análisis del CERESO permitían ver incluso las unidades de superficie y los torpedos antisubmarinos Mark 50 que inutilizaron la mitad de los portaaviones de la flota del Pacífico. Las nuevas instalaciones de sonar frente a la costa del atolón Kure eran formidables, pensó Jones.

-Fíjese en qué espacio de tiempo ha sucedido todo esto, señor. En unos veinte minutos. Han muerto doscientos cincuenta hombres, y no ha sido por accidente.

Seaton meneó la cabeza como un caballo que se espanta las moscas.

-Calma. No se me ha dicho una palabra... Me refiero a que no había amenazas. Ni la menor indicación de que...

-Pues ahora las hay, señor -dijo Jones, que no cejaba un ápice en su firmeza.

La actividad era febril en la CINCPAC (Comandancia Integrada de los Contingentes del Pacífico). Tradicionalmente, la suprema jefatura la ostentaba un almirante de la Armada, desde los tiempos de Chester Nimitz. En aquellos momentos había un enorme trajín. Casi todos iban de uniforme. El personal civil rara vez trabajaba los fines de semana y, salvo para unos pocos, era en cualquier caso demasiado tarde para que estuviese en sus puestos.

Nada más trasponer el control de seguridad, Mancuso se percató del ambiente que se respiraba. Oficiales que se cruzaban con el ceño fruncido y que avivaban el paso, como para alejarse de la cargada atmósfera de las oficinas. Nadie quería cargar con ningún chaparrón.

-¿Dónde está el almirante Seaton? -preguntó el comandante de la Flota de Submarinos del Pacífico al suboficial más cercano.

El suboficial se limitó a señalar hacia su despacho y Mancuso fue para allá seguido de Chambers y Jones.

-¿Dónde demonios se había metido? -le preguntó el comandante de la CINCPAC al verlos entrar.

-Pero...

-¡Joder, almirante! -estalló Jones-. Aquí lo tiene bien claro y por escrito. Hay copias de esto en el CERESO. Hay cintas grabadas. Puedo mostrárselo incluso por televisión. ¿Quiere usted enviar a sus propios expertos? Pues, coño, ¿están aquí, no? -añadió Jones, a la vez que señalaba a Mancuso y a Chambers-. Hemos sido atacados, señor.

-¿Qué probabilidades hay de que se haya tratado de un error? -preguntó Seaton, más blanco que la camisa de su uniforme de cuartel.

-Más bien ninguna. Claro que también puede aguardar usted a verlo publicado en el New York Times, si quiere usted confirmación.

La diplomacia nunca había sido el fuerte de Jones que, además, estaba demasiado indignado para moderarse.

-Óigame usted... -dijo Seaton, que se contuvo y miró a Mancuso-¿Bart?

-No puedo negar la evidencia, señor. De haber visto algún resquicio, alguna falla, Wally y yo nos hubiésemos percatado. Los del CERESO son de la misma opinión, aunque también a mí me resulta difícil creerlo -admitió Mancuso-. El Charlotte no ha regresado y...

-¿Y por qué no ha emitido el Charlotte señal de que se hundía? -preguntó el comandante de la CINCPAC.

-Los instrumentos del sonar van ahora instalados fuera del casco, a popa. Algunos de mis capitanes los soldaron. ¿Recuerda que el año pasado varios pusieron objeciones a instalarlos dentro? Además, el torpedo pudo destrozar el circuito o, por la razón que fuese, no ha funcionado. Captamos la señal del ruido del Charlotte al aproximarse a la posición, y no respondió a nuestra orden de comunicarse de inmediato con nosotros. Señor no hay nada que indique que el submarino sigue sin novedad.

Las palabras de Mancuso oficializaban el desastre. Sobraban más comentarios.

-En definitiva, que lo que me dice es que estamos en guerra -dijo Seaton con un hilillo de voz.

-Sí, señor -confirmó Mancuso.

-Nada parecía indicarlo -lamentó Seaton.

-Ya. Es admirable el sentido de la tradición que tiene esa gente, ¿verdad? -comentó Jones, aunque olvidaba que la última vez sí hubo cumplidas advertencias, aunque todas desoídas.

Pete Burroughs no se terminó su quinta cerveza del día. La noche no fue precisamente tranquila. Aunque el cielo estuviese despejado y tachonado de estrellas, unas luces más brillantes siguieron aproximándose a Saipan a favor de los alisios, que facilitaron el aterrizaje en las dos pistas construidas por los norteamericanos en la isla. Cada reactor jumbo debía de transportar, por lo menos, doscientos soldados; probablemente, cerca de trescientos. Desde allí veían los dos aeródromos. Los prismáticos de Oreza eran lo bastante potentes como para ver el aparato y los camiones-cisterna, que se arrimaban a repostar a los recién llegados reactores. Así podían volver rápidamente a su base para seguir con aquel puente aéreo. A nadie se le ocurrió echar cuenta hasta que ya fue demasiado tarde.

-Se acerca un coche -advirtió Burroughs al ver el resplandor de unos faros.

Oreza y él se retiraron hacia uno de los lados de la casa para ocultarse en la sombra. Era otro Toyota Land Cruiser, que siguió calle adelante y dio la vuelta al ver que no tenía salida. Se alejó sin haber hecho más que echar un vistazo y, a lo sumo, contar los coches que había en los accesos de las casas. Aunque lo más probable era que hubiese ido a ver si había grupos de gente reunidos de manera inconveniente.

-¿Tiene idea de lo que hay que hacer? -le preguntó Burroughs a Oreza cuando el coche hubo desaparecido.

-No olvide que fui guardacostas, eh. Ésta es una movida de la Armada. Más concretamente aún: típica de marines.

-Desde luego, movida lo es. ¿Cree que las autoridades de aquí ya se habrán dado cuenta de lo que ocurre?

-Forzosamente. Alguien tiene que haberlo visto -dijo Partagee, que bajó los prismáticos y volvió al interior de la casa-. Lo podemos ver desde el dormitorio. No llamará la atención que las ventanas estén abiertas, porque nunca las cerramos.

La suave temperatura, las frescas y agradables noches que proporcionaba la brisa del mar, era una de las razones que lo impulsaron a instalarse en Saipan.

-¿A qué se dedica usted exactamente, Pete?

-A los ordenadores. En varios campos, en realidad. Tengo un master en ingeniería informática. Mi verdadera especialidad es la comunicación entre ordenadores. He trabajado en ocasiones para organismos del Estado. Mi empresa provee a muchas entidades oficiales, aunque... en una línea distinta a la mía -le explicó Burroughs, que miró en derredor de la cocina.

Mistress Oreza había preparado una cena ligera que tenía muy buen aspecto, aunque se les iba a enfriar.

-¿Teme que alguien tenga «pinchado» su teléfono?

-Quizá sea una paranoia, porque da la casualidad que mi empresa fabrica los chips para los scanners que utiliza el Ejército para ese cometido.

Oreza se sentó y empezó a servirse pescadito frito.

-No creo que existan ya paranoias.

-Le escucho, capitán -dijo Burroughs, que optó por servirse también, aunque un poco más que su anfitrión-. ¿Quiere adelgazar? -añadió, a la vez que le dirigía una mirada de aprobación a la fritura.

-No nos vendría mal ni a Izzi ni a mí -masculló Oreza-. Asistió a un curso de... dietética y todo eso.

Burroughs miró en derredor. Aunque tenían comedor en la casa, comían en la mesa de la cocina, como la mayoría de los jubilados (que es como él los veía, aunque no lo fuesen). El fregadero y el mármol estaban muy aseados y el ingeniero se fijó en cómo brillaban las cacerolas y la vajilla. Además de las naves del hospital, Isabel Oreza tenía aquella otra, y estaba bien claro cómo la gobernaba.

-¿Voy a trabajar mañana? -le preguntó a su esposo, pensativa, ante el cariz que tomaban los acontecimientos.

-Pues no lo sé, cariño -le contestó Oreza, que se quedó a su vez pensativo al responder. ¿Qué haría? ¿Salir a pescar como si tal cosa?

-Un momento... -dijo Pete, que no le había quitado ojo a las cacerolas.

Se levantó, se acercó al mármol en dos zancadas y cogió la cacerola más grande. Tenía 40 cm de diámetro y unos 15 de profundidad. El fondo era liso y circular, de unos 7,5 cm, pero el resto era esférico, casi parabólico. Sacó el teléfono que llevaba en el bolsillo de la camisa. Nunca había medido la antena y, al extenderla, vio que tenía menos de 10 cm.

-¿Tiene un taladro? -preguntó mirando a Oreza.

-Claro. ¿Por qué?

-Lo de «pinchar», coño. ¿Se acuerda? ¡Ya lo tengo!

-No lo cojo, Pete.

-Taladramos el fondo y pasamos la antena. Estas cacerolas son de acero inoxidable. Reflejan las ondas de radio como una antena de microondas. Emite de maravilla. Y hasta más claro, leche.

-Como si le pusiera una parabólica al teléfono de casa, ¿no?

-Pues... más o menos. Dejémoslo en eso, capitán. ¿No lo en-tiende? ¿Y si nadie logra llamar por teléfono al continente y no se enteran de lo que ocurre?

Burroughs no tenía aún las cosas muy claras, aunque sí se había percatado de que la situación era alarmante. «Invasión» significaba «guerra». Y la guerra, en este caso, era entre los Estados Unidos y Japón. Por inverosímil que pareciese, era la única explicación a todo lo que había visto a lo largo del día. Y si se trataba de una guerra, él era allí un enemigo extranjero. Igual que sus anfitriones. Aunque no le pasó inadvertido lo bien que se manejó Oreza con ellos en el puerto deportivo.

-Voy a por el taladro -dijo Partagee-. ¿Cómo tiene que ser el agujero?

Burroughs le pasó el teléfono. Iba a lanzárselo, pero se abstuvo de hacerlo al pensar que aquélla era quizá su más valiosa pertenencia. Oreza se fijó en el diámetro de la base de la antena y fue a por su caja de herramientas.-Diga.

-¿Rachel? Soy papá.

-¿De verdad estáis bien? ¿Podemos llamaros ya ahí?

-Oye, cariño, estamos bien, pero aquí hay problemas.

¿Cómo puñeta se lo explicaba?, se preguntó Partagee. Rachel Oreza Chandler trabajaba en la fiscalía de Boston, aunque pensaba dejar el funcionariado y ejercer de criminalista por su cuenta. Aunque profesionalmente fuese a reportarle aún menos satisfacciones, se trabajaban menos horas y se ganaba más. Casi treintañera, se encontraba en ese momento de la vida en que se preocupa uno tanto por los padres como se preocuparon ellos por los hijos pequeños. No tenía sentido alarmar a Rachel, se dijo Oreza.

-¿Podrías buscarme un número de teléfono?

-Claro. ¿Qué número?

-El del Cuartel General del Servicio de Guardacostas. Está en Columbia, en Buzzard Point. Con el Centro de Guardia. Espero -le dijo.

La fiscal dejó la comunicación en la línea de espera y marcó el número de información de Columbia. Al cabo de un minuto le dio el número a su padre, que se lo repitió lentamente.

-Eso es -le confirmó Rachel-. ¿Seguro que estáis bien? Te noto un poco tenso.

-Oye, de verdad, está tranquila que tu madre y yo estamos perfectamente, nena.

Detestaba que la llamase así, aunque ya era demasiado tarde para que su padre cambiase de maneras.

-Bueno. Si tú lo dices. Han dicho que ha sido una tormenta tremenda. ¿Ha vuelto la luz? -le preguntó, sin recordar que ya le dijo él que no había habido ninguna tormenta.

-No, todavía no, nena. No creo que tarde -le mintió-. Hasta luego, nena.

-Aquí el Centro de Guardia del Servicio de Guardacostas. Sargento primero Obrecki al habla. Tenga presente que ésta no es una línea de seguridad -dijo el sargento en seguida, para evitar en lo posible que la persona que llamaba entendiese una sola palabra.

-¿No irá a decirme que al mofletudo infante que iba embarcado en el Panache lo han ascendido a sargento primero?

Bastó para sobresaltar al suboficial, que contestó como era previsible.

-Aquí el sargento primero Obrecki. ¿Quién habla?

-El contramaestre Oreza.

-Ah. ¿Qué tal estás, Partagee? Tenía entendido que te habías jubilado -dijo el sargento.

Obrecki se recostó en su silla. Ahora que tenía una graduación equivalente podía tutearlo.

-Estoy en Saipan. Óyeme, chaval. Que se ponga tu oficial de guardia.

-¿Qué ocurre, contramaestre?

-No tengo tiempo ahora de explicártelo. Que se ponga.

-Está bien -repuso Obrecki, que dejó la comunicación en la línea de espera-. ¿Podría ponerse al teléfono, comandante? -le dijo al oficial de guardia.

-JUJEM. Contraalmirante Jackson al habla -dijo Robby, cansado y de muy mal humor.

Cogió el teléfono de mala gana, y porque le insistió un joven comandante de las Fuerzas Aéreas.

-Almirante, aquí el capitán de corbeta Powers, del Servicio de Guardacostas. Lo llamo desde Buzzard Point. Tengo en la línea de espera una llamada de Saipan, de un contramaestre retirado. Estuvo con nosotros.

¡Pues hay que joderse! ¡Y yo tengo dos portaaviones hechos cisco!, masculló el almirante para sí.

-Muy bien, capitán. ¿Me va a decir lo que me tenga que decir, o qué? Mire, es que estoy muy ocupado.

-Señor... Me informa de que hay muchas tropas japonesas en Saipan.

-¿Qué? -exclamó Jackson, dejando de mirar los despachos que tenía encima de la mesa.

-Puedo pasárselo, si quiere.

-Bueno -dijo Robby con cierto recelo.

-¿Con quién hablo? -le preguntó otra voz, vieja y ronca, que a Robby le sonó a voz de sargento.

-Soy el contraalmirante Jackson de la Junta de Jefes de Estado Mayor.

No necesitó ordenar que grabasen la conversación porque todas se grababan.

-Soy Manuel Oreza, un ex contramaestre del Servicio de Guardacostas de los Estados Unidos. Cartilla número tres-dos-ocho-seisunocuatro-cero-tres-cero. Retirado hace cinco años. Residencia en Saipan. Me dedico a la pesca. Escúcheme, señor. Hay un montón... o sea, un verdadero enjambre de japoneses de uniforme, armados hasta los dientes, en este peñasco nuestro, señor.

Jackson acercó la mano al teclado y le hizo una seña a un oficial para que cogiese una extensión.

-Espero que comprenda, contramaestre, que ha de resultarme bastante difícil de creer, ¿entiende?

-Coño, señor, tendría que ver usted lo que yo veo. Y desde mi ventana. Desde aquí domino el aeropuerto y el aeródromo de Kobler. Hay seis jumbos, reactores, cuatro en el aeropuerto y dos en Kobler. Hace unas horas he visto dos cazas Eagle F-15 sobrevolar la isla. ¿Hay en curso maniobras conjuntas aquí?

Jackson se dijo que aquello no era voz de borracho. Era una voz de contramaestre más sobrio que la leche.

El comandante de las Fuerzas Aéreas a quien se dirigió el almirante tomaba notas junto a la extensión. Aquello le sonaba más fantástico que Parque Jurásico.

-Hemos realizado maniobras conjuntas, pero Saipan nada tenía que ver con ellas.

-De modo, señor, que esto no son maniobras, ni hostias. En los muelles hay amarrados tres transportes de automóviles. Uno de ellos es el Orchid Ace. He visto con mis propios ojos desembarcar vehículos militares. Creo que son LMM (Luisiana-Maryland-Maryland), lanza-misiles múltiples; hay seis en el aparcamiento del puerto comercial. Almirante, le ruego que compruebe mi expediente del Servicio de Guardacostas. Inmaculado durante treinta años. No bromeo, señor. Podrá comprobar usted mismo que están cortadas las comunicaciones con la isla. Van con el cuento de que hemos tenido una tormenta y que las líneas se han averiado. Pero no ha habido tormenta, almirante. He estado pescando todo el día. Puede comprobarlo con sus servicios meteorológicos. Hay tropas japonesas en esta isla, con uniforme de campaña y armadas.

-¿Cuántos calcula que son, contramaestre?

El azoramiento con que el contramaestre contestó a su pregunta fue la mejor confirmación de que aquel aparente despropósito era real.

-No, señor. Lo siento. No me he entretenido a contar aviones. Calculo que han realizado entre tres y seis aterrizajes por hora, en las últimas seis horas. Probablemente más, pero es sólo una aproximación. Espere un momento. En Kobler... Parece que un aparato va a despegar. Es un siete-cuatro-siete, aunque no veo la identificación.

-Un momento -dijo Jackson-. Si las comunicaciones están cortadas, ¿cómo es que me habla por teléfono?

Oreza se lo explicó y le dio un número para que lo llamase para confirmarlo.

-Está bien, contramaestre. Mandaré hacer averiguaciones. Lo volveré a llamar en menos de una hora. ¿Le parece bien?

-Sí, señor. Creo que nosotros ya hemos cumplido. La comunicación se cortó.

-¡Comandante! -gritó Jackson, que, al no alzar la vista, no vio que lo tenía delante.

-Señor, ya sé que esa persona parece seria, pero...

-¡Pero llame inmediatamente a la base de las Fuerzas Aéreas de Andersen!

-A la orden.

El joven piloto se escabulló hacia su mesa y consultó el directorio telefónico.

Treinta minutos después, el comandante meneaba la cabeza con una extraña expresión.

-¿No irá a decirme... -clamó el almirante mirando al techo que una base de las Fuerzas Aéreas ha quedado incomunicada sin que nadie se entere?

-Almirante, la CINCPAC, por su TS. Codificado como CRÍTICO.

CRÍTICO era el código que se utilizaba para las comunicaciones prioritarias, por encima de las clasificadas como URGENTES. Rara vez lo utilizaba nadie, ni siquiera un comandante en jefe en misión de servicio. ¡Qué puñeta!, pensó Jackson. ¿Por qué no preguntarlo?

-Almirante Seaton, aquí Robby Jackson. ¿Estamos en guerra, se-ñor?

Su parte en el ejercicio había resultado bastante fácil, se dijo Zhang Han San. Un solo vuelo a un lugar determinado. Hablar con una persona y luego con otra, y ya está. Así de fácil.

La verdad era que no tenía por qué sorprenderlo, pensaba al regresar al aeropuerto en el asiento de atrás del coche de la Embajada. Corea quedaría al margen, por lo menos durante varios meses, y acaso indefinidamente. Obrar de otro modo habría entrañado graves peligros para un país, con un ejército disminuido, que tenía por vecino a la nación con el ejército regular más numeroso del mundo, y que era, además, un enemigo histórico. Ni siquiera se había visto obligado a sacar a relucir un razonamiento tan poco diplomático. Se había limitado a hacer una observación. Parecía haber dificultades entre los Estados Unidos y Japón. Tales dificultades no afectaban, directamente, a la República de Corea. Tampoco parecía que la República de Corea pudiese mediar, de modo inmediato y efectivo, en tales diferencias; a lo sumo, podría realizar una misión de buena voluntad una vez se entablasen negociaciones diplomáticas. Acaso entonces los buenos oficios de la República de Corea podrían ser vistos con buenos ojos por ambas partes en disputa o, por lo menos, por parte japonesa, sin duda.

No había disfrutado lo más mínimo por la contrariedad que sus suaves palabras produjeron en sus anfitriones. Los coreanos eran admirables en muchos aspectos, aunque el ciego racismo japonés lo echase en saco roto, pensaba Zhang. Con suerte, podría consolidar las relaciones comerciales entre China y la República de Corea. También ellos se beneficiarían del objetivo final... y, además, ¿por qué no? Los coreanos no tenían ninguna razón para sentir estimación por los rusos, y menos aún por los japoneses. Lo único que tenían que hacer era levar anclas de su lamentable amistad con los americanos e integrarse en una nueva realidad. De momento, bastaba con dos cosas: que tuviesen la misma visión de los asuntos que él tenía y que el único aliado que les quedaba a los americanos en aquella parte del mundo quedase fuera de juego. Tanto su presidente como su ministro de Exteriores habían escuchado la voz de la razón. Y, con suerte, la guerra podía haber terminado ya a todos los efectos.

«Señoras y señores -se oyó a través del televisor que mistress Oreza dejó encendido en el salón-. Dentro de diez minutos emitiremos un comunicado. Permanezcan atentos.»

-¿Manni?

-Ya lo he oído, cariño.

-¿Tiene una cinta virgen para el video? -preguntó Burroughs.

23. Reacción

El día no pudo empezar peor para Robby Jackson. No obstante, ya estaba, en cierta manera, acostumbrado. Cuando era capitán de corbeta, destinado al Centro de Prácticas Aeronaval, en Patuxent River, en Maryland, un instructor decidió, sin previo aviso, mandarlo a él y a su silla eyectable volando a través de la cabina. Se rompió una pierna y no pudo volar durante meses. Había visto morir a amigos en distintos accidentes y, muy a menudo, había participado en misiones de rescate que rara vez conducían a encontrar supervivientes; una mancha de combustible del aparato y restos dispersos, era lo que solían encontrar. Luego, como comandante de escuadrilla y, posteriormente, de ala aérea, le tocó escribir las cartas a los padres y a las viudas, para decirles que él o ella habían muerto en acto de servicio por su patria. Y en todas las ocasiones, se preguntaba si pudo haberse evitado, de haber concebido el ejercicio de otro modo. La vida de un oficial de las Fuerzas Aéreas de la Armada estaba llena de días así.

Pero aquello era peor. Su único consuelo era que él pertenecía a la Sección J-3 de la JUJEM, responsable de llevar a cabo operaciones y planes para las Fuerzas Armadas de su país. De formar parte de la Sección J-2 (responsable del Servicio de Inteligencia de los ejércitos), su sensación de fracaso hubiese sido total.

-Así es, señor, Yakota, Misawa y Kadena están incomunicados. Nadie lo coge...

-¿Cuántos son? -preguntó Jackson.

-En total, unos dos mil, casi todos técnicos: controladores de radar y brigadas de mantenimiento. Un par de aparatos en tránsito, no más. Mis hombres han ido a comprobarlo -repuso el comandante-. ¿Y qué hay de la Armada?

-Está la guarnición de Andersen, en Guam, coordinada con la base de ustedes. Y la guarnición del puerto, también; unos mil hombres, en total. La dotación es mucho menos numerosa que antes -dijo Jackson, que cogió su teléfono de seguridad y marcó el número de la CINCPAC- ¿Almirante Seaton? Soy otra vez Jackson. ¿Alguna novedad?

-No podemos comunicar con nadie al oeste de Midway, Rob.

Esto parece que va en serio.

-¿Cómo funciona? -preguntó Oreza.

-Me avergüenza reconocerlo, pero no lo sé. No me he molestado

en leer el manual, reconoció Burroughs.

Tenía el teléfono móvil encima del carrito, la antena desplegada a través del agujero del fondo de la cacerola que, a su vez, colocaron encima de dos montones de libros.

-No estoy seguro de si transmite su posición a los satélites periódicamente o no.

Esta era la razón de que creyesen necesario seguir con aquella cómica instalación.

-El mío se desconecta con sólo recoger la antena -dijo Isabel Oreza-. O se le quitan las pilas.

Su marido y Pete la miraron con expresión de perplejidad.

«Somos un poco cortos...», pensó Partagee, aunque Burroughs se le adelantó, levantó la cacerola, la dejó a un lado y recogió la antena. Luego abrió el compartimento de las pilas y las sacó. El teléfono quedaba ahora completamente desconectado.

-Si quiere ingresar en Sandford para sacarse un master, diga que va de mi parte, señora -dijo Pete.

«Señoras y señores...»

Los tres se giraron y vieron a un hombre sonriente que asomaba en el televisor del salón, con uniforme verde de campaña. Su inglés era de libro.

«Soy el general Tokikichi Arima del Ejército de Tierra japonés.

Permítanme que les explique lo sucedido hoy. En primer lugar, quiero decirles que no deben alarmarse. Se ha producido un lamentable tiroteo en la comisaría de policía adyacente al edificio del Parlamento de ustedes. Los dos agentes que han resultado heridos se hallan fuera de peligro, ingresados en el hospital local. Si han oído rumores de violencias o de muertos, tales rumores no son ciertos», les aseguró el general a los 29 000 habitantes de Saipan.

«Probablemente, desearán saber qué ha ocurrido -prosiguió-. A primeras horas del día de hoy, fuerzas bajo mi mando han empezado a llegar a Saipan y a Guam. Como sabrán por su historia, y como los ciudadanos de mayor edad de esta isla recordarán, hasta mil novecientos cuarenta y cuatro las islas Marianas eran posesiones japonesas. Quizá les sorprenderá saber que, desde que los tribunales tomaron la decisión, hace varios años, de permitir que los ciudadanos japoneses comprasen bienes inmuebles en las islas, la mayor parte de la tierra de Saipan y Guam es de propiedad japonesa. Saben también de nuestro apego y cariño por estas islas y sus habitantes. Hemos invertido miles de millones de dólares, y hemos propiciado un resurgimiento económico después de años de vergonzante abandono por parte de los gobiernos de Estados Unidos. Por lo tanto, no somos realmente extranjeros, ¿no les parece?

»También sabrán, probablemente, que se han producido graves dificultades entre Estados Unidos y Japón. Estas dificultades han obligado a mi país a reconsiderar nuestras prioridades defensivas. Por lo tanto, hemos decidido restablecer nuestra soberanía en las islas Marianas, por razones puramente defensivas, para salvaguardar nuestras costas ante posibles medidas norteamericanas. En otras palabras, necesitamos mantener fuerzas defensivas aquí y, por lo tanto, recuperar el archipiélago para nuestro país.»

El general Arima cambió entonces de expresión.

«Y bien, ¿cómo va a afectarles esto a ustedes, ciudadanos de Saipan? En realidad no va a afectarles en nada. Todos los comercios permanecerán abiertos. También nosotros creemos en la libertad de empresa. Seguirán ustedes dirigiendo sus propios asuntos a través de los representantes por ustedes elegidos, con la ventaja de ser la cuadragésimo octava prefectura japonesa, con plena representación parlamentaria en la Dieta. Esto es algo que no tienen ustedes dentro de ese estatuto de "territorio estadounidense no incorporado" que no es sino un eufemismo para decir "colonia". Tendrán plenos derechos civiles. Respetaremos su cultura y su lengua. No tendrán obstáculos para viajar. Sus libertades de expresión, prensa, religión y reunión serán las mismas de que disfrutan los ciudadanos japoneses e idénticas, en todo, a los derechos civiles de que ahora disfrutan. En suma, nada va a cambiar para su vida cotidiana.»

El general dirigió otra amable sonrisa a los telespectadores antes de proseguir.

«A decir verdad, van a salir ustedes muy beneficiados por este cambio de gobierno. Al formar parte de Japón, se integrarán en la más viva y dinámica economía del mundo. Se invertirá más en la isla. Conocerán una prosperidad jamás soñada -le aseguró Arima a la audiencia-. Los únicos cambios que se producirán serán positivos. Tienen mi palabra y la palabra de mi gobierno.

»Acaso piensen que hablar es muy fácil, y no les falta razón. Mañana verán, por las calles y carreteras de su isla, personal que realiza observaciones topográficas, que toma medidas y entrevista a los ciudadanos de las distintas localidades. Nuestra primera tarea importante será mejorar las carreteras y autopistas de la isla, muy descuidadas por los norteamericanos. Las entrevistas tienen por objeto recabar el consejo de ustedes, para hacer el trabajo lo mejor posible. Su ayuda y colaboración será bienvenida en todo lo que hagamos.

»Sin embargo -continuó Arima, que se inclinó un poco hacia adelante-, soy consciente de que algunos de ustedes no verán con buenos ojos esta situación, y a ellos deseo presentarles mis sinceras excusas. No queremos que ningún ciudadano sufra daño, aunque deberán comprender que cualquier ataque a mis hombres, o a ciudadanos japoneses, será considerado una infracción de la ley. También habré de tomar ciertas medidas de seguridad para proteger a mis tropas y para que en la isla se acaten las leyes japonesas.

LIbrodot

»Los ciudadanos de Saipan deberán entregar todas las armas de fuego que posean en los próximos días. Podrán hacerlo en sus respectivas comisarías. Si conservan ustedes factura, o pueden demostrar su valor comercial, se las pagaremos de modo razonable. De manera similar, debemos solicitar a todos los radioaficionados que posean emisoras que nos las confíen durante un breve período de tiempo y que, por favor, no las utilicen en el ínterin. También les pagaremos las emisoras y, cuando se las devolvamos, podrán quedarse también el dinero, como una pequeña muestra de agradecimiento por su colaboración. Por lo demás...»

Arima hizo una breve pausa que aprovechó para volver a sonreír.

«...apenas notarán nuestra presencia. Mis tropas tienen órdenes de tratar a todos los isleños como a compatriotas. Si cualquiera de ustedes fuese objeto de algún mal trato o presenciasen el menor incidente, a causa de un proceder impropio por parte de un soldado japonés, les ruego que acudan a mi cuartel general a denunciarlo. Nuestras leyes rigen también para nosotros. Por el momento, sólo añadiré que pueden seguir con su vida normal -dijo el general, a modo de conclusión, a la vez que aparecía un número en la pantalla-. Si tienen preguntas concretas que hacer, llamen, por favor, a este número o acudan a mi cuartel general, situado en el edificio de su Parlamento. Gracias por su atención. Buenas noches.»

«Este mensaje se repetirá cada quince minutos por el canal seis de la televisión pública», dijo otra voz.

-¡Será hijoputa! -musitó Oreza.

-Me gustaría saber quién es su agente de publicidad -dijo Burroughs, a la vez que oprimía el botón de rebobinado del video. -¿Hay que dar crédito a lo que ha dicho? -preguntó Isabel. -Quién sabe. ¿Tienen armas?

-Qué va -exclamó Partagee meneando la cabeza-. Ni siquiera sé si hay en la isla alguna oficina que tramite la licencia. Además, habría que estar loco para atacar a los soldados, ¿no?

-Les resultará todo más fácil no tener que mirar hacia atrás -dijo Burroughs, que volvió a colocar las pilas en su teléfono-. ¿Tiene el número de ese almirante?

-Almirante Jackson. Dígame.

-Aquí el contramaestre Oreza, señor. ¿Tienen un magnetófono a mano?

-Sí, por supuesto. ¿Qué hay?

-Ya es oficial, señor -le informó Oreza en un tono más bien áspero-. Acaban de comunicarlo por televisión. Lo hemos grabado. Voy a ponerle la cinta. Acercaré el teléfono al micrófono.

«General Tokikichi Arima», escribió Jackson en un papel que le tendió a un sargento del Ejército.

-Que los de Inteligencia identifiquen este nombre.

-Sí, señor -dijo el sargento, que fue a cumplir la orden de inmediato.

-¡Comandante!

-Sí, almirante.

-La calidad del sonido es bastante buena. Que les pasen una copia a los J-dos para que hagan un análisis de voz. Y quiero, lo antes posible, un mecanoscrito para enviarlo por fax hasta el último rincón del globo.

-A la orden.

Salvo durante esta pequeña interrupción, Jackson permaneció atento a la escucha de lo que le llegaba desde una apacible isla rodeada por un mar enloquecido. O eso parecía, por lo menos.

-Eso es todo -le dijo Oreza al acabar la cinta-. ¿Va a llamarme usted, almirante?

-No. De momento, no. Buen trabajo, contramaestre. ¿Tiene algo más que informarme?

-No dejan de llegar aviones. He contado catorce desde la anterior comunicación.

-Bien -dijo Robby a la vez que tomaba notas-. ¿Creen que corren ustedes peligro?

-No veo patrullar a nadie con armas, almirante. ¿Se ha fijado en que no ha dicho una palabra sobre los ciudadanos norteamericanos de la isla?

-Pues no. No había caído. Bien visto, contramaestre.

¡Ay...! ¡Pues sí que soy yo rápido!

-La verdad es que no estoy muy tranquilo, señor -dijo Oreza, que le explicó al almirante la «visita» a su barco.

-Tiene motivos, contramaestre. Pero no pierda de vista que su país está con usted, y que solucionará el problema.

-Si usted lo dice... almirante. Echaré el cierre hasta ver qué pasa.

-Me parece bien. Y ánimo y a resistir -le ordenó Jackson, aunque ambos sabían que era una arenga inoperante.

-Recibido. Corto.

Robby colgó el teléfono y miró en derredor.

-¿Opiniones?

-¿Aparte de que me parece un despropósito de la hostia? -exclamó un oficial de Estado Mayor.

-Podrá parecernos un despropósito a nosotros, pero es puñeteramente lógico para otros.

No era cuestión de meterle un paquete al oficial por su exabrupto, se dijo Jackson. Una situación como aquélla no se asimilaba así como así.

-Quiero saber si hay alguien que no crea en la veracidad de lo que acabamos de oír -dijo Jackson, que miró uno a uno a los siete oficiales que tenía alrededor. No estaban en la JUJEM por ser precisamente tontos.

-Puede parecer un despropósito. Señor, pero todo encaja. Las guarniciones con las que he intentado establecer contacto tienen las comunicaciones cortadas. En todas se respetan las guardias, y nadie contesta al teléfono. Los enlaces por satélite tampoco funcionan. Tenemos cuatro bases de las Fuerzas Aéreas y una del Ejército incomunicadas. De modo, señor, que debe de ser cierto -dijo una oficial, que se abstuvo de entrar en detalles sobre todo lo que ello implicaba.

-¿Algo de Exteriores? ¿De Inteligencia?

-Nada -repuso un coronel de la J-2-. Puedo facilitarle tomas por satélite del archipiélago de las Marianas dentro de cosa de una hora. Ya he cursado las instrucciones oportunas.

-¿Con el KH-once?

-Sí, señor, funcionan todas las cámaras. El cielo está despejado. Serán buenas tomas -le aseguró el coronel.

-¿Y no hubo tormenta ayer en la zona?

-No, señor -contestó el oficial-. No hay razón ninguna para que las líneas telefónicas no funcionen. Tienen un cable transpacífico y enlaces por satélite. He llamado a la empresa que los fabrica. No saben nada, salvo que se han hartado de enviar señales a su personal para pedir información y nadie les contesta.

Jackson asintió con la cabeza. Hasta obtener aquellas confirmaciones, se había abstenido de dar ningún paso.

-Bien. Redacten un comunicado de alerta para ser distribuido a los mandos de todas las regiones militares. Avisen al ministro de Defensa y al Alto Mando. Yo voy a llamar al presidente ahora mismo.

-Doctor Ryan, la JUJEM, por su TS; mensaje CRÍTICO. Es otra vez el almirante Robert Jackson.

Al oír la palabra «crítico», todos se volvieron a mirar a Ryan, que se alcanzó su teléfono de seguridad.

-Hola, Robby, soy Jack. ¿Qué ocurre?

Todos los que se encontraban en la sala de comunicaciones se alarmaron al ver que el consejero de Seguridad Nacional palidecía.

-¿Hablas en serio, Robby? -exclamó Jack Ryan-. ¿Por dónde volamos ahora? -añadió mirando a la oficial de guardia.

-Nos acercamos a Goose Bay, en la península de Labrador, señor. Faltan unas tres horas.

-¿Quiere llamar a la agente especial Helen D'Agustino, por favor? -dijo Ryan a la vez que levantaba la mano del teléfono-. Oye, Robby, necesito todo esto por escrito... de acuerdo... creo que aún duerme. Dame media hora para que me organice aquí. Llámame antes si me necesitas.

Jack se levantó de la silla y fue hacia el lavabo de cola. Evitó mirarse al espejo mientras se lavaba las manos. La agente del Servicio Secreto lo aguardaba afuera.

-Poco ha dormido usted, ¿verdad?

-¿Está despierto ya el presidente?

-Ha dado orden de que no se le despierte hasta una hora antes de la llegada, señor. Acabo de hablar con el piloto y...

-Despiértemelo ahora mismo, «Daga». Luego vaya a llamar a los ministros Hanson y Fiedler. Y a Arnie también.

-¿Qué ocurre, señor?

-Estará usted presente para oírlo -dijo Ryan, que cogió el rollo de papel de fax del transmisor de seguridad y empezó a leer-. Oiga, que no bromeo, «Daga». Vaya en seguida -añadió alzando la vista. -¿Corre algún peligro el presidente?

-Supongamos que sí -contestó Jack-. ¿Dónde está la base de cazas más próxima, teniente? -preguntó tras reflexionar unos instantes.

¿La qué?, se abstuvo de exclamar la teniente.

-Pues, señor, está la de los F-quince, en Otis, en el cabo de Cod; y la de los F-dieciséis en Burlington, en Vermont. Son escuadrillas de la Guardia Aérea Nacional destinadas a la defensa continental.

-Pues llame y diga que al presidente le gustaría volar en compañía de algunos amigos. Ya mismo.

Lo bueno que tenía hablar con tenientes era que no estaban acostumbrados a preguntar por qué se les daba una orden, por más ilógica que pareciese. Con los tenientes del Servicio Secreto, en cambio, era otro cantar.

-Doctor Ryan, si usted necesita que llame, yo necesito saber por qué... ya mismo.

-Está bien, «Daga». De acuerdo -dijo Ryan que, al llegar a la segunda página de la transmisión, arrancó la mitad superior de la primera hoja y se la tendió a D'Agustino.

-¡Hostia puta! -exclamó la teniente tras devolverle el papel-. Voy a despertar al presidente. Dígaselo usted al piloto. Tienen órdenes de hacer las cosas de un modo algo distinto en situaciones como ésta.

-Perfectamente. Dentro de quince minutos, «Daga». ¿De acuerdo?

-Sí, señor -dijo la teniente, que fue hacia la escalera de caracol mientras Ryan iba hacia la cabina del piloto.

-Faltan ciento sesenta minutos, doctor Ryan. Vuelo largo, ¿eh? -dijo sonriente el coronel que pilotaba el aparato. Pero dejó de sonreír al instante.

Pasaron frente a la Embajada de Estados Unidos por pura casualidad. Quizá sólo por ver la bandera, pensó Clark. Siempre resultaba agradable verla cuando se hallaba uno en el extranjero, y si ondeaba en un edificio concebido por un burócrata con tanto sentido artístico como...

-Parece que andan aquí muy preocupados por la seguridad -dijo Chávez.

-Yevgeniti Pavlovich, ya sé que tu inglés es bueno. No necesitas practicar conmigo.

-Perdón. ¿Temen los japoneses algún tipo de disturbios, Vanya?

Salvo aquel incidente no es que hayamos visto muchos actos vandálicos...

Había dos pelotones de infantería armados desplegados alrededor del edificio de la Embajada. Era muy raro. Allí, pensó Ding, con dos agentes de policía bastaba para...

-Yob'tvoyu mat!

La exclamación hizo que Clark se sintiese orgulloso del muchacho. Por más vulgar que el taco pareciese, era justo lo que habría exclamado un ruso. Y la razón estaba bien clara. Los soldados que rodeaban el perímetro de la Embajada miraban hacia dentro tanto como hacia afuera. Y a los marines no se los veía por ninguna parte.

-Esto es muy raro, Iván Sergueievich.

-Ya lo creo que sí, Yevgeniti Pavlovich -admitió John Clark sin alterarse.

No dejó que el coche aminorase la marcha y confió en que los soldados que estaban en la acera no reparasen en aquellos dos gaijin y les pidiesen el carnet. Parecía conveniente cambiar de coche de alquiler.

-Nombre: Tokikichi; apellido: Arima. Es teniente general y tiene cincuenta y tres años, señor -dijo el sargento del Ejército, destinado como especialista al Servicio de Inteligencia-. Se graduó en su Academia de la Defensa Nacional. Ha ascendido paso a paso desde infante de Marina. Es un experto piloto, además. Realizó el curso en Carlisle Barracks, hace ocho años, con muy buena nota. «Políticamente astuto», dice en su expediente. Bien relacionado. Es comandante en jefe de su Ejército de la Región Oriental, más o menos equivalente a un cuerpo de ejército del de Tierra en los Estados Unidos, aunque con menos potencia de fuego, sobre todo en artillería. Agrupa dos divisiones de infantería, la Primera y la Duodécima, su Primera Brigada Aerotransportada, su Primera Brigada de Ingenieros, la Segunda Agrupación Antiaérea y destacamentos administrativos.

El sargento entregó el completo dossier, que incluía dos fotografías. El enemigo ya tiene rostro, pensó Jackson. Por lo menos un, rostro. Jackson examinó el dossier unos instantes y luego cerró la carpeta. Aquello iba a poner al Pentágono patas arriba. El jefe de la JUJEM estaba en el aparcamiento y, cosas de la vida, iba a ser él el afortunado ser que les diese la noticia. Había que fastidiarse.

Jackson cogió su documentación y enfiló hacia el pabellón, una bonita dependencia, situada frente al anillo E del edificio.

Chet Nomuri se entrevistó aquel día, a horas distintas, con tres de sus contactos. No se enteró de gran cosa, salvo de que ocurría algo muy raro que no le supieron explicar. Pensó que lo mejor que podía hacer era volver a los baños públicos y ver si aparecía Kazuo Taoka. Y así fue, en efecto, aunque, para entonces, Nomuri llevaba tanto rato al baño María que, más que como un agente secreto, se sentía como un agente en conserva.

-¡Qué gozada de día! -exclamó Nomuri con una meliflua sonrisa.

-¿Ah, sí? -dijo Kazuo con expresión cansada, aunque visiblemente interesado en el tema.

-Una preciosidad de un bar que conozco. Llevaba tres meses trabajándomela. ¡Menuda tarde hemos pasado! -exclamó Nomuri, que metió la mano bajo el agua, como si le doliese lo que habría sido lógico que le doliera-. A lo mejor no me vuelve a funcionar.

-Ojalá estuviese aquella americana aún por aquí -dijo Taoka, que se metió en el «barreño» con un hondo suspiro-. Lo bien que me vendría ahora mismo.

-¿Es que se ha ido? -preguntó Nomuri con cara de inocentón. -¿Ido? Ha muerto -contestó el ejecutivo, que no hubo de esforzarse mucho para controlar su congoja.

-¿Qué le ha ocurrido?

-La iban a devolver a su país. Yamata envió a Kaneda, su jefe de seguridad, para recoger sus cosas. Pero, por lo visto, era drogadicta y la encontraron muerta con una sobredosis. Una

verdadera lástima -dijo Taoka como si describiese la muerte del gato del vecino-. Por suerte, sobran americanas.

Nomuri se limitó a asentir con la cabeza con impenetrable expresión. Hasta entonces no había reparado en aquel aspecto de la personalidad de Kazuo. Era el clásico ejecutivo japonés. Entró en su empresa nada más salir de la facultad y empezó casi de machaca. Al cabo de cinco años, lo enviaron a una escuela de empresariales para posgraduados, de un nivel intelectual a lo Parrish Island con un toque de Buchenwald. Aquel país tenía una manera de funcionar que resultaba algo extravagante. No lo había imaginado así. Claro que, al fin y al cabo, era un país extranjero, y cada país era distinto, algo básicamente positivo. América era una buena prueba de ello. América se formó, esencialmente, de la diversidad que arribó a sus costas; cada comunidad étnica añadió algo al puchero nacional, que hervía a veces a borbotones pero que había resultado un guiso creativo y apetitoso. Y, sin embargo, ahora comprendía por qué tantos iban a Estados Unidos, sobre todo por lo que a los japoneses se refiere.

Japón exigía mucho a sus ciudadanos o, más exactamente, era su cultura la que les exigía mucho. El jefe siempre tenía razón. Un buen empleado era aquel que hacía lo que le mandaban. Para subir había que lamer muchos culos; cantar el himno de la empresa; hacer gimnasia todas las mañanas, como si estuvieses de instrucción en un campamento militar, y llegar una hora antes al trabajo para demostrar la sinceridad de tu entrega a la empresa. Lo más asombroso era que de aquello no brotaba ni una pizca de creatividad. Probablemente, los mejores lograban subir pese a todo, o acaso por ser lo bastante listos como para disfrazar sus sentimientos, hasta llegar a un puesto de verdadera responsabilidad, aunque para entonces hubiesen acumulado tanta rabia como para hacer que, a su lado, Hitler pareciese un manso cordero. Y mientras el momento llegaba, se desahogaban con borracheras y orgías sexuales, como las que oía referir un día sí y otro también en el «barreño». Lo que contaban de sus escapadas a Tailandia, Taiwan y, en los últimos tiempos, a Saipan, habría sonrojado a sus compañeros de correrías en la Universidad de California.

Todo ello constituía una amalgama de síntomas de una sociedad que cultivaba la represión sicológica; cuya fachada de cordialidad y cortesía era como un dique que contenía muchas frustraciones y mucha rabia. A veces, el dique presentaba sus fisuras -casi siempre de un modo ordenado y controlado-, pero la presión sobre el dique no remitía. Uno de los efectos de esa presión era el modo de ver a los demás, sobre todo a los gaijin, con un talante que a Nomuri, formado en el igualitarismo norteamericano, le resultaba insultante. Se percataba de que no iba a tardar mucho en odiar aquello. Y eso sería tan poco saludable como poco profesional, pensaba el agente de la CIA al recordar lo que tantas veces les repetían en la Granja: un buen activista del espionaje debía sentirse muy identificado con la cultura que atacaba. Y, en cambio, él se deslizaba en sentido opuesto. El mayor sarcasmo era que la razón más profunda de su creciente antipatía hacia el país fuese tener raíces en él.

-¿Tanto te gustan esas tías? -preguntó Nomuri con los ojos cerrados.

-Toma, claro. Joder americanas será pronto un deporte nacional -repuso Taoka con una risa ahogada-. Nos lo hemos pasado bomba estos dos últimos días. Y he tenido la suerte de estar presente en todo -añadió, casi como si no pudiera dar crédito a sus propias palabras.

Mereció la pena. Veinte años marcando el paso tenían su recompensa: haber estado allí en la «sala de guerra»; oírlo todo, seguirlo todo; ver cómo se escribía la Historia ante sus propios ojos. El ejecutivo supo estar allí y, lo que era más importante, todos se percataron de ello, empezando por el propio Yamata-san.

-Y bien, ¿qué gran movida ha sido ésa mientras yo movía la mía? -preguntó Nomuri, que abrió desmesuradamente los ojos y miró a Kazuo con una maliciosa sonrisa.

-Pues que hemos tenido una guerra relámpago con los Estados Unidos. ¡Y la hemos ganado! -proclamó Taoka.

-¿Guerra? Nan ja? ¿Una opa ganadora a la General Motors, eh?

-¡Qué va! Una guerra de verdad, amigo mío. Les hemos inutilizado la flota del Pacífico y las Marianas vuelven a ser nuestras.

-Ay, amigo, creo que no encajas bien el alcohol -dijo Nomuri, que de verdad pensaba lo que acababa de decirle a aquel fanfarrón.

-¡Si hace cuatro días que no tomo una copa! -protestó Taoka-. ¡Va completamente en serio!

-Oye, Kazuo -dijo Chet en tono paciente, como si le hablase a un chico despierto-. Nunca he conocido a nadie que se dé tanta maña para hacer que parezca verosímil lo más disparatado. Cuando describes mujeres es que... vaya... me pones en condiciones -añadió Nomuri-. Pero en esto... exageras.

-Pues esta vez no; de verdad, amigo mío -replicó Taoka, tan empeñado en que su amigo lo creyese que empezó a entrar en detalles.

Nomuri carecía de verdadera formación militar. Lo poco que sabía lo aprendió a través de las lecturas y del cine. Sus instrucciones, respecto de su misión en Japón, no tenían nada que ver con obtener in-formación acerca de la Defensa japonesa, sino, más bien, con asuntos comerciales y de Exteriores. Pero Kazuo Taoka era un consumado narrador. Explicaba las cosas con tal lujo de detalles que, a los tres minutos, Nomuri ya había vuelto a cerrar los ojos con una beatífica sonrisa. Ambas cosas -cerrar los párpados y sonreír como un serafín-se las enseñaron en el campo de entrenamiento de Yorktown, en Virginia, en donde también aprendió a ejercitar su memoria, que ahora porfiaba por registrar cada detalle, al mismo tiempo que se preguntaba cómo demonios iba a pasar la información. Tuvo otra reacción que Taoka no pudo ver ni oír, algo muy occidental que al agente de la CIA le salió del alma: ¡hijoputas!

-Perdone, el PARA está ya despierto y levantado -dijo Helen D'Agustino-. JASMINE... -añadió la agente, que utilizó el nombre en clave que en el Servicio Secreto se asignaba a Anne Durling- irá en otro compartimento. Los ministros de Exteriores y del Tesoro están arriba tomando café. Arnie van Damm creo que es quien más en forma está de todos los de a bordo. Que toca actuar. ¿Qué hay de los cazas?

-Nos escoltarán dentro de veinte minutos. Vendrán los F-quince de Otis. Tienen un mejor pasillo aéreo. Nos seguirán hasta el aterrizaje. Esto me tiene un poco desquiciado, ¿verdad?

-¿Sabe lo que siempre me ha gustado de usted, doctor Ryan? -le dijo «Daga» con una fría sonrisa profesional.

-¿Qué?

-Que no tengo que explicarle las medidas de seguridad como a todos los demás. Piensa usted como yo.

Que era mucho decir para una agente del Servicio Secreto.

-El presidente lo espera ya, señor -añadió D'Agustino enfilando hacia las escaleras.

Ryan se topó con su esposa en el pasillo. Estaba tan bonita como siempre y no parecía tener resaca, pese a lo que ya le pronosticó. Al verlo, estuvo tentada de decirle que era él quien parecía un poco...

-¿Qué ocurre?

-Trabajo, cariño.

-¿Algún problema grave?

Su esposo se limitó a asentir con la cabeza y siguió adelante, entre un agente del Servicio Secreto y un policía de seguridad de las FF. AA. Los dos sofás-cama volvían a ejercer de lo primero. El presidente estaba sentado, con el pantalón del traje y una camisa blanca. Ni la corbata ni la chaqueta estaban a la vista. Sobre la mesita abatible había una cafetera de plata. Ryan miraba a una y otra ventanilla de ambos lados de la cabina. Sobrevolaban un banco de nubes, a unos 300 m cumulonimbos, los llamaban.

-Tengo entendido que no se ha acostado usted en toda la noche, Jack -dijo Durling.

LIbrodot

-No, señor presidente; sólo desde Islandia -contestó Ryan, que estaba sin lavar, sin afeitar y con un pelo no muy distinto al de Cathy después de pasar varias horas bajo su gorro de cirujana.

Con todo, lo peor era la mirada de sus ojos al disponerse a dar la peor noticia de su vida.

-Tiene usted muy mala cara. ¿Qué ocurre?

-Señor presidente, de acuerdo con las informaciones recibidas en las pasadas horas, creo que los Estados Unidos de América están en guerra con Japón.

-Lo que necesitan es un almirante como es debido en la CINCPAC.

-Oiga, Ron, otra más de ese calibre y lo mando al calabozo. ¿Entendido? Mire, ya se ha despachado a gusto por un día -le replicó Mancuso de muy mal talante-. Esos oficiales están bajo mis órdenes.

-¿Tanto me he pasado?

-Pues sí, Jones, de largo -terció Chambers-. Quizá el almirante Seaton necesitase que se las cantasen claras algún día, pero se ha pasado. Y ahora lo que necesitamos son soluciones y no ir de enteradillos.

Jones asintió y se guardó lo que pensaba.

-Muy bien, señor -dijo-. ¿De qué efectivos se dispone?

-A lo sumo, ellos tienen dieciocho unidades operativas. Dos se hallan en período de revisión y reparaciones y, probablemente, no estarán disponibles en varios meses -contestó Chambers, que prefirió hablar primero del enemigo-. Con el Charlotte y el Ashville fuera de combate, nosotros tenemos diecisiete. Cuatro en los astilleros en periodo de reparaciones, y no se puede contar con ellas. Otras cuatro están amarradas en el muelle de aquí y en Dago, en periodo de revisión. En el Índico hay también cuatro con las que no sé si podemos contar o no. De modo que, con seguridad, sólo tenemos cinco. Tres de éstas están asignadas a los grupos de combate de los portaaviones para las «maniobras»; una está aquí mismo en el muelle, y la otra está en el golfo de Alaska en viaje de prácticas. Además, va al mando de un comandante recién ascendido que hace..., ¿cuánto?, ¿tres semanas que se incorporó?

-En efecto -asintió Mancuso-. En pleno aprendizaje.

-¡Dios! ¿Tan en cuadro estamos? -exclamó Jones, que lamentó entonces haber dicho que lo que necesitaban era «un almirante como es debido».

La poderosa flota norteamericana del Pacífico que, hasta hacía sólo cinco años, era la más formidable armada de la historia de la civilización, no era ahora más que una flota de fragatas.

-Nosotros, cinco; y ellos dieciocho a pleno rendimiento. Encima, llevan dos meses de ejercicios -dijo Chambers, que frunció el ceño al mirar el mapa de la pared-. Y este océano es la hostia de grande, Jones.

El imprecatorio tono de la última frase fue lo que más le hizo ver a Jones lo grave que era la situación.

-¿Y las cuatro que están aquí en período de revisión, qué? -preguntó.

-Ya hemos dado la orden: «Puesta a punto urgente.» Lo que significa que, con suerte, dentro de dos semanas podremos contar con nueve. Y-, bien, «mister» Chambers...

-Sí, oficialillo Jones, ¿qué hay?

-¿Recuerda cuando poníamos rumbo norte, más solos que la una, a seguir a cuatro o cinco de los «malos» de entonces?

Chambers asintió con expresión grave, casi nostálgica.

-De eso hace ya mucho, Jones -contestó en tono sereno-. Ahora tenemos que vérnoslas con los SSK y, como quien dice, en su terreno...

-¿Es que se ha quedado sin huevos a cambio de ese cuarto galón en la bocamanga?

-¡Óigame...! ¡Yo...! -exclamó Chambers hecho una furia.

-¡Qué leche «yo» ni «yo»! -lo atajó Jones-. ¡Que era usted un oficial con lo que había que tener! Siempre tenía yo la confianza de que sabría hacer uso de los datos que le

proporcionaba; de la misma manera que confiaba en él... -añadió señalando a Mancuso-. Cuando navegábamos los tres juntos, no había equipo mejor en todo este puñetero mundo. Y como estaban a la altura, las dotaciones respondían. ¡Coño ya! La primera vez que subí con mi petate al Dallas, estaba completamente seguro de que sabían lo que hacían. Y no me equivocaba, ¿verdad? ¿Recuerdan el lema en el Dallas? «Quien da primero, da dos veces.» ¿Qué coño está pasando aquí?

La pregunta flotó en el aire durante varios segundos. Chambers estaba demasiado furioso para replicar. Pero no el almirante. -¿Tan mala impresión damos? -preguntó Mancuso.

-No lo dude, señor. De acuerdo, esos hijoputas nos han dado por el culo. Es hora de reaccionar. No somos chusqueros sino oficiales de carrera. ¿Quiénes mejor preparados que nosotros?

-Mire, Jones, siempre ha sido usted un bocazas -dijo Chambers-. Aunque... me temo que sí: es hora de reaccionar -añadió a la vez que miraba al mapa.

Un suboficial asomó por la puerta.

-Señor, acaba de arribar el Pasadena. Está listo para volver a salir si es necesario. El capitán solicita órdenes.

-¿Qué armamento lleva? -preguntó Mancuso, consciente de que si hubiese hecho su trabajo como era debido, a lo largo de los últimos días, no habría tenido que preguntarlo.

-Veintidós ADCAP, seis Harpoons y doce T-LAM-C. Todos operativos -contestó el suboficial-. Está listo para levar anclas.

-Dígale que espere a recibir mis instrucciones para su misión -dijo Mancuso.

-A la orden, señor.

-¿Es un buen capitán? -preguntó Jones.

-El año pasado lo designaron para el mando de grupos de combate -contestó Chambers-. Se llama Tim Parry. Fue mi segundo en el Key West. Lo hará bien.

-De manera que todo lo que necesita ahora son instrucciones.

-Sí -contestó Mancuso a la vez que cogía su TS para llamar a la CINCPAC.

Ha llegado un despacho de Exteriores -dijo el oficial de comunicaciones de las Fuerzas Aéreas al entrar en el compartimento-. El embajador japonés solicita audiencia urgente con el presidente.

-¿Brett?

-Veremos qué es lo que tiene que decir -dijo el ministro de Exteriores.

Ryan asintió con la cabeza.

-¿Creen que hay alguna posibilidad de que esto sea debido a un error? -preguntó Durling.

-Esperamos recibir un informe de Inteligencia, del satélite que sobrevuela las Marianas. Allí es ahora de noche, pero no afectará mucho.

Ryan ya había terminado su intervención informativa en la improvisada reunión. Se decía que eran muy pocos los datos que había podido facilitar. El fondo de la cuestión, sin embargo, era que se enfrentaban a tal despropósito que no acabaría de creerlo hasta que no tuviese ante sí las fotografías del satélite.

-¿Y si es cierto, qué?

-Pues deberemos contar hasta diez -contestó Ryan-. Habrá que escuchar lo que tenga que decirnos el embajador.

-¿Qué se proponen realmente? -preguntó el ministro del Tesoro.

-Cualquiera sabe, señor. Cabrearnos. Pero no sé de qué les va a servir. Tenemos armamento nuclear y ellos no. Es una locura... -dijo Ryan pausadamente-. Algo absurdo.

Entonces recordó Jack lo ocurrido en 1939. El país con el que Alemania tenía un comercio más importante era... Francia. La lección más prodigada por la Historia era que la lógica no era una constante en el comportamiento de las naciones. No se les contaba lo mismo a los ciudadanos de cada bando. Y las lecciones que la Historia proporcionaba dependían de la

calidad del estudiante. Merecía la pena recordarlo, pensaba Jack, porque el otro podía olvidarlo.

-Ha tenido que tratarse de un error -afirmó Hanson-. La coincidencia de accidentes menores. Acaso nuestros dos submarinos chocaran bajo el agua, y quién sabe si nuestros comunicantes de Saipan no habrán perdido los nervios. Lo digo porque es que esto no tiene el menor sentido.

-Estoy de acuerdo en que el conjunto de los datos no arroja una imagen muy clara de la situación, aunque considerados uno a uno... ¡joder!... Conozco a Robby Jackson. Y conozco a Bart Mancuso.

-¿Y ése quién es?

-El comandante de la flota de submarinos del Pacífico. En sus manos están los que tenemos en la región. Fui embarcado con él en una ocasión. Jackson es miembro de la Sección J-tres de la JUJEM y somos amigos desde que ambos enseñábamos en Annapolis.

Hacía la tira de años.

-Bien -dijo Durling-. ¿Nos ha informado ya usted de todo?

-Sí, señor presidente. Punto por punto, sin interpretaciones.

-¿Significa eso que no tiene ninguna?

La pregunta escocía un poco, aunque no eran momentos para andarse con delicadezas.

-En efecto, señor presidente -admitió Jack.

-Pues bien, de momento, esperemos. ¿Cuánto falta para llegar a Andrews?

-Sobrevolamos la bahía de Chesapeake -contestó Fiedler tras mirar por la ventanilla-. Ha de faltar ya muy poco.

-¿Qué prensa va a haber en el aeropuerto? -le preguntó Fiedler a Arnie van Damm.

-Sólo los periodistas que viajan con nosotros, señor.

-¿Ryan?

-Que les confirmaremos la información en cuanto podamos. Que todas nuestras fuerzas están en estado de alerta.

-¿Qué hacen esos cazas ahí afuera? -preguntó Fiedler.

Flanqueaban el avión presidencial a poco menos de dos kilómetros. Los pilotos no dejaban de preguntarse qué ocurría, y Jack si los periodistas repararían en ello. Porque ¿hasta cuándo iba a poder mantenerse aquello en secreto?

-Ha sido idea mía, Buzz -contestó Ryan, que no veía razón para no aceptar la responsabilidad de la decisión.

-¿No le parece un poco excesivo? -dijo el ministro de Exteriores.

-Tampoco esperábamos que nuestra flota fuese atacada, señor.

«Señoras y señores. Aquí el coronel Evans. Dentro de unos minutos aterrizaremos en la base de las Fuerzas Aéreas de Andrews. Esperamos que hayan tenido un vuelo agradable. Por favor, pongan los respaldos de sus asientos en posición vertical y...»

Los más jóvenes funcionarios de la Casa Blanca, que iban a cola, no obedecieron la recomendación de abrocharse el cinturón. La tripulación sí se ciñó a las normas, claro está.

Ryan notó el contacto del tren de aterrizaje con la pista cero-uno derecha. Para la mayoría de los de a bordo, la llegada era el fin de una misión. Para él era sólo el principio. El primer síntoma lo advirtió al ver las redobladas medidas de seguridad en el edificio de la terminal: más policías, y varios agentes del Servicio Secreto visiblemente nerviosos. En cierto modo, era un alivio para el consejero de Seguridad Nacional. No todos creían que la situación se hubiese producido por error, pero tanto mejor, pensó Ryan, si en aquella ocasión se había equivocado. De lo contrario, iban a tener que afrontar la crisis más complicada de la historia de su país.

24. Confrontación sobre el terreno

Clark dudaba que pudiese haber una sensación peor que aquélla. En principio, fueron a Japón para cumplir con una misión relativamente sencilla: evacuar a una ciudadana norteamericana que se hallaba en un apuro, y ver la posibilidad de reactivar una red de los Servicios de Inteligencia algo oxidada.

Bueno, de eso se trataba, se dijo el agente, de camino a su habitación mientras Chávez aparcaba. Optaron por alquilar otro coche y, al igual que en la primera ocasión, el empleado de la agencia cambió de cara al ver que su tarjeta de crédito estaba impresa en caracteres romanos y cirílicos. Jamás había sentido tal incomodidad. Incluso en los peores momentos de la «guerra fría», los rusos trataron siempre con mayor deferencia a los ciudadanos norteamericanos que a sus propios compatriotas y, al margen de que ello se debiese a simple curiosidad, el privilegio de ser norteamericano constituía un considerable alivio para un extranjero que está solo en un país hostil. Nunca se había sentido Clark tan asustado. Era un magro consuelo que Ding Chávez no hubiese pasado por la misma experiencia y no se percatase de lo anormal y peligrosa que era su situación.

De ahí que fuese un alivio notar el trocito de cinta adhesiva bajo el pomo de la puerta. Quizá Nomuri le proporcionase alguna información útil.

Clark permaneció en la habitación lo justo para pasar un momento al cuarto de baño. Al salir, vio a Chávez en el vestíbulo y le hizo la apropiada seña: No te muevas de ahí. Clark sonrió al fijarse en que su joven compañero había entrado en la librería para comprar un periódico ruso, que llevaba bien visible a modo de arma defensiva. Dos minutos después, Clark volvía a mirar el escaparate de la tienda de aparatos fotográficos. La calle no estaba muy transitada en aquellos momentos, aunque lo suficiente como para no andar por allí solo. Mientras contemplaba las últimas maravillas de la Nikon, alguien tropezó con él.

-Mire por dónde va! -le espetó en inglés un viandante, sin detenerse.

Clark aguardó unos segundos y luego echó a caminar en dirección contraria. Se metió por un callejón, y al cabo de un minuto se detuvo en la sombra. Nomuri no tardó en aparecer.

-Esto es peligroso, chico.

-¿Por qué cree que he recurrido a la señal? -le dijo Nomuri con voz queda y temblorosa.

Parecía de serie de TV, con tanto verismo y profesionalidad como dos jovencitos fumando a hurtadillas en el vestuario de los mayores en el instituto. Lo curioso era que, pese a su importancia, Nomuri no tardó más de un minuto en transmitir su mensaje. El resto del tiempo lo emplearon en cuestiones de procedimiento.

-Bien, por lo pronto, ni el menor contacto con ninguno de tus contactos. Aunque te los encuentres por la calle. No los conoces. Ni se te ocurra acercarte a ellos. Han dejado de existir para ti, muchacho. ¿Entendido?

Las ideas cruzaban por la mente de Clark a la velocidad de la luz, aunque sin rumbo, por el momento. Lo único que tenía claro era que lo prioritario era sobrevivir. Para llevar a cabo una misión había que estar vivo. Y Nomuri, al igual que Chávez y que él mismo, eran agentes «ilegales». No podían esperar ninguna clemencia si eran detenidos, aislados como estaban, además, de su dirección.

-A excepción de ustedes, supongo, señor -dijo Chet Nomuri.

-En efecto. Y si nos pierdes de vista, sigues con tu tapadera, aunque sin hacer absolutamente nada. ¿Claro, no? Nada en absoluto. Eres un leal ciudadano japonés, y quietecito en tu madriguera.

-Pero...

-Pero nada, muchacho. Estás ahora bajo mis órdenes y si te apartas lo más mínimo de ellas te empaqueto -le espetó Clark, aunque en seguida suavizó el tono-. En lo primero que tienes que pensar siempre es en la supervivencia. Nosotros no repartimos pastillas de cianuro entre

nuestros agentes para que se suiciden, ni queremos nada peliculero. Un agente muerto es un agente tonto.

¡Puñeta!, pensó Clark, de haber sido distinta la misión, desde el principio, habrían tenido acordadas una serie de medidas de rutina (vías de huida y una serie de claves por si eran detenidos). No había tiempo para nada de todo eso entonces. Cada segundo que permaneciesen allí hablando en la sombra, cabía la posibilidad de que cualquier tokiota que saliese a abrirle la trampilla a su gato viese a un japonés hablar con un gaijin y tomase nota. Porque la curva de la histeria colectiva se había disparado y no iba a frenarse.

-De acuerdo, como usted diga.

-Y no lo olvides. Sigue con tu rutina cotidiana. No introduzcas el menor cambio como no sea para reforzarla. Sigue la corriente. Compórtate como todo el mundo. Ya sabes que, clavo que asoma, martillazo que se lleva. Y duelen, eh, muchacho. De modo que eso es lo que quiero que hagas -le dijo Clark, que se lo remachó durante un minuto-. ¿Perfectamente claro?

-Sí, señor.

-Pues piérdete.

Clark fue calle adelante y entró en su hotel por la puerta por donde entraban los repartidores. Afortunadamente, a aquellas horas de la noche no estaba vigilada. Era una suerte que en Tokio hubiese tan poca delincuencia. En Estados Unidos aquella puerta hubiese estado cerrada a cal y canto, o habría tenido una alarma, o hubiese habido un vigilante jurado. Incluso en guerra, Tokio era una ciudad más segura que Washington.

-¿Por qué no se compra una botella en lugar de salir a beber? -le preguntó «Chekov», como en otras ocasiones, al verlo entrar en la habitación.

-Quizá sí que debería hacerlo.

La respuesta hizo que Chávez alzase la vista. Leía el periódico ruso para hacer prácticas. Clark señaló al televisor y fue a encenderlo. Puso la CNN que, en aquellos momentos, emitía un informativo, en inglés.

Lo que me gustaría saber a mí es cómo me van a dar instrucciones para mi próximo numerito. No se atrevía a utilizar el fax para comunicar con Estados Unidos. Incluso hacerlo con las oficinas de la Interfax en Washington era demasiado arriesgado. En la sede de Moscú no tenían los instrumentos de descodificación necesarios, ni tampoco podía recurrir a los contactos de la Embajada con la CIA. Existían unas normas para operar en un país amigo y, otras, para operar en un país hostil. Nadie contaba con una cosa: el que las normas por las que se regían fuesen a cambiar sin previo aviso. Que ni él ni otros agentes de la CIA hubiesen recibido instrucciones para tal eventualidad, por más remota que pudiera parecer, era un motivo más para enfurecer a un activista. Las comparecencias que en su día se produjesen en el Congreso sobre el tema iban a ser muy moviditas, si vivía lo bastante para estar presente. Lo único positivo de aquello, hasta entonces, era que tenía el nombre de quien probablemente asesinó a Kimberley Norton. Por lo menos eso le permitía tener la mente ocupada en algo eficaz. Al cabo de media hora de informativo, quedó claro que ni siquiera la CNN sabía lo que ocurría. Y si no lo sabía la CNN, no lo sabía nadie.

Maravilloso, pensó Clark. Era como la leyenda de Casandra, la hija del rey Príamo de Troya, que siempre sabía lo que ocurría y a quien siempre ignoraban. Con el agravante de que Clark ni siquiera tenía un medio para pasar la información... ¿O qué?

¿Y si...? No. Ni hablar. Era un disparate.

-Avante a toda máquina -ordenó el capitán del Eisenhower. -A la orden, señor, avante a toda máquina.

El contramaestre transmitió la orden y accionó sus propios mandos. Al cabo de un instante, la aguja del indicador se situó en la posición indicada.

-Confirmación del piloto, señor. Avante a toda máquina. -Muy bien -dijo el capitán mirando al almirante Dubro ¿Cómo ve el panorama, señor?

Por extraño que pudiera parecer, la mejor información de que disponían procedía del sonar. Dos de los buques escolta de sus grupos de combate llevaban a remolque sus instrumentos de sonar (las llamadas «colas») y sus datos, combinados con los de dos submarinos nucleares que navegaban a estribor de la formación, indicaban que la formación hindú se hallaba muy hacia el sur. Era uno de los casos -más frecuentes de lo que pudiera esperarse- en que el sonar era muchísimo más eficaz que el radar, cuyas ondas electrónicas se veían limitadas por la curvatura de la Tierra, mientras que las ondas sónicas tenían canales más profundos. La flota hindú se encontraba a más de ciento cincuenta millas, y aunque eso quedase a tiro de piedra para un ataque de los cazas a reacción, los hindúes estaban al sur y no al norte. Cada vez parecía más claro que el almirante Chandraskatta no sentía especial predilección por las operaciones nocturnas, con los riesgos que entrañaban para su escasa dotación de Harriers. La verdad era, pensaban ambos, que aterrizar de noche en un portaaviones no tenía nada de divertido.

-Favorable a nosotros -contestó el almirante Dubro tras reflexionarlo unos instantes.

-Creo que está en lo cierto, señor.

La formación norteamericana iba con todas las luces apagadas -una medida corriente en los barcos de guerra-. Los radares estaban desconectados y no utilizaban más emisoras que las de mínimo alcance (semejantes a las de los pescadores), que, en todo caso, se limitaban a mensajes de señales de centésimas de segundo. Incluso las conexiones por satélite podían generar campos laterales que delatasen su posición. Y era esencial llegar al sur de Sri Lanka sin ser descubiertos.

-Como en la segunda guerra mundial -dijo el capitán, visible-mente nervioso.

Tenían que confiar como nunca en el factor humano. Habían redoblado la vigilancia, con más vigías en la cubierta superior, que utilizaban prismáticos corrientes e instrumentos electrónicos de «visión nocturna» para otear el horizonte en busca de siluetas de mástiles, mientras que en las cubiertas inferiores otros vigías escudriñaban el agua para tratar de descubrir algún periscopio.

Los hindúes tenían en el mar dos submarinos, de cuya posición no tenía Dubro la menor idea. Probablemente, debían de ir también rumbo sur, aunque si Chandraskatta era, de verdad, tan listo como se temía, habría dejado uno en las inmediaciones, como salvaguarda. Quizá. La maniobra de despiste de Dubro había sido muy hábil.

-Almirante, un despacho URGENTE de la CINCPAC.

Dubro ladeó la cabeza. Era un pañolero que se le acercó con una tablilla. Se la enfocó con una linterna de luz roja para que el comandante del grupo de combate pudiese leer el despacho.

-¿Ha acusado recibo? -preguntó el almirante antes de empezar a leer.

-No, señor, dejó usted órdenes de no emitir nada.

-Muy bien, marinero.

En cuanto empezó a leer, le arrebató la tablilla y la linterna al pañolero.

-¡Será hijoputa! -exclamó Mike Dubro.

El agente especial Robberton acompañaría a Cathy a su casa en coche. De modo que, en lugar de como un hombre con esposa e hijos, Ryan se sintió como si sólo fuese un funcionario de gobierno, sin vida privada ninguna.

No hubieron de caminar más que unos pocos metros para llegar al pie del helicóptero presidencial, un aparato de la Armada, que tenía ya el rotor en marcha. PARA y JASMINE (mister y mistress Durling) dirigieron las sonrisas de rigor a las cámaras. Se escudaron en el largo viaje para rogar que no les hiciesen preguntas. Ryan iba detrás, como un paje.

-Denme una hora para adecentarme -dijo Durling al posarse el helicóptero en el césped del lado sur de la Casa Blanca-. ¿A qué hora está citado el embajador?

-A las once treinta -repuso Brett Hanson.

-Arnie, y Jack, quiero que estén ambos presentes en la entrevista.

-Sí, señor presidente -dijo el ministro de Exteriores.

Estaban allí los fotógrafos de costumbre, aunque la mayoría de los periodistas acreditados ante la Casa Blanca, cuyas vociferantes preguntas tanto molestaban a todos, seguían en Andrews en la sala de recogida de equipajes.

En la entrada de la planta baja había más agentes del Servicio Secreto de lo normal. Ryan fue hacia el ala oeste y dos minutos después estaba en su despacho, se había cambiado de chaqueta y estaba en su mesa, adornada ya con profusión de pepelillos con notas de llamadas. Las ignoró, de momento, cogió el teléfono y llamó a la CIA.

-Bien venido, Jack -dijo Mary Pat Foley.

Ryan no se molestó en preguntarle cómo sabía que era él, aunque no fuesen muchas las personas que tenían su número directo.

-¿Está muy feo?

-El personal de nuestra Embajada no ha sufrido ningún percance. No han irrumpido allí, y hemos dado orden de que se destruyan todos los documentos.

La base de la red de espionaje de Tokio, al igual que las de la CIA en los últimos diez años, estaba completamente informatizada. La destrucción de archivos se hacía en segundos, y sin humos delatores.

-Debería estar ya todo destruido -dijo Mary Pat.

El procedimiento era muy rápido. Los disquetes se borraban, los volvían a formatear, se borraban de nuevo y luego se sometían, manualmente, a la acción de poderosos imanes. El inconveniente del sistema era que había datos irremplazables, aunque no tanto como los agentes que los obtenían. Tenían, en aquellos momentos, un total de tres agentes «ilegales» en Tokio. A eso se reducían los efectivos de los servicios de inteligencia de los Estados Unidos en el que -probablemente- era un país enemigo.

-¿Qué más?

-Dejan que el personal vaya y venga normalmente desde su domicilio a la Embajada con escolta. La verdad es que se manejan con bastante serenidad -dijo mistress Foley sin dejar traslucir lo sorprendida que estaba-. Nada que ver con Teherán setenta y nueve. Hasta el momento, nos dejan utilizar los enlaces por satélite para las comunicaciones, pero nos los «pinchan». La Embajada tiene un teléfono de seguridad en funcionamiento, un TS-seis. El resto los hemos desactivado. Sigue válido el CLAQUE -concluyó, refiriéndose al código que utilizaban las embajadas a través de la red de comunicaciones del Departamento de Seguridad Nacional.

-¿Los otros efectivos? -preguntó Ryan que, aunque confiaba en que su TS no estuviese «pinchado», siguió con las precauciones de rigor.

-Sin los legales quedan muy aislados.

El tono de mistress Foley no sólo dejaba traslucir preocupación, sino cierto sentimiento de culpabilidad. La CIA aún contaba con redes, en bastantes países, en los que no era absolutamente necesario que personal de la Embajada formase parte de la red. Japón no era uno de ellos y ni siquiera mistress Foley podía remediarlo ya.

-¿Están al corriente de lo que ocurre?

Era una astuta pregunta, se dijo Mary Pat, y le escoció.

-Se ignora -reconoció-. No han comunicado con nosotros. O lo ignoran, o se han visto comprometidos -añadió con aquel amable eufemismo para decir «detenidos».

-¿Otras redes?

-Mira, Jack, nos han cogido en bragas, ¡qué quieres que te diga!

Pese a lo mucho que aquello le dolía, como Jack no dejaba de advertir, se expresaba como un cirujano en el quirófano. Era una pena pensar cómo se cebaría en ella el Congreso por no haber detectado lo que se avecinaba.

-Tengo personal en Seúl y en Pekín. A ver qué averiguan, aunque tardarán horas en ponerse en contacto conmigo.

Ryan removió los sonrosados papelillos de las notas de sus llamadas.

-Aquí tengo una llamada, de hace una hora. De Golovko...

-¡El muy cabronazo! ¡Llámalo, coño! -exclamó Mary Pat como Si viese el cielo abierto-. Y telefonéame en seguida con lo que te diga.

-Lo haré -dijo Jack, que meneó la cabeza al pensar en la conversación que mantuvo con el ruso hacía sólo unas horas-. Vente para acá en seguida. Y tráete a Ed. Hemos de hablar de una cosa, pero no por teléfono.

-Estaremos ahí en media hora -dijo mistress Foley.

Jack extendió en la mesa los distintos faxes recibidos y les echó un vistazo. Los servicios de inteligencia del Pentágono habían sido más rápidos que otros, aunque ya llegaban más despachos, de la CIA y de Exteriores. El gobierno despertaba (nada como un pistoletazo para movilizarlos, pensó Jack amargamente), aunque los datos eran repetitivos; distintos servicios de inteligencia que se habían enterado de lo mismo a distinta hora, y que informaban de ello como si tuviesen la primicia. Volvió a revolver las notas y le quedó claro que todas decían lo mismo. De nuevo se fijó en la del director de los Servicios Secretos rusos. Cogió el teléfono y llamó, a ver cuál de los teléfonos de la mesa de Golovko sonaba, pensó. Anotó la hora en un taco de notas. El Departamento de Cifra también registraría la llamada y, por supuesto, la grabaría, pero quería conservar sus propias anotaciones.

-Hola, Jack.

-¿Es su línea privada, Serguei Nicolaievich?

-Para un viejo amigo, ¿por qué no? -dijo el ruso, que hizo una pausa que atajó la jovialidad de su tono-. Supongo que lo sabe.

-Claro -repuso Jack, que reflexionó unos momentos antes de proseguir-. Nos han pillado por sorpresa -reconoció.

-Y a nosotros -dijo Golovko, que farfulló un taco muy ruso en expresión de solidaridad-. Del todo. ¿Tiene idea de lo que se proponen esos chiflados? -preguntó entre furioso y preocupado.

-No, no le veo el menor sentido.

Y quizá eso fuese lo más preocupante.

-¿Qué planes tienen ustedes?

-¿Ahora mismo? Ninguno -contestó Ryan-. Su embajador estará aquí en menos de una hora.

-Muy bien sincronizada va esa gente -comentó el ruso-. Si la memoria no me es infiel, ya se lo hicieron a ustedes en una ocasión.

-Y a ustedes -replicó Jack al recordar cómo empezó la guerra ruso-japonesa. Les encanta sorprender.

-Sí, Ryan, y a nosotros también nos lo hicieron.

Jack estaba seguro de que ésa era precisamente la razón de que Serguei hubiese llamado, y de que su nota revelase verdadera preocupación. Y es que el miedo a lo desconocido no era exclusivo de los niños, ¿verdad?

-¿Puede decirme con qué efectivos cuentan, sobre el terreno, para afrontar la crisis?

-En estos momentos no estoy seguro, Serguei -mintió Ryan-. Si su rezidentura de Washington es lo bastante rápida, sabrá que acabo de llegar. Necesito un poco de tiempo para ponerme al corriente. Dentro de unos minutos llegará Mary Pat a mi despacho.

-Ya -dijo Golovko, a quien, como persona inteligente y buen profesional, no pasó inadvertida la mentira-. Fue una verdadera tontería que no reactivasen ustedes CARDO antes, amigo mío.

-Cuidado, Serguei Nicolaievich, que ésta no es una línea de seguridad.

Lo que en parte era cierto. La llamada pasaba por la Embajada de los Estados Unidos en Moscú a través de un circuito de seguridad. A partir de ahí, sin embargo, seguía por una línea corriente y, por lo tanto, podía estar «pinchada».

LIbrodot

-No debe preocuparse en exceso, Iván Emmetóvich. ¿Recuerda la conversación de mi despacho?

Ah, claro. Quizá los rusos tuviesen de verdad controlado al jefe del contraespionaje japonés. De ser así, estaba en condiciones de saber si la línea era segura. Y, por lo mismo, tendría otras cartas en la mano. Buenas cartas. ¿Quería dejárselas entrever?

Piensa rápido, Jack, se ordenó Ryan. Ya veo: los rusos tienen allí otra red..., una red que funciona...

-Serguei, esto es importante. ¿No han sabido nada?

-Por mi honor de espía, Jack -dijo Golovko en un tono que hizo que Ryan lo imaginase con una sonrisa de resignación-. Acabo de tener que admitir, ante mi presidente, que me han pillado en calzoncillos, y siento un bochorno aún mayor porque...

Jack no se molestó en prestar atención a los floreos. Estaba claro. Los rusos tenían, efectivamente, otra red de agentes que operaba en Japón, aunque, por lo visto, tampoco había servido para ponerlos sobre aviso, ¿o sí? No. Jugar con dos barajas en un asunto como aquél era demasiado peligroso. Y además: su segunda red estaba infiltrada dentro del propio gobierno japonés; tenía que estarlo si habían lo-grado infiltrarse en el Servicio Secreto. CARDO, en cambio, era una red de espionaje comercial, básicamente (siempre lo había sido), y Serguei acababa de decirle que fue una tontería por parte de los Estados Unidos no haberla reactivado antes. El nuevo dato absorbió por completo a Jack, tanto que no entró en sutilezas para sondear qué otras implicaciones pudiera tener el reconocimiento de un fallo por parte de Moscú.

-Me apremia mucho el tiempo, Serguei Nicolaievich. Deduzco que quiere usted algo. ¿De qué se trata?

-Quiero cooperación entre nosotros. He sido autorizado por el presidente Grushavoy para hacer el ofrecimiento.

Jack reparó en que no había dicho plena cooperación, lo que no hacía el ofrecimiento menos sorprendente.

Nunca, jamás, ni una sola vez, ni siquiera en las peores películas, cooperaron de verdad el KGB y la CIA en nada importante. Desde luego el mundo había cambiado mucho, pero el KGB, incluso en su nueva reencarnación, aún trataba de infiltrarse en los organismos norteamericanos con la misma eficacia de siempre. Por eso no podía uno abrírseles. Y, sin embargo, el ofrecimiento estaba ahí. ¿Por qué?

¿Tendrían miedo los rusos? ¿De qué?

-Se lo plantearé a mi presidente después de consultar con Mary Pat.

Ryan no sabía aún cómo iba a planteárselo. Golovko era muy consciente de cuál era el valor de la carta que acababa de poner en la mesa del americano. No hacía falta ser un lince para aventurar la probable respuesta.

De nuevo le pareció a Ryan ver sonreír al ruso.

-No me extrañaría que la Foleieva no estuviese de acuerdo. Aún estaré en mi despacho varias horas.

-Y yo. Gracias, Serguei.

-Buenos días, doctor Ryan.

-Interesante conversación -dijo Robby Jackson desde la puerta-. Parece que tú también has trasnochado.

-Sí, pero en un avión. ¿Café? -le ofreció Jack.

-Como tome otra taza, me da un ataque de nervios -declinó el almirante, que entró y se sentó.

-¿Está la cosa fea?

-Y a peor. Aún tratamos de comprobar cuánto personal de uniforme tenemos en Japón... aparte de los que están de paso. Hace una hora ha aterrizado un C-ciento cuarenta y uno en Yakota, y ha vuelto a despegar casi de inmediato. Me acaba de llegar el despacho -dijo Robby-. Quizá un problema con la radio o, más probablemente, que no tuviesen combustible

para llegar a ninguna otra parte. Lleva una tripulación de cuatro... o cinco; no me acuerdo ahora. Exteriores también trata de hacer un recuento de los empresarios que puedan estar allí. Con todo esto podremos tener un cálculo aproximado, y hay que contar también con los turistas.

-Rehenes -dijo Ryan frunciendo el ceño.

-Cuenta con unos diez mil, como mínimo -asintió el almirante. -¿Y lo de los dos submarinos qué?

-Todos muertos. No hay supervivientes. El Stennis ha recuperado su avión y va rumbo a Pearl Harbor a doce nudos. El Enterprise intenta llegar con una sola turbina, a no más de seis nudos. Y no me extrañaría que se quedase clavado, si los daños son tan serios como nos ha dicho el capitán. Se ha enviado uno de los remolcadores más grandes para ayudarlo. También hemos enviado a Midway varios P-tres en misión de patrulla antisubmarina. Yo en su lugar intentaría borrarlos del mapa. El Johnnie Reb no creo que tenga problemas, pero el Enterprise no puede ofrecer mejor blanco. Y hay mucha preocupación en la CINCPAC. Esto nos deja en inferioridad, Jack.

-¿Y Guam?

-Todos los canales de comunicación con las Marianas están cortados, salvo uno -dijo Jackson, que le explicó lo de Oreza-. Lo único que nos dice es que la cosa está muy fea.

-¿Recomendaciones?

-Mis colaboradores no dejan de darle vueltas, aunque lo primero que necesitamos saber es si el presidente quiere que actuemos. ¿Quiere? -preguntó Robby.

-Su embajador está a punto de llegar.

-Bien por el chico. ¿No va a contestar a mi pregunta, doctor Ryan?

-Es que no sé la respuesta. -Pues menuda tranquilidad.

El capitán Bud Sánchez no había pasado nunca un trago como aquél. Fue casi un milagro que su Viking S-3 se posase en la cubierta sin novedad. Aunque más que de un milagro había que hablar de que los Hoovers eran aparatos muy manejables. Pese a que soplaba un viento de más de 40 km/h, su ala aérea estaba de nuevo a bordo y el portaaviones se retiraba.

Se retiraba. ¿Quién había dicho algo sobre que «quien da primero da dos veces», como rezaba el lema de la Armada? Renqueantes y a casita. A Pearl Harbor. Las cinco escuadrillas de cazas y aviones de ataque estaban allí quietos, perfectamente alineados en la cubierta del John Stennis, listos para operaciones de combate aunque, salvo grave emergencia, imposibilitados para despegar. Era una cuestión de... peso, y de viento. Los portaaviones se situaban a favor del viento para el aterrizaje y el despegue de sus aparatos, y necesitaban motores muy potentes para generar a proa una corriente de aire lo más fuerte posible. El aire en movimiento se añadía al impulso de despegue, que proporcionaban las catapultas de vapor, al objeto de proyectar al aparato y hacer que se elevase. La capacidad para despegar era directamente proporcional a la capacidad para generar esa corriente de aire y -algo más importante aún desde el punto de vista táctico- la intensidad de la corriente de aire que pudiesen generar determinaba qué peso podían llevar y, por lo tanto, el combustible y el armamento. Tal como estaban las cosas podían hacer que despegasen aviones. Aunque sin la cantidad de combustible necesaria para permanecer en el aire mucho tiempo ni, por lo mismo, para rastrear el océano en busca de objetivos, y sin el armamento preciso para atacar esos objetivos. Calculaba que podía utilizar los cazas de a bordo para defender a la flota de una amenaza aérea en unas cien millas a la redonda. Pero no había amenaza aérea y, aunque conociese la posición de las formaciones japonesas que se retiraban, no estaba en condiciones de alcanzarla con sus aparatos de ataque. Aparte de que no tenía órdenes de hacerlo.

La noche en el mar pasa por ser algo hermoso, pero aquélla no lo era. Las estrellas y la jibosa luna reflejadas en un mar en calma los ponía a todos nerviosos. Había suficiente claridad como para avistar barcos aunque llevasen las luces apagadas. Los únicos aparatos

real-mente activos de sus escuadrillas eran los helicópteros antisubmarinos, cuyas parpadeantes luces anticolisión servían de avanzadilla a los portaaviones, en unión de algunas unidades de escolta del Johnnie Reb. La única ventaja era que, debido a la lenta velocidad que llevaba la flota, el rendimiento del sonar de destructores y fragatas, confundido a popa con la estela de los barcos, era óptimo. No iban muchos. La mayoría se habían rezagado para escoltar al Enterprise, en un doble anillo, como si fuesen los guardaespaldas de un jefe de Estado, en tanto que uno de los barcos, un crucero dotado de sistema Aegis radar-misil, lo remolcaba al objeto de que pudiese avanzar por lo menos a seis nudos y medio. De no azotar la proa una buena tormenta, el Enterprise no podía lanzar ninguna operación de vuelo.

Los submarinos, que históricamente eran la mayor amenaza para los portaaviones, podían estar al acecho.

Según informaban desde Pearl Harbor, no habían detectado ningún submarino en las inmediaciones del ahora dividido grupo de combate. Eso era, no obstante, muy fácil de decir desde una base en tierra firme. Los operadores del sonar, apremiados por unos nerviosos oficiales para que no se les escapase nada, no hacían sino detectar remolinos y el eco de las conversaciones de los peces. Del nerviosismo de la formación dio idea el modo en que una fragata, que estaba a cinco millas, aceleró y viró bruscamente a babor ante un sonar, que sin duda debió de sonar, y que desató la calenturienta imaginación de un oficialillo ante lo que probablemente no era sino un pedo de ballena. O dos pedos, pensó el capitán Sánchez. Uno de sus Seahawks sobrevolaba, a baja altura, introduciendo su sonda para ver de qué se trataba. Y a mil trescientas millas de Pearl Harbor, se dijo Sánchez. Y a doce nudos. Lo que significaba cuatro días y medio. Con la amenaza de un ataque submarino a cada milla.

¿A qué genio se le habría ocurrido la idea de hacerlos regresar desde el Pacífico occidental? ¿Era Estados Unidos, de verdad, una potencia mundial? Mostrar el poderío por todo el mundo era importante, ¿no? Por lo menos, lo fue, pensó Sánchez al recordar sus clases en la Academia Militar. Newport fue su última «escala» antes de que lo destinasen para mandar una ala aérea.

La Armada de los Estados Unidos era la que propició el equilibrio de poder durante dos generaciones, capaz de intimidar por su sola existencia, por el solo hecho de que la gente la viese en fotografía, en ejemplares atrasados de la Jane's Fighting Ships. Nunca sabía nadie por dónde podían asomar aquellos barcos. Sólo cabía hacer conjeturas: contar cuántos muelles había vacíos en las grandes bases navales y echar cuentas. Pues bien, ahora no había que hacer muchos cálculos. Los dos muelles más grandes de Pearl Harbor estarían llenos durante una larga temporada. Y si la noticia de las Marianas era cierta, los Estados Unidos carecían de la capacidad de fuego necesaria para recuperarlas, aunque Mike Dubro asumiese el papel del Séptimo de Caballería y se lanzase a la aventura.

-Hola, Chris. Gracias por venir.

El embajador llegaría a la Casa Blanca en cuestión de minutos. La sincronización era imposible, aunque quienquiera que tomase las decisiones en Tokio no se molestó en pedirle opinión a Nagumo, como el funcionario de la Embajada sabía bien. Le molestaba, además, por otra razón: aunque Washington fuese una ciudad en la que apenas reparaba nadie en los extranjeros, las cosas podían cambiar y, ahora, por primera vez, Nagumo era un gaijin.

-¿Qué demonios ocurre, Seiji? -preguntó Chris Cook.

Ambos pertenecían al University Club, un lujoso local contiguo a la Embajada rusa que se preciaba de tener el mejor gimnasio de la capital; uno de los lugares predilectos para eliminar toxinas a fondo y recuperarlas con una buena comida. Una misión comercial japonesa tenía allí alquilados varios salones. Aunque no fuesen a poder utilizar de nuevo aquel lugar de encuentro, de momento les garantizaba el anonimato.

-¿Qué le han dicho ellos, Chris?

-Que uno de los barcos de su Armada ha tenido un pequeño accidente. ¡Por Dios bendito, Seiji! ¿No están las cosas ya lo bastante mal como para que encima se produzcan esta clase de accidentes? ¿Es que no ha habido suficiente con lo de los depósitos de combustible de los coches?

Nagumo se tomó unos segundos antes de contestar. En cierto modo todo aquello venía bien. En buena parte, el trasfondo de aquellos acontecimientos aún era un secreto, tal como él predijo y como el embajador confiaba. Y ahora estaba nervioso, aunque su talante no lo dejase traslucir.

-No ha sido un accidente, Chris.

-¿Qué quiere decir?

-Quiero decir que ha sido una especie de batalla. Quiero decir que mi país se siente muy amenazado, y que hemos tomado ciertas medidas defensivas para protegernos.

Cook no entendió ni media palabra. Aunque formaba parte del equipo de especialistas en Japón del Ministerio de Asuntos Exteriores, no lo habían llamado para informarle ni darle instrucciones. Sólo sabía lo poco que había oído a través de la radio de su coche.

Nagumo se percataba de que en la cabeza de Chris Cook no cabía que su país pudiese ser atacado. ¿Se acabaron los soviéticos, no? Mejor que mejor, pensaba Nagumo que, aunque perplejo por los riesgos que había decidido correr su país, y sin saber la razón, era, al fin y al cabo, un patriota. Amaba a su país como cualquier otra persona. Formaba parte de su cultura. Tenía órdenes e instrucciones. En su fuero interno podría sublevarse contra ellas, pero se decía que él no era sino un soldado al servicio de su patria, y punto. Era Cook el verdadero gaijin y no él, se repetía una y otra vez.

-Nuestros países están, en cierto modo, en guerra, Chris. Nos han apretado demasiado. Perdóneme, porque no me satisface nada decirlo así, pero espero que lo comprenda.

-Un momento... -dijo Chris, que meneó la cabeza y miró a Nagumo con expresión de perplejidad-. ¿Habla de guerra? ¿De auténtica guerra?

-Hemos ocupado las islas Marianas -contestó en un tono mesurado y contrito-. Por suerte, no hay que lamentar la pérdida de vidas humanas. La breve confrontación entre nuestras dos armadas puede haber sido más grave, aunque no excesivamente. Ambos bandos se alejan ya del lugar de la batalla, lo que no deja de ser buena señal.

-¿Han causado ustedes bajas entre los nuestros?

-Sí, lamento tener que decirlo; ambos bandos han tenido bajas.

Nagumo hizo una pausa y bajó la vista, como si no pudiese sostenerle la mirada a su amigo, en quien ya detectaba la reacción que esperaba.

-Por favor, no me culpe, Chris -prosiguió Nagumo en un tono de voz tan quedo como controlado-. Así han ocurrido las cosas, sin que yo haya tenido arte ni parte. Nadie me pidió opinión. Ya sabe lo que hubiese contestado. Sabe lo que hubiese aconsejado.

Era todo rigurosamente cierto, y Cook lo sabía.

-¿Y qué demonios podemos hacer, Seiji?

La pregunta era un reflejo de su amistad y apoyo mutuo y, por lo mismo, previsible. Y como también era previsible, le dio a Nagumo pie a exponer lo que necesitaba plantear.

-Tenemos que encontrar un medio para que esto no se vaya de las manos. No quiero ver a mi país destruido de nuevo. Tenemos que parar esto, y rápido -dijo Nagumo, con lo que no hacía sino expresar los deseos de su país y, por lo tanto, los suyos-. No hay ya lugar en el mundo para algo tan... abominable. Hay mentes más sensatas en mi país. Goto es un loco. Como lo oye... -añadió alzando las manos-. Tenía que decírselo. Es un loco. ¿Vamos a dejar que nuestros países se causen daños irreparables por culpa de imbéciles? ¿Qué me dice del Congreso? ¿De ese maníaco de Trent con su Ley de Reforma Comercial? ¡Fíjese a lo que nos han conducido esas reformas!

Ya estaba metido de lleno en su personaje. Capaz de ocultar sus sentimientos, como la mayoría de los diplomáticos, acababa de descubrir su talento interpretativo, tanto más convincente por cuanto creía a pie juntillas lo que decía.

-Chris, si las personas como nosotros no logramos frenar esto... -dijo con lágrimas en los ojos-, ¿qué va a pasar entonces? Toda la labor de generaciones echada por la borda. Su país y el mío, ambos seriamente dañados; muertos; progreso malgastado y ¿por qué? ¿Porque los imbéciles de su país y los del mío no han sabido allanar sus dificultades comerciales? Tiene que ayudarme a parar esto, Christopher. ¡Tiene que ayudarme!

Aunque fuese un mercenario y un traidor, Christopher Cook era un diplomático. Su credo profesional era evitar la guerra. Tenía que reaccionar positivamente y lo hizo.

-¿Y usted qué puede hacer realmente?

-Sabe usted, Chris, que mi posición es más influyente que lo que el cargo indica -señaló Nagumo-. ¿Cómo si no habría podido facilitarle aquello en lo que se basa nuestra amistad?

Cook ya esperaba algo así.

-Tengo amigos e influencia en Tokio. Necesito tiempo. Necesito cancha para negociar. Así podré suavizar nuestra posición, darles a los adversarios políticos de Goto algo que utilizar. Hay que meter a ese individuo en un manicomio, que es donde debe estar o... yo mismo me brindaría a pegarle un tiro. Ese maníaco puede destruir mi país. ¡Chris, por el amor de Dios! ¡Tiene que ayudarme a parar esto!

Lo de que podían destruir su país a Nagumo le salió del alma.

-¿Qué demonios puedo hacer yo, Seiji? No soy más que un miembro del cuerpo diplomático. Un soldadito de infantería con muchos jefes por encima.

-Es usted uno de los pocos funcionarios de Exteriores que realmente nos comprende. Recabarán su consejo -le dijo para halagarlo un poco.

-Puede. Si son inteligentes. Scott Adler me conoce. Charlamos a menudo.

-Si usted puede decirme lo que quiere su Ministerio de Exteriores, puedo hacer llegar la información a Tokio. Con suerte, podré conseguir que mi grupo en Exteriores lo proponga primero. Si podemos conseguir eso, entonces las ideas de ustedes parecerán nuestras ideas, y podremos acomodarnos mejor a sus deseos.

A eso se le llamaba judo, la más «gentil» de las artes marciales, que consistía en utilizar los movimientos y la fuerza del enemigo contra él mismo. Nagumo creía actuar en aquellos momentos como un consumado judoka. Tenía, por fuerza, que halagar la vanidad de Cook, al considerarlo capaz de orientar la política exterior de su país por medio de la astucia. Hasta el propio Nagumo se sorprendió de su hábil gambito.

-Pero si estamos en guerra, ¿cómo demonios va...? -exclamó Cook con expresión de perplejidad.

-Goto no está completamente ido. Mantendremos las embajadas abiertas para no cortar el diálogo. Les ofreceremos devolver las Marianas. Dudo de que sea un ofrecimiento de verdad sincero, pero lo pondremos sobre la mesa como muestra de buena voluntad -dijo Seiji-. Con lo que... acabo de traicionar a mi país.

Todo calculado al milímetro.

-¿Qué consideraría su gobierno aceptable para solucionar el problema de allí?

-¿En mi opinión? Plena independencia para las Marianas septentrionales, y fin de su estatus de «territorio estadounidense no incorporado». Por razones geográficas y económicas, caerán bajo nuestra esfera de influencia de todas maneras. Creo que sería un acuerdo justo. Casi toda la tierra de Saipan es de nuestra propiedad -le recordó Nagumo a su invitado-. Son simples conjeturas por mi parte, pero creo que no ando desencaminado.

-¿Y Guam?

-Siempre y cuando se desmilitarice, seguiría siendo territorio norteamericano. También eso es una conjetura, y tampoco me parece desencaminada. La plena solución de los distintos problemas requerirá tiempo, pero creo que podemos detener esta guerra antes de que se recrudezca.

-¿Y si no aceptamos?

-Entonces habrá muchos muertos. Somos diplomáticos, Chris. Nuestra misión es evitarlo...

Y otro empujoncito.

-Si puede ayudarme sólo a saber lo que ustedes desean, al objeto de que yo consiga que nosotros nos movamos en la misma dirección, usted y yo podemos parar esta guerra, Chris. ¿Querrá ayudarme, por favor?

-Pero no aceptaré dinero por ello, Seiji -dijo Cook a modo de aceptación.

Asombroso. Ahora resultaba que tenía principios. Menos mal que no iban acompañados de muchas luces.

De acuerdo a las instrucciones, se hizo entrar al embajador japonés por el ala este. Un ujier abrió la puerta de la larga Lexus y un marine que guardaba la entrada saludó, pues no tenía órdenes de no hacerlo.

El embajador entró solo, sin escolta, y pasó por el detector de metales sin problemas. Luego, siguió por un largo pasillo al que daban, entre otras dependencias, la sala privada de proyecciones cinematográficas del presidente. Había retratos de otros presidentes, esculturas de Frederic Remington y recuerdos de la época de la colonización. Lo hicieron pasar por allí para recordarle la envergadura del país ante el que representaba al suyo. A partir de allí, tres agentes del Servicio Secreto lo escoltaron hasta la planta de Exteriores del edificio, una planta que conocía bien, y después hasta el ala desde la que se gobernaban los Estados Unidos.

No apreciaba miradas hostiles, sólo correctas, y también muy distintas a la cordialidad con que lo acogían siempre en aquel edificio. Como toque final, la reunión se celebraría en la sala Roosevelt. Allí estaba la placa del premio Nobel, concedido a Theodore por negociar el fin de la guerra ruso-japonesa.

Si el recorrido que le habían impuesto tenía por objeto amedrentarlo, pensó el embajador japonés, no habían conseguido más que el efecto contrario. Los norteamericanos -y no sólo los norteamericanos- eran proclives a una estúpida teatralidad. La sala del Tratado Indio, situada en el adyacente antiguo edificio del ejecutivo, la concibieron en su día para amedrentar a los salvajes. Aquélla, le recordó al embajador el primer conflicto importante de su país. Sirvió para elevar a Japón al rango de potencia mundial, tras la derrota de otro miembro del club, la Rusia zarista, un país que resultó ser menos poderoso de lo que parecía, minado por la corrupción, desgarrado por las disensiones, dado a la gesticulación y la baladronada. Poco más o menos como los Estados Unidos, pensó el embajador. Necesitaba mentalizarse en esa dirección para que no le temblasen las piernas. El presidente Durling estaba ya de pie y le estrechó la mano.

-Ya conoce a los presentes, embajador. Tome asiento, por favor.

-Gracias, señor presidente, por recibirme pese a la poca antelación de la petición, ante la urgencia -dijo el embajador, que miró hacia la mesa de conferencias mientras Durling iba a sentarse en el extremo opuesto.

Los saludó a todos con una cortés inclinación de cabeza. Estaban allí Brett Hanson, ministro de Exteriores; Arnold van Damm, jefe de Estado Mayor, y John Ryan, el consejero de Seguridad Nacional. El embajador estaba seguro de que el ministro de Defensa se hallaba también en el edificio, aunque no estuviera presente. Qué interesante. El embajador llevaba muchos años destinado en Washington y sabía mucho de los norteamericanos. Había cólera en los ojos de los hombres que estaban allí sentados. Aunque el presidente controlase de modo admirable sus sentimientos, al igual que el personal de seguridad del edificio, su expresión era la de un soldado. La cólera de Hanson se debía a que se sentía insultado. Se negaba a creer que nadie pudiese ser tan imbécil de amenazar a su país (era como un niño mal criado, enrabietado porque un maestro justo y meticuloso le hubiese suspendido un examen). Van Damm era un político y lo veía como a un gaijin... como a un extraño hombrecillo. Ryan era quien menos furioso parecía estar, aunque era obvio que lo estaba, algo más perceptible por su manera de coger el bolígrafo que por la felina mirada de sus ojos azules. El embajador nunca había tratado con Ryan, más que en casuales encuentros en actos oficiales. Y lo mismo cabía decir del resto del personal de la Embajada. Aunque quienes estaban en los entresijos de

Washington lo conociesen bien, Jack Ryan era, sobre todo, conocido como experto en temas europeos y, por lo tanto, ignorante respecto de Japón. Estupendo, pensó el embajador. Cuanto mejor los conociese, peor enemigo sería.

-Señor embajador, puesto que ha pedido usted la entrevista -dijo Hanson-, le cedemos la palabra.

Ryan encajó sin pestañear lo que inicialmente expuso el embajador. Fue una exposición tan larga y preparada como previsible; lo que cualquier país hubiese dicho en aquellas circunstancias, aparte del característico aderezo nacional. No había sido culpa suya. Los habían empujado, a base de tratarlos como a vulgares vasallos, pese a tantos años de fiel y productiva amistad. También ellos lamentaban la situación. Y así todo, por el mismo tenor. Floreos diplomáticos. De modo que Jack dejó que sus ojos examinasen las nueces mientras sus oídos filtraban el ruido.

Lo más interesante era el talante del embajador. En circunstancias normales, los diplomáticos son proclives a adornar el discurso. Cuando hay hostilidad, declaman, como si los incomodase mostrarse espontáneos. En aquella ocasión, sin embargo, no. El embajador japonés se expresaba con una inequívoca energía, que reflejaba lo orgulloso que estaba de su país y de su comportamiento. Su actitud no era desafiante ni apocada. Incluso el embajador alemán que comunicó a Molótov la invasión decretada por Hitler se mostró contrito, recordaba Jack.

El presidente escuchó impasible. Dejó que fuese Arnie quien mostrase indignación y Hanson sorpresa. Jack se percató perfectamente de ello. Bien por Durling, pensó.

-Señor embajador, una guerra con los Estados Unidos de América no es una fruslería -dijo el ministro de Exteriores cuando hubo concluido su declaración inicial el embajador, que no se amilanó.

-Puede que no sea más que una guerra, si así lo ve usted. No tenemos el menor deseo de destruir su país; simplemente, hemos de velar por nuestra seguridad.

El embajador se extendió para exponer su postura acerca de las Marianas. Fueron antes territorio japonés y volvían a serlo. Su país tenía derecho a un perímetro defensivo propio. Y punto. Eso era todo.

-¿Es consciente de que podemos destruir su país? -dijo Hanson.

-Desde luego. Recordamos muy bien que utilizaron armas nucleares contra nuestro país.

Jack abrió un poco más los ojos al oír la respuesta. ¿Armamento nuclear?, anotó en su bloc.

-Supongo que tiene algo más que decirnos -terció Durling.

-Señor presidente... mi país también tiene armamento nuclear.

-¿Y con qué lo van a lanzar? -dijo desdeñosamente Arnie. Ryan lo bendijo en silencio por la pregunta. A veces, venía la mar de bien un gilipollas.

-Mi país dispone de misiles balísticos armados con ojivas nucleares, de alcance intercontinental. Sus propios expertos han visto la planta de montaje. Pueden confirmarlo con la NASA, si quieren.

El embajador leyó los nombres de los observadores, y las fechas en que éstos presenciaron pruebas, en un conspicuo tono, al ver que Ryan lo anotaba cual diligente funcionario. Se hizo tal silencio que se oía el roce del bolígrafo en el papel. Aunque lo más interesante fuese la expresión de los demás.

-¿Nos amenazan? -preguntó tranquilamente Durling.

-No, señor presidente -contestó el embajador, que miró con fijeza a Durling, sentado frente a él a unos siete metros de distancia-. Simplemente, reflejo el hecho. Y lo repetiré: esto es una guerra si ustedes así lo quieren. Somos conscientes de que, si se lo proponen, pueden destruirnos y de que, en cambio nosotros, no podemos hacerlo, aunque sí podemos causarles graves daños. Y total, ¿por qué, señor presidente? ¿Por unas pequeñas islas que históricamente nos pertenecen? Y que, salvo de nombre, hace años que son nuestras.

-¿Y los muertos que nos han causado qué? -preguntó Van Damm.

-Es algo que lamento sinceramente. Por supuesto que ofreceremos indemnizaciones a las familias. Confiamos en poder zanjar el incidente. No molestaremos al personal de su Embajada y confiamos en obtener el mismo trato, al objeto de mantener abiertos los canales de comunicación entre nuestros gobiernos. ¿Tan difícil les resulta tratarnos como a iguales? ¿Por qué desean hacernos daño? En cierta ocasión, debido a un error de la tripulación de uno de sus Boeing, murieron más ciudadanos japoneses que americanos en este accidente del Pacífico. ¿Los culpamos? ¿Amenazamos su seguridad económica?, ¿la supervivencia nacional misma? No. No los culpamos. Ha llegado el momento de que mi país ocupe en el mundo el lugar que le corresponde. Se han retirado ustedes del Pacífico occidental. Debemos velar ahora nosotros por nuestra defensa. Y para ello necesitamos lo que necesitamos. ¿Qué seguridad tenemos de que, tras paralizar a nuestro país en términos económicos, no van a intentar luego destruirnos físicamente?

-¡Nunca haríamos tal cosa! -protestó Hanson.

-Se dice muy fácil, señor ministro. Lo hicieron una vez y, como usted mismo acaba de decir, aún tienen capacidad para volver a hacerlo.

-No hemos empezado nosotros esta guerra -señaló Van Damm.

-¿De verdad? -exclamó el embajador-. Al cortarnos el suministro de petróleo y bloquear el comercio, nos han abocado a la ruina, y a la guerra, como consecuencia de ello. El mes pasado sumieron a nuestra economía en el caos. ¿Qué esperaban? ¿Que nos cruzásemos de brazos porque no tenemos capacidad para defendernos? Bueno, pues sí tenemos esa capacidad -añadió el embajador-. Quizá ahora podamos tratarnos como iguales. Por lo que a nuestro gobierno respecta, el conflicto ha concluido. No emprenderemos ninguna otra acción contra los americanos. Sus ciudadanos son bienvenidos a mi país. Modificaremos nuestras prácticas comerciales para acomodarnos a sus leyes. Todo este incidente puede presentarse, ante la opinión pública de ustedes, como un desgraciado accidente, y podemos llegar a un acuerdo, entre nosotros, acerca de las Marianas. Estamos dispuestos a negociar un tratado que satisfaga las necesidades de su país y las del mío. Esta es la postura de mi gobierno.

Tras decir esto, el embajador abrió su cartera y extrajo la «nota», de acuerdo a lo requerido por las normas internacionales. Se levantó y se la tendió al ministro de Exteriores.

-Si requieren mi presencia, seguiré a su disposición. Buenos días. El embajador dio media vuelta y enfiló hacia la puerta. Pasó junto al consejero de Seguridad Nacional, que no lo siguió con la mirada como hicieron los demás.

Ryan no había dicho esta boca es mía. En un japonés podía interpretarse como algo inquietante, pero no forzosamente en un americano. Simplemente, no tenía nada que decir. Al fin y al cabo, su especialidad eran los temas europeos, ¿no?

Al cerrarse la puerta, Ryan aguardó unos segundos antes de hablar.

-Bueno, ha sido interesante -comentó Ryan a la vez que repasaba sus notas-. Sólo nos ha dicho una cosa importante.

-¿A qué se refiere? -preguntó Hanson.

-Cabezas nucleares y proyectiles para lanzarlas. El resto han sido puros floreos, dirigidos a otra audiencia. Seguimos sin saber lo que de verdad están haciendo.

25. Todos a una

Aún no había trascendido, pero poco faltaba. El FBI ya buscaba a Chuck Searls. Sabían que no iba a ser fácil, porque lo cierto era que lo que podían hacer, de acuerdo a los datos que tenían, era interrogarlo. A los seis programadores que, en mayor o menor medida, trabajaron en el programa Electra-Clerk 2.4.0 ya los habían interrogado. Los seis negaron saber nada de lo que, por otra parte, todos llamaban el «huevo de Pascua». Se expresaron con una mezcla de indignación por lo que se había hecho y de admiración por el cómo. Sólo tres líneas de código, nada apretadas, los obligaron a trabajar coordinadamente, a los seis, durante

veintisiete horas para descifrarlo. Lo peor era que los seis, además de Searls, tenían acceso al programa básico. Al fin y al cabo, eran los programadores más expertos de la empresa. Comoquiera que tenían idéntico acceso de seguridad, podían acceder a los datos en cualquier instante, hasta el mismo momento en que salían de la oficina en la «tostada» (el disco duro desmontable del ordenador Bernouille), para ponerlo a buen recaudo. Además, aunque hubiese contraseñas de acceso, sabían cómo engañar al ordenador central; y borraban la referencia de la hora clave o asimilaban la operación a las realizadas a otra hora. De manera que aquel «huevo de Pascua», tan hábilmente empollado, pudo haber permanecido allí, perfectamente, durante los meses que tardaron en perfeccionar el programa. Al final, uno de los programadores reconoció llanamente que pudo haberlo hecho cualquiera de ellos seis. No se dejaban huellas en los programas de ordenador. Lo más importante, en aquellos momentos, era que no había modo de remediar lo que el Electra-Clerk 2.4.0 había hecho.

Y lo que había hecho era tan tremendo que los agentes del FBI que trabajaban en el caso hacían humor negro: la moderna instalación de ventanas selladas de Thermopane en los edificios de oficinas de Wall Street había salvado miles de vidas, decían.

La última transacción identificable se registró a las 12.00.00. Y a partir de las 12.00.01, todas las operaciones estaban reflejadas de un modo incomprensible. Habían desaparecido centenares de miles de millones de dólares en transacciones, perdidas en los discos de los ordenadores de la Depository Trust Company.

Aún no había trascendido. Se mantenía en secreto, como los ejecutivos de la DTC fueron los primeros en aconsejar, con la subsiguiente aprobación del director del Fondo de Garantía de Depósitos y del síndico de la Bolsa de Nueva York. Tendrían que explicarle por qué al FBI. Además del dinero perdido en el crash del viernes, se habría movido también bastante dinero a través de los puts (nombre de complejas transacciones que muchos brokers utilizaban como protección), un procedimiento que permitía ganar dinero en un mercado a la baja. Por otra parte, todas las empresas tenían sus propios archivos. En teoría, con el tiempo, podrían reconstruir lo que el «huevo de Pascua» borró. No obstante, si el desastre de la Depository Trust Company trascendía, cabía la posibilidad de que agentes sin escrúpulos o, simplemente, desesperados falseasen sus propios archivos. Esto era harto improbable en el caso de las grandes sociedades de inversiones, pero casi inevitable en las pequeñas, y tales manipulaciones serían casi imposibles de detectar (el clásico caso de la palabra de uno contra la palabra del otro, que es lo peor con que pueda tener que enfrentarse un tribunal). Incluso las sociedades de inversiones más importantes y honorables tenían sus bellacos, reales o potenciales. Había demasiado dinero en danza. El problema se agravaba debido a la obligación ética de los agentes de salvaguardar el dinero de sus clientes.

Por esta razón, más de doscientos agentes del FBI visitaron las oficinas, y los hogares, de los principales ejecutivos de las más importantes sociedades de inversiones; de todas aquellas instaladas en un radio de casi doscientos kilómetros. Resultó más fácil de lo que temieron. Muchos de los ejecutivos se dedicaron a trabajar como locos durante el fin de semana y, en la mayoría de los casos, cooperaron y facilitaron sus propios archivos informáticos. Calculaban que los datos de un 80 % de las operaciones que tuvieron lugar a partir del mediodía del viernes estaban en manos de las autoridades. Ésta fue la parte fácil. Lo difícil, como en seguida advirtieron los agentes del FBI, sería analizar los datos, relacionar cada una de las operaciones realizadas por cada una de las empresas con las demás. A mayor ironía, fue precisamente un programador de la empresa de Searls quien, sin necesidad de presionarlo, esbozó lo mínimo que necesitaban para realizar la tarea: un ordenador para cada juego de archivos de cada empresa, conectados todos ellos a un poderoso ordenador no menor que un Cray Y-MP (tenían uno en la CIA y tres más en el Departamento de Seguridad Nacional, les dijo el programador), además de un delicado programa específico. Había miles de agentes y de sociedades de inversiones que, en conjunto, habían realizado millones de transacciones. Las permutaciones, les dijo el programador a dos agentes capaces de seguir, mínimamente, su razonamiento matemático, eran, probablemente, del orden de 10 elevado a 16 (10 elevado a la

LIbrodot

16.a potencia)... o puede que elevado a 18. El número resultante, tuvo que explicarles, era un millón al cubo: un millón de veces un millón por un millón. Un número muy grande. Ah, y otra cosa: que se asegurasen bien de tener todos los archivos de todas las empresas sobre todas las operaciones, o el cálculo podía irse al garete. ¿Tiempo que se requería para ello? No quiso ni entrar a considerarlo, lo que no fue muy del agrado de los «federales», que tuvieron que volver a la sede del FBI y explicárselo a su jefe, que no quería ordenadores ni para la correspondencia. En el trayecto de regreso a sus despachos, lo que cruzó por la mente de todos fue: MISIÓN IMPOSIBLE.

Y sin embargo había que hacerlo. No era sólo una cuestión de operaciones bursátiles. Cada transacción tenía un valor monetario; auténtico dinero que cambió de manos electrónicas, que pasó de una cuenta a otra y, por más electrónica que fuese, la compleja masa dineraria tenía que contabilizarse. Hasta que cuadrasen todas las transacciones, no se podría precisar qué cantidad de dinero había en cada cuenta de cada sociedad de inversiones, en cada entidad, en cada banco y, en última instancia, en la cuenta corriente de cada ciudadano norteamericano (incluso en la de aquellos que no jugaban a la Bolsa). Además de paralizar Wall Street, el sistema bancario norteamericano había quedado congelado, una conclusión a la que se llegó casi al mismo tiempo que el avión presidencial se posaba en la base de las Fuerzas Aéreas de Andrews.

-Mierda! -exclamó el adjunto del director de la División de Nueva York del FBI.

Su exclamación resultaba más consecuente que las conjeturas de otros mandamases del cuerpo, reunidos en cónclave en sus espaciosos despachos. El resto, se limitaba a mirar a sus baratas alfombras y a tragar saliva.

Como la situación no tenía más remedio que empeorar, empeoró. Uno de los empleados de la Trust Depository Company se lo contó a un vecino abogado, que se lo contó a un periodista, que hizo unas cuantas llamadas y escribió un artículo para el New York Times. Y este buque insignia de la prensa llamó al ministro del Tesoro, que acababa de llegar de Moscú y no estaba al corriente de la magnitud de la situación y que, aunque declinó hacer comentarios, olvidó pedirle al Times que retuviese la noticia. Antes de que pudiera enmendar su error, el artículo estaba compuesto y listo para impresión.

El ministro del Tesoro, Bosley Fiedler, cruzó, casi a la carrera, el túnel que conectaba el edificio de su ministerio con la Casa Blanca. Hombre poco acostumbrado a los esfuerzos físicos, resoplaba a todo meter al llegar a la sala Roosevelt, justo cuando el embajador japonés acababa de marcharse.

-¿Qué ocurre, Buzz? -le preguntó el presidente Durling.

Tras recobrar el aliento, Fiedler le hizo, durante unos cinco minutos, un resumen de lo que acababa de enterarse por teleconferencia con Nueva York.

-No podemos mantener abiertas las Bolsas -concluyó-. Quiero decir que no pueden operar. Nadie puede realizar transacciones. Nadie sabe de cuánto dinero dispone. Nadie sabe quién posee qué. Y los bancos... Estamos ante un grave problema, señor presidente. Jamás ha sucedido, ni remotamente, nada parecido.

-¿No es más que dinero, no, Buzz? -exclamó Arnie van Damm, que se preguntaba por qué tenían que coincidir tantas calamidades en un día, después de unos meses más bien apacibles.

-No, no se trata sólo de dinero.

Todos ladearon la cabeza porque era Ryan quien había contestado. -Se trata de confianza. Buzz escribió un libro acerca de ello cuando yo trabajaba en Merrill Lynch -añadió Jack, que se dijo que acaso una amistosa referencia lo calmase un poco.

-Gracias, Jack -dijo Fiedler, que se sentó y tomó un sorbo de agua-. Tomemos como ejemplo el crash de mil novecientos veintinueve. ¿Qué se perdió en realidad? En términos monetarios la respuesta es: nada. Muchísimos inversores perdieron hasta la camisa y las

maniobras especulativas de leveraging agravaron las cosas. Lo que a menudo la gente no entiende es que lo que ellos perdieron era un dinero que ya se había dado a otros.

-No lo entiendo -dijo Arnie.

-Ni nadie, en realidad. De puro sencillo. La gente concibe el mercado como algo muy complejo, y el árbol no los deja ver el bosque. Cada inversionista que perdió dinero, primero se lo dio a un agente, a cambio de lo cual recibió un certificado que lo acreditaba como dueño de unas determinadas acciones. Cambiaba dinero por algo de valor, pero ese algo cayó, y en eso consistió el crash. PERO el primero, el que extendió el certificado y recibió el dinero antes del crash... (conceptualmente el que acertó con la operación), no perdió nada, ¿verdad que no? Por lo tanto, la cantidad de dinero de nuestra economía en mil novecientos veintinueve no se modificó en absoluto.

-El dinero no se evapora, Arnie -explicó Ryan-. Cambia de bolsillo. No desaparece. El Banco Central lo controla.

Con todo, estaba claro que Van Damm seguía sin entenderlo.

-¿Por qué demonios se produjo entonces la Gran Depresión? -preguntó Arnie.

-Por una pérdida de la confianza -contestó Fiedler-. Muchísimas personas salieron gravemente perjudicadas en el veintinueve a causa de arriesgadas maniobras especulativas. Se compraban acciones sin hacer efectiva, en realidad, más que una cantidad, una especie de «paga y señal» al agente, a fondo perdido. Y al tener que vender de prisa y corriendo, no pudieron cubrir. A este tipo de operaciones se les llama hoy en día leveraging. Para los bancos y otras entidades fue un palo, porque tuvieron que cubrir ellos. De manera que, por un lado, una legión de pequeños inversores se quedó sin más que deudas, que ni siquiera podían empezar a devolver y, por otro, los bancos se quedaron sin liquidez. En estas circunstancias, la gente se abstuvo de todo. Tenían miedo de arriesgar lo que les quedaba. Quienes se retiraron a tiempo y aún tenían dinero (los únicos que, en realidad, no salieron perjudicados), vieron el panorama y optaron, a su vez, por no hacer nada. Se limitaron a esperar, ya que lo que veían era para echarse a temblar. Ahí radica el problema, Arnie. Mira, lo que sustancia una economía no es la riqueza sino la utilización de la riqueza, todas las operaciones cotidianas: desde el muchachito que te corta el césped por un dólar hasta la adquisición de un importante paquete de acciones. Si eso se detiene, se detiene todo.

Ryan asintió con la cabeza, en señal de aprobación, ante la espléndida conferencia de Fiedler.

-Aún no estoy del todo seguro de haberlo entendido -dijo el jefe de Estado Mayor mientras el presidente se limitaba a escuchar. Ahora me toca a mí.

-Son pocas las personas que lo entienden -dijo Ryan-. De puro sencillo, como dice Buzz. Piensa uno en la actividad y no en la inactividad como indicador económico. Y sin embargo es en la inactividad donde radica el verdadero peligro. Si opto por cruzarme de brazos, mi dinero no circula. No compro cosas, y quienes fabrican lo que no compro se quedan sin trabajo. Eso los asusta, a ellos y a sus vecinos. Los vecinos se asustan tanto que se aferran a su dinero... ¿Para qué gastar un dinero que pueden necesitar para comer, si también ellos se quedan sin trabajo? Y así sucesivamente. Nos enfrentamos a un serio problema -concluyó Jack-. El lunes por la mañana los banqueros se van a encontrar con un problema: no sabrán cuánto dinero tienen. La verdadera crisis bancaria de la Gran Depresión no empezó realmente hasta mil novecientos treinta y dos, bastante después de que las Bolsas se reanimasen. Esta vez no.

-¿Hasta qué punto es grave? -preguntó el presidente.

-No lo sé -contestó Fiedler-. Nunca había sucedido.

-Un «no lo sé» no me sirve, Buzz -dijo Durling.

-¿Preferiría que le mintiese? -replicó el ministro del Tesoro-. Tendríamos que llamar al presidente del Banco Central de la Reserva Federal. Nos enfrentamos a un montón de problemas. Y el más gordo es una crisis de liquidez sin precedentes.

-Eso sin contar con una guerra caliente -señaló Ryan, por si acaso lo olvidaban.

-¿Y qué es más grave? -preguntó el presidente.

Ryan lo pensó durante unos momentos.

-¿En términos de verdaderos perjuicios para nuestro país? Nos han hundido dos submarinos y han muerto doscientos cincuenta hombres. Dos portaaviones inutilizados. Pueden repararse. Las Marianas tienen nuevo dueño. Son cosas graves -dijo Jack en un tono mesurado y pausado que le permitía reflexionar a la vez-. Y sin embargo nada de todo eso afecta, auténticamente, a nuestra seguridad nacional, porque no forma parte de la verdadera fuerza de nuestro país. América es una idea compartida. Somos personas que vemos las cosas de una determinada manera, que creemos poder hacer lo que queremos hacer. Lo otro viene después. Se trata de confianza, de optimismo, eso que tantos países ven como una rareza nuestra. Si nos quitan eso, seríamos como todos los demás. La respuesta más concreta a su pregunta, señor presidente, es que el problema económico es mucho más peligroso para nosotros que lo que nos acaban de hacer los japoneses.

-Me sorprende usted, Jack -dijo Durling.

-Señor, tal como ha dicho Buzz, ¿preferiría que le mintiese?

-¿Dónde coño está el problema? -preguntó Ron Jones.

El sol ya había salido y se veía al Pasadena amarrado aún al muelle. La enseña nacional parecía ondear un tanto mohína. Un barco de guerra de la Armada de los Estados Unidos allí, sin hacer nada; y el hijo de quien fuera su mentor, muerto a manos de un enemigo. ¿Es que nadie pensaba hacer nada?

-El capitán del Pasadena no tiene órdenes -dijo Mancuso-, por-que yo no tengo órdenes, porque la CINCPAC no tiene órdenes porque la JUJEM no ha cursado órdenes.

-¿Están al corriente allí?

-Por lo visto, el ministro de Defensa está ahora en la Casa Blanca. Probablemente, en estos momentos, informará al presidente -dijo el comandante de la Flota de Submarinos del Pacífico.

-¿No irá a inhibirse? -exclamó Jones.

-Es el presidente, Ron. Y nosotros... a acatar lo que él diga. -Ya, como cuando Johnson envió a mi padre a Vietnam -replicó Jones, que ladeó la cabeza y miró el mapa de la pared.

A últimas horas de aquel día, los buques de superficie japoneses quedarían fuera del alcance de los portaaviones que, de todas maneras, no podían lanzar sus escuadrillas. La Gary había dado por terminado su rastreo en busca de supervivientes, básicamente por temor a que los japoneses hubiesen dejado submarinos al acecho. Aunque daba la impresión de que la había ahuyentado del lugar un remolcador del servicio de guardacostas. Los informes de Inteligencia que tenían estaban basados en datos transmitidos por los satélites, porque no se consideró prudente enviar un P-3C para sobrevolar las fuerzas de superficie y, mucho menos, para detectar submarinos.

-Así que «quien da primero da dos veces», ¿eh?

Mancuso decidió no enfadarse esta vez. Era un alto oficial y le pagaban para pensar como tal.

-Vayamos por partes. Las unidades nuestras que más peligro corren son los dos portaaviones. Tenemos que llevarlos a puerto seguro y tenemos que repararlos. Wally está ahora mismo en ello. Necesitamos información de los Servicios de Inteligencia, analizarlos y ver entonces qué podemos hacer.

-Y, de paso, ver si él nos dejará.

-Así funciona el sistema -admitió Mancuso.

-Maravilloso.

Era un amanecer de verdad placentero. Sentado en la cabina del 747, Yamata iba en uno de los asientos de ventanilla del lado de babor. Miraba hacia el exterior, desentendido del runrún

de las conversaciones. Apenas había dormido en los últimos tres días, pero estaba exultante, embriagado por la sensación de poder.

Aquél era el último vuelo programado. Era casi todo personal administrativo, además de algunos ingenieros y funcionarios, que empezarían en seguida a poner al gobierno en su sitio. Los burócratas encargados de la tarea habían sido bastante listos, a su modo. Por supuesto, en Saipan todo el mundo tendría derecho al voto, y las elecciones se realizarían bajo supervisión internacional (una necesidad política).

Saipan tenía unos veintinueve mil habitantes, aunque en ese número no se incluía a los japoneses, muchos de los cuales poseían tierras, casas y empresas. Tampoco estaban incluidos los soldados ni quienes se alojaban en los hoteles. Los hoteles (los más grandes eran de propiedad japonesa, naturalmente) serían considerados como edificios de apartamentos en régimen de propiedad, y quienes ocupaban las habitaciones, residentes. Como ciudadanos japoneses, cada uno de ellos tendría un voto. Los soldados también eran ciudadanos y, por lo mismo, tenían derecho a votar. Y puesto que el estatus de su guarnición no estaba determinado, también se los consideraría residentes. Entre soldados y civiles, había 31 000 japoneses en la isla, y cuando se celebrasen las elecciones... pues, bueno, sus compatriotas concurrían asiduamente a las urnas, ¿no? Supervisión internacional... pensó mirando al este... ¡A hacer puñetas!

Era ciertamente placentero contemplar desde 12 000 m los primeros destellos en el horizonte, que semejaban un adorno del ramillete de estrellas todavía visibles. El resplandor, cada vez más brillante, se expandía y pasaba del púrpura al rojo intenso, al anaranjado y, luego, los primeros atisbos del disco, todavía invisible para quienes estaban al nivel del negro mar. Era como si el sol saliese para él solo, pensó Yamata, mucho antes de que el pueblo llano pudiera disfrutarlo y saborearlo.

El aparato viró suavemente hacia la derecha y empezó a descender. El descenso, a través del aire de la amanecida, se antojaba perfectamente sincronizado, como si detuviese el sol mientras el aparato descendía, prolongando el mágico instante y el amarillento resplandor durante varios minutos. Tanto esplendor casi hizo llorar a Yamata. Aún recordaba los rostros de sus padres; su modesto hogar en Saipan. Su padre fue un pequeño comerciante, nada próspero, que les vendía baratijas y artículos de mercería a los soldados acantonados en la isla. Su padre siempre se mostró muy cortés con los soldados, recordaba Raizo; siempre sonriente y obsequioso, encajando sus bromas de mal gusto por su pierna, encogida por la polio. Al muchacho de entonces le parecía normal tratar con deferencia a quienes portaban armas y vestían el uniforme de su país. Desde entonces había tenido tiempo de aprender la realidad. No eran sino vasallos. Perteneciesen o no a la tradición de los samurai (al fin y al cabo la palabra samurai derivaba del verbo servir, recordó; llevaba implícita la existencia de un amo, ¿verdad?), eran ellos quienes protegían y velaban por sus superiores, y eran sus superiores quienes los elegían y pagaban, quienes les decían qué debían hacer. No tenían más remedio que tratarlos con mayor respeto del que, en realidad, merecían. Lo curioso era que, cuanto más alta era su graduación, mejor entendían cuál era su verdadero sitio.

-Aterrizaremos dentro de cinco minutos -le dijo un coronel.

-Dozo -dijo Yamata.

Más que acompañar la palabra con una ligera inclinación de la cabeza, asintió con una especie de calculado tic, como el que se le dirige a un subalterno que presta un servicio, para mostrarle cortesía y, a la vez, superioridad. Con el tiempo, si el coronel se aplicaba y llegaba a general, sería otro el gesto que le dirigiese y, si el ascenso continuaba, quizá algún día, a poca suerte que tuviese el ascendido, lo llamaría por su nombre, le concedería una sonrisa, bromearía con él, lo invitaría a una copa y, en plena ascensión al Alto Mando, le haría ver quién era de verdad el amo. Probablemente, ése era el objetivo del coronel. Yamata se abrochó el cinturón de seguridad y se alisó el pelo.

LIbrodot

El capitán Sato estaba agotado. Llevaba demasiadas horas pilotando, con lo que infringía las normas de descanso que debían observar las tripulaciones de su compañía aérea. Pero tampoco él podía darle la espalda a su deber para con su patria. Al mirar hacia la izquierda, vio en el cielo de la mañana las parpadeantes luces de dos cazas, probablemente dos F-15; uno de ellos quizá lo pilotase su hijo, que sobrevolaba en círculo una tierra que en otro tiempo formó parte de su país. Con suavidad, se dijo, ya que llevaba soldados de su país a bordo y se merecían el mejor aterrizaje. Manejaba los mandos con precisión para guiar el Boeing a lo largo de una línea imaginaria que conducía al punto de la pista que sus ojos habían seleccionado. A una orden suya, el copiloto hizo que se desplegasen los enormes alerones. Sato tiró de la palanca hacia atrás. El aparato alzó ligeramente el morro para situarse en posición más horizontal. El leve roce de los neumáticos del tren de aterrizaje les indicó que ya estaban en tierra.

-Es usted un artista -dijo el copiloto, impresionado una vez más por la pericia del capitán.

Sato se permitió una sonrisa y refrenó el aparato.

-Encárguese usted de llevarlo hasta la terminal -dijo Bien venidos a Japón -añadió, dirigiéndose a los pasajeros a través del intercomunicador.

De no ser por lo que le sorprendió el anuncio del piloto, Yamata hubiese gritado de júbilo. No aguardó a que el aparato se hubiese detenido por completo para desabrocharse el cinturón. Estaba justo al lado de la cabina del piloto y la puerta estaba abierta. Tenía que decirle algo.

-¿Capitán?

-Sí, Yamata-san.

-¿Lo ha comprendido, verdad?

La expresión de su rostro al asentir era la de un orgulloso profesional que en aquel instante se sintió muy unido al zaibatsu.

-Hai.

La recompensa a su asentimiento fue una cumplidísima inclinación de cabeza que hizo que el corazón de Sato rebosase satisfacción ante la muestra de respeto de Yamata-san.

El empresario ya no tenía prisa. Los burócratas y los soldados asignados a tareas administrativas bajaron del avión. Luego, subieron a los autocares que aguardaban para llevarlos al hotel Nikko Saipan, grande y moderno, que se alzaba en el centro de la costa occidental de la isla. Aquél sería el cuartel general provisional de los okupa (del nuevo gobierno, se corrigió Yamata). Tardaron cinco minutos en bajar del aparato. Después, Yamata subió a un Toyota Land Cruiser cuyo chófer era uno de sus empleados. Sabía lo que tenía que hacer sin que el zaibatsu se lo indicase, aparte de que era consciente de que aquél era un momento para que Yamata lo saborease en silencio.

Apenas prestó atención al trajín que se observaba. Aunque hubiese sido él quien lo provocó, le parecía ahora menos importante de lo que en su impaciencia imaginó. Alguna breve sonrisa sí les dirigió a los vehículos militares. Ahora notaba de verdad el cansancio. A pesar de su férrea voluntad, se le cerraban los ojos por más que porfiase por mantenerlos bien abiertos y alerta.

El chófer había estudiado el recorrido con minuciosidad y logró evitar los embotellamientos. Pronto dejaron atrás el club deportivo Marianas y, aunque el sol estaba ya alto, no se veían golfistas en el campo. La única presencia militar que se advertía en aquel tramo era la de dos camiones militares que estaban junto a las instalaciones del enlace por satélite. Se hallaban en el límite exterior del aparcamiento, recién pintado de color verde tras apropiárselo la cadena japonesa NHK. No era cuestión de estropear el campo de golf, probablemente los terrenos más caros de la isla.

Estaba por allí, pensó Yamata, al recordar la forma de las lomas. La destartalada tienducha de su padre estaba cerca del aeródromo Norte. Recordaba los cazas Type-Zero A6M, a unos fanfarrones aviadores y a unos soldados autoritarios, las más de las veces. Por allí estuvo también la planta procesadora de caña de azúcar Nanyo Kohatsu Kaisha. Hurtaban trocitos de caña y la masticaban. Qué deliciosa era la brisa en aquellas mañanas.

En seguida llegaron a su propiedad. Yamata se sobrepuso para no quedarse dormido de pie, bajó del coche y se encaminó hacia el lado norte de su terreno.

Por allí debieron de llegar sus padres y sus hermanos. Aún le parecía ver a su padre, renqueante, en inútil porfía por el digno porte que su enfermedad de la infancia le negó para siempre. ¿Habría servido también a los soldados, en aquellos últimos días, para proporcionarles lo que de utilidad pudiese tener? ¿Habrían los soldados, en aquellos últimos días, dejado de insultarlo con groserías, de hacer mofa de su estado físico, para darle las gracias con la sinceridad de quienes sabían que rondaba la muerte? Yamata optó por responder que sí a ambas preguntas.

Sus padres y sus hermanos habrían seguido por aquel camino, en retirada hacia la muerte, protegidos por los soldados de la retaguardia en su postrer acto de sublime servicio.

Los isleños llamaban Banzai Cliff a aquel acantilado. Para los menos racistas no eran «bonsais» sino suicidas (Suicide Cliff, lo llamaban). Yamata tendría que ocuparse de que los encargados de sus relaciones públicas cambiasen aquel topónimo por otro más respetuoso. 9 de julio de 1944, el día que cesó la resistencia organizada. El día que los americanos declararon la isla de Saipan «zona de seguridad».

En realidad, eran dos los acantilados, casi unidos y curvilíneos, en forma de anfiteatro. El más alto superaba los 80 m de altitud sobre el nivel de aquel mar insinuante. Había columnas de mármol para señalar el lugar, esculpidas años atrás por estudiantes japoneses, con bajorrelieves que representaban niños orando. Por allí debieron de asomarse al abismo cogidos de la mano. Recordaba las fuertes manos de su padre. ¿Debieron de pasar mucho miedo su hermana y su hermano? Probablemente, sentirían más desconcierto que temor, pensó, después de veintiún días de ruidos ensordecedores, de horror y de perplejidad. Su madre debió de mirar a su padre. Era una mujer bajita, rellenita y cordial cuya alegre y musical risa volvía a sonar en los oídos de su hijo. Aunque los soldados se mostrasen a menudo groseros con su padre, con ella nunca. Y nunca, tampoco, con los niños.

El último servicio que los soldados les prestaron fue mantener alejados a los americanos en el momento postrero, al saltar al vacío. Cogidos de la mano, quería creer Yamata, cada uno con un hijo en amoroso abrazo. Se negaron orgullosamente a aceptar el cautiverio a manos de los bárbaros y dejaron huérfano a su otro hijo.

Yamata veía aquello con sólo cerrar los ojos y, por primera vez, el recuerdo y la escena que se representaban en su mente hicieron que su cuerpo se estremeciese de emoción. Nunca se había permitido más que un sentimiento de indignación en todas las ocasiones que estuvo allí a lo largo de los años. Ahora podía desahogarse y llorar con orgullo, porque había pagado su deuda de honor a aquellos que le dieron la vida, tras cobrársela a aquellos que los llevaron a la muerte. Cuenta saldada.

El chófer lo observaba y aun sin saber de qué iba exactamente, comprendía. Conocía la historia de aquel lugar, y también él sintió ganas de llorar al ver que un sesentón daba palmadas para llamar la atención de los espíritus de sus familiares muertos. Desde cien metros de distancia, veía el convulso movimiento de sus hombros. Luego, Yamata se echó en el suelo de costado, tal cual iba con su traje de ejecutivo, y se quedó dormido. Quizá soñase con ellos. Acaso los espíritus de quienquiera que fuesen, pensó el chófer, lo visitasen mientras dormía y le dijesen lo que necesitaba oír. Lo que más sorprendía, se dijo el chófer, era que aquel viejo hijo de puta tuviese de verdad alma. Quizá hubiese sido injusto con su jefe.

¡Joder si están organizados!», exclamó Oreza para sí, mientras miraba con los prismáticos que tenía en casa.

Desde la ventana del salón se veían los aeródromos; y la cocina daba al puerto. Hacía ya mucho rato que el Orchid Ace había partido. Otro transporte de automóviles había ocupado su lugar en el muelle: el Century Highway n.° 5, que descargaba camiones y vehículos todo terreno. Partagee estaba hecho polvo. Llevaba sin dormir veintisiete horas, buena parte de las

cuales las pasó faenando al oeste de la isla. Era demasiado viejo para darse esas palizas, como él sabía muy bien. Burroughs, más joven y espabilado, estaba hecho un ovillo en la alfombra y roncaba como una locomotora.

Por primera vez en muchos años, Oreza sintió deseos de fumar un cigarrillo. Ayudaban a mantenerlo a uno despierto. Sólo los necesitaba en momentos como aquéllos. Eso necesitaba un soldado... o, por lo menos, así lo mostraban las películas sobre la segunda guerra mundial. Claro que aquello no era la segunda guerra mundial ni él era un soldado. Pese a haber permanecido más de treinta años en el Servicio de Guardacostas de los Estados Unidos, jamás disparó un tiro en un arrebato de indignación, ni siquiera en el único y breve destino que cumplió en Vietnam. Siempre fue otro el que apretó el gatillo. O sea: que no sabía combatir como un soldado.

-¿Te has pasado la noche en vela? -le preguntó Isabel, vestida ya para ir al trabajo.

Era lunes en aquel huso horario, y laborable. Reparó en que el taco de papel de notas que siempre tenía junto al teléfono estaba garabateado y lleno de números.

-Como si fuese a servir de algo -añadió.

-Yo qué sé, Izz.

-¿Quieres desayunar?

-Daño no hará -terció Pete Burroughs, que asomó por la puerta de la cocina, desperezándose-. Creo que sobre las tres me he quedado frito. Y estoy hecho mi...gas -añadió por consideración a la dueña de la casa.

-Bueno, he de estar en la oficina dentro de una hora -dijo mis-tress Oreza a la vez que abría el frigorífico.

Por lo visto, allí desayunaban cereales y leche desnatada, pensó Burroughs, con tostadas hechas con fuego de leña. O sea, que añadiéndole un poco de fruta era como estar de vuelta en San José. Ya olía el café. Cogió una taza y se sirvió.

-Esto sí que es café-café.

-Cosa de Manni -dijo Isabel.

-Me enseñó a hacerlo mi primer contramaestre -dijo Oreza, que sonrió por primera vez en muchas horas-. La mezcla adecuada, las proporciones justas, y una pizquita de sal.

Probablemente, a la sombra de la luna y después de sacrificar una cabra, pensó Burroughs. Si así era, la cabra habría muerto por una buena causa. Tomó un sorbo y se acercó a ver el cartapacio de Oreza.

-¿Tantos?

-Por lo bajo. Hay dos horas de vuelo de aquí a Japón. Cuatro entre ir y volver. Seamos generosos y concedámosles noventa minutos a cada aparato para repostar y revisión, en uno y otro lado. Eso significa un ciclo de siete horas. O sea, que cada aparato puede hacer tres viajes y medio al día. Y cada vuelo puede traer entre trescientos y trescientos cincuenta soldados. Eso significa que cada avión puede traer mil hombres diarios. Con quince aparatos operativos, eso significa toda una división. Y convendrá conmigo en que los japoneses tienen más de quince mil setecientos cuarenta y siete, ¿verdad? Como le he dicho: por lo bajo. Y ahora sólo les quedará transportar su parque móvil.

-¿Cuántos barcos necesitarán? -preguntó Burroughs.

-No estoy seguro -contestó Oreza, que enarcó las cejas como para concentrarse-. Durante la guerra del Golfo... (estuve allí en trabajos de seguridad en los puertos... joder). Depende de qué barcos se utilicen y de cómo se distribuya la carga. Tiraremos también por lo bajo. Que sólo tuvieran dos grandes mercantes para transportar el material. Camiones, jeep, y la tira. Es como si todo un pueblo estuviese de mudanza. Necesitan combustible para repostar. Además, este peñasco no produce suficientes alimentos para autoabastecerse. Lo que falta ha de llegar por barco, aparte de que la población se acaba de duplicar. Podrían verse obligados a restricciones con el agua -observó Oreza a la vez que tomaba una nota al respecto-. De lo que no cabe duda es de que han venido para quedarse.

Oreza hizo una pausa para alcanzarse los Kellogg's, loco por comerse tres huevos fritos con bacon, tostadas de pan blanco con mantequilla, un buen cacho de tableta de chocolate con nueces, con todo su colesterol. ¡Qué lata llegar a los cincuenta!

-¿Y yo qué? -clamó el ingeniero-. Usted se habrá aclimatado. Pero yo no.

-A ver, Pete, que usted será el patrón, pero yo soy el capitán. Y soy responsable de su sa... seguridad. Así reza la ley de los mares.

-Es que aquí no estamos en el mar... ni esa leche -protestó Burroughs.

-Es mi hija la ley -dijo Oreza, ante aquella observación, tan real como la vida misma-. Y no quiero complicaciones. Así que cómase eso. Yo he de dormir y a usted le toca la guardia de la tarde.

-¿Y yo qué? -preguntó mistress Oreza.

-Si no te presentas al trabajo...

-... podrían preguntarse por qué. Será interesante ver si dicen la verdad sobre los dos policías tiroteados -dijo su esposo-. No me he acostado en toda la noche, Izz. No he oído un solo disparo. Parece que tienen controles en los cruces, pero que no molestan a nadie -añadió-. Aun y así, no me gusta, cariño. Tendremos que aguantarnos...

-¿Lo hiciste, Ed? -le espetó Durling al vicepresidente.

Lo fulminaba con la mirada. Lo maldecía por obligarlo a enfrentarse a un nuevo problema, en los críticos momentos por los que atravesaba su presidencia. El artículo del Washington Post, sin embargo, no le dejaba opción.

-¿Por qué deja que me pongan la soga al cuello? ¿Por qué, por lo menos, no me ha advertido?

El presidente dirigió un ademán en derredor del despacho Oval.

-Hay muchas cosas que puede hacer uno aquí -contestó-, y muchas otras que no puede; y una de ellas es interferir en la investigación de un delito penal.

-¡No me venga con ésas! Muchísimos han...

-Ya. Y lo pagaron caro.

No soy yo quien está con el culo al aire, se abstuvo de decir Roger Durling. Y no voy a jugármela por ti.

-No ha contestado a mi pregunta, Kealty.

-¡Escúcheme, Roger...! -le gritó el vicepresidente.

Durling lo atajó con un ademán.

-Mire, Ed, tengo una crisis económica -le dijo en tono pausado-. Han muerto soldados en el Pacífico. No puedo permitirme el menor desgaste por este asunto. No puedo invertir el capital político necesario. Ni el tiempo. Conteste a mi pregunta -le ordenó.

-Está bien. Me gustan las mujeres -repuso el vicepresidente, sonrojado y sin atreverse a mirarlo a la cara-. Nunca lo he ocultado. Mi esposa y yo tenemos un acuerdo amistoso. Pero nunca, NUNCA, he sometido a acoso sexual, ni he atacado, ni violado, ni forzado a nadie de ninguna manera en toda mi puñetera vida. Nunca. No lo necesito.

-¿Lisa Beringer? -dijo Durling, que leyó el nombre en sus notas.

-Era un encanto, muy inteligente, muy franca, y me insistía para que..., bueno, ya puede imaginarlo. Yo le expliqué que no podía. Que aquel año tenía elecciones y que, además, ella era muy joven. Que se merecía alguien más joven, que pudiera casarse con ella, darle hijos y una vida como es debido. Pero lo encajó fatal. Empezó a beber... y puede que a algo más, aunque no lo creo. El caso es que una noche estrelló el coche y se mató, Roger. Estuve en el entierro. Sigo hablándome con sus padres. Aunque..., tras lo ocurrido últimamente...

-Dejó una nota, una carta.

-Más de una -dijo Kealty, que echó mano al bolsillo de la chaqueta y le tendió dos sobres-. Me sorprende que nadie haya reparado en la fecha de la que tiene el FBI. Es de diez días antes de su muerte. Esta es de una semana después, y ésta del mismo día en que murió. Mis

colaboradores las han encontrado. Supongo que Barbara Linders encontró la otra. Ninguna fue enviada por correo. Y supongo que verá usted algunas diferencias entre ellas, entre las tres, para ser más preciso.

-La joven Linders dice que usted...

-¿Que la drogué? -exclamó Kealty-. Ya sabe usted que no puedo dejar la bebida; lo sabía cuando me nombró. Si, soy alcohólico, tanto, que tomé mi última copa hace dos años -añadió con una forzada sonrisa-. Incluso mi vida sexual ha mejorado desde entonces. Pero volviendo a Barbara. Aquel día se hallaba indispuesta; tenía gripe. Fue a la farmacia de allí al lado y le vendieron algo con receta...

-¿Cómo lo sabe?

-A lo mejor llevo un diario. O puede que sólo sea buena memoria. Sea como fuere, sé en qué fecha sucedió. Acaso uno de mis colaboradores haya comprobado el registro de ventas con receta de la farmacia, o quizá el frasco del medicamento que tomó llevase una etiqueta de esas que advierten no beber alcohol mientras se toma. Yo no lo sabía, Roger. Cuando cojo un resfriado... bueno, da igual, me lo curo con coñac. Vale -reconoció Kealty-. Yo me agarraba a la botella para muchas cosas. De modo que le di coñac y se mostró muy comprensiva; demasiado comprensiva, supongo, aunque yo también estaba medio cocido, y debí de pensar que todo se debía a mi famoso atractivo.

-En resumen... ¿que lo que pretende decirme es que no es culpable?

-Y ¿qué pretende usted decirme?, ¿que soy un salido que no sabe echar la cremallera? Bueno, pues será verdad. He ido al cura, al médico y, en una ocasión, incluso a una clínica... La de rollos que he tenido que contar para justificarlo. Al final, recurrí al jefe del Departamento de Neurociencias de la Escuela de Medicina de Harvard. Dicen que hay una parte del cerebro que regula los impulsos y, aunque es sólo una teoría, me vale. Encaja con mi personalidad... hiperactiva. Fui un niño hiperactivo. Nunca he conseguido dormir más de seis horas seguidas. Soy todo eso, Roger, pero no soy un violador.

Así que en ésas estamos, pensó Durling que, como no era abogado, consultó con muchos y había llegado a una conclusión: Kealty podría basar su defensa en dos puntos: que las pruebas contra él eran mucho más equívocas de lo que los investigadores daban en suponer y en que no fue realmente culpa suya. Y lo que se preguntaba el presidente era si serían ambas cosas ciertas, o acaso sólo una. O ninguna.

-Y bien. ¿Qué piensa hacer? -le preguntó al vicepresidente, en un tono muy semejante al que empleó, hacía sólo unas horas, con el embajador japonés.

Muy a pesar suyo, a cada momento que pasaba, mayor solidaridad sentía hacia el hombre que tenía sentado enfrente. ¿Y si decía la verdad? ¿Cómo saberlo? Eso, en definitiva, se preguntaría el jurado, si es que el asunto llegaba tan lejos. Y si un jurado podía preguntárselo, ¿qué no sería en la Comisión de lo Judicial en el Congreso? Kealty tenía aún muchos valedores en ambas cámaras.

-¿Supongo que este verano nadie llevará pegatinas DURLING/ KEALTY en los parachoques? -preguntó el vicepresidente con una sonrisa de circunstancias.

-No, si de mí depende -le confirmó el presidente con frialdad. No estaba el patio para humoradas.

-No quiero perjudicarle, Roger. Lo hice, sin querer, hace dos días. De haberme advertido, pude habérselo contado antes y ahorrarle a todo el mundo mucho tiempo y problemas. Incluida Barbara. Le he perdido la pista. Es muy buena en lo civil. Es una persona con la cabeza en su sitio y con buen corazón. Sólo ocurrió aquella vez. Y siguió trabajando para mí después -subrayó Kealty.

-Estamos al corriente, Ed. Dígame lo que quiere hacer.

-Me marcharé. Dimitiré. Y no se me procesa.

-No basta -dijo Durling en tono aséptico.

-Pues... admitiré mis flaquezas. Me excusaré ante usted, como honorable servidor público que es, por cualquier perjuicio que haya podido causarle a su presidencia. Mis abogados

hablarán con los abogados de la otra parte, y negociaremos una compensación. Abandonaré la vida pública.

-¿Y si eso no basta?

-Bastará -dijo Kealty, muy seguro de sí mismo-. No se me puede llevar ante un tribunal hasta que se dé cumplimiento a las previsiones constitucionales. Eso lleva meses, Roger. Se alargará hasta el verano, probablemente, y puede que incluso hasta la convención del Partido. No puede permitírselo usted. Creo que lo peor que podría ocurrirle es que la Comisión de lo Judicial lo pase al pleno para que retiren la inmunidad parlamentaria; y la Cámara de los Diputados puede aprobarlo, o rechazarlo... por estrecho margen, y entonces a la Comisión del Senado, antes de llegar al linchamiento moral del Gran Jurado, por así decirlo. Aunque ¿tiene idea de cuántos favores he he-cho allí?, ¿y en el Senado? -señaló Kealty meneando la cabeza-. No creo que le merezca la pena correr ese riesgo político; distraer su atención y la del Congreso de los asuntos de gobierno. Necesita de todo su tiempo. Y más.

Entonces, Kealty se levantó y enfiló hacia la puerta que estaba a la derecha del presidente; aquella puerta tan bien articulada en el vano de dorados ribetes de aquellas paredes de lechoso color blanco.

-En fin, de usted depende -dijo Kealty antes de desaparecer, sin darse la vuelta.

El presidente Roger Durling se enfureció al pensar que, al final, la salida más fácil era simplemente la salida, pues, en definitiva, nadie lo sabría. Lo único que sabrían sería que su último acto fue políticamente expeditivo, en un momento histórico que exigía acciones expeditivas. Con una economía potencialmente en ruinas y una guerra que acababa de empezar, no tenía tiempo para andarse con bromas y meterse en aquel avispero. Había muerto una joven. Otras alegaban haber sufrido acoso sexual. ¿Y si la joven muerta murió por otras razones?, ¿y si las otras jóvenes...? ¡Me cago en la hostia!, masculló al pensarlo.

Aquél era un caso que sólo un jurado podía dilucidar. Pero tenía que pasar por tres distintos procedimientos legales, antes de que un jurado pudiera pronunciarse; y, además, cualquier abogado defensor con dos dedos de frente alegaría que era imposible que su defendido pudiera tener un juicio justo, después de que la C-SPAN hubiese echado el resto para airear, ante todo el mundo, los cargos de un modo sesgado, que le negaba a Kealty el derecho constitucional a un juicio justo e imparcial, ante un jurado no mediatizado. Tal alegato sería tenido muy en cuenta por cualquier tribunal ordinario y más aún en apelación... con lo que las víctimas no conseguirían nada. ¿Y si encima resultaba que aquel cabrón era, técnicamente hablando, inocente de todo delito? Ser un rijoso, por más que desagradable, no era delito.

Y ni a él ni al país les convenía distraerse en aquellos momentos. Roger Durling llamó a su secretario.

-¿Sí, señor presidente?

-Póngame con el fiscal general.

Estaba equivocado, pensó Durling. Claro que podía interferir en una investigación judicial. Tenía que hacerlo. Y era bien fácil. Qué puñeta.

26. Cazados

-¿De verdad ha dicho eso?

Ed Foley se inclinó hacia adelante. Para Mary Pat resultaba más fácil de comprender que para su esposo.

-Como lo oye, y bajo su palabra de honor de espía -le confirmó Jack con las mismas palabras que empleó el ruso.

-Siempre me ha encantado su sentido del humor -dijo Mary Pat con la que, probablemente, sería su última sonrisa del día-. Nos ha estudiado tanto que es más americano que ruso.

¡Ahora lo entiendo!, pensó Jack. Eso explicaba el talante de Ed Foley. Porque lo que ella decía también era cierto a la inversa. Después de pasar toda una vida como especialista en temas soviéticos, Ed era más ruso que americano. No pudo evitar sonreír al pensarlo.

-¿Reservas mentales? -preguntó el consejero de Seguridad Nacional.

-Verás. Les pone en bandeja la identidad de los tres únicos agentes que tenemos sobre el terreno. Es un mal asunto -dijo Edward Foley.

-Eso por un lado -convino Mary Patricia Foley-. Aunque hay otra consideración. Los tres agentes están aislados. A menos de poder comunicar con ellos, es como si no los tuviésemos. ¿Hasta qué punto es grave la situación, Jack?

-Estamos, a todos los efectos, en guerra con Japón, Mary Pat -contestó Jack, que ya había tenido tiempo de hacerse una composición de lugar sobre la entrevista con el embajador, y acerca del comentario que hizo al partir.

-Bien -asintió Mary Pat-. Han decidido celebrar una guerra, ¿hemos decidido nosotros asistir?

-No lo sé -reconoció Ryan-. Hemos tenido muertos. Y ondea una bandera extranjera en un territorio de Estados Unidos. Sin embargo, nuestra capacidad para replicar con eficacia está gravemente mermada... aparte del problemita interno. Mañana, las Bolsas y la banca van a tener que afrontar realidades muy desagradables.

-Interesante coincidencia -señaló Ed, zorro viejo en aquellos temas como para creer en las coincidencias-. ¿Qué va a pasar? Sabes mucho de eso.

-No tengo una bola de cristal. Que pinta mal, desde luego. ¿Hasta qué punto y en qué aspectos...? Nadie ha vivido nada semejante. Supongo que la única ventaja es que las cosas no pueden estar peor. Y el inconveniente es que la sicosis que producen estas situaciones es como lo que siente una persona atrapada en un edificio en llamas. Quizá esté segura sin moverse, pero tampoco puede salir.

-¿Qué organismos están sobre el tema? -preguntó Ed Foley.

-Casi todos. Con el FBI a la cabeza. Tiene el equipo de investigadores más adecuado. En realidad, el Fondo de Garantía de Depósitos tiene un equipo mejor preparado, pero no tan numeroso para algo de semejante envergadura.

-Oye, Jack, en menos de veinticuatro horas, alguien filtra el caso del vicepresidente -dijo Ed Foley que, como todo el mundo, sabía que su tocayo estaba en aquellos momentos en el despacho Oval-, la Bolsa se va a la mierda, nos atacan a la flota del Pacífico; y nos acabas de decir que lo que de verdad nos perjudica es el tema económico. Si yo estuviese en tu lugar, amigo mío...

-Ya veo por dónde vas -lo atajó Ryan, quizá con un exceso de precipitación que no le dejó a Ed acabar de pintar el panorama.

El consejero de Seguridad Nacional tomó unas notas y se preguntó cómo demonios iba a poder probar nada, con lo complicada que estaba la situación del mercado.

-¿Crees que hay alguien tan inteligente para coordinar todo eso? -dijo Jack.

-Hay muchas personas inteligentes en el mundo, Jack. No todos van a ser como nosotros -contestó Ed.

Aquello se parecía mucho a hablar con Serguei Nicolaievich, pensó Ryan; y, al igual que Golovko, Ed Foley era un experto profesional para quien la paranoia no sólo era un estilo de vida sino, a menudo, una realidad tangible.

-Aunque deberíamos considerar la posibilidad -añadió Ed.

-Son buenos los agentes que tenemos allí -dijo Mary Pat al hilo de lo que acababa de insinuar su esposo-. Nomuri ha hecho una estupenda labor al infiltrarse en su mundo. Lo ha hecho con calma, y ha tejido una buena red de contactos. Clark y Chávez forman un equipo de activistas de lo mejor que tenemos. Tienen, aunque no «legales», buenas tapaderas y podrían estar relativamente seguros.

-Si no fuese por lo que es -dijo Jack.

-¿De qué se trata? -preguntó Ed, anticipándose a su esposa.

-El Servicio de Inteligencia japonés sabe de su existencia.

-¿Golovko? -preguntó Mary Pat, que prosiguió al ver que Jack asentía con la cabeza-. Qué cabronazo... ¿Sabes? Aún son los mejores del mundo.

Algo que no podía ser muy grato reconocer para una adjunta de la dirección (de operaciones) de la CIA.

-¿No irás a decirme que tienen controlado al jefe del contraespionaje japonés? -preguntó delicadamente su esposo.

-¿Y por qué no, cariño? Se lo han hecho a todos -contestó Mary Pat sin faltar a la verdad-. A veces, pienso que no nos vendría nada mal contratarlos para que nos diesen unas cuantas lecciones-. O sea, que no tenemos elección.

-Serguei no me lo dijo así tal cual, pero no sé cómo podría saberlo si no. La verdad es que, en efecto, no tenemos elección -convino Jack.

Incluso Ed se percataba de ello ahora, aunque eso no quisiera decir que le hiciese ninguna gracia.

-¿Y dónde está el truco?

-Quieren tener acceso a todo lo que consiga CARDO. Están un poco preocupados por la situación. Me ha dicho Serguei que también a ellos los han pillado por sorpresa.

-Pero ellos tienen otra red que opera allí. Supongo que también te diría eso -señaló Mary Pat-. Y debe de ser buena, además.

-Informarle de lo que consiga CARDO, a cambio de que nuestros agentes no tengan problemas, es mucho conceder. Es ir demasiado lejos. ¿Lo has pensado bien, Jack? Equivale a dejar que dirijan a nuestros agentes.

Ed se lo dijo así porque aquello no le gustaba. Aunque, nada más acabar de decirlo, se percató de que tampoco veía otra alternativa.

-Curiosa situación, sí. Pero Serguei dice que lo han pillado en calzoncillos. Vete a saber -dijo Ryan.

El consejero de Seguridad Nacional se encogió de hombros. ¿Cómo era posible que tres de los profesionales mejor informados de los servicios de inteligencia del país no acertasen a comprender lo que sucedía?

-¿Y si miente? -preguntó Ed-. Porque no le veo el menor sentido.

-Tampoco lo tiene que mienta -replicó Mary Pat-. Ay...: ¡me encantan estos rompecabezas de matrioshkas! En fin, por lo menos sabemos que hay cosas que aún ignoramos. Lo que significa que nos queda mucho por averiguar; y cuanto antes mejor. Dejar que el Servicio Secreto ruso controle a nuestros agentes... es arriesgado, Jack. Pero, puñeta, no creo que tengamos alternativa.

-¿Le digo que sí? -preguntó Jack.

Necesitaba también la aprobación del presidente, pero le sería más fácil que la de los Foley, que se miraron y asintieron.

A unas cincuenta millas de la formación del Enterprise, un helicóptero localizó un remolcador comercial transoceánico y, en una curiosa y coordinada combinación, la fragata Gary se hizo cargo de la custodia de la barcaza remolcada y le envió el remolcador al portaaviones, para que relevase al crucero Aegis y, de paso, aumentase la velocidad del Enterprise a ocho nudos.

Al capitán del remolcador se le pusieron unos ojos como platos al pensar en la millonada que le iba a corresponder a su naviera en virtud del contrato de salvamento suscrito con la Lloyd's, en la modalidad Open Form, que el comandante del portaaviones firmó y envió por helicóptero. Los tribunales solían conceder, en estos casos, entre el 10 y el 15 % del valor de la propiedad salvada. Un portaaviones, una ala aérea y seis mil personas, nada menos, se dijo la tripulación del remolcador. ¿Cuánto era un 10 % de tres mil millones de dólares? Quizá podrían mostrarse generosos y conformarse con el 5 %.

Fue una combinación entre lo sencillo y lo complejo, como siempre. Una escuadrilla aérea de Orion P-3C patrullaba ahora por la zona de Midway, en apoyo del grupo de combate en retirada. Tardaron un día entero en reacondicionar las instalaciones del atolón, posiblemente porque había un equipo de ornitólogos que estudiaba los pajaritos. A aquéllos Orion los apoyaba, a su vez, una escuadrilla de C-130 de la Guardia Aérea Nacional de Hawai. El caso era que el almirante, cuya insignia aún ondeaba en el tullido portaaviones, podía mirar a la pantalla del radar y ver cuatro aparatos antisubmarinos que flanqueaban a su flota, y sentirse un poco más seguro. Su anillo exterior de unidades de escolta rastreaba el océano con el sonar y, tras los momentos iniciales en que estuvo a punto de cundir el pánico, no encontraron nada preocupante. El viernes por la tarde habría llegado a Pearl Harbor, y si soplaba un poco de viento, quizá podría hacer despegar a su ala aérea para proteger mejor a su formación.

La tripulación estaba ahora radiante, como pudo comprobar el almirante Sato al bajar por la pasarela. Hasta hacía sólo dos días, la tripulación se sentía avergonzada por el «error» cometido por su barco. Ahora no. Sato fue personalmente, en helicóptero, a cada uno de los cuatro Kongos a dar sus explicaciones. A dos días de las Marianas, sabían ya lo conseguido o, por lo menos, parte. Los incidentes con los submarinos seguían como materia reservada. De momento, habían deshecho un grave entuerto del que fue víctima su país, y lo habían hecho de un modo muy inteligente, que permitía a Japón recuperar un territorio históricamente suyo y sin haber causado bajas (o por lo menos eso creían ellos).

La primera reacción fue de desconcierto. ¿Guerra con los EstadosUnidos? El almirante les explicó que no, que no se trataba de una guerra, a menos que los americanos la quisieran, algo que le parecía improbable. Aunque, como les advirtió, no debían descartarlo y, por si acaso, tenían que estar preparados.

Su grupo de combate navegaba ahora más esparcido, con unos 3000 m entre barco y barco, rumbo a poniente a la velocidad máxima sostenible. Esto significaba quemar combustible a un ritmo peligroso, pero en Guam encontrarían un buque de reabastecimiento. Sato quería llegar cuanto antes bajo el paraguas protector de su fuerza aérea. Una vez en Guam, podría considerar ulteriores operaciones. La primera había tenido éxito, y pese a que, con suerte, no sería necesaria otra, debía pensar en todo, por si acaso.

-¿Contactos? -preguntó al almirante al entrar en el Centro de Información de Combate.

-Por ahí arriba no se oye más que cháchara comercial -le contestó un oficial de las Fuerzas Aéreas.

-Ojo, que todos los aparatos militares llevan emisores de señales de camuflaje -le recordó Sato-. Emiten lo que su satélite quiera.

-No se nos acercan aparatos -insistió el oficial.

La formación navegaba deliberadamente fuera de los pasillos aéreos comerciales normales y, al mirar el mapa desplegable, el almirante pudo comprobar que el tráfico discurría por esos pasillos. Ciertamente, podían vigilarlos con un aparato de reconocimiento, pero los americanos podían hacer lo mismo vía satélite. Hasta entonces, las previsiones de sus servicios de inteligencia habían sido exactas. La única amenaza que lo preocupaba era la de los submarinos, y podrían hacerle frente, incluso a aquellos dotados de misiles Harpoon o Tomahawk. Todos sus destructores llevaban desplegados sus radares SPY-1D en rastreo de superficie. En las consolas de control de fuego enemigo había un oficial de guardia. Todo misil lanzado contra ellos sería detectado y atacado, primero por sus misiles SM-2MR (de fabricación americana y perfeccionados por los japoneses) y después por las baterías electrónicas de a bordo. Detendrían a casi todos los «vampiros» (como llamaban genéricamente a los misiles navales). Podía acercárseles un submarino y atacarlos con torpedos. Los que llevaban las ojivas de mayor potencia podían destruir a cualquiera de sus barcos. Sin embargo, el sonar oiría llegar a los torpedos y su escuadrilla de helicópteros se emplearía a fondo sobre el submarino atacante, le impediría continuar el ataque y pudiera que

LIbrodot

lo hundiese. Los americanos no tenían muchos submarinos y, por lo tanto, sus comandantes se mostrarían cautos, sobre todo porque, si lograba hundir otro, serían ya tres los que habrían perdido.

¿Qué harían los americanos? ¿Qué podían hacer ahora? Era una pregunta que se hacía una y otra vez e, invariablemente, se respondía que abusaban del amagar y no dar. Fiaban en su capacidad de disuasión y olvidaban que la disuasión iba ligada a que se tomase en serio la capacidad de actuar si la disuasión fallaba. Por desgracia para ellos, los americanos se inclinaban demasiado a limitarse a amenazar y, de acuerdo a todas las reglas de la guerra que Sato conocía, cuando estuviesen de nuevo en condiciones de atacar, su adversario podría detenerlos. El plan estratégico global que él contribuyó a ejecutar no era nada nuevo, sólo mejor ejecutado que la primera vez, se dijo mientras estaba allí de pie frente al triple mapa desplegable. Al ver los símbolos del radar de los aparatos comerciales seguir por sus pasillos aéreos, pensó que su sola actividad indicaba que el mundo reanudaba su curso sin tan siquiera pestañear.

Lo más difícil parecía venir siempre después de haber tomado las decisiones. Ryan lo sabía bien. Lo que más pesaba en el ánimo no era tomarlas sino tener que vivir con ellas. ¿Había acertado? Sólo la mi-rada retrospectiva podía responder, demasiado tarde, claro está. Peor aún: la mirada retrospectiva era siempre negativa, porque rara vez se detenía uno a considerar aquello que salió bien. Ciertas disyuntivas dejaban de verse con claridad. Sopesaba uno las opciones, todos los factores y, a menudo, se llegaba a la conclusión de que hicieses lo que hicieses alguien saldría perjudicado. En esa tesitura, la alternativa era perjudicar al menor número de personas posible. Con todo, habría personas con nombres y apellidos que saldrían perjudicadas, algo que no hubiese ocurrido de ser otra la decisión. No hacía uno sino decidir qué vidas iban a sufrir -o a perderse- como un insensible ídolo mitológico. Si conocía uno a los afectados era peor, porque tenían un rostro que la mente podía recordar y voces que podía oír. La capacidad para tomar tales decisiones la llamaban valentía moral quienes no tenían que adoptarlas y estrés quienes las adoptaban.

Con todo, debía tomar decisiones. Aceptó el cargo a sabiendas. Ya tuvo que poner en peligro a Clark y a Chávez en el desierto oriental africano en una ocasión. Sólo vagamente recordaba haberse preocupado, pero como la misión resultó bien, luego pareció un juego de niños con toda la parafernalia de Halloween, ese macabro juego de la víspera de Todos los Santos, a que tan bien juegan unas naciones contra otras. El hecho de que un ser de carne y hueso, en la persona de Mohammed Abdul Corp, hubiese perdido la vida como consecuencia de ello... pues bueno, ahora era muy fácil decir que se lo tenía merecido.

Ryan se permitió archivar aquel recuerdo a buen recaudo para, en todo caso, dejarlo aflorar años después si sucumbía a la tentación de escribir sus memorias. Pero ahora el recuerdo estaba de nuevo presente, sacado de los archivos ante la papeleta de tener que arriesgar de nuevo vidas humanas.

Jack guardó bajo llave sus documentos confidenciales antes de dirigirse al despacho Oval.

-Voy a ver al «jefe» -le dijo a un agente del Servicio Secreto al llegar al pasillo norte-sur de la Casa Blanca.

«ESPADACHÍN va a ver al PARA», dijo el agente a través de su teléfono ya que, para quienes protegían a todo el mundo, en lo que llamaban la «Casa», eran casi más símbolos que hombres, simples designaciones, en realidad, de la función que ejercían.

Yo no soy un símbolo, se decía Jack, tratando de convencerse de ello. Soy un hombre lleno de dudas. Pasó frente a otros cuatro agentes y reparó en sus miradas de confianza y de respeto. Venían a decir que esperaban que supiese qué hacer, qué decirle al presidente, como si fuese alguien superior, algo que Ryan sabía muy lejos de la realidad. Simplemente, fue lo bastante necio como para aceptar un cargo con una responsabilidad que nunca deseó.

-¿No es muy divertido, verdad? -dijo Durling al verlo entrar.

-No mucho -dijo Jack, que tomó asiento.

El presidente sonrió al mirarlo y leerle el pensamiento.

-Vamos a ver: ¿yo tendría que decirle que se tranquilice y usted a mí lo mismo, verdad?

-Es difícil tomar decisiones acertadas con tanto estrés -admitió Ryan.

-Si, de no ser por una cosa: si no está uno estresado es que no se trata de una decisión demasiado importante, que la pueden afrontar a nivel inferior. Las duras se toman aquí. No soy el primero en verlo así -comentó el presidente.

Jack se percató de que aquélla era una observación muy generosa. Lo aliviaba de parte del peso que lo abrumaba al recordarle que, al fin y al cabo, él se limitaba a aconsejar al presidente. Era un rasgo de la grandeza del hombre que se sentaba al otro lado de la vieja mesa de roble. Jack se preguntaba hasta qué punto debía de serle difícil soportar la carga, y si fue algo que descubrió sobre la marcha o si asumió la carga como una exigencia más del... cargo.

-Bueno, dígame de qué se trata.

-Necesito su autorización para una cosa -contestó Ryan, que le explicó los ofrecimientos de Golovko: el que le hizo en Moscú y el que acababa de hacerle hacía unas horas, así como sus implicaciones. -¿Amplía esto nuestro campo de acción? -preguntó Durling.

-Posiblemente, aunque no tenemos con qué abarcarlo.

-¿Y?

-Que una decisión de esta índole siempre ha de pasar por usted -le dijo Ryan.

-¿Y por qué tengo yo que...?

-Señor -lo atajó Jack-, es algo que revela la identidad de nuestros agentes de Inteligencia y sus métodos. Supongo que técnicamente no tiene por qué decidir usted, pero es algo que debe saber.

-¿Recomienda usted la aprobación? -dijo Durling, aunque la pregunta fuese ociosa.

-Sí, señor.

-¿Podemos confiar en los rusos?

-No he dicho que podamos confiar, señor presidente. Se trata de una coincidencia de necesidades y de recursos, con un potencial chantaje en reserva.

-Adelante -dijo Durling sin detenerse mucho a pensarlo.

Quizá fuese un reflejo de la confianza que tenía depositada en Ryan, aunque con ello volviese a cargar la responsabilidad sobre sus hombros. Lo que sí reflexionó Durling, durante unos segundos, fue la pregunta que le formuló a continuación.

-¿Qué se proponen, Jack?

-¿Los japoneses? A primera vista no tiene el menor sentido. Lo que no dejo de preguntarme es por qué nos han hundido los submarinos. ¿Por qué causarnos tantas bajas? No parece que fuese necesario llegar hasta ese extremo.

-¿Por qué hacerle algo así al país con quien mantiene las más importantes relaciones comerciales? -dijo Durling, con lo que venía a hacer la pregunta clave-. ¿No nos hemos detenido a analizarlo a fondo, no?

-Los acontecimientos nos han desbordado, desde luego -admitió Ryan-. Ni siquiera sabemos lo que ignoramos.

-¿Qué? -exclamó Durling, que ladeó la cabeza con expresión de perplejidad.

-Es algo que mi esposa dice a menudo acerca de la medicina -contestó Jack sonriente-. Hay que saber lo que se ignora. Tiene uno que conjeturar sobre los posibles interrogantes, antes de empezar a buscar las soluciones.

-¿Y eso cómo se hace?

-Mary Pat tiene movilizados a sus hombres para que indaguen. Debemos estudiar los datos que tenemos. Tratamos de hacer deducciones con lo que sabemos y buscamos las relaciones. Puede sacar uno mucho en claro si sabe lo que el otro se propone hacer y cómo. Mi principal interrogante ahora es: ¿por qué hundir los submarinos?

Ryan miró hacia la ventana, hacia el monumento a Washington, aquel firme y sólido obelisco de mármol blanco.

-Lo han hecho de una manera -prosiguió Jack- que consideran que nos deja una salida; que podemos presentarlo como una colisión accidental o algo...

-¿De verdad creen que vamos a aceptar esas muertes y...?

-Nos brindan la oportunidad. Quizá no lo hayan previsto así, aunque es una posibilidad -dijo Ryan, que permaneció luego en silencio durante más de medio minuto.

-No. No pueden conocernos tan mal -concluyó Ryan.

-Siga, siga pensando en voz alta -le ordenó Durling. -Hemos reducido demasiado los efectivos de nuestra flota...

-No quiero oír hablar de eso ahora -lo atajó el presidente con un dejo de crispación.

-Ya sé que es demasiado tarde para preguntarse por el cómo y el porqué -asintió Ryan, que alzó una mano como para disculparse-. A lo que me refiero es que ellos lo saben tan bien como nosotros. Todo el mundo sabe lo que tenemos y lo que no y, con la adecuada información y la perspicacia necesaria, cabe inferir lo que podemos hacer. Entonces planifica uno las operaciones, de acuerdo a una combinación entre lo que uno puede hacer y lo que puede hacer el otro para remediarlo.

-Tiene sentido. Siga.

-Al desaparecer la amenaza rusa, la flota de submarinos se queda prácticamente sin nada que hacer. Y ello es así porque un submarino sólo sirve para dos cosas, en realidad. Tácticamente, los submarinos son eficaces para eliminar a otros submarinos. Estratégicamente, tienen muchas limitaciones. No pueden controlar el mar con la misma eficacia que los buques de superficie. No pueden proyectar potencia de fuego (con escuadrillas o baterías, por ejemplo). No pueden transportar tropas ni víveres de un lugar a otro, que es lo que realmente significa controlar el mar -explicó Jack, que tamborileó sobre la mesa con los dedos-. Lo que sí pueden hacer es «negarles» el mar, y Japón es una nación insular. Y eso es lo que temen.

O quizá, añadió Jack para sus adentros, no hubiesen hecho más que lo que podían hacer. Se habían limitado a averiar los portaaviones porque no les resultaba fácil hacer mucho más. ¿O sí? ¡Joder, qué complicado era!

-¿De modo que nosotros podríamos «estrangularlos» con nuestros submarinos?

-Quizá. Ya lo hicimos una vez. Aunque ahora no tenemos los suficientes y eso facilita mucho las cosas a sus fuerzas antisubmarinas. Su carta más contundente, si nosotros adoptamos tal medida, es su capacidad nuclear. Contrarrestan la amenaza de nuestras armas estratégicas... con armas estratégicas, algo que no pudieron hacer en mil novecientos cuarenta y uno. De modo que... aquí falta una pieza -dijo Ryan que, una y otra vez, miraba hacia el monumento a través de las blindadas ventanas-. Cuentan con algo gordo que nosotros ignoramos.

-¿Y el porqué?

-En el porqué puede estar... la pieza. Pero antes me interesa el qué. ¿Qué es lo que quieren? ¿Cuál es su objetivo último?

-¿Y el porqué no importa?

Ryan ladeó la cabeza y miró al presidente a los ojos.

-La decisión de empezar una guerra, señor, casi nunca es racional. La primera guerra mundial estalló porque un imbécil mató a otro imbécil, y los hechos fueron hábilmente manipulados por Leopoldo no sé qué más, «Poldi», lo llamaban, el ministro de Asuntos Exteriores austriaco. Era un hábil manipulador, pero no contó con algo tan simple como que su país carecía de la fuerza necesaria para lograr su objetivo. Alemania y Austria-Hungría iniciaron la guerra. Ambas perdieron. En la segunda guerra mundial, Alemania y Japón se enfrentaron a todo el mundo, sin detenerse a pensar que, a lo peor, el resto del mundo era más fuerte, algo especialmente cierto por lo que a Japón se refiere. Nunca tuvieron un verdadero plan para derrotarnos. Y sin ir tan lejos: la guerra civil la empezó el Sur. Y el Sur perdió. La

guerra franco-prusiana la empezó Francia. Y Francia perdió. Desde la Revolución industrial, casi todas las guerras las han iniciado quienes en última instancia perdieron. *Quod erat demonstrandum*: ir a la guerra no es un acto racional. Por lo tanto, la idea subyacente es que el porqué no es necesariamente importante, porque es muy probable que parta de un error de cálculo.

-Nunca me lo había planteado yo en estos términos, Jack.

-Hay cosas tan obvias que no se comprenden, de puro sencillas, como nos ha dicho hoy Buzz, recordó Ryan encogiéndose de hombros.

-Pero si el porqué no es importante, tampoco lo será el qué, ¿no es verdad?

-Lo es. Si puede uno discernir el objetivo, si acierta uno a ver lo que quieren, puede impedírselo. Así se empieza a derrotar al enemigo. Y, verá, el otro se obceca tanto en lo que quiere, tanto se obsesiona en lo importante que es, que empieza a olvidar que el otro pueda impedirle conseguirlo.

-¿Como el delincuente que atraca una licorería? -exclamó Durling, tan divertido como impresionado por el discurso de Ryan.

-La guerra es el peor de los delitos, un atraco a mano armada a gran escala. Y siempre la impulsa la codicia. Se trata siempre de que una nación quiere lo que tiene otra. Y a esa nación se la derrota, si se acierta a ver lo que quiere y se le impide conseguirlo. La semilla de su derrota se encuentra generalmente en la semilla de su deseo.

-¿Y Japón en la segunda guerra mundial?

-Querían un auténtico imperio. Esencialmente, querían lo que tenían los británicos. Sólo que empezaron con un par de siglos de retraso. Nunca se propusieron derrotarnos sino, simplemente... -dijo Jack, que se interrumpió un instante al ocurrírsele una idea-, sólo querían conseguir sus fines y obligarnos a aceptarlos... ¡De eso se trata! Otra vez lo mismo. El mismo método. ¿El mismo objetivo?

Ahí está todo, se dijo el consejero de Seguridad Nacional. Todas las piezas están ahí. No hay más que saber encajarlas.

-Pero nosotros tenemos un objetivo propio -señaló el presidente.

-Cierto.

George Winston supuso que, como los caballos de los antiguos coches de bomberos, tenía que salir disparado en cuanto oyese la campana. Su esposa y sus hijos seguían en Colorado y él sobrevolaba Ohio a cola de su Gulfstream. Miraba hacia abajo, hacia las luces cuya disposición daba a la ciudad forma de langosta. Probablemente era Cincinnati, aunque no había preguntado qué ruta seguirían para ir a Newark.

Su motivación era, en parte, personal. Su propia fortuna había sufrido un fuerte revés el viernes anterior, y había menguado varios centenares de millones. La naturaleza de lo ocurrido, y el hecho de que tuviese su capital muy diversificado en distintas sociedades de inversiones, agravó sus pérdidas, pues le afectaron todos los sistemas informáticos. Pero no se trataba de dinero. Bueno, se decía, he perdido doscientos millones. Me quedan muchos más. Era un crash que había afectado a todo el sistema, y lo que más le escocía era lo mal parado que había salido el Grupo Columbus. La empresa que él creó se había llevado un fuerte varapalo y, como el padre que acude junto a su hija casada en momentos de crisis, estaba seguro que siempre sería suya. Tenía que haber estado allí, se decía Winston. Pude haberlo visto venir y evitarlo. O por lo menos pude haber protegido a mis inversionistas.

Las pérdidas no estaban aún cuantificadas, aunque eran tan graves que hasta parecía increíble. Winston tenía que hacer algo: ofrecer sus conocimientos y su consejo. Aquellos inversionistas eran todavía algo suyo.

El vuelo a Newark fue muy cómodo. El Gulfstream se posó con suavidad. Luego recorrió la pista hasta la terminal, donde le aguardaba un coche y uno de sus antiguos empleados, un alto ejecutivo. No llevaba corbata, cosa rara en un licenciado de la Wharton School.

Mark Gant llevaba cincuenta horas sin dormir. Se tenía en pie por-que estaba apoyado en el coche. Tenía la sensación de notar cómo giraba la Tierra, y le retumbaba la cabeza con una intensidad digna de la escala Richter. Pese a ello, fue de buena gana. Si alguien podía deshacer el embrollo, ése era su antiguo jefe. Y en cuanto el reactor privado se hubo detenido, se encaminó a aguardar al pie de la escalerilla.

-¿Cuánto se ha perdido? -preguntó de inmediato George Winston, porque, pese a la cordialidad que presidía sus relaciones, el trabajo era lo primero.

-Todavía no lo sabemos -repuso Gant de camino ya hacia el coche.

-¿Que no lo saben?

La explicación tuvo que esperar hasta que hubieron subido. Gant le pasó entonces el primer cuadernillo del Times, sin más comentario. -¿No será esto cierto?

Rápido lector, Winston terminó en seguida las dos columnas de la portada y pasó a la página 21, donde terminaba el artículo rodeado de anuncios de lencería.

Gant le puso a continuación al corriente de que el gerente que nombró Raizo Yamata se había marchado.

-Salió en un vuelo de regreso a Japón el viernes por la noche. Según él, para urgir a Yamata-san a que regrese a Nueva York a ayudar a estabilizar la situación. O quién sabe si para hacerse el harakiri en presencia de su amo. ¡Quién coño lo sabe!

-¿Quién dirige entonces, Mark?

-Nadie -contestó Gant-. Como todo lo demás, por estos pagos.

-¡Me cago en la leche, Mark! ¡Alguien tiene que dar órdenes!

-No tenemos instrucciones -repuso el ejecutivo-. Lo he llamado. No está en su despacho... Le he dejado mensajes. Lo he intentado en su casa, en casa de Yamata. Y no hay nadie en ninguna puta casa, ni en ninguna puta oficina. La espantada, George. Todos a correr a la madriguera. Por mí, ojalá ese soplapollas se hubiese tirado desde el edificio más alto de la ciudad.

-Bien. Necesito un despacho y los datos que tenga para trabajar -dijo Winston.

-¿Qué datos? -exclamó Gant-. No tenemos un puñetero dato. Tenga presente que ha fallado el sistema informático.

-Pero sí tendrán los archivos de nuestras operaciones, ¿no?

-Eso sí, claro, tengo nuestras cintas.., una copia, por lo menos -se corrigió Gant-. El FBI se ha llevado las originales.

Como inteligente técnico que era, Gant había amado siempre las matemáticas por encima de todo. Con darle las instrucciones correctas, Mark Gant manejaba el mercado como un prestidigitador una baraja nueva. Pero, al igual que muchos expertos de Wall Street, necesitaba que otro le dijera lo que tenía que hacer. Bien, toda persona tenía sus limitaciones. En el haber de Gant había que anotar, además, que era listo, honrado, y que sabía cuáles eran sus limitaciones. Sabía cuándo debía preguntar para buscar ayuda. Y esto le hacía ganar muchos puntos y destacar de los demás.

Ha debido de ir a ver a Yamata para que su jefe le dé instrucciones. -¿Al suceder esto, qué instrucciones tenían?

-¿Instrucciones? -exclamó Gant, que meneó la cabeza a la vez que se frotaba una barba de dos días-. Joder... Nos rompimos los cuernos para aguantar. Aunque la Depository Trust Company se vaya a la mierda, nosotros vamos a quedar casi indemnes. He hecho un leveraging monstruo en acciones de la General Motors y una auténtica fortuna comprando oro, en acciones, y...

-No es eso lo que pregunto.

-Nos dijo que vendiésemos. Hizo que nos desprendiésemos de las acciones de los bancos de prisa y corriendo, gracias a Dios. ¡Menos mal que ésa la vio venir! Estábamos bastante bien situados, el viernes, cuando todo se vino abajo. Si no llega a ser por esas llamadas de pánico... ¡Hostia, George, no se lo puede ni imaginar! La desbandada. El uno-ochocientos de la NASDAQ echaba humo: ¡todo el mundo a vender! ¡Si hubiesen mantenido la serenidad! -

exclamó Gant con un profundo suspiro-. Pero no conservaron la calma y, ahora, con ese desastre de la DTC... Joder, George, no tengo ni idea de con qué podamos encontrarnos mañana. Si eso es verdad, como no hayan podido poner orden para mañana por la mañana, no sé... De verdad que no lo sé -concluyó Gant al entrar en el túnel Lincoln.

La historia de Wall Street no era sino un párrafo vacío, se dijo Winston al mirar a las relucientes baldosas que cubrían el interior del túnel. Aquello era como un túnel, en realidad. Podía uno ver hacia adelante y hacia atrás, pero ni hostias a los lados Ni más allá de una limitada perspectiva.

Y había que ver.

-Todavía soy un directivo de la empresa, Mark.

-¿Y bien?

-Y usted también -subrayó Winston, ya lo sé, pero...

-Nosotros dos podemos convocar una reunión de la junta. Empiece a llamarlos a todos -le ordenó Winston-. En cuanto salgamos de este jodido túnel.

-¿Para cuándo?--preguntó Gant.

-¡Para ahora mismo, leche! -le espetó Winston-. Y a quienes estén fuera de la ciudad, les enviaré mi reactor a recogerlos.

-Casi todo el mundo está en la oficina.

Aquélla era la única buena noticia que había oído desde el viernes por la tarde, pensó George, que asintió y le indicó a su ex empleado que siguiera.

-Supongo que la mayoría de las demás deben de estar cerradas -dijo Gant al dejar el túnel.

Winston cogió entonces el teléfono móvil y se lo pasó a Gant. -Empiece a Llamar.

Se preguntaba si tendría Mark Gant idea de lo que iba a proponer en la reunión. Probablemente no. Como buen ingeniero, nunca se salía de los límites de su terreno.

¿Por qué coño me marcharía yo?, se reprochó Winston. Era una temeridad dejar la economía americana en manos de gente que no sabía cómo funcionaba.

-Bueno, ha funcionado -dijo el almirante Dubro.

La velocidad de la flota se había reducido a veinte nudos. Se hallaban ahora a doscientas millas al este de Dundra Head. Necesitaban maniobrar en mayor espacio, aunque haber llegado hasta allí ya era un éxito. Los dos portaaviones se separaron en ángulo, y sus respectivos grupos de combate se dividieron para formar anillos protectores alrededor de ambos portaaviones, el Abraham Lincoln y el Dwight D. Eisenhower. Dentro de una hora las formaciones quedarían fuera del contacto visual y eso era conveniente, pero la velocidad a que habían navegado hasta entonces dejó los depósitos casi vacíos. Los portaaviones movidos por energía nuclear eran también, en cierto modo, buques de reabastecimiento de combustible. Llevaban toneladas de fuel para los buques de escolta que usaban combustible convencional, y podían reabastecerlos cuando era necesario. Y pronto lo sería. Los buques nodriza Yukon y Rappahannock se dirigían a su encuentro, desde la isla de Diego García, con ochenta mil toneladas de combustible entre los dos, pero al paso que iban... La posibilidad de una confrontación obligó a Dubro a que los buques de su formación no tocasen sus depósitos. Porque confrontación significaba batalla potencial, y en una batalla siempre se necesitaba velocidad, por aquello de golpear primero y echar a correr después.

-¿No se sabe aún nada de Washington? -preguntó Dubro.

-No, señor -repuso el capitán Harrison.

-Está bien -dijo el almirante con una calma que anunciaba tormenta.

Dubro enfiló hacia el departamento de comunicaciones. Acababa de solucionar, provisionalmente, un problema operativo básico, pero ahora lo iban a oír.

27. Más madera

Todo se escapaba de las manos a velocidad de vértigo, como un horizontal torbellino disparado hacia ninguna parte y con una endiablada aceleración.

Ciudad acostumbrada a las filtraciones y alerta a evitarlas, Washington y todo su funcionariado estaban demasiado ocupados con las cuatro crisis simultáneas para reaccionar con eficacia a ninguna de ellas. Lo cierto es que eso no era una novedad. Algo que debía haber deprimido a quienes tenían la obligación de afrontarlas (digresión ésta que, por supuesto, tampoco tenían tiempo para hacer). La única ventaja, pensaba Ryan, era que lo más gordo no había trascendido.

-¿Quiénes son sus mejores hombres en Japón, Scott?

Adler no había dejado el tabaco, estaba claro, pues de lo contrario no se habría detenido a comprar un paquete en el trayecto desde «Foggy Bottom». Ryan tuvo que recurrir a toda su disminuida fuerza de voluntad para no pedirle un cigarrillo, pero tampoco era cuestión de exigirle que no lo encendiese. Cada uno tenía que manejarse con el estrés como pudiera. El hecho de que el «sistema» de Adler fuese el mismo que el de Ryan en otro tiempo, no hacía sino añadir otra pejiguera a un fin de semana que se había ido a hacer puñetas en un visto y no visto.

-Puedo poner a un equipo a trabajar. ¿Quién va a dirigirlo?

-Usted -contestó Jack.

-¿Y qué dirá Brett?

-Dirá «Sí, señor» en cuanto el presidente se lo ordene -contestó Ryan, que estaba demasiado cansado para andarse con cortesías.

-Nos tienen cogidos por los cojones, Jack.

-¿Cuántos rehenes potenciales? -preguntó Ryan.

Porque no se trataba sólo del personal militar de la agregaduría. Debía de haber miles de turistas, empresarios, periodistas, estudiantes...

-No tenemos manera de saberlo, Jack. Imposible -reconoció Adler-. Lo único positivo es que no hay síntomas de malos tratos. No es como en mil novecientos cuarenta y uno; eso creo, por lo menos.

-De producirse algo así... se nos hincharían las narices. Que corran con esa cuenta.

Porque, a diferencia de la mayoría de los norteamericanos, Ryan no había olvidado el trato dispensado a los prisioneros extranjeros.

-Ahora nos conocen mucho mejor que entonces, ya que hay mucha relación. Además, también hay aquí japoneses a montones.

-No olvide, Scott, que nuestra cultura es radicalmente distinta a la suya. Su religión es diferente. Su visión del lugar del hombre en la naturaleza también lo es -dijo muy serio el consejero de Seguridad Nacional.

-Dejémonos de racismo, Jack -replicó Adler.

-Son hechos. No he dicho que sean inferiores a nosotros. Lo que digo es que no vamos a cometer el error de pensar que a ellos los mueven las mismas motivaciones que a nosotros. Quede claro.

-Supongo que en eso tiene razón -concedió el secretario del ministro de Exteriores.

-De modo que quiero gente que realmente comprenda su cultura para asesorarme. Quiero gente que piense como ellos.

El problema sería acomodarlos allí, aunque abajo había varios despachos a cuyos ocupantes podían trasladar, por más que se subiesen por las paredes, alegando lo importantes que eran el protocolo y el rango político.

-Le podré habilitar unos cuantos -prometió Adler.

-¿Qué noticias nos llegan de las embajadas?

-Nadie sabe gran cosa. Aunque hay algo curioso en Corea.

-¿De qué se trata?

-Nuestro agregado de Defensa fue a ver a nuestros amiguitos para que pongan las bases en estado de alerta. Y han dicho que no. Es la primera vez que los coreanos nos dicen que no. Supongo que su gobierno debe de estar aún a ver qué pasa.

-Es una medida algo precipitada, de todas maneras.

-¿Es que no vamos a hacer nada?

-Aún no lo sé -dijo Ryan, que cogió el teléfono que acababa de sonar.

-La JUJEM por su TS, doctor Ryan.

-Ryan, dígame -contestó Jack-. Si, pásemelo. Mierda -musitó tan quedamente que Adler apenas lo oyó-. Lo llamaré después. -¿Qué pasa ahora?

-Los hindúes -le dijo Ryan.

-Ruego silencio -dijo Mark Gant.

Tuvo que insistir y dar golpecitos en la mesa con el bolígrafo para que le hiciesen caso. Sólo la mitad más dos de los asientos estaban ocupados. Aunque eso era ya un quórum.

-Tiene la palabra, George.

Le pareció preocupante a George Winston la expresión que vio en los rostros. Por un lado, los hombres y mujeres que decidían la política del Grupo Columbus estaban físicamente exhaustos. Por otro, sentían pánico. Y, sin embargo, había algo que lo preocupaba más, y le dolía: la esperanza que su presencia parecía suscitar, como si él fuese Jesús y se dispusiera a echar a los mercaderes del Templo. Y no era el caso. Nadie tenía ese poder. La economía norteamericana era demasiado vasta. Muchas personas dependían de ella. Y sobre todo era demasiado compleja, no ya para que un hombre solo la comprendiese, sino incluso para un equipo de veinte expertos. Ése era el problema de los modelos económicos en los que todos confiaban. Tarde o temprano había que calibrar, medir y regular algo que, simplemente, era. Existía. Funcionaba. Y producía resultados. Se necesitaba, aunque nadie supiese cómo funcionaba. El espejismo marxista de creer saberlo fue su gran falla. Los soviéticos trataron, durante tres generaciones, de dirigir la economía, en lugar de dejarla a su aire, y se habían convertido en mendigos en su propio país, en la nación más rica del globo. No eran muy distintas las cosas en Estados Unidos. En lugar de controlar la economía, trataba uno de vivir a costa de ella. En ambos casos se partía del espejismo de comprenderla. Y nadie la comprendía, más que a grandes rasgos.

Básicamente, todo se reducía a necesidades y a tiempo. La gente tenía necesidades. El alimento y el cobijo eran las dos prioritarias. De manera que otras personas cultivaban alimentos y construían casas. Ambas cosas requerían tiempo, y como éste es el bien más precioso de que dispone el hombre, había que compensar a la gente que lo ponía a contribución. Pensemos en el coche, porque la gente también necesita trasladarse. Cuando uno compraba un coche, le pagaba a la gente por el tiempo empleado en el montaje, y por el tiempo requerido para fabricar las piezas, y, en última instancia, pagaba también a los mineros por el tiempo empleado para extraer el mineral de hierro y bauxita. Este aspecto de la economía resultaba bastante sencillo. La complejidad empezaba con todas las opciones potenciales. Podía uno utilizar coches muy distintos. Cada proveedor de artículos y servicios relacionados con la industria automovilística tenía la opción de obtener lo que necesitaba, dentro de una amplia gama de recursos, y como el tiempo era algo precioso, la persona que utilizaba ese tiempo del modo más eficiente recibía una compensación adicional. A eso se le llamaba competencia, y la competencia era una interminable carrera de todos contra todos. Fundamentalmente, todas las empresas y, en cierto modo, todas y cada una de las personas que vivían dentro del ámbito de la economía americana, competían entre sí. Todos eran obreros. Y todos consumidores. Todo el mundo le proporcionaba algo a los demás. Todo el mundo seleccionaba productos y servicios dentro del enorme «menú» que la economía brindaba. Esta era la idea básica.

La auténtica complejidad se debía a la interacción de estos factores. Quién le compraba qué a quién. Quiénes conseguían ser más eficientes para hacer un mejor uso de su tiempo, con lo que beneficiaban a los consumidores y a sí mismos. Como todo el mundo participaba en el juego, era como una descomunal multitud en la que todos hablasen con todos. Y sencillamente era imposible atender a todas las conversaciones.

Y sin embargo en Wall Street se hallaba arraigado el espejismo de que se podía, que sus computerizados modelos podían predecir, a grandes rasgos, el cotidiano acontecer. Y no era posible. Cabía analizar las empresas individualmente, tener una idea de lo que hacían bien y de lo que no. Y hasta cierto punto, a partir de uno o varios de estos análisis, era posible ver tendencias y aprovecharse de ellas. Pero el uso de la informática y de las técnicas de modelos financieros había ido demasiado lejos, extrapolando cada vez más la realidad básica, y aunque en cierto modo hubiese funcionado durante años, esto no había hecho sino acentuar el espejismo. Con el crash de hacía tres días, el espejismo había quedado hecho añicos, y ahora no tenían a qué agarrarse. Sólo a mí, pensó George al ver la expresión de sus rostros.

El ex presidente del Grupo Columbus conocía sus limitaciones. Sabía hasta qué punto comprendía el sistema y tenía una idea de dónde acababa esa comprensión. Era consciente de que no había nadie capaz, por sí solo, de hacer que el sistema funcionase. Y este modo de verlo lo situaba en inmejorables condiciones para afrontar aquella triste noche en Nueva York.

-Parece que aquí falta un líder. ¿Qué va a pasar mañana? -preguntó Winston.

Los expertos financieros bajaron la vista; unos miraban a la mesa y otros a quien les hubiese tocado enfrente. Hasta hacía sólo tres días, alguien hubiese hablado, habría brindado su opinión con mayor o menor seguridad en sí mismo. Ahora no. Nadie sabía qué decir. Nadie tenía esa primera idea que propiciase la conversación. Así que punto en boca.

-Tienen un presidente. ¿Qué les dice? -preguntó Winston. Todos negaron con la cabeza.

Como alguien tenía que hablar, fue Mark Gant quien planteó la pregunta, tal como Winston previó.

-Bien, señoras y señores, es la junta de dirección quien elige a nuestro presidente y a nuestro gerente, ¿no es así? Y ahora necesitamos un líder.

-¿Va usted a volver, George? -preguntó un miembro de la junta.

-¡Hombre, si no he vuelto es que acaban de presenciar el más asombroso viaje astral!

No es que fuese un chiste muy bueno, pero hizo que aflorasen sonrisas; levantó un poco el ánimo a los reunidos.

-En tal caso, propongo que declaremos vacantes los cargos de presidente y gerente.

-Lo apoyo.

-Hay quórum -dijo Mark Gant con un tono de voz más enérgico que antes-. ¿Quiénes están a favor?

Se oyó un coro de «yo sí».

-¿En contra?

Nadie.

-Se acepta la propuesta. La presidencia del Grupo Columbus está ahora vacante. ¿Quiere alguien hacer otra propuesta?

-Propongo que George Winston sea nuestro presidente y gerente -dijo un miembro de la junta.

-Lo apoyo.

-¿A favor? -preguntó Gant.

La votación fue idéntica a la anterior, sólo que más entusiasta.

-Bien venido a casa, George -dijo Gant, que arrancó un amago de ovación.

-Bien. Habrá que decírselo a Yamata -dijo Winston, que empezó a pasear de un lado a otro de la sala.

Sus primeras palabras parecían un tanto ociosas. Lo importante era que el Grupo Columbus volvía a ser suyo.

-Por lo pronto -añadió- quiero ver todo lo que tengamos sobre las transacciones del viernes. Antes de pensar en cómo vamos a arreglar esta mierda, habrá que ver cómo ha ocurrido. Va a ser una dura semana, amigos, pero de nosotros depende el bolsillo de muchas personas.

La anunciada tarea no iba a ser sencilla. Winston no estaba seguro de poder arreglarlo. De lo que no cabía duda era de que tenían que empezar por examinar lo que había fallado tan estrepitosamente. Creía intuir de qué iba. Tenía esa clase de presentimiento que impulsa a actuar cuando se dispone de casi toda la información. En parte, era algo instintivo; algo en lo que fiaba tanto como desconfiaba, hasta que los hechos demostrasen que ya no se trataba de un presentimiento. Aunque había algo más. Y ahí no llegaba. Y por lo tanto no sabía cómo abordarlo.

Incluso las buenas noticias podían resultar inquietantes. El general Arima pasaba mucho tiempo en los estudios de la TV, y lo hacía bien. Lo último que había comunicado era que cualquier ciudadano que desease abandonar Saipan tendría a su disposición un billete de avión gratuito a Tokio, para su posterior traslado a los Estados Unidos. Lo que en definitiva venía a decir era que nada sustancial había cambiado.

-¡Que le den por el culo! -le espetó Pete Burroughs al rostro que asomaba en la pantalla.

-Si quiere que le diga la verdad, no me lo puedo creer -dijo Oreza, que acababa de despertarse tras cinco horas de sueño.

-Pues yo sí. Échele un vistazo a aquella loma, al sudeste.

Partagee se restregó su hirsuta barba y miró. A apenas un kilómetro, en lo alto de una colina, recientemente desbrozada y allanada para construir otro hotel (la isla se había quedado ya sin terreno edificable en primera línea de mar), había unos ochenta hombres sentados en una batería lanzamisiles Patriot. Las antenas de los radares estaban ya desplegadas y, mientras miraba, vio que instalaban el primero de aquellos cuatro contenedores en forma de cajón.

-¿Qué vamos a hacer? -preguntó el ingeniero.

-Piloto barcos, no lo olvide.

-Y vistió usted uniforme, ¿no?

-De guardacostas -dijo Oreza-. Nunca he matado a nadie. Pero esos artefactos.... -añadió a la vez que señalaba a la batería de los misiles-. Jo... Usted debe de saber de eso más que yo.

-Los fabrican en Massachusetts. En Raytheon, me parece. Mi empresa les suministra chips -le explicó Burroughs, que no sabía más-. Por lo visto, piensan quedarse, ¿no?

-Sí -dijo Oreza, que cogió los prismáticos y volvió a mirar por la ventana.

Veía seis cruces de carretera. En todos había controles, con unos diez hombres... un pelotón. Conocía ese término. Iban en Toyota Land Cruiser y jeeps. Aunque muchos llevaban revólver al cinto, no se veían subfusiles ni metralletas, como si no quisieran dar la misma impresión que los golpistas latinoamericanos de otros tiempos. A los vehículos que pasaban (no vio que obligasen a detenerse a ninguno) los saludaban amistosamente. Relaciones públicas, pensó Oreza. Buenas relaciones públicas.

-Joden y encima se exhiben -dijo el contramaestre.

Algo que no habría sido posible de no sentirse totalmente a salvo. Incluso la dotación de la batería lanzamisiles de la colina, pensó. Se lo tomaban con calma. Hacían su trabajo con orden y profesionalidad, lo cual estaría muy bien, pero si uno tiene intención de utilizar tales artefactos, se ha de mover de un modo más expeditivo. Había una diferencia de ritmo; no era el mismo en tiempo de paz que en tiempo de guerra, por más que teorizasen en la milicia sobre que la instrucción eliminaba esa diferencia.

Partagee volvió a centrar su atención en el cruce más próximo. Los soldados de aquel control no podían estar más relajados. Tenían aspecto de soldados y se comportaban como tales. Sus cabezas, en cambio, no se movían con el característico recelo de quien está en terreno hostil.

Podía ser buena señal. Nada de detenciones y encarcelamientos en masa, que era lo más socorrido en las invasiones. Ni la menor ostentación de fuerza, más allá de la pura presencia. Apenas habría reparado uno en ellos de no ser porque no cabía dudarlo, se dijo Partagee. Y se proponían quedarse. Y no pensaban que nadie fuese a impedírselo. Y nada podía hacer él para que cambiasen de opinión.

-Bueno, aquí tenemos las primeras tomas -dijo Jackson-. No hemos tenido mucho tiempo para estudiarlas, pero...

-Pero las estudiaremos -dijo Ryan completando la frase-. No olvide que tengo carnet de agente de Inteligencia. Me apaño con los negativos.

-¿Debo verlo yo también? -preguntó Adler.

-Ahora sí -contestó Ryan, que encendió la lamparilla de su mesa mientras Robby formaba la combinación de la cerradura de su maletín-. ¿Cuándo vuelve a pasar el satélite por Japón?

-Pues más o menos ahora, aunque hay un frente de nubes que cubre casi todas las islas.

-¿Buscan armas nucleares?

-¡Pues claro, coño! -exclamó el almirante Jackson a la vez que dejaba en la mesa la primera foto de Saipan.

Había dos transportes de automóviles en el puerto. En el aparcamiento adyacente había hileras de vehículos militares, la mayoría camiones.

-¿Qué opina?

-Una división muy hinchada -dijo Jackson tocando con el bolígrafo la parte de la fotografía en la que se veía la aglomeración de vehículos-. Esto es una batería Patriot. Artillería motorizada. Y esto parece un gran radar antiaéreo, plegado para el transporte. En esa isla hay una colina de unos cuatrocientos metros de altitud. Se verá muy bien desde muy lejos. Y el horizonte visual, desde lo alto de la loma, es de más de ochenta kilómetros -añadió a la vez que sacaba otra foto-. Los aeropuertos. Éstos son cazas F-quince y, fíjese aquí, se sacó en el momento en que dos F-tres realizan la aproximación para aterrizar.

-¿F-tres? -preguntó Adler.

-Es el modelo de serie del FS-X -contestó Jackson-. Es un buen aparato, aunque en realidad es un F-dieciséis remodelado. Los Eagles son para la defensa aérea. Ese es un aparato de ataque.

-Necesitamos más tomas del satélite -dijo Ryan en un tono grave.

Porque aquello venía a confirmar que era un hecho. Una verdad verdadera, como solía decir Jack remedando al filósofo. Ya no eran resultados de análisis o de informes verbales. Ahora se trataba de una evidencia fotográfica. No cabía ni la más puñetera duda de que su país estaba en guerra.

-Sí -dijo Jackson- y, sobre todo, que los expertos vean estas tomas, aunque por supuesto, si el tiempo lo permite, se realizarán cuatro tomas diarias. Tenemos que escudriñar cada centímetro cuadrado de ese peñasco, y de Tinian, y de Guam. De todas las islas.

-¿Vamos a poder hacerlo, Robby? -dijo Jack.

La pregunta, aunque expresada de un modo tan sencillo, tenía implicaciones que ni siquiera él era capaz de sopesar. El almirante Jackson alzó la vista lentamente. Su crispado tono de voz dejó paso al sereno talante del oficial de marina que expresa una opinión profesional.

-Todavía no lo sé. ¿Lo vamos a intentar? -preguntó a su vez.

-Tampoco yo lo sé -contestó el consejero de Seguridad Nacional-. Pero oye una cosa, Robby...

-¿Qué, Jack?

-Antes de decidir intentarlo, hemos de saber si podemos hacerlo.

-Desde luego, desde luego -convino el almirante.

Los ronquidos de su compañero no lo habían dejado dormir en casi toda la noche. ¿Qué le pasará a este tío?, se preguntó Chávez medio atontado. ¿Cómo leche iba a dormir? Ya había salido el sol y, aunque el ensordecedor ruido del despertar de Tokio llegaba a través de paredes y ventanas, John seguía roncando. Bueno, pensó Ding, como es un tipo mayor a lo mejor necesita descanso.

Y entonces se produjo el fenómeno más sorprendente de su estancia en Japón.

Sonó el teléfono.

John puso unos ojos como platos, pero Ding lo cogió primero.

-Tovarorischi -dijo una voz-. ¡Mira que no llamarme ni una sola vez con todo el tiempo que llevas ahí!

-¿Quién es? -dijo Chávez.

Pese al empeño que puso en estudiar ruso, oírlo por teléfono, allí y ahora, hizo que le sonase como si fuese marciano. No tuvo que esforzarse para que su voz sonase a somnolienta. Lo que le resultó difícil es que no se le saliesen los ojos de las órbitas ante lo que vino después. Oyó una carcajada que parecía de lo más alegre y espontáneo.

-Yevgeniti Paulovich, ¿quién si no? Dese unos chapotones y desayunemos juntos. Estoy abajo.

Domingo Chávez se quedó sin aliento. Hasta habría jurado que se le había parado el corazón y no había vuelto a latir hasta que se lo rogó de buenas maneras. Aunque ahora el condenado latía como en pleno colocón.

-Denos cinco minutos.

-¿Ha vuelto a agarrarla Iván Sergueivich, eh? -preguntó la voz en tono risueño-. Pues dígale que ya es demasiado viejo para hacer tonterías. De acuerdo, me pediré un té y esperaré.

Clark no había dejado de mirarlo con fijeza o, por lo menos, durante los primeros segundos. Luego, miró en derredor de la habitación, alerta a cualquier peligro que pudiera acechar, al ver lo pálido que se había quedado su compañero. Domingo no era de los que se asustaba fácilmente, como John sabía bien, pero quienquiera que estuviese al teléfono le había dado un susto de muerte al muchacho.

Bueno. John se levantó y encendió el televisor. Si acechaba algún peligro al otro lado de la puerta, ya era demasiado tarde. No había escapatoria por la ventana. El pasillo podía estar atestado de policías armados y, además, tenía pipí.

Se miró al espejo mientras sonaba el agua de la cisterna. Chávez entró antes de que dejase de oírse.

-Quienquiera que sea me ha llamado «Yevgeniti». Y ha dicho que nos espera abajo.

-¿Qué te parece que es? -preguntó Clark.

-Ruso, sin acento, y se expresa correctamente.

Al dejar de sonar la cisterna tuvieron que interrumpir la conversación.

¡Mierda!, exclamó Clark para sí. Miró al espejo como en busca de una idea, pero no vio más que dos rostros perplejos. Bueno. Clark optó por lavarse a ver qué se le ocurría. Piensa. ¿De tratarse de la policía japonesa, habrían dudado en...? No. No era probable. Todo el mundo consideraba a los espías gente peligrosa, además de detestable, un curioso legado de las películas de James Bond. Era tan poco probable que los espías se liasen a tiros, como que desplegasen las alas y volasen. Sus principales habilidades físicas se reducían a correr y esconderse, aunque nadie pareciese creerlo así, y si la policía local fuese tras ellos, entonces... Entonces se habría despertado con el cañón de una pistola en la sien. Y no. ¿Verdad que no? Pues muy bien. No había peligro inmediato. Probablemente.

Chávez no salía de su asombro al ver con qué parsimonia se lavaba Clark la cara y las manos, se afeitaba con toda minuciosidad y se cepillaba los dientes antes de cederle el lavabo. Incluso le sonrió cuando hubo terminado, ya que no bastaba con su tono de voz.

-Yevgeniti Pavlovich, hemos de presentarnos como kulturny ante nuestro amigo, ¿no? Que hace ya muchos meses...

Cinco minutos después, había salido de la habitación.

El talento interpretativo no es menos importante para los espías que para los actores porque, a semejanza de lo que ocurre en el teatro, en el espionaje rara vez hay oportunidad de repetir la escena.

El comandante Boris Ilich Scherenko era el adjunto rezident de la misión de los Servicios Secretos rusos en Tokio. Lo había despertado hacía cuatro horas una llamada aparentemente inocua de la Embajada. Bajo la tapadera de agregado cultural, llevaba una temporada sin hacer, prácticamente, otra cosa que ultimar los detalles de la gira por Japón del Ballet de San Petersburgo. Durante quince años fue miembro del Comité Exterior del KGB, y tenía un cargo equivalente en el remodelado y más pequeño organismo. Su labor era ahora incluso más importante, pensaba Scherenko. Como su país no estaba en tan buenas condiciones como antes para hacer frente a amenazas exteriores, necesitaba unos servicios de inteligencia mejores que nunca. Quizá ésa fuese la razón de aquel despropósito. O quizá que en Moscú se habían vuelto locos de remate. Cualquiera sabía. En fin, por lo menos el té era bueno.

En la Embajada le aguardaba un mensaje cifrado del Centro de Moscú (esta denominación no había cambiado) con nombres y descripciones detalladas. Le facilitó la identificación. Aunque no la comprensión de las órdenes que tenía.

-¡Vania! -exclamó, casi echándose en sus brazos, aunque se limitó a un cálido apretón de manos.

Se abstuvo del proverbial beso ruso, en parte para no herir la sensibilidad japonesa y en parte porque a lo mejor el americano lo rehuía, ya que era muy poco efusiva aquella gente. Despropósito o no, era un momento para saborearlo. Tener allí delante y en público a dos agentes de la CIA era una humorada.

-¡Cuánto tiempo!

Scherenko reparó en que el más joven porfiaba por ocultar sus sentimientos, aunque no lo bastante bien. En el KGB/Servicio Secreto ruso no se lo conocía. John Clark sí era para ellos un nombre conocido. Era sólo un nombre, y una corriente descripción que habría encajado en cualquier blanco de cualquier nacionalidad. Entre 1,85 y 1,90 m. Noventa kilos. Pelo castaño oscuro. Atlético. Aparte -eso lo añadió Scherenko- de ojos azules y manazas. Sereno. Muy sereno, pensó el comandante.

-Ya lo creo que sí. ¿Cómo está su familia, amigo mío?

Habría que añadir que su ruso era excelente, pensó Scherenko, que reparó en que su acento era de San Petersburgo. Mientras catalogaba las características físicas del americano vio que dos pares de ojos, uno azul y el otro negro, hacían lo mismo con él.

-¡Natalia lo echa de menos! ¡Vamos! ¡Que me muero de hambre! -dijo a la vez que los conducía hasta una mesa de un rincón.

«JOHN CLARK (¿Sólo?)», rezaba el encabezado del expediente enviado por Moscú. Era un nombre tan corriente que lo más probable era que no utilizase ni le hubiesen asignado otros. Activista, del tipo paramilitar, supuestamente asignado a misiones bajo tapaderas. Dos condecoraciones, al valor y a la eficacia en misiones de campaña. Cumplió un breve destino como agente de Seguridad, tiempo durante el cual nadie se molestó en sacarle una foto, pensó Scherenko. Típico. Allí lo tenía, relajado y tan campante con aquel viejo amigo que acababa de conocer hacía dos minutos. Bueno, siempre pensó que la CIA tenía buenos elementos.

-Podemos hablar aquí -dijo Scherenko en ruso y en tono más pausado.

-¿De manera que...?

-Scherenko, Boris Ilich, comandante, rezident adjunto -dijo a modo de presentación oficial con una leve inclinación de cabeza dirigida a los dos-. Son ustedes John Clark y... Domingo Chávez.

-Y éste es el jodido país del sol ausente -masculló Ding.

-«Los cerezos florecen ! En el burdel / Visten nuevos pañuelos.»

No es precisamente Pushkin, ¿verdad? Ni siquiera Pasternak. ¡Bárbaros arrogantes!

Llevaba en Japón tres años. Y llegó esperando encontrar un lugar agradable e interesante para trabajar. Había llegado a detestar muchos aspectos de la cultura japonesa: esas ínfulas de superioridad con respecto al resto del mundo, sobre todo para un ruso que tenía, exactamente, la misma actitud.

-¿Querrá explicarnos de qué va esto, camarada comandante? -preguntó Clark.

Scherenko se dispuso a explicarlo en un tono pausado, dejándose de humoradas a las que, por otra parte, no parecían verle los americanos la menor gracia.

-Su María Patricia Foleyeva llamó a nuestro Serguei Nicolaievich Golovko para pedirle ayuda. Sé que tienen otro agente aquí en Tokio, aunque no su nombre. Tengo instrucciones de decirle, camarada Klerk, que su esposa y sus hijas están bien. La pequeña ha vuelto a sacar unas notas excelentes, y es casi seguro que tendrá plaza para medicina. Si quiere más pruebas de mi bona fide me temo que no podré dárselas.

El comandante advirtió una sonrisa de satisfacción en la cara del más joven y se preguntó de qué iría el tema.

Bien, eso lo aclara casi todo, pensó John.

-No cabe duda de que sabe usted cómo llamar la atención de uno, Boris. Aunque todavía no me ha dicho qué demonios pasa.

-Nosotros tampoco lo entendíamos -repuso Scherenko, que pasó a explicarle los puntos principales.

Resultó que sus datos eran algo más precisos que los que Clark obtuvo de Nomuri, aunque abarcaban menos. Así era el espionaje. Nunca se acababa de tener una imagen completa, y lo que faltaba era siempre importante.

-¿Cómo sabe que podemos operar con seguridad?

-Sabe que no puedo...

-Es que esto pone mi vida en sus manos, Boris Ilich. Sabe que tengo esposa y dos hijas. Mi vida es importante para mí, y para ellas -dijo John en un tono tan mesurado que impresionó aún más al profesional que tenía delante.

No era miedo. John se sabía un buen activista del espionaje y Scherenko daba la impresión de serlo también. «Confianza» era una palabra tan básica como ajena a las operaciones de espionaje. Tenía uno que confiar en sus hombres y, sin embargo, no era posible confiar plenamente en un campo en el que se vivía del doblez.

-Su tapadera funciona mejor de lo que cree. Los japoneses los toman por rusos. Y por lo tanto no los molestarán. Ya lo verán -le dijo en confiado tono el adjunto rezident.

-¿Durante cuánto tiempo? -preguntó Clark con bastante astucia, se dijo Scherenko.

-Sí, siempre flota esa pregunta, ¿verdad?

-¿Cómo vamos a comunicarnos? -preguntó John.

-He pensado que van a necesitar un circuito telefónico de alta calidad -dijo a la vez que le pasaba una tarjeta plastificada por de-bajo de la mesa-. En Tokio todo es ahora fibra óptica. Tenemos varias líneas similares en Moscú. Su equipo especial de comunicaciones vuela en estos momentos hacia allí. Tengo entendido que es excelente. Me gustaría verlo -dijo Boris enarcando una ceja.

-No es más que un chip de memoria ROM, hombre -le dijo Chávez-. Ni yo lo distingo de una tarjeta corriente.

«Listo el chico», pensó Scherenko.

-¿Hasta qué punto van en serio? -preguntó Chávez.

-Por lo visto, han trasladado un total de tres divisiones a las Marianas. Y su Armada ha atacado a la de ustedes -dijo Scherenko, que se extendió con todos los detalles que conocía-. La verdad es que nos parece que van a tener ustedes muchas dificultades para recuperar las islas.

-¿Tantas? -dijo John.

El ruso se encogió de hombros en un gesto no exento de solidaridad.

-Moscú cree que no tienen ustedes nada que hacer. Sus efectivos son tan precarios como los nuestros ahora.

Y por eso estamos aquí sentados los... tres, aventuró Clark sobre la marcha. Por eso tenía un nuevo amigo en tierra extraña. Práctica-mente la primera vez que se vieron, John le citó a Chávez unas palabras de Kissinger: «Incluso los paranoicos tienen enemigos.» A veces se preguntaba por qué no hacían imprimir la frase los rusos en su papel moneda, a la manera del *E pluribus unum* de los americanos. Lo jodido era que tenían mucha historia para justificar la frase. Y, a los efectos, Estados Unidos también.

-Siga.

-Hemos penetrado muy a fondo en sus servicios de inteligencia, tanto en el político como en el militar, pero CARDO es una red especializada en el espionaje comercial. Creo que ustedes deben de estar mejor informados que yo. Aunque no sé muy bien qué importancia pueda tener eso.

Lo que no era rigurosamente cierto, porque Scherenko distinguía entre lo que sabía y lo que pensaba y, como buen espía, optó por sólo exteriorizar lo primero, de momento.

-De modo que ambos tenemos mucho que hacer.

-Pueden visitarnos en la Embajada cuando quieran -asintió Scherenko.

-Avíseme cuando el equipo de comunicaciones llegue a Moscú.

Clark pudo haberle expuesto otras cuestiones, pero no lo hizo. No se sentiría completamente seguro hasta que recibiese la adecuada confirmación electrónica. Se le hacía extraño considerarla necesaria, pensó, pero si Scherenko decía la verdad acerca del grado de penetración en el gobierno japonés, podía pillarse los dedos. Que los viejos hábitos pesaban mucho en aquel mundillo. Lo más tranquilizador era que aunque su interlocutor se había percatado de sus reservas mentales, no parecían preocuparle, de momento.

-Lo haré.

No hacían falta muchas personas para llenar el despacho Oval. El primer mandatario, de la que Ryan confiaba que aún fuese la nación más poderosa de la Tierra, tenía un despacho más pequeño que el que ocupó él al reintegrarse al mundo de las finanzas; más pequeño incluso que el que utilizaba en el rincón del ala oeste, como Jack acababa de advertir por vez primera.

Estaban cansados, sobre todo Brett Hanson, muy demacrado. El único que tenía un aspecto más o menos normal era Arnie van Damm, aunque siempre daba la impresión de regresar de una etílica juerga. Buzz Fiedler parecía al borde de la desesperación. Quien peor estaba, sin embargo, era el ministro de Defensa. El fue quien supervisó el recorte del presupuesto militar, quien insistió en el Congreso, semana tras otra, en que las Fuerzas Armadas tenían un potencial excesivo para sus necesidades. Ryan recordaba sus declaraciones en TV, las memorias de régimen interior distribuidas durante años; las casi desesperadas objeciones de los miembros de la JUJEM, que supieron contenerse para no filtrarlas a la prensa. No era difícil imaginar qué debía de pensar ahora el ministro de Defensa. Aquel inteligente burócrata, tan confiado en su visión y en su criterio, acababa de darse de bruces con el duro e inmisericorde muro de la realidad.

-El problema económico -dijo el presidente Durling con gran alivio para el ministro de Defensa.

-Lo más peliagudo es la banca. No dejará de cundir el pánico hasta que remediemos la situación de la Depository Trust Company. Muchos bancos operan sin saber qué reservas tienen. Los depositantes tratarán de liquidar los fondos de pensiones que controlan esos bancos. El presidente del Banco Central los presiona a base de bien.

-¿Con qué argumentos? -preguntó Jack.

-Que tienen una línea de crédito ilimitada. Que hay dinero suficiente para prestarle a la banca. Que pueden pedir cuanto quieran.

-Inflacionario -señaló Van Damm-. Eso es muy peligroso.

-No tanto -objetó Ryan-. Un breve brote inflacionario es como un resfriado; se cura con aspirina y sopita caliente. Lo que ocurrió el viernes fue como un ataque cardíaco. Y es eso lo que primero hay que tratar. Si los bancos no abren y no operan con normalidad... La confianza es esencial. Buzz tiene razón.

Roger Durling bendijo, por enésima vez, que al abandonar el servicio al gobierno Ryan hubiese vuelto al sector financiero.

-¿Y las Bolsas? -le preguntó el presidente al ministro del Tesoro.

-Cerradas. He hablado con todos los síndicos. Hasta que no logren recomponer los archivos de la DTC no podrán operar.

-¿Y eso qué supone? -preguntó Hanson.

Ryan reparó en que el ministro de Defensa no despegaba la boca, pese a que en circunstancias normales no dudaba en expresar sus opiniones muy seguro de sí mismo, precisamente en las que a Jack le hubiese gustado que se callase.

-No es preciso estar en el parquet de la Bolsa de Nueva York para hacer transacciones -dijo Fiedler-. Puede hacerlo uno desde el vestuario de su club deportivo, si quiere.

-Y eso harán algunos -secundó Ryan-. Quizá no muchos, pero habrá quien lo haga.

-¿Y qué cambia eso? ¿Qué hay de las Bolsas extranjeras? -preguntó Durling-. Nuestras acciones se negocian en todo el mundo.

-La liquidez potencial en las demás Bolsas no basta -contestó Fiedler-. Es decir, sí, pero son las Bolsas de Nueva York las que marcan las pautas por las que todos se orientan, y sin esas pautas, nadie sabe cuáles son las verdaderas cotizaciones.

-Tendrán archivos de las teleimpresoras, digo yo, ¿no? -preguntó Van Damm.

-Sí, pero los archivos están desvirtuados, y no se juega uno millones con información defectuosa. Lo cierto es que no ha venido nada mal que la información sobre la DTC se filtrase. Porque nos da un pretexto en el que escudarnos durante uno o dos días -dijo Jack-. La gente puede aceptar que una avería en los circuitos informáticos hayan provocado el descalabro. Contendrá un poco el pánico. ¿Qué se puede tardar en solucionar lo de los archivos?

-Aún no lo saben -reconoció Fiedler-. Todavía no han conseguido reunirlos todos.

-Quizá podamos darnos tiempo hasta el miércoles -dijo Ryan.

El consejero de Seguridad Nacional se frotó los ojos. Necesitaba levantarse y pasear para activar la circulación, pero sólo el presidente hacía eso en el despacho Oval.

-He mantenido una teleconferencia con los síndicos. Van a ordenar que todos estén en sus puestos de trabajo, como en un día normal. Tienen órdenes de moverse por el parquet, en plan de trajín, de cara a las televisiones.

-Buena idea, Buzz -se adelantó a decir el presidente, a la vez que Ryan alzaba los pulgares ante la medida del ministro del Tesoro.

-Tenemos que dar con una solución en seguida -prosiguió Fiedler- Jack está probablemente en lo cierto. A última hora del miércoles habrá verdadero pánico, y no quiero ni pensar lo que pasará -añadió en un tono más sereno que sus palabras.

Con todo, el panorama no pintaba tan mal aquella tarde. Veían un cierto margen para darse un respiro, y cabían otras medidas para ampliar un poco ese margen.

-El siguiente asunto -le dijo Van Damm al presidente- es el de Kealty. Se marchará sin escándalo. Prepara un trato con la justicia. Nos quitamos de encima ese engorro político -añadió el jefe de Estado Mayor mirando a Durling-. De manera que habremos de pensar pronto en cubrir el cargo.

-Voy a esperar un poco -dijo el presidente-. ¿Qué hay de la India, Brett?

-El embajador Williams ha oído cosas inquietantes. El análisis de la Armada es probablemente acertado. Parece que los hindúes preparan una operación contra Sri Lanka.

«Oportunísimo», oyó Ryan, absorto por un instante en sus notas.

-La Armada quiere instrucciones para actuar -dijo-. Tenemos allí un grupo de combate con dos portaaviones. Quieren saber hasta dónde pueden llegar, en caso de un enfrentamiento.

Jack tuvo que plantearlo porque se lo prometió a Robby Jackson, aunque ya sabía la respuesta. La temperatura no había subido aún lo bastante.

-Hemos de afrontar demasiadas cosas. Pospongámoslo -dijo el presidente-. De manera, Brett, que ordene a Dave Williams que se entreviste con la primera ministra. Que le deje claro que los Estados Unidos no ven con buenos ojos agresiones en ninguna parte del mundo. Sin baladronadas. Sólo que se lo diga con claridad y que espere respuesta.

-Hace mucho que no les hablamos en ese tono -le advirtió Hanson.

-Pues ya es hora de hacerlo, Brett -replicó el presidente sin alterarse.

-Sí, señor presidente.

Y ahora, pensó Ryan, el asunto que esperamos. Todas las miradas se fijaron en el ministro de Defensa, que ni siquiera consultó sus notas.

-Los dos portaaviones estarán de regreso en Pearl Harbor el viernes -dijo en tono mecánico-. Hay dos muelles disponibles para que empiecen en seguida las reparaciones, pero llevará meses que ambos barcos estén en condiciones de operar. Los dos submarinos se han hundido, ya lo saben. La flota japonesa se retira a las Marianas. No ha habido ningún otro acto hostil entre unidades de ambas flotas. Calculamos que unas tres divisiones han sido aerotransportadas a las Marianas: una a Saipan y las otras dos casi al completo a Guam. Disponen de las instalaciones aéreas que construimos y cuyo mantenimiento no hemos descuidado...

El ministro de Defensa siguió con una perorata, cuyos detalles Jack ya conocía, para llegar a unas conclusiones que el consejero de Seguridad Nacional se temía.

Todo era precario. La Armada de los Estados Unidos era la mitad de lo que fue años atrás. Sólo tenía capacidad para lanzar una división de intervención rápida. Sólo una, y a base de hacer llegar parte de la flota del Atlántico, a través del canal de Panamá, y algunas unidades que patrullaban por otras regiones del globo. El desembarco de tales tropas requería apoyo, y la mayoría de las fragatas de la Armada no tenía más que un cañón de 75 mm. Los destructores y los cruceros no llevaban más que dos cañones de 130 mm, un abismo respecto de los acorazados y cruceros que fueron necesarios para recuperar las Marianas en 1944. En cuanto a los portaaviones, no había ninguno disponible de manera inmediata. Los más próximos estaban en el Índico y, además, no se bastaban para hacer frente a la fuerza aérea que los japoneses tenían entre Saipan y Guam en aquellos momentos, pensó Ryan, que por primera vez se sintió indignado ante la situación. Se había pasado de incrédulo durante demasiado tiempo, se dijo.

-No creo que estemos en condiciones -concluyó el ministro de Defensa.

Era una afirmación que ninguno de los presentes se atrevía a rebatir. Y se sentían demasiado débiles para entrar en recriminaciones. El presidente Durling les agradeció a todos su consejo y subió a su dormitorio, a ver si podía dormir un poco antes de afrontar a los medios informativos por la mañana.

Subió por las escaleras en lugar de coger el ascensor. Iba pensativo, entre las miradas de los agentes del Servicio Secreto que vigilaban los tramos. Qué lástima que su presidencia hubiese de terminar así. Aunque nunca ambicionó el cargo, había procurado hacerlo lo mejor posible y, hasta hacía unos días, su saldo no era tan malo.

28. Transmisiones

El United 747-400 aterrizó en el aeropuerto moscovita de Scheremetievo con media hora de anticipación. Habían volado con el fuerte viento de cola que aún soplaba en el Atlántico. Un correo diplomático fue el primero en bajar, ayudado por un asistente de vuelo. Mostró su pasaporte diplomático al final de la escalerilla, donde un agente de aduanas le señaló hacia un funcionario de la Embajada, que le estrechó la mano y lo condujo hacia la terminal.

-Venga conmigo. Incluso tenemos un escolta para la ciudad -dijo el funcionario, que sonrió por lo chusco que aquello le parecía.

-No sé... -dijo el correo en tono receloso, a la vez que aflojaba el paso.

En principio, tanto su persona como su valija diplomática eran inviolables. Pero lo relacionado con aquel viaje había sido muy inusual, y le picaba la curiosidad.

-En la valija lleva un miniordenador. El paquete lleva una cinta amarilla. Eso es todo lo que lleva usted -le dijo quien, en realidad, era el jefe de la misión de la CIA en Moscú, razón por la cual el correo no lo conocía-. Su viaje lleva el nombre clave de APISONADORA.

-Basta con eso.

El correo asintió con la cabeza al adentrarse por el pasillo de la terminal. Los aguardaba un coche de la Embajada. Era un Lincoln con pinta de ser el coche particular del embajador. Al lado había una furgoneta blindada que nada más salir del aeropuerto encendió una luz rotatoria para avanzar más de prisa hacia el centro de la ciudad. Al correo, aquello le parecía un error. Era más lógico utilizar una furgoneta rusa. Y esto le planteaba un par de importantes preguntas. ¿Por qué coño lo habrían sacado de la cama para llevar un condenado ordenador a Moscú? Y si todo era tan secretísimo, ¿qué pintaban los rusos allí? Y si tan importante era, ¿por qué esperar a un vuelo regular? Como veterano funcionario de Exteriores, sabía que era absurdo preguntarse por la lógica de las operaciones gubernamentales. Se lo preguntaba por puro idealismo.

El resto del trayecto transcurrió con normalidad. Fueron directamente a la Embajada, situada en la zona centro-oeste de la ciudad, junto al río. Ya en el interior del edificio, fueron al departamento de comunicaciones, donde el correo abrió su valija y entregó el contenido. Luego fue a ducharse y a dormir, convencido de que las preguntas que se hacía no iban a encontrar jamás respuesta.

El resto del trabajo lo hicieron los rusos en un visto y no visto. La línea telefónica que comunicaba con Interfax pasaba, desde allí, al Servicio Secreto ruso, a Vladivostok -a través de una línea militar de fibra óptica- y, mediante una línea similar de la Nipon Telephone & Telegraph, hasta una de las islas «interiores» japonesas: Honshu. El miniordenador llevaba un modem interno que conectaron a la recién instalada línea y activado. Entonces ya no había sino que pechar con la consabida espera, por más prisa que se hubiesen dado en los preparativos.

Ryan llegó a su casa de Peregrine Cliff a la 1.30.00. Prescindió de su chófer del Departamento de Seguridad Nacional, dejó que lo acompañase el agente especial Robberton y lo instaló en la habitación de invitados, antes de enfilar hacia su dormitorio. Como tantas otras veces, Cathy aún estaba despierta.

-¿Qué ocurre, Jack?

-¿Tienes que trabajar mañana? -le preguntó él a su vez, a modo de primera finta.

Casi era una bobada haber ido a casa, aunque necesario. Necesitaba cambiarse de ropa como comer. Ya era bastante malo que hubiese una crisis. Sólo faltaba que los altos funcionarios de la administración apareciesen desaliñados y demacrados, porque los medios informativos no perdían detalle. Nada peor que lo que era evidente. Los ciudadanos lo verían en los informativos. Jefes inquietos, tropa inquieta. Era una lección, del manual que tuvo que empollarse para el curso de oficiales en Quantico, que Jack recordaba muy bien. De modo que no tuvo más remedio que pasar dos horas en la carretera, que hubiesen sido mucho mejor empleadas en el sofá de su despacho.

Cathy se restregó los ojos sin encender la luz.

-No, no tengo nada que hacer por la mañana -contestó-. Por la tarde he de dar una conferencia a unos extranjeros sobre cómo funciona el láser.

-¿De dónde son?

-De Japón y de Taiwan. Vamos a conceder la licencia del sistema de calibrado que hemos desarrollado aquí y... ¿qué pasa? -preguntó al ver que su esposo ponía cara de mosqueo.

Debe de ser pura paranoia, se dijo Ryan. Sólo una tonta coincidencia, y nada más. No puede ser otra cosa.

Pese a ello, salió del dormitorio sin decir palabra. Robberton se estaba desnudando al llegar a la habitación de invitados. De uno de los postes de la cama colgaba la funda con su revólver. Se lo explicó en pocos segundos. Robberton cogió el teléfono y marcó el número del centro de operaciones del Servicio Secreto, que se encontraba a dos manzanas de la Casa Blanca. Ryan ni siquiera sabía que su esposa tenía un nombre clave.

-«DR» necesita un amigo para mañana... en el John Hopkins... Sí, tranquilos, que está segura. Hasta luego.

Qué poco poéticos fueron al elegirle el «nombre» clave a su esposa, se dijo Jack al colgar Robberton.

-Andrea Price es una buena agente -añadió Paul-. Soltera, esbelta, pelo castaño oscuro, acaba de incorporarse al departamento después de ocho años en coches-patrulla. Trabajé con su padre cuando empezaba. Gracias por confiarme este servicio.

-Nos vemos a las seis y media, Paul.

-Sí -dijo Robberton, que volvió a acostarse.

Parecía de esas personas capaces de dormir en el momento en que se lo propusiesen, habilidad que a Ryan le parecía envidiable.

-¿Se puede saber de qué va todo esto? -preguntó Caroline Ryan al regresar su esposo al dormitorio.

Jack se sentó en la cama a explicárselo.

-Verás, Cathy, mañana en el hospital estará contigo una persona. Se llama Andrea Price. Pertenece al Servicio Secreto. Y te seguirá a todas partes.

-¿Por qué?

-Mira, Cathy, tenemos muchos problemas en estos momentos. Los japoneses han atacado a nuestra Armada y han ocupado un par de islas. De modo que no puedes...

-¿Que han hecho qué?

-No debes contárselo a nadie -prosiguió su esposo-. ¿Entendido? No debes decírselo a nadie, pero como vas a estar mañana con unos japoneses, y debido a mi cargo, el Servicio Secreto quiere que tengas escolta, por pura precaución.

Y no se limitarían sólo a eso. El Servicio Secreto no andaba sobrado de efectivos, y a la mínima le pedía ayuda a la policía local. La Policía de Baltimore City, que tenía permanentemente muchos efectivos en el hospital John Hopkins (porque el complejo hospitalario no estaba en muy buen barrio), probablemente destinaría a un detective para que apoyase a Andrea Price.

-¿Es que corremos peligro, Jack? -preguntó Cathy al recordar tiempos ya lejanos y lejanos terrores.

Cuando estaba encinta del pequeño Jack, el Ejército de Liberación del Ulster invadió su casa. Recordaba la satisfacción que sintió -y lo mucho que ello la avergonzaba- cuando ejecutaron al último de ellos por asesinato múltiple... con lo que terminó (eso imaginaba) el más aterrador episodio de su vida.

Jack, por su parte, se percataba que no era sino una de las muchas cosas que no había analizado suficientemente. Si los Estados Unidos estaban en guerra, y él era el consejero de Seguridad Nacional del presidente... pues estaba claro que podía ser un valioso objetivo. Y también su esposa. Y sus tres hijos. ¿Que era irracional? ¿Había algo racional en la guerra?

-No lo creo -contestó tras reflexionar unos instantes-, pero, bueno, quizá no estuviese de más tener unos cuantos invitados en casa. No sé. Tendré que consultarlo.

-¿Dices que han atacado a nuestra Armada?

-Sí, cariño, pero no puedes...

-¿Guerra?

-No lo sé, cariño.

Estaba tan exhausto que se quedó dormido a los treinta segundos de dar con la cabeza en la almohada. Su último pensamiento consciente fue el reconocimiento de que sabía muy poco, de lo que necesitaba saber, para contestar a las preguntas de su esposa. Y a las propias.

Nadie dormía en el bajo Manhattan, por lo menos aquellos a quienes los demás consideraban importantes. Más de un agotado agente de Bolsa cayó en la cuenta de que ahora sí que se ganaban lo que ganaban. Aunque lo cierto era que estaban consiguiendo muy poco. Orgullosos ejecutivos miraban en derredor de sus oficinas de contratación, llenas de ordenadores cuyo valor conjunto sólo conocía el departamento de contabilidad y cuya utilidad, en aquellos momentos, era absolutamente nula.

Pronto abrirían las Bolsas europeas. ¿Qué harían?, se preguntaban todos. Siempre había un retén nocturno encargado de negociar acciones europeas, seguir las cotizaciones del mercado de eurodólares, los mercados de metales preciosos y de otros productos, y de toda la actividad al este y al oeste del Atlántico. La mayoría de los días era como el prólogo de un libro, un anticipo de lo que iba a ocurrir, interesante pero no vital, salvo para olfatear lo que, en definitiva, se decidiría en Nueva York.

Sin embargo, nada de todo eso era cierto aquel día. No cabían conjeturas. No contaba más que lo que ocurriese en Europa, con las normas hechas añicos. El retén nocturno que manejaba los ordenadores era considerado de segunda fila por aquellos que se presentaban a las ocho de la mañana. Esto no sólo era incierto sino injusto aunque, como en todos los mundillos, aquél no escapaba a la rivalidad interna.

En esta ocasión, al llegar a su acostumbrada e inmisericorde hora, quienes desempeñaban aquel trabajo observaron la presencia de altos ejecutivos y se sintieron casi tan exultantes como incómodos. Allí tenían la oportunidad de mostrar sus habilidades. Y de joderla en directo y en tecnicolor.

Empezó, exactamente, a las cuatro de la madrugada, hora de Nueva York.

«Bonos del Tesoro», fueron las palabras que se oyeron, simultáneamente, en veinte sociedades de inversiones. Los bancos europeos tenían aún enormes cantidades de bonos del Tesoro USA como defensa contra las forcejeantes economías europeas, y empezaron a temer por sus divisas si los conservaban.

A algunos podría extrañar que sus primos europeos se enterasen de la situación tan a última hora del viernes, aunque era normal. Las primeras operaciones, pensaron en Nueva York, eran más bien cautelosas. En seguida vieron por qué. Oferta había mucha, pero poca demanda. La gente se quería desprender de los bonos del Tesoro, y el interés por comprar era poco entusiasta. El resultado fue que las cotizaciones cayeron tan de prisa como la pérdida de confianza en el dólar.

«Esto es un robo... ¡Caen tres enteros y sólo llevamos treinta segundos! ¿Qué podemos hacer?»

Esto se oyó en más de una oficina, y la respuesta fue idéntica. «Nada.»

Con la contrariedad que es de imaginar y profusión de juramentos (casi todos, variantes del ¡cabrones de europeos!, según las peculiaridades lingüísticas del ejecutivo en cuestión).

De manera que... ya estábamos otra vez: ataque al dólar. Y el arma contraofensiva más poderosa de que disponían los Estados Unidos, paralizada por culpa de un programa de ordenador en el que todo el mundo confió. En muchas oficinas se ignoraba la prohibición de fumar. No había peligro de que la ceniza estropease los ordenadores, ¿verdad? No podían utilizar los condenados ordenadores para nada aquel día. Aunque, según un ejecutivo le dijo a un colega, era un buen día para dedicarse al mantenimiento de aquellos ingenios informáticos, idea que, por suerte, no compartieron.

-O sea, ¿que es ahí donde empieza? -preguntó George Winston al señalar Mark Gant hacia la pantalla.

-Banco de China. Banco de Hong Kong. Banco Imperial Cathay. Los compraron hace unos cuatro meses como defensa contra el yen, y les salió muy bien. De modo que el viernes realizan beneficios y compran enormes cantidades de bonos del Tesoro japonés. Entre unos y otros movimientos, han debido de ganar del orden del veintidós por ciento en la transacción global.

Winston reparó en que, al ser los primeros en marcar la tendencia, fueron quienes más beneficiados salieron. Una operación tan feliz, y de semejante magnitud, era de las que se celebra por todo lo alto en los lujosos restaurantes que tanto abundan en Hong Kong.

-¿Cree que ha sido una maniobra inocente? -le preguntó a Gant con un ahogado bostezo.

El ejecutivo se encogió de hombros. Aunque estaba cansado, ver al jefe cabalgar de nuevo les infundía energías.

-¡Menuda inocencia! Ha sido brillante. Se olieron algo, supongo. O quizá sólo fuese un golpe de suerte.

Suerte, pensó Winston. Siempre había que contar con ella. La suerte contaba, como reconocía cualquier agente con experiencia entre copa y copa. Por lo general, después de haberse tomado dos o tres, o el número que en cada caso fuese necesario para dejar a un lado la pedantería. A veces, tenía uno el presentimiento, actuaba de acuerdo a él, y no había más. Si tenías suerte funcionaba, y si no, a cubrirte.

-Siga -le ordenó a Gant.

-Pues, bueno, que entonces los bancos empezaron a hacer lo mismo.

El Grupo Columbus tenía algunos de los más avanzados programas informáticos de Wall Street, capaces de seguirle la pista a todo un sector bursátil, e incluso a una emisión concreta desde el momento en que salía a Bolsa. Gant los manejaba con extraordinaria destreza.

Luego, examinaron más ventas masivas de bonos del Tesoro por parte de otros bancos asiáticos. Curiosamente, los bancos japoneses operaron con mayor lentitud de lo esperado en estos valores. No estaba de más quedar siempre a la reserva de lo que hiciera Hong Kong. A los chinos se les daba bien operar en el mercado. Sobre todo a aquellos preparados por los británicos; prácticamente, los inventores de la banca moderna, y muy sutiles. Pero los japoneses eran más rápidos que las putas, pensaba Winston, o por lo menos debían de haberlo sido...

De nuevo se trataba de intuición, del pálpito de un veterano de la Bolsa.

-Mira a ver cómo están los bonos del Tesoro japonés, Mark.

Gant tecleó la orden. Lo que apareció en pantalla revelaba el claro avance del yen, tan claro que ni siquiera necesitaban el ordenador para detectar la tendencia.

-¿Quería ver esto? -preguntó Gant.

Winston se inclinó hacia adelante y miró la pantalla.

-Búsqueme el banco chino con el que realizaron la operación. -Bueno, es que vendieron en el mercado de eurodólares y compraron yens. Es la jugada típica.

-Sí, pero ¿a quién le compraron los yens? -preguntó Winston.

-Y a cuánto lo pagaron..., ¿verdad? -dijo Gant, que ladeó la cabeza y miró a su jefe.

-¿Sabe por qué siempre he sido honrado en este mundillo, Mark? ¿Sabe por qué nunca la jodí ni una sola vez, ni siquiera cuando estaba tan claro como si tuviese los billetes en la mano?

Había más de una razón, desde luego, pero ¿para qué liarlo? Apoyó la yema del índice en la pantalla y dejó una huella en el cristal. Estuvo a punto de echarse a reír por lo que para él simbolizaba.

-Por esto -añadió Winston.

-Eso no significa nada. Los japoneses vieron que podían sacar tajada y... -replicó Gant, que no acababa de ver lo que Winston veía. Necesitaba que se lo mostrasen en términos más técnicos.

-Extrapole la tendencia, Mark. Extrapólela justo a partir de ahí.

Soy un cabronazo, se dijo George a la vez que enfilaba hacia el lavabo. La tendencia es mi amiga. ¿Conque a joderme en mi terreno, eh? Ya verás tú.

Tardío consuelo. Le puso en bandeja la empresa a un predador. Winston se percataba perfectamente de ello, y el daño ya estaba hecho. Sus inversionistas confiaron en él y él traicionó su confianza.

Mientras se daba unos chapotones, se miró en el espejo del lavabo y vio la mirada de un hombre que desertó de su puesto, que abandonó a los suyos.

Pero ahora estás de nuevo aquí, ¡hostia!, y hay un montón de trabajo que hacer.

El Pasadena zarpó al fin, más por sonrojo que por otra cosa, se dijo Jones. Oyó la conversación telefónica de Bart Mancuso con la Comandancia Integrada de los Contingentes del Pacífico. El almirante explicó que el submarino llevaba tantas armas, y tantos víveres, que tuvieron que dejar cajas con latas de conservas en los pasillos. Por lo menos, tenían para dos meses en el mar. Aquello era propio de unos tiempos no demasiado buenos, la verdad, pensó Jones al recordar los grandes despliegues de antaño. El caso era que el Pasadena se había hecho ya a la mar, rumbo oeste y a unos veinte nudos. Utilizaría una turbina silenciosa en lugar de una turbina rápida, dedujo el ex oficial y ahora ejecutivo. De lo contrario, lo habría detectado. Porque el submarino acababa de pasar a menos de quince millas de una instalación de la red de sonar, una instalación modernísima capaz de detectar el latido del corazón de un feto de ballena.

El Pasadena aún no tenía instrucciones concretas, pero estaría en el lugar y el momento oportunos si se le cursaban. La tripulación se hallaba en actividad constante, como si estuviesen de maniobras, con esa mentalización que produce saberse en el mar para entrar en acción. Y algo era algo.

Una parte de él hubiese querido estar allí, aunque era una parte que pertenecía ya al pasado.

-No veo nada, señor -dijo un oficial.

Jones parpadeó al volver a mirar aquellos pliegos en forma de acordeón que salían de la impresora.

-Bueno, pues busque otra cosa -dijo Jones.

Sólo un marine a punta de pistola lograría echarlo, en aquellas circunstancias, del Centro de Control de la Red de Sonar. Así de claro se lo dijo al almirante Mancuso quien, a su vez, se lo dijo con la misma claridad a los demás. Por un momento, pensaron en la conveniencia de recabar una orden especial para asignarle, oficialmente, una misión a Jones, con empleo de comandante, quizá, pero el propio Ron lo desestimó. Abandonó la Armada con el grado de teniente especialista en sonar, y nunca ambicionó más galones. Además, no habría sentado bien entre la oficialidad que realmente estaba al mando del centro y que de manera tan espontánea lo aceptaba como a un igual.

Lo que sí hicieron fue asignarle a Jones un ayudante: el sargento Mike Boomer, técnico oceanógrafo. Era un chico con toda la pinta de ser un buen estudiante, se dijo el doctor Jones, aunque hubiese tenido que dejar el servicio en los P-3 porque se mareaba.

-Todos esos submarinos utilizan sistemas de camuflaje electrónico Prairie-Masker al salir a respirar. Es como «gotas de lluvia que suenan al caer...», ¿recuerda? La lluvia que cae en la superficie está en la banda de los mil hertzios. Así que busque lluvia... -le explicó Jones a la vez que dejaba en la mesa una fotografía del servicio meteorológico- donde no llueva. Luego, buscamos pulsiones de sesenta hertzios, casi inaudibles y breves, vibraciones que, de otro modo, pasarían inadvertidas y que se producen allá donde llueve. Utilizan generadores y motores de sesenta hertzios, ¿comprende? Luego buscamos nieve, puntitos casi imperceptibles, como un velado tul de «parásitos», que también se producen donde llueve. Como aquí -añadió a la vez que trazaba un círculo rojo en el papel.

Luego miró al oficial al cargo de la instalación, que estaba inclinado sobre la mesa como un dios curioso.

-Cuando estuve destinado en el economato de Dam Neck, oí contar muchas cosas de usted. Y siempre creí que eran historias de marinos.

-¿Tiene un cigarrillo? -preguntó el único civil del centro.

El sargento le dio uno. Habían retirado los carteles de «prohibido fumar» y de nuevo había ceniceros, ya que en el Centro de la Red de Sonar estaban en guerra, y quizá no tardase en estarlo también el resto de la flota del Pacífico.

¡Dios, qué falta me hacía!, musitó Jones para sí.

-Bueno... ¿sabe cuál es la diferencia entre historias de marinos y cuentos de hadas?

-¿Cuál es, señor? -dijo Boomer.

-Pues que un cuento de hadas empieza: «Erase una vez...» -dijo Jones sonriente, a la vez que marcaba otra señal de 60 hertzios.

-y las historias de marinos empiezan: «Oíd, que no va en coña» -concluyó por él el sargento, convencidísimo de que lo de aquel cabronazo no iba en coña, no-. Creo que tiene material para escribir una novela, doctor Jones.

-Lo que creo es que tenemos localizado a un submarino japonés, sargento.

-¡Lástima que no podamos ir a por él!

-Lo mismo pienso yo. Aunque ahora sepamos cómo detectarlos, los P-tres lo seguirán teniendo jodido para localizarlos. Son buenos barcos, no cabe duda.

No podían echar las campanas al vuelo. Todo lo que se hacía en el Centro de la Red de Sonar era «esbozar» posiciones. Si más de un hidrófono captaba una misma fuente de sonido, se podía triangular rápidamente y convertir las detecciones en posiciones, pero esas posiciones eran círculos y no coordenadas, unos círculos con diámetros del orden de las veinte millas. Era pura física cuyas leyes regían para ambos bandos igual. Los sonidos que más fácilmente recorrían largas distancias eran los de baja frecuencia y, con independencia de la clase de onda, sólo las altas frecuencias proporcionaban buena resolución.

-Además, la próxima vez que emerja a respirar, sabremos por dónde buscar. Bueno, el caso es que puede llamar al Centro de Operaciones de la Flota y decirles que no hay nadie cerca de los portaaviones. Aquí, aquí y aquí, grupos de superficie. De acuerdo a la señal de los hidrófonos, los hipotéticos blancos se dispersan. Un «rompan filas» en toda regla. Parece que no buscan más problemas.

-Quizá sea lo mejor.

-Sí, sargento, quizá sea lo mejor -dijo Jones aplastando el cigarrillo-, si el mando sigue tan cagado.

Lo curioso era que las cosas se habían calmado. El tratamiento que las distintas cadenas de TV hicieron, en sus informativos de la mañana, del crash de Wall Street fue de una precisión clínica, y el análisis, atinadísimo, probablemente mejor que el que se ofrecía a los norteamericanos en su país, pensó Clark; eso sin contar con la pléyade de catedráticos de economía que lo comentaron, punto por punto, junto a un destacado banquero como nota de color. Quizá, decía el editorial de un periódico, los Estados Unidos reconsiderasen su postura respecto de Japón. ¿Era o no cierto que ambos países se necesitaban de verdad, sobre todo en las presentes circunstancias, y que un Japón fuerte era tan útil a los intereses norteamericanos como a los japoneses? Se transcribían palabras conciliadoras del primer ministro Goto, aunque no ante las cámaras, en un lenguaje que le era totalmente extraño y que, por lo mismo, privaron de la delatora imagen.

-¡A tomar por el culo el país del sol ausente! -exclamó Chávez en un momento de relajación, harto de lenguas adoptivas y de tapaderas.

¡Qué coño! Ahora estaba bajo control operativo ruso, ¿no? ¿Qué importaban ahora las normas?

-Russkii -lo reprendió su compañero en tono comprensivo.

-Da, továrisch -masculló Chávez-. ¿Tiene alguna zorra idea de lo que pasa? ¿Hay guerra o no?

-La verdad es que lo de las normas tiene miga -contestó Clark, que dejó también a un lado el ruso.

¡Si me ocurre incluso a mí!, se dijo.

Volvían a verse gaijin en las calles, casi todos con pinta de norteamericanos. Y los volvían a mirar con el recelo y la curiosidad acostumbrados, con menos hostilidad que hacía una semana.

-¿Qué hacemos, pues?

-Utilizaremos el número de Interfax que nos dieron nuestros amigos.

Clark ya había mecanografiado su informe. Era lo único que estaba seguro que tenía que hacer, aparte de mantener sus contactos activos y obtener información. Sin duda, Washington sabría lo que tenía que decirles, pensó de regreso al hotel. El recepcionista les sonrió con una ligera inclinación de cabeza, un poco más amable que antes, al verlos ir hacia el ascensor.

Dos minutos después estaban en la habitación. Clark sacó el ordenador del estuche, lo conectó al teléfono y lo encendió. Al cabo de un minuto, la memoria interna marcó el número que le dieron mientras desayunaban. Lo comunicaba con una línea que cruzaba el mar del Japón y el continente siberiano, y llegaba hasta Moscú, suponía Clark. Oyó la electrónica vibración de un teléfono que sonaba y aguardó a que se estableciese la conexión.

El jefe de la misión de la CIA en Moscú ya se había sobrepuesto a la servidumbre que representaba tener a un agente del SSR en el Departamento de Cifra de la Embajada, aunque aún no le había cogido el tranquillo al extravagante instrumental.

-Refinada técnica -dijo el visitante.

-Hacemos lo que podemos.

Cualquiera que hubiese utilizado alguna vez un modem podía reconocer el sonido, como el de agua que corre, o como el del cepillo de una abrillantasuelos. En realidad, no era más que el siseo de la informática digital de dos equipos electrónicos que tratan de sincronizarse para poder intercambiar datos. A veces, tardaba sólo unos segundos, y otras, cinco horas o incluso diez. De hecho, con aquel equipo se tardaba sólo un segundo. El resto del tiempo, durante el que se oía el siseo, correspondía al tránsito del código digital de la memoria, aparentemente temporal, de los 19 200 caracteres de información que cruzaban la línea de fibra óptica por segundo -primero en una dirección y luego en la otra-. Una vez concluida la verdadera transmisión, los datos quedaban almacenados en la memoria permanente del ordenador central en Moscú, y entonces era cuando se enviaba la columna diaria de rigor, como periodistas que eran. Para hacer las cosas del todo bien, los rusos se preocupaban de que dos periódicos publicasen la columna al día siguiente, en la página 3 en ambos casos, ya que tampoco era cuestión de excederse en la exhibición de la columnita.

Entonces venía la parte difícil para el jefe de la misión de la CIA. Siguiendo órdenes, imprimía dos ejemplares del informe, uno de los cuales iba a parar a manos del agente del SSR. ¿Se le habría adelantado el climaterio a Mary Pat o qué?

-Su ruso es muy literario, incluso clásico, diría yo. ¿Quién se lo enseñó?

-Pues la verdad es que no lo sé -mintió el agente de la CIA. El caso es que, por lo visto, el ruso se lo creyó. Y tenía razón el muchacho en lo de que era muy literario, pensó el americano frunciendo el ceño.

-¿Quiere que lo ayude en la traducción?

¡Mierda!

-Claro... ¿Por qué no? -le contestó sonriente.

-Aquí Ryan. Dígame -contestó el consejero de Seguridad Nacional al ponerse al teléfono del coche.

Refunfulló al pensar que sólo había dormido cinco horas. Aunque, por lo menos, no tenía que conducir.

-Soy Mary Pat. Hemos averiguado una cosa. Estaré en tu despacho cuando llegues.

-¿Buena o mala?

-Pues...; es un atisbo -dijo la adjunta de Operaciones de la CIA, tan lacónica como siempre. Nadie se fiaba mucho de los teléfonos móviles, aunque fuesen de seguridad.

-Hola, doctora Ryan. Soy Andrea Price.

La agente llevaba bata de laboratorio y una acreditación prendida en la solapa, que le mostró a Cathy.

-Mi tío es médico -añadió la agente-. Ejerce la medicina general en Wisconsin. Creo que le gustará que haga este servicio.

-¿Cree que tengo motivos para estar preocupada? -le preguntó Caroline Ryan a la sonriente Andrea.

-La verdad es que no lo creo -contestó la agente sin dejar de sonreír, pues al escoltado no le gustaba ver preocupada a la escolta, como sabía por experiencia.

-¿Y mis hijos?

-Hay dos agentes apostados frente al colegio y otro en la casa que da a la guardería del pequeño -le explicó Andrea-. Así que, por favor, no esté preocupada. Es a nosotros a quienes pagan para que veamos fantasmas. Y casi siempre nos equivocamos. Pero es nuestro trabajo. ¿Mejor equivocarse siempre a favor, verdad?

-¿Y mis visitantes? -preguntó Cathy.

-¿Puedo hacerle una sugerencia?

-Sí, claro.

-Haga que se pongan todos bata de laboratorio del hospital; que les entreguen algún recuerdo, o algo así. Así podré echarles un buen vistazo mientras se cambian.

Le pareció una buena idea a Cathy Ryan.

-¿Va usted armada?

-Siempre -contestó Andrea Price-. Aunque nunca he tenido que utilizar el arma; ni siquiera he desenfundado para una detención. Usted... como si yo fuera una mosquita muerta -le recomendó.

Ya, ya, pensó la doctora Ryan. Más bien un águila, aunque mansa.

-¿Cómo vamos a hacer esto? -preguntó Chávez en inglés mien-tras corría el agua de la ducha.

Ding estaba sentado en el suelo y John en la taza.

-Bueno..., ya los hemos visto una vez, ¿no? -le recordó Clark.

-Si, en aquella mierda de fábrica.

-Sólo tenemos que averiguar adónde han ido a parar.

Dicho así, sonaba lo más razonable del mundo. Sólo tenían que averiguar cuántos y dónde y, ah, por cierto, si llevaban o no ojivas nucleares. Poca cosa. Todo lo que sabían era que se trataba de misiles SS-19 -la nueva versión mejorada- y que salieron de la factoría por ferrocarril. Y en el país había más de veintiocho mil kilómetros de línea férrea. Se lo tendrían que tomar con calma. En algunas ocasiones, los agentes secretos hacían horario de banqueros, y aquélla era una de esas ocasiones.

Clark decidió darse una ducha para meterse en la cama bien limpito. Aún no sabía qué hacer ni cómo iba a abordar la cuestión, y comerse el coco no iba a mejorar las cosas. Ya se había aprendido hacía tiempo la lección de que rendía mucho más con ocho horas de sueño, e

incluso se le ocurría más de una idea brillante mientras se duchaba. Tarde o temprano, Ding aprendería también tales maniobras táctico-estratégicas, pensó al ver la expresión del muchacho.

-Hola, Betsy -dijo Jack al verla en la antesala de su despacho-. Cuánto madruga. ¿Y usted quién es?

-Chris Scott. Betsy y yo trabajamos juntos.

Jack les indicó que pasasen a su despacho después de echarle un vistazo al fax, por si Mary Pat había enviado ya la información de Clark y de Chávez. Y sí. Aunque se dijo que podía esperar. Conocía a Betsy Fleming desde la época en que ella trabajó en la CIA como autodidacta experta en armas estratégicas. Supuso que Chris Scott sería uno de esos jóvenes que reclutaban de las universidades, con un diploma sobre una materia que ella aprendió con un gran esfuerzo. Por lo menos el joven era cortés, pues había dicho que trabajaba con Betsy. Igual que el propio Ryan una vez, hacía ya muchos años, con ocasión de unas negociaciones sobre control de armamento.

-Bueno, ¿qué tenemos?

-Esto es lo que ellos llaman cohete lanzador espacial H-once -dijo Scott tras abrir el maletín y sacar unas fotos.

Ryan advirtió en seguida que se trataba de buenas fotografías, tomadas con película de verdad y desde cerca, y no de esa clase de fotos electrónicas sacadas desde un agujero en un bolsillo. No era difícil apreciar la diferencia. Jack reconoció, de inmediato, al viejo amigo que creía ya muerto y decorosamente enterrado hacía menos de una semana.

-Ya lo creo que es el SS-diecinueve. Aunque mucho más mono así.

En otra foto se veía una hilera de proyectiles en la planta de montaje de la factoría. Jack los contó y puso mala cara.

-¿Qué más?

-Aquí -dijo Betsy-. Fíjese en las ojivas.

-Parecen normales -dijo Ryan.

-Ahí está. Las cabezas son aparentemente normales -señaló Scott-. Normales para llevar armamento atómico, no un satélite de comunicaciones. Redactamos un informe hace tiempo y nadie le prestó la menor atención -añadió el ingeniero-. El resto del cohete está totalmente reequipado. Tenemos cálculos estimativos sobre su capacidad.

-¿Que se resumirían?

-En seis o siete misiles MIRV intercontinentales, con un alcance superior a los diez mil kilómetros -contestó mistress Fleming-. Es inútil dorar la píldora, porque es la realidad.

-Eso es mucho. ¿Y han probado el cohete?, ¿es realmente operativo? ¿Con alguna ojiva de un tipo que nosotros conozcamos? -preguntó el consejero de Seguridad Nacional.

-No hay datos. Sólo parciales, de pruebas de vuelo del cohete lanzador, obtenidos por los satélites de órbita geosincrónica del Pacífico (del AMBER BALL), aunque resultan equívocos en muchos aspectos -le explicó Scott.

-¿Cuántos cohetes han reconvertido?

-Unos veinticinco, que sepamos. De ellos, por lo menos tres los han probado en vuelo y dos se encuentran en su base de lanzamiento listos para acoplárseles las ojivas nucleares. O sea que tienen otros veinte.

-¿Y qué hay de la carga de las ojivas de esos veinte?

-Los de la NASA creen que llevan satélites de reconocimiento. Con toda la parafernalia fotográfica. De modo que probablemente así debe de ser -dijo Betsy con cara de preocupación.

-Ya. O sea que han decidido entrar en el club de los espías superinformatizados. ¿No es extraño, verdad? -dijo Ryan a la vez que tomaba notas-. Bien, o sea que, de no ser así, y

LIbrodot

poniéndonos en lo peor, nos encontraríamos ante la amenaza de otros veinte cohetes con siete MIRV, es decir, un total de ciento cuarenta.

-En efecto, doctor Ryan.

Ambos eran lo bastante profesionales como para no dramatizar sobre lo grave que era la amenaza. Japón tenía la capacidad teórica de destripar ciento cuarenta ciudades norteamericanas. Los Estados Unidos podrían replicar, de inmediato, para reducir Japón a cenizas, pero ése no era un gran consuelo, ¿verdad? Hacía menos de una semana que creyeron poner fin a más de cuarenta años de LOCURA... y allí la tenían de nuevo, pensó Jack. Maravilloso, ¿verdad?

-¿Saben ustedes algo de los agentes que obtuvieron estas fotografías?

-Mire, Jack -contestó con aquella voz a lo June Cleaver que tenía- ya sabe que yo nunca pregunto. Pero quienquiera que fuese, iba a cara descubierta. Se nota por las fotos. No están sacadas con una Minox. Alguien bajo la tapadera de periodista, supongo. Y no se preocupe, que de mí no sale -añadió con su habitual sonrisa.

Betsy Fleming estaba ya lo bastante bregada como para conocerse todas las artimañas.

-Desde luego, son fotos de gran calidad -dijo Chris Scott, que se preguntaba cómo demonios se atrevía Betsy a llamarle «Jack» al consejero de Seguridad Nacional-. Están sacadas con película como la que utilizan los reporteros. Aparte de que dejaron entrar a representantes de la NASA. Querían que lo supiésemos.

-Sin duda -convino mistress Fleming.

Y los rusos, se recordó Jack . ¿Por qué ellos?

-¿Algo más? -preguntó Ryan.

-Sí, estas dos fotografías -contestó Scott.

Se veían dos coches-plataforma de ferrocarril adaptados. Uno llevaba una grúa. En el otro se veían las ranuras para encajar otra.

-Parece obvio -prosiguió Scott- que han elegido transportarlos por ferrocarril en lugar de por carretera. He hecho que las examinase un experto en ferrocarriles, y dice que son del ancho de vía normal.

-¿Y qué quiere decir con eso? -preguntó Ryan.

-Pues eso, el ancho de vía; la distancia entre los rieles del raíl, la que se utiliza en casi todo el mundo. La mayoría de las vías férreas japonesas son de vía estrecha. Es curioso que no hayan copiado, también, los transportes por carretera que los rusos fabricaron para esos monstruos -explicó Scott-. Quizá porque sus carreteras son demasiado estrechas, o quizá porque, simplemente, lo hayan preferido así. Hay una vía férrea de ancho normal que va de aquí a Yoshinobu. Me sorprendió un poco la carrocería. Se parece mucho al transporte que los rusos crearon para sus monstruos. De manera que, claro, lo copiaron todo menos el transporte. Eso es lo que tenemos, señor.

-¿Adónde van ahora ustedes?

-Al otro lado del río, al Departamento de Investigación de...

-Bien -lo atajó Ryan señalándolos a ambos con el índice-. Díganles que esto tiene prioridad absoluta. Quiero que localicen estos artefactos... ayer.

-Ya sabe que harán lo que puedan, Jack. A lo mejor nos han hecho un favor al transportar estos artefactos por ferrocarril -dijo Betsy, ya de pie.

Jack ordenó las fotos y pidió otro juego antes de despedirlos. Luego, miró el reloj y llamó a Moscú. Supuso que también Serguei trabajaría todas las horas que pudiera.

-¿Por qué demonios les vendieron la licencia de los SS-diecinueve? -le dijo ya de entrada.

Golovko, que probablemente estaba también falto de sueño, le contestó con aspereza.

-Pues por dinero. Por la misma razón que ustedes les vendieron los Aegis, los F-quince, y todo...

Ryan torció el gesto, más que nada porque la réplica era muy justa.

-Vaya, hombre, gracias. Me lo he ganado. Calculamos que tienen veinte disponibles.

-Presumo que sí, aunque aún no hemos mandado a nadie de los nuestros a ver su planta.

-Nosotros sí -le contestó Ryan-. ¿Quiere fotos?

-Por supuesto, Iván Emmetóvich.

-Pues mañana las tendrá encima de su mesa -le prometió Jack-. Hemos hecho un cálculo. Me gustaría ver qué opinan ustedes. Creemos que llevan siete MIRV en cada cohete, o sea ciento cuarenta misiles.

-Tienen para repartirnos a los dos -comentó el ruso-. ¿Recuerda cuando nos reunimos por primera vez para eliminar esos jodidos artefactos? -añadió Golovko, que oyó resoplar a su colega y se preguntó qué pensaría.

La primera vez que estuve cerca de esos artefactos, a bordo de su submarino lanzamisiles «Octubre Rojo», sí, lo recuerdo. Recuerdo que se me pusieron los pelos de punta como si estuviese en presencia del mismísimo Lucifer. Nunca le gustó lo más mínimo el armamento atómico. Muy bien, quizá hubiese mantenido la paz durante muchos años al disuadir a sus poseedores de las intempestivas ideas que envenenaron a los jefes de Estado a lo largo de la historia de la Humanidad. O acaso fuese igualmente cierto que por una vez la Humanidad había tenido suerte.

-Esto empieza a ser grave, Jack -dijo Golovko-. Y, por cierto, nuestro agente ya ha establecido contacto con los de ustedes. Le han causado buena impresión y me pide que le transmita su agradecimiento por la copia del informe. Incluye datos que no teníamos. No son de importancia vital, aunque sí interesantes. Y, bien, dígame, ¿van a tratar de localizar esos cohetes?

-Tienen esas órdenes -le aseguró Ryan.

-Mis hombres también, Iván Emmetóvich. Los encontraremos, no tema -se sintió obligado a añadir Golovko.

Sin duda, pensarían lo mismo que Jack: que la única razón por la que nunca llegaron a utilizarse los misiles fue el temor de ambos bandos. Era como amenazar a un espejo. Y ese temor ya no existía. De ahí la pregunta de Jack.

-¿Y entonces qué? -dijo Ryan en tono preocupado-. ¿Qué haremos entonces?

-¿No son ustedes quienes dicen en su idioma: «Cada cosa a su tiempo»?

¿A que tiene narices la cosa? ¡Que un condenado ruso tenga que levantarme la moral!

-Gracias, Serguei Nicolaievich. Quizá también me he ganado esa respuesta.

Y bien, ¿por qué vendimos Citibank? -preguntó George Winston.

-Bueno, es que él nos dijo que andásemos con cuidado con los bancos más vulnerables a las fluctuaciones de los cambios -contestó Gant-. Estuvo acertado. Nos salimos a tiempo. Vea usted mismo.

Mark Gant cursó otra orden desde el teclado. Apareció en pantalla un gráfico de la evolución de la cotización de las acciones del First National City Bank a lo largo del viernes. Cayeron en picado con enorme rapidez, en parte por las ventas del Grupo Columbus, que compró grandes paquetes en las cinco semanas anteriores. Al optar por vender, tras conservarlas tan poco tiempo, quebrantó gravemente la confianza en el banco.

-Además -dijo Gant-, esta curva disparó la alarma en nuestro programa...

-Mire, Mark, el Citibank es uno de los puntos de referencia del programa, ¿no? -le preguntó Winston sin alterarse, ya que nada iba a ganar con hacerle reproches.

-Oh... -exclamó Mark algo más perplejo de lo que ya estaba-. Bueno, pues sí. ¿Así es, verdad?

Entonces se le encendió a Winston no ya una lucecita sino un poderoso y destellante faro. La mecánica que seguían los expert systems para hacer sus valoraciones del mercado, no las dominaba todo el mundo. Funcionaban por medio de varios sistemas interactivos simultáneos que no sólo seguía la evolución global del mercado sino la de determinadas acciones tomadas como indicadores de tendencias. Se trataba de acciones que, a lo largo de significativos períodos de tiempo, se habían comportado de manera similar al conjunto y que reflejaban una

tendencia a la estabilidad; de valores cuyas oscilaciones eran menos bruscas que aquellas en las que más se cebaba la especulación. Había dos razones para ello... y un aparatoso error. Las razones eran que si bien el mercado fluctuaba día a día, incluso en las más favorables circunstancias, no se trataba de conseguir siempre una fortuna realizando beneficios al producirse un espectacular tirón al alza, sino también de proteger el propio dinero en acciones sólidas (aunque, como aquel viernes demostró, no había tantas que lo fuesen) cuando el resto del mercado era azaroso. Por estas razones, las acciones tomadas como indicadores eran aquellas que a lo largo del tiempo se habían comportado como refugios seguros. El error era muy generalizado: los dados no tenían memoria. Las acciones «de referencia» se elegían como tales porque las empresas que representaban tuvieron una buena gestión. Y la gestión podía cambiar con el tiempo. De modo que no eran las acciones las que eran estables; era la gestión, algo forzosamente referido al pasado y cuya vigencia debía ser analizada periódicamente. A pesar de ello, tales acciones seguían con el rango de indicadores de tendencia. Y una tendencia sólo lo era porque la gente así lo creía y, al creerlo así, la confirmaba.

Winston consideró siempre las acciones utilizadas como indicadores como predicción de lo que la gente haría en el mercado. Vio siempre en las tendencias algo sicológico, una predicción de en qué medida se ajustaría el comportamiento de la gente a un modelo artificial, y no al funcionamiento del propio modelo. Winston se percató de que Gant no lo veía del mismo modo, como tantos otros expertos que confiaban demasiado en sus técnicas.

Al desprenderse de las acciones del Citibank, el Grupo Columbus disparó una pequeña alarma en su propio programa informático. E incluso alguien tan inteligente como Mark olvidó que el Citibank !era parte del condenado programa!

-Muéstreme gráficos de acciones de otros bancos -le ordenó Winston.

-Bueno, luego le tocó al Chemical -le dijo Gant tras recuperar el documento en pantalla-. Después al Manny-Hanny y otros. El caso es que lo vimos venir y nos lanzamos a comprar metales preciosos y oro en acciones. Ya verá que cuando todo se calme resultará que hicimos bien. Quizá no hicimos maravillas, pero salimos del paso -añadió Gant, que pasó al menú de operaciones para mostrar aquellas transacciones del viernes en las que creía haber acertado-. Realicé beneficios de un fuerte tirón de Silicon Alchemy y esta operación de leveraging con General Motors y...

-Me lo contará después, Mark -dijo Winston dándole unas palmaditas en el hombro-. Ya veo que fue una buena maniobra.

-Lo que yo digo es que nos adelantamos a las tendencias a lo largo de todo el viernes. Es verdad que nos castigaron un poco al empezar a llegar órdenes de venta, que nos obligaron a desprendernos de valores sólidos, pero eso le ocurrió a todos...

-¿Aún no se ha dado cuenta, verdad?

-¿Darme cuenta de qué, George?

-De que nosotros fuimos la tendencia.

Mark parpadeó y Winston lo vio perfectamente reflejado en su rostro.

Al fin lo había comprendido.

29. Archivos escritos

La conferencia fue muy bien, y a su término, el catedrático de cirugía oftálmica de la Universidad de Chiba, que presidía la delegación japonesa, le hizo entrega a Cathy Ryan de un estuche primorosamente empaquetado. Dentro había un pañuelo de jaspeada seda azul, bordado con hilo de oro, que debía de tener más de cien años.

-El azul le sienta bien a sus ojos, doctora Ryan -le dijo su colega con una sonrisa de auténtica admiración-. Temo que no sea un regalo suficientemente valioso por todo lo que he aprendido aquí hoy. Tengo centenares de diabéticos en mi hospital. Con esta técnica po-

dremos devolverles la vista a la mayoría de ellos. Constituye un gran avance, doctora -añadió con talante protocolario, aunque con indudable respeto.

-Bien, el láser lo desarrollaron ustedes -correspondió Cathy, que no estaba muy segura de cómo debía reaccionar.

El regalo era espléndido. Su colega parecía sincero y su país podía estar en guerra con el suyo. ¿Por qué no lo publicaba la prensa, entonces? ¿Si había una guerra, por qué no estaba detenido aquel extranjero? ¿Debía mostrarse amable con su docto colega u hostil con su enemigo? ¿Qué puñeta pasaba?, se preguntó mirando hacia Andrea Price, que estaba apoyada en la pared del fondo con los brazos cruzados, sonriente.

-Y ustedes nos han enseñado a utilizarlo más eficazmente. Un pasmoso logro de la ciencia aplicada -dijo el catedrático, que se volvió hacia los demás y alzó las manos.

La concurrencia prorrumpió en aplausos. Caroline Ryan, ruborizada, empezó a creer que quizá sí acabase por colocar la estatuilla Lasker en la repisa de su chimenea. Todos le dieron la mano antes de salir a coger el autocar, que aguardaba para llevarlos de nuevo al Stouffer de Pratt Street.

-¿Puedo verlo? -preguntó la agente especial Price cuando hubieron salido y cerraron la puerta-. Es precioso. Tendrá que comprarse un vestido nuevo para que haga juego -añadió al pasárselo Cathy.

-En definitiva, que no había por qué preocuparse -comentó la doctora.

Curiosamente, a los quince segundos de iniciada su conferencia, dejó a un lado toda preocupación. ¿Curioso, verdad?

-No. Ya le dije que no creía que hubiese nada que temer -le confirmó Price.

La agente le devolvió el pañuelo, aunque de buena gana se lo hubiese quedado. Aquel menudo catedrático tenía razón, pensó: le sentaba muy bien a sus ojos. «Es la esposa de Jack Ryan», es lo único que había oído acerca de ella. Y de ahí su pregunta.

-¿Cuánto tiempo lleva en esto?

-¿En cirugía retiniana? -dijo Cathy tras cerrar su bloc de notas-. Empecé a trabajar en la cara externa del ojo justo al nacer el pequeño Jack. Entonces tuve una idea acerca de las agresiones naturales que soporta la retina, y sobre cómo podíamos corregir los desprendimientos. Luego pensamos en cómo corregir los problemas de los vasos sanguíneos. Bernie me dejó hacer y conseguí una beca de ayuda a la investigación de la Seguridad Social. Y una cosa llevó a otra...

-Y ahora es la mejor del mundo en la especialidad -concluyó Price.

-Hasta que aparezca alguien con más manitas y aprenda a hacerlo, sí -dijo Cathy sonriente-. Supongo que, por lo menos durante unos meses, seré la mejor.

-¿Qué tal nuestra lumbrera? -exclamó Bernie Katz al entrar en la estancia-. ¿Nos conocemos? -añadió perplejo al ver a Price y reparar en la acreditación que pendía de su solapa.

-Andrea Price -repuso ella que, antes de estrecharle la mano, lo miró de arriba abajo-. Del Servicio Secreto -añadió, con gran desilusión por parte de Bernie, que se había sentido halagado por su mirada.

-¿Dónde estaba esta clase de poli cuando yo era pequeño? -dijo el cirujano en tono galante.

-Bernie fue uno de mis primeros mentores aquí. Es el director del departamento -dijo Cathy.

-Y ahora estoy a punto de ver ensombrecido mi prestigio por el de mi colega. Soy portador de buenas noticias. Tengo un espía en la Comisión Lasker. Y está usted entre los finalistas, Cathy.

-¿Qué es eso de Lasker? -preguntó Price.

-Sólo hay otro paso después del premio Lasker -le explicó Bernie-Y hay que ir a Estocolmo a recogerlo.

-Ay, Bernie, a mí no me lo van a dar nunca. Un Lasker es ya mucho.

-Así que... ¡a seguir investigando, jovencita! -le dijo Katz, que la abrazó y se marchó.

¡Tienen que dármelo! ¡Tienen que dármelo!, exclamó Cathy para sí. No hizo falta que lo dijese en voz alta. La agente Andrea Price lo notó perfectamente. ¿A que era eso mejor que guardarles las espaldas a los políticos?

-Me gustaría verla trabajar -dijo Andrea.

-Venga, si quiere -dijo Cathy, que la condujo hacia su despacho, aunque sin apenas hacerle caso.

Cruzaron un quirófano y luego uno de los laboratorios. En mitad de un pasillo, la doctora Ryan se detuvo en seco, metió la mano en el bolsillo y sacó un bloc.

-¿La importuno? -preguntó Price.

Sabía que hablaba demasiado, pero no era tan sencillo familiarizarse con las costumbres de las personas que debía proteger. Además, notaba que Cathy Ryan era de las personas a las que no gustaba que la protegiesen, y tenía que procurar que se sintiese cómoda.

-Tendrán que acostumbrarse ustedes a mí -le dijo la doctora, sonriente, aunque sin dejar sus notas-. Cuando tengo una idea la escribo en seguida.

-¿No se fía de su memoria?

-Nunca. No debe una jamás confiar en su memoria en cosas que afectan a la vida de los pacientes. Es una de las primeras cosas que te enseñan en la escuela de medicina -dijo Cathy a la vez que terminaba de escribir su nota-. En esta profesión no se puede. Hay demasiadas oportunidades de joderla. Si no escribe una las cosas es como si no existieran.

Sonaba como una lección a tener muy en cuenta, pensó Andrea Price mientras seguía a Cathy por el pasillo. ¿DR?, se dijo la agente. Doctora, claro. Un nombre clave perfecto para ella. Lista, meticulosa, precisa. Incluso podía haber sido una buena agente de no ser por su aversión a las armas.

Se había convertido ya en una rutina -lo que en muchos aspectos no era una novedad-. Durante una generación, las Fuerzas Aéreas japonesas replicaron a la actividad de los cazas rusos desde la base avanzada de Dolinks Sokol (al principio en colaboración con las Fuerzas Aéreas norteamericanas), y uno de los principales pasillos que utilizaban los soviéticos fue bautizado «Tokio Express», probablemente sin reparar en que fue una expresión que en 1942 acuñaron los marines norteamericanos en Guadalcanal.

Por razones de seguridad, los E-767 tenían su base, conjuntamente con la 6ª Ala Aérea, en Komatsu, cerca de Tokio. Sin embargo, los dos F-15J que operaban bajo control de los E-767, que entonces sobrevolaban la ciudad de Nemuro, en el extremo septentrional de la isla de Hokkaido, tenían su base en la isla interior de Chitose. Se encontraban a unos 320 km de la costa y llevaban ocho misiles cada uno. Sólo necesitaban un blanco.

Era pasada la medianoche, hora local. Los pilotos estaban descansados y alerta, confortablemente sujetos en sus asientos eyectables, mientras su aguzada vista escrutaba la oscuridad y sus ágiles dedos manipulaban los controles. Sus radares de localización de blancos estaban desconectados y, aunque no dejasen de emitir haces anticolisión, podían apagarlos si era necesario, con lo que quedarían prácticamente invisibles.

-«Eagle» uno-cinco -dijo el piloto que iba al mando de la miniescuadrilla-. Comprobación de tráfico comercial a cincuenta kilómetros cero-tres-cinco de su posición; rumbo dos-uno-cinco, «Kamitres-seis».

-Recibido, «Kami» -contestó su compañero a través de la radio.

Kami (la señal de llamada para los aparatos de reconocimiento) era una palabra con muchos significados, casi todos de orden sobre-natural, como «alma» o «espíritu». De manera que de la noche a la mañana, como quien dice, se habían convertido en la moderna manifestación de los espíritus que protegían su país, con los F-15J en calidad de brazo armado que proporcionaba la fuerza de voluntad a los espíritus.

Al recibir la orden, los dos cazas ascendieron con un suave ángulo, calculado para el rendimiento óptimo del combustible, durante cinco minutos, hasta que estuvieron a más de 12

000 m de altura. Se alejaban del espacio aéreo de su país a unos 900 km/h, con el radar aún desconectado, aunque ahora recibían señal digital del «Kami» en sus propias pantallas, una innovación que los americanos no tenían. El piloto al mando miraba hacia arriba y hacia abajo. Lástima que la imagen no fuese más completa, pensaba. Pero todo se andaría.

-Allí -dijo a través de su radio de poca potencia.

-Lo tengo -confirmó el piloto del otro aparato.

Ambos cazas viraron entonces a la izquierda y descendieron lentamente por detrás de lo que parecía un 767-ER de la Air Canada. Y sí: las luces de cola permitían ver la hoja de arce, que era el logotipo de la compañía. Probablemente, se trataba de uno de los vuelos regulares transpolares que iban desde Toronto hasta Narita. La hora coincidía. Se le acercaron casi directamente por cola (bueno, no exactamente, porque se hubiese arriesgado a chocar al adelantar) y, por los bandazos, notaron que estaban en la estela de la turbulencia de uno de esos pesados gigantones del transporte comercial. El piloto que iba al mando se acercó hasta que pudo ver las luces de la cabina, los enormes motores bajo las alas y el aerodinámico morro característico del Boeing.

-«Kami», Eagle uno-cinco -dijo a través de la radio. -Eagle.

-Identificación: un siete-seis-siete ER de la Air Canada, hacia tierra, con el rumbo y velocidad indicados.

Resultaba extraño que en los ejercicios de la PACOM (Patrulla Aérea de Combate) se utilizase el inglés. Era el idioma internacional de la aviación. Todos sus pilotos lo hablaban, y funcionaba mejor para las comunicaciones importantes.

-Recibido.

Tras otra orden, los cazas volvieron a su zona de patrulla. El piloto canadiense no sabría nunca que dos cazas armados se acercaron hasta menos de 300 m de su aparato, aunque, claro está, no tenía ninguna razón para sospecharlo, porque el mundo estaba en paz, por lo menos en aquella región del globo.

Por su parte, los pilotos aceptaron su nueva misión flemáticamente, así como los cambios que les obligaba a introducir en su vida diaria. Hasta nueva orden, habría permanentemente dos cazas en aquella misión de patrulla; otros seis en Chitose en alerta. El comandante de su ala aérea presionaba para pasar del estado de alerta al de «alerta máxima», pues, pese a lo que Tokio dijese, su nación estaba en guerra, y así se lo había hecho saber a sus hombres. Los americanos eran unos formidables adversarios, dijo en su primera arenga a los pilotos y a los oficiales de tierra. Eran listos, maniobreros y peligrosamente agresivos. Por si fuera poco, resultaban imprevisibles, el reverso de los japoneses, que tendían a actuar siempre del mismo modo. Quizá ésa fuese la razón de que lo hubiesen destinado al mando de aquella ala aérea, pensaban los pilotos. Si las cosas se complicaban, el primer contacto con las fuerzas hostiles americanas se produciría allí. Quería estar preparado para ello, a pesar del alto coste que eso tenía en dinero, combustible y desgaste de sus hombres que, sin embargo, aprobaban su actitud. La guerra era una cosa seria. Aunque jamás hubiese participado en ninguna, no iba a rehuir su responsabilidad.

El factor tiempo no tardaría en revelarse como su mayor frustración, pensaba Ryan. Tokio llevaba catorce horas de adelanto con respecto a Washington. Allí había oscurecido ya, y era el día siguiente. Por más brillante que fuese la idea que pudiera ocurrírsele, tendría que esperar horas para ponerla en práctica. Y otro tanto ocurría respecto al Índico aunque, por lo menos, en este caso, tenía canales de comunicación directos con el grupo de combate del almirante Dubro.

Comunicar con Clark y Chávez significaba hacerlo vía Moscú para que, desde allí, la comunicación pasase por un agente del SSR en Tokio (algo de lo que no convenía abusar) o

LIbrodot

bien a través del modem, siempre que Clark encendiese su ordenador para enviar un despacho a la Agencia de Noticias Interfax. Tendría que esperar para utilizar cualquiera de los dos canales, y eso podía significar pérdida de vidas humanas.

La información era vital. Siempre lo fue, y siempre lo sería. Lo verdaderamente decisivo era averiguar qué ocurría. ¿Qué hacía el otro bando? ¿Qué pensaba?

¿Qué se proponen?, se preguntaba el consejero de Seguridad Nacional.

Que la guerra la motivaban siempre razones económicas era una de las cosas en las que Marx acertó. Todo se debía a la codicia, en realidad, como le dijo al presidente. Era un atraco a gran escala. Para consumo patrio, la codicia se ocultaba en expresiones como «Manifiesto destino» o lebensraum, o cualquier otro lema político para subyugar y enardecer a las masas, pero se reducía a: Lo tienen. Lo que-remos. Consigámoslo.

Y, sin embargo, las Marianas no justificaban ninguno de estos le-mas. Lisa y llanamente no justificaban el coste político ni económico. Era un asunto que iba a costarle a Japón, ipso facto, su cliente y proveedor más importante. Y no sería algo remediable, por lo menos durante muchos años. Las cuotas de mercado, tan bien delimitadas y explotadas desde los años sesenta, se ignorarían por algo que amablemente cabía llamar «resentimiento popular», aunque fuese algo mucho más grave. ¿Qué razón podía impulsar a un país, tan mentalizado en lo mercantil, para darle la espalda a las consideraciones prácticas?

La guerra no es nunca racional, Jack. Tú mismo se lo dijiste así al presidente.

-Bueno, díganme a ver qué coño se proponen -ordenó, aunque lamentase en seguida jurar como un carretero.

Estaban en la sala de reuniones del sótano. Scott Adler, que se encontraba con el ministro Hanson, iba a estar ausente de aquella primera reunión del grupo de trabajo. Había dos agentes del Servicio de Inteligencia Nacional y cuatro funcionarios de Exteriores, todos tan perplejos y desconcertados como él, pensó Ryan. Tenía narices la cosa. Durante varios segundos, nadie despegó la boca. Nada extraño, se dijo Jack. Siempre sentía una curiosidad morbosa cuando de pedir opinión a un grupo de burócratas se trataba: ¿quién diría qué?

-Están cabreados, y asustados -dijo Chris Cook.

Era un miembro de la Secretaría de Asuntos Comerciales del Ministerio de Asuntos Exteriores. Tuvo dos destinos en la Embajada de Tokio, hablaba el japonés aceptablemente. Aportó cosas muy positivas, en varias de las rondas de las negociaciones comerciales, siempre a la sombra de los jefes de misión, aunque cargando con casi todo el trabajo. Así eran las cosas. Jack recordaba haber sentido, más de una vez, resentimiento cuando alguien se apuntó tantos a costa de sus ideas.

Ryan asintió al comentario de Cook y vio que los demás hacían lo mismo, agradecidos porque alguien tomase la iniciativa.

-Ya sé por qué están cabreados. Dígame a ver por qué están asustados.

-Bueno, pues porque, joder, tienen por vecinos a los rusos, y a los chinos, que aún son grandes potencias, y nosotros nos hemos retirado del Pacífico, ¿no? A sus ojos, se quedan al pairo y, encima, creen que nosotros les ponemos la proa. En definitiva, que nos convertimos en enemigos potenciales, ¿no? ¿En qué situación quedan? ¿Con qué amigos cuentan?

-¿Por qué ocupar las Marianas? -preguntó Jack al recordar que en la historia reciente Japón no había sido atacado por esos países sino que fue Japón el que atacó.

Quizá sin proponérselo, Cook puso el dedo en la llaga. ¿Cómo reaccionaba Japón a las amenazas externas? Atacando primero.

-Les proporciona profundidad defensiva, bases más allá de sus islas interiores.

De acuerdo. Eso tiene sentido, pensó Jack. Tenían pegadas en la pared fotos del satélite de hacía menos de una hora. Había cazas en las pistas de Saipan y de Guam, además de aparatos de reconocimiento Hawkeye E-2C, del mismo tipo que los que operaban con los portaaviones norteamericanos. Esto creaba una barrera defensiva de casi 2 000 km hacia al sur desde Tokio. Podía considerarse como una formidable barrera contra los ataques americanos y,

esencialmente, una versión reducida de la grandiosa estrategia japonesa en la segunda guerra mundial. De nuevo Cook hacía una atinada observación.

-¿Somos realmente una amenaza para ellos? -preguntó Ryan.

-Por supuesto que sí -contestó Cook.

-Porque nos han obligado -le espetó uno de los agentes del Servicio de Inteligencia Nacional, que se decidió a terciar en la cuestión.

-¿Por qué empieza la gente las guerras? -preguntó Cook inclinándose hacia el agente que tenía al otro lado de la mesa-. ¡Porque temen algo! ¡Por el amor de Dios! ¡En los últimos cinco años han te-nido más gobiernos que los italianos! El país es políticamente inestable. Tienen auténticos problemas económicos. Hasta hace poco, también han tenido problemas con su divisa. Sus Bolsas están bajo mínimos, debido a nuestra Ley de Reforma Comercial. Los abocamos a la ruina económica ¿y pregunta por qué se han puesto un poco histéricos? Si nos ocurriese algo así a nosotros, ¿cómo leche reaccionaríamos? -concluyó el funcionario de Exteriores que, como Ryan advirtió, cohibió un poco al agente del SIN.

Bien, pensó Jack. Una discusión acalorada solía ser útil, ya que cuanto más caliente la forja, mejor el acero.

-Mi simpatía por el adversario la mitiga el hecho de que hayan invadido territorio de los Estados Unidos, y violado los derechos humanos de ciudadanos americanos.

La réplica a las andanadas de Cook le sorprendió a Ryan por lo maliciosa. Fue la reacción del jefe de una jauría al olor del tullido zorro, en condiciones de jugar con la presa, para variar. Era un estado de ánimo siempre conveniente.

-Y nosotros hemos dejado en el paro a doscientos mil de sus ciudadanos. ¿Qué hay de sus derechos humanos?

-¡A tomar por el culo sus derechos! ¿De qué lado está usted, Cook?

Chris se recostó en el respaldo y sonrió mientras encajaba el golpe.

-Creí que se me pedía decir lo que ellos piensan. ¿No estamos aquí para eso? Y lo que piensan es que los maltratamos, los humillamos, los disminuimos; y que no nos privamos de que se nos note que los soportamos de mala gana, y sin el menor respeto, desde antes de que yo naciese. Nunca los hemos tratado como a iguales, y creen que merecen mejor trato por nuestra parte. No les gusta nuestra actitud. Y ¿saben qué les digo? Que no se lo reprocho. De acuerdo en que ahora se han pasado. Han cometido actos impropios que deploro, aunque habremos de reconocer que lo han hecho del modo menos cruento posible, de un modo coherente con sus objetivos estratégicos. Esto es algo que también deberemos tener en consideración, ¿no creen?

-Su embajador asegura que están dispuestos a no pasar de ahí -les dijo Ryan.

Jack notó en la mirada de Cook que había meditado a fondo sobre la situación. Y eso era bueno.

-¿Son sinceros? -preguntó el consejero de Seguridad Nacional.

Era de nuevo una pregunta concreta que no hizo mucha gracia a ninguno de los que estaban sentados en derredor de aquella mesa. Las preguntas concretas exigían respuestas concretas que, a menudo, podían ser equivocadas. Para los miembro del SIN, era aún más comprometida. Los miembros del Servicio de Inteligencia Nacional procedían de la elite de la CIA y de otros servicios de Inteligencia. Uno de ellos estaba siempre cerca del presidente para darle una opinión en el caso de una crisis repentina. Se los tenía por expertos en distintos campos, y lo eran, como en definitiva lo era también Ryan, que fue también miembro del SIN. Pero era gente que tenía un problema. Por lo general, tanto ellos como ellas eran agentes muy serios y obstinados. No le temían a la muerte, pero los aterraba equivocarse cuando eran puestos a prueba. De ahí que ni con una pistola en el pecho podía estar uno seguro de que contestasen de manera inequívoca a una pregunta concreta.

Ryan los miró uno a uno y reparó en que Cook hacía lo mismo, aunque con expresión de desprecio.

-Sí, señor, creo que son sinceros. Y también es probable que nos concedan alguna baza. Son conscientes de que tienen que dejarnos salvar la cara. Podemos estar seguros de ello, y eso obrará en nuestro favor si optamos por negociar con ellos.

-¿Es lo que usted recomienda? Chris Cook asintió con la cabeza y le sonrió.

-¿No cree que, con independencia de la situación, hablar nunca perjudica? No olvide que soy un repelente funcionario de Exteriores. Es lo que debo recomendar. En el plano militar ya no sé. Ignoro si estamos en condiciones para una confrontación. Supongo que sí, y que así deben de saberlo ellos, tanto como que se la juegan y que están más asustados que nosotros. Esto obra a nuestro favor.

-¿Por dónde podríamos presionar? -preguntó Ryan mordisqueando el bolígrafo.

-Por el statu quo anterior -contestó de inmediato Cook-. Retirada total de las Marianas, restauración de la soberanía norteamericana sobre las islas y sus ciudadanos, indemnizaciones a las familias de las víctimas y castigo de los responsables de muertes.

Ryan se percató de que este planteamiento satisfacía incluso a los miembros del SIN. Cook empezaba a caerle bien. No sólo decía lo que pensaba sino que razonaba con lógica.

-¿Y qué conseguiríamos? -dijo el consejero de Seguridad Nacional, que de nuevo formulaba una pregunta peliaguda, de puro sencilla.

-Menos. Algo tendrán que concedernos, aunque no todo. ¿Dónde puñeta habrá tenido Scott Adler escondido a este tío?, pensó Ryan. Habla mi mismo lenguaje.

-¿Y si presionamos? -preguntó Jack.

-Si lo queremos todo, entonces quizá tengamos que enfrentarnos -repuso Cook-. Si quiere mi opinión, esto es peligroso.

Ryan le excusó por conclusión tan obvia, que, al fin y al cabo, no era más que un repelente funcionario de Exteriores e imbuido de su tradición.

-¿Tiene el embajador la clave para negociar?

-Yo creo que sí -contestó Cook tras reflexionarlo un instante-. Tiene un buen equipo. Es un diplomático con mucha experiencia. Conoce Washington y sabe cómo afrontar situaciones difíciles. Por eso lo enviaron aquí.

Es mejor dar guerra cascando que cascarla en la guerra, pensó Jack al recordar la frase de Winston Churchill. Y era bien cierto, sobre todo si lo primero no excluía la amenaza de lo segundo.

-De acuerdo -convino Ryan-. Tengo ahora que hacer otras cosas. Quédense aquí. Redacten un borrador de postura. Quiero alternativas. Quiero hipótesis de planteamientos abiertos por ambos bandos. Quiero esbozos de situaciones límite. Quiero probables reacciones por su parte a teóricas medidas militares por la nuestra. Y, sobre todo -les dijo a los agentes del SIN-, quiero una estimación de su capacidad nuclear y de qué circunstancias podrían inducirlos a emplearla.

-¿Con qué alertas podemos contar?

Sorprendentemente, fue Cook quien hizo la pregunta. Y, sorprendentemente también, la contestó un miembro del SIN, que se sintió ahora en la necesidad de aportar algo.

-El radar Cobra Dane de Shemya todavía funciona. Y los satélites espía. Llegado el caso, nos proporcionarían alertas de lanzamiento y predicción de impactos. Doctor Ryan, ¿hemos adoptado...?

-Las Fuerzas Aéreas tienen en reserva misiles tipo Crucero aire-tierra. Los transportarían los bombarderos B-uno. También tenemos la opción de rearmar los misiles Tomahawk con ojivas W-ochenta que pueden lanzar, indistintamente, los submarinos y los buques de superficie. Los rusos saben que podemos recurrir a esta medida y no pondrían objeciones, siempre y cuando no lo aireemos.

-Eso constituiría una escalada -advirtió Cook-. Debemos andarnos con mucho ojo.

-¿Y qué hay de sus SS-diecinueve? -preguntó en tono distendido uno de los agentes del SIN.

-Creen necesitarlos. No será fácil disuadirlos para que prescindan de ellos -replicó Cook mirando en derredor de la mesa-. No olviden que utilizamos bombas atómicas contra su territorio. Es una cuestión muy delicada. Y tratamos con gente propensa a la paranoia. Recomiendo cautela en esta cuestión.

-Tomo nota. Y ahora ya saben lo que quiero. A trabajar -dijo Ryan.

El consejero se levantó y dio por concluida la reunión. Producía una cierta satisfacción dar órdenes de este calibre, aunque bastante menos verse obligado a darlas y, menos aún, al pensar en las respuestas que podían recibir sus preguntas. Pero por algo había que empezar.

-¿También has tenido hoy un día difícil? -preguntó Nomuri.

-Pensaba que, al no estar Yamata, sería más fácil -dijo Kazuo, que meneó la cabeza recostado en el borde de aquel «barreño» de fina madera-. Pero estaba equivocado.

Los demás asintieron lacónicamente a la observación de su amigo. Echaban de menos las historias sexuales de Taoka. Les servía de distracción. Sólo Nomuri sabía por qué ya no las contaba.

-No entiendo lo que ocurre. Ahora, Goto dice que necesitamos a América. La semana pasada eran nuestros enemigos y, ¿qué pasa?, ¿que ahora somos amigos otra vez? -dijo Nomuri, que se frotó los ojos y se preguntó qué pescaría con su anzuelo.

No le fue fácil trabar relación con ellos a causa de su diferente mentalidad. Lo normal era que se envidiasen mutuamente. Lo tenían por empresario, por una persona con negocio propio, mientras que ellos no eran sino ejecutivos de una gran empresa. Tenían seguridad y él tenía independencia. Se les exigía mucho y en cambio él iba a su aire. Ellos tenían más dinero y él menos estrés. Y, ahora, ellos estaban en el ajo y él no.

-Nos hemos enfrentado a América -dijo uno.

-Eso tengo entendido. ¿No os parece muy peligroso?

-A la corta sí -contestó Taoka mientras escaldaba sus tensos músculos-. Aunque me parece que hemos ganado.

-¿Qué hemos ganado? Tengo la sensación de haber empezado a ver un misterio en plena representación y todo lo que sé es que hay una bonita y misteriosa joven en el tren de Osaka.

Se refería a un «escenificado» convencionalismo, muy recurrente en Japón, acerca de la prodigiosa velocidad de sus trenes.

-Bueno, como dice mi jefe -se decidió a explicar otro ejecutivo-, significa independencia para nuestro país.

-¿Acaso no somos ya independientes? -exclamó Nomuri con expresión de perplejidad-. Ya no hay aquí soldados americanos que nos incordien.

-Por la cuenta que les tiene -comentó Taoka-. No lo entiendes. La independencia se refiere a algo más que a la política. Significa también independencia económica. Significa no tener que recurrir a los demás para lo que necesitamos para sobrevivir.

-Significa acceder a las materias primas de la Región Septentrional, Kazuo -se atrevió a decir otro, consciente de que iba demasiado lejos al ver miradas de asombro en dos de sus compañeros.

-Ojalá significase jornadas de trabajo más cortas y poder dormir en casa todas las noches, en lugar de tener que hacerlo en esos condenados féretros de la estación la mitad de los días de la semana -dijo uno de los más avispados para desviar el curso de la conversación.

No exageraba en lo de los féretros. Al contrario. Se refería a una especie de consignas automáticas (verdaderos nichos) en las que se podía descansar unas horas.

-Claro. ¡Cómo va a llevar uno a una chica ahí! -refunfuñó Taoka, que provocó unas risotadas nada espontáneas, le pareció a Nomuri.

LIbrodot

-Bah. Vosotros los ejecutivos siempre de secreteo -les espetó el agente de la CIA-. Espero que lo hagáis mejor con vuestros ligues. ¿Va a afectar esto a mi empresa?

Nomuri se percató en seguida de que era una oportuna pregunta.

-Para bien, creo yo -dijo Kazuo ante el general asentimiento.

-Debemos tener paciencia. Pasaremos una temporada difícil antes de que lleguen de verdad los buenos tiempos.

-Pero llegarán -aventuró confiadamente otro-. Lo peor ya ha pasado.

No a poco que yo pueda, se abstuvo de decir Nomuri. Pero ¿qué puñeta significaba «Región Septentrional»? En aquel condenado oficio del espionaje, ocurría con frecuencia tener el convencimiento de haber oído algo importante sin saber en realidad de qué iba.

Optó por echar una cortina de humo con una perorata sobre su nuevo ligue que, con toda seguridad, recordarían más que sus preguntas.

Era una lástima tener que llegar antes de amanecer, aunque fuese algo accesorio. La mitad de la flota se había desviado a Guam, que tenía un puerto natural mucho mejor. Era conveniente que los isleños viesen a la Armada japonesa (que el almirante Sato ya estaba harto del nombre de «Fuerzas Navales de Autodefensa» impuesto por los tratados internacionales). Su Armada la formaban ahora buques y marinos de guerra que, en cierto modo, conocían ya el sabor de la batalla. Si los historiadores escribían luego que no fue una verdadera batalla, o que no fue una batalla leal, bien, ¿qué libro de texto militar no hablaba de la importancia del factor sorpresa en las operaciones militares? Ninguno, que él supiese, se decía el almirante al ver la silueta del monte Takpochao a través de sus prismáticos. Ya tenían instalado allí un potente radar, conectado y activo, como sus técnicos le comunicaron hacía una hora. Era otro importante elemento para la defensa de lo que volvía a ser suelo patrio.

Estaba solo en el lado de estribor del puente, en la penumbra de la madrugada. Qué extraño sonido el de aquella palabra... Penumbra. Sonaba a pena. Y, sin embargo, producía una maravillosa sensación de paz, sobre todo cuando se podía disfrutar a solas y liberar la mente de preocupaciones. El tenue zumbido de los instrumentos electrónicos, que sonaba como un enjambre de abejas, no tardó en disiparse, sofocado por el sordo roncar de los motores del barco y de los aparatos de aire acondicionado. No se oían ruidos humanos. El capitán del Mutsu imponía a bordo una rígida disciplina. Los marineros no hablaban, a menos de ser necesario. Se limitaban a concentrarse en sus tareas, como era su obligación. Uno a uno, el almirante Sato desterró de sus sentidos todo ruido estridente, hasta quedarse sólo con el que procedía del mar; aquel agradable y continuo roce del casco de acero que surcaba las olas. Se asomó a ver el abanico de espuma cuya blancura era, a la vez, brillante y tenue. A su estela quedaba un bonito color verde fluorescente, al removerse el fitoplancton, las minúsculas criaturas que de noche se acercaban a la superficie por razones que Sato nunca se molestó en comprender. Quizá para disfrutar de la contemplación de la luna y las estrellas, se dijo sonriendo en la oscuridad. Más allá estaba la isla de Saipan, apenas un trazo superpuesto al horizonte, más negro que la misma oscuridad. Daba esa impresión por-que ocultaba las estrellas por el oeste. Todo marinero sabía que si no se veían estrellas en una noche despejada, estaban cerca de tierra. Los vigías de guardia en la cubierta superior la habrían visto mucho antes que él. En nada disminuía eso el placer de descubrirlo por sí mismo. Como para los marineros de todos los tiempos, la arribada tenía algo especial, porque al final de cada travesía siempre aguardaba un descubrimiento u otro. Igual que al final de aquélla.

Oyó entonces otros ruidos. Al principio, sólo la vibración de los motores eléctricos de los radares y, luego, otra cosa. Se percató de que lo oía con retraso. Procedía de estribor, un sordo retumbar, como algo que se resquebraja, cada vez más intenso, hasta que reparó en que sólo podía ser el rugido de los motores de un avión que se acercaba. Bajó los prismáticos y miró hacia la noche. No vio nada hasta que sus ojos percibieron un movimiento cerca de la borda,

dos vertiginosos trazos que cruzaron por encima. El Mutsu tembló a su paso y el almirante Sato se estremeció, indignado. Abrió bruscamente la puerta de la cámara del timón.

-¿Qué demonios ha sido eso?

-Dos F-tres que realizan un ejercicio de ataque -le contestó el oficial de cubierta-. Hace ya varios minutos que los ha localizado el Centro de Información de Combate. Nosotros los hemos iluminado con nuestros detectores de misiles.

-¿No va a decirles nadie a esas «águilas salvajes» que al sobrevolar nuestro barco a oscuras no sólo nos ponen en peligro a nosotros, sino que se arriesgan a una muerte estúpida?

-Pero almirante... -balbució el segundo del capitán.

-Pero nada. Somos una valiosa unidad de la flota. No quiero que mis barcos tengan que pasar un mes en el dique seco porque un imbécil de aviador no haya visto el mástil a oscuras.

-Hai. Llamaré inmediatamente.

¡Qué manera de estropearme la mañana!, masculló Sato de muy mal talante. Luego volvió a sentarse en su sillón de piel y se quedó adormilado.

¿Habría sido él el primero en imaginarlo?, se dijo Winston, que en seguida se preguntó qué tendría eso de sorprendente. El FBI y otros organismos trataban ya de recomponer el cuadro, sobre todo para evitar fraudes. Lo más peliagudo para ellos era tener que revisar los archivos, y no sólo los del Grupo Columbus. Debían estudiar un auténtico mar de datos con los que, además, no estaban familiarizados. Y no era muy buen momento para aprender sobre la marcha.

La TV difundió la noticia. El gobernador del Banco Central estuvo en todos los programas de entrevistas de la mañana, lo que obligó a su chófer a echar el resto entre el tráfico de la capital. Después, hizo una enérgica declaración en la sala de prensa de la Casa Blanca, seguida de una larga entrevista de la CNN.

Surtió efecto, como la propia TV mostró. Muchas personas fueron a su banco antes del almuerzo. Los sorprendió ver tras todas las cajas montones de paquetes de billetes, llegados a la entidad la noche anterior, en lo que en términos militares llamaban demostración de fuerza. Aunque el gobernador del Banco Central tuvo que gastar mucha saliva para llevar a su terreno a los directores de las más importantes entidades del país, los cajeros no gastaron apenas ninguna: ¿Quieren retirar fondos? Por supuesto, tenemos lo que necesiten.

En no pocos casos, en cuanto el depositante llegaba a casa, empezaba a sentir otra variedad de paranoia: ¿Tener todo esto en casa?

Y por la tarde, algunos habían vuelto al banco a ingresar de nuevo el dinero.

Eso debía de ser cosa de Buzz Fiedler, a quien se le daban muy bien estas maniobras, pese a ser un teórico, pensó Winston. El ministro del Tesoro no hacía sino ganar tiempo, y a base de jugar con el dinero, pero era una buena táctica; lo bastante buena como para confundir a la gente; hacerle creer que las cosas no estaban tan mal como parecía.

Los verdaderos profesionales de la inversión no picaban. Las cosas estaban mal y la movida de los bancos no fue más que un parche. El Banco Central bombeaba dinero a la banca. Y aunque eso fuese una buena idea para uno o dos días, el efecto neto, al final de la semana, sería un mayor debilitamiento del dólar. Porque en aquellos momentos la comunidad financiera internacional huía de los bonos del Tesoro USA como de la peste. Lo peor era que, aunque Fiedler hubiese contenido de momento el pánico, no podría evitarlo mucho más allá. A menos de poder restablecer la confianza sobre una base sólida, cuanto más se prodigasen los parches más graves serían los rebrotes de pánico, al ver que fallaban las medidas. Entonces ya no habría quien lo contuviese. Y eso era justamente lo que Winston preveía que iba a ocurrir.

Porque el nudo gordiano que ataba el yugo a la lanza del carro financiero no iba a desatarse así como así.

Winston creía haber desentrañado la probable causa del problema, aunque también se percató de que acaso no tuviese solución. El sabotaje en la Depository Trust Company fue el golpe maestro. En rigor, ninguna persona física sabía qué poseía, cuánto había pagado por ello, cuándo se lo habían abonado ni de qué liquidez disponía. Y esta ignorancia provocaba una verdadera metástasis. Los inversionistas individuales no sabían nada. Las sociedades de inversión no sabían nada tampoco. Ni la banca. Nadie sabía nada.

¿Cuándo se desencadenaría el verdadero pánico? A muy breve plazo, las entidades de fondos de pensiones tendrían que extender sus cheques mensuales. ¿Los pagarían los bancos? El Banco Central los animaría a hacerlo, aunque siempre habría un banco que no lo hiciese, a causa de sus propios problemas (sólo uno, que al fin y al cabo estas cosas siempre se disparaban desde un único punto), y ahí empezaría una nueva avalancha. El Banco Central tendría que salir de nuevo a la palestra, a bombear más dinero, lo que podría generar un ciclo de inflación galopante. Y ésa era la definitiva pesadilla. Winston recordaba muy bien cómo afectó la inflación al mercado y al país a finales de los 70, el malaise que se confirmó como verdadera enfermedad, la pérdida de la confianza nacional, que se manifestó en chifladuras como la de construirse cabañas en las montañas del noroeste, y malas películas sobre la vida después del «apocalipsis». ¿Y a qué nivel llegó aquella espiral inflacionaria? A un 13 %. A un 20 % en los tipos de interés. Todo un país estrangulado sólo por la pérdida de la confianza que provocó ver subir los precios de las gasolinas, y un presidente vacilante. Aquello era una nadería en comparación con lo que se avecinaba.

La situación actual podía ser mucho más grave, algo impropio de los Estados Unidos, algo más propio de los tiempos de la república de Weimar, de la Argentina de los peores momentos o del Brasil del régimen militar. Y no se reduciría sólo a los Estados Unidos, ¿verdad que no? Al igual que ocurrió en 1929, el efecto dominó llegaría muy lejos. Haría que se desplomasen muchas economías en todo el mundo, mucho más allá de la capacidad de previsión de Winston. Personalmente, poco o nada iba a sufrir él, desde el punto de vista económico. Aunque perdiese el 90 % de su fortuna, le quedaría un capital enorme. Le bastaba para vivir confortablemente (porque siempre centró buena parte de sus inversiones en empresas que producían productos de inequívoco valor, como el petróleo o el oro). Como las de-presiones económicas graves terminaban siendo deflacionarias, el valor relativo de su cartera aumentaría al cabo de cierto tiempo. Estaba seguro de que tanto él como su familia lograrían sobrevivir y salir a flote. Para los menos afortunados, sin embargo, aquello significaría el caos económico y social. Y nunca ejerció aquella profesión sólo por interés personal, ¿verdad que no? Pasó muchas noches en vela al pensar en quienes veían sus anuncios por TV y le confiaban sus ahorros. Era una palabra mágica: confianza. Significaba honrar la que otras personas depositaban en ti. Significaba que creían lo que decías de ti mismo, y que tú debías demostrar que era cierto, no sólo a ellos sino también a ti mismo. Porque si fallabas no se compraban casas, los hijos no podían estudiar y se abortaban los sueños de otros no muy distintos a ti. Para los Estados Unidos era muy mala cosa, pensaba Winston, aunque no sólo iba a afectarle a América sino a todo el mundo.

Tenía que averiguar lo que aquel hombre había hecho. No había sido casual sino que respondía a un plan muy bien estudiado y ejecutado con elegancia. Yamata. ¡Qué cabrón!, se decía Winston. Era quizá el primer inversionista japonés que respetaba. El primero que realmente comprendía el juego, tanto en términos tácticos como estratégicos. De eso no cabía la menor duda. Aquella mirada, aquellos profundos ojos oscuros que vio entre las copas de champaña. ¿Por qué no reparaste en ello entonces? De manera que de eso iba la cosa, ¿no?

Pero no. No podía reducirse sólo a eso. Debía de ser parte de una táctica para un plan más abarcador. ¿En qué consistía? ¿Qué podía ser tan importante, para Raizo Yamata, como para quemar alegremente su fortuna personal y, de paso, destruir los mercados en los que se apoyaban sus propias empresas, de las que dependía su economía nacional? Era algo inconcebible en un empresario, y menos aún en un financiero experto en Wall Street.

Resultaba extraño tenerlo todo perfilado y, sin embargo, no verle sentido.

A través de la ventana, Winston veía ponerse el sol en el puerto de Nueva York. Tenía que decírselo a alguien, y tenía que ser alguien que entendiese de qué iba. ¿Fiedler? Quizá. O puede que fuese mejor alguien familiarizado con Wall Street... además de con otras cosas. Pero ¿quién?

-¿Son nuestros?

Estaban los cuatro a sotavento en la bahía de Laolao, uno de ellos junto a un buque de reabastecimiento de combustible, repostando, sin duda.

Oreza meneó la cabeza.

-La pintura es diferente -dijo-. Los de nuestra Armada son de un azul más oscuro.

-Esos barcos tienen un aspecto impresionante -dijo Burroughs a la vez que le pasaba los prismáticos.

-Antenas de radar, plataformas lanzamisiles, helicópteros antisubmarinos. Son barcos del tipo Aegis, como los Burkes. Menudos son. La aviación los teme -dijo Partagee, que vio despegar un helicóptero de la cubierta y dirigirse hacia la playa.

-¿Informamos?

-Sí, buena idea.

Burroughs fue al salón y volvió a colocarle las pilas a su teléfono. Quizá fuese innecesario quitárselas, aunque no estaba de más la precaución, ya que no sentían la menor curiosidad por comprobar cómo trataban los japoneses a los espías, que es lo que ellos eran en aquellos momentos. Resultaba engorroso tener que pasar la antena por el agujero de la cacerola y sostenerla pegada a la cabeza. Resultaba cómico, pero no les venía mal algo que les hiciera sonreír.

-JUJEM. Almirante Jackson.

-¿De guardia otra vez, señor?

-Pues sí, contramaestre, parece que nos toca a los dos. ¿Qué puede decirme?

-Hay cuatro destructores frente a la costa, al este de la isla; uno reposta de una pequeña unidad de reabastecimiento. Han aparecido poco después de amanecer. Hay dos transportes de automóviles en los muelles y se ve otro que se aleja de tierra. Hace un rato contamos unos veinte cazas. Aproximadamente la mitad son F-quince, de doble tren de aterrizaje. La otra mitad llevan sólo uno, aunque no sé de qué tipo. Por lo demás, no tengo nada nuevo que decirle.

Jackson examinaba una fotografía que tomó un satélite hacía sólo una hora. Se veían cuatro barcos en formación, así como cazas repartidos entre ambos aeródromos. Tomó una nota y asintió con la cabeza.

-¿Qué tal las cosas por ahí? -preguntó Robby-. Me refiero a si han visto malos tratos; si se practican detenciones o cosas por el estilo.

El almirante oyó un resoplido.

-No, señor. Todo el mundo está perfectamente. Se pasan el día en televisión, en el canal público, y no paran de decirnos cuánto dinero piensan gastarse aquí y todo lo que van a hacer por nosotros.

Jackson notó que había verdadero desdén en la voz del contramaestre.

-Muy bien. Puede que no siempre me encuentre aquí. También tengo que dormir, pero a partir de ahora esta línea queda para su uso exclusivo.

-Recibido, almirante.

-Mantenga la serenidad, contramaestre. Nada de chorradas heroicas, ¿entendido?

-Eso sería una chiquillada, señor. Ni se me ocurriría -le aseguró Partagee.

-Pues corte ya, Oreza. Y que se dé bien.

Antes de colgar, Jackson oyó que ya lo había hecho el contramaestre. Ese sabe lo que hace mejor que yo, añadió para sí a la vez que miraba hacia la mesa contigua.

-Ya tenemos la grabación -le dijo un oficial del Servicio de Inteligencia de las fuerzas-. Confirma los datos del satélite. Me inclino a pensar que sigue sin correr peligro.

-Pues procuremos que no lo corra. No quiero que lo llame nadie si yo no lo indico -ordenó Jackson.

-Sí, señor. -De todas maneras no creo que pudiésemos, se abstuvo de añadir.

-¿Mal día? -preguntó Paul Robberton.

-Los he pasado peores -contestó Jack.

La verdad era que dadas las características de la crisis era demasiado pronto para afirmarlo tan alegremente.

-¿Y no le molestará a su esposa...?

-Está acostumbrada a mis ausencias, y en un par de días nos habremos acostumbrado.

-¿Qué tal el PARA? -preguntó el agente del Servicio Secreto.

-Como siempre, le toca bailar con los más feos. Nos tiene a todos encima, ¿está claro, no? -dijo Jack, que miraba por la ventanilla al dejar la estatal-50-. Es majo, Paul.

-Y usted también, doctor. Estamos encantados de que haya vuelto. ¿Pinta muy mal la cosa?

En el Servicio Secreto tenían la buena costumbre de querer saberlo todo, aunque muchas veces tuvieran que conformarse con oír campanas.

-¿No les han dicho nada? Los japoneses han fabricado armamento nuclear. Y tienen cohetes intercontinentales para lanzarlo.

-Maravilloso. Pero no serán tan locos de utilizarlo -dijo Paul, que sujetaba el volante con visible crispación.

-La tarde del siete de diciembre de mil novecientos cuarenta y uno, el Enterprise arribó a Pearl Harbor para repostar y reponer munición. El almirante Bill Halsey estaba en el puente, como de costumbre, y al ver los destrozos del ataque japonés de por la mañana comentó: «Cuando esta guerra termine sólo se hablará japonés en el infierno.»

Ryan se preguntó por qué había sacado aquello a colación.

-Está en su libro. Sus hombres debieron de tomar buena nota.

-Supongo. Si utilizan armamento nuclear, eso es lo que les sucederá. Que corran con esa cuenta -dijo Ryan, visiblemente agotado.

-Necesita usted dormir ocho horas, doctor Ryan, o mejor nueve -le dijo Robberton sin exagerar lo más mínimo-. Nos pasa a nosotros. La fatiga hace que se te embote el cerebro. El presidente lo necesita a usted en plena forma, ¿eh, doctor?

-No pienso discutir. Y hasta puede que me tome una copa esta noche -dijo Jack, que vio que había otro coche frente a la casa.

Y una cara nueva, que asomó tras la ventana al enfilar el coche oficial por la rampa hacia el garage.

-Es Andrea. Ya he hablado con ella. Ah, y por cierto: su esposa ha dado hoy una conferencia estupenda. Ha ido todo sobre ruedas.

-Menos mal que tenemos dos habitaciones de invitados -bromeó Jack ya fuera del coche.

Daba la impresión de que Cathy y la agente Price se entendían la mar de bien. Se respiraba buen humor. Ambos agentes estuvieron de charla mientras Ryan tomaba una cena ligera.

-¿Me puedes contar ya lo que ocurre, cariño? -le preguntó Cathy.

-Estamos en una grave crisis con Japón. Además de lo de Wall Street.

-¿Y cómo es que no...?

-Hasta ahora, todo ha ocurrido en el mar. No ha trascendido aún a los medios informativos, pero trascenderá.

-¿Una guerra?

-Quizá -dijo Jack, que alzó la vista y miró el reloj.

-Pero ¡si los de la delegación han estado encantadores hoy en Wilmer! ¿Quieres decir que tampoco ellos lo saben?

-En efecto -asintió Jack.

-¡Es absurdo!

-No, cariño, ya te aseguro yo que no es absurdo -dijo Jack justo en el momento en que sonaba el teléfono.

Era el teléfono normal de la casa. Lo cogió él, que estaba más cerca.

-Diga.

-¿El doctor Jack Ryan? -preguntó una voz.

-Sí. ¿Quién es?

-George Winston. No sé si se acordará de mí. Nos conocimos el año pasado en el club Harvard. Di una pequeña charla sobre leasing. Usted estaba en la mesa contigua a la mía. Ah, por cierto, lo hizo usted de maravilla con lo de la opa amistosa a la Silicon Alchemy.

-Ya ha llovido -dijo Ryan-. Verá... No puede imaginar lo ocupado...

-Necesito verlo. Es muy importante -lo atajó Winston.

-¿De qué se trata?

-Necesitaré quince o veinte minutos para explicárselo. Tengo mi avión en Newark. Puedo presentarme ahí en cuanto me diga. De no ser importante, no se lo pediría, doctor Ryan.

Jack lo pensó durante unos momentos. George Winston era un profesional serio. Tenía una envidiable reputación en Wall Street: firme, astuto, honesto. Y, además, Jack recordó entonces que le había vendido el control de su imperio a un japonés. A un tal Yamata...; un nombre que ya había aflorado por otro lado.

-De acuerdo. Le hago un hueco. Llame a mi despacho mañana a las ocho para concretar la hora.

-Hasta mañana, entonces. Gracias por atenderme.

Cuando Winston hubo colgado, Jack miró a su esposa, de nuevo enfrascada en el trabajo. Pasaba las notas de su bloc a su ordenador de bolsillo, una Applepower 800.

-¿No tenías secretaria para esas cosas? -le preguntó con una sonrisa comprensiva.

-Sí, pero ella no puede reconsiderar lo que archiva. Y yo sí.

Cathy no se atrevía a hablar de lo que le dijo Bernie sobre el premio Lasker. Su esposo le había contagiado algunos malos hábitos. Y uno de ellos era esa tendencia a la superstición del campesino irlandés, que teme atraerse la mala suerte si habla de la buena.

-Se me ha ocurrido una idea interesante, justo después de la conferencia.

-Y en seguida la has anotado -comentó su esposo.

-Es que, Jack, si no se escribe... -dijo ella con una maliciosa sonrisa.

-Ya. Es como si no existiera.

30. ¿Por qué no?

El alba atronaba en aquella parte del mundo. O así rezaba el poema. Porque trueno no había ninguno, sino un sol de justicia, se dijo el almirante Dubro; un sol tan rabioso como estaba él. Aunque, básicamente, era persona de buen carácter que llevaba demasiado tiempo crispado por el calor tropical y la indiferencia burocrática. Suponía que las gilipolleces de la administración, las gilipolleces de la planificación y las gilipolleces de la política coincidían en lo siguiente: él y su grupo de combate podían merodear por allí indefinidamente sin ser detectados. Hacer su numerito de exorcistas e intimidar a los hindúes sin llegar al contacto. Un juego entretenido, sin duda, pero que terminaba por hartar.

La idea era mantener al grupo de combate cerca, sin ser detectado, y entonces atacar al enemigo por sorpresa. Un portaaviones movido por energía nuclear servía muy bien a este propósito. Podía hacerlo uno una vez, dos e incluso tres, si el comandante de la flota los tenía bien puestos. Pero no indefinidamente. Porque los del otro bando no eran imbéciles y, tarde o temprano, algo salía mal.

En esta ocasión, no fue una unidad del grupo de combate la que se expuso sino un barco de apoyo, y no fue realmente un error. De acuerdo a la reconstrucción de los hechos que hicieron sus oficiales, un Harrier hindú que patrullaba por el Índico, a cola de la formación, llevaba conectado su radar de rastreo de superficie. Detectó a una de las unidades de reabastecimiento de combustible de Dubro que se dirigían al noreste. Iban a repostar a sus buques de escolta, cuyos depósitos estaban a dos tercios de su capacidad, después de tener que forzar la velocidad al alejarse del sur de Sri Lanka. Una hora después, otro Harrier, que probablemente no iba armado, y que no debía de llevar más que los depósitos de combustible, se acercó lo bastante como para verlo a simple vista.

El comandante del grupo de reavituallamiento alteró el curso, pero el daño ya estaba hecho. La ubicación de los dos buques de reabastecimiento, y sus dos fragatas de escolta, sólo podía significar que Dubro se encontraba al sureste de Dondra Head.

La flota hindú dio de inmediato media vuelta, tal como revelaban los satélites, dividida en dos grupos, y enfiló hacia al noreste. A Dubro no le quedaba prácticamente más remedio que dejar que los buques de reabastecimiento siguiesen rumbo a su base. Camuflados o no, sus escoltas de combustible convencional estaban a punto de agotar sus depósitos, y ése era un riesgo que no podía correr.

Dubro estaba tomando café para despejarse y miraba el mamparo como si quisiera perforarlo. Harrison estaba sentado al otro lado de la mesa, frente al almirante. Procuraba no chistar hasta que lo veía dispuesto a hablar.

-¿Alguna buena noticia para variar, Ed?

-Aún los superamos en potencia de fuego, señor -contestó Harrison-. Quizá convendría hacerles una demostración.

¿Que los superaban en potencia de fuego?, se preguntó Dubro. Bueno, sí, eso era cierto, aunque sólo dos tercios de su fuerza aérea estaban en condiciones óptimas para entrar en acción. Llevaban demasiado tiempo lejos de la base. Los repuestos habían menguado mucho. No cabía pensar en tener el ala aérea plenamente operativa.

En el hangar había varios aparatos en período de revisión, a la espera de piezas agotadas. Tendrían que aguardar a los buques no-driza, a las piezas que llegaban a la isla de Diego García desde el interior de los Estados Unidos. Dentro de tres días volvería a estar, en cierto modo, en óptimas condiciones. Pero sus hombres estaban cansados. El día anterior resultaron heridos dos de ellos en cubierta. Y no porque fuesen estúpidos ni porque les faltase experiencia, sino porque llevaban demasiado tiempo embarcados.

La fatiga era más peligrosa para el cerebro que para el cuerpo, sobre todo en el frenético entorno de la cubierta de vuelos de un portaaviones. Y lo mismo cabía decir de la dotación del grupo de combate, desde el último marinero hasta... él mismo. La tensión de tener que tomar decisiones continuamente empezaba a notarse. Y todo lo que podía hacer para mitigarlo era pasarse al descafeinado.

-¿Qué tal los pilotos? -preguntó Mike Dubro.

-Harán lo que usted les ordene, señor.

-De acuerdo. Hoy nos limitaremos a patrullar distendidamente. Quiero dos Tomcats en el aire de modo ininterrumpido y por lo menos cuatro Plus cinco armados con misiles aire-aire. Rumbo de la flota uno-ocho-cero; velocidad veinticinco nudos. Tomaremos contacto con el grupo de reabastecimiento y llenaremos los depósitos de todas las unidades. De lo contrario, podríamos quedarnos clavados mientras nos achicharran. Quiero que descansen lo más posible. Nuestros amiguitos empezarán a hostigarnos mañana y el baile va a ser movido.

-¿Enfrentamiento directo, entonces? -preguntó Harrison.

-Si.

Dubro miró el reloj. Era de noche en Washington. Quienes tenían la misión de pensar, irían ya a acostarse. Pronto volvería a pedirles instrucciones. Quería que a las lumbreras les pillase descansados para que comprendieran lo apremiante de la situación. El tiempo para jugar al escondite ya se había agotado con creces. En aquellos momentos, de lo único que podía estar

seguro era de que lo atacarían en el momento más inesperado... y, después, ¿Japón? Harrison y sus hombres dedicaban la mitad de su tiempo a estudiar esa posibilidad.

De nuevo andaban metidos en cambalaches de serie barata de TV. El único consuelo era que quizá los rusos tuviesen razón. Puede que Scherenko les hubiese dicho la verdad. Acaso no corrieran ningún peligro por parte del Servicio Secreto japonés. Con todo, aquello se le hacía a Clark muy cuesta arriba porque, a lo largo de su formación, nunca lo animaron a pensar que los rusos pudieran hacer nada que favoreciese a los americanos.

«¿Quién te dice que no te han saboteado el coche?», musitó para sí en inglés.

Sea como fuere, lo que habían hecho era tan fácil que daba risa. Nomuri tenía llave del coche de alquiler de Clark y lo dejó en el aparcamiento del hotel. A la izquierda del retrovisor había un disquete. Clark se lo pasó a Chávez, que lo introdujo en la disquetera de su miniordenador. Una vibración electrónica indicó la activación del aparato mientras Clark se adentraba en el tráfico.

Ding archivó el documento en el disco duro y borró el disquete, del que en seguida se desharía. Era un prolijo informe que Chávez leyó en silencio, antes de conectar la radio y aludir a los puntos principales al abrigo del ruido radiofónico.

-¿Región Septentrional de Recursos? -preguntó Clark.

-Da. Una curiosa denominación -convino Ding, pensativo.

A veces creía que su léxico era más apropiado en ruso que en su idioma. Porque su idioma lo aprendió en la calle y, en cambio, el ruso lo estudió en una escuela como es debido, y con profesores que sentían verdadero amor por aquel idioma. El joven agente de la CIA desechó en seguida la idea.

Región Septentrional de Recursos, pensó. ¿De qué le sonaba? Bah. Tenían otras cosas que hacer y, además, estaba tenso. Aunque el aspecto paramilitar del activismo le gustase, jugar a los detectives no era lo suyo. Asustaba. Y crispaba.

Isamu Kimura estaba en el lugar concertado para la cita. Por suerte, su empleo le permitía entrar y salir muy a menudo. Además, charlar con extranjeros era para él algo rutinario. De ahí que tuviese buen ojo para elegir lugares discretos.

En esta ocasión, el elegido era uno de los muelles del puerto, en donde por suerte no había mucho trajín en aquellos momentos. Allí no se llamaba la atención y era difícil colocar micrófonos ocultos, aparte de que los ruidos del puerto ahogaban toda conversación en voz baja.

Clark estaba aún más inquieto que Chávez, que ya era decir. Con cualquier nuevo fichaje que contase con una tapadera adecuada, el contacto podía considerarse bastante seguro durante una temporada. Pero la seguridad disminuía linealmente con el tiempo, a un ritmo tan indeterminado como rápido. Aparte de otras consideraciones. ¿Qué motivaba a Kimura? Clark ignoraba por qué razón logró reclutarlo Oleg Lyalin. Por dinero no era. Los rusos nunca le pagaron. Tampoco era por ideales. Kimura no comulgaba con el credo político comunista. ¿Por despecho? ¿Creía merecer un cargo más importante que concedieron a otro? ¿O era un patriota? ¿Esa clase de individuo -especialmente peligrosa- que decide que lo que él piensa es lo que le conviene a su país? O simplemente, como diría Chávez, ¿estaba cabreado? No era un modo muy elegante de expresarlo, aunque, a tenor de la experiencia de Clark, no era una motivación ni mucho menos insólita.

Lo único que lisa y llanamente cabía decir era que Clark no lo sabía. Como, además, no le parecía que ninguna motivación pudiera justificar traicionar al propio país en favor de otro, siempre se sentía incómodo con aquella clase de personas. Quizá tampoco a los policías les gustase tratar con sus confidentes, se dijo John. Aunque no fuese un gran consuelo.

-¿Qué era eso tan importante? -preguntó Kimura mientras caminaban por uno de los muelles desiertos.

En la bahía de Tokio se veían los ociosos barcos y el japonés se preguntó si la reunión tendría algo que ver con aquello.

-Su país tiene armas nucleares -le dijo Clark como si tal cosa.

-¿Qué?

Kimura ladeó la cabeza y se detuvo en seco. Se había quedado lívido.

-El embajador en Washington se lo aseguró así al presidente el sábado. Los americanos están aterrados. O por lo menos eso nos han dicho en el Centro de Moscú -le explicó Clark, que le sonrió de un modo muy ruso-. Debo reconocer que se han ganado ustedes mi admiración profesional, por haberlo hecho tan abiertamente, además de comprarnos los cohetes para lanzarlas. También debo decirle que mi país lo ve con muy malos ojos.

-Esos cohetes podrían fácilmente apuntarnos a nosotros -terció Chávez con acritud-. Provocan nerviosismo.

-No tenía ni idea. ¿Están ustedes seguros? -dijo Kimura, que reemprendió la marcha, acaso sólo para activar la circulación.

-Tenemos una fuente en las altas esferas del gobierno de los Estados Unidos. No hay ninguna duda -dijo Clark en un tono que a Ding le pareció de una profesional frialdad: Le han rayado el parachoques. Conozco un buen taller en el que se lo pueden arreglar.

-De manera que por eso han creído que se saldrían con la suya. Es una locura.

Kimura no necesitó decir más. Estaba claro que su mente acababa de encajar una de las piezas del rompecabezas.

Las últimas tres palabras que pronunció el japonés eran las más agradables que había oído John desde que llamó a casa, desde Berlín, y le dijeron que su mujer había dado felizmente a luz a su segundo hijo.

Había llegado el momento de ir al grano. Borró toda sonrisa de su rostro, plenamente identificado con su papel de relevante miembro del Servicio Secreto ruso, adiestrado por el KGB para ser uno de los mejores del mundo.

-Si, amigo mío -dijo John Clark-. Meterle el miedo en el cuerpo a una gran potencia es una locura. Confío en que quienquiera que haya decidido jugar a esto se dé cuenta de lo peligroso que es. No eche en saco roto mis palabras, Gospodin Kimura. Mi país está seriamente preocupado. ¿Comprende? Muy seriamente preocupado. Nos han puesto en ridículo ante los americanos y ante el mundo entero. Tienen ustedes armas que pueden amenazar a mi país con la misma facilidad que pueden amenazar a los Estados Unidos. Han iniciado acciones con los Estados Unidos y no vemos qué razón pueda haber para ello. Eso los convierte a ustedes, a nuestros ojos, en un país imprevisible; y un país que dispone de cohetes con ojivas nucleares, y políticamente inestable, no constituye una halagüeña perspectiva. Esta crisis se propagará, a menos que personas sensatas tomen las medidas oportunas. No nos preocupan sus desacuerdos comerciales con los Estados Unidos, pero la posibilidad real de una guerra sí nos preocupa.

-¿Qué graduación tiene usted, Klerk-san? -preguntó Kimura, todavía pálido.

-Soy coronel de la séptima División, Sección PR, del Mando Integrado de la Seguridad del Estado.

-Creí que...

-Ya. El nuevo nombre, la nueva designación y todas esas chorradas -comentó despectivamente Clark-. Soy un agente del Servicio de Inteligencia, Kimura-san. Mi labor consiste en proteger a mi país. Creí que éste sería un destino plácido, y ya ve con lo que me encuentro. ¿Le he hablado de nuestro proyecto RYAN?

-Lo mencionó una vez, pero...

-Cuando eligieron a Reagan presidente de los Estados Unidos, yo era capitán, igual que mi compañero Chekov..., nuestros amos políticos analizaron la ideología del nuevo presidente, y temieron que pudiera considerar en serio un ataque nuclear a nuestro país. Hicimos un gran esfuerzo para discernir qué posibilidades reales había de que ello se produjese. Al final, concluimos en que fue un análisis erróneo; que, por más que odiase a la Unión Soviética,

Reagan no era un loco. Pero ahora -prosiguió el coronel Klerk-, ¿ante qué se encuentra mi país? Con una nación que, en secreto, ha fabricado armas nucleares. Una nación que, sin nada que lo justifique, ataca a un país que es más un socio comercial que un enemigo. Una nación que ha atacado a Rusia más de una vez. Y de ahí que las órdenes que yo he recibido me hagan pensar en algo muy semejante al proyecto RYAN. ¿Me ha entendido usted bien?

-¿Qué quiere de mí? -preguntó Kimura pese a conocer la respuesta.

-Quiero saber dónde están esos cohetes. Salieron de la factoría por ferrocarril. Quiero saber dónde están ahora.

-¿Y cómo voy yo a...?

-Ése es asunto suyo, amigo mío -lo atajó Clark mirándolo con fijeza-. Me limito a decirle lo que quiero -añadió con estudiada lentitud-. Piense en esto, Isamu: estas crisis suelen escaparse de las manos. Y, de pronto, dominan a quienes las desencadenan. Con armamento nuclear de por medio, las consecuencias..., en cierta medida, las conocen ustedes bien, aunque no del todo. He visto documentos acerca de lo que los americanos estaban en situación de hacer con nosotros, y lo que nosotros podíamos hacer con ellos. Era parte del proyecto RYAN, ¿comprende? Asustar a una gran potencia es algo tan grave como irresponsable.

-¿Y cuando averigüen ustedes el emplazamiento de los cohetes, qué?

-Eso lo ignoro. Lo que sé es que mi país se sentirá mucho más seguro si lo sabe. Estas son mis órdenes. ¿Puedo obligarlo a usted a ayudarnos? No, por supuesto. Pero si no nos ayuda, pondrá a su país en grave peligro. Piénselo -dijo Clark con la frialdad de un forense. Luego, le estrechó la mano con la mayor cordialidad, a modo de despedida.

-¡... siete, ocho, nueve, diez... KO! ¡Como para dejar fuera de combate a un vopo! -musitó Ding casi sin aliento-. ¡Hostia, John! ¡Cómo se le da ponerse en plan soviético!

-Ya puedes jurarlo, muchacho -dijo Clark sonriente.

Kimura permaneció unos cinco minutos en el muelle. Miraba hacia los barcos anclados en la bahía. Había transportes de automóviles, aunque la mayoría eran mercantes convencionales, de contenedores. Eran bastante estilizados, para poder deslizarse mejor por los mares que cruzaban con su carga.

Aquel aspecto de la civilización, aparentemente común, era casi una religión personal para Kimura. El comercio unía a las naciones para subvenir a sus necesidades y, al necesitarse, terminaban por descubrir buenas razones para vivir en paz, por más tensas que pudieran ser sus relaciones en otros aspectos. Kimura conocía la Historia lo suficiente como para comprender que, pese a ello, no siempre se orientaban las cosas en ese sentido.

Quebrantas la Ley, se dijo. Deshonras tu buen nombre y el de tu familia. Deshonras a tus amigos y a tus compañeros de trabajo. Traicionas a tu país.

Pero ¡qué puñeta! ¿De quién era el país que traicionaba? El pueblo elegía a los miembros de la Dieta, cuyos electos representantes elegían al primer ministro... Y sin embargo el pueblo no había sido consultado en aquello. Ellos, al igual que su ministerio y al igual que los miembros de la Dieta, eran meros espectadores. Se les mentía. Su país estaba en guerra, ¡a espaldas del pueblo! Su país se había lanzado a fabricar armas nucleares sin que el pueblo lo supiera. ¿Quién había dado semejante orden? ¿El gobierno? El gobierno había cambiado -por enésima vez- y, sin duda, el tiempo que tales medidas requerían significaba... ¿Qué?

Kimura no lo sabía. Sabía que el ruso tenía razón, por lo menos en parte. Los peligros que aquello entrañaba eran imprevisibles. Desde que tenía uso de razón, no había visto a su país correr un peligro semejante. Su nación se dejaba arrastrar a la locura y no había doctores que diagnosticasen la enfermedad. De lo único que podía estar seguro Kimura era de que el problema lo desbordaba, hasta tal punto, que no sabía cómo ni por dónde empezar a abordarlo.

Alguien tenía que hacer algo. ¿A partir de qué divisoria un traidor se convertía en un patriota, y un patriota en un traidor?, se preguntaba Kimura.

LIbrodot

Debería de estar furioso, se dijo Cook, ya en la cama. Pero no lo estaba. En conjunto, el día no pudo ir mejor. Los otros debían de maldecirlo. Eso estaba claro, sobre todo por lo que se refiere a los dos agentes del SIN. Se creían muy listos, pensaba Cook, que miraba al techo con una radiante sonrisa. No tenían ni zorra idea. ¿Sabrían que no sabían? Probablemente no. Muchos aires de superioridad, pero cuando la cosa se ponía fea y les planteabas una pregunta... pues, bueno, siempre te salían con lo de por un lado, señor, seguido de y por otro lado, señor... ¿Cómo coño se podía hacer política de esa manera?

Cook, sin embargo, sí lo sabía y el hecho de que Ryan fuese consciente de ello lo había elevado, de hecho y automáticamente, al rango de líder del grupo de trabajo. Algo que a los demás les sentó tan mal como los alivió. Muy bien, pensarían, que se moje él. El caso era que, en líneas generales, se manejó muy bien en la reunión. Los demás, «por un lado», lo apoyarían y, «por otro», se desmarcarían de él. Tomarían nota sobre las posturas que él propiciase, para cubrirse las espaldas si iban mal dadas, como secretamente esperaban. Y, a su vez, cerrarían filas en torno a la postura que se decidiese, para apuntarse al éxito si las cosas iban bien; algo que en el fondo también deseaban, aunque no tanto. Pues los burócratas eran, al fin y al cabo, sólo eso: burócratas.

De manera que se abordaron los preliminares. Se fijaron las posturas de partida. Adler dirigiría el equipo negociador. Cook sería su adjunto. El embajador japonés encabezaría la delegación del otro bando, con Seiji Nagumo como adjunto. Las negociaciones se ceñirían a un patrón tan estructurado y medido como el teatro Kabuki.

Sentadas alrededor de la mesa de negociaciones, ambas partes expondrían su postura, aunque todo avance se produciría durante los descansos para tomar café o té, conforme los miembros de las respectivas delegaciones pudieran departir de un modo más distendido. Esto permitiría a Cook y a Seiji intercambiar información, controlar la negociación y, quizá, evitar que aquel disparate alcanzase más graves proporciones.

Te dará dinero por proporcionarles información, oía una y otra vez en su interior. Bueno, pues sí, pero también Seiji le proporcionaría información a él. Y, en definitiva, de lo que se trataba era de quitarle la espoleta a la situación y de ¡salvar vidas!, se replicaba. El objetivo último de la diplomacia era preservar la paz y, en un contexto global, eso significaba salvar vidas humanas, igual que los médicos, sólo que con mayor eficacia. Y a los médicos se les pagaba bien, ¿no? Nadie les recriminaba el dinero que cobraban. Qué noble profesión la suya, con sus batas blancas, tan distintos a aquella pandilla de vagos y lameculos de «Foggy Bottom». ¿Por qué se creerían tan importantes?

¡Que se trata de restaurar la paz, leche! El dinero no importaba. Era algo secundario. Y como era algo secundario, lo merecía, ¿o qué? Por supuesto que lo merecía, concluyó Cook, que al fin cerró los ojos...

De nuevo en su sillón de la cubierta de vuelos, Sánchez, reparó en el febricitante trabajo de los técnicos. Habían repuesto y equilibrado los engranajes del eje del tren de tracción número uno. Luego con-tuvieron el aliento y lo pusieron en marcha: once nudos, casi doce; suficiente para que despegasen varios aparatos rumbo a Pearl Harbor, y para que aterrizase en cubierta un pelotón de técnicos, que bajó a la sala de máquinas a ayudar a evaluar la situación.

En tanto que uno de los altos oficiales de a bordo, Sánchez se enteraría de su dictamen durante el almuerzo. Pudo haber ido con la primera escuadrilla de cazas que salió, pero su sitio estaba a bordo. El Enterprise iba muy rezagado, aunque bajo el paraguas protector de los P-3 con base en Midway. Con todo, el Servicio de Inteligencia de la flota estaba cada vez más seguro de que no acechaban enemigos. Incluso Sánchez empezaba a creerlo. Además, la escuadrilla antisubmarina lanzó tal número de boyas de sonar que casi constituían un peligro para la navegación.

La moral de la tripulación estaba alta, aunque también se sintiese algo perpleja e indignada. Estaban más animados porque sabían que iban a poder llegar a Pearl Harbor, y

sentían el lógico alivio al pensar que cualquier peligro que los acechase estaba cada vez más lejano. Su perplejidad se debía a que ignoraban qué ocurría. Y su indignación, a que su barco fue atacado y averiado; y a que, como probablemente sabían ya, perdieron dos submarinos. Pues, aunque el mando hiciera lo posible por ocultar la razón de esas pérdidas, los secretos duraban muy poco en un barco. Los oficiales de comunicaciones recibían los despachos, los suboficiales los entregaban y los marineros aplicaban el oído a los comentarios de la oficialidad.

El Johnnie Reb llevaba a bordo casi seis mil hombres. Las noticias que llegaban se confundían a veces con los rumores, aunque tarde o temprano saliese a relucir la verdad. El resultado era previsible: indignación. Era un ingrediente con el que el profesional de la milicia tenía que contar. Por más choteo que se trajese los marineros del portaaviones con los «submarinistas» en las tascas de los puertos, por mayor que fuese su rivalidad, eran como hermanos, compañeros (y ahora también compañeras) a quienes debían lealtad.

¿Cómo concretar esa lealtad entonces? ¿Cuáles serían sus órdenes? Las reiteradas llamadas para pedir instrucciones a la Comandancia Integrada de los Contingentes del Pacífico no obtenían respuesta. El tercer Grupo de Combate de Mike Dubro no había recibido la orden de regresar a toda máquina al Pacífico occidental, algo absurdo. ¿Estaban en guerra o no?, le preguntó Sánchez al sol poniente.

-¿Cómo se ha enterado? -preguntó Mogataru Koga.

En contra de su costumbre, el ex primer ministro llevaba el tradicional kimono, ahora que, por primera vez en treinta años, era un hombre ocioso. Pero atendió la llamada, aceptó la entrevista y escuchó con la mayor atención durante diez minutos.

-Tengo mis contactos, Koga-san -contestó Kimura bajando la vista-. Es mi obligación, dado mi cargo.

-También los tengo yo. ¿Por qué no se me ha dicho nada?

-Se ha mantenido una absoluta reserva, incluso en el seno del propio gobierno.

-Creo que se calla usted algo.

Kimura se preguntó cómo podía saberlo Koga, sin percatarse de que le hubiese bastado mirarse al espejo para comprenderlo. Pasó toda la tarde en su despacho y fingió trabajar, aunque no hizo sino mirar los documentos que tenía delante, y que ahora se habían borrado por completo de su mente. Sólo recordaba las preguntas: ¿qué hacer? ¿Con quién hablar? ¿Dónde buscar orientación?

-Tengo fuentes de información que no debería revelar, Koga-san. El ex primer ministro optó por asentir, de momento.

-O sea, que lo que me dice es que hemos atacado a los Estados Unidos y que hemos fabricado armas nucleares, ¿no es eso?

-Hai.

-Yo ya sabía que Goto era un imbécil, pero no creía que fuese un loco -dijo Koga, que pareció reconsiderar en seguida sus palabras-. No. Ni siquiera eso: carece de la imaginación de un loco. Nunca ha sido más que el perrillo faldero de Yamata, ¿no?

-Raizo Yamata ha sido siempre su... Su...

-¿Mecenas? -preguntó Koga cáusticamente-. Por decirlo amablemente -añadió en tono desdeñoso.

Desvió la mirada como si quisiera dirigir su indignación a un nuevo objetivo. Precisamente lo que tú querías evitar. Y has fracasado. Está claro.

-Sí, Koga-san, Goto atiende, a menudo, a sus consejos.

-Ya. ¿Y ahora qué? -preguntó el ex primer ministro a un hombre a quien todo aquello venía grande. No podía esperar que le contestase más que como lo hizo.

-No lo sé. Esto me desborda. Soy un burócrata. No hago la política. Sólo que temo por nosotros, y no sé qué hacer.

LIbrodot

-Lo mismo podría usted decir de mí, Kimura-san -dijo Koga, que le dirigió una irónica sonrisa a la vez que le servía más té-. Pero... aún no ha contestado a mi pregunta. También yo tengo contactos todavía. Me pusieron al corriente de las acciones emprendidas la semana pasada contra la Armada de los Estados Unidos. Después, claro. De lo que no sé nada es de armas nucleares.

Las dos últimas palabras hicieron que ambos sintiesen escalofríos. A Kimura le parecía asombroso que el político pudiese seguir hablando sin alterarse.

-Nuestro embajador en Washington se lo dijo a los americanos, y un amigo del Ministerio de Exteriores...

-Yo también tengo amigos en Exteriores -dijo Koga tomando un sorbo de té.

-No puedo decirle más.

-¿Ha hablado usted con americanos? -preguntó Koga como si de la más inocente de las preguntas se tratase.

-No -contestó Kimura.

La jornada solía empezar a las seis de la mañana, lo que no contribuía a facilitar las cosas, pensaba Jack.

Paul Robberton llevaba ya los periódicos y había preparado café. También estaba levantada Andrea Price, que ayudaba a Cathy con los niños. Ryan estuvo pensando displicentemente en todo aquel trajín, hasta que vio que afuera había un coche aparcado que no era de ninguno de ellos.

Estaba visto que el Servicio Secreto creía que aquello era una guerra. Así que llamó a su despacho y, al cabo de un minuto, su TS-6 empezó a enviar los faxes de la mañana. El primero era un documento no secreto pero importante. Los europeos trataban de deshacerse de grandes cantidades de bonos del Tesoro USA, y nadie compraba... de momento. ¡Menudo aborto de día! Rezaba para que no hubiese otro igual. Buzz Fiedler y el gobernador del Banco Central iban a tener de nuevo que trabajar a destajo, y el lado de agente financiero que había en Jack Ryan se preocupó. Era como taponar el agujero de un embalse con el dedo gordo. ¿Qué ocurriría cuando viesen otro agujero? Y aunque a ése también llegasen, ¿qué ocurriría con el tercero?

Del Pacífico no había propiamente noticias; más bien confirmación de las mismas. El John Stennis se dirigiría hacia Pearl Harbor a primera hora, aunque el Enterprise iba a tardar más de lo esperado. No se advertía hostigamiento japonés. Menos mal. La búsqueda de los cohetes nucleares proseguía, aunque sin resultado, lo que no era nada sorprendente.

Ryan nunca estuvo en Japón, y lo lamentaba. Lo único que sabía del país era lo que veía en las fotografías de los satélites. Durante los meses de invierno, el cielo estaba, a menudo, inusualmente despejado en todo Japón, y la Agencia Nacional de Reconocimiento tomaba como referencia aquel país (además de otros) para calibrar sus cámaras orbitales.

Aparte de la elegancia de sus estilizados jardines, lo único que sabía del país se refería a la memoria histórica. ¿Hasta qué punto era útil esa memoria en aquellos momentos? Historia y economía eran malos compañeros de cama, ¿verdad?

Se despidió de Cathy y de los niños tras los besos de rigor. En seguida volvió a verse en el coche oficial rumbo a Washington. El único consuelo era que el trayecto era más corto que el anterior a Langley.

-Por lo menos ahora estará descansado -comentó Robberton.

Con otro alto cargo no se hubiese atrevido a hablar tanto, pero con Jack Ryan no se sentía cohibido porque no era nada pomposo.

-Supongo. Aunque los problemas siguen ahí.

-Y el primero sigue siendo el de Wall Street, ¿no?

-Sí -contestó Ryan que, después de guardar en el maletín los documentos clasificados como reservados, se dedicó a contemplar el paisaje-. Cada vez veo más claro que esto podría

ser un descalabro para todo el mundo. Los europeos quieren desprenderse de nuestros bonos. Y nadie compra. De modo que hoy puede empezar allí el pánico en las Bolsas. Nuestra liquidez está bloqueada, y buena parte de la suya está en nuestros bonos del Tesoro.

-Liquidez significa dinero contante, ¿no? -dijo Robberton, que cambió de carril y aceleró por encima del nivel de velocidad permitido, seguro de que su matrícula oficial inclinaría a los agentes de tráfico a hacer la vista gorda.

-Ajá. Y es una buena cosa el dinero... contante. Tranquiliza los nervios... Y te los pone de punta cuando te falta.

-¿Como en mil novecientos veintinueve, doctor Ryan? ¿Tan mal lo ve?

-Por ahí, por ahí -dijo Jack mirando a su guardaespaldas-. Como no desentrañen los archivos en Nueva York... Es como estar con las manos atadas en medio de una pelea, como jugar a las cartas sin dinero. Ahí como un pasmarote. Joder... -exclamó Ryan meneando la cabeza-. Nunca había sucedido nada semejante. Y no crea que los agentes de Bolsa lo ven mucho mejor.

-¿Cómo es posible que gente tan lista se deje llevar por el pánico?

-¿Qué quiere decir?

-¿Les han quitado algo? ¿Han robado el molde de la fábrica de los billetes? -preguntó retóricamente Robberton, en tono displicente-. Porque en ese caso... ¡tendríamos que intervenir nosotros!

Ryan se esforzó por sonreír.

-¿No querrá que le suelte una conferencia?

-Quite, quite -dijo Paul con un leve ademán-. Me licencié en sicología, no en economía.

-Perfecto -dijo el consejero de Seguridad Nacional, sorprendido por la respuesta-. Así me lo pone más fácil.

En Europa cundía la misma preocupación. La reunión celebrada poco antes del mediodía entre los gobernadores de los bancos centrales de Alemania, Gran Bretaña y Francia no resultó más que una babélica confusión sobre lo que había que hacer. Varios años lastrados por la reconstrucción de los países de la Europa del este impusieron un fuerte desgaste a las economías de los países de Europa occidental, que, básicamente, pagaban la factura de dos generaciones de caos económico. Como defensa ante la consiguiente debilidad de sus divisas, compraron dólares y bonos del Tesoro USA. Los desconcertantes acontecimientos de Estados Unidos empezaron por propiciar una jornada de escasa actividad, con mucha atonía pero sin nada catastrófico. Sin embargo, la cosa cambió en cuanto quienes acababan de comprar bonos del Tesoro, con dinero procedente de convertir acciones, cayeron en la cuenta de que no iba a tener demanda subsiguiente. No les quedaba sino maldecirse por ir a cola de la tendencia. Y a las 10.30.00, hora local, la Bolsa de París empezó a caer en picada y, en menos de una hora, los comentaristas económicos europeos hablaban de un efecto dominó. Porque otro tanto sucedía en todas las Bolsas y en todas las entidades financieras. Tampoco pasó inadvertido que los bancos centrales europeos trataban de hacer lo mismo que intentó el americano el día anterior. La idea no era mala. Pero era una de esas ideas que sólo funciona una vez, y los inversionistas europeos no tragaban. Lo que hacían eran tratar de cubrirse mutuamente. Se acogió con alivio que la gente empezase a comprar acciones a precios absurdamente bajos. Y hasta agradecieron que les pagasen en yens, porque la divisa japonesa reafirmaba su fortaleza, como único asidero en el panorama financiero internacional.

-¿Tan jodido está el asunto? -preguntó Robberton al abrir la puerta del sótano del ala oeste.

-¿Se considera usted inteligente, Paul? -preguntó a su vez Jack, ante la momentánea perplejidad de su guardaespaldas.

-Pues sí, señor. ¿Por qué?

-¿Entonces por qué da en suponer que los otros lo son más? No lo son, Paul -dijo Ryan-. Tienen un trabajo distinto, pero nada tiene que ver con el cerebro. Es una cuestión de formación y de experiencia. Esa gente no tienen ni zorra idea de cómo se enfoca una investigación penal. Ni yo tampoco. Cualquier trabajo difícil necesita cerebro, Paul. Y no puede abarcarlo uno todo. De modo que no son más inteligentes que usted, incluso puede que lo sean menos. Lo que ocurre es que su trabajo consiste en dirigir el mercado financiero y usted se dedica a otra cosa.

-¡Acabáramos! -musitó Robberton al dejar a Ryan en la puerta de su despacho.

Su secretario le pasó un montón de notas de llamadas nada más entrar. Una llevaba la indicación de urgente y Ryan llamó en seguida.

-¿Es usted, Ryan?

-Si, mister Winston. Quería verme, ¿no? ¿Cuándo? -preguntó Jack que, con el maletín ya abierto, empezó a ordenar sus documentos.

-A partir de dentro de hora y media, cuando quiera. Tengo un coche abajo esperando; el Gulfstream con los motores a punto, y un coche en la terminal de Washington.

No había más que oír su tono. Era urgente y el asunto era serio. La reputación de Winston era inequívoca.

-Deduzco que es acerca de lo del viernes pasado.

-En efecto.

-¿Y por qué yo y no el ministro Fiedler? -preguntó Ryan.

-Usted ha trabajado aquí. Y él no. Si quiere que él esté presente, perfecto. Lo entenderá. Aunque creo que usted lo entenderá antes. ¿Ha seguido las noticias financieras esta mañana?

-Parece que en Europa ha cundido el pánico por lo nuestro. -Y se va a recrudecer -dijo Winston.

Jack pensó que probablemente tenía razón.

-¿Sabe cómo arreglarlo? -le preguntó, aunque imaginaba la expresión de indignación e impotencia de su interlocutor.

-Ojalá. Lo que sí creo poder decirle es qué ha sucedido en realidad.

-Me conformo con eso. Venga para acá en seguida -le dijo Jack-. Dígale al chófer que entre por el acceso oeste de ejecutivos. Habrá agentes uniformados esperándolos en la verja.

-Gracias por escucharme, doctor Ryan.

Tras colgar, y antes de abordar el trabajo de la jornada, Jack se preguntó cuánto tiempo debía de hacer que George Winston no le decía eso a nadie.

Fue una suerte que los coches del tren utilizados para transportar los cohetes lanzadores H-11, desde la planta de montaje hasta donde fuese, iban por carril de vía ancha. Eso significaba sólo el ocho por ciento de la red de ferrocarriles japonesa, algo que, además, se podía ver en las fotografías de los satélites.

La CIA se dedicaba a acumular una información que, en su mayor parte, nunca tendría la menor utilidad y que, pese a tanto libro y tanta película que apuntaban a lo contrario, procedían de fuentes accesibles a cualquiera.

Sólo se trataba de buscar un mapa de los ferrocarriles japoneses, para señalar todas las líneas de vía ancha y empezar por ahí. Pero existían ahora más de 3 000 km de esa clase de vía, y el cielo en Japón no siempre estaba despejado.

Además, los satélites tampoco siempre pasaban directamente por encima, al objeto de escudriñar también los valles, numerosísimos en un país formado, en su mayor parte, por montañas de origen volcánico.

Con todo, era una labor con la que la CIA estaba familiarizada. Los rusos, con su talento y su manía de ocultarlo todo, enseñaron a los analistas de la CIA -muy a pesar de éstos- a escudriñar, antes que nada, los lugares más inverosímiles. Una llanura, por ejemplo, era un lugar previsible, fácil de acceder, en la que era fácil construir, y fácil el mantenimiento y la

protección. Así lo hicieron los Estados Unidos en los años sesenta, confiados en que los misiles nunca llegarían a ser tan precisos como para acertar en blancos tan pequeños.

Japón debía de haber aprendido la lección, y de ahí que los expertos tuviesen que escudriñar los lugares poco accesibles: bosques, valles, sierras. El solo hecho de tener que seleccionar emplazamientos significaba que iba a ser una larga tarea. Se hallaban en órbita dos modernos satélites fotográficos KH-11 y un KH-12 de conversión de imágenes de radar. Los dos primeros podían captar objetos del tamaño de un paquete de cigarrillos. El KH-12 producía una imagen monocromática, de mucha menor resolución, pero podía ver a través de las nubes y, en circunstancias favorables, ver también bajo la superficie del suelo, hasta más de diez metros. En realidad, este último satélite fue concebido para localizar silos de misiles soviéticos e instalaciones camufladas de manera similar.

Contaban con esta ventaja. El inconveniente estribaba en que cada diapositiva tenía que ser examinada por un equipo de expertos, una a una; en que cada irregularidad del terreno, o cualquier cosa extraña, tenía que ser reexaminada e identificada; en que el tiempo que ello requería, a pesar y a causa de la urgencia, era enorme. Expertos de la CIA, de la Agencia Nacional de Reconocimiento y del Centro de Análisis de Amenazas Potenciales trabajaban en equipo en busca de veinte agujeros en el suelo. El único dato de que disponían era que cada uno de los agujeros debía de tener, como mínimo, cinco metros de diámetro. Y podían estar agrupados o muy dispersos.

Todos convenían en que lo primero que había que hacer era conseguir una imagen de la red de ferrocarriles de vía ancha. La climatología y las limitaciones angulares de las cámaras obstaculizaban la labor. Tanto es así que, tres días después de emprender aquella «caza del cohete», aún les faltaba un 20 % para completar el mapa de la red de vía ancha. Habían determinado ya treinta emplazamientos potenciales, que deberían volver a analizar en otras pasadas de los satélites, con iluminación ligeramente distinta y distinto ángulo. Esto permitiría una visualización estereoóptica y que los ordenadores procesasen con mayor realce. Los miembros del grupo de análisis recordaban lo que tuvieron que sudar en 1991 con la Operación Scud-hunts. No era un recuerdo agradable. La principal lección que aprendieron fue que no era tan difícil ocultar no ya uno sino incluso un centenar de objetos relativamente pequeños dentro de las fronteras de un Estado, por más llano y despejado que fuese. Y Japón no tenía estas características. Dadas las circunstancias, encontrar todos los cohetes era una misión casi imposible. Pero tenían que intentarlo.

Eran las once de la noche y ya había cumplido, de momento, con sus deberes para con sus antepasados. Nunca podría cumplirlos todos, aunque sí con las promesas que les hizo a sus espíritus tantos años atrás. El territorio que pertenecía a Japón al nacer él, volvía a ser japonés. La tierra que fue de su familia, de su familia era de nuevo. La nación que humilló a su patria y asesinó a su familia había sido humillada, y en esa humillación seguiría durante mucho, mucho tiempo. El suficiente para que Japón se asegurase, al fin, un lugar entre las grandes potencias.

En realidad, el lugar que ocuparía su patria sería más importante de lo que previó, se dijo. No tenía más que ver los informes financieros que llegaban a la suite de su hotel por fax. El pánico financiero que había proyectado y desencadenado se extendía a la otra orilla del Atlántico. No acababa de entender que no hubiese contado con ello.

Las complejas maniobras financieras provocaron que las empresas y los bancos japoneses rebosasen liquidez. Sus compañeros zaibatsu aprovechaban la oportunidad para comprar acciones europeas, tanto a título personal como para sus empresas. Aumentaría la riqueza nacional, mejoraría su posición en las distintas economías nacionales europeas y, encima, aparecerían ante la opinión pública como salvadores que acuden en ayuda de los demás. Yamata consideraba conveniente que Japón distrajese algunos recursos para ayudar a Europa a salir de apuros. No había que olvidar que su país necesitaba mercados y, con el súbito

LIbrodot

aumento de la participación japonesa en sus empresas privadas, quizá los políticos europeos prestasen mayor atención a los deseos japoneses. No tenía esa certeza, pero era posible. La voz que sin duda no desoirían sería la del poder. Japón superaba a Estados Unidos, que nunca podría competir con su país, por lo menos mientras su economía siguiese en el caos, sus fuerzas armadas desactivadas y su presidencia políticamente atenazada. Además, era año de elecciones y no había mejor estrategia que el divide y vencerás, pensaba Yamata. Y eso había hecho él al adoptar la única medida que no se les ocurrió a los obtusos militares que llevaron a su país al desastre en 1941.

-Y bien -le dijo a su anfitrión-. ¿En qué podría ser yo útil?

-Como usted sabe, Yamata-san, estamos en puertas de las elecciones para el gobierno local -le dijo el burócrata mientras le servía un buen tiesto de excelente whisky escocés-. Es usted un terrateniente, posee aquí tierras desde hace muchos meses. Tiene intereses económicos aquí. Creo que sería usted un candidato idóneo.

Por primera vez en muchos años, Raizo Yamata se quedó perplejo.

En otra habitación del mismo hotel, un almirante, un comandante y un capitán de la Japan Air Lines celebraban una reunión familiar.

-Bueno, Yusuo, ¿y ahora qué? -preguntó Torajiro.

-Pues me parece que vas a volver a tu normal rutina de vuelos con los Estados Unidos -contestó el almirante tras apurar su tercera copa-. Si son tan inteligentes como creo, comprenderán que la guerra ya se ha terminado.

-¿Cuánto tiempo llevabas preparando esto, tío? -preguntó Shiro con el mayor respeto. Porque a la vista de lo que su tío había hecho, se sentía cohibido ante su audacia.

-Desde que era nisa y supervisé la primera unidad que iría bajo mi mando, en los astilleros de Yamata-san. ¿Cuánto hace ya? ¿Diez años? Se acercó a verme, cenamos juntos y me hizo algunas preguntas teóricas. Yamata aprende pronto para ser un civil -le explicó el almirante-. Y os aseguro que esto es más trascendente de lo que parece a primera vista.

-¿En qué sentido? -preguntó Torajiro.

Yusuo se sirvió otra copa. Su flota estaba a salvo y tenía derecho a desconectar, se decía, sobre todo, en compañía de su hermano y de su sobrino, ahora que la tensión había quedado atrás.

-No hemos dejado de hablar de ello a lo largo de los últimos años; aunque mucho más desde poco antes de que comprase esa sociedad de inversiones americana. ¿Y bien? -preguntó retóricamente Yusuo-. ¿Que mi pequeña operación se produce justo el mismo día del crash de sus Bolsas...? Interesante coincidencia, ¿verdad? -añadió con un vivo fulgor en la mirada-. Fue una de las primeras lecciones que le di en aquellos años. En mil novecientos cuarenta y uno atacamos la periferia de Estados Unidos. Atacamos a sus miembros, pero no a la cabeza ni al corazón. Y los miembros de una nación se regeneran; el corazón y la cabeza es otro cantar. Supongo que me hizo caso.

-He sobrevolado la cabeza muchas veces -dijo el capitán Torajiro Sato, porque uno de sus vuelos regulares llegaba al aeropuerto internacional Dulles-. Es una sórdida ciudad.

-Pues la sobrevolarás de nuevo. Si Yamata ha hecho lo que supongo, volverán a necesitarnos, y muy pronto -sentenció el almirante Sato, muy seguro de sí mismo.

-¡He dicho que lo dejen pasar! -ordenó Ryan a través del teléfono.

-Pero...

-Pero nada. Si va a quedarse más tranquilo, ábralo y eche un vistazo, pero si él dice que nada de rayos X, no los utilicen. ¿Entendido?

-Es que nos han dicho que vendría una persona, y son dos.

-No importa -le dijo Jack al centinela que guardaba la verja de la entrada oeste.

Lo malo de aumentar las medidas de seguridad en momentos de crisis era que apenas servían más que para entorpecer el trabajo que hicieses para resolverla.

-Hágalos subir a los dos -añadió el CSN.

Jack vio en su reloj que tardaron cuatro minutos largos. Probablemente, le habrían hecho caso y habrían echado un vistazo al ordenador portátil del visitante, para asegurarse de que no era una bomba. Ryan salió a la antesala de su despacho a recibirlos.

-Perdonen las molestias. ¿Recuerdan aquella vieja canción de Broadway El secreto servicio me pone nerviosa? -comentó Ryan en plan campechano, a la vez que les indicaba que entrasen a su despacho.

Dedujo que el mayor debía de ser George Winston. Recordaba vagamente la conferencia en el club de Harvard, pero no al conferenciante.

-Le presento a Mark Gant. Es mi mejor experto y ha insistido en la necesidad de traer su miniordenador.

-Es que así es más fácil -se justificó Gant.

-Lo entiendo. Yo también los utilizo. Siéntense, por favor -dijo Ryan, que se interrumpió hasta que su secretario hubo servido el café-. Uno de mis expertos ha analizado el mercado europeo. Y no está nada bien.

-Eso es decirlo con mucha suavidad, doctor Ryan. Quizá asistamos al principio de una oleada de pánico en todo el mundo -empezó por decir Winston-. No sabría decirle cuándo se habrá tocado fondo.

-Hasta ahora Buzz lo maneja bien -dijo Jack con cautela.

-Mire, Ryan -replicó Winston alzando la vista-, si me miente usted de esa manera es que me he equivocado de lugar. Creí que conocía usted la Bolsa. La opa amistosa que le preparó usted a la Silicon Alchemy fue una virguería... ¿o es que lo hizo otro y se llevó usted las medallas?

-Sólo hay dos personas que me hablen en esos términos. Con una de ellas estoy casado. Y la otra tiene un despacho a treinta metros de aquí -dijo con cierta acritud Jack, aunque acabó por sonreír-. Tiene usted una excelente reputación, mister Winston. Lo de la Silicon Alchemy me lo trabajé yo de punta a cabo. Tengo en mi cartera de valores un diez por ciento de las acciones. Hasta ese punto creía en la operación. Y si indaga un poco acerca de mi reputación, verá que no soy un mentiroso.

-Entonces sabrá que hoy es el día clave -dijo Winston, que no dejaba de estudiar a su interlocutor.

Jack se mordisqueó el labio unos instantes, pensativo.

-Sí. Yo le dije lo mismo a Buzz el domingo. No sé si los expertos han avanzado mucho en reconstruir los archivos. He tenido que ocuparme de otro asunto.

-Bien -dijo Winston, que se preguntó qué otro asunto podría reclamar la atención de Ryan en aquellas circunstancias, pero desechó la idea por irrelevante-. No sé cómo arreglarlo, aunque creo poder mostrarle cómo se estropeó.

Ryan ladeó la cabeza y miró a su televisor. La CNN acababa de empezar uno de sus informativos, de cada media hora, con una conexión en directo con el parquet de la Bolsa de Nueva York. El sonido estaba al mínimo y no se oía, pero el comentarista hablaba atropelladamente y su expresión no era precisamente alegre.

Al volver a mirar a sus visitantes, Gant ya había abierto su ordenador y había recuperado un documento del archivo principal.

-¿De cuánto tiempo disponemos? -preguntó Winston.

-No se preocupe usted de eso -contestó Jack.

31. El cómo y el qué

El ministro del Tesoro no había dedicado al sueño más de tres horas seguidas desde que regresó de Moscú. Iba por el túnel que comunicaba el edificio del ministerio con el de la Casa Blanca con paso tan vacilante como para hacer pensar a sus guardaespaldas que acaso pronto necesitase una silla de ruedas.

El gobernador del Banco Central no estaba mucho mejor.

Ambos habían vuelto a reunirse en el despacho del ministro atendiendo a la llamada. Déjenlo todo y vengan. Sonaba muy apremiante, incluso procediendo de alguien como Ryan, que a menudo hacía saltar los plomos de la maquinaria gubernamental. Fiedler empezó a hablar antes de cruzar la puerta de su despacho.

-Mire, Jack, que dentro de veinte minutos tenemos una teleconferencia con los gobernadores de cinco bancos centrales euro... ¿Quién es éste? -preguntó el ministro, que se detuvo en seco.

-Señor ministro, soy George Winston. Soy presidente y gerente de...

-Lo era. Lo vendió -le espetó Fiedler.

-He vuelto, tras la última junta extraordinaria. Éste es Mark Gant, uno de mis directivos.

-Creo que deberíamos escuchar lo que tienen que decir -les dijo Ryan a los recién llegados-. Empiece otra vez con el claqué, mister Gant, por favor.

-Puñeta, Jack, que sólo tengo veinte minutos. Escasos -dijo el ministro del Tesoro, que no dejaba de mirar a su reloj.

Winston estuvo a punto de decirle una barbaridad, pero se contuvo y optó por hablarle como lo haría con otro financiero experto.

-Mire, Fiedler, podemos resumir la cuestión en estos términos: las Bolsas fueron deliberadamente impulsadas a la baja mediante una serie de habilísimas y sistemáticas maniobras, y creo poder demostrarlo a su entera satisfacción. ¿Le interesa?

-Sí... claro -repuso el ministro con expresión de perplejidad. -Pero ¿cómo...? -preguntó el gobernador del Banco Central. -Siéntese, por favor, y se lo mostraremos -dijo Gant. Ryan se hizo a un lado y los dos altos cargos tomaron asiento junto a Mark y a su ordenador.

-Empezó en Hong Kong...

Ryan se acercó a su mesa, marcó el número del despacho del ministro y le dijo a su secretaria que pasase la teleconferencia a su despacho del ala oeste. Como buena secretaria ejecutiva, aceptó la irregularidad mejor que la hubiese aceptado su jefe.

Jack se percataba cada vez más de que Gant era un formidable técnico. Al exponer el tema por segunda vez lo hizo aún con mayor precisión. Como además tanto el ministro como el gobernador del Banco Central sabían escuchar y conocían la jerga, no fue necesario perder tiempo en preguntas ociosas.

-No creo que sea posible algo así -dijo el gobernador del Banco Central cuando llevaban ya ocho minutos de exposición.

-Todas las salvaguardas incorporadas al sistema -se adelantó a replicar Winston- están concebidas para evitar accidentes y detectar fraudes. Nunca se le ocurrió a nadie que alguien pudiera pensar en algo así. ¿Quién iba a querer perder deliberadamente tanto dinero?

-Alguien que pensara resarcirse con creces con algo más importante -secundó Ryan.

-¿Qué puede haber más importante...?

-Muchas cosas, mister Winston -lo atajó Ryan-. Ya entraremos en eso después. ¿Buzz? -añadió mirando al ministro.

-Me gustaría confrontar esto con mis propios datos, pero parece bastante sólido -admitió el ministro mirando al gobernador.

-Lo más gordo es que ni siquiera estoy seguro de que sea ilegal.

-Dejemos eso a un lado -dijo Winston-. El verdadero problema es éste. Hoy es el día clave. Si las Bolsas europeas continúan a la baja, cundirá el pánico en todo el mundo. El dólar cae en picada. Las Bolsas americanas no pueden operar. Casi toda la liquidez del mundo está bloqueada. Y el ciudadano de a pie obrará en consecuencia en cuanto los medios informativos

deduzcan lo que ocurre. Si hasta ahora esto no ha ocurrido se debe, únicamente, a que los reporteros que cubren las informaciones bursátiles no tienen ni zorra idea de finanzas.

-Claro, Tom -terció Mark Gant-; de lo contrario trabajarían para nosotros. Ya podemos dar gracias a Dios porque sus fuentes mantengan la boca cerrada de momento. Lo que me sorprende es que no se haya producido hasta ahora ninguna filtración.

Probablemente, se dijo Gant, se debía a que los medios informativos no querían ser quienes desencadenasen una oleada de pánico.

-Es su teleconferencia, Buzz -dijo Ryan, que se apresuró a coger el teléfono en cuanto sonó.

El lamentable estado físico del ministro quedó de manifiesto al levantarse. Tuvo que apoyarse en el respaldo de la silla porque apenas se tenía en pie. El gobernador del Banco Central no estaba en mejores condiciones. Sólo les faltaba a ambos lo que acababan de oír. Arreglar algo que se estropeaba accidentalmente era, ya de por sí, complicado. Arreglar algo que destrozaban, con toda alevosía y mala fe, era bastante más espinoso. Y había que arreglarlo. Y pronto, a menos de ver cómo los países europeos y los Estados Unidos se hundían en un profundo y negro pozo. Salir de él requeriría años de penas y trabajos. Y eso contando con estabilidad política. Porque las consecuencias, a largo plazo, de tan enorme convulsión económica no era posible predecirlas en aquellos momentos, aunque Ryan empezase ya a ver un poco de luz al final del túnel.

Winston miró al consejero de Seguridad Nacional. No era difícil leerle el pensamiento. Su inicial entusiasmo, al descubrir qué había ocurrido, se esfumaba al hacer partícipes de ello a otros. No bastaba con decirles qué había ocurrido. Tenía que decirles cómo arreglarlo. Toda su energía intelectual se había agotado en indagar las causas. Y aún no había tenido tiempo de analizar nada más. Ryan se percató de ello y le sonrió con respeto.

-Buen trabajo -le dijo.

-La culpa la he tenido yo -dijo Winston en voz queda, para no interferir en la teleconferencia que tenía lugar a unos metros de donde él estaba-. Debí seguir en mi puesto.

-Yo también di la espantada una vez, ¿recuerda? -dijo Ryan volviendo a sentarse-. De vez en cuando necesita uno un cambio. ¿Cómo iba usted a imaginar algo así? Son cosas que ocurren. Sobre todo aquí.

-Quizá -dijo Winston con un crispado ademán-. Ahora podemos identificar al violador, pero ¿cómo evitamos que nos viole? Una vez que ocurre ya no hay remedio. Y es a mis inversionistas a quienes ha jodido. Son personas que acudieron a mí. Esas personas confiaron en mí.

Ryan admiraba aquel talante. Así era como debían de pensar quienes dirigían el mundo financiero.

-Y bien. ¿Soluciones?

Gant y Winston se miraron.

-Aún no hemos visto ninguna -contestó George.

-En fin. Por lo pronto, lo han hecho mucho mejor que el FBI y que el Fondo de Garantía de Depósitos. Pero ¿saben qué les digo?, que ni siquiera me he molestado en ver cómo ha quedado mi cartera de valores.

-A la larga, su diez por ciento en la Silicon Alchemy no va a mermar mucho -le dijo Winston-. Todo lo relacionado con los modernos medios de comunicación siempre sale a flote; aparte de que la compañía tiene un par de peritas en dulce.

-Bueno. Un respiro -dijo Fiedler al volver al grupo-. Todas las Bolsas europeas han cerrado, igual que las nuestras; hasta que solucionemos esto.

-Eso es como lo de la riada -dijo Winston alzando la vista-. Levanta uno un dique cada vez más alto. Si se queda uno sin sacos terreros, antes de que remita, los destrozos son más graves cuando las aguas se desbordan.

-Estamos abiertos a toda sugerencia, mister Winston -le dijo amablemente Fiedler.

George correspondió por el mismo tenor.

-Creo, señor, que han hecho ustedes lo que cabía hacer. No veo salida.

-Ni nosotros tampoco -comentó el gobernador del Banco Central.

-Por lo pronto, caballeros, me parece que debemos informar al presidente -dijo Ryan levantándose.

-Qué idea más interesante! -exclamó Yamata.

Era consciente de que había bebido demasiado; de que estaba exultante de satisfacción por haber llevado a cabo la maniobra financiera más ambiciosa de la Historia. Se sabía henchido de orgullo desde... ¿Cuándo? Ni siquiera llegar a la presidencia de su imperio industrial le reportó tanta satisfacción. Había machacado a toda una nación y había enderezado el rumbo de la suya. Y sin embargo nunca aspiró a ningún cargo público. Y ¿por qué no?, se preguntó. Porque eso quedaba siempre para personajes de segundo orden.

-Por el momento, Yamata-san, Saipan tendrá un gobernador. Celebraremos unas elecciones bajo supervisión internacional. Necesitamos un candidato -prosiguió el funcionario de Exteriores-. Debe ser alguien con talla. Sería conveniente, también, que fuese alguien que conozca y mantenga relaciones amistosas con Goto-san, y que tenga intereses aquí. Lo único que le pido es que lo estudie.

-Lo estudiaré -dijo Yamata, que se levantó y se dispuso a salir.

Bueno. Se preguntaba qué habría opinado su padre. Significaba dejar la presidencia de su imperio... pero. ¿Pero qué? ¿Qué más podía lograr ya a nivel financiero? ¿No habría llegado el momento de dar otro paso adelante? Retirarse honorablemente de los negocios y ponerse al servicio de su patria. Después del gobierno local... Podría entrar en la Dieta con gran prestigio. Quienes conocían los entresijos sabían muy bien cuál había sido su papel. Hai, ya lo creo que sabrían quién sirvió, de verdad, a los intereses de su patria. ¿Quién, salvo el mismísimo emperador Meiji, había logrado aupar a Japón al rango de potencia de primer orden? ¿Cuándo había tenido Japón un líder político digno de su cargo y de su pueblo? ¿Por qué no aceptar el honor que se le brindaba? Requeriría años, pero tenía muchos por delante. Y, sobre todo, tenía proyectos y el coraje necesario para hacerlos realidad. Sólo sus compañeros del zaibatsato sabían ahora de su grandeza. Pero eso tenía remedio. Su apellido sería recordado por algo más que por los astilleros, los televisores y todo lo demás. Dejaría de ser una marca. Tendría un verdadero nombre. Un linaje. ¿No enorgullecería eso a su padre?

-¿Yamata? -exclamó Roger Durling-. El magnate, ¿verdad? Tengo entendido que dirige un verdadero imperio. Seguramente me lo tropezaría, más de una vez, en recepciones y otros actos cuando era Vicepresidente.

-Pues de él se trata -dijo Winston.

-¿Y qué me dice que ha hecho? -preguntó el presidente.

Mark Gant puso su ordenador encima de la mesa del presidente. Tenía detrás a un agente del Servicio Secreto que no le quitaba ojo a ninguno de sus movimientos. En esta ocasión, Gant se lo tomó con calma porque Roger Durling, a diferencia de Ryan, Fiedler y del gobernador del Banco Central, no entendía mucho de aquello. No obstante, sabía escuchar y sólo lo interrumpía con preguntas oportunas, tomaba notas y, en tres ocasiones, le rogó que le repitiera parte de lo que acababa de decir. Cuando Gant hubo terminado, Durling miró al ministro del Tesoro.

-¿Buzz?

-Necesito que nuestros expertos verifiquen la información independientemente...

-Eso no será difícil -terció Winston-. Todas las sociedades de inversiones importantes tienen archivos idénticos a los nuestros. Mis expertos pueden ayudarlos a organizar el material.

-¿Y si es cierto, Buzz?

-En tal caso, señor presidente, se trataría de una situación que cae más en la órbita del doctor Ryan que en la mía -contestó llanamente el ministro.

Aunque ello representase cierto alivio para Fiedler, era evidente que estaba indignado por la magnitud de lo ocurrido. Los dos personajes ajenos a la política que estaban allí, en el despacho Oval, no podían comprender hasta qué punto era grave.

Ryan trataba de concentrarse. Las ideas se agolpaban en su cerebro. Apenas prestó atención a la repetición de la explicación que Gant tuvo que hacer ante el presidente sobre el cómo de lo ocurrido. Aunque la exposición de Mark ante Durling fue más clara, y más detallada, que en las dos ocasiones anteriores (estaba claro que Mark Gant hubiese sido un magnífico profesor de una facultad de ciencias económicas), los aspectos importantes los tenía el consejero de Seguridad Nacional grabados en la mente. Sabía ya el cómo. Y era muy revelador. Se trataba de un plan primorosamente concebido y ejecutado. La coincidencia en el tiempo, del acoso y derribo de Wall Street y el doble ataque a los portaaviones y a los submarinos, no fue casual. Respondía a un plan perfectamente sincronizado. Y sin embargo era un plan que la red de espías rusa no descubrió. No podía quitárselo de la cabeza.

Su red está infiltrada en el gobierno japonés. Probablemente, está concentrada en su aparato de seguridad. Pero esa red ha sido incapaz de alertar respecto al lado militar de la operación, y Serguei Nicolaievich no relacionaba aún lo de Wall Street con las acciones navales.

Olvídate de modelos teóricos, Jack, se dijo. Olvídate de paradigmas. Entonces empezó a verlo más claro.

-Por eso no se han enterado -dijo Ryan casi para sí mismo. Era como andar a tientas por la niebla. Llegaba uno a un claro y se encontraba con otro denso velo.

-No ha sido en absoluto su gobierno -añadió Ryan-. Han sido Yamata y los demás. Por eso querían reactivar CARDO.

Ninguno de los presentes tenía ni la menor idea de a qué se refería Jack.

-¿Qué es eso? -preguntó el presidente.

Jack miró a Winston y a Gant y meneó la cabeza.

-¿De manera que todo responde a un plan? -añadió Durling.

-Sí, señor, pero aún no lo conocemos en toda su dimensión.

-¿Qué quiere decir? -exclamó Winston-. ¿Que nos hacen papilla, provocan una ola de pánico mundial y me dicen que aún hay más?

-¿Con qué frecuencia ha viajado usted allí, George? -preguntó Ryan, más que nada para información de los demás.

-¿En los últimos cinco años? Supongo que un promedio de una vez al mes. Mis nietos todavía podrán utilizar el kilometraje gratuito por viajes frecuentes.

-¿Con qué frecuencia se ha reunido con funcionarios del gobierno de allí?

-Uff. Tienen un enjambre. Pero apenas pintan nada -dijo Winston encogiéndose de hombros.

-¿Por qué? -preguntó el presidente.

-Mire, señor, allí funciona así: hay unas veinte o treinta personas que son quienes de verdad dirigen. Y Yamata es el verdadero pez gordo. El MICI es como una coordinadora entre los zaibatsu y el gobierno. Además, es una práctica corriente untar a base de bien a los funcionarios electos. Es una de las cosas de las que se vanagloriaba Yamata cuando negociamos mi cesión de la dirección del grupo. En una fiesta coincidí con dos ministros y un grupo de funcionarios. No puede ni imaginar cómo les hacían la pelota a los financieros.

Winston se dijo que hubo una época en que le pareció que ésa era una conveniente actitud por parte de los funcionarios electos. Pues... ya veía.

-¿Puedo hablar sin reservas? -preguntó Ryan-. Quizá sea conveniente que ellos den su opinión.

-¿Qué tal se le da a usted guardar secretos, mister Winston? -preguntó Durling tranquilamente.

El financiero no pudo evitar echarse a reír.

-Mientras no me denuncien por información privilegiada... de acuerdo. A mí nunca me han llamado al orden ni una sola vez los del Fondo de Garantía de Depósitos. Y no quisiera que fuese la primera.

-En esto quedará bajo la Ley de Espionaje. Estamos en guerra con Japón. Nos han hundido dos submarinos e inutilizado dos portaaviones -dijo Ryan, con lo que el ambiente que se respiraba en el despacho cambió por completo.

-¿Lo dice usted en serio? -preguntó Winston.

-Tan en serio como que han muerto doscientos cincuenta marineros: los tripulantes de los submarinos Ashville y Charlotte. Además, han ocupado las Marianas. Aún no sabemos si estamos en condiciones de recuperarlas. Tenemos a más de diez mil compatriotas en Japón que son rehenes potenciales, además de la población de las islas, y de personal militar bajo custodia japonesa.

-Pero los medios informativos...

-Por increíble que pueda parecer, aún no se han enterado -explicó Ryan-. Quizá porque lo consideren un disparate.

Winston puso cara de asombro. Tardó unos segundos en reaccionar.

-Nos destrozan la economía sin que nosotros tengamos la voluntad política de... ¿Había intentado alguien antes algo semejante?

-No, que yo sepa -contestó el consejero de Seguridad Nacional.

-Pero para nosotros el verdadero problema es éste. Ese cabrón -comentó George Winston.

-¿Cómo podemos solucionarlo, mister Winston? -preguntó el presidente Durling.

-No lo sé. La maniobra con la Depository Trust Company ha sido muy brillante. La maniobra para apoderarse de mi grupo fue muy astuta. El ministro Fiedler podría salir al paso de todo el tinglado con nuestra ayuda -dijo Winston-. Aunque, sin archivos, tenemos las manos atadas. Tengo un hermano médico y me contó que, en una ocasión...

Ryan parpadeó. Se quedó tan perplejo ante lo que acababa de recordar que no escuchó el resto. ¿A qué venía eso?

-Anoche nos dieron el cálculo del tiempo que precisan -dijo el gobernador del Banco Central-. Una semana. Y no tenemos una semana. Esta tarde tenemos una reunión con los directores de las entidades importantes. Vamos a intentar...

El problema radica en que no hay archivos, pensó Jack. Todo está paralizado porque no hay archivos que permitan saber a cada cual lo que tiene, de cuánto dinero dispone...

-Europa también está paralizada...

Era Fiedler quien hablaba ahora, mientras Ryan miraba a la alfombra.

-Lo que no se escribe es como si no existiera -dijo Jack de pronto.

La conversación se detuvo y Jack se percató de que lo miraban como si acabase de poner el huevo de Colón.

-¿Qué? -preguntó el gobernador del Banco Central.

-Mi esposa... Eso dice ella. Si no lo escribe uno es como si no existiera.»

Jack Ryan miró en derredor y se percató de que aún no lo entendían. Lo que no tenía nada de extraño, porque tampoco él acababa de verlo claro.

-Ella también es médico, George. Del hospital Hopkins, y siempre va a todas partes con su condenado bloc de notas. No hace más que pararse en seco para sacarlo y anotar lo que sea, porque no se fía de su memoria.

-Mi hermano es igual. Siempre lleva uno de esos aparatitos electrónicos -dijo Winston, que de pronto puso unos ojos como platos-. A ver, a ver... Siga.

-No hay archivos. No hay constancia oficial de ninguna transacción, ¿verdad que no?

-No -contestó Fiedler-. La Depository Trust Company falló totalmente. Y, como les he dicho, se tardará...

-Olvídese de eso. No tenemos ese tiempo, ¿verdad?

-No, ni tampoco podemos detenerlo -replicó el ministro, visiblemente abatido.

-Por supuesto que podemos -dijo Ryan mirando a Winston-. ¿No cree usted?

El presidente Durling seguía el diálogo como un espectador en un partido de tenis. La tensión de la situación terminó por hacerlo estallar.

-¿De qué coño hablan ustedes?

Ryan lo veía ya casi todo claro y se volvió hacia el presidente.

-Señor, es muy sencillo. Decimos que no existe. Decimos que después de las doce, cero, cero del viernes las operaciones, simplemente, se detuvieron. Lo que falta saber es si es admisible. ¿Lo es? -preguntó Jack, aunque sin darle a nadie la oportunidad de contestar-. ¿Por qué no? ¿Por qué no vamos a poder hacerlo? No hay archivos que prueben que no es cierto. Nadie puede demostrar que se ha producido una sola operación desde mediodía del viernes, ¿verdad que no?

-Con la cantidad de dinero que todos han perdido... -dijo Winston, que ya había captado la idea- sonará a música celestial. O sea, que lo que propone es que partamos del viernes, quizá; del viernes a mediodía... y dejar sin efecto la semana posterior, ¿no?

-Pero nadie va a tragar -comentó el gobernador del Banco Central.

-Se equivoca -dijo Winston meneando la cabeza-. Creo que Ryan da en el clavo. En primer lugar, no les queda más remedio que creerlo. No puede uno operar... Ni una sola operación se puede hacer sin que quede por escrito. De manera que nadie puede probar que hizo tal transacción sin esperar a la reconstrucción de los archivos de la DTC. En segundo lugar, la mayoría de las personas recurrió a hipotecarios, sociedades de inversiones, bancos, y todos van a querer una segunda oportunidad. Y ya lo creo que tragarán. ¿Cómo lo ve usted, Mark?

-¿Montarnos en la máquina del tiempo y repetir el viernes? -dijo Gant con una sonrisa que empezó amarga y terminó radiante-. ¿Dónde firmamos?

-No podemos hacer eso con todo; no con todas las operaciones -objetó el gobernador del Banco Central.

-Cierto -admitió Winston-. Las operaciones con bonos del Tesoro quedan fuera de nuestro control. Pero lo que sí podemos hacer es hablar con los bancos centrales europeos, mostrarles lo que ha ocurrido y, entonces, todos unidos...

-¡Claro que sí! -exclamó Fiedler-. ¡Y que se deshagan de los yens y compren dólares! Nuestra divisa recuperará posiciones y la suya caerá. Los otros bancos asiáticos considerarán entonces la conveniencia de invertir su postura. Creo que los bancos centrales europeos nos secundarán.

-Tendrán que mantener ustedes alto el tipo de descuento -dijo Winston-. Nos castigará un poco, pero es mucho mejor que bajarlo. Si mantienen el tipo alto, la gente dejará de desprenderse de los bonos del Tesoro. Tenemos que provocar un ataque al yen de las mismas proporciones que su ataque al dólar. A los europeos les gustará eso, porque limitará la capacidad japonesa para especular con sus acciones, como empezaron a hacer ayer.

Winston se levantó de la silla y empezó a pasear de uno a otro lado como tenía por costumbre. Ignoraba que con ello rompía el protocolo de la Casa Blanca. El presidente no le hizo la menor observación al respecto, aunque los dos agentes del Servicio Secreto no le quitaron ojo al financiero. Se le notaba muy en situación, como si tratase de abarcar con la mente todo el panorama y descubrir las grietas y las fallas. Los tuvo pendientes de su dictamen durante dos minutos.

-Doctor Ryan -dijo al fin Winston-, si algún día opta por volver al sector privado, tenemos que hablar. Señores: esto funcionará. Es de un descaro increíble, pero puede que incluso eso juegue a nuestro favor.

-¿Qué ocurrirá entonces el viernes? -preguntó Jack.

-Que la Bolsa se desplomará.

-Vaya. ¿Y qué tiene eso de gracioso? -preguntó el presidente.

-Pues que entonces, señor -prosiguió Gant-, rebotará después de una caída en el índice Dow Jones, que calculo en unos doscientos puntos, y cerrará... ¿a cuánto? A menos cien, o puede que incluso menos. El lunes siguiente todo el mundo recobrará el aliento. Muchos se

lanzarán a la caza de gangas. Probablemente, la mayoría seguirán nerviosos. El índice volverá a caer, quizá otros cincuenta puntos, y el resto de la semana, la Bolsa recobrará su pulso normal. Calculo que, al otro viernes, la Bolsa se habrá estabilizado a unos ciento cincuenta puntos por debajo del nivel que tenía el viernes a las doce cero cero. Esta caída es inevitable a causa de la medida del Banco Central con el tipo de descuento, pero ya estamos acostumbrados a estas sacudidas en Wall Street.

Sólo Winston se percataba plenamente de la ironía que entrañaba el hecho de que Gant anticipase lo que ocurriría casi al milímetro. Ni siquiera él lo hubiese hecho mejor.

-Estas caídas y estos dientes de sierra son como ataques de hipo, pero de ahí no pasan -añadió Mark Gant.

-¿Y Europa? -preguntó Ryan.

-Allí lo tienen un poco más crudo, porque no están tan bien organizados, pero sus bancos centrales, en cambio, tienen algo más de poder -dijo Gant-. Aparte de que sus gobiernos tienen mayor capacidad para influir en el mercado. Es un arma de doble filo, aunque el resultado vendrá a ser el mismo. Tiene que ser forzosamente así, a menos que todos hayan firmado un pacto de suicidio colectivo. Y en el mundo financiero no mola eso mucho.

-¿Cómo lo vendemos? -preguntó Fiedler.

-Reunimos a los directores de las entidades más importantes lo antes posible -contestó Winston-. Puedo ayudarlos si quieren. Me escuchan bastante.

-¿Jack? -dijo el presidente.

-Sí, señor. Y hay que hacerlo en seguida.

Roger Durling reflexionó durante unos momentos antes de dirigirse al agente del Servicio Secreto, que estaba junto a su mesa.

-Dígales a los marines que traigan mi helicóptero. Y que un aparato de las Fuerzas Aéreas caliente motores para ir a Nueva York.

-No es necesario, señor presidente, yo tengo mi propio aparato -dijo Winston casi cohibido.

-Hágame caso, George. Que los de las Fuerzas Aéreas son mucho mejor. Ya puede estar seguro.

Durling se levantó y les estrechó la mano a todos antes de que los agentes del Servicio Secreto los condujesen a la planta inferior y luego al ala sur, a aguardar al helicóptero que los llevaría a Andrews. Ryan se quedó allí.

-¿Cree de verdad que funcionará? ¿Podemos arreglarlo tan fácilmente? -preguntó el presidente.

Porque el político desconfiaba de toda mágica receta. Ryan se percató de sus dudas y procuró contestar del modo más aséptico.

-Debería funcionar. Todo el mundo necesita que haya actividad y querrán que funcione. El factor crucial es que se percaten de que el crash fue deliberado. Que fue, por lo tanto, algo artificial y, si se convencen de que ha sido algo artificial, es más fácil que todos acepten una medida irregular para arreglarlo.

-Ya veremos -dijo Durling-. ¿Qué revela eso respecto de la actitud de Japón?

-Pues que no es su gobierno el que ha provocado la crisis, lo cual es, por un lado, positivo, y por otro, negativo. Es positivo en el sentido de que el plan carecerá de suficiente coordinación a todos los niveles, porque el pueblo japonés no sabe de qué va, y porque puede haber miembros del gobierno que no estén muy de acuerdo con la iniciativa.

-¿Y el lado negativo?

-Que seguimos sin saber cuál es el objetivo último. Es evidente que el gobierno hace lo que le mandan. Tienen una sólida posición estratégica en el Pacífico occidental, y nosotros seguimos sin saber qué hacer. Lo más importante es que...

-Tienen armas nucleares -lo atajó el presidente-. Ésa es su baza. Nosotros nunca nos hemos enfrentado a nadie que tenga armas nucleares, ¿no?

-No, señor. Eso también es una novedad.

Clark se limitó a echar una ojeada y ladeó a su vez el monitor. -Vamos, Yevgeniti Pavlovich, envía ya el artículo.

Ding borró el diálogo de la pantalla y conectó el modem al teléfono. Segundos después ya habían enviado el despacho. Luego, los dos agentes se miraron. Había resultado una jornada bastante productiva.

Por una vez, los horarios no podían ser más convenientes: eran las 0.08 en Tokio, las 18.08.00 en Moscú, y las 10.08.00 en Langley y en la Casa Blanca. Jack acababa de volver a entrar en su despacho, después de dejar el del rincón opuesto del ala oeste, y oyó sonar su teléfono de seguridad.

-Sí.

-Soy Ed. Acabamos de recibir algo importante de nuestros agentes en Japón. Ya pasa el fax. Envía copia a Serguei también.

-De acuerdo. No me muevo de aquí -dijo Ryan a la vez que pulsaba la tecla del fax.

Clark y Chávez cursaron su siguiente transmisión desde Tokio poco después de la medianoche. En esta ocasión fue Ding quien redactó el borrador del artículo. A John ya no se le ocurría nada interesante que comentar acerca de Japón. Como Chávez era más joven, escribió un artículo más ligero, acerca de la juventud y de sus actitudes. Aunque sólo fuese una tapadera, había que aplicarse y estaba claro que Ding aprendió a redactar bastante bien en la Universidad George Mason.

«¿Región Septentrional de Recursos?» John tecleó la pregunta, que apareció en la pantalla del monitor que tenían encima del carrito. Chávez ladeó el aparato.

Tenía que haberlo visto antes. Está en uno de los libros que dejamos en Seúl, manito. Indonesia pertenecía a los Países Bajos. Era la Región de Recursos Meridional después de la segunda pifia mundial. ¿Por qué no se aplica a ver cuál era la Septentrional?

Winston no era un hombre fácilmente impresionable. La versión VC-20 del minirreactor Gulfstream-III era tan confortable como su avión particular. Los asientos y la alfombra no eran tan lujosos, pero los instrumentos de comunicaciones eran tan formidables que podían hacer feliz incluso a un tecnómano como Mark, se dijo George.

Mientras sus dos acompañantes de mayor edad aprovechaban para echar una cabezada, observó el trajín de la tripulación, que no era muy distinta a la de su aparato. Aunque Ryan tenía razón. Ver las insignias militares en sus hombreras infundía tranquilidad.

A los tres minutos, el reactor estaba ya en el aire, rumbo norte, hacia el aeropuerto neoyorquino de La Guardia, con la ventaja de que ya habían cursado una orden de prioridad absoluta, lo que les ahorraría quince minutos. Oyó que un sargento, que se hallaba frente a la consola de comunicaciones, cursaba instrucciones para que un coche del FBI los esperase en la terminal. Sin duda, el FBI debía de llamar, en aquellos momentos, a todo aquel que tuviese algún peso en los mercados financieros, para una reunión en la sede de Nueva York. Qué sorprendente era, pensó, ver actuar al gobierno de un modo eficiente. Lástima que no lo hiciesen siempre así.

Mark Gant no prestaba atención a nada de todo esto. Estaba enfrascado con su ordenador, preparando lo que él llamaba el pliego de cargos. Tardarían unos veinte minutos en imprimirle los gráficos en papel de acetato para poder pasarlos por un proyector, algo que en el FBI debían de estar equipados para hacer, confiaban ambos. A partir de ahí... ¿quién expondría la información? Probablemente yo, pensaba Winston. Dejaría que Fiedler y el gobernador del Banco Central propusiesen la solución. Era lo justo. Al fin y al cabo, fue un miembro del gobierno quien dio con la fórmula.

Brillante, se dijo George Winston con una risa ahogada, de pura admiración. ¡Cómo no se le habría ocurrido a él! ¿De qué otro modo...?

-Tome nota, Mark. Tendríamos que convocar a los gobernadores de los bancos centrales europeos para que vengan aquí a verlo. No creo que sea un asunto para despacharlo por teleconferencia.

-Tendremos que llamar nada más aterrizar, George -dijo Gant mirando el reloj-. Si nos sincronizamos bien, hay tiempo. Con los vuelos nocturnos a Nueva York... Si. Estarían aquí por la mañana. Probablemente podamos coordinarlo para que se reanuden las sesiones el viernes en las Bolsas, como si tal cosa.

-Se lo diremos cuando hayamos aterrizado -dijo Winston mirando a cola-. Creo que ahora mismo lo que más necesitan es dormir un poco.

-Funcionará, George -asintió Gant-. Ese Ryan es un lince, ¿verdad?

Era uno de esos momentos para tomárselo con calma, se dijo Jack. Casi le extrañaba que su teléfono no hubiese sonado aún, aunque, bien pensado, Golovko debía de estar leyendo el mismo despacho, examinaría un mapa idéntico al suyo y se recomendaría, también, reconsiderar las cosas con toda la calma que las circunstancias aconsejaban.

Las piezas empezaban a encajar. Es decir, casi todas. «Región Septentrional de Recursos» tenía que significar Siberia oriental. La expresión «Región Meridional de Recursos», tal como Chávez indicaba en su informe, fue en el pasado la utilizada por el gobierno japonés, en 1941, para referirse a las Indias Occidentales Holandesas. Por entonces, su principal objetivo estratégico era el petróleo, la materia prima más básica para una armada y, en la actualidad, la materia prima más importante para cualquier país industrializado, energía para hacer funcionar la maquinaria económica.

Japón era el mayor importador mundial de petróleo, pese a sus denodados esfuerzos para apoyarse, cada vez más, en las centrales eléctricas movidas por energía nuclear. Aparte de que Japón tenía que importar muchas otras cosas. Lo único que poseía en abundancia era carbón. Los superpetroleros eran, básicamente, un invento japonés, al objeto de transportar el petróleo con mayor eficacia desde los campos del golfo Pérsico a las refinerías japonesas. Pero necesitaban otras muchas cosas y, al ser una nación insular, todos esos productos tenían que llegarle por mar. Y la flota japonesa era pequeña, demasiado pequeña para garantizar la seguridad de las rutas mercantes.

Por otro lado, Siberia oriental era el único territorio que quedaba en la Tierra del que no se había hecho un estudio geológico y topográfico a fondo, algo que Japón realizaba entonces, y las rutas marítimas desde el continente eurasiático a Japón... ¿Por qué no «echar por el mar de en medio» y construir un túnel submarino para una línea de ferrocarril?, se preguntó Ryan.

Pero había un problema. Japón ya tuvo que apurar al máximo su capacidad para lograr lo que había conseguido, pese a lo muy disminuido que estaba el poderío militar norteamericano y a que había un colchón, de nada menos que ocho mil kilómetros, de aguas del Pacífico entre el continente americano y las islas. La capacidad militar rusa estaba aún más mermada que la americana, pero una invasión era algo más que una medida política. Era una agresión contra un pueblo, y los rusos no habían perdido su orgullo. Los japoneses tenían armas nucleares, que podían lanzar con cohetes balísticos intercontinentales, que ni rusos ni americanos poseían ya. Pero los rusos tenían bombarderos, fortalezas volantes y misiles submarinos, todos ellos equipados con armas nucleares, bases cercanas a Japón, y la voluntad política de utilizarlas. Debían de contar con algún otro factor, se dijo Jack sin dejar de mirar el mapa. Entonces cogió el teléfono y pulsó una tecla rápida.

-Almirante Jackson.

-¿Robby? Soy Jack. He de hacerte una pregunta.

-Tú dirás.

-Me dijiste que uno de nuestros agregados de la Embajada de Seúl tuvo una pequeña charla con...

-Si. Le dijeron que se estuviese quietecito y aguardase acontecimientos -le contestó Jackson.

-¿Qué le dijeron exactamente los coreanos?

-Le dijeron... Espera a ver. Es sólo media página, y la tengo por aquí. No cuelgues.

Jack oyó que se abría un cajón, que probablemente Jackson tendría cerrado con llave.

-Mira, te lo resumo: se trata de una decisión política y no militar. Hay muchos aspectos a considerar. Preocupación porque los japoneses pudieran cerrar sus puertos al tráfico comercial. Preocupación por invasión. Aislamiento...

-¿Cuál es su potencial militar? -preguntó Jack. -Lo tengo también por aquí.

-A grandes trazos -le dijo Ryan.

-Algo más potente que Japón. Han reducido efectivos desde la unificación, pero lo que tienen es bueno. Casi todo, armamento norteamericano. Los adiestramos nosotros. Sus fuerzas aéreas son bastante buenas. He participado en maniobras con ellos y...

-¿Si fueses un general coreano, hasta qué punto temerías a Japón?

-Tendría precaución -repuso el almirante-. Miedo no, pero precaución sí. No olvides que no les gustan mucho los japoneses.

-Lo sé. Envíame copias del informe de ese agregado y de la evaluación de las Fuerzas Aéreas coreanas.

-De acuerdo.

Jack llamó a la CIA nada más colgar. Mary Pat no se podía poner y lo cogió su esposo. Ryan no se andó con rodeos.

-¿Se ha recibido algún informe de nuestros agentes en Seúl, Ed?

-Los coreanos parecen estar muy nerviosos. No hay mucha cooperación. Tenemos un montón de amigos en los Servicios de Inteligencia coreanos, pero no sueltan prenda. Les falta sentido político.

-¿Se advierte allí alguna novedad importante?

-Pues... sí -contestó Ed Foley-. Sus Fuerzas Aéreas están algo más activas. Como sabes, delimitaron una zona de ejercicios en la región septentrional del país, y de lo que no cabía duda es de que realizan unas maniobras conjuntas no previstas. Tenemos algunas tomas de los satélites.

-¿Y qué hay de Pekín? -preguntó Ryan.

-Nada en absoluto. China se mantiene totalmente al margen de esta movida. No quieren saber nada del asunto. No afecta para nada a sus intereses. No los preocupa.

-¿De verdad, Ed? -dijo Jack.

-Bueno, claro. Preocuparlos los preocupará... ¡Arrea...!

Jack sabía que jugaba con él con ventaja. Tenía en aquellos momentos más información que nadie, y el análisis de varias lumbreras.

-Es que nos hemos hecho con ciertos datos. Haré que os los manden en seguida. Quiero que estéis aquí a las dos y media, para una sesión de exprimida de coco.

-Ahí estaremos -le prometió el adjunto-consorte de la CIA.

Lo tenía delante de sus narices, en el mapa. Estaba visto que lo que uno necesitaba era información adecuada y un poco de tiempo.

Corea no era país que se dejase intimidar por Japón, que, ciertamente, dominó a los coreanos durante cincuenta años en este siglo, y el recuerdo que había dejado no era muy feliz. Tratados como siervos por sus conquistadores, los detestaban hasta el punto de que no había medio más rápido de jugarse la vida que llamarle japonés a un coreano. Era más que antipatía. Con una economía coreana creciente, y en competencia con la japonesa, la ojeriza era mutua. Con todo, lo que subyacía era una cuestión racial. Aunque Corea y Japón fuesen pueblos de un mismo origen genético, los japoneses consideraban a los coreanos de manera parecida a como Hitler consideraba a los polacos. Los coreanos, además, tenían experiencia bélica reciente. Enviaron dos divisiones completas a Vietnam, y había creado un formidable ejército propio para defenderse de la ya fenecida locura del norte. La que fuera una deprimida

colonia japonesa, era ahora un país fuerte y muy, muy orgulloso. De manera que, ¿qué podía haberlos amedrentado tanto como para no hacer honor a sus compromisos con los Estados Unidos?

Desde luego, Japón no. Corea tenía poco que temer de un ataque directo. Japón difícilmente podía utilizar armas nucleares contra Corea. Porque los vientos dominantes en la región le devolverían la lluvia radiactiva.

Pero con el norte de Corea limitaba la nación más poblada del mundo, con el ejército regular más numeroso. Y eso sí que bastaba para asustar a los coreanos, y a cualquiera.

Japón necesitaba, y sin duda quería, acceso directo a materias primas. Tenía una economía formidable y plenamente desarrollada, mano de obra altamente cualificada y tecnología punta. Su población, en cambio, era relativamente pequeña en proporción a su poderío económico.

China tenía una población enorme, aunque no tan cualificada; una economía en rápido desarrollo, falta todavía de la suficiente tecnología. Y, al igual que Japón, China necesitaba mejores accesos a las materias primas.

Y justo al norte de China y de Japón se hallaba la región en la que se encontraban, sin explotar, los más fabulosos tesoros del mundo.

La ocupación de las Marianas impediría o, por lo menos, obstaculizaría la aproximación a la zona de interés de la principal arma estratégica de los Estados Unidos: su Armada. La única alternativa para proteger Siberia era hacerlo por el oeste, a través de Rusia, al objeto de aislarla de toda ayuda. China tenía su propia capacidad nuclear para disuadir a Rusia, y un ejército superior para consolidar la conquista. Era una jugada fuerte, sin duda, pero con las economías americana y europea en la ruina, incapaces de ayudar a Rusia, sí tenía sentido estratégico. Guerra total.

El plan táctico-estratégico no era nuevo. Primero se debilita al enemigo fuerte y luego absorbes al débil. Exactamente lo mismo que intentaron en 1941-1942. El objetivo estratégico japonés no fue nunca conquistar América sino debilitarla lo bastante como para hacer del reconocimiento de las conquistas japonesas en el sur una necesidad política. Muy sencillo, en realidad, se dijo Ryan. Sólo había que descifrar el código.

Entonces sonó el teléfono; la línea 4.

-Hola, Serguei -dijo Ryan.

-¿Cómo ha sabido que era yo? -preguntó Golovko.

Jack pudo haberle contestado que la línea 4 la había dejado para uso exclusivo de los rusos, pero no lo hizo.

-Porque acaba usted de ver lo mismo que yo.

-A ver, a ver, ¿cómo es eso?

-Creo que son ustedes su objetivo, Serguei Nicolaievich. Probablemente para el año próximo -dijo Ryan en un tono desenfadado, exultante aún después de su descubrimiento, algo que siempre satisface, con independencia de la naturaleza del mismo.

-Antes. En otoño, presumo yo. La climatología les será entonces más favorable. ¿Podrán ayudarnos, Iván Emmetóvich? Es decir... más claro: ¿querrán ayudarnos?

-Una alianza, al igual que una amistad, es siempre cosa de dos -contestó Jack-. Usted ha de contar con su presidente. Y yo con el mío.

32. Informe especial

Como oficial que una vez ansiara el mando de un barco como aquél, el capitán Sánchez se alegraba de haberse quedado a bordo, en lugar de volar con su caza a la base aeronaval de Barbers Point. Hicieron falta seis remolcadores para llevar al John Stennis hasta el dique de carena.

Iba a bordo un centenar de técnicos, y llegaron otros cincuenta de los astilleros de Newport, que bajaron a la sala de máquinas a evaluar los daños.

Había camiones alineados en todo el perímetro del dique de carena, con centenares de marineros y de empleados civiles de los astilleros, como médicos asomados a los ventanales del quirófano, imaginó Bud, listos para la disección.

Mientras el capitán Sánchez observaba, dos grúas levantaron sendas plataformas móviles, probablemente para posarlas en la cubierta de vuelos. Ni siquiera se había cerrado aún la verja por la que entraron las grúas. Por lo visto, tenían mucha prisa.

-¿Capitán Sánchez?

Era un cabo de la Armada que, tras saludarlo, le entregó un mensaje.

-Me han ordenado decirle que acuda de inmediato a la Comandancia, señor.

-Esto es un verdadero disparate -dijo el síndico de la Bolsa de Nueva York.

Sus palabras fueron las primeras que se oyeron en la conferencia, convocada en la sala de reuniones de la sede neoyorquina del FBI. Tenía todo el aspecto de sala de un tribunal, con asientos para más de un centenar de personas. Estaba medio vacía. La mayoría de los presentes eran funcionarios del gobierno de distintos departamentos, aunque casi todos del FBI y del Fondo de Garantía de Depósitos, que trabajaban conjuntamente sobre el crash del viernes. La primera fila estaba llena de directores de las sociedades de inversiones más importantes y de presidentes de entidades bancarias.

George acababa de exponerles su versión de lo ocurrido la semana anterior, con la ayuda de un proyector para ilustrarlo con gráficos. Lo expuso con lentitud, ante la evidente fatiga que afectaba a todos y que podía entorpecer la comprensión de lo que decía.

El gobernador del Banco Central acababa de entrar, después de hacer sus llamadas a Europa. Les hizo a Winston y a Fiedler una seña alzando ambos pulgares. Optó por sentarse en la fila de atrás, por el momento.

-Será un disparate, pero es lo que ha ocurrido.

-Pues muy bien -dijo el síndico tras unos instantes de reflexión. Con lo que quería decir que de muy bien nada de nada, como todo el mundo entendió.

-Seguimos empantanados y rodeados de cocodrilos. No creo que podamos mantenerlos alejados mucho tiempo más.

En eso estaban de acuerdo. Y a los que se sentaban en la primera fila los sorprendió ver sonreír a su antiguo colega.

-¿Por qué no les da usted la buena noticia, Buzz? -le dijo Winston al ministro del Tesoro.

-Señoras y señores: hay solución -dijo Fiedler con firmeza.

Durante los sesenta segundos siguientes, sus palabras produjeron un silencio absoluto, de pura incredulidad. Los financieros ni siquiera intercambiaron miradas. Pero aunque no se sintiesen inclinados a aprobar lo que oían, tampoco objetaban, pese a que estuvieron un buen rato -que se hizo interminable- sopesando los pros y los contras.

Como era previsible, el primero en tomar la palabra fue el director gerente de Cummings, Carter y Cantor. La CCC feneció a las 3.15.00 del pasado viernes, atropellada al meterse en dirección contraria, exangüe de reservas de liquidez, tras la denegación de auxilio por parte de Merrill Lynch en una decisión que, a fuera de sinceros, el director gerente de la CCC no podía reprochar.

-¿Es legal? -preguntó.

-Ni el ministerio de Justicia de los Estados Unidos ni el Fondo de Garantía de Depósitos considerarán que su cooperación quebrante ninguna ley -contestó Fiedler-. Sí diré que cualquier intento de aprovecharse de la situación será tratado con la mayor dureza. Si actuamos concertadamente, las leyes antitrust y otras consideraciones se dejarán a un lado, en interés de la seguridad nacional. Esto es irregular, y así lo expongo ante ustedes. Constancia de ello queda. Señoras y señores, esto es lo que se propone y lo que les comunica el gobierno de la nación.

Joder..., pensó el congregado colectivo. Sobre todo, quienes ejercían el oficio de servidores de la ley.

-Todos ustedes saben lo que nos ocurrió en la CCC -dijo el director que, al mirar en derredor, empezó a ver mitigado su escepticismo-. No tengo alternativa en esto. Tendré que aceptarlo.

-Quisiera hacer un comentario -dijo el gobernador del Banco Central, que se levantó y se acercó a la primera fila-. Acabo de hablar con los gobernadores de los bancos centrales de Gran Bretaña, Francia, Alemania, Suiza, Bélgica y Países Bajos. Salen en avión para acá esta noche. Nos reuniremos aquí mismo, mañana por la mañana, para concertar un plan al objeto de que también ellos colaboren en la solución. Vamos a estabilizar el dólar. Vamos a normalizar el mercado de bonos del Tesoro. La banca norteamericana no va a salir quebrantada. Voy a proponer al Comité de Disciplina del Mercado que todo aquel que conserve los bonos USA (es decir, que los renueve a tres y a seis meses para un nuevo ciclo) reciba una prima de cincuenta enteros del nominal, como recompensa por ayudar al Estado a salir de esta situación. La misma prima concederemos a aquel que compre bonos del Tesoro en los diez días siguientes a la reapertura de las Bolsas.

Buena jugada, pensó Winston. Muy buena jugada. La medida atraería dinero extranjero a Estados Unidos, lo desviaría de Japón y fortalecería de verdad el dólar... a la vez que atacaba al yen. Los bancos asiáticos, que se lanzaron a vender dólares, iban a recibir un severo escarmiento. Que hablando se entiende la gente, ¿no?

-No se puede hacer sin un decreto -objetó un experto en bonos.

-Lo tendremos, impreso, del viernes en una semana. De momento, éste es el dictamen del gobernador del Banco Central, con la aprobación y el apoyo del presidente de los Estados Unidos -replicó el gobernador.

-Nos salvan la vida -dijo Winston paseando frente a la barandilla de la primera fila-. Hemos sido objeto de un ataque para hundirnos. Han tratado de liquidarnos. Pero parece que tenemos aquí muy buenos médicos. La enfermedad durará aún un poco, pero a fines de la semana que viene estaremos bien.

-¿El viernes a mediodía, no? -preguntó el síndico.

-En efecto -contestó Fiedler.

El ministro lo miró con fijeza, a la espera de su reacción. El síndico reflexionó todavía unos instantes y luego se levantó.

-Cuenten con la plena colaboración de la Bolsa de Nueva York -dijo al fin.

El prestigio del síndico de la Bolsa de Nueva York bastó para disipar cualquier duda. Era absolutamente necesaria la colaboración plena, pero la rapidez en la toma de decisiones era vital. Y a los diez segundos los mentores del mundo financiero estaban de pie, sonrientes y ya con la mente puesta en volver a abrir la tienda.

-Hasta nueva orden no vamos a volver a utilizar programas financieros en los ordenadores -dijo Fiedler-. Esos expert systems por poco acaban con nosotros. El viernes será un día de vértigo, poniéndonos en lo mejor. Queremos que la gente utilice su cerebro y no los sistemas «Nintendo».

-De acuerdo -dijo nada menos que el síndico de la NASDAQ, la más informatizada de las Bolsas.

-La verdad es que hemos de reconsiderar la utilización de esos trastos -dijo Merrill Lynch pensativo.

-Nos coordinaremos a través de esta oficina. Reflexiónenlo todo bien -les dijo el gobernador del Banco Central-. Si se les ocurre algo para hacer esta transición más suave, comuníquenlo en seguida. Volveremos a reunirnos a las seis. Señoras y señores, estamos en el mismo barco. Durante la próxima semana dejaremos de ser competidores. Seremos miembros del mismo equipo.

-Tengo aproximadamente un millón de inversionistas que confían en mi sociedad -les recordó Winston-. Algunos de ustedes tienen aún más. No lo olvidemos.

No había nada como apelar a la honorabilidad. Era una virtud que todos valoraban, incluso quienes no la tenían. Fundamentalmente, la honorabilidad era una deuda, una pauta de comportamiento, una promesa, algo en el interior de cada persona que se le debía a los demás, a quienes la veían en uno. Los que se encontraban en aquella estancia querían que los demás los viesen como personas dignas de respeto y de confianza; como gentes de honor. Un concepto utilísimo, pensó Winston, sobre todo en tiempos borrascosos.

¡Lo que queda!, pensó Ryan. Aunque fuese uno mismo quien lo plantease así: primero resolvía uno lo facilito y dejaba los huesos duros de roer para el final.

Ahora se trataba más de evitar la guerra que de hacerla, aunque lo segundo formase parte de lo primero.

El control de Siberia oriental, por parte de Japón y de China, tendría el efecto de crear un nuevo... ¿qué? ¿Un nuevo Eje? Puede que no eso exactamente. Aunque, desde luego, sí una nueva locomotora económica; un rival de Estados Unidos en todos los órdenes. Daría a Japón y a China una enorme ventaja competitiva en términos económicos.

Esto no era en sí, ni por sí mismo, una ambición perversa. Pero sí lo eran los medios. En el mundo rigió, durante mucho tiempo, la ley de la selva. Se echaba mano de algo y era de uno... a condición de tener con qué defenderlo. No es que fuese un procedimiento muy elegante, ni muy justo, para la coetánea mentalidad, pero era una ley aceptada, porque las naciones más fuertes solían proporcionar, a los ciudadanos de los territorios conquistados, estabilidad política a cambio de lealtad, y ése era el primer paso en el crecimiento de una nación.

Con el paso del tiempo, la necesidad humana de paz y de seguridad generó algo más: un deseo de participar en el gobierno de su país. Desde 1789, año en el que los Estados Unidos ratificaron la Constitución, hasta 1989, año del derrumbe de Europa oriental, es decir, sólo dos siglos, algo nuevo arraigó en la mente colectiva de la Humanidad. Recibía muchos nombres -democracia, derechos humanos, autodeterminación-, pero era básicamente el reconocimiento de que la voluntad humana tenía fuerza propia y que tendía al bien.

El proyecto japonés trataba de negar esa fuerza. Pero el tiempo de la ley de la selva había pasado, se decía Jack. Quienes se encontraban en aquella estancia tendrían que tenerlo en cuenta.

-Bien -dijo tras concluir su exposición-, és ta es la situación global en el Pacífico.

En el Consejo de Ministros no faltaba más que el del Tesoro, aunque sí se hallaba presente el secretario. Alrededor de la mesa de la Sala del Consejo se hallaban, además, relevantes congresistas y altos mandos militares.

Le tocaba hablar al ministro de Defensa. En lugar de acercarse al atril mientras Ryan volvía a su sitio, permaneció en el suyo y abrió una carpeta de notas, sin apenas alzar la vista.

-No estoy seguro de que podamos hacerlo -empezó por decir, con lo que provocó que los miembros del gabinete se rebullesen inquietos en sus asientos.

-El problema es más que nada técnico -prosiguió-. No tenemos suficiente capacidad de fuego...

-Un momento -lo atajó Ryan-. Me gustaría hacer unas puntualizaciones. ¿Puedo?

No hubo objeciones. Incluso el ministro de Defensa pareció sentir alivio al no tener que proseguir.

-Guam es territorio de Estados Unidos. Lo es desde hace casi un siglo. Los ciudadanos de Guam son ciudadanos norteamericanos. Japón nos arrebató la isla en mil novecientos cuarenta y uno y en mil novecientos cuarenta y cuatro la recuperamos. Y costó vidas.

-Creemos poder recuperar Guam mediante negociaciones -dijo el ministro Hanson.

-Me alegra oírlo -replicó Ryan-. ¿Y qué hay del resto de las Marianas?

-Mi equipo opina que es muy improbable que las recuperemos por vía diplomática. Estamos en ello, claro está, pero...

-¿Pero qué? -preguntó Jack, sin que hubiese respuesta inmediata-. De acuerdo, vamos a dejar otra cosa clara: las Marianas septentrionales nunca fueron posesión legal japonesa, a pesar de lo que el embajador nos dijera. Era un fideicomiso bajo la protección de la Liga de las Naciones y, por lo tanto, no fueron para nosotros botín de guerra cuando las tomamos en mil novecientos cuarenta y cuatro, a la vez que Guam. En mil novecientos cuarenta y siete, las Naciones Unidas las declararon fideicomiso bajo la protección de los Estados Unidos. En mil novecientos cincuenta y dos Japón renunció, oficial-mente, a toda reivindicación sobre la soberanía de las islas. En mil novecientos setenta y ocho, el pueblo de las Marianas septentrionales optó por unirse políticamente a Estados Unidos y eligieron a su primer gobernador... Tardamos bastante en permitírselo, pero lo consiguieron. En mil novecientos ochenta y seis, las Naciones Unidas dictaminaron que nosotros habíamos cumplido fielmente con nuestras responsabilidades para con la población que, aquel mismo año, pasó a tener ciudadanía norteamericana. En mil novecientos noventa, el consejero de Seguridad de la ONU le quitó para siempre al territorio la etiqueta de fideicomiso. ¿Lo tenemos todos claro? Los ciudadanos de esas islas son ciudadanos americanos, con pasaporte americano... no porque nosotros los obligásemos sino porque ellos lo decidieron así libremente. Esto se llama autodeterminación. Nosotros llevamos esa idea a las islas y la población debió de creer que hablábamos en serio.

-Cuando no se puede, no se puede -replicó Hanson-. Podríamos negociar...

-¡Negociar! -le espetó Jack-. ¿Y quién ha dicho que no se puede...?

-Mire, Jack, tardaríamos años en... reactivar lo que hemos desactivado -dijo el ministro de Defensa sin levantar la vista de sus notas-. Si quiere echarle la culpa a alguien, pues, bueno, échemela a mí....

-Si no podemos... ¿Qué nos costaría? -preguntó el ministro de Sanidad y Protección Social-. ¡Que tenemos mucho por hacer en casa!

-De modo que vamos a dejar que un país extranjero pisotee los derechos de los ciudadanos norteamericanos porque es demasiado difícil defenderlos, ¿no es eso? -dijo Ryan sin alterarse-. ¿Y qué entonces? ¿Qué ocurrirá la próxima vez que suceda? Dígame a ver desde cuándo hemos dejado de ser los Estados Unidos de América. Es una cuestión de voluntad política, eso es todo -añadió el consejero de Seguridad Nacional-. ¿Tenemos esa voluntad?

-Vivimos en un mundo real, doctor Ryan -señaló el ministro del Interior-. ¿Podemos poner en peligro la vida de la población de las islas?

-Solíamos decir que la libertad tenía más valor que la vida. Y otro tanto decíamos acerca de nuestros principios políticos -replicó Jack-. El resultado es el mundo que esos principios han construido. Lo que llamamos derechos... nadie nos los ha regalado. No señor. Son ideas por las que luchamos. Ideas por las que muchos dieron su vida. Esos isleños son ciudadanos americanos. ¿Acaso no tenemos obligaciones para con ellos?

El ministro Hanson se sentía incómodo por el cariz de la discusión. Y también otros, aunque prefirieron que fuese él quien replicase.

-Podríamos negociar desde una posición de fuerza... pero hemos de obrar con prudencia.

-¿Con cuánta prudencia? -dijo Ryan sin alzar la voz.

-Puñeta, Ryan, no podemos arriesgarnos a un ataque nuclear por unos miles...

-Señor ministro, ¿cuál es el número mágico, entonces? ¿Un millón? El lugar que ocupamos en el mundo se apoya en un puñado de sencillas ideas... Y muchas personas han dado la vida por esas ideas.

-Eso es pura filosofía -le espetó Hanson-. Mire, tengo a mi equipo negociador sobre el tema. Recuperaremos Guam.

-No, señor. Vamos a recuperarlas todas. Y le voy a decir a usted por qué -dijo Ryan, que se inclinó hacia adelante y miró en derredor de la mesa-. Si no las recuperamos, no podremos evitar que estalle una guerra entre Rusia, por un lado, y Japón y China, por otro. Creo conocer a los rusos. Lucharán por Siberia. No tienen más remedio. Los recursos naturales que tienen allí son la mejor baza del país para el siglo venidero. Podría degenerar en una guerra nuclear.

Japón y China, probablemente, no creen que las cosas lleguen a ese extremo, pero ya les aseguro yo que llegarán. Y ¿saben por qué? Si nosotros no podemos afrontar esta situación con eficacia, ¿quién entonces?

Los rusos se sentirán abandonados. Nuestra influencia con ellos se reducirá a cero y, al verse acorralados, se defenderán del único modo que pueden hacerlo. Se provocará una carnicería sin precedentes en la Historia, y la verdad es que no me gustaría volver a la Edad Media. De manera que no tenemos alternativa. Pueden esgrimir los argumentos que quieran, pero todos vendrán a confluir en lo mismo: tenemos una deuda de honor con la población de las islas que decidió ser americana. Si no defendemos ese principio, no defendemos nada. Y nadie confiará en nosotros. Y nadie nos respetará, ni siquiera nosotros mismos. Si les damos la espalda, es que no somos quienes decimos ser, y todo lo que hemos hecho hasta ahora se reducirá a una patraña.

A lo largo de la intervención del consejero de Seguridad Nacional, el presidente Durling permaneció tranquilamente sentado. Los miraba escrutadoramente, sobre todo al ministro de Defensa y al hombre que tenía detrás, de pie y apoyado en la pared, el presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, el hombre que el ministro de Defensa eligió para que lo ayudase a desmantelar el aparato militar norteamericano. Ambos miraban al suelo, y quedaba claro que no estaban a la altura de las circunstancias. Y también quedaba claro que su país no podía permitírselo.

-¿Cómo podríamos hacerlo, Jack? -preguntó el presidente Durling.

-Señor presidente, todavía no lo sé. Antes que nada, debemos decidir si vamos a tomar medidas o no, y esa decisión le corresponde a usted.

Durling sopesó las palabras de Ryan y la conveniencia de sondear la opinión de cada uno de los miembros del gabinete. La expresión que veía en sus rostros no le gustaba. Recordaba sus tiempos en Vietnam, cuando les decía a sus hombres que sí, que aquello merecía la pena, aunque sabía que era mentira. Nunca olvidaría la expresión de sus rostros y, aunque no fuese del dominio público, casi todos los meses dedicaba un rato por la noche para ir al Vietnam Memorial. Sabía dónde estaba grabado, exactamente, el nombre de todos y cada uno de los hombres que murieron bajo su mando. Y ante cada uno de ellos se detenía para decirles que sí, que, en cierto modo, mereció la pena que, en el gran escenario del mundo, sus muertes aportaron algo. Que el mundo había cambiado a mejor, demasiado tarde para ellos, pero no para sus compatriotas. Y también pensó en otra cosa el presidente Durling: nadie le arrebató nunca territorio alguno a Estados Unidos. Y quizá todo se redujese a eso.

-Brett, va usted a iniciar conversaciones de inmediato. Deje claro que la actual situación en el Pacífico occidental es inaceptable para el gobierno de Estados Unidos. No aceptaremos más que la vuelta, pura y simple, a la situación anterior en las islas Marianas. Nada más -reafirmó Durling.

-Sí, señor presidente.

-Quiero que estudien alternativas y hagan planes para expulsar a las fuerzas japonesas de esas islas si fracasan las negociaciones -le dijo el PARA al ministro de Defensa que, aunque asintió, lo hizo con una expresión que delataba su falta de confianza en poder hacerlo.

El almirante Chandraskatta pensaba que todo se desarrollaba con mucha lentitud. Pero era un hombre paciente. Y, además, sabía que podía permitirse serlo. ¿Qué sucederá ahora?, se preguntaba.

Todo podía haberse acelerado. Estuvo algo lento en sus métodos y en sus planes al tratar de penetrar en la estructura mental de su adversario, el contraalmirante Michael Dubro. Era un enemigo inteligente, hábil maniobrero. Y precisamente porque era inteligente, daba en suponer que su enemigo era estúpido. Hacía ya una semana que era obvio que la formación americana se encontraba al sudoeste. Al dirigirse él hacia el sur, indujo a Dubro a enfilar hacia el norte, y luego al este. Aunque hubiese cometido un error de cálculo, la flota

americana hubiera tenido que seguir, de todas maneras, el mismo rumbo, hacia el este de Dondra Head, con lo que obligaba a los buques cisterna de la flota a atajar. Tarde o temprano los avistarían sus patrullas aéreas, como así sucedió. Le bastaba con seguirlos, y Dubro sólo podía hacer que se desviasen hacia el este. Esto significaba desplazar su flota también hacia el este, alejarse de Sri Lanka y dejarle el camino expedito a la formación anfibia de su Armada, que podría cargar sus vehículos acorazados y su contingente de tropas. La única alternativa que les quedaba a los americanos era el enfrentamiento armado.

Pero no lo harían, ¿verdad que no? No. La única medida sensata que los americanos podían adoptar era hacer que Dubro y sus dos portaaviones regresasen a Pearl Harbor, para aguardar allí a la decisión política de si se enfrentaban o no a Japón. Habían dividido su flota, con lo que violaban el principio de Alfred Thayer Mahan, que Chandraskatta aprendió en la Escuela Naval de Guerra de Newport, en Rhode Island, igual que su compañero de curso, Yusuo Sato. No hacía tantos años. Recordaba perfectamente sus discusiones teóricas mientras paseaban por el rompeolas, contemplaban los yates y se preguntaban cómo podían las pequeñas flotas derrotar a una gran armada.

Al llegar a Pearl Harbor, Dubro se reuniría con sus oficiales de Inteligencia y con el resto de los mandos de la flota del Pacífico, que le expondrían sus puntos de vista para, en definitiva, concluir que notenían nada que hacer. Cuánta rabia y cuánta frustración sentirían, pensaba el almirante hindú.

Con todo, antes les daría una lección. Era él quien los perseguía ahora. Pese a su velocidad potencial, y a su talento, estaban atados a un sector fijo y tarde o temprano se quedarían sin espacio para maniobrar. Podía ahuyentarlos y hacer que su país diese el primer paso por la senda imperial. Un pequeño paso, casi irrelevante en el con-texto general, y, sin embargo, un útil movimiento inicial, porque los americanos se retirarían y permitirían que su país pudiera moverse, igual que había hecho Japón.

Cuando los Estados Unidos se hubiesen rehecho, sería demasiado tarde para cambiar las cosas. En realidad, todo se reducía a espacio y tiempo. Y ambos conceptos jugaban en contra de un país maniatado por las dificultades internas y, por lo tanto, privado de la determinación para reaccionar en el exterior. Qué inteligentes fueron los japoneses al concebir el plan.

-Ha ido mejor de lo que yo esperaba -dijo Durling, que fue al despacho de Ryan para charlar, por primera vez a solas desde el estallido de la crisis.

-¿De verdad lo cree usted así? -preguntó Jack sorprendido.

-Recuerde que heredé casi todo el gabinete de Bob -dijo el presidente, ya sentado-. Todo lo ven bajo el prisma de la política interna. Ése ha sido mi problema desde el principio.

-Necesita usted un nuevo ministro de Defensa y un nuevo presidente de la JUJEM -dijo con frialdad el consejero de Seguridad Nacional.

-Lo sé. Aunque no es el momento oportuno -dijo Durling sonriente-. Eso le da a usted un poco más de cancha, Jack. Pero, antes que nada, quiero hacerle una pregunta.

-Ya. Pues no sé si vamos a poder eliminarlos -se aventuró a anticipar Ryan mientras tomaba notas.

-Lo primero es dejar a esos misiles fuera de juego.

-Si, señor. Lo sé. Los encontraremos. Así lo espero, por lo menos, por un procedimiento u otro. Los otros problemas peliagudos son los rehenes y nuestra capacidad para atacar las islas. Esta guerra, si es que de una guerra se trata, se rige por normas atípicas. Y aún no sé cuáles son.

Porque Ryan no dejaba de darle vueltas a la dimensión popular del problema. ¿Cómo reaccionaría el pueblo americano? ¿Y el japonés?

-¿Quiere que su comandante en jefe le haga una confidencia? -preguntó Durling, que consiguió arrancarle una sonrisa a Jack.

-Pues claro. -Yo combatí en una guerra en la que era el otro bando quien imponía las reglas -le dijo Durling-. Y no nos fue muy bien.

-Lo que me lleva a hacerle otra pregunta -dijo Jack.

-Hágala.

-¿Hasta dónde podemos llegar?

-Eso depende de... muchas cosas -contestó el presidente midiendo sus palabras.

-El Alto Mando enemigo ha sido siempre un objetivo legítimo en una guerra, pero hasta el presente ese Alto Mando vestía uniforme.

-¿Insinúa ir a por los zaibatsu?

-Si, señor. Todas nuestras fuentes coinciden en que son ellos quienes dan las órdenes. Pero son civiles y atacarlos directamente podría parecer un asesinato.

-Es una frontera que podemos cruzar llegado el caso, Jack -dijo el presidente, que se levantó para salir, pues ya había dicho lo que tenía que decir.

-Muy bien, señor.

Un poco más de cancha, pensó Ryan. Eso podía significar muchas cosas. Básicamente, significaba carta blanca, pero solo, sin las espaldas cubiertas. Bien, pensó Jack, no será la primera vez.

-¿Qué hemos hecho? -exclamó Koga-. ¿Qué les hemos permitido hacer a ellos?

-Para ellos es muy fácil -replicó un veterano consejero político, que no necesitaba aclarar quiénes eran ellos-. No podemos ejercer nuestra autoridad con nuestras solas fuerzas; y, menos aún, divididos. Para ellos es facilísimo empujarnos en cualquier dirección que se les antoje... aparte de que siempre... -añadió el consejero encogiéndose de hombros.

-Aparte de que siempre la política de nuestro país la ha decidido una veintena de hombres, a quienes nadie ha elegido, salvo las juntas de sus empresas. Pero... ¿hasta ese punto? -inquirió Koga-. ¿Hasta ese punto?

-Las cosas están como están. No preferirá que neguemos la evidencia, ¿verdad?

-¿Y quién protegerá ahora al pueblo? -dijo el ex primer ministro alzando el mentón.

¡Qué amargo le sonaba ahora el ex a Koga!

-Goto, por supuesto.

-No podemos tolerar esto. Ya sabe dónde tiene la batuta.

El consejero de Koga asintió con la cabeza, y de buena gana hubiese sonreído de no ser por la gravedad del momento.

-Dígame a ver: ¿qué es el honor? -preguntó Mogataru Koga-. ¿Qué impone ahora el honor?

-Nuestro deber, primer ministro, es para con el pueblo -replicó el consejero, cuya amistad con el político se remontaba a sus tiempos en la Universidad de Tokio-. «El bien del pueblo es la Ley Suprema» -añadió al recordar las palabras de un occidental. (De Cicerón, creía que eran.)

Y a eso se reducía todo, pensó Koga, que se preguntaba si empezaría siempre así la traición. Era algo que consultaba a menudo con la almohada, aunque sabía que aquella noche ni siquiera iba a acostarse. Esta mañana, masculló para sus adentros mirando el reloj.

-¿Estamos seguros de que tienen que ser de vía ancha?

-Vuelve a mirar las fotos tú mismo y verás -dijo Betsy Fleming.

Estaban en la Oficina de Reconocimiento Topográfico del Pentágono.

-El coche del tren que vieron nuestros hombres era de vía ancha.

-¿Y no cabe la posibilidad de una desinformación? -preguntó un analista de la ORT.

-El diámetro de los SS-diecinueve es de dos, coma, ochenta y dos metros -replicó Chris Scott, que le pasó un fax de Rusia-. Aunque el contenedor tenga sólo dos, coma, setenta, excede con mucho la vía estrecha.

-Ten en cuenta que no pueden correr muchos riesgos -dijo Betsy Fleming-. Además, los rusos también pensaron en un transporte de ferrocarril para su versión del Mod-cuatro, y el ancho de vía ruso...

-Sí, lo olvidaba. Es superior al nuestro, ¿no? -dijo el analista-. Pues bueno. Esto nos facilita las cosas -añadió volviéndose hacia su ordenador para introducir unas órdenes en las que había trabajado horas antes.

A cada pasada de los satélites sobre Japón, las cámaras de alta resolución se enfocarían hacia precisas coordenadas. Curiosamente, la pariente pobre de los ferrocarriles, la AMTRAK, que sólo cubría trayectos tan imprescindibles como deficitarios, era el ente que mejor información tenía sobre los ferrocarriles japoneses. Hasta tal punto, que habían recurrido a uno de sus ejecutivos, tras ponerlo al corriente de la Ley de Secretos Oficiales, en lo que afectaba a las operaciones de reconocimiento de los satélites. O sea, que si no sabía callarse lo que viera, le esperaban unas largas vacaciones en Marion, Illinois.

Las órdenes generadas por el ordenador pasaban a Sunnyvale, en California, y desde allí a un satélite de comunicaciones militares que, a su vez, las transmitía a dos satélites KH-11, uno de los cuales sobrevolaría Japón dentro de quince minutos y el otro diez minutos después.

Los tres se preguntaban qué tal se les daría a los japoneses el camuflaje. Lo malo era que probablemente nunca lo descubrirían. Lo que podían hacer era esperar. Verían las imágenes en directo, conforme llegasen. Aunque, a menos de ver muy claro lo que buscaban, de buenas a primeras, sería un trabajo de muchas horas, y acaso de días. Y eso con suerte.

El Kurushio había emergido a la superficie, algo que nunca hacía muy feliz al capitán de un submarino. No permanecerían allí mucho tiempo. Repostaban a través de dos tubos de gran diámetro y los rea-vituallaban -principalmente de alimentos- por medio de dos grúas que los marineros se encargaban de descargar en cubierta. Su Armada carecía de verdaderos nodriza submarinos, como el comandante Ugaki sabía perfectamente. Utilizaban unidades de reabastecimiento corrientes que, en aquellos momentos, servían a otros cometidos. De modo que a él le había «tocado» un mercante, cuya tripulación ponía la mejor voluntad pero que desconocía por completo la tarea que realizaba.

La suya era la última unidad en llegar al puerto de Agana, porque era la que estaba más lejos de las Marianas al empezar la ocupación. Sólo había disparado dos torpedos y estaba satisfecho de la eficacia de los Type 89. Bueno. El mercante carecía de lo necesario para rea-vituallarlo por completo pero, en cuanto a armamento, le quedaban aún otros quince torpedos y cuatro misiles Harpoon. Si los americanos le ofrecían muchos blancos, tanto mejor.

Los marineros que no se encontraban a popa de la cubierta, en tareas de descarga, se congregaron a proa, a tomar un poco el sol, como hacían a menudo las dotaciones de los submarinos; igual que el propio capitán, desnudo de cintura para arriba, tomando té y sonriéndoles a todos. Su próxima misión consistía en patrullar al oeste de las Bonin e interceptar a todo barco americano -probablemente submarino- que tratase de acercarse a las islas interiores de Japón. Era una misión típica para los submarinos, se dijo Ugaki, tan gris como exigente. Tendría que hablar con la tripulación sobre lo importante que era.

-¿Y dónde está la línea de patrulla? -preguntó Jones, que no paraba de chinchar.

-A lo largo de ciento sesenta y cinco-este, por el momento -contestó el almirante Mancuso señalando al mapa-. Estamos en precario, Jones. Antes de presentarles batalla, quiero que se me mentalicen. Que los comandantes de las unidades realicen ejercicios con la tripulación. Nunca se está lo bastante preparado, Ron. Nunca.

-Cierto -concedió el civil.

Se había presentado ante Mancuso con gráficos de la red de sonar para demostrarle que las instalaciones estaban desconectadas. Las dos redes de hidrófonos que partían de la isla de

Guam no funcionaban. Aunque conectadas mediante cable submarino al resto de la red, era evidente que las desactivaron por control remoto desde la isla de Guam, y nadie en Pearl Harbor había podido aún hacer nada para reactivarlas. El único consuelo era que funcionaba una red de apoyo frente a la costa de Samar, en las Filipinas, aunque no había podido detectar al submarino japonés que el satélite vio repostar en el puerto de Agana. Los satélites captaban incluso la «matrícula». Probablemente, pensaba Mancuso. Los japoneses seguían con la costumbre de pintar el número de identificación en el casco y las cámaras de los satélites lo captaban. A menos que los japoneses (como hicieron, primero rusos, y luego americanos) hubiesen aprendido a jugar con los satélites, alterando los números o, simplemente, borrándolos.

-Sería estupendo poder contar con más unidades de ataque rápido, ¿verdad? -dijo Jones tras estudiar el mapa durante un minuto.

-Ya lo creo. Quizá si nos cursan instrucciones desde Washington...

Mancuso se interrumpió y se paró a reconsiderarlo. La ubicación de sus submarinos estaba marcada con un trazo negro, incluso los que estaban en reparación o en revisión. Había otros marcados en blanco, con la indicación de en qué fecha estarían disponibles, algo que no le servía de mucha ayuda en aquellos momentos. Pero, en fin, en Bremerton había cinco pronto disponibles, ¿no?

El rótulo INFORME ESPECIAL apareció en los canales de TV importantes. Y en todos los casos una queda voz en off comunicó que interrumpirían la programación para retransmitir una alocución del presidente sobre la crisis económica que afrontaba la administración durante el fin de semana. Luego apareció el sello presidencial. Quienes siguieron el curso de los acontecimientos se sorprendieron al ver sonreír al presidente.

«Buenas noches.

»Queridos compatriotas, la semana pasada se produjo un hecho de la mayor importancia en el sistema financiero americano.

»Empezaré por decirles que la economía americana es fuerte. Y bien -dijo sonriente-, puede parecer una afirmación un tanto extraña, a tenor de lo que han oído a través de los medios informativos y por otras vías. Pero déjenme que les diga por qué es así. Y empezaré por plantear una pregunta: ¿qué ha cambiado? Los obreros americanos fabrican coches en Detroit y en otros complejos. Los obreros americanos producen acero. Los granjeros de Kansas ya han recogido el trigo y se preparan para la siembra. En Silicon Valley fabrican ordenadores. Y en Akron neumáticos. La Boeing construye aviones. Se bombea petróleo en Texas y en Alaska. Se produce carbón en West Virginia. Hacen ustedes las mismas cosas que hacían hace una se-mana. De manera que ¿qué ha cambiado?

»Yo les diré lo que ha cambiado: que unos electrones se dieron un paseíto por los cables de cobre, por líneas telefónicas como ésta -ilustró el presidente, haciendo a un lado el cordón del teléfono que tenía en la mesa-. Y eso ha sido todo -dijo con el tono del buen vecino que acude a nuestra casa a dar su consejo-. No ha muerto nadie. Ninguna empresa ha perdido ninguna de sus dependencias. La riqueza de nuestra nación sigue invariable. Nada se ha perdido.

»Y sin embargo, compatriotas, ha empezado a cundir el pánico... ¿Por qué?

»Los cuatro últimos días nos han permitido llegar a la conclusión de que se ha producido un intento, deliberado, de desvirtuar los mercados financieros norteamericanos. El ministerio de Justicia de los Estados Unidos, con la ayuda de algunos buenos americanos que operan en el sector, trabajan en la documentación precisa para presentar una querella criminal contra los responsables. No puedo decir más por el momento, porque ni siquiera su presidente tiene el derecho a desvirtuar el que tiene toda persona a un juicio justo e imparcial. Pero sabemos qué ha ocurrido, y sabemos también que lo que ha ocurrido es algo totalmente artificial.

¿Qué nos proponemos hacer pues? -preguntó retóricamente Roger Durling.

»Los mercados financieros han permanecido cerrados toda la semana. Volverán a abrir a mediodía del viernes y...»

33. «Reversal points»

-Es imposible que funcione -dijo Kozo Matsuda al oír la traducción-. El plan de Raizo era perfecto... más que perfecto -añadió, casi más para sí que para su interlocutor telefónico.

Antes del crash, se puso de acuerdo con un banquero de su órbita para aprovechar la oportunidad de especular con los bonos del Tesoro USA, al objeto de recapitalizar su tambaleante imperio industrial. El crash lo indujo, también, a sobrecargar su liquidez de yens, a la vista de cómo pintaba el panorama internacional. Pero ¿qué problema había en ello? Ninguno, que no en vano el yen salía fortalecido y el dólar debilitado. Incluso podía ser conveniente invertir en empresas americanas, a través de intermediarios, una buena jugada estratégica ante la caída en picado de la cotización de las acciones americanas.

-¿Cuándo abren las Bolsas europeas? -preguntó, porque con la excitación del momento no lo recordaba.

-Londres lleva nueve horas de adelanto con respecto a nosotros. Alemania y Países Bajos ocho. O sea, a las cuatro de esta tarde -le dijo su interlocutor telefónico-. Ya hemos dado las instrucciones pertinentes.

Y eran unas instrucciones bien claras: utilizar el fortalecido yen para comprar tantas acciones europeas como fuese posible, al objeto de que al cesar el pánico financiero (dentro de dos o tres años, calculaban ellos) Japón estuviese tan implantada en la economía multinacional que fuese totalmente parte de ella; tan vital para su supervivencia que toda segregación abocaría al colapso financiero total. Y no iban a arriesgarse a eso, después de recuperarse de la más grave crisis financiera habida en tres generaciones; sobre todo, después del papel de Japón, tan importante como desinteresado, en devolver la prosperidad a trescientos millones de europeos.

Era preocupante que los americanos sospechasen que había una mano negra detrás de lo ocurrido, pero Yamata-san les aseguró que era imposible que hubiesen quedado archivos... ¿Acaso no era ése el golpe maestro, la eliminación de los archivos y su sustitución por el caos? Las empresas no podían funcionar sin precisos archivos financieros en los que hubiese constancia de las transacciones, y si se las privaba de esos archivos, se las colapsaba. Reconstruirlos requeriría semanas o incluso meses, de eso no le cabía a Matsuda duda alguna, y durante ese tiempo, la parálisis le permitiría a Japón... (o más exactamente a sus colegas del zaibatsato) acumular liquidez, además de las brillantes jugadas estratégicas que Yamata impulsó a través de sus títeres del gobierno. El carácter totalizador del plan era lo que los impulsó a todos a suscribirlo.

-Eso importa poco, Kozo. También hemos hundido a Europa. La única liquidez que queda en el mundo es la nuestra.

-Formidable, señor -dijo Ryan, apoyado en el marco de la puerta.

-Aún hay mucha tela que cortar -dijo Durling, que se levantó de su sillón y salió del despacho Oval sin añadir más.

El presidente y el consejero de Seguridad Nacional enfilaron hacia la Casa Blanca propiamente dicha, pasando entre los técnicos, que fueron los únicos a quienes se permitió la entrada, ya que aún no era el momento de enfrentarse a la prensa.

-Es asombroso lo que puede la filosofía -dijo Jack ya en el ascensor que conducía a la planta residencial.

-¿Metafísica, eh? Seguro que fue a una escuela de los jesuitas, ¿no?

-A tres, nada menos. ¿Qué es la realidad? -preguntó Jack retóricamente-. Para ellos la realidad son electrones y pantallas de ordenador, y si hay algo que aprendí en Wall Street es que no tienen ni zorra idea de inversiones, salvo acaso Yamata. Por lo visto.

-Lo ha hecho muy bien el tal Yamata, ¿verdad? -preguntó Durling.

-Tenía que haber dejado tranquilos los archivos. Si llega a dejar caer más la Bolsa... -dijo Ryan encogiéndose de hombros-. Pues... eso: al precipicio. No se le ha ocurrido pensar que nosotros podíamos no regirnos por sus normas.

Y ahí, se dijo Jack, podía radicar la clave de todo. La alocución del presidente había sido una buena mezcla de palabras elocuentes y elocuentes silencios. El tiro no podía estar mejor dirigido. Había sido, en realidad, el primer misil sicológico utilizado en una guerra.

-No podemos tener en la inopia a la prensa indefinidamente.

-Cierto -admitió Jack.

Porque Ryan sabía, incluso, de dónde partiría la filtración. Si hasta entonces no se había producido, se debía exclusivamente al FBI.

-Indefinidamente no, pero un poco más sí -añadió el consejero de Seguridad Nacional.

Se empezó con mucha cautela, no como si fuese parte de un plan global sino como simples preparativos. Cuatro bombarderos Lancer B-1B despegaron de la base aérea de Elmendorf, en Alaska, seguidos de dos KC-10 de reabastecimiento. La latitud, en aquella época del año, les garantizaba oscuridad. En los compartimentos normalmente destinados a las bombas sólo había depósitos de combustible. Cada aparato llevaba una tripulación de cuatro hombres: piloto, copiloto y dos técnicos.

El Lancer era un aparato muy aerodinámico, equipado con mandos de caza en lugar de la palanca convencional. Quienes habían pilotado ambas clases de aparatos, decían que el B-1B volaba como un Phantom F-4 algo más pesado, y que ese mayor peso y mayor tamaño le daban más estabilidad, y que era más manejable. Por el momento, la formación de seis unidades volaba por el pasillo aéreo R-220. Mantenía la distancia lateral propia del tráfico aéreo comercial.

Al cabo de dos horas, recorridos ya 1 600 km, más allá de Shemya y después de dejar atrás el radio de cobertura de control del radar, la formación de seis aparatos viró ligeramente hacia el norte. Los aparatos de abastecimiento se situaron en la posición adecuada para bombear combustible a los bombarderos, uno a uno, operación que requería doce minutos en cada caso. Una vez concluida la operación, los bombarderos siguieron hacia el suroeste mientras que los aparatos de abastecimiento dieron la vuelta para aterrizar en Shemya, donde volverían a llenar sus propios depósitos.

Los cuatro bombarderos descendieron a 8 000 m, con lo que quedaban por debajo del nivel de los pasillos aéreos de la aviación comercial, al objeto de tener mayor libertad de maniobra. Siguieron, no obstante, paralelamente al R-220, el más occidental de los pasillos aéreos comerciales, hasta dejar atrás la península de Kamchatka.

El equipo de ordenadores iba a cola. Aunque concebido como bombardero para penetrar profundamente en territorio enemigo, el B-1B desempeñaba muchas funciones. Una de ellas era el espionaje electrónico. El fuselaje de cualquier aparato militar se halla tachonado de pequeñas protuberancias, que tienen todo el aspecto de aletas de pez. Se trata siempre de antenas, de un tipo u otro, y su airosa forma no tiene más objeto que reducir la fricción. El Lancer tenía muchas de estas antenas, concebidas para captar señales de radar y otras señales electrónicas, y pasarlas a la instalación del interior de la cabina, en donde se analizaban los datos. Parte del trabajo lo hacía en el momento la tripulación. La idea básica consistía en hacer que el bombardero controlase al radar hostil, al objeto de permitir a la tripulación evitar la detección y lanzar las bombas.

LIbrodot

Al llegar al punto de referencia NOGAL, a unos 500 km de la zona de identificación de la defensa aérea japonesa, los bombarderos se situaron en formación de patrulla, dejando entre aparato y aparato unos 80 km, y descendieron hasta poco más de 3 000 m.

Los tripulantes se frotaron las manos, se ajustaron un poco más el cinturón de seguridad y empezaron a concentrarse. La charla en las cabinas se redujo a lo requerido por la misión y conectaron los magnetófonos. Por la información de los satélites sabían que las Fuerzas Aéreas japonesas habían hecho despegar aparatos de reconocimiento E-767 de alerta rápida, que se relevaban de continuo; y ésos eran precisamente los aparatos defensivos que más temían las tripulaciones de los bombarderos. Al volar a gran altura, los E-767 podían ver a gran distancia. Su gran maniobrabilidad les permitía afrontar todo tipo de amenazas con gran eficacia. Lo peor era que siempre operaban en coordinación con los cazas. Los cazas tenían «ojos» y detrás de esos «ojos» había un cerebro. Y nada más aterrador que unas armas con cerebro.

-Bueno, ahí está el primero -dijo uno de los técnicos.

No era realmente el primero. Tenían toda la parafernalia informática de a bordo regulada para burlar a los radares defensivos rusos, pero por primera vez en la memoria colectiva de los dieciséis aviadores, no eran los radares rusos ni sus cazas los que los preocupaban.

-Baja frecuencia, regulada; localizado.

Captaban lo que los técnicos llamaban «fuzz». El radar en cuestión quedaba bajo el horizonte y demasiado lejos para detectar a su aparato «semiinvisible». Del mismo modo que ve uno a una persona que lleva una linterna mucho antes de que el haz delate tu presencia, así ocurría con el radar. El potente transmisor servía de poderoso vigía a quien lo manejaba pero, en la misma medida, era como un faro de alerta para los molestos visitantes. La posición, la frecuencia, el ritmo de la pulsación y la potencia estimada del radar eran datos que pasaban a los ordenadores de a bordo. La cobertura del radar en cuestión aparecía en la pantalla de los técnicos y en la de la consola del piloto, con el área de peligro marcada en rojo, al objeto de que se mantuviese alejado de la misma.

-Y hay otro -dijo el electrónico artillero-. Jo... ¡Que si son potentes! Debe de ser uno de los más modernos que tienen. Va en dirección sur-norte, rumbo dos-cero-dos.

-Recibido -dijo el piloto, que iba muy atento a lo que pudiera asomar en aquel oscuro cielo.

El Lancer iba en aquellos momentos con el piloto automático, pero el comandante no separaba la mano de la palanca, preparado para virar a la izquierda y descender en picado. Tenía dos cazas a la derecha, probablemente dos F-15, aunque no se alejarían de sus E-767.

-Y acabo de detectar otro, a uno-nueve-cinco...; la frecuencia es diferente y... ojo -dijo el técnico-, que hay un cambio de frecuencia enorme. Ha ascendido mucho.

-¿Cree que ha podido detectarnos? -preguntó el piloto.

El comandante comprobó en la pantalla su posición, con respecto al área marcada en rojo, junto a la que había otra marcada en amarillo que significaba «peligro indefinido». Estaban a escasos minutos de entrar en el área amarilla y, en aquellas circunstancias, un peligro «indefinido» resultaba muy preocupante, encontrándose como se encontraban a 5 000 km de la base de las Fuerzas Aéreas de Elmendorf.

-No estoy seguro. Es posible. Yo viraría a la izquierda -le recomendó sensatamente el técnico.

El piloto siguió el consejo y viró cinco grados. La misión no consistía en correr riesgos. Se trataba de obtener información, como el jugador que observa la mesa antes de tomar asiento y jugarse las fichas.

-Creo que hay alguien por ahí afuera -dijo uno de los técnicos de un E-767-. A cero-uno-cinco, rumbo sur. Pero me cuesta mantener la señal.

Había muy pocos radares giratorios como los que llevaban los E-767 en la parte superior del fuselaje, y eran todos de fabricación japonesa. Tenían tres destinados a la vigilancia de los accesos orientales a su país. Transmitían hasta tres millones de vatios de energía eléctrica, y eran cuatro veces más potentes que cualquier otro que tuviesen los americanos. No obstante,

lo que los hacía más temibles no era su potencia sino su sistema de transmisión de datos. Era, esencialmente, una versión reducida del radar-espía que llevaban los destructores de la clase Kongo; un sistema formado por miles de compactos diodos que escudriñaban, electrónica y mecánicamente, y que emitían las frecuencias necesarias en cada momento. Para la detección a larga distancia, convenía más una frecuencia relativamente baja. Sin embargo, como las ondas se curvaban un poco en las proximidades del horizonte visible, eso se traducía en menor capacidad de resolución. El técnico captaba señal, aproximadamente, en una de cada tres pasadas. El programa del ordenador aún no había aprendido a distinguir las señales aleatorias de las concebidas por la mente humana o, por lo menos, no en todos los casos, y desgraciadamente no con aquella frecuencia...

-¿Está seguro? -preguntó el controlador jefe a través del intercomunicador. Porque acababa de teclear para que saliese el gráfico en pantalla y no veía nada.

-Aquí -le dijo su compañero, que movió el cursor y marcó el contacto al reaparecer. ¡A ver si de una vez perfeccionaban los condenados programas!-. ¡Espere! ¡Mire esto! -añadió, seleccionando otra señal, que desapareció en seguida y reapareció al cabo de quince segundos-. Fíjese: va rumbo sur, a mas de novecientos kilómetros por hora.

-Excelente -dijo el controlador jefe, que activó el micrófono de su radio e informó a su base.

Las defensas aéreas japonesas serían puestas a prueba por primera vez. Lo único sorprendente era que hubiese tardado tanto. Ahora sí que se pone esto interesante, pensó el controlador, que se preguntaba en qué pararía el juego que acababa de empezar.

-¿No hay más E-setecientos sesenta y siete? -preguntó el piloto. -No, sólo esos dos. Me ha parecido captar un poco de «fuzz» hace un rato -repuso el técnico-, pero se ha extinguido.

No necesitaba explicar que, con la sensibilidad de sus instrumentos, lo más probable era que detectase también las puertas automáticas de los garajes. Instantes después, captaron otra señal de radar. La formación de patrulla viró hacia el oeste, al rebasar el área de cobertura de los E-767, aunque sin dejar el rumbo suroeste, a mitad de camino ya de la más extensa de las islas interiores, Honshu, que es-taba a más de 500 km a su derecha. Los copilotos, de cada uno de los cuatro aparatos, se fijaban ahora sólo en el oeste, mientras que los comandantes miraban al frente, alerta a la menor señal de tráfico aéreo. Aunque fuese algo rutinario, esto los ponía en tensión, como quien conduce por un barrio en el que no le gustaría vivir. No te preocupas mucho, porque pillas los semáforos en verde... pero no te gusta nada lo que ves desde el coche.

La tripulación del tercer E-767 estaba contrariada, y todavía más su escolta de cazas. Aparatos enemigos realizaban una operación de reconocimiento de su costa y, aunque estuviese a más de 600 km de la misma, no tenían por qué estar en aquel espacio aéreo. Sin embargo, desconectaron el radar. Probablemente, se trataba de EC-135, se dijeron; aparatos de reconocimiento que transmitirían a su país datos útiles para una confrontación bélica. Y si la misión de los americanos consistía en obtener información, lo más inteligente era evitar que la obtuviesen. Algo sencillo de hacer o, por lo menos, eso pensaban los técnicos de radar.

La próxima vez nos acercaremos más, se dijo el piloto. Primero, los expertos en electrónica tendrían que analizar los datos, y tratar de determinar qué ofrecía seguridad y qué no la ofrecía. Y de sus conclusiones dependía la vida de sus compañeros de las Fuerzas Aéreas. Era una idea tranquilizadora. La tripulación se relajaba, bostezaba y empezaba a charlar, básicamente acerca de la misión y de lo detectado hasta el momento. Cuatro horas y media

más, que era lo que tardarían en el vuelo de regreso a Elmendorf, y podrían darse una ducha y aprovechar el preceptivo descanso.

Los controladores japoneses aún no estaban completamente seguros de haber detectado algo, aunque podrían comprobarlo analizando las cintas de a bordo. Sus instrumentos de patrulla volvieron al «menú» normal, para el control del tráfico aéreo comercial, e intercambiaron más de un comentario acerca de por qué razón seguían circulando por aquel pasillo. La mayoría se encogía de hombros, enarcaba las cejas y se sentía aún más desconcertada que cuando creyó tener que detectar aparatos enemigos. No podía uno pasar demasiadas horas con la vista fija en la pantalla del radar. Se terminaba por dejar volar la imaginación, y cuando más se pensaba, peor. Aun que se decían que a los del otro bando les ocurría exactamente lo mismo.

Los gobernadores de los bancos centrales estaban acostumbrados a tratamiento de vips. Todos sus vuelos llegaron al aeropuerto internacional John F. Kennedy dentro de la misma hora. A cada uno de ellos fue a recibirlo un destacado miembro del cuerpo diplomático, de la delegación de su país en la ONU, que les aceleraron el trámite aduanero y los acompañaron al centro de la ciudad en un coche con matrícula diplomática.

A todos los sorprendió el lugar al que los condujeron. El gobernador del Banco Central de la Reserva Federal les explicó que la sede neoyorquina del FBI resultaba más conveniente a efectos de coordinación que la agencia del Banco Central. Disponía de salones más espaciosos para acomodar a los directores de las sociedades de inversiones más importantes, y habida cuenta de que la Ley Antitrust acababa de quedar en suspenso, por decreto presidencial, en interés de la seguridad nacional.

La notificación dejó perplejos a los visitantes europeos. Finalmente, pensaron, los Estados Unidos habían comprendido las implicaciones que tenían los asuntos financieros para la seguridad nacional. La verdad es que habían tardado demasiado en comprenderlo.

George Winston y Mark Gant empezaron con su informe sobre los acontecimientos de la semana anterior, tras unas palabras introductorias a cargo del gobernador del Banco Central y del ministro Fiedler que, para entonces, ya se conocían el informe de memoria.

-Una cabronada de lo más inteligente -le dijo el gobernador del Banco de Inglaterra a su colega alemán.

Jawohl! -musitó el germano.

-¿Y cómo podemos evitar que esto vuelva a suceder? -preguntó a todos uno de los gobernadores.

-Pues, por lo pronto, con mejores programas informáticos para los archivos -contestó el ministro Fiedler, más despierto que últimamente, tras haber dormido relativamente bien-. Aparte de eso... No sé. Es algo que debemos estudiar a fondo. Aunque lo que ahora más apremia es ver qué medidas adoptamos para remediarlo.

-Habrá que castigar al yen -dijo inmediatamente el francés-. Y debemos ayudar a proteger el dólar para defender nuestras propias divisas.

-Sí -asintió el americano-. Me alegro de que lo plantee en los mismos términos que nosotros, Jean-Jacques.

-¿Y para salvar su mercado de acciones qué harán? -preguntó el gobernador del Bundesbank.

-Por absurdo que pueda parecer, estamos seguros de que lo que nos proponemos funcionará -empezó por decir Fiedler.

El ministro les expuso entonces lo que el presidente Durling no llegó a revelar en su alocución televisada, y cuya ejecución dependía, en gran medida, de la cooperación europea. Los gobernadores intercambiaron miradas, primero de incredulidad y después de aprobación.

-¿Me permiten proponerles que coordinemos nuestras medidas de cara al viernes? -dijo Fiedler sonriente.

Las nueve de la mañana era considerada una hora impresentable para iniciar conversaciones diplomáticas, lo que venía muy bien. La delegación americana llegó a la Embajada japonesa de Massachusetts Avenue, en el sector noroeste de la ciudad, en coches particulares para mayor discreción.

El protocolo, sin embargo, se siguió al pie de la Letra. La sala de conferencias era espaciosa y la mesa también. Los americanos se sentaron a un lado y los japoneses a otro. Hubo apretones de manos, porque era lo esperable entre diplomáticos. Se ofreció té y café, aunque la mayoría prefirió agua con hielo. Con gran contrariedad por parte de los americanos, varios miembros de la delegación japonesa fumaban. Y Scott Adler se dijo si lo harían sólo para ponerlo nervioso. De manera que, por si acaso, le pidió un cigarrillo al asistente del embajador.

-Gracias por recibirnos -dijo en tono mesurado.

-Bien venidos de nuevo a nuestra Embajada -dijo el embajador japonés con una sonrisa cordial aunque cautelosa.

-¿Quieren que empecemos nosotros? -preguntó Adler.

-Por favor -asintió el embajador, que se recostó en el sillón y adoptó una postura relajada, como para darle a entender que él se sentía cómodo, y que escucharía cortésmente la parrafada que temía.

-Los Estados Unidos están seriamente preocupados por los acontecimientos del Pacífico occidental -empezó por decir Adler.

Seriamente preocupados, era una añeja expresión de la jerga diplomática. Cuando un país estaba seriamente preocupado, quería decir, por lo general, que consideraba la posibilidad de adoptar medidas de fuerza.

-Como saben -prosiguió Adler-, la población de las islas Marianas tiene nacionalidad estadounidense, por propia voluntad, de manera libremente expresada en unas elecciones que se celebraron hace más de veinte años. Por esta razón, los Estados Unidos de América no aceptarán, bajo ninguna circunstancia, la ocupación japonesa de estas islas y req... es decir, no -se corrigió Adler-, exigimos la inmediata devolución de la soberanía de las islas a los Estados Unidos; la inmediata y total retirada de las fuerzas armadas japonesas de los territorios en cuestión. Y asimismo req...uerimos la inmediata puesta en libertad de cualquier ciudadano estadounidense que pueda estar retenido por su gobierno. No atender a estos requerimientos implicaría gravísimas consecuencias.

Todos los presentes pensaron que la posición de partida era inequívoca. Quizá excesivamente dura, pensaron los diplomáticos japoneses, incluso aquellos que consideraban disparatadas las medidas adoptadas por su país.

-Personalmente, lamento el tono de su postura -replicó el embajador, con lo que equivalía a darle a Adler un bofetón diplomático-. En lo sustancial, escucharemos su postura y las implicaciones de la misma respecto de nuestra seguridad nacional.

Era un procedimiento diplomático para decir que Adler iba a tener que repetir lo que acababa de exponer... y ampliarlo. Implicaba, también, una petición de que modificase su postura; que concediese algo, con la implícita promesa de que habría, a su vez, concesiones por parte de su gobierno.

-Quizá no me he expresado con suficiente claridad -dijo Adler tras tomar un sorbo de agua-. Su país ha llevado a cabo una acción bélica contra los Estados Unidos de América. Las

consecuencias de tal acción son graves. Le ofrecemos a su país la oportunidad de enmendar la acción, sin ulterior derramamiento de sangre.

El resto de la delegación americana se comunicó sin palabras, sin ni siquiera mirarse: tiesas se las tiene. Apenas había tenido tiempo la delegación americana de intercambiar opiniones y enfoques, y Adler apretaba más de lo que supusieron.

-Le reitero -dijo el embajador tras reflexionar unos instantes-que su tono me parece, personalmente, lamentable. Como usted sabe, mi país tiene legítimo derecho a velar por su seguridad, y ha sido víctima de unas desdichadas medidas legales, que no pueden sino dañar gravemente a nuestra economía y a nuestra seguridad física. El artículo cincuenta y uno de la Carta de las Naciones Unidas reconoce, específicamente, el derecho de cualquier nación soberana a adoptar medidas para defenderse. A eso nos hemos limitado.

Fue una hábil finta, pensaron incluso los americanos. La reiterada invocación a un tono más mesurado equivalía a proponer un poco de cancha para maniobrar.

La conversación prosiguió, por el mismo tenor, durante hora y media, sin que ambas partes se apeasen un ápice de sus posiciones, limitándose a repetir lo dicho sin apenas variar las frases.

Luego, el personal de seguridad abrió el balcón que daba al elegante jardín de la Embajada y todos salieron, sin duda, a tomar un poco de aire fresco, pero también a seguir con la labor. Era un jardín demasiado grande para que hubiese micrófonos ocultos y, además, soplaba una brisa considerable que agitaba las ramas de los árboles.

-Bueno, Chris, ya hemos empezado -dijo Seiji Nagumo tras tomar un sorbo de café.

Era lo que optó por beber para mostrar su solidaridad con la postura americana; del mismo modo que Christopher Cook optó por tomar té.

-¿Qué esperaba que dijésemos? -preguntó el adjunto de la Subsecretaría de Exteriores.

-Como posición de partida no me sorprende -concedió Nagumo. Cook ladeó la cabeza y miró hacia la pared del jardín.

-¿Qué estarían dispuestos a conceder? -preguntó en tono quedo. -Guam, por supuesto. Aunque a condición de que se desmilitarice -contestó Nagumo en el mismo tono-. ¿Y ustedes?

-De momento, nada.

-Tienen que concederme algo para que pueda maniobrar, Chris -comentó Nagumo.

-No hay nada que ofrecer salvo, en todo caso, el cese de las hostilidades... antes de que empiecen de verdad.

-¿Y cuándo empezarán?

-No de modo inmediato, gracias a Dios. Podemos permitirnos tomárnoslo con calma. Hagamos buen uso de ese margen de tiempo -le urgió Cook.

-Lo comunicaré. Gracias -dijo Nagumo, que se alejó y fue junto a uno de los miembros de su delegación.

Cook hizo otro tanto y, al cabo de unos minutos, departía con Scott Adler.

-Guam, pero desmilitarizado. Eso seguro. Quizá más. Aunque eso ya no es tan seguro.

-Interesante -dijo Adler-. Por lo visto, tenía usted razón en que quieren dejar que salvemos la cara. Buen tanto, Chris.

-¿Qué podemos ofrecerles a cambio?

-Garnichts! -exclamó Adler con la mayor frialdad.

Pensaba en su padre, en el tatuaje de su antebrazo, en cómo aprendió que un 9 no era sino un 6 del revés, en que a su padre le arrebató la libertad un país que fue aliado del propietario de aquella embajada, y de su bonito aunque frío jardín. Adler sabía que su actitud era poco profesional. Japón fue un seguro refugio, durante aquellos años, para unos pocos y afortunados judíos europeos, uno de los cuales llegaría a ministro durante la administración Carter. Quizá si su padre hubiese sido uno de aquellos afortunados, su actitud hubiese sido distinta, pero no lo fue, y su actitud era la que era.

-De momento -insistió Adler- mantengámonos firmes y a ver qué pasa.

-Creo que es un error -dijo Cook tras pensarlo un momento. -Quizá -concedió Adler-. Pero ellos cometieron primero el error.

A los militares no les gustó en absoluto. Contrarió a los civiles, que habrían encontrado el emplazamiento idóneo infinitamente más rápido que aquellos memos uniformados. Aparte de que lo hubiesen hecho con mayor discreción y menor coste.

-¿Es que no se les ocurrió a ustedes camuflar el emplazamiento? -lo increpó el general japonés.

-¿Cómo va a localizar nadie esto? -replicó el ingeniero.

-Sus satélites disponen de cámaras que pueden captar un paquete de cigarrillos tirado en el suelo.

-Sí, y tienen que rastrear todo un país -dijo el ingeniero encogiéndose de hombros-. Y estamos en el fondo de un valle de vertientes tan pronunciadas que ningún proyectil balístico podría acertarnos sin estrellarse antes contra esos riscos -añadió Aparte de que ahora carecen de esos proyectiles.

El general tenía instrucciones de ser paciente, y con paciencia se lo tomaba, tras su inicial estallido. Al fin y al cabo, era él quien iba a estar al mando del enclave.

-El principio básico es privar de información al enemigo.

-¿Los ocultamos entonces? -preguntó cortésmente el ingeniero.

-Sí.

-¿Una red de camuflaje sobre las torres de catenaria? -dijo el ingeniero, porque era lo que hicieron durante la fase de construcción.

-Si las tienen, está bien para empezar. Después consideraremos otras medidas más permanentes.

-¿Conque por tren, eh? -dijo el funcionario de la AMTRAK después de escuchar la información-. Yo empecé a trabajar en los Ferrocarriles Great Northern y, por lo menos media docena de veces, los de las Fuerzas Aéreas acudieron a nosotros para ver cómo podían transportar misiles por ferrocarril. Terminamos con una contrata para transportarles cemento.

-¿De manera que ya se ha encontrado con esto varias veces? -dijo Betsy Fleming.

-Uy, ya lo creo -dijo el funcionario-. ¿Puedo ver las fotografías?

Lo tuvieron horas explicándole la Ley de Secretos Oficiales, detallándole una retahíla de innecesarias amenazas, para después devolverlo a su hotel, a que se lo leyese todo bien... y de paso aprovechar para que el FBI se informase sobre su modesta persona, imaginaba el funcionario.

Chris Scott conectó el proyector. El y Fleming ya habían hecho sus propios análisis. El objeto de consultar con una persona ajena al equipo era hacerse con una opinión totalmente aséptica. La primera diapositiva era de un misil, sólo para que se hiciese una idea del tamaño. Luego, proyectaron una diapositiva de la batea.

-Ya. Tiene el aspecto de una batea, un poco más larga de lo normal, probablemente hecha a medida para lo que haya de transportar. Es de acero. Los japoneses las construyen muy bien. Son buenos técnicos. Lleva una grúa. ¿Cuánto pesan esos monstruos?

-El misil, propiamente dicho, unas cien toneladas -contestó Betsy-. Y el contenedor-transporte unas veinte.

-Es mucho peso para un solo objeto, aunque tampoco presenta mayores problemas. Tanto la batea como el raíl lo soportan. Lo que no veo son conexiones electrónicas, sólo los frenos. ¿Suponen que están concebidos para lanzarlos desde las bateas?

-Probablemente no. ¿Qué opina usted? -dijo Chris Scott.

-Lo mismo que les dije a los de las Fuerzas Aéreas, hace unos veinte años, acerca de los MX. Sí, puede uno transportarlos, aunque no resulta tan difícil localizarlos, a menos que se dedique uno a fabricar bateas, para todos los trenes, que tengan exactamente el mismo aspecto... y aun así, como ocurría con la principal línea de la Northern, ofrecen un blanco bien fácil. No tienen más que buscar una larga línea. Y tengan presente que nuestra línea principal, de Minneapolis a Seattle, era más larga que toda la red de vía ancha que tienen los japoneses.

-¿Y entonces? -preguntó Fleming.

-Pues que la batea no está concebida para lanzamiento. Es sólo un transporte. No me necesitaban a mí para verlo.

-Ya, pero convenía oírselo a alguien de fuera, pensó Betsy.

-¿Algo más? -le preguntó Betsy.

-Los de las Fuerzas Aéreas me insistieron mucho en lo delicados que son esos monstruos. Los afecta mucho el menor topetazo. A la velocidad normal, ejercen una presión lateral de tres g y de uno, coma cinco g de aceleración vertical. Y es un mal asunto para el misil. Y además está el problema de las dimensiones. Esa batea tiene alrededor de treinta metros de largo, y la batea corriente, que utilizan los ferrocarriles, tiene unos veinte metros. Sus ferrocarriles son casi todos de vía estrecha. Y ¿saben por qué?

-Yo suponía que simplemente...

-Nada... Pura ingeniería -la atajó el funcionario de la AMTRAK-. La vía estrecha te saca de muchos apuros; te metes por los lugares más inaccesibles, por las curvas más pronunciadas y, además, permite hacerlo todo más pequeño. Para el Shin-Kansen optaron por la vía ancha, porque es necesario si se quiere mayor velocidad y estabilidad. La longitud del objeto a transportar y la correspondiente de la batea significa que, en las curvas pronunciadas, la batea «monta» por encima del nivel de la otra vía y se arriesga uno a una colisión, a menos que corte uno todo el tráfico cada vez que tenga que transportar esos monstruos. De ahí que el misil tenga que estar en cualquier punto, más o menos cercano, a la línea Shin-Kansen. Por fuerza. Y además está el problema de las mercancías propiamente dichas. Que lo complica todo mucho.

-Siga -lo invitó Betsy Fleming.

-Como los misiles son tan delicados, hubiésemos tenido que circular a poca velocidad... lo que habría trastornado nuestros horarios y las entregas. De manera que no aceptamos el contrato. Era sustancioso y el dinero le venía muy bien a una línea como la nuestra pero, a la larga, nos hubiese perjudicado. Y lo mismo debería de ser cierto para ellos, ¿no? Pero aún peor. La línea Shin-Kansen es de alta velocidad, para pasajeros. Respetan los horarios no saben hasta qué punto, y no querrían saber nada que los obligase a renunciar a su puntualidad. ¿Qué concluir entonces? Que utilizaron esas bateas para trasladar los cohetes desde la factoría a un lugar cercano, sin más. Y apostaría a que lo hicieron de noche. Yo de ustedes buscaría por los alrededores de la factoría. Seguramente los encontrarán en alguna vía muerta, en algún ramal de la vía principal.

-¿Conoce usted bien los ferrocarriles japoneses? -le preguntó Scott a la vez que proyectaba otra diapositiva.

-He estado allí a menudo. Por eso les han dejado que me reclutasen ustedes.

-Bueno. Pues dígame a ver qué opina de esto -dijo Scott señalando a la pantalla.

-Eso es un jodido radar -comentó un técnico.

Enviaron el aparato a Elmendorf para apoyar la misión de los B-1B. Las tripulaciones de los bombarderos estaban en aquellos momentos durmiendo, y los técnicos de radar, tanto oficiales como suboficiales, analizaban las cintas grabadas por el aparato de reconocimiento.

-¿De un radar volante? -preguntó un comandante.

-Tiene toda la pinta. Apostaría a que es el APY-uno que les vendimos hace diez años. Tiene, nada menos, que dos millones de vatios de potencia y una señal limpísima. ¿Sabe lo

que es eso? Es como una cúpula giratoria -dijo un sargento primero-. O sea, que da vueltas. Y además pueden moverlo o fijarlo a voluntad, electrónicamente.

-O sea, que no sólo localiza sino que transmite datos, ¿no?

-¿Por qué no? Es de multifrecuencia. Ojalá los tuviésemos nosotros, señor -dijo el sargento, que examinaba la fotografía del aparato-. Este trasto va a ser un problema para nosotros. Con esa potencia... Casi parece imposible que los pueda sorprender un proyectil. No me extrañaría que hubiesen localizado a nuestros aparatos, señor.

-¿Desde tanta distancia?

Porque, además, aunque el B-1B no era, en rigor, un avión «invisible», la señal del radar del morro era débil, y pese a que la transversal era bastante más potente, lo era mucho menos que la de otros aparatos de similares características.

-Sí, señor. Aunque tendría que analizar a fondo esas cintas.

-¿Para buscar qué?

-La cúpula rotatoria gira, probablemente, a unas seis revoluciones por minuto. Las pulsiones que nosotros captamos deben de ser de esos intervalos. Cualquier desviación significaría que lo dirigen hacia nosotros.

-Bien visto, sargento. Adelante.

34. Todos a bordo

A Yamata no le gustaba estar de nuevo en Tokio. A lo largo de treinta años, su modo de operar se basó en orientar, y dejar que un equipo de subordinados realizase el trabajo, mientras él se centraba en otras cuestiones. Y esperaba que en aquel caso las cosas fuese más fáciles de lo habitual en lugar de más complicadas. Al fin y al cabo, los veinte zaibatsu más importantes eran ahora, prácticamente, sus subalternos. Y no porque ellos se considerasen así, claro está, se decía Yamata-san sonriente. Casi le daban ganas de gritarlo. Hacer que el gobierno bailase al son que él tocaba fue un juego de niños. Le costó años de zalamerías embarcarlos a todos. Pero ya lo creo que bailaban a su son. Sólo necesitaban que el director de la banda les echase un vistazo de vez en cuando. De manera que, bien, había cogido un vuelo regular, casi vacío, para ir a tranquilizarlos.

-No es posible -les dijo.

-Pero él ha dicho que...

-Mire, Kozo, el presidente Durling dirá lo que quiera. Yo le digo que les es imposible reconstruir los archivos, por lo menos en varias semanas. Si tratan de volver a abrir hoy las Bolsas, lo único que conseguirán es el caos. Y el caos -le recordó- juega a nuestro favor.

-¿Y los europeos? -preguntó Tanzan Itagake.

-Pues que la semana que viene se despertarán y descubrirán que nos hemos comprado su continente -les dijo Yamata-. Dentro de cinco años, América será nuestro tendero y Europa nuestra boutique. Para entonces, el yen será la divisa más fuerte del mundo. Para entonces, tendremos una economía nacional plenamente integrada y un poderoso aliado continental. Ambos seremos autosuficientes por lo que a materias primas se refiere. Ya no tendremos una población obligada a abortar para no superpoblar nuestras islas interiores. Y tendremos un liderazgo político digno de nuestro rango. Ese será nuestro próximo paso, amigos míos.

¡Casi nada!, exclamó para sí Binichi Murakami, pese a su impenetrable expresión. Recordaba haberse embarcado en aquello, en parte, como consecuencia de su incidente en las calles de Washington, al emprenderla con él un mendigo borracho. ¿Cómo era posible que una persona tan inteligente como él se hubiese dejado llevar por un arrebato de ira? Y así había sido, y ahora estaba comprometido con el resto. El industrial tomó un sorbo de sake y se tranquilizó, mientras Yamata-san peroraba acerca del futuro de la patria. Hablaba, en realidad, de su propio futuro, por supuesto, y Murakami se preguntaba cuántos de los presentes se percataban de ello. Imbéciles. Aunque poca autoridad podía arrogarse para llamarlos así, ¿verdad? Al fin y al cabo, era uno de ellos.

LIbrodot

El comandante Boris Scherenko tenía, por lo menos, once agentes infiltrados en el ejecutivo japonés. Uno de ellos era subdirector del Servicio de Contraespionaje, un hombre a quien captó años atrás, a raíz de un viaje de «sexo y juego» a Taiwan. Era la persona idónea para tenerla controlada (lo más probable es que un día accediese a la dirección, lo que permitiría a la rezidentura de Tokio controlar, e influir, en las actividades del contraespionaje en todo el país). Lo que desconcertaba al agente ruso era que los demás agentes no le habían sido hasta entonces de mucha utilidad.

Y ahora estaba la cuestión de tener que colaborar con los americanos. Dada su experiencia y adiestramiento profesional, era como encabezar el comité de recepción para darle la bienvenida a una misión diplomática de Marte. El despacho de Moscú lo hacía más fácil de digerir. Un poco más fácil. Por lo visto, los japoneses se proponían robarle a su país su más preciosa reserva de materias primas, en colaboración con China, al objeto de utilizar semejante potencial para erigirse en la primera potencia mundial. Y lo más curioso era que a Scherenko no le parecía un plan tan descabellado. Bueno, el caso era que acababa de recibir órdenes.

Veinte misiles, pensó. Era un campo en el que nunca había investigado. Al fin y al cabo, Moscú se los vendió. Debían de haber considerado la posibilidad de que utilizasen los misiles para... Aunque no, estaba visto que no.

Scherenko se prometió charlar largo y tendido con el tal Clark, un experimentado colega y, después de romper el hielo con unas copas, preguntarle delicadamente si la dirección política de los americanos era tan obtusa como la que lo mandaba a él, con independencia de quién estuviese en el gobierno. A lo mejor el americano tenía algo útil que decirle. Al fin y al cabo, sus gobiernos cambiaban cada cuatro u ocho años. Y a lo mejor estaban acostumbrados.

Veinte misiles, pensaba. Con seis ojivas nucleares cada uno. En otros tiempos, era normal pensar en los misiles coma cosas que volaban a miles, y ambos bandos fueron lo suficientemente locos para aceptarlo como un hecho inamovible. Pero pensar que ahora pudieran circular por ahí diez o veinte misiles... ¿A quién apuntarán? ¿De verdad iban los americanos a apoyar a sus nuevos... ¿qué? ¿Amigos? ¿Aliados? ¿Socios? ¿O eran simplemente antiguos enemigos, cuyo nuevo estatus no había sido aún decidido en Washington? ¿Ayudarían a su país frente al nuevo/antiguo peligro? Lo que no podía quitarse de la cabeza era: Veinte misiles con seis ojivas nucleares cada uno. Habrían elegido los blancos y, sin duda, para destruir su país. Y de ser eso cierto, también bastarían para disuadir a los Estados Unidos de ayudarlos.

De modo que Moscú tiene razón, concluyó Scherenko. La plena cooperación era ahora el mejor medio de atajar la situación. Los Estados Unidos querían que se localizasen los misiles, probablemente con la intención de destruirlos. Y si ellos no los destruyen, los destruiremos nosotros.

El comandante se comunicaba de modo personal y directo con tres de sus agentes quienes, a su vez, mantenían el contacto con los demás. Bajo su dirección, se preparaban los mensajes que había que dejar en determinados lugares de la ciudad. ¿Qué sabe usted de...?

¿Cuántos responderían a su petición de información? El peligro no estribaba tanto en que los agentes que controlaba no tuviesen la información que necesitaba, sino en que uno o más de uno aprovechase la oportunidad para pasarle la información a su gobierno. Al pedir algo de tal magnitud, le daba, a cualquiera de sus agentes, la oportunidad de redimirse, de convertirse en un patriota, de revelar las nuevas órdenes y absolverse de toda culpa. Pero no había más remedio que correr algún riesgo.

Después de medianoche, se dio un paseo. Seleccionó las zonas más concurridas para depositar sus mensajes, y cursó las apropiadas instrucciones para que sus agentes pasasen a recogerlos. Confiaba en que, controlado como tenía a la mitad del servicio de contraespionaje, alguno de sus agentes tocase el campo que le interesaba. Confiaba en que sí, aunque nunca podía uno estar seguro, ¿verdad que no?

Kimura era consciente del riesgo que corría. Pero ya había dejado de preocuparle. Trataba de convencerse de que era el patriotismo lo que lo movía, y de que lo comprenderían y lo honrarían como era debido después de ejecutarlo por traición. El único consuelo añadido era que no moriría solo.

-Puedo concertar una entrevista con el ex primer ministro Koga -se limitó a decir.

Oh, mierda, exclamó Clark para sí. Que soy un condenado espía, le entraron ganas de decir. No pertenezco al condenado Ministerio de Exteriores. Menos mal que en aquellos momentos Chávez se mantuvo impasible. Quizá se le había parado el corazón, pensó John. Igual que acaba de ocurrirte a ti.

-¿Con qué objeto?

-La situación es grave, ¿verdad? Koga-san no ha intervenido en esto en absoluto. Es todavía un hombre políticamente influyente Quizá le interese a su gobierno conocer sus opiniones.

Sí podría expresarse así. Aunque Koga era también un político marginado. Quizá pretendía vender las vidas de varios extranjeros para abrirse de nuevo las puertas del ejecutivo. O puede que sólo fuese uno de esos hombres que antepone el interés de su país al suyo propio. Debía de tener en cuenta ambas posibilidades, se dijo Clark.

-Antes de comprometerme a ello necesito instrucciones de mi gobierno -contestó John.

No se trataba, en absoluto, de rehuir la responsabilidad, sino que una decisión así escapaba a su experiencia.

-En tal caso, le sugiero que consulte lo antes posible -dijo Kimura que, sin añadir más, se levantó y se marchó.

-Siempre me he preguntado si mi master en relaciones internacionales me iba a servir para algo -comentó Chávez con la mirada fija en la copa que tenía a medio llenar-. Espero vivir lo bastante para poder colgar el diploma en la pared.

!Con lo estupendo que sería casarse, aposentarse, tener hijos e incluso llevar una vida tranquila algún día!, se abstuvo de añadir.

-Me alegra ver que conservas el sentido del humor, Yevgeniti Pavlovich.

-Nos dirán que aceptemos. Y usted lo sabe.

-Da -asintió Clark, en ruso, para seguir mentalizado con su tapadera, para tratar de pensar como lo haría un ruso.

¿Habría en el manual del KGB algún capítulo dedicado al tema?, se preguntaba. Porque en el de la CIA desde luego no.

Como solía suceder, las cintas eran más reveladoras que los análisis que los técnicos realizaban sobre la marcha. Fueron tres, o acaso cuatro (lo más probable era que fuesen cuatro, dada la manera de operar que tenían los americanos, opinaba el Servicio de Inteligencia), los aparatos que pusieron a prueba la defensa aérea japonesa. Sin embargo, no eran en absoluto EC-135. Tales aparatos eran una versión de modelos de hacía más de cincuenta años. Tenían el fuselaje tachonado con tantas antenas como para cubrir todas las señales de TV del hemisferio, y habrían generado una señal de radar mucho más fuerte. Además, probablemente, a los americanos no les quedaban aparatos como aquéllos. Por lo tanto, debían de ser otra clase de aviones, quizá bombarderos B-1B, calculaba el Servicio de Inteligencia. Y el B-1B era un bombardero de funciones mucho más siniestras de lo que las señales de radar pudieran indicar. De manera que los americanos veían a Japón como a un enemigo, cuyas defensas deberían ser desbordadas para llevar a cabo una carnicería, algo nada nuevo para ninguno de los dos bandos de aquella guerra... si es que de una guerra se trataba, se decían quienes mantenían la cabeza más fría. Porque ¿qué otra cosa podía ser?, se preguntaban la mayoría de los analistas al programar las misiones nocturnas.

Tres E-767 se encontraban de nuevo en el aire. Aunque eran sólo dos los que realizaban la misión, mientras que el tercero permanecía «emboscado». Conectaron los radares a la potencia normal, y alteraron electrónicamente los parámetros del programa de procesado de señales, para facilitar el seguimiento de blancos «invisibles» y muy lejanos. Confiaban en las leyes de la física. El tamaño de la antena, combinado con la potencia de la señal y la frecuencia de las ondas electrónicas, permitía detectarlo prácticamente todo. Esto era una ventaja y un inconveniente, pensaban los técnicos, porque ahora resultaba que recibían todo tipo de señales. Sin embargo, había una diferencia sustancial: cuando creían captar una señal débil, procedente de un objeto en movimiento que se encontraba muy lejos, ordenaban que su cazas se dirigiesen en esa dirección. Los Eagles nunca se acercaban a menos de 160 km. La señal de retorno siempre parecía extinguirse cuando los E-767 cambiaban de frecuencia, para pasar de onda larga a onda corta, lo que entorpecía la modulación para determinar la posición de los blancos. Esto evidenciaba que los americanos aún persistían en poner a prueba sus defensas, y que acaso supiesen que los vigilaban. Todos coincidieron en que, como mínimo, aquello servía de buen entrenamiento para los cazas. Se tratase o no de una guerra, se decían, los síntomas eran cada vez más alarmantes.

-No me lo creo -dijo el coronel.

-Me parece que lo seguían, señor. De otro modo no me explico por qué su radar giratorio iba al doble de revoluciones por minuto. Es un radar completamente electrónico. Pueden orientar los haces a voluntad, y es justamente lo que hacían -persistió el sargento en tono mesurado y respetuoso.

Pese a ello, el coronel que dirigió la primera operación de reconocimiento se mostraba un poco altanero y poco inclinado a escuchar. Aunque ya había oído comentarios en el mismo sentido, optaba por ignorarlos.

-Bueno, quizá hayan detectado algo. Ofrecíamos un buen blanco. La próxima vez desplegaremos la patrulla más lejos y penetraremos más directamente. Eso dispersará nuestras señales de radar. No tenemos más remedio que provocarlos un poco para ver cómo reaccionan.

Como eres tú quien va a ir..., allá tú, pensó el sargento.

El suboficial miró por la ventana. La base de las Fuerzas Aéreas de Elmendorf estaba en Alaska y, en invierno, hacía allí un tiempo espantoso... el peor enemigo de toda máquina construida por el hombre. Debido a ello, los B-1B estaban en los hangares, con lo que, además, quedaban ocultos para los potenciales satélites japoneses. Potenciales, porque nadie estaba seguro de si tenían o no alguno que pasase por aquellas latitudes.

-Coronel, yo no soy más que un sargento que cumple con misiones secundarias, pero yo de usted tendría cuidado. No sé lo bastante de ese radar para asegurarle hasta qué punto es bueno. Pero tengo la intuición de que es extraordinario.

-Tendremos cuidado -le prometió el coronel-. Mañana por la noche tendremos un juego de cintas mucho mejor que les facilitará el análisis.

-De acuerdo, señor.

Como eres tú quien va a ir..., allá tú, se repitió el sargento.

El Pasadena se unió al ala norte de la formación de patrulla al oeste de Midway. Los submarinos podían enviar información con sus radios, vía satélite, sin revelar su posición más que al Mando de la Flota de Submarinos del Pacífico.

-Una formación bastante raquítica, me parece a mí -comentó Jones al mirar el mapa.

Acababa de tener una reunión sobre lo que la red de sonar tenía acerca de los movimientos de la flota japonesa, que era bien poca cosa. De acuerdo a los datos, la red de sonar, pese al perfeccionado programa de seguimiento creado por Jones, no había captado nada relevante

frente a la línea de patrulla, formada por los submarinos Olympia, Helena, Honolulú, Chicago, y ahora también el Pasadena.

-Antes, sólo para cubrir la bocana, teníamos más unidades -añadió Jones.

-Son todos los submarinos que hay disponibles, Ron -replicó Chambers-. Y ciertamente no son muchos. Pero como desplieguen más sus unidades, que tengan cuidado.

Porque a eso sí los autorizaban las órdenes de Washington. No se iba a tolerar que ninguna unidad de la flota japonesa avanzase más hacia el este. Y probablemente el Alto Mando no vería con malos ojos que eliminasen a uno de los submarinos nipones. Aunque la unidad que realizase el contacto debía pedir antes «confirmación política», algo que Mancuso y Chambers no quisieron decirle a Jones, para evitar que se subiese por las paredes.

-Tenemos unos cuantos submarinos en reserva...

-Diecisiete en la costa occidental, para ser exactos -dijo Chambers-. Tardarán, como mínimo, seis meses en estar disponibles; eso sin contar con la puesta a punto de las tripulaciones.

-Un momento. ¿Y qué hay de los siete-dos-seis? -preguntó Mancuso alzando la vista.

-Creí que estaban desmantelados -dijo Jones.

-Los medioambientalistas no me lo permitieron -dijo Mancuso meneando la cabeza-. Tienen retenes de vigilancia en cada uno de ellos.

-En los cinco -confirmó Chambers-. Nevada, Tennessee, West Virginia, Pennsylvania y Maryland. Me parece, señor, que, dadas las circunstancias, merecería la pena llamar a Washington, a ver si se puede hacer algo sobre el particular.

-Hombre, por supuesto -exclamó Jones.

Las unidades de la clase 726, conocidos comúnmente como los «Ohio», en honor al que fuera su buque insignia (convertido ahora en hojas de afeitar de primera calidad), eran bastante más lentas que las de la clase 688, más pequeñas, de ataque rápido. Nada menos que diez nudos más lentas, y con menor maniobrabilidad, pero en cambio eran muy silenciosas, tanto, que habrían servido como exponentes del silencio.

-¿Cree que podríamos conseguir hombres suficientes para tripularlos, Wally?

-No veo por qué no, almirante. Podríamos tenerlos a punto en una semana... diez días a lo sumo, siempre y cuando las tripulaciones sean las adecuadas.

-Bueno, pues esto es algo que creo poder conseguir -dijo Mancuso, que cogió el teléfono y llamó a Washington.

La jornada bursátil empezó en Europa central a las diez de la mañana, hora local, o sea, las nueve de la mañana en Londres y las cuatro de la oscura madrugada en Nueva York. Esto significaba que eran las seis de la tarde en Tokio, al término de lo que empezó siendo una semana trepidante, algo mohína después. La calma les vino bien para refocilarse, al pensar con qué brillantez lograron hacer una fortuna.

El mercado de divisas de la capital japonesa se vio sorprendido ante la normalidad con que empezaba la sesión. Los mercados abrían con el mismo talante que las tiendas cuyo personal sabe que afuera hay cola que espera las ansiadas rebajas. Ya se había advertido que así ocurriría. Aunque nadie Llegó a creerlo. Y todos a una llamaron para pedir instrucciones a sus jefes, sorprendidos también por las noticias que llegaban de Berlín y de otros centros financieros.

Los ordenadores de la sede neoyorquina del FBI, conectados a la red bursátil internacional, mostraban en sus periféricos exactamente lo mismo que los ordenadores similares de todos los continentes. El gobernador del Banco Central y el ministro Fiedler observaban. Ambos tenían el oído pegado a sendos teléfonos, conectados a una línea codificada que los comunicaba con sus colegas europeos.

El primer movimiento lo hizo el Bundesbank, al venderle quinientos mil millones de yens al Bank of Hong Kong por su contravalor en dólares; una transacción muy cautelosa, para ver cómo estaba el patio. El banco de Hong Kong aceptó la operación sin pensarlo dos veces, convencido de que los alemanes se equivocaban. Por lo visto, el Bundesbank era tan estúpido como para esperar que la reapertura de la Bolsa de Nueva York impulsase el dólar al alza. De manera que la transacción se llevó a efecto. Al oírlo Fiedler a través de la línea, le guiñó el ojo al gobernador del Banco Central.

El siguiente movimiento lo hicieron los suizos, y en esta ocasión fue un billón de yens a cambio de los bonos del Tesoro USA que le quedaban al banco de Hong Kong. Esta operación se realizó, también a través de las líneas electrónicas, en menos de un minuto.

El tercer movimiento fue más directo. El Banco Comercial de Berna le compró francos suizos a un banco japonés a cambio de valores en yens, una medida aparentemente aventurada que se tomó tras una llamada del gobierno suizo.

Con la apertura de las Bolsas europeas se produjeron otros movimientos. Los bancos y otras instituciones, que realizaron un movimiento estratégico comprando acciones japonesas para equilibrar las compras de Japón en los mercados europeos, empezaron a desprenderse de ellas, convirtiendo valores en yens en otras divisas.

Ésta fue la primera señal de alarma que se disparó en Tokio. Los movimientos de los europeos podían responder a una simple recogida de beneficios, pero las conversiones de divisas reflejaban un convencimiento de que el yen iba a caer, y a caer en picado. Y era viernes por la tarde en Tokio, y sus Bolsas ya habían cerrado. Sólo estaban abiertas las agencias de cambio de divisas y algunas entidades que cubrían los mercados europeos.

-Ya deben de empezar a ponerse nerviosos -comentó Fiedler.

-Yo lo estaría -dijo Jean-Jacques desde París.

Lo que nadie quería decir, abiertamente, era que acababa de empezar una encarnizada primera guerra mundial económica. Y la cosa tenía su morbo, en contra de sus previsiones y experiencia.

-¿Saben? No conozco ningún programa de ordenador capaz de predecir esto -dijo Mark Gant, que estaba a unos siete metros de los dos altos cargos.

Al margen de lo mucho que los ayudaban, los movimientos de los europeos echaban por tierra las previsiones y los modelos de los programas informáticos.

-Ah, mi pequeño saltamontes, ¿para qué tenemos el cerebro y la voluntad, sino? -dijo George Winston sin inmutarse.

-Pero ¿qué va a pasar en nuestros mercados?

-No le quepa duda de que pronto lo vamos a saber -dijo Winston sonriente-, dentro de siete horas y media, exactamente. Y ni siquiera va a tener que rascarse el bolsillo para tener asiento de primera fila. ¿Dónde está su sentido de la aventura?

-Bueno, me alegro de que por lo menos alguien lo encuentre gracioso.

El cambio de divisas se regía por normas internacionales. Cuando una divisa caía por debajo de un cierto límite, se dejaba de operar. Pero no esta vez. Los gobiernos europeos se pasaban por el forro la banda del yen. Las operaciones no se detenían y el yen no dejaba de bajar.

-¡No pueden hacer eso! -exclamó alguien en Tokio.

Pero vaya que si lo hacían. De manera que cogió el teléfono, aun-que ya sabía qué instrucciones le iban a dar.

Ataque al yen. Tenían que defenderlo, y el único medio era vender los valores en divisas que tenían, para recuperar los valores en yens y sacarlos del mercado, al objeto de evitar la especulación internacional. Lo peor era que no veían ninguna razón para el ataque. El yen estaba fuerte, sobre todo con respecto al dólar. Pronto lo sustituiría como moneda de referencia para los mercados internacionales, sobre todo si los americanos eran tan locos de reabrir las Bolsas aquel mismo día. Era una incalificable canallada lo que les hacían los eu-

ropeos. Aunque, como no le veían la menor lógica, todo lo que las sociedades de inversiones japonesas podían hacer era guiarse por su experiencia y actuar de acuerdo a la misma.

De haber sabido de qué iba en realidad, no hubiesen tenido más remedio que admirarse de la refinada ironía que entrañaban aquellos movimientos. Reaccionaron todos a una, como impulsados por un movimiento reflejo. Desembolsaron francos franceses y suizos, libras esterlinas, marcos alemanes, guilders holandeses y coronas danesas, en enormes cantidades, para comprar yens, cuyo valor relativo (estaban seguros de ello en Tokio) no podía sino apreciarse, y con más motivo si los europeos se empecinaban en comprometer sus divisas para apoyar al dólar.

Fueron operaciones presididas por cierto nerviosismo, pero las hicieron. Esas fueron las órdenes de sus jefes que, pese a la hora, salieron de sus casas, cogieron el coche o el tren y se dirigieron a las distintas oficinas desde las que se realizaban las transacciones internacionales. También cursaron órdenes para que en Europa se desprendiese de las acciones al objeto de convertir las divisas de cada país en yens. Esto tenía, asimismo, por objeto que, al «reanudarse» el desplome americano, las divisas europeas cayesen y con ellas el valor de sus acciones. Entonces Japón podría volver a comprarlas, y en cantidades muy superiores. Los movimientos de los europeos eran un triste ejemplo de mal entendida lealtad, exceso de confianza, o lo que fuese, se decían en Tokio. No obstante, triste o no, jugaba a su favor. Así que... estupendo.

A mediodía, hora de Londres, el movimiento del mercado había sido ya descomunal. Y los particulares y las pequeñas sociedades de inversiones, al ver por dónde iban los tiros, se lanzaban alocadamente... Eso pensaban los japoneses.

Y había que tener en cuenta que la fiesta no había hecho más que empezar, que mediodía en Londres, eran las siete de la mañana en la Costa Este de los Estados Unidos.

«Compatriotas -dijo el presidente Durling, exactamente a las 7.05 a través de las cadenas de TV-. El miércoles por la noche les dije que hoy volverían a abrir los mercados financieros del país...»

-Ahí lo tiene -dijo Kozo Matsuda, que acababa de regresar a su oficina y había encendido el televisor para ver la CNN-. Les va a decir que no pueden abrir, que en Europa ha cundido el pánico. Espléndido -les manifestó a sus colaboradores sin dejar de mirar la pantalla.

El presidente aparecía sonriente y confiado. Es natural. Un político ha de saber mantener el tipo, sobre todo cuando de mentirles a sus ciudadanos se trata.

«Los problemas que afectaron al mercado la semana pasada se debieron a un deliberado ataque a la economía americana. Nunca había sucedido nada semejante, y les explicaré pormenorizadamente qué hicieron, cómo lo hicieron y por qué lo hicieron. Nos hemos pasado una semana recabando la información necesaria, y todavía en estos momentos el ministro del Tesoro Fiedler y el gobernador del Banco Central de la Reserva Federal trabajan en coordinación con los directores de las más importantes entidades financieras del país para encauzar las cosas.

»También me satisface informarles de que hemos tenido tiempo de consultar con nuestros amigos europeos. Nuestros aliados históricos han optado por apoyarnos, en estos momentos difíciles, con la misma fidelidad con que lo han hecho en otras ocasiones.

»Y ahora voy a explicarles lo que ocurrió el viernes pasado», dijo Roger Durling.

Matsuda hizo a un lado la copa que tenía sobre la mesa al ver aparecer en pantalla el primer gráfico.

Jack seguía la alocución presidencial. El quid estaba siempre en hacer sencilla una historia compleja. Y a esa tarea se aplicaron dos catedráticos de economía, media docena de expertos del equipo de Fiedler y un miembro de la Junta del Fondo de Garantía de Depósitos, todos

ellos en coordinación con el mejor redactor de discursos que tenía el presidente. Aun y así, hicieron falta veinticinco minutos de exposición, seis gráficos y un pelotón de portavoces del gobierno, para aclarar determinados puntos -fuera de cámara- a los periodistas, que estaban allí desde las seis y media de la mañana.

«Les dije el miércoles que nada, nada sustancial nos había ocurrido. Que ni una sola propiedad había sido afectada. Que ninguna explotación agrícola había perdido nada. Que cada uno de ustedes era el mismo que hacía una semana, con la misma capacidad, el mismo hogar, el mismo empleo, la misma familia y los mismos amigos. Lo ocurrido el viernes pasado fue un ataque no ya a nuestro país sino a nuestra confianza nacional.

»Y nuestra confianza es un objetivo mucho más difícil de abatir que lo que algunos puedan creer. Hoy lo vamos a demostrar.»

La mayoría de los agentes de Bolsa iba de camino a sus oficinas en aquellos momentos y se perdieron el discurso, pero sus compañeros lo grabaron, y había copia impresa en todas las mesas de despacho y en todas las consolas de ordenador. Además, la jornada bursátil no empezaría hasta mediodía, lo que iba a permitir celebrar reuniones para coordinar la estrategia a seguir a la apertura, aunque la verdad era que nadie tenía muy claro lo que había que hacer. Porque la reacción más obvia ante aquella situación lo era tanto que nadie sabía si seguirla o no.

-Nos devuelven la pelota -dijo Matsuda, pendiente de las pantallas de sus monitores-. ¿Qué podemos hacer para parar esto?

-Depende de cómo se comporte su mercado de acciones -le contestó su experto en finanzas. Porque no se le ocurría decirle otra cosa, ni tenía la menor idea de lo que pudiera ocurrir tampoco.

-¿Cree que funcionará, Jack? -preguntó Durling.

Tenía dos discursos diferentes preparados, en sendas carpetas encima de la mesa, y no sabía cuál de los dos tendría que pronunciar por la noche.

El consejero de Seguridad Nacional se encogió de hombros.

-No lo sé. Les deja una salida. Que la aprovechen o no es asunto suyo.

-¿De modo que lo único que podemos hacer es esperar y ver, no?

-Pues más o menos, señor presidente.

La segunda sesión de las negociaciones bilaterales tuvo lugar en el Ministerio de Asuntos Exteriores. El ministro Hanson despachó con Scott Adler que, a continuación, se reunió con su equipo negociador. Luego, aguardaron a que llegase la delegación japonesa, que lo hizo a las 9.45.

-Buenos días -dijo Adler amablemente.

-Encantado de verlo de nuevo -correspondió el embajador, que le estrechó la mano, aunque con un talante menos confiado que la vez anterior.

Dadas las circunstancias, no era sorprendente que no hubiese dado tiempo a que le enviasen instrucciones detalladas de Tokio. Adler casi había aventurado que el embajador propondría posponer la reunión. Pero no. Habría sido un síntoma de debilidad demasiado ostensible. El embajador, diplomático hábil y experimentado, se encontró en la más precaria de las posiciones. Iba a tener que representar a su gobierno sin poder apoyarse más que en su talento y en sus conocimientos. Adler lo acompañó hasta su sillón y luego regresó al suyo, al otro lado de la mesa. Como era Estados Unidos el anfitrión en aquella segunda reunión, le tocaba hablar primero a Japón. Adler había apostado diez dólares con el ministro a que acertaba cuál sería la declaración inicial del embajador.

-Debo decir, ante todo, que mi gobierno protesta enérgicamente por el ataque a nuestra divisa conducido por los Estados Unidos...

Así que me debe diez pavos, señor ministro, pensó Adler sin que su expresión revelase la menor reacción.

-Señor embajador -le dijo-, esto es algo que también nosotros podríamos decir con igual facilidad. Tan es así que aquí tenemos los datos sobre lo ocurrido el viernes pasado -añadió a la vez que varias carpetas empezaban a circular entre la delegación japonesa-. Y debo informarle de que hemos abierto una investigación que podría conducir al procesamiento de Raizo Yamata por fraude informático en el mercado de valores.

Fue una declaración temeraria por muchas razones. Revelaba lo que los americanos sabían sobre el ataque a Wall Street, y también aspectos que aún no eran del dominio público. Y, por lo mismo, podía echar por tierra el procedimiento judicial contra Yamata y sus cómplices, si es que se optaba por seguir esa vía. No obstante, en aquellos momentos, esto era secundario. Porque Adler tenía que parar una guerra, y pararla en seguida. Que el poder judicial se las arreglase como pudiera.

-Quizá sería mejor que fuese su propio país quien se encargase de tal persona y de sus actos -añadió Adler, al objeto de darle un poco de margen al embajador y a su gobierno para maniobrar-. Las consecuencias reales de sus actos, como hoy se verá, causarán más daño a su país que al nuestro.

-Bueno, mire usted, si no le importa, me gustaría volver sobre la cuestión de las Marianas.

Como era de prever, aquel uno-dos dejó groggy a la delegación japonesa. Y como tantas veces ocurría, casi todo quedó por decir: Sabemos qué hicieron ustedes. Sabemos cómo lo hicieron y estamos en condiciones de afrontarlo.

Un método tan brutalmente directo tenía por objeto ocultar el verdadero problema americano (la incapacidad para dar una réplica militar inmediata). También le daba a Japón la oportunidad de desmarcar a su gobierno de los actos de algunos de sus ciudadanos. Y esto, tal como Jack y Adler decidieron la noche anterior, era el mejor medio para llegar a una pronta y limpia solución del conflicto. De manera que ahora había que enarbolar una zanahoria de considerable tamaño.

-Los Estados Unidos pretenden poco más que la vuelta a las relaciones normales. La inmediata evacuación de las Marianas nos permitiría considerar una interpretación más flexible de la Ley de Reforma Comercial. Algo que estamos dispuestos a poner también sobre la mesa de negociaciones.

Quizá fuese mucho apretar, se dijo Adler, pero la alternativa era el derramamiento de sangre. Al término de la primera sesión formal de negociación ocurrió algo importante. Ni una parte ni otra reiteró su posición. Fue, en términos diplomáticos, un informal intercambio de opiniones, y ninguna de ellas reflexionada a fondo.

-A ver si averigua qué piensan en realidad, Chris -dijo Adler al levantarse.

-Eso está hecho -repuso Cook, que cogió una taza de café y salió a la terraza.

Nagumo estaba al fondo. Contemplaba el monumento a Lincoln.

-Es una salida elegante, Seiji -dijo Cook.

-Nos aprietan demasiado -dijo Nagumo sin mirarlo.

-Si quieren solucionar esto sin que haya muertes, es la mejor salida.

-Podrá ser la mejor para ustedes. ¿Y nuestros intereses qué? -Bueno, conseguiré concesiones comerciales.

Cook lo dijo porque no sabía de qué iba. Como carecía de formación en temas financieros, no se percataba de la envergadura de lo que sucedía en ese frente. Para él, la recuperación del dólar y la protección de la economía americana eran algo independiente del resto de los problemas. Para Nagumo era distinto. El ataque que su país desencadenó sólo podía ser equilibrado por un contraataque. Y el efecto no sería la restauración del estatus anterior, sino un grave daño para la economía de su país, sobreañadido al causado por la Ley de Reforma Comercial. De manera que Nagumo tenía una visión de la que Cook carecía. Y una cosa tenía clara: a menos que los americanos accediesen a las pretensiones japonesas, y les concediesen

algún territorio, la guerra era inevitable. Dicho de otro modo, por la vía económica no había compensación posible. Sólo mediante una compensación territorial podían salvar la cara.

-Necesitamos tiempo, Christopher.

-Es que no hay tiempo, Seiji. Mire, nada de todo esto ha trascendido aún a los medios informativos. Pero puede trascender en cualquier momento. En cuanto sea del dominio público, se va a armar.

Ahí Cook estuvo acertado, porque le daba a Nagumo una salida.

-Si, se puede armar, Chris. Pero, aquí, yo gozo de inmunidad diplomática, y usted no.

No necesitaba decirle más.

-Eh, un momento, Seiji...

-Mi país necesita más de lo que ustedes ofrecen -lo atajó Nagumo con frialdad.

-Les brindamos una salida.

-No basta.

¿No se podía dar marcha atrás, verdad? Nagumo se preguntaba si el embajador sería consciente de ello. Probablemente no, pensaba, a juzgar por el modo en que lo miraba en aquellos momentos el veterano diplomático. De pronto lo vio claro. Yamata y sus aliados comprometieron a su país en una acción de la que no cabía marcha atrás, y Nagumo no podía saber si fueron conscientes de ello al emprenderla. Aunque poco importaba ya ahora.

-Necesitamos algo que justifique nuestras acciones -añadió Nagumo.

Justo en aquel momento, se percató Cook de su lentitud en comprenderlo. Lo vio en los ojos de Nagumo. Más que crueldad, veía determinación. Y el adjunto de la Subsecretaría de Exteriores pensó en el dinero que aguardaba en una cuenta numerada, en las explicaciones que podrían pedírsele y en cuáles iba a poder dar.

Sonó como un anticuado timbre de colegio, cuando el reloj digital pasó de las 11.59.59 a las 12.00.00.

-¡Loado sea H. G. Wells! -musitó un agente que estaba en el parquet de la Bolsa de Nueva York.

La máquina del tiempo echaba a andar. Por primera vez, desde que tenía memoria, no se veía un solo papel en el suelo a aquella hora. Los agentes que se hallaban tras sus mostradores miraban en derredor. Les parecía que todo era normal. La teleimpresora llevaba funcionando media hora, con los mismos datos que mostrara la semana anterior, al objeto de que todos se sincronizasen con la nueva jornada. Tomaron esos datos como referencia, una personal toma de contacto con una realidad que era y no era.

El presidente estuvo formidable en su discurso de hacía cinco horas. Quienes estaban en el parquet lo escucharon por lo menos una vez, casi allí mismo. Siguió una desenfadada arenga, por parte del síndico, que habría enorgullecido al mismísimo Knute Rockne. Tenían una misión que cumplir aquel día; una misión que era más importante que su bienestar individual; una misión que, llevada felizmente a cabo, contribuiría a su seguridad a largo plazo, tanto como a la seguridad del país. Habían pasado el día reconstruyendo sus operaciones del viernes anterior, hasta el punto de que todos y cada uno de los agentes sabían cuántas acciones negociaron y de qué clase, y cuál era su posición. Algunos incluso recordaban las operaciones que se proponían realizar, casi todas al alza y no a la baja, por lo que su memoria colectiva no iba a permitirles realizarlas ahora.

Por otro lado, aunque recordaban muy bien el pánico de aquella tarde de hacía una semana, sabían que fue algo artificial y malintencionado y nadie quería volver a las andadas. Además, Europa daba claras muestras de confianza en el dólar, y del modo más contundente. El mercado de bonos se manifestaba con una solidez granítica, y las primeras operaciones de la jornada se orientaron a la compra de bonos del Tesoro USA, para beneficiarse de las extraordinarias condiciones ofrecidas por el gobernador del Banco Central norteamericano. Se percibía una confianza sin precedentes en los mercados.

Durante noventa segundos, de acuerdo al reloj de uno de los agentes, no hubo el menor movimiento en la Bolsa de Nueva York. No salía de la teleimpresora el menor dato. El insólito fenómeno provocó aspavientos de incredulidad en los presentes, que se estrujaban el cerebro para tratar de comprenderlo. Los empleados de las pequeñas sociedades de inversiones, desorientados, empezaron a llamar por teléfono, para no recibir de sus jefes más que la orden de mantenerse en sus posiciones. Y así lo hicieron la mayoría. Quienes atendieron ofertas, y vendieron, lo hicieron sólo de aquellos paquetes de los que ya habían decidido desprenderse la semana anterior en sus respectivas entidades. Pero las grandes sociedades de inversiones no hicieron el menor movimiento. Se limitaron a dejar que fuese el otro quien tomase la iniciativa. La inactividad, de un simple minuto y medio, se les hizo eterna a quienes estaban acostumbrados a una actividad febricitante y, al producirse la primera operación importante, todos respiraron con alivio.

Como era previsible, la primera gran operación partió del Grupo Columbus. Consistió en la compra masiva de acciones ordinarias del Citibank. Segundos después, Merrill Lynch apretó el botón para hacer una compra similar del Chemical Bank.

«!Claro!», exclamaron varios en el parquet. Era lógico, ¿no? El Citibank era vulnerable a la caída del dólar, pero como ya se habían encargado los europeos de que el dólar se apreciase, el First National City Bank se convertía, automáticamente, en un valor por el que apostar al alza. Como consecuencia de ello, el primer dato que apareció sobre el índice Dow Jones fue al alza, en contra de las previsiones de los programas informáticos.

-¡Claro que podemos jugar! -comentó otro agente-. Quiero cien Manny-Hanny a seis -anunció.

Ése sería el siguiente banco en beneficiarse de la fortaleza del dólar. El agente estaba seguro de que podría revender a 6 y 1/4. Las acciones que precipitaron la caída de la Bolsa la semana anterior, ahora subían, y por la misma razón que entonces. Por disparatado que pudiera parecer, todos se percataron de que era perfectamente lógico. En cuanto el resto del mercado tomó conciencia de ello, se apuntó a la tendencia.

Las noticias que llegaban por teletexto y que aparecían en los paneles eran alentadoras. Aunque muy comprimidas, eran elocuentes. La General Motors, decía, volvería a contratar a veinte mil trabajadores para sus factorías de Detroit, al objeto de hacer frente al previsible incremento en las ventas de automóviles. La incorporación no se produciría hasta dentro de nueve meses (eso no lo decía la noticia). La medida respondía a una gestión conjunta de los ministerios de Comercio y de Trabajo, pero bastó para animar el mercado de acciones del sector automovilístico. Esto, a su vez, animó el sector de máquinas-herramienta.

A las 12.05.30 el índice Dow Jones había subido cinco puntos, apenas nada en comparación a la caída de quinientos puntos de hacía una semana, pero desde el parquet de la Bolsa de Nueva York, aquel piquito de sierra parecía el Everest en un día despejado.

-No me lo creo -dijo Mark Gant, que se encontraba a sólo unas manzanas de allí, en la sede neoyorquina del FBI.

-¿Dónde puñeta está escrito que los ordenadores siempre tienen razón? -exclamó Winston con una forzada sonrisa.

Porque George tenía sus propias preocupaciones. Su compra de acciones del Citibank no estaba exenta de riesgos, aunque ya veía que su operación había surtido el efecto esperado. En cuanto subieron tres enteros, empezó a desprenderse lentamente de ellas para realizar beneficios, a medida que otros directores de sociedades de inversiones se apuntaban a la tendencia. Bueno, era lo previsible, ¿no? El rebaño necesitaba un pastor. No tenía más que mostrarles el camino para que lo siguieran y, si era a contracorriente, mejor que mejor.

-La primera impresión es... que funciona -les dijo el gobernador del Banco Central a sus colegas europeos.

LIbrodot

Todas las teorías apuntaban a que así sería, pero las teorías parecían un precario asidero en circunstancias como aquéllas. Tanto él como el ministro Fiedler observaban a Winston, que estaba recostado en su sillón, mordisqueaba el bolígrafo y hablaba por teléfono con toda calma. Oían lo que decía. Por lo menos su tono era muy sosegado, aunque el lenguaje corporal revelase que estaba tenso, en pleno combate. Al cabo de cinco minutos vieron que sus músculos se distendían, que sonreía y le decía algo a Mark Gant. El ingeniero informático no hacía más que menear la cabeza, sumido en la mayor perplejidad al ver aparecer en la pantalla de su ordenador cosas que creía imposibles.

-¿Qué le parece, eh? -dijo Ryan.

-¿Lo ve bien? -preguntó el presidente Durling.

-Se lo diré de esta manera: yo, en su caso, le regalaría un ramo de rosas a la redactora de su discurso y le ofrecería trabajar aquí otros cuatro años.

-Es un poco pronto para eso, Jack -dijo el presidente no de muy buen humor.

-Ya lo sé, señor -admitió Ryan-. Lo que quiero decir es que lo ha conseguido usted. Los mercados... bueno, fluctuarán durante el resto de la jornada, pero no van a caer en picado como nos temimos inicialmente. Se trata de confianza, señor. Usted se la ha devuelto al país, y eso es un hecho.

-¿Y los demás problemas?

-Tienen ahora la oportunidad de retirarse. Lo sabremos a última hora de hoy.

-¿Y si no se retiran?

El consejero de Seguridad Nacional lo reflexionó unos instantes.

-En tal caso -contestó-, tendríamos que luchar y procurar no castigarlos en exceso. Tenemos que encontrar su armamento nuclear y desactivarlo, antes de que esto se escape de las manos.

-¿Lo cree posible?

-No creíamos que eso fuese posible, ¿verdad? -dijo Ryan señalando a la pantalla.

35. Las consecuencias

Sucedió en Idaho, en una población cercana a la base de las Fuerzas Aéreas de Mountain Home. Un sargento destinado allí voló a la base de las Fuerzas Aéreas de Andersen, en la isla de Guam, para integrarse en los equipos de los radares de control de aproximaciones. Su esposa dio a luz a una niña una semana después de su partida. Al llamarlo por la noche para darle la buena nueva, se encontró con que las líneas telefónicas estaban cortadas a causa de una tormenta.

La esposa del sargento tenía sólo veinte años y escasa formación. Se llevó una gran desilusión al no poder hablar con su marido. Las líneas para uso exclusivo de los militares estaban ocupadas, le dijo un oficial, de un modo tan convincente que la joven madre se fue a su casa con lágrimas en los ojos. Al día siguiente habló con su madre, que se sorprendió mucho de que no hubiese podido comunicarle la noticia a su marido. Incluso en tiempo de guerra, se decía la abuela, se daba curso a esa clase de noticias. ¿Cómo iba una tormenta a ser peor que la guerra?

De manera que la abuela llamó a la cadena de TV local para hablar con el meteorólogo, un sagaz cincuentón a quien se le daba muy bien el pronóstico de los tornados que asolaban la región las primaveras. Y estaba muy arraigado el convencimiento de que cada año salvaba no menos de diez vidas con sus instantáneos análisis sobre qué dirección seguirían las nubes.

El meteorólogo en cuestión era de esa clase de personas a quienes gusta que las aborden en el supermercado con cordiales comentarios, y acogió la llamada como un reconocimiento a su categoría profesional, aparte de que nunca se las había visto con el océano Pacífico. Pero fue

bastante fácil. Conectó con el servicio de teletexto, vía satélite, y utilizó su ordenador para ver cuál era la historia tempestuosa de aquellas islas. Sabía que aquélla no era época de tifones, aunque en pleno océano las tormentas menudeaban. Pero, mira tú por dónde, no había sido un año borrascoso ni había tormenta ninguna en aquellos momentos. Sólo unas nubecillas mostraban las fotografías de los satélites. Por lo demás, tiempo espléndido. El meteorólogo le dio vueltas durante unos minutos, preguntándose si acaso el océano Pacífico, como le ocurría a Arkansas, era propenso a que se formasen borrascas con buen tiempo (a lo que, con los calores, llamaban tormentas de verano). Pero no. No era probable. Porque esas adibáticas tormentas se producían, fundamentalmente, a causa de variaciones de temperatura y de las elevaciones del terreno, y los océanos eran lisos y templados. Consultó con un colega, que fue meteorólogo de la Armada, para confirmarlo, pero no le supo aclarar el misterio. Como pensó que quizá sus datos eran erróneos, consultó el listín y marcó el número de información de las Marianas. Le salió una grabación que decía que había habido una tormenta. Y no había habido tormenta. ¿Sería él el primero en descubrirlo?

Inmediatamente lo comunicó a la sección de informativos de la emisora, y al cabo de unos minutos enviaron un despacho en solicitud de información.

-Diga.

-Soy Bob Holtzman, Jack. He de hacerle una pregunta.

-Espero que no sea sobre Wall Street -contestó Ryan en un tono tan confiado como fue capaz de fingir.

-No. Se trata de Guam. ¿Por qué están cortadas las comunicaciones telefónicas?

-¿Y por qué no se lo pregunta a la Telefónica? -dijo Ryan, a ver si colaba.

-Ya lo he hecho. Y dicen que ha habido una tormenta que ha averiado muchas líneas. Pero hay un par de detalles. Por lo pronto, no ha habido tormenta. Y además hay un cable submarino y un enlace por satélite. Y olvidaba un tercer detalle: que una semana es mucha avería. ¿Qué es lo que pasa? -persistió el periodista.

-¿Me podría decir cuántas personas están interesadas en el tema?

-De momento, sólo yo y un canal de televisión de Arkansas que ha enviado un despacho en solicitud de información. Le aseguro que dentro de media hora seremos muchos más. ¿Qué ocurre? ¿No se tratará de una in...?

-Oiga, Bob, ¿por qué no se acerca por aquí? -le sugirió Ryan.

En fin, ¿no pretenderías que esto durase indefinidamente, no?, se dijo Jack, que llamó de inmediato al despacho de Scott Adler. ¿Por qué no habrían podido esperar un día más?

El Yukon repostaba a una segunda tanda de barcos. Lo apremiante del momento obligó a que el buque de reabastecimiento de la flota repostase a dos unidades a la vez, una a cada costado, mientras su helicóptero repartía diversas piezas y otros suministros por la formación; casi todo era material de aviación para la puesta a punto del ala aérea del Eisenhower.

Se pondría el sol dentro de media hora. El resto de las operaciones de reavituallamiento se realizaría bajo la protección de la oscuridad.

El grupo de combate del almirante Dubro se había dirigido al este a toda velocidad, al objeto de distanciarse lo más posible de la formación hindú. De nuevo navegaron con los radares desconectados, mientras un aparato de reconocimiento se dedicaba a sobrevolar la zona desorientadora para el enemigo. Pero el resultado era que habían perdido de vista a los dos portaaviones hindúes, y aunque sus otros aparatos de reconocimiento (sus Hawkeyes) iban en alerta máxima, Dubro sudaba de lo lindo.

«Se acercan aparatos no identificados; rumbo dos-uno-cinco», se oyó a través del sistema de megafonía.

El almirante juró por lo bajo, alzó los prismáticos y los enfocó hacia el suroeste, hacia donde indicaba el vigía. Allí estaban. Dos Sea Harriers. La maniobra era buena. Volaban a unos 1 600 m de altura, en un «vuelo a dos» característico de los combates tácticos y de las

exhibiciones aéreas. Maniobraban con mucho cuidado para no sobre-volar a ninguna unidad. Antes de que traspusieran el primer anillo de escolta, ya tenían detrás a dos Tomcats, dispuestos a achicharrarlos al menor intento hostil. Pero un intento hostil significaba disparar primero y, en semejantes circunstancias y en semejante época, disparar significaba casi siempre acertar, al margen de lo que pudiera ocurrirle después a quien hubiese disparado. Los Harriers hicieron sólo una pasada. Parecía que en esta ocasión llevaban depósitos de combustible adicionales y probablemente equipo electrónico de reconocimiento, pero no armas.

El almirante Chandraskatta no era un loco, cosa que, por otra parte, Mike Dubro nunca supuso. Su adversario había demostrado ser muy paciente, atento a aprender las tretas que los americanos le mostraban. Y eso no era nada tranquilizador para el grupo de combate americano.

-¿Los seguimos? -preguntó el comandante Harrison sin alterarse.

Mike Dubro negó con la cabeza.

-Que despegue un Hummer y se limite a vigilarlos con el radar. ¿Cuándo demonios iba a comprender Washington que estaba ante una confrontación inminente?

-Señor embajador -dijo Scott Adler, a la vez que doblaba la nota que acababa de entregarle un funcionario-. Es probable que en las próximas veinticuatro horas su ocupación de las Marianas sea del dominio público. A partir de ese momento, la cuestión se nos escapará de las manos. Si tiene usted poderes plenipotenciarios para zanjar...

Pero no los tenía, tal como Adler temió, pese a las muchas seguridades en contrario. También era consciente de haberlo presionado demasiado y demasiado pronto. La verdad era que no le quedó otro remedio. El problema arrancaba de hacía sólo una semana. Y, en el mundo diplomático, una semana daba sólo para elegir en qué clase de sillones iban a sentarse los negociadores. Por lo que al factor tiempo se refiere, el tema venía viciado desde el comienzo, por más que Adler fuese un profesional de la diplomacia inasequible al desaliento. Incluso en aquellos momentos, tras la manifestación que acababa de hacer, miraba escrutadoramente a aquel hombre, a ver si entreveía algo que pudiera orientar a la Casa Blanca.

-A lo largo de nuestras conversaciones, hemos oído cuáles son las exigencias norteamericanas, pero ni una sola palabra respecto de los legítimos intereses de mi país relativos a su seguridad. Hoy han desencadenado ustedes un ataque sistemático a los fundamentos mismos de nuestras finanzas, de nuestra economía y...

-¡Señor embajador! -lo atajó Adler inclinándose hacia adelante-. Hace una semana su país nos hizo exactamente lo mismo, como prueba la información que tiene usted delante. Hace una semana su país atacó a la Armada de los Estados Unidos. Hace una semana su país invadió territorio de los Estados Unidos. En justicia, señor embajador, no puede usted criticarnos que hayamos hecho lo preciso para restablecer nuestra estabilidad económica.

Adler hizo una pausa. Lamentaba haber estallado de un modo tan poco diplomático, pero no estaban las cosas para andarse con muchas contemplaciones. Y aún lo estarían menos dentro de poco.

-Les hemos ofrecido la oportunidad de negociar de buena fe -prosiguió Adler- para llegar a una interpretación, mutuamente aceptable, de la Ley de Reforma Comercial. Aceptaremos sus excusas y las debidas reparaciones por las pérdidas de nuestra Armada. Le instamos a la inmediata evacuación de las islas Marianas por parte de las fuerzas armadas japonesas.

Las cosas habían ido ya demasiado lejos para eso, y los presentes tenían conciencia de ello. Pura y simplemente, no había tiempo. Y Adler sintió el terrible peso de lo inevitable. Su habilidad diplomática no iba a servir de nada. Otros acontecimientos y otras personas hacían que aquello se les escapase de las manos, tanto a él como al embajador, en cuyo rostro vio la misma expresión que debía de tener el suyo.

-Antes de poder contestarle -dijo el embajador en tono mecánico- debo consultar con mi gobierno. Propongo que lo pospongamos para hacer las oportunas consultas.

-Como usted desee, señor embajador -dijo Adler más contristado que furioso-. Estaremos a su disposición en cualquier momento.

-¡Dios mío! ¿Y han mantenido todo esto en secreto? ¿Cómo es posible? -preguntó Holtzman.

-Pues porque ustedes iban en dirección contraria -repuso Jack con aspereza-. Además, confían demasiado en que seamos nosotros quienes les proporcionen la información.

Ryan lamentó de inmediato haber dicho estas palabras. Tenía conciencia de que era un tono desafiante el suyo. El estrés, Jack, el estrés.

-¡Nos mintieron acerca de los portaaviones! ¡Y de los submarinos no nos dijeron ni palabra!

-Tratamos de parar esto antes de que pase a mayores -dijo el presidente Durling-. Ahora mismo estamos en conversaciones con ellos en Exteriores.

-Desde luego, ¡menuda semana ha tenido usted! -reconoció el periodista-. ¿Se marcha Kealty?

-Sí. Está en conversaciones con la fiscalía y con las víctimas para llegar a un trato -contestó Durling.

-Lo fundamental era recuperar los mercados -dijo Ryan-. Ése era el verdadero...

-A ver, a ver, ¿cómo ha dicho? ¡Han matado a nuestros marineros! -protestó Holtzman.

-Mire, Bob, ¿por qué han machacado ustedes toda la semana sobre lo de Wall Street? ¡Hombre, ya! Lo que de verdad era preocupante era el modo en que han logrado hundir nuestros mercados financieros, y su ataque al dólar. Y tenía que solucionar esto antes que nada.

Bob Holtzman reconoció que en aquello tenía razón.

-¿Y se puede saber cómo demonios lo han conseguido?

-¡Dios! ¿Quién hubiese podido imaginarlo? -exclamó Mark Gant.

Acababa de sonar el timbre que ponía término a la abreviada jornada bursátil. El índice Dow Jones bajó 4,5 puntos, tras negociarse cien millones de acciones. El Standard and Poor's 500 Stock Index subió una décima, igual que el índice de la NASDAQ, debido a que a los treinta gigantes de la Bolsa de Nueva York, que formaban el Dow Jones, les afectó más que al resto el nerviosismo general. Pero el mercado de bonos reaccionó aún mejor y el dólar estaba fuerte. En cambio, el yen sufrió un fortísimo castigo, depreciándose en relación a las divisas occidentales.

-La movida de los bonos hará que baje el mercado de acciones la semana próxima -advirtió Winston.

El director del Grupo Columbus se frotó la cara y dio gracias al cielo por su buena suerte. El nerviosismo residual del mercado induciría a muchos a buscar refugio seguro para su dinero, aunque la fortaleza del dólar no tardaría en acabar de tranquilizar los ánimos.

-¿A final de semana? -preguntó Gant-. Quizá. No estoy seguro. Quedan muchas acciones infravaloradas de empresas manufactureras.

-Su compra de acciones del Citibank ha sido una operación brillante -dijo el gobernador del Banco Central al tomar asiento junto a Winston y Gant.

-Es un banco que no merecía el palo de la semana pasada, y todo el mundo lo sabía. He sido el primero en comprar -dijo Winston-. Además, nos ha servido para ir por delante, al ser nosotros quienes marcamos la tendencia -añadió en un tono que procuró despojar de toda petulancia.

Fue otra de sus jugadas sicológicas. Tomó una iniciativa que era, a la vez, lógica e inesperada, al objeto de propiciar una breve tendencia para, de inmediato, realizar beneficios. Su jugada favorita.

-¿Y qué tal le ha ido al Grupo Columbus hoy? -preguntó el ministro Fiedler.

-Ha subido diez enteros -se apresuró a contestar Gant.

Traducido a dólares, esos diez enteros significaban diez millones de apreciación de las acciones del grupo. Una jornada provechosa como pocas.

-Y la semana que viene irá aún mejor -añadió Gant.

-Han llamado de la Depository Trust Company -dijo un agente del FBI que acababa de entrar-. Sus ordenadores han procesado las operaciones normalmente. Por lo menos, de lo de hoy queda constancia.

-¿Y qué hay de Chuck Searls? -preguntó Winston.

-Hemos hecho trizas su apartamento. Tenía dos folletos turísticos de Nueva Caledonia, nada menos. Pertenece a Francia. De manera que tenemos a los franceses detrás de él.

-¿Quiere un buen consejo?

-Ya sabe que un buen consejo es siempre bien recibido, mister Winston -contestó el agente, que le sonrió con el mismo buen humor que se respiraba en la oficina.

-Busquen también por otros lugares.

-En ello estamos.

-Sí, dígame, Buzz -dijo el presidente al contestar al teléfono.

Ryan, Holtzman y dos agentes del Servicio Secreto vieron que el PARA cerraba los ojos y respiraba con alivio. Siguió durante toda la tarde las noticias de Wall Street, aunque no podía darlo por oficial hasta oírselo al ministro Fiedler.

-Gracias, amigo mío -añadió Durling-. No deje de decirles a todos que... bueno, que gracias. Nos vemos esta noche -añadió antes de colgar-. Jack, sabe usted manejarse en una tormenta.

-Aún nos queda otra.

-¿No está solucionado, entonces? -preguntó Holtzman, que no entendió de qué iba el comentario de Durling.

-Aún no lo sabemos -se adelantó a contestar Ryan.

-Pero...

-El incidente con los portaaviones podría atribuirse a un accidente. No sabremos con certeza lo ocurrido con los submarinos, hasta que sea posible examinarlos. Y están a cinco mil metros de profundidad -lo atajó Jack.

Al consejero de Seguridad Nacional le reconcomía la conciencia por decir algo semejante. Pero se trataba de una guerra, y la guerra es algo que uno debe evitar. En la medida de lo posible, pensó Ryan.

-Ambas partes podríamos dar por zanjada la cuestión -aclaró Jack-; atribuirlo a un malentendido; unas personas que han actuado por su cuenta y, siempre y cuando reciban el merecido castigo, puede no haber más muertes.

-¡Y usted me dice eso a mí!

-Lo pone entre la espada y la pared, ¿verdad? -dijo Jack-. Si las negociaciones concluyen satisfactoriamente, tiene usted dos alternativas, Bob. Puede ayudarnos a echarle tierra al asunto o tener una guerra en la conciencia. Así que bienvenido al club, mister Holtzman.

-Óigame, Ryan, yo no puedo...

-Por supuesto que puede. Ya ha podido en otras ocasiones.

Jack reparó en que el presidente se limitaba en permanecer allí sentado y escuchar en silencio. En parte, para desmarcarse de las maniobras de Ryan, aunque acaso también porque le satisfacía el cariz de la conversación. Y Holtzman iba a cooperar.

-¿Qué significa todo esto? -preguntó Goto. -Significa que optarán por la baladronada -le contestó Yamata.

Significa que nuestro país necesita un verdadero líder, le habría dicho de haber podido.

-No pueden recuperar las islas -añadió Raizo-. Carecen de los medios necesarios para atacarnos. Le habrán puesto unos parches a su mercado financiero, pero Europa y los Estados Unidos no pueden sobrevivir indefinidamente sin nosotros. Y cuando se percaten de ello, ya no los necesitaremos como ahora. ¿No se da cuenta? ¡Para nosotros ha sido siempre una cuestión de independencia! Cuando la con-sigamos, todo cambiará.

-¿Y mientras tanto?

-Sin cambios. Las nuevas leyes americanas sobre comercio tendrán el mismo efecto que las hostilidades. Por lo menos así obtendremos algo, aparte de la oportunidad de gobernar nuestra propia casa.

A eso se reducía todo, en realidad. Lo que nadie, salvo él, vio nunca. Su país podía fabricar productos y venderlos pero, comoquiera que su país necesitaba los mercados exteriores más que los mercados exteriores a su país, podían utilizar la legislación comercial para perjudicar a Japón sin que le cupiese a su país ningún recurso. Siempre los americanos. Ellos impusieron un prematuro fin a la guerra ruso-japonesa. Ellos les impidieron colmar sus ambiciones imperiales. Ellos les permitieron desarrollar su economía para luego segarles la hierba bajo los pies. Y ya iban tres veces. La misma gente. Los mismos que asesinaron a su familia. ¿Es que estaban ciegos? Ahora Japón devolvía el golpe y la medrosidad de la gente le impedía percatarse de la realidad.

Yamata tuvo que morderse la lengua y callárselo; no dar rienda suelta a su ira ante aquel imbécil. Necesitaba a Goto, aunque el primer ministro fuese tan idiota como para no comprender que no había vuelta atrás.

-¿Está usted seguro de que no pueden... replicar a nuestras medidas? -le preguntó Goto tras reflexionarlo unos segundos.

-Mire, Hiroshi, todo es tal como se lo vengo diciendo hace meses. Sólo no venceremos... si no lo intentamos.

-¡Ojalá pudiésemos disponer nosotros de esos trastos para los reconocimientos topográficos!

Lo bueno que tenían las tomas por satélite no eran las fotografías, consideradas una a una, sino si se examinaban por parejas, generalmente obtenidas por la misma cámara con pocos segundos de diferencia. Los satélites las transmitían a las estaciones terrestres de Sunnyvale y Fort Belvoir.

Ver tomas en directo estaba muy bien para que los congresistas dejasen volar la imaginación o, a lo sumo, cuando apremiaba mucho contar determinados objetivos. Para el trabajo de fondo, se utilizaban las copias en papel, por parejas y vistas a través de un estereoscopio, que funcionaba mejor que el ojo humano para darle auténtica tridimensionalidad a las fotos. Era casi como sobrevolar el objetivo en helicóptero. Y hasta puede que mejor, pensaba el funcionario de la AMTRAK, porque podía ir uno adelante y atrás a voluntad.

-Los satélites cuestan mucho dinero -comentó Betsy Fleming.

-Ya. Nuestro presupuesto para todo un año. Esa foto es interesante.

Un equipo de expertos en análisis fotográfico analizaba las fotografias, por supuesto, aunque la cruda verdad era que tanto la CIA como el SIN dejaron, hacía décadas, de interesarse por los aspectos técnicos de la construcción de los ferrocarriles. Rastrear en busca de determinados trenes cargados de tanques o de misiles era una cosa. Pero aquello era muy distinto.

-¿Ah, sí?

-La línea Shin-Kansen es rentable. Esta línea secundaria, en cambio, tiene que ser deficitaria. Podrían construir un túnel por aquí -prosiguió el funcionario sin dejar de mover las fotos-. Y quizá hacerlo pasar por esta población... aunque yo... Yo daría un rodeo y ahorraría el dinero de la obra de ingeniería. Claro que sólo como un apartadero para mantenimiento.

-Ya.

El funcionario estaba absorto, sin dejar de mirar a través del estereovisor.

-Como una especie de cochera para las unidades de mantenimiento, quitanieves, y todo eso. Vendría muy bien. Aunque no se ven unidades de este tipo en la zona.

La resolución de las fotos era sencillamente fantástica. Las obtuvieron casi a mediodía, hora local. Se apreciaba perfectamente el brillo del sol en los raíles de la línea principal, y también en el ramal secundario. Dedujo que la anchura de los raíles debía de coincidir con el límite de resolución de las cámaras. Esto era muy interesante, aun-que no tenía a nadie que entendiese para poderlo comentar. Las traviesas eran de cemento, como las del resto de la línea del «tren bala». La calidad de la obra de ingeniería era algo que siempre le pareció envidiable.

El funcionario dejó de mirar por el visor a regañadientes.

-No puede ser una línea rentable. Las curvas pillan mal. No se podría circular a más de cincuenta kilómetros por hora y, sin embargo, el que se ve ahí va a más de ciento sesenta. Lo curioso es que luego desaparece.

-¿Cómo pues? -exclamó Betsy.

-Véalo usted misma -dijo el técnico de la AMTRAK, que se levantó y le dejó sitio a mistress Fleming para que pudiese mirar por el visor.

Mientras tanto, el funcionario cogió un mapa del valle a gran escala y buscó a ver por dónde pasaban las líneas.

-¿Sabe? Cuando Hill y Stevens construyeron los Ferrocarriles Great Northern...

-Oye, Chris, échale un vistazo a esto -dijo Betsy sin hacerle el menor caso al funcionario.

-¿Qué? ¿Se refiere a la batea? -dijo el funcionario-. No sé de qué color las pintan.

-De color verde le aseguro que no.

El tiempo solía jugar a favor de la diplomacia, pero no en aquella ocasión, pensó Adler al entrar en la Casa Blanca. Conocía el camino, aparte de que tenía a un agente del Servicio Secreto con él por si acaso se perdía. El adjunto de la Subsecretaría de Exteriores se sorprendió al ver a un periodista en el despacho Oval, y más aún por el hecho de que le permitiesen quedarse.

-Puede hablar con libertad -le dijo Ryan.

Scott Adler respiró hondo y empezó con su informe.

-No quieren dar un solo paso atrás. Se nota que el embajador no se siente muy cómodo con la situación. No parece que las instrucciones que recibe de Tokio sirvan para gran cosa. Y eso me preocupa. Chris Cook opina que estarían dispuestos a devolvernos Guam, a condición de desmilitarizarlo, pero quieren quedarse con el resto de las islas. He intentado esgrimir lo de la Ley de Reforma Comercial y no ha habido reacción sustancial. No parece que vayamos a conseguir nada. Aunque negociemos durante una semana, o un mes entero, no parecen dispuestos a apearse de sus posiciones. Creo que lo que ocurre es que, en el fondo, no saben en qué están metidos. Son conscientes de que hay una escalada en los conflictos económico y militar. De lo que no se percatan es de que hay un cortafuegos entre ambos conflictos. No se dan cuenta de que se han extralimitado y, por lo tanto, no ven ninguna razón para retroceder.

-O sea, que a juzgar por sus palabras, estamos en guerra, ¿no? -dijo Holtzman para salir de dudas.

Al periodista le pareció un poco estúpido preguntarlo. No se daba cuenta de que también a ellos les parecía inconcebible.

-Me temo que sí -contestó Adler.

-¿Y qué vamos a hacer?

-¿Y usted qué cree? -preguntó el presidente Durling.

El comandante Dutch Clagget nunca creyó que llegaría a verse en aquella situación. Desde que obtuvo el título en la Academia Naval, hacía veintitrés años, estuvo siempre destinado a unidades de ataque rápido, hasta que su carrera se vio bruscamente abortada a bordo del Maine, el único submarino portador de cohetes balísticos intercontinentales que perdieron los Estados Unidos. Para mayor sarcasmo, toda la ambición de su vida fue mandar un submarino nuclear. Que le hubiesen concedido el mando del Tennessee, bien poca cosa significaba para él. Sólo una línea más en el currículum para entrar en el sector privado. En principio, el submarino se concibió para que portase cohetes balísticos Trident-II, pero los misiles fueron al desguace. La única razón de que el submarino aún existiese era que el movimiento medioambientalista local interpuso un recurso ante el Tribunal Federal del Distrito para que el submarino no fuese desmantelado. El juez, que era miembro honorario del Sierra Club (un influyente grupo ecologista), atendió sus razones, con lo que el caso tendría que peregrinar hasta el Tribunal de Apelación de los Estados Unidos.

Clagget llevaba ya nueve meses al mando del Tennessee, aunque la única vez que movió el submarino fue para llevarlo de un lado al otro del muelle. No era precisamente lo que esperaba de su carrera. Pudo haber sido peor, pensaba en la intimidad de su camarote. Podía estar muerto, como tantos otros miembros de la tripulación del Maine.

En fin. El Tennessee lo tenía para él solo. Ni siquiera contaba con un segundo de a bordo con quien compartirlo, y aún era un oficial de la Armada al mando de un barco de guerra -técnicamente hablando-. Su reducida tripulación, de sólo ochenta hombres, cumplía con los diarios ejercicios, como correspondía a la vida marinera, aunque estuviesen amarrados en el muelle. Al reactor que «propulsaba» el submarino lo llamaba la tripulación «La Compañía Eléctrica» y lo activaban una vez por semana. Los técnicos de sonar se entretenían captando sonidos de cintas magnetofónicas, y el resto de la tripulación se aplicaba a jugar con toda la parafernalia de a bordo, incluido el único torpedo Mark 48 que llevaban. No podía ser de otro modo. La oficialidad no tenía nada que mandarles y, al fin y al cabo, su obligación era que estuviesen preparados, por si les concedían el traslado que todos pedían para embarcarse en un submarino que navegase de verdad.

-Mensaje del Mando de la Flota de Submarinos del Pacífico, señor -dijo un marinero.

Clagget cogió la tablilla con el despacho y firmó el acuse de recibo. Comunique cuándo puede a estar listo para hacerse a la mar. Máxima urgencia.

«¿Será posible?», le preguntó el comandante Clagget al mamparo. Luego se fijó en que el mensaje lo cursaban desde la flota y no directamente desde Pearl Harbor. De manera que cogió el teléfono y llamó a la Flota de Submarinos del Pacífico.

-Póngame con el almirante Mancuso, por favor. Aquí el Tennessee.

-Al habla, Dutch. ¿En qué condiciones están? -preguntó Mancuso sin preámbulos.

-Todo funciona, señor. Y hace sólo dos semanas que tuvimos la RSR -dijo Clagget.

Se refería a la revisión de seguridad del reactor, que era absolutamente sagrada para las unidades de la Armada propulsadas por energía nuclear, incluso para aquellas destinadas a convertirse en hojas de afeitar.

-Lo supongo. ¿Cuánto tiempo necesita? -preguntó Mancuso con un talante tan expeditivo que parecía cosa de otros tiempos.

-Pues necesitaría reavituallamiento y torpedos. Y treinta hombres más.

-¿En qué aspectos están más débiles?

Clagget lo reflexionó un momento. Sus oficiales eran bastante jóvenes, aunque eso no le importaba. Además, tenía los suficientes con experiencia.

-La verdad es que en ninguno. Tengo a la tripulación siempre a punto.

-Muy bien. Vamos a ver, Dutch: curso órdenes para que se haga usted a la mar. Mi grupo de combate puede entrar en acción en cualquier momento. Quiero que parta lo antes posible. Las órdenes específicas para su misión van también de camino. Prepárense para estar en el mar noventa días.

-A la orden, señor.

En cuanto el almirante colgó, Clagget cogió el teléfono interior y convocó a sus mandos en la cámara de oficiales.

Antes de que la reunión empezase volvió a sonar el teléfono. Era una llamada del grupo de combate para preguntar cuántos hombres necesitaba en total.

-Su casa tiene una preciosa vista. ¿La vende usted?

-No, no la vendo -le dijo Oreza al hombre que estaba en la puerta.

-Quizá podría reconsiderarlo. ¿Es usted pescador, verdad?

-Sí, señor. Tengo un barco y lo alquilo...

-Sí, ya lo sé.

El hombre miró en derredor admirativamente. Tanto por las dimensiones de la casa como por su situación, era el equivalente a una casa de campo corriente en Estados Unidos. Manuel e Isabel Oreza la compraron cinco años atrás, justo antes del boom inmobiliario de Saipan.

-Le pagaría muy bien -dijo el hombre.

-¿Y dónde viviría entonces yo? -dijo Partagee.

-Le pagaría más de un millón de dólares americanos -persistió el forastero.

Por extraño que pudiera parecer, Oreza se indignó ante la oferta. Aún tenía pendiente la hipoteca, que pagaba todos los meses... En realidad, era su esposa quien la pagaba, aunque eso no hiciese al caso. El típico ritual americano de arrancar uno de los cupones de la cartilla, extender el cheque, meter ambos efectos en un sobre ya impreso y echarlo al correo el primer día del mes -todo ese procedimiento-era la prueba de que después de treinta años de andar de un lado a otro, al son de los destinos que le asignase el ministerio, tenía al fin su primera casa. Era su casa.

-Mire usted, la casa es mía, ¿sabe? Vivo aquí, y me gusta.

El forastero se mostraba sumamente cordial y educado, al margen de que fuese un plomo de consideración.

-Lo sé -le dijo, a la vez que le tendía una tarjeta-. Perdone mi intrusión. Me gustaría saber de usted cuando haya tenido tiempo de pensar con calma mi oferta.

El forastero se marchó entonces y se dirigió a la casa más cercana de la urbanización.

-¡Qué puñeta! -masculló Oreza al cerrar la puerta.

-¿Qué quería? -le preguntó Pete Burroughs.

-Me ha ofrecido un millón de dólares por la casa.

-Bonita vista -dijo Burroughs-. En la costa de California se la pagaría bien, aunque no tanto. No puede ni imaginar a qué precio están las viviendas en Japón.

-¿Un millón de dólares? -exclamó Oreza.

Y eso ha sido sólo su oferta inicial, pensó.

El forastero tenía aparcado su Toyota Land Cruiser al fondo del callejón sin salida, y estaba claro que iba casa por casa, a ver cuál podía comprar.

-Sí, pero luego la puede revender por mucho más o, si es listo, simplemente alquilarla.

-¿Y dónde íbamos a vivir nosotros entonces?

-Me temo que en ninguna parte -contestó Burroughs-. ¿Qué se apuesta a que les ponen en la mano los billetes de avión de primera clase para que se marchen a Estados Unidos cuando esto termine? Piénselo -añadió el ingeniero.

-Bueno, esto es interesante -dijo Robby Jackson-. ¿Alguna otra novedad?

-Las latas de sardinas que vimos se han ido. Parece que todo se normaliza... Es más: está normalizado, si exceptuamos la presencia de los soldados.

-¿Algún problema?

-No, señor, ninguno. Llegan los barcos con alimentos como de costumbre, y los de abastecimiento de combustibles; todo igual. Aunque el tráfico aéreo se ha reducido mucho. Los soldados parece que rehúyen a la gente, aunque procuran que no se note. Apenas se los ve. Queda mucho bosque en la isla. Supongo que se ocultan por ahí. Aunque la verdad es que no me he dedicado a comprobarlo.

-Bien, bien -le dijo Jackson-. Usted tranquilo, contramaestre. Su informe me es de mucha utilidad. Lo dejo ya, he de volver al trabajo.

-Muy bien, almirante.

Jackson tomó nota. Quizá debió delegar aquel contacto en otra persona, pero se dijo que seguramente Oreza preferiría oír una voz familiar. Además, todo se grababa y estaba a disposición del Servicio de Inteligencia.

Tenía muchas otras cosas que hacer. Por la noche, las Fuerzas Aéreas volverían a poner a prueba las defensas aéreas japonesas. La patrulla de reconocimiento se adentraría 160 km por el oeste, a partir de su línea habitual, aparte de que reunirían mucha información del Servicio de Inteligencia, sobre todo procedente de los satélites. El Enterprise llegaría hoy a Pearl Harbor. En la base aeronaval de Barners Point había dos alas aéreas de portaaviones al completo, aunque... sin portaaviones. La 25ª División de Infantería Ligera del Ejército seguía acantonada a pocos kilómetros de Shofield Barracks, pero tampoco había unidades en las que embarcarla. Y lo mismo cabía decir de la 1ª División de Marines de Camp Pendleton, en California. La última vez que los Estados Unidos tuvieron que intervenir militarmente en las islas Marianas fue el 15 de junio de 1944, en la Operación FORAGER (como Jackson se había tomado la molestia de comprobar). Intervinieron 535 barcos y 127 571 hombres. Todos los barcos de guerra que en la actualidad tenía el país, más todos los mercantes que navegaban bajo pabellón norteamericano, no alcanzaban a aquel número de barcos. Y el Ejército y la Armada juntos hubiesen tenido bastantes dificultades para reunir un contingente de infantería como el de entonces. La 5ª Flota del almirante Ray Spruances -que ya no existía- contaba nada menos que con quince portaaviones rápidos. Y la del Pacífico no tenía ahora ninguno. Fueron cinco las divisiones destinadas para recuperar las islas, apoyadas por más de mil unidades entre aviones, destructores, cruceros, acorazados...

¿Y eres tú el desgraciado a quien le ha tocado ingeniárselas para recuperar las Marianas? ¿Con qué?

No podemos enfrentarnos a ellos en igualdad de condiciones, se dijo Jackson. Controlaban las islas de manera efectiva, y su armamento -casi todo americano- era formidable. Lo peor era la gran cantidad de civiles que había en las islas. Los «nativos» (ciudadanos americanos) eran casi 15 000. La mayoría vivían en Saipan. Todo plan que implicase llevarse por delante muchas de aquellas vidas, en nombre de la liberación, sería un cargo de conciencia que no estaba dispuesto a soportar. Era una clase de guerra completamente distinta, con normas distintas también, con las que aún no estaba familiarizado. No obstante, los problemas básicos eran los mismos. El enemigo les había arrebatado algo y habría que recuperarlo, so pena de que los Estados Unidos dejasen de ser una gran potencia. Y Jackson no se había pasado la vida vestido de uniforme para ver cómo se escribía semejante capítulo de la Historia. Además, ¿cómo se la iba a explicar al contramaestre Oreza?

Estamos en inferioridad de condiciones. Los Estados Unidos ya no tenían la capacidad de movilizar un gran ejército, salvo de una base a otra. No había, en realidad, gran ejército que movilizar, ni tampoco una gran armada. Carecían de bases avanzadas para apoyar la invasión. sí? Los Estados Unidos aún poseían la mayoría de las islas del Pacífico occidental, y en todas ellas había una pista de aterrizaje de un tipo u otro. Además, los aviones actuales tenían mayor autonomía de vuelo, aparte de que podían ser repostados en el aire. Los barcos podían permanecer en el mar casi indefinidamente, mediante unas técnicas concebidas por la Armada

de los Estados Unidos hacía ochenta años, reforzadas con el advenimiento de la energía nuclear. Y lo que era más importante, la tecnología armamentística se había perfeccionado mucho. Los tiempos de la cachiporra y del mandoblepasaron a la Historia. Además, contaban con satélites «espías». Saipan. Allí se iba a decidir el conflicto. Saipan era la clave del archipiélago.

El almirante Jackson cogió el teléfono.

-Diga.

-Soy Robby. ¿Hasta qué punto tenemos las manos libres, Jack?

-No podemos causar muchos muertos. Ya no estamos en mil novecientos cuarenta y cinco -le contestó el consejero de Seguridad Nacional-. Y además ellos tienen misiles con cabezas nucleares.

-Sí. Tengo entendido que tratamos de encontrarlos. Y soy consciente de que esos misiles serán nuestro principal objetivo, si logramos localizarlos. Pero ¿y si no podemos?

-Tenemos que encontrarlos -contestó Ryan.

¿Que tenían que encontrarlos?, se dijo Jack. De acuerdo a las conclusiones de los Servicios de Inteligencia, el mando y el control de aquellos misiles estaba en manos de Hiroshi Goto, un hombre de escasas luces que detestaba a los Estados Unidos. Lo más grave es que no tenía la menor confianza en que los Estados Unidos fuesen capaces de prever lo que haría Goto. Lo que Ryan podía considerar irracional a Goto podía parecerle lógico... a él o a quienquiera que lo aconsejase, probablemente Raizo Yamata, que era quien desencadenó todo el conflicto y cuyas motivaciones personales eran, pura y simplemente, una incógnita.

-Mira, Robby -añadió Jack-, tenemos que desactivarlos; y para eso sí que tienes carta blanca. Lo confirmaré, de todas maneras, con el presidente.

-¿Cabe el recurso a armas nucleares? -preguntó Jackson.

Ryan era consciente de que profesionalmente Robby no tenía más remedio que pensar en tales términos, por más horrendas que fuesen las implicaciones.

-Mira, Rob, no, a menos que no nos dejen alternativa. Pero estás autorizado a considerarlo y a hacer los planes oportunos por si llegase el caso.

-Me acaba de llamar nuestro amigo de Saipan. Parece que hay alguien interesado en pagarle una fortuna por su casa.

-Es de suponer que tratan de prepararse el terreno de cara a unas elecciones...; un referéndum sobre la soberanía. Cuantas más personas abandonen la isla, mejor para ellos, ¿no?

-Sí, y no creo que debamos resignarnos.

-No, en absoluto. Pero necesito un plan, Rob.

-Pues no sufras, que lo tendrás -le prometió el almirante Jackson.

Durling apareció de nuevo en TV a las nueve de la noche, hora de Washington. Y había muchos rumores. Las cadenas de TV cubrían los acontecimientos de Wall Street, y difundían confusas referencias al incidente de la semana anterior con el portaaviones, así como a las urgentes negociaciones entre Japón y los Estados Unidos acerca de las islas Marianas, en donde -señalaban- se habían cortado las comunicaciones, tras una tormenta que, por lo visto, nunca se produjo. Resultaba muy incómodo para ellos tener que informar de lo que en realidad desconocían.

A aquella hora, los corresponsales de Washington sondeaban las fuentes para recabar información, perplejos ante el hecho de no haberse enterado antes de algo de semejante magnitud. La perplejidad se transformó en indignación por el hecho de que el gobierno lo hubiese ocultado. Las explicaciones que la mayoría de los directores de los informativos les dieron, hacia las ocho, calmaron un poco los ánimos. Que sí, que sí, que lo que era noticia era

lo de Wall Street. Que, por supuesto, era mucho más vital para el bienestar de los americanos que un grupo de islas, muchas de las cuales ni siquiera aparecían en los mapas. Pero, claro que no, en absoluto: el gobierno no tenía el menor derecho a ocultarle a los medios informativos lo que ocurría. Aunque, en fin, muchos también se percataban de que la primera enmienda a la Constitución les garantizaba la libertad para indagar por su cuenta, lo que llevaba aparejado que no tenían por qué esperar que los demás les proporcionasen la información. Otros periodistas se decían que, probablemente, lo que intentaba la administración era poner fin al conflicto sin derramamiento de sangre. Entre unas y otras cosas, se calmaron un poco. Aunque no del todo.

«Compatriotas», dijo por segunda vez en aquel día el presidente Durling. Y en seguida percibieron todos que, a diferencia de las buenas noticias de por la tarde, las de aquella noche iban a ser malas. Como así fue.

La inevitabilidad es un concepto que subleva a la humana naturaleza. El hombre es un ser hecho de esperanza y de creatividad, conceptos ambos que niegan que las cosas no puedan cambiarse. Pero el hombre es también un ser proclive al error, y a veces esto hace inevitables las cosas que a menudo trata de eludir.

Los cuatro bombarderos Lancer B-lB se encontraban ahora a 800 km de la costa, desplegados de nuevo a uno y otro lado de una línea imaginaria que cruzaba Tokio hacia el este.

En esta ocasión se internaron más. Siguieron rumbo oeste, a dossiete-cero grados, y volaron a la altura adecuada para una penetración lenta. Los oficiales que manejaban el equipo bélico electrónico de a bordo tenían más información que hacía dos noches. Por lo menos ahora podían plantearse preguntas pertinentes. La información adicional de los satélites les permitió determinar el emplazamiento de las instalaciones de radar antiaéreo del país, y sabían que estaban en condiciones de burlarlos. Lo más importante de la misión de aquella noche era hacerse una idea de la capacidad de los E-767, y eso exigía mayor cautela.

El B-1B fue remodelado varias veces desde los años 70. Las remodelaciones lo convirtieron, de hecho, en un aparato más lento pero también en un aparato «invisible», sobre todo por el morro. Porque el Lancer tenía una antena de radar propia de una «ave» de gran envergadura, a diferencia del B-2A, cuyo radar del morro lo asemejaba a un gorrión que tratase de ocultarse de un halcón. Además, tenían una gran capacidad de aceleración cuando volaban a baja altura, que era siempre el mejor recurso para eludir un ataque que, por supuesto, toda tripulación procuraba evitar.

La misión de aquella noche consistía en «sondear» a los radares volantes de alerta rápida, ver cuál era la reacción de sus instrumentos electrónicos, y dar luego media vuelta para regresar a la base de Elmendorf, con más datos que permitirían trazar un plan de ataque real. Pero a las tripulaciones les pasó por alto un detalle. La temperatura del aire era ligerísimamente superior a 0 °C en una parte del aparato y de casi 2 °C en otra.

El «Kami-Dos» volaba a unos 160 km al este de Choshi, en sentido norte-sur y a unos 720 km/h. Cada quince minutos el aparato invertía el rumbo. Hacía siete horas que patrullaba y tenían que relevarlo al amanecer. La tripulación estaba cansada pero alerta, no del todo adaptada a la tediosa rutina de su misión.

El verdadero problema era de orden técnico y a los técnicos afectaba. Su modernísimo radar les era de menor utilidad de lo que cabría pensar. Concebido para detectar aparatos invisibles», podía lograr su objetivo (aunque la verdad era que aún no estaban seguros de ello) gracias a una serie de innovaciones. El radar propiamente dicho era muy potente, y tan preciso como fiable. Una de las innovaciones consistía en un sistema de refrigeración interno, por nitrógeno líquido, y un nuevo programa informático para el procesado de señales. Y ahí radicaba precisamente el problema. Los datos del radar se proyectaban en pantallas de TV, en

las que aparecían imágenes simuladas por el ordenador, en lugar de gráficos, como era lo habitual desde la invención del radar en los años 30. El programa informático detectaba cualquier cosa que generase una señal y, con la potencia y la sensibilidad de los modernos instrumentos, el resultado era que mostraban lo que en principio no tenían por qué. Aves migratorias, por ejemplo. Los ingenieros informáticos programaron una «esclusa» de velocidad, para ignorar a todo objeto que se desplazase a menos de 130 km/h. De lo contrario, habrían captado hasta los automóviles que circulaban por las autopistas (debidamente). No obstante, el programa «admitía» cualquier señal antes de mostrársela al técnico. Al cabo de unos segundos, si el programa detectaba que el objeto que se desplazaba a mayor velocidad que la referida, concluía que podía tratarse de un avión. De manera que una pareja de albatros que volaba a pocos kilómetros de los aparatos, se convirtió en un avión para la mente del ordenador de a bordo. Y a los técnicos los tenía locos, y también a los pilotos de los dos cazas Eagle que volaban a unos 30 km de distancia del avión de reconocimiento. Esto provocaba tanta irritación como desorientación. Además, con la actual sensibilidad del sistema, el flujo del tráfico aéreo comercial tenía la pinta de ser una flota de bombarderos. Menos mal que más al norte estaba el «Kami-1», que se encargaba de detectar y clasificar los aparatos comerciales.

-Contacto. Uno-cero-uno, a cuatrocientos kilómetros -dijo un capitán a través del intercomunicador de una de las consolas-. Altitud tres mil metros... descendiendo. Velocidad novecientos kilómetros.

-¿No será otro pájaro? -preguntó algo crispado el comandante que iba al mando de la misión.

-No. Éste no... Se confirma la detección.

Otro aviador, con la graduación de coronel, accionó la palanca de mando para hacer descender a su bombardero. Había desconectado el piloto automático. Siempre arriba y abajo, pensó mientras oteaba el horizonte.

-Ahí está nuestro amigo -dijo uno de los técnicos de radar-. Rumbo dos-ocho-uno.

Automáticamente, el piloto y el copiloto miraron hacia su derecha. Y como era previsible, no vieron nada. El copiloto volvió a mirar hacia el interior de la cabina. De noche, había que tener la vista fija en los instrumentos. La falta de buenos puntos de referencia externos significaba correr el riesgo de sentir vértigo, de perder el sentido de la orientación, algo que los aviadores temían. Daba la impresión de que se acercaban a un banco de nubes. Comprobaron cuál era la temperatura exterior. No llegaba a 2 °C, y eso era bueno. Si la temperatura descendía un poco, se formaría hielo, y el B-1B, como la mayoría de los aparatos militares, no tenía equipo de descongelación. Como no se trataba de una misión visual sino electrónica, las nubes no influían mucho en las transmisiones ni en las recepciones.

En lo que sí influían las nubes era en la humedad. El copiloto no tuvo en cuenta que era la temperatura del morro la que comprobó. A cola era bastante más baja, de más de medio grado bajo cero. Y se empezó a formar hielo en la aleta de cola del bombardero. No bastaba para provocar perturbaciones en los controles, pero sí para una ligera modificación de la forma del aparato, a cuya antena de radar afectaban variaciones de sólo milímetros.

-Se trata, sin duda, de un aparato -dijo el capitán del «Kami-2», que maniobró para encararlo y transmitió el contacto a la consola del coronel-. Y podría haber otro.

-Ya lo tengo.

Vio en el monitor que el objeto detectado iba directo a Tokio. Y no era posible que fuese un aparato de líneas regulares. Tampoco era una señal de las utilizadas por los satélites para desorientar al enemigo. La altitud, el rumbo y la velocidad eran anormales para un aparato comercial. Tenía que ser un aparato enemigo. De modo que ordenó a sus dos cazas que fuesen a por él.

-Quizá podría empezar ya a pedirle que se identifique más...

-No -contestó el coronel a través de la radio.

Los dos cazas F-15J llevaban los depósitos a tope y estaban bien situados para la intercepción. Los símbolos alfanuméricos que aparecían en las pantallas de los «Kamis» indicaban que los aparatos estaban cerca. A bordo de los cazas, los pilotos veían los mismos símbolos y no necesitaban desconectar sus radares de fijación de blancos. Como tanto ellos como los aparatos que se les acercaban iban a la misma velocidad de 900 km/h, tardarían poco en encontrarse.

Transmitieron los datos a tierra, al cuartel general de la Defensa Aérea Regional. Pronto fueron muchas las personas que pudieron contemplar el electrónico drama. Había ahora tres aparatos que se acercaban a la costa en formación de ataque. Todos eran conscientes de que, si se trataba de bombarderos B-1B, podían llevar bombas de verdad, o misiles aire-tierra y aire-aire, en cuyo radio de acción se encontraban. Esto le creaba un problema al comandante de la Defensa Aérea, agravado por la hora del día. Porque sus precisas instrucciones... no eran lo bastante precisas, y no podía recurrir en aquellos momentos a ninguno de los mandos de Tokio. Los aparatos que se acercaban estaban ya dentro de la zona de la defensa aérea de identificación obligatoria y probablemente se trataba de bombarderos, y... ¿Qué?, se preguntó el general. Por lo pronto, ordenó que los cazas se separasen, al objeto de encarar cada uno un blanco. Todo se precipitaba. Tenía que haberlo previsto, pero no podía uno estar en todo. Y aquellos aparatos eran bombarderos, y estaban demasiado cerca y seguían acercándose a gran velocidad.

-¿Tenemos más imágenes? -preguntó el comandante del aparato, que no quería acercarse a menos de 160 km del radar volante y que ya tenía su plan para huir.

-No, señor. Capto un haz cada seis segundos, aunque todavía no detecto que nos enfoquen.

-No creo que nos vean -pensó el piloto en voz alta.

-Si nos ven, podemos esquivarlos en seguida -dijo el copiloto, que crispaba los dedos, nervioso, aunque confiado en no equivocarse.

Tenían que olvidarse de andar por allí al ojeo. Los cazas volaban por encima de un banco de nubes. Y descender a través de las nubes, en aquellas circunstancias, entrañaba riesgos. Las órdenes se le antojaron un tanto decepcionantes, después de tanta instrucción, tanta preparación y una larga y tediosa noche de patrulla. El «Kami-2» cambió de frecuencias y empezó a dirigir sus haces electrónicos hacia los tres aparatos que se acercaban.

-Nos detectan -informó el técnico del aparato de reconocimiento-. Han cambiado la frecuencia. Nos tienen localizados en la banda K.

-Quizá incluso nos hayan visto.

¿Era lógico, no? En cuanto detectaban una aproximación, trataban de confirmarla. Le daba un poco de tiempo para reflexionar. Seguiría avanzando durante unos minutos, pensó el coronel, sólo para ver qué ocurría.

-No da la vuelta -dijo el capitán.

Porque tenía que haber dado media vuelta de inmediato, ¿verdad?, se decían los de a bordo. Debía de tener una razón muy poderosa para no hacerlo, y la orden resultante era obvia. El «Kami-2» cambió de nuevo de frecuencias. Pasó a operar en la modalidad de control de fuego enemigo, y un caza Eagle disparó dos misiles antirradar. Al norte, otro Eagle no estaba aún dentro del radio de alcance del blanco que acababan de asignarle. De manera que el piloto aceleró para acercarse lo suficiente.

-Nos enfocan... ¡Nos tienen enfocados!

-Elúdalo. Vire a la izquierda.

El coronel accionó la palanca y aumentó la velocidad para luego picar el morro y salir del campo de acción de las ondas. Una serie de fogonazos y de nubes deshilachadas asomó de la cola del bombardero. Redujeron en el acto la velocidad. El sensible radar de a bordo del E-767 identificó las nubes deshilachadas. Automáticamente las ignoró y dirigió el fino haz del radar al bombardero que continuaba avanzando. Todo lo que tenía que hacer el misil era seguirlo. Años de estudios de ingeniería informática iban a ser puestos a prueba. Los controladores de a bordo se preguntaban, en silencio, cómo iba a responder la técnica ante lo inesperado. El programa se concibió para protegerlos de los rusos y no de los americanos. ¡Menuda diferencia!

-No puedo eludir la detección.

El aparato de reconocimiento trataba desesperadamente de replicar produciendo interferencias. Pero el haz que machacaba la piel de aluminio de su Lancer tenía nada menos que dos millones de vatios de potencia y sus «parásitos» no le afectaban. El aparato empezó a maniobrar en tirabuzón. No sabían dónde estaban los misiles, y no podían hacer otra cosa que seguir las instrucciones del manual. Pero el manual, tal como comprendieron demasiado tarde, no contaba con aquella clase de adversario. Cuando explotó el primer misil, al con-tacto con el ala derecha, estaban ya demasiado cerca del agua para que sus asientos eyectables pudiesen servirles de algo.

El segundo B-1 tuvo más suerte. Recibió un impacto que averió dos motores, pero incluso con la mitad de su potencia pudo alejarse de la costa japonesa con la suficiente velocidad como para que el Eagle no pudiera alcanzarlo. La tripulación se preguntaba si podrían llegar a Shemya antes de que a aquel aparato suyo, de más de cien millones de dólares, se le desprendiese algún que otro pedazo importante. El resto de la escuadrilla se retiró también, confiando en que alguien pudiera explicarles qué había fallado.

Por si las circunstancias no fuesen ya lo bastante críticas, se acababa de producir un nuevo acto hostil en el que habían muerto otras cuatro personas. Cada vez iba a serles más difícil a ambos bandos volver atrás en una guerra sin claras reglas para nadie.

36. Consideración

No era muy sorprendente, se dijo Ryan, aunque de poco consuelo iba a servirles a las familias de los cuatro oficiales de las Fuerzas Aéreas que perdieron la vida. Debió haber sido una misión sencilla y sin riesgos. Lo único tristemente positivo era que habían aprendido una lección: los japoneses tenían la mejor defensa aérea antiaérea del mundo. Si se los privaba de sus cohetes balísticos de alcance intercontinental, serían irremisiblemente derrotados... pero sólo si se los privaba de esos cohetes.

El consejero de Seguridad Nacional tenía un montón de documentos sobre la mesa. Informes de la NASA sobre los SS-19 japoneses. Seguimiento de las pruebas de vuelo de los cohetes. Evaluación de las prestaciones de los misiles. Conjeturas sobre la carga que llevaban las ojivas. Todo eran conjeturas, en realidad. Y necesitaba algo más concreto, aunque, por su propia naturaleza, la información de los servicios de inteligencia era siempre así. Nunca se disponía de datos suficientes para tomar una decisión sólidamente fundamentada. De manera que había que adoptar decisiones sin suficiente fundamento, y confiar en que la intuición hiciese el resto.

Fue un alivio oír sonar el TS-6. Así dejó de darle vueltas a lo que iba a decirle al presidente sobre lo que ignoraba.

-Hola, Mary Pat. ¿Novedades?

-Koga quiere entrevistarse con nuestros agentes -le dijo sin preámbulos mistress Foley-. Por lo pronto, sabemos que lo que ocurre no es de su agrado. La verdad es que es ponerlos en grave riesgo -añadió.

Sería todo mucho más fácil si yo no conociese a esos dos, pensó Ryan.

-Aprobado -dijo Jack-. Necesitamos toda la información que podamos obtener. Necesitamos saber quién toma, de verdad, las decisiones allí.

-Desde luego, el gobierno no. No realmente. Eso indican los datos. Es la única razón que explicaría que el Servicio de Contraespionaje no estuviese al corriente. De modo que la pregunta es...

-Y la respuesta es que sí, Mary Pat.

-Alguien va a tener que acabar con esta historia, Jack -dijo tranquilamente la subdirectora de Operaciones de la CIA.

-Y alguien acabará -le prometió el consejero de Seguridad Nacional.

El secretario del agregado comercial era un joven diplomático, de sólo veinticinco años, a quien rara vez invitaban a nada importante. Cuando lo invitaban, se limitaba a pulular por allí como un paje de las cortes de otros tiempos. Atendía solícito a los deseos de su señor, iba a por copas y pasaba prácticamente inadvertido. Pertenecía a los Servicios de Inteligencia, por supuesto, y también en el ejercicio del espionaje era novato. Su labor consistía en marcar los lugares de recogida de mensajes, mientras iba hacia la Embajada todas las mañanas, al objeto de que las señales fuesen debidamente identificadas. Y así lo hizo aquel domingo por la mañana en Tokio. La labor era un reto a su creatividad, porque tenía que hacer que lo estudiado pareciese espontáneo. Tenía que hacerlo de un modo distinto cada vez, aunque no tanto como para llamar la atención. En su segundo año como activista del espionaje, ya se preguntaba cómo conseguían hacer carrera los espías sin volverse locos.

Allí estaba. Una lata de refresco -una lata roja de Coca-Cola en este caso- echada en el canalón de desagüe de la calzada, entre la rueda izquierda trasera de un turismo Nissan y el bordillo, veinte metros más adelante, justo donde debía estar. No podía llevar mucho tiempo allí. De lo contrario alguien la habría recogido y la habría tirado a la papelera más próxima. Admiraba la limpieza de Tokio y el cívico orgullo que simbolizaba. En realidad, lo admiraba casi todo de aquel pueblo tan trabajador y cortés. Esto hacía que aún se preocupase más por la presumible meticulosidad e inteligencia de su servicio de contraespionaje. En fin, él tenía cobertura diplomática. Sólo se exponía a una mala nota en una carrera que aún estaba a tiempo de cambiar. No en vano había aprendido mucho sobre comercio, y le sería de mucha utilidad si alguna vez optaba por dejar el servicio, se decía.

Iba por la atestada acera aquella mañana. Se agachó y recogió la lata. El fondo de la lata era cóncavo y dentado, para facilitar el almacenamiento. Retiró hábilmente con la mano lo que había adherido y luego tiró la lata en el contenedor de la esquina, antes de girar a la izquierda hacia la Embajada.

Otra importante misión cumplida, aunque en apariencia no hubiese sido más que una colaboración con los basureros de la más escrupulosa de las ciudades. Dos años de adiestramiento profesional para hacer de basurero, se decía. Quizá dentro de unos años podría reclutar a sus propios agentes. Por lo menos así no tendría que mancharse las manos.

Al entrar en la Embajada fue al despacho del comandante Scherenko. Le entregó lo que había recogido antes de ir a su propio despacho para cumplir con su escaso trabajo de por la mañana.

Boris Scherenko estaba tan desbordado de trabajo como se temía. Su destino parecía que iba a ser una bonita y plácida misión de espionaje comercial; ponerse al corriente de técnicas industriales que su país pudiese copiar fácilmente, casi más una labor de ejecutivo que de verdadero espionaje. La pérdida de la red CARDO de Oleg Lyalin fue una catástrofe profesional. Durante mucho tiempo, trató de remediarla, con escaso éxito. El traidor Lyalin tenía un gran olfato comercial, al margen de que se dedicara a infiltrarse en los órganos de gobierno japoneses, en un plano más acorde a sus funciones de espía. Su labor en el campo comercial empezaba a dar frutos, justo en el momento en que su actividad se orientó por muy distintos derroteros, para cumplir con una misión tan sorprendente para él como debía de serlo

la actual situación para los americanos, tan gravemente perjudicados por sus antiguos aliados. Otra conseja que desoían los americanos: que no puede fiarse uno de nadie.

El paquetito que acababan de dejarle en la mesa era, por lo menos, manejable: dos diapositivas de 35 mm, en blanco y negro. Sólo tenía que retirar la protectora cinta gris. Aunque no era tan sencillo. Pese a la moderna parafernalia de Inteligencia, el trabajo real del espionaje era, a menudo, tan tedioso como arreglarle un juguete a un niño. Para retirar la película utilizó un cortaplumas y una linterna, y a poco se corta. Luego, colocó las diapositivas en sendos portafotos de cartón para proyectarlas. Después, tendría que pasar los datos a un bloque (operación igualmente tediosa). Aunque en seguida vio que en esta ocasión merecía la pena. Los datos tendrían que ser confirmados a través de otras fuentes, pero eran buenas noticias.

-Ahí tienen sus dos bateas -dijo el funcionario de la AMTRAK.

El emplazamiento era tan obvio que tardaron un día entero en verlo. Las dos bateas -de tamaño mucho mayor que el habitual-estaban en el centro de lanzamiento de Yoshinobu y, junto a ellas, estaban los tres contenedores de transporte para los cohetes SS-diecinueve/H-once.

-Y esto que asoma por detrás del edificio puede ser otra -añadió el ferroviario.

-¿Porque tendrán más de dos, digo yo? -preguntó Chris Scott. -Yo las tendría -contestó Betsy Fleming-. Pero puede tratarse de un lugar sólo a modo de cochera. Y es el lugar lógico.

-Ése y también la propia planta de montaje -dijo Scott.

De lo que más pendientes estaban ahora era de datos no visuales. El único satélite KH-12 que estaba en órbita se acercaba a Japón, y ya lo habían programado para escudriñar un pequeño sector del valle. La información visual les proporcionó una pista muy útil. Otros cincuenta metros de línea férrea secundaria habían desaparecido entre un paso y otro del satélite KH-11. Las fotos mostraban las torres de catenaria, comúnmente utilizadas para el tendido de los ferrocarriles electrificados, pero no se veían cables en las torres. Probablemente, las levantaron para hacer que la vía secundaria les pareciese anormal a los usuarios del «tren bala» que la cruzaban. O sea, otra medida para ocultar algo a plena luz del día.

-En mi opinión, si se hubiesen limitado a no tocar nada... -dijo el funcionario de la AMTRAK al volver a mirar las fotografías de los satélites.

-Ya -dijo Betsy mirando el reloj.

El caso era que sí lo habían tocado. Colocaban redes de camuflaje sobre las torres, justo a la revuelta de la primera curva del valle. Los pasajeros del tren no lo notarían, y fue sólo de segundos que tampoco lo advirtiese ninguno de ellos tres.

-Si optase usted por ese camuflaje, ¿qué haría después?

-¿Para ocultárselo a ustedes? Pues bien fácil -dijo el ferroviario-. Estacionaría ahí unidades de servicio. Así parecería lo más normal del mundo, y tienen espacio de sobras. Tenían que haberlo hecho ya. No creía yo que se cometiesen errores de tanto bulto en este campo.

-Pues no es el primero -dijo Scott.

-¿Y qué esperan descubrir ahora? -preguntó el funcionario.

-Ya lo verá.

Puesto en órbita ocho años antes por la lanzadera espacial Atlantis, el satélite KH-12 TRW seguía funcionando más allá del tiempo para el que en principio lo programaron. Pero como ocurría con otros ingenios fabricados por la compañía (en las Fuerzas Aéreas lo llamaban el «Satélite-Maravilla»), aún proporcionaba datos. Sin embargo, el satélite se había quedado sin combustible para realizar maniobras de reconocimiento, lo que significaba que se limitaba a orbitar. Sólo cabía esperar que diese la casualidad de que sobrevolase lo que a uno le convenía, y que la altitud fuese la adecuada para lo que se precisaba. Era un cilindro de más

de diez metros de longitud, con unas enormes «alas», paneles solares que eran los que le proporcionaban la energía al radar K de a bordo. Las células solares se habían desgastado con el tiempo debido a la intensidad de las radiaciones. Sólo proporcionaban energía para unos minutos en cada revolución. Los controladores de la estación de seguimiento terrestre llevaban mucho tiempo esperando esta oportunidad. El satélite seguía una órbita noroeste-sureste y pasaba por el lugar con sólo una desviación de seis grados, y lo bastante cerca para escudriñar a fondo el valle. Tenían ya muchos datos. La historia geológica del lugar era bien clara. Un río -ahora bloqueado por una presa hidroeléctrica- abrió una profunda garganta. Por aquella zona, parecía más un desfiladero que un valle. Las pronunciadas laderas eran lo que sin duda les aconsejó el emplazamiento de los cohetes. Eran cohetes que podían lanzar verticalmente. En cambio, cualquier misil que tratase de alcanzar el valle se vería bloqueado por las sierras que se elevaban al este y al oeste. Daba igual de qué clase de misiles se tratase. Las características orográficas obstaculizaban por igual a cohetes rusos que americanos. El toque maestro final, por lo que a la elección del emplazamiento se refería, era que se trataba de un valle de roca dura. De manera que cada silo quedaba «acorazado» de manera natural. Por estas razones, Scott y Fleming se jugaban buena parte de su reputación al programar la misión del KH-12.

-Más o menos ahora, Betsy -dijo Scott al mirar el reloj de pared.

-¿Y qué van a ver ustedes, exactamente?

-Si están allí, los veremos. ¿Está familiarizado con la tecnología espacial? -le preguntó Fleming al ferroviario.

-Están hablando con un fan de las Star Trek.

-Pues bien, en los ochenta, la NASA realizó una misión orbital, y lo primero que transmitieron a la Tierra fue una toma del delta del Nilo, de acuíferos subterráneos que desembocan en el Mediterráneo. Y los cartografiamos.

-Creo que la misma misión hizo otro tanto con los canales de irrigación construidos por los mayas en México. Pero ¿cuál es la relación? -preguntó el funcionario de la AMTRAK.

-No fue una misión de la NASA sino nuestra. Fue una manera de decirles a los rusos que no podían ocultarnos sus cohetes en silos. Y tomaron buena nota -le explicó mistress Fleming.

Justo en aquellos momento se oyó el fax. La señal del KH-12 se canalizaba a un satélite de órbita geoestacionaria sobre el océano Índico y, desde allí, pasaba a una estación de los Estados Unidos continentales. Aunque la primera toma no llegaría realzada, confiaban en que fuese lo bastante buena para el examen inicial. Scott sacó la primera imagen que salió del fax. La colocó en la mesa, bajo una potente luz, junto a una foto del mismo lugar.

-¿Qué ve usted?

-Pues... ésta es la línea principal... y, ¡anda! ¡Aquí levantan las traviesas! ¿La vía es demasiado estrecha, eh?

-En efecto -dijo Betsy al ver la línea secundaria.

Las traviesas de cemento tenían 15 cm de anchura, y permitían que el radar las captase y devolviese la señal como si fuese un escalonado de guiones de imprenta.

-Penetra mucho en el valle, ¿verdad? -dijo el ferroviario, que tenía la cara casi pegada al papel y seguía la línea con el bolígrafo-.

Curvas y más curvas. ¿Y esto qué es? -preguntó tocando una serie de círculos blancos.

-¿Qué le parece, Betsy? -dijo Scott, que colocó una pequeña regla encima del papel.

-Y además en manojo. ¡Somos geniales! Ha debido de costarles una fortuna hacerlo.

-Hermosa obra de ingeniería -musitó Scott.

El ramal secundario caracoleaba a izquierda y derecha, y cada doscientos metros había un silo a menos de tres metros de la hilera de traviesas de la vía.

-La verdad es que lo han estudiado a fondo.

-Si no me lo explican más claro, me pierdo.

-«En manojo» significa que, si trata uno de atacar el campo de misiles, la primera ojiva proyecta al aire tal cantidad de cascotes que desvían a la segunda ojiva -dijo mistress Fleming.

-Significa -aclaró Scott- que no se pueden utilizar armas nucleares para acabar con ese manojo de espárragos o, por lo menos, que es dificilísimo. Y ahora resúmame sus conclusiones.

-Pues que esta línea no tiene el menor sentido comercial. No va a ninguna parte y, por lo tanto, no puede ser rentable. Tampoco es un apartadero, porque es demasiado larga para eso. Y es de vía ancha, probablemente debido a las necesidades de la carga que han de transportar.

-Y proceden a instalar una red de camuflaje sobre las torres de catenaria -apostilló Betsy, que ya le daba mentalmente forma a lo que aquella misma noche comunicarían al Servicio de Inteligencia-. Chris, ahí es donde tienen los cohetes.

-Pero sólo he contado diez silos. O sea, que hemos de localizar otros diez.

Se hacía cuesta arriba considerarlo una ventaja, pero la reducción de unidades de la Armada provocó excedente de personal, por lo que encontrar otros treinta hombres no fue en absoluto difícil. Esto elevó la dotación del Tennessee a ciento veinte; treinta y siete menos que la tripulación que solían llevar los submarinos de la clase Ohio, pero que a Dutch Clagget le parecía aceptable. Al fin y al cabo, no necesitaba para nada a los técnicos en misiles.

Su tripulación iba a estar bastante sobrecargada de suboficiales «chusqueros», algo con lo que también estaba dispuesto a pechar, se decía el comandante mientras, desde el puente, observaba cómo sus hombres cargaban provisiones bajo los poderosos focos.

El reactor estaba en perfectas condiciones y en marcha. Incluso en aquellos momentos, la oficialidad técnica realizaba ejercicios. Un torpedo Mark 48, pintado de color verde, se deslizaba por la corredera de la portilla bajo la vigilante mirada del jefe de la cámara de torpedos. Sólo iban a contar con dieciséis torpedos como aquéllos, aunque no creía que necesitase tantos para la misión que suponía.

El Ashville y el Charlotte. Conocía a miembros de ambas tripulaciones, y si Washington levantaba el pulgar, quizá él tuviese algo que decir en el asunto.

Se detuvo un coche a la altura de la proa y se apeó un suboficial que llevaba un maletín metálico. Subió a bordo, esquivando a los marineros que hacían la cadena para pasarse las cajas, y bajó por la escotilla.

-Es el programa actualizado para los ordenadores del sonar -dijo el contramaestre de Clagget-. Es el que utilizan para el seguimiento de ballenas.

-¿Cuánto tardarán en instalarlo?

-Es cosa de unos minutos.

-Quiero zarpar antes del amanecer, contramaestre.

-Estaremos listos. ¿Primera escala en Pearl Harbor?

Clagget asintió con la cabeza y señaló a los otros Ohios, cuyas tripulaciones cargaban también las provisiones.

-¡Y no quiero que ninguno de esos memos llegue antes que nosotros! ¿Entendido?

No era una visión muy tranquilizadora, aunque sí impresionante. El Johnnie Reb descansaba sobre enormes bloques de madera y se alzaba sobre el dique seco como un rascacielos.

El capitán Sánchez fue a echar un vistazo y estaba allí con el comandante de la nave. Una grúa levantaba en aquellos momentos lo que quedaba de la turbina número 3. Un enjambre de obreros y técnicos, con sus cascos multicolores, se concentraba en el talón de la quilla para evaluar los daños. Otra grúa empezó a mover el tren de tracción número 4. Tenía que izarlo verticalmente, desconectado ya del resto del sistema de propulsión.

-Hijos de puta -masculló el capitán.

-Podemos repararlo -señaló Sánchez.

-Ya. Cuatro meses. Y eso con suerte -replicó el capitán.

Pura y simplemente, no disponían de las piezas necesarias para acelerar la reparación. Como era lógico, la parte más delicada afectaba a los engranajes de reducción. Tendrían que fabricar seis juegos completos, y eso llevaba tiempo.

El Enterprise se quedó sin el tren de tracción, y el sobreesfuerzo realizado para llevarlo a puerto seguro destrozó la única turbina que hubiesen podido reparar fácilmente. Para el Enterprise el período de reparaciones duraría seis meses, si la empresa constructora podía aplicarse a la labor de inmediato, y a base de dedicar tres turnos diarios por lo menos durante varias semanas. El resto de las reparaciones eran sencillas.

-¿En cuánto tiempo puede estar a punto el eje número tres? -preguntó Sánchez.

-Dos o tres días, aunque sólo con eso no hacemos nada -dijo el capitán encogiéndose de hombros.

Sánchez no se atrevía a hacerle la siguiente pregunta que se le ocurrió. Su obligación era conocer la respuesta. Temía que sonase como una auténtica estupidez. Bueno, ¿y qué? De todas maneras tenía que ir a Barners Point. Y como estaba cansado de decirles a sus hombres, las únicas preguntas estúpidas eran las que no se hacían.

-Perdone, señor, no quisiera parecer estúpido, pero ¿a qué velocidad se puede ir con sólo dos turbinas?

En aquellas circunstancias, a Ryan le hubiese encantado que la Tierra fuese plana. En tal caso, en todo el mundo regiría la misma hora. Y no como entonces, que las Marianas les llevaban quince, Japón catorce y Moscú ocho. Los principales mercados financieros europeos les llevaban cinco horas unos y otros seis, según los países. Hawai llevaba cinco de retraso.

Y es que el consejero de Seguridad Nacional tenía agentes en todos esos puntos que, como es lógico, trabajaban de acuerdo a la hora local y, por estrafalario que pudiera parecer, sólo reflexionar a ver quién debía de estar despierto y quién dormido ocupaba gran parte de su tiempo.

Se daba a los demonios dando vueltas en la cama. Recordaba, digamos que con nostalgia, la confusión mental que siempre le produjeron los vuelos largos. En aquellos mismos momentos, muchos de sus contactos trabajarían en muchos de aquellos lugares, sin que él pudiese intervenir. Era consciente de que tenía que empezar por dormir él, si quería estar en condiciones de dirigirlos cuando el sol volviese adonde él vivía y trabajaba. Pero no había manera. Y allí estaba, sin otra panorámica que el falso techo de madera de pino de su dormitorio.

-¿Dándole vueltas a la pelota, eh? -dijo Cathy.

-Ojalá me hubiese quedado en las finanzas -gruñó Jack.

-¿Y quién dirigiría la nave?

-Cualquier otro.

-Ah, pero no tan bien como tú -le dijo ella.

-Pues, mira, eso es verdad -reconoció él mirando al techo.

-¿Cómo crees que reaccionará la gente?

-No lo sé. Ni siquiera estoy seguro de cuál es mi reacción -admitió Jack-. Aunque no es que sea muy lógico. Estamos en una guerra absurda. Hace sólo diez días que nos desprendimos de los últimos misiles nucleares, y ahora nos los encontramos de nuevo apuntando a nosotros... Lo peor es que si no detenemos esto en seguida... No lo sé, la verdad, Cathy.

-No dormir no va a ayudar en nada.

-Doy gracias a Dios por estar casado con... una médica -le dijo sonriente-. El caso es que no sabes del problema del que nos has sacado.

-¿Cómo pues?

-Lista que eres.

LIbrodot

Como no paraba de darle vueltas a la pelota, siguió él dándoselas a la suya. Porque es que su esposa no movía un dedo sin antes reflexionar. Era bastante lenta para lo que acostumbraba a llevarse en su profesión. Quizá fuese normal para quienes rompían moldes, siempre planificando, sopesando... como un buen espía, en realidad. Y entonces... cuando lo tenía todo listo y calculado, ¡zas!, ¡láser que te crió! No era un mal sistema para operar, la verdad.

-Creo que les hemos dado una lección -dijo Yamata.

Un aparato de rescate recuperó dos cuerpos y restos del bombardero norteamericano. Decidieron tratar los cuerpos con respeto. Los nombres fueron comunicados por télex a Washington a través de la Embajada y los restos serían repatriados. Había muchas razones para mostrarse compasivos. Algún día los Estados Unidos y Japón volverían a ser amigos y no quería envenenar esa posibilidad. Aparte de que era malo para los negocios.

-El embajador informa que no transigen en nada -replicó Goto tras reflexionar unos instantes.

-Creo que es que aún no se percatan de cuál es su posición, y cuál la nuestra.

-¿Cree que lograrán reparar el sistema informático financiero?

-Puede -dijo Yamata enarcando las cejas-. Pero siguen con muchas dificultades. Se ven obligados a comprarnos, y tienen que vendernos... Y no pueden atacarnos militarmente de una manera eficaz. Cuatro, o acaso ocho, de sus aviadores acaban de comprobarlo, para su desdicha.

La verdad es que las cosas no salían de acuerdo a sus planes, pero, en fin, ¿le salieron alguna vez?

-Lo que debemos hacer ahora -prosiguió Yamata- es demostrarles que la población de Saipan prefiere nuestro gobierno al suyo. Entonces la opinión pública mundial se inclinará de nuestro lado y esto contribuirá mucho a quitarle hierro al asunto.

Y hasta entonces, pensaba Yamata, las cosas seguirían tal como iban de momento, o sea, bien. Los americanos no se atreverían a volver a poner a prueba las defensas aéreas de su país de inmediato. Carecían de potencial para recuperar las islas, y cuando dispusiesen de él, Japón tendría un nuevo aliado y quizá un nuevo líder político.

-No, me vigilan -aseguró Koga.

-Verá, yo, como periodista... Aunque, no, claro. Supongo que no se dejaría usted sorprender así como así -dijo Clark.

-Sé que es usted un espía. Sé que Kimura, aquí presente, ha estado en contacto con usted.

Se hallaban en una acogedora casa de té cercana al río Ara. Al lado, se encontraba el puerto deportivo que construyeron, con ocasión de los Juegos Olímpicos de 1964, para las pruebas de vela. Estaba también convenientemente próxima una comisaría de policía, recordó John. ¿A qué se debería su eterno recelo de los agentes de policía? En aquellas circunstancias, le pareció que lo mejor era asentir a la afirmación de su interlocutor.

-En tal caso, Koga-san, estamos a su merced.

-Deduzco que su gobierno ya está al corriente de lo que ocurre. De todo lo que ocurre -dijo Koga con expresión de contrariedad-. Yo también he hablado con mis contactos.

-Siberia -dijo Clark.

-Sí -contestó Koga-. Eso por una parte. Por otra, el odio que Yamata-san siente hacia los americanos. Aunque lo peor es que está loco.

-La reacción de los americanos no es algo que figure en mis preocupaciones inmediatas. Lo que sí puedo asegurarle es que mi país no se someterá dócilmente ante una invasión -dijo John sin alterarse.

-¿Aunque China también participe en ella? -preguntó Kimura.

-Sobre todo, si China participa -terció Chávez, sólo para que supieran que tenía voz y voto-. Les supongo tan familiarizados con la Historia como nosotros.

-Temo por mi país. Las aventuras de esta índole son cosa de otros tiempos. Pero quienes... ¿Tiene idea de cómo se toman aquí las decisiones políticas? La voluntad del pueblo no cuenta para nada. Yo traté de cambiar las cosas. Intenté acabar con la corrupción.

Las ideas se agolpaban en la mente de Clark, que se esforzaba por discernir si aquel hombre era o no sincero.

-Afrontamos problemas similares, como probablemente sepa. La cuestión es, ¿qué hacemos?

La expresión de Koga-san no dejaba lugar a dudas: todo aquello lo atormentaba.

-No lo sé -dijo-. Solicité esta reunión con la esperanza de que su gobierno comprenda que aquí no todos estamos locos.

-No debe considerarse usted un traidor, Koga-san -le dijo Clark tras reflexionarlo unos instantes-. Porque no lo es usted en absoluto. ¿Qué puede hacer un hombre cuando ve que su gobierno sigue un derrotero equivocado? No anda desencaminado respecto de que las consecuencias podrían ser muy graves. Mi país no tiene ni el tiempo ni la energía suficientes para malgastarlos en un conflicto, pero si se nos fuerza, no tendremos más remedio que reaccionar. Esto es lo que me obliga a hacerle una pregunta.

-Sí, lo imagino -dijo Koga, que miró a la mesa pero se abstuvo de alcanzarse el vaso, por temor a que le temblara la mano.

-¿Estaría usted dispuesto a colaborar con nosotros para que esto no ocurra?

Este es un asunto para alguien de mucha más talla que yo, se dijo John. Pero era él quien estaba allí, y no las lumbreras del espionaje.

-¿A colaborar cómo?

-Carezco de autoridad para decirle exactamente cómo. Puedo recabar la opinión de mi gobierno. Como mínimo, se trataría de proporcionarnos información y, acaso, de que tratara de influir. Se le respeta a usted todavía mucho en los círculos gubernamentales. Aún tiene amigos y aliados en la Dieta. Aunque no vamos a pedirle que comprometa nada de todo eso. Es demasiado valioso para echarlo a perder.

-Puedo hablar públicamente contra esta locura. Puedo...

-Puede usted hacer muchas cosas, Koga-san. Pero, por favor, en bien de su país y del mío, no haga nada sin antes considerar las consecuencias que puedan derivarse de sus actos.

Está visto que tengo futuro como consejero político, pensó Clark.

-¿Estamos o no de acuerdo en que nuestro principal objetivo es evitar un grave conflicto bélico? -concluyó John.

-Hai.

-Cualquier loco puede provocar una guerra -sentenció Chávez, que dio gracias al cielo por sus cursos para el master-. Evitarla es cosa de hombres sensatos y de buena voluntad.

-Tendré en cuenta su consejo. No le prometo seguirlo, pero lo tendré en cuenta.

-Soy consciente de que es todo lo que podemos pedirle -dijo Clark.

La reunión siguió con meras cuestiones de procedimiento. Concertar otra hubiese sido demasiado peligroso. A partir de entonces Kimura haría de mensajero. Clark y Chávez se marcharon primero y regresaron a pie a su hotel. Aquello era muy distinto a tratar con Mohammed Abdul Corp. Koga era un hombre honorable e inteligente. Quería hacer lo debido, aunque implicase la traición. John era consciente de que no era su elocuencia la que lo había seducido sino que, llegados a un determinado punto, la política de Estado se convertía en una cuestión de conciencia. Y daba gracias porque aquel hombre la tuviese.

-Escotillas cerradas -dijo el segundo de a bordo desde su puesto, en el lado de babor de la proa.

Como era normal en los submarinos, el suboficial de mayor graduación más veterano supervisaba la maniobra de inmersión. Todas las escotillas del casco estaban cerradas. Los círculos rojos del panel de control dejaron paso a los trazos horizontales rojos.

-Presión interior -añadió el segundo.

-Presión compensada. Listos para inmersión -anunció el suboficial.

-Bien. Abajo, pues. Inmersión hasta treinta metros -ordenó Clagget.

El capitán miró en derredor del compartimento. Primero comprobó los datos de los paneles y luego observó a sus hombres. Hacía más de un año que el Tennessee no se sumergía. Ni tampoco su tripulación. Los observaba para ver si detectaba el nerviosismo propio de una primera inmersión. Entretanto, su segundo le daba al suboficial las órdenes rutinarias para la maniobra. Era normal que los más jóvenes tragasen saliva, por más que intentaran mentalizarse, recordar que eran tripulantes supuestamente avezados de un submarino. Su ruidosa respiración los delataba.

El Tennessee descendió con suavidad. Inclinó la proa sólo cinco grados. Durante los minutos siguientes, comprobarían que el submarino estuviese perfectamente equilibrado, que los instrumentos de a bordo funcionasen correctamente, tal como indicaban las pruebas y la revisión previas. Se tardaba una media hora. Clagget podía hacerlo en menos tiempo -y así lo haría la próxima vez- pero, por el momento, lo único que quería es que todos se sintiesen tranquilos.

-Vire a babor, mister Shaw. Nuevo rumbo: dos-uno-cero.

-A babor, diez grados, señor. Nuevo rumbo: dos-uno-cero -confirmó el piloto.

-¡Todo avante! -ordenó Clagget.

-Todo avante, señor.

Según el velocímetro, el Tennessee alcanzaría una velocidad máxima de veintiséis nudos, pero podía llegar a los treinta. Pese a que pocos lo sabían, alguien cometió un error al programar las prestaciones de los submarinos lanzamisiles de la clase Ohio. Y aunque se diseñaron para una velocidad máxima de veintiséis nudos, el prototipo llegó en las pruebas a veintinueve, y los modelos fabricados posteriormente incluso superaron esa velocidad.

Bueno, pensaba Clagget, la Armada nunca tuvo especial interés en barcos lentos, pues, a mayor velocidad, más posibilidades de eludir los ataques.

-De momento, como una seda -le dijo Clagget a su segundo.

El teniente Shaw asintió. Aunque era otro de los oficiales que estaba a punto de abandonar la Armada, le pidieron que se embarcase para pilotar el Tennessee y, como ya había servido antes con Dutch Clagget, no le importó volver.

-Acelera muy bien, capitán.

-Hombre, es que no hemos hecho precisamente un gran dispendio de neutrones en los últimos tiempos.

-¿Cuál es la misión?

-Aún no estoy seguro. Por lo único que apostaría es porque somos el submarino más rápido de todos los tiempos -dijo Clagget.

-Parece que ya podemos largar el sonar.

-Pues a ello, mister Shaw.

Un minuto después estaba ya desplegada a popa la larga cola del sonar, mantenida dentro de la estela del submarino a través de una conexión que pasaba por el lado de estribor. Incluso a toda velocidad, la sensible instalación enviaba datos a la consola de los técnicos de sonar, situada a proa.

El Tennessee iba ahora a toda velocidad y a 270 m de profundidad. La mayor presión del agua eliminaba la posibilidad de que su sofisticada turbina produjese resonancias. El reactor era completamente silencioso. El aerodinámico diseño de la nave contribuía a que no se produjese el menor ruido. Los tripulantes llevaban calzado de suela de goma. Las turbinas iban ensambladas sobre plataformas de muelles que amortiguaban los ruidos, también en el interior. Nunca se habían construido naves más silenciosas que los submarinos de la clase

Ohio. Tanto es así que, en la Armada, los llamaban «los agujeros negros». Grandotes, mucho más lentos y menos manejables que las unidades más pequeñas de ataque rápido, los Ohios superaban a todos en la más importante de las prestaciones: no los oían ni las ballenas.

Confrontación directa, volvió a decirse Robby. Si estamos en inferioridad de condiciones, y eso no es posible, ¿entonces qué?

«Pues, bueno, si no podemos afrontarlo como un combate de boxeo, afrontémoslo como una partida de póquer», se dijo en la soledad de su despacho.

Alzó la vista sorprendido, al percatarse de que lo había dicho en voz alta.

No era muy profesional sentir indignación, pero el contraalmirante Jackson se permitió el desahogo. El enemigo (que ése era el término que utilizaba ya) suponía que él y sus colegas de la JUJEM no podían replicar con eficacia a sus movimientos. Para ellos era una cuestión de espacio, tiempo y potencia. El espacio se medía en miles de kilómetros. El tiempo, en meses y en años. La potencia, en divisiones y flotas.

¿Y si estuviesen equivocados?, se preguntó Jackson.

De Shemya a Tokio había 3 200 km. De Elmendorf a Tokio 1 600 km. Pero espacio significaba tiempo. Para ellos, el tiempo era el número de meses, o de años, necesarios para reconstruir una flota capaz de hacer lo que se hizo en 1944. Y sin embargo ahora no se barajaban esas cartas y, por lo tanto, eran irrelevantes. La potencia no era lo que uno poseía. La potencia era lo que uno estaba en condiciones de enviar allá donde fuese necesario atacar. Todo lo demás era energía malgastada, ¿no?

Y más importante aún era el enfoque. Sus adversarios partían del enfoque de que sus propias limitaciones lo eran también para los demás. Contemplaban la confrontación de acuerdo a sus propias reglas. De manera que si los Estados Unidos se ajustaban a ellas, saldrían derrotados. Por lo tanto, lo primero que se impuso fue fijar sus propias reglas. Y a ello se aplicaría, se dijo Jackson.

Así empezó a reflexionar, ante una hoja de papel en blanco y frente al planisferio que colgaba de la pared.

Quienquiera que estuviese de guardia en la sede de la CIA era un tipo listo, pensó Ryan. Lo bastante como para saber que la información recibida a las tres de la madrugada podía aguardar hasta las seis, algo que revelaba un grado de inteligencia poco común en la inteligente comunidad, y por lo cual sentía agradecimiento infinito.

Los rusos transmitieron el despacho a la rezidentura de Washington y, desde allí, lo llevaron en mano a la sede de la CIA. Jack se preguntaba qué debieron de pensar los uniformados centinelas al franquearles la entrada a los espías rusos. Desde allí, el informe pasó a la Casa Blanca.

Al llegar el consejero de Seguridad Nacional, el correo aguardaba en su antedespacho.

«Fuentes informan un total de nueve (9) cohetes "H-11" en Yoshinobu. Otro misil se encuentra en la planta de montaje, utilizado como prototipo para perfeccionarlo. Esto deja diez (10) u once (11) cohetes de los que nada sabemos (probablemente diez); emplazamiento aún desconocido. Buenas noticias, Iván Emmetóvich. Supongo que sus técnicos de satélites deben de estar muy ocupados. Los nuestros también. Golovko.»

Ya lo creo que lo están, Serguei Nicolaievich, musitó Ryan al abrir la segunda carpeta que le entregó el correo. Ya lo creo que lo están.

Aquí no funciona nada, pensó Sánchez.

El comandante supremo de las Fuerzas Aéreas del Pacífico era un vicealmirante, y estaba que se subía por las paredes. Igual que todos los oficiales de la base naval de Pearl Harbor, a decir verdad. Era responsable de toda escuadrilla y cubierta de vuelos desde el oeste de Nevada. Su puesto de mando debió serlo de una guerra que acababa de empezar días atrás. Y

sin embargo no sólo no podía transmitir órdenes a los dos portaaviones operativos que tenía en el océano Índico, sino que había de ver a los otros dos amarrados en los muelles. Probablemente, seguirían así durante meses, tal como las cámaras de la CNN mostraban a los telespectadores de todo el mundo.

-Y bien, ¿qué ocurre? -les preguntó a sus visitantes. -¿Tenemos planes para darnos una vuelta por el Pacífico occidental? -preguntó Sánchez.

-No de inmediato.

-Yo podría estar listo para zarpar dentro de diez días -le dijo el comandante del Johnnie Reb.

-¿De veras? -exclamó el vicealmirante con cierta acritud.

-El tren de tracción número uno está bien. Si reparamos el número cuatro, podemos alcanzar los veintinueve nudos; puede que treinta. Y acaso más. Podríamos llegar a treinta y dos.

-Sigan -dijo el vicealmirante.

-Nuestro primer objetivo sería eliminar su fuerza aérea, ¿no? -dijo Sánchez-. Y para eso no necesito ni Hoovers ni Truders. El Johnnie Reb puede llevar cuatro escuadrillas de Tomcats y otras cuatro de Plastic Bugs. O sea, que podemos llevar aparatos de reconocimiento, radar volante y aparatos para producir interferencias. Y ¿sabe qué?

El vicealmirante asintió con la cabeza.

-Con eso igualamos a los cazas que ellos tienen en las islas -dijo.

Era aventurado. La fuerza aérea de un portaaviones contra la de dos importantes bases de las islas no era precisamente... Aunque las islas estaban muy distantes entre sí, ¿no? Los japoneses tenían allí otros barcos, y submarinos, que era lo que más temía el vicealmirante.

-Podría ser un comienzo -añadió.

-Aunque necesitamos otros efectivos -convino Sánchez-. ¿Van a negárnoslos si los pedimos?

-No creo que lleguen a ese extremo -dijo el vicealmirante tras reflexionarlo un momento.

La periodista de la CNN realizó su primera conexión en directo al borde del dique seco. Mostró los dos portaaviones propulsados por energía nuclear que descansaban sobre los bloques de madera, como dos gemelos en sendas cunas.

Alguien de la oficina de la Comandancia del Pacífico debía de habérsela cargado por dejarla entrar, se dijo Ryan, porque la segunda vista era desde mucho más lejos, aunque seguían viéndose los portaaviones a su espalda, mientras ella repetía prácticamente lo mismo que antes, aunque añadía que «según fuentes bien informadas» podían pasar seis meses antes de que el Stennis y el Enterprise pudieran de nuevo hacerse a la mar.

¡Es increíble!, masculló Jack. La estimación de la periodista era idéntica a la que tenía en su mesa, dentro de una carpeta que decía ALTO SECRETO en letras rojas de considerable tamaño. Puede que fuese incluso más fiable, porque su fuente debía de ser, probable-mente, un operario de los astilleros con verdadera experiencia en la reparación de aquellos gigantes. Después de la periodista, intervino un especialista (un almirante retirado que trabajaba en una de las comisiones de expertos de Washington -lo que algunos daban en llamar «bancos de cerebros»-). Dijo que recuperar militarmente las Marianas sería muy difícil, aun en las condiciones más idóneas.

El problema de la prensa libre era que proporcionaba información a todo el mundo. En las dos últimas décadas, se había convertido en una fuente tan eficaz que los propios servicios de inteligencia de su país la utilizaban para todo tipo de cuestiones clave. La opinión pública, por su parte, se mostraba cada vez más exigente respecto de los informativos. Las cadenas de televisión atendían la demanda a base de afinar al máximo en sus fuentes y en los análisis. Por supuesto, la prensa tenía también sus puntos débiles. Cuando de enterarse de los verdaderos entresijos se trataba, dependía más de las filtraciones que de lo que ellos pudieran sonsacar, sobre todo en Washington. En cuanto a los análisis, a menudo recurrían a personas más motivadas por su apretada agenda que por el tema en sí. Sin embargo, para aquello que se

podía ver, los medios informativos funcionaban, a me-nudo, mejor que los activistas del espionaje que el Estado tenía en nómina.

Claro que al otro bando le ocurría lo mismo, pensaba Jack. Y de igual modo que él veía la TV en su despacho, la veían otros en todo el mundo...

-Parece muy ocupado -le dijo el almirante Jackson desde la puerta.

-Me apresuro tan despacio como puedo. Y viceversa -le dijo Jack invitándolo a sentarse-. La CNN acaba de dar un reportaje sobre los portaaviones.

-Bien -dijo Robby.

-¿Bien?

-Podremos tener el Stennis a punto y en el mar dentro de una semana. Ah, amigo mío. Ese Bud Sánchez que manda su ala aérea tiene muy buenas ideas. Y su vicealmirante también.

-¿Una semana? Un momento...

Otro de los efectos de las noticias de la TV era que los telespectadores tendían a darles más credibilidad que a los datos oficiales, aunque en este caso su informe fuese idéntico al de Inteligencia.

Tres se hallaban aún en Connecticut y los otros tres estaban en período de pruebas en Nevada. Nada en ellos era convencional. La planta de fabricación, por ejemplo, parecía más una sastrería que una factoría aeronáutica. El material para los fuselajes llegaba en rollos, que luego desplegaban sobre largas mesas para que un láser computerizado hiciese el «patrón». Después lo laminaban y lo metían a cocer en el horno hasta que la fibra de carbono formaba un sandwich más duro que el acero, pero mucho más ligero... y, a diferencia del acero, transparente para la energía electromagnética.

Costó veinte años de estudios, cuyo traslado a la palabra equivalía a una enciclopedia de varios volúmenes. Como ocurría con casi todos los programas del Pentágono, había llevado demasiado tiempo y costado demasiado dinero. Puede que el producto final no fuese tan extraordinario como para esperar veinte años, pero sí merecía la pena tenerlo. Aunque saliese a veinte millones de dólares el ejemplar (como decían las tripulaciones), o sea, a diez millones por asiento.

Al llegar los operarios de la Sikorsky, los tres de Connecticut estaban en un hangar abierto por los lados. Los instrumentos de a bordo ya estaban a punto, aunque los aparatos sólo habían volado lo justo para que los pilotos de pruebas de la compañía se asegurasen de que volaban. Los instrumentos fueron revisados a conciencia por el diagnosticador informático de a bordo que, por supuesto, se auscultaba también a sí mismo. Después de inyectarles el combustible, los llevaron hasta la rampa y despegaron justo después de oscurecer. Se dirigieron al norte, a la base de las Fuerzas Aéreas de Westover, en la región occidental de Massachusetts. Allí los cargarían a bordo de un transporte Galaxy, de la 327ª Escuadrilla de Transporte Aéreo de las FF. AA., hasta un lugar del noreste de Las Vegas que no figuraba en los mapas oficiales, aunque su existencia no fuese un secreto para nadie.

Mientras tanto, en Connecticut llevaron tres maquetas de madera al hangar abierto por los lados, que ofrecía una magnífica visibilidad a la urbanización de al lado y a los usuarios de la autopista que pasaba a trescientos metros de allí. Podrían ver cómo trabajaban con las aeronaves durante toda la semana.

Aunque no supiese uno todavía en qué consistía la misión, no importaba mucho, por lo que a las necesidades básicas se refería.

A quinientas millas de la costa, el Tennessee redujo la velocidad a veinte nudos.

-Sala de máquinas informa: avante dos tercios, señor.

-Muy bien -dijo el comandante Clagget-. Timón, veinte grados a babor; nuevo rumbo cero-tres-cero. Navegación ultrasilenciosa -añadió cuando el piloto dio la primera orden por recibida.

Aunque conocía perfectamente los principios físicos en los que basaba su maniobra, fue a la sala de estrategia de popa para comprobar sobre el mapa el círculo descrito por el submarino al girar, ya que también un capitán tenía que cerciorarse de las medidas que adoptaba. El giro en redondo tenía por objeto detectar el ruido que podía producir la nave. Se desconectaron todos los instrumentos de a bordo no imprescindibles en aquel momento. Los tripulantes que no estaban de servicio permanecieron en sus literas mientras el barco giraba. Clagget notaba que su tripulación ya había cogido el ritmo.

El Tennessee llevaba a popa, enganchada a un cable de un kilómetro, su red de sonar de unos 300 m de longitud. Al cabo de un minuto, el submarino parecía un perro persiguiéndose la cola a veinte nudos por hora, mientras los técnicos del sonar trataban de detectar los ruidos de su propio barco.

Desde la sala de estrategia, Clagget se dirigió a la del sonar para ver por sí mismo lo que aparecía en pantalla. Aquello era una especie de incesto electrónico: la mejor cola de sonar contra su propia nave (la más silenciosa construida jamás).

-Nos captamos, señor -dijo el jefe del sonar señalando a la pantalla con un lápiz.

El capitán trató de no exteriorizar demasiado su decepción. El Tennessee iba a veinte nudos y la instalación del sonar estaba a sólo mil metros para captarlos.

-Nadie es del todo invisible -dijo el teniente Shaw.

-Vuelva al rumbo anterior. Lo intentaremos de nuevo, a quince nudos -le dijo Clagget-. Póngame al mejor hombre a la escucha -añadió dirigiéndose al jefe del sonar.

Diez minutos después, el Tennessee empezaba otro ejercicio de autoauscultación.

-Lo tenemos crudo, Jack. Con todos los datos en la mano, el tiempo juega a su favor.

Lo cual no hacía nada feliz al almirante Jackson. Pero así estaban las cosas. Y, por lo visto, aquélla era una guerra en la que había que arreglarse con lo que se pudiera e improvisar.

-Quizá tengas razón en el aspecto político. Quieren celebrar unas elecciones pronto, y parecen muy confiados...

-¿Lo sabes, no? Trasladan civiles a la isla por avión -le dijo Jackson-. ¿Por qué? Te diré yo por qué: van a convertirlos en residentes por decreto y votarán *ja a su Anschluss*. Nuestros amigos del teléfono pueden ver el aeropuerto. No menudean tanto los aterrizajes, pero fíjate en lo que tienen. Hay unos quince mil soldados en la isla. Y todos pueden votar. Añádele los turistas japoneses que ya están allí; los que transportan por avión. Y se acabó la historia.

-¿Qué fácil, no? -dijo el consejero de Seguridad Nacional.

-Aún recuerdo cuando se aprobó la Ley de Derecho al Voto. Cambió mucho las cosas en Mississippi cuando yo era niño. Es fantástico ver de qué manera puede la gente utilizar la ley en beneficio propio.

-Se trata de una guerra civilizada, ¿no?

Nadie había dicho nunca que fuesen imbéciles, se dijo Jack. El resultado de las elecciones sería una falacia, pero lo que pretendían era liar la madeja cuanto más mejor. El recurso a la fuerza exigía un claro motivo. De manera que las negociaciones eran parte de una estrategia dilatoria. El enemigo imponía las reglas del juego. Los Estados Unidos no tenían aún estrategia propia.

-Pues eso habrá que cambiarlo.

-¿Cómo?

-Aquí está la información que necesito -contestó Jackson a la vez que le pasaba un dossier.

El Mutsu disponía de comunicaciones por satélite, que incluían un vídeo sintonizado con el enlace del cuartel general de la flota en Yokohama.

Daba gusto ver aquello, pensaba el almirante Sato, y era estupendo que la CNN se lo ofreciese en directo. El Enterprise, con tres turbinas destrozadas y la cuarta visiblemente averiada. Al John Stennis tuvieron que retirarle dos turbinas; una estaba en reparaciones; aunque, lamentablemente, la cuarta parecía intacta. Lo que no se veía eran los daños internos. Mientras él observaba, una de las enormes turbinas -hecha de una aleación de bronce y manganeso- era retirada del John Stennis. Y se veía maniobrar a otra grúa. Probablemente, tal como le comentó el oficial ingeniero del destructor, para retirar parte del eje del lado de estribor.

-Cinco meses -dijo en voz alta Sato.

Aunque en seguida oyó la feliz nueva de la periodista: seis meses, como seguramente le dijo algún operario de los astilleros.

-Eso calculaban en el cuartel general.

-No pueden derrotarnos sólo con destructores y cruceros -comentó el capitán del Mutsu-. Pero ¿y si recurren a sus dos portaaviones del Índico?

-Lo dudo, si nuestros amigos no dejan de presionar. Además -dijo Sato-, no les basta con dos portaaviones para enfrentarse a los cien cazas que tenemos entre Guam y Saipan. Y podemos tener más, si los pido. La partida habrá de jugarse en el tablero político.

-¿Y sus submarinos? -preguntó el capitán del destructor, visiblemente nervioso.

-¿Y por qué no podemos? -preguntó Jones.

-La guerra total está descartada -dijo Mancuso.

-Pues en su momento resultó.

-Ya. Entonces no tenían armamento nuclear -dijo el capitán Chambers.

-Claro -tuvo que reconocer Jones-. ¿Seguimos sin un plan?

-Por el momento, sólo mantenerlos alejados -contestó Mancuso, consciente de que no era una misión como para entusiasmar a Chester Nimitz. Aunque por algo se empezaba-. ¿Qué tiene para mí, Jones?

-Un par de detecciones de submarinos que han salido a respirar al este de las islas. No basta para empezar una persecución, aunque tampoco creo que vayamos a enviar allí aparatos de reconocimiento. En fin: los técnicos de la red de sonar se turnan continuamente y no va a escapársenos nada. Ah, y otra cosa: creo haber detectado algo frente a la costa de Oregon.

-El Tennessee -dijo Chambers-. Es Dutch Clagget. Lo esperamos aquí el viernes.

-¡Caray! -exclamó Jones asombrado de sí mismo-. ¡Detectar a un Ohio...! ¿Cuántos más?

-Cuatro. El último zarpará dentro de una hora -dijo Mancuso señalando al mapa-. Les he dicho que cruzasen la red de sonar para una comprobación de ruidos. Ya sabía yo que los detectaría. Así que no saque pecho. Van rumbo a Pearl Harbor a toda máquina.

-Bien por usted, «capitán» -dijo Jones.

-Aún no está todo perdido, doctor Jones.

-¡Me cago en la leche, contramaestre! -le espetó el comandante Clagget.

-Sí, señor. Ha sido culpa mía.

El suboficial encajó el rapapolvo sin pestañear. Había sido una caja de herramientas. La encontraron encasquetada entre una cañería y el casco. La mínima vibración de la cubierta hizo que vibrasen a su vez las herramientas de la caja, lo suficiente como para que el sonar del submarino detectase el ruido.

-No es nuestra -dijo el contramaestre-, probablemente algún obrero del muelle la olvidó a bordo.

Había otros tres suboficiales presentes. Podía haberle ocurrido a cualquiera. Y ya imaginaban lo que seguiría. El capitán respiró hondo antes de proseguir. De vez en cuando venía bien leerles la cartilla.

-Cada milímetro del casco, de proa a popa. Cada tuerca, cada destornillador. Si lo ven en cubierta, recójanlo. Si hay algo flojo, lo aprietan. Y no lo dejen hasta que lo hayan revisado todo ¡al milímetro! Quiero que este submarino sea tan silencioso que pueda oír hasta lo que piensen dormidos.

-Así se hará, señor -prometió el primer contramaestre que, como es natural, se abstuvo de decir que procuraría no dormirse.

-¿Entendido, contramaestre? ¡Aquí no duerme nadie hasta que este barco sea más silencioso que una tumba! -dijo Clagget, que en seguida pensó que podía haber elegido una metáfora más afortunada.

El capitán fue hacia popa a darle las gracias al jefe del sonar por haber identificado la fuente del ruido. Hubiese sido mejor identificarla el primer día, y no tenía más remedio que echar la bronca. Sí, así eran las cosas. Y tenía que procurar no sonreír. Al fin y al cabo, se daba por supuesto que un capitán tenía que ser un jodido cabrón... cuando hacían algo mal y, en fin, dentro de unos minutos, los suboficiales se desahogarían con los marineros y sentirían lo mismo que ahora sentía él.

Se notaba el cambio a bordo, se dijo al pasar por la cámara del reactor. Parecía un quirófano. Quienes estaban allí de guardia, de pie o sentados -según lo exigiera su cometido-, parecían totalmente concentrados con sus anotaciones. Apenas llevaban un día en el mar y ya se veían notas pegadas en todas las escotillas: Pensar en silencio.

Aquellos con quienes se cruzaba le cedían el paso, a veces con una ligera y orgullosa inclinación de cabeza: Nosotros también somos buenos profesionales, señor.

Vio a dos que hacían jogging en la cámara de misiles, un compartimento largo y ahora inútil. Tal como dictaba la etiqueta, Clagget les cedía el paso, casi sonriéndoles.

-¿Conque una caja de herramientas, eh? -dijo el teniente al regresar el capitán al puesto de mando-. Me ocurrió a mí en el Hampton tras nuestra primera revisión.

-Sí -asintió Clagget-. Doble la próxima guardia, que hemos de revisar el barco de arriba abajo.

-Cosas peores han ocurrido, señor. En una ocasión, al salir de los astilleros después de una revisión, un submarino que yo me sé tuvo que volver... pero al dique seco. Nada más y nada menos, encontraron una escalera plegable en un tanque de balasto.

Esta clase de anécdotas les ponía los pelos de punta a los tripulantes de los submarinos.

-¿Una caja de herramientas, señor? -preguntó el jefe del sonar.

Ahora podía sonreír. Clagget se recostó en el marco de la puerta y asintió, a la vez que sacaba del bolsillo un billete de cinco dólares.

-Usted gana, contramaestre.

-Bah, una miseria.

Pero el contramaestre se lo embolsó de todas maneras.

En el Tennessee, al igual que en muchos otros submarinos, toda herramienta llevaba el mango impregnado de vinilo líquido, lo que por un lado facilitaba el manejo, sobre todo si se tenía la mano sudada, y por otro reducía los ruidos.

-Apuesto a que tenemos un duende a bordo -añadió el contramaestre.

-Que conste que sólo pago una vez -dijo Clagget-. ¿Ha detectado algo más?

-Unidad de superficie de pequeña velocidad, una sola turbina, rumbo tres-cuatro-uno, alejándose. Pero... es un señuelo, designado «Sierra-Treinta». Juegan al despiste, ahora, señor -dijo en un tono desenfadado que, de pronto, cambió radicalmente-. ¿Capitán...?

-Sí. ¿Qué ocurre, contramaestre?

-¿Es verdad lo del... Ashville y el Charlotte?

-Eso me dijeron -asintió el capitán Clagget.

-Pues... empataremos, señor.

Roger Durling cogió la hoja de papel. Estaba escrita a mano, algo que rara vez veía.

-Esto me parece poco consistente, almirante.

-¿No va usted a autorizar un ataque sistemático a su país, verdad? -preguntó Jackson.

-No, eso desborda lo que yo pretendo -contestó Durling meneando la cabeza-. La misión consiste en recuperar las Marianas y evitar que ellos Lleven a cabo la segunda parte de su plan.

Robby respiró hondo. No era eso lo que esperaba.

-Hay una tercera parte -sentenció Jackson.

El presidente y Jack Ryan se quedaron de una pieza.

-¿De qué se trata, Robby? -le preguntó el consejero de Seguridad Nacional.

-Acabamos de descubrirlo, Jack. El comandante del cuerpo expedicionario hindú es Chandraskatta, ¿verdad? Estuvo en Newport hace tiempo. ¿Sabes quién iba a su misma clase? Un almirante japonés... llamado Sato.

¿Cómo no habría caído nadie antes en aquello?, pensó Ryan cerrando los ojos.

-O sea, tres países con ambiciones imperiales...

-Eso es lo que me parece a mí, Jack. ¿Recuerdas lo de la Zona de Prosperidad Compartida del Gran Este Asiático? Buenas ideas que resucitan. Tenemos que pararlo -dijo Jackson en tono resuelto-. Me he pasado veinte años preparándome para una guerra que nadie quería hacer... con los rusos. Así que será mejor que me prepare para la paz. Y eso significa parar esto en seco.

-¿Y funcionará este plan? -preguntó el presidente Durling.

-Garantía no hay, señor. Según me dice Jack, hay una sincronización diplomática y política. Esto no es como lo de Iraq. El único apoyo internacional con el que podemos contar es con el de los europeos, que tarde o temprano se evaporará.

-¿Qué opina usted, Jack? -preguntó Durling.

-Si hemos de hacerlo, quizá sea éste el camino.

-Es arriesgado.

-Sí, señor presidente, es arriesgado -reconoció Robby-. Si cree usted que la diplomacia logrará devolvernos las Marianas, estupendo. No me seduce matar. Pero si yo estuviese en el lugar de los japoneses, no devolvería las islas. Las necesitan para la «segunda fase», y si esta fase se desencadena, aun cuando los rusos no utilizasen armamento nuclear...

Un gigantesco paso atrás, pensó Ryan. Una especie de nueva alianza; una alianza que podía ir desde el Círculo Ártico hasta Australia. Tres países con capacidad nuclear, con enormes reservas de materias primas, formidables economías y la voluntad política de utilizar la fuerza para alcanzar sus fines. De nuevo el siglo XIX, sólo que a mucha mayor escala. La competencia económica respaldada por la fuerza, la clásica fórmula para una guerra interminable.

-¿Qué opina, Jack? -volvió a preguntar el presidente.

-Creo que tenemos que hacerlo -contestó Ryan-. Se enfoque como se enfoque, todo conduce a lo mismo.

-Adelante pues -dijo Roger Durling.

37. A jugársela

«Normalidad» era la palabra que distintos comentaristas utilizaban, sistemáticamente, junto a adjetivos como «vaporosa» y «tranquilizadora» para describir la rutina de la semana.

Quienes se situaban políticamente a la izquierda, se congratulaban de que el gobierno utilizase la vía diplomática para resolver la crisis, mientras que a la derecha le indignaba que la Casa Blanca reaccionase de manera tan tibia. En realidad, lo achacaban a falta de liderazgo. Consideraban que la no formulación de una clara postura política demostraba al mundo que Roger Durling era un presidente de política interna, que no tenía muy claro cómo manejar una crisis internacional. Otras críticas se centraban en el consejero de Seguridad Nacional John P.

Ryan quien, pese a su buen historial en Inteligencia, nunca asumió especial protagonismo en cuestiones específicas de la Seguridad Nacional y que, además, no adoptaba en aquellos momentos una postura muy firme. Otros admiraban su circunspección.

Las lumbreras de turno consideraban que, como mínimo, la reducción del aparato militar dificultaba mucho la capacidad de replicar. Y por más intensa que fuese la actividad en los despachos del Pentágono, era obvio que no había medio de afrontar la situación de las Marianas.

Como consecuencia de ello, otros observadores no tenían el menor empacho en decir, ante cualquier cámara de TV que tuviera encendida la luz roja, que la administración pondría el máximo empeño en aparentar calma y equilibrio, mientras trataba de solucionar la crisis lo mejor posible. De ahí, la apariencia de normalidad, que ocultaba la debilidad de la postura norteamericana.

-¿Qué nos piden?, ¿que no hagamos nada? -preguntó Golovko visiblemente exasperado.

-Es nuestra guerra. Si ustedes adoptan medidas demasiado pronto, alertarán a China, y a Japón.

Aparte de que Ryan no podía añadir: ¿Y qué iban a poder hacer ustedes? Porque el aparato militar ruso estaba en condiciones mucho peores que el americano. Lo que sí podían hacer era enviar más fuerza aérea a Siberia oriental. Desplazar tropas de tierra, para apoyar a las ligeras dotaciones de la vigilancia de fronteras, podía provocar una reacción por parte de China.

-Los satélites de ustedes muestran lo mismo que los nuestros, Serguei. China no ha procedido a ninguna movilización.

-Todavía.

Una sola palabra, pero explosiva.

-De acuerdo. Todavía no. Y si jugamos bien nuestras cartas, no ocurrirá -dijo el consejero de Seguridad Nacional-. ¿Más información de los satélites?

-Tenemos vigilados varios emplazamientos -contestó Golovko-. Hemos comprobado que los cohetes que se encuentran en Yoshinobu los utilizan para fines civiles. Quizá se trate de una tapadera para pruebas militares, pero no más que eso. Mis expertos están bastante tranquilos.

-¿Y de verdad le parece a usted que tienen muchas razones para estarlo? -exclamó Ryan.

-¿Qué quiere usted hacer, Jack? -replicó el director del Servicio Secreto ruso.

-Mientras hablamos usted y yo aquí, Serguei Nicolaievich, se les comunica por vía diplomática que no estamos dispuestos a aceptar su ocupación de las islas -le explicó Ryan, que respiró hondo al recordar que, le gustase o no, tenía que confiar en Golovko-. Y si no se marchan de buen grado, haremos lo posible para que sea por la fuerza.

-Pero ¿cómo? -preguntó Golovko, a la vez que miraba el informe que le habían preparado los expertos militares del cercano Ministerio de Defensa.

-¿Verdad que hace diez o quince años les decía usted a sus jefes políticos que harían bien en tenernos miedo?

-Tan cierto como que lo mismo les decía usted a los suyos -replicó Golovko.

-Pues ahora tenemos ventaja. No nos temen. Creen haber ganado ya. No puedo decirle más, por el momento. Quizá mañana -contestó Ryan-. Por ahora, las instrucciones son que confíen ustedes en nosotros.

-Y así lo haremos -le prometió Serguei.

-Mi gobierno hará honor a los deseos de la población de todas las islas -reiteró el embajador-. Podríamos también estar dispuestos a entablar negociaciones sobre el estatus político de Guam, en relación al del resto del archipiélago de las Marianas. Porque los intereses americanos en la isla se remontan a más de cien años -concedió por primera vez el diplomático.

Adler escuchó la declaración sin inmutarse, como exigían las normas de la diplomacia.

-Señor embajador, los ciudadanos de esas islas tienen nacionalidad americana. Y por propia voluntad.

-Y volverán a tener oportunidad de expresar su voluntad. ¿Acaso pretende su gobierno que la autodeterminación sólo pueda ejercerse una vez? -replicó el embajador-. Extraña, en un país con una tradición de tan fácil inmigración y emigración. Tal como he expresado antes, aceptaríamos de buen grado la doble nacionalidad para aquellos ciudadanos que prefieran conservar el pasaporte americano. Los compensaremos por sus propiedades, en el caso de que decidan marcharse, y...

El resto de la declaración era la consabida.

Adler siempre consideró las conversaciones diplomáticas que observaba, o en las que participaba, como una lamentable combinación de las explicaciones que se le dan a un niño que aún gatea, con las que se le darían a una suegra. Era aburrido. Tedioso. Exasperante. Y era necesario. Hacía sólo un momento, Japón había concedido algo. Aunque no le sorprendía -porque Cook le sonsacó la información a Nagumo la semana anterior-, ahora estaba ya sobre la mesa de negociaciones. Y era algo positivo. Lo malo era que ahora él tenía que ofrecer algo en contrapartida. Las reglas de la diplomacia se basaban en el compromiso. Nunca obtenía uno todo lo que pretendía, ni concedía tampoco todo lo que la otra parte deseaba. El problema radicaba en que la diplomacia consagraba el principio de que ninguna de ambas partes debía, jamás, conceder nada de interés vital... y que ambas partes sabían cuáles eran esos intereses vitales. Lo que ocurría es que, con mucha frecuencia, no lo sabían y entonces la diplomacia estaba abocada al fracaso, con gran dolor para aquellos que erróneamente creían que las guerras eran siempre responsabilidad de diplomáticos ineptos. La realidad era que a menudo las guerras las ocasionaban intereses nacionales tan irreconciliables que, simplemente, el compromiso no era posible. De manera que ahora el embajador esperaba que Adler cediese un poco.

-A título personal, me congratula que reconozca los inalienables derechos de la población de Guam a conservar la nacionalidad norteamericana. También me satisface saber que su país acepta que sea la población de las Marianas septentrionales la que decida su destino. ¿Puede usted darme seguridades de que su país se atendrá al resultado de las elecciones?

-Creo que hemos dejado ya esto claro -replicó el embajador, que no estaba seguro de que las palabras de Adler implicasen una con-cesión.

-¿Y que en las elecciones podrán participar...?

-Todos los residentes en las islas, por supuesto -lo atajó el embajador-. Mi país cree en el sufragio universal, igual que el suyo -añadió-. De hecho, haremos una concesión adicional. Aunque en Japón se vota a partir de los veinte años, en estas elecciones se podrá votar a partir de los dieciocho. No queremos que nadie alegue irregularidad de ningún tipo en estas elecciones.

¡Será listo el cabrón!, pensó Adler. Porque no podía ser más coherente con... sus intereses. Así, todos los soldados podrían votar. Y ante la opinión pública internacional aparecería como una medida de buena voluntad. El adjunto a la Subsecretaría de Exteriores asintió como si la concesión le sorprendiera e hizo una anotación en su bloc. Al otro lado de la mesa, el embajador tomó, a su vez, mentalmente nota de que acababa de apuntarse un tanto. Y bien que se lo había trabajado.

-La cuestión es realmente muy sencilla -dijo el consejero de Seguridad Nacional-. ¿Nos ayudarán ustedes?

Las normas de la reunión no estaban pensadas para satisfacer precisamente a nadie. Empezó con una explicación, por parte de una jurista del Ministerio de Justicia, de que la Ley de Espionaje, título 18 del Código Penal de los Estados Unidos, sección 793E, regía para todo ciudadano americano, y que las libertades de expresión y de prensa no podían esgrimirse como eximentes en la violación de la tal ley.

-Lo que nos piden es que los ayudemos a mentir -dijo uno de los destacados periodistas presentes.

-Efectivamente -replicó Ryan.

-Tenemos la obligación profesional...

-Son ustedes ciudadanos norteamericanos -le recordó Jack-. Igual que los ciudadanos de esas islas. Mi labor no consiste en ejercer los derechos a los que usted alude. Mi labor consiste en garantizárselos, a usted y a todos los ciudadanos de este país. Y, bien, o nos ayudan ustedes o no. Si lo hacen, podremos resolverlo todo con mayor facilidad, a menor costo y con menor derramamiento de sangre. Si no nos ayudan, serán muchos más quienes sufran las consecuencias.

-Dudo que el presidente Madison, ni los demás, pensara nunca que la prensa americana pudiera ayudar al enemigo en tiempo de guerra -terció la jurista del ministerio.

-Nunca haríamos eso -protestó un representante de la NBC-. Aunque pasar al otro extremo...

-Señoras y señores, no tengo tiempo para discursear sobre la Constitución. Estamos literalmente ante un asunto de vida o muerte. Su gobierno les pide ayuda. Si no se la prestan ustedes, tarde o temprano tendrán que explicarle al pueblo americano por qué no nos la prestaron -dijo Ryan.

El consejero de Seguridad Nacional se preguntó si alguna vez se habría atrevido alguien a amenazarlos de ese modo. Confiaba en que en el otro platillo de la balanza pondrían el hecho de que jugaba limpio, aunque no se hacía muchas ilusiones respecto de que lo viesen así. De modo que ahora tocaba ofrecer la rama de olivo.

-Asumiré yo toda la responsabilidad. Si nos ayudan ustedes, tienen mi palabra de que no saldrá nunca de mis labios.

-No me venga con ésas. Porque trascenderá -objetó el representante de la CNN.

-En tal caso, lo único que tendrán que hacer es explicarle al pueblo americano que actuaron ustedes por patriotismo.

-¡No me he referido a eso, doctor Ryan!

-Pero yo sí -replicó Jack sonriente-. Piénselo. ¿Qué daño puede causarles? Además, ¿cómo iba a trascender? ¿Quién sino los medios informativos podrían informar de ello?

Los periodistas eran lo bastante cínicos (era casi una exigencia profesional) para ver la ironía que ello entrañaba, pero fue la anterior afirmación de Ryan la que dio en el blanco. Se hallaban ante un tremendo dilema profesional. La reacción natural era tratar de eludirlo, planteándolo en otros términos. Había que ir a lo práctico, en este caso. Dejar de ayudar a su país, por mucho que se llenasen la boca de principios y de ética profesional... bueno, a su audiencia no le impresionaban tanto esos elevados principios como se pudiera suponer. Y, además, Ryan no pedía tanto. Sólo una cosa y, si eran un poco listos, puede que nadie lo advirtiese.

Los directores de informativos hubiesen preferido dejar la estancia y discutirlo entre ellos a puerta cerrada, pero nadie propició la oportunidad ni ninguno de ellos se atrevió a pedirlo. De manera que se miraron los cinco y asintieron.

Un día va usted a pagar por esto, creyó ver Ryan en sus miradas. Pero estaba dispuesto a afrontarlo.

-Gracias -les dijo.

Cuando todos hubieron salido, Jack Ryan se dirigió al despacho Oval.

-Conseguido -le dijo al presidente.

-Siento no haber podido dar la cara con usted en esto.

-Es año de elecciones -reconoció Jack.

Había congreso en Iowa dentro de dos semanas, y luego en New Hampshire, y aunque Durling no tuviese oposición en el partido, habría preferido poder estar en otra parte. Además, no podía indisponerse con los medios informativos. Para eso tenía un consejero de Seguridad Nacional. Porque de un funcionario no electo se podía prescindir en cualquier momento.

-Cuando esto termine...

-¿Volver al golf? Me vendrá bien.

Esa era otra de las cosas que le gustaba de él, pensó Durling. Ryan no perdía el sentido del humor aunque tuviese unas ojeras más aparatosas que las suyas, que ya era decir. Razón añadida para agradecerle a Bob Fowler su «consejo», y acaso también para lamentar la afiliación política de Ryan.

-Quiere ayudar -dijo Kimura.

-De la mejor manera que puede hacerlo -replicó Clark- es actuando con normalidad. Es un hombre honorable. Su país necesita una voz moderada.

No eran exactamente las instrucciones que esperaba, y rezaba para que en Washington supiesen de verdad lo que hacían. Las órdenes le llegaron a través de la oficina de Jack Ryan, lo que era un consuelo, aunque no muy grande. Por lo menos, aquello parecía aliviar a su agente infiltrado.

-Gracias. No deseo poner en peligro su vida.

-Es demasiado valioso. Quizá los Estados Unidos y Japón lleguen a una solución diplomática -dijo Clark, que no confiaba en absoluto en ello, aunque a los diplomáticos siempre les gustaba oír estas cosas-. En tal caso, el gobierno de Goto caería y quizá Koga-san recuperase su puesto.

-Pero por lo que tengo entendido, Goto no está dispuesto a dar marcha atrás.

-También eso tengo entendido yo, pero las cosas pueden cambiar. En cualquier caso, aquí termina lo que queríamos de Koga. Es peligroso mantener el contacto entre nosotros -le explicó «Klerk»-. Gracias por su ayuda. Si lo volvemos a necesitar, nos pondremos en contacto con usted a través de los canales habituales.

En muestra de agradecimiento, Kimura pagó la cuenta antes de marcharse.

-¿Así que eso es todo? -preguntó Ding.

-Así lo cree alguien. Y tenemos otras cosas que hacer.

De nuevo a cabalgar, se dijo Chávez. Pero, como mínimo, ahora tenía unas órdenes que seguir, por más incomprensibles que pareciesen.

Eran las diez de la mañana, hora local. Se separaron al llegar a la calle. Dedicaron varias horas a comprar tres teléfonos móviles cada uno, de un nuevo modelo digital. Luego, se volvieron a reunir. Eran teléfonos tan pequeños que cabían en un bolsillo de la camisa. Incluso los estuches eran pequeñísimos y ninguno de los dos tuvo el menor problema para llevarlos encima sin que se notase.

Chet Nomuri ya había hecho otro tanto. Dio como señas las de un apartamento de Hanamatsu, una tapadera previamente seleccionada que coincidía con los datos de sus tarjetas de crédito y de su carnet de conducir. Al margen del objetivo de su misión, tenía que cumplirla en los treinta días de estancia que le quedaban en el país. Su próximo paso fue volver a los baños públicos por última vez antes de desaparecer de la faz de la Tierra.

-Una pregunta -dijo Ryan tranquilamente, aunque su mirada inquietó a Trent tanto como a Fellows.

-Bueno. No nos tenga en ascuas -dijo Sam.

-Conocen las limitaciones con que nos encontramos en el Pacífico.

-Si lo que quiere decir es que no disponemos de los medios...

-Depende de a qué medios nos refiramos -lo atajó Jack con un talante que hizo reflexionar a aquellos dos personajes tan conocedores de los entresijos.

-¿En plan expeditivo? -preguntó Al Trent.

-Totalmente -asintió Ryan-. ¿Nos la van a armar ustedes en el Congreso si lo hacemos?

-Según a lo que se refiera. Explíquese -le instó a Ryan, que así lo hizo.

-¿Hasta ese punto están dispuestos a llegar? -preguntó Trent.

-No tenemos alternativa. Supongo que lo bonito sería una justa al viejo estilo, pero carecemos de los medios. El presidente necesita saber si el Congreso lo apoyará. Sólo ustedes estarían al corriente del lado turbio. Si nos apoyan, los representantes de ambas cámaras lo secundarán.

-¿Y si no resulta? -preguntó Fellows.

-Pues entonces nos pondrán a todos la soga al cuello. Y a ustedes también -contestó Ryan.

-Mantendremos a raya a la Comisión -prometió Trent-. Supongo que no hace falta que le diga que corre usted un gravísimo riesgo.

-Sin duda -admitió Jack, al pensar en las vidas que iba a poner en peligro.

Era consciente de que Trent se refería también al aspecto político, aunque Ryan se impuso dejar a un lado tales consideraciones. No podía decírselo así, por supuesto. Porque Trent lo hubiese interpretado como debilidad. Era curioso advertir hasta qué punto disentían. Lo importante, en aquellos momentos, era que Trent era hombre de palabra.

-¿Nos mantendrá informados?

-De acuerdo a ley -repuso sonriente el consejero de Seguridad Nacional.

Lo que la ley decía era que el Congreso debía ser informado después de que se llevase a cabo cualquier operación «turbia».

-¿Y qué hay del decreto ejecutivo?

Se refería a que, de acuerdo a un decreto de la administración Ford, los Servicios de Inteligencia tenían prohibido cometer asesinatos.

-Tenemos la prerrogativa -replicó Ryan-. El decreto no rige en tiempo de guerra.

Porque, en efecto, el presidente tenía la prerrogativa de interpretar la ley de acuerdo a lo que él creía que significaba. Dicho en otras palabras, lo que ahora proponía Ryan era, técnicamente hablando, legal, siempre y cuando el Congreso estuviese de acuerdo. Era rizar mucho el rizo, pero así eran las democracias.

-Bueno, pues ya tenemos los puntos sobre las íes -comentó Trent.

-Y los suspensivos -asintió Fellows.

Ambos congresistas se quedaron mirando al consejero de Seguridad Nacional mientras éste cogía el teléfono y marcaba.

-Aquí Ryan. Adelante con la operación.

El primer movimiento fue electrónico. Pese a las airadas protestas de la Comandancia del Pacífico, tres equipos de TV plantaron sus cámaras frente a los diques secos en donde yacían el Enterprise y el John Stennis.

«No estamos autorizados a mostrar los daños de las popas de las naves. Pero fuentes bien informadas nos aseguran que son más graves de lo que parecía», dijeron los corresponsales en crónicas casi idénticas.

Al terminar las conexiones en directo, las cámaras filmaron otras vistas de los portaaviones y siguieron con el reportaje desde el otro lado del puerto. Eran simples fondos, casi como imágenes de archivo. Se veían los barcos y los astilleros, sin periodistas que pululasen por allí. Luego, estas cintas pasaron a otras manos y fueron computerizadas para otros usos.

-Esto son dos barcos averiados -dijo lacónicamente Oreza.

Cualquiera de aquellos barcos desplazaba más toneladas que todo el Servicio de Guardacostas de los Estados Unidos. Y los de la Armada, muy listos ellos, habían dejado que les diesen por el culo a base de bien a los dos. Al retirado contramaestre se le encendía la sangre.

-¿Cuánto pueden tardar en repararlos? -preguntó Burroughs.

-Meses. Mucho tiempo. Seis meses... con lo que estaremos ya en plena época de tifones -contestó Partagee visiblemente contrariado.

Cuando más lo pensaba, más negro lo veía. Porque tampoco le seducía lo más mínimo estar en una isla tomada al asalto por los marines.

Allí estaba él, en lo alto de su urbanizada loma, con vista panorámica a una batería de misiles tierra-aire que, sin duda, abrirían fuego. De manera que pudiera ser que vender la casa por un millón de dólares no fuese tan mala idea. Con semejante suma podría comprar otro barco, otra casa y dedicarse a la pesca frente a los cayos de Florida.

-Usted podría largarse en un avión.

-¿Y qué prisa hay?

Ya imprimían y enviaban los carteles electorales. Varias veces al día, el canal de la TV pública -por cable- actualizaba las noticias sobre los planes para Saipan. Si algún cambio se advertía en la isla era, en todo caso, una mayor tranquilidad. Los turistas japoneses se mostraban desusadamente amables, y la mayoría de soldados que se veían iban desarmados. Utilizaban los vehículos militares para trabajos en las carreteras. Los soldados iban por las escuelas en visita de buena voluntad. Habían construido dos nuevos campos de baseball, casi de la noche a la mañana, y organizaban un nuevo campeonato. Se rumoreaba que dos equipos punteros japoneses iniciarían la preparación de primavera en Saipan, por lo que tendrían que construir un estadio y quizá, se comentaba también, Saipan tendría su propio equipo. Era lógico, pensaba Oreza. La isla estaba más cerca de Tokio que Kansas City de Nueva York. No es que a los isleños les agradase la ocupación. Era sólo que no veían remedio y, como tantos otros en circunstancias igualmente críticas, se limitaban a tratar de sobrevivir. Por su parte, los japoneses ponían el máximo empeño en hacer que aquel proceso resultase lo más cómodo posible para todos.

Sin embargo, era la primera semana a lo largo de la cual se produjeron protestas a diario. El general Arima salía a hablar con todos y cada uno de los grupos, rodeado de cámaras de la TV, e invitaba a los líderes a entrar a hablar a su despacho; charlas que a menudo televisaban en directo. Luego, recurrieron a una medida más refinada. Funcionarios del gobierno y empresarios celebraron una larga conferencia de prensa, con profusa documentación sobre la gran cantidad de dinero invertido en la isla. Mostraron del modo más ilustrativo el gran cambio que estas inversiones había supuesto para la economía de la isla, y prometieron incrementarlas.

No lograban desterrar el resentimiento, pero se mostraban tolerantes con él. No dejaban de reiterar la promesa de atenerse al resultado de las elecciones que pronto se celebrarían. Que nosotros también vivimos aquí, repetían sin cesar. Que nosotros también vivimos aquí.

No había que perder las esperanzas. Mañana hará dos semanas, pensaba Oreza, y lo único que oían eran informes sobre las condenadas negociaciones. ¿Desde cuándo negociaba Estados Unidos algo así? Quizá ahí estuviese la cuestión. Quizá fuese la sensación de impotencia que daba el país lo que a él lo desesperanzaba. No se reaccionaba. Díganos, por lo menos, que el gobierno hace algo, hubiese querido pedirle al almirante que estaba al otro lado de la satelizada línea telefónica...

«¡Qué puñeta!», exclamó Oreza. Fue derecho al salón, le volvió a colocar las pilas al teléfono, desplegó la antena a través del agujero de la cacerola y marcó el número.

-Almirante Jackson al habla.

-Aquí Oreza.

-¿Alguna novedad?

-Sí, almirante. Me gustaría saber qué es eso de las elecciones.

-No le entiendo, contramaestre.

-Veo que la CNN no para de decir que tenemos dos portaaviones hechos migas, y que por eso hemos de jodernos y aguantar, señor. ¡Por Dios, almirante! Incluso cuando los argentinos invadieron las jodidas Malvinas, los británicos fueron pitando para allá. Y no es eso lo que oigo. ¿A qué jugamos?

Jackson meditó su respuesta unos segundos.

-No necesito recordarle las normas que rigen al hablar de cualquier operación. Su misión es proporcionarme información. ¿Entendido, contramaestre?

-Pero es que no paran de decir que va a haber elecciones. No sé si me explico. Han camuflado el campo de misiles que tienen al este de donde yo me encuentro y...

-Lo sé. Y que tienen conectado el radar de rastreo de Mount Takpochao. Y cuarenta cazas entre los del aeropuerto y los del aeródromo de Kobler. Y que hay que contar con otros sesenta que tienen en la base de Andersen en Guam. Que tienen ocho unidades de la Armada al este de ustedes, y una formación de buques de reabastecimiento a su estela. ¿Quiere saber algo más?

Aun en el caso de que Oreza estuviese «comprometido» -el piadoso término que los de Inteligencia utilizaban para decir detenido-, cosa que Jackson dudaba, aquello no era secreto. Todo el mundo sabía que los Estados Unidos tenían satélites de reconocimiento. Por otro lado, Oreza necesitaba saber que Jackson estaba bien informado y, lo que era más importante, que no se desinteresaba de la cuestión. Le avergonzaba un poco tener que decir lo que añadió.

-Contramaestre, esperaba algo más de alguien como usted.

-Eso necesitaba oírle, almirante -dijo Oreza que, paradójica-mente, hizo que Jackson se sintiese mucho mejor.

-Si surgiera cualquier otra novedad, no deje de comunicárnoslo.

-A la orden, señor.

Al colgar el teléfono, Jackson se alcanzó un informe que acababa de llegar sobre el Johnnie Reb.

«Ya falta poco, contramaestre», musitó.

Y bien, había llegado el momento de reunirse con los de la base de las Fuerzas Aéreas de MacDill, que curiosamente vestían todos con el color verde de la Armada. Lo que no sabía es que iban a recordarle algo que vio unos meses atrás.

Todos tenían que ser hispanoparlantes y tener aspecto de españoles. Por suerte, eso no era difícil. Un experto en documentación voló desde Langley hasta Stewart, en Georgia, con toda la parafernalia que necesitaba (diez pasaportes en blanco entre otras cosas). Para menor complicación, utilizarían sus nombres verdaderos. El sargento primero Julio Vega se sentó frente a la cámara con su mejor traje.

-No sonría -le dijo el técnico de la CIS-. Los europeos no sonríen para las fotos de pasaporte.

-Sí, señor -contestó Oso, que era su apodo en el Ejército.

Aunque ahora sólo lo llamarían así sus compañeros. Para el resto de la compañía de rangers Foxtrot, Segundo Batallón del 175.° Regimiento, sólo se llamaba «Sargento 1.°», y lo sabían un experimentado agente de los Servicios de Inteligencia, que apoyaría a su capitán para la misión para la que se había alistado voluntario.

-Necesita ropa mejor.

-¿Y quién paga? -preguntó Vega sonriente, aunque en la foto saldría tan malcarado como se mostraba ante aquellos soldados que no se atenían a sus normas de conducta.

No iba a ser necesario ahora, pensaba. Ocho hombres, paracaidistas expertos (como todos los rangers), bregados en combate y que, a diferencia de sus compañeros del 175.°, no llevaban el pelo a cepillo.

Al recordar otro comando parecido, a Vega se le borró la sonrisa. Porque no todos salieron vivos de Colombia.

Hispanohablantes, se dijo al salir de la estancia. El español era probablemente la lengua de las Marianas. Como la mayoría de los oficiales chusqueros del Ejército, se sacó el título de bachiller en la escuela nocturna, aunque luego se especializó en historia militar. Parecía lo lógico para alguien con su profesión y, además, se lo pagó el Ejército. Y si era el español la

lengua en aquellos peñascos, con mayor razón para pensar en positivo acerca de la misión. El nombre de la operación, que supo de pasada en una conversación del capitán Diego Checa, también parecía prometedor. La bautizaron Operación ZORRO, y le hizo tanta gracia al capitán que no pudo evitar comentárselo a su sargento. Porque el «auténtico» Zorro se llamaba don Diego, ¿verdad? Había olvidado el apellido del bandolero, pero su veterano activista no. ¿Cómo iba a renunciar a una misión así apellidándome Vega?, se dijo Oso.

Menos mal que estaba en forma, pensó Nomuri. Porque el solo hecho de respirar se hacía bastante difícil allí. La mayoría de los occidentales que visitaba Japón se quedaban en las grandes ciudades y no se percataban de que aquél era un país tan montañoso como Colorado.

Tochimoto era una aldea que se asentaba en una loma sin apenas vida en invierno. En verano se animaba con la llegada de urbanitas hartos de la rutina y del hacinamiento, para gozar del campo. La aldea, que estaba donde terminaba la carretera nacional 140, se reducía prácticamente a las casas que flanqueaban la carretera. Pero Chet se las compuso para alquilar un todoterreno con tracción a las cuatro ruedas. Le dijo al propietario que sólo lo necesitaba por una horas para darse un paseo. A cambio de su dinero recibió, además de las llaves, la seria aunque cortés advertencia de que no se desviase del sendero y tuviese cuidado. Chet le aseguró que así lo haría y le dio las gracias.

Fue por el sendero paralelo al río Taki (un arroyo más bien) y se adentró en la sierra. Al cabo de una hora, y después de recorrer poco más de diez kilómetros, apagó el motor, sacó los auriculares y se dispuso a escuchar.

Nada. No había visto ni rastro de huellas en aquel camino de carro que seguía el curso de las revueltas aguas del arroyo. Tampoco había la menor señal de que hubiese alguien en el puñado de casas de campo frente a las que pasó. Y ahora, al escuchar, no oía más que el viento. Según su mapa, a tres kilómetros río arriba había un vado. Y en efecto, además de figurar en el mapa, existía, y era practicable, lo que le permitió cruzar hacia el este, hacia Shiraishi-san.

Como en la mayoría de los macizos montañosos, aquél tenía unas vertientes esculpidas por el tiempo y el agua, que formaron muchos valles sin salida. Y en el monte Shiraishi se abría un valle precioso, libre aún de toda casa o cabaña. Quizá los boy-scouts subiesen hasta allí en verano, para acampar y confraternizar con una naturaleza que el resto del país se empeñaba en destrozar. Probablemente, debía de ser una zona sin yacimientos minerales de ninguna clase que justificasen una carretera o una línea de ferrocarril. Además, estaba a más de 160 km de Tokio -en línea recta-, lo que a efectos prácticos hubiese dado igual que estuviese en la Antártida.

Nomuri giró hacia el sur y ascendió por una suave cuesta que conducía a un risco de la vertiente sur. Quería ver mejor el panorama y escuchar y, aunque sí vio una especie de casita a medio construir a unos kilómetros de allí, no vio ninguna columna de humo de chimenea, ni vapor que asomase del «barreño» nacional. Y, en definitiva, no oía más ruidos que los que producía la Naturaleza. Estuvo cosa de media hora oteando el horizonte con unos prismáticos pequeñitos. Se lo tomó con calma y escudriñó a conciencia; ahora al norte, luego al oeste. Pero por sorprendente que pudiera parecer, no había ni rastro de presencia humana. Se dio al fin por satisfecho y dio media vuelta, de nuevo hacia el curso del Taki, para seguir el sendero tal como le encareció el propietario del todoterreno.

-Ya no viene nadie por aquí -le dijo el dueño del vehículo al regresar Nomuri, justo después de ponerse el sol-. ¿Puedo ofrecerle té?

-Dozo -contestó el agente de la CIA, que aceptó el té con una cordial inclinación de cabeza-. Esto es maravilloso.

-Ha elegido la mejor época del año -dijo el aldeano, ávido de conversación-. En verano, los árboles están rebosantes y preciosos. Lástima que esos trastos hagan tanto ruido -añadió

LIbrodot

señalando a su formación de todoterrenos-. Estropean esta tranquilidad. Aunque me dan de comer.

-Seguro que volveré -dijo Chet Nomuri-. En mi oficina no se para. Es fantástico estar aquí con este silencio.

-A ver si trae a sus amigos -le dijo el hombre, que era obvio que necesitaba dinero para vivir en la baja temporada.

-Desde luego que lo diré a mis amigos -le aseguró Nomuri, que se despidió amablemente.

El agente de la CIA volvió a su coche y se dispuso a emprender el trayecto, de tres o cuatro horas, de regreso a Tokio. No paraba de decirse que debían de haberle hecho aquel encarguito sólo para que se sintiese más útil en su misión.

-¿No se sentirán ustedes incómodos con esto? -les preguntó Jackson a los del SOCOM.

-¿Con reservas mentales a estas alturas, Robby? -dijo el oficial al mando-. Si son lo bastante estúpidos como para dejar que los civiles norteamericanos deambulen por su país, tanto mejor.

-La inserción me sigue preocupando -señaló el representante de las Fuerzas Aéreas sin dejar de examinar las cartas de navegación aérea y las fotos del satélite-. Tenemos una excelente información. Las referencias de navegación son buenas. Pero alguien tendrá que dar cuenta de esos aparatos AWACS si se quiere que resulte.

-Está previsto -le aseguró el coronel del mando aéreo-. Les vamos a iluminar el cielo y ustedes ya tienen la brecha que necesitan -añadió señalando al mapa con el puntero.

-¿Y las dotaciones de los aparatos de reconocimiento? -preguntó Robby.

-Trabajan ahora con los simuladores. Con suerte podrán aprovechar el vuelo para echar una cabezada.

El simulador utilizado para planificar la misión era tan real como para engañar al oído de Sandy Richter. El artilugio en cuestión era una especie de híbrido entre uno de los videojuegos Nintendo de su hijo menor y un simulador aeronáutico en toda regla. El casco -que le venía demasiado grande- era idéntico al que utilizaba en su Comanche pero muchísimo más sofisticado. Lo que apenas era más que un esbozo de imagen de un Apache AH-64, resultaba casi como una imagen «virtual» de un mundo que tenía uno sólo en la cabeza. Aunque había que perfeccionarlo, bastaba para darle una imagen del terreno, creada por el ordenador, además de la información de vuelo. Sus manos manejaban los mandos de otro helicóptero virtual mientras surcaba las aguas hacia los señuelos que se acercaban.

-Vamos a entrar en el desfiladero -le dijo al compañero que iba sentado atrás, aunque iba sentado al lado.

No era cuestión de pedirles tanta fidelidad a los simuladores. En aquel mundo artificial, veían lo que veían, al margen de donde estuviesen, aunque el que se sentaba al lado tuviese dos instrumentos adicionales.

Lo que veían era el producto de seis horas de tiempo supercomputerizado. Un juego de diapositivas, tomadas por los satélites a lo largo de los tres últimos días, tenía que ser analizado, plegado, troceado y montado hasta conseguir una imagen tridimensional que asomase de una pantalla de vídeo.

-Centro habitado a la izquierda.

-Recibido. Ya lo veo.

Lo que veía era un rodal azul fluorescente que en realidad tendría que ser el amarillo anaranjado de las lámparas de cuarzo de las farolas. En atención a los urbanitas ascendería y dejaría de volar a diecisiete metros del suelo, que era a la altura que volaba desde hacía dos horas. Viró ligeramente, y quienes observaban a la tripulación en aquel cuarto oscuro se quedaron de una pieza al ver cómo se ladeaban los dos cuerpos, acompasados con las fuerzas

de la gravedad en un giro que sólo existía en el programa de simulación del ordenador. Se hubiesen echado a reír de no ser porque de Sandy Richter no se reía nada.

Al cruzar la costa virtual, ascendió un poco más y sobrevoló el acantilado. Era idea de Richter. Había caminos y casas en los valles de la vertiente del mar de Japón. Lo mejor, pensó el piloto, era mantenerse acústicamente camuflado lo más posible y apurar sus posibilidades de observación visual. En el modelo ideal podía afrontar cualquier amenaza que llegase del mar, pero aquel mundo no era un modelo ideal.

-Lo sobrevuelan cazas -le advirtió una voz femenina, tal como hubiese hecho en una misión real.

-Desciendo un poco -le contestó Richter a la voz de la computadora.

Entonces viró a la derecha y quedó por debajo del borde del acantilado

-Si me detectas a quince metros del suelo, yo pierdo, encanto -añadió Richter.

-Confío en que este trasto que nos hace «invisibles» funcione. Los iniciales informes de Inteligencia evidenciaban una grave preocupación por los radares de los F-15 japoneses. Pues, en definitiva, fue por esos radares por lo que consiguieron abatir un B-lB y averiar otro. Y nadie estaba seguro de cómo había ocurrido.

-Pronto lo sabremos.

¿Que más podía decir el piloto? En aquel caso, el ordenador decidió que la «invisibilización» había funcionado. La última hora del vuelo virtual se consumió en maniobras rutinarias que consistían en eludir obstáculos que asomaban de tierra firme. No por virtual resultaba el ejercicio menos agotador, y al aterrizar con su Comanche, Richter necesitó darse una ducha que sabía que no podría darse allá donde irían. Lo que iban a venirles bien allí era un par de esquíes.

-¿Y si los otros...?

-Pues que entonces te aficionarás al arroz.

No podía uno preocuparse por todo. Se encendieron las luces. Se quitaron los cascos y Richter se encontró en una estancia de medianas dimensiones.

-La inserción ha resultado -dijo el comandante que dirigía el ejercicio-. ¿Listos ya para un viajecito?

Richter se alcanzó un vaso de agua con hielo que estaba en la mesa del fondo de la estancia

-¿Sabe? Nunca imaginé que llegaría tan lejos en un vuelo virtual. -¿Y lo demás cómo ha ido? -le preguntó el artillero electrónico.

-Te lo diré cuando estemos allí.

-¿Qué posibilidades hay de huir? -preguntó Richter algo mosqueado porque aún no le hubiese dicho nada al respecto.

-Pues una entre dos. O quizá entre tres. Aún no lo tenemos claro. Estamos en ello -le aseguró el oficial del Centro de Mando de Operaciones de Simulación.

La ventaja era que todos parecían tener lujosos áticos. Era de esperar, pensó Chávez. Aquellos hijos de puta, forrados de millones, podían comprar la planta superior de cualquier edificio que se les antojase. Así se sentía importante aquella gente, imaginaba Chávez. Podían mirar a los demás desde las alturas. Como miraba la gente de la zona alta de Los Angeles a quienes vivían en las barriadas de la zona baja cuando él era niño. Pero ninguno de ellos fue nunca soldado. Los altos vuelos de aquella gente quedaban en rasantes. Siempre era más seguro quedarse emboscado como los ratones.

En fin, todo el mundo tenía sus limitaciones, se dijo.

Era sólo cuestión de encontrar un lugar bien alto. Y fue fácil. De nuevo, el pacífico talante de la ciudad jugó en su favor. Se limitaron a buscar un edificio adecuado, entraron, cogieron el ascensor hasta la última planta y, desde allí, subieron a la azotea.

Chávez montó su cámara en el trípode, le puso la lente de más largo alcance y empezó a disparar. Ni siquiera hacerlo a plena luz del día creaba dificultades, tal como les dijeron al

darles las instrucciones, y los dioses de la meteorología cooperaron con una tarde gris y encapotada. Hizo diez fotos de cada edificio y luego sacó los rollos y los metió en bolsitas etiquetadas.

Tardaron sólo media hora.

-¿Ha acabado usted por confiar en él, verdad? -preguntó Chávez cuando hubieron terminado.

-Es en ti en quien confío -le contestó Clark en un tono desenfadado que sirvió para reducir la tensión del momento.

38. El Rubicón

-¿Y bien?

Ryan reflexionó antes de contestar. Adler merecía saber algo. La honorabilidad también contaba en las negociaciones. Nunca decía uno toda la verdad, pero tampoco debía mentir.

-Pues seguir como hasta ahora -le contestó el consejero de Seguridad Nacional.

-Algo hacemos -dijo Adler.

-De brazos cruzados no estamos, Scott. Porque ellos no van a derrumbarse, ¿no?

-Lo dudo -contestó Adler.

-Anímelos a reconsiderar su postura -le sugirió Jack, que aunque sabía que no era un consejo muy útil, casi estaba obligado a dárselo.

-Cook cree que han entrado en juego aspectos políticos que pueden aquietar las aguas. Su homólogo japonés le habla en términos alentadores.

-Mire, Scott, tenemos allí a dos agentes de la CIA, bajo la tapadera de periodistas rusos. Se han puesto en contacto con Koga. Y no se siente nada feliz con los acontecimientos. Le hemos pedido que actúe con normalidad. No tendría sentido perjudicarlo, aunque... podría ser la mejor baza. Haga que Cook sondee a su homólogo: sobre los elementos de la oposición que pueda haber en el gobierno, y qué poder tienen. Lo que no debe revelar es con quién estamos en contacto.

-De acuerdo. Así lo haré. Por lo demás, ¿igual que hasta ahora? -preguntó Adler.

-No les conceda nada sustancial. ¿Puede maniobrar un poco más?

-Creo que sí -repuso Adler mirando el reloj-. Hoy toca en el ministerio. Tengo que reunirme con Brett antes de que empiece la reunión.

-Téngame informado.

-Por supuesto -le prometió Adler.

Aún no había amanecido en Groom Lake. Dos transportes C-5B llegaron hasta el final de la pista y despegaron. La carga era ligera. Sólo llevaban tres helicópteros cada uno; poca cosa para aparatos concebidos para transportar dos tanques. Pero uno de ellos debería realizar un largo vuelo de más de ocho mil kilómetros. Comoquiera que encontraría vientos de cara, tendría que repostar dos veces en pleno vuelo, y además, precisarían una tripulación completa de relevo para cada transporte. La tripulación de relevo relegó a los demás pasajeros a cola, en donde los asientos eran menos cómodos.

Richter levantó los brazos de los tres asientos y se puso los auriculares. En cuanto el aparato hubo alcanzado la altura prevista para el vuelo, metió automáticamente la mano en el bolsillo del uniforme en el que llevaba sus cigarrillos... o, mejor dicho, donde los llevó hasta que meses atrás dejó de fumar. Mierda. ¿Cómo iba uno a entrar en combate sin tabaco?, se dijo. Luego, recostó la cabeza en un cojín y se quedó adormilado. Ni siquiera notó los baches al ascender el reactor para sobrevolar las montañas de Nevada.

El piloto viró hacia el norte. El cielo estaba tan oscuro como lo encontrarían a lo largo de casi todo el vuelo. Su tarea más importante sería permanecer despiertos y alerta. El piloto

automático se encargaría de manejar el aparato, entre otras cosas porque a aquellas horas los pasillos aéreos estaban muy despejados: los vuelos comerciales ya habían llegado a su destino y los de las líneas regulares aún no habían empezado. Tenían todo el cielo para ellos solos, con nubes dispersas y un viento cortante que se deslizaba por el fuselaje de aluminio del aparato, rumbo al quinto pino, se decía la tripulación de relevo. La tripulación del otro Galaxy tuvo más suerte. Se dirigieron al suroeste, y en menos de una hora sobrevolaban el océano Pacífico rumbo a la base de las Fuerzas Aéreas de Hickam.

El Tennessee llegó a Pearl Harbor una hora antes de lo previsto. Amarró en uno de los atracaderos exteriores, sin ayuda del práctico, sólo con la de un remolcador de la Armada. Como no había luces encendidas en el atracadero, la operación se realizó sin más que el resplandor que llegaba de los otros muelles del puerto.

El comandante Clagget ya contaba con ver en el muelle un coche oficial y a un almirante de pie junto a él. Lo que le sorprendió fue ver en el muelle un gran camión cisterna.

Largaron en seguida la pasarela y el comandante de la Flota de Submarinos del Pacífico subió antes de que hubiesen izado el pabellón a proa. Pero saludó hacia el mástil de todas maneras.

-Bien venido a bordo, almirante -dijo Clagget desde el puente antes de acercarse a la pasarela para recibir a Mancuso.

-Me satisface mucho, Dutch, que tuviese el Tennessee tan a punto-dijo Mancuso con una sonrisa atemperada por la gravedad de las circunstancias.

-Más me alegro yo de poder mandarlo -reconoció Clagget-. Pero... no necesito combustible, señor -añadió.

-Tenemos que llenar uno de sus depósitos.

Con su tamaño, el Tennessee tenía varios depósitos de combustible para sus turbinas diesel auxiliares, en previsión de un fallo del reactor.

-¿Y para qué, señor?

-Para unos JP-cinco -le dijo Mancuso, que abrió su maletín y sacó unas hojas con las instrucciones. Apenas se había secado aún la tinta- Va a participar usted en las primeras operaciones de la misión.

Clagget tendía siempre a preguntar ¿Por qué yo?, pero se contuvo. En lugar de ello, hojeó las instrucciones para ver qué sectores le tenían programados.

-Algo podré hacer por ahí -dijo Clagget.

-La idea es que se mantenga camuflado. Por lo demás, la norma es la de siempre.

Se refería a que Clagget podría actuar, en todo momento, de acuerdo a su criterio.

«Atención todos -se oyó a través del sistema de megafonía-. A partir de ahora nadie podrá fumar en este barco. Nadie podrá fumar en este barco.»

-¿Es que permite usted fumar a bordo? -preguntó Mancuso, porque eran muchos los capitanes de su flota que no lo permitían. -¿La norma, no? De acuerdo a mi criterio.

A diez metros de allí, Ron Jones, que había subido con el almirante, estaba ya frente a la consola del sonar y acababa de sacar un disquete del bolsillo.

-Ya nos han instalado el nuevo programa -dijo Clagget acercándose a la consola.

-Este es aún más perfecto -dijo Ron Jones tras introducir el disquete en la disquetera-. Lo localicé a usted con esto al cruzar la red de sonar frente a Oregón. ¿Se les desprendió algo a popa?

-Una caja de herramientas. Pero ya está solucionado -dijo Clagget.

-¿Cómo ha resultado después? -preguntó Jones.

-Hemos vuelto varias veces a girar en redondo, persiguiéndonos la cola...

-Lo capté, pero muy poco, y a pesar de utilizar el mismo programa que acabo de instalarles. Tienen ustedes un barco muy silencioso, contramaestre. ¿Lo han revisado todo bien?

LIbrodot

-Por orden del capitán, aquí no se menea más que el papel de los rollos de los retretes.

Jones se alejó de la consola y se sentó en una silla. Miró en derredor del atestado espacio. Allí estaba en su elemento. Sólo había visto, muy por encima, las instrucciones que tenía el capitán del submarino. Mancuso le pidió su opinión sobre el estado del mar, temeroso de que los japoneses se hubiesen apoderado de la instalación de la red de sonar de Honshu. No les hubiese faltado más que eso. Aquel submarino iba a ser el primero con órdenes de atacar, quizá el primero de la flota que las recibía. ¡Dios! ¡Nada menos que un submarino lanzamisiles!, pensó. Grandote y lento. Ron volvió a acercarse a la consola y le dio unas palmaditas.

-Sé quién es usted, doctor Jones -le dijo el jefe del sonar del Tennessee-. Yo también sé hacer mi trabajo, ¿de acuerdo?

-Cuando los submarinos enemigos salgan a respirar...

-En la banda de los mil hertzios. Lo tenemos todo previsto. Máxime ahora, con el programa de usted -dijo el contramaestre a la vez que se alcanzaba su café.

Tras unos instantes de vacilación, el contramaestre le sirvió una taza a Jones.

-Gracias.

-¿Ashville y Charlotte?

Jones asintió con la cabeza y miró a la taza.

-¿Conocía usted a «Frency» Laval? -preguntó Ron.

-Fue uno de mis instructores en la academia hace muchos años.

-«Frency» fue mi contramaestre en el Dallas, ambos bajo el mando del almirante Mancuso. Su hijo iba en el Ashville. Yo lo conocía. Para mí es algo personal.

-Descuide.

No hizo falta que el contramaestre dijese más.

-Los Estados Unidos de América no están dispuestos a aceptar la actual situación, señor embajador. Creo haberlo dejado claro -dijo Adler cuando llevaban ya dos horas de reunión.

Por lo menos ocho veces lo había dejado claro desde que se iniciaron las negociaciones.

-A menos que su país quiera seguir con una guerra, que en nada beneficia a ningún bando, mister Adler, todo lo que tienen que hacer es atenerse al resultado de las elecciones que vamos a celebrar... bajo supervisión internacional.

Adler recordó que había una emisora de California que llevaba una semana con un revival de música de los Beatles, con todas las versiones habidas y por haber del Submarino amarillo. Y se dijo que a Exteriores se le hubiese podido ocurrir hacer otro tanto, para acallar aquella cantinela. Le habría venido bien el recordatorio al embajador, que esperaba una respuesta americana al generoso ofrecimiento de su país de devolver Guam (como si, por lo pronto, no hubiese sido arrebatado por la fuerza). Encima, se exasperaba porque Adler no con-cediese nada, a cambio de un gesto tan amistoso. ¿Tendría otra carta en la bocamanga? De ser así, no se la mostraría hasta que Adler no hiciese alguna concesión.

-Desde luego, nos satisface que su país acepte la supervisión internacional de las elecciones. También nos complacen sus seguridades de que se atendrán a los resultados. No obstante, subsiste el hecho de que se trata de un territorio soberano, cuya población optó, libre-mente, por la unión política con Estados Unidos. Por desgracia, nuestra disposición a aceptar las seguridades a que usted se refiere se diluye dada la situación que las motiva.

El embajador hizo un ademán de protesta ante aquel sinuoso modo de llamarlo mentiroso.

-¿Cómo podría expresarlo con mayor claridad?

-Pues evacuando las islas de inmediato, por supuesto -replicó Adler.

Pero... ya le había hecho una concesión. Decir que los Estados Unidos no veían con malos ojos la promesa de Japón de celebrar elecciones, equivalía a una concesión. No era gran cosa; bastante menos de lo que quería (la aceptación de la idea de las elecciones para de-terminar el

destino de las islas), pero algo era. Las mutuas posiciones se formularon de nuevo antes de que el descanso de la mañana les permitiese a todos un poco de distensión.

En la terraza hacía frío y soplaba un molesto viento. Al igual que antes, Adler y el embajador se dirigieron a lados opuestos de aquella terraza de la planta superior en la que en verano se celebraban cenas. El resto de los miembros de ambas delegaciones se mezcló para sondear posturas no oficialmente formuladas.

-No es mucho conceder -dijo Nagumo, que tomó un sorbo de té sin dejar de mirar a su interlocutor.

-Y ya pueden darse por satisfechos. Porque, además, nos consta que no todos los miembros de su gobierno están de acuerdo con las medidas adoptadas por ustedes.

-Cierto -reconoció Seiji-. Ya se lo anticipé.

Chris Cook contuvo el impulso de mirar en derredor para ver si alguien los oía. Habría sido demasiado teatral. Se limitó a tomar un sorbo a su vez y a dirigir la mirada hacia el Kennedy Center.

-Ha habido contactos informales.

-¿Con quién?

-Koga -repuso Cook.

Pensó que si Adler no podía jugar aquella carta a fondo, él sí que podía hacerlo.

-Ya. Era la persona lógica a abordar.

-Mire, Seiji, si somos hábiles, saldremos de esto como verdaderos héroes.

Que sería lo ideal para todos.

-¿Qué clase de contactos ha habido? -preguntó Nagumo.

-Todo lo que sé es que es muy irregular. Y he de hacerle una pregunta: ¿es Koga el jefe de la oposición con la que usted se relaciona?

-Es uno de los líderes, desde luego -contestó Nagumo.

Fue una respuesta perfecta. Una información envenenada. Los americanos concedían muy poco y ahora se veía cuál era la razón: confiaban en que la frágil coalición parlamentaria de Goto se rompiera conforme pasase el tiempo y aumentase la incertidumbre. Pues bien, lo que tenía que hacer Nagumo era desalentar a los americanos, con lo que fortalecería la posición de su país... Una maniobra de gran estilo. De modo que lo que decía Chris, sobre que podían salir de aquello convertidos en verdaderos héroes, sólo sería una media verdad.

-¿Y los demás? -preguntó Cook de un modo tan automático como previsible.

-Bien. Hay otros, por supuesto, aunque no me atrevo a revelarle sus nombres.

Y Nagumo acabó entonces de verlo todo claro: si los americanos apostaban por una conmoción política en su país, debía de significar que sus opciones militares eran débiles. Formidable.

El primer aparato de reabastecimiento KC-10 salió de Elmendorf y llegó junto al C-5 al este de Nome. Tardaron unos minutos en encontrar capas de aire suficientemente suave para la maniobra y, aun así, era bastante jodido poner a copular a dos bestias de numerosas toneladas en pleno vuelo, cual efímeras cachipollas. Era peligrosísimo. Porque el piloto del C-5 tenía que volar en estrecho contacto, durante veinticinco minutos, con el nodriza, sin apenas verle más que el morro. Y lo peor era que el motor de cola del trimotor KC-l0 le soltaba el chorro en toda la cola al Galaxy, que, como es natural, se estremecía como un condenado, hasta el punto de exigir un severo correctivo de su control.

Ahora me explico por qué nos pagan tanto, se decía el piloto, sudando a mares dentro de su traje de vuelo.

El caso es que se llenaron los depósitos y los aparatos pudieron separarse. El Galaxy descendió ligeramente y el nodriza giró a la derecha.

A bordo de los transportes, los estómagos volvieron a asentarse. El aparato se estabilizó y prosiguió el rumbo oeste tras cruzar el estrecho de Bering. Otro nodriza no tardaría en

despegar de Shemya, y también entraría en el espacio aéreo ruso. Sin que la dotación de este último aparato lo supiera, otro avión americano hizo lo mismo. Encabezó la secreta procesión hasta un lugar que en las cartas de navegación aéreas norteamericanas figuraba con el nombre de Verino. La población se encontraba junto a la línea férrea del Transiberiano, cuyos primeros tramos se construyeron en 1891.

El nuevo eje de tracción quedó instalado, al fin, después de lo que al capitán de la nave se le antojó como la más larga y tediosa reparación que soportó en toda su vida. Una vez que el nuevo eje quedó alojado dentro del casco del portaaviones se procedió al equilibrado de los engranajes. El pelotón de operarios lo formaban nada menos que un centenar de hombres y mujeres. Los ingenieros se turnaron para no interrumpir el trabajo durante las veinticuatro horas del día. Casi otro tanto se pidió -y se obtuvo- de los obreros de los astilleros civiles, que se encargaron de mover y acoplar el pesado equipo entre enormes bloques de cemento armado.

En seguida se realizaría la operación final. Una gigantesca grúa de pórtico empezó a mover una reluciente y nueva turbina, de diez metros de anchura, para que la acoplasen al eje. Dos horas después, quedaría perfectamente equilibrada y ensamblada al que se convertiría en el portaaviones de dos turbinas más caro de la Historia.

El reportaje de la CNN coincidió con el amanecer en aquellas latitudes. Ryan se fijó en que habían filmado el puerto en sentido transversal. La corresponsal iba micrófono en mano y, en el margen superior derecho de la pantalla, se veía una toma «en directo». No había nada nuevo de lo que informar desde Pearl Harbor, dijo la periodista.

«Como pueden ver, a mi espalda se encuentran el Enterprise y el John Stennis amarrados aún en el muelle. Dos de los barcos de guerra más caros jamás construidos dependen ahora de un ejército de técnicos y operarios para una reparación que exigirá todavía...»

Meses, dijo Ryan para sí. No deje de insistir en ello.

Los informativos de las otras cadenas pronto emitirían la misma información, aunque era en la CNN en la que confiaba el consejero de Seguridad Nacional, pues era la fuente más importante para los informativos de todo el mundo.

Minutos después de trasponer el límite de la boya de sonar, el Tennessee se sumergió. Dos helicópteros de reconocimiento lo siguieron. Un destructor de la clase Spruance se hallaba también a la vista. El capitán del destructor ordenó que todos se situasen en sus puestos. Luego, enviaron señales luminosas intermitentes al submarino para que se les acercase y pudieran realizar un ejercicio de seguimiento.

Cinco miembros del Ejército de tierra de los Estados Unidos subieron a bordo antes de que el barco zarpase. Los acomodaron de acuerdo a su graduación. Al teniente le habían asegurado que le asignarían uno de los camarotes de los artilleros de misiles, sólo que no existían tales camarotes y tuvo que conformarse con una litera. Al sargento le proporcionaron un rincón en el cuarto de las taquillas, y a los tres soldados los alojaron en las literas de los marineros.

La primera orden que recibieron fue ponerse calzado de suela de goma, aparte de explicarles la importancia de mantener silencio.

-¿Pero por qué? ¿Tan importante es esto? -preguntó el sargento, que dudaba de estar más cómodo allí de lo que lo estaría en un féretro, que era lo que se temía que le aguardaba.

¡Bah!

-Por eso -contestó un marinero electricista, que procuró que no se le notase su súbito temblor-. Nunca me acostumbraré a ese ruido.

-¡Dios! ¿Qué ha sido eso? -preguntó el sargento.

-Es un sonar SOS-cincuenta y tres de una de esas latas de sardinas. Cuando se oye tan fuerte es que sabe dónde estamos. Y los japoneses también los tienen, sargento.

-Ignórelo -dijo el jefe del sonar, que estaba de pie frente a su consola.

Detrás tenía a un nuevo técnico de sonar que no dejaba de mirar a la pantalla. No cabía duda de que, con el perfeccionado programa, era mucho más fácil detectar a las unidades dotadas de sistema Prairie-Masker, sobre todo si sabía uno que el cielo estaba despejado y que no había ninguna razón para que descargase una tormenta en el mar.

-Nos han captado de pleno, contramaestre.

-Sólo porque el capitán nos ha autorizado a que hiciesen un ejercicio de seguimiento. Normalmente, no damos tantas facilidades.

Verino no era sino una de las numerosas bases que antes tenían los MIG rusos. Era un claro reflejo de los temores que albergaron los soviéticos. Desde allí, podían atacar a China o a Japón, y defenderse de un ataque de cualquiera de estos países, según quién fuese el loco de turno y quién el cabreado, en un determinado momento político, pensaba el piloto.

No conocía aquello y, pese al cambio en las relaciones entre los dos países, nunca creyó pasar de hacer una visita amistosa a la Rusia europea, como hacían periódicamente las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos. Pero allí tenía a un aparato de intercepción Sukhoi-27, a cosa de un kilómetro al oeste, cargado con misiles de reglamento y con un piloto que debía de estar bastante perplejo. ¡Dios, qué blanco tan enorme! Aquellos dos aparatos tan distintos se limitaron a la comunicación gestual una hora antes. No hubo tiempo de incorporar a la misión a un oficial que hablase ruso, y no quisieron arriesgarse a hablar en inglés a través de la radio. De manera que el transporte siguió al caza como un obediente perro pastor a su terrier.

-Ya se ve la pista -dijo el piloto cansinamente.

Se produjeron los habituales bandazos al perder altura, intensificados por el despliegue de los alerones y del tren de aterrizaje, que contrariaban al viento. Por lo demás, la maniobra transcurrió de acuerdo a la rutina, aunque antes de posarse en tierra el piloto reparó en que había dos C-17 en la rampa. De manera que no era el primer aparato americano que visitaba el lugar. Quizá sus tripulaciones pudieran decirle dónde se podía descansar.

El 747 de la JAL despegó con todas las plazas ocupadas. Se dirigió al oeste, a favor de los vientos del Pacífico, y dejó Canadá atrás. El capitán Sato no sabía qué pensar. Le complacía, como siempre, llevar de vuelta a casa a tantos de sus compatriotas, aunque, en cierto modo, tenía la sensación de huir de América, y eso no le hacía mucha gracia. Se enteró, por su hijo, de la muerte de los tripulantes del B-1B. Y si su país podía dejar inutilizados a dos portaaviones norteamericanos, destruir a dos de sus submarinos supuestamente invencibles y dejar fuera de combate a un par de sus superbombarderos estratégicos, ¿qué tenían que temer de aquella gente? Ahora era sólo cuestión de verlas venir.

A su derecha vio la silueta de otro 747. Era un aparato de la KLM que iba rumbo noroeste, procedente de Japón, sin duda lleno de empresarios americanos que debían de huir de su país. Y no porque tu-viesen nada que temer. Debía de ser más bien por vergüenza, pensaba. La sola idea hacía sonreír a Sato.

No era una travesía complicada. 8 200 km y nueve horas y media de vuelo, si había leído correctamente la previsión meteorológica. Los trescientos sesenta pasajeros que llevaba a bordo llegarían a un renacido país, protegido por su hijo y su hermano. Luego volverían a América, más erguidos y orgullosos, como era lo propio para quienes representaban a su nación, se decía Sato. Lamentaba no formar ya parte de aquel ejército al que debían el recobrado orgullo, pero aquél era un error que cometió hacía demasiado tiempo para poder enmendarlo. Aportaría su granito de arena a aquel cambio histórico, pilotando el aparato con toda la destreza de que fuese capaz.

Yamata se enteró a primeras horas de la mañana, el mismo día en que proyectaba regresar a Saipan e iniciar su campaña como candidato a gobernador. El y sus colegas se enteraron a través de las agencias del gobierno. Todo lo que les era comunicado a Goto y al ministro de Exteriores se lo comunicaban también a ellos. No era tan difícil. El país cambiaba. Ya era hora de que quienes ejercían el verdadero poder fuesen tratados de acuerdo a su importancia. A su debido tiempo, el pueblo lo comprendería y, para entonces, se percatarían de quiénes eran los hombres clave en su país, como hasta los burócratas empezaban a reconocer tardíamente.

¡Eres un traidor, Koga!, pensaba el industrial. No era del todo sorprendente. El ex primer ministro albergaba unas ideas absurdas acerca de la ética de las tareas de gobierno, ya que uno tenía que contar con la aprobación del pueblo. Era una especie de absurda nostalgia de algo que nunca existió en realidad. Por supuesto, las figuras políticas necesitaban de la orientación y del apoyo de personas como él. Por supuesto, era normal que mostrasen el debido y digno acatamiento a sus amos. ¿Cuál era, en definitiva, su misión sino preservar la prosperidad que otros, como Yamata, tanto se esforzaron por con-seguir para su país? Si Japón hubiese tenido que fiarse de su gobierno para subvenir a las necesidades de su pueblo, ¿en que situación estaría ahora su país? La gente como Koga no tenía más que ideales que no conducían a ninguna parte. ¿Qué sabía el pueblo? ¿Qué hacía? Sabía y hacía lo que querían sus mentores y, al obrar así, al reconocer cuál era su lugar en la vida y trabajar en las tareas que les eran en-comendadas, lograban prosperar y que prosperase su país. ¿Era bien sencillo, no?

Los tiempos en que el país lo gobernaba la nobleza quedaron atrás. Era un sistema tan aceptable durante dos milenios como inadecuado para la era industrial. Los aristocráticos linajes no acumularon sino arrogancia. Los zaibatsu, en cambio, eran hombres que se ganaron el poder a pulso. Y el lugar que ocupaban en la vida; desde la nada, a base de laboriosidad e inteligencia (y suerte, reconocía Yamata), hasta llegar al poder por méritos propios. Ellos hicieron de Japón una potencia. Ellos auparon a una nación desde sus cenizas, y desde su ruina, a la cabeza del mundo industrial. Ellos humillaron a una de las «superpotencias», y no tardarían en hacerle doblar la rodilla a otra. Convertirían a su país en dueño del nuevo orden mundial. Conseguirían lo que obtusos militares como Tojo no supieron alcanzar.

Tenía claro que a Koga no le quedaba más alternativa que quitarse de en medio o someterse, como Goto aprendió a hacer. Aunque, por lo visto, no estaba dispuesto a hacer ni lo uno ni lo otro. Y ahora se dedicaba a intrigar para negarle a su país la oportunidad histórica de alcanzar la verdadera grandeza. ¿Por qué? Porque las cosas no se ajustaban a su absurda estética del Bien y del Mal. O... porque era peligroso, como si fuese posible un verdadero logro sin correr algún riesgo.

Pues bien, no podía permitirlo, se dijo Yamata a la vez que se alcanzaba el teléfono para llamar a Kaneda. Incluso Goto se habría echado atrás ante aquello. Mejor lavar aquel trapo sucio en casa. Tenía que acostumbrarse uno a las miserias del poder.

En la planta de la factoría de Northrop bautizaron el aparato «Armadillo». Aunque su fuselaje tenía la misma suavidad que el plumaje de una ave marina, el B-2A no era en absoluto lo que parecía. Las planchas de color pizarroso, que formaban su parte visible, no eran sino parte de la parafernalia de la tecnología de «invisibilización» del aparato. La metálica estructura interna era angulosa y segmentada, como el ojo de un insecto, para reflejar mejor la energía del radar fuera del alcance del transmisor que confiaba burlar. La aerodiná-mica forma externa sólo tenía por objeto reducir la fricción, y aumentar la autonomía de vuelo al mejorar el rendimiento del combustible. Y funcionaba de maravilla.

En la base de las Fuerzas Aéreas de Whiteman, en Missouri, la Escuadrilla 509.° de Bombarderos llevaba una tediosa existencia durante años. Se limitaban a hacer prácticas, ejercicios sin el menor interés. Eran bombarderos originariamente concebidos para penetraren las defensas aéreas soviéticas, y para seguir el transporte de misiles de alcance

intercontinental al objeto de destruirlos (una misión muy poco realista, pensaron siempre sus tripulaciones). Podían penetrar en cualquier defensa aérea sin ser detectados, verdaderos acreedores al nombre de aparatos «invisibles». O, por lo menos, eso se creyó hasta hacía poco.

-Es grande, potente, y se ha cargado a un B-uno B -le dijo un oficial al coronel que mandaba la escuadrilla-. Al final hemos averiguado qué lleva. Es una instalación de multifrecuencia que además puede operar como detector de fuego enemigo. Lo sabemos por el que logró llegar a Shemya.

Y, en efecto, allí estaba el otro B-1B, adornando la única pista de la isla. Los técnicos se afanaban con las reparaciones imprescindibles para que pudiese regresar a Alaska continental.

-El misil llegó por una dirección, pero los impulsos del radar llegaban por otra -añadió el oficial.

-Muy listos -dijo el coronel Mike Zacharias.

Estaba clarísimo: los japoneses dieron un paso más a partir de una idea tecnológica rusa. Mientras que los soviéticos diseñaron un caza que podía ser eficazmente controlado desde estaciones de tierra, Japón había desarrollado una técnica que permitía que los cazas quedasen totalmente «invisibles» incluso al lanzar los misiles. Y eso constituía un problema incluso para los B-2, cuya «invisibilización» estaba pensada para burlar a radares de rastreo de onda larga y a radares volantes de alta frecuencia.

La «invisibilización» era pura técnica; no era cosa de magia. Un radar volante multifrecuencia tan potente podía detectar a los B-2 de tal manera como para hacer de aquella misión un verdadero suicidio. Pese a lo aerodinámico y a lo ágil que era, el B-2 era un bombardero y no un caza y, por lo mismo, un blanco mucho más grande para cualquier caza enemigo.

-Y bien, ¿de qué nos sirve saberlo? -añadió el coronel. -Vamos a seguir jugando al gato y al ratón con ellos, para tratar de hacernos una idea más completa de sus prestaciones.

-Mi padre se dedicó a hacer lo mismo con los SAM. Y acabó con una prolongada estancia en Vietnam del Norte.

-Bueno... llegado el caso, tienen órdenes de seguir el «Plan B» -lo tranquilizó el oficial de Inteligencia.

-Mira qué bien! -exclamó Chávez.

-¿No eres tú el que decía que no le gustaba jugar a los espías? -le dijo Clark, que guardó el miniordenador en el estuche después de borrar las órdenes de la misión-. Creí que querías volver a lo paramilitar.

-¡Por qué no me callaré la boca! -dijo Chávez, que no paraba de mover su retaguardia sobre el banco del parque.

-Perdonen -dijo una tercera voz.

Ambos agentes de la CIA alzaron la vista y vieron a un policía de uniforme con una Sam Browne al cinto.

-Hola -dijo John sonriente-. Hermosa mañana, ¿verdad?

-Pues sí -repuso el policía-. ¿Les parece Tokio muy distinto a América?

-Es también muy distinto de Moscú en esta época del año.

-¿Moscú?

-Somos periodistas rusos -dijo Clark a la vez que sacaba el pasaporte del bolsillo de la chaqueta.

El policía lo examinó y se lo devolvió.

-¿Hace mucho más frío en Moscú en esta época del año? -les preguntó.

-Mucho más -asintió Clark.

El policía se alejó entonces, satisfecho ya su ataque de curiosidad.

-No siempre, Iván Sergueievich -comentó Ding cuando el policía quedó a prudente distancia-. Aquí también hace bastante frío.

-Bueno, siempre estás a tiempo de cambiar de empleo.

-¿Y perderme estas gozadas?

Ambos se levantaron y fueron hacia donde tenían el coche aparcado. En la guantera encontraron un mapa.

Los oficiales rusos de la base de las Fuerzas Aéreas de Verino sentían la natural curiosidad, pero los americanos no daban muchas facilidades para satisfacerla. Había más de cien militares norteamericanos en la base, acomodados en la mejor caserna.

Tres helicópteros y dos trailers fueron conducidos a los hangares originariamente destinados a los cazas rusos MIG-25. Los transportes aéreos eran demasiado grandes para caber del todo, pero los introdujeron hasta donde permitían las dimensiones. Les quedó la cola al aire, que fácilmente podía pasar por la de los Ilouchin-86, que ocasionalmente hacían escala allí.

La dotación rusa de tierra estableció un perímetro de seguridad que impedía cualquier tipo de contacto entre los militares de ambos países, con gran desilusión por parte de los rusos.

Los dos trailers, alojados en el hangar del extremo este de la base, fueron electrónicamente comunicados a través de un negro cable coaxial. Otro cable conectaba con un enlace móvil vía satélite, a cubierto también en un hangar.

-Bien, hágalo girar -dijo un sargento.

Un oficial ruso observaba (porque el protocolo exigía que los americanos dejasen entrar a alguno de ellos que, en aquel caso, debía de ser un agente del Servicio de Inteligencia) mientras una imagen, que parecía una pajarera, giraba en la pantalla del ordenador como si fuese sobre un plato de fonógrafo. Luego, la imagen se desplazó a través de un eje vertical, como si volara.

-Esto es detección -dijo el sargento, que salió del menú que figuraba en pantalla y oprimió INSTALL para que el programa quedase incorporado a los ordenadores de los tres helicópteros.

-¿Se puede saber qué es lo que acaba de hacer? ¿No le importará que se lo pregunte, verdad? -dijo el ruso.

-Pues simplemente enseñarles a los ordenadores lo que tienen que hacer.

Era la pura verdad, aunque la respuesta no tuviese el menor sentido para el ruso.

La actividad en el segundo trailer fue más fácil de comprender. Fotos de gran calidad, de varios edificios altos, fueron examinadas y digitalizadas. Programaron los emplazamientos que mostraban las fotografías con márgenes de error de escasos metros. Luego, las compararon con otras fotos tomadas con objetivo de gran angular y que, sin duda, correspondían a cámaras de los satélites.

El oficial ruso se inclinó para ver mejor las fotos. Esto molestó a un oficial americano de mayor graduación, quien, sin embargo, tenía órdenes de no hacer ni decir nada que pudiera ofender a los rusos.

-Parece un edificio de apartamentos, ¿no? -dijo el ruso, verdaderamente intrigado.

-Sí, eso es lo que es -repuso el oficial americano, que sintió un repeluzno a pesar de la hospitalidad con que los acogieron.

Con órdenes o sin ellas, era un grave delito permitir el acceso a aquel tipo de información a nadie que no estuviese debidamente acreditado, aunque fuese americano.

-¿Quién vive ahí?

-No lo sé.

¿Por qué no se largará este tío?

Al oscurecer, los americanos empezaron con un considerable trajín. Incomprensiblemente desgreñados (hasta el punto de no parecer militares) se pusieron a hacer jogging por todo el

perímetro de la pista principal. Se les unieron unos cuantos rusos, y se entabló una especie de carrera, con ambos grupos corriendo en formación.

Lo que empezó como cordial confraternización terminó con atravesadas miradas. En seguida se vio que los americanos eran integrantes de tropas de élite, no acostumbrados a que nadie los superase en nada. Los rusos tenían la ventaja de «jugar en casa» y de estar más aclimatados. Spetznaz!... se decían los rusos entre jadeo y jadeo.

Como en aquella base había poco más que hacer, y tenían un comandante que se las traía, estaban en tan buena forma física que a los diez kilómetros ya habían dejado muy atrás a los americanos.

Luego, ambos grupos se mezclaron durante un largo rato, aunque sólo para comprobar que la barrera del lenguaje no permitía entrar en mucha conversación, aunque la tensión entre los visitantes se expresaba sin necesidad de palabras.

-¡Qué aspecto más raro tienen esos trastos! -exclamó Chávez. -Suerte tenemos de que les hayan elegido este lugar.

De nuevo razones de seguridad, se dijo John; las mismas que aconsejaron agrupar los cazas y los bombarderos de Pearl Harbor, para protegerlos de sabotajes, o de parecidas calamidades, a causa de un error de cálculo de los de Inteligencia. Otro factor pudo haber sido la conveniencia de mantener un solo emplazamiento. No obstante, los aparatos no iban, en principio, destinados a aquella base y los hangares no eran lo bastante grandes. Como consecuencia de ello, seis E-767 estaban allí a la vista, a poco más de tres kilómetros y perfectamente reconocibles por su extraña forma.

Aquel país estaba demasiado superpoblado para que una base pudiera estar muy aislada. Ciudades y aeródromos se asentaban en los llanos por las mismas razones, sólo que las ciudades madrugaron más. Había grandes naves industriales en las inmediaciones y aquella base aérea, de forma casi rectangular, estaba rodeada de autopistas por todas partes.

Lo que se imponía ahora era echarles un vistazo a las copas de los árboles para ver cuál era la dirección del viento. Noroeste. Los aparatos que fuesen a aterrizar realizarían la aproximación por el suroeste. Una vez tuvieron esto claro, sólo restaba buscar un altozano.

Se recurría a todo. Los satélites de espionaje electrónico, situados en órbita baja, se dedicaban también a la detección de señales. El propósito era fijar la posición de la patrulla de la defensa aérea japonesa, no con tanta precisión como podía hacerlo un radar volante pero sí con menor riesgo.

El siguiente paso sería poner a los submarinos a hacer idéntica labor, aunque eso podía llevar tiempo, les dijeron. Porque la verdad es que no se disponía de tantos submarinos como para dedicarlos a darse paseos. Todos los que estaban operativos tenían misiones que cumplir. ¡Menudo descubrimiento! Las órdenes para el combate electrónico se confirmaban y, aunque con eso no bastase, los técnicos de la Inteligencia Electrónica consideraron que era una ventaja. Por lo menos así tenían datos a partir de los cuales el mando podría formular algún plan. Por el momento, tenían perfectamente localizada la posición de los tres E-767, que no parecían moverse del sector en el que se encontraban. Las mínimas variaciones que observaban podían deberse a la cambiante velocidad del viento. Y esto era muy necesario para la transmisión de los datos a las estaciones de tierra. Una ventaja añadida.

Aquel hotel de módico precio era, con todo, bastante más caro de lo que ellos se podían normalmente permitir. Pero es que quedaba justo enfrente del acceso a la pista 32-izquierda de la base aérea.

Quizá la gente de aquel país estuviese tan acostumbrada al ruido que ya no lo notase, se dijo Chávez al recordar cómo temblaban los muebles de su habitación de Tokio. La parte de

atrás era más tranquila, les aseguró el recepcionista, aunque todo lo que podía ofrecerles era una habitación que quedaba en un rincón.

En la parte delantera del hotel el ruido era espantoso. Una de las pistas terminaba a sólo medio kilómetro de la entrada principal. Con los aterrizajes, cabía la remota esperanza de dormir, pero con los despegues no había manera.

-Pues a mí esto no me gusta un pelo -comentó Ding cuando vio la habitación.

-¿Y quién ha dicho que hubiera de gustarnos? -dijo John, que se alcanzó una silla y se acercó a la ventana para echar un primer vistazo.

-Es como un asesinato, John.

-Ya. Supongo que sí.

¡Joder que sí lo era! Ding tenía más razón que un santo. Pero otros opinaban de distinto modo, y eso era lo que contaba. Más o menos.

-¿No había otras opciones? -preguntó el presidente Durling.

-No, señor. Ninguna que yo vea.

Ryan era primerizo. Podía decirse que años atrás logró detener una guerra. Puso fin a una «turbia» operación que probablemente hubiese causado un grave daño político a su país. En cambio, ahora estaba a punto de ser él quien iniciase una operación «turbia». Aunque... no exactamente, se decía. Eran otros quienes empezaron aquella guerra. Aunque así fuese, no disfrutaba lo más mínimo con lo que estaba a punto de hacer.

-Se niegan a dar marcha atrás -añadió Ryan.

-¡Quién lo hubiese dicho! -exclamó Durling, a pesar de que no se le ocultaba que era demasiado tarde para lamentarse.

-Acaso sea por mi culpa -dijo Ryan, consciente a su vez de que era su obligación culparse.

La Seguridad Nacional era su responsabilidad. Morirían muchos a causa de sus errores; y morirían también por sus aciertos. Pese a todo, el poder que podía ejercerse desde aquel despacho no había alternativas, ¿verdad?

-¿Cree que resultará?

-Eso, señor, sólo lo sabremos después.

Resultó más fácil de lo esperado. Tres de los desgarbados bimotores se deslizaron hacia el final de la pista, donde giraron hacia el noreste, se detuvieron, llevaron los motores al máximo de su potencia, aceleraron y despegaron.

Clark miró el reloj y desplegó el mapa de carreteras de Honshu.

No había más que llamar por teléfono. La empresa constructora de los Boeing cursó un comunicado de emergencia -que en régimen interior llamaban E-AD-, relativo al programa de ordenador de aterrizaje con piloto automático de sus aparatos comerciales 767. En la maniobra de aproximación de uno de los 767 de la TWA al aeropuerto de St. Louis, se detectó un fallo de origen desconocido. Se advertía a todas las tripulaciones que desactivasen el programa hasta que se de-terminase la naturaleza del fallo y se solucionase. El comunicado se cursó por correo electrónico, télex y correo certificado a todas las tripulaciones de los 767.

39. Directo a los ojos

No sorprendió en exceso que se cerrasen los consulados japoneses en Honolulú, San Francisco, Nueva York y Seattle. En todos ellos se presentaron, a la misma hora, agentes del FBI y les dijeron que tenían que desalojar de inmediato.

Tras tibias protestas, que recibieron una cortés pero inflexible atención, el personal diplomático cerró sus dependencias y salió escoltado (más que nada para protegerlos de la ira popular, controlada por la policía local). Los hicieron subir a autocares que los conducirían al aeropuerto más próximo, desde donde cogerían un vuelo a Vancouver, en la provincia canadiense de Columbia Británica. En el caso de Honolulú, el autocar pasó lo bastante cerca de la base naval de Pearl Harbor como para permitir que los funcionarios les echasen un último vistazo a los dos portaaviones que yacían en los diques secos, oportunidad que aprovechó uno para sacar una profusa colección de fotos. El funcionario que las sacó no reparó en el pequeño detalle de que los agentes del FBI, que iban sentados delante, no se lo impidieran. No era tan sorprendente. Los medios informativos daban cumplida noticia de todo, como era habitual.

Los funcionarios pudieron comprobar que la operación se realizaba con la mayor profesionalidad. Sus maletas pasaron el control de rayos X para detectar armas o explosivos (aunque fuese un disparate pensar que pudieran llevar cosa semejante). Pero no se las abrieron, ya que se trataba de personal diplomático acogido a la correspondiente inmunidad.

Los Estados Unidos les habían fletado un avión de línea regular, un United 737, que despegó y que les proporcionó una nueva oportunidad de ver la base naval, al sobrevolarla, y de que el mismo funcionario del autocar sacase otras cinco fotografías a través de las ventanillas de doble cristal, desde una altura de 1 700 m.

El funcionario se felicitó por su previsión al llevar tan a mano su cámara. Luego, durmió plácidamente durante las cinco horas que duró el vuelo a Vancouver.

-Los trenes de tracción uno y cuatro están como nuevos -le aseguró el ingeniero jefe al capitán del Johnnie Reb-. Podemos ir a treinta, y puede que incluso a treinta y dos nudos, en cuanto usted quiera.

El dos y el tres, que eran los que iban instalados dentro del casco, fueron cerrados y las aberturas del talón de la quilla soldadas. Con aquellas turbinas, el portaaviones no hubiese podido pasar de los quince nudos. Al prescindir de ellas, tenía la ventaja adicional de reducir el rozamiento, lo que, en definitiva, proporcionaba al barco una respetable velocidad máxima.

Una de las razones que les había permitido ganar más velocidad era la total remodelación del cuatro, y una rectificación tan cuidadosa como si de un fórmula-1 se tratase. Lo sometieron a pruebas exhaustivas hasta estar seguros de que aquella noche podría dejar el dique seco.

El capitán subió cansinamente por las gradas de cemento, hasta lo alto de aquella especie de desfiladero artificial. Luego, fue hacia la cubierta superior. Era casi una escalada llegar hasta su puesto de mando en el puente de popa, desde el que hizo una llamada telefónica.

Era casi la hora. Clark miró al sureste desde la ventana de atrás de su habitación. El frío aire era claro y seco. Sólo se veían a lo lejos unas nubecillas, todavía de blanco al recibir la luz directa del sol, aunque a ras de tierra el crepúsculo empezase a oscurecer el panorama.

-¿Listo? -preguntó.

-Cuando usted quiera.

Ding tenía abierto en el suelo el aparatoso estuche metálico de su cámara. El contenido pasó la aduana hacía semanas y no llamaba la atención. Lo normal que solía llevar un fotógrafo de prensa, e incluso menos complicado. El acolchado interior de espuma tenía receptáculos para tres cámaras y un juego completo de lentes, aparte de otras cavidades en las que iban incrustados varios flashes, que parecían normalísimos. Pero no lo eran. Las armas que iban dentro tampoco lo parecían, algo que les fue también de mucha utilidad en Africa oriental.

Chávez cogió una de ellas. Comprobó la potencia de las pilas y decidió no conectarla al enchufe de la pared. Accionó el interruptor y oyó el zumbido electrónico que cargaba el aparatito.

-Ahí lo tienes -le dijo John tranquilamente al ver las luces que se acercaban.

Aquel trabajo le gustaba tan poco a él como a su compañero. Pero ¿quien había dicho que tuviera que gustarles?

El E-767 que realizaba la maniobra de aproximación había encendido las luces de identificación de a bordo, al descender desde 3 300 m, y acababa de sacar su tren de aterrizaje. Luego, encendieron las luces de aterrizaje exteriores. A ocho kilómetros y a unos setecientos metros de altura, sobre el polígono industrial de las inmediaciones de la base aérea, el piloto vio las Luces de la pista y se recomendó no perder la concentración, después de su largo y tedioso vuelo de patrulla.

-Alerones -dijo.

-Alerones -le confirmó el copiloto, que accionó la palanca de control que los desplegaba.

-«Kami-tres.» Nos disponemos a aterrizar. Pista señalizada -dijo el piloto a través de la radio.

Aunque innecesariamente, el oficial de la torre de control lo había guiado hasta aquel punto en su maniobra de aproximación.

La torre le contestó como correspondía y el piloto siguió concentrado en los mandos. Vio que todas las coordenadas se ajustaban a la dirección del viento y se aseguró de que no hubiese ningún otro aparato en aquel restringido espacio. Sabía que la mayoría de los accidentes de aviación se producían al aterrizar. De ahí que la tripulación debiese permanecer alerta hasta el último momento.

-Lo tengo -dijo Chávez sin la menor emoción en el tono.

Procuraba tranquilizar a su conciencia. Su país estaba en guerra. Quienes iban en aquel aparato vestían uniforme. Por lo tanto, eran un objetivo. Y punto. No podía ser más sencillo. Recordaba que la primera vez que mató pensó lo mismo: que, de puro fácil, era como un asesinato. Y sin embargo le avergonzaba reconocer haber sentido un cosquilleo de entusiasmo.

-Necesito un baño caliente y un masaje -dijo el copiloto, que se permitió aquel pequeño desahogo personal mientras observaba en derredor, a unos tres kilómetros de la pista-. Despejado a la derecha. Pista despejada.

El piloto asintió, accionó la palanca para refrenar el aparato y aterrizar a la velocidad prevista de 260 km/h, bastante elevada debido a la adicional reserva de combustible que los «Kami» llevaban. Siempre volaban sobrecargados.

-Dos kilómetros. Todo normal -dijo el copiloto.

-Ahora -musitó Chávez.

Había apoyado en el hombro la extensión de la lámpara, que tenía forma de cañón, casi como si apuntase con un rifle o, más exactamente, como un lanzador de cohetes antitanque. Apuntaba al morro del aparato que se acercaba. Luego apretó el botón.

La «magia» que utilizaron en Africa no fue esencialmente más que un flash muy potente, pero aquello era una lámpara de xenón de tres millones de bujías. La pieza más cara del artefacto era el reflector, un preciso artilugio de acero que reducía el haz luminoso a un diámetro de 13 m a la distancia de 1 600 m. Podía leer uno tranquilamente el periódico con la luz que proporcionaba a esa distancia. Pero mirar directamente a aquel haz incluso a aquella distancia cegaba. Concebida y fabricada como arma no letal, la lámpara tenía un filtro para los

rayos ultravioleta, que podían causar daños irreversibles en la retina humana. Chávez pensó en ello al disparar el haz. No letal. Seguro.

La intensidad de la luz blancoazulada hirió los ojos del piloto. Era como mirar directamente al sol, sólo que mucho peor. El dolor hizo que se llevase las manos a la cara y soltase los controles. Sus gritos se oyeron a través de la radio. El copiloto empezó por mirar el haz sesgadamente, pero al ojo humano le atrae la luz, sobre todo en la oscuridad. Y su mente no reaccionó a tiempo para detener un acto puramente reflejo.

Ambos aviadores quedaron cegados y doloridos. Estaban a 270 m de altura y a 1 600 m de la pista. Eran los dos tan experimentados como diestros. Pese a no poder abrir los ojos, de puro dolor, el piloto trató de acertar con la palanca para estabilizar el aparato. El copiloto hizo exactamente lo mismo, pero a sus respectivos movimientos les faltaba coordinación y, casi más que con el aparato, porfiaban entre sí. Al faltarles puntos de referencia visuales, la desorientación les provocó un vértigo que lógicamente no se manifestó de la misma manera en ambos. Uno creía que el aparato iba en una dirección y su compañero en otra distinta. Sus movimientos para controlar el aparato eran también diferentes. A sólo 270 m del suelo no había tiempo para discutir quién tenía razón. Cuando uno de ellos logró imponer los propios, ya estaban irremisiblemente perdidos.

El E-767 dio un bandazo de 90° hacia la derecha. Enfiló hacia unas naves industriales que estaban al norte de la pista, a la vez que perdía rápidamente altura. Los controladores les gritaron a través de la radio. Ni siquiera los oyeron. El último movimiento del piloto fue para tratar de oprimir el botón de giro, en un desesperado intento de poner a salvo el aparato. Apenas llegó a rozarlo cuando sus sentidos le dijeron, un segundo antes, que su vida había terminado. Lo último que pensó fue que debían de haber lanzado sobre su país otra bomba atómica.

«¡Dios mío!», musitó Chávez apenas un segundo después.

Del morro del aparato brotó un resplandor como si se hubiera producido una explosión. El avión describió un breve arco hacia el norte y luego se desplomó como un pájaro muerto.

Chávez no vio o no quiso ver dónde cayó. Aunque no importaba mucho. La bola de fuego iluminó el oscuro cielo como un ovillo de relámpagos. Ding sintió un nudo en el estómago ante lo que acababa de hacer, y el incontenible impulso de vomitar.

La tripulación del «Kami-5» lo vio desde unos quince kilómetros de distancia: un espeluznante resplandor amarillento, muy cerca del lado derecho de la pista, que sólo podía significar una cosa.

Los aviadores eran personas disciplinadas. También al piloto y al copiloto del siguiente E-767 se les hizo un nudo en el estómago y se les agarrotaron los músculos. Se preguntaban cuáles de sus compañeros debían de ser los que acababan de estrellarse; qué familias recibirían la terrible visita; qué rostros no volverían a ver; qué voces no volverían a oír. Y se reprocharon no haber prestado más atención a la radio, como si hubiese podido servir de algo. Instintivamente, ambos miraron en derredor de la cabina, por si notaban alguna irregularidad. Los motores respondían. Los instrumentos electrónicos funcionaban. El sistema hidráulico también. Fuese lo que fuese lo que le hubiese ocurrido al otro aparato, no afectaba al suyo.

-Torre, aquí «Kami-cinco». ¿Qué ha pasado?

-«Kami cinco», aquí torre. El «Tres» se ha desviado. No sabemos por qué. La pista está despejada.

-Recibido. Aquí «Kami-cinco». Proseguimos con la maniobra de aproximación. Vemos la pista.

Retiró la mano del botón de la radio antes de poder decir nada más. Los dos aviadores se miraron. El «Kami-3». Eran buenos amigos. Muertos. Habría sido más fácil de digerir que hubiese sido el enemigo, en lugar de un absurdo y desgraciado accidente. Pero en aquellos instantes no podían sino seguir concentrados en la maniobra, por mayor que fuese su

aflicción. Tenían una misión que cumplir y a veinticinco compañeros a bordo a quienes devolver sanos y salvos a su patria.

-¿Quieres que lo haga yo? -preguntó John.

-No. Es mi obligación -contestó Ding, que volvió a comprobar el condensador y se enjugó el rostro.

Apretó los puños para contener su ligero temblor, tan avergonzado como aliviado por su reacción. El amplio espacio que quedaba entre las luces de aterrizaje le indicó que allí tenía otro blanco. Él estaba al servicio de su país y ellos del suyo. Y punto. Aunque hubiese preferido hacerlo con verdaderas armas. Barruntaba que, quizá, quienes en otros tiempos combatían con espadas debieron de pensar lo mismo ante la irrupción de los mosquetones.

Chávez meneó la cabeza para despejarse y apuntó con la lámpara a través de la ventana de la habitación. Aunque los postigos exteriores impedían que se viese el flash por los lados desde fuera, se echó ligeramente hacia atrás, a medida que se aproximaba el aparato. No quería correr más riesgos de los necesarios...

... en aquellos momentos...

Ya...

Oprimió de nuevo el botón y del fuselaje de aluminio de la cabina del piloto brotó el mismo resplandor que antes, durante cosa de un segundo. Oía a su izquierda las estridentes sirenas de los coches de los bomberos, que sin duda acudían al lugar del primer siniestro. No suenan igual que las sirenas de nuestros coches de bomberos, pensó, vaya uno a saber por qué.

El E-767 no hizo ningún movimiento extraño, en un primer momento, y Chávez dudó de haberlo hecho bien. Luego, el morro se venció ligeramente, aunque el aparato no giró. Sólo se aceleró su pérdida de altura. Igual iba a estrellarse en el hotel, pensó Chávez. No había tiempo de huir y acaso Dios lo castigase por haber matado a cincuenta personas. Meneó la cabeza y desmontó la lámpara. Trató de no pensarlo, concentrado en la mecánica labor.

Clark también se dio cuenta, aunque era tan consciente como su compañero de que no tenía sentido salir corriendo de la habitación. El aparato debía de estar ya en llamas... Quizá eso mismo pensara el piloto.

Entonces vieron que el morro se levantaba y el Boeing pasó a no más de diez metros del tejado del edificio. John se acercó a la ventana lateral y vio que la punta del ala picaba hacia tierra a la vez que giraba. Por un momento, dio la sensación de que el aparato remontaba el vuelo, quizá en un último y desesperado intento del piloto por hacerlo girar hacia la pista y equilibrarlo. Pero le faltaba potencia, y perdió altura a media pista, desde unos 170 m. Dio en el suelo con la punta del ala izquierda y empezó a girar sobre sí mismo convertido en una bola de fuego. Ni él ni Ding le dieron las gracias a Dios por aquella especie de indulto, que no merecían.

-Guarda la lámpara y coge la cámara -le ordenó Clark.

-¿Por qué?

-No olvides que somos periodistas -le dijo en ruso.

A Ding le temblaban tanto las manos que tuvo problemas para desmontar la lámpara. John no hizo el menor movimiento para ayudarlo. Todos necesitaban tiempo para digerir cosas como aquéllas, ya que, en definitiva, no habían matado a «los malos», a seres humanos que mereciesen la muerte. Habían acabado con la vida de personas semejantes a ellos, acatando un juramento de lealtad a quienes no la merecían.

Chávez sacó al fin la cámara y le colocó una lente de 100 mm a su Nikon F5. Luego, salió de la habitación detrás de su jefe.

El pequeño vestíbulo del hotel estaba lleno de clientes. Casi todos eran japoneses. «Klerk» y «Chekov» pasaron entre ellos y cruzaron la autopista a todo correr, hasta la valla que cerraba el perímetro del aeropuerto. «Chekov» empezó en seguida a sacar fotografías. La confusión era tal que pasaron diez minutos antes de que apareciese el primer coche-patrulla.

-¡Pero qué hacen aquí!

Aquello no tenía nada de pregunta. Era un reproche.

-Somos periodistas -dijo «Klerk» a la vez que sacaba su carnet.

-¡Déjenlo inmediatamente! -le ordenó el agente.

-¿Qué ley lo prohibe? Estábamos en el hotel de enfrente al ocurrir -replicó Iván Sergueievich mirando de hito en hito al policía-. ¿Qué ocurre? ¿Los han atacado los americanos? ¿Quieren la película?

-Si!

El policía se percató entonces de la importancia que aquello podía tener y tendió la mano satisfecho ante el espontáneo acatamiento a su autoridad.

-¡Entréguele la película inmediatamente, Yevgeni!

«Chekov» rebobinó el rollo, lo sacó y se lo entregó al agente. -Vuelvan al hotel. Iremos a buscarlos si los necesitamos. Por supuesto que vendréis.

-Habitación cuatrocientos dieciséis -le dijo Clark-. Ha sido espantoso. ¿Ha habido supervivientes?

-No lo sé. Márchense ya -les ordenó el policía con ostensibles ademanes.

-Que Dios se apiade de ellos -dijo Chávez en inglés, sinceramente compungido.

Dos horas después, un KH-11 sobrevoló la zona. Sus cámaras de infrarrojos rastrearon toda la región de Tokio y colindantes. Los expertos en análisis fotográfico, del Departamento de Reconocimiento Aéreo, examinaron de inmediato las imágenes de las dos bolas de fuego y de los restos de los aparatos.

Los dos E-767 habían sucumbido, comprobaron con indisimulada satisfacción. Eran casi todos oficiales de las Fuerzas Aéreas, que mantenían un aséptica distancia respecto de la carnicería humana que asolaba el lugar. Lo que veían eran dos objetivos abatidos.

Las imágenes fueron transmitidas en directo a varios puntos. En el Departamento de Operaciones de la JUJEM, en el Pentágono, concluyeron que la primera fase de la Operación ZORRO había salido de acuerdo a lo previsto. En realidad, hubiesen querido decir de acuerdo a lo esperado, pero los contuvo la aprensión a atraerse la mala suerte. En fin, la CIA no era del todo inútil.

Era de noche en Pearl Harbor. Tardaron diez horas en volver a inundar el dique seco, apurando el tiempo más de lo que aconsejaba la seguridad, aunque en tiempo de guerra el concepto de seguridad fuese muy otro. Después de cruzar las compuertas, con la ayuda de dos grandes remolcadores, el John Stennis encaró la bocana hacia la izquierda y dejó al Enterprise atrás.

El práctico, visiblemente nervioso, sacó la nave del puerto en un tiempo récord. Luego, lo devolvieron a tierra en helicóptero.

A medianoche, el Johnnie Reb se encontraba ya en alta mar, lejos de las rutas comerciales, rumbo este.

La brigada a la que se encomendó la investigación del accidente llegó, casi de inmediato, al lugar del siniestro desde la Jefatura de Tokio. No era, en realidad, una brigada policial sino un grupo formado por personal civil y militar. En aquel caso, prevalecería la opinión de los civiles, ya que se trataba de aparatos comerciales reconvertidos para usos militares. La cinta magnetofónica de la «caja negra» (que en realidad era de color anaranjado en aquellos aviones) del «Kami-5» la recuperaron en sólo unos minutos, por verdadera suerte. La del «Kami-3» les resultó más difícil de encontrar. En seguida llevaron las cintas al laboratorio de Tokio para su análisis.

Para los militares japoneses, el problema era bastante peliagudo. Acababan de quedarse sin dos de sus preciados diez E-767. Otro, estaba en su hangar, para someterlo a una revisión y aprovechar para instalarle un actualizado programa de radar a su ordenador. O sea que les quedaban siete, por lo que mantener tres en constante movimiento era imposible. Era una cuestión de simple aritmética. Los aparatos necesitaban mantenimiento, descanso y repostar; igual que las tripulaciones. Incluso con nueve aparatos operativos, mantener tres en el aire, tres dispuestos al relevo y tres en mantenimiento, destrozaba a las tripulaciones y a los aparatos. Además, estaba la cuestión de la seguridad en la navegación.

Un miembro del grupo de investigación descubrió el comunicado de la compañía constructora de los 767, y concluyó que afectaba al modelo que los japoneses reconvirtieron para operaciones de reconocimiento militar. De inmediato, borraron los programas del ordenador para el aterrizaje con piloto automático. La primera conclusión lógica, por parte de los civiles del grupo, fue que las tripulaciones, agotadas quizá por sus largos vuelos de patrulla, hicieron caso omiso y utilizaron el piloto automático pese a la advertencia del comunicado. Sus compañeros militares estuvieron tentados a aceptar su versión. Pero había un detalle: a muy pocos aviadores les gustaba fiarse del piloto automático para el aterrizaje, y los pilotos militares eran los menos inclinados a poner sus vidas en manos de microchips y programas de ordenador. Además, el cuerpo del piloto del «Kami-3» lo encontraron con la mano aferrada a la palanca de control. Y aunque no tuviera mucho sentido, el dato estaba ahí. Un fallo del software, quizá; un fallo informático; una estúpida e irritante manera de perder dos aparatos tan valiosos, aunque en la era de los vuelos computerizados no faltasen precedentes. De momento, la realidad era que sólo podían mantener una patrulla de dos aviones, aunque con un tercero dispuesto a despegar en cuanto recibiese la orden.

Los satélites del Servicio de Espionaje Electrónico revelaban que, de momento, la patrulla de la defensa aérea japonesa seguía con tres aparatos E-767. Visiblemente nerviosos, los técnicos del Servicio de Inteligencia de las Fuerzas Aéreas y del Departamento de Seguridad Nacional se preguntaban si acaso las Fuerzas Aéreas japonesas se proponían desafiar a todas las normas de la operatividad militar aérea. Miraron sus relojes y comprendieron que hasta dentro de seis horas no podían sacar tales conclusiones. Entretanto, los satélites seguirían con su misión de rastreo y transmisión de datos.

Jackson estaba concentrado en las informaciones de otro satélite. Según sus datos, había cuarenta y ocho cazas en Saipan y sesenta y cuatro en la antigua base de las Fuerzas Aéreas norteamericanas de Andersen, en la isla de Guam. Sus dos amplias pistas y los enormes silos, para el almacenamiento de depósitos de combustible y otros suministros, no podían haberles venido mejor a aquellos aparatos.

Las islas distaban 1 600 km entre sí. También debía tener en cuenta otras instalaciones auxiliares dispersas, construidas por las Fuerzas Aéreas durante la «guerra fría». El ahora cerrado aeródromo norte de Guam tenía dos pistas paralelas, ambas utilizables, aparte de que el aeropuerto internacional de Agana estaba en el centro de la isla. En el archipiélago había otro aeropuerto comercial, además del de Saipan y de su aeródromo de Kobler, y una base abandonada en Tinian. Era extraño que los japoneses hubiesen ignorado las instalaciones adicionales (salvo el aeródromo de Kobler). De hecho, la información del satélite mostraba que Tinian no había sido ocupada o, por lo menos, en las fotografías no se veían vehículos militares. Algunas fuerzas ligeras tenía que haber allí, se decía el almirante Jackson, probablemente avitualladas por helicóptero desde Saipan, ya que sólo un estrecho canal separaba las dos islas.

La principal preocupación del almirante eran aquellos 112 cazas. Los apoyarían los aparatos de reconocimiento E-2, aparte de los helicópteros que los ejércitos llevaban

LIbrodot

dondequiera que fuesen. F-15 y F-3 apoyados por baterías de misiles SAM. Era mucha tela para un portaaviones, pese a las ideas de Bud Sánchez para hacer de él una unidad más formidable de lo que ya era. Con todo, la clave no estaba en luchar contra las armas del enemigo, sino contra su mente, una constante de la guerra tan a menudo olvidada como resucitada a lo largo de los siglos.

A Clark le sorprendió que la policía no volviese. Quizá hubiesen encontrado útiles las fotos, aunque no era probable. En cualquier caso, no se quedaron merodeando por allí para averiguarlo.

De nuevo en su coche de alquiler, le echaron un último vistazo al chamuscado lugar contiguo a la pista, justo en el momento en que el primero de los tres aparatos de reconocimiento aterrizaba en la base con toda normalidad, ante el alivio general.

Clark tomó buena nota de que una hora antes despegaron dos de los tres atípicos E-767. Clara muestra, confiaba él, de que su espantosa misión había surtido efecto. Era un hecho confirmado ya por los satélites, lo que equivalía a la luz verde para otra misión sobre cuyo objeto ninguno de los dos agentes sabía una palabra.

Resultaba difícil dar crédito a lo ocurrido. Los periódicos en lengua inglesa que compraron en el vestíbulo del hotel a la hora de desayunar publicaban en sus portadas unas noticias no muy distintas de las que leyeron el día de su llegada a Japón. Había dos artículos sobre las Marianas y dos notas de Washington. El resto de las portadas las dedicaban a temas económicos, aparte de la columna editorial acerca de lo deseable que era el restablecimiento de la normalidad en las relaciones con los Estados Unidos, aun al precio de razonables contrapartidas en la mesa de negociaciones.

Quizá la realidad de la situación fuese demasiado extraña para que la gente la aceptase, aunque esto se debía, en gran medida, al férreo control de las informaciones. Así, por ejemplo, seguían sin decir una palabra de los misiles nucleares que tenían camuflados. Quien hubiese detrás debía de ser muy listo o muy loco (o acaso ambas cosas, según fuese el resultado final).

John y Chávez llegaron a la conclusión de que aquello no tenía el menor sentido, aunque de poco consuelo pudiera servirles a las familias de las víctimas de ambos bandos. Incluso en la enloquecida guerra por las Malvinas hubo la consabida retórica para enardecer a las masas. Ahora, en cambio, parecía que hubiesen vuelto a escribir Von Kriege de Clausewitz, para decir que la guerra era una prolongación de la economía y no de la política; y que el mundo de los negocios, por más que despiadado, era una actividad mucho más civilizada que la que se desplegaba en la escena política.

Lo inequívoco era la locura que veía ante él. Las carreteras iban atestadas de vehículos que transportaban a sus dueños a sus rutinarias ocupaciones. Al pasar, miraban de reojo el siniestro de su base aérea. En un mundo que parecía vuelto del revés, el ciudadano medio se aferraba a la realidad conocida. Dejaba lo que no entendía a otros, quienes, a su vez, se preguntaban por qué nadie reparaba en lo que ocurría.

Y allí estaba él, se decía Clark, un espía extranjero, bajo la tapadera de ciudadano de un tercer país. Realizaba actividades que contravenían los Protocolos de Ginebra, que comprometían a unas guerras civilizadas (¿cabía mayor contradicción en los términos?). Hacía apenas doce horas ayudó a matar a cincuenta personas y, sin embargo, iba en un coche de alquiler de regreso a la capital del enemigo, sin otra preocupación inmediata que no invadir el carril contrario; evitar la colisión con unos automovilistas cuya única obsesión era que, si dejabas más de tres metros de distancia con el coche de delante, es que no seguías adecuadamente el flujo del tráfico.

Todo cambió a tres manzanas de su hotel, al reparar Ding en un coche aparcado en dirección contraria, con el retrovisor del lado contiguo al del conductor vuelto boca abajo. Era la señal de que Kimura necesitaba contacto urgente. Una señal que se les antojó confirmación

de que todo aquello no era una pesadilla. Sus vidas volvían a estar en peligro. Por lo menos eso era real.

Las operaciones de vuelo comenzaron justo después de amanecer. Dos escuadrillas completas de Tomcats F-14 y cuatro de Hornets FIA-18 estaban en la cubierta, junto a cuatro aparatos de reconocimiento Hawkeye E-3C.

Los aparatos de apoyo seguían en la base de Midway. La fuerza de intervención del único portaaviones disponible utilizaría, de momento -en su travesía hacia el oeste-, las instalaciones auxiliares de las islas del Pacífico.

La primera orden que recibió el ala aérea fue realizar ejercicios de reabastecimiento de combustible, en pleno vuelo, con los aviones nodriza, que seguirían también a la flota.

Cuando hubieron dejado atrás Midway despegó una patrulla de cuatro aparatos, aunque sin el habitual apoyo de un Hawkeye. Los E-3C hacían mucho ruido electrónico, y la principal misión del disminuido grupo de combate era mantenerse «invisible», aunque en el caso del Johnnie Reb eso significase hacer invisible algo del tamaño de un islote.

Sánchez estaba en la sala de mandos. Su labor consistía en de-cantar lo que a priori era un combate muy igualado. La idea de una lucha leal le era tan ajena como a cualquier otro que vistiese uniforme. No había más que darse una vuelta por el barco. Conocía a los que estaban en sus puestos. Y no conocía a los aviadores de las islas. Eso era lo único que le importaba. Serían seres humanos. Tendrían esposa, hijos, casa, coche y todo aquello que tenían también quienes vestían el uniforme caqui de la Armada, pero a Bud Sánchez eso le tenía sin cuidado. No se permitía tan peliculeras reflexiones, como no se habría permitido malgastar munición con los paracaidistas (blancos demasiado difíciles de acertar). Lo que tenía que hacer era destrozar sus aparatos, y en la era de los misiles eso significaba que, las más de las veces, el piloto no tenía tiempo de utilizar su asiento eyectable. Por suerte, la moderna era significaba, también, que no veía uno al enemigo más que como un puntito en una pantalla, que el programa del ordenador debía inscribir en un círculo. Esto facilitaba mucho las cosas, y si asomaba un paracaídas de la calamidad, pues bueno, no le importaba concederle el rango de prisionero, en cuanto fuese ya incapaz de ametrallar a ninguno de sus hombres.

-Koga ha desaparecido -les dijo Kimura en un tono apremiante, pálido como la cera.

-¿Lo han detenido? -preguntó Clark.

-No lo sé. ¿No tenemos a nadie dentro de la organización de ustedes?

-¿Sabe lo que hacemos con los traidores? -le espetó John, consciente de que Kimura lo sabía tan bien como todos-. Mi país confía en él. Vamos a averiguar qué ocurre de inmediato. Y, ahora, márchese.

Chávez no abrió la boca hasta que no lo vio alejarse.

-¿Una delación? -le preguntó luego a John.

-Posiblemente. También es posible que los tipos que mueven todo esto no quieran ninguna clase de oposición que les joda el invento.

Me estoy convirtiendo en todo un analista político, se dijo John. No era tan sorprendente. Al fin y al cabo, era un conspicuo periodista de la Agencia de Noticias Interfax, ¿verdad?

-¿Qué te parece si hiciésemos una visita a nuestra Embajada, Yevgeniti?

Scherenko se disponía a acudir a una cita, cuando aparecieron los dos en la puerta de su despacho. Tenía narices la cosa, se dijo. Dos agentes de la CIA entraban en la Embajada rusa para entrevistarse con el Servicio Secreto ruso. A ver por qué razón.

-¿Qué es lo que ocurre? -preguntó.

-Koga se ha esfumado -contestó Clark.

El comandante Scherenko se sentó e invitó a sus visitantes a que hiciesen lo propio en su despacho. ¿Les decía también que cerrasen la puerta, o ya se les ocurriría a ellos?

-¿Se ha tratado de algo fortuito o es que ha habido una delación? -preguntó Clark.

-Dudo que sea cosa del contraespionaje japonés. Aunque la orden la hubiese dado el propio Goto. Tiene demasiadas implicaciones políticas, y ninguna prueba evidente que lo justifique. La situación política aquí es... ¿Hasta qué punto la conocen ustedes?

-Ilústrenos –dijo Clark.

-En el gobierno reina la confusión. Goto lo controla, pero no informa a todos debidamente. Su coalición sigue frágil. A Koga se le respeta mucho; demasiado, para que puedan detenerlo... oficialmente.

Eso creo, por lo menos, se abstuvo de añadir Scherenko. Lo que dos semanas antes habría afirmado con rotundidad, resultaba ahora mucho más aventurado.

Los americanos, en cambio, sí le encontraban sentido. Clark reflexionó unos instantes antes de proseguir.

-Convendría que sondease usted a fondo, Boris Ylich. Tanto ustedes como nosotros necesitamos a Koga.

-¿Lo han captado para ustedes? -preguntó el ruso.

-No, en absoluto. Le dijimos que se comportase como lo haría normalmente... y, además, nos cree rusos. Yo no tenía más instrucciones que las de sondearlo. Tratar de manipular a un hombre como él es demasiado peligroso. Puede darle un arranque de patriotismo en cualquier momento, y mandarnos a tomar por el culo. Con gente así es mejor dejar que hagan lo conveniente, pero por propia iniciativa.

Scherenko se dijo que, en efecto, así lo pintaban los informes que tenían sobre él en la sede del SSR. Estaba visto que Clark tenía la típica intuición de los activistas del espionaje. Con todo, se limitó a asentir con la cabeza y dejó que Clark continuase.

-Si tiene usted controlado al contraespionaje japonés, necesitamos averiguar inmediatamente si tienen detenido a Koga.

-¿Y si así fuese?

-Tendría usted que decidir si pueden liberarlo -dijo Clark encogiéndose de hombros-. Esa parte de la operación correría de su cuenta. No puedo pedírselo. Si son otros quienes lo retienen, entonces podríamos intervenir nosotros.

-Necesito hablar con Moscú para eso.

-Lo suponía. No olvide que Koga es nuestra mejor baza para una solución política de este follón. Luego, comuníquelo a Washington.

-Así lo haré -les prometió Scherenko-. Pero necesito hacerles una pregunta: ¿los dos aparatos que se estrellaron anoche...?

Clark y Chávez enfilaban ya hacia la puerta del despacho. Fue Ding quien se dio la vuelta para contestarle.

-Un terrible accidente, ¿verdad?

-Está usted loco -dijo Mogataru Koga.

-Soy un patriota -replicó Raizo Yamata-. Haré que mi país sea de verdad independiente. Haré que Japón vuelva a ser grande.

Se miraban desde lados opuestos de la mesa, en el ático de Yamata. Los guardaespaldas del zaibatsu estaban fuera, vigilando la puerta. Hablaban sin testigos.

-Se ha jugado usted a nuestro más importante aliado y socio comercial. Nos va a llevar a la ruina económica. Ha provocado usted muertes. Ha sobornado a miembros del gobierno y de las Fuerzas Armadas.

Yamata asintió con la cabeza, como si Koga acabase de aludir a unas buenas compras que hubiese tenido la habilidad de hacer.

-Hai, he hecho todo eso; y no ha sido difícil. ¿De verdad cree usted, Koga, que es difícil conseguir que los políticos hagan lo que uno quiere?

-¿Y sus amigos? ¿Matsuda y el resto?

-Todo el mundo necesita orientación de vez en cuando -dijo Yamata, que se abstuvo de matizar: casi todo el mundo-. Cuando el conflicto termine, tendremos una economía plenamente integrada; dos firmes y poderosos aliados, y, con el tiempo, recuperaremos los mercados, porque el resto del mundo nos necesita.

¿Cómo era posible que un político como él no lo viese? ¿Cómo era posible que no lo comprendiese?

-Tan mal conoce usted a los Estados Unidos? Nuestro actual contencioso empezó porque una familia resultó quemada viva. Ellos no son como nosotros. Piensan de otra manera. Su religión es distinta. Tienen la cultura más violenta del mundo y, sin embargo, adoran la justicia. Veneran hacer dinero, pero sus raíces están en los ideales. ¿No lo comprende usted? ¡No tolerarán lo que usted ha hecho! Y sus planes respecto de Rusia... ¿De verdad cree usted que...?

-¿Con la ayuda de China? -lo atajó Yamata sonriente-. Entre los dos podemos dar cuenta de Rusia.

-¿Y cree usted que China seguirá como nuestro aliado? -preguntó Koga-. Matamos a veinte millones de chinos en la segunda guerra mundial, y sus líderes políticos no lo han olvidado.

-Nos necesitan. Saben que nos necesitan. Y juntos...

-Yamata-san -le dijo Koga sin alterarse, sin perder los modales, de acuerdo a su talante-. No entiende usted la política tan bien como entiende los negocios. Esto será su fin.

-Y la traición el suyo -le replicó Yamata-. Sé que tiene usted contactos con los americanos.

-En absoluto. Hace semanas que no hablo con ningún ciudadano americano.

Una respuesta indignada no hubiese sido tan eficaz como el hecho puro y simple.

-Aunque así sea, será usted mi huésped, por el momento -le dijo Raizo-. Y ya veremos lo ignorante que soy en materia política. Dentro de dos años, seré primer ministro, Koga-san. Dentro de dos años seremos una superpotencia.

Yamata se levantó. Su apartamento ocupaba todo el ático de un edificio de cuarenta plantas, y la vista del Olympian le encantaba. Se acercó hasta sus enormes ventanales, que llegaban del suelo al techo, como si le pasase revista a la que pronto sería su capital. Qué lástima que Koga no comprendiese cómo funcionaban de verdad las cosas. En fin, por lo pronto, cogería el avión y volvería a Saipan para empezar su escalada política.

El zaibatsu se dio la vuelta y miró a Koga.

-Ya lo verá. Por el momento será mi huésped, tal como le he dicho. Compórtese y recibirá buen trato. Si intenta escapar, lo encontrarán hecho pedazos en cualquier vía férrea, con una nota en la que se excusa por sus fracasos políticos.

-No le daré esa satisfacción -le replicó con frialdad el ex primer ministro.

40. Presas y jaurías

Scherenko se proponía acudir a la reunión, pero un asunto más urgente se lo impidió. Y no vino mal.

El mensaje, que les entregaron en un disquete, procedía de su principal agente infiltrado: el subdirector del contraespionaje japonés. Al margen de los hábitos personales de aquel hombre, era un perspicaz observador político, aunque algo prolijo en sus informes y valoraciones. A los militares japoneses, decía, no les disgustaba lo más mínimo la inmediata perspectiva.

Frustrados durante años por la etiqueta de «fuerzas de autodefensa», relegados ante la opinión pública al papel de adversarios de Godzilla y de otros monstruos igualmente inverosímiles (para su desdicha, las más de las veces), se consideraban depositarios de una orgullosa tradición bélica. Ahora, al fin, con un liderazgo político digno de su temple, el Alto Mando se frotaba las manos ante la oportunidad de demostrar de lo que eran capaces. Casi todos los militares de mayor graduación se formaron en academias militares norteamericanas,

y no tenían el menor empacho en decir, ante los que quisieran oírlos, que podían vencer y vencerían en aquel limitado conflicto (aparte de que, como añadía el subdirector del contraespionaje japonés, creían una excelente oportunidad para conquistar Siberia).

Esta valoración y el informe de los dos activistas de la CIA fueron comunicados de inmediato a Moscú.

De manera que existían disensiones en el seno del gobierno japonés y, por lo menos en uno de sus órganos, se veían las cosas con claridad. Era un consuelo para Rusia, aunque Scherenko recordaba bien que un oficial del Servicio Secreto alemán, llamado Canaris, hizo poco más o menos lo mismo en 1939 y fracasó estrepitosamente. Era una lección histórica que procuraría no echar en saco roto.

Lo crucial en las guerras era evitar su extensión. Scherenko no comulgaba con la idea de que la diplomacia sirviese para evitar que estallasen. Lo que sí creía era que unos buenos servicios de inteligencia y una decidida acción podían evitar que las guerras fuesen demasiado lejos... si tenía uno la voluntad política de adoptar las medidas adecuadas. Que en aquellos momentos correspondiese a los americanos mostrar esa voluntad, era lo que de verdad lo preocupaba.

-Se bautizó Operación ZORRO, señor presidente -dijo Jackson a la vez que abría el dossier que incluía el primer mapa.

Se hallaban presentes en la estancia los ministros de Defensa y de Exteriores, además de Ryan y de Arnie van Damm. Los dos ministros se sentían incómodos, aunque no más que el adjunto de Operaciones de la JUJEM. Ryan le indicó con la cabeza que prosiguiera.

-La misión tiene por objeto desarticular la dirección del enemigo, a base de apuntar de manera precisa a aquellos que...

-¿Quiere decir asesinarlos? -preguntó Brett Hanson, sorprendido al ver que el ministro de Defensa lo oía impasible.

-Señor ministro, no queremos causar daño a su población civil. Eso significa que no podemos atacar a su economía. No podemos hundir los puentes de sus ciudades. Sus fuerzas armadas están demasiado descentralizadas, en acantonamientos...

-No podemos hacer una cosa así -lo interrumpió de nuevo Hanson.

-Señor ministro -dijo Ryan sin alterarse-, ¿podemos, como mínimo, oír cuál es el plan, antes de decidir lo que debamos o no debamos hacer?

Hanson asintió a regañadientes y Jackson prosiguió con su informe.

-Nos encajan bastante las piezas. Hemos eliminado dos de sus aparatos de reconocimiento...

-¿Cuándo? ¿Cómo se ha hecho?

-Anoche -contestó Ryan-. El cómo no le incumbe, señor.

-¿Por orden de quién? -preguntó el presidente.

-Mía, señor. Se ha hecho con garantías y ha salido perfecto. Durling se limitó a mirarlo a modo de respuesta. Su expresión era elocuente: se ha pasado usted otra vez de la raya, Ryan.

-¿Cuántos muertos? -preguntó el ministro de Exteriores.

-Unos cincuenta; es decir, unos doscientos menos que los que ellos nos causaron, señor ministro.

-Mire usted: podemos convencerlos para que abandonen las islas si nos concedemos un tiempo prudencial -dijo Hanson, con lo que de hecho se entabló una discusión a dos, mientras los demás observaban.

-No es eso lo que dice Adler.

-Pues Chris Cook opina que sí, y tiene a un hombre en la delegación japonesa.

Durling los miraba impasible. Como tantas otras veces, dejaba que los miembros de su gabinete (que sus cuadros, que era como él los veía) discutiesen los temas importantes. En tanto que presidente, él se planteaba otras cuestiones.

La política mostraba de nuevo su peor rostro. Si no sabía reaccionar con eficacia ante aquella crisis, tendría que marcharse. Sería entonces otro quien asumiese la presidencia. Ese otro se encontraría, al año siguiente, lo más tardar, con una crisis más profunda. Y lo que era aún peor: si las valoraciones del Servicio de Inteligencia ruso eran correctas, y si Japón y China invadían Siberia en el inminente otoño, estallaría entonces una crisis de mayores proporciones en pleno período electoral. Esto constituiría un serio obstáculo para que su país pudiese afrontarla. Todo se politizaría, con una economía convaleciente de un déficit comercial de cien mil millones de dólares.

-Si no reaccionamos ahora, señor ministro, no quiero ni imaginar hasta dónde pueden llegar las cosas -dijo Ryan.

-Podríamos solucionarlo por la vía diplomática -persistió Hanson.

-¿Y si no resulta? -preguntó Durling.

-Entonces sí sería el momento de pensar en una acción militar proporcionada -dijo el ministro de Exteriores con una confianza que el de Defensa no compartía.

-¿Tiene usted algo más que añadir? -le preguntó el presidente.

-Habrá de pasar mucho tiempo... años, antes de que podamos recomponer unas fuerzas armadas capaces...

-No disponemos de años -lo atajó Ryan.

-No. Eso me parece a mí también -terció Durling-. ¿Cree usted que su plan resultará, almirante?

-Creo que sí, señor. Hemos de contar con algo de suerte para conseguirlo, pero anoche les asestamos un gran golpe.

-Carecemos del potencial necesario para garantizar el éxito -dijo el ministro de Defensa-. El comandante de las fuerzas de intervención acaba de enviar su informe y...

-Lo he visto -dijo Jackson sin poder ocultar del todo la inquietud que el realismo del informe le producía-, pero conozco al comandante del ala aérea, Bud Sánchez. Desde hace muchos años. Y si él dice que puede conseguirlo, es que puede. No se deje usted impresionar por las cifras, señor presidente. No se trata sólo de números. Se trata de una guerra, y nosotros tenemos más experiencia que ellos. Se trata, también, de psicología, de imponer nuestras bazas. Antes se requerían enormes contingentes para minar la capacidad de lucha del enemigo, para coordinar y mandar las fuerzas. Cierto. Hace cincuenta años así era. En la actualidad, en cambio, los objetivos materiales son muy pequeños. Si puede uno abatir esos pequeños objetivos, se consigue lo mismo que lo que antes exigía un millón de hombres.

-Se trata de un asesinato a sangre fría -le espetó Hanson-. Eso es lo que es, y no otra cosa.

-Sí, señor -admitió Jackson mirándolo-. Eso es exactamente lo que es una guerra. Sólo que, así, no nos cargaremos a ningún pobre desgraciado de diecinueve años que se alistó porque le gustaba el uniforme. A quien vamos a matar es al cabrón que lo envía a la muerte y cuyo nombre ni siquiera conoce. Con el debido respeto, señor, permítame que le diga que yo he matado, y sé muy bien lo que se siente. Y, por una vez, me gustaría freír a quien da las órdenes en lugar de a los pobres desgraciados que se ven obligados a cumplirlas.

Durling estuvo a punto de sonreír al recordar parecidas elucubraciones -e incluso un anuncio de TV que vio una vez- sobre lo distintas que serían las cosas si el presidente de un país y sus ministros que mandaban a sus hombres al frente tuviesen que ir ellos personalmente.

-A pesar de todo, no podrá evitar que mueran muchos jóvenes -dijo Durling.

El almirante Jackson se sobrepuso para contener su indignación antes de contestarle al presidente.

-Lo sé, señor, pero, con suerte, serán muchos menos.

-¿Cuándo necesita usted conocer mi decisión?

-En este momento todo nos encaja. Podríamos iniciar la operación en menos de cinco horas. Luego, la luz del día nos obstaculizará. Habríamos de esperar veinticuatro horas.

-Gracias, almirante Jackson. ¿Podrían excusarme unos minutos? Al ver que enfilaban hacia la puerta, Durling lo pensó mejor.

-¿Podría quedarse usted un minuto, Jack?

Ryan dio media vuelta y volvió a sentarse.

-Había que hacerlo, señor. Si queremos eliminar esas armas nucleares, no había más remedio que...

-Lo sé -dijo el presidente mirando hacia la mesa, llena de informes, de mapas y de cartas de navegación.

Allí estaban los planes de combate. Lo único que le habían ahorrado era el cálculo de las probables bajas, quizá a sugerencia de Ryan.

-Además, señor presidente, hay otra cuestión -dijo Ryan al oír que se cerraba la puerta-. El ex primer ministro Koga está detenido. Aunque lo único que sabemos, a ciencia cierta, es que ha desaparecido.

-¿Y qué significación le atribuye usted? ¿Por qué no lo ha dicho antes?

-La detención ha tenido lugar, señor presidente, menos de veinticuatro horas después de que yo le dijese a Scott Adler que habíamos contactado con Koga. Ni siquiera le dije quién había establecido el contacto con él. Ha podido ser una coincidencia, desde luego. Cabe que Goto y su amo no quieran que nadie les alborote el gallinero político mientras ellos siguen con su plan. Pero también podría tratarse de una filtración.

-¿Quién está al corriente?

-Ed y Mary Pat, de la CIA. Yo. Usted. Scott Adler y a quien él se lo haya dicho.

-Pero no podemos estar seguros de que se trate de una filtración.

-Cierto, señor. Aunque es más que probable.

-Dejémoslo correr, de momento. ¿Qué ocurriría si no hacemos nada?

-Tenemos que hacer algo, señor. De lo contrario, podemos encontrarnos con una guerra entre Rusia, por un lado, y China y Japón, por el otro. Sabe Dios en qué situación nos veríamos entonces. La CIA sigue con sus análisis de prospectiva, aunque dudo que no fuese una guerra nuclear. La Operación ZORRO puede que no sea como para vanagloriarse, pero es nuestra mejor baza. Las cuestiones diplomáticas quedan en un segundo plano. Es mucho más lo que nos jugamos. Si liquidamos a los individuos que originaron el conflicto, podríamos conseguir que caiga el gobierno de Goto. Y a partir de ahí, retomar en buena medida el control de la situación.

Lo más curioso, pensaba Durling, era la contraposición de posturas igualmente moderadas. Hanson y el ministro de Defensa adoptaban la clásica actitud diplomática: darse tiempo para asegurarse de que no había posibilidad de solucionar la crisis por medios pacíficos. No obstante, si la diplomacia fracasaba, se le abría la puerta a un conflicto mucho más grave y sangriento. Ryan y Jackson, por su parte, querían recurrir a la violencia de inmediato, porque confiaban en evitar así una guerra más sangrienta. Lo jodido era que ambas partes podían estar igualmente equivocadas o acertadas. Sólo los libros de Historia que se escribiesen dentro de veinte años tendrán la solución.

-Si el plan no resulta...

-Habremos llevado a la muerte a varios de nuestros hombres por nada -confesó honestamente Ryan-. Y habrá de pagar usted un alto precio por ello, señor.

-¿Qué puede decirme del comandante? Me refiero a quien tiene bajo su mando el grupo de combate del portaaviones. ¿Qué tal es?

-Podría vacilar, en cuyo caso todo se vendría abajo.

-Sustitúyalo -le ordenó el presidente-. La operación queda aprobada.

Faltaba por tratar un asunto. Ryan informó cumplidamente al presidente sobre él, antes de salir del despacho y hacer varias llamadas.

La misión perfecta para las Fuerzas Aéreas, gustaban de decir quienes vestían el uniforme azul, era aquella mandada por un simple capitán. Aquélla iría al mando de un coronel de Operaciones Especiales, pero, por lo menos, era un hombre a quien acababan de saltarse en el escalafón de ascenso al generalato. Esto había provocado que sus hombres estuviesen aún más con él, porque sabían cuál era la razón de que no fuese ya general. Los de Operaciones Especiales, sencillamente, no encajaban con la idealizada imagen de los altos mandos. Eran... demasiado especiales.

Las instrucciones finales para la misión se dieron de acuerdo a los datos enviados, «en directo», por el enlace de los satélites de Fort Meade, en Maryland, a Verino. Los americanos no podían evitar sentir cierta aprensión al saber que los rusos se enteraban de la capacidad americana para reunir y analizar datos electrónicos vía satélite, y por otros medios. Porque, en definitiva, tal capacidad se desarrolló para ser utilizada contra ellos.

Se fijó con gran exactitud la posición de los dos E-767 operativos. Los datos visuales aportados por los satélites reflejaban el número de cazas (por lo menos de aquellos que no estuviesen a cubierto). En su última pasada, el KH-12 contó los aparatos que había en el aire y de-terminó sus posiciones.

El coronel que iba al mando del destacamento les explicó las vías de penetración que estudió con su tripulación. Aunque había varios problemas preocupantes, los dos jóvenes capitanes que pilotarían el transporte C-17A se limitaron a seguir mascando chicle y asintieron con la cabeza en señal de aprobación. Él incluso se permitió bromear. Dijo que ya era hora de que los «basureros» (término que los pilotos de los transportes se aplicaban en «atención» a lo que tenían que recoger) se hiciesen respetar.

Los rusos tenían también que jugar un papel. Desde la base de Vuzhno-Sakalinsk, al sur de la península de Kamchatka, despegaron ocho MIG-31 de intercepción. Realizarían ejercicios de defensa aérea, acompañados por un Iliuchin-86 de reconocimiento, con radar volante de alerta rápida. Cuatro cazas Sukhoi despegaron, diez minutos después, desde Sokol para hacer el papel de atacantes. Los Sukhois, que llevaban depósitos para larga autonomía de vuelo, se dirigieron hacia el sureste y permanecieron a prudente distancia del espacio aéreo japonés. Los técnicos de los dos E-767 japoneses lo interpretaron como lo que eran: unos típicos y elegantes ejercicios de las Fuerzas Aéreas rusas. Sin embargo, eran aviones de combate, y no les quitaron ojo. Encaraban el pasillo más lógico que podía seguir la aviación americana, como tan recientemente hicieron los B-1B, para tantear sus defensas aéreas. Esto hizo que los dos E-767 se desviasen hacia el norte y el este respectivamente y, con ellos, su escolta de cazas. Estuvieron a punto de hacer despegar a los otros E-767 que tenían en reserva, pero el comandante de la dotación de tierra de la defensa aérea decidió, sensatamente, que se limitasen a redoblar el estado de alerta.

El C-17A Globemaster-III era el más moderno, y más caro transporte aéreo que logró hacerse un hueco en la logística dentro del presupuesto del Pentágono. Cualquiera que estuviese familiarizado con la pesadilla de la elaboración de presupuestos habría preferido gastarse el dinero en bombarderos. Porque, cuando menos, se daba por supuesto que una misión de bombardeo tendría un cierto grado de eficacia, mientras que el aparato logístico se les antojaba a muchos como algo inútil. Que así no fuese, era una especie de tributo a la ingenuidad de quienes se dedicaban a defenderlo. El caso es que no se reparó en gastos -que excedieron lo presupuestado, al no incluir inicialmente el presupuesto algunos de sus instrumentos de a bordo-. El caso era que ahora disponían de un «basurero» con pretensiones de ferocidad.

El aparato en cuestión despegó poco después de la medianoche, hora local, rumbo sur-suroeste, como si fuese un vuelo civil que se dirigía a Vladivostok. Poco antes de llegar a esta ciudad, lo repostó un nodriza KC-135 (ya que el sistema ruso de reabastecimiento de combustible en vuelo no era compatible con los aparatos americanos) y dejó el continente asiático, rumbo sur, exactamente sobre el meridiano 132.

El Globemaster era el primer transporte aéreo concebido para que realizase operaciones especiales. Su normal tripulación de vuelo, de sólo dos pilotos, se complementó con dos «observadores» con sus correspondientes consolas. En este caso, se trataba de dos oficiales expertos en combate electrónico, que se dedicaron a incorporar a la memoria de sus ordenadores las coordenadas de las instalaciones de radar antiaéreas que sembraban las costas rusa, china, coreana y japonesa, y orientando a los pilotos para que eludiesen la detección. Esto no tardó en obligarlos a descender y a virar hacia el este.

-¿A que es fantástico? -le dijo el sargento primero Vega a su comandante.

Los rangers iban sentados en asientos abatibles del compartimento destinado a la carga. Llevaban uniforme de campaña y toda la impedimenta. Con tanto peso, parecían patos mareados al embarcar, una hora antes, bajo la atenta mirada de un suboficial.

En la comunidad aerotransportada del Ejército circulaba el rumor de que las Fuerzas Aéreas concedían una prima especial a los pilotos si hacían vomitar a los pasajeros, aunque en aquella ocasión no tendrían queja.

Estaban a punto de abordar la parte más peligrosa de la operación. Era significativo que los aviadores no se fiasen demasiado de los paracaídas. Se decían que de poco les iban a servir a ellos si se encontraban con un caza enemigo mientras saltaban los paracaidistas.

El capitán Checa miró a sus hombres y asintió con la cabeza. Hubiese preferido estar en tierra, la verdad, que era el lugar de la Infantería, en lugar de estar allí cual indefenso feto en el útero de una discotequera.

Por delante iba el aparato de reconocimiento, que no dejaba de enviar datos. La pantalla del monitor mostraba el gráfico de todas las instalaciones de radar de la costa occidental japonesa, almacenado en la memoria del ordenador. No fue difícil introducir la información, ya que la mayoría de aquellas instalaciones las construyeron los norteamericanos a lo largo de dos generaciones, cuando Japón era como una inmensa base americana contra la Unión Soviética que, por lo mismo, podía ser atacada. Los radares habían sido modernizados desde entonces, pero era imposible atar todos los cabos. Los americanos ya contaban de antemano con esta carencia, y encomendaron a los satélites espía una última comprobación la semana anterior.

El aparato se dirigía ahora al sureste. Volaba a unos setenta metros sobre la superficie del mar, a 630 km/h, la velocidad máxima posible a aquella altura. Esto significaba un vuelo muy movidito que los pilotos no notaban, pero sí los demás. El piloto llevaba las clásicas gafas oscuras de los aviadores. Miraba continuamente a uno y otro lado mientras la copiloto se concentraba en los instrumentos. Ella disponía en su tablero de una pantalla de gráficos, similar a la de las cabinas de los cazas. Le proporcionaba lecturas de la brújula, altura, altitud, velocidad del aire, y una tenue línea de color verde que representaba el horizonte, cuya intensidad variaba según la fase de la luna y el estado de las nubes.

-Detecto señales de aparatos que vuelan muy alto por el este -dijo el piloto, que pensó que debían de ser aviones de líneas regulares-. No detecto nada más.

La copiloto le echó otro vistazo a su pantalla. Las coordenadas del radar aparecían de acuerdo a lo programado. Seguían un estrechísimo pasillo aéreo, representado por un trazo negro flanqueado de espigas rojas y amarillas, que representaban zonas cubiertas por radares de la defensa antiaérea. Cuanto más bajo volaban, más se ensanchaba el trazo negro, pero ya no podían volar más bajo sin apurar los límites de seguridad.

-Estamos a ochenta kilómetros de la costa.

-Recibido -dijo el piloto-. ¿Qué tal va? -añadió.

Las penetraciones a baja altura sometían a una gran tensión a todos, aunque la maniobra la realizase un piloto automático dirigido por un ordenador.

-Bien -repuso ella.

No era del todo cierto, pero era lo que tenía que contestar. La parte más peligrosa de la misión era inminente, en cuanto dejasen atrás la instalación de radar de la loma de Aikawa. El punto más débil del perímetro defensivo japonés, a baja altura, era la brecha que quedaba

entre un extenso cabo y una isla. Los radares de uno y otro lado cubrían casi 120 km de la brecha, pero eran viejos, de los años 70, y no habían sido modernizados desde la caída del régimen comunista de Corea del Norte.

-Más bajo -añadió la copiloto al cabo de unos instantes, a la vez que regulaba el control de altura del piloto automático a veintitrés metros.

Teóricamente, podían sobrevolar sin peligro una superficie plana a quince metros, pero el aparato llevaba mucha velocidad e iba muy cargado. La copiloto tenía la mano apoyada en la palanca de control, otro espejismo que les hacía pensar que aquello era como un caza. Nada más que viese una simple barquita de pesca, tendría que hacer que el aparato ganase altura, no fuesen a llevarse por delante el mástil de cualquiera.

-Costa a ocho kilómetros -dijo uno de los oficiales especialistas en combate electrónico-. Recomiendo virar a estribor, uno-seis-cinco.

-Viro a estribor.

El aparato giró, picando ligeramente el ala.

Había muy pocas ventanillas en el compartimento de carga. Al sargento primero Vega le tocó una. Vio que la punta del ala del transporte apuntaba a un negro rodal de agua, salpicado de cabrillas. Desvió la mirada hacia dentro al verlo. Daba sensación de impotencia. Porque... como rozase la punta y empezasen a dar volteretas, no le iba a dar tiempo ni de enterarse. Eso, por lo menos, le dijeron en una ocasión.

-Encaro la costa -dijo el piloto, que vio el resplandor de las luces a través de sus gafas-. A ver qué tal se porta este avión mío.

-Nuestro avión -lo corrigió la copiloto, que abría y cerraba nerviosamente los puños y contenía el aliento.

Cruzaron la costa entre Omi e Ichifuri. En cuanto el piloto vio tierra, empezó a ganar altura. El sistema automático de evitación de obstáculos tenía tres modalidades. El piloto seleccionó la modalidad «Max», que zarandeaba el aparato a base de bien, y más aún a los pasajeros, aunque, en fin, todo fuese por la seguridad.

-¿Y sus aparatos de reconocimiento? -le preguntó el técnico de la consola.

-He captado señal de uno de ellos, al este, pero muy débil. Si sobrevolamos la zona boscosa no hay peligro.

-Ya podéis ir sacando las bolsas para vomitar -dijo el suboficial de carga-. Diez minutos.

-Diez minutos -repitió el sargento de las Fuerzas Aéreas que iba a cola.

Justo en aquel momento, el aparato elevó el morro y giró hacia la derecha, bordeando el primer risco. Luego, descendió bruscamente. Era como ir en uno de aquellos endemoniados trastos de los parques de atracciones. Julio Vega recordaba haber jurado que jamás volvería a montar en nada parecido. Era una promesa que había roto muchas veces, sólo que ahora los esperaban abajo metralleta en mano. Y esta vez no eran «narcos» colombianos sino soldados de un ejército profesional.

-¡Dios! Espero que nos concedan por lo menos dos minutos de tranquilidad para salir por la puerta -dijo entre arcadas.

-No te hagas ilusiones -le dijo el capitán Checa, justo un momento antes de utilizar su bolsa, secundado de inmediato por muchos de los rangers.

El truco estaba en volar siempre de manera que los riscos se interpusieran entre ellos y los radares. Esto significaba sobrevolar valles. El Globemaster iba ahora a menor velocidad, a poco más de 400 km/h. Pese a llevar los alerones desplegados y a volar con un sistema de control computerizado, aquello se movía más que los tranvías de San Francisco.

La pantalla del monitor mostraba el corredor montañoso por el que volaban y señales rojas de advertencia para los pilotos. Era el piloto automático el que se encargaba de maniobrar, a Dios gracias, aunque haciéndoles pasar verdadero pánico. Los aviadores nunca confiaban de verdad en aquellos trastos. Tanto él como ella tenían las manos en los controles, casi tentados a accionarlos para llevarle la contraria al ordenador. Sólo los contenía la certeza de que los

misteriosos microchips reaccionaban a una velocidad incomparablemente mayor que los reflejos del más avezado de los pilotos. Veían en las pantallas líneas quebradas de color verde que representaban montañas, sierras, con una pelusilla que representaba la vegetación, que llegaba hasta la cumbre de la mayoría. Casi siempre veían aquellas líneas por encima de la altura a la que volaban... hasta el último segundo, en que el morro se elevaba, les encogía el estómago y volvía luego a descender.

-Ahí está el lugar del lanzamiento. Cinco minutos -dijo el piloto.

-¡En pie todos! -ordenó el sargento que iba a cola.

El transporte volvía a descender. Uno de los rangers estuvo a punto de caer al suelo al levantarse. Se dirigieron hacia la puerta de cola del lado de babor, que ya estaba abierta.

Mientras se ajustaban las anillas, se abrió la compuerta trasera del compartimento de carga. Dos soldados de las Fuerzas Aéreas soltaron los flejes de seguridad de la caja, que iba en el centro de aquel compartimento de carga de venticinco metros de longitud. El Globemaster volvió a equilibrarse y Checa y Vega vieron el umbrío valle que sobrevolaba el aparato, y un elevado pico a su izquierda.

-Ciento setenta metros -dijo el piloto a través del intercomunicador-. Vamos ya.

-El viento es favorable -anunció la copiloto tras comprobar la lectura del ordenador encargado del control de lanzamientos-. Un minuto.

Se encendió la luz verde en la puerta de babor. Con el cinturón de seguridad bien ceñido, el sargento se situó entre la puerta y los rangers. Los miró de reojo.

-Tengan cuidado ahí abajo, ¿entendido?

-Perdone por lo que le he ensuciado -le dijo el capitán Checa al sonriente sargento.

-He limpiado peores cosas -le dijo el suboficial que, además, tenía un asistente a quien cargarle el muerto.

El sargento echó un último vistazo. Los rangers estaban en sus puestos y ninguno obstruía el paso a la caja.

-Despeje la puerta -dijo el piloto.

El sargento se hizo a un lado para que Checa ocupase su lugar. Se sujetó al marco con ambas manos y apoyó el pie izquierdo en el borde.

-Diez segundos -dijo la copiloto.

-Recibido, diez segundos.

El piloto retiró la caperuza de seguridad del interruptor eléctrico y acercó el pulgar.

-Cinco.

-Cinco.

-Tres... dos... uno... ¡Ya!

-¡Carga abajo! -dijo el piloto tras oprimir el botón.

A cola, los rangers vieron cómo la caja se desprendía de los flejes y se deslizaba por la cavernosa compuerta. El peso hizo que durante unos instantes la cola del aparato se venciese, pero en seguida se equilibró. Un segundo después, la luz verde de la puerta de babor empezó a parpadear.

-¡Salte! -gritó el sargento.

El capitán Diego Checa, del Regimiento de Rangers de los Estados Unidos, se convirtió en el primer norteamericano en invadir territorio japonés al lanzarse al vacío. Un segundo después, oyó el clic de la anilla y el paracaídas se abrió. Parecía un enorme paraguas negro de nailon, a poco más de cien metros del suelo. La sacudida, a menudo dolorosa, que se notaba al abrirse el paracaídas fue para él un alivio. Lanzarse desde 170 m hacía del paracaídas de emergencia algo perfectamente inútil. Lo primero que hizo fue alzar la vista hacia su derecha, para ver si los demás habían saltado y cerciorarse de que sus paracaídas se habían abierto. Luego, tendría que mirar hacia abajo y en derredor. Veía perfectamente el claro y estaba seguro de ir a parar dentro del círculo. Pese a ello, tiró de una de las anillas para liberar aire del paracaídas, con la esperanza de caer en el puro centro y aumentar un margen de seguridad, que sería teórico pero muy real en un salto nocturno. Luego, soltó su impedimenta, que cayó a

LIbrodot

cinco metros del límite de seguridad. Pesaba treinta kilos y, al soltarla primero, reducía la violencia de su impacto en el suelo. Porque sólo por verdadera mala suerte podía caer él encima y romper o romperse algo. Por lo demás, no tuvo mucho tiempo para pensar durante su trayecto hasta el fondo del valle que se disponía a acogerlo. Pies juntos, rodillas dobladas, espalda erguida, rodar por el suelo al tocarlo, luego recobrar el aliento tras dar en el suelo. Y bueno, que ya estaba allí de bruces, preguntándose si tendría todos los huesos sanos. Segundos después, oyó los sordos ruidos del aterrizaje del resto del destacamento.

Checa tardó dos o tres segundos en concluir que no se había roto nada y luego se levantó, se desprendió el paracaídas y se apresuró a enrollarlo. Después, volvió al centro del círculo, se puso las gafas y reunió a sus hombres.

-¿Están todos bien?

-Buen salto, señor -dijo Vega, que fue el primero en aparecer seguido de otros dos. El resto iban algo más rezagados con sus negros paracaídas enrollados bajo el brazo.

-Y ahora a la labor, rangers.

El Globemaster siguió rumbo sur. Casi rozó el agua al doblar por el oeste de Nomazu. Continuó a muy baja altura, sobre el mar, de tal manera que un montañoso cabo se interpusiese entre ellos y los distantes E-767 lo más posible. Luego, giró hacia el suroeste para distanciarse aún más de aquellos aparatos hasta que, a 320 km de la costa japonesa, ya no había riesgo en ascender a la altura normal, por el pasillo aéreo G-223 que utilizaba la aviación comercial.

Lo que quedaba por ver era si el aparato de reabastecimiento KC-10 que debía repostarlos aparecería para permitirles llegar hasta la base militar norteamericana del atolón de Kwajalein, en las Marshall. Sólo a partir de entonces podrían romper el silencio de su radio.

Los rangers fueron los primeros en poder hacerlo. El sargento de comunicaciones sacó un transmisor vía satélite, lo orientó hacia el apropiado azimut, transmitió cinco letras y aguardó a que le confirmasen la recepción.

-Han saltado sin novedad -le dijo un teniente del Ejército al almirante Jackson, que se hallaba en su despacho de la JUJEM.

Lo peliagudo va a ser sacarlos de allí, pensó el almirante. Pero cada cosa a su tiempo. Cogió el teléfono y llamó a la Casa Blanca.

-Los rangers ya están allí, Jack.

-Muy bien, Rob. Te necesito aquí en seguida -le dijo Ryan.

-¿Para qué? No tienes idea del trabajo que tengo aquí y...

-Inmediatamente, Robby -insistió el consejero de Seguridad Nacional, que colgó sin más explicaciones.

Después de comunicarse con la JUJEM, lo inmediato era mover la caja. Fue a parar a unos doscientos metros del lugar previsto, aunque las irregularidades del terreno lo hacían bastante más largo. Por parejas, los rangers transportaron varios pellejos de combustible, cuesta arriba, hasta una hilera de árboles que bordeaba lo que parecía un prado de alta montaña. Luego, conectaron un tubo flexible al «pellejo nodriza», desde el que bombearon diez mil litros de combustible a seis pellejos más pequeños dispuestos por parejas en lugares previamente seleccionados.

Durante la hora que duró el trasiego, cuatro rangers patrullaron por las inmediaciones, por si avistaban signos de presencia humana, pero no encontraron más que las huellas de un todoterreno, tal como ya les advirtieron que verían.

Una vez concluido el transvase, plegaron el pellejo nodriza, lo ocultaron en un agujero y lo cubrieron cuidadosamente con hierba. El resto del cargamento tuvieron que repartirlo por distintos lugares y camuflarlo convenientemente. Esto les llevó dos horas, una verdadera paliza para los rangers, teniendo en cuenta la tensión acumulada.

Pronto saldría el sol. Tenían que dejar el lugar como si nadie lo hubiese pisado. El sargento primero Vega supervisó la operación de camuflaje. Cuando hubieron terminado, los rangers echaron a caminar en fila india, paralelamente a la hilera de árboles. El último de ellos procuraba borrar en lo posible las huellas dejadas. No era perfecto, pero más no podían hacer. Al amanecer, tras las veinticuatro horas más duras que recordaban, llegaron a su destino, intrusos en tierra extraña. Aunque casi todos temblaban de frío, no pudieron encender fuego ni para calentar sus raciones.

-¡Que tengo mucho trabajo allí, puñeta, Jack! -exclamó Robby al asomar por la puerta.

-Ya no. El presidente y yo lo hablamos anoche.

-¿Qué quieres decir?

-Ya puedes hacer las maletas. Te vas a hacer cargo del mando del John Stennis y su grupo de combate.

Ryan hubiese querido sonreírle a su amigo, pero su estado de ánimo no se lo permitía. Porque, en definitiva, lo enviaba a correr un grave peligro. Jackson se había quedado de una pieza.

-¿Lo dices en serio?

-Está decidido. El presidente acaba de firmar la orden. La JUJEM ya está informada. El almirante Seaton...

-Si, ya he estado bajo sus órdenes -dijo Robby.

-Tienes dos horas. Te espera un Gulfstream en Andrews. Necesitamos a alguien -le explicó el consejero de Seguridad Nacional-que conozca los límites políticos de la misión. Llega hasta donde tengas que llegar, Robby, pero ni un milímetro más. Tenemos que salir de esto con el menor quebranto posible.

-Entendido.

Jack se levantó y se acercó a su amigo.

-No estoy muy seguro de haber hecho bien...

-Es mi deber, Jack.

-¿Cómo puñeta vamos a hacerlo? -preguntó Chávez.

Un ruso nunca hubiese objetado una orden de esa manera, se dijo Scherenko.

-Lo único que hago es transmitirle órdenes de su propio mando -le dijo-. Lo que sé también es que la desaparición de Koga no se ha debido a ningún servicio de inteligencia.

-¿Supone que ha sido Yamata? -preguntó Clark, que pensó que aquella información acotaba el terreno y hacía de lo imposible algo meramente peligroso.

-No se equivoca usted. ¿Sabe dónde vive, verdad?

-Lo hemos visto desde lejos -confirmó Chávez.

-Ah, sí... Sus fotos.

Al comandante Scherenko le hubiese encantado saber qué misión fueron a cumplir en principio aquellos dos, pero hubiese sido una estupidez preguntárselo. Lo más probable es que ni siquiera ellos lo supiesen.

-Si tienen ustedes otros efectivos en el país, les sugiero que los utilicen. Nosotros vamos a hacer uso de todos. Koga es probablemente la solución a este conflicto.

-Si es que la tiene -sentenció Chávez.

-Me alegra volar de nuevo con usted, capitán Sato -dijo Yamata en tono desenfadado.

Le complacía que lo hubiese invitado a la cubierta de vuelos. Se percataba de que el piloto era un verdadero patriota, un hombre con orgullo, y con talento, que comprendía de verdad lo que ocurría. Qué lástima que no hubiese elegido un camino más brillante en la vida.

Sato se quitó el casco y se relajó en el sillón de su puesto de mando.

-Esto es bastante mejor que los vuelos comerciales a Canadá.

-¿Qué tal por allí?

-He hablado con algunos ejecutivos en el viaje de regreso. Dicen que los americanos están, más que nada, confusos.

-Si. -dijo Yamata sonriente-. Se confunden con facilidad.

-¿Cabe la esperanza de un arreglo diplomático, Yamata-san?

-Creo que sí. Carecen del potencial necesario para atacarnos con eficacia.

-Mi padre mandó un destructor durante la guerra. Mi hermano...

-Sí, lo conozco bien, capitán.

Yamata reparó en que los ojos del piloto brillaban de puro orgullo al oír aquello.

-Y mi hijo pilota un caza Eagle.

-Pues lo vienen haciendo bien. Hace poco abatieron dos bombarderos americanos que quisieron poner a prueba nuestra defensa aérea -le explicó el industrial-. Y ya ve, ése fue el resultado.

El Tennessee llegó al lugar previsto, frente a la costa japonesa, y redujo la velocidad a los cinco nudos habituales en misiones de patrulla. El comandante Clagget fijó como punto de referencia la roca de un arrecife que los marineros llamaban «La Mujer de Lot». Luego, ordenó inmersión hasta una profundidad de 200 m. El sonar no indicaba nada por el momento, algo bastante raro teniendo en cuenta el intenso tráfico de las rutas comerciales. Pero después de cuatro días y medio de peligrosa navegación a toda máquina, fue un verdadero alivio para la tripulación. Los miembros del Ejército de tierra que iban a bordo se habían adaptado bastante bien, y confraternizaban con los marineros haciendo jogging en la cámara de misiles.

Por el momento, las órdenes para la misión no eran muy distintas a las propias para un submarino lanzamisiles: no ser detectado, con el cometido adicional de reunir toda la información posible acerca del enemigo. No era muy apasionante, pero sólo Clagget sabía lo importante que era en aquellos momentos.

El enlace del satélite le dijo a Sandy Richter y a sus colegas que probablemente la misión se realizaría. Esto significaba más ejercicios de simulación para todos ellos, mientras las dotaciones de tierra preparaban sus aparatos. Por desgracia, tendrían que acoplar a las alas unos instrumentos que en nada contribuían a la «invisibilización», además de grandes depósitos para prolongar la autonomía de vuelo. Aunque eso ya lo supo Richter desde el principio, y a nadie se le ocurrió preguntarle si le hacía mucha gracia la idea. Ahora el simulador trabajaba con tres escenarios y, una a una, las tripulaciones de vuelo realizaron los correspondientes ejercicios: allí a girar y a acompasar el cuerpo «a las curvas», casi por completo ajenos a lo que en realidad hacían, mientras su mente funcionaba en un mundo virtual.

41. Fuerzas de intervención

-¡Ha vuelto usted! -exclamó el propietario del todoterreno.

-Sí -dijo Chet Nomuri sonriente-. Ayer tuve un día terrible en la oficina. A veces el trabajo acaba con los nervios de uno.

-Pues en verano hay días que no puedo ni acostarme -le dijo el aldeano, que se excusó a continuación por no estar más presentable.

Había pasado la mañana en el mantenimiento de sus vehículos; una mañana que, para él, empezaba a las cinco. Nomuri hubiese podido decir otro tanto, aunque por distintas razones.

-Lo entiendo perfectamente -dijo Chet-. Yo también tengo mi propio negocio y ¿quién trabaja más que aquel que lo hace para sí?

-¿Cree usted que los zaibatsu lo entienden?

-Los que yo trato no. Pero por lo menos usted puede permitirse vivir en un lugar tan paradisíaco como éste.

-No lo es siempre. Los de las Fuerzas Aéreas debían de estar de maniobras anoche. Pasó un reactor muy cerca y volaba muy bajo. Me ha despertado. Y no ha habido manera de volver a coger el sueño -dijo el aldeano, que se limpió las manos, sirvió dos tazas de té y le ofreció una a su cliente.

-Dozo -dijo Nomuri en tono cordial-. Hacen maniobras muy peligrosas últimamente -añadió para ver cómo reaccionaba el hombre.

-A mí me parece una locura, pero ¿a quién va a importarle lo que yo opine? Al gobierno desde luego no. Sólo escuchan a los peces gordos -repuso el aldeano, que tomó un sorbo de té y miró en derredor del taller.

-Sí, yo también estoy preocupado. Confío en que Goto encuentre una salida a esta situación antes de que se le escape de las manos -dijo Nomuri mirando hacia el exterior.

El cielo se encapotaba y amenazaba lluvia. El aldeano masculló algo ininteligible, pero inequívocamente indignado.

-¿Goto? Como los demás. Lo llevan de la mano... o de otra parte, si es cierto lo que dicen.

-Sí, yo también he oído muchas cosas -dijo Nomuri con una risa ahogada-. Por lo menos, energías no deben de faltarle, ¿no? Y, bueno, creo que hoy también voy a darme un paseo en uno de sus bólidos.

-Coja el número seis -le dijo el aldeano-. Acabo de revisarlo. Pero tenga en cuenta el tiempo que hace. Esta noche nevará.

-Quiero hacer fotos de los picos envueltos en nubes para mi colección -dijo Nomuri a la vez que cogía su mochila-. Esta paz es maravillosa. Invita a reflexionar.

-Sólo en invierno.

El propietario de la rural escudería volvió a su trabajo y Nomuri fue a coger su vehículo. Ya conocía el camino y siguió el curso del Taki cuesta arriba, por aquel sendero que estaba ahora más duro a causa de la escarcha. La pega de aquel trasto era que, más que escape libre, lo tenía anárquico. Confiaba en que la densa atmósfera amortiguase un poco el petardeo.

Bordeó el arroyo igual que días atrás. Al cabo de un rato se encontró de nuevo en lo alto, con el hermoso prado a sus pies. No veía nada anormal y se preguntó... Bueno, se preguntó muchas cosas. ¿Y si los rangers habían caído en una emboscada? En tal caso, se dijo Nomuri, estoy perdido. Pero ya no había vuelta atrás. Se acomodó bien en el asiento y fue cuesta abajo. Tal como estaba previsto, se detuvo en el centro de un claro y se puso la capucha de su parka de color rojo. Al mirar en derredor con más atención, notó que por allí habían removido la hierba y un tenue rastro que iba hacia la fronda. Entonces vio a un hombre que le hacía señas para que se acercase y arrancó de nuevo su todoterreno en aquella dirección.

Se encontró frente a dos soldados que no lo apuntaron con sus armas. No tenían por qué. Llevaban la cara pintada y sus uniformes de camuflaje bastaron para indicarle quiénes eran.

-Soy Nomuri -dijo Chet-. La contraseña es «Foxtrot».

-Soy el capitán Checa -dijo el oficial tendiéndole la mano-. Ya hemos colaborado con ustedes en otras ocasiones. ¿Es usted quien localizó este lugar?

-No, pero lo inspeccioné hace unos días.

-Buen sitio para construirse una cabaña -dijo Checa-. Hemos visto ciervos, muy jóvenes. Espero que no sea temporada de caza.

La observación del capitán desconcertó a Nomuri. No había tenido en cuenta esa posibilidad, aparte de que no sabía nada sobre la caza en Japón.

-¿Qué tiene para mí? -preguntó Checa.

-Esto -contestó Nomuri, a la vez que sacaba de la mochila los microteléfonos móviles.

-¿Me toma el pelo?

-Los japoneses tienen muy buenos instrumentos para controlar las comunicaciones militares. Su tecnología es excelente, y nosotros la utilizamos. Pero éstos... -le explicó Nomuri sonriente- los puede tener cualquiera. Disponen de una codificación digital y alcanzan a cualquier punto del país. Incluso desde aquí. Hay un repetidor allá en aquella loma. En cualquier caso, son más seguros que las radios de ustedes. Y además no hay que pagar la factura hasta fin de mes.

-Sería estupendo llamar a casa y decirle a mi esposa que todo va bien -pensó Checa en voz alta.

-Ni se le ocurra. Aquí tiene los números a los que puede llamar -le dijo Nomuri a la vez que le pasaba una hoja-. Éste es el mío. Éste es de un tal Clark y este otro el de un agente llamado Chávez.

-¿Está Ding por aquí? -preguntó el sargento primero Julio Vega.

-¿Los conoce usted?

-Cumplimos una misión juntos en Africa el otoño pasado -contestó Checa-. Hacemos muchas operaciones especiales. ¿Podrá decirnos entonces sus nombres, no?

-Están bajo nombre supuesto. Sería mejor que hablasen ustedes en español, ya que por aquí hay muy pocos que lo conozcan. No es necesario que le recuerde la discreción que deben observar en sus transmisiones -añadió Nomuri sin extenderse en más explicaciones.

Checa asintió con la cabeza y reflexionó unos momentos antes de decidirse a hacerle la pregunta más importante.

-¿Cómo saldremos de aquí?

Nomuri se dio la vuelta y señaló hacia un lugar oculto por las nubes.

-Allí hay un paso. Deberán meterse por allí y seguir cuesta abajo hasta una población llamada Hirose. Los estaré esperando. Los meteré en un tren que va a Nogoya y, desde allí, cogerán un avión a Taiwan o a Corea.

-Así de sencillo.

Fue más una perpleja afirmación que una pregunta. La respuesta fue tan clara como poco convincente.

-Hay en este país unos doscientos mil extranjeros, entre empresarios y agentes comerciales. Ustedes son once españoles que han venido a vender vino. ¿Se lo habrán explicado ya, no?

-No sabe lo que me apetece una sangría ahora mismo -dijo Checa.

El capitán de los rangers sintió verdadero alivio al comprobar que su contacto de la CIA estaba al corriente de las instrucciones de la misión, pues no siempre era así.

-¿Y ahora qué? -preguntó Checa.

-Esperen a que llegue el resto de las fuerzas. Si tuviesen algún percance, me llaman y siguen la ruta de huida. Si yo no contestase, llamen a los demás de la lista. Si todo se torciese, traten de huir como puedan. Supongo que tienen ustedes pasaportes, ropa y...

-En efecto.

-Bien -dijo Nomuri, que sacó su cámara de la mochila y empezó a sacarle fotos a aquel pico envuelto en nubes del que le habló al aldeano.

«Ha sido un reportaje de la CNN en directo desde Pearl Harbor», dijo a modo de conclusión la corresponsal.

Cuando dieron paso a la publicidad, el analista de los Servicios de Inteligencia rebobinó la cinta y la volvió a examinar. Era tan asombroso como corriente poder hacerse con una

información tan vital de manera tan sencilla. Los medios informativos americanos eran los que de verdad dirigían el país, tal como tuvo ocasión de comprobar a lo largo de años y, en cierto modo, era una pena. El tratamiento dado al incidente del Tennessee enardeció al país y lo abocó a una acción precipitada; arrastró al suyo a hacer otro tanto, y lo único positivo era lo que acababa de ver en la pantalla del televisor: dos portaaviones de la flota que seguían en el dique seco; otros dos estaban en el océano indico, según los últimos informes llegados desde aquella parte del mundo, y los otros dos de que disponía la flota del Pacífico estaban en Long Beach, también en el dique seco y absolutamente indisponibles... y, en fin, eso era lo que contaba, por lo que a las Marianas se refería.

Tendría que vestir sus estimaciones con unas cuantas páginas de prosa analítica, aunque la conclusión era bien sencilla: los Estados Unidos podían castigar a su país, pero su capacidad para proyectar un potencial decisivo era cosa del pasado. Esto significaba que había muy pocas probabilidades de que se produjese un grave conflicto bélico en el futuro inmediato.

A Jackson no le importó ser el único pasajero del VC-20B. La verdad es que no era tan difícil acostumbrarse a semejante trato, aparte de que tenía que reconocer que los aparatos que las Fuerzas Aéreas destinaban para los viajes oficiales de los peces gordos eran mejores que los de la Armada. La Armada no disponía de muchos aviones para tales menesteres; eran casi todos Orion P-3 reconvertidos, cuyos motores de turbina apenas les permitían alcanzar la mitad de la velocidad de los bimotores a reacción.

Hicieron sólo una breve escala técnica, para repostar, en la base de las Fuerzas Aéreas de Travis, en las afueras de San Francisco. Llegó a Hawai en menos de nueve horas.

Un viaje estupendo, de no ser porque en la maniobra de aproximación a Hickam tuvo oportunidad de ver el panorama de la base naval, con el Enterprise allí, todavía amarrado. El primer portaaviones propulsado por energía nuclear, y portador del más insigne nombre de la Armada de los Estados Unidos, iba a quedar en aquella ocasión fuera de juego. La verdad era que aquel barco tenía muy mal aspecto. Y era una lástima, porque cambiaban mucho las cosas si se podían utilizar dos cubiertas de vuelos en lugar de una.

«En fin, Robby, tienes un contingente de fuerzas de intervención bajo tu mando», musitó para sí. Eso era lo que en definitiva apetecía todo aviador de la Armada.

El Contingente 77 de las Fuerzas de Intervención, que oficialmente era el principal brazo aéreo armado de la flota del Pacífico, estaba, aunque le faltase un portaaviones, bajo su mando y listo para el combate. Quizá cincuenta años atrás aquello despertase entusiasmo, y quizá también cuando la principal ala aérea de la flota del Pacífico zarpaba al mando de Bill Halsey o de Ray Spruance, sus hombres lo estuviesen deseando. Así lo reflejaban los reportajes cinematográficos, y lo mismo cabía deducir de los partes de la oficialidad. Pero ¿cuánto no habría de mera pose?, se preguntaba Jackson, al pensar en el mando que debía ejercer. ¿Dormirían a pierna suelta Halsey y Spruance, a sabiendas de que iban a enviar a la muerte a tantos jóvenes?; ¿tan distinto era el mundo entonces? Puede que en aquel momento considerasen la guerra como una calamidad tan natural como la polio, que por suerte era también cosa del pasado. Comandar el Contingente 77 de las Fuerzas de Intervención colmaba la ambición de toda una vida.

Lo extraño era que nunca deseó combatir en una guerra, aunque tenía que reconocer que al recibir los galones de alférez de navío, e incluso siendo teniente, llegó a seducirle la idea del combate aéreo, sabedor de que, en tanto que aviador de la Armada de los Estados Unidos, era el mejor del mundo, perfectamente adiestrado y equipado, y deseoso de demostrarlo algún día.

Con el paso del tiempo, vio demasiados amigos morir en accidentes. Tuvieron un muerto en su escuadrilla en la guerra del Golfo, y cuatro más al sobrevolar el Mediterráneo una noche clara y estrellada, aunque estos últimos a causa de un accidente. Había matado a hombres sin razón ninguna, y aunque nunca hablase de ello con nadie, ni siquiera con su esposa, le remordía la conciencia por haberse dejado inducir a matar a seres humanos. No era exactamente que se culpase, pero se lo achacaba como una especie de error inevitado. Y es

que eso era, básicamente, la guerra para los combatientes de todas las épocas: sólo un mayúsculo e inevitado error. Ahora iba a representar un papel en otro de esos errores, en lugar de utilizar el Contingente 77 de las Fuerzas de Intervención para aquello para lo que en principio se concibió, para estar allí, al objeto de que su sola presencia evitase las guerras.

El único consuelo al que podía aferrarse era que de nuevo se trataba de un accidente, de un error, en cuyo origen nada tuvo él que ver.

Si por mí fuera... se dijo cuando el aparato había ya tomado tierra y se detenía en la pista.

El asistente de vuelo abrió la puerta y le pasó la única maleta de Jackson a un sargento de las Fuerzas Aéreas, que lo aguardaba al pie de la escalerilla. El suboficial lo condujo hasta un helicóptero que lo dejaría en la Comandancia del Pacífico, para presentarse al almirante Dave Seaton.

Ahora tocaba adoptar el más profesional de los talantes. Desaprovechado o no, Robby Jackson era un combatiente dispuesto a asumir el mando de otros soldados. Ya había reflexionado sobre sus dudas y sus interrogantes, y era el momento de dejarlos a un lado.

-Estaremos en deuda con ellos durante mucho tiempo por esto -señaló Durling mientras hacía zapping frente al televisor con el mando a distancia.

Era una tecnología desarrollada con fines publicitarios para utilizarla en la retransmisión de los partidos de baseball, nada menos. A la manera de los montajes utilizados en las producciones cinematográficas, los modernos sistemas informáticos permitían combinar el directo con la imagen de archivo. De tal manera que el fondo en que se movía el bateador, por ejemplo, se convertía en un anuncio de cualquier banco o distribuidor automovilístico local, cuando, de hecho, no era más que el césped normal de los campos de baseball.

En este caso, el corresponsal en Pearl Harbor podía enviar su crónica en directo (desde el exterior del perímetro de la base, por supuesto) con la silueta de dos portaaviones por fondo, aviones que los sobrevolaban y las diminutas formas de los trabajadores de los astilleros que iban de un lado para otro a lo lejos. La sensación de realidad era tan grande como la de todo lo que se transmitía por TV que, en definitiva, no era más que una serie de puntos coloreados.

-Son americanos -dijo Jack.

El consejero de Seguridad Nacional tenía muy claro que fue él quien los obligó; quien, una vez más, puso al presidente a cubierto de todo peligro político

-Lo lógico es que estén de nuestro lado. Lo único que teníamos que hacer era recordárselo -añadió Ryan.

-¿Resultará?

La pregunta se las traía.

-No durante mucho tiempo, pero acaso durante el suficiente. Es un buen plan el que está en marcha. Necesitamos asestar algunos golpes, pero dos ya los tenemos en el bote. Lo importante ahora es que vean lo que nos interesa. Cuentan con que los dos portaaviones sigan amarrados ahí, y que así lo comuniquen los medios informativos a todo el mundo. Los agentes de los Servicios de Inteligencia reaccionan como cualquier otra persona, señor. Tienen ideas preconcebidas y, al verlas confirmadas con los ojos de la cara, no hacen sino reafirmarse en lo inteligentes que son.

-¿Cuántas víctimas vamos a causar? -preguntó el presidente.

-Bastantes. Es imposible saber cuántas, pero haremos lo imposible para que sean pocas. En cualquier caso, señor, la misión es...

-Lo sé. No olvide que tengo alguna noción sobre esta clase de misiones -dijo Durling.

El presidente cerró los ojos al recordar sus tiempos en la Academia de Infantería en Fort Benning, en Georgia, hacía ya... media vida. La misión lo era todo. Era de la única manera que podía pensar un teniente. Y por primera vez comprendió que así era también como debía pensar un presidente. Se hacía difícil aceptar que fuese justo.

No veían mucho el sol en latitudes tan septentrionales en aquella época del año. Al coronel Zacharias no le disgustaba en absoluto. El vuelo desde Whiteman a Elmendorf duró sólo cinco horas, siempre en la oscuridad, porque el B-2A sólo volaba a plena luz del día para exhibirse, que no era precisamente para lo que fue concebido. La verdad era que volaba muy bien, tardía demostración de que la idea de Jack Northrop, que se remontaba a los años 30, era acertada: un aparato con un fuselaje reducido, casi exclusivamente, a las superficies de las alas era el que tenía la forma más aerodinámica posible. El problema estribaba en que los sistemas de control de vuelo necesarios para un aparato semejante necesitaban del concurso de la informática y de los ordenadores para garantizar su estabilidad, algo de lo que no se pudo disponer hasta poco antes de la muerte del ingeniero. Por lo menos llegó a ver la maqueta, aunque no llegase a ver el prototipo.

Todo en aquel aparato ofrecía las óptimas prestaciones. Su forma permitía ponerlo fácilmente a cubierto. Cabían holgadamente tres en un hangar destinado a un aparato convencional. Se elevaba como un ascensor y podía volar a gran altura. Y además, como le gustaba decir al comandante, no consumía el combustible a tragos sino a sorbos.

El B-1B que averió la defensa aérea japonesa estaba casi a punto de remontar de nuevo el vuelo rumbo a Elmendorf. Lo haría con sólo tres motores, lo que no constituía mayor problema ya que el aparato no llevaría más peso que el del combustible y el de sus tripulantes.

Ahora había otros aparatos en Shemya. Dos E-3B de reconocimiento, enviados desde la base de las Fuerzas Aéreas de Tinker, en Oklahoma. Formarían una patrulla (algo precaria) de alerta rápida, aunque apoyados por la potente instalación de radares de la isla, entre los que se encontraba el Cobra Dane de detección de misiles, construido en los años 70.

Existía la posibilidad teórica de que los japoneses lanzasen un ataque sobre la isla. Podían recurrir a aparatos de reabastecimiento en vuelo. Eso significaba tener que duplicar, en autonomía de vuelo, la alcanzada tiempo atrás por una misión israelí contra el cuartel general de la OLP en el norte de Africa. Era una posibilidad remota, pero con la que había que contar.

Como defensa, ante el eventual ataque, se disponía de los únicos cuatro cazas F-22A Rapier que tenían las Fuerzas Aéreas. Eran los primeros cazas verdaderamente «invisibles» de la Historia, recién salidos de la base de pruebas de las Fuerzas Aéreas de Nellis, y enviados al mando de cuatro pilotos muy expertos, con sus correspondientes tripulaciones, hasta aquella base que se encontraba en uno de los más remotos confines de la Tierra.

No obstante, el Rapier (al que los pilotos preferían llamar con el nombre con el que la Lockheed lo bautizó inicialmente: Lightning-II) no estaba concebido para la defensa, y ahora, al ponerse de nuevo el sol tras su breve y caprichosa aparición, había llegado el momento de dedicarlo a aquello para lo que se concibió. Como de costumbre, el aparato de reabastecimiento despegó primero, incluso antes de que los pilotos de los cazas saliesen de su caserna, tras recibir las instrucciones, y se dirigiesen a los hangares para empezar con su misión nocturna.

-¿Por qué están las luces encendidas si se marchó ayer? -preguntó Chávez al mirar al ático.

-¿Y no podrían haberlas dejado encendidas para desanimar a los ladrones? -preguntó John en tono desenfadado.

-¡Esto no es Los Ángeles, hombre!

-Pues entonces es que hay alguien, Yevgeniti Pavlovich -dijo Clark al doblar con el coche por una esquina.

A ver: sabemos que a Koga no lo ha detenido la Policía. Sabemos que es Yamata quien dirige toda la movida. Sabemos que su guardaespaldas, Kaneda, fue quien, probablemente,

LIbrodot

mató a Kimberley Norton. Sabemos que Yamata no está en la ciudad. Y sabemos que en su apartamento hay luz...

Clark aparcó en un hueco. Luego, él y Chávez dieron una vuelta a la manzana. Era una pedestre operación de reconocimiento, para ver cómo y por dónde lo hacían, con un aplomo más aparente que real.

-Es que vamos muy a ciegas -musitó Chávez.

-Creí que le tenías ganas a quien yo me sé, Domingo -le recordó John a su compañero.

Aquellos ojos no tenían vida, pensaba Koga; no parecían humanos. Los tenía grandes y de color castaño oscuro. La suya, era una mirada acerada, y no la apartaba de él. Quizá sólo mirase en su dirección, sin más, se decía el ex primer ministro. Fuera como fuese, el caso era que no dejaban traslucir nada.

Había oído hablar de Kiyoshi Kaneda. El término que más a menudo oyó aplicarle era el de ronin, una referencia histórica a los samurais que perdían a su señor y no encontraban otro, algo que se consideraba una gran desventura en la cultura de la época. Los samurais en cuestión se convirtieron en bandidos, cuando no en vulgares asesinos, tras olvidar el código bushido al que durante mil años se atuvieron aquellos con derecho a portar y utilizar armas. Cuando tales individuos encontraban nuevo señor a quien servir se convertían en fanáticos, recordaba Koga, pues sentían verdadero pánico por verse de nuevo en la anterior situación, hasta el punto de hacer cualquier cosa por ahorrarse tal desdicha.

Koga era consciente de que aquello no eran sino elucubraciones absurdas. Kaneda miraba ahora la TV. La época de los samurais había pasado y con ella la de los señores feudales que los mandaban. Y sin embargo allí estaba aquel individuo, viendo precisamente una serie de samurais por el canal NHK, sin perder detalle, mientras tomaba té. Parecía como pasmado, como hipnotizado por la profusa ambientación de las secuencias, cual versión japonesa de lo que ocurría en Estados Unidos con los westerns en los años 50. Eran melodramas de absoluto simplismo; del Bien y del Mal, salvo que el héroe, siempre lacónico, siempre invencible, siempre misterioso, utilizaba una espada en lugar de un revólver. Y aquel memo, venga a devorar series, a juzgar por lo que observó durante aquel día y medio.

Koga se levantó y se dirigió hacia la librería, lo que bastó para que su carcelero ladease la cabeza. ¡Perro!, le espetó Koga en silencio mientras escogía un nuevo libro. Perro, pero formidable, sobre todo porque tenía a otros cuatro con él. Dos dormían, uno estaba en la cocina y otro guardaba la puerta en el pasillo.

El político sabía perfectamente que no tenía posibilidad de escapar. Quizá aquel hombre no fuese más que un imbécil, pero a ésos debía temerlos cualquier hombre sensato más que a nadie.

¿Quién era Kaneda, en realidad?, se decía. Un ex Yakuza, probablemente. Aunque no luciese ninguno de los grotescos tatuajes que los miembros de aquella subcultura llevaban -al solo objeto de marcar distancias con una cultura que les exigía la resignación-, mostraba idéntica resignación respecto del mundo de los marginados. Por otro lado, allí lo tenía, con traje de oficinista, sin más concesión a la comodidad que la chaqueta desabrochada. Demasiado erguido lo veía para ser un ronin, se dijo Koga que, aunque fingiese leer, no le quitaba ojo a su captor. Tenía claro que no podía luchar físicamente con aquel hombre y vencerlo, entre otras cosas porque Koga nunca se tomó la molestia de aprender ninguna de las artes marciales que su país tanto contribuyó a desarrollar, aparte de que el físico de aquel individuo era impresionante. Y, además, lo dicho, no estaba solo.

Era un perro guardián. Aparentemente impasible, en apariencia tranquilo, pero en realidad era como un muelle comprimido, presto a saltar. Se mostraría civilizado siempre y cuando nada a su alrededor lo excitase. Resultaba tan obvio, con sólo mirarlo, que habría sido una temeridad provocarlo lo más mínimo. El político se avergonzaba de sentirse tan acobardado, porque era un hombre inteligente y reflexivo, que no iba a echar a perder las escasas probabilidades que tuviese por un gesto inútil.

Muchos industriales tenían perros guardianes como aquél. Algunos incluso llevaban pistola, algo casi inconcebible en Japón. Pero, según quien uno fuera, podía tocar la oportuna tecla ante la persona adecuada y conseguir un permiso de armas, que rarísimamente se concedía. Esto sublevaba a Koga más de lo que lo asustaba. La espada de un ronin ya se le antojaba suficientemente perversa y, en aquel contexto, una pura teatralidad, pero las armas de fuego le parecían a Koga algo diabólico, algo ajeno a su cultura, armas de cobardes. Y seguramente a eso se enfrentaba. Kaneda era, sin duda, un cobarde, incapaz de regir su propia vida, incapaz incluso de infringir la ley, salvo que otros se lo mandasen, aunque con las órdenes oportunas sería capaz de hacer cualquier cosa.

Qué vergüenza para su país. Gentuza como aquélla la utilizaban sus señores contra los piquetes sindicales y los competidores. Eran individuos como Kaneda quienes agredían a los manifestantes, a veces a la descarada, para huir después mientras los agentes del orden miraban para otro lado o, sencillamente, no aparecían, aunque estuviese lleno de periodistas y fotógrafos, al corriente de lo que era de dominio público.

Los individuos como aquél, y sus señores, impedían que su país accediese a la verdadera democracia. Comprenderlo así resultaba tanto más amargo para Koga porque lo sufrió en propia carne durante años. Trató de cambiar las cosas pero fracasó.

En definitiva, que allí estaba, en el ático de Yamata, vigilado, hasta que un día lo soltasen por considerarlo políticamente irrelevante. En eso se había convertido, o no tardaría en convertirse, para ver caer a su país en manos de una especie de amo (no sabía si llamarle nuevo o antiguo). Se sentía impotente, allí, con un libro en las manos, mientras Kaneda veía por TV a un actor que representaba un drama cuyo planteamiento, nudo y desenlace eran archisabidos, reiterados una y mil veces, como si fuesen algo tan real como nuevo, pese a ser tan irreal y caduco.

Batallas como aquélla sólo se libraron en simuladores, o quizá en los circos romanos de la antigüedad.

A ambos lados estaban los aparatos de reconocimiento: los E-767 por parte japonesa y los E-3B por parte americana, tan distantes entre sí que no se «veían» en absoluto. Ni siquiera en las numerosas pantallas de radar de que disponían. Aunque controlasen las señales del otro con sus distintos instrumentos. Y entre ambas patrullas estaban los gladiadores. Por tercera vez, los americanos ponían a prueba las defensas aéreas japonesas y, de nuevo, volvían a fracasar.

Los aparatos de reconocimiento americanos se hallaban a 1 000 km de Hokkaido, con los cazas F-22A por delante, a unos 160 km, «pescando», como decía el comandante de la escuadrilla. Los F-15 japoneses hacían otro tanto. Ya habían entrado en el radio de acción de los radares de los aparatos de reconocimiento americanos, aunque sin salir del radio de acción de los propios.

Al recibir la orden, los cazas americanos se separaron en dos parejas. El aparato en el que iba el jefe de la escuadrilla enfiló hacia el sur, a 1500 km/h, y describió un sesgado plano en relación a la formación japonesa.

-Son rápidos -dijo un controlador de a bordo japonés.

Le resultaba difícil no perder el contacto. El aparato americano era bastante «invisible», aunque el tamaño y la potencia de la antena del «Kami» le pudo de nuevo a la tecnología «de baja detección». El controlador de a bordo comunicó las coordenadas a sus Eagles, para que cubriesen el sector sur y afrontasen el reto a sus defensas aéreas. Al objeto de dejarles claro a los americanos que los seguían, activó los convencionales impulsos intermitentes con su puntero electrónico. Luego, le ordenó al radar que dirigiese sus ondas hacia ellos, a intervalos regulares de varios segundos, a modo de advertencia de que no pasasen de allí.

LIbrodot

Los americanos tenían que meterse en la cabeza que ellos captaban todos y cada uno de sus movimientos, que su tecnología de «invisibilización», supuestamente capaz de burlar al radar, no estaba a la altura de algo tan moderno y revolucionario como lo que ellos poseían. Sólo para echarle un poco más de emoción, activó la frecuencia de su transmisor a la modalidad de control de fuego. Aunque estaban demasiado lejos para guiar un misil, seria una nueva demostración de que podían detectarlos, con la suficiente precisión como para mandarlos al otro barrio. A ver si aprendían la lección de una vez.

La señal se debilitó un poco al principio, hasta casi perderla. El programa del ordenador de a bordo la recuperó en seguida. Se reactivaron los impulsos intermitentes, a la vez que él fijaba las coordenadas de los dos cazas americanos. Porque estaba convencido de que eran cazas.

Los B-1B, aunque rápidos, no eran tan ágiles. Sí, aquélla era la mejor carta que los americanos podían jugar. Y no les bastaba. Quizá si acababan de convencerse de ello, habría llegado el momento de que la diplomacia cambiase las cosas, de una vez por todas, al objeto de que el Pacífico septentrional estuviese de nuevo en paz.

-Fíjese cómo se desplazan sus Eagles para cubrir el sector -dijo el controlador de a bordo americano, que se hallaba frente a la consola.

-Parece como si fuesen unidos por un cordón a los siete seis siete -dijo su compañero.

Era un piloto de cazas que acababa de llegar de la base de las Fuerzas Aéreas de Langley, cuartel general del Alto Mando Aéreo, en donde se dedicaba a desarrollar tácticas de combate para los cazas.

En otro gráfico, la pantalla mostró que había tres E-767 en el aire. Dos se hallaban en avanzadilla y el otro patrullaba cerca de la costa de Honshu. No era de extrañar. Es más, era lo previsible, simplemente porque era lo más adecuado. Los tres aparatos de reconocimiento dieron a sus instrumentos el máximo de potencia, como no tenían más remedio que hacer para detectar aparatos «invisibles».

-Bueno. Ya sabemos por qué abatieron a los dos Lancers -dijo el virginiano-. Pueden pasar a alta frecuencia e iluminar a los Eagles. Los pilotos de nuestros aparatos no pensaron, en ningún momento, que fuesen a dispararles. Muy listos -añadió.

-No nos vendría mal disponer de esos radares -admitió el controlador de a bordo.

-Pero ahora ya sabemos cómo burlarlos.

Eso le parecía, por lo menos al oficial de Langley, aunque el controlador de a bordo no lo viese tan claro.

-Dentro de pocas horas saldremos de dudas -dijo.

Sandy Richter se arriesgó a volar más bajo aún de lo que lo hizo el C-17. Iba a menor velocidad, a poco más de 270 kmlh. Estaba bastante cansado ya, a causa de aquella extraña mezcla de tensión y tedio que implicaba sobrevolar las aguas del océano. La noche anterior, él y los otros dos aparatos de su mini escuadrilla hicieron escala en Petrovka oeste, otra apolillada base de los MIG cercana a Vladivostok. Allí pudieron permitirse las que seguramente serían sus únicas horas de sueño, digno de tal nombre, en varios días. Luego, a las 22.00.00 h, despegaron para cumplir su papel en la Operación ZORRO.

Cada aparato llevaba ahora adosados a las alas sendos receptáculos, en cuyo interior iban alojados depósitos de combustible de reserva. Eran imprescindibles en un vuelo tan largo, pero no tenían nada de «invisibles», pese a que los depósitos eran de fibra de vidrio, transparente al radar, en un intento de hacer las cosas lo mejor posible.

El piloto llevaba su traje de vuelo normal y un chaleco salvavidas inflable. Era una mera concesión a las normas de seguridad, recomendadas para cuando se sobrevolaba el mar, más que un artilugio realmente útil. La superficie del océano estaba a poco más de diecisiete

metros, y demasiado fría para que nadie pudiera sobrevivir mucho tiempo. De manera que el piloto procuró no pensarlo, se acomodó en el asiento y se concentró en los instrumentos mientras su compañero se concentraba a cola en los de combate.

-Todo bien, por el momento, Sandy.

Al virar hacia el este, rumbo a Honshu, la pantalla en la que aparecían las amenazas potenciales seguía en blanco.

-Recibido.

Separados por sólo quince kilómetros, los seguían otros dos Comanches.

Aunque no fuese más que un pequeño helicóptero, el RAH-66A era, en algunos aspectos, la nave aérea de tecnología más avanzada. En su compacta cabina llevaba los dos ordenadores de mayor capacidad que hubiese llevado nunca ningún aparato. En realidad, eran dos ordenadores gemelos. Uno de ellos se mantenía en reserva por si el otro fallaba. Su tarea principal, en aquellos momentos, era detectar el campo del radar enemigo en el que tenían que penetrar, para calcular el ángulo que, en relación al fuselaje del aparato, tenían los ojos electrónicos en cada pasada.

Cuanto más se acercasen a la costa japonesa, más se ensanchaban las bandas amarillas que indicaban «detección posible» y las rojas de «detección segura».

-Segunda fase -dijo el técnico del Alto Mando Aéreo que iba frente a la consola del aparato de reconocimiento.

Todos los cazas F-22 llevaban instrumentos para producir interferencias, al objeto de mejorar su nivel de «invisibilización». Y acababan de activarlos a su máxima potencia.

¡Qué poco hábiles!, pensó el controlador de a bordo japonés. Bueno. Seguramente saben que los seguimos.

En su pantalla acababa de aparecer una copiosa «nevada» que desfiguraba las imágenes, al activar los cazas americanos el ruido electrónico. Tenía dos maneras de solucionarlo. Por lo pronto, aumentó la intensidad de las imágenes, lo que contrarrestaría, en buena parte, los «parásitos» americanos. Luego, introdujo una orden para que su radar emitiese frecuencias al azar. En seguida advirtió que la primera medida era más eficaz que la segunda, ya que los emisores de perturbaciones americanos eran también de multifrecuencia. Era un recurso imperfecto pero molesto. El programa del ordenador encargado del seguimiento operaba, como es lógico, de acuerdo a lo que los programadores daban por supuesto. Partía de coordenadas sobre la posición comprobada o estimada de los aparatos americanos y, al conocer la velocidad de sus impulsos, replicaba con los apropiados, tal como hicieron con los bombarderos que pusieron a prueba a sus defensas aéreas. El problema radicaba en que, con aquella potencia, detectaba de nuevo pájaros y corrientes de aire, y fijar los verdaderos blancos se le hacía cada vez más difícil. Al final, optó por introducir otra orden para el seguimiento de los «parásitos», más potente que la señal de retorno. Con esta comprobación adicional, logró restablecer claramente el seguimiento de ambos blancos. Tardó apenas diez segundos, lo que no estaba nada mal.

Sólo para demostrarles a los americanos que no habían logrado engañarlo, volvió a dar potencia máxima a su señal. Pasó, breve-mente, a la modalidad de control de fuego y les hizo un zapping a los cuatro aparatos americanos -pasando de uno a otro- con tal potencia que, si sus instrumentos electrónicos no llevaban la adecuada protección, su señal de radar les haría polvo por lo menos algunos. Una buena manera de liquidarlos, pensó al recordar que dos cazas alemanes Tornado se estrellaron al volar demasiado cerca de un repetidor de FM. Pero, con gran desilusión, vio que los aparatos americanos se daban tranquilamente la vuelta.

-Nos han enviado, al noroeste, aparatos con instrumentos para producir interferencias.

-Pues han sido muy oportunos -dijo Richter, que vio en la pantalla que estaban a escasos minutos de entrar en la zona amarilla.

Sentía comezón en el rostro, pero tenía ambas manos demasiado ocupadas. Al comprobar el nivel de combustible, vio que los depósitos normales estaban casi agotados.

-Habrá que recurrir a los de las alas -dijo.

-Recibido. Menos mal que los llevamos.

Richter retiró la caperuza de seguridad del interruptor de eyección. Era una novedad recién incorporada a los modelos Comanche. Pensaron los ingenieros que, si se pretendía la «invisibilización» de los aparatos, podía ser una buena idea desprenderse, en vuelo, de aquellas partes no «invisibles» cuando ya no fuesen necesarias. Richter redujo durante unos momentos la velocidad y oprimió el botón que desprendía los depósitos adosados a las alas, que cayeron en el mar del Japón.

-Se han soltado sin problemas -dijo el copiloto.

La imagen de la pantalla cambió en cuanto se hubieron desprendido de los depósitos. El ordenador mostraba continuamente el nivel de «invisibilización» del aparato. El Comanche volvió a picar el morro, se equilibró de nuevo y luego aceleró hasta su velocidad de crucero.

-Hay que ver cómo se les adivinan las intenciones -le dijo el controlador de a bordo japonés a su ayudante.

-Se lo acaba de demostrar usted bien claro. Es más: les ha demostrado también lo que somos capaces de hacer.

Ambos oficiales se miraron. Habían estado muy preocupados por las nuevas prestaciones que hubiesen podido incorporar los americanos a los cazas Rapier, y ahora creían poder estar tranquilos. Eran aparatos formidables que los pilotos de sus Eagles debían respetar. Pero no eran «invisibles».

-Han reaccionado de acuerdo a lo previsto -dijo el controlador americano de a bordo-. Y además nos acaban de mostrar lo que son capaces de hacer. ¿Pongamos... diez segundos?

-Escasos, pero nos da margen. Resultará -dijo el coronel de Langley, a la vez que se alcanzaba el café-. Ahora, insistamos sobre la misma idea.

En la pantalla principal se veía a los F-22 girar hacia el norte y, en el límite del radio de alcance de detección de los aparatos de reconocimiento, los F-15J hicieron lo mismo. Cubrieron la maniobra americana como veleros que forcejeasen en una virada. Trataban de mantenerse entre los cazas americanos y sus preciados E-767, que los espantosos accidentes de días atrás hacían aún más preciosos.

Fue un alivio avistar tierra. Con mucha mayor maniobrabilidad que el transporte de la noche anterior, el Comanche eligió un claro en una zona completamente deshabitada. Descendió caracoleando por los pasos de la sierra, aislado del distante aparato de reconocimiento por el sólido macizo de roca, que ni siquiera sus potentes instrumentos podían atravesar.

-Al fin sobrevolamos tierra -dijo aliviado el compañero de Richter-. Nos queda combustible para cuarenta minutos.

-¿Qué tal se te da el vuelo sin motor? -dijo el piloto, algo más relajado también al ver tierra firme.

Si algo se torcía, tampoco estaba tan mal una dieta a base de arroz. A través del visor del casco veía umbríos campos verdes, pero no veía farolas, ni faros de coches ni luces de casas. La peor parte del vuelo había pasado. El objetivo concreto de su misión era algo que había logrado dejar a un lado hasta el momento. Prefería preocuparse por las cosas cuando había que abordarlas. Así era más fácil llegar a viejo.

Veían ya la sierra que les servía de referencia como final de trayecto, de acuerdo a lo programado. Richter redujo la velocidad y sobrevoló en círculo, para precisar la dirección y

velocidad del viento, a la vez que escudriñaba el terreno en busca de las personas que le indicaron que encontraría. Allí estaban. Alguien movía una linterna de tenue luz verde, aunque a través del visor pareciese tan brillante como la luna llena.

-ZORRO Guía llamando a ZORRO Base. Cambio.

-Guía, aquí Base. Verificación «Golf Mike Zulu». Cambio -oyó Richter.

Era la contraseña que debía recibir. De manera que no era de esperar que el propietario de aquella voz fuese a apuntarle con una pistola.

-Recibido. Corto.

Richter caracoleó en un rápido descenso y dirigió su Comanche hacia un claro, que parecía casi llano, junto a una hilera de árboles. En cuanto el aparato tocó tierra, surgieron tres hombres de la arboleda. Llevaban uniforme del Ejército americano. Richter respiró tranquilo mientras enfriaba un poco los motores antes de cerrar el contacto. Aún no había cesado el rotor en sus revoluciones y ya les habían metido un tubo en el conducto del depósito.

-Bien venidos a Japón. Soy el capitán Checa.

-Sandy Richter -dijo al piloto al saltar a tierra.

-¿Han tenido problemas?

-Ninguno.

¿He llegado, no?, le entraron ganas de decirle, todavía tenso para aquella maratón de tres horas para invadir el país. ¿Invadir? Once rangers y seis aviadores. ¡Mira que si ahora nos dijesen: todos detenidos!, pensó.

-Ahí va el segundo... -dijo Checa-. ¿Silenciosos estos trastos, eh?

-Es que no nos gusta hacernos publicidad, señor.

Era, quizá, la característica más sorprendente del Comanche. Los ingenieros de la Sikorsky sabían, desde hacía tiempo, que casi todo el ruido que producía un helicóptero se debía a la resonancia entre el rotor de cola y el principal. El rotor de cola del RAH-66 llevaba un revestimiento especial; el rotor principal tenía cinco aspas muy gruesas y compactas. Producía menos de 1/3 de los decibelios que el más silencioso de los helicópteros construidos hasta entonces. Además, la zona ayudaba, pensó Richter al mirar en derredor. Mucha vegetación. El tenue aire de alta montaña. No era mal sitio para la misión, concluyó al ver que el segundo Comanche se posaba a cincuenta metros del suyo. Los soldados que repostaron a su aparato lo cubrieron con redes de camuflaje trenzadas con ramas de pino del bosque contiguo.

-Vamos. Tienen que comer ustedes un poco.

-¿Comida de verdad o raciones liofilizadas? -preguntó el piloto.

-Tanto no se puede pedir, mister Richter -le contestó Checa.

El aviador recordaba que en otros tiempos las raciones diarias incluían una de cigarrillos. Ya no. Aquello parecía un nuevo Ejército de Salvación. Y era inútil pedirle un cigarrillo a un ranger. Malditos atletas.

Los Rapiers dieron la vuelta una hora después, convencidos (no les cabía duda de ello a los de la defensa aérea japonesa) de que no podían desbordar la línea de patrulla «Kami»-Eagle, que protegía el acceso nororiental a las «Islas Interiores». Ni siquiera los mejores aparatos americanos, dotados con los más modernos sistemas informáticos, podían derrotarlos. Era tranquilizador. Vieron en sus pantallas cómo se extinguían las señales del contacto y, al poco, se extinguieron también las de los E-3B, que iban de regreso a Shemya a informar a sus jefes del fracaso de su misión.

Los americanos eran realistas. Eran combatientes valerosos, sin duda (los oficiales de los E-767 no iban a cometer el error que cometieron sus antepasados, al creer que a los americanos les faltaba ardor para las verdaderas operaciones de combate). Fue un error que pagaron caro. Sin embargo, la guerra era una técnica y ellos dejaron que su potencial cayese por debajo de un nivel desde el que no era, técnicamente, imposible la recuperación. Un mal asunto para ellos.

LIbrodot

Los Rapiers tenían que repostar para el vuelo de regreso. No forzaron la velocidad, pues tampoco tenía sentido malgastar combustible. El tiempo volvía a ser pésimo en Shemya y los cazas aterrizaron casi llevados de la mano por la torre de control. Luego, fueron a sus hangares, más atestados ahora tras la llegada de los cuatro Strikes Eagle F-15 desde la base de Mountain Home, en Idaho. También sus tripulantes estaban convencidos del éxito de la misión.

42. Rayos y relámpagos

-¿Está usted loco? -preguntó Scherenko.

-Piénselo -replicó Clark, que se hallaba de nuevo en la Embajada rusa-. ¿Queremos una solución política, no? Pues, si así es, Koga es nuestra mejor baza. Según usted, no es el gobierno el que lo ha retirado de la circulación. ¿Quién queda entonces? Probablemente está ahí.

Porque quiso el azar que el edificio en el que se encontraba el ático de Yamata se viese desde la ventana del despacho de Scherenko en la Embajada,

-¿De verdad lo cree posible? -preguntó el ruso, preocupado ante la perspectiva de que los americanos le pidiesen una ayuda que no estaba en condiciones de prestarles.

-Riesgo se corre, pero no es probable que tenga un ejército ahí arriba. No tendría a su huésped ahí si no quisiera hacerlo con discreción. Dudo que haya más de cinco o seis hombres.

-¡Y ustedes son dos! -exclamó Scherenko.

-Eso está chupado -dijo Ding con una sonrisa algo petulante.

De manera que el antiguo expediente del KGB estaba en lo cierto. Clark no era realmente un espía sino un activista paramilitar; igual que aquel arrogante jovencito que tenía por compañero, que apenas hacía otra cosa que estar allí sentado y mirar por la ventana.

-No puedo ofrecerles nada que les sirva de ayuda.

-¿Tampoco armas? -preguntó Clark-. ¿No irá a decirme que no tiene aquí nada que podamos utilizar? ¿Qué clase de rezidentura es ésta? -añadió, seguro de que el ruso tendría que contemporizar, aunque sabía que no les dejaban mucho margen para tomar iniciativas.

-Tendría que pedir permiso.

Clark asintió, y se felicitó por haberlo adivinado.

-Y nosotros también -dijo a la vez que sacaba su miniordenador-. Usted lo obtiene por un lado, y yo por otro.

Jones aplastó el cigarrillo en uno de los ceniceros de aluminio de la Armada. Tenía guardado un paquete en un cajón de la mesa de su despacho, en previsión de que surgiera una oportunidad como aquélla. Cuando empezaba una guerra, se hacía caso omiso de las normas de tiempo de paz. Los viejos hábitos, sobre todo los malos, rebrotaban con facilidad. Claro, ya que justamente eso era la guerra: una fea costumbre. Pero, en fin, vio que el almirante Mancuso hacía ostensibles aspavientos, a punto de saltarle vaya a saberse qué, y se aseguró de que la colilla estuviese bien apagada.

-¿Tiene algo para mí, Ron?

-Es que, en cuanto puede uno dedicarle un poco de tiempo a estos aparatitos, se obtienen resultados. El submarino y yo venimos echando cuentas toda la semana. Empezamos por las unidades de superficie -le explicó Jones acercándose al mapa que colgaba de la pared-. Hemos determinado las coordenadas de esas unidades de superficie...

-Desde nada menos que... -interrumpió el capitán Chambers, a su vez interrumpido.

-Pues sí, señor: desde el centro del Pacífico. He utilizado todo tipo de frecuencias. He tenido en cuenta la meteorología, y ahí están mis datos -explicó Jones, señalando a las siluetas adosadas al mapa.

LIbrodot

-Perfecto, Ron. Pero para eso ya tenemos a los satélites -le recordó el comandante de la Flota de Submarinos del Pacífico.

-Bien, ¿estoy en lo cierto entonces?

-Se acerca bastante -reconoció Mancuso, que señaló a otras siluetas adheridas también al mapa.

-Sí, de acuerdo, Bart. Al ver cómo podía detectar la posición de las unidades de superficie, empezamos con los submarinos. Y ¿sabe qué? Que aún puedo detectar a esos mamones cuando salen a respirar. Aquí está su Línea de patrulla. Los detectamos, según mis cálculos, a lo largo de una tercera parte del tiempo de su paseo, y las posiciones son prácticamente constantes.

En el mapa significativo de la pared se apreciaban seis contactos dados por seguros. Eran siluetas inscritas en círculos que, en la realidad, tenían entre 32 y 48 km de diámetro. Otras dos siluetas figuraban entre signos de interrogación.

-Eso deja bastantes por localizar -señaló Chambers.

-Cierto -admitió Jones-. Pero tengo seis seguros, y acaso ocho. No podemos realizar buenas detecciones frente a la costa japonesa. Está demasiado lejos. Todo lo que detecto es tráfico de mercantes entre las islas -añadió-. Claro que... también he detectado a un gigantón de dos turbinas rumbo oeste, hacia las Marshall, y me da en la nariz que esta mañana ha debido de quedar vacío un dique seco.

-Eso es secreto -dijo Mancuso sonriente.

-Pues miren, yo, de ustedes, le diría al Stennis que tenga cuidado con esa línea de patrulla de submarinos japoneses. Quizá les convendría esperar a que los submarinos despejasen el sector, ¿no les parece?

-Podemos hacerlo así -reconoció Chambers-. Pero me preocupan mucho los submarinos que están por localizar.

-Aquí sonar.

-Le escucho -dijo el teniente Ken Shaw, que estaba de guardia.

-Posible contacto de sonar, posición cero-seis-cero... probable contacto sumergido... muy débil, señor -dijo el técnico de sonar.

Tras los continuos ejercicios prácticos, realizados durante los viajes desde Brementon y Pearl Harbor, la respuesta de la tripulación era automática. El grupo de control de fuego empezó de inmediato la localización. El técnico que se encargaba del analizador de ondas tomaba los datos, directamente desde la consola del sonar, y a partir de ellos trataba de determinar la distancia probable a que se encontraba el blanco. El ordenador realizaba los cálculos en sólo un segundo.

-Se trata de un tren de ondas directo, señor. La distancia es inferior a los veinte mil metros.

Dutch Clagget apenas había dormido aún al oírse el aviso de la cámara del sonar. Como tantos otros capitanes, no había hecho más que estar echado en su camarote, con los ojos cerrados, permitiéndose incluso un sueño irrelevante y confuso sobre un día de pesca en la playa, con un pez en la arena que reptaba por su espalda. El caso es que estaba totalmente despejado y ya en el centro de combate, descalzo y en calzoncillos. Echó un vistazo a las pantallas de los instrumentos para comprobar la profundidad, el rumbo y la velocidad. Luego, pasó a la cámara del sonar para ver por sí mismo los gráficos.

-Dígame a ver, contramaestre.

-Aquí, en la banda de los sesenta hertzios -contestó el suboficial señalando la pantalla con su lápiz.

La señal iba y venía, pero el caso era que la detectaban: una serie de puntitos verticales que cruzaba la pantalla, todos en la misma frecuencia. El rumbo oscilaba ligeramente de estribor a babor.

-Llevan en el mar más de tres semanas... -pensó Clagget en voz alta.

LIbrodot

-Mucho tiempo es ése para barcos diesel -convino el técnico del sonar-. ¿Quizá regresan para repostar?

Clagget se acercó más a la pantalla, como si tenerla más cerca pudiera cambiar las cosas.

-Podría ser. O quizá sólo cambien de posición. Lo lógico sería que tuviesen una patrulla frente a la costa. Téngame informado.

-A la orden, capitán.

-¿Y bien? -preguntó Clagget al equipo de detección.

-Tenemos una primera detección a catorce mil metros, rumbo oeste, velocidad unos seis nudos.

Clagget reparó en que el contacto quedaba dentro del radio de acción de sus torpedos teledirigidos. Pero la misión no le permitía tomar iniciativas de esa índole. ¿Increíble, no?

-Pongamos a calentar dos de nuestras latitas al baño María -dijo el capitán-. Cuando tengamos bien encarado a nuestro huésped, nos alejaremos hacia el sur. Si nos sigue, trataremos de distanciarlo, y si no hay otro remedio... dispararemos.

No tuvo que molestarse en mirar a sus hombres para ver lo que opinaban. Notó el cambio de su estado de ánimo por el ritmo de su respiración.

-¿Qué opinas? -preguntó Mary Pat Foley.

-Interesante -contestó Jack tras echarle un vistazo al fax que acababan de recibir de Langley.

-Nos lo ponen a huevo -dijo Ed Foley-. Pero nos la jugamos. -Ni siquiera están seguros de que esté allí -dijo Ryan a la vez que releía el despacho.

Era típico de John Clark. Claro. Expeditivo. Concluyente. Sabía pensar por su cuenta y, aunque muchas veces fuera el último eslabón en la cadena, sabía hacerse una idea de conjunto.

-Tengo que ir con esto arriba, chicos.

-Pues procura no tropezar por el camino -le recomendó Mary Pat con una radiante sonrisa, ya que aún sentía el hormigueo de la activista-. Yo recomendaría dar la luz verde.

-¿Y tú, Ed? -preguntó Jack.

-Es arriesgado. Pero a veces hay que hacer caso de quienes están sobre el terreno. Si queremos una solución política... nos conviene poder tratar con una figura política moderada. Necesitamos al personaje, y puede que ésta sea nuestra única oportunidad de tenerlo con vida.

Al consejero de Seguridad Nacional le parecía oír rechinar los dientes al otro lado de su TS-6. Los Foley no podían estar más en lo cierto. Y, además, opinaban los dos lo mismo.

-Os vuelvo a llamar en veinte minutos -dijo Ryan, que pasó a su teléfono normal-. Tengo que ver al presidente con urgencia -le dijo al secretario de la Presidencia.

Salía el sol. Tenía toda la pinta de ser uno de esos días calurosos en los que no corre una brizna de viento. El almirante Dubro reparó en que había adelgazado. Si no se ajustaba un poco más el cinturón de sus pantalones caqui, se le caían. Sus dos portaaviones se hallaban ahora en contacto regular con la Armada hindú. A veces, se acercaban tanto que se los veía a simple vista, aunque lo más frecuente era que el radar de rastreo de alguno de sus Harriers hiciese un barrido a cosa de cincuenta millas. Lo peor era que tenía órdenes de dejarles ver sus barcos. ¿Por qué puñeta no le ordenaban dirigirse al este, hacia los estrechos de Malaca? Allí se libraba una auténtica guerra. Había llegado a considerar la posible invasión hindú de Sri Lanka como una vejación personal, pero, al fin y al cabo, Sri Lanka no era territorio de los Estados Unidos y las Marianas sí. Los suyos eran los únicos portaaviones de que podía disponer el almirante Seaton.

De acuerdo: la aproximación no podrían hacerla del todo camuflados. Deberían cruzar uno de los varios estrechos para volver a entrar en el océano Pacífico; y por todos ellos había tanto

tráfico como por Times Square a mediodía. Incluso cabía la posibilidad de toparse allí con un submarino, pero tenía unidades de reconocimiento, aparte de que podía echar a pique a cualquier submarino que tratase de cerrarle el paso. Pero, en fin, sus órdenes eran seguir en el Índico y, además, dejarse ver.

La tripulación se había enterado, por supuesto. Tampoco él hizo el menor esfuerzo por ocultarlo. Aparte de que habría sido inútil, sus hombres tenían derecho a saber lo que pasaba, antes de verse en la refriega. Necesitaban estar al corriente. Sacar pecho e imbuirse de la resolución necesaria, para pasar de una mentalidad de tiempo de paz a la de tiempo de guerra. Lo malo era que, cuando uno se mentalizaba, tenía que hacerlo. Y no podían.

El resultado era para él el mismo que para cualquier hombre o mujer del grupo de combate: una lacerante frustración, mal humor y una creciente indignación. El día anterior, uno de los pilotos de sus Tomcats se plantó entre dos Harriers hindúes, a menos de tres metros, sólo para demostrarles quién sabía volar y quién no. Y aunque les metiese el miedo en el cuerpo a los visitantes, no fue algo muy profesional... Mike Dubro recordaba muy bien lo que era ser un teniente recién salido de la academia. Quizá él hubiese hecho lo mismo. De manera que aún le resultó más difícil el consiguiente rapapolvo. No tenía más remedio, a conciencia de que la tripulación volvería al camarote echando pestes de aquel memo del puente que los mandaba, que no tenía ni zorra idea de lo que era pilotar cazas porque, seguramente, los Spads con los que aprendió despegaban de cubierta atados a la cola de una corneta.

-Si disparan ellos primero nos pueden joder -dijo el comandante Harrison después de anunciar que, como de costumbre, acababa de aparecer la patrulla hindú del amanecer.

-Si nos largan un Exocet le cantaremos La marsellesa, Ed.

Fue una tímida humorada en homenaje a los temibles misiles franceses, aunque la verdad era que Dubro no estaba para muchas bromas.

-No sé si nos daría tiempo, si tienen suerte y aciertan en un depósito de combustible.

Vaya. Así que... hasta su comandante estaba pesimista. Mal asunto, pensó el almirante.

-Demuéstreles que no nos van a pillar desprevenidos -ordenó Dubro.

Momentos después, las unidades de escolta activaron sus radares de control de fuego enemigo y los fijaron en la posición de los intrusos. A través de sus prismáticos, Dubro vio que el crucero Aegis más cercano tenía misiles pintados de color blanco en sus plataformas de lanzamiento. Y luego que los situaban en posición, a la vez que los enfocaban con los radares de iluminación de blancos. El mensaje estaba bien claro: Fuera de aquí.

Podía haber enviado otro indignado despacho a Pearl Harbor, pero se dijo que Dave Seaton ya tenía bastantes quebraderos de cabeza. Donde de verdad se tomaban las decisiones era en Washington, y las tomaban quienes no entendían el problema.

-¿Cree que merece la pena hacerlo?

-Sí, señor -contestó Ryan, que llegó a aquella conclusión de camino al despacho Oval.

Significaba hacer que dos amigos corriesen un riesgo adicional, pero era su trabajo, y a él le correspondía tomar la decisión... en parte, por lo menos. Era fácil decir estas cosas, aunque le quitasen el sueño.

-Las razones son obvias, señor presidente -añadió el consejero de Seguridad Nacional.

-¿Y si falla?

-Ponemos a dos de nuestros hombres en grave peligro, pero...

-Pero están allí para eso, ¿no? -lo atajó Durling con cierta acritud.

-Los dos son amigos míos, señor presidente. No crea que me agrada la idea lo más...

-Calma, calma -lo atajó el presidente-, que tenemos a muchos que corren riesgos, y ¿sabe qué le digo?: que a mí no conocerlos me lo pone más difícil en lugar de más fácil. Es algo que me ha costado muy malos tragos aprender.

Durling miró a su mesa, atestada de documentos. Muchos de ellos no tenían nada que ver con la crisis en el Pacífico, pero debía despacharlos también. El gobierno de los Estados

Unidos de América no era moco de pavo. No podía desatender nada, por más crucial que fuese un asunto. ¿De verdad lo entendía su consejero?

Jack también veía aquellos mismos documentos. No necesitaba saber exactamente de qué trataban. Ninguno llevaba el sello de documento reservado o secreto. Sin duda, el presidente tenía la cabeza en muchos sitios a la vez. No parecía justo hacerle reproche alguno, sobre todo a un hombre que, como él, nunca ambicionó el cargo. Pero ése había sido su destino. Nadie obligó a Durling a aceptar la vice-presidencia, porque iba más con su carácter servir a otro, al igual que le ocurría a él. Tenían bastante en común, pensaba Jack.

-Perdone que le diga esto, señor presidente. He tenido en cuenta los riesgos, sí señor, y también que ése es su trabajo. Además, el propio John lo recomienda. Me refiero a que es idea suya. Es un buen activista y conoce los riesgos y lo mucho que podemos ganar. Mary Pat y Ed están de acuerdo en recomendar también la luz verde. La decisión, necesariamente, le corresponde a usted, pero así es como opinamos.

-¿No estaremos cogiendo el rábano por las hojas? -dijo Durling.

-No, señor. Creo que es algo sólido.

-Confío en que tengan mucho cuidado.

-Maravilloso! -exclamó Chávez.

Era una automática rusa del calibre 215, más pequeña aún que el juguetito que los chavales americanos (por lo menos los políticamente descarriados) aprendían a disparar en los campamentos de boy-scouts. Era el arma reglamentaria de los militares y policías rusos, lo que acaso explicaba por qué los delincuentes rusos sentían tanto desdén por la «bofia» local.

-Bueno, tenemos nuestra arma secreta en el coche -dijo Clark al sopesar la pistola.

Por lo menos con el silenciador resultaba una arma más equilibrada. Aquello le confirmaba algo que siempre había creído: que los europeos no tenían ni zorra idea de pistolas.

-Es que vamos a necesitarla también.

En la Embajada rusa tenían una sala de tiro para que se ejercitasen sus agentes de seguridad. Chávez colocó un blanco en el soporte de la pared y se situó a la distancia.

-Quítale el silenciador -dijo John.

-¿Por qué? -preguntó Ding.

-Míralo.

Chávez lo miró y vio que estaba lleno de rebaba.

-Dudo que puedan hacerse más de cinco o seis disparos con este trasto -añadió Clark.

Por lo menos en la sala de tiro tenían protectores para los oídos. Clark llenó un cargador con ocho balas, se situó a la distancia y disparó tres veces. La pistola hacía bastante ruido. La bala llevaba mucha pólvora, pero la cabeza era pequeñísima y salía a muy poca velocidad. Ojalá hubiese tenido una automática del 22. Pero, en fin, por lo menos se daba en el blanco.

Scherenko los miraba en silencio, malhumorado por las críticas de los americanos sobre las armas rusas e incomodado porque posiblemente tuviesen razón. Él aprendió a disparar hacía muchos años y nunca se le dio bien. Rara vez le hacía falta a un espía, pese a las películas de Hollywood. Por lo visto, eso no rezaba para los americanos, que no fallaban una, aunque... desde cinco metros. Cuando hubieron terminado, Clark limpió su arma, completó el cargador y llenó otro que se guardó en el bolsillo de detrás del pantalón. Chávez hizo lo mismo.

-Si va alguna vez a Washington -dijo Chávez-, le enseñaremos lo que utilizamos nosotros.

-¿Y el arma secreta de que hablaba? -le preguntó Scherenko a Clark.

-Pues eso: es una arma secreta -repuso John, que fue hacia la puerta seguido de Chávez.

Tenían todo el día para esperar su oportunidad -si cabía llamarla así- y también para que la espera acabase con sus nervios.

Era uno de los tormentosos días característicos de Shemya. Una aguanieve combinada con un viento de 90 km/h azotó la única pista de la base. Una tormenta tan ruidosa que amenazaba con perturbar el sueño de los pilotos de los cazas.

En el interior de los hangares, agruparon los ocho cazas para protegerlos de los elementos. Esto era especialmente necesario para los F-22 ya que, hasta la fecha, nadie se molestó en estudiar qué daños podían causarles los elementos a sus suaves fuselajes, así como a la antena de radar que llevaban en sentido transversal. No era el momento de averiguarlo. Lo normal era que la tormenta cesase en unas horas, al decir de los boletines meteorológicos, aunque a juzgar por la furia con que soplaba el viento podía durar un mes.

En el exterior, las dotaciones de tierra aseguraban los amarres de los aparatos de reconocimiento. Iban tapados hasta los ojos y porfiaban con todo aquello que amenazase con echar a volar cuando no tocaba.

Los otros aspectos de la seguridad de la base los afrontaba la instalación del radar Cobra Dane. Aunque parecía la pantalla de un antiguo autocine, en realidad era una versión gigante del compacto radar utilizado por los E-767 japoneses o, si se prefiere, del que llevaban los cruceros Aegis y los destructores de ambas armadas. Lo instalaron para controlar las pruebas de misiles soviéticos y, posteriormente, para colaborar en investigaciones de la atmósfera. Su potencia le permitía escudriñar hasta miles de kilómetros en el espacio y a varios centenares en la atmósfera. Sus sondas electrónicas hacían un constante barrido a la caza de intrusos. De momento, sólo detectaba aparatos comerciales, aunque... también a éstos se los vigilase estrechamente. A la menor señal de que alguno de los aparatos comerciales no lo fuese, despegaría, en menos de diez minutos, un Strike Eagle F-15E armado con misiles aire-aire.

La penosa rutina siguió durante todo el día. Durante unas pocas horas se vio bastante claridad tras las nubes como para confiar en que saliese el sol (un sol teórico, por lo menos). Pero qué va: el panorama que vieron los pilotos a través de las ventanas, al levantarse, era tal que parecía que las hubiesen pintado de negro. Ni siquiera las luces de la pista estaban encendidas, para evitar darle referencia ninguna a molestos visitantes que tratasen de localizar la base a oscuras.

-¿Preguntas?

La operación se planeó con rapidez pero con meticulosidad. Los cuatro pilotos principales participaron en la planificación. La noche anterior hicieron una prueba. Concluyeron que existían riesgos, pero que, en fin, los había siempre.

-Bueno. ¿Se ven capaces de realizarlo? -dijo el más veterano de los pilotos de los Rapiers.

Era nada menos que un teniente coronel, lo que no le ahorró el desparpajo de la respuesta.

-No se preocupe, señor -le contestó una comandante-. Por ese culito suyo tan hermoso haremos lo que sea -añadió, fingiendo enviarle un beso al alto oficial.

El teniente coronel en cuestión era en realidad un ingeniero y piloto de pruebas a quien hicieron interrumpir su trabajo con los F-22 de la base de Nellis. Lo único que sabía de las «viejas» Fuerzas Aéreas era por las películas, y por lo que había oído de jovencito. Pero encajó la grosería por el espíritu que la animaba más que por la forma. Los pilotos de los Strikes Eagle podrían no llevar aparatos muy «invisibles», pero eran de cuidado. Estaban a punto de emprender una misión de combate. El rango importaba bastante menos que la competencia y la confianza.

-Pues cojonudo -dijo el teniente coronel para no desentonar-. Llegó la hora crítica. A ello, pues.

Los tripulantes de los aparatos de reabastecimiento le rieron la gracia a la comandante. Estaba visto que las mujeres de las Fuerzas Aéreas se tomaban muy a pecho, como era lo propio, lo de igualar los modales de sus compañeros. La comandante de marras estaba buenísima, pensó uno. Quizá cuando creciese un poco podrían volar juntos en la United, le comentó al capitán que le estuvo dando rasca.

-Pues a algunos tíos les va peor -señaló un oficial de la South-west Airlines.

Los aparatos de reabastecimiento despegaron veinte minutos después, seguidos de uno de los E-3B.

Como de costumbre, los cazas despegaron luego. Los tripulantes llevaban trajes de vuelo de invierno. Una vez a bordo, se reiteró el gesticulante ritual sobre las normas de seguridad, aunque en el Pacífico septentrional y en aquella época del año, pareciese cosa de broma. Pero el reglamento era el reglamento. Los uniformes militares eran tan incómodos que entorpecían los movimientos. Los pilotos de los Rapiers subieron uno a uno en sus aparatos y los de los Eagles de dos en dos.

El coronel que dirigió el vuelo hasta la base se arrancó la insignia de plástico «RAPIER», prendida en la guerrera, y la sustituyó por la oficiosa que preferían los empleados de la Lockheed: la silueta de un primitivo Lightning P-38 bajo la del más moderno aparato de la compañía, entre el zigzag de un rayo blanco amarillento. En fin, la tradición ante todo, se decía el coronel, que no había nacido cuando vendieron el último de los bombarderos bimotores P-38 para el desguace. Lo que sí recordaba era haber montado la maqueta del primer caza americano con larga autonomía de vuelo. Sólo lo utilizaron una vez para lo que se concibió, lo que le valió a un piloto llamado Tex Lamphier una pizca de inmortalidad. Su vuelo no iba a ser muy distinto del de aquel día sobre las Salomón septentrionales.

Tenían que remolcar los cazas para sacarlos de los hangares. Antes de que arrancasen los motores, las tripulaciones se percataron de que el fuerte viento zarandeaba sus aparatos. Eran los momentos en los que los dedos acariciaban los controles y los pilotos se rebullían en sus asientos para ponerse en situación. Luego, uno a uno, los cazas arrancaron y se dirigieron hacia el borde de la pista. Volvieron a encender las luces, azules líneas paralelas que se adentraban en la oscuridad. Saldrían a intervalos de un minuto, porque despegar por parejas con aquel tiempo era demasiado peligroso. Y no era una noche para cometer errores absurdos.

Minutos después, las dos escuadrillas de cuatro aparatos sobrevolaban las nubes. Veían ya un cielo despejado, con brillantes estrellas y la multicolor aurora a su derecha. Colgaban cortinas de cambiantes colores, verdes y púrpuras, a medida que el viento astral afectaba a las cargadas partículas de las capas superiores de la atmósfera. Aquel efecto «de cortina» era precioso, además de todo un símbolo para los pilotos de los Lightnings.

La primera hora fue rutinaria. Los dos cuartetos volantes siguieron rumbo suroeste. Llevaban encendidas las luces parpadeantes anticolisión, a modo de advertencia a cualquier aparato que volase por las inmediaciones. Realizaron lecturas de comprobación con los ordenadores y revisaron los instrumentos de a bordo. Al acercarse los aparatos de reabastecimiento, sus estómagos se habían adaptado ya al zarandeo.

Los tripulantes de los aparatos de reabastecimiento (todos ellos reservistas, que en la vida civil trabajaban para compañías aéreas comerciales) eligieron un sector con buen tiempo para repostarlos. Los pilotos de los cazas lo agradecieron, por más que alardearan de soportar los baches como nadie.

Tardaron más de cuarenta minutos en llenarles los depósitos. Luego, los aparatos de reabastecimiento emprendieron el vuelo de regreso. Probablemente, para que sus tripulantes -pagados a precio de oro- siguiesen con la lectura de su Wall Street Journal, se dijo uno de los pilotos de los cazas al enfilar de nuevo hacia el suroeste.

Había llegado para ellos el momento de la verdad.

Sandy Richter encabezaba la misión, por supuesto, que no en vano fue idea suya. La pusieron en práctica meses atrás en la base de Nellis. Allí había resultado y de lo que ahora se trataba era de ver si resultaba aquí también. Se jugaba nada menos que la vida.

Richter llevaba en aquello desde los diecisiete años... (porque falseó la edad y coló, pues era grandote y fuerte). Desde entonces las había visto de todos los colores. Pero llevaba veintinueve años de servicio y pronto se retiraría para empezar una vida apacible.

Durante ese tiempo, sólo había pilotado helicópteros de combate. Si un helicóptero no llevaba armas, no le interesaba. Empezó en Huey Cobra AH-1: luego se graduó en Apache AH-64, que pilotó en su segunda y más breve guerra en los cielos de la península Arábiga. Ahora, tras 6 750 horas de vuelo según su diario de a bordo, arrancó los motores del Comanche, que sería el último modelo que pilotase.

Los dos motores de turbina se activaron con normalidad y el rotor empezó a girar. Los rangers que permanecerían como relevo en tierra lo rociaron con el único extintor que tenían. Apenas hubiese bastado para apagar una colilla, pensó Richter de mal talante. En seguida aceleró y se elevó.

La tenue atmósfera de alta montaña afectaba negativamente al rendimiento del aparato, pero no demasiado. Además, no tardaría en sobrevolar el mar.

El piloto meneó la cabeza, como de costumbre, para asegurarse de que tenía el casco bien puesto. Luego, enfiló hacia el este y bordeó las boscosas estribaciones del Shiraishi-san.

Ahí están, se dijo el comandante de la escuadrilla de F-22. Lo notó por la vibración que oyó a través de los auriculares, inmediatamente seguida por la información de su receptor de alerta: RADAR VOLANTE DE LA DEFENSA AÉREA, TYPE J, POSICIÓN 213.

Luego, le llegaron datos a través del E-3B, que llevaba en el sector el tiempo suficiente como para haber determinado su posición. El «Centinela» no había utilizado para nada el radar aquella noche, ya que no en vano los japoneses les dieron una lección el día anterior... y necesitaban tiempo para asimilarla. DISTANCIA AL BLANCO 2 440 KM. Aunque aún estaban muy lejos de la patrulla japonesa, dio su primera orden de viva voz para la misión.

-Comandante a las escuadrillas. ¡Sepárense en dos formaciones!

Al instante, las dos escuadrillas de cuatro aparatos se dividieron por parejas, dejando entre sí un espacio de dos mil metros. Los F-22 iban delante y los F-15 a su estela. Demasiado cerca. Corrían el peligro de crear un solapamiento de las señales de los radares.

El teniente coronel que comandaba las escuadrillas pilotaba el aparato con gran destreza. Sonreía para sí al recordar la observación de la comandante. ¿Conque tengo un hermoso culito, eh? Era la primera mujer que volaba en aquellos formidables aviones de combate. Ya había apagado las luces exteriores de su aparato. Confiaba en que la tenue luz que llevaba en el visor del casco funcionase bien.

El E-767 que se encontraba más al norte estaba ahora a 640 km de distancia. Los cazas iban a 900 km/h y a una altitud de 12 000 m, para ahorrar combustible.

Las costumbres laborales de los ejecutivos japoneses hicieron que su entrada llamase menos la atención de lo que la hubiese llamado en los Estados Unidos. Había un hombre en el vestíbulo, pero miraba la TV. Clark y Chávez entraron muy decididos, aparte de que en Tokio a nadie preocupaba la delincuencia.

Con la respiración algo alterada, se metieron en un ascensor y oprimieron un botón. Se miraron con alivio, aunque en seguida lo hicieron con aprensión. Sólo Chávez llevaba maletín. Iban ambos con sus mejores ternos, corbata y camisa blanca. Daban el pego. Cualquiera los hubiese tomado por ejecutivos que acudían a una reunión nocturna o algo parecido. El ascensor se detuvo cinco plantas antes de la última. Eligieron aquélla porque desde abajo no vieron luces en las ventanas. Clark asomó la cabeza, a conciencia de que era una precaución típica del delincuente, para asegurarse de que no había nadie en el pasillo. Como así era en efecto. Fueron con rapidez y sigilo hacia la puerta de la escalera de incendios y empezaron a subir. Se aseguraron de que no hubiese allí cámaras del servicio de seguridad. Afortunadamente no las había, por lo menos en aquellas plantas. Clark miró hacia arriba y hacia abajo. No había nadie más en la escalera. Siguió ascendiendo, alerta, atento al menor ruido.

LIbrodot

-Nuestros amigos han vuelto -dijo uno de los controladores de a bordo a través del intercomunicador-. Rumbo cero-tres-tres. Distancia cuatrocientos veinte kilómetros. Un... No. Dos contactos; muy juntos. Son aparatos militares que se acercan a tierra, a novecientos kilómetros por hora -añadió.

-Muy bien -dijo tranquilamente su compañero de consola, a la vez que seleccionaba una pantalla de gráficos-. ¿Detectan actividad de radar al noreste? -añadió a través de la radio.

-Ninguna -contestó de inmediato el oficial de contramedidas electrónicas-. Debe de tratarse de una misión de reconocimiento. -Wakarémas.

Lo que procedía era mandar por delante a los dos cazas que volaban al este del «Kami». Los dos F-15J acababan de incorporarse a la misión de patrulla en aquel sector. Llevaban los depósitos casi a tope. Luego se dio la orden de que despegasen otros dos cazas de la base de Chitose. Tardarían unos quince minutos en llegar al sector. Bastaba con eso, se dijo el controlador jefe. Tenía tiempo sobrado.

-No pierda la señal de esos aparatos ni un momento -le ordenó al técnico.

«¿Nos habéis detectado ya, verdad? -se dijo el teniente coronel-. Pues muy bien.»

Mantuvo el rumbo y la velocidad para facilitarles la labor. Quería que lo tuviesen localizado y que detectasen todos y cada uno de sus movimientos. El resto era pura aritmética. Los Eagles estarán ahora a unos 320 km, aproximándose a una velocidad de casi 1 000 km/h. Se separarán dentro de seis minutos.

Miró su reloj y luego hacia el exterior, en busca de algo que brillase más que una estrella.

Había una cámara de seguridad en la última planta, al final de la escalera de incendios. O sea, que Yamata padecía algo de manía persecutoria. Claro que a quienes padecen de manía persecutoria, a veces también los acecha el peligro de verdad, se dijo Clark. En seguida reparó en que la cámara enfocaba hacia el rellano superior. Subieron los diez peldaños que faltaban hasta el siguiente y luego los diez que los separaban de una puerta. Clark se detuvo a reflexionar un momento. Chávez hizo girar el pomo de la puerta de la penúltima planta. No parecía estar cerrada con llave. Quizá habría alarma de incendios, le dijo Clark, aunque sacó la palanqueta y la ganzúa de todas maneras.

-¿Cómo lo ves?

-Pues... que preferiría estar en cualquier otro sitio -contestó Ding, que sacó la linterna a la vez que John le colocaba el silenciador a su pistola-. ¿Lento o rápido? -preguntó.

Era lo último que les quedaba por decidir. Acercarse despacio, como si fuesen a su trabajo con toda normalidad; o quizá como si se hubiesen perdido... No. En esta ocasión no. Clark alzó el índice, respiró hondo y echó hacia adelante. Cuatro segundos después hacía girar el pomo de la puerta de la última planta y la abría. Irrumpieron en el pasillo y apuntaron al vigilante, que guardaba la puerta pero miraba en aquellos momentos hacia el otro lado.

El ruido lo alarmó y vio a un tipo grandote echado en el suelo. Parecía apuntarlo con una pistola. Llevó la mano a la culata de la suya, a la vez que miraba a sus potenciales blancos. Porque había otro, y llevaba una cosa que...

A aquella distancia, el haz luminoso tenía casi la misma fuerza que un objeto contundente. Con tres millones de bujías era como darse de bruces con el sol. La descarga de energía invadió el sistema nervioso del vigilante. Le achicharró el trigémino, que va desde la parte posterior del ojo y pasa por la base del cerebro, para bifurcarse después a través de la red de neuronas que controla los músculos de movimiento voluntario. El efecto, como ocurrió en

Africa, destrozó el sistema nervioso del vigilante, que cayó al suelo como un muñeco de trapo, con la mano aferrada aún a la culata de su pistola.

La luz era tan potente que el reflejo en las blancas paredes aturdió a Chávez ligeramente. Clark había cerrado a tiempo los ojos y cargó con el hombro hacia la puerta de doble hoja.

Vio a un tipo que acababa de levantarse de la silla que tenía frente a un televisor. Se alarmó ante la inesperada irrupción. No había tiempo para la piedad. Clark le apuntó y disparó dos balas que le entraron por la frente. John notó en seguida la mano de Ding en su hombro. Corrieron pasillo adelante y miraron por todas las habitaciones. En la cocina, pensó. Siempre encontraba uno gente en la cocina...

Y en efecto. El tipo que allí había era casi de su estatura. Lo vio desenfundar el arma al ir hacia el pasillo que conducía al salón. Llamó a alguien y preguntó algo. Pero también él estuvo un poco lento. No llevaba el arma en posición de disparo y se encontró con quien sí la llevaba, y le apuntaba. Sería lo último que viese.

Clark echó un rápido vistazo al resto del lujoso ático, pero sólo encontró estancias vacías.

-¡Yevgeniti Pavlovich! -llamó.

-¡Por ahí, Vania!

Clark retrocedió hacia la izquierda. Miró a los dos hombres que yacían en el suelo para asegurarse de que estaban muertos. Sabía que no olvidaría aquellos cuerpos, como tampoco había olvidado los de los demás. Era consciente de que volverían una y otra vez a su memoria. Y de que, como siempre, trataría de justificarse.

Koga estaba allí sentado, muy pálido. Chávez/Chekov miró en derredor. El tipo que estaba frente al televisor no había tenido tiempo de desenfundar el revólver. Lo llevaba colgado del hombro... Probablemente porque lo habría visto en el cine, pensó Clark. No podía llevar uno el arma en peor sitio, si la necesitaba de pronto.

-Despejado por la izquierda -dijo Chávez, sin olvidar decirlo en ruso.

-Por la derecha también -dijo Clark, que se impuso conservar la calma mientras miraba con fijeza al tipo del televisor.

Se preguntaba cuál de los que había matado fue responsable de la muerte de Kim Norton. Probablemente, no fue el de la puerta del pasillo.

-¿Quién es usted? -preguntó Koga con una mezcla de sorpresa e indignación.

No acertó a recordar que ya se conocían. Clark respiró hondo antes de contestarle.

-Hemos venido a liberarlo, Koga-san.

-¡Los han matado! -exclamó Koga tembloroso.

-Ya hablaremos luego de eso. Quizá. ¿Quiere acompañarnos, por favor? Con nosotros no corre ningún peligro, señor.

Koga no era inhumano. A Clark le pareció admirable que se preocupase por la muerte de aquellos hombres, aunque era evidente que no se mostraron muy amistosos para con él. Pero había que sacarlo de allí pitando.

-¿Cuál de ellos era Kaneda? -preguntó Chávez.

El ex primer ministro señaló al que estaba en la estancia. Ding se acercó a echarle un último vistazo. Se abstuvo de decir nada y miró a Clark, cuya expresión quizá sólo ellos dos comprendiesen.

-Vamos, Vania, hay que marcharse ya.

La pantalla de la consola que mostraba las amenazas potenciales parecía haber enloquecido. No reflejaba más que zonas rojas y amarillas, y una voz femenina le decía que lo habían detectado. Pero, en aquel caso, sabía él más que el ordenador, pensó Richter. Era un alivio saber que aquellos endemoniados instrumentos no siempre acertaban.

Concentrarse en el vuelo era, de por sí, bastante difícil. Aunque con el Apache también habría podido cumplir con la misión, prefería ir a bordo de un RAH-66. Nadie hubiese dicho que Richter estaba tenso. Los años de práctica le permitían arrellanarse en su asiento

blindado, con el antebrazo derecho apoyado en el cuadro, mientras la mano accionaba los controles. Meneaba la cabeza de uno a otro lado y escrutaba el cielo. Comparaba el horizonte real con el de los instrumentos instalados en el morro del aparato. El horizonte de Tokio era perfecto para su misión. Por fuerza, el bosque de rascacielos tenía que generar todo tipo de señales, que interferirían en los radares de los aparatos a los que se acercaba. Ni el mejor de los programas de ordenador podía con aquellos enjambres de «parásitos». Era una ventaja, porque le dejaba más tiempo para maniobrar.

El curso del Tone lo orientó durante casi todo el trayecto que le quedaba. Por la orilla sur discurría la vía del tren que iba directo a Choshi, que debía de ir a más de 180 km/h. Se situó en la posición adecuada para sobrevolarlo. Con un ojo miraba al tren. Con el otro a la señal que se movía en la pantalla en la que aparecían las amenazas potenciales. Se mantuvo a unos treinta metros de las torres de catenaria, exactamente a la misma velocidad del tren, en la perpendicular del furgón de cola.

-Es curioso -dijo el operador de a bordo del «Kami-2», al detectar una señal intermitente.

La recibía realzada por el ordenador, muy cerca de las coordenadas de la posición de su propio aparato.

-Posible aproximación a baja altura -le dijo al controlador jefe a través del intercomunicador, a la vez que enviaba la imagen realzada a la consola del comandante.

-Es un tren -le contestó de inmediato su compañero, que acababa de comparar las coordenadas con el mapa de la cabina.

Era el problema de volar con aquellos aparatos a demasiado baja altura. Los programas corrientes de selección de señales, comprados a los americanos, sólo fueron parcialmente reconvertidos. El radar volante detectaba cualquier cosa que se moviera. Sin embargo, ni todos los chips del mundo confabulados eran capaces de clasificar y mostrar todos los contactos procedentes de los coches y de los camiones, que circulaban por las autopistas que discurrían bajo el aparato. Al objeto de descargar de trabajo a los ordenadores, se los eximía de captar nada que se desplazase a menos de 150 km/h. Al sobrevolar tierra, la medida no era eficaz, sobre todo en el país que tenía los trenes más rápidos del mundo.

Para cerciorarse, el controlador jefe siguió atento a la señal intermitente durante unos segundos. Y, en efecto, discurría por la línea férrea principal que unía Tokio con Choshi. De ninguna manera podía ser un reactor. Teóricamente, un helicóptero podía hacer algo similar. Sin embargo, a juzgar por lo débil de la señal, los parásitos debían de proceder de la vibración del techo metálico del tren y, probablemente, de la resonancia con las torres de catenaria.

-Regulen su discriminador de señal para más de doscientos kilómetros por hora -les ordenó a sus técnicos.

Tardaron sólo tres segundos en hacerlo. En seguida dejaron de captar la señal intermitente que partía del curso del Tone, y las de otros dos contactos similares que habían detectado antes.

Tenían cosas más importantes que hacer. El «Kami-2» se encargaba de recibir las emisiones de los «Kamis-4 y 6». Luego, las retransmitía al Cuartel General de la Defensa Aérea de Tokio.

Los americanos se empeñaban en poner de nuevo a prueba sus defensas con sus modernizados F-22. Trataban de ver si podían superar a los «Kamis». Pues muy bien. En esta ocasión no les reservaban una acogida tan amistosa. Ya estaban en el aire ocho aparatos de intercepción Eagle F-15, cada cuatro de ellos controlados por un E-767. Si los cazas americanos se acercaban más, lo iban a pagar muy caro.

Tenía que arriesgarse a una transmisión clara. Aunque la hiciese a través de un canal codificado, eso era algo que ponía nervioso al coronel. Pero toda operación entrañaba riesgos.

-¡Comandante a escuadrillas! Atentos para separarse. Cinco. cuatro... tres... dos... uno. ¡Sepárense!

El coronel hizo que su aparato se elevase y se alejara del Strike Eagle, que llevaba media hora a su estela. Con la mano derecha activó el emisor regulable del radar, con el que había

amplificado la señal de retorno del radar volante japonés que tenía detectando a su aparato. Por detrás, y a menor altura, volaba el F-15E de la comandante, que descendería un poco más y viraría a la izquierda.

El Lightning ascendía rápidamente, con lo que perdió casi toda su velocidad de avance. El coronel accionó la aceleración rápida y se dispuso a realizar una maniobra de giro para enfilar en dirección contraria.

El coronel era consciente de que el radar japonés podía seguir captando a su aparato, pero también sabía cómo: lo tenían a máxima potencia y, como consecuencia de ello, captaría «de todo», cualquier tipo de señales, que el ordenador tenía que clasificar antes de mostrárselas en los monitores a los técnicos. Sustancialmente, hacía lo mismo que un oficial de reconocimiento, sólo que con mayor rapidez y eficiencia, pero no era perfecto, tal como él y los otros tres Lightnings estaban a punto de demostrar.

-Giran hacia el sur -dijo el controlador japonés.

Pudo ahorrarse perfectamente su información. Cuatro técnicos distintos lo habían detectado ya: algo se acercaba. Ni él ni sus compañeros podían saber que el ordenador captaba señales erráticas que se dirigían al norte. Eran más débiles que las que no se movían lo bastante de prisa para ser catalogadas como aeronaves. Tampoco se correspondían con ninguno de los cursos probables que habría seguido una aeronave. Las cosas se complicaban.

-Nos provocan interferencias...

El aparato del coronel volaba ahora casi vertical. Era peligroso. Con esa inclinación (que implicaba tan poca velocidad de avance como mucha potencia) ofrecía el perfil de vuelo menos «invisible» para los E-767. No obstante, como tampoco se desplazaba lo más mínimo de la vertical del tren, la señal podría interpretarla el E-767 como una señal errática, sobre todo con la «nevadita» y el enjambre de «parásitos» que le enviaban los poderosos instrumentos de los Strikes Eagle.

En menos de treinta segundos, todos los Lightnings de su escuadrilla se elevaron hasta los 18 000 m. El coronel iba muy atento a la pantalla de amenazas potenciales. Si los japoneses lo tenían localizado lo notaría. Concentrarían toda la energía de su radar en su aparato. Y no lo notaba. Su caza era, pese a todo, lo bastante «invisible» como para que su señal se perdiese en un bosque de erráticas señales. Su ordenador captaba ahora impulsos laterales. El E-767 había pasado a la modalidad de control de fuego, pero no lo apuntaban a él. Perfecto.

El coronel aceleró hasta que su Lightning alcanzó los 1 600 km/h, a la vez que activaba, él también, la modalidad de control de fuego.

-Ligeramente hacia el norte. Lo tengo encima mismo, Sandy -le dijo su compañero-. Incluso lleva las luces encendidas.

El tren se detuvo en una estación de las afueras y el Comanche lo dejó atrás. Fue hacia la ciudad de la costa, a poco más de 200 km/h.

Richter flexionó los dedos una vez más. Miró hacia arriba y vio las luces del aparato japonés. Volaban en su perpendicular. Por mejor que fuese su radar, no podía mirar hacia abajo, a través del fuselaje de su propio aparato... Por si cupiese alguna duda, la pantalla que reflejaba las amenazas potenciales estaba en blanco.

-Allá vamos -dijo a través del intercomunicador.

Aceleró a fondo, aunque sabía que forzaba en exceso los motores. El Comanche se elevó con un airoso caracoleo. Lo único preocupante era la temperatura de los motores. Estaban diseñados para soportar mucho, pero la verdad es que les pedía demasiado. Una señal de alarma apareció en el visor de su casco, una barra vertical que empezó a alargarse y a cambiar de color, casi tan rápidamente como los números del altímetro.

-¡Madre mía! -exclamó el compañero de Sandy al mirar hacia abajo.

Seleccionó la pantalla de proyectiles para ganar tiempo antes de inspeccionar de nuevo el panorama.

-Ni una alma... -añadió.

Estaba cantado, pensó Richter. No era caso de ponerles a tiro su precioso aparato. Formidable. Porque Richter sí veía perfectamente el avión japonés, mientras su helicóptero subía como un rayo hasta los 3000 m, como todo un caza, ya que eso es lo que era, con rotor o sin él.

Ahora lo veía incluso en pantalla. Estaba aún demasiado lejos para dispararle, pero lo tenía allí, en forma de señal parpadeante, en el centro de aquella caja «lista». Tocaba hacer una comprobación. Activó el programa de iluminación de misiles. De acuerdo a las características del radar del F-22, había muy pocas probabilidades de intercepción. Pintaba bien.

-Acaban de detectarnos -dijo el oficial de contramedidas-. Nos han detectado en alta frecuencia, desde una posición desconocida -añadió.

El oficial miraba desesperadamente a sus instrumentos en busca de más datos.

-Probablemente es alguno de los nuestros -dijo el controlador jefe, enfrascado en las coordenadas de sus cazas.

-No, no. Por la frecuencia no puede ser -dijo el oficial tras hacer una nueva lectura.

Fue inútil. Ningún otro dato justificaba el escalofrío que acababa de sentir.

«Alarma por recalentamiento de motor. Alarma por recalentamiento de motor», le decía la voz del ordenador, al ver que ignoraba descaradamente la señal de pantalla.

-Ya lo sé, encanto -contestó Richter.

En el desierto de Nevada logró ascender a toda velocidad hasta los 7000 m, tan por encima del límite de tolerancia del fuselaje de un helicóptero que se asustó, recordaba Richter. Pero eso fue con un aire relativamente cálido, y aquí era bastante más frío. Subió, no obstante, hasta 6 600 m, altitud respetable también, justo en el momento en que su blanco cambió el rumbo y se alejó. Iba a unos 540 km/h. Probablemente, utilizaba un motor para la propulsión y el otro para generar energía para su radar. No le advirtieron de tal posibilidad, pero parecía lo lógico. Sólo lo tendría a tiro durante unos segundos. Los motores de turbina de aquel aparato comercial reconvertido eran un apetitoso blanco para sus misiles Stinger.

-Lo tenemos justo a tiro, Sandy.

-Recibido.

Con la mano izquierda seleccionó el menú de misiles. Se abrieron las portillas laterales del aparato. En cada una de ellas iban alojados tres Stingers. Apuró al máximo su capacidad de maniobra, hizo girar el aparato, levantó la caperuza del botón de fuego y lo apretó seis veces. Los misiles salieron en busca del blanco, que se encontraba a poco más de tres kilómetros de distancia.

Richter disminuyó en seguida la velocidad y descendió para en-friar sus maltratados motores. Miraba al suelo mientras su compañero seguía la trayectoria de los misiles.

El primer Stinger se quemó antes de alcanzar el blanco. Los otros cinco lo hicieron mejor. Aunque dos de ellos perdieron potencia antes del impacto, cuatro acertaron; tres en el motor derecho y uno en el izquierdo.

-Impactos. Impactos múltiples.

A baja velocidad, el E-767 no tenía muchas probabilidades. A pesar de que las ojivas de los Stingers eran pequeñas, aquellos aparatos, en principio concebidos para usos civiles, no estaban en condiciones de soportar graves daños. Los dos motores se pararon en el acto. El que realmente propulsaba la nave saltó hecho pedazos, que fueron a dar en el ala derecha y

produjeron destrozos que afectaron a la aerodinámica del fuselaje. El reactor japonés empezó a girar como un trompo. La impotente tripulación vio que se desprendía la mitad del ala de estribor.

Los operadores del radar de tierra se fijaron en el gráfico alfanumérico. El «Kami-2» emitía señales intermitentes de emergencia que desaparecieron al cabo de unos segundos.

-A ésos no los libra nadie, Sandy.

-Recibido.

El Comanche descendió vertiginosamente y se dirigió hacia la costa. Los motores volvieron a su ritmo normal. Richter confiaba en no haberles causado grave daño. Por lo demás..., no era la primera vez que mataba.

-Acaba de estrellarse el «Kami-dos» -informó el oficial de comunicaciones.

-¿Qué? -exclamó el controlador jefe, enfrascado en su misión de intercepción.

-Una explosión, o algo parecido. Y luego se ha perdido toda señal.

-Permanezca atento a la pantalla, que yo tengo que seguir con mis Eagles.

El coronel era consciente de que el peligro se acentuaba para los F-15. Su labor consistía en hacer de cebo; atraer a los Eagles japoneses más hacia el mar, mientras los Lightnings se adentraban hacia tierra. Ahora había que abatir a su radar volante y cerrar la trampa. Por lo pronto, un tercer E-767 había desaparecido del mapa. Parte de la misión se había cumplido con éxito. Ahora tocaba otra...

-Control de fuego. ¡Preparados!

El coronel activó los radares de iluminación, a unos 32 km del radar volante japonés. Luego les abrió las portillas a sus misiles AMRAAM para que le echasen un vistazo a la presa. Los disparó.

-¡Vamos, a por él!

Al abrir las portillas de los misiles, los Lightnings eran tan invisibles para los ojos electrónicos como un rascacielos. Aparecieron señales intermitentes en cinco pantallas distintas, además de alarmas adicionales que incluían los datos de la velocidad y el rumbo del recién descubierto aparato. Las palabras del oficial de contramedidas vinieron a ser como la definitiva sentencia.

-¡Nos han iluminado a muy corta distancia¡ ¡Posición cero-dos-siete!

-¿Qué? ¿Cómo dice?

Porque el controlador de a bordo japonés seguía enfrascado con sus Eagles, a punto de disparar sus misiles contra los intrusos americanos. El «Kami-6» había pasado ya a la modalidad de control de fuego, que permitía a los aparatos de intercepción disparar contra la posición de la señal intermitente, tal como hicieron con los bombarderos B-1B. Ya no podía detener la orden, se dijo el oficial.

La última alarma llegó demasiado tarde para poder replicar. A sólo ocho kilómetros, los misiles activaron sus radares-guía individuales, que los llevaban infaliblemente al blanco. Iban a una velocidad tres veces superior a la del sonido, propulsados por motores de combustible sólido, hacia un aparato dotado de un enorme radar volante. No cabía duda de que los AMRAAM eran brillantes armas de la nueva generación.

Cuando el piloto se enteró, a través del intercomunicador, desvió el aparato hacia la izquierda e intentó un descenso en picado, aunque sabía que era inútil.

Lo último que vio fue el resplandor amarillento del escape de un misil.

-Abatido -musitó el coronel-. Atención, escuadrilla. Blanco abatido.

-Confirmado. Blanco abatido -oyó a través de la radio.

Los cuatro Lightnings se encontraban ahora entre la costa japonesa y ocho aparatos de intercepción Eagle F-15J. Por el lado del mar, los Strikes Eagle F-15E debían de adentrarse ya, activarían sus radares y lanzarían sus AMRAAM. Algunos darían en el blanco, y los cazas japoneses que sobreviviesen volverían a su base... cruzándose con su escuadrilla de cuatro aparatos.

Los radares de tierra no podían detectar el combate aéreo que tenía lugar. Quedaba demasiado lejos y por debajo del horizonte del radar. Lo que sí detectaron fue un aparato propio que se dirigía a la costa, como pudieron descifrar por su señal. Luego, detectaron que se detenía en seco en el aire y que la señal se perdía.

En el Cuartel General de la Defensa Aérea, el análisis de los datos de los tres aparatos de reconocimiento abatidos no daba ninguna pista. Es decir, sí: la guerra que su país empezó iba muy en serio y tomaba un giro inesperado.

43. Bailar al son que tocan

-Yamata es un empresario -lo atajó Chávez-. Debería usted verlo claro: Yamata no sabe en lo que se ha metido.

-Ya. A ustedes los americanos se les da muy bien matar. He tenido oportunidad de verlo hace quince minutos.

-La ha tenido también de ver que hemos dejado a uno con vida -le espetó John.

La agria respuesta de Clark hizo que la conversación se interrumpiese durante varios segundos. Koga tardó en comprender que aquello era evidente. El que vigilaba la puerta estaba vivo cuando se acercaron a verlo. Se quejaba y se estremecía, como si se hubiese electrocutado, pero estaba vivo.

-¿Y por qué no lo han matado...?

-Porque no teníamos ninguna razón para hacerlo -contestó Chávez-. No pienso excusarme por lo de ese cabrón de Kaneda. Se lo venía buscando. Además, al entrar yo en la habitación iba a sacar el arma, y eso no es cosa de broma. Esto no es una película. No matamos por placer. Entramos a rescatarlo, porque alguien tiene que acabar con esta maldita guerra. ¿Entendido?

-Aun así... Aun así, lo que el Congreso de los Estados Unidos hizo... ¿Cómo va a sobrevivir mi país económicamente?

-¿Cree que le irá mejor si la guerra continúa? -le preguntó Clark-. Si Japón y China atacan a Rusia, ¿qué imagina que va a ocurrirles a ustedes? ¿Quién cree que de verdad pagaría los platos rotos? ¿China? Lo dudo.

-Sé que no son ustedes rusos -dijo Koga al pasar al asiento de atrás con Chávez, mientras Clark se ponía al volante.

-¿Y qué se lo hace pensar así? -preguntó Clark candorosamente.

-Porque Yamata cree que he estado en contacto con americanos. Ustedes dos son los únicos gaijin con quienes he hablado desde que empezó esta locura. ¿Qué está ocurriendo? -preguntó el político.

-Por lo pronto, señor, que lo hemos rescatado de manos de quienes lo querían muerto.

-Yamata no sería tan loco como para hacer algo así -replicó Koga.

Aún no se había recuperado de la conmoción que le producía toda violencia no limitada a la pantalla de un televisor.

-Yamata ha desencadenado una guerra, Koga-san. Ya puestos... ¿qué cree que va a importarle matarlo a usted también? -le dijo John con toda la delicadeza de que fue capaz.

-O sea, ¿que sí son americanos?

Bah. ¡Qué puñeta!, pensó Clark.

-Pues sí, señor, somos americanos.

-¿Espías?

-Agentes del Servicio de Inteligencia -prefirió llamarlo Chávez-. El que estaba con usted en la habitación...

-¿Se refiere al que mató usted? ¿A Kaneda?

-Sí, señor. Asesinó a una ciudadana norteamericana, a una joven llamada Kimberley Norton. Y la verdad es que me alegro de haberlo quitado de en medio.

-¿Quién era ella?

-La amante de Goto -le aclaró John-. Al convertirse en una amenaza política para su nuevo primer ministro, Raizo Yamata decidió liquidarla. Sólo vinimos a su país para rescatarla -le mintió Clark... en parte.

-Nada de todo esto era necesario -dijo Koga, claramente en desacuerdo-. Si el Congreso de los Estados Unidos me hubiese dado la oportunidad de...

-Quizá tenga usted razón. No me atrevería a asegurarlo. Bien pudiera ser -dijo Chávez-. Aunque ¿no cree que poco importa ahora?

-Pues dígame a ver qué es lo que importa.

-Acabar con esta locura antes de que haya más muertes -con-testó Clark-. He combatido en varias guerras, y le aseguro que no son nada divertidas. Mueren muchos jóvenes antes de tener la oportunidad de casarse y de tener hijos. Y eso es muy penoso, ¿no cree? Es malo para mi país, y peor va a ser aún para el suyo.

-Yamata está convencido de que...

La primera noticia llegó a Washington vía satélite. Uno de los orbitantes espías pasó por la vertical del sector, justo a tiempo de registrar la «extinción de la señal» (tal como lo expresaban los despachos) de los tres aparatos de reconocimiento japoneses. En otros comunicados, se informaba de que el satélite había registrado también ininteligibles comunicaciones por radio, que duraron varios minutos antes de extinguirse a su vez. Los analistas trataban de descifrarlas, decía el informe que Jack Ryan tenía en las manos.

Sólo he abatido uno, se dijo el coronel. Tendría que conformarse. Su artillero cazó al F-15J más rezagado. Su ala sur se cargó a tres y los Strikes Eagle liquidaron a los otros cuatro. Quedarse sin el aparato de reconocimiento los dejó muy vulnerables. Presumiblemente, el equipo de la Operación ZORRO habría liquidado al tercer E-767. En conjunto no se había dado mal la noche, aunque había sido de aúpa, se dijo tras reagrupar su escuadrilla de cuatro aparatos. Volverían al punto de encuentro con el aparato de reabastecimiento. Luego, les quedaría un vuelo de tres horas para regresar a Shemya.

Lo que más difícil se hacía era el obligado silencio de la radio. Por lo menos algunos de sus hombres debían de estar exultantes. Sacarían pecho, como era normal en los pilotos de los cazas tras cumplir bien con una misión. Arderían en deseos de contarlo con todo lujo de detalles. No iban a tardar en poder hacerlo, se decía en el abrumador silencio que lo obligaba a pensar en aquel aparato: el primero que había abatido desde el aire. Treinta tripulantes. Joder. Lo lógico es que estuviese satisfecho, ¿no? ¿Por qué no lo estaba entonces?

Acaba de ocurrir algo muy interesante, se dijo Dutch Clagget. Sólo captaban aún una débil señal de un submarino japonés en su sector. Lo que estaba claro era que se alejaba de ellos, hacia el norte, lo que permitía al Tennessee seguir en su posición.

A la manera de los submarinos de patrulla, llevaba un par de días muy cerca de la superficie, para desplegar su antena de radar, rastrear el de los aviones japoneses y transmitir cuantos datos pudiera a los suyos.

Los submarinos se habían dedicado al espionaje electrónico desde antes de su aplicación en Annapolis. Dos miembros de su tripulación eran técnicos en electrónica que demostraron en seguida ser auténticos expertos. Pero los que estaban en aquellos momentos frente a las consolas... acababan de perder una señal. Captaron transmisiones radiofónicas y, cuando más entusiasmados estaban por la detección, las voces se extinguieron una tras otra, en dirección norte.

-¿Cree que los ha localizado, capitán? -preguntó el teniente Shaw.

Porque se daba por supuesto que los capitanes lo sabían todo, aunque así no fuera.

-Podría ser.

-Aquí sonar.

-Le escucho -contestó el teniente.

-Parece que nuestro amiguito ha vuelto a salir a respirar. Posición cero-cero-nueve. Probable contacto con su radar -informó el jefe del sonar.

-Voy a empezar el seguimiento -dijo Shaw.

El teniente se dirigió a popa, a la cámara en la que se encontraban los mapas y las cartas de navegación.

-¿Qué ha sucedido? -preguntó Durling.

-Hemos abatido tres de sus aparatos dotados de radar volante. Y nuestros aviones de combate han aniquilado a su patrulla de cazas -contestó el consejero de Seguridad Nacional sin asomo de vanagloria.

-¿Y era eso lo más peliagudo?

-Sí, señor -contestó Jack-. Necesitamos que sigan confusos pero, por lo pronto, ya saben que no estamos de brazos cruzados. Saben...

-Que puede degenerar en una guerra en toda regla, en definitiva. ¿Hay noticias de Koga?

-Todavía no, señor presidente.

Eran las cuatro de la madrugada y a los tres se les notaba. Koga no había sucumbido aún al estrés. Trataba de guiarse por la cabeza en lugar de por sus sentimientos, mientras sus dos anfitriones (que así era como los consideraba pese a sí mismo) lo llevaban de un lado a otro. Se preguntaba si hicieron bien al dejar con vida al vigilante de la puerta del apartamento de Yamata. ¿Se habría recuperado ya? ¿Avisaría a la policía? ¿A otras personas? ¿En qué iría a parar la aventura de aquella noche?

-¿Cómo sé que puedo confiar en ustedes? -preguntó Koga tras un largo silencio.

Clark crispó los dedos con tal fuerza en el volante como para dejar sus huellas dactilares en el plástico. El cine y la TV tenían la culpa de que se pudieran hacer preguntas tan estúpidas. En la pantalla, los espías actuaban del modo más rocambolesco. Confiaban en desorientar así a los adversarios, igualmente ingeniosos, a quienes se enfrentaban. La realidad era muy otra. Procuraba uno hacer las operaciones lo más sencillas posible. Porque incluso las más sencillas te podían salir respondonas y, como el adversario fuese un poco espabilado, no te iba a dar tiempo ni de enterarte de quién era. Inducir a los demás a hacer lo que uno quería, sólo resultaba si estaba uno en condiciones de no dejarle al otro más que una alternativa. Y aun así, las más de las veces, te salía con algo inesperado.

-Mire, acabamos de jugarnos la vida por usted. Pero, en fin, si no quiere, no tiene por qué confiar en nosotros. No voy a ser tan imbécil de decirle lo que tiene usted que hacer. No conozco la política de su país lo suficiente. Lo que sí le digo es algo muy sencillo. Tomamos cartas en el asunto... Hasta qué punto, no lo sé. Pero no le quepa duda de que vamos a hacer algo. Queremos acabar esta guerra con un mínimo de violencia, pero violencia la habrá. Usted querrá también que la guerra acabe, ¿no es verdad?

-Por supuesto que quiero que termine -dijo Koga, demasiado fatigado para permitirse floreos dialécticos.

-Pues muy bien, señor. Haga lo que crea oportuno. Verá, mister Koga, como le he dicho, no tiene por qué confiar en nosotros si no quiere. Nosotros sí que tenemos que confiar en que hará usted lo más conveniente para su país y para el nuestro.

Pese a lo exasperado que estaba, a Clark le salió redondo el argumento. No podía haberle dicho nada mejor.

-Ah -exclamó el político, un poco cortado-. Sí. En eso tiene usted razón -añadió tras reflexionarlo unos instantes.

-¿Dónde quiere que lo dejemos?

-En casa de Kimura -repuso de inmediato Koga.

-Perfectamente -dijo Clark, que pensó a ver por dónde ir, y se metió por una bocacalle para coger la nacional ciento veintidós. Reparó entonces John en lo importante que era la información que había obtenido aquella noche y en que, después de dejar al personaje en lugar seguro, lo prioritario era comunicar esa información a Washington.

El escaso tráfico de aquellas horas facilitaba las cosas. Estaba impaciente por tomar un café que lo mantuviese despejado, aunque el trayecto no era largo. En cuarenta minutos se llegaba al superpoblado barrio de diminutas casitas en el que vivía el funcionario del MILI. Las luces estaban ya encendidas cuando arrimaron el coche a la casa y dejaron que Koga fuese solo hasta la puerta. Isamu Kimura salió a abrirle y le franqueó la entrada con expresión de perplejidad.

¿Quién ha dicho que esta gente es impasible?, pensó Clark.

-¿A quién cree que se ha debido la filtración? -preguntó Ding, que no se había movido aún del asiento trasero.

-Bien por ti, muchacho. Las cazas al vuelo, ¿eh?

-¡Como que soy el único universitario del coche, mister C! -dijo Chávez, que sacó el miniordenador del estuche y empezó a redactar el borrador del despacho que enviarían a Langley, vía Moscú.

-¿Que han hecho qué? -le espetó Yamata al teléfono.

-Es grave -dijo el general Arima, a quien le acababa de llegar la noticia desde Tokio-. Han destrozado nuestra defensa aérea y se han largado tan tranquilos.

-¿Cómo? -preguntó el industrial, a quien aseguraron que los «Kamis» eran invencibles.

-Aún no lo saben. Pero lo que le digo es que esto es muy grave. Ahora están en condiciones de lanzar un ataque sobre las Islas Interiores.

Piensa, se ordenó Yamata, que meneaba la cabeza como tratando de despejarse.

-Oiga, general, siguen sin poder invadir nuestras islas, ¿no? Podrán causarnos daños, pero no decisivos y, en tanto tengamos armas nucleares...

-A no ser que nos salgan con otra sorpresa. Los americanos no reaccionan como suponíamos.

La observación escoció al futuro gobernador de Saipan. Aquel era, en principio, el día en que debía iniciar su campaña electoral. Pues bien, de acuerdo: habría subestimado la reacción que su ataque al sistema financiero norteamericano podía provocar. De lo que no cabía duda era de que había desarticulado la flota americana y habían ocupado el archipiélago. Los Estados Unidos no tenían potencial para arrasar ni siquiera una de las islas. Tampoco tenían la voluntad política de lanzar un ataque nuclear contra su país. Por lo tanto, Japón seguía con ventaja en la contienda. ¿Acaso no era de esperar que los americanos reaccionasen en cierta medida? Por supuesto que sí.

Yamata accionó el mando a distancia de su televisor y cambió al canal de la CNN, que emitía en aquellos momentos un avance informativo. Allí estaba la corresponsal americana,

en un muelle; detrás, los dos portaaviones aún en el dique seco, imposibilitados para toda acción.

-¿Qué informes hay del Servicio de Inteligencia sobre el indico? -le preguntó al general Arima.

-Los dos portaaviones americanos siguen allí -le aseguró el militar-. Ayer los detectaron, tanto visualmente como a través del radar. Están a unos cuatrocientos kilómetros de Sri Lanka.

-En tal caso no constituyen ninguna amenaza para nosotros, ¿no es así?

-No, la verdad es que no -reconoció el general-. Pero debemos atender a otros aspectos.

-Pues le sugiero que lo haga, Arima-san -le dijo Yamata en un tono tan amable que equivalía a un insulto.

Lo peor era no saber qué había ocurrido. Al extinguirse la señal del «Kami-2», se extinguió también la fuente de datos sobre los tres «Kamis» abatidos. Cualquier otra información se basaba en simples conjeturas. Las estaciones terrestres de seguimiento grabaron las emisiones de los «Kamis-4 y 6», que cesaron con sólo escasos segundos de diferencia. No captaron señales de alarma de ninguno de los radares de los tres aparatos. Simplemente, cesó la transmisión. No dejaron más rastro que sus restos dispersos por el océano. Los cazas... bueno, pues sí, tenían las conversaciones por radio grabadas en cinta. No tardaron más que cuatro minutos en analizarlas. Al principio, los confiados, lacónicos y profesionales comentarios de los pilotos de los cazas que se acercaban a sus blancos. Luego, una serie de exclamaciones, seguidas de apremiantes órdenes para que activasen los radares; y más exclamaciones alarmadas, informes de que habían sido iluminados. Se oía decir, a uno de los pilotos, que habían sido detectados con claridad y después silencio. ¿Qué era lo que los había detectado? ¿Cómo podía un mismo aparato abatir a los «Kamis» y a los cazas? Los americanos sólo disponían de cuatro de aquellos costosísimos F-22. Y los «Kamis» los tenían localizados. ¿Por qué extraño arte de magia...? Ahí estaba el problema. Que no lo sabían.

Los especialistas en defensa aérea y los ingenieros que desarrollaron los radares volantes más avanzados del mundo meneaban la cabeza, bajaban la vista y sentían una indecible pesadumbre al no poder dar una explicación. De los diez aparatos que construyeron para la defensa aérea, cinco habían sido abatidos, y sólo les quedaban cuatro operativos. De lo único que estaban seguros era de que no podían volver a exponerlos sobre el océano. Se cursaron órdenes para que se desplegasen los E-2C que los E-767 fueron a sustituir. Aunque los E-2C eran aparatos americanos, muy inferiores en prestaciones. La oficialidad tuvo que rendirse a la evidencia de que las defensas aéreas de su país habían resultado gravemente dañadas.

Al disponerse a volver a casa, a las siete de la mañana, Jack Ryan oyó el pitido del fax. Antes de que asomara el papel, sonó el teléfono.

-¿Es que son ustedes incapaces de guardar un secreto? -le preguntó una voz perceptiblemente enojada.

-¿Qué ocurre, Serguei?

-Koga es nuestra mejor baza para poner fin a las hostilidades, ¡y alguien de ustedes les ha dicho a los japoneses que está en contacto... con ustedes! -casi le gritó Golovko desde su casa, en donde eran las tres de la madrugada-. ¿Es que quieren que lo maten?

-¡Por Dios bendito, Serguei Nicolaievich! ¿Quiere hacer el favor de calmarse? -le dijo Jack a la vez que se sentaba, ya con la hoja del fax en la mano.

Procedía directamente del departamento de comunicaciones de la Embajada de los Estados Unidos en Moscú. Digamos que por orden del SSR.

-¡La hostia! -exclamó el consejero de Seguridad Nacional-. Bueno... Lo hemos sacado de un buen lío, ¿no?

-Tienen ustedes a un infiltrado a muy alto nivel, Ivan Emmetóvich.

-Bueno, usted debería de ser el primero en saber lo fácil que es eso.

-Le aseguro que hacemos lo posible por averiguar quién es -dijo Golovko tan furioso como al principio.

¿A que sería precioso?, pensó Ryan, que cerró los ojos como para no «verlo». El Servicio Secreto ruso testifica ante un tribunal de los Estados Unidos.

-Son muy pocas las personas que están al corriente. Lo llamaré a usted en cuanto pueda.

-Me alegra oír que se limitan a informar a personas de tanta confianza, Jack -dijo Golovko, que colgó sin más.

Jack marcó en seguida un número.

-Diga.

-Soy Jack Ryan, Murray. Necesito verlo aquí inmediatamente.

El consejero de Seguridad Nacional llamó después a Scott Adler. Luego, volvió al despacho del presidente. El lado positivo de lo que tenía que decirle era que el enemigo utilizaba torpemente la información conseguida. Estaba seguro de que era cosa de Yamata. Como empresario sería muy bueno, pero como espía profesional no tenía mucho futuro. Ni siquiera se molestó en disfrazar la información, sin percatarse de que con ello también revelaba la fuente. El personaje en cuestión no era consciente de sus limitaciones. Tarde o temprano pagaría cara esa flaqueza.

Las últimas instrucciones que dejó el almirante Jackson, antes de dirigirse al Pacífico, incluían la orden de que doce bombarderos B-1B, del Ala 384.a, se dirigiesen al este desde su base en el sur de Kansas. Tras hacer escala en Lajes, en las Azores, irían a la isla de Diego García, en el Indico.

El vuelo, de más de 16 000 km, requirió todo un día. Cuando los aparatos llegaron a la base norteamericana más alejada de los Estados Unidos continentales, poco después llegaron tres KC-10 con dotaciones de tierra y equipamientos. Casi de inmediato, todas las tripulaciones se fueron a dormir, completamente exhaustas.

-¿Qué quiere decir? -preguntó Yamata.

Era muy poco tranquilizador que hubiese allanado su propio apartamento. ¿Quién había sido?

-Quiero decir que Koga ha desaparecido y que Kaneda está muerto. Uno de nuestros agentes de seguridad está aún con vida, pero todo lo que sabe es que vio a dos o tres gaijin. Lo inmovilizaron, y ni siquiera sabe aún cómo.

-¿Qué medidas se han adoptado?

-Pues las normales que adopta la policía -le contestó Kazuo Taoka a su jefe-. Naturalmente, nada les he dicho acerca de Koga. -Hay que encontrarlo en seguida.

El zaibatsu miró por la ventana. Menos mal que aquella llamada lo había cogido en casa.

-Pues no sé cómo...

-Yo sí. Gracias por la información -dijo Yamata, que colgó y de inmediato hizo otra llamada.

Murray pasó rápidamente el control de seguridad de la Casa Blanca, tras haber dejado su arma reglamentaria en su coche oficial. Llevaba un mes tan difícil como pudieran llevarlos los miembros del gobierno. Había echado a rodar el caso Linders por un estúpido error. Coñac y pastillas para el resfriado, se repetía una y otra vez, preguntándose qué le dirían el presidente y su consejero de Seguridad Nacional sobre el asunto. Había que olvidarse del procesamiento. Su única satisfacción era que, por lo menos, no había llevado a juicio a un posible inocente,

creándole una situación más embarazosa aún al FBI. Que Ed Kealty fuese de verdad culpable o no, era una cuestión secundaria para Murray. Si no podía uno probarlo ante un jurado, el acusado era inocente. Y punto. De todas maneras, el personaje abandonaría la vida política. Algo era algo, se decía Murray.

Un agente del Servicio Secreto lo condujo a un despacho, pero no al de Ryan sino al que estaba justo al otro lado del ala oeste.

-Hola, Dan -dijo Jack, que se levantó a saludarlo.

-Señor presidente -dijo Murray, que no dijo más porque al otro no lo conocía.

-Hola. Soy Scott Adler.

-Encantado.

Al estrecharle la mano, Murray recordó que era el jefe de la delegación que negociaba con Japón.

Algo habían indagado ya. Ryan estaba convencido de que la filtración no procedía de Adler, en cuyo caso sólo quedaban él, el presidente, Brett Hanson, Ed y Mary Pat Foley, quizá algunos secretarios. Y Christopher Cook.

-¿Qué nivel de vigilancia se mantiene respecto de los diplomáticos japoneses? -preguntó Ryan.

-No dan un paso sin que lo sepamos. No les quitamos ojo -le aseguró Murray-. ¿Se trata de espionaje?

-Probablemente. Se ha producido una grave filtración.

-Tiene que ser Cook -dijo Adler-. Por fuerza.

-Bien. Antes quiero que sepa algo -dijo el consejero de Seguridad Nacional-. Hace menos de tres horas, les hemos hecho polvo su defensa aérea. Creemos haber abatido diez u once aparatos.

Jack Ryan no añadió más. Aún cabía la posibilidad de que fuese Adler el responsable de la filtración, y el factor sorpresa era lo más importante en la siguiente fase de la Operación ZORRO.

-Esto los va a poner nerviosos, y aún tienen armas nucleares. Y ésa es una mala combinación, Jack -señaló el secretario del ministro de Exteriores.

¿Armas nucleares?, pensó Murray. ¡Dios mío!

-¿Algún cambio en su postura negociadora? -preguntó el presidente.

-Ninguno, señor. Ofrecen devolvernos Guam, pero el resto de las Marianas se lo quieren quedar. De ahí no se apean un ápice. Todo lo que les he dicho ha sido inútil.

-Bien -dijo Ryan-. Escuche, Dan, hemos estado en contacto con Mogataru Koga...

-El ex primer ministro, ¿no? -lo interrumpió Dan, para asegurarse de saber de qué iba.

-En efecto -asintió Jack-. Tenemos a dos activistas de la CIA en Japón, bajo la tapadera de periodistas rusos. Y han contactado a Koga bajo esa tapadera. Pero a Koga lo mandó secuestrar el mismo personaje que creemos que dirige toda esta movida. Le dijo a Koga que estaba al corriente de sus contactos con los americanos.

-Tiene que ser Cook -persistió Adler-. Ningún otro miembro de la delegación lo sabe, y es Chris quien mantiene mis contactos informales con su número dos, Seiji Nagumo -añadió el diplomático, que no pudo contener más su indignación-. ¿Muy bonito, verdad?

-¿Abrimos una investigación por posible espionaje? -preguntó Murray, a quien no le pasó inadvertido que el presidente dejara que contestase Ryan.

-Y rápido. Y con suma discreción, Dan.

-¿Y luego? -preguntó Adler.

-Si es él, cebaremos el cerdo.

Murray asintió con la cabeza ante aquel eufemismo tan caro al FBI.

-¿Qué ha querido decir, Jack? -preguntó Durling.

-Pues que tenemos una estupenda oportunidad. Ellos creen contar con una buena fuente de información, y ya se ha demostrado que la utilizan. Pues muy bien -le explicó Jack-. Podemos

utilizarla en provecho propio. Les proporcionaremos jugosa información y luego se la meteremos por el culo.

Lo más apremiante era apuntalar la defensa aérea de las Islas Interiores, un serio quebradero de cabeza para el Alto Mando japonés. Y, además, muy embarazoso. Tenían que fiarse de informaciones fragmentarias, en lugar de los precisos datos en que basaron el plan global al que se ceñían. Los mejores radares de alerta de que disponían iban a bordo de los cuatro destructores Kongo, dotados de sistema Aegis radar-misil, que patrullaban frente a la costa septentrional de las Marianas. Eran unos barcos formidables, dotados de una poderosísima defensa antiaérea. Les faltaba, claro está, la movilidad de los E-767, pero en cambio eran más potentes, y sabían cuidarse por sí mismos.

Por lo tanto, antes del amanecer, se cursó la orden: aquella escuadra de cuatro destructores se dirigiría al norte. Formaría avanzadilla de radar al este de las Islas Interiores. De todas maneras, la Armada americana no tomaba ninguna iniciativa, y si las defensas de su país volvían a consolidarse, aún tendrían bastantes posibilidades de llegar a una solución diplomática.

Al almirante Sato, que recibió el despacho a bordo del Mutsu, le pareció lógico. En seguida ordenó a sus barcos que se dirigiesen hacia el sector a toda máquina. Pese a todo, estaba preocupado. Sabía que sus radares podían detectar a los aviones «invisibles», tal como los americanos demostraron en maniobras. Sus unidades de superficie eran lo suficientemente poderosas como para que la aviación americana no provocase una confrontación así como así. Lo que le preocupaba era que, por primera vez, su país no llevaba la iniciativa, sino que respondía a la iniciativa americana. Confiaba en que fuese sólo algo temporal.

-Qué interesante -señaló en seguida Jones.

Los gráficos eran de hacía sólo unos minutos, pero había dos, que probablemente representaban a más de dos barcos en estrecha formación, que emitían ruidosas señales, y que habían variado ligeramente el rumbo hacia el norte.

-Estoy seguro de que se trata de unidades de superficie -dijo uno de los técnicos del sonar-. Es una pulsación muy fuerte...

El técnico se interrumpió al ver que Jones inscribía en un círculo rojo uno de los puntos del gráfico.

-Y esto es una turbina que gira. Van a más de treinta nudos, y eso significa barcos de guerra a toda máquina.

Jones se acercó al teléfono y llamó al comandante de la Flota de Submarinos del Pacífico.

-¿Bart? Soy Ron. Hemos detectado algo importante. La escuadra de unidades de superficie que operaba en las inmediaciones de Pagan.

-¿Y qué ocurre? -preguntó Mancuso.

-Pues que parece que van rumbo norte a toda máquina. ¿No tenemos pajaritos que puedan ir a darles la bienvenida?

Jones recordó entonces haber hecho bastantes preguntas acerca de las aguas de los alrededores de Honshu. Mancuso no se las había contestado todas, como era lógico cuando de operaciones militares se trataba. Al fin y al cabo, en aquellos momentos, él era un civil. Pero según cómo eludiese la pregunta podía deducir la respuesta.

-¿Podría elaborar un gráfico del curso más aconsejable?

¡Bingo!

-Denos sólo un poco de tiempo. ¿Una hora? La señal no es del todo clara, «capitán».

-De acuerdo.

Jones notó por la voz del almirante que su ofrecimiento no le parecía... pero que nada mal.

-A la orden, señor. Lo tendremos informado.

-A ello pues, Ron.

Jones colgó el teléfono y miró en derredor.

-¿Oficial? Vamos a elaborar el gráfico a partir de estas coordenadas.

Allá, por el norte, pensó, alguien aguardaba. Se preguntaba quiénes serían, aunque lo intuía.

El tiempo lo pillaba ahora a contrapié. Hiroshi Goto entró en la sala del Consejo de Ministros a las diez de la mañana, hora local, lo que correspondía a la medianoche en Washington, que era donde se encontraban sus negociadores. Estaba claro que los americanos recogían el guante, aunque algunos de sus ministros creyesen que se trataba sólo de una presión para negociar; tenían que hacer una demostración de fuerza, al objeto de que se los tomase en serio en la mesa de negociaciones.

Ciertamente, había propinado un durísimo golpe a las defensas aéreas, pero eso era todo. Los Estados Unidos no podrían ni querrían lanzar un ataque en toda regla sobre Japón. Los riesgos eran demasiado grandes. Por lo pronto, Japón disponía de misiles intercontinentales armados con ojivas nucleares. Además, Japón tenía una modernísima defensa aérea, a pesar de lo ocurrido la noche anterior. Y, en definitiva, los números cantaban: ¿cuántos bombarderos tenían los americanos? ¿Cuántos podían atacar su país aunque no hubiese nada que los detuviera? ¿Qué tiempo les llevaría semejante operación de bombardeo? ¿Tenían los Estados Unidos la voluntad política de llevarlo a cabo? Las respuestas a esas preguntas eran favorables a su país, pensaban los ministros, con la vista fija en el objetivo final; una dorada recompensa que los deslumbraba. Porque, entre otras cosas, cada uno de ellos estaba a la sombra protectora de algún zaibatsu, lo que les garantizaba una cosecha acorde con su protagonismo. Todos, salvo Goto, cuyo protector se hallaba entonces en otro lugar.

De momento, le daría instrucciones al embajador en Washington para que protestase, enérgicamente, por el ataque americano a Japón; para que les señalase que, tal medida, era negativa y que no habría más concesiones hasta que cesara todo acto hostil. Se le indicaría que comunicase, además, que cualquier ataque a suelo japonés tendría gravísimas consecuencias, ya que, al fin y al cabo, Japón no había atacado... todavía centros neurálgicos norteamericanos. Estas amenazas, tan diplomáticamente envueltas como quisiera el embajador, dejarían las cosas más en su sitio.

Goto asintió al consejo de sus ministros. Habría preferido tener cerca a su protector para que lo apoyase, aunque sabía perfectamente que Yamata pasaba por encima de él, que se comunicaba directamente con la cúpula militar. Tendría que aclarar eso con Raizo.

-¿Y si vuelven? -preguntó Goto.

-Esta noche pondremos a nuestra defensa en alerta máxima. Cuando los destructores lleguen a su destino, nuestra defensa será tan formidable como antes. Ciertamente, nos han demostrado que son fuertes, pero hasta la fecha aún no han sobrevolado nuestro territorio.

-Debemos hacer algo más -dijo Goto, sin perder de vista las instrucciones que tenía-. Podemos presionar más aún a los americanos si hacemos público nuestro verdadero potencial.

-¡No! -se opuso un ministro-. ¡Provocaríamos el caos aquí!

-También provocaríamos el caos allí -replicó tímidamente Goto, en opinión de los miembros de su gobierno.

Se notaba demasiado que no hacía más que servir de vocero de las ideas, y de las órdenes, de alguien a quienes todos conocían muy bien.

-Los obligaríamos a modificar su talante en las negociaciones -añadió Goto.

-También podríamos inducirlos a considerar un masivo ataque a nuestro país.

-Tienen demasiado que perder -porfió Goto.

-¿Y nosotros no? -le replicó el ministro, que se preguntaba dónde terminaba la lealtad a su protector y dónde empezaba la que le debía a su país-. ¿Y si optasen por un ataque preventivo a nuestro armamento estratégico?

-No pueden. Carecen de armas para llevarlo a cabo. Hemos elegido con mucho cuidado el emplazamiento de nuestros misiles.

-Ya. Con tanto como el de nuestra invencible defensa aérea -le espetó otro ministro.

-Quizá lo mejor fuese que nuestro embajador les insinúe que podríamos hacer público que disponemos de armas nucleares. Acaso baste -sugirió otro ministro.

Hubo asentimientos suficientes. A pesar de las instrucciones que tenía, Goto aceptó la propuesta del ministro.

Lo más difícil era no congelarse, a pesar del equipo de invierno que llevaban.

Richter acababa de embutirse en su saco de dormir. Le remordía la conciencia, al pensar en los rangers que cumplían misión de escucha, en avanzadillas por todo el perímetro del aeródromo que improvisaron en aquella frígida ladera. Su principal preocupación era, no obstante, que fallase el ordenador de uno de los tres aparatos. A pesar de las válvulas de seguridad, había piezas que si se rompían no se podían reparar. Los rangers sabían repostar un aparato, cargar y manejar armas. Y hasta ahí llegaban. De manera que Richter dejó que se hiciesen cargo de la vigilancia en tierra. Si asomaba por aquel prado un pelotón, no dejarían ni uno. Los rangers los liquidarían a todos, pero una simple comunicación por radio podía hacer que se les presentase allí un batallón en cuestión de horas. Y contra eso no tenían nada que hacer.

Operaciones especiales... pensaba. Estaban muy bien si bien salían, como todo lo demás que hacía uno vestido de uniforme. Pero en sus circunstancias, los márgenes de seguridad eran tan tenues que se transparentaban. Y luego estaba el problema de salir de allí, se recordó el piloto. Quizá hubiese hecho mejor en alistarse en la Armada.

«Bonita casa.»

Las reglas eran distintas en tiempo de guerra, se dijo Murray. Los ordenadores facilitaban la tarea; algo que el FBI tardó demasiado en comprender. Tras reunir a su equipo de jóvenes agentes, empezó por encargarles algo tan simple como indagar sobre un crédito bancario, lo que les proporcionó unas señas.

La casa era de alto nivel. Podía, muy a duras penas, estar al alcance de un alto funcionario del gobierno, a condición de que hubiese ahorrado hasta el último centavo durante años.

Era evidente que Cook no había ahorrado. Sólo tenía cuenta en el First Virginia Bank, y el FBI recurrió a una persona con acceso a los archivos. Al igual que la mayoría, Christopher Cook llegaba siempre justo de un ingreso de nómina a otro. No tenía ahorrados más que catorce mil dólares, probablemente para pagar los estudios universitarios de sus hijos. Eso, pensaba Murray, en plan optimista, habida cuenta de lo que costaba la enseñanza superior en los Estados Unidos. Lo más revelador era que, al comprar la nueva casa, los ahorros no menguaron en absoluto. La hipoteca era inferior a los doscientos mil dólares. Comoquiera que por la venta de la casa anterior obtuvo ciento ochenta mil, quedaba una cantidad considerable que las cuentas bancarias no explicaban. ¿De dónde salió el resto? Una llamada a Hacienda, so pretexto de sospechas de fraude fiscal, les proporcionó otros datos. Revelaban que no había otros ingresos familiares que pudieran explicar el misterio. Al indagar más a fondo, averiguaron que los padres de Cook, ambos fallecidos, no les dejaron un centavo ni a él ni a su esposa. Comprobaron también que sus coches estaban pagados. Aunque uno tenía cuatro años, el otro era un Buick nuevo, y también pagado al contado. En definitiva, estaban ante un hombre que vivía por encima de sus posibilidades. El Estado no se mostraba muy diligente en indagar estas cuestiones en los casos de espionaje, pero en los últimos tiempos las tenían más en cuenta.

-¿Y bien? -les preguntó Murray a sus hombres.

-No hay aún nada sólido para un procesamiento, pero huele mal -le dijo el inspector jefe-. Tendríamos que indagar en otros bancos.

Necesitaban un mandato judicial. No había problema. El FBI siempre sabía qué jueces estaban más predispuestos a cooperar.

Por supuesto, se llevaron a cabo indagaciones similares acerca de Scott Adler. Averiguaron que estaba divorciado, que vivía solo en un apartamento de Georgetown, que pagaba la pensión alimenticia para sus hijos y que tenía un buen coche. Todo normal. El ministro Hanson era persona acomodada desde hacía muchos años. Había ganado mucho dinero con el ejercicio de la abogacía. No era, precisamente, la persona más adecuada para intentar sobornarla.

La exhaustiva indagación sobre los funcionarios, que abarcó todos los aspectos del desempeño de su cargo, no reveló más anomalías que las recientes compras del coche y de la casa por parte de Christopher Cook. En algún banco tenía que haber un cheque cruzado que explicase la fácil adquisición de la vivienda. Eso era lo bueno de los bancos. Conservaban archivos de todo. Siempre tenían constancia por escrito, de un modo u otro. Y eso siempre dejaba rastro.

-Muy bien. Partiremos de la hipótesis de que es él -dijo el subdirector adjunto del FBI.

Murray miró a su grupo de jóvenes inspectores, quienes, al igual que él, pasaron por alto la posibilidad de que Barbara Linders pudiera tomar algún medicamento, por prescripción médica, que potenció el efecto del coñac que Ed Kealty tenía siempre a mano. Sentían tanto embarazo como él.

De manera que no venía mal aquella misión, pensó Dan. Porque había que esforzarse al máximo para recuperar la credibilidad después de semejante pifia.

Jackson notó la brusca sacudida al aterrizar en la cubierta del portaaviones. Luego, la fuerte inercia de la desaceleración, que casi lo estampó contra el asiento de delante. Detestaba aquellos aterrizajes. Si había que posarse en un portaaviones, prefería ser él mismo quien pilotase, en lugar de poner su vida en manos de un imberbe teniente. Porque ahora todos parecían críos, pensaba el almirante.

El aparato giró hacia el lado de estribor y se dirigió a un hueco de la cubierta de vuelos. Después se abrió la puerta y Jackson bajó.

Un marinero se le cuadró y señaló a una puerta del puente. En seguida sonó la sirena, un marine lo saludó y un contramaestre lo anunció a través del sistema de megafonía.

«Llega el comandante del Contingente 77 de las Fuerzas de Intervención.»

-Bien venido a bordo, señor -le dijo Bud Sánchez, sonriente, hecho un brazo de mar con su impecable uniforme-. El capitán está en el puente, señor.

-Pues vamos, que no hay tiempo que perder.

-¿Qué tal la pierna, Robby? -le preguntó Sánchez a mitad de camino de la tercera escalerilla.

-Agarrotada de tanto estar sentado.

Porque es que se le hizo muy largo: la reunión para darle las instrucciones en Pearl Harbor, el vuelo en un aparato de las Fuerzas Aéreas a Eniwetok y luego la espera hasta que llegó el C-2A para llevarlo a su puesto de mando. Tenía una verdadera empanada mental con los cambios de horario, aunque, por la posición del sol, dedujo que debía de faltar poco para mediodía.

-¿Hay que seguir con la misma versión? -le preguntó Sánchez.

-No hay que hablar de ello, Bud. Hasta que lleguemos allí -contestó Jackson, que dejó que un marine le abriese la puerta de la cámara del timón.

Era cierto que tenía la pierna agarrotada, como si quisiera recordarle que las operaciones de vuelo se habían terminado para él.

-Bien venido a bordo, señor -le dijo el capitán, que alzó la vista del montón de despachos que tenía sobre la mesa.

El petardeo de los escapes le indicó a Jackson que iniciaban operaciones de vuelo. Miró hacia el lado de babor de la proa justo en el momento en que despegaba el primero de la escuadrilla de Tomcats. El portaaviones se encontraba a mitad de camino entre las Carolinas y Wake, isla esta última algo más cercana a las Marianas, lo que aconsejó no utilizarla para nada. Wake tenía un buen aeródromo atendido por una dotación de las Fuerzas Aéreas. En cambio, todo el mundo sabía que en Eniwetok había sólo una pista, que se utilizaba a modo de área de descanso, lo que la hacía tan aconsejable para la discreción de las operaciones como insuficiente para las necesidades de mantenimiento.

-Bien. ¿Qué novedades ha habido desde que salí de Pearl Harbor? -preguntó Jackson.

-Algunas buenas noticias -le dijo el capitán a la vez que le pasaba uno de los despachos.

-No puede estar más claro -dijo Jones al examinar el gráfico del sonar.

-Mucha prisa se dan -convino Mancuso.

El almirante se fijó en los datos de velocidad y distancia. No le gustaban nada, y venían a confirmar lo que Jones supuso.

-¿Quién los espera?

-Mire, Ron, nosotros no podemos...

-De poca ayuda puedo servirle, señor, si no me explica nada -se lamentó Jones, no sin razón-. ¿No irá a considerarme un riesgo para la seguridad?

Mancuso reflexionó unos momentos antes de contestar.

-El Tennessee se encuentra justo encima del monte marino Eshunadaoki, como apoyo para una operación especial que se desarrollará en las próximas veinticuatro horas.

-¿Y los demás Ohios?

-Frente a la costa del atolón Ulithi, rumbo norte, aunque a menor velocidad ahora. El submarino guiará al portaaviones. Los Ohios llegarán pronto al sector.

Todo encajaba, pensó Jones. Los submarinos lanzamisiles eran demasiado lentos para una operación conjunta, eficaz, con las fuerzas de intervención de un portaaviones, al que también siguió a través de la red de sonar. En cambio, eran idóneos para infiltrarse en la patrulla de submarinos japoneses... siempre y cuando los capitanes estuviesen a la altura, ya que siempre había que contar con eso.

-Las unidades de superficie japonesas pasaron por encima del Tennessee justo hacia...

-Lo sé.

-¿Qué más tiene para mí? -le preguntó con acritud el comandante de la Flota de Submarinos del Pacífico.

Jones hizo que se acercase al mapa de la pared. Había ahora siete siluetas de submarinos inscritas en un círculo. Sólo una llevaba un signo de interrogación: el que se encontraba en un paso, entre la más septentrional de las Marianas (la isla de Moug) y las Bonin, cuya isla más famosa era Iwo Jima.

-Hemos tratado de concentrarnos en este paso -dijo Jones-. Tengo un esbozo, pero me falta confirmar algunos datos para fijar con certeza las posiciones. Pero yo de ellos cubriría todo ese sector.

-Opino igual -dijo Chambers.

Una de las opciones más claras, para los americanos, era establecer una línea de patrulla a ambos lados del estrecho de Luzón, al objeto de interceptar a los petroleros que fuesen a abastecer a las principales islas japonesas. Sin embargo, ésa era una decisión política. La flota del Pacífico aún no tenía autorización para atacar a los mercantes japoneses. Los informes de los Servicios de Inteligencia aseguraban que casi todos los mercantes que iban o venían de Japón navegaban bajo «bandera de conveniencia» y que atacarlos haría que proliferasen los

problemas políticos. ¡Sobre todo, eh, que no podemos indisponernos con Liberia...!, se dijo Mancuso con una mueca de contrariedad. ¿O sí?

-¿Por qué regresan a toda máquina a Japón esas unidades de superficie? -preguntó Jones. Porque, a simple vista, no parecía muy lógico.

-Anoche les destrozamos la defensa aérea.

-Entonces rodearán por el oeste de las Bonin... Lo que significa que no tardaré en perderlos. Además, van a treinta y dos nudos y su curso no está claro. Pero de que se dirigen a Japón no hay duda

-añadió Jones-. Me da en la nariz que empezamos a llevarlos de cabeza.

Por una vez, el almirante Mancuso se permitió sonreír. -Por supuesto -dijo.

44. Quien sabe, sabe

-¿Es forzoso hacerlo de ese modo?

-Lo hemos ensayado veinte veces con los simuladores -le con-testó Ryan, tras consultar de nuevo los datos del informe que tenía en la mano-. No hay vuelta de hoja. Tenemos que inutilizarlos, señor.

El presidente volvió a mirar las fotografías de los satélites.

-Pero... ¿seguros al ciento por ciento no lo estamos, verdad?

-Nunca puede uno estar seguro de nada hasta ese punto, señor-replicó Jack meneando la cabeza-. Nuestros datos parecen bastante satisfactorios... Me refiero a las fotografías de los satélites. Los rusos también lo han analizado y tienen tantos motivos como nosotros para querer acertar. Hay diez misiles intercontinentales aquí. Están en silos, en un valle muy profundo. Han elegido un emplazamiento muy difícil de atacar. Todos son datos comprobados. No se trata de una operación para engañar al enemigo. Lo que falta por saber ahora es si podemos inutilizarlos. Y tenemos que hacerlo en seguida.

-¿Por qué?

-Porque han hecho regresar a una escuadra de superficie a sus costas, y se trata de unidades con capacidad para detectar a nuestros aviones.

-¿No hay otro medio?

-No, señor presidente. Si queremos que resulte, tiene que hacerse esta noche.

Una noche que, como Ryan vio en su reloj, acababa de empezar en el otro lado del mundo.

-Protestamos en los términos más enérgicos por el ataque americano a nuestro país -empezó por decir el embajador-. Nos hemos abstenido en todo momento de tomar este tipo de medidas, y esperábamos lo mismo por parte de los Estados Unidos.

-Señor embajador, no se me consulta sobre cuestiones militares. ¿Que las fuerzas de Estados Unidos han atacado a su país, dice usted?

El viejo truco de contestar con una pregunta.

-Sabe usted muy bien lo que han hecho. Y seguramente debe de saber que no es más que la antesala de un ataque en toda regla. Es vital que entienda -prosiguió el diplomático- que un ataque semejante podría tener consecuencias tan graves como imprevisibles...

El embajador lo dijo en un tono como si dejase la frase a medias, para que flotase en el ambiente como una nube de gas letal. Adler reflexionó antes de replicar.

-Le recordaré que no fuimos nosotros quienes iniciamos este conflicto. Y le recordaré también que su país adoptó medidas con el deliberado propósito de hundir nuestra economía...

-¡Igual que han hecho ustedes! -le espetó el embajador, real-mente furioso al comprender que su interlocutor podía apuntar hacia un sitio y disparar hacia otro.

-Perdone, señor, pero creo que estaba yo en el uso de la palabra -dijo Adler, que aguardó pacientemente a que el embajador se calmase.

Se les notaba a la legua que ninguno de los dos había pegado ojo aquella noche.

-Le recordaré, además -prosiguió Adler, sin apearse del tono admonitorio-, que su país causó sensibles bajas a las Fuerzas Armadas americanas. Si esperaban que lo encajásemos cruzados de brazos, han cometido un grave error.

-Nunca hemos atacado intereses vitales americanos.

-Señor embajador: el único interés vital de mi país es la libertad y la seguridad de los ciudadanos americanos.

Era obvio que las posturas se enconaban, como difícilmente podía ser de otro modo. Estaba claro que los americanos habían decidido adoptar algún tipo de medida, y lo estaba también que no iba a ser suave.

Los miembros de ambas delegaciones, de nuevo reunidas en la última planta del Ministerio de Asuntos Exteriores, parecían estatuas. Nadie quería hacer la más mínima concesión. Ni siquiera parpadeaban en las sesiones de trabajo. A lo sumo, ladeaban la cabeza para mirar a los jefes de delegación cuando tomaban la palabra. Su inexpresividad era tan absoluta que hubiese hecho palidecer de envidia a los más avezados jugadores de póquer... Que a eso era a lo que jugaban, aunque no hubiese cartas ni dados sobre la mesa.

Antes del primer descanso las conversaciones no avanzaron un milímetro, más allá del tema de la devolución de las Marianas.

-¡Hostia, Scott! -exclamó Cook al cruzar el balcón que comunicaba con la terraza.

A juzgar por las marcadas ojeras del jefe de su delegación, se dijo, debía de haber pasado la noche en vela, probablemente en la Casa Blanca. Andarían de cabeza para ver cómo salían de aquel lío. Los medios informativos difundían imágenes de los portaaviones inmovilizados en Pearl Harbor. Por TV llegaban también imágenes de Saipan y de Guam; reportajes con personas que hablaban con el rostro oscurecido y la voz deformada (por un lado manifestaban su deseo de ser ciudadanos americanos y, por otro, su temor a permanecer en la isla, por si se producía un auténtico contraataque). Esta ambigüedad era lo que más confundía a la opinión pública. Los sondeos mostraban una clara división de opiniones, aunque la mayoría expresase su indignación por lo ocurrido; y también una mayoría, aunque menor, expresaba el deseo de que se llegase a una solución diplomática. Si era posible. De acuerdo a un sondeo del Washington Post/ABC, dado a conocer aquella misma mañana, un 46 % no tenía muchas esperanzas de que se llegase a la solución política. Pero había una carta por destapar encima de la mesa: las armas nucleares que poseían los japoneses. Ni Estados Unidos ni Japón lo habían hecho público, en ambos casos por temor a que cundiese el pánico entre sus respectivas poblaciones.

Todos los que participaban en la negociación confiaron sincera-mente en un arreglo pacífico. En sólo dos horas acababan de evaporarse gran parte de sus esperanzas.

-El conflicto ha tomado un sesgo político -le explicó Adler a Chris-Me lo veía venir.

Scott miró hacia otro lado y respiró hondo para relajar su tensión.

-¿Y sus armas nucleares?

El secretario del ministro de Exteriores se encogió de hombros, visiblemente incómodo.

-No creemos que sean tan locos.

-¿Que no creemos? ¿A qué genio se le ha ocurrido afirmarlo? -dijo Cook.

-A Ryan. ¿A quién si no? -contestó Adler-. Es él quien dirige esto. Creo que la sutil maniobra que ahora toca es un bloqueo... O, en fin, declarar una zona «de exclusión marítima», como hicieron los británicos con lo de las Malvinas. Cortarles los suministros de petróleo -añadió Adler.

-¿Una reedición de lo de mil novecientos cuarenta y uno? ¡Y yo que creía que ese memo era todo un doctor en Historia! ¡Es que han olvidado que eso provocó la segunda guerra mundial!

-Es más bien la amenaza... Si Koga tuviese arrestos para decirlo públicamente, a lo mejor el gobierno se rompería. De modo que... -prosiguió Scott- averigüe a ver qué piensan. Me refiero qué fuerza consideran que tiene la oposición.

-Jugamos a un juego muy peligroso.

-Sin duda -convino Adler mirándolo con fijeza.

Cook dio media vuelta y fue hacia el otro lado de la terraza. Antes, a Adler le parecía una práctica normal en cualquier tipo de negociación -y parte sustancial de las mismas- que las verdaderas posturas se sopesaran y plantearan mientras tomaban café, té y pastas. Los jefes de delegación no querían dejar constancia de afirmaciones que... En fin, ésas eran las reglas del juego, se recordó. La otra parte había sabido utilizar esa oficiosidad en su provecho. Al mirarlo, reparó en que el embajador parecía mucho más preocupado que su subordinado. ¿Qué pensáis realmente? Adler hubiese sido capaz de liquidar a alguien por saberlo. Era muy fácil caer en la tentación de considerar a aquel hombre un enemigo personal. Hubiese sido injusto. Era un profesional que servía a su país, tal como juró hacer, y por lo que le pagaban. Se desentendieron momentáneamente de Nagumo y de Cook y se miraron. Por un instante, se quebró la impasibilidad profesional. Fue sólo un instante, pues no en vano eran conscientes de que se trataba de una guerra, de algo de vida y muerte, que les venía impuesto por otras voluntades. Fue un instante de extraña camaradería, como si lamentasen que las cosas se hubiesen deteriorado hasta ese punto y que, quienes los mandaban, desaprovechasen de modo tan lastimoso su talento profesional.

-Eso sería una temeridad -dijo Nagumo en tono desenfadado y con una forzada sonrisa.

-Pues si tiene usted acceso a Koga, le aconsejo que lo utilice.

-Lo tengo. Pero me parece que eso es prematuro, Christopher. Necesitamos que nos concedan algo. ¿Es que no lo entienden sus superiores?

-Durling no saldría reelegido si vendiese a treinta y tantos mil de sus ciudadanos -dijo Cook sin faltar ni ápice a la verdad-. Si para ello ha de matar a varios miles de ciudadanos... enemigos, lo hará. Al margen de que acaso piense que amenazar directamente a la economía de su país es una salida menos costosa.

-Eso cambiaría si sus conciudadanos supieran...

-¿Y cómo reaccionarían los de ustedes al saberlo?

Cook conocía Japón lo bastante como para saber que el ciudadano medio sentía repulsión por las armas nucleares. Lo curioso era que los americanos habían llegado a sentirla también. Quizá estuviera imponiéndose el sentido común, pensó el diplomático, aunque no con la suficiente rapidez, ni tampoco en aquel contexto.

-Comprenderán que tales armas son vitales para nuestros nuevos intereses -replicó de inmediato Nagumo ante la sorpresa del americano-. También es vital que nunca lleguen a utilizarse, y lo que sí debemos hacer es abortar su intento de estrangular nuestra economía. Si tal ocurre, habrá muchas muertes.

-Ya las hay ahora, Seiji, a juzgar por lo que acaba de decir el embajador.

Ambos regresaron entonces junto a su respectivos jefes de delegación.

-¿Y bien? -preguntó Adler.

-Dice que ha estado en contacto con Koga.

Era algo tan obvio que el FBI no pensó en ello, y casi les da un ataque al sugerirlo, pero Adler conocía a Cook. La gozaba con su protagonismo en las tareas diplomáticas, acaso en exceso. Estaba demasiado pagado de su crucial papel. Ni el propio Cook era aún consciente de haber revelado ningún secreto. Tampoco tenían pruebas concluyentes de que así fuese. Los indicios bastaban, sin embargo, para que Adler estuviese casi seguro de que la filtración partió de Cook. Y probablemente Cook les había filtrado ahora algo más, aun-que fuese lo previsto por Ryan.

Adler recordó entonces que, años atrás, cuando Ryan no era más que un miembro de un grupo externo, que acudió a estudiar las técnicas de la CIA, se significó por su invento del «cebado del cerdo». Pues bueno: el cerdo parecía estar ya bastante rollizo.

Hacía frío aquella mañana. Ambas delegaciones abandonaron la terraza un poco antes de lo habitual para reanudar las conversaciones. Quizá en aquella sesión consiguiesen llegar a alguna parte, se dijo Adler.

El coronel Michael Zacharias se encargó de comunicar las instrucciones para la misión. Eran rutinarias, a pesar de que los B-2 nunca habían abierto fuego en un incontrolado arranque de ira (aunque sí se les cayó una bomba una vez). La Escuadrilla 509 de Bombarderos se creó en 1944, al mando del coronel de las Fuerzas Aéreas Paul Tibbets, con base en Utah, que era donde vivía el coronel. No pudo elegir un lugar más a mano, pensaba Zacharias.

El ala aérea iba al mando de un general de brigada, que pilotaría el aparato que abriría la formación. Detrás iría un coronel, en el núm. 2. Como adjunto del general, Zacharias pilotaría el núm. 3. Y a él le tocaba la parte más desagradable de la misión, aunque tan importante que lo indujo a reflexionar sobre las normas éticas en la guerra. Concluyó que los parámetros de la misión quedaban dentro de los límites que juristas y filósofos les pusieron a los guerreros.

Hacía un frío que pelaba en Elmendorf. Las tripulaciones fueron en furgonetas hasta los bombarderos. Aquella noche volarían con tripulaciones de tres. Los B-2 estaban concebidos para llevar sólo piloto y copiloto. Podían habilitarse para un tercer tripulante, que manejaría los instrumentos defensivos. La empresa constructora aseguraba que tal labor la podía hacer perfectamente el copiloto. Sin embargo, cuando se trataba de un combate real y no de maniobras, era preferible no apurar los márgenes de seguridad. Antes de que los bombarderos salieran de Missouri, ya habían cargado ciento cincuenta kilos de instrumentos, aparte de los que pesara el oficial experto en combate electrónico.

Era un aparato rarísimo. Tradicionalmente, los aparatos de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos llevaban número de identificación en la cola. Pero los B-2 no tenían cola. De manera que los numeritos de marras iban pintados en la puerta de la cabina del piloto. Los bombarderos concebidos para realizar incursiones en las líneas enemigas volaban siempre a gran altura (aunque el contrato con la empresa constructora se modificó, ya en pleno proceso de fabricación, para que el aparato pudiese volar también, normalmente, a baja altura), como hacen los aviones de las compañías comerciales para ahorrar combustible.

El B-2 era, posiblemente, el avión más caro que se hubiese construido nunca. Aunque tenía la envergadura de un DC-10, era prácticamente «invisible». Con un fuselaje pintado de color pizarroso, que lo camuflaba aún más por la noche, era ahora la más firme esperanza para poner fin a una guerra. Pese a ser un bombardero, se confiaba en que su misión fuese lo más pacífica posible. Con todo, a Zacharias le resultaba más fácil hacerse a la idea de que era una misión de bombardeo.

Los tres cuatrimotores arrancaron al mismo tiempo. La aguja del indicador del combustible se movía como si fuesen ya a toda potencia y a altitud de crucero. El copiloto y el oficial experto en combate electrónico comprobaron sus consolas. Luego, uno tras otro, el trío de bombarderos abandonó la rampa y enfiló la pista.

«Nos facilitan las cosas», pensó Jackson en voz alta.

Se hallaba en el Centro de Información de Combate del portaaviones, bajo la cubierta de vuelos. Su plan operativo global contaba con esa posibilidad, pero él prefirió no hacerse ilusiones. Lo más temible del enemigo eran los cuatro destructores, que los japoneses destinaron, en principio, para proteger las Marianas. La Armada de los Estados Unidos aún no sabía cómo contrarrestar la combinación radar-misil del sistema Aegis que llevaban los destructores, y ya corría con la cuenta de que en la misión iba a perder aparatos y hombres. Pero estaba seguro de que ahora eran los Estados Unidos quienes llevaba la iniciativa. El

LIbrodot

enemigo trataba de salir al paso de sus posibles medidas, y ése era siempre el sistema perfecto para perder.

Robby lo notaba ahora como una sensación física: el John Stennis navegaba a toda potencia, rumbo noreste, a unos treinta y dos nudos. Miró el reloj y se preguntó en qué pararía el resto de las operaciones que planeó en el Pentágono.

Ahora sería algo distinto. Richter puso en marcha los motores de su Comanche, tal como hizo la noche anterior. ¿Cuántas veces lograría hacer lo mismo? Recordó un axioma de las operaciones militares, según el cual nunca resultaba repetir una argucia. Lástima que, quien tuviera la brillante idea de aquella operación, no lo hubiese tenido en cuenta. Su último barrunto fue para preguntarse si habría sido cosa de aquel atlético piloto de cazas de la Armada, con quien intimó en Nellis durante los meses pasados. Probablemente no, se dijo. Parecía un tipo demasiado profesional.

De nuevo los rangers enarbolaron sus minúsculos extintores, tan innecesarios como el día anterior.

Richter se elevó sin el menor percance hacia las estribaciones del Shuraishi-san, al este, rumbo a Tokio. Pero esta vez con otros dos aparatos a su estela.

-Quiere ver a Durling personalmente -dijo Adler-. Es lo que ha dicho al final de la sesión de esta mañana.

-¿Y qué más? -preguntó Ryan.

Como diplomático que era, Scott no le habló del trasfondo de su misión de buenas a primeras.

-Es Cook -contestó Adler-. Me ha dicho que su contacto colabora con Koga.

-¿Le ha dicho usted...?

-Si, le he dicho lo que usted quería que le dijese. ¿Qué le contesto al embajador?

Ryan miró el reloj. La hora no era muy oportuna, y ya tenía bastantes complicaciones. Aunque, claro, no iba a esperar que la otra parte le diese facilidades.

-Démonos hora y media. Lo hablaré con el presidente.

El oficial experto en combate electrónico tenía, lógicamente, la obligación de revisar los ordenadores que activaban el armamento. Los aparatos podían llevar ochenta bombas de 250 kg, pero sólo tenían espacio para ocho cohetes de 1 000 kg. Y 8 x 3 eran 24. Otra simple operación aritmética, que hacía que la última parte de la misión fuese tan necesaria, como innecesaria habría sido de utilizar armamento nuclear. Si el mando no ordenaba utilizarlo, mejor que mejor, se dijo Zacharias. Así no tendría remordimientos de conciencia.

-Todo está bien, señor -dijo el técnico.

No era sorprendente. Las armas las revisaron un experto artillero, un sargento especialista y un ingeniero de la empresa constructora. Todas pasaron pruebas de simulación, antes de alojarlas en las cámaras. Así debían hacerlo para tener derecho a la garantía, de un 95 % de eficacia, que certificaba el fabricante, aunque ni siquiera ese porcentaje bastase para garantizar el éxito de la misión. Habría sido conveniente disponer de más aparatos, pero no había más, aunque maniobrar con tres juntos ya fuese de por sí bastante aventurado.

-Empiezo a detectar ruidos. Posición dos-dos-cinco. Podría tratarse de un E-dos -informó el técnico.

Diez minutos después, les quedó claro que los radares de tierra del país debían de estar activados a máxima potencia. Bueno, pues para eso precisamente llevaban lo que llevaban, se dijeron los tres tripulantes.

-Bien. Deme un rumbo -ordenó Zacharias tras mirar su pantalla.

-Uno-nueve-cero parece lo indicado, por el momento.

Los instrumentos de a bordo identificaban cada clase de radar. Su jugada era explotar el más anticuado: un radar de fabricación americana cuyas características conocían muy bien.

Por delante de los B-2, los Lightnings estaban de nuevo metidos en faena. En esta ocasión, iban sin apoyo y camuflados. Se acercaban a Hokkaido por el este. Los bombarderos que iban detrás seguían rumbo sur. El trabajo de las tripulaciones era ahora más mental que físico. Uno de los E-767 estaba en el aire. Esta vez patrullaba muy hacia el interior y, probablemente, apoyado por cazas. Mientras tanto, los E-2C -de prestaciones muy inferiores- cumplían la misión de patrulla frente a la costa. Esto sometía a los pilotos de los cazas a un gran esfuerzo. Como estaba previsto, en su pantalla de amenazas potenciales apareció que varios Eagles trataban de detectar emisiones de sus radares APG 70. Muy bien: había llegado la hora de darles otra lección. Los dos Lightnings viraron ligeramente hacia la derecha en busca de los dos Eagles más cercanos.

Aún había dos en tierra, uno de ellos rodeado por un andamiaje. Quizá fuera el que estaba en período de revisión, pensó Richter, que se acercaba cautelosamente por el oeste. Aún había lomas tras las que podía ocultarse, aunque en lo alto de una de ellas tenían un radar antiaéreo grande y potente. Su ordenador de a bordo le seleccionó un curso seguro. Descendió un poco para seguirlo. Llegó hasta unos cinco kilómetros de la instalación del radar, pero a menor altura. Había llegado el momento de hacer aquello para lo que el Comanche estaba diseñado.

Richter remontó la última cumbre de la cadena de colinas y su radar hizo un barrido por todo el sector. La memoria de su ordenador seleccionó a los dos E-767 en su archivo de objetos hostiles, y los iluminó en la pantalla de combate. Richter los veía como dos siluetas numeradas, 1 y 2, identificadas como lo que eran.

El piloto seleccionó «Hellfire» de su menguado menú de armamento, se abrieron las portillas y disparó dos veces. Los misiles Hell-fire salieron como una exhalación, cuesta abajo, hacia la base aérea, que se encontraba a ocho kilómetros.

El blanco núm. 4 era un edificio de apartamentos. La última planta, por suerte. ZORRO-3 se dirigió a la ciudad por el sur. El piloto hizo caracolear su helicóptero, temeroso de que lo avistasen desde tierra. Miraba al edificio en busca de una ventana con luz. Allí. Pero no es que estuviese la luz encendida, se dijo el piloto. Parecía más bien un TV. Le bastaba con eso. Utilizó el módulo manual para enfocar la luz azulada.

Kozo Matsuda no paraba de preguntarse por qué se habría metido en aquel lío. Siempre terminaba por contestarse lo mismo. Abarcó demasiado con sus empresas y esto lo obligó a aliarse con su amigo Yamata... Que, por cierto, ¿dónde estaba? ¿En Saipan? ¿Por qué? Lo necesitaban aquí. El gobierno estaba nervioso. Aunque Matsuda tenía a un ministro, que haría lo que él le dijese, estaba al corriente de que, horas antes, varios ministros empezaron a pensar por su cuenta. Y eso era un mal asunto. Tan malo como los últimos acontecimientos. Los americanos habían logrado, en buena medida, desbordar sus defensas aéreas. Una sorpresa muy desagradable. ¿No comprendían que había que poner fin a la guerra, que las Marianas debían quedar en su poder, de una vez por todas, y que, en definitiva, los americanos tenían que aceptar el cambio de situación? Por lo visto, sólo entendían el lenguaje de la fuerza. Lo

LIbrodot

malo era que, aunque Matsuda y sus colegas creyeron tener la capacidad de utilizar la fuerza, no lograban intimidar a los americanos.

¿Y si no se resignan? Yamata les aseguró que no tenían más remedio. También les aseguró poder sumir en el caos todo el sistema financiero y, en un visto y no visto, aquellos cabrones le dieron la vuelta a la situación, con la misma habilidad que los espadachines Mushashi que veía en aquellos momentos en la programación nocturna de TV.

No había salida. Tenían que reconsiderarlo todo desde el principio, o se hundirían en una catástrofe peor que... la que sus errores estuvieron a punto de provocar en su imperio industrial. ¿Errores de cálculo? Pues bueno, sí, pero logró capear el temporal al aliarse con Yamata. Sólo con que su colega regresase a Tokio y los ayudase a mantener a raya al gobierno, quizá...

El televisor cambió de canal por su cuenta. Qué raro. Matsuda accionó el mando a distancia y lo volvió a cambiar. Pero, por lo visto, al televisor no le gustaba aquel programa.

Quince segundos después, el piloto del ZORRO-3 activó el láser infrarrojo, utilizado normalmente para guiar a los misiles antitanque. El Comanche iba ahora con el piloto automático, lo que le permitió accionar manualmente el arma. Nunca hubiese imaginado que el haz de láser infrarrojo fuese de la misma frecuencia que el mando a distancia que utilizaba su hijo en casa para cambiar al Canal Disney.

¡Condenado aparato!, exclamó Matsuda, irritado, tras cambiar de canal por tercera vez. Con el mismo resultado: ahora el televisor que-ría ver un informativo. ¡Con el tiempo que hacía que no veía aquella película! ¿Qué le pasaba a aquel televisor? Encima, era un modelo de pantalla grande de los que producía una de sus fábricas.

El industrial se levantó de la cama y se acercó al televisor, esgrimiendo el mando a distancia casi amenazadoramente. Cambió de canal. Y el televisor... vuelta al informativo.

«Bakayaro!», exclamó. Se arrodilló entonces frente al aparato y utilizó los botones para cambiar de canal manualmente. De nuevo se esfumó la película. Tenía las Luces del dormitorio apagadas y, de pronto, Matsuda vio en la pantalla un resplandor amarillento. ¿Un reflejo? ¿De qué? Se dio la vuelta y vio un semicírculo llameante que se acercaba a su ventana. Un segundo después, el misil Hellfire impactó en la columna de acero contigua a su cama.

El piloto del Zorro-3 vio cómo explotaba la última planta del edificio de apartamentos. Giró bruscamente a la izquierda para dirigirse al siguiente objetivo. ¡Menuda!, exclamó el piloto. Aquello era más gordo que el pequeño papel que tuvo en la Fuerza de Intervención NORMANDY, seis años atrás. Nunca le sedujo la temeridad, pero allí estaba: a cumplir con su trabajo. El siguiente disparo fue similar al anterior. No era fácil de digerir. Estaba seguro de que, en veinte metros a la redonda del lugar del impacto, nadie viviría para contarlo.

Al estallar el primer Hellfire, parte de la tripulación merodeaba por la cabina. El misil impactó piadosamente en el morro del E-767 y quizá algunos se librasen, pensó Richter. El segundo misil, teledirigido igual que el primero, explotó en la cola del segundo aparato. De manera que a Japón sólo le quedaban otros dos E-767. Quizá estuviesen en el aire, pero sin saber dónde, nada podía hacer el piloto. Difícilmente regresarían a aquel sector, aunque, para asegurarse, Richter dio la vuelta, seleccionó su cañón y destrozó la instalación del radar antiaéreo antes de alejarse.

Binichi Murakami se disponía a salir del edificio, tras una larga conversación con Tanzan Itagake. Se reuniría con sus amigos del gobierno al día siguiente. Les aconsejaría detener aquella locura antes de que fuese demasiado tarde. Las armas nucleares de que disponía su país tenían por objeto que su mera existencia bastase para que nunca se utilizaran. La sola idea de hacer público que hubiese tales armas en su país (en aquel lecho de roca elegido para su emplazamiento) amenazaba con destruir la coalición política en la que Goto se apoyaba. El primer ministro comprendía, al fin, que se podía manipular a un político hasta que éste se percataba de que era capaz de ejercer el poder por sí mismo.

Y todo, por el incidente con aquel mendigo borracho en una calle de Nueva York. No podía quitárselo de la cabeza. De no ser por aquello, quizá no se hubiese dejado influir por los argumentos de Yamata.

De pronto, un blanco resplandor apareció en el cielo. El guardaespaldas de Murakami estaba junto a él y lo derribó junto al coche, a la vez que les llovían añicos de vidrio. Antes de que se extinguiese el estrépito, oyó el eco de otro que acababa de producirse a varios kilómetros de allí.

«¿Qué pasa?», trató de preguntar. Al moverse, notó líquido en el rostro y vio que era sangre del brazo de su empleado, herido por los cristales. El guardaespaldas se mordía el labio y trataba de conservar la entereza, pero estaba muy mal herido. Murakami lo ayudó a subir al coche y le ordenó al chófer que se dirigiese al hospital más cercano. Al asentir el chófer, otro fogonazo brotó del cielo.

Otros dos aparatos abatidos, musitó el coronel para sí. Se les acercó hasta ocho kilómetros antes de dispararles. Sólo a uno de los Eagles le dio tiempo a hacer un tímido intento de huir, aunque demasiado tarde. El piloto logró accionar el asiento eyectable y flotaba ahora hacia tierra.

El piloto del Lightning se dirigió entonces al noreste, a 1 836 km/ h. Su escuadrilla de cuatro aparatos había abierto un tremendo boquete en las defensas de Hokkaido. El mando japonés no tendría más remedio que desplazar otros aviones a aquel sector para cubrir la brecha. Misión cumplida.

Durante años, el coronel se hartó de decir a todo aquel que quisiera oírlo que, en combate, no había juego limpio que valiese. En maniobras, se reía del cruel eufemismo de que un aparato «invisible» se enfrentase a un avión convencional. Pero aquellos muertos no estaban de maniobras. Aún le quedaban más por matar. Y se sublevaba contra sí mismo por ser su verdugo.

El técnico en combate electrónico los hizo pasar entre dos radares antiaéreos, a unos 160 km de un E-2C. Se oía una continua farfulla a través de la radio, comunicaciones espasmódicas y nerviosas entre los controladores de tierra y los cazas, todas al norte de donde ellos se encontraban.

Avistaron tierra en las inmediaciones de una población llamada Arai. El B-2A volaba a unos 15 000 m de altitud y a poco más de 1 000 km/h. Bajo la primera capa del fuselaje había otra, hecha de una aleación de cobre, que absorbía la energía electrónica que proyectaban sobre el aparato. Era parte de la técnica de «invisibilización». El principio en el que se basaba esta técnica era tan sencillo que podía encontrarse en cualquier libro de texto de bachillerato. Los filamentos de cobre concentraban gran parte de la energía recibida, de una manera no muy distinta a como lo hace una antena, y la convertía en calor que se disipaba en el frío aire de la noche. Las señales de radar que lograban penetrar en la estructura del aparato eran desviadas por los instrumentos de a bordo. O, por lo menos, en eso confiaban todos.

LIbrodot

Ryan salió a recibir al embajador y lo condujo hacia el ala oeste. Iban escoltados por cinco agentes del Servicio Secreto. La tensión que había entre ellos la traducía el lenguaje diplomático por «franqueza». No había malos modales, pero sí crispación y ni asomo del desenfado que solía presidir tales reuniones. No intercambiaron más palabras que las estrictamente necesarias. Al llegar al despacho Oval, Jack se preguntaba qué nueva amenaza saldría de aquella entrevista, en momentos tan críticos.

-Tenga la bondad de tomar asiento, señor embajador -le dijo Durling.

-Gracias, señor presidente.

Ryan se acercó un sillón y se situó entre el embajador y Roger Durling. Fue casi un acto reflejo para proteger al presidente, aunque innecesario. Dos de los agentes del Servicio Secreto habían entrado con ellos y no abandonarían el despacho. Uno estaba junto a la puerta y el otro justo detrás del embajador.

-Tengo entendido que tenía usted algo que comunicarme -dijo Durling.

El embajador no se andó con rodeos.

-Mi gobierno desea poner en su conocimiento que pronto haremos público que poseemos armas estratégicas. Nos ha parecido justo advertírselo a ustedes antes.

-Esto se interpretará como una clara amenaza a mi país, señor embajador -dijo Ryan, muy en su papel.

Así evitaba que Durling se comprometiera personalmente con tal declaración.

-Sólo es una amenaza si ustedes lo quieren.

-Lo supongo al corriente de que nosotros también poseemos armas nucleares que podemos utilizar contra su país -dijo Ryan.

-Como ya hicieron una vez -replicó el embajador.

-Si, en el curso de una guerra que también iniciaron ustedes. -Hemos reiterado que sólo puede considerarse una guerra si ustedes así lo quieren.

-Su ataque a territorio de los Estados Unidos, y las bajas que nos han causado, son lo que lo convierten en una guerra.

Durling los observaba impasible, sin apenas más movimiento que ladear la cabeza, tan en su papel como el consejero de Seguridad Nacional. Conocía a Jack Ryan lo suficiente para percatarse de lo tenso que estaba; por el modo en que cruzaba las piernas y crispaba ligeramente las manos, entrelazadas sobre su regazo. Con todo, pese a la índole de aquella conversación, su tono de voz era tan suave y agradable como siempre. Bob Fowler no pudo estar más en lo cierto, mucho más de lo que el anterior presidente o el actual imaginaban. Un hombre idóneo para capear el temporal, se repetía una y otra vez Durling, una expresión que se remontaba, seguramente, a los primeros hombres que se hicieron a la mar. Pese a lo obstinado y temperamental que a veces era, en los momentos críticos Ryan mostraba el mismo aplomo que un cirujano en el quirófano. ¿Lo habría aprendido de su esposa?, se preguntaba el presidente. Quizá no tuvo más remedio que aprenderlo, a lo largo de los últimos diez o doce años, como funcionario o como profesional del sector privado. Tenía cerebro, intuición, y sangre fría cuando era necesario. Qué lástima que rehuyera la política. Le entraron ganas de sonreír al pensarlo. No era el momento ni el lugar. Pero no. Ryan no hubiese sido un buen político. Era de la clase de personas que quería resolver los problemas directamente. Incluso cuando más sutil se mostraba, ponía la proa. No sabía mentir convincentemente. Y, sin embargo, no había duda: un hombre idóneo para capear un temporal.

-Pretendemos una salida pacífica al conflicto -dijo el embajador-. Estamos dispuestos a hacer concesiones sustanciales.

-Nosotros no pedimos más que la vuelta al statu quo anterior -replicó Ryan.

Se rebulló en el asiento inquieto, ante lo aventurado de su réplica. Aunque detestaba aquel tipo de polémicas, no tenía más remedio que ser portavoz de las ideas que él y el presidente analizaron. Si iban mal dadas, se daría en suponer que fue Jack Ryan quien no supo interpretar el pensamiento de Roger Durling.

-Y el desmantelamiento de sus armas nucleares bajo supervisión internacional -añadió el consejero.

-Nos abocan ustedes a un juego muy peligroso.

-Ustedes lo han empezado, señor -replicó Ryan, que se impuso no perder los estribos.

Se sujetaba la muñeca izquierda con la mano derecha. Notaba el reloj. Se abstuvo de mirarlo, para no dar la impresión de que algo urgente podía estar ocurriendo en aquellos momentos.

-Han violado ustedes el Tratado de No Proliferación Nuclear -añadió Ryan-. Han violado la Carta de las Naciones Unidas, de la que su país es signatario. Violan, asimismo, varios tratados bilaterales con los Estados Unidos, y han desencadenado una guerra. ¿Pretenden que aceptemos todo esto, además del sojuzgamiento de ciudadanos norteamericanos?

Lo ocurrido en el norte de Japón la noche anterior, aún no se había hecho público. Controlaban a sus medios informativos mucho más estrechamente de lo que lo hizo Ryan con las cadenas de TV. Pero eso tenía un problema. La verdad siempre salía a relucir. No era mala cosa si la verdad jugaba a favor de uno, pero podía ser terrible si jugaba en contra.

-¡Tienen que concedernos algo! -insistió el embajador, que empezaba a perder la compostura diplomática.

El agente del Servicio Secreto que estaba detrás flexionó los dedos. -Lo que les concedemos es la oportunidad de restablecer la paz honorablemente.

-¡Eso equivale a nada!

-Bien. Creo que esto sería más adecuado que lo discutiese con el secretario del ministro de Exteriores y su delegación. Ya conoce cuál es nuestra postura -le dijo Ryan-. Si optan por hacer público que disponen de armas nucleares, no podemos impedírselo. Pero le advierto que provocará una peligrosa escalada sicológica, tan negativa para su país como para el nuestro.

El embajador miró ahora a Durling, como si confiase en una reacción más suave por su parte. Los congresos de Iowa y New Hampshire estaban a la vuelta de la esquina, y tenía que empezar con buen pie... ¿Sería ésa la razón de que adoptara una línea tan dura?, se preguntó el diplomático. Tenía órdenes de Tokio de conseguir un margen de maniobra para su país, pero los americanos se mostraban inflexibles. Y el inspirador era, sin duda, Ryan.

-¿Es el doctor Ryan quien habla en nombre de los Estados Unidos?

El embajador tragó saliva al ver que el presidente meneaba ligeramente la cabeza.

-No, señor embajador. En realidad, soy yo quien habla en nombre de Estados Unidos -replicó Durling, que hizo una pausa con el deliberado propósito de ensañarse con la respuesta-. Pero el doctor Ryan habla en mi nombre en esta cuestión. ¿Tiene usted algo más que comunicarnos?

-No, señor presidente.

-En tal caso, no lo retendremos más. Confiamos en que su gobierno comprenda que el modo más fecundo de salir de esta situación es aceptar lo que proponemos. Las otras alternativas no resisten el menor análisis. Buenos días, señor.

Durling se levantó para acompañar al embajador. Ryan permaneció sentado. Al cabo de dos minutos ya estaba de nuevo Roger Durling en el despacho.

-¿Cuándo? -preguntó el presidente.

-De un momento a otro.

-Esto pinta mejor.

Veían el cielo despejado por debajo, aunque había algunos cirro-cúmulos a unos 17 000 m. Pese a ello, el «punto inicial» era demasiado dificil de ver a simple vista. Lo peor era que los otros aparatos de la escuadrilla de tres eran bastante «invisibles», aunque de acuerdo a lo previsto iban sólo a seis y ocho kilómetros por delante, respectivamente.

Mike Zacharias pensó en su padre, en todas las operaciones de vuelo que realizó, para infiltrarse en las más modernas defensas aéreas enemigas de su tiempo. Sólo en una perdió la

partida y sobrevivió, de milagro, al internamiento en un campo de concentración que era más bien un cementerio. La misión que cumplía él ahora era, en cierto modo, más fácil, pero también más dura, ya que el B-2 carecía de maniobrabilidad, salvo para ajustar su posición de acuerdo al régimen de vientos.

-Por ahí hay una batería de Patriots, ligeramente hacia el oeste -dijo el capitán, que se encontraba frente a la consola del ordenador-. Acabo de detectarlos.

Zacharias comprendió en seguida por qué. Vio unos primeros destellos en tierra, a pocos kilómetros de distancia. De manera que los informes de Inteligencia eran correctos, pensó el coronel. Los japoneses no tenían muchos Patriots, y no los iban a exponer así como así. Justo en aquel momento, al mirar hacia abajo, vio las luces del tren frente al valle que se disponían a atacar.

-¡Active radar uno! -ordenó el piloto, consciente de que había llegado el momento de la verdad; el verdadero peligro.

El radar instalado bajo el morro del bombardero se orientó hacia la porción de terreno que le indicó el ordenador, guiado por el satélite. Fijó instantáneamente la posición del bombardero con respecto a un punto de referencia conocido, en tierra. El aparato describió entonces un giro a la derecha y, dos minutos después, volvió a repetir la operación.

-¡Cuidado! ¡Han lanzado misiles! ¡Un Patriot...! ¡Dos! -alertó el técnico.

Van a por el 2, pensó Zacharias. Han debido de pillarlo con la portilla de las bombas abierta. Porque el bombardero no era «invisible» si llevaba la portilla abierta. Pero el aparato sólo la tuvo abierta unos segundos...

Allí. Vio a los Patriots ascender por detrás de la loma, mucho más rápidos que los SA-2 que su padre tenía que esquivar. No parecían cohetes sino más bien rayos, tan veloces que apenas podían seguirlos con la vista; no dejaban apenas tiempo para pensar. Pero los dos misiles, separados sólo por unos centenares de metros, se cebaron con la señal recibida cuando la portilla estaba abierta, y con la posición que entonces tenía el bombardero. De manera que no alteraron su trayectoria, directos a un punto fijo del espacio. Pasaron muy por encima de su bombardero y explotaron como fuegos de artificio a 20000 m de altitud. Perfecto. Esta técnica de «invisibilización» funciona de verdad contra los Patriots, tal como indicaron todas las pruebas. Los artilleros de las baterías debían de ir de cabeza, pensó.

-Empezamos la primera pasada -anunció el piloto.

Su objetivo eran diez blancos (silos de cohetes según los informes de Inteligencia). El coronel se alegraba de tener la oportunidad de eliminar tan odiosas armas, aunque al precio de vidas humanas.

Eran sólo tres bombarderos, y el suyo, al igual que los otros dos, sólo llevaba ocho misiles. El número total para la misión era de veinticuatro: dos para cada silo. Zacharias reservaría cuatro para el último objetivo. Dos misiles para cada silo. Cada misil tenía un 95 % de probabilidades de impactar a menos de cuatro metros del blanco. Un buen porcentaje, de no ser porque para aquella misión no cabía margen de error. Incluso, sobre el papel, había menos del 0,5 % de probabilidades de un doble fallo. Y sin embargo multiplicado por diez significaba un 5 % de probabilidades de que un cohete nuclear quedase intacto. Y no podían permitírselo.

El aparato lo dirigía ahora el ordenador. El piloto podía corregirlo, pero no lo haría a menos de que algo se torciese. El coronel retiró las manos de los controles, para no tocar nada que pudiera entorpecer un control mucho más preciso que el suyo.

-¿Teledirección? -preguntó a través del intercomunicador. -Activada.

La voz del técnico revelaba tensión. Tenía los ojos fijos en la pantalla del monitor del piloto automático, que recibía la señal de cuatro relojes nucleares situados en órbita, y que daba la posición exacta del aparato en tres dimensiones (además de los datos del curso, velocidad del aparato y del viento generados por el propio ordenador del bombardero). Esta información pasaba al sistema de teledirección de los misiles, previamente programados con las coordenadas exactas del emplazamiento de sus blancos. El primer bombardero cubría los

blancos 1 al 8. El segundo, los blancos 3 al 10. El de Zacharias realizaría los segundos disparos a los blancos 1, 2, 9 y 10. Teóricamente, esto aseguraba que, como ninguno de los bombarderos disparaba dos veces al mismo blanco, un fallo electrónico no equivaldría a que quedasen indemnes los cohetes nucleares.

-Sigo detectando a la baterías de Patriots. Deben de estar a la entrada del valle.

Lo siento por ellos, pensó Zacharias.

-¡Portillas abiertas! ¡Ya! -dijo el piloto.

Lo que a continuación dijo el técnico era de esperar.

-¡El radar de las baterías nos enfoca! -gritó al lanzar el bombardero el primer misil-. ¡Lancen segundo y cierren portilla! ¡Cierren portilla!

-Tranquilo, hombre, tranquilo. Para disparar hay que abrirlas, ¿no? -dijo Zacharias con engañoso aplomo.

Tras soltar el segundo misil, pensó en el comandante de la batería. ¿Sería un oficial inteligente? La misión aún podía fallar sólo con que el comandante de la batería...

Dos segundos después, soltó el cuarto misil. La portilla volvió a cerrarse, devolviéndole al B-2 la «invisibilización» electrónica.

-Tiene que ser un bombardero «invisible». Por fuerza -dijo el controlador de la batería de interceptación-. ¡Mirad!

Aquel blanco, grande y apetitoso, que de pronto apareció sobre sus cabezas acababa de desaparecer. La pantalla de la instalación de radar anunció el contacto, por medio de imagen y de sonido, pero ahora la pantalla se había quedado en blanco. Aunque no del todo. Veían descender cuatro objetos, iguales a los ocho que aparecieron en la pantalla un minuto antes. Desde su vehículo el comandante de la batería oyó el impacto que procedía de la parte alta del valle. En la ocasión anterior, trató de alcanzar a los bombarderos y perdió dos precisos misiles. Los dos que acababa de disparar explotarían también en el vacío... pero...

-¡Reactiven las baterías! -les gritó el comandante a sus hombres.

-No nos apuntan -dijo el técnico del bombardero de Zacharias, aunque sin demasiada convicción.

Detectaba el rastreo del radar de las baterías, pero no en su dirección.

Para mayor seguridad, Zacharias hizo girar el aparato, aunque de todas maneras hubiese tenido que hacerlo para la última parte de la misión. El giro la situaría fuera de la trayectoria programada para los misiles, aparte de reducir la remota probabilidad de que los bombarderos chocasen entre sí.

-¿Qué detecta? -preguntó el piloto.

-Nos han rebasado...

La información del técnico se vio confirmada por dos fogonazos que iluminaron las nubes, muy por encima de sus cabezas. Aunque los tres tripulantes se estremecieron al ver los fogonazos, no notaron que el aparato vibrase ni que diese el menor bandazo a causa de las explosiones, de tan lejos como debían de haberse producido.

Pues, bueno, ya está... Espero...

-¡Pero el radar sigue fijo en su señal! -gritó el técnico-. Pero... -¿Hacia nosotros?

-No. No lo sé. Apunta a otra cosa...

-¡A nuestros misiles! ¡Me cago en la hostia! -exclamó Zacharias-. ¡Les disparan a nuestros misiles!

Eran cuatro. Los misiles más inteligentes que se hubieran fabricado. Descendían rápidamente, aunque no tanto como podía hacer un caza en vuelo en picado. Los cuatro sabían

perfectamente dónde se encontraban. Conocían con exactitud sus coordenadas de espacio-tiempo y sabían muy bien adónde iban. Los ordenadores de a bordo de los B-2 los ilustraron con detalle acerca de su lugar de destino: las coordenadas exactas del emplazamiento, la altitud, la velocidad y la dirección que llevaría el aparato, aparte de que eran misiles con su propio servicio informático para comprobarlo todo por su cuenta. Y allá que iban, ceñidos a las imaginarias líneas del espacio tridimensional. Era muy improbable que fallasen.

Pero... los inteligentes misiles no eran «invisibles». Y no lo eran porque a nadie se ocurrió dotarlos de esa característica. Y, además, eran lo bastante grandes como para poder seguirles el rastro.

A la batería de Patriots aún le quedaban misiles. Tenía un emplazamiento que defender. Aunque el bombardero se les hubiese esfumado, había cuatro objetos en pantalla. El radar los veía perfectamente. El sistema automático de teledirección se puso a perseguirlos mientras el comandante se maldecía por no haber pensado antes en aquello. Su operador cumplió sus órdenes y accionó la tecla que «permitía» a los ordenadores de los misiles operar de manera autónoma. A estos ordenadores les daba exactamente igual que los objetos en cuestión no fuesen aviones. Se desplazaban por el aire, estaban bajo su responsabilidad y, además, los humanos acababan de darles una orden: ¡Destrúyanlos!

El primero de los cuatro misiles lanzados por los bombarderos explotó. Su combustible sólido dejó un trazo amarillo en el cielo de la noche. El sistema de teledirección perseguía el blanco a través del ordenador del propio misil y, aunque complicado, era muy difícil producirle interferencias, y era muy preciso. El misil de la batería había dado en el blanco, doblemente teledirigido, por su ordenador y por el de la batería. De haber tenido verdadero cerebro, se habría sentido exultante al comprobar su precisión.

-¡Destrúyanlos! -ordenó el operador.

Y la noche se iluminó como en pleno día al lanzar el segundo SAM a la caza del segundo misil.

El resplandor que brotó del suelo era elocuente. Zacharias vio el reflejo de los fogonazos en las rocosas laderas. Demasiado pronto para ser los fogonazos de los impactos previstos. Quienquiera que hubiese programado la misión no exageró respecto de su dificultad.

-El Dos está en el «punto inicial» -dijo el copiloto, para recordarle al comandante que debía hacer otro tanto.

-Objetivo de tierra perfectamente coordenado -dijo el técnico.

Zacharias lo veía ahora a simple vista: un ancho sendero de color azulado, muy distinto al color pardo oscuro de aquellas sierras, y una pared blancuzca al fondo. Incluso veía las luces de la central eléctrica.

-Portillas abiertas.

El aparato dio una sacudida al soltar los seis misiles. Los controles de vuelo volvieron a estabilizarlo y el bombardero enfiló de nuevo hacia el este. Ahora el piloto se sentía más satisfecho por la misión que le encomendaron.

El comandante de la batería dio una palmada en la consola, exultante de satisfacción. Había destruido tres de los cuatro misiles. A pesar de que su cuarto SAM explotó en el vacío, lo más probable era que la onda expansiva hubiese desviado el misil de su objetivo, aunque oyó que, por lo menos, a tierra había llegado. Cogió su teléfono de campaña y llamó al oficial del bunker de la batería.

-¿Están ustedes bien? -preguntó, angustiado.

-¿Con qué demonios nos han atacado? -preguntó el oficial.

El comandante de la batería de Patriots ignoró la estúpida pregunta.

-¿Y los cohetes?

-Nos han destruido ocho. Creo que nos quedan sólo dos. Tengo que llamar a Tokio para pedir instrucciones.

El oficial se quedó de una pieza. En lo primero que pensó es en lo bien elegido que estuvo aquel emplazamiento. Sus silos estaban excavados en la roca viva, lo que proporcionaba un estupendo blindaje a sus cohetes nucleares de alcance intercontinental. ¿Qué órdenes recibiría ahora, después de que los americanos habían tratado de desarmarlo a él y a su nación?

El oficial de la batería de SAM no tuvo valor para decir en voz alta lo que pensaba: Confío en que ordenen lanzarlos.

Los últimos cuatro misiles del B-2 enfilaron hacia el embalse hidroeléctrico de la cabecera del valle. Estaban programados para que explotasen, de abajo arriba, dentro de la estructura de hormigón armado. La sincronización y los puntos de impacto no eran menos cruciales que la precisión requerida para impactar en los silos de los cohetes nucleares. Sin que nadie los viese ni oyese, se dirigieron al embalse en fila india, con apenas cien metros de separación entre sí.

La presa tenía 130 m de altura, y el grosor de la base tenía casi otros tantos. La estructura se estrechaba conforme se elevaba, hasta llegar a una anchura mínima de diez metros a nivel del aliviadero. Era una estructura de extraordinaria resistencia, no sólo para contener las aguas sino en previsión de los numerosos terremotos que afectaban a Japón. Producía electricidad desde hacía treinta años.

El primer impacto de misil se produjo a setenta metros por debajo del nivel del aliviadero. El fuselaje del misil era de acero endurecido. Penetró quince metros en el hormigón armado antes de explotar. Primero produjo una pequeña oquedad en el hormigón, que hizo temblar toda la estructura, mientras el segundo misil impactaba cinco metros por encima.

Uno de los vigilantes despertó de su cabezada al oír cómo rugía todo el valle. Pero se había perdido los fuegos artificiales. Aún se preguntaba qué habría ocurrido cuando vio el primer fogonazo, que parecía brotar del interior de su presa. Oyó la explosión del segundo misil. Al cabo de un segundo tembló el suelo de tal manera que casi lo hizo saltar.

-¡Dios! ¿Los hemos eliminado todos? -preguntó Ryan.

Pese a lo que todo el mundo creía -y en contra de sus más fervientes deseos-, el Departamento de Reconocimiento Aéreo no tenía ninguna extensión en la Casa Blanca para recibir imágenes en directo. De manera que tuvo que verlo en un televisor del Pentágono.

-No es seguro, señor. Todos han explotado muy cerca... Aunque... algunos de los misiles... han sido un poco prematuros...

-¿Qué quiere decir todo eso?

-Pues que parece que han explotado en el aire... tres. Todos, del último bombardero. Tratamos de comprobarlo...

-Pero, ¡coño, ya!, ¿han quedado algunos intactos o no? -le espetó Ryan, temiéndose que la misión hubiese fallado.

-Uno. O acaso dos. No estamos seguros. No se mueva de ahí, ¿de acuerdo? -le dijo el técnico del departamento en tono quejumbroso-. Dentro de unos minutos, otro de nuestros aparatos sobrevolará el emplazamiento.

La presa pudo haber resistido el segundo impacto, pero el tercero explotó a veinte metros del aliviadero, y abrió una brecha... Es más: hizo saltar por los aires una enorme cuña de hormigón. La pared se venció hacia adelante, pero la contuvo el lecho de roca. Por un

momento, el vigilante creyó que la presa iba a resistir. El cuarto misil impactó en el centro de la pared de la presa y la hizo pedazos. Tras una nube de polvo, siguió otra de vapor al irrumpir el agua por la brecha de treinta metros abierta en la presa. El vigilante veía crecer la brecha por momentos. Hasta ese momento no pensó en correr al teléfono para dar la alarma a quienes vivían río abajo. Tras treinta años de cautiverio, el río se lanzaba valle abajo, por el cauce que labró durante milenios.

-¿Y bien? -preguntó el hombre de Tokio.

-Un cohete parece estar intacto. Es el número nueve. El dos... podría tener algunos daños menores. Mis hombres lo comprueban en estos momentos. ¿Cuáles son sus órdenes?

-Prepárense para posible lanzamiento. Y espere instrucciones. -Hai.

¿Y ahora qué hago?, se preguntó el oficial de guardia nada más colgar. Era novato. Y más aún por lo que a manejar armas nucleares se refería. Nunca le pasó por la cabeza algo semejante. Tampoco nunca le pidió nadie que lo hiciera. Entonces recordó su protocolo de órdenes y cogió el teléfono. Línea directa con el primer ministro.

-Dígame.

-Llamo del ministerio, Goto-san. ¡Se ha producido un ataque a nuestros silos!

-¿Qué? ¿Cuándo? -preguntó Goto-. ¿Es muy grave? -Operativo no queda más que uno o... quizá dos. El resto los han destruido. En estos momentos se comprueba.

El oficial de guardia notó que el primer ministro estaba furioso.

-¿En cuánto tiempo podrían estar listos para el lanzamiento?

-En cuestión de minutos. Ya he dado la orden de que lo preparen todo.

El oficial hojeó su dossier de instrucciones para cerciorarse. Ya las había recibido previamente, por supuesto. Sin embargo, sintió la necesidad de verlas en letra de molde, al reparar en cómo lo miraban sus compañeros del centro de guardia, en medio de un silencio que se podía cortar.

-¡Voy a reunir a los ministros inmediatamente!

Cuando Goto hubo colgado, el oficial miró en derredor. Notaba crispación en sus hombres. Rabia. Pero, sobre todo, temor. Había vuelto a ocurrir: un ataque sistemático. Y ahora comprendían el alcance de las anteriores medidas americanas. Lograron descubrir el camuflado emplazamiento de los cohetes. Luego, procedieron a ataques escalonados a las defensas aéreas japonesas, como maniobra de distracción para lo que realmente se proponían. ¿Qué iban a ordenarles hacer ahora? ¿Lanzar un ataque nuclear? Era una locura. Eso opinaba el general y se percató de que los oficiales más sensatos que tenía bajo su mando opinaban lo mismo.

Fue una especie de milagro. El silo del misil núm. 9 estaba casi intacto. Explotó un misil americano a apenas seis metros, pero el lecho de roca... No. No había sido eso. Lo que había ocurrido era que el misil americano no llegó realmente a explotar. Había un agujero en la roca del valle. Pero con la luz de su linterna pudo ver allí mismo, entre fragmentos de roca, algo que... parecía una aleta. ¡Vaya! ¡Un cohete teledirigido con una carga que no explota! ¿Divertido, no? Corrió en seguida a ver cómo estaba el núm. 2. Al correr valle abajo, creyó oír sirenas de alarma y se preguntó qué debía de ocurrir. No le llegaba la camisa al cuerpo. ¿Por qué no se les habría ocurrido a los americanos atacar el bunker de las baterías? Habían destruido ocho de los cohetes de los silos. Respiraba con dificultad a causa de los humos de los combustibles, aunque casi todo se había consumido en la atmósfera, sin dejar más que una nube de gases tóxicos que los vientos de la noche alejaban del lugar. Optó por ir a ponerse una máscara antigás que le cubrió el rostro y, para fatalidad suya, los oídos.

En el silo núm. 2 sólo impactó un misil... y casi había fallado. Aquel misil se había desviado de su blanco unos doce metros. Aunque levantó varias toneladas de roca y

resquebrajó la pared de hormigón, sólo tenían que despejar el silo de cascotes para ver si el cohete estaba intacto.

¡Malditos americanos!, masculló, furioso. Llamó al bunker de control con su radio portátil. Era extraño, pero no le contestaban. Entonces notó el temblor del suelo. Tras dar unos pasos, pensó que acaso era él quien temblaba. Aunque trató de calmarse y de normalizar su agitada respiración, el temblor no cesaba. Un terremoto... ¿Y qué era aquel sordo rugido que oía pese a la máscara? Lo vio cuando ya era demasiado tarde para ponerse a salvo.

La dotación de la batería de los Patriots también lo oyó, pero lo ignoró. Sólo se percataron del inminente peligro los encargados de reponer los misiles. Cargaban otros cuatro, en un contenedor de la batea, al explotar la pared de la entrada del valle. Nadie oyó sus gritos, aunque uno de ellos logró ponerse a salvo antes de que una ola de treinta metros se tragara el lugar.

A 320 km por encima de su cabeza, un satélite sobrevoló el valle de suroeste a noreste. Sus nueve cámaras seguían el mismo curso de la riada.

45. Frente de combate

-Ahí van -dijo Jones.

Los lápices mecánicos trazaron gráficos, casi idénticos, en todos los pliegos que salían de la impresora. Los tenues trazos en la banda de los 1 000 Hz indicaban que habían activado los ordenadores Prairie-Masker. Otros trazos, igualmente tenues, señalaban ondas de baja frecuencia que revelaban el funcionamiento de las turbinas diesel de las naves. Había siete, y aunque aún no se advertían cambios sensibles en sus posiciones, no tardarían en producirse.

Los submarinos japoneses habían salido a respirar a una hora desacostumbrada. Lo habitual era que lo hiciesen coincidiendo con la primera hora en punto dentro de cada turno de guardia. La razón era dar tiempo a que los oficiales y los marineros de servicio cogiesen el ritmo después de sus horas de descanso. Otro motivo era hacer una lectura del sonar, antes de iniciar la maniobra en la que eran más vulnerables. Pero eran... y veinticinco. Y todos habían salido a respirar en un período de cinco minutos, lo que significaba que había órdenes distintas, órdenes para empezar alguna operación.

Jones cogió el teléfono y llamó a la Comandancia del Pacífico.

-Soy Jones.

-¿Qué ocurre, Ron?

-No sé qué cebo les habrán echado ustedes, pero van a por él. Tengo detectado el curso de siete -informó-. ¿Quién los espera?

-No puedo decírselo por teléfono, Ron -contestó Mancuso-. ¿Qué tal las cosas por ahí?

-Lo tenemos todo bastante bien controlado -repuso Jones mirando en derredor.

Aquellos técnicos, hombres y mujeres que vestían de uniforme, asimilaron con rapidez la formación adicional que él les proporcionó.

-¿Por qué no me trae los datos aquí, entonces? Creo que se ha ganado usted que los tomemos en consideración.

-Estaré ahí dentro de diez minutos -contestó el ingeniero.

-Los tenemos -dijo Ryan.

-¿Está usted seguro? -preguntó Durling.

-Mire, señor -contestó Jack, que dejó sobre la mesa del presidente tres fotografías que acababa de recibir de Reconocimiento Aéreo.

-Éste es el aspecto que tenía el lugar ayer.

La verdad es que no se veía gran cosa, salvo la batería de misiles Patriot. La segunda foto era más reveladora: una toma del radar en blanco y negro, unida por el ordenador a una imagen visual del satélite para obtener una imagen más precisa del campo de los cohetes nucleares.

-Esta es de hace sólo setenta minutos -dijo Ryan acercándole la tercera foto.

-Pero... esto es un lago -dijo el presidente, que alzó la vista perplejo, pese a que ya se lo anunciaron.

-El emplazamiento está ahora bajo unos treinta metros de agua. Y así seguirá durante unas cuantas horas -le explicó Jack-. Esos cohetes están inutilizados...

-¿Cuántas vidas ha costado? -preguntó Durling.

-Unas cien -le dijo el consejero de Seguridad Nacional, cuyo entusiasmo por el resultado se esfumó de pronto-. No había alternativa, señor.

-Lo sé -asintió el presidente-. ¿Hasta qué punto podemos estar seguros de que los cohetes...?

-Ya antes de la inundación se tuvo constancia de que siete de los silos habían sido alcanzados y completamente destruidos. Uno, probablemente también. De otros dos, no se sabía nada con certeza, aun-que sí que tenían que haber resultado afectados, como mínimo, por las ondas expansivas. Las puertas herméticas de los silos no podrán resistir tanta presión del agua. Los cohetes nucleares de alcance intercontinental son demasiado delicados para soportarlo. Acabará arrastrándolos la riada con todo el aluvión. Le hemos causado daños irreparables al campo de silos, sin utilizar armamento nuclear. El plan ha sido de Robby Jackson. Gracias por haberme permitido recompensarlo por ello.

-¿Está ahora en el portaaviones?

-Sí, señor.

-Bueno, parecía la persona idónea, ¿no? -dijo Durling retóricamente, con visible alivio por las noticias-. ¿Y ahora?

-Ahora, señor presidente, intentaremos zanjar la cuestión de una vez por todas.

Sonó el teléfono y Durling lo cogió.

-Sí, ¿qué hay, Tish?

-El gobierno japonés acaba de anunciar que dispone de armas nucleares, y que confían en que...

-Ya no. Ya no las tienen -le dijo Durling a su jefe de Prensa-.

Quizá deberíamos ser ahora nosotros quienes diésemos un comunicado.

-Ah, sí -dijo Jones al mirar el mapa de la pared-. No ha perdido usted el tiempo, Bart.

La formación estaba al oeste de las Marianas. El Nevada era el que se encontraba más al norte. A treinta millas al sur del Nevada se hallaba el West Virginia. A otras treinta millas iba el Pennsylvania. El submarino lanzamisiles situado más al sur era el Maryland.

El frente de combate se extendía a lo largo de noventa millas. Y, teóricamente, abarcaba otras treinta -quince a cada extremo de los submarinos de los flancos-. A doscientas millas al oeste de la formación de submarinos japoneses, que se desplazaba... hacia el oeste. Llegaron al sector después del aviso de Washington de que los japoneses se enteraron a causa de una filtración.

-¿Ya ocurrió algo así en otros tiempos, verdad? -preguntó Jones.

El ingeniero recordaba que todos aquéllos eran nombres de acorazados. Y más recordaba aún los nombres de los transportes, amarrados a los muelles una mañana de diciembre, antes de que él naciese. Los primeros portadores de aquellos nombres fueron reflotados y enviados a reconquistar las islas, como apoyo a los soldados y a los marines que iban al mando de Jesse Oldendorf. Y una oscura noche en el estrecho de Surigao... En fin, no era el momento para evocar la Historia.

-¿Y las unidades de superficie qué? -preguntó Chambers.

-Las perdimos cuando rodearon por las Bonin, señor. Llevan una velocidad y un rumbo bastante regular. Deberían de llegar a la altura del Tennessee sobre la medianoche, hora local, aunque, para entonces, nuestro portaaviones...

-Ya veo que tiene la operación en la cabeza -señaló Mancuso.

-¿Cómo no la voy a tener si me he dedicado a rastrearles todo el océano, almirante?

«Señoras y señores», dijo el presidente en la sala de prensa de la Casa Blanca.

Ryan notó que iba a improvisar, sin apenas mirar las notas. El jefe del ejecutivo se sentía siempre incómodo con los discursos preparados.

«Habrán oído esta tarde el anuncio del gobierno japonés de que han fabricado, y desplegado, cohetes de alcance intercontinental con ojivas nucleares.

»Nuestro gobierno estaba al corriente desde hace varias semanas. La existencia de tales armas es la razón que explica la prudencia y circunspección con que la administración ha afrontado la crisis del Pacífico. Como pueden imaginar, debíamos encarar muy seriamente un hecho de tal naturaleza. De ahí, nuestra reacción a la agresión japonesa a territorio de los Estados Unidos y a los ciudadanos estadounidenses de las Marianas.

»Puedo ahora decirles que los referidos cohetes han sido destruidos. Ya no existen»

Durling recalcó las últimas palabras con el tono más convincente.

«En estos momentos -prosiguió Durling-, la situación es la siguiente: las Fuerzas Armadas japonesas ocupan aún las islas Marianas. Esto es inaceptable para los Estados Unidos. La población de las islas tienen ciudadanía estadounidense, y las Fuerzas Armadas americanas harán lo que esté a su alcance para devolverles su libertad y sus derechos civiles. Repito: haremos lo que esté a nuestro alcance para devolver el archipiélago a la soberanía de los Estados Unidos.

»Emplazamos desde aquí, esta noche, al primer ministro Goto a que anuncie su disposición a evacuar las Marianas de inmediato. De lo contrario, nos veremos obligados a hacer lo necesario para liberar nuestro territorio.

»Es todo lo que tengo que decir por el momento. Para cuales-quiera preguntas sobre los acontecimientos de esta tarde, les ruego se dirijan al consejero de Seguridad Nacional, doctor Jack Ryan.»

El presidente abandonó de inmediato el atril y fue a situarse junto a la puerta. Hizo caso omiso del aluvión de preguntas que brotó de la sala. En compensación, se procedió a instalar unos caballetes para mostrar unas fotografías. Ryan se acercó al atril y se permitió una pausa que aprovechó para recomendarse hablar con lentitud y claridad.

«Señoras y señores, ésta es la que bautizamos Operación Tibbets. Ante todo, permítanme que les muestre cuáles eran nuestros objetivos.»

Mostraron la primera foto y, por vez primera, los americanos vieron lo que hasta entonces sólo los satélites de reconocimiento habían podido ver. Ryan señaló con un puntero el emplazamiento de los silos y dio tiempo a que se acercasen más las cámaras.

-¡Me cago en la hostia! -exclamó Oreza-. ¡Ahora lo entiendo!

-Una razón concluyente, me parece a mí -dijo Pete Burroughs justo en el momento en que la pantalla se quedaba sin imagen. «Rogamos disculpas. Un problema técnico ha interrumpido temporalmente la conexión vía satélite con la CNN», dijo una voz.

-¡Y una mierda! -masculló Partagee.

-Pues... poco van a tardar en presentarse aquí también, ¿no?

-¡Que ya va siendo hora! -exclamó Oreza.

-¿Y esa batería de misiles de la loma qué, Manny? -preguntó su esposa.

-Les preparan copias de estas fotografías a todos ustedes. Estarán listas dentro de cosa de una hora. Disculpen la espera -les dijo Jack a los periodistas-. No saben qué trajín llevamos... Bien. La misión la han llevado a cabo bombarderos B-dos de la base de las Fuerzas Aéreas de Whiteman, en Missouri...

-¿Pero desde qué otro lugar despegaron para el ataque? -preguntó una periodista.

-Comprenderá que eso no lo vamos a hacer público -le contestó Ryan.

-Esos aparatos son para lanzar armas nucleares -dijo otro-. ¿Es que hemos...?

-No -lo atajó Ryan-. El ataque se ha realizado con misiles convencionales teledirigidos, de alta precisión. Pasen la siguiente, por favor -le indicó al funcionario que estaba junto al caballete-. Como pueden ver aquí, el valle está prácticamente intacto...

Lo cierto es que todo resultó más sencillo de lo que esperaba. Quizá le vino bien que los acontecimientos se precipitasen, a tal velocidad que no le dio tiempo a preocuparse demasiado por las consecuencias. Recordaba muy bien su primera comparecencia ante los medios informativos en la Casa Blanca. Y fue bastante más dura, a pesar de la batería de cámaras de TV que ahora lo deslumbraban.

-¿Han derruido una presa?

-En efecto. Era necesario para tener la absoluta certeza de que las armas nucleares serían destruidas...

-¿Qué nos dice de las bajas?

-Todos nuestros aparatos están de regreso... Puede que ya hayan llegado... pero no he...

-Me refiero también a bajas japonesas -persistió la periodista.

-No dispongo de esa información -contestó Jack sin alterarse.

-¿Le tiene sin cuidado? -lo pinchó ella para que se extendiese en más detalles.

-Mire usted, señora, la misión tenía por objeto eliminar armas nucleares que apuntaban a los Estados Unidos desde un país que ya ha atacado a las Fuerzas Armadas americanas. ¿Que si hemos matado a ciudadanos japoneses en el ataque? Por supuesto. ¿Cuántos? No lo sé. Nuestra principal preocupación, en este caso, son las vidas de los americanos que estaban en peligro. Quisiera recordarle que no hemos empezado nosotros esta guerra. Japón la empezó. Y cuando empieza uno una guerra, corre riesgos. Corrieron un riesgo... y, en esta ocasión, han perdido. Soy el consejero de Seguridad Nacional del presidente y mi labor se concreta en ayudar a éste a garantizar, ante todo, la seguridad del país. ¿Queda claro?

Ryan terminó con cierta acritud, deliberadamente. La indignada expresión de la periodista no fue obstáculo para que muchos de sus colegas asintiesen a las palabras del consejero.

-¿Y qué me dice de pedirles a los medios informativos que mintiesen acerca de...?

-¡Cállese! -le ordenó Ryan rojo de ira-. ¿Es que quiere poner en peligro la vida de los soldados americanos? ¿Qué es lo que pretende? ¿Quién le manda a usted...?

-Ustedes obligaron a las cadenas de televisión a...

-¿Es consciente de que esto se retransmite a todo el mundo? ¿Lo sabe, no? -masculló Ryan al borde de perder los estribos-. La mayoría de ustedes son ciudadanos americanos. A título personal les diré -añadió temeroso de mirar hacia donde el presidente se encontraba, de pie-, o, mejor dicho, les preguntaré: ¿son conscientes de que el presidente es responsable, ante padres, esposas e hijos, de quienes visten el uniforme de nuestro país para su salvaguarda? En estos momentos está en juego la vida de personas con nombres y apellidos. Agradecería que ustedes los periodistas tuviesen esto en cuenta de vez en cuando.

-¡Ay, Dios! -musitó Tish Brown junto al presidente-. ¿No cree, señor presidente, que quizá conviniese...? -añadió el jefe de Prensa, visiblemente inquieto.

-No -le contestó Durling-. Déjelo seguir.

En la sala de prensa se hizo un silencio absoluto. Alguien le espetó algo en voz baja a la periodista, que terminó por sentarse, muy sofocada.

-Doctor Ryan, soy Bob Holtzman, del Washington Post -dijo innecesariamente el destacado columnista-. ¿Qué posibilidades hay de terminar el conflicto sin ulterior violencia?

-Eso depende enteramente del gobierno japonés, señor. Como el presidente acaba de decir, la población de las Marianas tiene ciudadanía estadounidense. Este país no tolera que otras naciones pretendan cambiar la realidad a su antojo. Si Japón accede a retirar sus fuerzas, podrán hacerlo en paz. De lo contrario, se llevarán a cabo otras operaciones.

-Gracias, doctor Ryan -dijo Holtzman en voz alta.

La conferencia de prensa se dio por terminada y Jack enfiló hacia la puerta, sin responder a la lluvia de preguntas de los periodistas.

-Muy bien -le dijo Durling-. Y ahora, ¿por qué no se va a casa a dormir un poco?

-¿Qué es esto? -preguntó el oficial de aduanas.

-Mi equipo fotográfico -contestó Chekov, que abrió la cremallera de la funda sin esperar a que se lo ordenasen.

Hacía calor en la terminal. En pleno mediodía, el sol tropical irrumpía por los ventanales y se imponía el denodado esfuerzo de los aparatos de refrigeración. Sus últimas órdenes fueron fáciles de cumplir. Los japoneses querían que hubiese periodistas en el archipiélago, para que diesen testimonio de la campaña electoral y para que su sola presencia los protegiese de un eventual ataque americano.

El funcionario examinó las cámaras, satisfecho al ver que todas eran japonesas.

-¿Y esto? -preguntó el funcionario.

-Mi equipo de iluminación es ruso -le explicó Ding en un lento inglés-. Los nuestros son muy buenos. A lo mejor algún día se los vendamos a ustedes -añadió, sonriente.

-No me extrañaría -dijo el funcionario, que cerró el estuche y lo marcó con tiza-. ¿Dónde van a alojarse?

-No hemos podido reservar hotel -contestó «Klerk»-. Echaremos un vistazo a algunos.

Buena suerte, se abstuvo de decir el funcionario. Iban listos... Estaba seguro de que no había una sola plaza libre en ningún hotel de Saipan. Pero, bueno, era su problema.

-¿Hay coches de alquiler, aquí?

-Si, en aquel mostrador -les indicó el funcionario, que pareció notar algo nervioso al ruso de mayor edad.

-Llama usted muy tarde.

-Lo siento -se excusó Oreza de no muy buen talante-. No hay la menor novedad. En todo caso, que se nota mayor actividad en los cazas, pero no mucha más. Por lo visto, han estado muy ocupados en otra...

-Pronto tendrán compañía -le dijo el oficial de la JUJEM.

-¿Quién?

-Dos periodistas. Tienen que hacerles unas preguntas. El oficial le dio esa respuesta porque la seguridad de Oreza preocupaba ahora mucho más.

-¿Cuándo?

-De un momento a otro. Quizá, hoy mismo. ¿Todo bien por ahí, sargento?

¡Contramaestre, imbécil!, estuvo tentado de espetarle Partagee.

-Fenomenal. Hemos visto parte del discurso del presidente y estamos un poco preocupados. Esa batería de misiles está muy cerca de donde nos encontramos y...

-Se los avisará con suficiente antelación. ¿Tiene sótano la casa? -le preguntó el oficial.

-No.

-Bien. Se lo comunicaremos. ¿De acuerdo?

-Claro, señor... corto.

¿Tiene sótano la casa? No. Bien. ¿Bien, eh? ¿Para qué coño lo preguntas, entonces?

Oreza desactivó el teléfono después de separlo de la cacerola y se acercó a la ventana. Despegaban dos Eagles. Y él allí, sin poder hacer más que mirarlos. Algo se cocía. No sabía

de qué se trataba. Quizá ni los propios pilotos lo supieran, aunque con mirar a sus aparatos no les iba a adivinar el pensamiento.

Shiro Sato hizo describir a su F-15J un amplio giro hacia la derecha para salir del pasillo aéreo de la aviación comercial. Si los americanos atacaban, lo harían igual que al atacar Japón, desde bases en islas y con el apoyo de aparatos de reabastecimiento. Una operación lanzada desde muy lejos. Tendría que enfrentarse a aparatos no muy distintos al suyo. Contarían con el apoyo de radar volante, igual que él. Sería un combate limpio, a menos que aquellos cabrones utilizasen sus aparatos «invisibles». La madre que los parió. Con aquella cabronada se cargaron a los «Kamis». Pero los americanos tenían pocos aparatos de esas características. Si volaban de día, tendría sus opciones. Por lo menos no lo pillarían del todo desprevenido, ya que en Saipan había un enorme radar antiaéreo, en su punto más alto; con las escuadrillas de la base de Guam habría verdadera lucha, se dijo a la vez que ascendía hasta la altitud de patrulla.

-¿Me dice ya de qué va la cosa? -preguntó Chávez mientras consultaba el mapa.

-Es que no te lo ibas a creer si te lo hubiese dicho.

-Bueno. Me parece que es la primera a la izquierda, pasado el letrero de «Lizama's Mobil» -dijo Chávez, que al levantar la vista del mapa vio que había soldados por todas partes.

Habían puesto a trabajar a los zapadores. Tenían que haberlo hecho antes, pensó Ding.

-¿Es eso una batería de Patriots? -preguntó.

-Tiene toda la pinta.

¿Cómo leche me las voy a arreglar?, se dijo Clark, que vio que la última curva de aquel tramo de carretera conducía a un callejón sin salida. El número de la casa era el que le dijeron. Entró por la rampa de acceso, aparcó enfrente y se dirigió hacia la entrada.

Oreza acababa de ducharse. Burroughs llevaba la cuenta de los aparatos que despegaban y aterrizaban en Kobler. Sonó el timbre de la puerta.

-¿Quién es?

-¿No se lo han dicho? -dijo Clark, que miró en derredor y se preguntó quién sería aquel tipo.

-¿Los periodistas, no?

-Exacto.

-Bien -dijo Burroughs que, al abrir la puerta, echó un vistazo a ambos lados de la calle.

-¿Quién es usted? Creí que ésta era la casa de...

¡No puede ser!, exclamó Oreza para sí. ¡Ese tipo murió!

Oreza estaba de pie en el salón. No llevaba más que unos shorts de color caqui. Tenía en el pecho un bosque de pelo más espeso que los de la isla. Su pelo pareció oscurecer a medida que toda su piel palidecía. Se quedó blanco como la cera.

-¡oye, tío... tú estás muerto!

-¿Qué tal, Partagee? -le dijo Klerk/Clark/Kelly con una sonrisa de oreja a oreja-. ¡Cuánto tiempo!

El contramaestre estaba estupefacto.

-Te vi morir. ¡Si incluso estuve en el funeral! Y además... ¡estuve allí!

-Yo a usted lo conozco... -dijo Chávez-. Estaba en el barco en el que aterrizó nuestro helicóptero. ¿Qué leche pasa aquí? ¿Es usted de la CIA?

A Oreza casi se le doblaban las piernas. Al pequeñajo no lo recordaba, pero el grandote, el viejo, que... bueno, debía de ser de su misma edad... era (no podía ser), pero era. Parecía imposible.

-¿John? -preguntó Partagee al cabo de unos segundos, sin acabar de dar crédito a lo que veía.

Si se trataba de John Kelly... aquello rebasaba todos los límites. Pero allí lo tenía: acababa de dejar su bolsa en el suelo y se acercaba a abrazarlo, sorprendido al ver lágrimas en sus ojos.

-Que sí... Partagee, que soy yo. ¿Qué tal te va?

-¿Pero cómo...?

-¿A que en el funeral dijeron lo de «Con la firme y acendrada esperanza de que la mar habrá de devolvérnoslos algún día»? -le preguntó sonriente-. Pues... ya ves que así ha sido.

Oreza cerró los ojos y se retrotrajo a veinte años atrás.

-¿Aquellos dos almirantes, verdad?

-Exacto.

-Y... ¿qué has hecho todos estos años?

-En la CIA. Pensaron que venía muy bien alguien que pudiera... -Creo recordar de qué va.

Lo cierto era que Clark no había cambiado mucho. Estaba más viejo, claro, pero conservaba el pelo y tenía la misma mirada, cálida y franca, como siempre lo fue para él, pensó Partagee, aunque diera la impresión de ocultar algo, como un animal enjaulado, aunque un animal capaz de salir de la jaula en cualquier momento.

-Tengo entendido que te va muy bien desde que te retiraste del servicio de guardacostas.

-Sigo siendo contramaestre, ¿entendido? -dijo Partagee. Oreza meneó la cabeza como si quisiera desentenderse de aquellos años de inactividad

-¿Me cuentas lo que pasa aquí o qué? -añadió. -Pues, mira, nosotros llevamos varias horas in albis. ¿Qué noticias han dado?

-Un discurso del presidente. Pero lo han cortado, aunque...

-¿De verdad tenían armas nucleares? -preguntó Burroughs.

-¿Dice tenían? -preguntó Ding-. ¿Las hemos destruido?

-Eso es lo que ha dicho. ¿Y usted quién es, vamos a ver? -preguntó Oreza.

-Domingo Chávez -repuso el joven tendiéndole la mano-. Ya veo que usted y mister C se conocen.

-Es que ahora me llamo Clark -explicó John, encantado de hablar con alguien que conocía su verdadero nombre.

-¿Lo sabe él?

-No hay muchas personas que lo sepan -repuso John-. La mayoría están muertos. Los almirantes Maxwell y Greer. Una pena. A mí me salvaron.

-A eso se le llama potra, chaval -dijo Oreza mirando a su joven huésped-. Es... una de esas viejas historias de marinos. ¿Aún bebes cerveza, John?

-Sobre todo si es gratis -dijo Chávez.

-¿Es que no lo comprende? ¡Todo acabó!

-¿A quiénes más han eliminado? -preguntó Yamata.

-A Matsuda, a Itagake... Han eliminado a los protectores de todos los ministros, salvo a usted y a mí -dijo Murakami, que no le refirió que también a él estuvieron a punto de liquidarlo-. Hay que acabar con esto, Raizo. Llame a Goto y dígale que negocie la paz.

-¡Ni hablar! -le espetó Yamata.

-¿Es que no se da cuenta? Han destruido nuestras armas nucleares y...

-Y podemos fabricar más. Podemos fabricar más ojivas nucleares, y tenemos más cohetes en Yoshinobu.

-¿Está usted loco? ¿Sabe cuál sería la réplica de los americanos?

-No se atreverían.

-Nos aseguró usted que no podrían salir del caos en que sumimos a su sistema financiero. Nos dijo que nuestras defensas aéreas eran invencibles. Nos dijo que nunca podrían atacarnos

con eficacia -replicó Murakami, que hizo una pausa para recobrar el aliento-. Nos dijo todo eso... y se equivocó. Ahora, yo soy el único que podría hacerle caso, y no pienso escucharlo. De manera que ¡dígale a Goto que negocie la paz!

-¡Jamás recuperarán estas islas! ¡Nunca! Carecen del potencial necesario.

-Muy bien, diga usted lo que quiera, Raizo-san. Pero no cuente conmigo.

-Pues... ¡ya puede ir usted buscando un buen lugar donde ocultarse! -le espetó Yamata, que le hubiese colgado el teléfono de no ser un portátil.

«Asesinos», musitó para sí el zaibatsu. Tardó casi toda la mañana en reunir la información necesaria. Los americanos habían eliminado al zaibatsato. ¿Cómo? Nadie lo sabía. Habían desbordado las defensas, que los ingenieros aeronáuticos consultados consideraban inexpugnables. Y no sólo eso: habían destruido sus cohetes nucleares. «¿Cómo?», se preguntaba.

-Parece que hemos subestimado el potencial de sus Fuerzas Aéreas -le dijo el general Arima encogiéndose de hombros-. Aquí no se acaba el mundo. Tenemos otras alternativas.

-¿Ah, sí?

Vaya. ¿Así que no todos se daban por vencidos?

-No querrán invadir estas islas. Su capacidad para llevar a cabo una invasión en toda regla está gravemente disminuida por su falta de unidades anfibias de desembarco. Aunque lograsen llevar contingentes de tropas a las islas... ¿luchar entre tantos de sus conciudadanos? No -dijo Arima-. No se arriesgarán. Buscarán una paz negociada. Todavía queda una oportunidad... si no para un éxito total, por lo menos para una paz negociada que deje nuestras Fuerzas Armadas casi intactas.

Yamata aceptó los argumentos del general, de puro lógicos. A través de la ventana miraba a aquella isla que quería para sí. Pensaba que aún podía ganar las elecciones. Lo que había que socavar, era la voluntad política de los americanos. Y estaba en condiciones de hacerlo.

Tardaron muy poco en la revisión rutinaria del 747. Lo que sorprendió al capitán Sato fue que el aparato fuese casi vacío para el vuelo de regreso a Narita. Media hora después de despegar, una azafata le informó por teléfono de que, salvo dos, las once personas consultadas le dijeron que tenían asuntos urgentes que requerían su presencia en Japón. ¿Qué asuntos urgentes?, se preguntaba Sato. ¡Con el comercio internacional de su país reducido casi exclusivamente al marítimo entre Japón y China!

-Esto no pinta bien -le dijo el copiloto cuando llevaban sesenta minutos de vuelo-. Mire allí abajo.

Era fácil ver los barcos desde 10 000 m, aparte de que últimamente se dedicaban a escudriñar el mar con los prismáticos en busca de buques de superficie. Sato veía con nitidez la silueta de los destructores Aegis, que seguían rumbo norte. De pronto, sintió un impulso irreprimible y cambió su radio de frecuencia.

-Aquí JAL siete, cuatro, siete, llamando al Mutsu. Cambio.

-¿Quién es? -le espetó en seguida una voz-. ¡Deje libre esta frecuencia de inmediato!

-Soy el capitán Torajiro Sato. ¡Llame al comandante de la flota! -le ordenó en tono tan imperioso que, a los pocos segundos, le pasaron la comunicación.

-No deberías hacer esto, hermano -lo reconvino Yosuo.

Más que una norma reglamentaria, el silencio de la radio era una necesidad militar. Los americanos tenían satélites de reconocimiento y, además, su red de radares estaba en plena actividad. Por otra parte, si había en el aire algún aparato americano de reconocimiento, localizarían en seguida a su escuadra. Lo hubiese afrontado con con-fianza hacía una semana, pero no ahora.

-Sólo quería expresarte nuestra confianza en ti y en tus hombres. Podéis utilizarnos como blanco para vuestros ejercicios -le dijo. Eso era justamente lo que hacían, en aquellos

momentos, los técnicos del Centro de Información de Combate del Mutsu, aunque el almirante era consciente de que no debía decírselo.

-Me alegra oírte. Ahora deberás excusarme. Tengo mucho trabajo aquí.

-Entendido, Yusuo. Corto.

Sato retiró el dedo del botón de la radio.

-Claro -dijo a través del intercomunicador-. Ellos tienen que hacer su trabajo y nosotros el nuestro.

El copiloto no lo veía tan claro. No obstante, Sato era el capitán del 747. No quiso entrar en polémica y se concentró en sus instrumentos. Al igual que a la mayoría de los japoneses, lo educaron en la idea de que había que huir de las guerras como de la peste. El inesperado conflicto con los Estados Unidos... pues, bueno, quizá hubiese estado bien, durante un par de días, para darles una lección a los arrogantes gaijin. En el fondo, era más bien algo para fantasear. Pero ahora iba en serio. Por si fuera poco, se enteraban de que su país tenía armas nucleares... (algo que ya de por sí era una locura) y, de manera casi simultánea, de que los americanos las habían destruido.

Además, iban en un avión americano, un Boeing 747-400PIP, que tenía cinco años y estaba en perfectas condiciones en todos los aspectos. Era un aparato seguro y sin problemas. Los americanos tenían pocas cosas que aprender en la construcción aeronáutica. Si aquel avión era tan bueno como a él le constaba, ¿cómo no serían sus aparatos militares? Los de la defensa aérea japonesa eran copia de modelos americanos, salvo los 767 con radar volante, de los que tanto había oído hablar; de lo invencibles que eran, aunque... por lo visto se habían quedado en cuadro.

Había que acabar con aquella locura. ¿Es que no había nadie que lo viese claro? Por supuesto que sí. ¿Por qué si no iba su vuelo medio vacío, y tan pocos querían ir a Saipan, a pesar del inicial entusiasmo?

Por lo visto, el capitán era de otra opinión, se decía el copiloto. Allí lo tenía: Torajiro Sato, impertérrito en el asiento izquierdo. Como si todo fuese normal, pese a que nada lo era.

No tenía más que mirar hacia abajo con la luz de la tarde y ver aquellos destructores. ¿Qué hacían? Patrullaban para proteger a la costa de su país de un posible ataque. ¿Era eso normal?

-Aquí sonar.

-Le escucho -contestó Clagget, que quiso hacer una guardia para que su tripulación viera que no escurría el bulto.

Además, en aquellos momentos críticos quería palpar todo lo relativo a su barco.

-Posible contacto múltiple al sur -le informó el jefe del sonar-. Posición uno-siete-uno. Parecen unidades de superficie a gran velocidad, señor. La pulsación es muy potente e indica gran velocidad en las turbinas.

Ya contaba con ello, se dijo el capitán, que volvió a la cámara del sonar. Iba a ordenar que estudiasen coordenadas para un nuevo rumbo, y vio que dos contramaestres se aplicaban ya a la labor. La impresora les proporcionó en seguida los primeros gráficos elaborados por el ordenador. Daba gusto ver qué pronto se había readaptado su tripulación a todas las tareas de a bordo, después de tanto tiempo de inactividad. Quizá ahora fuese todo un poco más mecánico, pero mejor. Pensaban tan bien como actuaban.

-Esto es lo que columbramos. Están muy lejos, pero fíjese aquí -le dijo uno de los contramaestres.

No había duda de que se trataba de un contacto. Aparecían datos en cuatro frecuencias distintas. El contramaestre cogió el teléfono.

-Suena como si hubiese un desfile de turbinas por ahí. Y a toda máquina. Debe de tratarse de varias unidades que navegan en columna.

-¿Y nuestro otro amiguito? -preguntó Clagget.

-¿El submarino? Pues que procura que no se le oiga. Debe de haber reducido la velocidad a no más de cinco nudos.

Lo tenía detectado pese a que se encontraba a mucho más de veinte millas, más allá del radio normal de detección.

-Está a más de cien mil metros del alcance normal de contacto, señor -le informó otro técnico.

-El rumbo es invariable. Como con tiralíneas. Vienen derechos hacia nosotros, o poco le falta. ¿Cuál es el estado del mar, señor?

-Olas de ocho a diez metros, contramaestre.

Cien mil metros... pensó Clagget. Más de cincuenta millas náuticas. Muy de prisa iban esos barcos. Y derechos hacia él, que no tenía órdenes de disparar. Joder.

-Timón a estribor diez grados -optó por decir Clagget, que volvió en tres zancadas a su consola-. Nuevo rumbo: dos-siete-cero.

El Tennessee enfiló hacia el oeste, al objeto de proporcionar a sus operadores de sonar un mejor ángulo para el seguimiento de los destructores. El último informe que recibió del Servicio de Inteligencia preveía incluso la hora. Una información tan precisa como poco tranquilizadora.

Como espectáculo, frente a unas cámaras, aquel panorama habría sido otra cosa. Pero aunque si se contemplaba con distancia fuese espectacular, sobre el terreno era tan frío como penoso. Por más que aquellos hombres perteneciesen a un cuerpo de élite, tenía que resultarles mucho más fácil enardecerse para combatir con un ser de carne y hueso que contra un entorno tan desapacible como inmisericorde. Los rangers, con uniformes de camuflaje prácticamente blancos, apenas se movían por las inmediaciones. A causa de la falta de ejercicio físico, el frío y el tedio eran más peligrosos que los peores enemigos. Y, sin embargo, aquello era positivo, pensaba el capitán Checa. A más de 6 000 km de la base más cercana (nada menos que la de Fort Wainswright, en Alaska), era mucho mejor, para la seguridad del pelotón, aburrirse que entusiasmarse con el estímulo de una acción de combate, sin la menor esperanza de contar con apoyo. O poco menos. Checa se enfrentaba al mismo problema que todo oficial: tenía que soportar idénticas penalidades que sus hombres, pero no podía quejarse. No tenía otro oficial superior ante quien hacerlo. Aunque sin duda lo hubiesen entendido, lamentarse ante sus hombres era malo para la moral.

-Con lo estupendo que sería estar en Fort Stewart, señor -dijo el sargento primero Vega-. Allí tumbados al sol para broncearnos.

-¿Y perdernos estos preciosos paisajes nevados, y esta deliciosa aguanieve, Oso? -repuso Checa, aunque en aquellos momentos el cielo estaba despejado.

-Lo capto, lo capto, capitán. Pero ya tuve mi buena ración de esta mierda de paisajes cuando era niño, en Chicago...

Vega se interrumpió y miró en derredor en actitud vigilante. Los rangers cumplían a rajatabla la consigna de hacer el menor ruido posible. Mucho había que aguzar los sentidos para descubrirlos en sus puestos de escucha.

-¿Listo para el paseo de esta noche?

-Supongo que igual debe de estar el amiguito que nos espera al otro lado de la loma.

-Seguro -le mintió Checa.

Si uno puede hacerlo, por qué no dos, se dijo Vega.

-Claro, señor. Yo lo estoy, por supuesto -dijo-. ¿Ha resultado la operación?

Los pilotos de combate dormían en sus sacos de dormir, en hoyos acolchados con ramas de pino y cubiertos con más ramas para proporcionarles calor. Además de protegerlos, los rangers tenían que velar por su salud, como si cuidasen de niños pequeños. Era una extraña misión para tropas de élite, aunque esa clase de tropas cargase siempre con las más extrañas misiones.

-Eso dicen -le contestó Checa mirando el reloj-. Los despertaremos en un par de horas.

Vega asintió y confió en que sus piernas no estuviesen del todo agarrotadas por la larga marcha hacia el sur.

La disposición de la patrulla se determinó en la reunión para darles las instrucciones. Cada uno de los cuatro submarinos lanzamisiles tenía un sector de treinta millas, y cada sector estaba dividido en segmentos de diez millas. Los sumbarinos patrullarían por el centro de cada sector. Dejarían los flancos norte y sur expeditos, por los que no circularían más que los torpedos, llegado el momento. El modo de operar de cada patrulla se dejó a criterio de cada uno de los capitanes, aunque todos impartieron órdenes muy similares. El Pennsylvania se desplazaría hacia el norte, a no más de cinco nudos, tal como hiciera en las ya olvidadas patrullas de disuasión, portando misiles Trident. Hacía tan poco ruido que hubiese podido chocar con una ballena, de no ser porque no era época para la trashumancia de cetáceos en aquella región del Pacífico.

El Pennsylvania remolcaba la larga cola de su sonar. Durante las dos horas que duraba su desplazamiento, en sentido norte-sur, rastreaba el océano a lo largo de una línea recta. Había que contar con diez minutos adicionales, al final de cada tramo, para enderezar la cola del sonar en cada virada y obtener el máximo rendimiento.

Se hallaba a doscientos metros de profundidad, la idónea para el sonar con el estado del mar de aquel día. Acababa de ponerse el sol al aparecer la primera señal en las pantallas. Empezó como una serie de puntos amarillos que poco a poco se prolongaban en sentido vertical. Indicaban un rumbo algo decantado hacia el sur. Probablemente, se dijo el jefe del sonar, el blanco debía de haber funcionado con batería a lo largo de las últimas horas. De lo contrario, habría captado las señales, más potentes, que producían los motores diesel al cargarlas. El caso es que allí estaba el contacto, en la banda de los 60 Hz, tal como esperaban, se dijo el técnico, que transmitió los datos al grupo de control de fuego.

El jefe del sonar no acababa de creer que estuviesen en misión de combate. Había pasado toda su carrera en submarinos lanzamisiles, la mayoría de las veces tras el rastro de submarinos que el suyo procuraría eludir, aunque la flota de submarinos lanzamisiles se vanagloriase de tener a los mejores oficiales de torpedos de la Armada. El Pennsylvania llevaba sólo quince torpedos a bordo (porque no andaban sobrados del último modelo de ADCAP, y el mando consideró que no merecía la pena molestarse en llevar armas de menor potencia y precisión, dadas las circunstancias). Tenían también tres artefactos parecidos a los torpedos, llamados LEMOSS, que no eran sino señuelos submarinos móviles de gran resistencia.

El capitán, otro veterano de los submarinos lanzamisiles, puso al corriente a su tripulación de cómo se proponía llevar a cabo el ataque, y a todos les pareció bien. La misión, en realidad, era idónea para ellos. Los japoneses tenían que cruzar su línea de patrulla. Dada la posición que ocupaban, era muy improbable que cruzasen, sin ser detectados, su «frente de combate», como dio en llamarlo el capitán.

«Y ahora escúchenme con atención», dijo el capitán a través del intercomunicador.

Comoquiera que tenían desconectados los altavoces, las palabras del capitán llegaban como un susurro.

«Parece que tenemos un contacto sumergido en nuestra zona de ataque. Lo conduciré tal como les he explicado. Todos a sus puestos de combate», concluyó en el mismo tono que si pidiese el desayuno en un hotel.

Se oían ruidos tan tenues que sólo un técnico de sonar muy experto podía oírlos, y aun así porque estaba en el punto más adelantado de su sector de patrulla. Alteraron las guardias al objeto de que sólo los artilleros y artilleras más expertos estuviesen en las consolas. Quienes estaban demasiado verdes para alternar con la «cátedra» del submarino se repartieron en grupos que se ocuparían del control de daños. Todos estaban ya en sus puestos y listos para

LIbrodot

entrar en acción. El silencio en el submarino era tan absoluto como el de un cementerio en la víspera de Todos los Santos.

-El contacto se detecta cada vez con mayor claridad -dijo el técnico del sonar a través de su teléfono-. Cambia el rumbo ligeramente hacia el oeste; posición actual del blanco: cero-siete-cinco. La turbina se detecta a pocas revoluciones. Velocidad estimada diez nudos.

Por si cupiese alguna duda, aquello lo identificaba inequívocamente como un submarino. Los diesel remolcaban su propio sonar, y llevaban a cabo una típica maniobra de aceleración-ralentización. Al disminuir la velocidad, podían detectar lo que se les hubiese escapado al aumentar el ruido con la aceleración.

-Los tubos uno, tres y cuatro llevan misiles ADCAP -anunció el oficial artillero-. En el tubo número 2 va un señuelo. -¡Actívenlos! -ordenó el capitán.

La mayoría de los capitanes solían decir ¡Caliéntenlos!, pero con tanto oficial joven a bordo prefirió ceñirse al manual, no fuesen a creer que iba de cachondeo.

-Distancia estimada, veintidós mil metros -anunció el jefe del equipo de rastreo.

Al detectar otra cosa en la pantalla, el técnico del sonar se ajustó los auriculares.

-El contacto «Sierra-diez» cambia de profundidad -dijo.

A cada contacto se le asignaba un nombre la primera vez que se establecía, al objeto de que la tripulación supiese a cuál se referían.

-Seguro que sube -dijo el capitán, que estaba a sólo unos pasos.

Me parece que no se equivoca, pensó el técnico a la vez que asentía con la cabeza.

-Lancen el señuelo. Rumbo cero-cero-cero. Que no emita ninguna señal durante los primeros diez mil metros. A partir de ahí que emita normalmente.

-A la orden, señor -dijo el técnico, que tecleó las instrucciones en su consola.

El oficial artillero las comprobó y dio su conformidad.

-Listo el dos.

-Parece que la señal del contacto «Sierra-diez» se debilita, señor. Probablemente haya emergido.

-El contacto con el «Sierra-diez» es claro -dijo el técnico de rastreo-. No se trata de un señuelo, señor.

-Listo el dos -reiteró el oficial de la cámara de torpedos.

-Fuego el dos -ordenó el capitán-. Y carguen otro señuelo -añadió.

El Pennsylvania siempre temblaba un poco cuando lanzaban un LEMOSS. El sonar lo detectó en seguida al virar hacia babor. Luego, cambió de rumbo y enfiló hacia el norte a no más de diez nudos por hora.

Basado en el fuselaje de un antiguo torpedo Mark 48, el LEMOSS era, esencialmente, como un enorme depósito de combustible que utilizaban los submarinos de la clase OTTO. Llevaba un pequeño motor de propulsión y un amplificador de sonido que hacía que sonase como una sala de máquinas. El ruido que emitía era de la misma frecuencia que el de una turbina nuclear, pero mucho más aparatoso que los de la clase Ohio. Por lo visto, nunca reparaba nadie en que «aquello» hacía demasiado ruido. Los submarinos de ataque siempre la emprendían con el pobre señuelo (incluso los americanos, que debían saber distinguir un señuelo de un submarino). El nuevo modelo podía circular durante más de quince horas. Fue una lástima que las primeras unidades saliesen de la factoría cuando faltaban meses para que los lanzamisiles fueran desarmados definitivamente.

Tendrían que tomárselo con calma. Efectivamente, el submarino japonés redujo un poco la velocidad. Pretendería dar una última pasada con su sonar antes de poner en marcha las turbinas diesel y enfilar hacia el oeste a toda máquina. Su técnico de sonar detectó al LEMOSS al norte. Estaba a punto de perder la señal cuando activaron el amplificador del señuelo, a unas cinco millas. Cuando se hubo acercado otras dos millas, el señuelo estaba ya muy cerca de la superficie. Entonces empezó la caza.

-Aquí sonar. «Sierra-diez» acaba de modificar la velocidad; cambio en las revoluciones de la turbina; disminuye la velocidad, señor.

-Tiene un buen sonar -dijo el capitán, que estaba justo detrás del técnico.

Descendieron un poco y dejaron que el sonar asomase a la superficie, para una mejor detección del contacto, mientras el submarino permanecía sumergido.

-¿Torpedos? -preguntó el capitán.

-Uno, tres y cuatro, listos para lanzar. Portillas abiertas. -Orienten cuatro al blanco. Curso inicial cero-dos-cero.

-Listo, señor. Tubo cuatro preparado para lanzamiento. -Compruebe coordenadas y dispárelo -ordenó el capitán desde la puerta de la cámara del sonar-. Y carguen otro ADCAP en el cuatro.

El Pennsylvania se estremeció cuando la novísima versión del venerable Mark 48 entró en el agua. El torpedo giró hacia el noreste, guiado por un cable conectado a su aleta de cola.

Era como en maniobras, se dijo el técnico del sonar, sólo que más fácil.

-¿Detecta más contactos? -preguntó el capitán, que de nuevo estaba detrás de él.

-Nada en absoluto, señor -repuso el técnico dándole unas palmaditas a su consola.

Sólo oía ruidos erráticos. Podían interpretarlos como tales porque cada diez minutos el ordenador comprobaba el funcionamiento del equipo de sonar. La cosa tenía miga: después de casi cuarenta años de operaciones con submarinos lanzamisiles, y de casi cincuenta con submarinos de propulsión nuclear, resultaba que el primer submarino americano en misión de ataque, desde la segunda guerra mundial, sería un submarino lanzamisiles que estaba a punto de ir al desguace.

A una velocidad superior a la del señuelo, el torpedo ADCAP asomó a la superficie a popa del contacto. De inmediato, empezó a transmitir, con su propio sonar ultrasónico, datos que llegaban al Pennsylvania a través del cable.

-Contacto firme, a tres mil metros, cerca de la superficie. La señal es clara -dijo el técnico.

Lo mismo informó el suboficial artillero, que acababa de hacer una lectura idéntica.

-¡Ahí va ese supositorio! -musitó el suboficial de la cámara de torpedos al ver los dos contactos reflejados en la pantalla.

El «Sierra-diez» aceleró al máximo y se sumergió. Probablemente, llevaba las baterías un poco bajas. No pasaba de quince nudos, y el ADCAP iba a más de sesenta.

La caza duró tres minutos y medio. Acabó con un brillante destello en la pantalla y ruido ensordecedor a través de los auriculares. El resto fue todo epílogo: el chirrido del metal destrozado por la presión del agua.

-Hundido, señor. Repito: submarino enemigo hundido.

Dos minutos después, una lejana señal de baja frecuencia, que procedía del norte, apuntaba a que el West Virginia había conseguido otro tanto.

-¿Christopher Cook? -preguntó Murray.

-En efecto.

Sí, lo cierto es que la casa era bonita, pensó el subdirector adjunto del FBI al sacar su carnet.

-Nos gustaría hablar con usted acerca de sus conversaciones con Seiji Nagumo. ¿Podría ir a ponerse una chaqueta?

Aún quedaban unas horas de sol cuando los Lancers empezaron a deslizarse por la pista. Tras la reciente pérdida de uno de sus aparatos, las tripulaciones estaban furiosas por no estar donde hubiesen querido. Pero nadie se molestó en pedirles opinión y tenían otras instrucciones que cumplir.

En lugar de bombas, los bombarderos llevaban depósitos de combustible. Se deslizaron por la pista y despegaron. Ya en el aire, viraron y ascendieron hasta 7 000 m. Una vez en formación pusieron rumbo noreste.

No iba a ser más que otra puñetera demostración de fuerza, pensó Dubro. Se preguntaba cómo demonios pudo ocurrírsele a alguien como Robby Jackson, aunque, claro, también él cumplía órdenes. El caso era que sus dos portaaviones enfilaron hacia el sector indicado, separados por cincuenta millas. Despegarían cuarenta aparatos de cada cubierta y, aunque iban armados, tenían órdenes de no disparar si no mediaba provocación.

46. Distanciamiento

-Vamos casi de vacío -dijo el copiloto en tono aséptico al comprobar la lista de embarque como parte de la rutina previa a todo vuelo.

-¿Qué le pasa a esta gente? -masculló el capitán Sato al mirar la hoja de ruta.

Comprobó también el parte meteorológico, que bien poco trabajo les había dado. Tendrían tiempo frío y despejado durante todo el vuelo, con una enorme zona de altas presiones sobre el Pacífico occidental.. Salvo algunos vientos fuertes en las inmediaciones de las Islas Interiores, al salir de Japón, no podían tener un cielo más expedito hasta Saipan los treinta y cuatro pasajeros que iban a bordo. ¡Treinta y cuatro!, exclamó para sí furioso. ¡En un aparato con capacidad para más de trescientos!

-No tardaremos en abandonar esas islas, capitán. Y usted también lo sabe.

Era elocuente. El ciudadano medio, el hombre de la calle, estaba más asustado que confuso (aunque quizá tampoco fuese ése el término adecuado). Nunca habían visto nada igual. Se sentían... ¿traicionados? Los editoriales de los periódicos más destacados empezaban a poner en cuestión las medidas adoptadas por su país. Aunque lo hiciesen de un modo suave, el trasfondo no lo era. Todo fue un espejismo. Su país no estaba preparado para una guerra, ni sicológica ni materialmente. La población se percataba, al fin, de la realidad. Los rumores que circulaban sobre el asesinato (¿cómo llamarlo sino?) de destacados zaibatsu crearon un grave malestar en el gobierno. El primer ministro Goto bien poco hacía. No sólo no pronunciaba discursos, sino que procuraba aparecer en público lo menos posible, por temor a que le hiciesen preguntas que no podía contestar. Y sin embargo el copiloto era consciente de que la fe de su capitán seguía inconmovible.

-¡En absoluto! ¿Cómo se le ocurre decir algo semejante? ¡Esas islas son nuestras!

-El tiempo lo dirá -replicó el copiloto, que volvió a concentrarse en su labor sin deseos de entrar en polémica.

Además, su trabajo no era una broma. Tenía que estar atento al nivel de combustible, a la velocidad y dirección del viento y a otros datos técnicos necesarios para el feliz transcurso de aquel vuelo comercial. Los pasajeros nunca se percataban de ello, como si los tripulantes pudiesen manejar semejante aparato como si fuera un taxi.

-¿Ha dormido bien?

-Formidable, capitán. He soñado con un cálido día y con una mujer a la misma temperatura -contestó Richter.

Sus penosos movimientos al levantarse desmentían que hubiese descansado lo que necesitaba.

¡Estoy un poco viejo ya para estos trotes!, se dijo el oficial. Qué se le iba a hacer. El destino, o la suerte -si es que cabía llamarlo así-, le deparó aquella misión. Nadie tenía más horas de vuelo con el Comanche que él y sus compañeros de escuadrilla. Además, los creían con el suficiente cerebro para llevarla a cabo, sin ningún cabrón de coronel que lo jodiese todo. Y ahora a dar el callo como era debido, se dijo al levantar la vista y ver el cielo despejado. Aunque, en realidad, para despegar y aterrizar era mejor que estuviese nublado.

-Los depósitos están llenos.

-Un poco de café no vendría mal -pensó Richter en voz alta.

-Aquí lo tiene, mister Richter -le dijo el sargento Vega-. Café helado, igualito al que sirven en los mejores hoteles de Florida.

-Muchísimas gracias, hombre -dijo Richter, que cogió el vaso metálico y esbozó una sonrisa-. ¿Sin novedad en el horizonte?

Mal asunto, pensó Clagget. La línea de patrulla de los destructores Aegis se había roto. Tenía a uno de aquellos condenados a diez millas. Lo peor era que un helicóptero sobrevolaba el sector desde hacía un buen rato, según uno de sus técnicos. Se arriesgaba a pesar de la vigilancia de las mejores instalaciones de radar del mundo. Pero tres helicópteros del Ejército confiaban en que él permaneciese en el sector, y no había más vueltas que darle. Nunca dijo nadie que el frente de combate fuese un lugar seguro. No lo era para él. Ni para ellos tampoco.

-¿Y nuestro otro amigo? -le preguntó al jefe del sonar.

-Lo he vuelto a perder -contestó el técnico.

En la superficie soplaba un viento de 54 km/h. Había levantado una marejada que perturbaba el funcionamiento del sonar. No perder al destructor ya resultaba bastante difícil, al reducir éste la velocidad a la normal de patrulla, de no más de quince nudos. El submarino que tenía más al norte lo habían vuelto a perder. Quizá se hubiese marchado del sector, aunque era peligroso especular con eso.

Clagget miró su reloj. Antes de una hora debería tomar una de-cisión.

No tendrían más remedio que ir a ciegas. Por lo general, contaban con información de un aparato de reconocimiento. En esta ocasión, lo más importante era el factor sorpresa, y no podían arriesgarse.

El grupo de combate del portaaviones evitó las rutas de los mercantes, oculto por las nubes. Durante varios días, se esforzaron al máximo por pasar inadvertidos. Jackson confiaba en que su presencia se mantuviese en secreto. Guardarlo significaba fiarse sólo de los informes de los submarinos sobre la actividad electrónica en las islas. Y no hacían sino confirmar que el enemigo tenía varios E-2C operativos, además de un gigantesco radar antiaéreo. Sería un combate aéreo frontal. Pues, muy bien, para eso se entrenaron durante semanas.

-Bueno. De acuerdo a nuestra última observación, los aparatos que hay en Kobler son militares. ¿Es así? -oyó Oreza a través del teléfono.

-En efecto, señor. Desde hace un par de días no hemos visto un solo aparato comercial en ese aeródromo.

Partagee ardía en deseos de saber qué motivaba la pregunta, pero intuía que habría sido perder el tiempo. Quizá, indirectamente... -¿Quiere que permanezcamos despiertos esta noche?

-Como prefieran, contramaestre. ¿Podría hablar ahora con sus invitados?

-John! ¡Al teléfono! -dijo Partagee.

¿Era cierto que acababa de decir él palabras tan normales?

-Soy Clark -dijo Kelly al ponerse-. Sí, señor... Sí, señor. Así se hará. ¿Algo más? De acuerdo. Corto -añadió al apretar el botón que interrumpía la comunicación-. ¿A quién se le ha ocurrido lo de la cacerola?

-A mí -dijo Burroughs-. Funciona, ¿no?

-Ya lo creo -dijo John, que volvió a sentarse y echó un cuarto de dólar en el bote-. Tú hablas.

-Trío -dijo el ingeniero.

-¡Hostia, qué potra! -dijo Clark dejando sus cartas.

-¡Ni potra ni leches! ¡Esos cabrones me han estropeado el mejor viaje de pesca de mi vida!

-¿Quiere que haga café para esta noche, John?

-Es que, además de con el póquer, es un as con el café -dijo Partagee.

Burroughs recogió del bote los seis dólares que había ganado.

-Pues no hace tiempo ni nada, Partagee. Cómo no voy a querer. Bien fuerte, Pete, a la marinera -dijo Clark, visiblemente relajado ante aquellos momentos de inesperado ocio.

-¿John? -dijo Chávez.

-Luego, muchacho.

Clark cogió el mazo de cartas y barajó con destreza, ya que aún no había llegado la hora.

-¿Está seguro de que tiene bastante combustible? -preguntó Checa.

Entre los suministros que lanzaron, había depósitos auxiliares y aspas de repuesto. Richter meneó la cabeza.

-No hay problema. El punto de reabastecimiento está a sólo dos horas.

-¿Y dónde está eso?

Porque la orden recibida a través del satélite sólo decía DIRÍJANSE AL PUNTO INICIAL, que vete a saber lo que querría decir.

-Está a dos horas de aquí -le contestó el oficial-. Seguridad, capitán, seguridad.

-Supongo que tendrá claro que algo hacemos nosotros aquí.

-Y gracias a eso viviré para contarlo -le contestó Richter a la vez que se subía la cremallera de su traje de vuelo, se ceñía el pañuelo del cuello y saltaba a bordo-. ¡Despejen!

Los rangers los vieron partir por última vez. Sabían que los extintores no servían para nada, pero los obligaron a llevárselos. Los helicópteros despegaron y sus verdes fuselajes no tardaron en desaparecer en la oscuridad. Luego, los rangers ocultaron el equipo en hoyos excavados durante el día. Tardaron una hora. Sólo les quedaba ya la caminata hasta Hirose. Checa sacó su teléfono y marcó un número.

-Diga -le contestó una voz en inglés.

-¿Nos veremos por la mañana, no? -preguntó en español.

-Allí estaré, señor.

-¡Póngase en cabeza, Montoya! -ordenó el capitán.

Bordearían la hilera de árboles hasta donde pudieran. Llevaban dispuestas las armas. Aún no las habían utilizado y confiaban en no tener que hacerlo.

-Recomiendo lanzarle dos torpedos -dijo el teniente Shaw-. Formar un ángulo convergente de diez grados. Lanzarlos sumergidos y dirigidos el uno a proa y el otro a popa.

-Me gusta -dijo Clagget, que se acercó a la mesa de mapas para echarle un último vistazo a la situación táctica-. Adelante.

-¿De qué va? -preguntó uno de los sargentos del Ejército desde la entrada del centro de mando.

El problema de los condenados submarinos era que no podía ir uno ni al lavabo sin que se enterase todo el mundo.

-Antes de repostarles esos helicópteros de ustedes, tenemos que hacer desaparecer ese destructor -le dijo un suboficial, como si tal cosa.

-¿Y lo ven difícil?

-Hombre... Preferiríamos que el barquito estuviese en otro sitio. Delata nuestra presencia... ¿Entiende? Sabrán que andamos por aquí.

-¿Y los preocupa?

-Qué va -mintió el suboficial, que ladeó la cabeza al oír la voz del capitán.

«Teniente Shaw. Adelante en cámara de torpedos. Dispóngalo todo para realizar los lanzamientos.»

Los Tomcats despegaron primero, uno cada treinta segundos. Cuando estuvo en el aire la escuadrilla de doce cazas, despegaron cuatro EA-6B (aparatos para producir interferencias) al mando de la comandante Roberta Peach. Esta última escuadrilla se dividió en dos parejas, que acompañarían a cada una de las alas de cuatro aparatos.

El capitán Bud Sánchez iría al mando en uno de los cuatro cazas de la cuña central. No quiso delegar en nadie esa misión. Estaban a 900 km y seguían rumbo suroeste. En muchos aspectos, el ataque era una reedición de uno realizado en los primeros días de 1991, aunque con la desagradable diferencia de que el enemigo contaba con el apoyo de varios aeródromos y varias semanas de exhaustivos análisis de la situación.

Los japoneses eran muy regulares en sus patrullas. Era una consecuencia natural de la disciplina de la vida militar y, por lo mismo, una peligrosa trampa.

Sánchez miró hacia las estelas de su escuadrilla y luego se con-centró totalmente en la misión.

-Listos el uno y el tres.

-Sincronicen trayectorias y láncenlos -dijo Clagget con calma. El artillero giró la manecilla a izquierda y derecha, y repitió la misma operación con el segundo tubo.

-Uno y tres lanzados, señor.

-Uno y tres siguen trayectoria prevista con normalidad -informó el técnico del sonar al cabo de un instante.

-Muy bien -dijo Clagget.

Ya había oído aquellas mismas palabras a bordo de un submarino. En aquella ocasión erraron el tiro, y a eso le debía la vida. Lo de ahora era más peliagudo. No tenía localizado al destructor con tanta precisión como hubiese querido, aunque pocas alternativas le quedaban. Los dos ADCAP avanzarían sumergidos, lentamente, durante las primeras seis millas. Luego acelerarían hasta su velocidad máxima, que era de 71 nudos. Con suerte, el blanco no tendría demasiado tiempo para averiguar de dónde procedían los torpedos.

-Vuelvan a cargar el uno y el tres.

Como de costumbre, el factor tiempo era crucial. Jackson dejó el puente de mando tras despegar los cazas. Bajó al Centro de Información de Combate para coordinar mejor una operación planificada al segundo. La siguiente fase de la misión les correspondía a sus dos destructores Spruance, que se encontraban a treinta millas al sur del grupo de combate del portaaviones. Esto lo ponía nervioso. Los Spruances eran sus mejores unidades de superficie. Aunque la formación enemiga seguía rumbo oeste según la Comandancia del Pacífico (hacia lo que confiaban que fuese para ellos una trampa), le preocupaba que los japoneses hubiesen dejado un submarino en retaguardia, para atacar al único portaaviones que le quedaba a la flota del Pacífico. Tenía que atender a demasiadas cosas, se dijo al ver cómo corrían las manecillas del reloj.

Exactamente a las 11.45.00, hora local, los destructores Cushing e Ingersoll se situaron por la banda y lanzaron sus misiles Tomahawk. De inmediato, lo comunicaron al mando vía satélite. Un total de cuarenta misiles, propulsados por motores de combustible sólido, se elevaron hacia el cielo en busca de sus objetivos. Tras los seis minutos que duró el lanzamiento, los destructores volvieron a toda máquina junto a su grupo de combate. Lo que estaba por ver era qué habrían conseguido sus Tomahawks.

-¿Cuál de ellos ha debido de ser? -musitó Sato.

Habían sobrevolado dos de los destructores Aegis, aunque ahora sólo veían sus estelas, la casi imperceptible flecha de espuma de la formación.

-¿Los va a llamar otra vez?

-Mi hermano se pondrá furioso, pero debe de sentirse muy solo ahí abajo -contestó Sato, que de nuevo conectó la radio y cambió de frecuencia.

-JAL siete, cuatro, siete llamando al Mutsu.

El almirante Sato se puso furioso, pero aquélla era una voz amiga. De manera que cogió el auricular de manos del joven oficial de comunicaciones.

-Mira, Torajiro, si fueses un enemigo, ahora estarías a mi merced.

Comprobó los gráficos del radar. En la pantalla de 2 m2 que mostraba los despliegues tácticos no había más que tráfico de las líneas comerciales. El radar SPY-1D lo detectaba todo a cien millas a la redonda, y casi todo hasta trescientas millas. El helicóptero de apoyo SH-60J acababa de llenar los depósitos para hacer otro barrido antisubmarino.

Aunque estuviese en el mar y en tiempo de guerra, el almirante podía permitirse bromear con su hermano, que volaba allá arriba, dentro de un pájaro de aluminio que sin duda iba lleno de compatriotas.

El teniente Shaw consultó su cronómetro electrónico.

-Tiempo, señor -dijo.

-¡Activen sonar de torpedos! -ordenó el comandante Clagget.

Los técnicos transmitieron la orden a los proyectiles, que se encontraban a tres millas de los flancos de su objetivo. Los ADCAP (versión del Mark 48) tenían un enorme y resistente sonar. Iba instalado en una cabeza de 540 mm. El torpedo lanzado desde el tubo 1 estaba ligeramente más cerca. Su sistema de trazado de imagen proyectó la del casco del destructor a la segunda pasada, lo encaró y transmitió su posición a la consola de la cámara de torpedos.

-¡Señal de hidrófonos! ¡Posición dos-tres-cero! ¡Torpedo enemigo, posición dos-tres-cero! -gritó un técnico-. ¡Han activado su cabeza de rastreo!

Sato miró hacia la cámara del sonar. Vio que aparecía en la pantalla un nuevo gráfico táctico. ¡Pues sí que podía uno fiarse del Kurushio!, pensó. Porque el submarino, que estaba a sólo unas millas, comunicó que no había peligro en el sector.

-¡Contramedidas! -ordenó el capitán del Mutsu.

Al cabo de unos segundos, el destructor detectó a popa un señuelo americano Nixie.

-¡Que despegue el helicóptero inmediatamente!

-Estoy muy ocupado ahora, hermano. Que tengas un buen vuelo. Hasta pronto.

El capitán Sato no se molestó porque su hermano interrumpiese la comunicación con tal laconismo. Lo atribuyó a que debía de estar enfrascado con operaciones importantes. Luego, vio que, a no más de ocho kilómetros, el destructor viraba bruscamente a babor. A juzgar por la mayor intensidad de la estela, habían aumentado mucho la velocidad.

-Ésos tienen problemas ahí abajo -musitó a través del intercomunicador.

-Vamos a darles, señor. Con uno o con los dos -anunció el oficial de control de fuego.

-El blanco acelera y gira a estribor -informó el técnico del sonar-. Los dos torpedos se acercan al objetivo sin desviarse. El blanco no emite ningún ruido que indique reacción.

-El torpedo número dos se encuentra ya a dos mil metros del blanco. El número tres está a dos mil doscientos metros. Los dos van derechos al blanco, señor.

El suboficial no dejaba de mirar el monitor que mostraba la trayectoria de los torpedos, para corregir cualquier desviación del sistema de autodirección de los proyectiles. El ADCAP no era muy distinto a un submarino en miniatura. Elaboraba sus propias, y precisas, imágenes de sonar. Esto permitía que los utilizasen como robotizados kamikazes. Los dos que ahora surcaban el mar iban sincronizados con el programa Nintendo del submarino.

Clagget se percató de que, por suerte para él, el destructor no trataba de detectarlo a su vez. Se limitaba a poner su nave a salvo, que era lo más sensato.

-¡Detecto otro torpedo que viene derecho hacia nosotros! ¡Rumbo uno-cuatro-cero!

-Nos tienen -dijo el capitán.

Al ver la pantalla, Sato pensó que debían de ser dos los submarinos que le habían disparado.

Tenía que intentar algo. Ordenó virar a babor. Tan pesado como sus primos americanos Aegis, el Mutsu giró bruscamente. Tras completar el giro, ordenó poner marcha atrás a toda máquina con la idea de que el torpedo pasase de largo.

No podía tratarse de otra cosa. Como Sato perdía de vista el frente de combate, le enmendó la plana al piloto automático y giró a la izquierda. El copiloto accionó el botón para advertir a los pasajeros que se abrochasen el cinturón de seguridad.

La clara luz del cuarto creciente iluminaba el escenario. A popa de la nave, vio las luces intermitentes del helicóptero antisubmarino, que acababa de poner en marcha el rotor. El aparato porfiaba por despegar para ir a la caza de... Si, tenía que ser un submarino, pensó el capitán Sato; un insidioso y cobarde submarino que atacaba al noble y aguerrido destructor de su hermano. Lo sorprendió que el destructor aminorase la velocidad (que casi se detuviera y luego fuese marcha atrás). ¿Por qué? Quizá rezase para ellos el mismo axioma que para la aviación: velocidad igual a vida...

-Detecto fuerte resonancia. Podría tratarse de un impacto, señor -dijo el jefe del sonar.

-Ni caso -dijo el artillero, sin darle tiempo a Clagget a reaccionar- Mis dos pececitos van a por él, señor. Preparo el tres para detonación. Detecto leves interferencias magnéticas del... Seguro que se han cebado con nuestro señuelo, ¿verdad?

-En efecto, marinero.

-Hay que ver cómo pican... Se le acerca el torpedo número uno. Lo tiene ya a ciento setenta metros.

El técnico desconectó el cable al objeto de dejar que el torpedo fuese con su propio sistema de dirección.

El número 1 ascendió hasta diez metros de la superficie, completamente autónomo. Activó su campo magnético y empezó a buscar su metálico blanco. Hasta que lo encaró. Cada vez más cerca...

El helicóptero despegó de la cubierta y sus focos de rastreo se alejaron del ahora inmóvil destructor. El tiempo pareció detenerse cuando el barco empezó de nuevo a girar. Ésa era la impresión que dio hasta que, de pronto, un verde resplandor asomó a ambos lados del barco, entre el puente y la proa, en la vertical de su cámara de misiles tierra-aire. El aerodinámico casco quedó iluminado por una espectral y mortífera luz. La imagen quedó grabada en la mente de Sato durante las décimas de segundo que duró. Luego, explotó uno de los misiles del destructor, seguido de otros cuarenta que, literalmente, desintegraron al Mutsu.

Tres segundos después, se produjo otra explosión. Al recobrar la espuma su blancura, apenas se veía más que una mancha de petróleo que ardía. Igual que su homónimo en el puerto de Nagasaki en 1943...

-¡Capitán... que llevamos pasajeros a bordo! -gritó el copiloto.

Le apartó a Sato las manos de la palanca de control del Boeing, que acababa de reducir peligrosamente la velocidad.

-¡Es mi hermano...!

-¡Que llevamos pasajeros a bordo! ¡Maldita sea!

Sin que el capitán opusiera resistencia, el copiloto se hizo con el control del 747 y se cercioró de que seguían el rumbo adecuado. ¡Menudo capitán!

Sato volvió a mirar hacia el interior de la cabina. La tumba de su hermano se perdió de vista al retomar el aparato el rumbo sur.

-Lo siento, capitán Sato. Nosotros también tenemos una obligación que cumplir -le dijo su subalterno antes de conectar el piloto automático y acercársele en actitud amable-. ¿Se encuentra usted bien?

Sato miró hacia el cielo. Luego asintió con la cabeza y se calmó.

-Sí, estoy bien. Gracias. Ya estoy bien -reafirmó.

Así lo exigían las normas de su mundo, de aquella cultura que imponía dejar los sentimientos a un lado. Su padre logró sobrevivir al hundimiento de su destructor. Luego, le confiaron el mando de un crucero en el que murió frente a la costa de Samar, víctima de los destructores americanos y de sus torpedos... Y ahora... otra vez lo mismo...

-¿Qué demonios ha sido eso? -les preguntó el comandante Ugaki a sus técnicos de sonar.

-Dos torpedos. Disparados desde el sur -contestó el teniente más joven-. Han hundido el Mutsu.

-¿Con qué? -gritó furioso el comandante.

-No lo hemos detectado, señor -le contestaron quedamente.

-Pongan rumbo sur, a ocho nudos...

-Eso nos llevará derechos al sector...

-Sí, ya lo sé.

-Destructor hundido.

Al técnico del sonar no le cabía la menor duda. La imagen de la pantalla del monitor era inequívoca.

-Los motores del destructor no emiten el menor ruido -añadió-. Sólo se oye estrépito. Y aquí, en esta parte del casco, se ha producido una fuerte explosión secundaria. Lo hemos hundido, señor.

Richter cruzó la misma población que sobrevoló días antes con el C-17. Cabía la posibilidad de que lo oyesen, pero ahora lo preocupaba menos. Además, de noche, todos los helicópteros eran pardos. Por allí había muchísimos.

Ascendió con su Comanche hasta una altitud de crucero de diecisiete metros. Enfiló hacia el sur y se dijo que, con toda seguridad, la Armada estaría allí. No iba a tener el menor problema para aterrizar en una de sus unidades. Todo iba a salir bien. Por si fuera poco, soplaba viento de cola. Le pareció formidable, hasta que reparó en aquel viento que levantaba enormes olas. ¡Hostia...!

-Señor embajador, como sabe usted, la situación ha cambiado -dijo Adler en tono amable.

Aunque en aquella estancia no se oía nunca una voz más alta que otra, la de Adler sonó aún más queda.

Seiji Nagumo estaba sentado junto al jefe de su delegación y reparó en que la silla contigua a la de Adler la ocupaba otra persona, otro especialista en Japón de la «cuarta planta». ¿Dónde estaría Chris Cook?, se preguntó, mientras el negociador americano seguía en el uso de la palabra. ¿Por qué no estaba Cook? ¿Qué significaba su ausencia?

-Mientras nosotros mantenemos esta conversación -prosiguió Adler-, la aviación americana lleva a cabo un ataque a las Marianas. En este mismo momento, unidades de la flota americana se enfrentan a la de ustedes. Hay razones fundadas para creer que nuestras operaciones tendrán éxito. Podremos aislar las Marianas del resto del mundo. La siguiente fase de la operación, caso de ser necesaria, será declarar una zona de exclusión marítima alrededor de las principales islas japonesas. No queremos atacar directamente a su territorio, pero estamos en condiciones de privarles de todo tráfico comercial en cuestión de días. De manera, señor embajador, que creo llegado el momento de poner fin...

«Como pueden ver, el John Stennis ya ha abandonado el dique seco», dijo la enviada especial de la CNN.

Estaba junto al Enterprise. La cámara enfocaba hacia la derecha de la imagen y mostraba un espacio vacío.

«Nos comunican que el portaaviones lanza, en estos momentos, un ataque contra las Marianas ocupadas por los japoneses. Se nos pidió que colaborásemos con las maniobras del gobierno para confundir al enemigo y, tras meditarlo seriamente, llegamos a la conclusión de que la CNN es, al fin y al cabo, una cadena americana...»

-¡Qué hijos de puta! -musitó el general Arima al ver aquel dique seco en el que no había más que charcos y bloques de madera. Entonces sonó su teléfono.

Cuando tuvieron la certeza de que los E-2C japoneses los habían detectado ya, dos aparatos de reconocimiento americanos activaron sus radares. Llegaron de Hawai, tras una escala técnica en Dyess, en el atolón de Kwajalein. En términos electrónicos, sería un combate equilibrado. Los americanos, que disponían de más aparatos en aquel sector, podían desequilibrarlo.

Los japoneses tenían en el aire cuatro Eagles. Casi como en un acto reflejo, viraron al noreste, hacia los intrusos. Así alertarían a los compañeros que aún estaban en tierra con tiempo suficiente. Podrían despegar y unírseles antes de que el inminente ataque los privase de apoyo. Simultáneamente, se alertó a las baterías antiaéreas de tierra de la probable irrupción de aparatos enemigos.

Sánchez activó su radar al ver a los cazas japoneses a poco más de cien millas. Se acercaban dispuestos a disparar sus misiles AMRAAM. Él llevaba Phoenix, cuyo alcance era justamente el doble. El caza de Sánchez y otros tres lanzaron dos Phoenix cada uno, en el límite de su alcance. Los ocho misiles describieron curvas parabólicas, a una altura que permitía una eficacia máxima de su radar autónomo. Los Eagles detectaron el ataque e intentaron maniobrar para ponerse a salvo, pero, segundos después, dos de los F-15J desaparecieron del cielo. Y aunque los otros dos siguieron acercándose a los aparatos americanos, la segunda oleada de Phoenix acabó con ellos también.

-¿Qué coño pasa? -exclamó Oreza.

El ruido de los reactores los sobresaltó. Interrumpieron la partida y los cuatro se acercaron a las ventanas. Clark apagó antes las luces y se apropió de los únicos prismáticos que había en la casa.

Justo en el momento en que Clark enfocaba el aeródromo de Kobler despegaban dos aparatos. Eran monomotores, a juzgar por la estela que dejaban.

-¿Qué ocurre, John?

-No me han explicado nada. Pero no es muy difícil imaginarlo.

Habían encendido las luces del aeródromo. Tratarían de que todos los cazas despegasen con la mayor rapidez posible. Lo mismo debían de hacer en Guam. Sin embargo, como Guam estaba muy lejos, las dos escuadrillas de cazas se enfrentarían a los americanos por separado. La superioridad numérica japonesa quedaría anulada.

-¿Qué es eso?

La comandante Peach y su escuadrilla de aparatos para producir interferencias estaban en pleno trajín. Sus radares de rastreo eran muy potentes. Pese a ello, al igual que los de su clase, transmitían también ondas de baja frecuencia en las que era fácil introducir «parásitos». La enorme cantidad de desorientadores puntos que aparecían en la pantalla falseaban la actividad aérea que tenía lugar. Entorpecían la detección de unos misiles que, aunque no eran «invisibles», eran bastante pequeños. Los cazas que hubiesen podido enfrentárseles se desentendieron de los blancos que se dirigían a tierra y les dejaron el camino expedito.

Confiaban en que el radar instalado en la cumbre del monte Takpochao detectase a los cazas a cien millas. Pero no los detectó hasta que estaban a treinta, y ahora se aplicaban a contarlos. Era complicado, pero los técnicos se esforzaron por estar a la altura de las circunstancias. Uno de ellos dio la alarma a la batería de Patriots de la isla.

La primera parte de la operación se desarrollaba satisfactoriamente. Habían logrado eliminar a la patrulla aérea permanente sin sufrir bajas, se dijo Sánchez. ¿Habría dado en el blanco alguno de sus misiles? Imposible saberlo.

Ahora tenían que eliminar los radares volantes, antes de que llegasen el resto de sus cazas. Cuatro Tomcats enfilaron a toda velocidad hacia ellos, con los misiles preparados para su inmediato lanzamiento.

Demasiado valientes para su integridad física, se dijo Sánchez. Los Hawkeyes japoneses debieron dar media vuelta. Otro tanto debió hacer la patrulla de Eagles. Pero, fieles al espíritu de todo piloto de cazas, fueron al encuentro de la primera oleada de intrusos, en lugar de esperarlos. Quizá creyeron que se trataba de un auténtico raid y no de una simple «pasada», típica de las escuadrillas de cazas.

Uno de los flancos de cuatro aparatos, que llamaron Blinder Flight, cumplió la misión de destruir los radares volantes. Luego, volvió al John Stennis para repostar y recargar misiles.

De manera que en aquellos momentos el único radar volante que había en el sector era americano. Los japoneses se acercaron para tratar de frenar un inexistente ataque. Buscaron blancos cuyo único objetivo fue atraerse la atención de los aparatos de intercepción japoneses.

A los operadores de radar les parecía obvio que la mayoría de los misiles iban dirigidos a ellos y no al aeródromo. Sin embargo, no lo comentaron entre sí. No había tiempo. Vieron caer abatidos los E-2, demasiado lejos para saber por qué. Los restantes E-2 estaban aún en la pista de Kobler y los pilotos corrían para despegar de inmediato. La primera oleada se acercaba ya a los aparatos americanos, que seguían un rumbo distinto al esperado.

Desde Guam les pedían información y les anunciaban el despegue de los cazas para afrontar el ataque.

-En dos minutos tenemos aquí a los misiles -dijo uno de los operadores.

-Dígale a Kobler que hagan despegar los E-dos inmediatamente -dijo desde su vehículo el oficial al mando, al ver comprobar la desaparición de los otros dos.

Su vehículo, en el que iba el oficial y su asistente, se encontraba a unos cien metros del transmisor del radar, pero no lo tenían en la trinchera que habían previsto excavar... la semana siguiente (algo que, una vez más, demostraba la importancia del factor sorpresa).

-¡Vaya! -exclamó Chávez.

Se encontraban ahora en el exterior de la casa. Algún listillo optó por dejar sin luz aquella parte de la isla. Esto les permitió ver mejor los fuegos artificiales. A apenas un kilómetro en dirección este, vieron salir disparado de su plataforma al primer Patriot. El misil se elevó sólo unos centenares de metros. Luego, su sistema de teledirección le hizo describir un ángulo tan cerrado como una bola de billar que da en la banda del rincón, y se perdió de vista por debajo del horizonte. Al cabo de unos segundos, dispararon otros tres.

-Se acercan misiles -dijo Burroughs-. Por el norte, me parece.

-Apostaría a que van a por el radar de la colina -dijo Clark.

Una serie de fogonazos iluminó la parte alta de la isla por el este. Las atronadoras explosiones tardaron en oírse unos segundos. Vieron lanzar otros Patriots y que la dotación de la batería instalaba otra plataforma en un camión de transporte. Aunque también vieron que perdían mucho tiempo en la operación.

La primera oleada de veinte Tomahawks se abalanzaba sobre el archipiélago. Volaban a no más de tres metros de la superficie del mar, hacia los arrecifes de la costa oriental de Saipan. Como armas automáticas que eran, no podían eludir ni detectar fuego enemigo dirigido hacia ellos, y la primera avanzadilla de Patriots-SAM fue muy eficaz: doce defensores eliminaron a diez atacantes. Pero los otros diez seguían avanzando, dirigidos al mismo lugar. Otros cuatro cayeron abatidos por los SAM y uno perdió potencia y se estrelló en el acantilado de Laolao Kattan. Los radares de los SAM perdieron al resto y los comandantes de la batería alertaron a la dotación del radar, pero demasiado tarde.

Los cinco misiles supervivientes, de la veintena que lanzaron los americanos, explotaron en lo alto del monte Takpochao.

-Con eso... liquidados -dijo Clark al cesar el estruendo.

John aplicó el oído. Varios vecinos habían salido al callejón. Empezaron a sonar cláxones y se oyeron vítores que ahogaron los gritos de la dotación de la batería de la loma.

Del aeródromo de Kobler aún despegaban cazas, casi todos por parejas. Las azuladas llamas de los quemadores de cola se adentraban en el cielo hasta desaparecer, al girar para situarse en formación y afrontar el ataque. Por último, Clark y los demás oyeron aquel característico ruido a ventilador eléctrico del último Hawkeye, que despegó pese a las advertencias de la dotación del radar, que nada podía advertir ya, muertos todos sus miembros.

Durante unos momentos, la isla se sumió en un silencio absoluto. Se palpaba un extraño vacío mientras la población recobraba el aliento y aguardaba al segundo acto del drama de aquella noche.

A sólo cincuenta millas de la costa, el Pasadena y otros tres submarinos ascendieron hasta la profundidad que le permitía desplegar la antena de radar. Lanzaron seis misiles cada uno. Varios iban dirigidos a Saipan. Cuatro a Tinian. Dos a Rhota. El resto sobrevolaron las olas hacia la base de Andersen, en Guam.

-¡Periscopio arriba! -ordenó Clagget.

En cuanto lo izaron, el capitán miró en derredor, en busca de luces en el cielo. No se veía nada.

-Bien. Ahora la antena.

Se oyó la vibración de la antena de UHF. Clagget, que no había dejado de mirar a través del periscopio, agitó la mano derecha. Se oían débiles señales de transmisores de radar, aunque demasiado lejos para detectar al submarino.

-INDY CARS, aquí PIT CREW, cambio -dijo el oficial de comunicaciones a través de un micrófono.

-Gracias a Dios -dijo Richter en voz alta tras activar su micrófono-. PIT CREW, aquí mando INDY. Contraseña, cambio.

-«Foxtrot Whisky.»

-«Charlie Tango» -contestó Richter, que le echó un vistazo al bloc que tenía sobre una rodilla para asegurarse de que las contraseñas eran correctas-. Estamos a cinco millas. Nos vendría fenomenal una copa, cambio.

-Siga a la escucha -le contestaron.

-Emerja -ordenó Clagget- Y oigan todos: vamos a subir a la superficie. Manténganse en sus puestos. Dotación de misiles, alerta.

Mientras los artilleros preparaban los misiles, uno de los grupos de control de daños del Tennessee ayudó a un suboficial a sacar un tubo de realimentación oculto en un receptáculo, junto a una de las escotillas del centro del submarino.

-¿Qué ocurre? -preguntó el INDY-2 a través de su radio-. Atención, Richter, soy el tres. Helicóptero al norte. Repito: helicóptero al norte, uno grande.

-¡Dispárele! -ordenó Richter sin pensarlo dos veces.

Por allí sólo podía haber helicópteros enemigos. Hizo girar su aparato y ascendió para verlo por sí mismo. Vaya, hombre... ¡Incluso llevaba las luces encendidas!

-Atención PIT CREW, aquí mando INDY. Vemos helicóptero al norte. ¿Qué es lo que ocurre?

Clagget no tuvo oportunidad de oír lo mismo. El Tennessee acababa de emerger a la superficie. Estaba junto a la escalerilla de cubierta. Fue Shaw quien cogió el micrófono.

-Probablemente es el helicóptero de reconocimiento del destructor que acabamos de hundir... ¡Abátanlo! ¡Abátanlo en seguida!

-¡Radar volante por el norte! -alertó, instantes después, un técnico del Tennessee-. ¡El radar del helicóptero nos tiene detectados!

-Comanche dos, ¡liquídelo! -ordenó Richter.

-Allá voy -contestó el piloto del Comanche 2, a la vez que giraba y picaba el morro para aumentar la velocidad.

Quienquiera que fuese, estaba listo. El piloto activó el cañón de 20 mm que iba bajo el fuselaje del aparato. El blanco se encontraba a cinco millas y no veía al helicóptero que se disponía a atacarlo.

Era otro Sikorsky, se dijo el piloto del Comanche 2, posiblemente montado en la misma factoría de Connecticut en la que montaron su Comanche, versión para la Armada del UH-60, un blanco enorme. Su helicóptero se fue derecho a él, confiando en abatirlo antes de que pudiera llamar por radio. Era bastante difícil conseguirlo y el piloto se maldijo por no llevar

un Stinger, pero era demasiado tarde para pensar en eso. Apuntó al blanco y lo ametralló. Casi todos los impactos dieron en el morro de aquel helicóptero gris que se le acercaba. El resultado fue instantáneo.

-¡Abatido! -comunicó-. ¡Lo he abatido, Richter!

-Recibido. ¿Cómo está de combustible?

-Para treinta minutos -repuso el Comanche 2.

-Sobrevuele en círculo y mantenga los ojos abiertos -le ordenó Richter.

-Recibido -dijo el 2, que al llegar a los cien metros de altitud se encontró con otra sorpresa-. Richter, aquí Comanche dos, detecto radar por el norte. Mi ordenador dice que es de la Armada.

-Formidable -le dijo Richter sobrevolando al submarino.

Era lo bastante grande para poder aterrizar, pero hubiese sido más fácil si aquel condenado trasto no se moviese tanto. Parecía un barril en una taberna irlandesa. Richter describió un semicírculo y se acercó al submarino por popa, dispuesto a aterrizar.

-¡A babor! -le gritó Clagget al teniente Shaw-. Y reduzca la velocidad para que pueda aterrizar.

-¡A la orden, capitán!

Shaw transmitió a su vez la orden y el Tennessee aminoró la marcha y encaró el noroeste.

-¡Manténganse junto a las escotillas! -ordenó Clagget a sus hombres.

El helicóptero descendió lentamente, con la precaución con que lo hacían siempre. Ver aterrizar a un helicóptero en un barco siempre le recordaba a dos puerco espines haciendo el amor.

No había querido ponérselo difícil al helicóptero, pero no podía arriesgarse a ponerse a tiro hasta estar seguro de que no era un aparato enemigo.

Del modo que estaban alineados, parecían caballeros medievales embutidos en sus armaduras, pensó Sánchez. Los japoneses a doscientas millas del extremo septentrional de Saipan y los americanos cien millas más allá.

Era un juego al que jugaron muchas veces ambos bandos y, muy a menudo, compartiendo el mismo puesto de mando. Tenían activos los radares de rastreo, podían ver las respectivas formaciones y contar sus unidades. La cuestión estribaba en ver quién hacía el primer movimiento.

Los japoneses estaban en desventaja y lo sabían. El último E-2C que les quedaba no había llegado aún a su posición. Lo peor era que no estaban completamente seguros de las características de los aparatos a los que se enfrentaban.

Sánchez ordenó que los Tomcats se situasen a mayor altitud y lanzaran los Phoenix que les quedaban. Dispararon a una distancia de cincuenta millas, y un centenar de aquellos sofisticados misiles tejió una ola de llamas amarillas. Se elevaron y luego picaron hacia sus blancos, a la vez que los aparatos que acababan de lanzarlos se retiraban.

Fue la señal para la melée. La situación táctica parecía clara, aunque no lo estuvo tanto cuando los cazas japoneses decidieron acelerar hacia los americanos, confiando en pasar bajo la oleada de Phoenix y lanzar sus propios misiles. La maniobra exigía una sincronización perfecta. Era muy difícil de realizar sin el apoyo de un aparato de reconocimiento dotado de radar volante, que optaron por no esperar.

No pudieron adiestrar a personal de la Armada para que lo hiciesen con la suficiente rapidez. Un grupo de marineros hizo lo que pudo y sujetó las aspas mientras varios soldados

del Ejército amarraban el Comanche 1. Luego lo repostaron. Un tripulante le pasó a Richter un teléfono.

-¿Qué tal le ha ido al Ejército? -preguntó Clagget.

-Trepidante. ¿Supongo que tendrán café caliente para mí?

-Ahora mismo se lo preparan, soldado -dijo Clagget, que lo pidió a la cocina.

-¿De dónde ha salido ese helicóptero? -preguntó Richter, sin dejar de mirar a los marineros que le llenaban los depósitos.

-Hace cosa de una hora tuvimos que quitar de en medio un destructor. Se empeñaba en no dejarnos pasar. Supongo que el helicóptero iba a bordo. ¿Listo para su nuevo destino?

-¿Es que no vuelvo a Wake?

-No. Lo espera un portaaviones a veinticinco norte, ciento cincuenta este. Repito: veinticinco norte, ciento cincuenta este.

Tuvo que repetirle dos veces más las coordenadas. ¿Todo un portaaviones para aterrizar yo solo?, pensó Richter.

-Recibido. Y gracias, señor.

-Gracias a usted por abatir el helicóptero, INDY.

Apareció un marinero que dio unos golpecitos en el fuselaje del helicóptero y luego señaló hacia arriba con los pulgares. Le tendió un casco del Tennessee. Entonces reparó Richter en un bulto del bolsillo de su camisa. Hizo caso omiso de las reglas y sacó el paquete de cigarrillos. El marinero sonrió y le dio fuego.

-¡Despejen! -gritó Richter.

Los tripulantes de cubierta se hicieron a los lados pero, justo en aquel momento, asomó un marinero por una escotilla con un termo que pasó de mano en mano.

Richter cerró la cabina y puso en marcha los motores de nuevo. Apenas un minuto después, el Comanche despegó y le dejó sitio al Comanche 2, mientras Richter se situaba sobre la vertical del submarino. Treinta segundos después, tomaba al fin un café caliente. Era diferente al del Ejército, pero más «fino». Con un chorrito de Hennessey hubiese sido perfecto.

-¡Mire, Sandy! ¡Al norte! -le dijo su copiloto al ver que el Comanche 2 se posaba en la cubierta del submarino.

Los controladores de las consolas de combate electrónico informaron que los misiles habían abatido a seis Eagles y producido graves daños a otros dos, que se retiraban.

Sánchez no pudo verlo. Había dado media vuelta para huir de los cazas enemigos. Los Tomcats les cederían ahora el sitio a los Hornets. El plan funcionaba. Los japoneses se dedicaban a perseguirlos. Se alejaban de su isla para expulsar a los americanos, según creían ellos.

Lo que sí veía Sánchez era la pantalla de su consola, en la que aparecían las amenazas potenciales: misiles de fabricación americana, y sabía muy bien lo que eran capaces de hacer.

-¿Qué es eso? -preguntó Oreza.

Sólo se veía una sombra. Las luces del aeródromo seguían encendidas. Un trazo blanco cruzaba el borde de la pista de Kobler. Siguió por el centro de la pista y de pronto cambió de forma: explotó el morro y multitud de pequeños objetos salieron despedidos y se desparramaron por el cemento. Algunos de aquellos pequeños objetos explotaron. El resto desaparecieron. Luego siguieron varios más que también explotaron en la pista, salvo uno que enfiló hacia la torre de control y la arrancó de cuajo, lo que dejaba sin radio a la escuadrilla de cazas.

En el aeropuerto comercial, más al sur, también había luz. Cuatro 747 se hallaban en la terminal. Nada parecía acercarse al aeropuerto. Al este, aún disparaban desde la batería de

Patriots. Aunque, como habían agotado los de la plataforma base, ahora la dotación tenía que plantar plataformas adicionales y conectarlas a controles instalados en el vehículo donde iba el mando, y eso llevaba tiempo. Lograban abatir a algunos misiles, pero no los bastantes.

-No van a por los SAM -señaló Chávez.

El capitán se decía que lo más prudente era ponerse a cubierto, ante aquel panorama. Pero... Nadie lo hacía, como si aquello fuese una representación del glorioso 4 de julio.

-Tratan de no causar daño a la población civil, Ding -le contestó Clark.

-Mira qué majos. Y, por cierto, ¿de qué va eso de «Kelly»?

-Es mi verdadero apellido. -le contestó su jefe.

-¿A cuántos de esos cabrones has matado, John? -preguntó Oreza.

-Eso. A ver, ¿cuántos? -preguntó Chávez.

-Mira. Cuando éramos unos casi críos, este jefe tuyo se dedicaba a la caza por su cuenta: narcos y esa gentuza.

-Palabra que es mentira, Partagee. Te lo juro -dijo John sonriente-. Por lo menos, nadie puede demostrarlo -añadió-. ¡Que estoy muerto, joder!

-Bueno. Pero ha conservado las iniciales para su nuevo nombre -dijo Oreza-. ¿Y ahora qué hará?

-Ni zorra idea, amigo.

No le explicó a Oreza lo que tenía que hacer a continuación, ni sabía si podría hacerlo. Por lo pronto, segundos después, a alguien se le ocurrió dejar sin luz a la zona del sur de la isla que aún tenía.

El helicóptero del Mutsu anunció la presencia de un submarino en la superficie, pero nada más. Eso provocó que el Kongo lanzase su Seahawk, que en aquellos momentos se dirigía hacia el sur. Los dos Orion P-3C antisubmarinos se acercaban también, pero el helicóptero llegaría primero, con dos misiles a bordo. Este aparato volaba a casi setenta metros de altura, y aunque no llevaba conectado el radar de rastreo de superficie, sus luces reflejaban vivos destellos en los auriculares de Richter.

-Ya lo creo que estamos ocupados aquí -dijo el piloto.

Volaba a unos 170 m de altura, con un nuevo blanco en el horizonte.

-PIT CREW, aquí mando INDY. ¡Tenemos a otro helicóptero por las inmediaciones!

-¡Abátalo!

-Recibido -contestó Richter, que aumentó la velocidad para ir a su intercepción.

La Armada tomaba decisiones como si tal cosa. Su velocidad le garantizaba una rápida intercepción. Richter seleccionó un misil Stinger y lo disparó a cinco millas. Quienquiera que fuese, no contaba con encontrar ningún aparato hostil por las inmediaciones. Las frías aguas que sobrevolaba proporcionaban un hermoso telón de fondo al inteligente misil. El Seahawk empezó a girar sobre sí mismo y Richter se preguntó si habría supervivientes. Pero no tenía con qué proceder a un rescate y prefirió no acercarse a comprobarlo.

El Comanche 2 estaba ahora en el aire. Se situó en posición de apoyo, para cubrir a Richter después de su cita en el aire. Saludó al sobrevolar el submarino y siguió adelante. No tenía combustible ni tiempo que perder.

-¿A que somos como un portaaviones? -exclamó Ken Shaw al ver con qué diligencia repostaban los marineros a su tercer y último visitante-. Incluso nos permitimos abatir aparatos.

-Sólo gracias a eso podremos volver a ser un submarino -dijo Clagget muy serio.

Vio que el piloto cerraba la cabina y que los marineros se hacían a un lado. Dos minutos después su cubierta estaba casi despejada.

Uno de sus suboficiales echó por la borda un montón de restos de material, saludó hacia la proa y se metió por la escotilla.

-¡Despejen puente! -ordenó Clagget, que echó una última ojeada a través del periscopio-. ¡Preparen inmersión!

-¡No están todas las escotillas cerradas! -objetó el piloto.

-¡Ya ha oído al capitán! -le espetó un oficial.

Se abrieron e inundaron las compuertas de los tanques de lastre. En unos instantes, la escotilla del puente pasó de círculo a un breve guión. Clagget acabó de cerrar la escotilla que faltaba, con el consiguiente alivio del piloto.

-¡Inmersión y a toda máquina!

Tenían que alejarse de aquel sector de inmediato.

-Eso es un submarino -dijo un teniente japonés-. Se sumerge.

-¿Distancia?

-Para saberlo tengo que activar el sonar -le advirtió el teniente. -¡Pues actívelo! -le ordenó Ugaki.

«¿Qué son esos fogonazos?», se preguntó el piloto.

Los vio justo por encima del horizonte, a su izquierda. No podía precisar la distancia. Fuese lo que fuese, eran muy brillantes, y uno de ellos se transformó en un trazo amarillento que se capuzaba entre las olas. Luego, vio otros trazos similares que brotaban de la oscuridad: líneas blancoamarillentas que se desplazaban de derecha a izquierda. Entonces lo comprendió.

-Aquí JAL siete cuatro siete llamando a torre de control de Saipan. Estamos... ¡Madre mía! Estamos... a doscientas millas. ¿Qué ocurre ahí?

No le contestaron.

-¿Regresamos a Narita? -preguntó el copiloto.

-¡No! ¡No haremos eso! -le gritó Torajiro Sato.

No dejarse llevar por la ira fue una prueba de su profesionalidad. Ya habían esquivado dos misiles. El comandante Shiro Sato tampoco se dejó dominar por el pánico a pesar de la mala fortuna de su artillero. Tenían en la pantalla más de veinte blancos a tiro, pero justo más allá del límite del alcance de sus misiles. Aunque algunos de sus compañeros de escuadrilla dispararon sus AMRAAD, él no pensaba hacerlo hasta no tener mejores opciones. También vio en el monitor que eran varios los radares que seguían a su aparato, pero contra eso nada podía hacer. Hizo girar al Eagle en redondo y empezó una serie de caracoleos que castigaron mucho sus motores.

Lo que empezó como un organizado combate degeneraba en una melée. Los pilotos iban cada uno por su lado, como samurais en la oscuridad. Optó al fin por virar hacia el norte y seleccionó como blanco el que, según los intermitentes impulsos del radar, tenía más cerca. Sato disparó sus misiles y cambió de sentido, hacia el sur.

No era, en absoluto, el equilibrado combate que esperaba: pilotos que rivalizasen en pericia a plena luz del día. Aquello había sido una caótica lucha a oscuras. No tenía ni la menor idea de los aparatos que había abatido ni de los que había perdido. No le quedaba más remedio que huir. El valor era una cosa y la temeridad otra. Los americanos los indujeron a alejarse tanto de la costa que apenas tenía combustible para regresar. Nunca sabría si sus misiles dieron en el blanco. ¡Maldita sea!

Aceleró para alejarse definitivamente del sector. Viró a estribor para eludir a los cazas que avanzaban desde el sur. Probablemente, eran los aparatos que llegaban de Guam, y les deseó suerte.

-¡Atención escuadrilla! Aquí el comandante. ¡Retírense! Repito: ¡retírense inmediatamente! -ordenó Sánchez, que estaba ahora en la retaguardia.

Hubiese preferido ir en un Hornet en lugar de en aquel Tomcat tan grande. A medida que se retiraban, recibía el informe de sus pilotos. Había perdido algunos aparatos y no había sido un combate de su gusto, pero estaba seguro del éxito de la operación. Dejó el sector, hacia el norte, y comprobó el combustible que le quedaba. Entonces vio luces al noreste y viró ligeramente para ver mejor de qué se trataba.

-¡Hostia, Bud, es un aparato comercial! -le dijo su técnico de radar de intercepción-. Es un aparato de la JAL -añadió al ver la inconfundible aleta de cola, de color rojo.

-¡Adviértale que se desvíe! -dijo Sánchez, que encendió sus luces intermitentes y las enfocó a babor del aparato-. JAL siete cuatro siete, JAL siete cuatro siete, aquí aparato militar de la Armada de los Estados Unidos. ¡Estoy a babor de ustedes!

-¿Quién dicen que son? -le preguntó una voz a través de la radio.

-¡Un aparato militar americano! Se les advierte que están en zona de combate aéreo. Les aconsejo que den la vuelta y regresen a su aeropuerto de partida. Cambio.

-No tengo combustible para eso.

-Pues entonces diríjanse a Iwo Jima. Allí hay un aeródromo, pero tengan cuidado con la torre de control. Está al suroeste de la pista. Cambio.

-Gracias -le contestaron con acritud-. Pero seguiré mi rumbo. Corto.

«¡Será imbécil», exclamó Sánchez casi al unísono con su copiloto cuando la comunicación se hubo cortado. En una verdadera guerra, lo habrían abatido. Pero aquélla no era una verdadera guerra o, por lo menos, eso parecían suponer algunos.

Sánchez no llegaría a saber nunca qué grave error había cometido.

-¡Es muy peligroso, capitán!

-El aeródromo de Iwo Jima no está iluminado. Seguiremos rumbo oeste y nos mantendremos a prudente distancia -dijo el capitán Sato, impasible pese a todas las advertencias.

Enfiló resueltamente al oeste y su copiloto optó por no discutir.

-Sonar activo a estribor, posición cero-uno-cero, baja frecuencia. Probablemente, un submarino.

Y eso era un mal asunto.

-¡Zafarrancho de combate! -ordenó Clagget de inmediato.

El capitán sometió a su tripulación a un intensivo entrenamiento durante el tiempo que estuvieron amarrados. Y los submarinos lanzamisiles contaban con los mejores artilleros de la flota.

-¡Preparo el cuatro! -le informó el suboficial de la cámara de torpedos.

-Trayectoria inicial cero-uno-cero -dijo el teniente que estaba en la consola-. Córtele el cable y programe el radar autónomo para que se active a mil metros del blanco.

-¡Listo el cuatro!

-¡Dispárenlo! -ordenó Clagget.

-¡Disparado el cuatro! -gritó el marinero, que casi arrancó la manija del disparador.

-Distancia, cuatro mil metros -informó el oficial del sonar-. Blanco sumergido, de gran tamaño. ¡Nos han disparado!

-Y eso vamos a hacer nosotros. ¡Fuego el uno! ¡Fuego el dos! -gritó Ugaki-. ¡Timón todo a babor! -añadió en cuanto hubieron disparado el segundo torpedo-. ¡Avante todo!

-Torpedo en el agua. Dos torpedos en el agua, rumbo cero-uno-cero. ¡Atentos todos! ¡Vienen derechos a nosotros! -informó el jefe del sonar.

-¡Mierda! ¡Otra vez! -exclamó el teniente Shaw al recordar la terrible experiencia que vivió en el Maine.

El oficial del Ejército que iba a bordo y su sargento acababan de entrar en el centro de mando para agradecerle al capitán su papel en la misión de los helicópteros. Se detuvieron en seco en la entrada al ver la tensión que se palpaba.

-¡Lancen boya de interferencias!

-Lanzada, señor.

-¿Tenemos preparado un señuelo? -preguntó Clagget, a pesar de haberlo ordenado ya en su momento.

-En el tubo dos, señor -le contestaron de la cámara de torpedos.

-¡Caliéntenlo!

-A la orden, señor.

-Bueno...

El comandante se concedió unos instantes de respiro, y un poco de tiempo para pensar. No tenía mucho. Habría que ver lo eficaces que eran los torpedos enemigos. El Tennessee iba a diez nudos. No había recibido órdenes de variar el rumbo ni la velocidad desde que se sumergió. Y estaba a cien metros de profundidad. Muy bien.

-Cámara de torpedos. Preparen tres para dispararlos en cuanto dé la orden.

-Si, señor.

-Programe el señuelo para lanzamiento a cien metros de profundidad, Weps. Active su radar autónomo en cuanto salga del tubo. -A la orden, señor. Tubo cargado.

-¡Láncelo!

-Señuelo lanzado, señor.

-Cámara de torpedos. ¡Láncenlos!

El Tennessee se estremeció más que de costumbre, pues eran tres los torpedos que acababa de lanzar además del señuelo. El torpedo enemigo tenía ahora un hermoso cebo.

-¡Superficie! ¡Emerjan!

-¡Subimos, señor! ¡Descompresión máxima! -anunció el contramaestre.

-Subimos, señor -confirmó el piloto a la vez que accionaba la palanca a tope.

-Aquí sonar, los torpedos enemigos van aún en la modalidad de rastreo. Nuestro señuelo sigue con el rumbo ordenado. Los detecta.

-Esos torpedos suyos son como los viejos cuarenta y ocho -dijo Clagget, que aparentó ante sus hombres una tranquilidad que no sentía-. Y recuerden las tres reglas de los «cuarenta y ocho»: tiene que ser un blanco auténtico, tiene que medir más de ochocientos metros y comunicarle su posición por carta certificada... ¡Pare máquinas, piloto!

-Detenidas, señor.

-Muy bien. Ahora lo dejaremos descansar un poco -dijo el capitán, como si la idea de descanso tuviese en aquellos momentos algún sentido.

Miró al teniente y al sargento del Ejército y les guiñó el ojo. Estaban pálidos. Bueno, era una de las ventajas de ser negro, ¿no?, pensó Clagget.

El Tennessee ascendía con un ángulo de 30°, con lo que perdió gran parte de su velocidad de avance... y la verticalidad de varios miembros de la tripulación, que rodaron por el suelo. Clagget se asió al volante del periscopio para no caer.

-¿Profundidad?

-¡Asomamos ya a la superficie, señor! -le informó el piloto. Instantes después les llegó un estrépito desde el exterior y el submarino se volvió boca abajo en una mareante maniobra.

-¡Detengan motores!

Aquélla era la maniobra ultrasilenciosa que tantas veces ensayó el Tennessee, que se bamboleaba sin apenas rozar la superficie. A cien metros de profundidad, y a unos ochocientos metros de distancia de su popa, su señuelo MOSS caracoleaba entre las boyas emisoras de burbujas e interferencias que lanzaron antes. Ya no podía hacer más. Vio que un marinero iba a encender un cigarrillo y reparó entonces en que a él se le cayó el paquete al ponerse la nave boca abajo.

-¡Uno de nuestros torpedos se les acerca!

-¡Vire a estribor! -ordenó Ugaki sin perder la calma.

El torpedo americano atravesó el sector de sus boyas... igual que ellos. Miró en derredor. Todos sus hombres tenían la mirada fija en él, como la otra vez, sólo que en esta ocasión el submarino enemigo disparó primero a pesar de su ventaja. No tuvo más que mirar la pantalla para comprender que nunca sabría si su segundo torpedo daba en el blanco.

-Lo siento -dijo mirando a sus hombres.

A algunos les dio tiempo a aceptar la sincera excusa de su capitán.

-¡Le dimos! -exclamó instantes después el jefe del sonar.

-Gracias -dijo Clagget.

-Los torpedos enemigos caracolean por debajo de nosotros, se-ñor... parecen... Sí. Se han cebado en el señuelo... nos llegan algunos impulsos, pero...

-Pero los viejos «cuarenta y ocho» no siguen a unidades de superficie inmóviles, contramaestre -lo atajó Clagget tranquilamente.

Quizá ellos dos fuesen los únicos que respiraban tranquilos a bordo. Y puede que también el teniente Shaw, porque estaba frente a la pantalla de control de armamento. Lo peor era no oír los ultra-sonidos del sonar de los torpedos.

-Esos condenados pueden seguir ahí dando vueltas indefinidamente.

-Sí -asintió Clagget-. Desplieguen la antena -añadió. La tripulación se estremeció al oír el ruido que producía al izarla.

-Eh, capitán, hay un radar volante, a tres-cinco-uno.

-¿Es una señal fuerte?

-Más bien débil, pero aumenta. Probablemente es un P-tres, señor.

-Muy bien.

-¿Y nosotros hemos de seguir mano sobre mano? -preguntó el teniente del Ejército, con los nervios hechos trizas.

-Me temo que sí -dijo Clagget.

Sato condujo el 747 casi de memoria. No había luz en la pista, pero le bastaba con la de la luna. Una vez más, el copiloto se maravilló de su pericia al ver que sus luces de aterrizaje reflejaban algunas de tierra. Encararon algo escorados a la derecha, pero Sato en seguida centró el aparato. Ni siquiera ladeó la cabeza para mirar a su joven copiloto, como tenía por costumbre tras una maniobra difícil. Se dirigía ya hacia el fondo de la pista cuando vio un destello a lo lejos.

El Eagle del comandante Sato fue el primero en regresar a Kobler, después de rebasar a dos aparatos que habían sufrido daños. Se veía actividad en tierra. A través de la radio sólo oían ruido ininteligible. De todas maneras no tenía otra alternativa. Su caza iba casi con los posos del combustible, y a ciegas. Pese a todo, el piloto logró tomar tierra en el punto exacto. No llegó a ver el proyectil que arrancó de cuajo el morro de su aparato y que lo hizo patinar

hacia el final de la pista. El poco combustible que quedaba en sus depósitos se inflamó y se produjo una explosión que sembró la pista de restos del avión.

Un segundo Eagle, que iba a apenas un kilómetro del de Sato, corrió la misma suerte. Los veinte cazas supervivientes de la escuadrilla dieron media vuelta y pidieron instrucciones por radio. Seis de ellos fueron hacia el aeropuerto comercial. El resto se dirigieron hacia las dos pistas de Tinian. Ignoraban que también aquellas pistas estaban sembradas de restos de aparatos destrozados por los misiles Toma-hawk. Apenas la mitad logró aterrizar.

El almirante Chandraskatta miraba a la pantalla del radar en la sala de control. Pronto tendría que hacer regresar a sus cazas. No quería arriesgar a sus pilotos en operaciones de vuelo nocturnas. Los americanos eran muy superiores en potencia de fuego y acababan de hacer otra de sus demostraciones de fuerza. Si se lo proponían, podían destruir a su flota. Aunque ¿lo harían en aquellas circunstancias? ¿En guerra con Japón, iban los Estados Unidos a iniciar otro conflicto bélico? No. Sus contingentes anfibios ya se habían hecho a la mar, y dentro de dos días, a la puesta de sol, habría llegado el momento de actuar.

Los B-1 B volaban, en aquellos momentos, más bajo de lo que nunca los llevó su tripulación. Eran reservistas, la mayoría pilotos de compañías comerciales, destinados por el Pentágono (en exceso influenciable por algunos destacados congresistas) a puestos de combate por primera vez en su vida. En maniobras, las misiones de bombardeo de tierra firme las realizaban a una altitud de penetración«tipo» de no más de setenta metros, aunque casi siempre tenían que remontarse a los cien porque en las granjas de Kansas había molinos de viento y la gente instalaba antenas de radio en los lugares más inverosímiles.

En el mar era muy distinto. Sobrevolaban el océano a apenas diecisiete metros. Visiblemente nervioso, un piloto acababa de confiarle al ordenador la tarea de evitación de obstáculos. Su escuadrilla de ocho aparatos se dirigía al sur, después de dejar atrás la punta de Dondra Head. Los otros cuatro B-1B se dirigían al noroeste. Se detectaba mucha actividad electrónica por delante. Lo bastante para ponerlo nervioso, aunque ningún radar parecía enfocarlo. Optó por permitirse celebrar el éxito de la misión, volando a más de 1 800 km/h, de tal modo que, más que su característica estela, su bombardero levantaba una cola de espuma como la de las lanchas fuera borda. Volaba tan bajo que a más de un pez debió de dejarlo literalmente cocido.

¡Había que verlo! Y... los vieron.

-¡Contactos a baja altura por el norte!

-¿Qué? -dijo el almirante alzando la vista-. ¿Distancia?

-A menos de veinte kilómetros. Pero ¡van muy de prisa!

-¿Son misiles?

-No lo sé, almirante.

Chandraskatta miró a su piloto. Allí estaban, en dirección contraria a la que seguía el ala aérea del portaaviones. Sus cazas no estaban en la posición adecuada para...

-¡Se acercan aviones! -gritó un vigía.

-¿Los interceptamos? -preguntó el capitán Mehta.

-¿Disparar nosotros primero sin orden de hacerlo?

Chandraskatta corrió hacia la puerta y salió a la cubierta de vuelos justo a tiempo de ver las blancas estelas, antes que a los propios aparatos que la producían.

-¡Y ahora arriba! -dijo el piloto al ver el puente del portaaviones. Accionó la palanca y, cuando volvió a ver agua bajo el morro, miró el altímetro.

-¡Elévese! -le ordenó la sensual voz de su computadora.

-¡Ya lo he hecho, «Marylin»!

Porque, al que en la vida civil era un piloto de la TWA, la voz de la computadora le sonaba como una «Marylin». Luego, comprobó la velocidad. Casi 1 700 km/h. ¡Madre mía! ¡Cómo iba a presumir su abuela...!

El estruendo que producía el enorme aparato era casi como una explosión. Hizo saltar literalmente al almirante sobre el suelo del puente y destrozó los cristales de la cámara del timón, que pasaron casi rozando por encima de su cabeza, como una ráfaga que ametralló los mástiles. Segundos después pasaron otros aparatos.

El almirante cayó al suelo y se levantó aturdido sobre una alfombra de añicos de vidrio. Corrió a ponerse a cubierto, ya que, al fin y al cabo, su lugar estaba en el puente de mando.

«Dos radares alcanzados -oyó Chandraskatta que decía un suboficial-. Rajput informa que tiene preparados sus SAM.»

-Almirante -dijo un teniente de comunicaciones a través de un teléfono.

-¿Quién es? -preguntó Chandraskatta.

-Aquí Mike Dubro. La próxima vez irá en serio. Estoy autorizado a comunicarle que el embajador de los Estados Unidos se halla en estos momentos reunido con su primera ministra...

-Por el bien de todos, su flota debería cesar en sus operaciones -dijo el ex gobernador de Pennsylvania tras el habitual intercambio de cortesías.

-No vamos a aceptar órdenes de ustedes.

-No es una orden, señora primera ministra. Ha sido una observación. También estoy autorizado a decirle que mi gobierno ha pedido una reunión urgente del consejero de Seguridad de las Naciones Unidas. Se discutirán sus aparentes intenciones de invadir Sri Lanka. Le ofreceremos al Consejo de Seguridad los servicios de nuestra Armada para la salvaguarda de la soberanía de ese país. Le ruego disculpe que se lo diga sin rodeos: mi país no está dispuesto a contemplar impasible que se viole la soberanía de ningún otro. Tal como le he dicho, por el bien de todos, hay que evitar un conflicto armado.

-No albergamos tales intenciones -insistió la primera ministra, perpleja por la dureza del mensaje, pese a que ignoró una advertencia previa.

-Entonces estamos de acuerdo -dijo en tono distendido el embajador-. Se lo comunicaré inmediatamente a mi gobierno.

Se les hizo eterna la media hora que tardaron en detenerse los torpedos que merodeaban. Pese a lo grande que era, no habían dado con el señuelo, pero tampoco con nada más.

-¿Con qué potencia capta el radar del P-tres? -preguntó Clagget.

-Está en el límite de la justa para detectarnos, señor. -Preparémonos para inmersión, mister Shaw. Abandonaremos el sector sumergidos.

-A la orden, capitán.

Shaw impartió las convenientes instrucciones, y dos minutos después el Tennessee navegaba sumergido. Al cabo de cinco minutos estaba a doscientos metros de profundidad y se dirigía al sureste a diez nudos. Poco después, oyeron un chapoteo a cola. Pensaron que se trataba de boyas. Pero los P-3 eran muy lentos en generar los datos necesarios para lanzar un ataque, y el Tennessee no tenía la menor intención de entretenerse por allí.

47. La escoba

-¿A la chita callando? -preguntó el presidente.

-Ésa era la idea -contestó Ryan tras colgar el teléfono.

Las imágenes de los satélites mostraban que, al margen de las bajas que hubiesen sufrido, los japoneses acababan de perder otros catorce aparatos debido al minado de sus aeródromos. Sus principales radares de rastreo habían sido destruidos y habían gastado muchos SAM. El obvio paso a dar ahora era aislar el archipiélago del tráfico aeromarítimo, algo que podían conseguir a finales de la semana siguiente. Ya tenían preparado un comunicado de prensa por si convenía darlo.

-Hemos ganado -dijo el consejero de Seguridad Nacional-. No hay más que... convencer al otro bando.

-Lo ha hecho usted muy bien, Jack -dijo Durling.

-Si de verdad lo hubiese hecho muy bien, señor, el conflicto no habría empezado -dijo Ryan al recordar que pensó en hacer algo para evitarlo... una semana tarde. ¡Maldita sea!

-Bueno, con la India parece que sí hemos logrado lo que dice, a juzgar por lo que acaba de comunicarnos Dave Williams -dijo el presidente-. ¿Qué vamos a hacer al respecto?

-Primero, pensemos en poner fin a las hostilidades en curso.

-¿Y luego?

-Les ofreceremos una paz honorable -contestó Ryan, que en seguida se percató de que el presidente estaba de acuerdo con él.

Quedaba otro asunto por despachar que Durling se abstuvo de mencionar, porque, de todas maneras, necesitaba reflexionar un poco más acerca de ello. De momento, ya era bastante que los Estados Unidos pareciesen ir ganando la guerra. Tenía la reelección asegurada, por haber salvado a la economía y salvaguardar los derechos de los ciudadanos americanos.

Había sido un mes bastante interesante, pensó Durling al mirar al hombre que tenía delante. Se preguntaba qué hubiese sucedido de no contar con él y, en cuanto Jack hubo salido del despacho Oval, llamó al Capitolio.

Una de las ventajas del radar volante de los aparatos militares, era que facilitaba mucho el recuento de aparatos abatidos. No siempre indicaban qué misil había derribado a qué aparato, pero sí mostraban cómo caían en la pantalla.

-El Port Royal informa del regreso de la escuadrilla al completo -dijo un oficial de comunicaciones.

-Gracias -dijo Jackson.

Esperaba que los aviadores del Ejército no se sintiesen demasiado decepcionados por aterrizar en un crucero, en lugar de en el Johnnie Reb. Lo ordenó así porque necesitaba el mayor espacio posible en cubierta.

-He contado veintisiete aparatos abatidos -dijo Sánchez.

Había perdido a tres de sus cazas y sólo pudieron rescatar a uno de los pilotos. Las bajas eran inferiores a las temidas, aunque eso no hacía, en absoluto, más fácil escribir las cartas que tendría que enviarles a los familiares.

-Bueno, no ha sido exactamente como tirar en una caseta de feria, pero no ha estado mal. Hay que contar con otros catorce que han liquidado los Tomahawks. Eso significaba la mitad de sus cazas (casi todos sus F-quince), y sólo les queda un Hummer con radar volante. A partir de ahora, quedan muy en precario.

El comandante del grupo de combate informó a su vez del hundimiento de un destructor y de que el resto de sus destructores dotados de sistema Aegis radar-misil se hallaban en un

sector que los imposibilitaba para entrar en combate. Habían sido destruidos ocho submarinos.

El concepto táctico-estratégico básico fue atacar desde lejos, tal como hicieron en el golfo Pérsico, y aún había sido más fácil en el mar que en tierra.

-¿Qué haría usted, Bud, si estuviese al mando de las fuerzas enemigas?

-Seguimos sin poder invadir el archipiélago -dijo Sánchez-. Se haga lo que se haga, malo. Aunque, la última vez que nos vimos en una tesitura parecida.... -añadió mirando a Jackson.

-¡Claro! Ordene que preparen un Tomcat... para ir yo en el asiento de atrás, Bud.

-A la orden, señor -dijo Sánchez-. ¿No estará pensando lo mismo que yo...?

-¿Qué podemos perder?

-Un buen almirante, Ron -repuso Sánchez.

-¿Dónde guardan las radios en esta gabarra? -preguntó Jackson guiñándole el ojo.

-¿Dónde ha estado usted? -preguntó Goto sorprendido.

-Oculto, después de que su protector me secuestrase -contestó Koga.

El ex primer ministro irrumpió en su despacho sin apenas anunciarse, tomó asiento sin que lo invitaran y se comportó con una desenvoltura que proclamaba su recobrado poder.

-¿Qué me dice de usted? -le preguntó a su sucesor.

-No puede usted hablarme en ese tono -replicó Goto, aunque con sensible debilidad.

-Maravilloso. Lleva usted a nuestra nación a la ruina y pretende la deferencia de alguien a quien su protector ha estado a punto de matar. ¿Con su conocimiento? -dijo Koga desenfadadamente.

-Por supuesto que no. ¿Y quién ha asesinado...?

-¿Que quién ha asesinado a los criminales? Yo no -le aseguró Koga-. Hay una pregunta más importante: ¿qué se propone usted hacer?

-Aún no lo he decidido -repuso Goto con una pretendida firmeza que sonó poco convincente.

-Lo que quiere decir es que aún no ha hablado con Yamata, ¿verdad?

-¡Tomo mis propias decisiones!

-Excelente. Pues tómelas ya.

-No puede usted darme órdenes.

-¿Por qué no? Poco voy a tardar en volver a sentarme ahí. Elija: o dimite esta misma mañana, o por la tarde presentaré una moción de censura en la Dieta. Y no sobrevivirá usted a esa votación. En cualquier caso, está acabado -sentenció Koga, que se levantó y se dispuso a salir-. Le sugiero que lo haga honorablemente.

Había cola en la terminal, frente a las taquillas expendedoras de billetes. El capitán Sato tomó buena nota al cruzar escoltado por un teniente de paracaidistas, un oficial muy joven que aún parecía ansioso de luchar, a diferencia de aquellos que atestaban la terminal.

El capitán subió a un jeep que lo condujo al aeródromo militar. La gente circulaba por las calles con normalidad y llevaba insignias que urgían a los «nipones» a marcharse. Tenían que haber fusilado a algunos de ellos por su insolencia, pensó Sato, que aún no había acabado de digerir su congoja.

Diez minutos después, entraba en uno de los hangares de Kobler. Se veían cazas que lo sobrevolaban, probablemente temerosos de asomarse a la costa, se dijo.

-Por aquí -dijo el teniente.

Entró en el edificio con porte digno, con su gorra reglamentaria bajo el brazo, la espalda erguida, sin mirar a nadie, con los ojos fijos en la distante pared del edificio, hasta que el teniente se detuvo y retiró el hule que cubría el cuerpo.

-Si, es mi hijo.

Trató de no mirar. Por suerte, el rostro no estaba muy desfigurado, posiblemente gracias al casco. El resto del cuerpo estaba carbonizado, al quedar atrapado entre los restos del aparato. Al cerrar los ojos, aún le parecía verlo en la cabina de su caza, menos de una hora después de que su hermano se ahogase. ¿Tan cruel podía ser el destino? ¿Por qué habían de morir quienes servían a su país, mientras que un simple piloto civil podía cruzar entre los cazas americanos sin más que una mirada de desprecio?

-El comandante de la escuadrilla cree que abatió a un caza americano antes de caer -le dijo piadosamente el joven oficial.

Acababa de inventárselo, pero pensó que algo tenía que hacer para consolarlo.

-Gracias, teniente. Ahora debo regresar a mi aparato.

No cruzaron más palabras en el camino de regreso al aeropuerto y el oficial dejó al piloto con su aflicción y su dignidad.

Veinte minutos después, Sato estaba en su 747, convenientemente revisado. Estaba convencido de que iría lleno de compatriotas que regresarían a su país, fiando en la promesa de los americanos de que podían hacerlo a salvo.

El remolcador de la pista fue a situar el Boeing en su posición. Lo conducía un nativo, y el gesto que le dirigió a la cabina al separarse del aparato no fue precisamente amistoso. Aquel último agravio equivalía también a la luz verde para despegar. Vio llegar un caza, pero no era un Eagle azul sino un aparato de grisáceo fuselaje con el emblema de la Armada de los Estados Unidos en la barquilla de los motores.

-Buen aterrizaje, Bud. Como una seda -dijo Jackson al levantarse la capota de la cabina.

-Nos gusta complacer al pasaje, señor -dijo Sánchez visiblemente nervioso.

Condujo el aparato hacia el lugar de la terminal en el que los aguardaba un especial comité de recepción: todos con mono verde y portando rifles. Al detenerse el aparato, adosaron al fuselaje una escalerilla de aluminio. Jackson descendió primero y, al llegar abajo, un oficial se le cuadró.

-Es un Tomcat -dijo Oreza-. Y ese oficial no es japonés. -¡Ya lo creo que no! -exclamó Clark, que miró a su vez con los prismáticos que acababa de pasarle Partagee.

Vio que un oficial negro subía a un jeep. ¿Qué consecuencia podría tener aquello en las órdenes que en principio tenía? Por más que le sedujese ponerle la mano encima a Raizo Yamata, el solo hecho de acercarse lo bastante para estudiar la posibilidad (que en eso consistían sus instrucciones) no era una perspectiva muy prometedora.

Clark también había informado sobre la situación en Saipan, y se dijo, por lo visto, que el informe llegó a su destino. Las tropas que vio por la mañana no tenían un aire muy marcial. Sólo los oficiales más jóvenes parecían muy entusiasmados con su misión, cualquiera que ésta fuese ahora. Aunque el entusiasmo de los jóvenes oficiales era lo que se esperaba de cualquier ejército.

La casa del gobernador, situada en la colina del capitolio local, junto a la Asamblea, tenía una buena planta. Jackson iba sudoroso. El sol tropical calentaba bastante, y su traje de vuelo, de fibra sintética, era un buen aislante. Al llegar, un coronel lo saludó y lo condujo al interior.

Robby conocía al general Arima sólo por el expediente y las fotografías del Servicio de Inteligencia que vio en el Pentágono. Eran de estatura y complexión similares. El general saludó. Jackson, sin la gorra y a cubierto, no podía hacerlo, de acuerdo al reglamento de la Armada. Y vino bien, porque no procedía. Se limitó a asentir cortés-mente.

-General, ¿podríamos hablar en privado?

Arima asintió con la cabeza en aquel despacho que más parecía un pequeño estudio casero. Robby tomó asiento y su anfitrión le tendió amablemente un vaso de agua fresca.

-¿Es usted...?

-El comandante en jefe del Contingente setenta y siete de las Fuerzas de Intervención. Deduzco que usted es el comandante de las fuerzas japonesas en Saipan.

Robby bebió un largo trago de agua. Le daba cien patadas sudar tanto, pero nada podía hacer para evitarlo.

-En efecto.

-En tal caso, señor, debo pedirle su rendición -dijo Jackson, que confió en que el general advirtiese la diferencia entre «pedirle» y «exigirle», que era lo acostumbrado.

-No estoy autorizado a ello.

-General, lo que voy a exponerle refleja la posición de mi gobierno. Pueden ustedes evacuar las islas en paz. Pueden llevar su armamento ligero. Su armamento pesado y sus aviones permanecerán aquí hasta que se determine lo que haya lugar. Por el momento, pedimos que los ciudadanos japoneses abandonen la isla, hasta tanto no se normalicen las relaciones diplomáticas entre nuestros dos países.

-No estoy autorizado...

-Dentro de unas horas haré la misma petición en Guam. El embajador americano en Tokio acaba de pedir una entrevista con su gobierno.

-No tienen ustedes potencial para recuperar esta isla y, mucho menos, todo el archipiélago.

-Eso es cierto -admitió Jackson-. También lo es que podemos proceder, en breves fechas, al bloqueo de todos los barcos que entren y salgan de Japón, y por periodo indefinido. Y, del mismo modo, podemos bloquear esta isla para el tráfico aeromarítimo.

-Eso es una amenaza -señaló Arima.

-En efecto. Lo es. Y como consecuencia de ello, su país se morirá de hambre. Se producirá un colapso total en su economía. No creo que eso beneficie a nadie -dijo Jackson-. Hasta estos momentos, sólo ha sufrido el personal militar. Y a nosotros nos pagan para correr estos riesgos. Si el conflicto continúa, sufrirá la población civil también, pero, sobre todo, la de ustedes. Provocará, también, rencor entre ambos bandos, cuando lo que deberíamos conseguir es el restablecimiento de las relaciones normales tan pronto como las circunstancias lo permitan.

-No estoy autorizado a...

-General, hace cincuenta años podía haber dicho algo así. La costumbre de sus Fuerzas Armadas era luchar hasta el último hombre. También solían tratar a la población de los territorios ocupados de una manera que incluso ustedes deben de considerar salvaje (lo digo porque sé que aquí se han comportado honorablemente en todos los aspectos) o, por lo menos, eso indican todos los datos a los que he tenido acceso. Y por ello le expreso mi agradecimiento, señor -prosiguió Jackson en un tono cada vez más amable-. No estamos en los años cuarenta. Cuando terminó la segunda guerra mundial, yo aún no había nacido y usted iba a gatas. Este tipo de comportamientos son cosa del pasado. No hay lugar para ello en el mundo actual.

-Mis tropas se han comportado correctamente -confirmó Arima, que no sabía qué otra cosa decir en aquellas circunstancias.

-La vida es algo muy precioso, general Arima, demasiado para malgastarla innecesariamente. Hemos limitado nuestras acciones de combate a importantes objetivos militares. No hemos causado daño a inocentes, ni tampoco ustedes. Pero si esta guerra continúa, las cosas cambiarán, y las consecuencias serán más graves para ustedes que para nosotros. De ello no puede derivarse honor ninguno para nadie. Sea como fuere, ahora debo coger el avión para Guam. Sabe cómo puede localizarme por radio -concluyó Jackson levantándose.

-Debo aguardar a las órdenes de mi gobierno.

-Lo comprendo -contestó Robby, que se felicitó porque Arima pareciese dispuesto a acatar las órdenes... de su Gobierno.

Casi siempre que Al Trent iba a la Casa Blanca, lo hacía acompañado de Sam Fellows, destacado miembro de la Comisión Mixta Permanente de ambas cámaras, pero no en esta ocasión, porque Sam militaba en el otro partido. Un miembro de su grupo del Senado estaba también allí. La hora dio a la reunión un cariz político. La mayoría de funcionarios del ejecutivo se habían marchado ya y el presidente se dio un respiro.

-Parece que han ido bien las cosas, ¿no, señor presidente?

-El primer ministro Goto aún no puede entrevistarse con el embajador -repuso con cautela Durling-. No sabemos exactamente por qué, pero el embajador Whiting dice que no es preocupante. La opinión pública japonesa se decanta ahora hacia nuestras tesis.

Trent aceptó el vaso que le ofreció el suboficial de la Armada que servía en el despacho Oval. El personal de servicio de la Casa Blanca debía de tener una lista con las bebidas favoritas de los notables. En el caso de Al era vodka con tónica, vodka Finnish Absolut. Bebía lo mismo desde hacía cuarenta años, desde sus tiempos en la Universidad de Tufts.

-Jack ya dijo, desde el primer momento, que no sabían en lo que se metían.

-Ryan es un tipo inteligente -convino el senador-. Creo que le ha prestado muy buenos servicios, Roger.

A Trent le chinchaba que aquel conspicuo miembro, de lo que gustaba llamar «la Cámara alta», se creyese con derecho a llamar por su nombre de pila al presidente, aunque en privado. Típico de los senadores, se dijo el diputado.

-Creo que Bob Fowler le dio a usted un buen consejo -concedió Trent.

-Cierto -dijo el presidente-, y usted... venga a meterle el dedo en el ojo...

-Mea culpa -entonó Al Trent desenfadadamente.

-Bueno, he pensado en algo que me gustaría exponerles a ustedes dos -dijo Durling.

El comando de rangers del capitán Checa llegó al último tramo de la hilera de árboles justo después del mediodía, hora local, tras una criminal caminata entre nieve y barro. Más abajo discurría una carretera de un solo carril. Aquella parte de la ciudad debía de ser una especie de zona de veraneo, se dijo el capitán Checa. Los aparcamientos de los hoteles estaban totalmente vacíos, salvo uno en el que había un minibús. El capitán sacó el teléfono del bolsillo y marcó un número.

-Diga.

-¿Señor Nomuri?

-¡Hola, Diego! Hace horas que espero su llamada. ¿Qué tal el paseo campestre? -dijo Chet sin poder contener la risa.

Antes de que a Checa le diese tiempo a contestar, las luces del minibús parpadearon dos veces.

Diez minutos después todos los rangers habían subido. Pudieron tomar café y té caliente y cambiarse de ropa. Luego, durante el trayecto cuesta abajo, el agente de la CIA escuchó la radio y los rangers lo notaron mucho más relajado. Ellos tardarían aún bastante en poder hacer otro tanto.

El capitán realizó otro de sus perfectos aterrizajes en el aeropuerto internacional Narita, completamente absorto, sin oír siquiera los elogiosos comentarios de su copiloto cuando hubo detenido el aparato en la pista.

Aunque aparentase aplomo, el piloto se sentía vacío por dentro. Seguía su rutina profesional como un robot. El copiloto procuró intervenir lo menos posible. Pensó que el trabajo mecánico podía ser, en aquellos momentos, un eficaz lenitivo para su capitán. Se limitó a ver cómo Sato conducía el 747 hacia el fondo de la pista y se detenía con precisión milimétrica. Un minuto después, se abrieron las puertas y descendieron los pasajeros. A través de los ventanales de la terminal veían un hacinado grupo de personas frente a la puerta, casi todas ellas esposas e hijos de quienes hacía sólo unos días volaron a Saipan en calidad de... ciudadanos, para tener derecho al voto en el nuevo territorio japonés. Pero ahora no. Ahora volvían a Japón. Los familiares acudían a recibirlos como si, tras darlos por perdidos, los vieran de nuevo a salvo en su tierra.

El copiloto meneó la cabeza ante aquel absurdo sin percatarse de la impasibilidad del rostro de Sato. Diez minutos después, la tripulación abandonó el Boeing. El relevo llevaría de nuevo el aparato a Saipan, dentro de pocas horas, para seguir con los vuelos especiales de aquel éxodo.

En la terminal vieron también nutridos grupos frente a otras puertas. Visiblemente nerviosos, muchos de ellos devoraban los periódicos de la tarde que vendían en las numerosas tiendas de regalos.

Goto cae. Koga forma nuevo gobierno, era el titular que, con mínimas variaciones, aparecía en todas las portadas.

Las puertas de las salidas internacionales estaban menos concurridas que de costumbre. Se veía merodear a algunos empresarios blancos que se disponían a abandonar el país. Miraban en derredor con curiosidad. Muchos esbozaban sonrisas al ver el panorama del aeropuerto, sobre todo por lo que se refería a «Llegadas Nacionales», procedentes de Saipan. No era difícil adivinar lo que pensaban los que esperaban vuelos para dirigirse a otros países de Oriente.

Sato reparó en ello también. Se detuvo ante un distribuidor automático de periódicos. Sólo miró el titular. Le bastó eso para comprenderlo todo. Luego miró a los extranjeros que aguardaban junto a las puertas y musitó «Gaijin...». Era la única e innecesaria palabra que había salido de sus labios en dos horas. No volvió a abrir la boca mientras se dirigía a su coche. Quizá después de un sueño reparador viese las cosas de otro modo, pensó el copiloto al dirigirse hacia su propio automóvil.

-Pero... ¿no teníamos que ir a...?

-¿A hacer qué, Ding?

Clark se guardó en el bolsillo las llaves del coche, después de merodear durante treinta minutos por la parte sur de la isla.

-Hay ocasiones en las que hay que dejar que las cosas sigan su curso -añadió John-. Y creo que ésta es una de esas ocasiones, amiguito.

-¿Quiere decir que todo ha terminado? -preguntó Pete Burroughs.

-No tiene más que mirar a su alrededor.

Aún se veían cazas que surcaban el cielo. Las brigadas de limpieza acababan de adecentar los alrededores del aeródromo de Kobler, pero los cazas no se desviaban al aeropuerto internacional, sobrecargado de tráfico de vuelos comerciales. Al este de la zona urbana, las dotaciones de los Patriots seguían en estado de alerta. Quienes no se encontraban en los vehículos de control, charlaban en corrillos, en lugar de realizar las tareas propias de la milicia.

La población local se había echado a la calle. Se formaron espontáneas manifestaciones -bastante ruidosas en algunos casos- en distintos lugares de la isla. No se practicaban detenciones. A lo sumo, los soldados invitaban amablemente a mantenerse alejados de las tropas, y los manifestantes optaron por la prudencia y obedecieron.

Durante la vuelta que se dieron en el coche, Clark y Chávez, presenciaron media docena de manifestaciones. En todos los casos se habían resuelto sin incidentes. Los soldados se mostraban más embarazados que furiosos. No era el talante de quienes se aprestaban al combate, se dijo John. Más significativa era aún la disciplina que los oficiales mantenían en la tropa. Estaba claro que tenían órdenes de no excitar los ánimos.

-¿De verdad crees que se ha terminado? -preguntó Oreza.

-Con suerte... sí, Partagee.

El primer acto oficial de Koga después de formar gobierno fue convocar al embajador Charles Whiting. Aquel alto cargo político había pasado unas últimas cuatro semanas sumamente tensas y preocupantes. En seguida reparó en que la dotación de policías japoneses que protegía la Embajada se había reducido a la mitad.

El embajador llegó al edificio de la Dieta en su coche oficial escoltado por la policía. Había cámaras de TV para dar testimonio de su llegada a la sala de vips, aunque mantuvieron a los periodistas a distancia, mientras dos flamantes ministros lo acompañaban al interior.

-Gracias por acudir tan pronto, mister Whiting.

-A título personal, primer ministro, quiero decirle que he aceptado encantado su invitación.

Su apretón de manos venía a resumir lo que realmente significaba, y ambos lo sabían, aunque tuviesen que abordar espinosas cuestiones.

-Supongo que son ustedes conscientes de que no he tenido nada...

-En absoluto -lo atajó Whiting alzando la mano-. Yo y mi gobierno lo sabemos perfectamente. No tiene por qué disculparse. Esta audiencia es prueba de su buena voluntad -añadió generosamente el embajador.

-¿Cuál es la postura de su gobierno?

A las nueve en punto, el coche del vicepresidente Edward Kealty entró en el aparcamiento subterráneo del Ministerio de Asuntos Exteriores. Dos agentes del Servicio Secreto lo acompañaron hasta el ascensor de los vips. Subió hasta la séptima planta, donde los secretarios de Brett Hanson lo acompañaron hasta la puerta de doble hoja del despacho del ministro.

-Hola, Ed -dijo Hanson, que se levantó y se acercó a saludar a aquel hombre que había visto entrar y salir de la vida pública durante veinte años.

-Hola, Brett.

Kealty no estaba derrumbado. En las últimas semanas hizo examen de conciencia. Aquel mismo día pediría públicamente perdón a Barbara Linders y a otras personas. Antes, tenía que hacer lo que exigía la Constitución.

El vicepresidente sacó un sobre del bolsillo y se lo entregó al ministro, que leyó los dos breves párrafos con los que Kealty presentaba su dimisión. No hubo palabras. Los dos viejos amigos se estrecharon la mano y Kealty salió del edificio para volver a la Casa Blanca, en donde sus secretarios procedían ya a recoger sus efectos personales. A última hora de la tarde su despacho tendría un nuevo ocupante.

-Chuck Whiting ha entregado ya nuestras condiciones, en términos muy parecidos a los que sugería usted anoche, Jack.

-Podría levantar una polvareda política -señaló Ryan, que en su fuero interno se alegraba de que el presidente Durling estuviese dispuesto a afrontarla.

-No lo creo -dijo el inquilino del despacho Oval-. Pero si así es, pecharé con ello. Quiero que se cursen órdenes para que nuestras fuerzas se limiten a operaciones defensivas.

-Bien.

-Se tardará en volver a la normalidad.

-Sí, señor -admitió Jack-, pero aún estamos a tiempo de solventar las cosas de un modo civilizado. El pueblo japonés no quería esto. La mayoría de los responsables ha muerto. Y eso sí que deberíamos dejarlo claro. ¿Quiere que me ocupe de ello?

-Me parece una buena idea. Esta noche hablaremos. ¿Por qué no viene su esposa y cenamos juntos? Una cena privada, para variar -dijo Durling sonriente.

-Creo que a Cathy le encantará.

La doctora Caroline Ryan acababa de hacer una demostración. Más que un quirófano, aquello parecía una fábrica de electrodomésticos. Ni siquiera necesitaba ponerse los guantes quirúrgicos. Las normas de esterilización no tenían allí nada que ver con las que se observaban en la cirugía convencional. El paciente estaba sólo ligeramente sedado. Mientras tanto, la cirujana tecleaba en una consola que parecía la de los ordenadores de combate electrónico. Examinaba todos y cada uno de los capilares dañados en la retina del anciano. A través de la lente del aparato, apuntó con el aplomo de un tirador de primera y disparó su láser. Se produjo un breve resplandor verde y la vena quedó perfectamente soldada.

-Ya está, mister Ridding -anunció tocándole el brazo a su paciente.

-Gracias, doctora -dijo él en tono somnoliento.

Cathy desconectó el aparato de láser, bajó del taburete y se estiró. En un rincón del quirófano, la agente especial Andrea Price, aún en su papel de miembro del equipo de facultativos del hospital, no había perdido detalle de la operación.

Pasaron las dos a la estancia contigua, en donde encontraron al doctor Bernard Katz, con su mostacho a lo Bismarck. Estaba radiante.

-¿Qué tal, Bernie? -dijo Cathy, tras hacer unas anotaciones en la ficha médica de mister Ridding.

-¿Le queda sitio en la repisa de su chimenea, Cathy?

A Caroline Ryan se le pusieron unos ojos como platos al oírlo. Katz le entregó el telegrama, que aún era el medio con el que tradicionalmente se comunicaban estas noticias.

-¡Le acaban de conceder el Premio Lasker, preciosa! -exclamó Katz, que fue a abrazarla con tal ímpetu, que estuvo a punto de hacer que Andrea Price desenfundase.

-¡Oh, Bernie!

-Se lo merecía, doctora. Y, quién sabe, a lo mejor consigue también un billete gratis para Estocolmo. Ha logrado un gran avance para la cirugía oftálmica, Cathy.

Se le acercaron otros colegas, que le aplaudieron y le estrecharon la mano. Para la doctora Caroline Muller Ryan, del Departamento de Cirugía Oftálmica del hospital John Hopkins, aquello fue como tener un hijo. Bueno... casi, pensó ella.

La agente especial Price oyó el «busca» y fue a coger el teléfono más cercano. Tomó el recado y volvió junto al jefe del departamento.

-¿Tan importante es? -preguntó Andrea.

-Es el más importante premio de medicina que se concede en los Estados Unidos -dijo Katz mientras Cathy disfrutaba de los elogios de sus colegas-. Le dan a uno una preciosa estatuilla, representación de la Victoria de Samotracia, me parece, la diosa alada Nike. Y también un buen dinero. Pero, sobre todo, el reconocimiento de que realmente has aportado algo. Es una gran científica.

-Bueno, que se nos echa el tiempo encima. Tengo que llevarla a casa para que se cambie de ropa -le confió Price.

-¿Para qué?

-Cena en la Casa Blanca -repuso la agente guiñándole el ojo-. Parece que su esposo también ha conseguido algo importante.

Sería un secreto para todo el mundo, menos para... el Servicio Secreto, naturalmente.

-Embajador Whiting, deseo excusarme ante usted, ante su gobierno y ante su pueblo por lo sucedido. Les garantizo que no volverá a ocurrir. También les garantizo que los responsables responderán ante los tribunales de justicia japoneses -dijo Koga con gran dignidad, aunque algo envarado.

-Primer ministro, a mí y a mi gobierno nos basta con su palabra. Pondremos el máximo empeño en el restablecimiento de la normalidad -le prometió el embajador, profundamente conmovido por la sinceridad de su anfitrión.

Con todo, el embajador, al igual que muchos otros, hubiese preferido que los Estados Unidos no hubieran prescindido de su fuerza de disuasión como hicieron seis semanas atrás.

-Comunicaré de inmediato sus deseos a mi gobierno. Estoy convencido de que nuestra respuesta a su posición será plenamente favorable.

-Necesito su ayuda -dijo Yamata en tono apremiante.

-¿Qué clase de ayuda?

Le costó el día entero localizar a Zhang Han San, y ahora su reacción no podía ser más glacial.

-Iría con mi reactor y desde ahí volaría directamente a...

-Eso podría interpretarse como un acto inamistoso hacia dos países. No. Lamento que mi gobierno no pueda acceder a ello.

¡Imbécil ¿Es que no sabes qué precio se paga por esta clase de errores?, se abstuvo de decir Zhang.

-Pero usted... ¡Somos aliados!

-¿Aliados en qué? -inquirió Zhang-. Usted es un empresario. Yo soy un funcionario del gobierno.

Aunque la conversación tampoco hubiese ido mucho más allá, se interrumpió al abrirse la puerta del despacho de Yamata y entrar el general Arima seguido de dos oficiales. Ni siquiera se molestaron en anunciarse al secretario del antedespacho.

-Tengo que hablar con usted, Yamata-san -dijo el general en tono oficial.

-Luego lo llamo -dijo Yamata antes de colgar.

Ignoraba que su interlocutor acababa de dar orden de que no le pasasen llamadas. Aunque de nada hubiera servido que Yamata hablase de nuevo con él.

-¿De qué se trata? -preguntó el zaibatsu

-Tengo orden de detenerlo -contestó Arima con igual frialdad que antes.

-¿Orden de quién?

-Del primer ministro Koga en persona.

-¿De qué se me acusa?

-De traición.

Yamata se quedó estupefacto. Miró en derredor y a los dos oficiales que flanqueaban al general. No veía en sus ojos la menor condolencia. Ya. Aquellos descerebrados autómatas cumplían órdenes, pero eran incapaces de comprenderlas. Lo que quizá aún tuviesen era sentido del honor.

-Con su permiso, me gustaría quedarme un momento a solas -dijo Yamata en un tono que hacía inequívoco el significado de sus palabras.

-Tengo órdenes de llevarlo vivo a Tokio -le dijo Arima.

-Pero...

-Lo siento, Yamata-san, pero no logrará eludir a la justicia por ese camino.

El general le hizo una indicación al oficial más joven, que se acercó a Yamata y lo esposó. El zaibatsu se estremeció al notar el contacto del frío acero.

-Tokikichi, no puede usted...

-Debo.

Al general le apenaba no permitir a su... ¿amigo? No. Nunca fueron realmente amigos. Aun así, le dolía no dejar que Yamata-san pusiese fin a su vida a modo de expiación. Las órdenes del primer ministro fueron tajantes en este sentido.

Los tres militares condujeron a Yamata a la comisaría contigua a la sede del que fuera su imperio, que bien pronto tendrían que desalojar. En la comisaría, dos agentes lo vigilarían para evitar que intentara suicidarse.

Los sorprendió que sonase el teléfono de la casa, en lugar del satelizado artefacto de Burroughs. Lo cogió Isabel Oreza, que supuso que llamarían del trabajo. Pero no.

-¿Mister Clark? Es para usted.

-Gracias -dijo John-. ¿Si?

-John, soy Mary Pat. Su misión se ha acabado. Vuelvan a casa.

-¿Bajo la misma tapadera?

-Sí. Que se dé bien. Dígale lo mismo a Chávez.

La comunicación se interrumpió. La adjunta de Operaciones de la CIA acababa de cometer una grave infracción de las normas de seguridad internas. Sin embargo, la llamada duró sólo segundos, y llamar al teléfono particular le daba un carácter más formal que hacerlo por el otro.

-¿Qué pasa? -preguntó Partagee.

-Que nos mandan a casa.

-¿En serio? -exclamó Ding a la vez que Clark le pasaba el teléfono.

-Llama al aeropuerto. Di que somos periodistas debidamente acreditados y que pedimos prioridad para dos plazas -dijo John, que se volvió hacia Oreza-. Cuento con que me hagas un gran favor: tú no me has vuelto a ver. ¿Entendido, Partagee?

El despacho fue recibido con satisfacción aunque con sorpresa. El Tennessee puso inmediatamente rumbo este y aumentó la velocidad a sólo quince nudos, por el momento. Navegarían sumergidos. En la cámara de oficiales, la mayoría la gozaban tomándoles el pelo a los del Ejército, como ocurría entre los marineros.

-Necesitamos una escoba -dijo un oficial ingeniero tras reflexionarlo a fondo.

-¿Tenemos alguna a bordo? -preguntó el teniente Shaw.

-En todo submarino hay escoba, mister Shaw. Debería usted saberlo después de tantos años -le dijo el comandante Clagget guiñándole el ojo.

-¿Se puede saber de qué hablan? -preguntó el teniente del Ejército, que se temía que le volviesen a tomar el pelo.

-Hemos hundido dos -le explicó el ingeniero-. O sea, que hemos dejado el sector limpio. Que hemos hecho un buen barrido, vaya... Y eso significa que, como manda la tradición, hemos de llevar una escoba atada al periscopio al entrar en Pearl Harbor.

-¡Qué cosas más raras hacéis las «sardinas»! -exclamó el teniente del Ejército, que iba aún con su mono verde.

-¿Nos apuntamos también los helicópteros? -le preguntó Shaw a Clagget.

-¡Eh, que los abatimos nosotros! -protestó el teniente. -Pero... sobrevolaban nuestra cubierta -señaló Shaw. «¡Dios santo!» Y no era más que la hora del desayuno. ¿Qué les reservarían las «sardinas» para el almuerzo?

Fue una cena informal. Se celebró en la misma planta en la que se encontraba el dormitorio de la Casa Blanca. Podía llamársele un buffet frío, aunque cocinado con el mismo esmero que en el mejor restaurante.

-Bueno, hay que felicitarlos a los dos -dijo Roger Durling.

-¿Por? -exclamó el consejero de Seguridad Nacional, que aún no lo sabía.

-Bueno, Jack... Es que me han dado el Lasker -dijo Cathy desde el otro lado de la mesa.

-Así que ya hay dos números uno en la familia -dijo Al Trent alzando su copa.

-Y ésta por usted, Jack -dijo el presidente alzando la suya-. Después del mal trago que hemos pasado con las relaciones exteriores, me ha salvado usted, y ha salvado otras muchas cosas. Lo felicito, doctor Ryan.

Jack agradeció el brindis, aunque se temía lo que podía seguir. Llevaba en Washington el tiempo suficiente para saber que algo se le iba a venir encima, aunque no acertaba a ver exactamente qué.

-Lo que más me satisface, señor presidente, es, no sé, haber servido. Gracias por su confianza, y gracias por apoyarme cuando yo...

-Ah, Jack, ¿qué sería de este país sin personas como usted? -dijo Durling-. ¿Tiene idea, Cathy, de todo lo que ha llegado a hacer Jack en los últimos años?

-¿Jack? ¿Confiarme a mí secretos? -dijo Cathy muerta de risa.

-¿Se lo cuenta usted, Al?

-Creo que ya es hora de que lo sepa Cathy -dijo Trent ante un Jack visiblemente incómodo.

-Hay algo que siempre me ha intrigado -dijo ella-. Ustedes siempre tan amigos, pero cuando se conocieron años atrás... yo...

-¿Se refiere a aquella cena? ¿Antes de que Jack fuese a Moscú? -dijo Trent, que tomó un sorbo de aquel excelente chardonnay californiano-. Eso fue cuando él se las arregló para la defección del antiguo jefe del KGB.

-¿Qué?

-Cuénteselo, Al, que tenemos tiempo -lo invitó Durling.

Su esposa, Anne, se inclinó más hacia la mesa para enterarse también. Trent se alargó no menos de veinte minutos, y aprovechó para contar más de una anécdota, pese a la cara de pocos amigos que ponía Jack.

-Pues ya ve qué clase de esposo le ha caído en suerte, doctora Ryan -dijo el presidente cuando Trent hubo terminado.

Jack le dirigió a Al una elocuente mirada de agradecimiento, aunque presentía que allí había gato encerrado.

-Mire, Jack, su país quiere pedirle un último favor, y luego lo dejará que se marche a casa -le dijo el congresista.

-A ver, a ver, ¿de qué va eso?

¡Una embajada no, por favor!, pensó Jack, porque ése era un recurso muy socorrido para agradecerle a un funcionario los servicios prestados.

-Verá, Jack -dijo el presidente, tras dejar la copa en la mesa-, mi principal objetivo en los próximos nueve meses es la reelección. Puede ser una dura campaña, y en las presentes circunstancias, va a exigirme mucho tiempo. Lo necesito conmigo.

-Señor, yo ya estoy...

-Quiero que sea mi vicepresidente -le dijo Durling como si tal cosa, con lo que consiguió que se hiciese un silencio que se podía cortar-. El puesto ha quedado vacante hoy mismo, como sabe. No estoy seguro de quién me convendrá tener para mi segundo mandato, y no le voy a pedir que esté en el puesto más que, ¿cuánto?, apenas once meses. Como hizo Rockefeller para Gerry Ford. Quiero alguien que goce del respeto de la opinión pública, alguien que pueda atender a todo cuando yo no estoy. Alguien fuerte en Exteriores. Alguien que me ayude a fortalecer mi política exterior. Y... -añadió, tomándose un respiro-: Ya sé que usted quiere vivir tranquilo. Que ya ha hecho bastante. De manera que, después, ya no se le podrá llamar para ocupar un puesto permanente.

-Un momento, un momento... -dijo Jack-. ¡Pero si ni siquiera soy de su partido!

-De acuerdo a la primera redacción de la Constitución, el vicepresidente debía ser el perdedor en las elecciones. James Madison creía firmemente que el patriotismo debía estar por encima del partidismo. Bueno, pues estaban equivocados -admitió Durling-. Pero en este

caso, Jack. Yo lo conozco a usted bien. No lo voy a utilizar políticamente. Nada de discursos y besuqueo de niños.

-¡Ni se le ocurra coger a un crío en brazos! -exclamó Trent-. Son capaces de ponerte perdido mientras alguien saca una foto. Béselos siempre en brazos de su madre -añadió Al, cuyo profundo consejo político sirvió para distender la solemnidad de los últimos momentos.

-Su tarea consistirá en organizar la Casa Blanca, velar por las cuestiones de la Seguridad Nacional y realmente ayudarme a fortalecer mi equipo de Exteriores. Luego, lo dejaré marchar y no lo volveremos a llamar. Será libre como un pájaro, Jack -le prometió Durling-. Para siempre.

-¡Dios mío! -exclamó Cathy.

-¿Es lo que usted también quería, verdad?

-Sí, ya lo creo -confesó Cathy-. Pero... Pero es que yo no sé nada de política... Yo...

-No sabe la suerte que tiene -terció Anne Durling-. Que luego una se vicia.

-Tengo mi trabajo y...

-Y seguirá usted en él. El puesto lleva aparejada una hermosa casa -dijo el presidente-. Aunque sea por poco tiempo -añadió-. ¿Qué me dice, Jack?

-¿Cómo puede estar seguro de que ratificarán mi...?

-Eso déjenoslo a nosotros -lo atajó Trent en un tono que indicaba que ya lo tenían todo concertado.

-¿Y no me pedirá que...?

-Le doy mi palabra -le prometió el presidente-. Sus obligaciones terminarán el próximo enero.

-¿Qué ocurriría si...? Porque, claro, la vicepresidencia me con-vierte, de manera automática, en presidente del Senado, y en el caso de una votación ajustada...

-Pues que mi obligación será decirle cómo quiero que vote, y así lo haré, y confiaré en que me haga caso, pero sé que usted votará en conciencia. No me quita el sueño. En realidad, si no fuese usted como es, no le haría este ofrecimiento.

-Además, no hay nada en perspectiva que pueda provocar una votación tan ajustada -le aseguró Trent, que ya habló sobre el particular con el presidente la noche anterior.

-Creo que debería usted prestarle más atención a las Fuerzas Armadas -dijo Jack.

-Recomiende lo que crea necesario y yo lo incorporaré al presupuesto. Me ha dado usted una lección en este sentido, y quizá lo necesite para que el Congreso me lo apruebe. Acaso ésa podría ser una bonita despedida.

-A usted le escucharán, Jack -le aseguró Trent.

¡Dios!, pensó Ryan, que lamentó no haberle hecho más los honores a aquel vino. Miró a su esposa, claro. Ella asintió con la cabeza. ¿Estás segura?, le preguntó él con los ojos. Cathy volvió a asentir.

-Señor presidente, en las condiciones en que me lo ofrece, y sólo hasta el final de su mandato, sí, lo acepto.

Roger Durling le indicó a una agente del Servicio Secreto que le dijese a Tish Brown que podía dar el comunicado a la prensa para que saliese en los periódicos de la mañana.

Oreza volvió a subir a su barco por primera vez desde que descargaron la albacora que pescó Burroughs. Zarparon al amanecer. Por la noche, el ingeniero pudo celebrar el fin de sus vacaciones con otro ejemplar de considerable tamaño, antes de embarcar en un avión de la Continental de regreso a Honolulú. Al reincorporarse al trabajo, tendría que contar bastantes más cosas que historias de pescadores, aunque nada diría del artefacto que el capitán de su barco tiró por la borda en cuanto perdieron de vista la tierra. Era una lástima tirar cámaras y equipo de iluminación tan costosos, pero supuso que alguna razón debía de haber para ello.

Clark y Chávez, todavía en calidad de rusos, lograron hacerse un hueco en un vuelo de la JAL a Narita. Durante el vuelo, vieron en la cabina a un hombre esposado y escoltado por

militares. Desde unos siete metros de distancia, al trasladar al esposado a primera clase, Diego Chávez fulminó con la mirada al hombre que ordenó el asesinato de Kimberley Norton. Por un instante deseó tener en las manos su mortífero rayo de luz o una pistola, o un simple cuchillo. No estaba en el guión.

El vuelo a Japón duró poco más de dos tediosas horas. Los dos activistas de la CIA acarrearon su equipaje por «Llegadas Internacionales» de la terminal. Tenían reservados billetes de primera clase para otro vuelo de la JAL a Vancouver, desde donde volarían a Washington en un aparato americano.

«Buenas noches -dijo el piloto, primero en japonés y luego en inglés-. Aquí el capitán Sato. Esperamos que disfruten de un vuelo agradable. Tenemos viento favorable. Llegaremos a Vancouver a las siete de la mañana, hora local.» La voz sonó más mecánica aún que los propios altavoces de la cabina, pero a los pilotos les gustaba hablar como robots.

-Gracias a Dios -musitó Chávez en inglés.

Calculó mentalmente y concluyó que llegarían a Virginia sobre las nueve o las diez de la noche.

-Más o menos -dijo Clark.

-Quiero casarme con su hija, mister C. Pienso proponérselo en cuanto lleguemos.

Listo. Al fin se lo había soltado. Pero la mirada que recibió a modo de respuesta lo hizo estremecerse.

-Algún día comprenderás la impresión que le causa a un hombre oír esas palabras, Ding.

¿Mi pequeña?, pensó Clark, tan sensible ante la perspectiva como cualquier otro hombre, o acaso más.

-¿No quiere tipos duros en la familia?

-No, no es eso. Es más bien... que... ¡qué puñeta, Ding! Es más fácil deletrear Chávez que Wojohowitz. Si ella lo quiere, supongo que yo también.

¿Así de fácil?

-Temía que me estrangulase usted, o poco menos.

-Qué va -dijo Clark riendo-, en estos casos prefiero la pistola. Creí que ya lo sabías.

-El presidente no ha podido elegir mejor -dijo Sam Fellows en una entrevista para Buenos días, América-. Hace casi ocho años que conozco a Jack Ryan. Es uno de los funcionarios del gobierno más inteligentes. Ahora puedo decirles que es una de las personas que más decisivamente ha contribuido a la rápida conclusión de las hostilidades con Japón. También tuvo un papel crucial en la recuperación de los mercados financieros.

-Determinadas informaciones aseguran que su trabajo en la CIA...

-Como sabe usted, no me es posible revelar información reservada.

Se refería a filtraciones que comentarían otros funcionarios y que aquella misma mañana pusieron al corriente a senadores de ambos partidos.

-Lo que sí puedo decir -añadió Fellows- es que el doctor Ryan ha servido a su país con una dignidad a toda prueba. Dudo que ningún otro agente de los Servicios de Inteligencia goce de tanta confianza y respeto como él.

-Pero hace diez años... en el incidente con los terroristas. ¿Hemos tenido alguna vez un vicepresidente que por propia mano...?

-¿Haya matado? -lo atajó Fellows, que miró al periodista y meneó la cabeza-. Muchísimos presidentes y vicepresidentes fueron soldados. Jack defendió a su familia de un ataque vil y directo, como hubiese hecho cualquier americano. Le aseguro que en Arizona, donde yo vivo, a nadie se le ocurriría reprochárselo.

«Gracias, Sam», dijo Ryan ante el televisor de su despacho.

Dentro de media hora se le vendría encima la primera oleada de periodistas. Tenía que repasar algunos datos, además de las instrucciones de Tish Brown. No debía hablar demasiado de prisa, ni con-testar nunca directamente a una pregunta política sustancial.

«Me encanta esto -se dijo Ryan-. Me conformo con jugar un partido de vez en cuando. ¿No es eso lo que les recomiendan decir a los noveles?», pensó Ryan en voz alta.

El 747 aterrizó antes de lo que prometió el piloto. Y estaba muy bien, aunque en nada iba a adelantarles el enlace con el siguiente vuelo. La ventaja era que los pasajeros de primera clase descenderían primero. Además, un funcionario del consulado norteamericano esperaba a Clark y a Chávez en la puerta y los acompañó para agilizar el trámite aduanero.

Ambos durmieron durante el vuelo, aunque el cuerpo no fuese muy de acuerdo con la hora local. Dos horas después, embarcaron en un vetusto Delta L-1011 con destino al aeropuerto Dulles International.

El capitán Sato permaneció en la cabina de su aparato. Uno de los aspectos menos atractivos de los vuelos internacionales era su uniformidad. Aquella terminal podía haber estado en cualquier otro lugar del mundo, de no ser porque sólo veía rostros de gaijin. Debería aguardar todo un día antes de regresar con el avión lleno de compatriotas que huían, sin duda.

Eso era lo que podía esperar de su vida: transportar a desconocidos a lugares que no le importaban. Lamentaba haber abandonado la defensa aérea... Quizá él lo hubiese hecho mejor. Acaso con él las cosas hubieran sido distintas. Era el mejor piloto de una de las compañías aéreas más importantes del mundo. Su pericia podía haber servido para... Aunque, quién sabe. Pero no. Nunca lo sabría. No iba él a cambiar las cosas. No era más que uno de tantos capitanes en uno de tantos aparatos. Iba y venía de una nación que había hipotecado su honor. En fin. Se levantó de su asiento, recogió sus cartas de navegación y otros papeles que necesitaba, lo guardó todo en su maletín y descendió del avión.

La puerta estaba ahora vacía y cruzó por aquella terminal tan bulliciosa como impersonal. Vio en un quiosco el USA Today y lo cogió. Se fijó en las fotografías de la portada. ¿Esta noche a las nueve? Todo encajaba. Era una sencilla ecuación de velocidad y distancia.

Sato miró una vez más en derredor y enfiló hacia las oficinas de administración del aeropuerto. Necesitaba un mapa del tiempo. Los husos horarios se los sabía de memoria.

-Me gustaría enmendar una cosa -dijo Jack, que se sentía más cómodo que nunca en el despacho Oval.

-¿De qué se trata?

-De un agente de la CIA. Habría que concederle el perdón.

-¿Por qué? -preguntó el presidente Durling, que se temió un nuevo quebradero de cabeza.

-Por asesinato -contestó honestamente Ryan-. Quiso el azar que mi padre trabajase en el caso cuando yo aún estaba en la facultad. Las personas a las que mató se lo tenían merecido...

-No es el modo de solucionar las cosas. Por más merecido que lo tuviesen.

-Ya puede estar usted seguro de que se lo merecían.

El recién nombrado vicepresidente se lo explicó en un par de minutos. El fondo de la cuestión eran las drogas. El presidente asintió con la cabeza.

-¿Y qué ha hecho desde entonces?

-Es uno de los mejores activistas de la CIA que hayamos tenido. Es el que detuvo a Qati y a Ghosn en México.

-¿Ah, sí?

-Sí, señor. Creo que merece recuperar su buen nombre.

-De acuerdo. Llamaré al fiscal general, a ver si podemos hacerlo con discreción. ¿Tiene que hacer algún otro favor? -le dijo el presidente-. Para ser un aficionado, veo que le coge el tranquillo muy rápido a la política. Ha estado formidable con la prensa esta mañana, por cierto.

-También querría hablarle del almirante Jackson -dijo Ryan tras aceptar el cumplido del presidente con una sonrisa-. Ha prestado un gran servicio, aunque supongo que ya se encargará la Armada de tenerlo en cuenta.

-Bueno, un poco de atención presidencial nunca ha perjudicado a la carrera de un oficial. Me gustaría recibirlo. Creo que tiene usted razón. Volar al archipiélago para entrevistarse con ellos, fue una maniobra muy astuta.

-No hemos tenido bajas -dijo Chambers.

Y le habían causado muchas al enemigo. ¿Por qué no estaba satisfecho entonces?

-¿Los submarinos que hundieron al Charlotte y al Ashville?

-Lo preguntaremos cuando llegue el momento, aunque por lo menos uno de ellos...

Era una conjetura estadística, aunque muy probable.

-Ha hecho usted un excelente trabajo, Ron -dijo Mancuso.

Jones apagó el cigarrillo. Ahora tendría que volver a imponerse dejar el tabaco. Aquellas semanas le habían hecho comprender, de un modo muy directo, lo que era la guerra, y dio gracias a Dios por no haber luchado nunca realmente en ninguna. Quizá iba siendo hora de que se redujese a un juego infantil. Con todo, había cumplido con un papel que confiaba no tener que repetir. Era mucho mejor dedicarse al seguimiento de ballenas.

-Gracias, «capitán».

-Uno de nuestros siete cuatro siete tiene serios problemas mecánicos -explicó Sato-. Deberá permanecer fuera de servicio tres días. Tengo que volar a Heathrow para sustituir el aparato. Otro siete cuatro siete cubrirá mi servicio en el Pacífico -añadió al entregar su hoja de vuelo.

¿De vacío? -le preguntó el funcionario canadiense de Tráfico Aéreo al ver la hoja.

-No llevo pasaje, no. Pero necesito los depósitos llenos. -Espero que su compañía lo pague, capitán -dijo el funcionario sonriente.

Anotó el visto bueno en la hoja de ruta, se quedó con la copia para el archivo. Antes de devolverle el original al piloto, le echó un último vistazo.

-¿La ruta sur, eh? Es ochocientos kilómetros más larga. -No me gusta el pronóstico meteorológico por lo que a los vientos se refiere -mintió Sato.

Era una mentira a medias. Casi nadie contradecía a los pilotos en sus barruntos sobre el tiempo, y aquel funcionario tampoco lo hizo.

-Gracias -le dijo el burócrata, que se dispuso a seguir con su trabajo.

Una hora después, Sato estaba junto a su aparato, en un hangar de la Air Canadian. El espacio de la terminal estaba ocupado por otros aparatos que realizaban vuelos internacionales. Revisó el Boeing a conciencia: conducciones del combustible, pernos, neumáticos, en busca de lo que llamaban «mal de hangar». Todo estaba perfectamente. Su copiloto ya había subido a bordo, contrariado por tener que hacer un vuelo no programado, aunque significase tres o cuatro días libres en Londres, una ciudad muy querida para las tripulaciones de las compañías aéreas. Cuando Sato hubo terminado su revisión, subió a bordo y se detuvo junto al copiloto.

-¿Todo listo? -le preguntó.

-Todo comprobado y normal -repuso el copiloto sin ver el cuchillo de carnicero que acababa de hundirse en su pecho. Más que dolor, sus ojos reflejaron sorpresa y estupor.

-Siento tener que hacerlo -le dijo Sato en tono amable.

El capitán se sentó en el asiento izquierdo y puso en marcha los motores. La dotación de tierra estaba demasiado lejos para ver el interior de la cabina. No podía saber que sólo iba un hombre vivo en aquel vuelo.

-Torre de control de Vancouver. Aquí JAL en vuelo de servicio, cinco, cero, cero. Pido autorización para entrar en la pista de despegue.

-Recibido, cinco, cero, cero. Puede dirigirse a la pista dos, siete, izquierda. Viento de quince nudos, dirección dos-ocho-cero.

-Gracias, Vancouver. Cinco, cero, cero a pista dos, siete, izquierda.

El aparato se puso en movimiento. Tardó diez minutos en situarse en el punto de despegue. Y aún tuvo que aguardar Sato un minuto adicional, porque tenía delante a otro 747 y generaban una peligrosa turbulencia a cola. Iba a infringir la primera norma de la navegación aérea: que tu número de despegues fuese igual al de aterrizajes. Sus compatriotas ya la infringieron antes.

Al darle la torre de control vía libre, Sato aumentó la potencia para despegar. El Boeing, sin más carga que la del combustible, aceleró por la pista, giró antes de los doscientos metros y de inmediato se dirigió hacia el norte, para salir del espacio aéreo controlado desde el aeropuerto.

Con tan poco peso el aparato alcanzó en seguida su altitud de crucero a 13 000 m, la idónea para el máximo rendimiento del combustible.

De acuerdo a la ruta que eligió, bordearía la frontera americano-canadiense, y se alejaría de tierra justo al norte de la población pesquera de Hopelade. Al poco, quedaría fuera del alcance del radar de tierra. Cuatro horas, se decía Sato. Mientras el piloto automático dirigía el aparato, tomó té y elevó una oración por el hombre que yacía a su derecha. Confiaba en que el alma del copiloto estuviese tan en paz como lo estaba la suya.

El Delta aterrizó en el aeropuerto Dulles International con sólo un minuto de retraso. Clark y Chávez vieron que un coche los aguardaba. Subieron al Ford oficial y fueron por la interestatal 64, mientras que el chófer que les trajo el coche cogió un taxi.

-¿Qué crees que será de él?

-¿De Yamata? Pues que irá a la cárcel; o algo peor. ¿Tienes el periódico? -dijo Clark.

-Sí -dijo Chávez, que lo desplegó y leyó la portada-. ¡Hostia puta!

-¿Qué pasa?

-¡Que al doctor Ryan lo han nombrado vicepresidente!

Por más importante que fuese la noticia, Chávez tenía otras cosas en las que pensar durante el trayecto hacia Virginia Tidewater, como, por ejemplo, cómo le iba a hacer a Patsy la «gran pregunta». ¿Y si le daba calabazas?

Las sesiones conjuntas del Congreso se celebraban siempre en la Cámara de los Diputados por ser más grande. También, según los miembros de la «Cámara baja», porque en el Senado los asientos estaban reservados, y aquellos cabronazos no dejaban que nadie se sentase en su sitio. La Seguridad siempre funcionaba bien allí. El edificio del Capitolio tenía su propia Policía, acostumbrada a trabajar en coordinación con el Servicio Secreto. Indicaban con cordones de terciopelo los pasillos cerrados al tránsito. Los agentes de uniforme estaban un poco más alerta que de costumbre, aunque sin grandes alardes.

El presidente llegaría al Capitolio en su coche oficial blindado, escoltado por varios Chevrolets casi más blindados aún, atestados de agentes del Servicio Secreto. Iban armados hasta los dientes, como para enfrentarse a una compañía de marines. Parecía el desplazamiento de un circo y, al igual que la gente de circo, se pasaban la vida montándolo y desmontándolo todo. Así, por ejemplo, cuatro agentes instalaron una minibatería de Stingers en una terraza. Desde allí escudriñarían toda el área, no fuese a ser que algún árbol hubiese crecido más de lo normal (les hacían periódicamente marcas para verlo mejor). Efectivos de la brigada antifrancotiradores, del Servicio Secreto, se situaron en lugares estratégicos del Capitolio y de los edificios colindantes. Eran los mejores tiradores del país. Sacaron sus rifles

LIbrodot

Magnum de 7 mm de sus acolchados estuches e inspeccionaron con los prismáticos los tejados que ellos no ocupaban. Esta brigada era bastante numerosa. Además, casi un destacamento se encargaba de la vigilancia de los ascensores y escaleras de los edificios cercanos al que el PARA visitaría aquella noche.

Al oscurecer, se encendió la iluminación y los agentes se dedicaron a beber té o café caliente para estar bien despiertos.

Sato dio gracias al cielo por la oportunidad del acontecimiento y por llevar un aparato dotado del sistema electrónico TCAS de ayuda a la navegación aérea. Aunque las rutas transatlánticas nunca iban vacías, el tráfico entre Europa y América se programaba a unas horas que coincidiesen con los hábitos humanos para dormir, y a aquella hora del día apenas había vuelos en dirección oeste. El TCAS lo alertaría de la presencia de cualquier aparato. Por el momento, no volaba ninguno cerca (en su pantalla aparecía SECTOR EXPEDITO, que significaba que no había tráfico en 130 km a la redonda). Esto le permitió seguir la ruta oeste con bastante facilidad. Además, contaba con el punto de referencia de la costa, que estaba a menos de 500 km. El piloto comparó su tiempo con el programado para el vuelo en la memoria del ordenador de a bordo. De nuevo, había acertado la velocidad del viento en ambas direcciones. Tenía que sincronizar muy bien las horas ya que los americanos podían ser muy puntuales.

A las 20.30.00 viró al oeste. Estaba cansado. Había pasado las últimas veinticuatro horas prácticamente en el aire. Llovía en la Costa Este americana. En cuanto descendiera un poco, entraría en zona de baches, aunque, como avezado piloto que era, apenas los notaba. El único incordio era que había bebido cantidades industriales de té. Tenía una apremiante necesidad de ir al lavabo, pero no podía dejar la cabina. Aunque sólo iba a tener que soportar la mortificación durante una hora.

-¿Y qué significará eso, papá? ¿Seguiremos en el mismo colegio? -preguntó Sally desde el asiento de detrás de la limousine.

Cathy pensó que aquélla era una pregunta para que contestase la madre.

-Pues sí. Y tendrás hasta chófer particular.

-¡Fenomenal! -dijo Jack.

Su padre seguía con sus reservas mentales, como le solía ocurrir cuando adoptaba una decisión importante, aunque sabía que ya era demasiado tarde para volverse atrás. Cathy le adivinó el pensamiento al mirarlo y le sonrió.

-Sólo serán unos meses, Jack, y luego...

-Ya -asintió su esposo-. Aún estoy a tiempo de mejorar mi golf. -Y de consagrarte definitivamente a la enseñanza. Me gustaría que hicieses eso. Creo que es lo que te conviene.

-¿No preferirías que volviese a las finanzas?

-Lo que me sorprende es que lo soportases tanto tiempo.

-Anda ya... Déjate de sicología, que lo tuyo son los ojos -dijo él mirándoselos.

-Ya hablaremos de eso tú y yo -contestó la doctora Ryan.

Le recompuso un poco el vestido a la pequeña Katie. Lo que a Caroline le sedujo es que fuese sólo para once meses, segura de que después no tendría que volver nunca más a un puesto en el gobierno. Era un hermoso regalo el que acababa de hacerles -a los dos- el presidente Durling.

El coche oficial se detuvo frente a Longworth House. No había público que se hacinase en la entrada, pese a que varios congresistas salían en aquellos momentos. Los agentes del Servicio Secreto no le quitaban ojo a nadie, ni a nada, mientras cuatro de ellos escoltaron a los Ryan hacia el interior del edificio. Alan Trent los aguardaba a pocos metros de la entrada.

-¿Quieren acompañarme?

-Es que...

-Le explico: una vez ratificado su nombramiento, subirá a la tribuna a jurar el cargo y luego tomará asiento detrás del presidente, al lado del presidente del Congreso -lo instruyó Sam Fellows-. Ha sido idea de Tish Brown. Causará buen efecto.

-Ya. Puesta en escena del año electoral -dijo Jack con frialdad.

-¿Y nosotros dónde? -preguntó Cathy.

-Será una bonita foto de familia -dijo Alan.

-Lo que me gustaría saber a mí es por qué me entusiasma esto tanto -masculló Sam Fellows en tono jovial-. Nos va a suponer un mes de noviembre de aúpa. ¿A que no se le ha ocurrido nunca pensar en ello?

-Pues no, Sam, lo siento -confesó Jack con una tímida sonrisa.

-Este cuchitril fue mi primer despacho -dijo Trent al abrir la puerta de las oficinas de la planta baja.

Las había utilizado a lo largo de diez legislaturas. Teniendo en cuenta que los diputados se elegían para períodos de dos años, aquello significaba nada menos que dos décadas.

-Lo conservo porque me trae suerte -añadió Trent-. Por favor, pasen y acomódense.

Un funcionario les sirvió refrescos, bajo la vigilante mirada de la escolta de Ryan. Andrea Price se puso a jugar con los niños -como ya había hecho en su casa-. Aunque pareciese un gesto poco profesional, era importante que los niños se sintiesen cómodos en su presencia. Y se daba buena maña para conseguirlo.

El coche del presidente Durling llegó con total normalidad. Los escoltas lo acompañaron hasta el despacho del presidente de la Cámara de los Diputados, contigua al hemiciclo, en donde repasó su discurso. JASMINE (mistress Durling) se dirigió al ascensor para subir a la tribuna de invitados, acompañada de su propia escolta.

Sólo estaban ocupados la mitad de los asientos en la Cámara. Rara vez se producían retrasos considerables y acaso aquélla fuese una de las pocas ocasiones en que los congresistas no ocupaban sus asientos con puntualidad. Los más se entretuvieron en corrillos a saludar a amigos. Otros merodeaban en grupos. Los asientos estaban divididos por una línea tan invisible como real.

Los restantes miembros del gobierno llegarían más tarde. Los nueve jueces del Tribunal Supremo, todos los miembros del gabinete que estaban en la ciudad (dos de ellos no estaban) y los jefes de Estado Mayor de los tres ejércitos, con sus uniformes de gala, fueron acomodados en las primeras filas. Detrás, los jefes de organismos del Estado independientes del gobierno. Bill Shaw, del FBI. El gobernador del Banco Central de la Reserva Federal. Y finalmente, bajo la nerviosa mirada de los miembros de los servicios de seguridad, el habitual enjambre de notables, allí como un clavo.

Las siete cadenas de TV más importantes interrumpieron sus programaciones. Aparecieron los distintos presentadores para anunciar que la «alocución presidencial» estaba a punto de empezar. Luego, dieron a los telespectadores información lo bastante prolija como para permitirles ir a la cocina a preparar unos sandwiches sin perderse nada.

El ujier de la Cámara, uno de los más apetecidos cargos elegidos a dedo (un espléndido salario sin realmente nada que hacer), se dirigió hasta la mitad del pasillo que dividía la Cámara para cumplir con su única tarea con su acostumbrada voz de trueno.

«Señor presidente de la Cámara, el presidente de los Estados Unidos.»

Roger Durling entró en la Cámara, avanzó por el pasillo, con breves paradas para estrechar manos. Llevaba bajo el brazo su cartera de piel rojiza, con una copia de su discurso, por si acaso fallaba la pantalla del «apuntador electrónico».

La ovación fue tan ensordecedora como sincera. Incluso los congresistas del partido de la oposición reconocían que Durling había cumplido con su promesa de preservar, proteger y

defender la Constitución de los Estados Unidos. Por mayor que fuese el poder de la política, quedaba mucho sentido del honor y del patriotismo en la Cámara, especialmente en momentos como aquéllos.

Durling subió al estrado y fue a ocupar su lugar en el podio. Ahora le tocaba al presidente de la Cámara de los Diputados cumplir con su ceremonial.

«Congresistas, tengo el privilegio y el alto honor de anunciarles al presidente de los Estados Unidos.»

De nuevo brotó la ovación. Los representantes de ambos partidos rivalizaban para ver quién vitoreaba y aplaudía durante más tiempo.

-Bueno, y ahora recuerde cómo va la cosa...

-Que sí, Alan. Que primero me toma juramento el presidente del Supremo, y voy y me siento. Todo lo que tengo que hacer es repetir lo que él diga.

Ryan apuró la Coca-Cola que le quedaba y se secó el sudor de las manos en las perneras de los pantalones. Un agente del Servicio Secreto fue a por una toalla.

-Tráfico Aéreo de Washington, aquí KLM seis, cinco, nueve. Tenemos una emergencia a bordo.

Lo dijo con la habitual jerga de la aviación, y en el tono que casi siempre se empleaba cuando temían una catástrofe.

El controlador de Tráfico Aéreo del sector de Washington tecleó el código alfanumérico que acababa de aparecer en su pantalla y activó su micrófono. En el monitor veía el rumbo, la velocidad y la altitud. Su primera impresión fue que el aparato descendía a gran velocidad.

-Seis, cinco, nueve, aquí Tráfico Aéreo de Washington. Comunique sus propósitos, señor.

-Tráfico Aéreo, aquí seis, cinco, nueve, mi motor número uno ha explotado. He perdido el uno y el dos. No creo que resista el fuselaje. Control muy difícil. Pido vector de radar dirección Baltimore.

El controlador le hizo apremiantes señas a su jefe, que se acercó.

-Un momento... ¿Qué vuelo es ése?

Le hizo de inmediato la misma pregunta al ordenador, que no encontró dato ninguno del vuelo KLM-659.

-Seis, cinco, nueve -dijo el controlador a través de la radio-, identifíquese, por favor. Cambio.

El tono de la respuesta fue más apremiante aún.

-Tráfico Aéreo de Washington, aquí KLM seis, cinco, nueve. Somos un charter destino a Orlando, con trescientos pasajeros a bordo. Repito: hemos perdido dos motores. Daños en el fuselaje y en el ala de babor. Desciendo a tres mil metros. Pido inmediato vector de radar directo a Baltimore. Cambio.

-No podemos joderlos -dijo el supervisor-. Haga lo que pide. Ayúdelo a aterrizar.

-Bien, señor. De acuerdo, seis, cinco, nueve. Contacto radar. Mi lectura de ustedes es cuatro mil quinientos metros de altitud, descenso a quinientos cuarenta kilómetros por hora. Recomiendo vire a babor, dos-nueve-cero. Siga descendiendo y mantenga velocidad.

-Seis, cinco, nueve, desciendo y viro a babor dos-nueve-cero -contestó Sato.

El inglés era el idioma internacional de la aviación y el suyo era excelente. De momento, todo perfecto. Aún tenía la mitad del combustible y estaba a menos de 170 km, según los datos de su sistema de ayuda a la navegación por satélite.

En el aeropuerto internacional Baltimore-Washington, el cuartel de bomberos cercano a la terminal principal recibió la alerta. Empleados del aeropuerto que normalmente se ocupaban

de otros menesteres corrían por el edificio. Mientras tanto, los controladores decidían si podían dejar que aterrizase aún otro aparato, antes de que el averiado 747 se acercase, y cuáles tendrían que dejar que sobrevolasen en círculo para esperar. El plan de emergencia lo conocían de memoria, como en cualquier otro aeropuerto importante. Se alertó también a la Policía y a otros cuerpos. Centenares de personas abandonaron sus sitios ante los televisores.

«Quiero hablarles de un ciudadano americano, hijo de un inspector de Policía, ex oficial de la Marina, que quedó imposibilitado tras un accidente en unas maniobras. Es también profesor de Historia y un experto financiero, esposo y padre, patriota y servidor público. Un verdadero héroe americano», decía el presidente a través de la pequeña pantalla.

Ryan no sabía dónde meterse al oír todo aquello, sobre todo cuando lo subrayaban los aplausos. Las cámaras enfocaron al ministro de Hacienda Fiedler, que fue quien «filtró» el papel que tuvo Jack en la recuperación de Wall Street a un grupo de periodistas especializados en temas económicos. Incluso Brett Hanson aplaudía con espontaneidad.

-Siempre resulta embarazoso, Jack -le dijo Trent riendo. «Muchos de ustedes lo conocen. Muchos de ustedes han trabajado con él. Hoy he hablado con miembros del Senado...»

Durling señaló a los líderes de la mayoría y de la minoría, que le sonrieron y asintieron ante las cámaras de la C-SPAN.

«Y con su aprobación, quiero proponer el nombre de John Patrick Ryan para que ocupe la vacante de vicepresidente de los Estados Unidos. También pido a los senadores que aprueben su nombramiento esta noche por aclamación.»

-Esto es muy irregular -señaló un comentarista al ver que los dos senadores se levantaban para dirigirse al estrado.

-El presidente Durling ha estado muy acertado en esto -replicó un experto en temas políticos-. Creo que Jack Ryan es la persona menos discutida en esta ciudad, y el hecho de que ambos partidos...

«Señor presidente, presidente de la Cámara, miembros del Senado, amigos y colegas de la Cámara de los Diputados -empezó por decir el líder de la mayoría-. Con gran satisfacción, el jefe de la minoría y yo...»

-Oye, ¿no será esto ilegal? -preguntó Jack en voz alta.

-La Constitución dice que el Senado debe aprobar tu nombramiento. No dice cómo -le contestó Sam Fellows.

-Torre de control de Baltimore, aquí seis, cinco, nueve. Tengo un problema.

-¿Cuál es el problema, seis, cinco, nueve? -le preguntó el controlador, aunque ya veía, en parte, de qué se trataba.

El 747 que realizaba la maniobra de aproximación no se había ajustado exactamente a las instrucciones que acababan de darle hacía un minuto. El controlador se frotó las manos tratando de concentrarse al máximo para ver si lograban hacerlo aterrizar.

-Los mandos no me responden bien... No estoy seguro de poder... Baltimore, veo las luces de la pista casi enfrente de mí... No conozco bien esta zona... Esto se complica. Pierdo potencia...

El controlador comprobó los datos del rumbo en su pantalla, hizo una proyección de la curva y...

-Atento, seis, cinco, nueve, las luces son las de la base de las Fuerzas Aéreas de Andrews. Tienen dos hermosas pistas. ¿Puede desviarse hacia allí?

-Seis, cinco, nueve, creo que sí. Creo que sí.

-No se retire -dijo el controlador, que tenía línea directa con la base-. ¿Andrews, pueden...?

-Lo hemos seguido -contestó el oficial de la torre de control de la base-. Tráfico Aéreo de Washington nos ha alertado. ¿Necesitan ayuda?

-¿Puede permitirle aterrizar?

-Sí.

-Seis, cinco, nueve, aquí Baltimore. Le paso a la torre de control de Andrews. Recomiendo giro a la derecha, tres-cinco-cero... ¿Está en condiciones de hacerlo? -dijo el controlador.

-Creo que sí. Creo que sí. Falla la ignición y el sistema hidráulico... Creo que el motor ha debido de...

-KLM seis, cinco, nueve, aquí torre de control de Andrews. Con-tacto de radar. A cuarenta kilómetros, rumbo tres-cuatro-cero, a mil trescientos metros, descendiendo. La pista cero, uno, izquierda está despejada y nuestros coches de bomberos van para allá -le dijo el capitán de las Fuerzas Aéreas.

El oficial pulsó la alarma y la brigada de emergencia se movilizó de inmediato.

-Recomiendo giro a la derecha cero-uno-cero, y siga descendiendo.

-Aquí seis, cinco, nueve.

No oyeron más. Sato nunca llegaría a advertir el gran sarcasmo: aunque eran muchos los cazas que tenían su base en Andrews, Langley, Patuxent River y Oceana (todas ellas en un radio de menos de 170 km de Washington), nunca se le ocurrió a nadie que un caza pudiera sobrevolar la capital la noche menos pensada.

Sato pudo perfectamente haberse ahorrado su complicada trama de mentiras y maniobras.

El piloto dirigió el aparato a una velocidad muy lenta para simular las dificultades del jumbo, guiado en todo momento por el celo y la profesionalidad de un controlador americano. Pues... lo sentía por él, se dijo Sato.

-¡Sí!

-¿En contra?

La respuesta vino dada en forma de clamoroso silencio, seguido de una gran ovación. Tras lo cual se levantó el presidente de la Cámara.

-El ujier de la Cámara acompañará al vicepresidente al hemiciclo para que preste juramento.

-Hala, que le toca. ¡Buena suerte! -dijo Trent, que se levantó y enfiló hacia la puerta.

Los agentes del Servicio Secreto se desplegaron por el pasillo. Encabezaron el grupo que pasó por el túnel que comunicaba el edificio con el Capitolio. Al entrar en el túnel, Ryan miró a uno y otro lado del túnel, pintado de horrible color amarillento y cubierto de dibujos hechos, en su mayoría, por escolares.

-No parece que tenga ningún problema aparente. Ni humo ni fuego -dijo el controlador.

Lo veía a través de los prismáticos. El aparato estaba ya a menos de dos kilómetros

-¡No ha sacado el tren de aterrizaje! -gritó el controlador de pronto-. ¡Atención, seis, cinco, nueve! ¡No ha sacado usted el tren de aterrizaje! ¡El tren de aterrizaje!

Sato pudo haber contestado pero no lo hizo. La suerte estaba echada. Accionó la palanca y aceleró para pasar de la velocidad de aproximación a la de 300 km/h. De momento, se mantendría a una altura de poco más de 300 m. Ya veía su blanco. Todo lo que tenía que hacer era virar 40° a la izquierda. Incluso iría con las luces encendidas, para que se viera el color rojo de la aleta de cola.

-¿Qué coño hace ése?

-¡No es KLM! ¡Mire! -señaló el más joven de los oficiales de la torre.

Sobre la vertical de la pista, el 747 se desvió hacia la izquierda, perfectamente equilibrado, como era obvio desde tierra. Los cuatro motores funcionaban a su máxima potencia. Los dos oficiales se miraron, conscientes de lo que iba a ocurrir y también de que nada podían hacer. Llamar al comandante de la base no sería más que una pura formalidad que no cambiaría nada. Lo hicieron, pese a todo, y luego alertaron a la 1ª Escuadrilla de Helicópteros. Después, no les quedó sino ver impotentes el desarrollo del drama cuyo desenlace adivinaban. No tardaría más de un minuto en producirse.

Sato estuvo en Washington muchas veces. Había hecho lo que habitualmente hacen los turistas. Visitar el edificio del Capitolio, entre otras cosas. Arquitectónicamente, era un edificio grotesco, pensaba, a medida que lo veía cada vez más grande. Ya había cruzado el río Anacostia y sobrevolaba Pennsylvania Avenue.

Ver aquello le produjo tal estupor que, por un momento, el agente del Servicio Secreto que estaba en el tejado de la Cámara de los Diputados se quedó paralizado. Fue sólo un momento y, además, irrelevante. Se agachó y habló a través del micrófono que tenía junto a una caja de plástico.

-¡Que pongan a cubierto al PARA! -gritó a la vez que montaba un Stinger.

-¡Vamos, rápido! -gritó un agente a través del micrófono, tan fuerte como para ensordecer a todas las fuerzas de seguridad que había en el interior.

Aquella simple frase significaba alejar, de inmediato, al presidente de dondequiera que estuviese. Al instante se movilizaron los agentes.

Aunque estaban tan bien entrenados como los mejores cuerpos de élite, no tenían ni la menor idea de por dónde venía el peligro. En la tribuna de la Cámara, la escolta de la primera dama tenía que recorrer una distancia menor. Una de las agentes tropezó en la escalera antes de asir a Anne Durling del brazo y sacarla a rastras de allí.

-¿Qué pasa? -dijo Andrea, que fue la única que habló en el túnel.

Los agentes que rodeaban a la familia Ryan desenfundaron al instante. Todos llevaban pistola, salvo dos que portaban subfusil ametrallador. Alzaron sus armas y trataron de descubrir el peligro que acechase en aquel túnel blancoamarillento. No veían nada.

-¡Desalojen!

-¡Desalojen!

-¡Desalojen!

En el interior del hemiciclo, seis hombres corrieron hacia el podio, con las armas dispuestas para disparar. Miraban en derredor ante millones de telespectadores que nunca olvidarían aquellas imágenes.

El presidente Durling miró perplejo al jefe de su escolta, que le gritaba que saliese de allí.

El agente del Stinger que estaba en el tejado tenía el arma apoyada en el hombro. La pulsación del radar del misil le indicó que tenía detectado un blanco. El agente disparó, aunque convencido de que no iba a servir de nada.

Ding Chávez estaba sentado en el sofá. Tenía la mano de Patsy entre las suyas. La mano que ahora lucía un anillo de compromiso. Al ver que la escolta desenfundaba, su instinto de soldado le hizo acercarse al televisor, a ver si descubría el peligro. Aunque no lo viese, sabía que la amenaza estaba allí.

El resplandor sobresaltó a Sato, que hizo una mueca de contrariedad, más sorprendido que asustado. Luego vio el misil que iba derecho a uno de los motores del lado izquierdo. La explosión fue muy aparatosa y las alarmas le indicaron que el motor estaba totalmente destrozado. Pero estaba a sólo mil metros del blanco edificio.

El aparato picó el morro y dio un bandazo hacia la izquierda. Sato logró equilibrarlo y hacerle enfilar el lado sur del edificio del legislativo americano. Allí estarían todos. El presidente, los parlamentarios. Todos. Seleccionó el lugar con la misma precisión que en sus aterrizajes rutinarios. Su último pensamiento fue que, quienes mataron a su familia y fueron la desgracia para su país, lo iban a pagar muy caro. Su último movimiento voluntario fue seleccionar el punto de impacto, a dos tercios de la altura de la escalinata. Eso sería casi perfecto...

Las casi trescientas toneladas que pesaba el avión con el combustible se estrellaron en el lado este del edificio a 540 km/h. El aparato se desintegró al colisionar. Pese a ser frágil como un pájaro a aquella velocidad, con aquel peso derribó las columnas exteriores del edificio. En cuanto las alas se partieron, los motores, que eran los únicos objetos realmente sólidos del aparato, salieron catapultados hacia adelante. Uno de ellos atravesó el hemiciclo para ir a estrellarse en el exterior.

La estructura del Capitolio era de piedra, sin refuerzos metálicos como el hormigón armado. Se construyó en una época en la que ése era el material que se consideraba más duradero. La esquina sureste del edificio quedó reducida a gravilla, que se proyectó como metralla hacia el oeste. Con todo, los daños más graves se produjeron segundos después, que fue lo que tardó el techo en empezar a desplomarse sobre las novecientas personas de la Cámara. Cien toneladas de combustible brotaron de los depósitos, emitiendo gases debido a la fricción con los bloques de piedra. Instantes después, el combustible se inflamó y una enorme bola de fuego engulló el edificio entero. Brotaban llamas como de un volcán, que reptaban por los pasillos en busca de aire. Se conmovieron hasta los cimientos.

El impacto inicial bastó para que todos cayesen de rodillas y para que los agentes del Servicio Secreto sintiesen verdadero pánico. El primer movimiento instintivo de Ryan fue sujetar a su hija menor. Luego, empujó al resto de la familia al suelo y los cubrió con su cuerpo. Notó algo que le hizo levantar la cabeza y mirar hacia el túnel norte. El estruendo procedía de allí. Vio avanzar una anaranjada pared de fuego. No había tiempo para decir nada. Le agachó la cabeza a su esposa y luego dos cuerpos se echaron encima de él para cubrirlo. Sólo había tiempo para mirar hacia atrás y ver cómo avanzaban las llamas...por encima de sus cabezas, la bola de fuego ya había agotado el oxígeno. Aquella nube en forma de hongo empezó a ascender. Generó una tormenta que aspiraba aire y gas del edificio a cuyos ocupantes acababa de masacrar...

... Se detuvo. A menos de cien metros. Y empezó a alejarse con la misma velocidad con que avanzó. Esto provocó un auténtico huracán en el interior del túnel, en dirección contraria. Arrancó una puerta de sus goznes, que se venció hacia ellos aunque no los alcanzó. La pequeña Katie gritaba, aterrorizada y dolorida por el peso de tantos cuerpos. Cathy miraba a Jack con ojos vidriosos.

-¡Vamos! -gritó Andrea Price.

Sus compañeros se acercaron a levantar a los miembros de la familia. Los arrastraron hacia el contiguo Longworth Building y dejaron que dos diputados fuesen por sí mismos tras ellos. De nuevo fue la agente especial Andrea Price quien tomó la iniciativa.

-¿Está usted bien, señor presidente?

-¿Qué demonios...? -masculló Ryan, que miró en derredor y se acercó a sus hijos, ilesos, aunque con la ropa hecha jirones-. ¿Cathy?

-Estoy bien, Jack -repuso ella, que se acercó a su vez a ver cómo estaban sus hijos, tal como ya hizo una vez en Londres con él-. Están bien. ¿Y tú, Jack?

Se oyó otro estruendo que hizo temblar el suelo, y Katie Ryan volvió a gritar.

-Price a Walker -dijo la agente a través de su micrófono-. Price a Walker. O a quien sea. ¡Acudan!

-Price, aquí RIFLE TRES. Ha saltado por los aires. Toda la cúpula. ¿Está bien ESPADACHÍN?

-¿Qué demonios ha sido eso? -preguntó jadeante Sam Fellows, que estaba de rodillas, sin que Andrea Price lo oyese siquiera.

-Sí, sí. ESPADACHÍN y DR están bien y... ¡mierda ya! No tenemos nombres aún para ellos. Los niños. Están todos bien.

Dijo que estaban bien a conciencia de que exageraba. La furiosa ráfaga de aire que alimentaba las llamas del edificio del Capitolio no cesaba.

Los agentes se rehicieron un poco del desconcierto, aunque empuñaban las armas con tal tensión que, de haber asomado un simple conserje en aquellos momentos, lo hubiesen acribillado. Lentamente, recobraron el aliento y se tranquilizaron. Trataron de concentrarse en aquello para lo que se los entrenó.

-¡Por aquí! -dijo Price, que encabezaba el grupo, sin dejar de empuñar la pistola-. RIFLE TRES. Sitúen un coche en la esquina de Longworth... ¡En seguida!

-Recibido.

-¡Billy, Frank! ¡Cubran la salida! -ordenó Andrea.

Jack no sabía que ella mandase el destacamento, pero así debía de ser porque los dos agentes no rechistaron. Echaron a correr hacia el fondo del pasillo. Trent y Fellows se los quedaron mirando.

-¡Por aquí! -dijo desde el fondo del pasillo uno de los agentes que llevaba rifle.

-¿Está usted bien, señor presidente?

-Un momento, ¿qué ocurre...?

-El PARA ha muerto -dijo escuetamente Andrea.

Los otros agentes oyeron lo mismo por la radio y formaron un denso anillo alrededor del vicepresidente. Ryan no lo había oído y estaba aturdido. Trataba de coordinar sus ideas.

-¡Tenemos una furgoneta afuera! -gritó Frank-. ¡Vamos!

-Señor, nuestro deber es sacarlo de aquí como sea. Síganme, por favor -dijo Andrea Price, que bajó ligeramente la pistola.

-Un momento. Pero... ¿qué ha dicho usted? ¿Que el presidente, Helen...?

-RIFLE TRES, aquí Price. ¿Ha logrado salir alguien de ahí?

-Imposible, Price. Imposible -le contestó su compañero. -Señor presidente, tenemos que llevarlo a lugar seguro. Síganme, por favor.

Resultó que eran dos las furgonetas que tenían en el exterior. Jack fue separado a la fuerza de su familia e introducido en uno de aquellos aparatosos armatostes.

-¿Y mi familia? -preguntó Jack ante la anaranjada pira en que se había convertido lo que hasta hacía sólo cuatro minutos era el centro de gobierno de los Estados Unidos-. ¡Dios mío...!

-A su esposa y a sus hijos los llevaremos a... a...

-Llévenlos a los cuarteles de Marina. Quiero que estén con los marines. ¿Entendido?

Luego, Ryan caería en la cuenta de que su primera orden presidencial la impulsó su propio pasado.

-Sí, señor -dijo Price-. DR y los niños a los cuarteles de la Marina. ¡Díganles a los marines que vamos para allá!

Ryan vio que el vehículo se dirigía hacia New Jersey Avenue. Se alejaba de la colina del Capitolio. Pese a estar entrenados para las operaciones más complejas, los agentes del Servicio Secreto no pudieron sino despejar de cascotes la zona.

-Rodee por el norte -les dijo Jack.

-Señor, es que la Casa Blanca...

-Quiero ir a unos estudios de televisión, y en seguida. Creo que también necesitamos un juez -dijo de un modo instintivo, sin haberlo meditado lo más mínimo.

La furgoneta se desvió bastante hacia el oeste, antes de girar hacia el norte y volver a Union Station. Las calles estaban llenas de coches-patrulla y coches de bomberos. Helicópteros de las Fuerzas Aéreas de la base de Andrews sobrevolaban en círculo, probablemente para que no se acercase ningún helicóptero de los medios informativos.

Ryan bajó de la furgoneta por su propio pie. Rodeado por la escolta, entró en el edificio en el que se encontraban los estudios de la CNN. Simplemente porque eran los más cercanos. Llegaban más agentes, tantos que Ryan se sintió seguro, a pesar de lo que acababa de ocurrir. Lo condujeron a un plató que estaba en una de las plantas superiores. Al cabo de unos minutos, llegó otro agente con otra persona.

-Éste es el juez Peter Johnson, del Tribunal Federal del Distrito de Columbia -le dijo el agente a Jack.

-¿Se trata de lo que imagino? -preguntó el juez.

-Me temo que sí, señor. No soy jurista. ¿Es legal? -preguntó el presidente.

-Al presidente Coolidge le tomó juramento su padre, un simple juez de paz de provincias -dijo Andrea Price-. Es legal -les aseguró a ambos.

Se acercó una cámara. Ryan puso su mano encima de la Biblia y el juez pronunció de memoria la fórmula.

-Yo... Diga su nombre, por favor.

-Yo, John Patrick Ryan...

-Juro solemnemente que desempeñaré fielmente el cargo de presidente de los Estados Unidos.

-Juro solemnemente que desempeñaré fielmente el cargo de presidente de los Estados Unidos... y que pondré todo mi empeño en preservar, proteger y defender la Constitución de los Estados Unidos, con la ayuda de Dios.

Jack repitió el juramento de memoria. No era muy distinto al que prestó como oficial de la Marina, y significaba lo mismo.

-Creo que no me necesitaba usted -dijo quedamente el juez Johnson-. Mi felicitación, señor presidente.

A ambos les resultaban extrañas aquellas palabras. Jack le estrechó la mano.

-Que Dios lo bendiga -dijo.

Ryan miró a su alrededor. A través de las ventanas se veían las llamas en la Colina del Capitolio. Volvió a mirar hacia la cámara. Al otro lado había millones de personas y, le gustase o no, lo miraban, y lo observaban. Ryan respiró hondo, sin percatarse de que llevaba el nudo de la corbata hecho un higo.

Señoras y señores, lo ocurrido esta noche ha sido un intento de destruir el gobierno de los Estados Unidos. Han matado al presidente Durling y me temo que a la mayoría de los congresistas... aunque es quizá prematuro asegurarlo.

»Sin embargo, estoy seguro de una cosa: América es más difícil de destruir de lo que lo somos las personas. Mi padre era policía, como ya sabrán. Él y mi madre resultaron muertos en un accidente de aviación, pero sigue habiendo policías. Muchos han muerto hace sólo unos minutos, pero América sigue aquí. Hemos combatido en otra guerra y la hemos ganado. Hemos sobrevivido a un ataque a nuestra economía y también sobreviviremos ahora.

»Me temo que soy demasiado nuevo en esto para decirlo con propiedad. Lo aprendí en la escuela: América es un sueño, es... las ideas... que compartimos, las cosas en las que creemos y, sobre todo, las cosas que hacemos y cómo las hacemos. No se puede destruir algo así por más que se empeñen. Porque somos quienes quisimos ser y aquello que quisimos. Aquí inventamos esa idea, y nadie podrá destruirla tampoco.

»No estoy muy seguro de lo que voy a hacer de inmediato, salvo asegurarme de que mi esposa y mis hijos estén bien. Lo que sí aseguro es que, tal como acabo de prometer ante Dios, lo haré lo mejor que pueda. De momento, les ruego sus oraciones y su ayuda. Volveré a dirigirme a ustedes cuando disponga de más datos. Ya pueden apagar la cámara», concluyó.

Cuando la luz de la cámara se hubo apagado, se volvió hacia la agente especial Price.

-Y, ahora, vamos a trabajar.

FIN

LIbrodot